

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Geografía Humana



**TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO: UNA
ESTRATEGIA PEDAGÓGICA DE DESARROLLO
URBANO PARTICIPATIVO CON DIMENSIÓN
SUSTENTABLE PARA LAS GRANDES METRÓPOLIS DE
AMÉRICA LATINA EN EL CONTEXTO DE LA
GLOBALIZACIÓN: “EL CASO DE LA CIUDAD DE
BOGOTÁ”**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Carlos Mario Yory García

Bajo la dirección de la Doctora:

Aurora García Ballesteros

Madrid, 2003

ISBN: 84-669-2003-X

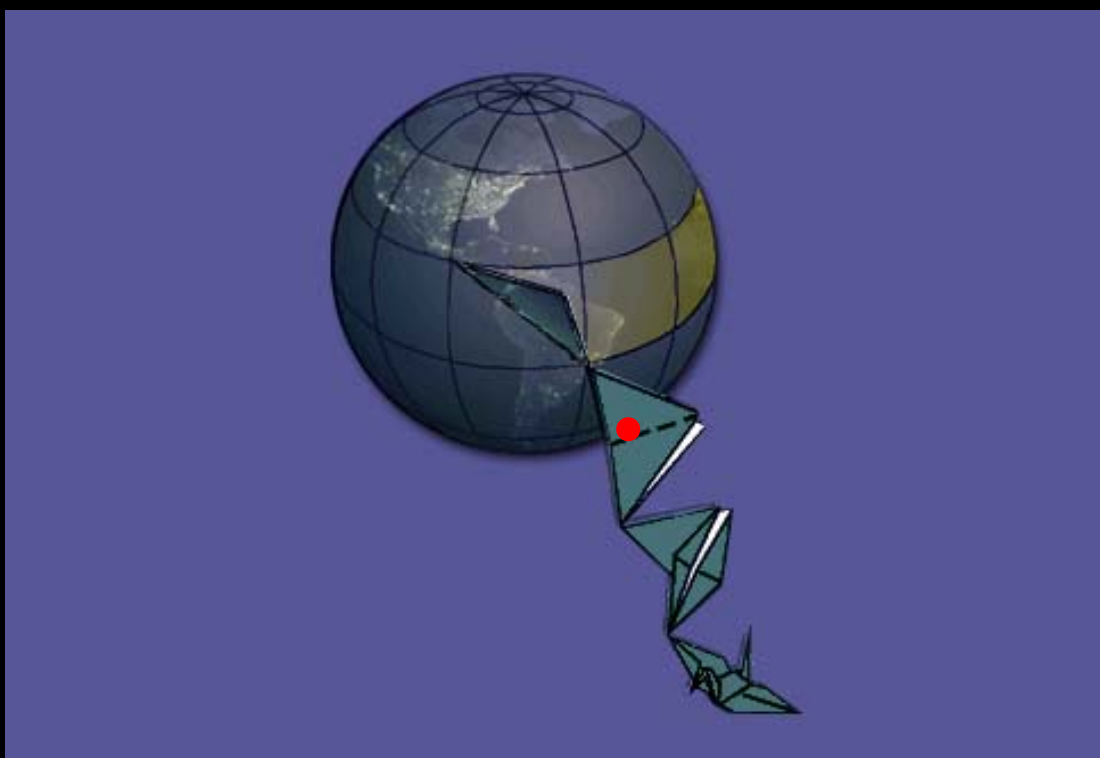
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA HUMANA
PROGRAMA: GEOGRAFIA HUMANA, TERRITORIO Y SOCIEDAD

TESIS DOCTORAL

TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO

Director: Aurora García Ballesteros

Autor: Carlos Mario Yory



**UNA ESTRATEGIA PEDAGÓGICA DE DESARROLLO URBANO
PARTICIPATIVO CON DIMENSIÓN SUSTENTABLE PARA LAS
GRANDES METRÓPOLIS DE AMÉRICA LATINA EN EL
CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN**

EL CASO DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ

MADRID, JUNIO DE 2003

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA HUMANA
PROGRAMA: GEOGRAFÍA HUMANA, TERRITORIO Y SOCIEDAD

TESIS DOCTORAL

TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO
UNA ESTRATEGIA PEDAGÓGICA DE DESARROLLO URBANO
PARTICIPATIVO CON DIMENSIÓN SUSTENTABLE PARA LAS
GRANDES METRÓPOLIS DE AMÉRICA LATINA
EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN
“El caso de la ciudad de Bogotá”

DIRECTOR TESIS DOCTORAL: AURORA GARCÍA BALLESTEROS

AUTOR: CARLOS MARIO YORY

BOGOTÁ, JUNIO DE 2003

A mis hijos
Alethia, Lorenzo y Matías,
en reconocimiento de una
imperdonable ausencia,
en las muchas horas que les
adeudo de magia, de cuentos
y de juego...

AGRADECIMIENTOS

Sería muy difícil hacer un justo recuento de la gran cantidad de personas que, de una u otra forma, a lo largo de los últimos cuatro años y medio, han colaborado en la realización de este trabajo; sin embargo y acusando, muy seguramente, imperdonables omisiones, que espero las voluntades excluidas sepan perdonar, considero apenas justo hacer un sentido reconocimiento de algunas de las personas que aportaron su empeño, de manera generosa, decidida y comprometida, en la concreción de este esfuerzo. En esta medida hago constancia de mi agradecimiento sincero a la Dra. Aurora García Ballesteros, Catedrática de Geografía Humana de la Universidad Complutense de Madrid, quien tuvo la amabilidad de efectuar la tutoría de este trabajo, en calidad de directora de su presentación como Tesis Doctoral; al Arquitecto Rafael Uribe, ex Decano de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, sin cuyo decidido respaldo hubiera sido imposible realizar el Doctorado que culminó con la realización de este trabajo; al Arquitecto Álvaro Botero, actual Decano de la misma Facultad, por su confianza, respaldo y valiente apoyo; al Padre Gerardo Remolina S. J., Rector de la Pontificia Universidad Javeriana, responsable directo de que esta iniciativa se pudiera llevar a cabo; y, junto con él, al padre Jairo Bernal S.J., Decano del Medio Universitario de la Facultad antes señalada y a la Arquitecta Patricia Rentería, Directora de la Maestría en Planeación Urbana y Regional de la misma Universidad.

De otra parte, debo extender mi reconocimiento, también, al generoso apoyo que me brindó tanto la Arq. Beatriz García, ex Decana de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, como la Arquitecta María Claudia Romero, ex Directora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la misma Universidad, sin cuyo respaldo no hubiera obtenido el apoyo de esta institución. Apoyo al que se sumó la Universidad Piloto de Colombia a través de la iniciativa que, en este sentido, lideraron los Arquitectos José Manuel Alvarado, Rector; José María Cifuentes, ex Rector; y Andrés Loboguerrero, ex Decano de su Facultad de Arquitectura.

NOTA PRELIMINAR PARA LA LECTURA DEL TEXTO

El presente trabajo se inscribe dentro de una línea de investigación abierta por el autor en el año 1992 con la publicación del trabajo *Topofilia: una alternativa en torno a la revolución de las pequeñas cosas*, editado por la Alcaldía Mayor de Bogotá en asocio con el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD. Publicación que, desde entonces, ha precedido la edición de otros trabajos en el mismo tema; los que, por su parte, han servido de marco teórico para el desarrollo de consecuentes experiencias de trabajo con comunidades en países tan disímiles como Colombia, El Salvador, Guatemala (proyecto en proceso de gestión), España, Italia y Kenia (ver Curriculum Vitae adjunto).

Cabe señalar que si bien el concepto de Topofilia que aquí presentamos ha acompañado la realización de las anteriores experiencias, *sólo es hasta el presente, a través de la realización de este trabajo*, donde no sólo se incorpora parte de la experiencia adquirida en las realizaciones mencionadas, sino que se sistematiza la misma a través de la construcción de un cuerpo teórico y metodológico que, enriquecido con la realización del Doctorado en Geografía Humana, que sirve de marco a esta presentación, se ha querido constituir, a través de la realización de esta Tesis Doctoral, en un proyecto científico estructurado y propositivo que permita a la comunidad académica tanto ampliar y/o cuestionar los contenidos aquí presentados, contribuyendo de tal suerte con la investigación en el tema, como implementar total o parcialmente los mismos en diferentes escenarios y contextos.

En este orden de ideas el Trabajo presenta, en primer lugar, y antes de entrar a desarrollar sus propios contenidos; la estructura científica que, como investigación, lo ha fundamentado. Contenidos que, como se verá en la tabla respectiva, se han formulado de manera tal que, partiendo, en la *Primera Parte*, de llevar a cabo una amplia reflexión sobre la “gran ciudad” (marco general de la propuesta) y el impacto socio-espacial que, sobre la misma, ejercen los procesos de globalización (particularmente en lo que se refiere a sus pautas de consumo), se procede a analizar a en la *Segunda Parte*, el caso de la ciudad latinoamericana, visto desde la alternativa que presenta la estrategia topofílica (en su carácter *sustentable* y *participativo*), a los procesos de pérdida de referentes socio-espaciales que la reestructuración del territorio, exigida por las nuevas exigencias del mercado global, trae consigo. Finalmente, en la *Tercera Parte*, pretendemos ilustrar, de manera genérica (dada tanto la vastedad del tema como la del territorio), el modo como

concebimos la implementación del planteamiento topofílico en el caso específico de la ciudad de Bogotá a la luz de su actual marco institucional y geopolítico (impacto y funcionamiento de la descentralización administrativa y funcional sobre el territorio, particularmente en lo que compete a los procesos participativos y planificadores que, desde la construcción colectiva del mismo, contribuyen tanto con la apropiación de la ciudad, por parte de sus habitantes, como con sus condiciones de productividad y gobierno).

A este respecto es necesario anotar que el presente trabajo no pretende, ni mucho menos, agotar el tema, sino, por el contrario, apenas constituir un marco de referencia para abordar, al menos desde nuestra perspectiva, el tema particular de la participación ciudadana en la construcción-apropiación colectiva del territorio en el caso específico de la ciudad latinoamericana. Para el efecto se derivan ya, de aquí, tres trabajos que, remitidos al caso específico de la ciudad de Bogotá, suponen la posterior definición de: *El papel de la Topofilia en el fortalecimiento de la gobernabilidad de la ciudad latinoamericana a partir de la construcción colectiva del territorio*; *El papel de la Topofilia en el incremento de la productividad de la ciudad latinoamericana a partir de la reestructuración del territorio*; y *El papel de la Topofilia en el mejoramiento de la habitabilidad de la ciudad latinoamericana, y de su calidad de vida, a partir de la construcción –apropiación del espacio público*. Proyectos a desarrollar (sobre la base de las conclusiones generales que del presente trabajo se deriven) dentro del marco institucional de la Maestría en Planeación Urbana y Regional de la Universidad Javeriana de Bogotá, donde en la actualidad el autor se desempeña como Coordinador de la Línea de Investigación en Espacio y Territorio y como Director del Programa Topofilia; éste último avalado por la Universidad para llevarse a cabo, en principio, en los 14 países donde la Asociación de Universidades Jesuitas de América Latina AUSJAL, tienen presencia (ver Anexo N° 6).

El territorio es donde están escritas las Leyes y la Historia sin las cuales no seríamos pueblos con culturas diferentes (...) el territorio es un código, es el espacio que contiene la normatividad que permite a cada individuo existir y que garantiza la permanencia de la vida (...) los puntos sagrados son las páginas del libro que es el territorio.

Lineamientos de los pueblos indígenas de la
Sierra Nevada de Santa Marta
para el manejo del territorio.
Organización GONAWINDUA TAYRONA
(Santa Marta. Colombia. Agosto de 1999).

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN **16**

PRIMERA PARTE: CARACTERIZACIÓN DE LAS GRANDES METRÓPOLIS EN EL COMIENZO DE SIGLO; UNA MIRADA DESDE LA RELACIÓN ENTRE CONSUMO Y SOCIEDAD

CAPITULO I. **DESBORDAMIENTO URBANO Y EMERGENCIA DE LA CIUDAD** **30**

1. EL DESBORDAMIENTO DE LA CIUDAD: APUNTES PARA UNA CARTOGRAFÍA MARÍTIMA.	30
1.1. CIUDADES DESPLEGABLES: ACERCA DE LA PROFUNDIDAD DE LA PIEL	30
2. CULTURA URBANA Y SIMBOLISMO EN LA CIUDAD.	49
2.1. LA SELVA DE LOS SÍMBOLOS.	49
2.2. LA CIUDAD COMO ESPACIO DE COMUNICACIÓN	55
2.3. EL ESPACIO URBANO Y LA CULTURA DE LA CIUDAD	66
2.4. DE LA CIUDAD A LA URBE.	74

CAPITULO II. **LA CIUDAD GLOBAL, NUEVAS FORMAS DE SER, NUEVAS MANERAS DE ESTAR** **81**

3. LA CIUDAD ACTUAL DENTRO DEL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN.	81
3.1. LA NECESIDAD DE CONTEXTUALIZAR LA GLOBALIZACIÓN.	81
3.2. DE “LO LOCAL” A LO “GLOBAL”.	86
3.3. LAS TRES GRANDES PRETENSIONES DE LA GLOBALIZACIÓN ENTENDIDAS DESDE LA ÓPTICA DEL CONSUMO.	91
3.4. LA IMPRONTA DE LA GLOBALIZACIÓN: SER NADIE..!	106
4. CONSUMO Y GLOBALIDAD: HACIA UNA NUEVA NOCIÓN DE CIUDAD.	108
4.1. LA CIUDAD FUNCIONAL: UN INVENTO DE LA “JAULA DE HIERRO” DE LA RACIONALIDAD.	108
4.2. EL ESPACIO Y EL TIEMPO: COORDENADAS BÁSICAS DEL NUEVO PROCESO.	113
4.3. EL CONSUMO COMO GARANTE DE “LA ÉPOCA DE LA IMAGEN DEL MUNDO”.	115
4.4. EL PODER DE LA IMAGEN O LA REALIDAD DE LA COPIA.	117
5. LA CIUDAD COMO BIEN DE CONSUMO.	119
5.1. UN LUGAR ES CUALQUIER PARTE.	119
5.2. EL SÍNDROME DE LAS VEGAS Y EL EFECTO NUEVA YORK.	124
5.3. TURISMO URBANO Y CONSUMO DE CIUDAD.	134
5.4. ¿QUÉ SIGNIFICA VENDER UNA CIUDAD?	151
5.5. IMPLICACIONES ESPACIALES DE LAS CIUDADES EN VENTA.	157
6. COMENTARIOS FINALES A LA PRIMERA PARTE.	165

SEGUNDA PARTE: LA TOPOFILIA Y SU PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO: UNA APROXIMACIÓN AL CASO DE LAS GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA

CAPÍTULO III.

HACIA UNA POLÍTICA DE DESARROLLO URBANO SUSTENTABLE CONCEBIDA A PARTIR DE LA CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO.

172

7. DE LA SOSTENIBILIDAD A LA SUSTENTABILIDAD: UNA MIRADA CRÍTICA.

172

- 7.1. UNA VISIÓN DE CONJUNTO: SUSTENTABILIDAD Y “CONSUMO DE CIUDAD”. 172
- 7.2. LATINOAMÉRICA: LA DIMENSIÓN LOCAL DE UN DESAFÍO GLOBAL. 178
- 7.3. HACIA UNA POLÍTICA DE DESARROLLO URBANO SUSTENTABLE. 186
- 7.4. EL DESARROLLO URBANO SUSTENTABLE (DUS). 193
- 7.5. PRINCIPALES VARIABLES A TENER EN CUENTA EN UN PROYECTO DE DESARROLLO URBANO SUSTENTABLE (DUS). 200
- 7.6. CARACTERÍSTICAS Y PRESUPUESTOS DE UN PROYECTO DE CIUDAD SUSTENTABLE. 204
- 7.7. EL DESARROLLO URBANO SUSTENTABLE Y SUS IMPLICACIONES EN LA GEOMORFOLOGÍA DE LA CIUDAD. 211
- 7.8. LOS ACUERDOS INTERNACIONALES EN TORNO AL DESARROLLO SUSTENTABLE: UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA. 217
- 7.9 PROBLEMAS Y AMBIGÜEDADES INHERENTES AL CONCEPTO DE DESARROLLO SUSTENTABLE. 249
- 7.10. EL DESARROLLO AMBIENTAL COMO DESARROLLO SOCIAL: EL CONCEPTO DE “ISLAS DE SUSTENTABILIDAD” Y SU PAPEL EN LA ESTRUCTURACIÓN DEL TERRITORIO URBANO Y REGIONAL. 272

CAPITULO IV.

CARACTERIZACIÓN DE LA CRISIS AMBIENTAL EN EL ESCENARIO DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA

294

8. FILOGÉNESIS DE UN CONFLICTO.

294

- 8.1. EL CONCEPTO DE DESARROLLO URBANO SUSTENTABLE (DUS) EN LAS GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA. 294
- 8.2. LA ENCRUCIJADA DE UNA IDEOSINCRACIA: UNA MIRADA ANTROPOGEOGRÁFICA AL CONTEXTO SOCIAL Y CULTURAL DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA. 300
- 8.3. FRAGMENTACIÓN URBANA Y RECONSTITUCIÓN DE LO TERRITORIAL. 313
- 8.4 SUSTENTABILIDAD AMBIENTAL O SOSTENIBILIDAD ECONÓMICA, LA DISYUNTIVA HISTÓRICA ENTRE CRECIMIENTO Y DESARROLLO EN EL ESCENARIO DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA. 325
- 8.5 EL IMPACTO DE LA GLOBALIZACIÓN EN EL ESCENARIO DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA: HACIA UNA ACTUACIÓN DESDE LO PERIFÉRICO 346

CAPÍTULO V.

EL CONCEPTO DE TOPOFILIA Y SU PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO.

374

9. DEL LUGAR OCUPADO AL LUGAR HABITADO (APROPIADO).

374

9.1. EL *TOPOS-PHILICO*.

374

9.2. EL CONCEPTO DE “ADSCRIPCIÓN TERRITORIAL”: UN PROBLEMA EMERGENTE DE IDENTIFICACIONES, DESIDENTIFICACIONES Y REIDENTIFICACIONES SIMBÓLICAS EN LA RELACIÓN ENTRE LO LOCAL Y LO GLOBAL.

389

9.3. CULTURA URBANA Y CULTIVO DE CIUDAD: LA EXPRESIÓN CULTURAL CIUDADANA COMO MEDIO DE INTEGRACIÓN COMUNITARIA.

396

9.4. LA “CONSTRUCCIÓN DE CIUDAD” ENTENDIDA COMO CONSTRUCCIÓN TOPOFÍLICA DE TERRITORIO.

408

9.5. LA DIMENSIÓN PEDAGÓGICA DEL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO: SE ES CIUDADANO HACIENDO CIUDAD.

412

CAPÍTULO VI.

LOS COMPONENTES DEL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO: CLAVES PARA EL EJERCICIO DE UN PROYECTO SUSTENTABLE DE CIUDAD.

420

10. LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA COMO CONDICIÓN DE POSIBILIDAD DE UN PROYECTO DE CIUDAD CONCERTADO.

420

10.1. LA PARTICIPACIÓN ENTENDIDA COMO LA “PUESTA EN OBRA” DEL CAPITAL SOCIAL.

420

10.2. LA COMUNICACIÓN CIUDADANA Y EL LIDERAZGO CÍVICO: DINÁMICAS SOCIO-ESPACIALES.

427

11. LA INNOVACIÓN COMO ESTRATEGIA DE CONSTRUCCIÓN DE TERRITORIO.

444

11.1. LA COMUNIDAD ORGANIZADA: UNA FORMA INNOVADORA DE EMPRESA SOCIAL.

444

11.2. EL CONCEPTO DE *INNOVACIÓN* APLICADO A LA CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO.

447

11.3. EL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO EN TANTO ESTRATEGIA INNOVADORA.

453

12. LA PLANIFICACIÓN URBANA Y EL ORDENAMIENTO TERRITORIAL: UN CAMBIO DE ENFOQUE.

457

12.1. ELEMENTOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA POLÍTICA PÚBLICA ESPACIAL CONCERTADA EN EL CONTEXTO LOCAL DE LAS GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA.

457

12.2. LA PLANIFICACIÓN ESTRATÉGICA EN TANTO HERRAMIENTA TOPOFÍLICA DE DESARROLLO LOCAL.

463

12.3. PRINCIPIOS BÁSICOS DE PLANIFICACIÓN ESTRATÉGICA.

469

12.4. LA PLANIFICACIÓN ESTRATÉGICA COMO HERRAMIENTA INNOVADORA PARA LAS GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA.

472

12.5. LA PLANIFICACIÓN “BIO-SISTÉMICA”: UNA HERRAMIENTA ANALÓGICA DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL CON DIMENSIÓN SUSTENTABLE.

475

CAPÍTULO VII.

LA ESTRATEGIA TOPOFÍLICA: COMPONENTES Y CONTENIDO.

490

13. DESARROLLO DEL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO.

490

13.1. OBJETIVOS Y PREMISAS DEL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO A LA LUZ DEL CONCEPTO DE “ISLAS DE SUSTENTABILIDAD”.

490

13.2. FASES DE EJECUCIÓN DE LA PROPUESTA Y TIPO DE ACCIONES A EJECUTAR.

496

13.3. ESTRATEGIA DE IMPLEMENTACIÓN A LA LUZ DE LA NATURALEZA Y TIPO DE LOS PROYECTOS PREVISTOS.

505

13.4. INSTANCIAS DE EJECUCIÓN: LAS UNIDADES LOCALES DE PLANIFICACIÓN CONCERTADA, LAS OFICINAS DE DESARROLLO INTEGRAL COMUNITARIO Y LOS TALLERES LOCALES DE PLANEAMIENTO FÍSICO Y SOCIAL.

510

13.5. GESTIÓN ESTRATÉGICA Y AUTOSUSTENTABILIDAD DE LA PROPUESTA.

517

13.6. INDICADORES Y ESTRATEGIA DE SEGUIMIENTO.

519

14. LA DIMENSIÓN TOPOFÍLICA DE LA PLANEACIÓN URBANA Y EL ORDENAMIENTO TERRITORIAL.

523

14.1. LA TOPOFILIA Y LOS PLANES DE DESARROLLO LOCAL: DE LOS PLANES LOCALES A UN PLAN DE CIUDAD.

523

14.2. CRITERIOS GENERALES PROPUESTOS PARA EL DISEÑO DE PLANES DE DESARROLLO LOCAL.

525

14.3. DEFINICIÓN DE PROGRAMAS Y DETERMINACIÓN DE PROYECTOS.

531

15. COMENTARIOS FINALES A LA SEGUNDA PARTE.

534

TERCERA PARTE: LA “CONSTRUCCIÓN DE CIUDAD” ENTENDIDA DESDE EL CONCEPTO DE TOPOFILIA: EL CASO DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ

CAPÍTULO VIII.

CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ DENTRO DEL MARCO DE LAS GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA

549

16. APROXIMACIÓN GENERAL.

549

16.1. EL PROCESO DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE.

549

16.2. LA OTRA REALIDAD: LOS MUNICIPIOS.

552

16.3. CARACTERIZACIÓN SOCIO-DEMOGRÁFICA DE LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.

553

17. CARACTERIZACIÓN FÍSICO-AMBIENTAL DE LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.

561

17.1. CALIDAD DE LOS RECURSOS NATURALES Y NIVELES DE CONTAMINACIÓN.

561

18. INFRAESTRUCTURA Y SERVICIOS PÚBLICOS EN LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.

563

18.1. COBERTURA Y CALIDAD DE LOS SERVICIOS PÚBLICOS.

563

18.2. TRANSPORTE.

564

18.3. DÉFICIT Y CALIDAD DE LA VIVIENDA.

567

19. PANORAMA GENERAL DE LA ECONOMÍA URBANA EN LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.

567

19.1. PRINCIPALES RENGLONES DE LA ECONOMÍA URBANA LATINOAMERICANA.	567
19.2. DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO.	568
19.3. LA POBREZA URBANA EN LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.	570
<u>CAPITULO IX.</u>	
<u>MARCO DE REFERENCIA HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ.</u>	572
20. ANTECEDENTES HISTÓRICOS: EL PROCESO DE POBLAMIENTO EN EL NUEVO REINO DE GRANADA.	572
20.1. LA CONQUISTA DEL TERRITORIO Y EL CONTROL DEL ESPACIO PERIFÉRICO: LA EXPLORACIÓN COSTERA (1508-1525).	572
20.2. LA ETAPA DE CONSOLIDACIÓN ECONÓMICA Y DE LA ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA DEL TERRITORIO A PARTIR DE 1560.	573
20.3. LA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD Y LOS ORÍGENES ENDO-EXÓGENOS DE SU EXPANSIÓN.	575
20.4. LA TRANSFORMACIÓN URBANA: DEL PREDIO AL BARRIO.	578
<u>CAPITULO X.</u>	
<u>CARACTERIZACIÓN FÍSICO-AMBIENTAL DE LA CIUDAD</u>	580
21. DESCRIPCIÓN AMBIENTAL Y GEOMORFOLÓGICA	580
21.1. LA ESTRUCTURA ECOLÓGICA DE LA CIUDAD.	580
21.2. INSCRIPCIÓN EN EL PAISAJE.	581
21.3. LOS SUBSISTEMAS HÍDRICO Y OROGRÁFICO.	584
21.4. CARACTERIZACIÓN GEOLÓGICA Y AGRO-FORESTAL DE LA CIUDAD.	586
21.5. LA VULNERABILIDAD AMBIENTAL DE LA CIUDAD: APROXIMACIÓN A SUS RIESGOS PREDOMINANTES.	587
21.6. LA RELACIÓN DE LA CIUDAD CON SU ENTORNO REGIONAL.	592
<u>CAPÍTULO XI.</u>	
<u>INFRAESTRUCTURA FÍSICA DE LA CIUDAD</u>	595
22. ESTRUCTURA URBANA	595
22.1. USOS DEL SUELO.	595
22.2. LA MALLA VIAL EXISTENTE Y LAS REDES DE TRANSPORTE.	598
23. SERVICIOS PÚBLICOS.	604
23.1. SUMINISTRO DE AGUA POTABLE Y SANEAMIENTO BÁSICO.	604
23.2. ALCANTARILLADO SANITARIO Y PLUVIAL.	606
23.3. TRATAMIENTO DE LAS AGUAS SERVIDAS.	607
23.4. SISTEMA DE DISPOSICIÓN DE RESIDUOS SÓLIDOS.	608
23.5. SUMINISTRO DE ENERGÍA Y ALUMBRADO PÚBLICO.	608
23.6. SUMINISTRO DOMICILIARIO DE GAS NATURAL.	609
23.7. SERVICIO DE TELEFONÍA.	609

CAPITULO XII.

CARACTERIZACIÓN SOCIO-DEMOGRÁFICA DE LA CIUDAD

611

24. DISTRIBUCIÓN SOCIO-ESPACIAL DE LA POBLACIÓN.

611

24.1. CARACTERIZACIÓN ESPACIAL DE LA CIUDAD POR ESTRATOS SOCIO-ECONÓMICOS 611

24.2. EL FENÓMENO DE SEGREGACIÓN SOCIO-ESPACIAL PRESENTE EN LA CIUDAD. TENDENCIAS DE CRECIMIENTO Y EXPANSIÓN. 615

24.3. CARACTERIZACIÓN DEL EMPLEO EN LA CIUDAD Y SU DISTRIBUCIÓN ESPACIAL. 616

25. LA OFERTA DE SERVICIOS SOCIALES EN LA CIUDAD.

620

25.1. EQUIPAMIENTOS DE SALUD. 620

25.2. EQUIPAMIENTOS DE BIENESTAR SOCIAL. 622

25.3. EQUIPAMIENTOS EDUCATIVOS. 623

25.4. EQUIPAMIENTOS CULTURALES. 625

25.5. EQUIPAMIENTO DEPORTIVO Y RECREATIVO. 626

25.6. DOTACIÓN DE ÁREAS LIBRES Y RECREATIVAS. 627

25.7. SERVICIOS URBANOS Y LAS REDES DE SEGURIDAD CIUDADANA. 629

25.8. EQUIPAMIENTOS DE ABASTECIMIENTO. 630

25.9. UBICACIÓN ESPACIAL DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA. 631

25.10. DEMANDA DE VIVIENDA POR ESTRATOS SOCIO-ECONÓMICOS. 631

25.11. OFERTA DE VIVIENDA Y SU RELACIÓN CON LA DISTRIBUCIÓN DE INGRESOS EN LA CIUDAD. 636

25.12. DELINCUENCIA Y CRIMINALIDAD 636

CAPITULO XIII.

CARACTERIZACIÓN ECONÓMICO-PRODUCTIVA DE LA CIUDAD

639

26. MARCO DE REFERENCIA, LOCALIZACIÓN E INVENTARIO DE LAS PRINCIPALES ACTIVIDADES ECONÓMICAS.

639

26.1. EL CONTEXTO ECONÓMICO NACIONAL. 639

26.2. EL PRODUCTO INTERNO BRUTO NACIONAL Y SU RELACIÓN CON EL PIB DEL DISTRITO CAPITAL DE BOGOTÁ 642

26.3. CARACTERIZACIÓN Y COMPORTAMIENTO HISTÓRICO DE LA ECONOMÍA URBANA DE BOGOTÁ. 644

26.4. LOCALIZACIÓN ESPACIAL DE LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS. 645

26.5. EL PROCESO DE EXPANSIÓN DE LA CIUDAD Y SU RELACIÓN CON EL VALOR DEL SUELO. 648

26.6. LA DISPONIBILIDAD DE SUELO URBANO Y LA ACTIVIDAD CONSTRUCTORA EN LA CIUDAD. 650

26.7. LOS 10 SECTORES MÁS RELEVANTES DE LA ECONOMÍA BOGOTANA. 652

26.8. LOS 10 SECTORES MÁS DINÁMICOS DE LA ECONOMÍA BOGOTANA. 654

26.9. LOS CLUSTERS PROMISORIOS DE LA CIUDAD. 654

26.10. VENTAJAS COMPARATIVAS QUE FORTALECEN LA COMPETITIVIDAD DE LA CIUDAD. 657

<u>CAPÍTULO XIV.</u>	
<u>CARACTERIZACIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA DE LA CIUDAD EN EL MARCO DE LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA.</u>	658
27. LA ESTRUCTURA POLÍTICO-ADMINISTRATIVA DE LA CIUDAD EN EL MARCO DE LA DESCENTRALIZACIÓN.	658
27.1. LA DIVISIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA DE LA CIUDAD.	658
28. LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y EL LIDERAZGO CÍVICO EN BOGOTÁ.	676
28.1. BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE LA PLANIFICACIÓN LOCAL PARTICIPATIVA.	676
28.2. CAPACIDAD DEL APARATO ADMINISTRATIVO LOCAL Y DISTRITAL.	692
28.3. CAPACIDAD DE LAS ORGANIZACIONES CÍVICAS.	695
28.4. LA PARTICIPACIÓN EN EL PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE LA CIUDAD.	711
<u>CAPÍTULO XV.</u>	
<u>EL PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE LA CIUDAD (POT).</u>	719
29. MARCO DE REFERENCIA.	719
29.1. FILOSOFÍA Y CONTENIDO GENERAL.	719
29.2. OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS.	722
30. COMPONENTES GENERALES.	726
30.1. EL MODELO DE ORDENAMIENTO.	726
30.2. TRATAMIENTOS PROPUESTOS.	728
<u>CAPÍTULO XVI.</u>	
<u>LA ESTRATEGIA TOPOFÍLICA EN EL CASO DE BOGOTÁ.</u>	730
31. CONSIDERACIONES PROPOSITIVAS PARA EL MONTAJE DE UN PROYECTO QUE PONGA EN MARCHA LA ESTRATEGIA TOPOFÍLICA EN EL CASO DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ.	730
31.1. MARCO GENERAL, A MANERA DE PRESENTACIÓN Y JUSTIFICACIÓN.	730
31.2. EVENTUALES ACTORES INVOLUCRADOS A NIVEL NACIONAL E INTERNACIONAL.	731
31.3. ALCANCES E IMPACTO.	732
31.4. ARTICULACIÓN DE LA PROPUESTA CON EL MARCO POLÍTICO-INSTITUCIONAL A NIVEL NACIONAL Y DISTRITAL.	735
31.5. OBJETIVO GENERAL Y OBJETIVOS ESPECÍFICOS.	738
31.6. RESULTADOS ESPERADOS.	739
32. ASPECTOS OPERATIVOS.	741
32.1. ESTRATEGIA DE IMPLEMENTACIÓN.	741
32.2. ESTRUCTURA ORGANIZATIVA PROPUESTA PARA EL DESARROLLO DEL PROYECTO EN EL CASO ESPECÍFICO DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ.	742
32.3. LA DETERMINACIÓN DE ESCENARIOS Y LA DEFINICIÓN DE PROYECTOS CONCRETOS: UN EJERCICIO DE APLICACIÓN EN LAS ZONAS DE MEJORAMIENTO INTEGRAL DEL POT.	744

33. COMENTARIO FINAL A LA TERCERA PARTE	756
34. BIBLIOGRAFIA GENERAL CONSULTADA	761
35. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA EN TORNO A LA CIUDAD DE BOGOTÁ.	830
36. INDICES DE LÁMINAS, GRAFICOS, TABLAS Y MAPAS	836

ANEXOS.

ANEXO N° 1. MARCO CIENTÍFICO DEL TRABAJO A MANERA DE PRESENTACIÓN Y CONTEXTO.

ANEXO N° 2. CURRICULUM VITAE DEL AUTOR.

ANEXO N° 3. BILBAO Y EL “EFECTO GUGGENHEIM”.

ANEXO N° 4. EL FIN DE LA IDEA DE MONUMENTO EN EL NUEVO ORDEN GEOGRÁFICO DE LA CIUDAD.

ANEXO N° 5. CONSIDERACIONES PROPOSITIVAS PARA EL MONTAJE DE UNA LÍNEA DE INVESTIGACIÓN EN “ESPACIO Y TERRITORIO” FUNDAMENTADAS EN EL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO.

ANEXO N° 6. PROYECTO DE CONSULTORÍA: TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO. MARCO DE REFERENCIA, ESTRATEGIA DE IMPLEMENTACIÓN Y PROYECCIÓN INSTITUCIONAL

INTRODUCCIÓN

Si bien la ciudad tradicionalmente ha sido ese privilegiado escenario donde a través del lenguaje (el lenguaje urbano) se pone por excelencia en juego todo lo humano; hoy en día, y dentro del contexto de lo que se ha dado en llamar la “tercera revolución industrial” (para aludir a la enorme transformación que ha significado para la humanidad, en general, la instauración de ese nuevo poder que representan la informática y las telecomunicaciones), asistimos a un proceso tal de expansión del fenómeno urbano que ese lenguaje que desde siempre ha caracterizado a la ciudad, de tanto decir deviene ruido y, por lo mismo, no dice nada; al menos este es el supuesto inherente a la ya trillada figura de la “aldea global”; un ruido que por oírse permanentemente ya no se escucha puesto que lo impregna todo conformando una especie de magma amorfo que cubre la superficie entera del planeta, convertido de tal suerte en una sorda y gigantesca ciudad: la *ciudad-mundo*.

Aquí no es sólo que el planeta se conciba como una “gran aldea”, sino que la ciudad en particular tiene como norte y referencia primera y fundamental el mundo mismo. Lo urbano, es cierto, lo inunda todo, y no sólo por la progresiva implantación de su imaginario en los más recónditos lugares de la tierra, sino por que de hecho, la ciudad como tal aspira a “concentrar” el mundo, ya que su desmedido crecimiento físico y simbólico permite que en realidad “todo quepa en ella”, todo en ella tenga lugar; allí conviven los “recolectores nómades” y los “cazadores” con los sedentarios funcionarios del Estado; allí entran en diálogo (o en conflicto) las formas tribales de apropiación y uso del espacio con los centros comerciales y las ilimitadas zonas de ocio y consumo “abiertas” para todos; allí se encuentran las líneas y fronteras que indistintamente demarcan todo tipo de territorios con formas de movilidad subversivas que permanentemente los destejan; y todo gracias a que si algo caracteriza a la ciudad, tanto a la de hoy como a la de siempre es “la lucha”, el enfrentamiento, aquél que se resiste a dejarse domesticar bajo la triunfal imposición de un privilegiado principio de razón, ya que si algo se pone en juego permanentemente en la ciudad es, precisamente, su *multiracialidad*.

No obstante, una particularidad tiene la ciudad de hoy y es su disposición permanente al cambio, como si quisiera escaparse de la historia viviendo a alta velocidad. Una velocidad que, de otra parte, acelera los conflictos y las contradicciones al arrasar a su

paso aquellos reductos de lo fragmentario que subsisten y, de hecho alimentan, la complejidad cultural y social de la ciudad.

De este modo, si algo caracteriza a la cultura urbana de las grandes ciudades es su compleja diversidad, puesta de manifiesto a través de las múltiples formas de enfrentamiento que, en cualquier caso, se resumen en dos tipos de fuerzas antagónicas y complementarias: la de la ciudad apofántica, organizada y regulada y la de la ciudad dionisiaca, caótica y expresiva. De cualquier modo, la “lucha” inherente a estos dos polos dialécticos se expresa en múltiples formas de enfrentamiento: homogeneidad institucionalizada y heterogeneidad altérica; indiferenciación de “lo liso” e ineludible marca del “estriaje”; cerrada estructuración vertebrada y jerárquica de “lo sólido” y dinámica fluidez de “lo líquido”; “cuadrícula dura” de lo visible-medible y “cuadrícula blanda” de lo imponderable que no acepta definición; regularizada presencia de “lo mismo” (*lo idéntico*) y perturbadora presencia de “lo otro” *la diferencia*. De lo que se trata, entonces, es de entender a la ciudad a la luz de un enfrentamiento entre “lo derivado” que, precisamente, por ir a la deriva es espontáneo y flexible, y “lo continuo” que mantiene el orden intemporal de las cosas, ¿máquina de guerra o aparato de Estado?; ¿cultura de qué y para qué?

El común denominador es simple: lo que la ciudad rezuma por todas partes en esta, su emergencia contemporánea, es el despliegue de todas sus fuerzas, el desbordamiento irreconciliado de su mirada; de ahí la necesidad de liberar y potenciar sus posibilidades ocultas a la luz de sus oportunidades y ventajas; aquellas que, fundamentadas en su especificidad y diferencia, reconozcan la propia diferencia que habita en sus calles y que hace que cada ciudad sea tan distinta a las demás como cada rincón de ellas lo es en sí mismo respecto de los otros.

Con todo, hablar de “gran ciudad” supone, de cualquier manera, hacer alusión a algo más que a su tamaño, sin demérito de que la enorme magnitud que este tiende a cobrar en muchas partes (especialmente en las ciudades de los países del “Tercer Mundo”) sea en sí misma un factor fundamental a analizar; en cuyo caso lo verdaderamente relevante es considerar el peso demográfico de las mismas en relación con la población de las regiones o áreas a las que pertenecen y no simplemente su número neto de población.

Entran, entonces, otra serie de factores a tener que considerarse a la hora de aplicar esta denominación; entre ellos, la heterogeneidad y multiplicidad de servicios que no sólo la ciudad ofrece sino que además está en capacidad de concentrar; la diversidad cultural que en ella reside derivada de la multiplicidad de orígenes de sus pobladores; la capacidad de despertar y excitar el imaginario de otras localidades y regiones que, de tal suerte, la conciban como un destino deseable; las proyecciones metropolitanas, regionales e internacionales que la hagan hacer parte de un concierto supralocal; la diversidad de imaginarios y de principios de razón y realidad que está en capacidad de albergar y poner, de hecho, a interactuar; la cantidad de empleo y mano de obra que puede llegar a habilitar; las elevadas tasas de crecimiento de la actividad de la construcción; la complejidad y variedad de elementos que soportan tanto sus sistemas de movilidad como los de tratamiento de residuos, y querámoslo o no, la manera en que su sociedad está inmersa y, de hecho depende, no tanto de la producción de bienes de capital y riqueza como del *consumo*.

Criterios que, en suma, no pueden catalogarse de la misma manera para las ciudades del mundo desarrollado que para las ciudades de aquellos países que no lo están, de suerte tal que el concepto de “gran ciudad” no deja de ser un tanto abstracto y ambiguo puesto que, por un lado, refiriéndonos exclusivamente al tamaño, no podemos poner en el mismo saco a ciudades como Calcuta o Nueva York, a pesar de que en ambos casos es innegable que nos estamos refiriendo a “grandes ciudades”; y, por otro, a ciudades como Amsterdam, Madrid o Bruselas; ya que si nos atenemos, tan sólo, a este precario criterio, necesariamente tendríamos que dejar de lado en esta clasificación, omitiendo la definición que supone el responder a los caracteres antes mencionados y que, en un amplio sentido, definen también a la “gran ciudad”.

De acuerdo con esto y con el fin de hilar un solo discurso del que posteriormente se puedan derivar investigaciones puntuales en casos específicos, nos dejaremos llevar, para efectos del presente trabajo, por aquellos dos conceptos que, a nuestro modo de ver, comparten estos dos tipos de “grandes ciudades”: la *complejidad* y sus elevados índices de *consumo*; aspectos que, en cualquier caso, se subsumen en un único proyecto: el del orden *global*.

Complejidad, consumo y globalización conforman esa indisoluble triada sin la cual es imposible entender a la ciudad de hoy. A ella es necesario remitirse si se quieren

comprender los procesos de desterritorialización que, en cualquier caso, le son inherentes; aquellos que si por un lado ponen en crisis el sentido de lo local en sus componentes simbólicos, sociales, culturales y, por supuesto, espaciales, por otro, suponen, y de hecho exigen, nuevas formas de territorialización; y todo gracias a esa imperiosa necesidad que experimenta el ser humano de “pertenecer a alguna parte”, de sentirse identificado con algo.

De esta forma, surge de manera paralela a la progresiva pérdida del sentido de identidad (y en consecuencia de pertenencia) de los habitantes de las grandes ciudades, inherente a la pérdida de escala física y simbólica que tal situación supone, una búsqueda de referentes espaciales y simbólicos que permitan “de-marcar” la ciudad, “rayarla”; en última instancia, “apropiarla”; pero también, o por esto mismo, un proceso de apropiación de la misma que no siempre le es, ni mucho menos, beneficioso, toda vez que el mismo se manifiesta a través de una serie de “disfunciones urbanas”¹ que van desde la apropiación del espacio público, a las peligrosas formas de “justicia privada” que aluden a lo que jurídicamente se denomina la “apropiación posesiva del ejercicio del derecho”; Enfrentamiento improductivo de diferencias que devalúan y desvirtúan el importante valor simbólico y funcional de “la lucha” de la que antes habláramos.

He ahí la necesidad de establecer un nuevo proyecto de ciudad “abierta”² donde la *diferencia*; aquello que, precisamente nos une a todos, sea por lo mismo un nuevo principio colectivo de ciudad; y esto a través del desencadenamiento y despliegue de aquellas sinergias locales derivadas del concepto de “capital simbólico” inherente a la propia cultura urbana de cada ciudad. Después de todo, no podemos olvidar que la ciudad no es “una” sino que está hecha de fragmentos, de infinidad de partes; ¿cómo ignorar entonces las potencialidades territorializadoras o, mejor, reterritorializadoras de la fragmentación (el poder de lo local) al interior de un nuevo proyecto de ciudad? ; a fin de cuentas radica aquí la única posibilidad de que lo fragmentario subsista al interior de ese otro proyecto que es la “ciudad-global”; ¿Pero como conciliar lo fragmentario con lo global?; ¿no son acaso dos términos antagónicos e irreconciliables?; ¿no acusan acaso una

¹ Con la expresión “disfunción urbana” no estamos efectuando un juicio moralista respecto de lo que supuestamente se “debe” esperar de la ciudad y, por lo mismo, capaz de decir lo que la ciudad “no” es, o lo que en la ciudad “no cabe”, ya que creemos que en ella todo tiene cabida, todo tiene lugar y, por lo mismo en sentido amplio, todo es “normal”; más bien nos referimos a las consecuencias de ciertos comportamientos o situaciones que atentan contra su dinámica funcional o contra el derecho, vida o bienes de sus habitantes.

² Aludimos aquí a la superación del viejo proyecto moderno de ciudad que, en su carácter cerrado y “holístico” se derivaba de una idea fija, o lo que es lo mismo, de un ideal a alcanzar.

incompatibilidad radical? ; de otra parte, ¿no requiere acaso lo global como tal (al menos desde ese punto de vista económico que alude a las “ventajas comparativas”) la potenciación de las partes? No cabe duda, la única posibilidad de que lo local y lo fragmentario subsistan al interior del juego global consiste en redimensionar y, ¿por qué no? redefinir “lo global” mismo a partir de resaltar la específica relevancia y competencia de lo local en su ser tal, es decir la importancia de su “ser local.”

En otras palabras, de lo que se trata es de establecer la importancia del despliegue de lo local al interior de un mundo que, querámoslo o no, tiende cada vez con más fuerza a parecerse demasiado a la idea que desde hace tiempo tiene de sí mismo; es decir, donde la diferencia no tiene lugar y, por lo mismo, la identidad no existe. En este orden de ideas, para nadie es un secreto que la posibilidad real que las ciudades de hoy en día tienen de sobrevivir al interior de un mundo convertido en economía de mercado radica en su propia posibilidad de competir con aquello que precisamente las caracteriza desde su fundamento más propio, ya que sólo una mirada a la ciudad basada en su diferencia y, en consecuencia, en el derecho del otro, que es el propio derecho a la ciudad, puede permitir que éstas deriven de su riqueza cultural una innegable fuente de prosperidad económica.

La situación aquí es particularmente compleja y aparentemente contradictoria, ya que si bien buena parte de las ciudades (particularmente las ciudades del “Tercer Mundo”) acusan un fuerte proceso de pérdida del sentido de pertenencia y apropiación por parte de unos habitantes cada vez más perdidos en medio de la propia fragmentación y heterogeneidad de su “gigantismo”, por otro lado, tenemos con la globalización la presencia de un proyecto universal y concreto que apunta, al menos en apariencia, a la homogenización de códigos espaciales y culturales, lo que incidiría en un nuevo “sentido de pertenencia”, aunque en este caso sería hacia “ninguna parte”. Circunstancia particularmente grave que habría que sumar a los ya tradicionales e inherentes problemas de estas grandes y complejas ciudades (como todas, caracterizadas por la movilidad, la fragmentación y la velocidad) donde las enormes contradicciones sociales, la precariedad de la economía y la migración creciente del campo hacen todavía más complicada su efectiva “apropiación”; y esto para no hablar de las secuelas de procesos tan desterritorializadores como el que supone el embate homogenizador de la globalización (del que hablaremos a lo largo de este trabajo); circunstancia que en sí misma genera, cuando no agrava, los grandes conflictos socio-espaciales que, en gran medida, caracterizan estas ciudades.

Si como dice Octavio Paz, “las geografías son simbólicas”, sólo a través de nuestra activa participación en su “construcción” – que de paso es la del propio paisaje que así “nos muestra”- será posible que la ciudad, entendida como “geografía construida”, corresponda verdaderamente con ese mundo que si bien no será jamás el que deseamos, si al menos habrá de acercarse a uno que nos permita realizarnos más confiadamente en el ejercicio y despliegue de nuestra libertad.

Globalización económica y cultural. He ahí un enorme peligro para lo local, pero he ahí las bases para un nuevo proyecto de mundo en el que la diferencia, por fin, tenga lugar.

En este orden de ideas, el problema en particular que pretendemos abordar con este trabajo, se concentra, precisamente, en la pérdida del sentido de pertenencia y de los nexos de apropiación y arraigo de los habitantes de las grandes metrópolis (particularmente en los países de América Latina) causada, entre otros factores, por el embate homogenizador de la globalización, por las enormes contradicciones sociales, por la precariedad de la economía y por la migración creciente del campo a la ciudad; situación que en si misma genera, cuando no agrava, los grandes conflictos socio-espaciales que, en gran medida, caracterizan estas ciudades y el creciente fenómeno de violencia que muchas de ellas padecen.

Sobre esta base, fijaremos nuestro marco de estudio en el contexto socio-espacial que, en la actualidad, resulta inherente a las “grandes metrópolis” de América Latina; concentrándonos, específicamente, en analizar el caso de la ciudad de Bogotá donde el fenómeno de violencia antes reseñado resulta particularmente grave. De este modo, los alcances del trabajo girarán en torno al desarrollo de un *marco teórico y metodológico*, con carácter instrumental que, sobre la base de un caso específico de aplicación (la ciudad antes citada), brinde las herramientas necesarias para su eventual ejecución en otros contextos.

Cabe señalar que los antecedentes y proyecciones del trabajo responden a una línea de investigación que, como señalamos en la nota introductoria a la lectura del texto, inicialmente fuera planteada por el autor en el año 1992 con la publicación: *Topofilia, una*

*alternativa en torno a la revolución de las pequeñas cosas*³ (trabajo editado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD en asocio con la Alcaldía Mayor de Bogotá), y luego desarrollada en sus contenidos epistemológicos (también por el autor) a través del trabajo: *Topofilia, o la dimensión poética del habitar* (editado en 1998 por el Instituto Colombiano para el Fomento a la Ciencia y la Tecnología COLCIENCIAS en asocio con la Universidad Javeriana de Bogotá). En este orden de ideas, y siempre dentro de esta línea, el concepto de Topofilia, desarrollado al interior del marco descrito, se ha venido implementando, desde entonces, a partir de la realización de toda una serie de investigaciones y proyectos reseñados en el *Curriculum Vitae* adjunto (Anexo N° 2).

En lo que al objetivo general del trabajo se refiere, podemos señalar que éste no es otro que el de elaborar una *herramienta teórica y metodológica de desarrollo comunitario y planeación participativa con dimensión sustentable* que, desde una perspectiva enmarcada en el discurso científico de la Geografía Humana, potencie el papel del “*capital social*” y, con él, del “*capital simbólico*”, en la construcción del territorio, reforzando el sentido de *lo local* en sus componentes culturales y socio-espaciales; esto con el fin de que a partir de allí se haga posible, particularmente a los habitantes más pobres de las grandes metrópolis latinoamericanas, participar activamente en la construcción y apropiación de un territorio (la ciudad) que de tal suerte les resulte propio. *La idea no sólo es reforzar el sentido de lo local que caracteriza y define las diferencias socio históricas y culturales que determinan cada colectividad al interior de la ciudad, sino remarcar el papel e importancia de las mismas en el concierto de un ineludible mundo global*; lo que pasa,

³ El programa *Topofilia* (de las raíces griegas, *topos*, lugar, y *philos*, amigo), diseñado y dirigido por el autor, fue implementado en la ciudad de Bogotá (Colombia) entre los años 1993 y 1995 por parte de la Alcaldía Mayor de la ciudad bajo financiación del *Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD*, derivando, a partir de él, toda una línea de trabajos de campo que, bajo la filosofía de “hacer ciudad”, hasta el momento se vienen llevando a cabo. Su objetivo no es otro que el de brindar a las diferentes comunidades de la ciudad una herramienta de planificación participativa que, a partir de la apropiación psico-afectiva de ésta por parte de sus habitantes, contribuya con el mejoramiento de sus condiciones de productividad, gobernabilidad y habitabilidad. Es de aclarar que si bien el concepto es heredado de Gaston Bachelard (1957) por parte del geógrafo Yi Fu Tuan (1974a), el mismo no debe confundirse con el uso que aquí le damos, puesto que si para Tuan, siguiendo a Bachelard, la *Topofilia* implica una relación con el lugar de corte intuitivo-emocional de “pertenencia” al mismo, para nosotros, como desarrollaremos en el capítulo correspondiente al *Topos-Philico* (Capítulo IV. Numeral 9.1.), dicha relación sólo se hace posible sobre la base de la construcción del lugar mismo entendido como *territorio*; construcción que, inspirada y fundamentada en presupuestos de orden óntico y ontológico (como que tienen que ver directamente con el ser del hombre), de hecho implica un claro compromiso político (proactivo sobre el escenario de la ciudad) a través de la ejecución de un determinado procedimiento técnico e instrumental en el que entran en juego toda una serie de variables socio-espaciales, económicas, políticas, administrativas y culturales.

necesariamente, por la construcción de una específica idea de ciudad.

Cabe señalar que, con lo dicho, lejos de proponer un único discurso que, de manera genérica, por no decir “global”, pretenda definir y, por tanto, de-limitar a la ciudad, encasillándola de una manera o de otra, para legitimar un determinado orden político, económico o social; lo que se pretende es, más bien, fortalecer los múltiples y crecientes discursos de apertura que a su interior pueden llegar a hacer posible, finalmente, que la ciudad se constituya en un verdadero espacio colectivo construido en, y desde, el *encuentro de diferencias*. La globalización es un hecho, tenemos que aceptarlo, pero de la manera como las sociedades menos favorecidas por el capital económico entren a competir en ella dependerá, no sólo su respectivo futuro, sino el futuro mismo de la humanidad, toda vez que es precisamente en las grandes ciudades de los países menos desarrollados donde se concentra, no sólo la mayor parte de la población urbana del planeta sino y, por lo mismo, la mayor parte de su desequilibrio social, económico y ambiental.

En esta medida, la pretensión de este trabajo no puede ser otra que la de aportar, en su modesta medida, y desde la especificidad de su discurso (centrado en la construcción colectiva del territorio con base en la instauración de efectivos procesos de concertación), en la generación de procesos urbanos que, construyendo una idea de funcionalidad basada en la recuperación de la gobernabilidad (alcanzada, desde nuestra perspectiva, a partir de la construcción-apropiación colectiva del territorio), permitan a las respectivas ciudades entrar a competir en el juego del mercado global sin ser apabulladas por éste al atenuar, desde aquí, al menos en parte, el enorme efecto homogenizador que impone su imaginario; a fin de cuentas la homogenización que alienta el proyecto global no es más que eso, un *imaginario*.

Por su parte, podemos señalar como objetivos espacíficos los siguientes:

a. *Instrumentalizar* las tesis propuestas en el trabajo de investigación COLCIENCIAS–Universidad Javeriana: *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. (Cod. 12-03-13-202-92) con el fin de contrastar las mismas con la experiencia empírica del trabajo profesional desarrollado por el autor en el tema y así hacerlas operativas en el contexto geográfico establecido, a la luz de su particular situación social, espacial, política y administrativa.

b. *Establecer*, desde la perspectiva del Trabajo, los criterios básicos que puedan llegar a hacer efectiva la participación ciudadana en la construcción–apropiación del territorio urbano en el caso específico de la ciudad latinoamericana y, particularmente en el de la ciudad de Bogotá.

c. *Proponer*, a la luz de la filosofía del Trabajo, los criterios básicos para la elaboración de planes de desarrollo local, particularmente en el contexto de la descentralización administrativa de la ciudad de Bogotá, analizando la efectividad que, para el caso, aporta su actual división político administrativa.

d. *Proporcionar* las bases conceptuales para el diseño y montaje de un proyecto que, a nivel latinoamericano, pueda ser efectivo en el amplio marco de las circunstancias políticas, económicas y sociales del subcontinente.

e. *Constituir* el marco de referencia general para la realización de consecuentes proyectos de investigación en el tema. Para el efecto, y referido al caso específico de la ciudad de Bogotá, el presente trabajo debe servir de base para la realización de los tres proyectos que en esta línea nos hemos propuesto y de los cuales hablaremos en la nota preliminar para la lectura del presente texto.

En lo que respecta a la metodología a desarrollar, el trabajo, en su carácter bibliográfico y documental, partirá de una evaluación y contextualización (para el caso que nos ocupa) de las más recientes teorías en materia urbana, confrontando las mismas con las dinámicas espaciales de la ciudad latinoamericana, haciendo énfasis, concretamente, en el caso de la ciudad de Bogotá.

En este orden de ideas analizaremos, previa ponderación dentro del panorama latinoamericano de la problemática socio-ambiental de sus grandes ciudades (ciudades de más de 5 millones de habitantes), el caso específico de la ciudad de estudio a la luz de su estructura político administrativa y de su dinámica socio económica y espacial; para ello haremos particular énfasis en las sinergias y circunstancias locales más pertinentes a la hora de implementar la estrategia propuesta. Con este fin, nos serviremos tanto de la vasta bibliografía existente, como de la elaboración de una serie de láminas, tablas, gráficos y mapas de análisis que ilustren la caracterización general de la ciudad de estudio dentro del amplio marco de las grandes ciudades de América Latina.

Del mismo modo, y complementario al recurso gráfico, nos serviremos, en el caso de la ciudad de Bogotá, del análisis de su Plan de Ordenamiento Territorial (POT);

particularmente en lo que se refiere a los mecanismos que este propone para hacer efectiva la participación ciudadana en los procesos de construcción territorial; examinando, del mismo modo, las posibilidades que, para el efecto brinda, o no, su actual división política y administrativa. De esta forma, para alcanzar los objetivos propuestos, el trabajo, en su carácter estrictamente bibliográfico, desarrollará sus contenidos a través de la consulta de fuentes secundarias, de acuerdo con la estructura que presentamos a continuación.

Para lograr lo anterior, el trabajo se desarrollará en tres partes fundamentales estructuradas de la siguiente manera:

PRIMERA PARTE: CARACTERIZACIÓN DE LAS GRANDES METRÓPOLIS EN EL COMIENZO DE SIGLO: una mirada desde la relación entre consumo y sociedad. Se orientará a establecer el papel de la relación entre consumo y sociedad para entender la naturaleza y dinámica de las grandes ciudades dentro del marco de la globalización y, a partir de allí, el fenómeno eventual de pérdida del sentido de pertenencia que experimentan buena parte de sus habitantes. Situación que acompaña la propia pérdida del sentido de “lo local” en sus componentes simbólicos, sociales, culturales y, por supuesto, espaciales. En otras palabras, lo que aquí nos interesa es *ahondar en la manera como el impacto de la globalización en la sociedad de consumo afecta el comportamiento de los habitantes de las grandes metrópolis incidiendo, en gran medida, en la pérdida del sentido de pertenencia de éstos para con ellas*. En esta medida pretendemos explicitar en las conclusiones respectivas, una respuesta a las siguientes preguntas que, de tal suerte, actúan como guía de esta parte del trabajo:

1. ¿Hasta dónde la relación entre consumo y sociedad contribuye con la pérdida de los referentes socio-espaciales en las grandes ciudades?
2. ¿Cómo incide el proceso de globalización económica y cultural que vive el mundo en la actualidad en los sentimientos de pertenencia y arraigo de los habitantes de las grandes ciudades?
3. ¿Cómo evaluar el impacto socio-espacial de la globalización?
4. ¿Qué posibilidad tiene “lo local” de enfrentar el “embate homogenizador” de la globalización y, a la vez, en qué condiciones puede llegar a ser competitivo al interior de ella sin perder las especificidades que caracterizan su *diferencia*?
5. ¿Qué papel cumple la “cultura urbana” y, dentro de ella, el concepto de “capital simbólico” para hacer frente al “embate homogenizador” de la globalización?

SEGUNDA PARTE: LA TOPOFILIA Y SU PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO: *Hacia una propuesta pedagógica de desarrollo urbano participativo con dimensión sustentable para el caso de las grandes ciudades de América Latina.* Nos ocuparemos en esta fase del trabajo de hacer explícitos la filosofía, objetivos, alcances y componentes básicos del planteamiento topofílico en lo concerniente a su relevancia para enfrentar los gravísimos problemas derivados de la pérdida del sentido de pertenencia de buena parte de los habitantes de las grandes ciudades latinoamericanas con el espacio físico en el que se desenvuelven. Del mismo modo nos interesará, especialmente, la manera en que dicho planteamiento concibe la planeación urbana en lo concerniente a la biunívoca relación que establece entre el tejido físico y el social, a partir de su específica manera de concebir la planificación estratégica y, con ella, la concertación ciudadana. La idea no es otra que demostrar la pertinencia del planteamiento topofílico, en su dimensión *sustentable e innovadora*, a la hora de abordar trabajos o acciones de ordenamiento territorial, así como planes que, desde la perspectiva del “redesarrollo”, pretendan adelantar intervenciones urbanas orientadas, tanto a la rehabilitación, como a la renovación y recualificación urbana.

En este sentido nos concentraremos en ubicar el papel que, desde nuestra particular perspectiva, cobra el discurso de la *sustentabilidad* frente a las consecuencias socio-espaciales de la pérdida del sentido de pertenencia de los habitantes de las grandes metrópolis (causadas por los factores antes descritos); destacando en este sentido como una fortaleza, el hecho, aparentemente paradójico, de las “nuevas formas de apropiación” que, por ejemplo, surgen como rechazo al espíritu homogenizador de la globalización, pero que también, y en consecuencia, surgen gracias a ella a través de la construcción de elementos tales como los nuevos imaginarios eclécticos que entran a caracterizar formas *collage* de uso, significación y, de tal suerte, apropiación de la ciudad en escenarios que, dentro de su gran magnitud, brindan escala y seguridad a sus habitantes; es decir, lo que aquí nos interesa demostrar es *el papel que cumple la apropiación de la ciudad por parte de sus habitantes en la implementación de estrategias de desarrollo participativo con dimensión sustentable y, de esta misma forma, demostrar como el impacto socio-espacial de fenómenos como la globalización, y su espíritu “homogenizador”, puede llegar a atenuarse a través de la ejecución de estrategias en este sentido.* En esta medida, en las conclusiones respectivas nos ocuparemos de dar respuesta explícita a los siguientes interrogantes:

1. ¿Cómo entiende la Topofilia la construcción del territorio y cuáles son los componentes básicos de su planteamiento?
2. ¿Cómo garantiza el planteamiento Topofílico la dimensión *sustentable* de su propuesta?
3. ¿Cómo puede la sustentabilidad, entendida desde una dimensión topofílica, contribuir en la solución de los problemas derivados del impacto socio-espacial de la globalización en las grandes metrópolis de América Latina?
4. ¿Qué elementos debe tener en cuenta en la actualidad una propuesta de desarrollo urbano con dimensión sustentable que responda a las sinergias, potencialidades y circunstancias locales latinoamericanas, desde el espíritu propio de la Topofilia?
5. ¿Qué aporte ofrece la *innovación*, y, dentro de ella, el concepto de “empresa social”, al tema del desarrollo sustentable en el caso de las grandes ciudades de América Latina y dentro de una política de construcción topofílica del territorio?
6. ¿Qué elementos debe contemplar, en la actualidad, una política innovadora de desarrollo sustentable, con dimensión topofílica, orientada a la mejora de las condiciones económicas, políticas y socio-ambientales de las grandes ciudades de América Latina?
7. ¿Qué papel juega la “apropiación ciudadana”, entendida desde el concepto de *Topofilia*, dentro de una política de desarrollo urbano participativo con dimensión sustentable?

TERCERA PARTE. LA “CONSTRUCCIÓN DE CIUDAD” ENTENDIDA DESDE EL CONCEPTO DE TOPOFILIA: *El caso de la ciudad de Bogotá.* En esta etapa del trabajo, y a partir del concepto de Topofilia expuesto en la fase anterior (donde habremos desarrollado los componentes básicos del *planteamiento topofílico*), se hará explícita, a través del caso de estudio antes reseñado⁴, la manera en que concebimos el papel del “capital social” y, con él, del “capital simbólico”, en lo que hemos denominado la “construcción topofílica de ciudad”. De esta forma, pretendemos demostrar la relevancia y operatividad de dicho planteamiento a la hora de concebir una “planeación para el desarrollo” con *dimensión sustentable* fundamentada en un fuerte sentido de “lo local”. En otras palabras, *lo que nos interesa demostrar, a través de la implementación de la propuesta en un caso específico, es la operatividad del planteamiento topofílico a la hora de concebir la planeación concertada como una importante herramienta de*

⁴ Hemos escogido el caso de la ciudad de Bogotá, por ser allí particularmente graves los problemas generados por la pérdida, por parte de sus habitantes, del aludido “sentido de pertenencia” (irrespeto a la norma, desidia frente a las iniciativas del Estado, descuido del espacio público y de los equipamientos comunitarios, irascibilidad ciudadana y, entre otras cosas, elevados índices de violencia y criminalidad).

“construcción” y/o reordenamiento del territorio en sus componentes político-administrativos, económico-productivos, físico-espaciales y socio-culturales. Para lograr lo anterior desarrollaremos esta fase del trabajo dejándonos llevar por los siguientes interrogantes:

1. ¿Cómo se inserta la Topofilia dentro del marco político administrativo de la ciudad de Bogotá y cuál, es en definitiva, su compromiso político?
2. ¿Cuál es el aporte del planteamiento topofílico al marco político-administrativo que regula el tema del ordenamiento territorial en Colombia y, particularmente, en el contexto de Bogotá?
3. ¿De que manera se hace efectiva la participación ciudadana al interior del planteamiento topofílico y cuál es su papel en la estrategia de gestión que la implementación de dicho planteamiento supone?
4. ¿Cómo garantiza la Topofilia la apropiación psico-afectiva de la ciudad por parte de sus habitantes?
5. ¿Cómo actúan los componentes político-administrativos, económico-productivos, espacio-ambientales y socio-culturales del planteamiento topofílico en la construcción concertada de la ciudad?
6. ¿Qué indicadores pueden establecerse para evaluar las bondades del planteamiento topofílico a la luz de su modelo de *Desarrollo Urbano Sustentable*?
7. ¿Cómo se garantiza la continuidad de las acciones propuestas por el trabajo y, de tal suerte, su efectiva apropiación ciudadana?

De acuerdo con lo anterior, las conclusiones generales del trabajo, constituidas a través de las conclusiones parciales de cada una de sus etapas, se orientarán a explicitar la manera como desde el planteamiento topofílico, en su honda dimensión antropogeográfica, es posible abordar e, incluso, resolver, complejos problemas de Economía Política ligados a la ordenación del territorio; pretensión que lejos de distraernos de nuestro eje disciplinar: la Geografía Humana, sí, más bien, pretende acercar ambas disciplinas abriendo desde la segunda una ruta de exploración para la primera, siendo la caracterización del “puente” entre una y otra, entendido desde los intereses de este trabajo, uno de los objetivos indirectos que nos hemos fijado y que nos proponemos abordar en un próximo trabajo.

PRIMERA PARTE

*CARACTERIZACIÓN DE LAS GRANDES
METRÓPOLIS EN EL COMIENZO DE
SIGLO; UNA MIRADA DESDE LA RELACIÓN
ENTRE CONSUMO Y SOCIEDAD*



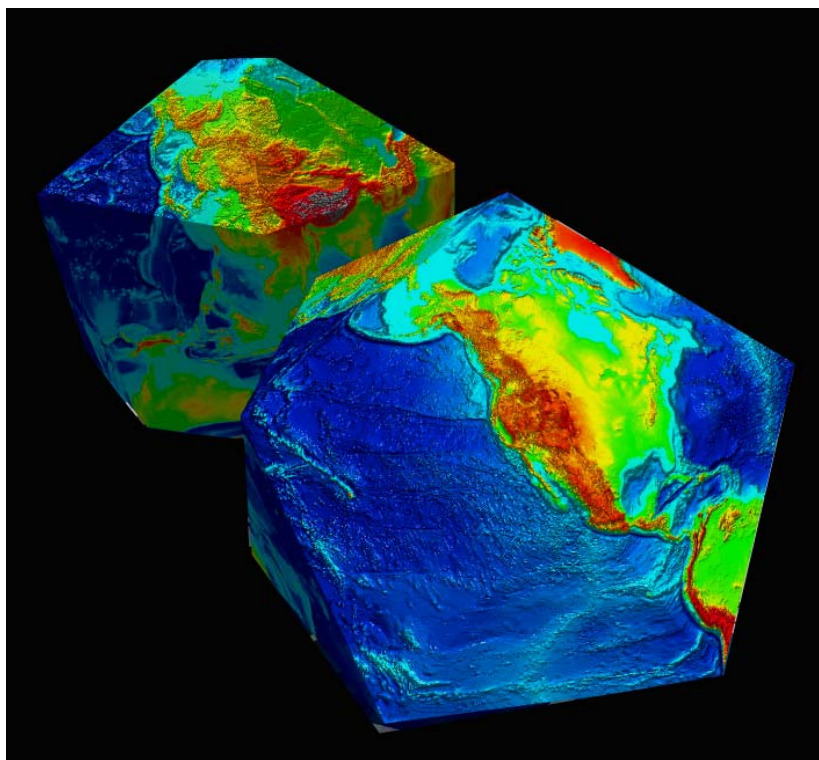
CAPITULO I. DESBORDAMIENTO URBANO Y EMERGENCIA DE LA CIUDAD

1. EL DESBORDAMIENTO DE LA CIUDAD: APUNTES PARA UNA CARTOGRAFÍA MARÍTIMA.

1.1. Ciudades desplegadas: acerca de la profundidad de la piel

Durante muchos siglos creímos que la posición de las estrellas era la forma más segura de orientarnos en la superficie lisa e indiferenciada del mar; de hecho lo era cuando éste resultaba desconocido y no había puntos de referencia. Pero, ¿cómo esperar encontrar puntos de referencia en una superficie de tal naturaleza?, ¿cómo orientarnos entonces?, es realmente el mar una superficie tan lisa como lo creemos?, ¿y que hay de las líneas y manchas que en él se forman?, ¿por qué no fijarnos en las líneas? ¿por qué desconfiar de las manchas que en él se dibujan y que de tal suerte así lo dibujan? (**Lámina 1**)

Lámina 1
«CARTOGRAFIAS POSIBLES»



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.origamisahedron.com

La respuesta es muy sencilla, porque son móviles, por que no están fijas; y ¿cómo iban a estarlo si son producto de los cambios intempestivos de las corrientes, de la profundidad, de la época del año en que se forman ciertos cardúmenes de peces viajando

en una cierta dirección, de las algas del fondo y, sobre todo, de la orientación y la fuerza del viento? Pero, ¿es que acaso éstos no son datos tan ciertos como los que pueden representar la ubicación a babor de una isla, la señal de un faro a estribor o, incluso, el vuelo de ciertas aves que, como todos sabemos, jamás se apartan mucho de la costa y son quienes, en verdad, pueden dar el más claro testimonio de la ubicación “exacta” de los bancos de peces? Características todas éstas conocidas por los pescadores de bacalao de la cuenca del Mediterráneo que durante siglos se han guiado en sus travesías por algo muy distinto a las cartas y los tradicionales instrumentos de navegación:

Así iban a San Pedro: se avanza hacia el sol de poniente mientras flote alguna alga, se gira hacia la izquierda un poco, cuando todo se vuelve muy azul, no puede haber error, allí están los parajes preferidos por las marsoplas, luego viene una fuerte corriente constante que lleva hacia el norte, más adelante, el viento que sopla por abajo, a ráfagas, después el oleaje corto, el lugar donde se cruza la ruta de los grandes cofres, entonces aparece el primer gran banco, allí, bajo el viento (Serres, M. 1983. pp. 84).

Donde nosotros, ignorantes de los movimientos de la lógica del mar, sólo vemos una superficie “lisa”, indiferenciada, el viejo marino ve una superficie “estriada”, lee toda una cartografía hecha de signos ciertos. Para él, el mar tiene forma de “pliegue”, y sabe leer en sus “despliegues” y “repliegues” los claros indicios de una orientación; ha aprendido a moverse en medio de la movilidad; aunque, por supuesto, no hay garantía de que no se pierda, ¿en dónde la hay?; no obstante él sabe, aunque esté perdido, en donde se encuentra, en medio de que “repliegue”.

Pero la ciencia tiene prisa, en particular, la geografía que ha querido ir demasiado rápido, a pesar de que el objeto de estudio de ésta es, precisamente, “el estudio de lo plegado”- no puede esperar a que todos adquiramos la sabia experiencia del viejo (situación en apariencia contradictoria con su pretensión pedagógica que consiste, precisamente, en enseñar a “leer” los signos visibles a través de los cuales lo invisible rezuma por todas partes). Siglos de refinada cartografía se superponen a tal punto sobre la experiencia del viejo que ésta termina, de hecho, suplantándola, “superándola”. Desde que Kant nos enseñó a ver lo que pensamos y no lo que vemos, lo visible desapareció y, con ello, lo cercano (el contacto “táctil” con el mundo y sus cualidades), pues se impuso un

nuevo visible: el “horizonte”, lugar intangible hacia donde todas las naves se dirigen, hacia donde todos los destinos están orientados.

El pliegue es la reversión de la forma que se vuelve sobre sí, de hecho, todas las formas están plegadas puesto que siempre hay algo que se guardan; no es lo que aparece contenido antes de que se acuse su *pathos*, como querría la metafísica sino que, por el contrario, el pliegue es el *pathos* mismo de la forma; en tal sentido, el *origami* es mucho más que un papel doblado puesto que la forma que en él se libera no está hecha de aristas sino de flejes que en todo acusan profundidad; los flejes del papel, los pliegues de la realidad hecha volumen plegado; por eso allí la forma salta desplegándose como gato, grillo o rana; formas arbitrarias todas ellas contenidas en el mismo plano, un plano que a su vez resulta ser, no otra cosa que un espacio plegado. Aquí el despliegue no es, ni mucho menos, el fin de la forma sino la ruta que este sigue a otra forma de plegado.

Nace así una nueva cartografía que en todo excede la de lo plano; una cartografía ya no de lo simple que se organiza sobre ese principio euclidiano que afirma que dos cosas no pueden ocupar un mismo lugar en el espacio y, por tanto, sólo reconoce entidades claramente diferenciadas espacialmente, sino una cartografía de lo complejo, una cartografía de lo múltiple que no sólo admite lo plegado sino lo superpuesto, lo aleatoriamente combinado, una cartografía del *bricolage* (**Lámina 2**), una cartografía no euclidiana donde pueden existir, y de hecho lo hacen, múltiples formas, una cartografía de lo posible que preface en las múltiples formas de lo plegado, o mejor, en los múltiples pliegues de una forma por fin visible, por fin desplegada. Y lo que se despliega, en primer lugar, no es otra cosa que la propia geografía que *pasa de un plano dimensional a uno relacional*, de un juego de vectores a uno de tensores: el valle deja de ser ese espacio abierto por el río que fluye entre dos montañas y que sirve de asiento a una población, para constituir un *paraje* repleto de líneas de tensión en la que es imposible aplicar categorías de fondo y forma ya que la acción humana ha instaurado una nueva e indivisa naturaleza, o como decía Schelling a propósito del arte, “ha completado la acción de ésta”.

Lámina 2
«REPLIEGUE HUMANO, DESPLIEGUE URBANO»



Montaje: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.artshistory.palmas.com; www.Bogotá-de.com

Dentro de este marco, todo lo que se pliega existe como estrato a través de lo cual la forma deviene, se trasmuta, se metamorfosea, y todo gracias a que tiene una *profundidad*. Lo plegado no sólo se define por extensiones sino por intenciones, intensidades, grados, como la lectura que hacía del mar el viejo marino descubriéndolo en su secreto: la profundidad del mar radica en que se encuentra plegado.⁵ Gracias a los estratos propios del pliegue la ciudad, y con ella la realidad misma, (que de hecho resulta plegada), se descubre de una doble manera: primero, como soportada en la profundidad y en su carácter eminentemente telúrico y, segundo, como hecha de *estriaje*, es decir, de texturas, de sensaciones táctiles: allí están los achurados, los drapeados, los aglomerados, en fin, todos los ingredientes de ese *bricollage* que constituye la realidad en cuanto tal.

⁵ Distinguimos aquí entre lo profundo y lo hondo, ya que mientras que lo segundo alude a un calificativo espacial, lo primero expresa un estado, una dimensión.

Por su parte, las texturas no sólo sirven para describir la naturaleza del *estriaje*, sino para dar cuenta de la manera como éste actúa a través de ellas; razón por la cual el pliegue, más que una noción es, y no otra cosa, una *operación*, un *acontecimiento*. No obstante no hablamos de aquella clase de operación que realiza la voluntad al decidir “leer” las cosas como “plegadas”, como si se tratara de una elección entre varias, sino de una acción del entendimiento que reconoce el pliegue en el que, de hecho, éstas se presentan y, de tal suerte, surgen como acontecimiento, como suceso: el propio suceso que, desde esta manera particular de entender la geografía, resulta ser la ciudad, hecha tanto de edificios, como de relaciones vitales.

Por su parte, como señala Deleuze (1994), el acontecimiento sólo puede surgir del caos; pero éste, que por definición es una abstracción, no existe si no hay una malla a través de la cual pueda emerger oponiéndose a ella. A fin de cuentas, el caos no es otra cosa que el conjunto de los muchos posibles que quieren tomar por su cuenta su existencia “espacializándose” de alguna manera. Que el mundo sea acontecimiento significa que es un “virtual” incorporado en cada sujeto como fondo del que cada quien extrae su punto de vista. A su vez, que el pliegue también lo sea, significa que no está hecho tanto de coordenadas espaciales, como de tiempo, de momentos; en particular de ese momento abrupto que se anuncia como emergencia y que se dilata hasta ese otro “momento” que es el infinito: aquél en el que éste implota, en que se repliega. Lo que de aquí se infiere es que la realidad (y, por lo mismo, la geografía que la de-escribe), ya no está hecha de objetos, sino de *eventos*, de *sucesos*, como a diario parecen recordarnos los *media*.

No obstante, para Deleuze, lo que ocurre no es que se reemplace un valor por otro, el de objeto por el de suceso, sino que surge un nuevo tipo de presencia que el filósofo denomina “objetil”; concepto que alude a una nueva relación de los objetos con el entorno, recomponiendo en un nuevo constructo la relación figura-fondo. El *objetil*, es el objeto-suceso que no se limita a ningún espacio porque, de hecho, no se presta a ser contenido; más bien tiene que ver con una especie de modulación temporal donde se desarrolla una variación constante de la materia que al desplegarse deviene como suceso. El ejemplo quizá más característico de esto lo trae Peter Eisenman, a propósito de lo que afirma respecto de los conciertos masivos de rock (**Lámina 3**), donde una parte significativa de la ciudad se repliega en un espacio inaugurado más que para el evento, gracias a él.

Lámina 3
«LA CIUDAD EVENTUAL»



Fuente: Buscador google: www.sire.gov.co/masivo/panorama.htm. Teatro al aire libre «La media Torta» Rock al parque 2000 tomada por Wilfredo Ospina.

La gente no acude a estos conciertos a escuchar – pues no se puede simplemente “oír” música – sino a formar parte del entorno. Se trata de un nuevo tipo de entorno, compuesto de luz, sonido y movimiento, de una estructura de sucesos en que la arquitectura no se destaca sin más contra el fondo de los sistemas mediáticos, sino que es consumida por ellos (Eisenman, P. 1996. pp. 360).

Hablamos aquí de un entorno no cartografiado hasta ahora, es más, ni siquiera tenido en cuenta. En este sentido, mucho tendría que aportar a la geografía de la ciudad la teoría de catástrofes de Thom, donde se reitera esa relación que hemos anotado entre pliegue y suceso, o mejor, entre objeto y entorno, ya que allí se demuestra que, en realidad, no hay ningún objeto estático, puesto que no existe ningún plano de proyección privilegiado para él; en vez de eso, lo que existe es una superficie neutra formada a través de un pliegue o curvatura variable. En palabras de Eisenman (1996), esta curvatura es “la inflexión del suceso puro”. Lo que se deriva de aquí es el hecho de que la estructura del suceso de cambio es ya inherente al propio objeto a pesar de que todavía no se pueda ver (aunque de hecho se puede modelar al interior de la superficie neutra del pliegue). Un solo grano de arena puede ocasionar un corrimiento de tierras, pero no podemos saber ni cual será, ni cuando ocurrirá éste; no obstante, sí podemos establecer las condiciones que determinarán el movimiento dado que éstas ya hacen parte de la estructura misma; hacen

parte de la propia “inestabilidad” del sistema que, para nuestros efectos es, y no otra cosa, un sistema urbano.

En este sentido la teoría de catástrofes puede explicar los súbitos cambios de estado o de forma de una estructura, mediante todo un sistema complejo de pliegues que permanece oculto. ¿Qué si no un sistema de pliegues hace que un sector residencial se vuelva comercial, o que en cierto sector de la ciudad repentinamente cambie el ritmo y la dinámica de sus habitantes producto de una súbita e inesperada interferencia? Desde luego no es que ésta emergiera de la nada, sino que ya latía como posibilidad al interior de la estructura que ahora se ve afectada por ella; allí yacía agazapada como latencia pero, igual que el desplazamiento del grano de arena que ocasiona todo un movimiento telúrico, resultaba impredecible respecto del momento de su aparición triunfal. Valga decir, a este respecto, que los pliegues de una estructura son tanto más intempestivos cuanto más consolidado sea el lugar donde aparezcan, o lo que es lo mismo, en tanto más cerrada sea la estructura. ¿Cómo concebir desde aquí por separado el destino de un edificio, de un barrio, o de un sector entero de ciudad, respecto del lugar donde se encuentran y que de tal manera cualquiera de estos “objetiles” ha fundado?.

No se puede “inventar” un pliegue, pero si se puede invocar (propiciar) su aparición al interior de cualquier sistema, de hecho, el pliegue puede usarse para recomponer, restaurar y, ¿por qué no?, renovar lo existente; a fin de cuentas, el pliegue es una operación de orden intersticial y, por tanto, su bondad radica en que opera desde “dentro” (**Lámina 4**). Si bien la realidad está hecha de pliegues (de sucesos, u objetos-suceso) éstos no pueden ocultar el fenómeno formal que hay en ella sino, por el contrario, dar cuenta de éste a través de la acción de darse; acción que, de tal forma, es una *expresión*. A través del pliegue la realidad deviene expresión o, lo que es lo mismo, deviene hacia “afuera”; se muestra y, por tanto resulta, a través de su modo de darse, ser *muestra*..!

Lámina 4
«TRANSFORMACION DE UN TERRITORIO»



Fuente: Workshop, realizado el 5,6,7 y 8 de Noviembre 2002. Universidad Javeriana

El pliegue lo inunda todo, incluso el vacío que, de tal forma, no es más que una forma de materia replegada. A su vez, “la materia que revela su textura deviene material, de la misma manera que la forma que revela sus pliegues deviene fuerza” (Deleuze, G. 1989. pp. 51). El pliegue, por tanto, no está hecho de líneas sino de fuerzas, de tensiones y tracciones actuando simultáneamente y de la misma manera, por esto afirma Deleuze que las formas plegadas son maneras, mientras que las materias son el fondo desde donde estas actúan; “se va de las materias a las maneras, de los suelos y terrenos a los hábitats y los salones” (Ibídem); por esto el problema no es cómo acabar un pliegue sino como entenderlo para continuarlo; ¿cómo hacer que atravesase el techo?, ¿cómo llevarlo hasta el infinito? A fin de cuentas los pliegues no se pueden borrar, a lo sumo ignorar apenas por un breve espacio de tiempo pues lo propio de estos es “abrirse un espacio”, proyectarse hacia el infinito; en esta medida no se puedan confinar pero si utilizar en beneficio o detrimento de la forma misma pues el pliegue “no sólo afecta todas las materias sino que determina y hace aparecer la forma convirtiéndola en una *forma de expresión*” (Deleuze, G. Op. Cit. pp. 50. La cursiva es nuestra).

El pliegue es siempre una forma ex-puesta y, en tal sentido, responde a la pregunta moderna de ¿cómo salir al exterior? De este modo, bien puede pasar por una técnica, de hecho la modernidad ya la intentó. Pero como el pliegue no puede ser una forma de hacer sino que, por el contrario, responde a una forma de ser, la pregunta hoy se invierte: ¿cómo “salir del exterior” en un mundo en el que, como nos señalan los *media* y la sociedad de consumo, todo el tiempo estamos afuera? Aquí lo importante no es, de qué manera sino, ¿mediante qué forma? El problema es que “salir del exterior” no puede hacerse a través de un refugiarnos en el interior, dado que éste ha dejado de existir desde hace tiempo y, en consecuencia, como corresponde a tal suerte, ¿qué futuro le puede esperar a un exterior sin la imagen *alter* que lo justifica? La desaparición del interior implica, de hecho, la automática desaparición del exterior. Ambos son reemplazados por la *exposición* y la *muestra*: que otra cosa es mostrar sino hacer evidente una *muestra*? Exponer no es un simple “sacar afuera” sino exhibir, razón de ser de la ciudad *voyeur* de nuestra época.

Pero existe una dimensión del pliegue que apenas hemos esbozado tangencialmente cuando citando a Eisenman aludíamos a los conciertos de rock y a la experiencia de *objeto-suceso* que, a partir de allí, se presagia como un nuevo referente paradigmático de nuestra época, es éste el que se anuncia en el carácter exhibitorio de su *ser-mostración* y en el papel que tanto la informática como los *media* juegan aquí en lo concerniente a las distintas formas de pliegue, despliegue y repliegue para la ciudad de hoy. Paradójicamente nosotros llamaremos a lo que ocurre en este derroche de mostración y despliegue de formas expuestas por todas partes y a su búsqueda desenfrenada de consumo y goce (si es que en nuestra sociedad podemos separar lo uno de lo otro) una *reversión*.

Antiguamente bastaba para acceder a una ciudad, simplemente estar en ella, allí se daban en forma abierta a los visitantes sus calles y plazas, sus parques y comercios, sus puertos y mercados. Hoy en día lo que ha variado frente a esta situación tiene necesariamente que examinarse a la luz del significado de la propia expresión “estar en una ciudad”. ¿Qué puede significar hoy en día estar en ella cuando los paradigmas de hipereficiencia que la alientan hacen que a través de las tarjetas que abren sus puertas ésta prácticamente quepa en una billetera?⁶ Docenas de tarjetas que, desde luego, hay que

⁶ Alusión al acceso restringido al “uso” de la ciudad contemporánea mediado por la utilización indiscriminada de toda una pléyade de tarjetas que van desde el dinero plástico a la tarjeta del seguro social, de suerte que “entrar” en ella, ser ciudadano, existir, supondrá su irrestricta utilización; de hecho el antiguo “uso” de la ciudad es ahora reemplazado por el de las tarjetas.

adquirir (consumir) en el mercado por un precio, (primer nivel de selección que la ciudad de hoy le exige a un visitante -particularmente en los países más desarrollados- pero, sin duda, poco a poco extensible al mundo entero); la geografía entera de la ciudad pretendidamente plegada al interior de una billetera: allí están sus medios de transporte, sus comercios, sus medios de comunicación, sus zonas de vivienda, sus servicios, incluso la electricidad y el agua convenientemente prepagadas a través de la selección de un determinado número de kilovatios o de litros, y todo bajo la abstracta figura de la domiciliación que invisibiliza no sólo a la ciudad sino a sus habitantes ubicados desde aquí en esa nueva forma de espacio que supone el vivir en “el sistema”, el hacer parte de “la red”; de cualquier forma ubicables por ese nuevo Dios que resulta ser *el gran ordenador*.⁷ Esto sin contar con los respectivos *carneys* que es necesario portar para poder acreditar nuestro legítimo derecho acceder a bibliotecas, áreas deportivas, oficinas o zonas residenciales, o aquellos otros que nos abren la puerta del “derecho público” a la seguridad social y a la medicina.

La ciudad entera convertida en un exclusivo “club social”; y decimos “exclusivo” porque si algo caracteriza a la misma es su espíritu eminentemente excluyente ya que no todos tienen lugar, o mejor, sólo aquellos dispuestos a pagar la “cuota de afiliación” que los saque de ese peligroso lugar exterior a la periferia.⁸ Sin la menor posibilidad de elección pasamos de ser ciudadanos a convertirnos en “socios” de ese gran “estado de bienestar” que, por todas partes, la ciudad ofrece; otra cosa es que esté en capacidad de propiciarlo, acaso de mantenerlo y, mucho menos, de hacer de él un proyecto común compartido. La ciudad entera convertida en un enorme compendio de tarjetas que, seguramente, pronto serán reemplazadas por una sola a la que, desde luego, no todo el mundo tendrá derecho. ¿Qué pasará entonces con aquellos que no la tengan? Muy probablemente lo veremos en una nueva película de ciencia “ficción”, cuando después de *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982) nos veamos enfrentados en la lucha por la

⁷ Nombre que en España se da a los computadores y que para efectos de nuestro discurso resulta en este momento del todo adecuado.

⁸ No creemos que la periferia sea un lugar exterior al centro, como los sociólogos de los años treinta nos hicieran creer; más bien creemos que es parte de él; aquello no donde termina la sociedad sino donde lo social mismo verdaderamente empieza en tanto espacio de coacción de las múltiples posibilidades que encierra lo social como tal; de esta forma sería una especie de “centro desplazado” del propio centro del que hace parte; de ahí que lo verdaderamente “peligroso” para la sociedad no es precisamente “lo periférico” que desde siempre hace parte de ella, sino lo que de hecho está más allá; lo anorgánico que ésta aún no contempla.

supervivencia con una nueva raza de “replicantes”,⁹ si es que, finalmente, no llegamos a ser parte de ella.

¿Despliegue de la ciudad, o reversión de la misma a un nivel minimalista y peligrosamente implosivo?, ¿acaso a una situación premeditadamente perversa y, por lo mismo, fatalmente autodestructiva?, ¿apertura de la ciudad o, por el contrario, reversión de su significado?, ¿Ciudad democrática y democratizadora, o extensión del dispositivo paranoico por todas partes?

¿Cómo explicar la súbita apertura de la ciudad y de su pretensión globalizante (ciudad-mundo) sin tener en cuenta los procesos inversos que se dan en ella?; ¿por qué, de repente, la ciudad se ha vuelto más celosa y restrictiva?; ¿a qué el aumento de puestos de control y de intempestivos retenes en las calles?; ¿cómo explicar los cada vez más crecientes procesos de desterritorialización y, a la vez, el súbito “despliegue” de nuevas formas de territorialismo? La ciudad se está replegando por todas partes, se está recogiendo, teme perder el control, o lo que sería más grave aún, teme perderse al interior de ella misma pues ignora por completo en cuántas partes está plegada.

De otro modo, para nadie es un secreto que hemos pasado de una época de interpretación a una de *mediatización*; ámbitos mediáticos como la publicidad y la realidad virtual son cada día más importantes; y esto al punto que se podría decir que si, por un lado, conforman hoy una nueva realidad que desafía las antiguas claras fronteras del tiempo y el espacio, por otro, retrotraen a tal punto los significados que prácticamente los hacen desaparecer en medio de toda una serie de manchas y de video-clips de realidad por todas partes, dado que

La compleja urbe de nuestro tiempo se convierte cada vez más en una especie de video multicultural y multitemporal, pantalla gigantesca donde todo se muestra implosionado, aplanado, desjerarquizado y desprovisto de todo orden; y todo esto a la más impresionante velocidad, globalizado y desterritorializado (Cruz Kronfly, F. 1998. pp. 197).

⁹ Alusión a aquella raza de “andróides perfectos” que en la cinta de Scott se sublevan contra el poder que los crea en su afán por controlar su propio tiempo de vida (de hecho bastante limitado).

A través del efecto de reversión la ciudad deviene un caótico maremagnum de ruido e imágenes del más variado orden, de suerte que tanto su sintaxis como su gramática resultan un despliegue de fragmentos aleatoriamente dispuestos como en cualquier video rock. Lo duradero se ha replegado para dar paso a lo cambiante y lo fijo ha hecho lo propio para dar paso a la movilidad pues, desde luego, y como nos lo evidencia la actual sociedad del *consumo-espectáculo*, “nada se hace para durar” puesto que la memoria no interesa; a fin de cuentas, no sólo nada se hace para recordar sino que *nada se concibe para ser recordado*; quizá porque, de hecho, no hay nada que lo requiera. La ciudad huye de su memoria y de la idea de “destino cierto” que permanece anclada en ella; excepción hecha de aquello que, rescatado del pasado, pueda servir al consumo, en cuyo caso se recicla y renueva. *El Fin de la idea de Monumento en el nuevo orden geográfico de la ciudad*). Surgen de aquí toda una pléyade de “neos” y “revivals” que, incluso, adoptan el kitch como estrategia “posmoderna” para no abandonar del todo su propia y precaria premodernidad; ¿es que puede haber una más clara reversión?

Así como el “manto” de la ciudad recubrió, en su momento, el *humus* de la naturaleza, el “*humus*” de la ciudad, si aceptamos que en ella exista algo parecido, ha sido cubierto (en-cubierto) por el manto de los *medios* y la información donde ahora se instala el proyecto de lo real; sin embargo, a través de los intersticios que dejan las redes de comunicación, se traslucen los repliegues de esa piel urbana donde se soportan agazapadas las formas brutas de la ciudad; aquellas que, evitando cualquier romántica mitificación, no dudamos en denominar, el fondo mismo de lo popular¹⁰ desde donde esa, “la ciudad otra”, hace resistencia. Arriba la uniformidad, abajo la diferencia, no olvidemos que la *ciudad-pliegue* es una ciudad estratificada, por eso lo importante no es su tamaño, de hecho, como señalamos en la introducción, la ciudad no necesita crecer para ser “grande” ya que basta con que en ella crezcan los medios de disuasión para garantizar su control. ¿Cómo regular lo que ocurre en sus pliegues si no es a través de éstos?; más aún, ¿cómo hacerlo con lo que se desata entre ellos? Entre un pliegue y otro no puede haber más que otro pliegue, he ahí la clave de la profundidad de la piel; he ahí la clave para comprender su textura y, en

¹⁰ No creemos que “lo popular” pertenezca a un estado especial de la ciudad “anclado” idílicamente en un pasado inmemorial que idealmente “en carna” su forma más pura e incontaminada; por el contrario, reconocemos en lo popular una potencialidad dinámica capaz de crecer, alimentarse y metamorfosearse con el tiempo y, por tanto, sujeta a la contaminación; en tal medida, ¿cómo separar las partes del collage multicultural que hoy en día constituye lo popular?, ¿cómo buscar aquí ascépticamente un supuesto “incontaminado” cuando lo que ocurre es que en la actualidad lo popular resulta ser la contaminación misma?. Por tal razón preferimos hablar, más que de “lo popular” en cuanto tal, de su más cara propiedad, la *flexibilidad*, es decir, aquello que desde el fondo de su naturaleza le permite absorber, asumir, incorporar e integrar haciéndolo ser y actuar de una determinada manera.

tal medida, he ahí la clave para entender el hondo sentido de la “emergencia” de la ciudad y, con ella, del consecuente despliegue “emergente” de su formas replegadas; formas que, en última instancia, convergen en esa, la ciudad otra: *la ciudad de la diferencia*.

Conclusión: el Estado para sobrevivir, para mantenerse, tiene también que “plegarse”; si quiere prevalecer tiene que obrar ciñéndose a las reglas del pliegue y, ¿qué mejor que los medios de comunicación y su innegable papel “penetrador” para alcanzar este propósito? para atravesar los pliegues, para infiltrarse clandestinamente en ellos. Gracias a los pliegues el Estado tiene que subvertirse, o mejor, se descubre en su faceta más subversiva y, por lo mismo, más peligrosa; su incondicional alianza con los medios de comunicación constituye la doble cara del poder en tanto dispositivo panóptico; un dispositivo ante el cual nada se escapa. La alianza Estado-medios de comunicación constituye en sí misma el más eficaz “aparato de captura”; y todo gracias al enorme poder disuasor de la imagen puesto de manifiesto ante la más eficaz de las estrategias de seducción: *el consumo*..! He ahí el poder de los *media*, su arte radica, precisamente, en saberse plegar, así le llegan a todo el mundo, así logran su cometido, dándole a cada quien lo que está esperando obtienen fácilmente la uniformidad. Por eso al incrementarse el sistema de disuasión lo que ocurre es “una gigantesca involución (que) obliga a todo conflicto, a toda finalidad, a todo enfrentamiento, a contraerse a la medida del chantaje que los interrumpe, los neutraliza y los congela. Ni revuelta ni historia alguna pueden desplegarse según su propia lógica pues se exponen al anodamiento” (Baudrillard, J. 1993. pp.67).

Aquí los medios son maestros en el arte de la disuasión al conducir y canalizar la opinión en contra de la opinión misma a través del manejo de la información; la reversión no puede ser mayor; se acabó el imperativo de sumisión: USTED manda; USTED es la mayoría o, si se prefiere según el caso, USTED constituye la inmensa minoría; USTED decide; por que USTED lo ha pedido... De este modo, con el “usted”- a través del cual lo que ocurra nos lo buscamos por que cuenta con nuestra anuencia, más aún con nuestro apetito de publicidad; es decir de imagen o, lo que es lo mismo, de protagonismo- el aparato de Estado adopta el pliegue como estrategia de dominación al “diluir” su figura de “centro”, de foco fijo en toda una red telemática de la que, por su puesto, todo el mundo quiere hacer parte; ¿a quién no le gustaría “estar al aire”, ganar en un programa concurso, ser entrevistado en una encuesta de opinión, o ser captado por la cámara escondida? A través de los medios y la información la ciudad deviene una cruda y simple abstracción,

una entelequia producto de la manipulación y dominio de la información; “virulencia secreta, reacción en cadena, implosión lenta”, como la llama Baudillard (1993); la ciudad se cubre de simulacros de realidad por todas partes instituyendo, paradójicamente allí, todo “lo real”.

Lo que surge, entonces, es una falsa figura de “anti-Estado” como nueva forma de poder encubierto por la retórica de los medios que lo inundan todo: donde no llega el Estado llega la radio o la televisión; ¿cómo no servirse, pues, de éstos? Y continúa la reversión, pues a la de centro-periferia – con la que juega el Estado- se le suman la de interior-exterior, figura-fondo y latencia-apariencia, entre otras varias. De este modo, como señala Baudrillard,

La cuestión es probar lo real con lo imaginario, la verdad con el escándalo, la ley con la transgresión, el trabajo con la huelga, el sistema con la crisis y el capital con la revolución (...) (Del mismo modo que) probar el teatro con el antiteatro, el arte con el antiarte, la pedagogía con la antipedagogía, la psiquiatría con la antipsiquiatría, etcétera, etcétera (Baudrillard, J. Op. Cit. pp. 44-45).

A lo que añadiríamos: la arquitectura con la antiarquitectura y el urbanismo con el antiurbanismo; en última instancia, la ciudad con la anticiudad; de suerte tal que a la postre

Todo se metamorfosea en el término contrario para sobrevivirse en su forma expurgada. Todos los poderes, todas las instituciones, hablan de sí mismos por negación, para intentar, simulando la muerte, escapar a su agonía real. El poder escenifica su propia muerte para recuperar algún brillo de existencia y legitimidad (Ibídem).

Lo que ahora ocurre no es muy distinto de lo que ocurría en épocas anteriores cuando también la simulación y su juego de ficciones eran los dueños del mundo; quizá la única diferencia radica en que esta ya no reclama para la realidad un rango de verdad (a lo sumo para sí), quizá, precisamente, por que hoy en día ya nadie cree en ella. No obstante la triunfante disuasión no se había percatado de que al convencernos de habitar (consumir)

un mundo imagen, un mundo-ficción, ella misma devendría imagen también y, por lo mismo, simulación, volviéndose en su contra su propia estrategia (Yory, CM. 2002).

De este modo, más que imágenes, lo que compramos en la ciudad-mercado son seductoras estrategias de disuasión en las que, por supuesto, tampoco creemos, ya que la propia disuasión nos enseñó a desconfiar de ella. Sirva de ejemplo la prolífica producción de seducción que, a través de infinidad de nuevos productos y marcas, atiborra el mercado y que, a pesar de nuestra propia incredulidad nos sigue atrayendo, “consumiéndonos” al interior de su propia estrategia; ¿quién puede creer que ahora sí alguien inventó el shampoo perfecto, o el ideal mismo del yogurt dietético? Y, sin embargo, ¿quién se atreve a dejar de comprarlo? En el fondo subyace “plegada” la idea del producto perfecto en el también “plegado” mundo perfecto que, a través del consumo de tales artículos, se nos ofrece; Una idea tan “plegada” como el ideal del “hombre Marlboro” que se “despliega” con el solo acto de encender un cigarrillo.

La situación es muy parecida a la que ofrece la Pantera Rosa cuando saca de un maletín una sombrilla de piscina, una mesa de piscina y una piscina en la que se entrega a nadar para finalmente, plegar la piscina, la mesa y la sombrilla dentro del maletín, en el que se pliega ella misma para así dar paso al propio pliegue del maletín que finalmente desaparece, no sin antes plegar el formato del televisor a través del cual pliega a los televidentes y, de esta forma, al universo entero que así resulta “plegado” en un maletín que hace ya rato dejó de existir, de *ser-presencia*. Nadie puede disuadirnos de que el universo cabe plegado en un maletín invisible pero, de hecho, aceptamos la seducción que nos ofrece la imagen, compramos la imagen de disuasión dado que la disuasión misma no es otra cosa que la venta de una imagen.

Lo que se infiere de aquí es una reversión de todas las energías bajo una forma de explosión revertida, es decir, de una virtual implosión donde las mismas se abolen anulando el sentido y, por supuesto, toda dirección que no sea hacia el interior de ellas mismas. A la inversa de lo que ocurriría en la modernidad, donde la energía se programaba hacia “afuera” en formas cada vez más expansivas, hoy asistimos a las consecuencias de su desbocamiento; el cual, al rozar los límites de lo universal (al menos es lo que propaga) no ha tenido más remedio que volverse sobre sí.

Según un proceso de desbocamiento y de aceleración, ese proceso explosivo llegó a ser incontrolable, alcanzó una velocidad o una amplitud mortal, o más bien, alcanzó los límites de lo universal, saturó el campo de expansión posible y, del mismo modo que las sociedades primitivas fueron arrasadas por la explosión al no haber sabido dominar durante más tiempo el proceso implosivo, así nuestras culturas comienzan a ser arrasadas por la implosión por no haber sabido dominar el proceso explosivo (Baudrillard, J. Op. Cit. pp. 166-167).

La implosión es irreversible y, con ella, el reto del sentido al poder, a la verdad y a todo aquello que, llamándose “real”, se sienta con la autoridad suficiente para instaurar o reinstaurar lo que Lyotard (1996) llamara los “grandes relatos”. *El reto*: que aprendamos a vivir al interior de estas ficciones o, si se prefiere, en el carácter ilusorio de la realidad; *la estrategia*: mantener y alentar la lucha sobre la base de llevar las fuerzas en conflicto al extremo de hacer patente su propia capacidad autodestructiva; lo que significa mantener la defensa de *la diferencia* por encima del triunfalista “principio de identidad” (a no ser que la propia identidad se base en un principio de diferencia), toda vez que una identidad lograda sobre la base de la imposición de un principio de razón (metarelato) sobre otro, no lleva más que a la reiteración y, pretendida “legitimización” del discurso hegemónico; *la solución*: propender por que la lucha adquiriera un carácter propositivo, autoafirmativo y, de tal suerte, proyectivo, sobre la base de alcanzar acuerdos entre las racionalidades en pugna.

A fin de cuentas, ¿qué más antitético para la cultura que el concepto de “producción cultural inherente a cualquier forma de metarelato?”¹¹ Alentar la lucha supone, por tanto, crear escenarios de convergencia de intereses donde no se apacigue la diferencia sino donde la misma se aliente a través de la obtención de mutuos satisfactores (trabajar en conjunto por lo que cada quien desea). Si el enfrentamiento violento y la destrucción frontal y decidida han sido las estrategias que los discursos de resistencia han empleado

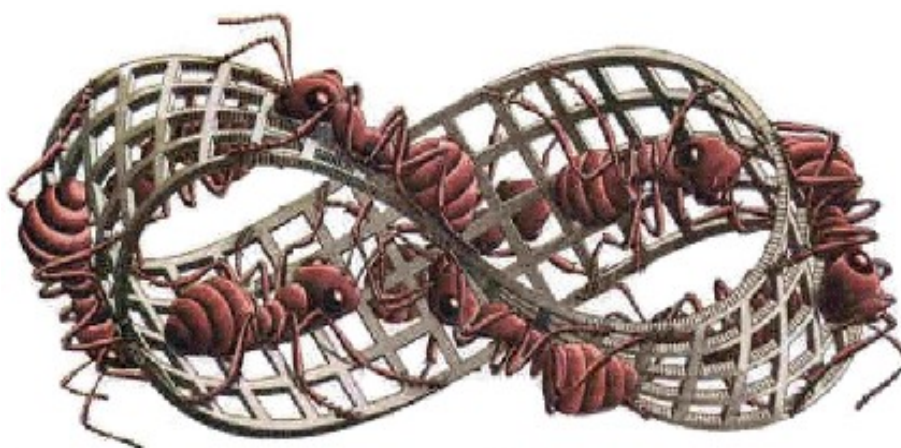
¹¹ Nos referimos a la operación de “edición” que supone, por parte del aparato de Estado, “oficializar” la así denominada “producción cultural”; ya que, en tanto depositario del “principio de razón dominante” que supone su pretendido carácter representacional (se asume que el Estado representa a la mayoría), sólo puede reconocer como propio y, en tal sentido, como parte de su “producción”, aquello que por inscribirse dentro de su discurso (hacer parte de su metarelato) resulta, de tal suerte, legitimado. Lo que se infiere de aquí es el carácter selectivo y, por tanto, excluyente, del concepto institucional de “producción cultural”. Concepto que, de tal forma, entra a representar tanto a una cultura, como a una ciudad, a una

para enfrentar la alienación del trabajo que supuso el esquema lineal “fordista” de la producción, la reversión y la implosión de fuerzas son, de seguro, las estrategias que hoy en día pueden llegar a hacer frente al banquete “postfordista” de la deslocalización que, al interior de las redes de rendimiento económico (los flujos de capital), suscitan una alienación peor todavía: la que supone el proyecto de competitividad *per se* que alienta el “Estado global” y los sofisticados “aparatos de captura” que, particularmente- aunque no de modo exclusivo- impone a través de sus pautas de consumo; unas pautas concebidas sobre la base del sacrificio de los derechos fundamentales tanto de los individuos como los del ambiente.

Por lo anterior, no puede entenderse a la implosión, desde la cual surgen por todas partes nuevos “metarelatos tribales”, como una forma “negativa” que atenta contra el “orden universal” (acaso contra el orden global del neoliberalismo económico), sino como una estrategia de la cultura para sobrevivir ella misma en la defensa de sus diferencias y, por lo mismo, en la defensa y cultivo del “orden universal” por el que, de tal forma propende, al embate aparentemente “indiferenciado” de un mundo global que deviene consumo bajo las formas expurgadas del espectáculo, la exhibición y la muestra. Circunstancia que de manera privilegiada encuentra en la ciudad, particularmente en la “gran ciudad”, su escenario primero y fundamental.

Es por esto, precisamente, por lo que las grandes ciudades de hoy en día se han convertido en auténticos focos de implosión de las estructuras políticas, económicas y, fundamentalmente, sociales. La ciudad plegada resulta ser así una especie de banda de Moebius (**Lámina 5**) sin interior ni exterior; un continuo flujo de materia extendiéndose por todas partes (aunque no de manera simétrica) donde lo múltiple, como señala Deleuze (1989), “ya no es lo que tiene muchas partes, sino lo que está plegado de muchas maneras”.

Lámina 5
«LO DE AFUERA ES LO DE ADENTRO»



Fuente: Buscador google: www.agelfire.com

Lo que ocurre, entonces, es una profunda revolución en nuestra tradicional idea de las fronteras; las líneas del pliegue al comportarse como fuerzas y no como aristas o bordes adquieren un correlato físico que suplanta su antiguo valor geométrico; en esta medida dejan de conformar “planos” para constituir “campos de actuación” y, por lo mismo, “territorios”. He aquí la clave para entender el “desbordamiento” de la ciudad propio de su “emergencia” (aquella que la hace ser “el” objeto de reflexión por excelencia de las ciencias sociales en el mundo actual) como algo que lejos de ser un “rebozamiento” correspondiente con algún “exceso” que se libera (porque no se quiere o porque “no cabe”) es, más bien, la forma más propia de rezumar de lo urbano mismo y, por tanto, una excrecencia, un “humor” y no una operación selectiva que, entre otras, la ciudad realiza.

Pliegue sobre pliegue, campo sobre campo, territorio sobre territorio, subvierten así el antiguo régimen del adentro y del afuera, del antes y el después. Al menos este último (el territorio), y en atención a su naturaleza definida y claramente demarcada (así sea con mohones móviles que atienden a su relación con la propia movilidad de la ciudad), se precia de guardar una cierta impermeabilidad discursiva frente a la homogeneidad del espacio político.

Paradójicamente la ciudad parece ignorar que si efectivamente “funciona” es gracias a la energía liberada de sus pliegues; los que a pesar de ser invisibles en realidad se dejan “ver” a través de formas sustitutas y siempre revolucionarias como las que, particularmente en las grandes ciudades, constituyen una específica espacialidad tan

plegada como las formas que en ella se “abren” y se “cierran”. Espacialidad que, por ejemplo, responde a la movilidad inherente a las distintas formas de economía informal que permanentemente en ella se *repliegan* y *despliegan*. De esta forma, más importante que saber “dónde” hay un determinado pliegue, resulta saber “cómo” actúa: En este sentido diríamos que los pliegues no “están” sino que “*operan*”; es decir, “actúan” y hacen actuar.

Por esto mismo los pliegues no son sólo “invisibles” sino que además, o por esto mismo son, de hecho, incomprensibles para el principio de razón dominante que tiende a imponer, sobre lo que considera una “superficie *lisa*”, la griba de lo explícitamente (aunque sólo en apariencia) diferenciado; aquello que, en su pretensión de novedad, se confunde en una sola y monótona variedad de formas, todas distintas y, por tanto, todas iguales, de suerte que lo así *estriado*, deviene *liso* y, por tanto, indiferenciado. Hasta dónde los políticos, geógrafos y planificadores urbanos hemos sido ignorantes de la verdadera profundidad de la piel! ¿Podemos acaso imaginarnos un indígena perdido en medio de los pliegues de la selva? y, sin embargo, qué fácil es perdernos en los de la ciudad; de cualquier forma, hasta para perderse se requiere aprendizaje...

Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en un bosque, requiere aprendizaje. Los rótulos de las calles deben entonces hablar al que va herrando como el crujir de las ramas secas, y las callejuelas de los barrios céntricos reflejarle las horas del día tan claramente como las hondonadas del monte (Cruz Kronfly, Op. Cit. pp.177).

Moverse en una ciudad implica, por tanto, conocer los pliegues de su geografía cambiante, por esto es necesario aprender a mudar tan rápidamente como los códigos en los que nos movemos; la sobrevivencia en una ciudad (simbólica y muchas veces física) depende de eso; de la rapidez con que aprendamos a leer sus códigos y de la velocidad con que entendamos el sentido (la lógica) de su movilidad. De acuerdo con esto diferimos de García Canclini (1996) en lo que respecta al temor que experimenta este autor frente a lo que llama “el paulatino desvanecimiento de los mapas” en la ciudad contemporánea, ya que, para nosotros, estos no desaparecen, no pueden hacerlo, sino que se pliegan, y lo hacen con el solo fin de volverse a desplegar intempestiva y súbitamente en cualquier otro lugar de la ciudad; ya que, en la mayoría de las veces, no lo hacen, ni en el mismo sitio, ni

de la misma manera: ¿caos metropolitano o resurgimiento de lo urbano en medio de la regulada ciudad? Repliegues de la ciudad que abruptamente se “abren” con el sólo fin de “rehacerla” de nuevo, de ofrecerle nuevas salidas a partir de lo que siempre ha sido.

Sin embargo, en este accionar de pliegues, repliegues y despliegues, necesariamente algo se pierde, algo se nos va de las manos, algo de la memoria se borra, o acaso muta de una forma renovada que a los espíritus bucólico-historicistas no siempre les gusta. En cualquier caso, la disyuntiva está clara: se trata de tener “conciencia histórica” en “el fin de la historia”, o de aceptar la “fatalidad del destino”, la imposición de la *moira*. Del lado que nos ubiquemos dependerá, muy seguramente, nuestro futuro y, desde luego, el futuro de la ciudad.

Volviendo a los mapas marinos que dibujaban los antiguos pescadores de bacalao, y a la forma de su saber que, en todo se oponía al de los instrumentos de medición que pretendían trasladar la voluptuosa figura del mar a una carta (quizá porque siempre había algo que no se podía medir; después de todo ¿dónde meter el olor a sal?), digamos con Serres:

Tras siglos de cartas simples, siglos de cartas violentas que eliminan la percepción diferencial para sustituirla por un papel blanco sembrado de cifras esporádicas, tracemos la carta inmediata de los prácticos locales, dibujemos la escenografía superficial del mar (Serres, M. Op. Cit. pp. 87).

2. CULTURA URBANA Y SIMBOLISMO EN LA CIUDAD.

2.1. La selva de los símbolos.

El repicar de tambores aparta las bestias de la selva, los monos suben presurosos a los árboles espantando, a su vez, parvadas de guacamayas que levantan el vuelo en medio de ensordecedores chillidos, las serpientes venenosas se ocultan bajo las piedras, encima de una de las cuales trepa un jaguar con evidente premura; hasta él, el rey de la selva, huye ante la corte de soldados portugueses que difícilmente logran hacerse paso en medio de la selva. Los únicos que no huyen son los mosquitos – guardianes indestructibles de los secretos de la selva – que se ensañan con los hombres probando su resistencia; muchos de

ellos van enfermos, llevan meses enteros atravesando territorios a todas luces hostiles, remontando indomables ríos, enfrentando las anacondas y las aterradoras pirañas, así como esos fantasmagóricos seres que con frecuencia los sorprenden con andanadas de flechas y de dardos de cerbatana cargados con el poderoso curare que lentamente les paraliza el sistema nervioso y, finalmente, en medio de terribles visiones, los arrastra al país sin Dios de la mala muerte, cuando no caen primero presas de la malaria y de sus febriles delirios.

En realidad no saben si en verdad se dirigen a alguna parte o si, simplemente, al atreverse a viajar más allá de las columnas de Hércules están, en realidad, huyendo de su pasado. Si bien cruzaron el mundo, aún los acompañan infinidad de imágenes de monstruos y mitos traídos de ultramar que, como ellos, no se deciden (quizá por que no pueden) a abandonar del todo el mágico, a la vez que el terrible imaginario simbólico del universo medieval. De este modo, junto con sus carencias y sus sueños han traído imágenes de sus bestiarios y toda una serie de abigarradas creencias en tesoros ocultos y paraísos inexplorados.

Ya desde tiempos muy antiguos Herodoto, Jenofonte y Plinio, entre otros historiadores-geógrafos, habían relatado acerca de mundos poblados por caníbales, gigantes lestrigones, cíclopes, serpientes descomunales, dragones, sirenas, grifos, así como por toda una serie de plantas, animales y hombres de formas insospechadas que acabarían por mostrar ese lado oculto, o aún desconocido, de una naturaleza repleta de prodigios y cosas extraordinarias. Visiones terribles que, en el imaginario de los soldados, pronto se verían confrontadas con los caprichos de una geografía delirante poblada por toda una pléya de criaturas extrañas: el colibrí, ave de tamaño minúsculo como un dedal; el manatí, “pez” que se alimenta de hierbas como una vaca; el tapir, con forma de buey, elefante y el caballo; la ceiba, árbol que produce lana como las ovejas; el maguey, del cual se obtiene vino, agua, miel, arrope, hilo y aguja, entre otras cosas; la coca, que libra del cansancio y del hambre; la quina que combate las fiebres y los delirios; el poderoso maíz que según los indígenas es la materia prima de la carne del hombre, y toda una infinita lista de maravillas y prodigios inenarrables. Perturbadoras imágenes que, en su cruda realidad, exceden con creces las más osadas visiones de los historiadores antiguos, así como los más atrevidos delirios de la imagería popular bajo medieval que, aún entrado el siglo XVI, perviven en la mente de estos aventureros al punto que, como diría Novalis, no es posible discernir “si es que el mundo se convierte en sueño, o es que el sueño se convierte

en mundo”. Y a la cabeza de este aguerrido ejercito, la todopoderosa figura del *Desbravador de florestas*, señor de la cruzada y representante del poder del rey en el nuevo mundo.

La caravana ha llegado a un pequeño promontorio en medio de la jungla, allí el *Desbravador* recibe de manos de su escudero la armadura recién enlucida que el insoportable calor había impedido que llevase durante todo el tiempo, de inmediato se la coloca para subir a su cabalgadura, aquélla que, por circunstancias de la espesura de la selva, habían tenido que traer hasta allí de cabestro, al parecer tan sólo para efectuar el ritual que, de tal suerte expresara, “el desbrave de la selva”. Todo está listo para la conquista del nuevo mundo; el señor de la cruzada empuñando fieramente su espada en la mano derecha y sosteniendo firmemente con la otra las riendas del caballo, previamente engalanado para la ocasión, arremete contra la selva blandiendo la espada sobre la manigua con el sólo fin de “abrir un espacio” en medio de la indiferenciación... A los chillidos de los animales salvajes que se exasperan con la brusca irrupción se superponen los fieros e incomprensibles gritos del *Desbravador* cargados, no cabe duda, de imágenes de rosetones, gárgolas, crucifijos, fuentes y capiteles entremezclados, seguramente, con imágenes de insectos gigantes, cocodrilos devoradores de hombres, mujeres exhuberantes y cordilleras sembradas de piedras preciosas por todas partes: oro, oro., pero también honor, fama y, por su puesto, aventura.

No obstante, con el exorcismo de la selva la ceremonia aún no está completa, una vez “abierto el claro”, es decir “limpiado” de toda huella, dos hombres se encargan de colocar en su centro aquella prueba irrefutable de que hasta allí había llegado un nuevo orden: el patíbulo; ahora si se podía afirmar que la civilización y, con ella, *el orden*, habían llegado a estas tierras huérfanas de Dios y de ley, pero eso sí, a partir de ahora, protegidas por el rey! Será precisamente el poder del rey quien ahora de paso a la fundación de una ciudad para honrar su nombre y, con él, la gloria de Portugal.

Nuevamente el sempiterno mito de los orígenes, en el cual el caos es *des-plazado* por el orden, ha tenido lugar. Como siempre, con cada *em-plazamiento* ha tenido lugar un *des-plazamiento*, una movilización de los signos a otra parte, cuando no una total supresión de los mismos. El “desbrave” de la selva supondrá la fundación de una ciudad!
(Lámina 6)

Lámina 6
«LA CIUDAD LENGUAJE UNA NUEVA NATURALEZA»



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: [www. corbis.com](http://www.corbis.com), www.pachamamahealingcenter.com

La ilusión se vuelve realidad, la realidad se vuelve ilusión! La instauración de un mito supone siempre la sustitución de otro; para unos el mundo acaba de empezar, para otros éste ya había comenzado hace mucho tiempo, para unos terceros, el fin del mundo ha llegado. En cualquier caso, la ciudad surge desde sus comienzos en medio de lo gestual y lo fragmentario, razón por la cual no debe sorprendernos que tales expresiones la acompañen a lo largo de su historia, como tampoco debe extrañarnos que el mito perviva a su interior como su característica más propia.

¿Qué es si no la ciudad, una “selva de signos” superpuesta sobre otra “selva de signos” con la cual muchas veces coexiste? (**Lámina 7**); aquí las fronteras no sólo no están claras, sino que tampoco son fijas. ¿Dónde empieza un código sintagmático y dónde termina otro? Si bien tanto los mitos, como la forma en que éstos se ponen en obra, los signos, pueden ser, de alguna forma “des-plazados”, nunca desaparecen del todo ya que hacen parte del substrato más hondo de la cultura prevaleciendo en eso que eufemísticamente algunos investigadores denominan *lo popular*.

Lámina 7
« LA CIUDAD CONSUMO: UNA SELVA DE SIGNOS »



Fuente: Buscador google:

En la ciudad los signos chocan, juegan, se ocultan, desaparecen en un lugar y aparecen en otro, entran a constituir una forma de “banco de datos” de ese otro eufemismo denominado la “identidad cultural”, aquella especie de pretendido “fondo insobornable” de la sociedad que, ante el embate de modelos globalizantes, pervive bajo la forma de una especie de periferia que, no obstante, está por todas partes, pues a fin de cuentas el concepto de “centro” no es el mismo para todos ni, mucho menos, se traduce bajo la forma de un único espacio (que así querrá ser “emblemático”) que, en consecuencia represente, un también único poder.

Ya desde los egipcios se hacía evidente la coexistencia, no muchas veces pacífica, de dos realidades, de dos religiones, de dos mundos paralelos y, por momentos, entremezclados al interior de la ciudad: el de la religión oficial que sustentaba el Estado, y el de la gente del común, es decir, el de la magia. Uno y otro nacieron y se desarrollaron juntos desde los comienzos de la civilización. Para los griegos Apolo, dios de la Polis, encarnaba el orden establecido, mientras que Dionisios, dios de la tierra, las cosechas y las estaciones, representaba “lo otro”, aquello opuesto a la ciudad; e irracional, aleatorio, informe y muchas veces caótico que sólo respondía a ese fondo profundo que en los seres humanos

alienta lo pasional y, como decíamos anteriormente de la ciudad: *lo gestual y lo fragmentario*.

No obstante esto, o por esto mismo, Dionisios nunca fue expulsado de la Polis (al menos en la imaginaria popular) por más que el Estado pusiera todo su empeño. Dionisios vive en la Polis y alienta “lo irregular” (lo que no se deja regular) porque, de hecho, no es regulable, “lo extraño” que por encarnar “lo otro” lo único que hace es hacer evidente la otra cara de “lo mismo”, aquéllo que nos hace ser diferentes o, mejor aún, nosotros mismos. Si Apolo encarna el dios de la *identidad*, Dionisios encarnará el de la *diferencia*; ese “algo” que siéndonos más propio no se deja domesticar, por este motivo Dionisios es el dios de la vida, de la movilidad, del ir y venir de aquello que no necesariamente va para alguna parte pero que deviene móvil, aleatorio, impredecible e irremediable. Mientras que Apolo quiere “desbravar” para imponer su ley, ya que esto es lo que corresponde a su naturaleza, Dionisios es el “embravamiento” puro, el puro goce, la pura aniquilación, razón de más para temerle, para tenerle bajo control o, en el mejor de los casos (o en el peor), servirse de su fuerza, de todo su potencial destructor para hacer de él un mecanismo también de construcción, de convocatoria y manipulación; estrategia usada cada vez con más frecuencia por el aparato de Estado que sabe que no se puede gobernar “contra” sino “con”.

Si bien la ciudad surge de un “desbrave” de la selva, ella misma no es, ni mucho menos, un algo a “desbravar”, como clásicamente suponían sus gobernantes y planificadores hasta la primera mitad del siglo XX alentados por el proyecto moderno de homogenización, estandarización, zonificación y delimitación de áreas y fronteras que, bajo el paradigma de la “funcionalidad” querían, con Le corbusier a la cabeza, imponer a la ciudad para que ésta se comportase como una máquina, una “máquina de vivir” perfectamente regulada y sistematizada. De lo que se trataba entonces era de sustituir la indómita geografía simbólica que la caracterizara, en tanto contexto evidentemente heterotópico, por un damero, por una cuadrícula¹², triunfo del principio de razón

¹² Cuando hablamos de una “indómita geografía simbólica” aludimos a las variadas y ricas formas de expresión multicultural que, al interior de la dimensión procesual inherente a la construcción de la ciudad, resultan ser su característica más propia en lo que tiene que ver con la manera en la que en ella se reúnen consecuentes modos de ocupación, uso, y habitación (significación y apropiación) del territorio; aquél que, de esta forma, no puede ser único ni, mucho menos, homogéneo. En este mismo sentido consideramos que más peligroso que la cuadrícula “física” que regula la estructura de la ciudad a través de sus “ensanches”, resulta ser la pretensión homogenizadora que, bajo el pretexto de la “regulación”, la alienta. Lo que surge de aquí es una mirada estrictamente funcional de la ciudad y, por tanto, un interés ciego a eso “otro” que, desde las dinámicas sociales y sus referentes simbólicos denominaremos: *las estructuras ocultas de la ciudad*.

dominante; el objetivo no era otro que el de garantizar que el funcionamiento de la ciudad estuviera siempre bajo control; y todo gracias a la instalación por todas partes de dispositivos panópticos físicos y sociales de regulación.

Con todo, o por esto mismo, la ciudad no se opone a la geografía sino que surge, precisamente, no sólo de ella sino como ella; es decir, como *acontecimiento geográfico poblado de signos ciertos: los que de una forma u otra cartografían el drama humano adquiriendo así su propia forma*. En esta media la ciudad aparece signada, desde su origen, como una forma de cartográfica construida y, por lo mismo, poblada de símbolos ya que allí “los espacios físicos se resuelven en arquetipos geométricos que son formas portadoras de símbolos. Compartimos la idea de que el paisaje es histórico, y de ahí que se convierta en escritura cifrada y en texto jeroglífico (Martín, C. 1986. pp. 46-47).

En este sentido, la comprensión de la relación entre geografía e historia resulta crucial para entender, no sólo la dimensión simbólica de la ciudad en su manera de darse espacialmente, el *territorio*, sino para comprender los modos de ser del habitante urbano a través de lo que bien pudiera denominarse “la cultura de la ciudad”, particularmente en esa dimensión de la cultura que garantiza la puesta en circulación de los símbolos; nos referimos, por su puesto, a la *comunicación*.

2.2. La ciudad como espacio de comunicación

La ciudad es, no cabe duda, un escenario de comunicación (**Lámina 8**), un espacio donde, por excelencia, se pone en juego la naturaleza exhiliada y desprotegida¹³ de la condición humana a través de un complejo¹⁴ intercambio de relaciones simbólicas y

¹³ Acerca de esta afirmación Paul Wheatly, conocido estudioso del simbolismo en el espacio urbano, nos recuerda que, desde el mito genesíaco, la ciudad es producto del deseo de Caín de construirse un lugar en el mundo capaz de albergar su desamparo ante la expulsión del paraíso que le significó el asesinato de su hermano: “Caín se alejó de la presencia de Javé y se estableció en la región de Nod,(...) donde conoció a su mujer (...) Después construyó una ciudad” (Gen. 4. 16-17. Ampliar en Zarone, G. *Metafísica de la Ciudad*. Ver bibliografía general). De ahí que si algo expresa la ciudad es, al menos desde la perspectiva judeo-cristiana, nuestra infinita desprotección y, en consecuencia, resulta exponente privilegiado de nuestra propia necesidad de cubrimiento. Un cubrimiento que es, sin lugar a dudas, tanto físico como simbólico.

¹⁴ Usamos el concepto de “complejidad” en el sentido en que lo entiende Edgar Morin, es decir, como un “tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico”. (Ampliar en Morin, E. *Introducción al pensamiento complejo*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1994, p 32).

mediáticas.¹⁵ Simbólicas porque nos expresamos siempre a partir de un sistema de valores desde el cual hacemos patente nuestra aprehensión de la realidad y el mundo; y mediática porque ese juego de valores se pone en juego a través del ejercicio de toda una gama de “roles” (maneras de ser y hacer inducidos por la adopción y/o construcción de imaginarios sugeridos, transmitidos o desplegados en gran parte por los medios de comunicación) a través de los cuales nos presentamos.

Lámina 8
« IDENTIDAD ES DIFERENCIA »



Fuente: Buscador google: Graffiti; www.danop.free.fr/hip-hop/hip-hop.htm

Lo que se deriva de aquí es ese maravilloso despliegue de signos al que damos el nombre de lenguaje¹⁶ y que no es otra cosa que la propia puesta en escena (es decir, puesta en común) de la manera en que como seres humanos nos mostramos; después de todo no hay que olvidar que el símbolo no es otra cosa que una “entrada en valor” del signo, es decir, una *apropiación significada*; a fin de cuentas, como nos recuerda Juan Carlos Pérgolis,

¹⁵ Por “mediatización” no aludimos tan sólo al enorme papel disuasor y propagandístico de los *media*, sino a la “mediación” de nuestra relación con el mundo desde el lenguaje. Aquel que, precisamente, establece miradas de mundo y, en consecuencia, maneras específicas de ser en él. De esta forma, que el lenguaje “mediate” querrá decir, entonces, que nosotros mismos somos seres “mediatizados”, esto es, “significados”

¹⁶ Mientras que las sociedades primitivas entran en relación con la naturaleza a través de un uso más o menos “pasivo” del lenguaje, es decir, sirviéndose de él como simple herramienta, en la ciudad la naturaleza misma deviene lenguaje, o mejor, el lenguaje como tal, deviene naturaleza y conforma un nuevo *humus*, una nueva selva hecha, por que no decirlo, ya no de árboles sino de signos.

La palabra símbolo, viene del griego *symbolon* que indica la acción de unir varias partes separadas para dar forma a un todo complejo. Para Platón, significa un “compuesto de dos” donde cada parte sugiere, no sólo la otra, sino la realidad del conjunto que, visto de esta forma, no es solamente un objeto sensible sino también una “experiencia espiritual”, una afinidad permanente (Pérgolis, J.C.1997. pp. 71).

A este respecto, Gadamer llama la atención sobre el uso del término para designar el fragmento de una vasija que el anfitrión ofrece a su huésped para hacerle posible en un futuro el retornar a la misma casa, es decir, lo que para Rovatti (1990) será; “una unión fragmentada que implica un regreso”; en tal medida es, a la vez, un *testimonio* de lo compartido y una *huella* que nos permite retornar al lugar donde pertenecen todas las partes...El símbolo es, por tanto, una *cifra* de un código a “*des-cifrar*”, un sintagma de orden constituido en torno a un lenguaje que, como todo lenguaje, no sólo permite poner en común sino que, de hecho, en sí mismo, ya lo hace.¹⁷

Ahora bien, que el símbolo sea a la vez *huella* y *testimonio* implica, necesariamente, un cierto valor referencial, una implícita alusión a algo que está “más allá” pero que, sin embargo, se deja ver a través de formas sustitutas; en esta medida, en el mundo antiguo, por ejemplo, el lugar habitado sólo se podía dejar, si se llevaba consigo un terrón de tierra que así actuaba como *símbolo* del suelo sagrado donde yacían los ancestros; de este modo, con su traslado a un nuevo habitáculo se cargaba con la simiente tiempo atrás entroncada y, como anota Fustel de Coulanges (1982), se inauguraba el nuevo territorio diciendo: “ésta sigue siendo la tierra de mis padres, *terra patrum*, patria; aquí está mi patria por que aquí están los *manes* de mi familia” (De Coulanges, F. 1982. pp. 182). Cabe anotar que la fosa donde cada miembro del grupo depositaba la tierra recién traída se denominaba *mundus*: el lugar que, de tal suerte, compartían en su uso, valor y significado; el lugar común que, por propio, resulta ponderado por todos. Un “mundo” que, en tanto universo simbólico, lo es siempre de significados.

¹⁷ Reconocemos aquí el carácter óntico-ontológico del lenguaje y, por tanto, propio del ser del hombre. En tal medida compartimos con Heidegger la idea de que el lenguaje no es un pasivo instrumento de comunicación que permite transmitir las ideas sino que, por el contrario, da cuenta de una manera específica de ser en el mundo y, por tanto, mostración inequívoca del propio mundo que, a través de él, se pone en juego.

He aquí la clave para entender el valor territorial del símbolo y su papel en la construcción de significados a través de lo que pudiéramos denominar “la marca social del suelo”. No es gratuito que la conquista de “nuevos mundos” se realice siempre a través de rituales que se encargan de *re-marcar* el suelo y, en consecuencia, de fundar un nuevo origen; entendiendo aquí origen como procedencia común, aunque también como *principio*¹⁸. Desde este punto de vista, *en realidad no hay “nuevos mundos” que conquistar, sino nuevos lugares donde fundar el mundo conocido.*

No obstante, con lo dicho hasta ahora respecto del símbolo y del lenguaje no estamos tocando la especificidad de la ciudad ni mucho menos la de lo urbano, más bien aludimos en términos generales a la propia condición del animal humano, sea cual fuera su forma de organización social y sus diversos modos de apropiarse del espacio, *territorializando*.¹⁹ ¿En qué consiste, entonces, lo específicamente urbano del uso del símbolo y, cuál es su papel en la construcción del territorio?, más aún, ¿qué es lo propio de la puesta en escena del lenguaje de la ciudad, en tanto forma de organización de los símbolos? Interrogantes que sólo pueden responderse a partir de la propia comprensión del fenómeno urbano en el escenario que específicamente nos toca, es decir, en la ciudad actual. Valga decir que esto nos exige entender a la ciudad como un “escenario situacional” donde lo que se pone en juego, entre otras cosas, es un complejo enfrentamiento de modos de enunciación y de principios de razón, muchos de ellos peleando por un orden hegemónico, otros tan sólo, sencillamente, porque los dejen ser...De cualquier forma, de lo que se trata es de “tener el poder”; unos para imponerlo sobre los demás, otros para existir simplemente ejerciendo el derecho de “poder” ser; en ambos casos de lo que se trata es de librar una lucha donde cualquier arma es legítima y, por lo mismo, vale tanto la cohesión como la seducción; el objetivo, a la postre, no es otro que el de alcanzar el reconocimiento.

Con todo, el valor del símbolo, o mejor, el reconocimiento de su importancia como objeto de estudio, sólo ha venido a hacerse hasta hace relativamente poco tiempo cuando se cayó en cuenta de su relevancia en materia de movilización y/o construcción de imaginarios; situación que, en principio, y dicha así, no resulta nada nueva, toda vez que el

¹⁸ Usamos este concepto en sentido heideggeriano, es decir, entendido como el lugar de donde las cosas proceden y por cuya razón (causa primera) son lo que son y como son.

¹⁹ La apropiación significada de la que hablamos se suele hacer evidente en el espacio a través de huellas más o menos tangibles, razón por la cual el territorio, entendido de tal forma, resulta ser la

poder siempre se ha servido de los símbolos existentes o creados para el efecto y, en tal medida, el símbolo siempre se ha usado y manipulado políticamente. Pero, y volviendo a la pregunta anterior, ¿en qué consiste la especificidad del uso del símbolo en el escenario de la ciudad? Respondamos tentativamente a través de los siguientes aspectos que, en nuestra opinión, caracterizan su papel inductor de “cultura urbana”:

1. El *carácter publicitario de su uso a gran escala* (en forma masiva) y su manera indiscriminada de introducirse en los diferentes contextos sociales tratando de actuar como agente homogenizador.

2. El *papel preponderante que juega la imagen*, y su componente particularmente *visual*, en la transmisión de formas específicas de significación a través de su manipulación.

3. El *uso de sofisticados medios técnico-instrumentales* capaces no sólo de transmitir la imagen que los porta sino de venderla a través de los medios de comunicación.

4. El *propio papel de los medios de comunicación* como inductores de formas específicas de cultura urbana a través de su uso y manipulación. Aquí cabe señalar el importante rol que juegan éstos en la propia transmisión de imaginarios urbanos incluso en el mundo rural, lo que hace que hoy en día “la ciudad” esté, prácticamente, “en todas partes”.

5. La *diversidad de interpretaciones* que sufren los signos dada la enorme variedad de colectivos que se sirven de ellos en el escenario de la ciudad.

6. El *mercado de símbolos abierto por el consumo* y, en consecuencia, la competencia entre éstos mediada, en gran parte, por supuestos ideológicos que se sirven del gusto y la moda. La estética al servicio de la economía política y de la relación que se establece entre oferta, demanda y poder.

7. La *mundialización de los signos* al interior de un proyecto político de universalización que tiene a la ciudad como baluarte y espacio referencial.

8. La capacidad que, particularmente en el escenario de la ciudad, tiene el símbolo de *crear fronteras* pero, a la vez de “saltarlas”. Aquí cabe resaltar su indudable *movilidad* tanto en el tiempo (no siempre significa lo mismo) como en el espacio (no en todas partes significa igual).

9. La *permanente resemantización de los signos* y su coyuntural selección como transmisores de símbolos, lo que acusa, no tanto su radical separación como su aleatoria conjugación.

En conclusión, la aleatoria manipulación de los símbolos en el escenario de la ciudad pone de manifiesto lo que podemos denominar “la quiebra de la comunicación”, acaso su imposibilidad radical, ya que en un mundo donde “todo simboliza”, y simboliza por demás cosas distintas para todos, solo se puede decir que en realidad nada significa, que en realidad nada tiene valor; o, mejor aún, tiene un *valor cero* dispuesto a ser llenado de contenido con cada ocupación, puesto que lo que en la ciudad se pone de manifiesto es que el signo no es una unidad fija, inmutable, inalterable e indivisa sino que, por el contrario, es una especie de cápsula vacía de contenido pero dispuesta a la significación; he ahí la clave para entender la enorme riqueza semántica que, paradójicamente, caracteriza a la ciudad y hace posible reconocer en ella el escenario por excelencia para la multiculturalidad (acaso interculturalidad a través del uso compartido de ciertos símbolos); una multiculturalidad que, sin lugar a dudas, caracteriza cada vez más a la ciudad de hoy (**Lámina 9**). Si bien en todas las épocas ha habido simbolismo, en ninguna, como en ésta, el símbolo se ha prestado tanto a la manipulación, y esto es así gracias a la provisionalidad de los signos y a la desmedida explotación de esa naturaleza inherente a su ser que es su abierta disposición a la resemantización.

Lámina 9
¿DE QUE TIEMPO ES ESTE LUGAR ?



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador Google: www.internetogledalo.com;
www.airticket.com.hk/image_lon21iul

De esta forma, el signo, aunque parezca contradictorio, en sí mismo no “significa” hoy en día nada o, mejor aún, “significa nada” (Yory, 2002b), y esto es así porque

sencillamente no quiere decir nada ni, mucho menos, representar algo ajeno a él mismo; de esta forma garantiza su supervivencia deviniendo “gesto”, “mueca”, “máscara” y “simulacro”, figuras todas éstas de provisionalidad que si de algo “hablan” es de ese su “ser de tránsito”, su “ser de camino”...El *signo-mueca* resulta ser, entonces, la expresión de los guerreros de la tribu, de los habitantes de una selva que aún no se resigna del todo a dejarse “desbravar”; a ser tomada por asalto.

En esta medida, la “quiebra de la comunicación” que supone la apertura del signo (o de su total vaciamiento) es signo ella misma del enorme potencial político-poético del símbolo en lo que respecta a la propia habitación de la ciudad y, por tanto, prueba irrefutable del triunfo de lo desatendido, en su *eficacia estética*, como decía Octavio Paz (1981). Lo que aquí ocurre es que la diversidad y la heterogeneidad se abren paso como posibilidad para pedirle cuentas a la homogeneidad y, de paso, a eso que durante tanto tiempo llamamos realidad.

De cualquier forma, la ciudad se presenta como un *texto* hecho de infinidad de escrituras que de tal suerte la *de-escriben*, aquí el escenario urbano aparece tanto como un *palimpsesto* en el que los textos se superponen, como un *collage* en el que los mismos se juxtaponen, de ahí que descifrar los signos en los que ésta se muestra equivale a poner de manifiesto los códigos base de su comunicación, o mejor, de las distintas maneras en que ésta es posible (si es que lo es...) ya que así como no hay un único texto y, en consecuencia, un único modo de enunciación, tampoco puede esperarse un único modo de lectura y, por tanto, de comprensión. En este sentido Armando Silva (1992), investigador colombiano, propone estudiar la ciudad como lugar de acontecimiento cultural y como escenario de un efecto imaginario, ya que para él

Sólo a través de ejercicios continuados de investigación, y de cara al registro de la participación ciudadana en su construcción simbólica, podemos averiguar cómo usan los ciudadanos la ciudad, y también como se imaginan que la ciudad se segmenta para mostrarse a unos moradores extraños. La ciudad vivida-intercomunicada por modos territoriales, o a través de algunos impulsos hacia desterritorializaciones, por efectos planetarios, es creada, construida, por aquellos que la proyectan suya. La urbanización pasa por la dimensión estética donde los fantasmas sociales hacen efecto en la

construcción de sus espacios (físicos) y de sus símbolos para hacerse urbana una ciudad (Silva, A. 1992. pp. 19).

En este contexto cobra particular importancia el planteamiento de la última Carta del Urbanismo, o Carta de Megárides (1994)- de la que hablaremos en la segunda parte de este trabajo- que resuelve sus contenidos en torno a lo que denomina “la ciudad cableada”, ciudad de la información y de la ciencia, herencia de la tercera revolución industrial y de sus referentes más claros: el consumo, la electrónica y la telemática. No obstante, esto quizá no es más que un sofisma amparado en las ideas clásicas de progreso y desarrollo que estuvieran tan en boga durante los años 60 y 70, ya que lo que tal idea de ciudad supone es, como señala Barcelona (1992), la construcción de un sistema puro de objetos y de estructuras funcionales, junto con una exacerbada multiplicación de individuos aislados que se mueven en todas direcciones sin otra meta que los flujos del consumo y del espectáculo, saturados por todas partes de información.

La ciudad contemporánea es la imagen del funcionamiento abstracto de lo posmoderno en el que la libertad del individuo se realiza como “individualización” de estrategias particulares e irrepetibles de acceso al consumo masivo: al espectáculo de los parques de atracciones inmensos, de los estadios y de los conciertos de rock, a las escaleras mecánicas de los modernos rascacielos de vidrio y a las puertas giratorias de los bingos. La ciudad posmoderna es una enorme superficie pulimentada en la que se puede patinar hasta el infinito. En ella se producen itinerarios individuales, imprevisibles, aleatorios, trazados por el hiperconsumo que son propiedad del individuo y no de la sociedad; duran el lapso de una noche de sábado, representan las vías de la huida del individuo contemporáneo (Barcellona, P. 1992. pp. 32).

Pero, ¿por que ha de mirarse todo esto de manera pesimista como si nos abocáramos a una inexorable caída después de venir de una ciudad “mejor”?, en cualquier caso, lo que la ciudad contemporánea nos muestra, es la pérdida del referente ideal de ciudad que durante tantos siglos acompañó a la civilización occidental. Atrás queda la Atlántida de Platón, la antigua Tule de Séneca, la ciudad de Dios de San Agustín, la Utopía de Tomás Moro, las ciudades cosmológico-geométricas de los ideales renacentistas y aún neoclásicos, los Falansterios de Fourier y las utopías del siglo XVIII y XIX, la ville

radiase de Le corbusier, y cualquier otra cantidad de sueños irrealizables, dado que la contundente realidad de la ciudad se niega desde todo punto de vista ha dejarse idealizar, a dejarse someter por un modelo.

Al parecer, lo que en realidad ha ocurrido es que la ciudad o, mejor, la civilización urbana, nos ha estallado en la cara (he ahí uno de los principales factores de su *emergencia*), no sin aviso por su puesto, ya que desde siempre el conflicto y la lucha han sido lo suyo, un conflicto que de infinitas maneras trató de combatirse, o de negarse, ignorando que, de hecho, ciudad y conflicto son, y no puede ser de otra forma, sinónimos. Razón más que de sobra para asumir con urgencia la comprensión de la ciudad en sus procesos y a la luz de las muchas caras de su historicidad, ya que

cuando se capta en su raíz, a través de una genealogía de su construcción elemental, la ciudad viene a ser de nuevo ocasión de estupor; asombra en efecto descubrir lo que siempre fue, la estructura anatómica de la arquitectura del ser humano y, a un tiempo, el horizonte universal del sentido cósmico e histórico de todo lo que la vida humana ha producido y produce, produciéndose a sí misma en el pasado y en el presente. De ahí que sea la condición primordial para que el ser humano pueda manifestarse como lo que es: arquitecto de su habitar en tanto proyectista de su ser meramente posible (Zarone, G. 1993. pp. 9).

¿A qué entonces moralizar o privilegiar, a través de la ciudad, un único sentido de la puesta en escena del drama humano?; la ciudad es, sobre todo, un *proceso*, ya lo dijimos, pero es, también, y en primer lugar, la puesta en común de un drama, el drama humano; aquel que desde Caín se ha instalado en las ciudades; después de todo, para este hijo de Adán, reconocido por algunos como “el primer cultivador” (ya que parte de su castigo fue el trabajo), la ciudad era otra tierra de labor, otro escenario de construcción: siembra de la simiente y recolección del fruto; pero era también: “el levantamiento de la tierra fuera de sí misma” (Chevalier, J. 1991. pp. 230). Lo que ocurría, entonces, era que la disposición vertical de su obra, hecha ahora a su imagen y no a la de Dios (como era la naturaleza), hacía de él un nuevo dios; amo y señor del territorio comprendido entre las murallas que erigiera para proteger su obra (o acaso para labrarse una cárcel desde la cual hiciese patente la ficción de libertad que le ofreciera ese Dios del que así pretendía

alejarse). Desde su “refugio” urbano y, en tanto “nuevo dios”, ya no esperaba nada de ese otro Dios ajeno y castigador puesto que ahora sabía que, al fin, podía valérselas por su propia cuenta.

Pero, ¿cuál es la dimensión dramática de lo urbano propiamente tal?, ¿hasta dónde mantiene su vigencia y actualidad el mito genesíaco? A fin de cuentas, no olvidemos que, a través de la ciudad, el hombre ha creado una “nueva naturaleza” hecha de lenguaje, de signos. Si hasta hace poco tiempo el niño tenía que ir a la escuela para aprender el lenguaje, hoy en día para nadie es un secreto que ya nace dentro de él, el lenguaje lo inunda todo hipercargando la realidad de sentido, o mejor, como diría Baudrillard (1993c), constituyendo una hiperrealidad vacía de él de tanto llenarlo.

Las ventanas a las que el niño ahora se asoma (la televisión, por ejemplo) (**Lámina 10**) están llenas de símbolos y rebosantes de información; pero, paradójicamente, vacías en gran medida de comunicación ya que este exceso de oferta a traído como consecuencia una pérdida de orientación: en un mundo donde todo es lenguaje, ¿cómo orientarnos?, ¿de qué signos valernos?, ¿existen signos más validos que otros, más ciertos? Ese es el drama de la sociedad actual (el de la orientación, o mejor el de la desorientación), pero también su salida; en un mundo poblado de infinitas direcciones, el problema ya no consiste en establecer a dónde dirigirnos (a cualquier parte), como definir desde dónde hacerlo. En esta medida creemos con José Miguel Pereira(1993) que

la concepción de ciudad que interpretamos en la historia de Caín ha cambiado. Es necesario entender el mundo de la cultura contemporánea como la emergencia de una cultura nueva y, específicamente, de una nueva espacialidad, o mejor, de otra forma de comprender y relacionarnos con el espacio. Las relaciones que estamos construyendo con el espacio, y en él, nos obligan a pensar los nuevos modos de sociabilidad, los nuevos modos de juntarnos, los nuevos modos de expresión y simbolización, las nuevas dinámicas que se están generando por la arquitectura, la creciente fragmentación, descentración, globalización, tecnificación y modernización. Allí hay unos retos teóricos y metodológicos para la comunicación y las ciencias humanas en general, porque se trata de

comprender el *complexus* de nuestras sociedades y los modos de existencia en las ciudades (Pereira, J. M. 1993. pp. 19).

Lámina 10
«*ATRAPADO. SIN SALIDA*»



Fuente: www.fotomundo.com; Aproximación a la vida.

Aquí, el “desde dónde” que nos interesa, se convierte en el tema que, precisamente, resulta vital a la etnogeografía, estableciendo desde su pensamiento- y aquí entendemos el pensar en el sentido que lo define Ricoeur (1982) como “una actividad interpretativa de los signos y los símbolos en los que el yo se objetiva y dispersa”- las claves para la incorporación de este fundamental elemento a las distintas líneas de investigación que el estudio de la ciudad exige. De esta suerte, la comprensión de la naturaleza del fenómeno urbano, en sus componentes socio-antropológicos y geográficos, así como el entrecruzamiento de ambos, resulta crucial para entender la propia naturaleza de esa forma de construcción y apropiación del espacio desde la cual los habitantes de la ciudad resuelven su existencia; nos referimos, por supuesto, al *territorio*.

Es precisamente la comprensión de éste la que hace posible entender el espacio de la ciudad como una forma de geografía construida en la que, en el proceso de su construcción, “el ser se ha abierto espacio espaciando” (Yory, C. M. 1998); es decir, ha “abierto espacio” al pleno ejercicio de la condición humana que, de hecho es siempre, “territorial”. Afirmación que fuese el móvil de nuestra investigación anterior (1998) y el punto de partida de la presente orientada, desde esta perspectiva, a esclarecer la manera en que esos distintos modos de “espaciar” que nos caracterizan, a la vez que diferencian como individuos y como comunidad, constituyen la condición de posibilidad para la

auténtica construcción de ese proyecto colectivo que, a través del contrato social (en la forma en que hoy en día lo entendamos), resulta ser la ciudad en cuanto tal.

Pero antes de seguir avanzando, es necesario establecer claridad sobre las dos coordenadas básicas sobre las cuales la ciudad despliega sus procesos, son éstas *el espacio* y *el tiempo*; el primero entendido como “*espacio cultural*” (no hablamos, desde luego, de un simple espacio físico) y, el segundo, como historia, es decir, como un “*discurrir significado*” y no como una simple cronología. Aclaremos en este punto que, para efectos de este trabajo (y dado que las dos variables son interdependientes), abordaremos la variable “tiempo” sólo a través de la manera como éste transcurre en el espacio; más exactamente en el “espacio cultural” que, en su correlato eminentemente geográfico y territorial, es el que, al interior de este marco, nos interesa. En esta medida, dejaremos para una próxima investigación el tema de las implicaciones del tiempo y las diferentes concepciones de la historia en el ámbito de la ciudad y, por ende, en la vida de sus habitantes.

2.3. El espacio urbano y la cultura de la ciudad

Hablar de “cultura urbana”, en el contexto de lo que hoy en día se denomina “gran ciudad” supone, en primer lugar, una aclaración respecto de cada uno de los términos que componen esta denominación, pues existen diversas opiniones respecto de su uso y significación. En esta medida, con respecto al primero, habría que señalar que el concepto de cultura sólo puede entenderse a la luz de lo que consideramos como sus dos componentes básicos: su forma de ser, es decir, su *pathos*, y su manera de darse, es decir, su *ethos*. En el primer caso tenemos un conjunto de elementos que constituyen en manera característica su “forma reconocible”, es decir, aquello mediante lo cual identificamos en apariencia un determinado grupo humano a través de su lengua, música, arquitectura, literatura, arte, filosofía, vestimenta o gastronomía. En el segundo, tenemos un modo de relacionarse o de comportarse de un determinado grupo en el uso cotidiano y habitual de sus “*patencias*” (**Lámina 11**).

Lámina 11
¡QUE VIVA LA MÚSICA...!



Fuente: Buscador google: Juegos olímpicos, álbum-clausura.

Recordemos que en griego la palabra *pathos* alude a lo que se muestra en su *phainestai*, es decir, en tanto fenómeno, mientras que *ethos* alude, tanto a un modo de “comportarse en costumbre” (hábito o forma de habitar que así será *ética*), como a una forma de refugio, resguardo o morada; aquel lugar en que nos sentimos a gusto puesto que guardamos con él una relación de familiaridad constituida por el hábito y el uso, es decir por la *habitación* (forma *ética* de estar en el mundo). De hecho, para los griegos, el término “cultura”, como nos recuerda James Amelang (1996), profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, era “una expresión que se empleaba como metáfora agrícola para referirse al cultivo en sentido amplio” (origen primero donde enraizamos el concepto de sustentabilidad).²⁰ Por su parte, la palabra cultivo, o cuidado, que en el alto alemán vienen a significar lo mismo (*Bauen*), se asocia también, en esta lengua, con la palabra construir, de tal suerte que cultura, en tanto “cuidado por lo propio”, implica un *cultivo*, es decir, una *construcción*. De otra parte la expresión *Bauen*, o *Buan*, significa también morada, de manera tal que una definición de cultura que involucre estos conceptos implicará analogar el lugar donde vivimos, es decir, donde nos *de-moramos*, con la propia construcción que permanentemente hacemos de él a través de su cultivo y cuidado; de ahí que cultura sea, fundamentalmente, “*el modo de ser que como humanos nos caracteriza*”.

²⁰ Desde esta perspectiva, el concepto de sustentabilidad - tal y como lo entendemos y que, desde aquí, desarrollaremos en la segunda parte de este trabajo- en su preocupación por el “sustento”, implica un cultivo, un cuidado que, por lo mismo; y en tanto *proceso-construcción*, responde a las exigencias *éticas*

No obstante el uso del término no ha prevalecido a lo largo de la historia; de hecho, en la Edad Media prácticamente desapareció para resurgir tímidamente, como tantas otras cosas, en el Renacimiento. Sin embargo, sólo hasta el siglo XVIII logró instaurarse de nuevo y establecerse como uno de los baluartes más queridos del enciclopédico mundo ilustrado que veía en su uso un poderoso aliado de los emergentes discursos sociales. No obstante, lo hacía de una manera muy particular al separar el “gusto educado” y refinado de la aristocracia o de la alta burguesía, del supersticioso, rudo y “feo” gusto del “populacho”, emergiendo así esa ya clásica división de la cultura entre “lo cultivado” y “lo popular”. En esta medida “la cultura operaba como una ideología, del mismo modo que hoy lo hace, puesto que moldeaba y perfilaba las pautas de diferenciación social, facilitando, al tiempo que limitando, la movilidad social” (Amelang, J. S. 1996). No obstante, paralelo a estos discursos sectáreos y excluyentes surgía también otra concepción de la cultura más abierta y pluralista que defendía la tesis de que en un mismo lugar podían coexistir diferentes culturas, negando la reificación de una cultura única.

Con los nuevos filósofos de la historia (entre los que se destacan Herder, Croce y Vico), la cultura no sólo se fue estudiando en sus dimensiones históricas sino que paulatinamente se fue identificando con los distintos contextos nacionales para llegar a abordar finalmente la idea de que la cultura era ese “algo” encargado de integrar y cohesionar la sociedad en su conjunto; concepción que reforzó los nacientes nacionalismos y dio paso a los modernos proyectos democráticos que pretendían superar la maniquea distinción antes señalada; incluso en el ideario romántico se le daba un mayor “estatus” a la “cultura popular” del campo, sobre la “desarraigada cultura de la ciudad” en tanto que allí se quería ver el substrato más hondo y, por que no decirlo, más puro, de la nacionalidad, incorporándose de este modo en la cultura urbana este particular imaginario rural.

En cualquier caso, ambas concepciones seguían teniendo un denominador común, la idea de que la cultura es solamente un conjunto de producciones materiales, desprovistas de *ethos* y, por tanto, de movilidad. Sólo hasta mediados del siglo XIX, con la aparición de la concepción antropológica de la cultura, ésta empezó a entenderse desde una realidad más amplia que involucraba, entre otras cosas, concepciones, creencias, mitos, valores y cosmovisiones; aquellos aspectos que, precisamente, fundamentan y dan vida a su *ethos*. En este sentido, y coincidiendo en gran medida con lo planteado hasta

ahora, Amelang (1996) señala seis aspectos que, en su opinión, definen y ayudan a caracterizar la cultura como tal:

1. Entender la cultura implica reconocer el *carácter cifrado* de su naturaleza y, por tanto, asumir el reto de su desciframiento, ya que de lo que se trata es de descubrir la lógica interna de un código de representaciones simbólicas.

2. La cultura se comprende mejor como un *sistema* cuya articulación es parecida a la del lenguaje, lo que significa que posee su propia gramática y vocabulario, así como sus propias reglas y estructura interna.

3. La cultura es un *acontecimiento colectivo*, lo que significa que se aprende en el seno de un grupo, siendo de este modo un acto de comunicación en el que se pone en juego todo un sistema de hábitos, valores, conductas y formas de percepción.

4. La cultura es un *proceso* que, por lo mismo, está dotado de una cierta dimensión histórica. No obstante, en un mismo momento, la cultura puede detentar diferentes nociones de temporalidad, motivo por el cual los análisis sincrónicos, sin más, resultan insuficientes para comprender sus dinámicas y procesos.

5. La cultura no es algo ideacional sino que supone toda una serie de *prácticas*; en tal medida no tiene que ver, exclusivamente, con fenómenos cognitivos que, a lo más, se quedan en la elaboración de significados. Por el contrario, supone toda una carga de consecuencias y expresiones sociales de los idearios y formas de valoración implícitos en la puesta en obra de los propios sistemas de significación.

6. La cultura no puede entenderse por esquemas reduccionistas que fácilmente quieren explicarla, por ejemplo, a través de esquemas de orden monocausal, como tampoco la explican lecturas funcionalistas que sólo ven en ella un repertorio de funciones sociales.

No obstante, y a pesar del notable esfuerzo de síntesis que realiza este autor, consideramos que aún existen cuatro elementos más en la caracterización de la cultura que no se deben olvidar:

1. El hecho de que, a diferencia de la historia (al menos de su concepción clásica),²¹ la cultura *carece de dimensión teleológica*, es decir no sigue una línea de realización sino que, por el contrario, se desenvuelve como un *tejido*: el *tejido cultural*.

2. La cultura no conforma una unidad indivisa y cerrada sino que, por el contrario, es de naturaleza “porosa”; es decir *permeable*. Lo que significa que está abierta a toda una serie de influencias que, de una u otra forma, entran también a constituir su patrimonio.

3. La cultura, si bien obedece a una lógica interna, no está conformada por un único principio de razón, ya que si algo la caracteriza es su manera específica de integrar *múltiples racionalidades*.

4. La cultura implica una forma de *capital social* de orden simbólico (*capital simbólico* lo denomina Bourdieu), por tanto exige no sólo comprender su naturaleza activa y, por tanto, su carácter experiencial, sino sus maneras de entender e interpretar la realidad, el mundo, y la historia.

En este último sentido, Pierre Bourdieu (1998) entiende el *capital simbólico* como una especie de forma eufemizada de actuación del capital económico que asocia indisolublemente el tener al valer y, desde aquí, al poder (no hay que olvidar que la acumulación de riquezas materiales sólo es un medio de alcanzar el reconocimiento social y, en tal medida, consolidar un capital ya no material sino eminentemente simbólico a partir de una incierta pero, al parecer, generalizada idea de autoestima que, de tal suerte “inspira” respeto); de hecho, la autoridad misma se instaure bajo la forma de un principio de respeto fundamentalmente simbólico.

En esta medida es, para Bourdieu, en la objetivación del capital donde reside el fundamento de todas las diferencias pertinentes entre los modos de dominación (nosotros diríamos de enunciación) ya que no hay que olvidar que la objetivación como tal supone una operación implícita y es la de la conversión del valor simbólico en valor de cambio, acaso la única forma posible de comunicación, al menos de un cierto tipo de comunicación

²¹ Nos referimos al carácter lineal de la historia que caracteriza nuestra manera tradicional de organizar los acontecimientos en Occidente y que entiende la cronología como esa herramienta que, causal y procesualmente, explica los diferentes fenómenos que ocurren a través del tiempo bajo la clara directriz de un supuesto fin a alcanzar (entre otros, la sociedad sin clases de Marx, o el paraíso cristiano); en tal medida

basada en el intercambio ya no de ideas sino de valores; situación de la que se sirve el poder al imponer valores simbólicos para concentrar intereses y consolidar eso que así denomina “causas comunes”.

Bajo esta idea el poder reclama para sí el derecho a la visibilidad; aquel que, en consecuencia, le permite escoger los símbolos legítimos y, de tal suerte, condenar los restantes a la marginalidad. Surgen así, con los símbolos de la ciudad (que son los símbolos del poder en sus múltiples formas, la primera de ellas, la de la *enunciación*), no sólo una precisa idea de cual es su capital simbólico, sino la definición, en legitimidad, de su “texto oficial” y, de este modo, de su lectura, aquella que tendrá que hacer “dignos y libres” a sus habitantes, como expresara un viejo proverbio alemán según el cual “la ciudad hace libres a los hombres”. Max Weber (1977) llamará “carisma” esta forma de “valor agregado” para las ciudades.

De otra parte, el *capital simbólico* al ser incluyente y constituir círculos es, por lo mismo, excluyente y *diferenciador*; promotor, por tanto, de juegos y enfrentamientos que dinamizan y renuevan la actividad cultural de la ciudad enriqueciéndola. Desde aquí, símbolo y exclusión resultan sinónimos; ¿a qué entonces ese temor atávico a la exclusión²² si es, precisamente ésta, la que dinamiza la sociedad y permite (aunque no siempre posibilita, hay que decirlo) la coexistencia de diferencias? La exclusión define a la ciudad y la caracteriza como compendio (*collegium*) de “círculos simbólicos”; y esto es así tanto en el sentido constructivo que, desde la potenciación de la *diferencia* la enriquece, como en ese otro sentido que afecta al Derecho y lleva a situaciones tan indeseables como la xenofobia y la persecución a aquellos otros que constituyen “el otro”. En tal medida, diríamos que la coexistencia de racionalidades en la ciudad no se hace posible desde la tan trillada “tolerancia” que, por definición, tiene un límite, sino desde el respeto a la diferencia que, de hecho, no sólo constituye el *capital simbólico* de los distintos círculos que la componen, sino que en sí misma da forma a su propio acerbo cultural.

De esta forma el capital simbólico surge con base en una relación de fuerzas que pugnan por el poder, lo que significa que es gracias a la existencia de antagónicos que este

se justifica y explica gracias a conceptos tales como “evolución” y “progreso”, “biologizando” y moralizando los acontecimientos, a más de hacerlos depender de una única y exclusiva línea causal.

²² Nos referimos a las implicaciones simbólicas que supone la escogencia de un determinado código por parte de un grupo específico en tanto toda elección implica, necesariamente, el dejar otras opciones de

se potencia en cuanto tal; es decir, gracias al otro, gracias a “lo otro” pues, como señala Bourdieu citando a Leibniz:

Cada dimensión del estilo de vida “simboliza con” los otros, y los simboliza: la visión del mundo de un viejo artesano ebanista, su manera de administrar su presupuesto, su tiempo, o su cuerpo, su uso del lenguaje y sus elecciones de vestimenta, están enteramente presentes en su ética del trabajo (...) y en su estética del trabajo por el trabajo que le hace medir la belleza de sus productos por el cuidado y la paciencia que le han exigido (Bourdieu, P. pp. 173. 1998).

Lo que se infiere de aquí es que el *capital simbólico*, tal y como este autor lo entiende, implica una psicologización, es decir, una escogencia realizada, como diría Goethe, por el ejercicio de una especie de “afinidad electiva”. No es, por tanto, una “exteriorización” de alguna especie de valor innato sino una opción escogida y establecida por el juicio en el ejercicio de un supuesto “libre albedrío”; y decimos “supuesto” porque siempre creemos que somos libres de elegir, y eso, cuando somos animales culturales, no resulta tan claro como quisiéramos ya que siempre elegimos dentro de un repertorio posible previamente dispuesto por la cultura. En esta medida, el capital simbólico no es sólo un *valor de cambio*, como antes anotáramos siguiendo a este autor sino, y sobre todo, un *valor de uso*; o mejor, una forma de uso que acusa y patentiza un valor de suerte tal que, por ejemplo, con respecto al consumo, *no somos por lo que consumimos sino que consumimos por lo que somos*.

En resumidas cuentas, si por un lado, en tanto seres sociales, hacemos parte de un todo que a la vez nos configura y determina; por otro, en tanto “seres de camino”, reconocemos como connatural el carácter procesual y permeado de nuestra dimensión simbólica. Una dimensión para la cual el conflicto y la lucha resultan, no sólo habituales sino constitutivos, toda vez que determinan y matizan nuestra propia manera de cargar con la provisionalidad y, con ella, con la movilidad, con los cambios y con las permanentes construcciones y deconstrucciones que entran a caracterizar así nuestra propia noción de realidad. En esta medida, en tanto nos hacemos con el mundo en el que somos, tomamos e incorporamos a nuestro propio fuero partes de él que resultan, a su vez, constitutivas

lado. De esta forma no aludimos en este punto a la exclusión que un grupo pueda hacer de otro por no compartir, o no entender su lenguaje, sino a la autoexclusión implícita en la anterior afirmación.

nuestras; son nuestro real patrimonio y constituyen, por tanto, nuestro real capital; un capital que si bien es individual, por constituirse en la cultura es también, y sobre todo, un *capital cultural*.

Completando la mirada anterior, Jean Ladrier, en *El reto de la racionalidad* (1978), propone entender la cultura, y con ella ese, su acerbo patrimonial que denominábamos, siguiendo a Bourdieu, *capital simbólico*, como un conjunto de relaciones imbricadas a través de la interrelación de tres sistemas básicos: los *sistemas de representación*, los *sistemas valorativos y normativos*, y los *sistemas de expresión y acción*. En el primer caso, se trataría de reconocer los conjuntos conceptuales y simbólicos a través de los cuales los diferentes grupos que constituyen una colectividad tratan de interpretarse a sí mismos y a la realidad; es, por tanto, un *sistema aprehensivo de reconocimiento y autoafirmación* a través del cual los distintos grupos se autointerpretan “interpretando” su relación con el mundo y, de tal forma, describiendo, por así decirlo, una específica mirada en su manera de mirar. En el segundo, se constituye la *legitimidad de las normas* que regulan el comportamiento del grupo y el de sus prácticas concretas con base en su manera de valorar (sistema axiológico); manera que, de hecho, no es fija sino que depende de configuraciones histórico-geográficas específicas. Y, en el tercero, resultado de los dos anteriores, se dan las modalidades, por decirlo así, de las *prácticas culturales*. Aquí, tanto las representaciones como las normas consiguen su mostración plena en el ámbito de la sensibilidad y de la vida; corresponde, por tanto, con lo que Heidegger llamaría, “los modos humanos de ser en el mundo”.

De cualquier forma, la cultura no es algo objetual que se pueda poner en juego como si se tratara de una entidad, sino un “marco simbólico” en el que las distintas entidades que lo conforman entran en juego a través de lo que Mariluz Restrepo (1995) denomina: las “tramas complejas de significación”; concepto que Clifford Geertz ha desarrollado desde su perspectiva hermenéutica y fenomenológica afirmando que:

La cultura es entendida como sistemas en interacción de signos interpretables que – ignorando las acepciones provinciales – yo llamaría símbolos. La cultura no es una entidad, algo a la que puedan atribuírsele de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; la cultura es un *contexto*,

una textura, dentro del cual pueden describirse estos fenómenos de manera inteligible, densa, comprensible (Geertz, C. 1988. pp. 27).

Con Geertz se enfatiza el carácter *textual* de la cultura y su dimensión aleatoria, un texto, sí, pero un texto que, como diría esta autora, no puede ser otra cosa que “un manuscrito borroso plagado de elipsis e incoherencias, de comentarios tendenciosos y escrito en ejemplos volátiles de conducta modelada” (Restrepo, M. 1993. pp. 35). Motivo por el cual la antropología para Geertz, como bien anota Restrepo, “no puede ser una ciencia experimental en busca de leyes sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (Ibídem); las cuales, por otra parte, preyacen en los hábitos y comportamientos de la sociedad en lo que muchos autores definen como su “identidad cultural”.²³

2.4. De la ciudad a la urbe.

Ahora bien, con lo dicho hasta ahora hemos hablado del primero de los dos componentes que conforman el concepto de cultura urbana (el de cultura), veamos ahora las implicaciones que, para el mismo tiene, en general, el uso del segundo (urbana) y su relación con el concepto de ciudad. Empecemos por aclarar que la ciudad y la urbe no son lo mismo, pues si bien ambos conceptos aluden a un mismo contexto, lo hacen refiriéndose a cosas distintas dado que:

La ciudad no es lo urbano. La ciudad es una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada, esencialmente, por extraños entre

²³ Concepto que, en nuestra opinión, resulta bastante cuestionable por su difusa significación dado que la identidad no es otra cosa que un estatuto de homogeneidad y unicidad difícil, acaso poco deseable de alcanzar por nuestra actual sociedad fragmentada, permeada, desterritorializada y, claramente, *diferenciada*. En esta medida, preferimos usar el concepto de *diferencia* que, en cuanto tal, no se constituye sobre la base negativa que comporta la identidad (no ser “el otro”, o ser el “no otro”) sino que, por el contrario, se fundamenta afirmativamente a través de toda una serie de signos que, en todo, acusan una particular especificidad. Mientras que *la diferencia* activa un principio de mismidad no idéntica (*lo ipso*) desde el cual las cosas se muestran en lo que son y, por tanto, claramente afirman su “ser propio” y, así, ya *diferente*, la identidad cae presa de distinciones sólo aparentes que, bajo la mirada de “lo característico”, redundan fácilmente en folclorismos cuyo único camino resulta ser el de una fatua y eufemística “autenticidad”; expresión que tanto criticara Adorno a propósito de los llamados “discursos de autenticidad”. En esta medida se habla, por ejemplo, de “identidad nacional”, o lo que es más grave aún, de “identidad cultural”, amparándose en inexistentes o, al menos, siempre relativos principios de unidad. Es ahí, precisamente, en el discurso de la *diferencia*, donde consideramos que la antropología puede en verdad entrar a actuar como ciencia y donde la Geografía Humana verdaderamente tiene lugar.

sí. La ciudad, en este sentido, se opone al campo o a lo rural, ámbitos en que ambos rasgos no se dan. Lo urbano, en cambio, es otra cosa: un estilo de vida marcado por la proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias (Delgado, M. 1999. pp.23).

Valga decir que si algo caracteriza a la ciudad actual, y con ella a la sociedad que la habita, es su dimensión *heterotópica* y su manera de constituirse, desde el lenguaje, en una “nueva naturaleza”; aquella que, como hemos dicho, nos habla de un también nuevo paisaje: “el paisaje de la ciudad” y, por tanto, de un nuevo lenguaje, “el lenguaje de la urbe”. Un lenguaje que, en consecuencia, nos subsume en un nuevo proyecto: el derivado de nuestra nueva naturaleza como “animales urbanos” desde la cual nos avocamos a “buscar sentido” (preocupación en todo ajena del habitante del campo). Es desde esta “nueva naturaleza” desde donde contemplamos, de una manera nueva, también, el paisaje que, desde el lenguaje, se nos ofrece; y hablamos de una nueva manera de contemplar porque la mirada del habitante urbano es siempre, como la “historia urbana”, proactiva, interesada y orientada; razón de más para entender por qué la ciudad no está hecha para “mirar”, sin más, sino para involucrarse con ella haciendo parte de su lenguaje (**Lámina 12**). Es por esto por la que la ciudad no se “ve” sino que se *lee*; y lo hace a un punto que lo urbano mismo se constituya en el propio lenguaje de la ciudad.

Lámina 12
«MIRAR ES LEER; LEER ES HABLAR»



Edición: Sandra Rivera Fuente: Buscador google: www.ojas.com tatiana parcero cartografiainterior.

Los griegos lo tenían muy claro desde el momento que distinguían entre la *Polis*, entendida como “unidad cultural” (lo que hoy en día llamaríamos “lo urbano”), y la *Ayté*, entendida como la simple ciudad física; de ahí que dado que lo urbano era, como lo es ahora, un imaginario (el instaurado por el proyecto de convivencia que alentaba la *Polis*), se podía, incluso, habitar en el campo y ser en todo urbano. En este sentido la urbanización resultaría ser, no otra cosa que, *el proceso de integración espacial de la movilidad en la vida cotidiana hasta un punto en el que ésta se vea vertebrada por aquélla*; motivo por el cual *resulta lícito afirmar la inexistencia de límites o de fronteras fijas en el concepto de urbe en cuanto tal y, de tal suerte, descubrir en la inestabilidad que la caracteriza un instrumento paradójico de estructuración*, como bien anota Delgado (1999). Instrumento del cual pretendemos servirnos para asentar, precisamente allí, nuestra propuesta.

En esta misma medida resulta fundamental reconocer la necesidad de enfrentar, desde esta “inestabilidad natural” de la ciudad, el consabido fenómeno de “urbanismo sin urbanidad” desde el cual se constituyeron y crecieron muchas de las grandes urbes de hoy en día (particularmente en los países latinoamericanos) siguiendo ese viejo paradigma de la modernidad según el cual la ciudad debía segmentarse y compartimentarse en toda una serie de áreas dispersas integradas tan sólo por un espíritu funcional; pretensión hacia la cual se quisieron orientar, en consecuencia, tanto sus flujos como sus múltiples formas de movilidad.

La Escuela de Chicago le dio el nombre de *ciudad ortogenética* a tal clase de ciudad que así resultaba ser centralizada, jerarquizada, sistematizada, burocratizada y regularizada según la tradición; una ciudad en todo opuesta a la dinámica yuxtapuesta de las, en consecuencia, *ciudades heterogenéticas*, cuya característica principal era, precisamente, la falta de regulación o, al menos, la de un principio único de organización. Ciudades donde “lo de nadie” bien puede llegar a entenderse como una forma de propiedad y, por tanto, paradójicamente, como un eventual principio articulador (acaso clave de una pedagogía ciudadana orientada, de tal suerte, a la apropiación de la ciudad).

En esta medida, si bien la ciudad heterogenética describe, en general, la naturaleza “desarraigada” de las grandes ciudades (al menos en un sentido tradicional); en realidad promueve una particular forma de arraigo; y es este el que se puede experimentar por la movilidad. La ciudad heterogenética y, por lo mismo, heterotópica, es una ciudad donde

hay que “ganarse la vida” y donde para hacerlo es necesario “moverse”, actuar como cazadores y recolectores; de ahí que el nomadismo, en su versión urbana, constituya la esencia fundamental de esta ciudad y que, por lo mismo, en tanto “lugar de caza”, ésta deba entenderse como el “coto” que de tal suerte es.

He ahí un punto en común entre las grandes cosmópolis de los países ricos y las macrocefálicas y difícilmente regulables ciudades del “Tercer Mundo”. Comparten en la movilidad *heterogénica* y *heterotópica* de lo urbano una misma naturaleza aunque, desde luego, de forma diversa; toda vez que responden a principios muchas veces, aunque no en todos los casos, distintos de realidad; por más que el consumo y el proceso de globalización cultural que acompaña a la “apertura de las economías” tienda a construir una homogénea aunque en todo mentirosa “aldea global” gobernada, eso sí, por el principio universal de lo urbano. Aunque, por otra parte, lo urbano mismo es volátil, casi inaprehensible, constituye una especie de magma amorfo para la sociedad

Lo urbano está constituido por todo lo que se opone a cualquier cristalización estructural puesto que es fluctuante, aleatorio, fortuito..., es decir, reuniendo lo que hace posible la vida social, pero antes de que haya cerrado del todo la tarea, como si hubiéramos sorprendido a la materia prima societaria en estado ya no crudo, sino en un proceso de cocción que nunca nos será dado ver concluido (Delgado, M. Op. Cit. pp.25).

Lo urbano, por tanto, es un *proceso*, una construcción colectiva, un “capital”; y decimos proceso y no proyecto porque lo urbano como tal no parte de una idea inicial, como sí muchas veces la ciudad (que, de hecho, se “proyecta”). No obstante, en tanto la ciudad se deja leer, ya que, como dijimos, lo suyo es el lenguaje, lo urbano siempre se nos escapa, ¿quién acaso puede hablar de la *romanità* para aludir a la forma de ser romano? Sin embargo, la legibilidad de la ciudad supone una *pedagogía*: la ciudad enseña a vivir en ella pero no garantiza, en sí misma, un determinado proyecto de urbanidad; acaso éste debiera ser, entre otros, el papel del espacio público dentro del marco de una pedagogía constituida sobre la base de “lo público” en cuanto tal.

Desde este punto de vista, ¿por qué hablar de “espacio urbano” y de “cultura de la ciudad” y no de *espacio de la ciudad* y *cultura de la urbe*, como correspondería con lo

dicho hasta ahora? Sencillamente por que lo urbano constituye también un espacio, pero no un espacio cualquiera, sino ese espacio significado que constituye el lugar, lo urbano instauro el lugar, inaugura el paraje, significa y (re)semantiza abriendo la espacialidad, es decir: *espacia* (simboliza y semantiza). Por su parte, la ciudad induce comportamientos, perfila itinerarios, propicia hábitos y establece toda una serie de secuencias en las dinámicas que suscita su espacialidad; sugiere, por decirlo así, un modo de “ser usada” y propone, en consecuencia, específicas posibilidades de habitar, dado que “la ciudad es esencia afectiva en tanto que es inductor afectivo, o inductor existencial; es decir, en tanto que nosotros podemos reconocer en ella, por resonancia, una cierta tonalidad afectiva que cualifica nuestro movimiento existencial (Lámina 13) (Ladrière, J. 1975. p. 155).

Lámina 13
«ESPACIO URBANO Y CULTURA DE LA CIUDAD»



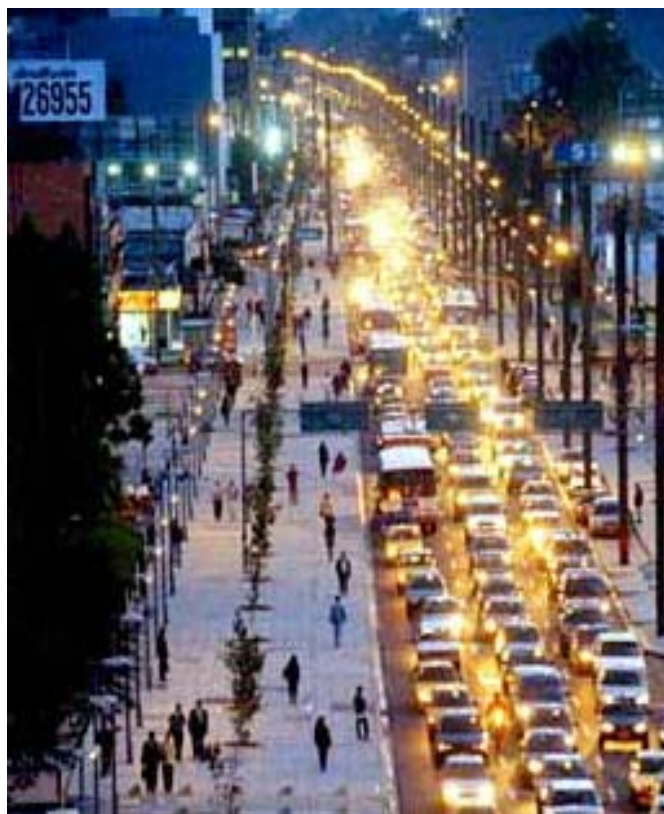
Fuente: Buscador google: Bibiana Fulchieri1 Fiesta de la virgen del rosario, iruya 1992

Es, por lo mismo, y expresándolo en palabras de Bourdieu (1988), una *estructura estructurante* en tanto propone un principio de vertebración que organiza tanto las prácticas como las percepciones y, con ellas, los modos de uso y de significación. Pero, y si la estructura, como lo urbano mismo, también se hace y deshace permanentemente, ¿qué sería entonces la historia de la ciudad? Seguramente una construcción no lineal (o al menos no monolineal) de metarrelatos yuxtapuestos, causa y a la vez efecto de sí mismos y de la historia urbana como tal. A fin de cuentas como decía Pío Baroja, “la historia no es más que un género de la literatura”. Que vano esfuerzo el de los urbanistas que se

empeñan en descifrar los signos de la ciudad pero que, en la mayoría de las veces, son ciegos ante los de la propia urbanidad hechos, como señala Delgado (1999), de “consensos sobre la marcha”.

Son precisamente estos “consensos sobre la marcha” los que orientan la historia de la ciudad en cuanto tal, ya que de ellos ésta se agarra para caracterizarse epocalmente. Aspiración que, no obstante, no deja de ser, como decíamos en páginas anteriores, otra cosa que un *relato* hecho, como todos, de infinidad de metarelatos; los cuales, como por naturaleza les es dado, no pueden hablar de otra cosa más que de los muchos modos de decirse de la ciudad en su hacerse y deshacerse permanente. Relatos, en consecuencia, de un paisaje que cambia, de una geografía no suficientemente descubierta, puesto que, como la historia, nunca está acabada de hacer. *Que la geografía es histórica y que una y otra no pueden ser otra cosa que antropología parece ser lo que en últimas, nos dice la ciudad.* La ciudad *es* el resultado de las huellas dejadas por el animal humano, como bellamente nos lo recuerda Marguerite Yourcenar cuando, en sus *Memorias de Adriano*, alude a esa “montaña habitada” que preface siempre en el fondo de la ciudad (**Lámina 14**).

Lámina 14
«LA MONTAÑA HABITADA»



Fuente: Buscador google: www.corbis.com. Carrera 15, Bogotá

En Roma se utilizaba de preferencia el ladrillo eterno, que sólo muy lentamente vuelve a la tierra de la cual ha nacido y cuyo lento desmoronamiento e imperceptible desgaste se cumplen de modo tal que el edificio sigue siendo montaña aún cuando haya dejado de ser visiblemente una fortaleza, un circo, o una tumba (Yourcenar, M. 1984).

Pero no sólo la ruina del edificio sino su propia factura supone siempre la abrupta irrupción de un nuevo paisaje, de unas nuevas montañas que emergen y se sumergen permanentemente como las olas del mar. A fin de cuentas, eso que llamamos paisaje no es otra cosa que una organización de los signos y, por lo mismo, historia, es decir, *escritura*; en tal medida, como señala esta autora en otro aparte de su novela:

Construir es colaborar con la tierra, imprimir una marca humana en un paisaje que se modificará así para siempre; es también contribuir a ese lento cambio que constituye la vida de las ciudades (Yourcenar, M. Op. Cit).

CAPITULO II. LA CIUDAD GLOBAL, NUEVAS FORMAS DE SER, NUEVAS MANERAS DE ESTAR

3. LA CIUDAD ACTUAL DENTRO DEL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN.

3.1. La necesidad de contextualizar la Globalización.

Como señala el *Informe de la Comisión Nacional de Educación, Ciencia y Desarrollo* de El Salvador en documento editado en junio de 1996, la globalización implica “considerar el mundo como mercado, fuente de insumos y espacio de acción tanto para la producción como para la adquisición y la comercialización de productos”, lo que supone la creación de un mercado mundial (en el que circulen libremente los capitales financiero, comercial y productivo) caracterizado por el aumento del comercio exterior, la libre exportación de capital, el menor uso de materias primas, la desconcentración de los procesos productivos y, especialmente, la multiplicación de la actividad económica en los sectores terciario, cuaternario y quintario.²⁴

Si bien para algunos este proceso apunta a la construcción de un “Estado Mundial” (sin aclarar del todo qué se entiende por tal Estado), lo que en realidad ha ocurrido es la constitución de una auténtica *sociedad empresarial* en la que, con el pretexto de “internacionalizar la economía”, se han potenciado los ya existentes desequilibrios y desigualdades a nivel mundial (ellos sí “globalizados”) tanto en la esfera económica como en la social (**Lámina 15**); situación que ha repercutido, no sólo en los modos de producción y en el manejo del capital, sino en la propia noción de “Estado soberano”, toda vez que éste se ve sensiblemente amilanado por el fortalecimiento de las relaciones de dependencia que trae consigo el afianzamiento de los patrones políticos, económicos, sociales y culturales de la cultura hegemónica puestos en circulación a través del mercado y de su incondicional aliado, el consumo.

²⁴ El paulatino incremento del sector servicios, producto, fundamentalmente, de los fuertes procesos de reconversión económica e industrial de los últimos años, ha hecho necesaria la aparición de dos nuevos sectores económicos: el *cuaternario* y el *quintario*; los que al sumarse a los tres sectores básicos: el *primario* o extractivo, el *secundario* o industrial y el *terciario* o de servicios, constituyen un nuevo frente para abordar las crecientes demandas del mercado en materia de asesorías y consultorías técnicas de alto nivel de especialización que se ocupen, entre otros temas, de materias tan relevantes, hoy en día, como son las comunicaciones y el manejo de la información.

Lámina 15
«EL MUNDO UN LUGAR PARA TODOS»



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.fotomundo.com-Phillip.www.kas.org.pe-mundo.www.totalcom.centroamerica.com

De este modo, resulta importante distinguir al interior del fenómeno de la globalización, lo que éste tiene de realidad económico-objetiva (si es que en economía podemos hablar de “objetividad”), y lo que de la misma se deriva para la consecuente imposición de un orden hegemónico global que, en tanto nueva ideología, se sirve de dicha “realidad” para satisfacer sus particulares intereses. Bajo la idea de hacer parte del “fenómeno global”, signo de “progreso” y “civilización”, los teóricos (ideólogos) del sistema imponen un totalitarismo ideológico que, al parecer, no deja más remedio a los inconformes con el sistema que asumir una especie de “fatalismo globalizador” (por más de que cada día crezca la resistencia a través de los muchos movimientos antiglobalización que existen en el mundo). La verdad es que el fenómeno, hay que reconocerlo, es irrefrenable; lo que no significa que no sea, al menos teóricamente, reconducible. El hecho es que, bajo su denominación actual, se presenta como un camino de “una sola vía” desde el cual la economía más precaria no tienen más remedio que “alinearse” (de hecho hablamos de países “alineados” y “no alineados” o, lo que es lo mismo, de países por “alinear”) y esperar el turno para que la ingente economía mundial, y su espíritu neoliberal, les asigne un lugar en el siglo XXI.

Bajo la consigna del “libre mercado”, el capitalismo del mundo desarrollado manipula el concepto de globalización para amparar sus políticas neo-imperialistas y lograr conseguir una desprotección aún mayor de las economías nacionales de los países más pobres que así no tienen más remedio que incrementar su deuda externa con tal de “ponerse a la altura” para poder competir, cosa que, por cierto, no logran nunca, ya que, en realidad, no se trata de que “compitan” sino de que “sean competentes”; es decir, que “cumplan con su papel”; para lo cual deben ser “flexibles” en temas como el medio ambiente, el derecho laboral e, incluso, los derechos humanos; a fin de cuentas, de lo que se trata es de que “fluya” el capital y de que nada se oponga a su irreflexible lógica.

Ante este panorama, el único peligro real que experimenta la globalización es el de que su propia pretensión de “globalidad” se vuelva en su contra al incrementar, de acuerdo con su política, un aumento en las desigualdades y, por lo mismo, en la injusticia social; razón de más para alimentar la dependencia a través del control sobre aquello que, al menos en apariencia, tiene a todo el mundo tranquilo sobre la base de comportar un aparente espíritu democratizador; nos referimos, por supuesto, a la indisoluble alianza entre el mercado y el consumo.

Desde esta perspectiva, “abrir la economía”, “suprimir los aranceles” o, finalmente, “insertarse en la globalización” a cualquier precio, son exigencias impuestas por los países desarrollados al resto del mundo para ampliar y fortalecer su orden hegemónico. Bajo la ficción de equidad que ésta, a través del mercado, ofrece, no se hace más que reforzar el efecto autopropagandístico de estos países que, de tal forma, imponen su imaginario: el imaginario “global” de unos pocos hecho “imaginario universal” para todo el planeta. Son éstas, por tanto, fórmulas para ser aplicadas por las naciones que dependen de los préstamos y la inversión extranjera, y que no tienen más remedio que aceptar las condiciones y demandas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Lo que se infiere de aquí es, ni más ni menos, la conformación de un “nuevo mapa” del planeta hecho, como siempre, por la cultura hegemónica (los “vencedores”, como los llamara Foucault). Mapa caracterizado, ya no tanto por la determinación precisa de territorios autónomos que alentara esa otra ficción del Estado Nación bajo la figura de fronteras claramente establecidas (ya que éstas son tan “móviles” como el papel relativo de tales lugares), como por las relaciones funcionales que, de hecho, se establecen entre

uno y otro lugar de acuerdo con las también móviles demandas de un “mundo global” hecho de redes y de sistemas de redes.

Hoy como ayer, no sólo la historia sino la geografía es “(de)escrita” por “los vencedores”. La creciente tendencia, si no de integración, sí de interrelación que, particularmente se pone de manifiesto en las grandes ciudades (pero que afecta la vida entera de los habitantes del planeta), es aprovechada por los grandes intereses que manejan el capital para proponer la idea de un “mundo abierto” y lleno de oportunidades para todos. Después de todo el poder, y con él, sus múltiples formas de ejercer el control, se ha caracterizado siempre por adaptarse y manipular las tendencias de cada época para imponer sobre ella su manera de entender (administrar) aquello que de tal suerte concibe como “su” territorio; de ahí la importancia de entender la “dimensión socio-espacial” del fenómeno global, ya que no sólo puede darnos respuesta a propósito de la comprensión del mundo en que vivimos, sino del auténtico lugar que ocupamos en él, para de tal suerte “ajustar” y redimensionar nuestro compromiso.

En este orden de ideas es necesario resaltar que sólo podremos realizar lo anterior si estudiamos y entendemos la globalización a partir de la propia historia del proceso en el que ésta emerge a la luz del marco ideológico del capitalismo; tarea que supone, no sólo la comprensión del piso epistémico que la sustenta, sino la construcción de un nuevo piso teórico y metodológico para enfrentarla y “redireccionarla” puesto que el proceso, aparentemente irreversible que la caracteriza, a lo más sea la única posible tarea que nos deja.

Desde este punto de vista, habría que entender que la globalización es, como hemos dicho, un proceso al interior de otro proceso: el del capitalismo que, fiel a su naturaleza, no puede hacer otra cosa que procurar “expandirse” y acaparar el mercado regulando la economía como forma de detentar los hilos de un poder siempre en ascenso. Quizá la “novedad” del proceso de globalización (que en sí mismo no es nada nuevo) en este momento se derive de la eficacia de los medios técnico-instrumentales que lo potencian y de la manera como se promociona al acompañarse de imaginarios tan sugestivos como los de la instauración de la famosa “aldea global” habitada por auténticos “ciudadanos del mundo”; imaginario que, por cierto, surge con el espíritu expansionista y, valga decir, capitalista y burgués del Renacimiento para ofrecer, por igual, los frutos de una cultura tan universalista como universal.

Todo esto sirve para explicar la “novedad” de la moda que el tema despierta, a tal punto que, como irónicamente expresa el profesor Jesús Martín Barbero, a propósito de la búsqueda de una causa común que explique la crisis del mundo actual, lo que no pueda explicarse por el “Fenómeno del Niño” tenga hoy en día que hacerse desde la “globalización”.

Una historia de la globalización tendría que hacerse, entonces, desde la comprensión del alcance del “Proyecto Moderno”, planteado por los filósofos de los siglos XVII y XVIII como: “la búsqueda del dominio de la naturaleza a partir del conocimiento de sus leyes”. Proyecto de orden técnico-tecnológico fundamentado en la necesidad de controlar, sistematizar y regular el orden de la naturaleza para ponerlo al servicio de la humanidad bajo la figura de esa nefasta construcción ideológica que resultó ser “el humanismo”.

A fin de cuentas, este ideario renacentista que marcara, en gran medida, la modernidad, lo que en última instancia proponía, era poner al hombre en el centro de la creación para que ésta girase en torno suyo y, por lo mismo, se justificase en razón del servicio que le pudiera prestar (acaso origen de la crisis ecológica actual); en esta medida, más que alentar los ideales de libertad y justicia que la liberación del trabajo por parte de la dominación técnica de la naturaleza al parecer ofrecía, lo que en realidad ocurría era una inversión axiológica donde el fin (el hombre) se convertía en un medio más del proceso productivo donde el verdadero centro resultaba ser el propio proceso, de hecho ligado al control de los medios de producción, transformación y comercio.

Numerosos aportes de diferentes teóricos han contribuido, desde entonces, a configurar la idea actual de globalización. En primer lugar está Adam Smith, quien en 1776 planteara la necesidad del comercio exterior para poder impulsar la expansión industrial, después vinieron las tesis de David Ricardo y su intento de justificar ideológicamente la especialización internacional, contribuyendo, por demás, con la teoría de las “ventajas comparativas” al aportar el descubrimiento de la ley del valor-trabajo y del intercambio desigual. Posteriormente aparece Marx y su ingente crítica al capitalismo a partir de la denuncia de sus contradicciones principales; en esta línea son también valiosos los trabajos de Hobson, Hilferding, Bujarin, Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburg en las dos primeras décadas del siglo XX. De otra parte, y a partir de los años cincuenta y sesenta, cabe destacar las propuestas de autores norteamericanos como Baran y Sweezy,

en lo que compete a su concepto de excedente económico y sus análisis del capitalismo monopolista y de la tendencia al armamentismo; la tesis de Kolko sobre la capacidad de los Estados Unidos de exportar su propia crisis; y las tendencias centrípetas y centrífugas del sistema planteadas por Magdoff. Del mismo modo, están en los años setenta Emmanuel y su demostración del intercambio desigual, Samir Amin y su análisis de las relaciones entre centro y periferia, André Gunder y sus ideas acerca del “desarrollo del subdesarrollo” y Theonio dos Santos y su teoría sobre la dependencia, para citar sólo unos pocos.

Es claro que la genealogía del proceso requiere hacer un estudio acucioso, no sólo de los autores brevemente aquí reseñados, sino de otros tantos que, difícilmente, podemos siquiera nombrar en este breve espacio, toda vez que dicho estudio no es el tema de este trabajo para el que lo que cuenta, en este momento, es apenas llamar la atención sobre la importancia de entender el proceso de la globalización desde un marco mucho más amplio y menos circunstancial y coyuntural como el que en la actualidad se nos presenta al hacerla parecer como el más “maravilloso” invento de nuestro tiempos.

La verdad es que no puede haber ruptura sin que, a la vez, haya continuidad, motivo por el cual se hace necesario, para entender la globalización, tanto historizar el concepto como desideologizarlo; esto con el fin de comprender la dimensión histórica de su actual ideologización. En cualquier caso, de lo que se trata es de adoptar una posición crítica y constructiva frente a ella sin la orfandad conceptual que nos supondría, sin más, el aceptarla o el rechazarla.

3.2. De “lo local” a lo “global”.

Tradicionalmente el concepto de “lo local”, ya sea a nivel del pensamiento o del territorio, se concibe como una parte de un todo; es decir, como “algo” que, de alguna manera, y en su hora, cumple con el papel de contribuir a “cerrar” o “completar” un determinado esquema, hecho, como todos, de múltiples piezas subordinadas a una idea de absoluto que, en todo, supera las partes que lo conforman. “Lo local” se entiende, entonces, como parte de un gran mecanismo que funciona gracias a que cada una de sus piezas desempeñan un papel. Incluso cuando se entiende “lo local” como la expresión endémica o vernácula de un determinado pueblo o grupo humano “localizado” en el

espacio-tiempo, él mismo se circunscribe al imaginario común de “lo universal”, compartiendo en “lo humano” el sentido de grupo o de pueblo al interior de esa gran totalidad que es el mundo (**Lámina 16**).

Ni que decir de aquellos elementos o contextos que, por una u otra causa, no entran en la razón o en la historia; en el primer caso no olvidemos que, para dar tan sólo un ejemplo, los “locos” o “lo irracional” como tal, cuentan también con un espacio perfectamente “localizado” dentro del esquema mundo y, en el segundo, recordemos que para Hegel, padre de la moderna idea de historia, los pueblos primitivos no “entran” en ésta por no haber superado lo que el filósofo llamara un “estado mítico”, lo que no impedía que estuviesen “localizados”, así fuera como pueblos “metahistóricos”. En resumen, aún lo que está por fuera, a la postre resulta también adentro...

Lámina 16
«EL RETO DE BABEL: UNA APUESTA POR LA COMUNICACIÓN»



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.icsi.com.mx/versioningles/e-mail.commerce.htm y home.domaindlx.com/humanistas/idprinc.htm

Hoy que se habla por todas partes de la “aldea global” vale la pena que nos preguntemos ¿cuál es el papel de “la parte” dentro de este “gran todo global”? y, en consecuencia, ¿qué significado tiene lo global para lo local? En cualquier caso, ¿de qué clase de “globalización” se está hablando? Comencemos por responder a esta última pregunta afirmando que si bien dentro del concepto de “globalidad” pueden incluirse ciertos aspectos de universalización de códigos, símbolos y valores que, en apariencia, tienden a homogenizar esa aldea-mundo de la que ya habláramos, en resumen puede

entenderse como una estrategia de orden económico que, como hemos señalado, para nada apunta a una homogenización, ya que conlleva un fuerte componente de segregación espacial en el cual, antes que “uniformizar” lo que ocurre es que se exaltan y acrecientan las diferencias contribuyendo con ese proceso de “fragmentación” que, cada vez más, caracteriza al planeta.

En tal sentido corresponde, más bien, con una nueva estrategia de producción, comercialización y consumo orientada, en opinión de Mercedes Molina (profesora de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid), a “realizar y coordinar procesos económicos en un tiempo real” (Molina, M. 1998). En tal medida involucra una también nueva estrategia de venta (hablar de globalización es hablar de consumo) amparada en unos niveles de hipereficiencia desconocidos hasta ahora y supeditados, en gran medida, al preponderante valor que la sociedad de finales de este siglo le otorga a la imagen. Y es, precisamente, una imagen, aquello que vende la globalización: la de un mundo igualitario y democratizador, pleno de oportunidades para todos y, en el cual, el desmoronamiento de toda barrera, de toda frontera, acaba por integrar al mundo, acaso aquel que parafraseando a Leibniz sería “el mejor de los mundos posibles”.

La situación, no es difícil de constatar, es bien distinta; en lugar de “equidad” o de “equilibrio sustentable” lo que tenemos es una desmedida exacerbación de las contradicciones donde “la parte”, “lo local”, garantiza su supervivencia tan sólo sobre la base de asumir el papel que le ha asignado el sistema global (ya que éste no es de libre elección) resultando como imperativo mayúsculo de su existencia el satisfacer de la manera más eficiente posible aquellos cuatro principios que enunciara Weber (1977) como atributos de lo que denominara como la *racionalidad formal* (previsibilidad, cálculo, control y eficacia) y que en todo resultan vigentes para la “aldea global”. Aquí el único sentido de “lo local” es el de la potenciación de sus ventajas comparativas para competir en el mercado de la libre empresa; aquélla para la cual el dilema de Shakespeare habría de presentarse de una nueva manera: “hacer o no ser” ese es el problema...Pero hacer implica exponer, publicitar, en una palabra: *vender!* Y esto es, en definitiva, lo que caracteriza a la globalización como una gigantesca estrategia de venta que ha transformado, no sólo los valores y las pautas de consumo y conducta de la sociedad sino el Estado mismo y su forma tanto de ejercerse localmente, como de proyectarse y relacionarse internacionalmente.

De este modo, si bien “lo global” avanza sin hacer “distinciones locales”, exceptuando, por supuesto, la del oportuno aprovechamiento de los recursos endémicos que, en un momento dado, pueden liderar o servir de receptáculo a un determinado proceso, permitiendo así “localizar” la inversión, (que es lo mismo que decir, “encontrar un lugar para...”); “lo local” mismo en poco se beneficia de esta intervención de la macroeconomía en sus asuntos (salvo en aquellos contextos donde sus ventajas comparativas le permitan competir con los mercados existentes o abrir nuevos mercados) aunque, hay que decirlo, *el éxito de las políticas macroeconómicas y, con ellas, de la globalización, consiste, precisamente, en imponer el imaginario global dentro de los “asuntos locales” al punto que “lo global mismo” se convierta en un asunto local*; acaso clave pare invertir la conocida sentencia mediante la cual “hay que a pensar globalmente para actuar localmente” y, en tal medida, hacer posible *el pensar localmente para actuar globalmente*.

En consecuencia, ¿cuál sería, entonces, la importancia de lo global como tal para las economías y los imaginarios locales? Sin lugar a dudas (al menos desde la perspectiva económica), la posibilidad de competir, cuando esta posibilidad es real o, en su defecto, la de hacerse conocer “vendiendo una imagen” lo suficientemente atractiva que, al otorgar las mínimas garantías, atraiga la inversión. Lo que ocurre en realidad es que, en la mayoría de los casos, al menos en los países del “Tercer Mundo”, el precio es demasiado alto: mano de obra barata y aprovechamiento del trabajo infantil, para citar tan sólo dos ejemplos de la elevada plusvalía derivada de esta nada nueva forma de explotación (ejercida desde siempre por los imperios) de cuya consecuencia no es de esperar otra cosa que un incremento de la pobreza y de la marginación.

En lo que respecta a la importancia de lo global para los imaginarios locales, cabría anotar la generada por la apertura de códigos y pautas de comportamiento puestas en común; claro está, sobre la base de que su “universalización” suponga el reconocimiento colectivo de la diversidad como un *patrimonio común* y, solo así, “global” (condición básica para entender la importancia de la multiculturalidad, particularmente en su escenario dilecto: la gran ciudad). Situación que, sobre la base del enriquecimiento del capital social y, de hecho, simbólico, que lo anterior supone, se constituye en sí misma, y en tanto contexto general del intercambio, en una fuente inagotable de prosperidad material.

De otra parte, no hay que olvidar que el fenómeno de la globalización supone dos dimensiones aparentemente antagónicas, aunque en realidad inherentes y cosubstanciales: la de una fuerte tendencia hacia la homogenización cultural y la de un proceso de heterogenización, puesto que en el intercambio de culturas se da tanto un efecto de universalización de lo particular como uno de particularización de lo universal; fenómeno derivado del hecho de que una serie de prácticas, ideas y conocimientos originados en centros hegemónicos de cultura y poder político, se proponen como “universales” y, de tal suerte terminan imponiéndose a otras culturas que, de tal forma, resultan “subordinadas” (sin desconocer el hecho de que éstas, por una u otra razón, los adopten libremente). En este caso, como señala Steffan Ayora, profesor de la Universidad de la Frontera Sur de Chiapas (México), “los grupos particularizan lo universal al adoptar adaptando y resignificando (“resemantizando”, diríamos nosotros) prácticas culturales o socioeconómicas y políticas ajenas” (Citado por Beyer, P. 1994); aunque también se da el caso, como apunta este mismo autor, que prácticas de tipo local se universalicen y “resignifiquen” a nivel global.

En este orden de ideas habría que señalar que los propios “regionalismos”, etnocentrismos, o nacionalismos, que hoy en día pululan con tanta fuerza como el propio espíritu globalizador, no deben entenderse, tan sólo, como una reacción ante el embate homogenizador de la globalización cultural que trae consigo la globalización económica y, con ella, las nuevas e incisivas formas de consumo, sino que deben leerse, también, como demandas autónomas de autodeterminación por parte de los grupos que los lideran;²⁵ otra cosa es que la forma en que tales demandas se realicen, paradójicamente, refuercen el poder de los mismos centros hegemónicos de los que tales expresiones locales pretenden diferenciarse o, utopía de las utopías, apartarse.

Nos referimos a la eventual afirmación de la identidad local con base en lo que puede llegar a diferenciarla de “un todo” convertido así en “lo otro” de lo mismo; afirmación que, como señalamos, resulta ser de corte negativo dado que la “mismidad” de lo que, de tal forma pretende afirmarse, deviene, en consecuencia, en ser “lo otro” y, por tanto, lo “opuesto” de aquello de lo que quiere apartarse; es decir, resulta ser un “no otro” y, de tal suerte, un satélite de aquello que, para que su existencia tenga valor requiere, de hecho, que exista. En este caso, como señalamos en páginas anteriores, sería mejor hablar

²⁵ En este sentido, Homi Bhabha señala como una muestra de imperialismo cultural, el suponer que cuando los distintos grupos locales luchan por afirmar su autonomía lo hacen en los mismos términos que los europeos, negando que existan procesos endógenos generadores de luchas locales. Ampliar en BEYER, Peter (1994). *Religion and Globalization*. Ed. Sage. Londres.

de *ipseidad* que de identidad puesto que se trata más de ser “uno mismo” (*lo ipso*) que de ser “lo mismo” a “lo otro” es decir, “lo otro” de “lo mismo” y, por tanto, como demostró Nietzsche, con relación a la mismidad de principio entre los opuestos, “lo mismo”.

3.3. Las tres grandes pretensiones de la globalización entendidas desde la óptica del consumo.

Con lo anterior queda clara la dimensión espacial de la globalización y su carácter evidentemente selectivo y jerarquizador pero, con el fin de esclarecer la propia relación entre ésta y el consumo (su motor fundamental), hace falta aún examinar las que denominaremos como las tres grandes pretensiones y, a la vez, ficciones, de la globalización: *la homogenización del valor, del espacio y del lenguaje*. Hablamos de “pretensiones” en el sentido de resaltar aquello que, en principio, bajo la figura de la homogenización, al parecer ofrece la globalización para combatir el desequilibrio de recursos y de oportunidades reinante en el planeta. La verdad es que esta pretensión, lejos de ser un anhelo frustrado es, más bien, prueba irrefutable del carácter corrupto del proyecto globalizador en tanto que aquello que lo alimenta es, precisamente, el mencionado desequilibrio; de no ser por éste ¿qué sentido tendría lanzarse a la conquista de un mundo-mercado? más aún, ¿qué sentido tendría concebir el mundo de tal forma? En esta medida, a la vez que hablamos de pretensión, hablamos también de “ficción” para aludir a la imposibilidad que, desde el actual proyecto globalizador, hace inasible la utopía de un mundo justo y equitativo.

3.3.1. La pretensión de la homogenización del valor.

Comencemos por elucidar el carácter de esa primera *pretensión-ficción* que hemos planteado en términos de la homogenización de la idea de valor. El supuesto fundamental, en este caso, es que los significados pueden llegar a “universalizarse” y, más aún, a intercambiarse; sirva de ejemplo esa inversión axiológica propia de la actual sociedad de consumo que subordina el valor de cambio al valor de uso, al punto de convertirse éste último en el único valor, por encima, incluso, de ese imponderable que revaloriza las mercancías y los bienes de capital, nos referimos, por supuesto, al trabajo. Lo que ocurre

en este caso es que el incremento de la plusvalía, halonado por el deseo de competitividad a cualquier precio, se ha encargado de minimizar este importante valor agregado.

En esta medida, el valor de uso no puede entenderse sino como el horizonte mismo del valor de cambio; motivo por el cual, lo que se infiere de aquí, tanto a nivel de las mercaderías como de las necesidades, es un redimensionamiento radical del concepto de consumo en cuanto tal, amparado en la pregunta de ¿qué es en realidad lo que adquirimos cuando compramos? A lo que responderíamos, desde esta perspectiva, que *un significado*, toda vez que los objetos de consumo están cargados, o mejor, constituidos, por un valor eminentemente simbólico. Situación que, en opinión de Baudrillard (1996), se confunde con la fantasía de la representación en la cual el hombre deviene, en sí mismo, su propio significado, interpretando el papel de un contenido de valor y sentido en un proceso de expresión y acumulación de su propia imagen alimentada por lo que, de hecho, consume y con lo cual se identifica. *La ficción de la universalidad del valor hace que seamos lo que consumimos y que, de tal suerte, consumamos para seguir existiendo (consumiendo).*

Lo paradójico es que lo que resulta de aquí no es, ni mucho menos, una homogenización de la idea de valor (al menos del valor de uso que es el que, precisamente, hemos dicho se antepone al valor de cambio), sino una ponderación local (izada) de los bienes de consumo, en tanto el valor de uso es, desde luego, diferente en cada contexto y situación. Por tanto, una homogenización de la idea de valor implicaría, no otra cosa que una nueva inversión axiológica en la cual el valor de cambio se antepusiera al de uso y, por tanto, violara su connatural dimensión simbólica. La pretensión no es otra que la de suponer que “todos deseamos lo mismo” y que, por tanto, basta con ofrecérsenos un determinado bien, que de hecho tendrá que resultar “atractivo”, es decir, “de moda”, para proyectar sobre él nuestro apetito; pero lo cierto es que “el bien” que se nos ofrece es bien distinto al que nuestra dimensión simbólica recibe y, de tal forma, valora.

En este sentido ocurre con los bienes de consumo algo parecido a lo que en opinión de Mercedes Molina (1998) sucede con el capital; y esto es que, “no tiene el mismo valor en unos puntos y otros, así como no representa lo mismo donde está su origen y control que donde se recibe”. Nada más pensemos en el arribismo que implica el consumo de bienes cuyo valor fundamental no radica en sí mismos sino en lo que su

posesión supone socialmente. La idea de valor que proporciona así el consumo está directamente relacionada con la de “ser más” y, por tanto, con connotaciones más ontológicas que psicológicas.

Lo que se deriva de aquí es que el consumo como tal es, él mismo, un “objeto” más a consumir; un “objeto” para el que, por cierto, cada vez se necesita “menos” dinero ya que, de hecho, no guarda una relación directa con la capacidad adquisitiva de los ciudadanos (consumidores). En tal medida, diríamos que es el “*objeto-deseo*” por excelencia a través del cual, he ahí una nueva inversión axiológica, no es la sociedad organizada y cohesionada la que “decide” consumir, sino que *es el consumo el que hoy en día se encarga de constituir a “lo social”*. Y esto es así dado que lo social mismo, como señala García Canclini (1995), no es otra cosa que “aquel grupo que adquiere sentido de pertenencia gracias a la posibilidad común que tiene de acceder a lo mismo, tanto en materia de bienes como de servicios”. La posesión de bienes que da sentido no sólo de identidad sino de pertenencia, se da, querámoslo o no, a través del consumo, definido por este mismo autor como “el conjunto de procesos socio-culturales por los cuales se realiza la apropiación y la utilización de los productos” (Ibídem).

Es aquí donde la globalización encuentra su terreno más fecundo, toda vez que, a través del consumo, y de la ficción de la homogenización del valor que este supone, aspira a extender el terreno de lo “global económico” a lo “global cultural”, apoyando, promocionando e impulsando, nuevas y sofisticadas formas de comercialización y, de tal suerte, de consumo. El consumo resulta ser, por tanto, ese imperativo que permite al hombre de hoy, en su anhelo cosmopolita, acceder a una movilidad real o simulada (diferencia cada vez más difícil de establecer puesto que lo que más consumimos es apariencia). De hecho, la imposibilidad que muchos individuos y grupos tienen de acceder a una movilidad “física”, es sublimada a través de la propia movilidad de los escenarios o circunstancias (eventos) “deseables” que hoy en día golpean a nuestras casas a través de la publicidad y los medios de comunicación (**Lámina 17**), o se instalan cerca de ellas a través de parques temáticos y “plastificadas” escenografías que nos trasladan así a exóticos paisajes. Simulacros de realidad que, hoy por hoy, se encargan de propiciarnos un nuevo suelo. Incluso, el deseo de movilidad resulta en la mayoría de los casos satisfecho con el simple hecho de acceder a los supermercados y centros comerciales, ya sea para comprar, para “consumir” vitrinas, o para que nos “vean”, ya que el consumo no tiene que ver, tan sólo, con la adquisición de bienes sino, también, con la ilusión de la adquisición a

través del lenguaje; un lenguaje que, muchas veces, resulta ser el del “como si”... puesto que suele bastarnos con “tener” los bienes en los escaparates para que nos “leamos” (afirmemos) como consumidores potenciales, ya que, al fin y al cabo, esto parece constituirse en parte de acceder al “derecho a la ciudad”: *soy ciudadano en tanto tengo derecho a consumir* (**Lámina 18**).

Lámina 17
¿QUIÉN MIRA A QUIÉN?



Fuente: Buscador google: www.pobladores.lycos.es

De esta forma la “sociedad de consumo” termina privilegiando los derechos del consumidor por encima de los del ciudadano, ávida cuenta de que lo que antes representaba la posibilidad de participar en las decisiones en la esfera de lo político, hoy se remite, casi exclusivamente, a la esfera de lo civil matizada, por ejemplo, en el caso de las elecciones, por el *raiting* que proyecta la imagen de los candidatos, puesto que, al parecer, ya no necesitan tener ideas: ¿quién quiere “comprar” ideas cuando se puede “comprar” imagen? Lo grave de todo esto es que la posibilidad de ser ciudadano a través del consumo, inhibe, en muchos casos, que las personas se rebelen contra injusticias o carencias puesto que al parecer hoy, como en tiempos de la antigua Roma, lo que el pueblo pide no es otra cosa que “pan y circo”. No obstante, el precio que la ciudadanía paga es muy alto ya que implica el propio sacrificio de lo societario, en su dimensión política, a través de la alienación y domesticación de conceptos como el de “sociedad civil”. Lo que sucede, entonces, es que la impronta del consumo termina por estimular la preferencia por vivir sin derechos y sin obligaciones políticas contribuyendo, de tal forma,

con la actual situación de tensión que la globalización genera entre los ya complejos procesos de inclusión y exclusión.

Lámina 18
«DE CARA A LA VITRINA; DE ESPALDA A LA CALLE»



Fuente: Buscador google:
www.hola.com/2002/07/03/mansiones-04/imgs/compras-b.jpg

Con todo, el fenómeno del consumo no debe ser entendido, tan sólo, como producto de la manipulación de los medios de comunicación, o del carácter connaturalmente alienado de la sociedad capitalista, ya que implica, junto con las relaciones tradicionales de dominación e imitación, unos fuertes componentes de autoestima y satisfacción, no necesariamente derivados de las relaciones anteriores, toda vez que el acceso a los bienes materiales proporcionan satisfacción espiritual (excepción hecha de aquellos individuos o colectividades que, por razones de su credo, no le otorgan ningún, o un mínimo valor a éstos), a la vez que los superfluos acaban, con el tiempo, transformándose en necesarios. Hay que entender que la ficción de la homogenización del valor y, con ella, del significado que presupone la globalización es, a la vez, causa y consecuencia del contrato social hecho, obviamente, por individuos con deseos y expectativas tanto inducidas miméticamente por el entorno, como propias puesto que, a fin de cuentas, el consumo es una elección consciente de la persona aunque determinada y dependiente de la cultura.

Una forma de aproximarse a la comprensión de este último aspecto puede llevarse a cabo a través de la propia comprensión del concepto de *reflexividad estética* que señalan Douglas e Isherwood en el conocido trabajo de Lash y Urry (1994), donde se le da este nombre al fenómeno que acompaña la progresiva estetización de la vida cotidiana que, desde mediados de los años 90, vienen tratando filósofos de corte decididamente postmoderno como Lyotard, Deleuze o Salabert, entre otros, y que explica, en buena medida, la aproximación al consumo por el “simple placer” de consumir, ya que de hecho esta aparente “pulsión” responde, sin más, y de acuerdo con estos autores, a la dimensión hedonista del espíritu humano.

A diferencia de su “moderna” antagónica, la *reflexividad cognitiva*, que responde a los estímulos “mediante” el razonamiento, esta variante “postmoderna” de respuesta sensible al mundo, se da de forma “inmediata” reaccionando afectivamente a los estímulos a través de juicios de gusto, ya que, “involucra la proliferación de imágenes y símbolos que operan a nivel del sentimiento y se consolidan alrededor de juicios de gusto y distinción por parte de diferentes individuos y sociedades” (Lash & Urry. 1994. 256). Planteamiento en todo opuesto a los argumentos de autores como Veblen, Bordieu y Douglas quienes afirman que el principal motor del consumo es la “demostración de *status*”, dado que, desde su perspectiva, la “dimensión estética” del mismo habría que estudiarla desde un terreno limítrofe entre la sociología y el psicoanálisis.

Ligado al concepto de *reflexividad estética* aparece el de *estilo* entendido, desde la perspectiva de Ewen (1998), como una forma de valoración estética en la cual deja de importar el valor de los objetos desde el punto de vista de su utilidad (lo que sería la *reflexividad cognitiva*) para cobrar valor su ponderación sensible y perceptual, ya que, como demostraron sus estudios: “a medida que el estilo llegaba a una clase media de consumidores ampliamente definida, el valor de los objetos fue siendo cada vez menos asociado a manufactura o calidad material y cada vez más derivado del factor abstracto y maleable del apelo estético. Los signos durables fueron substituidos por los efímeros”. (Ewen, S. 1998. pp. 38).

Queda pues clara la forma en que el “apetito globalizador” pretende, a partir de la promoción de imaginarios “universales” ofertados a través del consumo, alcanzar un apreciable nivel de homogenización en la idea de valor connaturalmente ligada a los significados sociales, tendencia que, como señala García Canclini (1994), desplaza los

símbolos de la historia nacional o local por los de Hollywood o los de Benetton pero que, sin embargo, constituye una, hasta ahora, irresoluble paradoja; y es el hecho de que es la propia diferenciación del valor lo que alimenta la maquinaria productiva y da paso a un proceso complejo de “toma y daca” entre lo local y lo global; ya que si bien los imaginarios son “universales”, sus formas de apropiación (valoración y significación) son resemantizadas localmente pudiendo, incluso, he ahí lo paradójico, enriquecer los imaginarios locales en vez de causar la tan aludida alienación. En cualquier caso quien sale beneficiado, en primer lugar, es el mercado. El espíritu “globalizador” aún cuando “pierde”, resulta ganando, puesto que de una u otra forma termina por imponerse, así sea apelando a ese abstracto imponderable que es la satisfacción estética del deseo al servicio del hedonista espíritu humano.

3.3.2. La pretensión de la homogenización del espacio.

La segunda gran *pretensión-ficción* de la globalización es la de la homogenización del espacio que implica una especie de “indiferenciación geográfica”, ya que los lugares adquieren aquí un valor, no por sus características ambientales y socio-espaciales, sino por su ubicación y potencialidad estratégica. Surge así el concepto de “lugar estratégico”, entendiendo por éste su potencialidad sinérgica al interior de la red global.²⁶

Estamos hablando, obviamente, de lugares que se encuentran en igualdad de condiciones para competir y que, por tanto, no admiten relaciones subordinadas, situación que no resulta cierta del todo, ya que en realidad es posible “localizar” e identificar “ciertos motores”(el “Centro de Empresas Transnacionales” de la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo ha identificado 100 empresas globales originadas en 15 países) que nos hacen pensar en que la dimensión espacial de la globalización se desenvuelve en una estructura del tipo *sistema-red*.²⁷ En esta medida, si

²⁶ El concepto de red, de hecho supone una sensible diferencia espacial con el de sistema, puesto que este último supone la existencia de motores localizados y de jerarquías claras entre unos y otros componentes, mientras que la red no sólo no se plantea la existencia de estos, sino que ni siquiera privilegia una dirección entre otras puesto que todos sus componentes, que así serán “nodos”, resultan interconectados relacionalmente más que direccionalmente. En realidad, lo que ocurre en el “aparato global” es que la “dirección” es subordinada por la relación.

²⁷ En la medida en que, al interior de las redes globales, existan centros decisionales que actúen como motores desencadenantes de unos u otros procesos y, en tal medida, acusen una jerarquía frente a los demás, no podemos hablar, en sentido estricto, de redes sino de *sistemas-red*, puesto que mientras que en las primeras todos y cada uno de sus puntos articuladores (nodos) tienen el mismo peso específico, en las segundas, siguiendo la concepción estructural de los sistemas, se admiten relaciones estructuradas y altamente especializadas para aquellos puntos de la red que, de tal forma, reclaman una condición

bien existe una aparente homogenización del “espacio global” ésta se da sólo a nivel funcional y en ningún caso a nivel significacional puesto que los espacios, como las mercancías, no son los mismos para todo el mundo:

El espacio no hay que entenderlo como un mero contenedor de una actividad sino como una realidad viva, cambiante y dinámica, definida por una sociedad, una economía, una cultura, una ordenación territorial y política, sin marginar el peso de la historia y su realidad natural. Se establece (así) una clara relación de causa–efecto entre el espacio, con unas singularidades determinadas que lo individualizan del resto, (y) los procesos, (a partir de) una influencia de esos procesos sobre las propias singularidades del espacio (Molina, M. 1998. pp. 18-19).

Son estas propias “singularidades” (**Lámina 19**) las que se encargan de negar cualquier intento “homogenizador”, ya que, como señala Aurora García Ballesteros, (1998) profesora de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, lo que tenemos por todas partes es un “paisaje de exclusiones”, y no sólo al interior de los escenarios dilectos de la globalización, las ciudades, sino a nivel del mundo mismo pues, a fin de cuentas, lo que ocurre en la ciudad no es más que una “muestra concentrada” de lo que sucede en la trama mundo: aumento de restricciones y fortalecimiento de los mecanismos represores y de control, incremento del trabajo clandestino y las economías sumergidas, aumento de la plusvalía, discriminación espacial, étnica y social, especulación con el uso del suelo, en fin, aumento desmedido de la marginalidad, la selectividad y la segregación; formas, todas ellas, de un creciente proceso de fragmentación que de lo único que habla es de la heterogeneidad espacial de esa cada vez más dudosa “aldea-mundo” donde por todas partes crece la tribalización y la diferencia, acaso el único reducto de identidad²⁸ para esas, las cada vez más grandes “minorías” excluidas pero, a la vez, “recapturadas” por el consumo en tanto esas mismas minorías conforman lo que Baudrillard (1993b) llamara la “mayoría silenciosa”, para

privilegiada y, de hecho, subordinante, frente a los demás.

²⁸ A este respecto, anota García Ballesteros: “si en los años ochenta la cultura de masas parecía imponer su ley frente a las culturas populares locales, a finales del siglo XX, asistimos a una reivindicación de estas últimas como fórmula para recuperar la conciencia individual. Y una vez más son los lugares, en tanto que condición y soporte de las relaciones globales(...) los que constituyen una poderosa escuela de desalienación”. Ampliar en García Ballesteros, Aurora. “Nuevos espacios del consumo y exclusión social”, en *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. N.18. Madrid. 1998. p.52.

referirse a esa enorme masa “acéfala” y “acrítica” de consumidores *silenciada* por el mercado.

A este respecto, señala García Ballesteros (1998), “no hay consumo de masas ya que una gran parte de la población no tiene poder adquisitivo para acceder, incluso, a los bienes más básicos”, tesis que compartimos sólo de manera parcial, ya que si bien no todos tenemos “igual” acceso a los bienes de consumo, sí todos tenemos derecho a desear lo mismo, aunque no de la misma manera; he ahí el éxito de las estrategias de *marketing*: Intervenir directamente en el imaginario, ese sí sujeto, en todo, a homogenización , ya que como afirma esta autora citando a Teresa Barata (1996): “En este contexto se difunden por todas partes del mundo, aunque sin materializarse de la misma manera en todos los lugares, idénticas modas, marcas comerciales, tipos de establecimientos y, en suma, los mismos objetos de consumo que contribuyen así a la globalización cultural de la Humanidad” (García Ballesteros, A. 1998. pp. 51).

Lámina 19
«LA CALLE: ENTRE LA CONVIVENCIA Y LA COMPETENCIA»



Fuente: Buscador google: www.jornada.unam.mx/1996/ic96/961216/fotos.html

Lo que resulta de aquí, al menos en apariencia, es una gran franja de población (mercado) insatisfecha, decimos en “apariencia”, puesto que el mencionado imaginario, exacerbado por los medios de comunicación, construye rápidamente sustitutos a través de los cuales esta importante franja de población sublima sus propias carencias; situación de la que, por supuesto, se sirve el propio mercado para rápidamente crear y ofrecer estos sustitutos, o para que la recursividad de unos pocos encuentre aquí una gran veta de explotación al reproducir, por ejemplo, la famosa ropa de marca (cuando no las etiquetas) por un valor muy inferior al de su precio en los grandes almacenes; esto para no hablar de las tradicionales “promociones”, o de las cadenas de almacenes especializadas en vender productos bajo la figura del “todo a cien”, “a mil”, o “a dólar”... según el caso.

Lo que prueba esto, ni más ni menos, es que tanto el éxito del mercado, como el del propio consumo, consiste en detectar las demandas, localizar las mismas, establecer la capacidad adquisitiva de quienes se acercan a ellas y, en consecuencia, diseñar e implementar modelos diferenciados de comercialización y consumo. Situación que afecta el propio espacio y la forma de establecerse en él, toda vez que interviene aquí un alto componente especulador dado el valor que, en el caso de la ciudad, puede llegar a adquirir el suelo de acuerdo con lo que de tal forma se puede denominar su “valor estratégico”.

Dentro de este panorama hay que señalar también las diferencias inherentes al espacio mismo, puesto que en un mismo ámbito territorial no se llevan a cabo los mismos procesos y, de tal suerte, no puede tener las mismas características un espacio productor que uno comercializador o, simplemente uno de consumo; en el mismo sentido no puede ser igual el espacio que maneja el capital al que, sin más, lo recibe. A lo sumo podemos hablar de algún tipo de homogenización en lo que ocurre con las “sucursales”, especie de “embajadas” otorgadas, en muchos casos, bajo la figura de la franquicia, donde los códigos espaciales y los signos que éstos detentan son los mismos en cualquier lugar del planeta. De esta suerte, y como señala la profesora García Ballesteros:

Lo que llamamos global adquiere una dimensión espacial muy concreta, definiéndose a escala mundo una tipología de espacios compleja presidida por las grandes metrópolis, perfilándose cada vez con más fuerza una clara “competencia espacial” a la par que una marginación o ignorancia de una buena parte del mundo (García Ballesteros, 1998. pp. 51).

Aumentan así los espacios periféricos y, con ellos, la exclusión y la segregación espacial; en esta medida, el famoso “desmoronamiento de las fronteras” del que tanto se habla hoy en día para referirse a este “mundo global” resulta ser una falacia, excepción hecha del manejo del capital para el que, en definitiva, se han abierto todas las puertas...

3.3.3. La pretensión de la homogenización del lenguaje.

Finalmente, el tercer gran componente de la *pretensión-ficción* propia de la globalización, es el de la homogenización del lenguaje, cosubstancial a las aspiraciones de universalidad y validez propias de la “aldea-global” de la que ya tanto hemos hablado. En este sentido, resulta apenas obvio que para que una transacción cualquiera (estamos hablando siempre dentro de un trasfondo económico) pueda llevarse a cabo es necesario que las partes involucradas “se entiendan”, razón más que de peso para resaltar el papel de la comunicación en este proceso. No obstante, la comunicación supone que las partes involucradas, en este caso, el “emisor” y el “receptor” están, definitivamente, entendiendo lo mismo, es decir, compartiendo el mismo lenguaje, lo que exige la completa imparcialidad (mal entendida como “universalidad”) de los códigos empleados; demanda que exige, en atención de garantizar su uso más eficiente, no estar “contaminados” de “localismos”.

Lo que se pone en circulación de esta forma no son, desde luego, ideas o conceptos, inscritos siempre, como observó Ortega, en circunstancias locales, sino *información*; la que por demás supone nuevas y ágiles formas de transmisión. He ahí la primera gran revolución del lenguaje en el mundo global y es la que implica la práctica supeditación de la comunicación al manejo de la información; lo que supone su efectiva edición en aras de fortalecer las instancias de poder que, por otra parte, los *medios* mismos sustentan. En esta medida, los medios de (in)comunicación transmiten pero no informan, refuerzan el orden hegemónico orientando la “opinión”, pero no *comunican*.

De hecho, en un mundo transaccional la comunicación no tiene otro sentido que el de la manipulación de la información y así el de la construcción de una particular cartografía que dibuja, cuando no construye, un mundo virtual hecho de signos en permanente rotación; ¿quién lo diría?, los medios de comunicación, “fabricantes de

geografía”.²⁹ De esta forma, el control que la manipulación de la información supone sobre el dominio del espacio garantiza el ejercicio de una nueva forma de poder desconocido hasta ahora, y por el que se pelean los grandes consorcios mundiales: el “poder global”, el dominio del mundo con base en la manipulación del *lenguaje-información*, nuevo bien de producción y, de tal suerte, de consumo, he ahí el nada despreciable valor de la información.

Por lo mismo, no se trata de que opinemos a través de lo que nos muestra la televisión, sino de que “consumamos” lo que a través de ésta se nos vende; resultando, de esta forma, un curioso e indirecto valor agregado para aquello que, de tal modo, se nos presenta: *el rating*. Es esto lo que se pone en juego cuando se nos “informa”, por ejemplo, de una guerra; los medios no buscan, desde luego, opinión, sino “venta”; alimentar a sus, desde hace ya rato, “consumidores cautivos”, de ahí los beneficios que obtienen y que hacen del control de la información un sector más lucrativo que la propia venta de armas. De hecho, y para continuar con el ejemplo, resulta perfectamente posible el que, incluso, se inicie una guerra, por fallas en los suministros de información. Razón más que de sobra para entender la importancia de las *infoestructuras* en el papel pretendidamente “integrador” que el “aparato global” les otorga, sin olvidar que, de hecho, es en éstas donde él se soporta.

No es gratuita la figura de la “ciudad cableada” propuesta por la última Carta del Urbanismo (*Megárides* 1994) donde más de seiscientos expertos en temas urbanos provenientes de veintisiete países de los cinco continentes hablan de ésta como de “la ciudad de la paz y de la ciencia” integrada, en gran medida, por los avances informáticos y los medios de comunicación. Aquellos que, en consecuencia, hacen del mundo una homogénea y gigantesca ciudad, acaso la *Telepolis* que propusiera Echeverría y de la que

²⁹ A este respecto cabe señalar la edición ideológica de los mapas mundiales (la geografía, como la historia, también se edita; es decir, se acomoda); sirva de ejemplo el mapa del mundo que, en los años setenta puso en circulación el Departamento de Estado de los Estados Unidos en el cual aparecía, la provincia Iraquí del actual Kuwait, como un territorio independiente de “interés mundial”; circunstancia que avaló, con el apoyo de la nación norteamericana, su separación del territorio iraquí. Para nadie es un secreto que la constitución del emirato árabe independiente de Kuwait beneficiaba a la nación norteamericana en lo concerniente a la incondicional alianza que, para el efecto se llevo a cabo, entre ésta y el nuevo país; punto estratégico para el control del golfo pérsico o, lo que es lo mismo que decir, de una de las principales fuentes de petróleo a nivel mundial. Desde esta perspectiva valdría la pena preguntarse: ¿qué podemos esperar para los próximos años, cuando ya está circulando en internet un nuevo mapa mundial en el cual la amazonia aparece como territorio autónomo e independiente sobre la base de denominarse un patrimonio de la humanidad de “interés mundial”?

Milton Santos hablara a propósito de ese nuevo espacio en el que las calles se transforman en redes informáticas y los escaparates en medios de comunicación (**Lámina 20**).

Lámina 20
«EN ALGÚN LUGAR DE LA RED»



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.hackers_small-matrix.com.

En este contexto resulta fácil imaginar la extensa difusión de los modelos de consumo de la cultura dominante amparada en el enorme poder disuasor que ejercen los *media*. Gracias a la “homogenización” del lenguaje, o mejor, de los códigos que éste emplea, se hace posible la ficción de una auténtica “cultura de masas”. No obstante, lo que ocurre - si bien ésta es una tendencia bien marcada – es una defensa de los códigos locales; más aún, una apropiación “local” de estos códigos (pretendidamente “universales”) que actúa como último bastión de aquellas formas de identidad que, a toda costa, se resisten a dejarse desplazar. Lo que ocurre, entonces, es una construcción sincrética y ecléctica de esos mismos códigos convertidos así en “heráldica” para las nuevas “tribus” que conforman el naciente mundo posmoderno.

La estrategia del aparato globalizador es hábil puesto que no se enfrenta directamente a estas formas de lucha o resistencia; las cuales, en opinión de Deleuze-

Guattari (1994), constituyen el enfrentamiento entre una replicante “máquina de guerra” y un omniabarcante “aparato de Estado” que trata de controlarlas, es decir, de capturarlas; por el contrario, estas formas de lucha son sutilmente absorvidas a través de la reversión del valor simbólico del propio lenguaje que emplean, incorporándolo a la sociedad de consumo (de la que parten y, a la vez, se alejan) como una nueva moda. La estrategia es muy simple: anular lo marginal legitimándolo, incorporándolo a la sociedad, puesto que, finalmente, resulta ser tan víctima del consumo como la propia sociedad alienada de la que paradójicamente quieren separarse. De esta suerte, de tanto decir, terminan finalmente por “decir nada” y, en consecuencia, inmersos en esa “gran mayoría silenciosa” de la que hablara Baudrillard (1993c). La conclusión es pavorosa: ni hasta el más ensordecedor de los gritos es audible en un mundo en el que todos gritan, o en el que, de alguna forma, todos callan por igual.

Las prácticas de consumo, en tanto que suponen relaciones sociales, tienen un componente cultural que tiende a ser modelado y uniformizado por los medios de comunicación. Frente a ello, amplios sectores de la población tienden a revalorizar su propia cultura y a imponer su incorporación a los objetos de consumo y a los espacios de venta de los mismos. La respuesta de los productores y distribuidores está siendo la de incorporar lo local a las estrategias globales diseñadas hasta el momento (García Ballesteros, A. Op. Cit. pp. 52).

Hasta aquí el resultado es bastante desalentador ya que el único beneficiario de esta pugna entre lo local y lo global, es *el consumo*; especie de impronta de la que no podemos escapar puesto que, hasta su rechazo directo se ha convertido, también, en otra forma de consumo; situación ante la cual parece no haber otra alternativa que la de establecer ¿qué es lo que queremos consumir, cómo queremos hacerlo, cuándo y en dónde?

En conclusión, podemos resumir en cuatro las formas en que la globalización pretende imponer la ficción de la homogenización del lenguaje:

1. La llevada a cabo por *la informática*, quizá la más exitosa toda vez que globalmente se ha logrado un alto índice de universalización de códigos a través del uso generalizado de redes telemáticas de comunicación e información; las cuales van desde el

uso del dinero plástico (que nos permite tener capacidad de endeudamiento y/o pago tan sólo a través del uso de una “clave” válida en cualquier lugar) hasta el Internet.

2. La que se desprende del uso generalizado de *códigos urbanos* y, a partir de ellos, de la homogenización de hábitos y comportamientos ciudadanos, particularmente en los países desarrollados (sirvan de ejemplo los códigos, prácticamente universales, empleados en la mayoría de estos países para acceder al transporte público y a los servicios).

3. La llevada a cabo por *los medios de comunicación*, en lo que compete a la conformación de una auténtica “cultura de masas” con imaginarios, valores y anhelos comunes y,

4. La propuesta por *el mercado*, a través de la cual es *el consumo* el gran “democratizador” que llega a todos los hogares por igual ofreciendo lo mismo y, en gran medida, conduciendo el gusto, el deseo y los apetitos, hasta entonces “tranquilamente individualizados”.

No obstante, son la primera y la última las principales encargadas de construir el marco de ese “mundo global” del que tanto hemos hablado, toda vez que la segunda y la tercera están inmersas dentro de aquéllas ya que de lo que al final se trata, tanto en el uso de la ciudad, como en el de los medios de comunicación, es de *información* y de *consumo*; mejor aún de *consumo de información*. Quien quiera entrar en la “aldea global” necesariamente tendrá que “estar al día”, y esto supone reconocer y, sobre todo, “saber hablar” su lenguaje...

Por lo anterior, si bien la homogeneidad del lenguaje es una tendencia generalizada y, al parecer, una exigencia del mundo global, resulta dudoso que, en realidad, pueda llevarse a cabo, al menos en su totalidad, puesto que esto supondría la superación misma de aquello que, de otra parte, alimenta lo global es decir: las diferencias y las particularidades locales. He ahí lo paradójico de ese gran homogenizador que es el consumo, alimentado, de hecho, por estos localismos, puesto que son ellos los que le permiten diversificar su oferta y llegar hasta los últimos rincones de esta pequeña “aldea”.

3.4. La impronta de la globalización: ser nadie..!

Paralelo al develamiento de las anteriores tres grandes pretensiones de la globalización existe todavía un aspecto más que, si bien hemos mencionado, es necesario entrar a recalcar al interior de su espíritu aparentemente homogenizador, y es el que supone la relación entre el motor que alienta este espíritu: el *consumo*, y su modo de accionar: la *imagen*; al punto que bien se puede afirmar que ésta última es la característica más fundamental de nuestra época y que el primero es la forma más clara de su “puesta en escena”. Pero, ¿qué relación hay entre ambos y como se concatenan con la globalización? Comencemos por señalar una cuestión aparentemente paradójica y es que si por un lado, la imagen promociona e identifica, por otro, esa identificación prácticamente se disuelve a través de las formas generalizadas de consumo que la globalización impone; exceptuando aquellos casos en los que la exclusión³⁰ crea en un determinado grupo la necesidad de construir sus propios y “tribales” signos, como ocurre con los *punk*, los *heavy*, los *alternativos*, los *raperos* y los *trans*, entre muchos otros.

Frente a esta situación, a lo que el consumo induce es, por un lado, a una búsqueda de identificación con algo territorial, siempre, pero no necesariamente “espacial”; pensemos, por ejemplo, en el valor aglutinador e identitario que cierto tipo de música “territorialmente” cobra en algunos grupos) y, por otro, a una pérdida de todo referente local, en lo que se pudiera denominar una *crisis del símbolo* propiciada y exaltada por el consumo mismo, en tanto los objetos de consumo están cargados de un fuerte contenido simbólico, ya que compartimos la tesis que sostiene Baudrillard (1974) según la cual, “la lógica del consumo es la de la producción y manipulación de los significados sociales”; contexto desde el cual afirma Aurora García Ballesteros que

incluso, determinados objetos destinados a satisfacer necesidades primarias adquieren, a través del valor simbólico de las marcas, unas connotaciones de identificación social, siendo la publicidad y los medios de comunicación de masas los encargados de presentar a los

³⁰ Anotamos aquí tres formas de exclusión social: la del que no posee, o tiene un mínimo poder adquisitivo, la del que por razones de su raza, creencias, o actividad constituye una forma de “minoría”, y la de aquel que se autoexcluye por razones de orden ideológico. Los ejemplos mencionados en el texto ilustran el tercer caso, mientras que el segundo lo compondrían los grupos de inmigrantes, los homosexuales, las prostitutas y los travestidos, entre otros, y el primero, “los pobres”, desde luego, aunque aquí también existen categorías puesto que no es lo mismo ser pobre endémico, sin más, a ser pobre, extranjero y, además,

diversos objetos no sólo por su valor de uso, sino por su significado social (García Ballesteros, A. Op. Cit. pp. 54).

Nos enfrentamos aquí a una doble situación: por un lado están los grupos “marginales” o marginados de la sociedad (que hemos de decir tautológicamente, es siempre “de consumo”) en el que la exclusión o la distancia “crítica” que asumen, o se ven obligados a adoptar, los lleva a utilizar sus propios signos y a construir sus propios símbolos (**Lámina 21**) (muchos de ellos de carácter eminentemente ecléctico e inspirados en modas o signos de otros lugares y tiempos; consumo “marginal” pero al fin y al cabo, consumo)...; y por otro, está lo que Baudrillard (1993c) denomina como “la mayoría silenciosa”, harta de pensar y, por tanto, ebria de lo que se pudiera denominar como “el placer de ser rebaño”, para quienes el “ser nadie” parece ser su máxima aspiración al sumergirse completa y acríticamente en los vaivenes de la moda siguiendo, tan sólo, las leyes de su propia inercia.

Lámina 21
«*SIENTO, LUEGO INSISTO*»



Fuente: Buscador google: www.fotomundo.com

Frente a esta situación la ciudad parece encontrar una única razón de ser al convertirse en un enorme “foco placiente”: *excitar el imaginario*; más aún, llega a lograr

homosexual. El común denominador es que, en muchos casos, resulta tan estigmatizable el ser inmigrante, como el ser gay, prostituta, o pobre.

algo que pocos políticos consiguen: la instauración de un único imaginario, el de *consumir*; aquél que así integra a la multiplicidad de lenguajes que en ella se hablan. Pero esto a su vez exige que la ciudad se muestre como un gran escaparate y, por tanto, que sepa vender (mostrar) su oferta para lo cual debe facilitar o, al menos, posibilitar que todo el mundo tenga acceso a ella; de ahí deriva la importancia de su *funcionalidad* manifiesta en eso tres grandes paradigmas que la quieren caracterizar: el de la *eficacia*, el de la *eficiencia* y el de la *efectividad*.

4. CONSUMO Y GLOBALIDAD: HACIA UNA NUEVA NOCIÓN DE CIUDAD.

4.1. La ciudad funcional: un invento de la “jaula de hierro” de la racionalidad.

Vivimos una época de profundas transformaciones en todas y cada una de las esferas de la actividad humana donde lo que se pone en cuestión es, ni más ni menos, aquello que numerosos autores han coincidido en llamar: “el fin del proyecto moderno”; aquél que, como señalamos, fuera esbozado por los filósofos racionalistas del siglo XVIII como “el dominio de la naturaleza por el conocimiento de sus leyes”. Proyecto que, independiente de que compartamos la opinión de la escuela alemana, con Habermas a la cabeza, de que es un “proyecto inconcluso”, o que adoptemos las tesis de la escuela francesa, apoyada en gran medida en las ideas de Lyotard, y aceptemos que es éste un “proyecto culminado”, lo cierto es que lo que, desde él llamábamos “real”, con todo y el indiscutible *status* que, desde siempre, ha acompañado a esta palabra, ha dejado de ser ese inamovible referente desde el cual juzgábamos el mundo con la misma vara, puesto que “la razón”, referente primero para ésta, ha demostrado, no sólo no ser “una” sino, y lo que es más importante aún, no ser “fija”, no estar detenida ni anclada en un único y, así, privilegiado lugar .

Asistimos así a la transformación del mundo en una compleja y polivalente red de relaciones móviles y de sinergias tras las cuales se desenmascaran los cimientos mismos de una modernidad sustentada en tres ideas básicas: *el “carácter fijo” de la realidad, la “unidireccionalidad” de la historia y la “inmutabilidad” de la razón.* Desenmascaramiento que involucra, en primera instancia, el de ese poderoso principio que

engloba los anteriores: el de “lo absoluto”, en la seguridad que proporciona el remitirnos a su idea, puesto que “lo absoluto” como tal resultó ser eso, es decir, una “idea”; aquella que le otorgara el carácter “ideal” a la realidad y, por supuesto, a la razón, o mejor, a la racionalización, como principio universal, inamovible y sólido (Yory, C. M. 1998).

Fue el sociólogo alemán Max Weber (1977b), quien ya desde finales del siglo XIX advertía de los peligros de lo que llamó la *racionalización formal*, entendida esta como la búsqueda de satisfacción de las necesidades a partir de la utilización de leyes, regulaciones o estructuras sociales (aspiración comprensible sólo dentro del marco de ese “proyecto moderno” del que antes habláramos); aquellas que, precisamente, eximen al individuo de encargarse por sí mismo de buscar los medios y mecanismos para satisfacerse, puesto que para eso ellas están, para ocuparse de garantizar la obtención de las expectativas humanas a través de la puesta en marcha de los métodos óptimos. Para Weber era claro que esto implicaba una profunda revolución en la esfera vital del hombre, ya que hasta entonces correspondía tan sólo a su ingenio el arreglárselas para obtener, en cada caso, y de maneras diversas y “asistemáticas”, sus propios fines orientándose, apenas, por sus valores o por los modos tradicionales de hacer las cosas.

En tal medida, el acceso a la *racionalización formal* permitía ahora recurrir a normas y regulaciones, no sólo para decidir que hacer sino, sobre todo, para definir cómo hacerlo; es decir, gracias a ella el hombre se convierte en “sujeto” atado firmemente a los que de tal suerte resultan ser “objetos de satisfacción” y, en tal medida, de *consumo*; y todo gracias a la garantía de acceder a ellos a través del uso adecuado de los mecanismos dispuestos para ello por la racionalidad. Mecanismos que, por demás, resultan garantes de la civilización (el hombre “culto” sigue reglas que se supone que el “salvaje” no comprende, puesto que si algo dictamina el estado de barbarie es la ausencia de normas, estructuras y reglas) en tanto que a partir de ellos el hombre resulta “enraizado” firmemente en el mundo. Como consecuencia de esto y, en respuesta a su obediencia, el mundo “le otorga un lugar” satisfaciéndolo en aquello que previamente le ha inducido a pensar como lo que debe tener o no tener y, en consecuencia, hacer o no hacer.

De esta forma, el hombre moderno ya no requiere gastar más tiempo en buscar los medios óptimos para realizar sus fines ya que, felizmente, han sido descubiertos e integrados por la sociedad en un conjunto de reglas que eximen a la libertad del individuo de elegir los medios adecuados para realizarse, puesto que “la realización” se entiende,

desde ahora, como la satisfacción de lo que la propia sociedad ha inducido a pensar como *objetos-fines* de adquisición y consumo; lo que equivale a decir que la sociedad “exime” al individuo de ejercer su libertad y, en consecuencia, de pensar y desear libremente desde ella; motivo por el cual Weber se refiere a esta “trampa de la razón” como a una “jaula de hierro” (**Lámina 22**). Desde aquí, lo que Weber más temía es que esta “jaula” que encarcelaba al hombre bajo la paradójica promesa de garantizarle así su libertad (siguiendo la norma, limitándose a permanecer dentro del formato) se extendiera y generalizara a todas y cada una de las esferas de la vida humana, previendo una sociedad en la que la única movilidad posible fuera la de pasar de un sistema racionalizado a otro: de una escuela racionalizada a un trabajo racionalizado, de un lugar de recreación racionalizado a un hogar en estos mismos términos, y así *ad infinitum*...

Lámina 22
«LA CÁRCEL ESTA POR DENTRO»



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.csc.com; www.comm_wheelsalive

No obstante, existe un peligro aún mayor, y es el de la propia extensión de la racionalización a los propios dominios de la irracionalidad (lo que en el caso de la planeación de la ciudad resulta particularmente grave), toda vez que al interior de los propios procesos racionalizados se dan ciertas situaciones que, aparentemente, van en contravía de la racionalización misma y que ocurren cuando, por ejemplo, en la

burocratización, piedra angular y, para Weber (1977a), mejor exponente de la racionalización, la hipereficiencia del sistema ocasiona su propia hipertrofia ya que, como anota George Ritzer, profesor de sociología de la Universidad de Maryland:

El sistema burocrático puede generar ineficacias como resultado del exceso de “papeleo” y de otras disfunciones que normalmente asociamos a ella. La burocratización se convierte, a menudo, en impredecible por que los empleados no hacen lo que se supone que deben hacer y sus clientes o usuarios no consiguen de ella lo que esperan. El acento en la cuantificación conduce con frecuencia a realizar una enorme cantidad de trabajo de escasa calidad. Debido a estas y otras disfunciones, la burocracia ya no controla a sus empleados y usuarios. El malestar que genera entre la gente la introducción de tecnologías - que sirven para sustituirla – conduce, a menudo, a esa misma gente, a averiguar o sabotear la puesta en funcionamiento de esos elementos tecnológicos. De todos modos, lo que fue ideado para convertirse en un exponente de operatividad altamente racional acaba, a menudo, por ser bastante irracional (Ritzer, G. 1996. pp. 39).

De este modo, la “racionalización de lo irracional” termina por cerrar firmemente el círculo en el que la sociedad de consumo, especie de bloque compacto sin fisuras, nos ha encerrado guiando nuestro deseo y domesticándolo, puesto que la racionalización del consumo equivale a la propia racionalización del deseo y, en consecuencia, a lo que Milton Santos (1993) denomina como su radical perversión. Lo que se infiere de aquí para el “contrato social” que nos supone vivir en el mundo, es una especie de “pacto corrupto” en el cual la alienación se parapeta detrás de lo que se nos ha inducido a entender por “satisfacción”. Situación desde la cual adquiere sentido aquella afirmación de Heidegger (1969) según la cual, y dicho en otras palabras, “lo indigente de nuestros tiempos radica, precisamente, en la ignorancia que tenemos de nuestra propia indigencia” envasada, también ella, en atractivos objetos de consumo; sirvan de ejemplo las mil formas que hoy en día se nos ofrece para “salir de la alienación” en “libros de superación personal y autoestima”, en “terapias alternativas” que van desde la Biodanza a la Meditación Trascendental, y en las muchas formas de la medicina alternativa, para citar apenas unos pocos ejemplos. El común denominador es aquí el mismo que manejan, en cualquier caso, los medios de comunicación: “usted es el protagonista”, “por que usted lo ha pedido”,

“usted sólo puede lograrlo”...y, en tal medida, resulta lo mismo vender una crema milagrosa que nos adelgaza en cuarenta minutos, que acceder a la iluminación a través del “consumo” de las ideas de uno u otro Gurú.

Otro ejemplo de conducción del deseo a partir de “la racionalización de lo irracional” lo constituye la propia racionalización de las actividades recreativas y del manejo del ocio; tema que surge, precisamente, en la sociedad moderna para enfrentar la racionalización de la vida cotidiana: *el mundo “no racionalizado” de la diversión como vía de escape al mundo racionalizado del trabajo*. No obstante, lo que ha ocurrido es que la diversión se ha convertido en un ámbito tan racionalizado como cualquier otro, sirvan de ejemplo, entre otros, las “vacaciones compartidas”, los famosos “paquetes turísticos” e, incluso, el tan de moda “turismo de aventura” donde se diseñan hasta las emociones de acuerdo con la organización de los acontecimientos previamente dispuestos sobre las rutas.

Consecuencia de todo esto, *la previsibilidad, el cálculo, el control y la eficacia*, atributos, para Weber, de la *racionalidad formal*, se convierten en los cuatro pilares del mundo moderno. Un mundo hecho “en” y “por” el consumo, y para el cual (al menos desde la perspectiva de éste último) las que fueran una vez claras fronteras entre uno y otro lugar, entre una y otra situación, no tienen más remedio que plegarse a un continuo proceso de uniforme estandarización de valores y de constante proceso de homogenización.

De cualquier forma, y ya sea que, como señalábamos anteriormente, la modernidad se conciba como un proyecto culminado o como uno en marcha, la sociedad en la que vivimos, si bien experimenta profundos y radicales cambios (producto, para los postmodernos, de una superación de sí misma, o para los modernos, de un proceso que sucede en su interior), al menos en lo que tiene que ver con el tema del consumo, no podemos hablar de una superación sino, más bien, de una evidente continuidad, toda vez que los valores que mencionáramos citando a Weber (previsibilidad, cálculo, control y eficacia) bien lejanos están de haberse dejado de lado por unos nuevos de orden pretendidamente “postmoderno”. No obstante, y a pesar de la aparición en la sociedad de nuevas variables, que bien pudieran calificarse de tal forma, lo que encontramos es la pervivencia de unos valores definitivamente “modernos” al interior de una sociedad que no logra establecer con precisión si camina hacia la posmodernidad o, por el contrario, se

afirma cada vez más en lo que pudiera denominarse como un *hipermodernismo* (Yory, C. M. 2002a).

4.2. El espacio y el tiempo: coordenadas básicas del nuevo proceso.

Sin lugar a dudas, uno de los aspectos más trascendentales que caracterizan la tan aludida “crisis” del mundo moderno, concepto que preferimos cambiar por el de *revolución*,³¹ es el que tiene que ver con nuestras clásicas nociones de espacio y de tiempo, y nos referimos más en el aspecto práctico y simbólico de estos dos conceptos, que en el derivado de sus implicaciones en las ciencias físicas a partir de planteamientos como los de la teoría de la relatividad y el principio de indeterminación; aunque, desde luego, estos dos ámbitos de estudio, en lo que se deriva para la esfera del hombre resultan, en todo, interconectados.

El hecho es que para nadie es un secreto que la realidad, amparada en estas dos coordenadas básicas de la existencia humana, como las llama Cassirer, ya no es, ni mucho menos, la misma que había venido dándole forma al mundo desde tiempos de Kant y Newton; y, menos aún, desde que “la relatividad” y “la indeterminación”³² se convirtieron en el marco que fundamenta y explica la enorme movilidad del mundo actual.

Dentro de este contexto, el tema del espacio y el tiempo adquieren particular relevancia, ya que es, precisamente en ellos, donde se ha efectuado la mayor revolución al pasar de una noción “estática” del universo a una, en todo, dinámica; y no es porque estos dos conceptos hayan simplemente “mudado” de una noción a otra, sino porque el cambio mismo se ha convertido en su esencia fundamental, de tal forma que la movilidad entra a definir y a explicar, en gran medida, el cambiante mundo de hoy.

³¹ No consideramos que el concepto de “crisis” sea válido para explicar las profundas e irreversibles transformaciones del mundo de hoy, ya que el mismo supone una momentánea “salida de su rumbo” respecto de una “bien clara” y “definida” dirección y que, por tanto, no sólo es previsible sino “deseable” que las cosas tarde o temprano regresen a su curso “normal”; de hecho, el significado de esta palabra en idioma chino se constituye con base en la unión de dos caracteres: peligro y esperanza; en nuestro caso no creemos que ninguno de estos dos conceptos se puedan aplicar a un mundo que permanentemente está “corrigiendo su rumbo”.

³² Usamos en este contexto los términos físicos con cierta laxitud, ya que, en sentido estricto, la relatividad de la que habló Einstein, o el principio de indeterminación de Heisenberg, distan mucho de cualquier coloquial interpretación que los reduzca a expresiones del tipo: “todo es relativo” o, no “podemos saber nada” puesto que “nada es determinable”.

En lo que tiene que ver con los dos conceptos antes mencionados, habría que decir que el sentido de movilidad que los caracteriza implica que el espacio y, con él, la noción de lugar (conceptos que, desde siempre, nos han permitido saber dónde nos encontramos y, en consecuencia, saber “qué suelo pisamos”) se han “relativizado”, puesto que lo cierto es que, hoy en día, no podemos afirmar, en manera categórica, en “dónde estamos”, toda vez que la otrora materialidad de un mundo siempre “cierto”, siempre “estable” y, por lo mismo, siempre “real”, se ha desvanecido al interior de una compleja y polidireccional red en la cual ya no podemos hablar de un “lugar de”... sino de un lugar “con relación a”... puesto que todos ellos resultan allí interconectados e interdependientes; a fin de cuentas, en una red ¿qué diferencia un lugar de otro? De aquí que todos los lugares converjan en un único *megaespacio* hecho de fragmentos de un universo roto, pero eso sí “globalizado”: *la globalización saca al mundo de la dispersión, el caos y el vacío nihilista de sentirnos en “ningún lugar” y, por tanto, de “ser nadie”*; vacío paradójicamente promovido por ésta, convenciéndonos de que da lo mismo estar en cualquier parte porque todos tenemos derecho de acceso al “capital global” en sus múltiples formas.

No obstante, esto tiene un precio, tendremos que confiar en ella y en las funciones que, de manera diferenciada, asigne a los lugares para que así los podamos nombrar y, en consecuencia, habitar. La globalización nos dirá ahora en dónde y cómo hacerlo, la globalización nos dará al fin un lugar; no aceptar sus leyes resultará, por tanto, sinónimo de no querer vivir en el mundo. Lo que se infiere de esta nueva circunstancia de tener que aprender a vivir en un mundo global, es que debemos aceptar el lugar que en él se nos asigne; para lo cual debemos cumplir con el papel que el sistema nos exige para su propia preservación; de ahí que ya no habitamos simplemente por habitar, sino que lo hacemos “para algo”, para pagar el precio por “ese lugar” que, de tal suerte, tenemos que saber administrar.

Pero no sólo el espacio se ha visto afectado por esta “nueva noción de realidad”, de hecho la misma, como el propio espacio, resulta inherente a una específica noción de tiempo que, como hemos dicho del espacio, también ha devenido en un concepto “global” y en todo lejano de esa “imagen móvil de la eternidad” de la que hablara Platón. El tiempo de lo global no es “la eternidad” sino *el instante*, al punto que el único tiempo “real” es el ahora, más aún, el futuro vivido y en algunos casos adquirido desde ahora, “disfrute ahora y pague después”...a fin de cuentas vivimos una realidad “a crédito”; de ahí que no resulta extraño que el consumo de ese crédito (el uso que hacemos de él) esté signado por nuestra

propia capacidad de adquisición (valga decir, de nuestra propia capacidad de endeudamiento; base sobre la cual se fundamenta nuestra propia credibilidad como personas y, en consecuencia, el valor de nuestro “crédito”): “somos en tanto podamos tener”, parece ser la máxima derivada de esa curiosa sinonimia que Paul Ricoeur (1982) encontrara entre *ser*, *tener*, *poder* y *valer* para que, efectivamente, “sea más”, quien más tiene y, en consecuencia, esté más cerca del poder.

Hablamos así del carácter eminentemente económico del espacio y del tiempo, donde pareciera que la eficiencia, en uno y otro caso, estuviese signada por ese principio según el cual: “*menos es más*”... Afirmación que fuese enunciada por Mies van der Rohe (uno de los padres de la arquitectura moderna y autor, entre otros edificios emblemáticos de su época, del famoso Museo Guggenheim de Nueva York); y que, al parecer, ha servido de bandera a tantos diseñadores de su época (y, por qué no decirlo, de la nuestra).

Desde esta perspectiva hablamos, por un lado, de una economía de espacio que, en lo que respecta al ámbito de la ciudad, se traduce en la optimización “funcional” del territorio (entendido como área y como uso) donde lo que cuenta es alcanzar el máximo de cobertura con la menor movilidad; circunstancia de la cual se deriva una preocupación eminentemente política, o mejor, regulativa; y es esta la que tiene que ver con el “control espacial”; y, por otro, de una economía de tiempo (desligada, incluso de esa clásica dimensión que se le atribuía: *la duración*), donde lo que cuenta es *la velocidad* a la que se pueda llevar a cabo una transacción dado que el éxito del mercado radica, precisamente, en la falta de duración de aquello puesto en circulación (sirva la moda como el mejor ejemplo). La conclusión es simple: la dimensión económica del espacio y del tiempo y, con ellos, de la realidad en cuanto tal, nos demuestra que todo es cuestión de saber ubicar y llevar a cabo una inversión (localizándola) en el menor espacio de tiempo posible; situación de la que, por excelencia, se sirve el consumo, en tanto “puesta en obra” del *deseo-necesidad* atento, siempre, a atender las carencias y a suplirlas “lo más rápido posible”.

4.3. El consumo como garante de “la época de la imagen del mundo”.

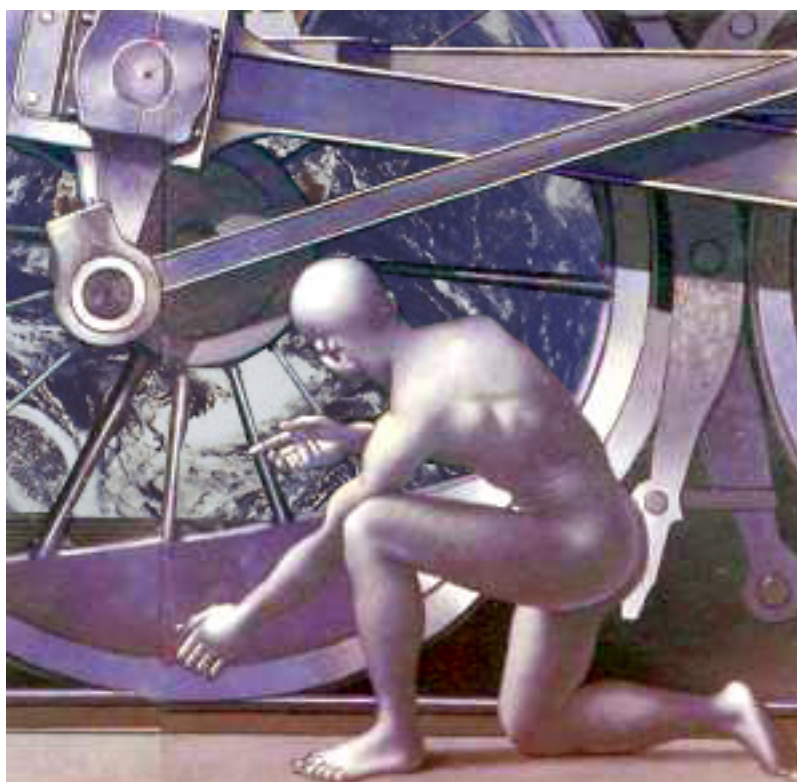
En cualquier caso, *espacio* y *tiempo* están al servicio del “cubrimiento”, es decir, de la *capacidad de cobertura* que una función esté en posibilidad de ejecutar al interior de la mencionada “red”, convirtiéndose la red misma en su máximo objetivo. Si bien la

necesidad de consumo se proyecta desde todos los puntos de ésta, *es la propia red lo máximo que el consumo aspira a poseer*. Y ¿qué otra cosa es esta red si no la estructura fundamental de ese nuevo “mundo imagen”, como llamara Heidegger (1969), a la época que nos ha tocado vivir, para aludir así a “la época de la imagen del mundo” (**Lámina 23**). He ahí una de las características que, como hemos dicho de manera insistente, en manera más clara definen nuestra época: *la imagen* y, con ella, *el consumo*, “el consumo de imagen”; y no porque en otras épocas no se haya consumido, o no se haya tenido una imagen de sí misma, sino por que la nuestra es la época en la que, por primera vez, como señalara el filósofo, el mundo mismo se concibe como imagen.

En el mismo sentido, el consumo, como tal, ha sido siempre connatural, tanto al individuo como a la sociedad, pero es ésta la primera vez en la historia en que el consumo deja de ser una actividad entre otras para convertirse en la *forma de vida* que por excelencia nos caracteriza. De hecho, si en la antigüedad existía una “clase” de mercaderes y otra, por decirlo así, de “compradores”, lo que ocurre en el mundo de hoy es algo bien distinto puesto que cada vez son más difusos estos roles al punto que fácilmente tienden a confundirse: todo se vende, todo se pone en imagen... *El consumo se ha convertido en la manera en que habitamos el mundo*.

De esta forma, y como demostró Marx, ya que una época bien puede analizarse a través de sus formas de producción, comercialización y consumo, ¿por qué no recorrer el camino inverso y analizar las formas de consumo a través de la comprensión del espíritu general de una determinada época? quizá ésta es la tarea que, desde la perspectiva de este trabajo, nos exige la globalización; ¿qué significa, entonces, pensar globalmente?, más aún, ¿qué significa “ser global”? y encontramos que la respuesta nos pone ante una disyuntiva: “hacer parte de algo” “a partir de”..., o “dejar de ser” “para hacer parte de algo”; en esta peligrosa antinomia se ubica el consumo al interior de esa “aldea global” de la que hablara Macluhan, y como en todo “rio revuelto” la pesca aquí siempre es mejor...

Lámina 23
«DE HABITANTES A OPERARIOS»



Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador Google.
www.Personajes.ciudad.com.ar - www.mundo.com.

4.4. El poder de la imagen o la realidad de la copia.

En medio de esta situación, la imagen se cierne bajo la figura de ser ese “gran democratizador” que, como el cine y sus imaginarios, se encuentra al alcance de todos. Lo cierto es que bajo la “imagen de la imagen” se ofrece a todos la promesa de un mundo asequible, cómodo y siempre mejor, un mundo que, se olvida decir, si bien llega a todas partes a través de los medios de comunicación, sólo está al alcance de aquéllos pocos que estén en capacidad de comprarlo, es decir, de alimentarlo, quedando para los demás, tan sólo, la posibilidad del “como si”...; es decir, aquella que se presenta bajo la forma de lo que llamaremos, “la realidad de la copia”. Puesto que los objetos de marca no son asequibles para todo el mundo, ¿porqué no conformarnos con una buena y económica copia? Incluso, ¿no es acaso una copia lo que se nos vende cuando vamos a ver las cavernas de Lascaux (duplicadas para recibir a los turistas) o, en muchos casos, las obras más paradigmáticas de la historia del arte?

Al parecer, cada día cobra más fuerza la propuesta que hace Humberto Eco del *museo-simulacro* en el cual ni siquiera hay copias, sino diapositivas, imágenes detenidas de aquello que, “religiosamente”, vamos a contemplar, puesto que la iconoclastia no es, precisamente, lo que caracteriza nuestro *mundo-imagen*; a fin de cuentas ya no se trata de constatar sino de creer; las cosas ya no necesitan ser veraces sino verosímiles; verdad y realidad ya no van de la mano o, acaso ¿quién puede dudar de la realidad de la ilusión?, ¿no encuentra aquí el mundo de Disney todo su potencial disuasor? Lo cierto es que todo el esfuerzo de la imagen hoy no apunta a otra cosa que a ser convincente puesto que, al parecer, lo único real es *la ilusión*. ¿Quién quiere realidad cuando es tan fácil acceder a la ilusión?, aquella que, por demás, adquirimos mediante el consumo y los medios de comunicación, o mejor, el consumo de los medios de comunicación; ¿no son estos, precisamente, los encargados de promocionar la realidad como un gran simulacro al exaltar la apariencia como el máximo valor?

Es aquí donde Baudrillard (1993b) lúcidamente establece esa ya clásica distinción entre la simulación (aparentar ser lo que no se es, o aparentar tener lo que no se tiene), y la disimulación (aparentar no ser lo que se es, o aparentar no tener lo que se tiene). Encontramos en esta última definición el carácter “negativo” y, de tal forma, “afirmativo” tanto de la disimulación, como de la identidad (en el sentido que tratáramos antes). El *no* ser algo o el *no* tener algo, encarna, precisamente, el sentido de la diversidad en la afirmación de “no ser el otro”, lo que cuenta ahora no es “ser alguien” sino “no ser el otro”, mejor aún, *ser el “no otro”*, exaltando de tal forma la propia otredad; aquella que se alimenta a través de específicas y, de tal forma, justificadas formas de consumo (consumimos tanto para parecernos a “lo otro” como para diferenciarnos de “lo mismo”). Pero no hay que olvidar que son tales formas de consumo las que, en gran medida, otorgan al grupo que las detenta un carácter evidentemente tribal por construir a través de ellas sus símbolos e imaginarios.

No obstante, ¿qué pasa con aquella porción del mercado que, por una u otra razón, no logra ser captada por la *disimulación*? Sencillamente tiene que fingir, es decir, *simular*, vivir en un mundo de apariencias para no ser víctimas de la exclusión que les significa el no poder acceder al mercado; pero, por fortuna para ellos, no están solos, el mercado mismo se encarga de atraerlos a través de tentadoras ofertas, promociones, rebajas y oportunidades, al costo solamente que representa pagar bajos salarios o explotar la mano de obra infantil, particularmente en aquellos países que no tienen otra forma de globalizar

su mercado; ¿será esto lo que el mundo desarrollado y su interés globalizador entiende por “pensar globalmente para actuar localmente”? Al parecer, tampoco las naciones menos desarrolladas se escapan de la apariencia y del incontenible poder disuasor de la imagen; de lo que se trata es de *simular* para competir, de *simular* para ser tenidas en cuenta...

Lo que se infiere de aquí es que la supeditación de la realidad y, con ella, de la noción de “identidad”, a las formas de consumo, es decir, de “mirar el mundo” que puede experimentar un determinado grupo social, puede examinarse a través de su específica manera de acceder al propio consumo siendo, por tanto, su forma de hacerlo, aquello que, en gran medida, puede llegar a caracterizarlo. De esta suerte, las distintas formas de consumo ponen en evidencia otras tantas maneras de abordar la realidad, es decir, de habitar en ella. Formas que tienen un común denominador y es el que convierte a la habitación en cuanto tal en una “forma de uso” dentro de la cual “ocupamos” un lugar en tanto “sujetos” de (a) ella.

Lo preocupante es que ese lugar (hablamos siempre de un *Topos*) resulta ser “ninguno”, en tanto el consumo mismo se encarga de disolverlo al ofrecer lo mismo en todas partes y en todos los momentos. Ahora bien, dado que la habitación exige responder a un orden local (se habita en un lugar), y el consumo a uno global (aunque *localizado*), no podemos equiparar sin más consumo y habitación, a no ser que la habitación de la que hablamos supere también el sentido de lo local, en cuyo caso, la pretendida universalidad del consumo arrastraría consigo una específica forma de habitación tan desarraigada como el consumo mismo. En esta medida, a esa impronta de la globalización que denominábamos el “ser nadie”, deberíamos añadir esa otra que, desde aquí supondría, el “no estar en ningún lugar”. Situación que en primera instancia afectaría, ni más ni menos que a ese, su privilegiado escenario: LA CIUDAD; y constituiría, de paso, la naturaleza misma de su particular forma de habitación: la del *desarraigo*.

5. LA CIUDAD COMO BIEN DE CONSUMO.

5.1. Un lugar es cualquier parte.

Con lo anterior queda planteada, no sólo la importancia del espacio al interior del proceso globalizador, sino de la ciudad en lo que se ha dado en llamar los “*sistemas*

metropolitanos”, entendidos como ese complejo tejido que permite posicionar a las ciudades, particularmente a las grandes metrópolis, como importantes nodos articuladores de esa “red” en la que se desenvuelve, en gran medida, la economía mundial. En este sentido, los *sistemas metropolitanos* estarían por encima, incluso, de las ciudades que los conforman, toda vez que, para ellos, lo pertinente no es tanto, la ciudad como tal, sino su papel estratégico dentro de la movilidad del capital, ya que el “dónde” éstas se sitúan resulta subordinado al papel que en un momento dado puedan cobrar para la economía mundial. El hecho es que el capital no se mueve tanto de “ciudad a ciudad” (fruto de un comercio mundial “localizado” bajo la figura de la inversión directa), como al interior de los mercados financieros mundiales; los cuales, como el propio capital, no tienen patria. Resulta en este contexto significativo el hecho de que el primer mercado en “globalizarse” y, en opinión de Saskia Sassen (1999), el mayor y único “auténtico mercado global”, sea el de divisas y no el de bienes de capital.

De la misma forma que el surgimiento del capitalismo vino de la mano con el resurgimiento de la ciudad, más aún, con el advenimiento del modo de vida burgués, y que el afianzamiento del capital acompañó al crecimiento y desarrollo de las metrópolis durante los siglos XII y XIII (prósperas gracias a un comercio que, en su medida, quería también, y guardadas las proporciones, ser “global” o, al menos, “abierto” a los más variados mercados del mundo conocido), es decir, mucho antes de que surgiera el concepto de nación que, de hecho, es bastante reciente; del mismo modo, la ciudad hoy en día resulta ser ese “tonificador” que requería un ya gastado capitalismo para “reajustarse” y “relanzarse” dentro del sistema financiero internacional. Hoy como ayer la ciudad resulta ser ese privilegiado escenario que a la vez que alimenta, se sirve del capital.

No obstante, existe una gran diferencia entre la ciudad de hoy y la de antaño y es, precisamente, su subordinación a los *sistemas metropolitanos*. Si bien desde la “Liga de Atenas” conocemos pactos y alianzas entre ciudades (ni que decir la importancia de los mismos durante el renacimiento, o la deuda que el mundo moderno les guarda, en tanto surge, en gran medida, de éstos) es ésta la primera vez en la historia donde la ciudad se concibe más como un “marco virtual” que como un hecho “real”, “fijo” y “asentado”; y donde su valor no proviene tanto de ella misma como del contexto “temporal”, más que espacial que pueda brindar a un determinado proceso o, simplemente, a una fase del mismo. A fin de cuentas, *si el espacio se subordina al tiempo, lo hace bajo la figura de la*

“oportunidad” cuya palabra clave es el “ahora”; tiempo en el cual un determinado lugar adquiere o no un también determinado valor estratégico.

Recordemos que la noción de tiempo que maneja la globalización es la del tiempo real” en el que se puedan realizar y coordinar los distintos procesos económicos; tiempo que, desde luego, habrá de ser el mínimo. En esta medida, si hay una novedad con respecto al mercado “global” de otros tiempos, ésta viene acompañada, precisamente, por la idea de “tiempo real” (a diferencia de lo que ocurría cuando lo importante era el “espacio real” en el que se efectuaban las transacciones). Es desde este “tiempo real” desde donde se constituye la puesta en valor de los procesos globales ligados, de tal forma, a atributos como *la movilidad, la flexibilidad* y, sobre todo, *la velocidad*; conceptos gracias a los cuales, a la vez que se intensifican y recualifican los intercambios, se “acortan las distancias” a un punto en el que prácticamente éstas “desaparecen”. Lo que se infiere de aquí es, ni más ni menos, una devaluación del espacio que contrasta en todo con los tremendos “efectos espaciales” de la globalización que trataremos más adelante.

Pero no sólo se “mueve en el tiempo” el capital, también se movilizan las empresas y los “centros generatrices”, especie de nodos catapultadores para la inversión encargados de potenciar, facilitar, coordinar y agilizar los procesos, ocurriendo lo que Mercedes Molina (1998) llama la *deslocalización empresarial* cuando afirma a propósito de los efectos de la globalización:

Entre sus efectos más inmediatos cabría señalar la deslocalización empresarial y las desarticulaciones económicas que se manifiestan, sobre todo, en los espacios más retrasados. Fundamentalmente, el gran capital a partir de la gran empresa, en la búsqueda de ventajas comparativas, se puede trasladar de un lugar a otro, elegir un punto determinado frente a otros, a partir de unas condiciones de producción más flexibles en torno a estos supuestos (Molina, M. Op. Cit. pp. 14).

Con todo, no sólo las empresas sino las ciudades mismas requieren grandes dosis de flexibilidad para adaptarse y moldearse a la movilidad; una movilidad que, como hemos dicho, más que realizarse entre un lugar y otro, o entre un estado de cosas y otro, se constituye, ella misma, en el propio marco de la realidad, al punto que diríamos, sin temor

a equivocarnos, que si algo caracteriza la forma de vida urbana es el acostumbrarnos a vivir, y de hecho a habitar, en medio de ella; esto debido, en gran parte, al cambio ocurrido durante el último cuarto del siglo XX en la forma de darse del “sistema global”; cambio que, por otra parte, ya se venía perfilando de tiempo atrás.³³ En realidad, gran parte de este cambio viene dado por el paso de un sistema global jerárquicamente organizado, y en su mayor parte controlado políticamente por los Estados Unidos, a un sistema global más descentralizado y *coordinado por el mercado*, lo que supone para el sistema capitalista y los distintos ámbitos y espacios que lo alimentan una situación mucho más volátil e inestable que cuando se sabía a ciencia cierta “dónde” estaba el capital, puesto que su presencia era, por decirlo así, mucho más “material” que ahora.

Las ciudades, por tanto, adquieren un “valor estratégico” en tanto ellas mismas inauguran una nueva noción de lugar, la de *lugar estratégico* (**Lámina 24**); y decimos “nueva” porque, si bien, ya en los siglos XII y XIII de alguna forma ya lo tenían y estaba claramente determinado por sus características geopolíticas; las cuales, a través de la historia, han acompañado su específico liderazgo (recordemos el papel de Venecia en el siglo XIII, de Génova en el XVI, de Londres en el XIX, o de Nueva York o Tokio en el XX), lo que ocurre hoy en día es que el carácter estratégico de éstas viene dado por lo que llamaremos su “*posición relativa*”, la que de hecho resulta ser también una “*situación relativa*”, ya no con respecto a otras ciudades, como en los siglos anteriores, sino con respecto al sistema, o a los sistemas metropolitanos de los que puedan llegar a hacer parte (no necesariamente uno, ni de la misma manera), estableciéndose así al interior de un complejo tejido “hiberespacial” (como todo tejido, sin comienzo ni fin...) cuya real dimensión resulta por todos desconocida. Situación que, en buena medida, explica el hecho de que muchos autores, tanto detractores como teóricos de la globalización, coincidan en afirmar que ésta se está “saliendo de madre”³⁴ ya que sus alcances son, no

³³ Dentro del marco de movilidad y velocidad que caracteriza al actual proceso de globalización, no hay que olvidar que así como la “revolución informática” que la acompaña sorprende hoy en sus alcances y pretensiones, la “revolución tecnológica” no sorprendió menos, ni actuó de una manera menos relevante, dentro de la “movilidad” requerida por la revolución industrial de finales del siglo XIX y comienzos del XX; a fin de cuentas, no hay que olvidar que, similar a lo que ocurre hoy en día, también fue ésta una revolución técnico-económica de orden “global” para la cual el invento del ferrocarril, el telégrafo, el teléfono y el automóvil, o más recientemente, el de la radio y la televisión, significó una transformación fundamental tanto en la vida fáctica de los seres humanos como en su dimensión simbólica y proyectual. En el mismo sentido cabe anotar que el mercado financiero internacional fue tan masivo entre finales del siglo XIX y la primera guerra mundial como lo es ahora.

³⁴ A este respecto, David Harvey, importante teórico de la globalización económica, en *Globalization in Question* (1995) se refiere a ésta como a un “tren sin frenos causando estragos” y teme tanto por lo que ésta pueda ocasionar como por el uso de las estrategias que se empleen para frenarla, o acaso para efectuar lo único que en realidad sea posible hacer, es decir, “redireccionarla”. Aspiración que

sólo incontenibles e impredecibles sino, y lo que es más grave aún, aparentemente incontrolables.

Lámina 24

¿EL FINAL DE UN SUEÑO O LA REAFIRMACION DE UN PROYECTO?



Edición: Sandra Rivera. Fuente: www.alfredosabat.com; img.yupimsn.com

Ahora bien, dado que hemos establecido una estrecha relación de principio entre la globalización y el consumo, lo que procede ahora, en aras de acentuar nuestro discurso disciplinar, sería establecer ¿cómo se relacionan entre sí estos dos conceptos en lo que toca a su impacto en la ciudad de hoy? Tarea que nos ocuparemos de abordar a partir de la explicación de dos importantes fenómenos que, en nuestra opinión, han marcado, en gran medida, tanto el uso y ocupación del espacio urbano en las últimas décadas como su propia forma de habitación.

alude tanto al manejo de esta situación por parte de una creciente y, como siempre, oportunista ola de políticos populistas que ven en el innegable peligro que trae la globalización una importante veta de explotación “electorera”, como a un auténtico movimiento universalizante no globalizado fundamentado en la lucha por el derecho a la preservación y el cultivo de la diferencia.

5.2. El síndrome de Las Vegas y el efecto Nueva York.

Como señalamos en un trabajo anterior (Yory, 2002a), si algo caracteriza a la ciudad de hoy es, precisamente, una abierta contradicción entre *homogenización del paisaje* y *fragmentación del territorio*, toda vez que éste último se ve afectado por procesos simultáneos de desterritorialización y reterritorialización que inciden directamente en las distintas formas de ocupación, apropiación, uso y habitación de la ciudad por parte de sus distintos habitantes y usuarios. De esta suerte, *homogenización* y *fragmentación* responden, respectivamente, a la anulación de la memoria urbana llevada a cabo a través de la imposición de nuevos códigos, normalmente importados y sujetos, en gran medida, a la moda (lo que los emparenta “globalmente”) y, a la aparente paradójica apropiación resemantizada de esos mismos códigos que, de una forma u otra, devienen “universales”.

De esta forma se desterritorializa “homogenizando”, es decir, utilizando los mismos códigos de igual manera en lugares diversos, y se reterritorializa “fragmentando”, es decir, apropiándose localmente de tales códigos resemantizándolos. En cualquier caso, de lo que estamos hablando es del consumo “crítico” o no de unos patrones estéticos, espaciales y económicos que tienden a imponerse por todas partes.

Contribuye a esta situación lo que en el trabajo mencionado llamábamos el “*síndrome de Las Vegas*” para aludir a ese proceso creciente de homogenización cultural que se traduce en la utilización “acrítica” de los mismos códigos espaciales y estéticos en los más diversos contextos; situación que demuestra hasta qué punto la arquitectura, en su manifestación “posmodernista”, se convirtió en un “bien de consumo” como cualquier otro, comprensible y asequible para cualquiera, (clave para entender la magnitud de su proyecto político inspirado en un fuerte sentido de esa expresión de lo popular que conocemos como el Kitsch) ¿Qué puede ser más popular y asequible al imaginario común (empapado de referencias “Hollywoodenses”) que una vitrina atiborrada de luces de neón, o que una pirámide de vidrio o un palacio imperial romano atiborrado de signos reconocidos y, por lo mismo, apropiables por todos? He ahí el éxito de Las Vegas, saber como llegarle a todo el mundo a través de un repertorio icónico tan superficial y volátil como la frivolidad a la que da vida y que, de hecho, circula por sus casinos.

Lo que se pone de manifiesto en Las Vegas no es otra cosa que la exaltación de una arquitectura convertida en “objeto-evento” (*objétil*, la llamaría Baudrillard) al servicio de una sociedad ávida de espectáculo, de consumir espectáculo. De ahí la importancia de la fachada de sus edificios, por encima, incluso, de los valores funcionales que reivindicara como bandera el Movimiento Moderno liderado por Le Corbusier. Es la fachada lo que vende, es la fachada lo que se proyecta sobre el espacio público de la calle, es la fachada (en tanto reducción simplificada del contenido político que alienta toda imagen) lo que el habitante de la ciudad consume, de ahí, incluso, que se conciban “fachadas falsas” de sabor hollywoodense, con tal de proyectar esa particular imagen escenográfica que constituye la idea de la “calle-espectáculo”; “aporte” de Las Vegas a la ciudad contemporánea.

Es, precisamente, la idea de la “calle espectáculo” la que alienta ese otro invento que, bajo la ficción de la “micro-ciudad” perfectamente regulada, “ascética” y controlada ofrecida por los centros comerciales, constituye y da forma a esa ficción de la “calle-privada” que, en última instancia, los justifica y alienta. Aquí “lo público” que, por definición es de todos, se ve reducido a la noción privada de “el público” que asiste a un espectáculo: el de verse a sí mismo convertido en “bien de consumo”. De esta forma, la ficción de “ciudad” que ofrecen los centros comerciales, amparada en lo que, de tal suerte, denominamos el *Síndrome de Las Vegas*, no hace más que constituir el telón de fondo para una noción de realidad convertida en juego a través de la puesta en marcha de ese imaginario colectivo desde el cual experimentamos, en tanto “público cautivo” y, por lo mismo, ya privado, el enorme y desprevénido placer de ser rebaño.

Desde esta perspectiva es ese nuevo imaginario que ofrece la calle espectáculo - particularmente evidente en el caso de los centros comerciales- el que otorga un papel privilegiado a la percepción sensible que tenemos del espacio. Circunstancia de hondo contenido político, toda vez que el hecho que en nuestra valoración del entorno prime la percepción y no el juicio (a no ser el “juicio estético” que, prioritariamente, alienta al consumidor), nos hace, antes que consumidores de productos puestos a la venta en el mercado, consumidores de imagen y, por lo mismo, receptores y “ávidos lectores” de los nuevos códigos que, en tal sentido, entran a caracterizar el nuevo *espacio-vitrina* que así nos ofrece la “ciudad-espectáculo”. En tal media, éste “nuevo espacio” dista mucho de ser una simple y pasiva escenografía sobre la que de manera indiferente transcurre el drama humano, para convertirse, a través de sus particulares códigos sintagmáticos, en un

“libreto” que señala, no sólo cómo moverse en él sino, incluso, como comportarse y, más aún, cómo sentirse en su interior; ya que, al parecer, he ahí el triunfo de la ciudad-espectáculo, el espacio “exterior” ha desaparecido.

La desorientación que ocasiona la hiperoferta de signos que apuntan en todas direcciones, hace prácticamente irrelevante el establecer, con precisión, en dónde nos encontramos; circunstancia que no afecta tanto a la determinación del lugar en cuanto tal, sino a la noción del lugar mismo entendido, desde aquí, ya no desde un punto de vista simplemente espacial sino, fundamentalmente, *situacional* y, por tanto, *circo-estancial*; de ahí que lo único verdaderamente importante para establecer una orientación en esta “selva de signos” (como la denominábamos al comienzo de este trabajo), *no es tanto el definir dónde se está, sino cómo comportarse*; es decir, el “saber actuar” en medio de la polidireccional red de sentido (o de sin sentido) que, a través del consumo, nos ofrece por todas partes el espacio de la calle.

Asistimos, entonces, a la puesta en marcha de una estrategia política que, desde la economía del signo, nos “libera” del compromiso político que supone ser ciudadanos para otorgarnos el título de consumidores. En tal medida, el *Síndrome de Las Vegas* que supone, de esta forma, la “disneylandización” de la ciudad, impregna el espíritu de ésta de un hálito de “actualidad”; el que, por demás, alienta la idea de “progreso” en todas aquellas ciudades que, en tal medida, quieren “actualizarse” como condición obligada para poderse insertar en el competitivo escenario de la “aldea global”. En esta medida nuestro aludido “*Síndrome*”, lejos de brindar una nueva escenografía a la ciudad, la dota de un “guión”, de un libreto a seguir si lo que sus habitantes quieren, en verdad, es hostentar el título de habitantes urbanos.

Fue Robert Venturi en ese ya clásico trabajo publicado con su esposa Denise Scott, titulado *Learning from Las Vegas* (1972), el primero que llamó la atención sobre este proceso de “postmodernización” de la arquitectura (acaso de la ciudad y, por qué no, de la realidad en cuanto tal) en el que ésta se enfrenta a los valores impuestos por el Movimiento Moderno y su prepotente “*Estilo Internacional*” que repartía, indiferente, e independientemente del contexto que fuera, los mismos cubos de acero y cristal en bancos, hospitales, oficinas y todo tipo de entidades. Lo que destaca Venturi en este trabajo es tanto el carácter obsoleto de los postulados del Movimiento Moderno, amparados en principios y formas de representación para él anacrónicas (continuidad, estabilidad y

homogeneidad, entre otras) e incapaces, en todo, de dar respuesta a las cambiantes necesidades del mundo actual; como la imposibilidad de prescribir e imponer grandes utopías a la manera de las que tal “*Estilo*” se trazara, amparadas en la “sapiencia” y privilegiada mano de los arquitectos.

En consecuencia, Venturi afirma que la nueva vanguardia está en Las Vegas y en su arquitectura “descarriada y ecléctica” hecha de retazos, luces de neón y escenografías que actúan como una especie de “fantasía compensatoria” ante el fracaso del Movimiento Moderno (**Lámina 25**). Las Vegas representa así, a través de la cultura popular exaltada por artistas *pop* como Oldenburg, la antítesis de la alta cultura profesional de los arquitectos. Es, por tanto, una recuperación estilística de lo popular que incluye la apropiación y combinación arbitraria (libre) de códigos extraídos del amplio menú de la historia de la arquitectura a través de los cuales, con el mayor cinismo (o la mayor “libertad”, según como se vea) se “trasladan” frontones y capiteles clásicos, arcos romanos o pirámides egipcias (debidamente plastificadas y coloreadas) a las sedes de los grandes casinos y hoteles de esta ciudad hecha, no sólo de la nada, sino, literalmente, en medio de ella (no es gratuito que haya surgido en el desierto).

Lámina 25
«EL MARAVILLOSO MUNDO DE DISNEY»



Fuente: Buscador google: www.photo.net/photo/pcd2898/ paris-las-vegas.

Lo que “Las Vegas”, en su momento parecía decir, era que la auténtica arquitectura posmoderna “debía comunicar” tanto a la élite como al grueso público de la calle; afirmación tan “moralista” (y, por lo mismo, tan poco “posmoderna”), como la propia arquitectura moderna de la cual quería apartarse.³⁵ Como resultado de esto se cayó en una dicotomía de códigos que acabó por convertir a la arquitectura, particularmente de los años 70 y 80 en un fenómeno “esquizofrénico” donde, en realidad, no se “comunicaba” nada distinto a la futilidad; en consecuencia, tal forma de exaltación de la cultura popular terminó en una mitificación tan grande como la que en su momento cayera la arquitectura de los años 20 y 30; de ahí que simplemente se convirtiera en una ficción compensatoria a la “manipulación arquitectónica moderna”. Es, precisamente, a partir de esta circunstancia, que “el fenómeno de Las Vegas” se convierte en *síndrome*, es decir, en un comportamiento expansivo y generalizado donde ya ni siquiera es importante el lenguaje puesto que los significantes se tornan vacíos y, en consecuencia, de tanto querer decir, se resuelven en códigos que, a la postre, no dicen nada; o mejor, justamente dicen eso, es decir, *nada*; a fin de cuentas, ¿qué es lo que hay que decir?.

Lo paradójico es que esta loable búsqueda de “lo popular” emprendida por la arquitectura “postmodernista” para enfrentar la alienación de un espacio homogenizado por el uso indiscriminado de unos códigos que, de tal forma, pretendían ser “universales” (el espacio homogenizado moderno), condujo a la propia exaltación de los códigos populares y a su consecuente “universalización”, es decir, a la homogenización del espacio “postmoderno”. De este modo, *la exaltación de los valores locales al ser absorbida por la sociedad de consumo se convirtió en una nueva forma de valor: el de no valer nada; aceptando, de tal suerte la pérdida de valor como el único valor posible y, por tanto, como una nueva referencia para la moda.*

De esta forma, la arquitectura de la ciudad, ya sea entendida como “objeto-evento”, “fachada falsa”, “vitrina”, o “arquitectura espectáculo”, se desenvuelve bajo un mismo principio, y es el de concebirse como un “bien de consumo” que, a su vez, enmarca al consumo mismo. Lo que se infiere de aquí para la comprensión de la nueva estética urbana

³⁵ Recordemos el carácter “mesiánico” y reivindicacionista del proyecto de la arquitectura moderna, sobre todo en lo que compete a la llamada “arquitectura de interés social” desde la cual, al arquitecto le competía “evitar la revolución” al efectuar una disposición racional del espacio y la vivienda, ya que sólo él, apartado de la sociedad, tenía el conocimiento perfecto de las necesidades humanas y de tal forma podía garantizar el orden social. Del mismo modo, al arquitecto “postmodernista” de los años 70 y 80 le competía reivindicar lo “popular” a través de una arquitectura que en modo “legible para todo el mundo” permitiera hablar de un orden social más equitativo y justo.

es, básicamente, una vía con dos caminos, uno que conduce a una hiperabundancia de oferta de todo tipo, y el otro que lleva a una hiperabundante manera de ofrecer lo mismo, bajo la figura de la ficción de la homogenización del espacio de la que antes habláramos; en cualquier caso, ocurre en la ciudad como en las vitrinas de las tiendas de los centros comerciales, o como en los propios escaparates de los grandes almacenes, donde de tantas cosas diferentes que se nos ofrecen de la misma manera³⁶ terminamos, finalmente, por verlas a todas de un modo igual; es aquí cuando la heterogeneidad deviene homogeneidad y cuando el fenómeno de Las Vegas adquiere la magnitud de un *síndrome*: el “síndrome de lo mismo” que, por todas partes, nos reboza por igual. Situación que matiza de manera renovada la afirmación que hiciéramos en páginas anteriores a propósito de que “un lugar es cualquier parte”...

Lo que tenemos, así, en la ciudad de hoy, y en aparente contraste con lo que los sentidos parecen decirnos, es un fenómeno de homogenización de la oferta de bienes de consumo (no del espacio) agravado por un fenómeno aún mayor de homogenización del valor respecto de estos mismos bienes, puesto que, al parecer, “superado” el paradigma de la novedad que acompañara al mundo moderno durante tanto tiempo, hoy en día parece que todo nos da lo mismo, que el acceso directo que tenemos a los bienes de consumo (o al menos a su imagen) en su hiperabundante oferta, nos impide distinguir, siquiera, entre la realidad y la copia y, más aún, en el caso de que llegásemos a efectuar tal distinción, que la misma, a la postre, nos importe muy poco, con tal de hacernos a lo que en su momento llamáramos “la realidad de la copia” en su nuevo valor; aquel que colocáramos, incluso, por encima del de la apariencia (valor que acompaña a esa especie de arribismo social que, muchas veces, acompaña al consumo en cuanto tal), es decir, el estético. *La pretensión de la sociedad de consumo y, de paso, el éxito de un “mundo-mercado”, no es que todos tengamos lo mismo sino que todos deseemos lo mismo por igual.*

No obstante, existen otros factores que contribuyen con ese creciente fenómeno de aparente homogenización del paisaje de la ciudad que merecen ser considerados en este momento. En primer lugar está el *espíritu funcional* de una época que, desde comienzos de siglo, privilegió el tránsito y la velocidad, convirtiendo a la calle, antiguo escenario de intercambio cultural, en una engorrosa distancia entre dos lugares (inconcebible ella misma como un lugar), y cuyo trazado, así como el del propio sistema vial al que

³⁶ El éxito de un nuevo producto no está tanto en su “novedad” como tal sino en la manera novedosa como éste se oferte.

responde, conforma “espacios típicos” diseñados para ser ocupados también de maneras “típicas”, estableciéndose así, en atención a sus características de localización relativa; es decir, “sujeta a...”, lugares “óptimos” para centros comerciales, polígonos industriales, oficinas dedicadas al sector servicio y, por supuesto, zonas de vivienda perfectamente reguladas y restringidas por el diseño de los flujos viales que, en tal medida, establecen densidades, alturas y áreas de sesión destinadas, muchas veces, para uso múltiple; en fin, regulaciones de uso que por arrastrar prototipos formales, resultan similares en toda la ciudad y, de paso, en todas las ciudades.

En segundo lugar (y no en orden de importancia) está el *modelo de vida* que oferta e impone el mercado estableciendo pautas específicas de acuerdo al nivel social o la capacidad adquisitiva de los eventuales compradores o usuarios, de tal suerte que, por ejemplo, un edificio de apartamentos para solteros resulta muy parecido a otro, del mismo modo que un conjunto de multifamiliares se parece a otro e, incluso, un conjunto de casas, que supone una elevada capacidad de endeudamiento o pago resulta, también, muy similar a otro cualquiera. Cabe añadir a esta situación el costo del suelo que, de acuerdo a la ubicación de este dentro de la ciudad, será destinado siempre para los mismos usos, en razón de la rentabilidad que esté en capacidad de propiciar; en esta medida es predecible establecer dónde ubicar zonas de vivienda, comercio, instituciones, recreación o servicios. Finalmente, a los factores mencionados, habría que añadir el papel “homogenizador” de las franquicias y de la imagen corporativa que acompaña a las grandes multinacionales quienes exportan e imponen por todas partes sus códigos estéticos y espaciales en un proceso que, siguiendo a Ritzer (1996), denominaríamos de “Mcdonalización” de la imagen de la ciudad.

Pero este proceso de paulatina homogenización del paisaje de la ciudad tiene un fuerte atenuante y es el que viene dado por lo que en el trabajo citado al comienzo de este capítulo (Yory; 2002a) denominábamos como el “*efecto Nueva York*”, para aludir a ese simultáneo proceso de fragmentación, es decir, de heterogenización que caracteriza, particularmente, a las grandes metrópolis. Lo que aquí ocurre, obviando la tautologización, es una “*apropiación significada*” o, lo que es lo mismo, un múltiple y diferenciado proceso de territorialización que se atiende, como referente inmediato, tanto a una serie de elementos fijos que caracterizan sectores enteros de la ciudad (incluso, muchos de ellos proporcionados por el “*síndrome de las Vegas*”), como a un conjunto de elementos y de situaciones “móviles” que, en tal medida, enriquecen y ayudan a

caracterizar el mapa de la ciudad a la luz del concepto que acuñáramos al comienzo de este trabajo cuando, para hablar del espacio geográfico de la ciudad, nos referíamos a la naturaleza “marítima” y , por lo mismo, aleatoria y performativa de su cartografía.

Gracias al “*efecto Nueva York*”, la ciudad se concibe como un gran universo donde conviven o compiten múltiples lenguajes que corresponden con otras tantas “etnias”, no necesariamente circunscritas a contextos geográficos distintos sino producto, en gran medida, de ese proceso de tribalización que acompaña la propia fragmentación de la ciudad en toda una diversidad de espacios que, en suma, “exceden” siempre al todo. Aquí cada espacio se comporta como una especie de isla, integrado apenas por el mar del consumo y, con él, de la necesidad; y donde las diferentes “miradas de mundo” que allí coexisten permanentemente chocan como placas continentales infiriendo, no sólo a la piel de la ciudad sino a su ser más profundo, marcas imborrables que actúan como “signos” de identidad. Acaso el mapa de una geografía quiromántica en cuyas líneas se deja leer, no sólo el pasado de la ciudad sino, y porqué no decirlo, su inmediato futuro; un futuro, al parecer, de orden tan ecléctico como sincrético y multicultural.

Nueva York es, por tanto, la prueba irrefutable del “trasfondo clandestino” de la gran ciudad. Ciudad cosmopolita, ciudad “global”, metrópoli donde por excelencia se comprueba esa afirmación de Milton Santos según la cual “globalizar no es lo mismo que desterritorializar”, puesto que en esta ciudad, como en ninguna otra, aumentan cada día, no sólo los espacios periféricos sino el sentido mismo de la marginalidad y de su fuerte componente identitario toda vez que, al parecer, la exclusión que promueve la metrópoli contribuye, en muchos casos, con la definición y el fortalecimiento del sentido mismo de identidad. Una identidad que, por un lado, para poder ser ejercida por el individuo, en el libre “recorrido transversal” que, por todas partes, le ofrecen los flujos, clandestinos o no, de la ciudad, debe responder a los códigos universales que ésta promueve; y, por otro, para que pueda ser ejercida como colectividad, debe restringirse a una clara demarcación territorial que así permita regular o, al menos, prever, lo que es viable esperar del comportamiento urbano en el barrio chino, el italiano, el latino, el hindú, el afroamericano o en esa maravilla de multiculturalidad (no necesariamente “feliz”) que, en el caso de Nueva York, resulta ser el Bronx.

Es de aclarar que hablamos de “exclusión” en un sentido distinto al generado por la globalización en los países del llamado “Tercer Mundo”, puesto que aludimos a ella no

como producto de un proceso externo de marginación, sino como “postura ideológica” y, porqué no decirlo, “estética”, donde la vida de lo individual, de lo fragmentario, se opone a la alienación a la que sucumbe la masa indiferenciada; y todo gracias a la consolidación y defensa de aquellos espacios que, por definición, tienen que constituirse “al margen” formando ghettos, sectas, o cualquier otra forma de grupo “socio-familiar”. Lo paradójico es que tales grupos que luchan por su identidad, por tenerla o por no perderla, da igual, utilizan como arma aquello que acusan de ser el causante mismo de la masificación social, nos referimos, por supuesto, al *consumo*. *La diversidad de “ciudadanos” que trae consigo este proceso de fragmentación es sólo comparable a la diversidad de bienes y pautas de consumo que entran a reforzar “etnográficamente” la propia diversidad de la ciudad; una diversidad que, paradójicamente contrasta, con la unidad de principio que, en todo, integra al consumido; sin querer decir con esto, como se puede inferir de lo señalado, que todos los consumidores sean iguales.*

En otro sentido, habría que recalcar el importante papel que ocupa el consumo en la configuración de lugares que, lejos de ser estrictamente “antropológicos” (al menos en el sentido que Augè entiende el término) y, por tanto, fuertemente enmarcados dentro de referentes etnográficos, se constituyen, más bien, desde lo que Marc Augè (1993) denominó como los *no lugares*, para aludir a esos crecientes “espacios del anonimato” (estaciones de transporte masivo, centros comerciales y, por qué no, “lugares franquicia” entre muchos otros) marcados, fundamentalmente, por la transitoriedad, al menos en apariencia, falta de todo nexo de pertenencia o de identificación que sus usuarios pudieran establecer por ellos (**Lámina 26**).

Decimos, “en apariencia”, ya que, en otro sentido, y esto es cada vez más frecuente en la gran ciudad, tales lugares resultan ser cada vez más atractivos y, por lo mismo, más “apropiables”; al punto que, en muchos casos, se han convertido en auténticos lugares para estar, quizá porque allí no se exige nada a sus “habitantes” así diluidos en el total anonimato que, de tal suerte ofrece, la transitoriedad. En esta medida, la virtud de tales (*no*) *lugares* consiste, precisamente, en su “lisura” respecto del “estriaje” que la marca del suelo grava en las ciudades a través de mil formas de adscripción territorial;³⁷

³⁷ Usamos los conceptos de “liso” y “estriado” en el sentido en que los entienden Deleuze-Guattari (1994), a propósito de la manera como, a partir de dichos conceptos, es posible describir la noción de “marca del suelo” que acompaña la definición de territorio. En este sentido, el concepto de “*estriaje*” aludiría a la espacialización de dicha marca mediante la irrupción de claros signos visibles sobre un “*espacio liso*” que, supuestamente, le predecería; como esto es impensable en el escenario de la ciudad que, por definición, sería

acaso auténtico redimensionamiento del sentido mismo de “lugar antropológico” y, por tanto, de un nuevo sentido de pertenencia y, con él, de territorialidad.

Lámina 26
«HABITACIÓN EN LA MOVILIDAD»



Fuente: Buscador google: www.fotomundo.com.

Un sentido que se presenta, ahora, desprovisto de esa carga que asocia los conceptos de “pertenencia” y “arraigo” (inherentes al propio concepto de Topofilia) a la inmovilidad con la que, supuestamente, se identifica la relación psicoafectiva de los individuos por un determinado lugar (al menos en el sentido que presenta la posición de Tuan). Los “no lugares” de Augé, por el contrario, hacen notar el carácter situacional del espacio habitado; a fin de cuentas, qué es una situación si no una *circo-estancia*, una manera particular de estar en un lugar en un momento determinado; manera que será tan “móvil” como la propia mirada de los individuos que, de una u otra forma, a través de la misma, fundan el lugar en cuanto tal.

Finalmente, hay que decir que el “*síndrome de Las Vegas*” y el “*efecto Nueva York*” no aluden a supuestas particularidades de ciudades distintas sino a propiedades inherentes al espíritu de la gran ciudad en la que de hecho conviven, ésa que, de otra parte,

siempre “*estriado*”, el concepto de “*lo liso*” alude, más bien, no tanto a la existencia de un improbable espacio sin marca en la ciudad, como a la posibilidad de diluir la misma en un contexto polivalente y polidireccional; el que, para nuestros efectos, en mucho se identifica con el “*no lugar*”. De esta forma la no marca del suelo propia de éstos se convertiría en una marca en sí misma y, por tanto, en un paradójico signo de identidad.

se promociona “en conjunto”, como si se tratara de un mismo y único escenario ofrecido de tal forma a los inversionistas que ven en sus potencialidades y ventajas comparativas una atractiva fuente de explotación y riqueza; motivo por el cual es concebida dentro del marco de la economía global como un bien tanto de consumo como de capital.

5.3. Turismo urbano y consumo de ciudad.

Sin lugar a dudas, uno de los aspectos que refuerzan la importancia creciente de las ciudades, particularmente de las grandes ciudades, es el incremento de su afluencia turística; la cual, cada vez con mayor fuerza las afecta. Afluencia estimulada, en gran medida, por la inmensa variedad de actividades y servicios, así como de bienes de capital, patrimonio y consumo que éstas ofrecen (no es gratuito que en la actualidad poco más del 20% del turismo sea urbano). Si bien la ciudad de hoy resulta heredera de la revolución industrial del siglo XIX -valga decir, de una revolución urbana- y de los profundos cambios sociales, políticos, económicos y espaciales derivados de ésta, la “impronta industrial” de la ciudad que se pudiera deducir de aquí ha derivado, a finales del siglo XX, en ese complejo, contradictorio y rico escenario de intercambio y consumo al que muchos autores coinciden en llamar *ciudad postindustrial*.³⁸

Numerosos aspectos han contribuido con el posicionamiento de la ciudad como atractivo destino, ya no sólo para quienes buscan una fuente de empleo o de oportunidad de realización, sino para aquellos que simplemente ven en ella el mejor escenario para el ejercicio de ese fenómeno exclusivo del animal urbano: *el ocio*, sin demérito, por supuesto, de otras importantes motivaciones que atraen al turista a la ciudad, sirva de ejemplo el turismo de eventos y congresos que cada vez cobra más fuerza; ya que, como señala George Cazes, profesor de la Universidad de Paris I:

La puesta en escena del turismo urbano refleja una nueva disposición del tiempo donde se mezclan, de forma cada vez más estrecha y compleja, tiempo de trabajo y tiempo de ocio, secuencias de

³⁸ El concepto de ciudad *postindustrial* no nos parece, sin embargo, muy afortunado, puesto que, en realidad, lo que ha ocurrido en la sociedad actual es una reconversión de la industria, al menos en lo que tiene que ver con su tradicional dimensión *fordista* (trabajo en cadena, masificación y estandarización) y no su supuesta “superación”. Situación que parece confirmar, entre otras cosas, la abierta reacción de los consumidores contra la masificación inherente a la indiferenciación de la oferta, motivo por el cual preferimos hablar de *postfordismo* o de “neoindustrialización” a hablar de *postindustrialización*.

sedentarismo y desplazamiento, en un proceso generalizado de “puesta en circulación de cuerpos” (Jean Viard), de afirmación de los movimientos y de las prácticas de multiespacialidad (Cazes, G. 1998. pp. 157).

De esta suerte, y a la par que las ciudades reconvierten sus tradicionales industrias (puesto que, al parecer, lo que una vez las hizo competitivas, hoy resulta un obstáculo para su realización y desarrollo) se abre paso, cada vez, con mayor fuerza, una emergente industria que, poco a poco se consolida, como nuevo y atractivo renglón de la economía: la *industria de la experiencia* (o si se prefiere de la *vivencia*), ilustrada para nuestros efectos a través del *turismo*, pues como anota José Antonio Donaire, profesor de la Universidad de Girona:

Ha aparecido una revolucionaria expansión de ciertas industrias cuyo *output* consiste, no en bienes manufacturados, ni siquiera en servicios ordinarios, sino en experiencias preprogramadas. La industria de la experiencia puede llegar a ser uno de los pilares de la superindustrialización, el verdadero fundamento, de hecho, de una economía postservicio (Donaire, J. A. 1993. pp. 179).

Por lo anterior, es necesario señalar que el turismo no sólo es una industria y, de tal forma, un importante factor a tener en cuenta en la competitividad de las ciudades sino, fundamentalmente, un *servicio*; uno más de la multidiversidad que ofrece esa clase de ciudad que ahora entra a remplazar a la decimonónica ciudad industrial, nos referimos, por supuesto, a la *ciudad-servicio*.

En este orden de ideas vale la pena preguntar, a la luz de esta “nueva” ciudad o, mejor, de esta idea renovada de la misma ¿por qué el turismo se ha convertido en un importante renglón de actividad? y, ¿cuáles son esos aspectos que han hecho de la *ciudad-servicio* no sólo un atractivo escenario para éste (capitalizando así su oferta), sino un privilegiado destino para su usufructo directo (rentabilizando, de tal forma, la creciente demanda)? Interrogantes que, en gran medida, han de responderse desde la propia

comprensión de la aguda crisis que, a partir de los años setenta³⁹ afecta, particularmente, a las grandes ciudades y que, entre otras causas, se evidencia a través de:

- La pérdida de “atractivo” de muchas de ellas causada por su creciente degradación social y ambiental.
- Las dificultades por las que pasan las administraciones respectivas para suplir una creciente demanda de espacio público adecuado para el disfrute y la recreación; y, más aún, para el libre ejercicio de lo público en tanto tal, en un momento en el cual parece incrementarse la especulación con el uso del suelo.
- El aumento en los índices de delincuencia y criminalidad; para no hablar de los de intolerancia frente a la diversidad.
- El fuerte impacto que, sobre las fuentes tradicionales de renta y capital, ocasiona el paulatino entronamiento de un mundo cada vez más virtualizado por la informática⁴⁰ y terciarizado por la creciente importancia de los servicios (especialmente el terciario superior).
- El creciente deterioro de los centros urbanos causado, muchas veces, por su virtual abandono por parte de los gobiernos municipales.

Circunstancias a las que se suman, en los países del Sur, el incremento aditivo y desordenado de los cascos urbanos, el aumento de la pobreza, la pérdida de gobernabilidad y la fragmentación metropolitana; y en los países del Norte, la reducción del horario laboral; las jubilaciones anticipadas; la presteza en el desplazamiento, producto de la

³⁹ Encontramos en esta década fuertes indicios de agudización de una crisis que, si entramos en detalle, se remonta a los años que siguieron a la Revolución Industrial, pero que, para efectos de nuestro discurso, basta con reseñar a partir del contexto epocal escogido, toda vez que, al parecer, ocurren en estos años toda una serie de sucesos que, finalmente, la harán “reventar” a través de ese invento de los años ochenta que es la “ciudad global”; entendida, desde aquí, como culmen de la crisis urbana, pero, también, como hábil estratagema del capital para mitigar los efectos de la misma bajo el sofisma de la equioportunidad. Sucesos que, entre otros, tienen que ver con la crisis de los carburantes; con la agudización de la “guerra fría”; con el aumento en los procesos migratorios que, en los países del norte, ocasionaron profundos traumatismos no sólo económicos, sino sociales y culturales y, en los países del sur, afectaron sensiblemente unas de por sí ya altas tasas de crecimiento vegetativo; con el aumento de la deuda externa de los países del “Tercer Mundo” causada, entre otras cosas, por las exigencias de los modelos desarrollistas que imponían a éstos cotas cada vez más altas para ponerse rápidamente a la altura de las demandas del mercado mundial; y, por si fuera poco, con el impacto de esa auténtica revolución cultural que significó Mayo del 68 y que particularmente afectó las formas de vida urbana y los hábitos recatados de la hasta ahora “tranquila” y adormilada sociedad burguesa.

⁴⁰ Como señala Lanfant: “La informatización ha contribuido a acelerar los procesos de racionalización de la demanda turística, permitiendo al marketing refinar considerablemente su técnica de segmentación del mercado y, por consiguiente, una articulación cada vez más sensible entre oferta y demanda. Gracias a sus posibilidades de almacenamiento y tratamiento de infinitos datos en memoria, el ordenador permite identificar, cada vez más sutilmente, los comportamientos de los consumidores

modernización creciente de los medios de transporte; y, entre otras cosas, las agresivas campañas publicitarias que pretenden poner el mundo (y, con él sus atractivos destinos urbanos) al “alcance de la mano” no sólo “informando” sobre las “últimas ciudades en venta”, sino “predisponiendo ” al comprador potencial hacia su decidido “consumo”, por encima, incluso, de sus posibilidades reales ya que, de alguna manera, el turismo resulta ser, entre otras cosas, un fuerte parámetro de diagnóstico de arribismo social, en tanto eventual indicador de posición y calidad de vida. De cualquier forma, tanto en las ciudades del Norte como en las del Sur el objetivo es el mismo: enfrentar las distintas formas que en ellas cobra la crisis urbana a través de una decidida campaña por hacerlas atractivas; dado que,

Las pautas de consumo más recientes han privilegiado los bienes volátiles en detrimento de los bienes manufacturados. Ello implica que la cultura, el ocio y el turismo han desplazado a la actividad laboral como eje del estatus y las relaciones sociales. De esta manera, el análisis del turismo no es ya el estudio de una actividad marginal o paralela, sino un instrumento efectivo para la comprensión del conjunto de la sociedad (Donaire, J. A. Op. Cit. pp. 180).

Ahora bien, si a esta situación le añadimos lo que Peter Eisenman (1984) llamara el fin de “la ciudad clásica”,⁴¹ para aludir a la apertura de un nuevo proyecto urbano (al menos en apariencia, “distinto” al de la modernidad) en el que la ciudad, lejos de limitarse, tan sólo, a retratar pasivamente lo que Hegel denominara el *Zeitgeist*, o “espíritu de los tiempos”, asume, más bien, el activo papel, no sólo de constituir dicho “espíritu” sino, lo que es más importante aún, de darle forma; lo que tenemos es un explosivo cóctel en el que, sin duda, la ciudad emerge de manera renovada a la luz de un polifacético cuerpo entendible, tan sólo, desde un marco tan móvil como el escenario que ésta, en tanto acontecimiento fundamentalmente “complejo”⁴², ofrece.

potenciales y de constituir un banco de datos susceptible de convertirse en una base de decisiones.” Ampliar en Donaire, José Antonio. *op. cit.* p.182.

⁴¹ Para Peter Eisenman, el concepto de “ciudad clásica” alude, fundamentalmente, a la consolidación espacial de un único y determinado principio de razón que, por lo mismo, de manera hegemónica instaura una particular idea de realidad a la que la propia ciudad, pretendidamente responde. Aspiración reduccionista que, en consecuencia, establece criterios tanto espaciales como sociales de centralidad y periferialización para aludir, respectivamente, a lo que merece y no merece destacarse; a lo que merece y no merece, “conservarse” y, más grave aún, a lo que merece y no merece ser tenido en cuenta.

⁴² El concepto de “complejidad”, en el sentido en que lo entienden autores como Morin y Castoriades, resulta particularmente útil para explicar, desde la lógica polivalente y transdisciplinar que lo alienta, los múltiples modos de interacción que se ponen de manifiesto en la ciudad actual. En este

Lo que surge de aquí es la urgente necesidad de asumir la activa construcción de un nuevo “espíritu epocal” que, lejos de ser representado por la ciudad, como ocurría en la “ciudad clásica” de Eisenman es, más bien, construido por ésta, dado que si algo caracteriza al mundo de hoy es su espíritu decididamente urbano. En esta medida, tal empresa sólo puede llevarse a cabo a través de la construcción de un consecuente orden social y espacial y, con él, de una renovada idea de “lugar” que, de tal suerte, le responda. En esta medida, surgen dos preguntas de particular relevancia para nuestro trabajo: ¿qué es lo que hoy en día caracteriza al “espíritu de nuestros tiempos?” y, ¿qué idea de lugar le correspondería?

Sin lugar a dudas, responderíamos a lo primero, que la “movilidad” y la búsqueda de una “organización racional” de esa, cada vez mayor, fragmentación; expresiones de un mundo y, con el, de una racionalidad que, sin lugar a dudas, se ha “roto”; o mejor, ha empezado a reconocer su evidente diversidad y fragmentación (a pesar de las tendencias sospechosamente “unificadoras” de los últimos tiempos y del aparente fortalecimiento del orden hegemónico que impone el capitalismo global y los países que lo lideran). En este orden de ideas responderíamos a lo segundo, que si algo caracteriza la idea de lugar en la actualidad es la “apertura” del espacio por el uso y la habitación; lo que supone entender el lugar a la luz de claros y continuos procesos de significación y resignificación en los cuales el espacio deja de ser una preexistencia a ocupar (como lo entendía la arquitectura moderna y su correlato urbano, “la ciudad clásica”) para convertirse en aleatorio y coyuntural referencia al interior de la movilidad y, de esta forma, en un marco tan móvil como el valor que para un grupo u otro el mismo pueda cobrar en un determinado momento, dado que, compartimos con Heidegger la idea de que la construcción espacial responde a la habitación y no ésta a aquella (Yory, 1998).

sentido, las nociones de lugar y de territorio, ejes fundamentales de nuestra reflexión, se ven enriquecidas con los aportes que, desde este concepto, se sirven, particularmente, de la *Teoría General de Sistemas* que desarrollara Von Bertalanffy en los años cincuenta. A este respecto, cabe destacar la idea de “sistema abierto” que esta teoría heredara de la termodinámica puesto que, gracias a él, se hace posible enfrentar la tradicional separación entre *equilibrio* y *desequilibrio*, usada durante tanto tiempo para explicar, tanto las relaciones de la ciudad con su entorno, como las propias dinámicas internas de ésta; operación de donde surge una nueva noción de realidad en la que estos dos conceptos no sólo coexisten sino que, de hecho, resultan interdependientes. Es precisamente a partir de aquí, que la *Teoría de la Complejidad* realiza sus mayores aportes a la construcción de una eventual *Teoría de la Ciudad* inspirada en ella; teoría desde la cual, el tema del ordenamiento territorial surge renovado a la luz del marco móvil, aleatorio y expansivo que la primera le propone al preentarle un amplio, polidireccional, polifacético y polimórfico cuadro en el cual coexisten y, de hecho interactúan de manera simultánea, infinidad de variables mutuamente permeadas y, como dijimos, interdependientes.

A este respecto, la principal crítica que realiza Eisenman a la, por él, llamada “ciudad clásica”, no va dirigida a otra parte que a su manera particular de concebir la historia, en tanto selección editada (valga la tautología) de toda una serie de sucesos que, en su “ordenamiento”, quieren representar la propia historia de la ciudad (supuestamente contenida a través de ellos); contexto de donde surge la denominada “ciudad histórica” que, precisamente el turismo, se encargará de publicitar museográficamente bajo la idea de que la misma encarna el “verdadero espíritu” de la ciudad. En esta medida, la “ciudad histórica” que surge de esta particular noción de la historia, no puede menos que responder, de manera pasiva, a un “espíritu de los tiempos” de tal forma caracterizado por la arbitraria selección que, de las formas y procesos de la ciudad, realiza la cultura hegemónica.

Lo que aquí ocurre es que la cultura hegemónica, queriendo hacer gala de su espíritu de “progreso”, no sólo define éste como “lo otro” de la “ciudad histórica”, sino que además se sirve de el hecho de hacer tal consideración, cómo un signo en sí mismo de éste; en esta medida, busca contrastar las nuevas obras con las antiguas, dando pie a una, en consecuencia, idea bastante romántica de lo que así, denomina, “patrimonio”. Sobre esta base, el proyecto de la ciudad, en tal medida “clásica”, se orienta (acaso diríamos, se manipula) “históricamente” en una u otra dirección; de ahí el nada inocente papel que cumple el turismo urbano en respuesta a una clara política cultural. No obstante, ¿es que la ciudad puede en forma alguna escapar del *Zeitgeist*?, ¿no encarna acaso, de manera privilegiada, eso que Hegel llamara el “espíritu de los tiempos”?; en esta medida, ¿cómo contribuye, en la actualidad, el creciente papel del turismo urbano en la caracterización de tal espíritu?

La ciudad, y con ella el mundo en general, tenemos que reconocerlo, experimentan una profunda “crisis” (acaso sea mejor hablar de “revolución”) –aunque, de hecho consideramos que ésta es inherente a su naturaleza evidentemente “móvil” y, por tanto, inconforme con representar, sin más, el pasivo papel que le adjudica el “espíritu de los tiempos” (de los cuales es claro que no puede escapar)- motivo por el cual, lejos de ser un simple retrato epocal es, más bien, y como hemos señalado, incitante “motor” de transformación de los tiempos mismos. Unos tiempos que, en la actualidad, aparecen

unificados por una sola religión, *el capital*, e integrados por un mismo espíritu, *el neoliberal*.⁴³

Es precisamente a partir de este contexto ideológico y político, y de la urgente necesidad que tiene la ciudad de promover nuevas formas de reactivación económica de donde surge el cada vez mayor apoyo al turismo urbano, ya que la oferta creciente de éste no responde, precisamente, a aquella utopía que planteara Marcuse mediante la cual el trabajo fuese sustituido por *la lúdica*, sino que; muy por el contrario, *la lúdica* misma (puesta bajo la óptica de la venta de servicios especializados) se ha convertido en otra forma de trabajo; acaso una de las más rentables... De ahí la mirada interesada, no sólo de la empresa privada, sino de los gobiernos mismos en fomentar, particularmente, la revalorización y recuperación del patrimonio histórico (nueva forma de valor agregado para las ciudades); en invertir en infraestructura y obras de bienestar; en ocuparse de la recuperación del espacio público; en promover el rescate y/o construcción de edificios emblemáticos; en apoyar y posibilitar la concentración de equipamientos de servicio buscando, con esto, concatenar el turismo con otros tipos de actividad que, de paso, entren a caracterizarlo y tematizarlo: turismo cultural, ecológico y de eventos, entre otros; y detrás de todo esto, un enorme afán de tales patrocinadores de publicitarse a sí mismos, publicitando aquello que de tal forma los muestra, puesto que, finalmente, la competitividad inherente, tanto a la sociedad de consumo, como a la política, es cuestión, en gran medida, de *ranking*...

Con todo, ¿cómo entra aquí el turismo y qué papel cumple dentro de la nueva dinámica exigida por las ciudades? Comencemos por señalar que la enorme variedad de ofertas lúdicas y patrimoniales que concentra la ciudad hacen del turismo una importante fuente de ingreso para ésta en un momento en el cual, su aludida “crisis” (manifiesta en la propia crisis de las actividades económicas tradicionales), entra a demandar el diseño de nuevas y eficaces estrategias conducentes a la consecución de fuentes alternas y renovadas de ingreso sobre la base, en este caso, de la renovación de su propia imagen; renovación que, paradójicamente, incluye la exaltación de su pasado a través de la “puesta en venta” de éste sobre la base de rentabilizar su valor, hasta ahora, exclusivamente simbólico; a fin de cuentas, no es gratuito que sea, precisamente, la valoración de “lo clásico”, concentrado

⁴³ Afirmaciones que se enmarcan dentro de lo que se pudiera denominar como la “internacionalización de la mirada turística”, producto, en gran medida, de la hegemonía del sistema capitalista y de su compleja red internacional de relaciones.

particularmente en los así denominados “centros históricos”, lo que hace de éstos uno de los más importantes destinos turísticos.

Dentro de este marco no resulta difícil deducir el doble papel que el turismo cumple al interior de la nueva dinámica de las ciudades; por un lado, en cuanto motor, en buena parte, del desarrollo y modernización de sus infraestructuras y equipamientos (aún a pesar, tanto de la “carga” que, muchas veces, representan los turistas, como de la potencial afectación del patrimonio en la realización de dichas obras) y, por otro, en tanto sensible guardián del entorno y el medio ambiente, ya que su sobrevivencia depende, en gran medida, del óptimo estado de éste.

De esta forma, surge el turismo metropolitano como un importante abanderado del desarrollo físico y social de las ciudades, toda vez que en lo primero mucho tiene que aportar a los planes de reordenamiento territorial y a sus políticas de rehabilitación y redesarrollo (dentro de las cuales bien puede incidir en el establecimiento o fortalecimiento de eventuales corredores, circuitos o ejes) y, en lo segundo, en la propia manera de ocupar y usar el territorio, incluso generando nuevas dinámicas que propicien el acercamiento entre sus habitantes y usuarios agregando, al valor económico mencionado, uno evidentemente simbólico.

A este respecto, al capital simbólico de aquí derivado, le compete entrar a aportar toda una serie de nuevos elementos de consolidación e identificación grupal que, de tal suerte, refuercen y enriquezcan el capital social. De esta forma, el fortalecimiento del capital simbólico tiene que ver con aspectos que van desde el aumento en el insulso “turismo de comprobación” (como se sabe, buena parte de los turistas urbanos van a ver lo que ya saben que existe y sólo reclaman para sí la posibilidad testimonial que la fotografía les proporciona de haber estado allí), hasta la apropiación de signos y símbolos que, en forma individual o colectiva, permiten a los habitantes y usuarios de estos espacios sentirse “parte de algo” y, por lo mismo, sentir que hay algo de todos en aquello que es visitado; dinámica de tinte postmoderno desde la cual se recrea una forma particular de “apropiación nómada” donde, por un lado, los visitantes, especie de nuevos “*civitas universitas*”, tienen la posibilidad de dejar de sentirse “extranjeros” y, por otro, los residentes, pueden adoptar la posición del “extraño” para así, “sorprendiéndose” de lo que llamaríamos, la “novedad de lo mismo”, disfrutar de aquello que, por familiar, habían venido desatendiendo o, incluso, ignorando. A fin de cuentas, qué más postmoderno que

hacer de la ciudad un escenario turístico y así rescatar, en el sentimiento de “extrañeza”, la clave de una pérdida apropiación. Aspecto que, desde la Antropología Filosófica, mucho tiene que aportar a la Geografía Humana.

Otro aspecto del turismo urbano que merece particular atención es el de su preponderante papel a la hora de promover una *imagen de ciudad* y, como en el caso de aquello que se busca en los mejores vinos, auténticas “denominaciones de origen”: París, “la ciudad luz”; Nueva York, “la capital del mundo” o Viena, “la ciudad musical”, entre otras muchas imágenes que acompañan la “puesta en venta” de las ciudades (**Lámina 27**).

Lámina 27
LA CIUDAD GLOBAL: ¿UN ESTALLIDO DE LUZ Y COLOR?



Fuente: Buscador google. www.aglobalworld.com/postcards.html.

A este respecto cabe señalar que la imagen que de una u otra forma acompaña a las ciudades, no sólo es algo que se proyecta a partir de un “idealizado” origen, sino que también supone un *imaginario* a alcanzar; aquel que, con la promesa de su realización, fomenta la construcción o fortalecimiento de infraestructuras, equipamientos y bienes emblemáticos que sirvan tanto de atractivo para el inversionista y el visitante (actores que cada vez tienden a relacionarse más), como al propio habitante de tales ciudades, en la

medida en que, de esta suerte, refuerza sus nexos de identificación y compromiso con ella (Lámina 28).

Lámina 28
CIUDAD DE UNO: ¿CIUDAD DE TODOS?



Edición: Sandra Rivera. Fuente: www.nationalacademies.org.

No es gratuito, en este sentido, el preponderante papel que, particularmente la planeación estratégica urbana, otorga a la imagen como telón de fondo para constituir pactos colectivos y líneas de acción encaminadas a alcanzarla. Cabe destacar, a este respecto, que lo que la imagen ofrece a los habitantes urbanos es la posibilidad real de “ser lo que quieren ser” con base en la debida potenciación de lo que ya son y poseen. Surge así el tema de la “promoción simbólica” de las ciudades, o lo que se pudiera denominar, su “puesta en imagen”; estrategia gracias a la cual éstas entran a competir en el “mercado internacional de las ciudades” que hoy en día caracteriza esa enorme feria de consumo en que se ha convertido el mundo.

De acuerdo con lo anterior, el tema del patrimonio surge con una preponderancia inusitada, ya que el turismo no sólo gira en torno a la oferta conservacionista que plácidamente se ocupa de mostrar una ciudad museografiada (en abierto contraste con la propia “desmuseografización” de unos museos cada vez más interactivos y proactivos) sino que, sobre todo, tiene la posibilidad y, nosotros diríamos, *responsabilidad*, de recalcar el aspecto *creativo* y *prospectivo* de aquello que oferta; lo que supone entender el patrimonio, más como una manera de ver y entender el mundo actual (Yory, 2002b), que

como una romántica mitificación del pasado, desde la cual, la protección de este último, en muchos casos, no hace más que disimular la propia destrucción del presente.

De lo anterior surge la indispensable necesidad de establecer la diferencia entre un patrimonio “vivo”; es decir, permeable al fluir de los tiempos, en la medida en que mantiene sus significados vigentes e integrados de una u otra forma a las distintas dinámicas urbanas que, en tal forma, lo incorporan; y uno definitivamente “muerto”, por no haber logrado integrarse a la *dinamys* histórica y, por tanto, cual reliquia de otra época, yace impermeable de espaldas a ésta.

En este sentido, cabe señalar que la fuerza de un patrimonio “vivo”, no sólo permite a los habitantes de una ciudad afirmar sus vínculos con ésta y con ellos mismos, sino que revitaliza la propia imagen de ella, al actuar como decidido agente de promoción externa; situación que permite tanto atraer al turista foráneo, como a la propia inversión que, incluso, puede emplearse en sectores distintos al turismo. En tal medida, la optimización del “patrimonio vivo” constituye una estrategia tanto de desarrollo económico como social, al ligar íntimamente el turismo al tema del patrimonio histórico, toda vez que “la industria del patrimonio es una actividad moderna, organizada, sobre todo con miras a producir un producto comercializable (...). El patrimonio es *un producto contemporáneo que se crea* (lo que implica diferentes grados de comercialización de la materia prima) para satisfacer el consumo contemporáneo” (Willis, A.1995. pp. 121. La cursiva es nuestra).

Un aspecto derivado de la afirmación anterior es el que tiene que ver con el propio desarrollo urbano y, con él, de lo que denominaremos, más adelante: “la construcción de patrimonio” (tema central de nuestra propuesta y, por tanto, del planteamiento topofílico en general). A este respecto, y para el caso del tema que, en este momento, nos ocupa (el turismo urbano), la alianza turismo-patrimonio, resulta ser un matrimonio más que deseable, en el sentido en que, de hecho, la valoración que el turismo hace de un edificio o conjunto de edificios (incluido el espacio circunscrito entre estos, ya que la importancia de ellos depende, en gran medida, de la valoración de sus alrededores) afecta, sin duda, al conjunto urbano⁴⁴ y sirve de excelente oportunidad para la realización de alianzas

⁴⁴ Cada vez más, el turismo urbano tiende a valorar y comercializar, no sólo un edificio o conjunto de edificios sino a la ciudad como tal, en lo que pudiera denominarse, una “experiencia superpuesta de patrimonio” donde el atractivo del conjunto puede llegar a exceder el propio atractivo de la suma de sus

estratégicas entre el sector público y el privado sobre la base de asumir el desarrollo de la ciudad como una responsabilidad compartida y, por tanto, como un proyecto común consensuado al que el turismo urbano aporta un particular escenario desde el cual, no sólo la ciudad se proyecta, sino que de hecho, amplía y/o refuerza su imaginario, condición básica para la orientación de sus planes y acciones a la luz de alcanzar un claro y deseable derrotero futuro. Sobre esta base, competiría a tales alianzas el desarrollar, entre otras actividades, las siguientes:

1. Proporcionar y mantener infraestructuras y accesos a los lugares de interés turístico (excelente oportunidad para intervenir el espacio público, en general, y mejorar el sistema circulatorio de la ciudad).

2. Garantizar la seguridad ciudadana (excelente oportunidad para explorar medidas alternativas al convencional afinamiento del restrictivo “aparato de captura” que basa su éxito sobre la ampliación del pie de fuerza, promoviendo, por ejemplo, la creación de redes ciudadanas solidarias que, por realizar actividades permanentes sobre el espacio público, de tal suerte “apropiado” por ellas, resulten ser sus implícitos “guardianes”, suplantando así el concepto de “la fuerza pública”, por el de “la fuerza de lo público”).

3. Interconectar los diferentes sectores de la ciudad y, con ellos, sus diferentes dinámicas, sobre la base de promover ésta, en su conjunto, en tanto “poliatractivo” objeto de interés turístico (excelente oportunidad para llevar a cabo planes de ordenamiento territorial que tengan como base una clara dimensión patrimonial).

4. Utilizar las áreas de particular concentración patrimonial tanto inmueble, como mueble, como “centros detonantes” de toda una serie de circuitos y recorridos que, en cualquier caso, se inserten en las propias dinámicas de la ciudad; esto tanto para mantener el patrimonio como atractivo, como para contribuir en la proyección internacional de la ciudad en su conjunto⁴⁵ (excelente oportunidad para promover la realización de pactos ciudadanos en materia de la preservación y cuidado de ese patrimonio intangible que

componentes. Ampliar en Yory, C.M (2002b). *Del Monumento a la Ciudad: El fin de la idea de monumento en el nuevo orden espacio- temporal de la ciudad*. Ed. CEJA. Bogotá.

⁴⁵ Ashorth y Voogd, en el texto de A. M. Williams (1998) señalan, en este sentido, seis tipos de estrategias: *la conservación, el desarrollo, la conversión, la estimulación, la recomercialización y la descomercialización*; a las que nosotros añadiríamos, con base en las actuales tendencias, la *desindustrialización*. (Ampliar en Williams, Allan M. *op. cit.* .130).

conforma tanto el medio ambiente como el tejido social, diseñando estrategias de mitigación del impacto que, muchas veces, el turismo masivo ocasiona sobre éstos).

5. Incorporar las áreas de mayor concentración de oferta de atractivo turístico a la dinámica urbana en general, lo que supone su irrestricta “desmuseografización” ya que lo deseable, hemos dicho, es promocionar a la ciudad en su conjunto y diversidad, (para lo cual resulta pertinente servirse de un potencializable renglón económico como es el turismo), y no, simplemente, producir “mercancía” (en este caso de orden patrimonial) para el mercado (excelente oportunidad para concebir la intervención sobre el patrimonio de una manera proactiva y funcional y no, simplemente, “esteticista”)

6. Incluir la oferta de bienes, servicios e infraestructuras turísticas, al interior de los circuitos económicos existentes que resulten pertinentes; esto con el fin de garantizar una rentabilidad que beneficie tanto al sector público como al privado (excelente oportunidad para interconectar los dos circuitos transectoriales que maneja la economía urbana, el inferior y el superior, a la luz de la explotación de un particular renglón de actividad económica que, de manera transversal, actúe entre ellos en escalas que van desde la generación de empleo en actividades directas o derivadas de la demanda turística, hasta la inserción de la ciudad en su conjunto en dinámicas internacionales que, en este sentido, supongan el aumento de inversión extranjera sobre la base del creciente atractivo que la ciudad misma esté en capacidad de garantizar y mantener); y, finalmente

7. Mantener y generar nuevos atractivos en los que se ligue a la decidida ampliación y mejoramiento de la oferta existente (galerías, comercio, alojamiento y diversión, entre otras), la realización de eventos de distinta proyección tanto nacional como internacional (excelente oportunidad para promover internacionalmente a las ciudades sobre la base de la puesta en valor de esa particular ventaja comparativa que, desde el adecuado manejo de su oferta turística, bien puede significar un aumento de su propia competitividad).

Ahora bien, la dimensión creativa y prospectiva del patrimonio que tiene que ver con las anteriores acciones, se funda en la idea misma de “construcción de historicidad”; es decir, sobre la premisa de que el patrimonio es algo que se construye y no, simplemente, algo que se hereda; de hecho, lo que una sociedad hereda no es propiamente “patrimonio” sino “bienes” cuya contemporánea ponderación los convierte, en “bienes

patrimoniales”. En este sentido, Ashworth y Turnbridge (autores citados por Williams, A. M. 1998) sugieren tres aspectos a tener en cuenta en la “creación de historicidad”: *el realce*, a través del cual se hace notorio el edificio (hablamos, en este caso, de bienes patrimoniales inmuebles) dentro del marco o conjunto urbano en el que éstos se inscriben; la *reconstrucción* (en ningún caso, *restauración*), que preferimos denominar nosotros, “*restauración rehabilitante*”, o “*rehabilitación conservacionista*”, donde se adecua el edificio o conjunto de edificios a un uso actual con base en la revalorización de sus componentes físicos y simbólicos; y *el montaje*, que tiene que ver con la superposición de elementos a una estructura tradicional con el fin de tematizar su uso. Para estos autores, “la ciudad histórica no la constituye la total preservación de sus componentes del pasado”, sino que es, más bien, “un fenómeno creado en el presente” (Williams, A. M. Op. Cit. pp. 122).

En este sentido, consideramos que la ciudad debe entenderse como un “*ecosistema patrimonial*” constituido por un conjunto localizado de elementos variados en situación interdependiente, es decir, como un “campo de fuerzas” en el que actúan multiplicidad de actores con intereses y estrategias diversas.

Lo expuesto hasta ahora nos pone de manifiesto dos cosas: la primera, que el turismo puede llegar a ser un importante factor en la reactivación económica de las ciudades y, la segunda, que éste cobra un papel cada día más preponderante en lo que se pudiera denominar la creciente “tecnopolización” de la ciudad (no es gratuito que la ya aludida carta del urbanismo gestada en Megárides, habla de la ciudad del siglo XXI como de la ciudad “cableada”); una tecnopolización que en su referente postfordista de espacialización especializada admite, incluso, al ocio como una nueva forma de “actividad productiva” en la cual la “ciudad festiva” (y, con ella, su carácter evidentemente “eventual”), como la llama George Cazes (1998), desplaza el horizonte de la tradicional “ciudad necesidad” propia de la revolución industrial para constituirse, en sí misma, bajo la forma de lo que, en consecuencia denominaríamos, una “ciudad deseo”. No obstante, aquí lo que cuenta no es la lúdica *per se* sino, ante todo, la *polifuncionalidad*, la *rentabilidad* y el *marketing* de su puesta en escena, o lo que es lo mismo, *la venta de su imagen* y, con ella, de la propia ciudad así *ex-puesta*.

A este respecto, cabe señalar que la adopción, sin más, de este derrotero, resulta sumamente peligrosa para las ciudades del “Tercer Mundo” quienes, en muchos casos,

ávidas a cualquier costo, de insertarse en la economía mundial para así atraer el capital, bien pueden caer en la tentación de construir una “imagen falsa” de sí mismas o, peor aún, en priorizar la venta de dicha imagen (su exportación), por encima de la superación de los problemas que, a su interior, de una u otra forma, le impiden alcanzarla. En este sentido el turismo urbano puede llegar a convertirse en un *fin* en sí mismo que, a lo más beneficie, casi de manera exclusiva, al sector privado, dejando de lado su enorme potencial como *medio* capaz de fortalecer iniciativas y procesos de desarrollo. La paradoja es evidente: se necesita el dinero que el turismo trae consigo, pero el mismo no llega si antes no se mejora la oferta turística; lo que equivale a decir: la inversión en el sector y, de paso, en las condiciones sociales y ambientales del escenario urbano en que ésta se inscribe.

En este sentido nos encontramos ante una aparente disyuntiva: o se prioriza la inversión social, el empleo, la infraestructura física y de bienestar y el mejoramiento de la calidad ambiental que garantice el disfrute de los atractivos turísticos; o se invierte en infraestructura turística, en realización de obras emblemáticas, en sistemas de conectividad internacional, en eventos y en promoción y marketing urbano. En el primer caso la pregunta que surge es, ¿de dónde vendría el dinero? y, en el segundo, ¿de donde vendría el atractivo, dado que, para el turismo urbano, la simple inversión en infraestructura y/o en eventos, no resulta suficiente para atraer los flujos de capital deseados si la propia ciudad no posee, ella misma, un particular atractivo? Por fortuna, hablamos de una “aparente” disyuntiva, puesto que es evidente que la intervención en una ciudad no puede expresarse en términos que supongan acciones incompatibles del tipo “o lo uno, u lo otro” sino, más bien, complementarias; lo que supone no sólo la necesaria inclusión del tema del turismo urbano al interior de cualquier política de desarrollo social urbano, sino el diseño de una estrategia eficiente que garantice el usufructo colectivo de los beneficios que este debiera traer consigo.

No obstante lo anterior, la verdad es que, en muchos casos, especialmente (aunque no de manera exclusiva), en el contexto de América Latina, el turismo urbano ha sido considerado (particularmente hasta comienzos de los años ochenta), como una inversión de segundo nivel en relación con su “dudosa” e “incierta” recuperación en el tiempo y, sobre todo, en relación con el “peso específico” del mismo, comparado con el de las urgentes inversiones en infraestructura, salud, educación, transporte y seguridad que, de modo prioritario y creciente, sus ciudades, reclaman. He ahí una de las razones por las cuales, de manera casi irreflexiva, el turismo urbano, en contextos como el que señalamos,

no ha sido tenido en cuenta, salvo contadas excepciones, como una importante pieza en el rompecabezas de las economías urbanas, acosadas, por demás, por la presión que reclaman sus ingentes problemas.

En sentido contrario, y en atención a las demandas de competitividad que, a partir de los años ochenta, el mundo global trajo consigo, lo anteriormente señalado resulta ser una razón para que también, de manera irreflexiva, el turismo haya llegado a concebirse, en algunas ciudades, como una especie de “fábrica de hacer dinero” que, en tanto beneficia, fundamentalmente a unos pocos, en poco contribuye con el bienestar común. En cualquier caso, el creciente y enérgico posicionamiento del turismo urbano, que acompaña la “puesta en venta” de las ciudades que, de una u otra forma, gozan de un cierto atractivo, mal que bien se ha convertido en un auténtico soporte y puntal de sus economías, aparentemente “recuperadas”, sobre la base de este nuevo, aunque todavía “dudoso” motor de desarrollo social y ambiental; es el caso de ciudades como Cartagena de Indias, Quito, Salvador de Bahía y Río de Janeiro; las cuales, si bien han logrado insertarse en los circuitos turísticos internacionales, sobre la venta de su “imagen”, valga decir, sobre la base de la “edición” de una imagen atractiva y, por lo mismo, competitiva; en poco se han visto retribuidas en lo que respecta al mejoramiento general de las condiciones de vida de la mayor parte de su población; la cual se ve obligada a “orbitar” de manera desregulada y parasitaria en torno a las migajas que la explotación de la industria turística les pueda llegar a brindar.

A este respecto, la “recuperación” de estas ciudades resulta sólo aparente ya que todavía está pendiente, en buena parte de ellas, el diseño e implementación de una política que ligue el crecimiento económico a una estrategia de desarrollo social en la cual, la optimización de los recursos patrimoniales (naturales e históricos) con que estas cuentan, redunde en una verdadera fuente de progreso y bienestar para todos.

En este último sentido, un papel fundamental cumple en la recuperación-proyección de las ciudades, no sólo la intervención decidida sobre el espacio público, escenario dilecto para la construcción (o fortalecimiento) de una indispensable “noción de lo público” que garantice la apropiación ciudadana, sino la construcción o revalorización de equipamientos que, de acuerdo con su envergadura, pueden llegar a ostentar un carácter emblemático. En este caso, tales equipamientos llegan a cargar con una doble función; por un lado, como “valor” explotable desde un punto de vista turístico o lúdico y, por otro,

como punto de referencia para una intervención urbana en gran escala que se derive de ellos o de la causal, ellos ya hagan parte. Sirva de referencia el paradigmático caso del museo Guggenheim en la ciudad de Bilbao, donde la estrategia allí puesta en marcha, hace eco de las palabras de José Antonio Donaire para quien “es preciso un replanteamiento conceptual del turismo, hábida cuenta de su relación con otras esferas de la vida social (ya que) el turismo contemporáneo no es tanto un fenómeno, como una experiencia, un comportamiento, un hábito” (Donaire, J. A. 1993. pp. 181).

A fin de cuentas el turismo, en particular el turismo urbano, no es otra cosa que la explotación de la puesta en valor de un recurso implícito en la ciudad; y ya sea éste su patrimonio cultural o paisajístico, en cualquier caso responde al acto consciente y deliberado de “ex-ponerla”, de sacarla afuera; es decir, de “ponerla a punto para su venta”, pero también y, sobre todo, a la posibilidad de servirse de él como eventual elemento articulador, integrador y vertebrador de procesos locales que giren en torno al rescate de los valores patrimoniales de una sociedad y, por lo mismo, a la puesta en marcha de una estrategia que contribuya con la apropiación que, de la ciudad en su conjunto, hagan sus habitantes (**Lámina 29**).

Lámina 29
«EL PATRIMONIO: UN RETO A CONSTRUIR»



Fuente: Buscador google.
cartagenamysite.freemove.com/holidayinspain/page4.html

5.4. ¿Qué significa vender una ciudad?

La importancia creciente de las ciudades, particularmente de las grandes metrópolis, dentro del proceso de globalización económica y cultural que caracteriza lo que bien pudiera denominarse como una “renovada” etapa del capitalismo (producto, ya sea de una crisis del mismo o de un estado de reajuste y reprogramación) se pone de manifiesto, particularmente, en la concentración urbana de servicios y actividades que, de otra parte, y como hemos señalado, va acompañada de un proceso análogo de segregación y exclusión socio-espacial.

Desde esta perspectiva, es claro que el atractivo de una ciudad (valga decir, su “valor”) radica en su capacidad de ofrecer, al interior del concierto global, una serie de precondiciones que la posicionen como “lugar estratégico” dentro de una determinada región a la luz, ya sea de un determinado mercado, o de un específico circuito o sistema de circuitos. Para este efecto no sólo cuentan su accesibilidad (conectividad) y ubicación geopolítica, sino las condiciones que, como conjunto urbano, esté en capacidad de ofrecer a los grandes inversionistas interesados, más que en “sembrar allí un capital”, en potencializar, desde allí, el propio flujo de capital que, de hecho, en buena medida puede afirmarse que, “no tiene asiento”.

Por lo anterior, la potencialidad competitiva de una determinada ciudad, de acuerdo con el *World Economic Forum* está dada, fundamentalmente, en términos de la estabilidad de su economía interna y en su grado de internacionalización; en sus condiciones de gobierno (es decir, en términos de la estabilidad que el Estado proyecte y esté en condiciones de ofrecer); en sus finanzas; en su capacidad de gestión; en su infraestructura (la que, de otra parte, incluye aspectos *infoestructurales* y de comunicación); en su desarrollo y capacidad tecnológica y, por supuesto, en la formación de sus recursos humanos. A esta lista habría que añadir una serie de factores que recoge Mercedes Molina (1998) de una encuesta realizada a una serie de grandes empresas de la UE, donde si por un lado se reitera la importancia de la accesibilidad a los mercados, la calidad de la mano de obra y de las infraestructuras; por otro, se recalca también la importancia de la calidad de vida, de la afinidad cultural y de la presencia de empresas afines.

Lo que se infiere de lo anterior es la consolidación de un proceso (inherente a la propia lógica del capitalismo) en el que si bien se promueve la “autoafirmación” de aquellas ciudades capaces de entrar a competir, también resulta, en consecuencia, un proporcional e inverso proceso de “automarginación” para aquellas otras que, de una u otra forma, no gozan de las aludidas y necesarias “precondiciones”; lo que supone, a la luz del modelo económico vigente, una fuerte dosis de selectividad espacial amparada en la existencia o no de los recursos que el propio proceso necesita y demanda. Recursos que, resulta claro, no se encuentran repartidos de la misma manera en todos los espacios ni, menos aún, tan siquiera existen en muchos de ellos; en cuyo caso, y desde la perspectiva del actual “orden global”, antes de ser excluidos resultan, como hemos señalado, “automarginados”. Es así que la iniciativa de “incluirse” en el sistema tenga que venir, directamente, de parte de tales espacios y, en tal medida, razón de más para que sus respectivas administraciones “entiendan la necesidad de ordenar la casa” partiendo de un, en consecuencia, también necesario, “ajuste estructural”; el cual, como todos sabemos, paradójicamente, viene impuesto desde fuera.

Es precisamente esta “internalización” de las demandas externas la que, en gran medida, fundamenta y caracteriza la filosofía que alienta el diseño de los planes de desarrollo de las grandes ciudades que no quieren quedarse por fuera del mercado global; de ahí su denodado esfuerzo por mejorar sus condiciones de competitividad, a costa, muchas veces, de descuidar problemas estructurales ligados a temas como el de la justicia social o el del medio ambiente. En esta medida es que afirmamos que, el hecho de entrar, o no, al juego global, ha dejado de ser una variable externa para convertirse en piedra angular de un proceso en el cual los límites entre lo exterior y lo interior son cada vez más difusos.

Lo que surge de aquí es un peligroso proceso de relativización coyuntural de la noción de límite, borde y, por supuesto, frontera; situación que si bien propicia una oportunidad para constituir flexibles nociones territoriales apoyadas en toda una serie de circunstanciales alianzas estratégicas que propicien una mayor optimización de los recursos expuestos sobre la base de un proyecto común compartido; por otro lado, y fundamentalmente por parte de quienes controlan el capital, supone preocupantes intrusiones en los inalienables principios del Derecho Internacional que, entre otras cosas, defienden valores universales como el “legítimo derecho a la autodeterminación de los pueblos”; a fin de cuentas, “globalizar” no supone eliminar las fronteras, sino servirse de

ellas para alcanzar un fin que las trascienda; fin que, lejos de servir a la legitimización forzada de un determinado orden hegemónico inspirado en confusos y ambiguos principios de homogenización, debiera ser, más bien, marco fundamental para propiciar el encuentro de diferencias y, a partir de allí, asumir en responsabilidad el compromiso de construir un orden social más justo ligado a la preservación y cuidado del planeta.

En este mismo sentido, el tema de la región o mejor, de la integración regional, debe entenderse ahora como un asunto que ha dejado de ser competencia exclusiva de la “política exterior” para convertirse en una importante variable a tener en cuenta en la formulación de políticas de desarrollo local; después de todo, éste resulta inconcebible si no es a la luz de su papel dentro del amplio marco del que hace parte; marco que, de hecho incluye, en cualquier caso, a las relaciones con la ciudad. Es así que no podemos hablar por separado de ciudad y de región y, en tal medida, de una política económica para una que no tenga en cuenta, como colofón y coprotagonista a la otra. Después de todo “invertir” significa, no sólo que lo que aportamos nos sea devuelto, “enriquecido”, sino, literalmente, “dar la vuelta a algo”; y ese “algo” que “da la vuelta” en el caso de las relaciones de la ciudad con la región es la tradicional y maniquea polarización entre una y otra, toda vez que ambas se subsumen, hoy en día, en un mismo espíritu orientado a la luz de un único proyecto.

Pero existe, en el caso de la ciudad (particularmente en América Latina), otra clase de “inversión” que, dada su naturaleza axiológica, debe considerarse tremendamente peligrosa, puesto que supone el desplazamiento del valor de uso de la ciudad (*habitabilidad*), por parte de su, cada vez más importante, valor de cambio (*productividad*). Lo que surge en medio de esta “inversión axiológica” es una idea “funcional” de *gobernabilidad administrativa* y, por tanto “gerencial”, compelida a garantizar, o a tratar de hacerlo, el equilibrio entre uno y otro valor sobre la base de la asignación eficiente de sus recursos a la luz de un oportunista sentido de competitividad. Como resultado de esta situación, se crea la ilusión de “gobierno” sobre la base de dudosos indicadores económicos que en poco tienen en cuenta las nociones de desarrollo social y ambiental.

En lo que compete al impacto de esta situación sobre el espacio de la ciudad, cabe señalar que el Estado juega aquí un papel fundamental, puesto que, en aras de la consabida productividad, su anuencia y complicidad le otorga a la empresa privada carta blanca para

hacer y deshacer sobre éste, esgrimiendo aún hoy en día, la ya anacrónica bandera desarrollista (tan popular en los años cincuenta y sesenta) según la cual: “sólo mejorando la productividad es posible mejorar las condiciones de habitabilidad”; verdad tan solo a medias, puesto que lo que alienta dicho planteamiento es, en el fondo, un incondicional apoyo al proceso de privatización que las políticas de ajuste estructural imponen a las economías más débiles. Proceso que implica, no sólo controlar los servicios y los bienes de la ciudad sino, incluso, la propia administración de un espacio público “reordenado” para tal fin, en un ejemplo más de lo que jurídicamente se denomina: “la apropiación posesiva del ejercicio del derecho”.⁴⁶ Situación que, desde luego, afecta a todos los ciudadanos y contribuye, aún más, con ese proceso de exclusión y marginación que acompaña a la *ghetización* y *fragmentación* de las ciudades. Consecuencia de esto, la ciudad deja de ser un simple “escenario” de consumo para convertirse, ella misma, en “objeto de consumo” y apropiación (privatización); efecto directo de lo que bien podría denominarse: la “neoliberalización espacial de la ciudad”.

De esta suerte, y con el pretexto de que el Estado “no puede hacer nada frente al embate de la globalización”, se privatizan enormes áreas de las ciudades e, incluso, el acceso a las mismas empieza a tener un tono cada vez más restrictivo y, por lo mismo, selectivo y excluyente. La verdad es que mucho tiene que ver el Estado en el posicionamiento creciente de esta situación, toda vez que son, precisamente los Estados de las grandes potencias, quienes manipulan a su antojo las tendencias internacionales a través de la imposición de una serie de regulaciones económicas que se traducen en *medidas estatales* a aplicar, en mayor medida, por parte de los Estados de economías más dependientes. Regulaciones que afectan tanto la política interior de los respectivos países, como sus relaciones internacionales tanto gubernativas como privadas.

A este respecto cabe señalar, que si bien el capital, como hemos dicho, no tiene patria, los capitalistas sí que la tienen y, de hecho, deben atenerse, entre otras cosas, a la

⁴⁶ El término, aparentemente tautológico (dado que toda apropiación es posesiva), supone, en realidad, otorgarle un matiz particular al concepto de “apropiación”, toda vez que la misma se entiende, desde aquí, en el sentido que supone la privatización de lo público que realizan ciertos sectores de la población con el fin de aislarse, por uno u otro motivo, del resto de la ciudad; acción que implica coartar el libre ejercicio del derecho que todo ciudadano, sin restricción, tiene de disfrutar de ésta. En esta medida sesga la noción de “sentido de pertenencia”, inherente al carácter *significado* que supone el concepto de *apropiación*, en su sentido más amplio, para remitirlo al carácter invasivo-restrictivo que, de tal suerte, supone la aludida “apropiación posesiva” de lo público (particularmente del espacio público); operación en todo opuesta a la señalada “apropiación significada”, dado que su carácter es de índole demarcativo y, en ningún caso, emocional; condición fundamental para poder hablar de un “sentido de pertenencia” hacia la ciudad que permita entenderla como un constructo colectivo y, por tanto, de todos sus habitantes.

legislación de los países, a la fortaleza y convertibilidad de sus monedas, a los niveles salariales y de protección social, a la cualificación laboral de la mano de obra y, particularmente, a la estabilidad de los regímenes políticos, buscando, de esta forma, las mejores condiciones para la producción, para la comercialización y para la venta de servicios; condiciones que no suelen ir de la mano, al menos en los países del “tercer Mundo”, con el mejoramiento de las condiciones para el trabajador, cosa que, desde luego, el Estado conoce pero que omite, convenientemente, al abrir sus puertas de manera acrítica e incondicional al mercado: las condiciones las pone el empresario en asocio con las determinaciones establecidas por parte de las grandes potencias y no los Estados locales, que apenas si alcanzan a evaluar el impacto de esta fuerte intervención en su política interna, subordinada, de hecho, al vaivén de la oferta y la demanda; vectores decisivos en la determinación de consecuentes políticas salariales, tributarias, arancelarias y fiscales.

En este sentido, es necesario señalar que la actitud de las ciudades frente a su creciente demanda de capital, resulta en modo alguno “pasiva”; toda vez que la misma se manifiesta, particularmente, en la manera como se ofertan a las grandes empresas para atraer así su atención (valga decir, su inversión); de hecho se movilizan, “poniéndose en venta”, con agresivas campañas publicitarias que atraigan al inversionista, al vender una imagen que, muchas veces, no se compadece con la realidad pero que, en el mejor de los casos, resulta ser la de su propio imaginario. En esta medida no ofertan tanto lo que son, como lo que quieren ser y, más aún, lo que pueden llegar a ser con la debida inversión.

Una inversión que, de tal suerte, convertirá en “socios estratégicos” a aquellas empresas que decidan acompañar esta especie de “apuesta a futuro”; la cual, de seguro, traerá al inversionista, como contraprestación, toda una serie de beneficios directos (para no hablar de los indirectos relacionados, entre otras cosas, con la generación de nuevas alianzas) a través de figuras tales como la administración delegada o la concesión de derechos de explotación (esquema frecuentemente empleado para la realización de obras de infraestructura que requieren de gran inversión).

Desde esta perspectiva, la consigna concertada entre la empresa privada (nacional o extranjera) y el Estado (el proyecto de ciudad es entendido aquí como una “alianza” entre el sector público y el privado) parece ser: *imponer la visión es atraer la inversión..!* Situación que supone poner en marcha un denodado esfuerzo por “convencer”, a través de

una inusitada campaña de seducción; la cual, entre otras cosas supone, la realización de importantes acciones emblemáticas de orden urbano (eventos o realizaciones edificatorias de enorme impacto) llevadas a cabo con un doble propósito: por un lado el de concentrar un imaginario que sirva como carta de presentación de la ciudad ante el mundo y, por otro, el de actuar como motores del proceso que, de tal forma, lideran, comportándose así como una especie de “apuestas-anzuelo” o, si se prefiere, “acciones detonantes” encargadas, así, de atraer la inversión. Sirvan como ejemplo la realización de eventos deportivos de gran proyección o, entre otras, la realización de ferias internacionales; actividades que, sumadas a la construcción de centros culturales, deportivos o de negocios de enorme impacto, constituyen el escenario primero y fundamental de la puesta a punto de las ciudades para su “venta”.

Lo que resulta de aquí, como anota Saskia Sassen (1999) es una competencia urbana a escala mundial liderada por las “metrópolis globales” como Nueva York, Londres y Tokio, donde a la vez que se revalorizan las grandes corporaciones se desvalorizan los procesos económicos más desfavorecidos. Valga decir que son, precisamente, estas metrópolis, los espacios donde por excelencia tienen lugar, no sólo las grandes oportunidades, sino donde se efectúan, también, las mayores exclusiones, toda vez que allí conviven los subsectores económicos más avanzados con aquellos otros a los que, de manera creciente, dan forma las economías sumergidas, informales y precarias.

Cabe afirmar, en este sentido, que si bien tales ciudades (como la mayoría de las ciudades de los países con economías más fuertes) tradicionalmente han orientado su imaginario hacia la utopía capitalista del bienestar, fundamentado en la acumulación de riqueza sin límite; ciudades como las del “Tercer Mundo”, han tenido, por su parte, como utopía y modelo tutelar, las ciudades antes señaladas; con el agravante de que en las ciudades “tercer mundistas” las contradicciones sociales y la exacerbación de la pobreza, son tanto más visibles como dramáticas sus consecuencias sociales y ambientales. Es precisamente en razón de esta situación, de donde se infiere para estas últimas, de no reorientar la dirección de su proyecto, encaminado, como hemos dicho, a imitar el modelo eurocéntrico o norteamericano, cargar con el dudoso éxito que, en materia de justicia social y de equidistribución de las oportunidades y la riqueza, han alcanzado estas ciudades.

5.5. Implicaciones espaciales de las ciudades en venta.

Como hemos señalado en páginas anteriores, uno de los principales efectos de la globalización en las ciudades es el que se deriva de lo que podemos denominar ahora como el “*efecto bumerang*” en el que la tradicional concentración de actividades en el centro de éstas deviene en periferialización y, por tanto, en exclusión. En respuesta a esto las ciudades *desconcentran* sus servicios y centros de actividad múltiple desplazándolos hacia la periferia en un proceso de *descentración* que quiere, sin lograrlo, aún, responder a las actuales tendencias *descentralizadoras*; y esto porque, *descentralización*, *desconcentración* y *descentración* no son lo mismo.

Mientras que la *descentralización* implica otorgar autonomía decisional y financiera a las partes en las que el centro se ha “fragmentado” sobre la base de responder a una política común regida por un mismo plan rector, la *desconcentración* apenas tiene que ver con un “aligeramiento físico” respecto de los problemas de eventual congestión que pueda traer la concentración de servicios y/o actividades en un solo lugar, tanto en lo que tiene que ver con la prestación de los servicios y su eventual pérdida de eficiencia, como con lo que se refiere al propio impacto que tal concentración pueda tener en una determinada área de la ciudad; por su parte, la *descentración* alude al simple desplazamiento del centro a otro espacio de la ciudad (o a varios), donde éste considere que su actuación puede ser más eficiente. De esta forma, lo que ocurre hoy en día en la mayoría de las ciudades, es una *concentración descentrada* de servicios y no una auténtica *descentralización*.

Pero, ¿de qué clase de “centro” estamos hablando? Sin duda de aquel lugar donde se toman las decisiones que afectan a la ciudad y que, por tanto, es su “centro político administrativo”, el cual no necesariamente coincide, como lo hiciera en épocas anteriores, ni con el centro geográfico de la ciudad, ni con su centro histórico, ni con su centro de negocios, lo que quiere decir que, de hecho, si algo caracteriza a la ciudad de hoy es su multiplicidad de centros; acaso se encuentre ahí la clave para entender su propia “*ex-centricidad*”. De otra parte, cuando se habla de “centro”, necesariamente se alude a la existencia de “algo” que no es centro y que orbita a su alrededor, o que simplemente depende de él; es *la periferia*, tradicionalmente ubicada “por fuera” de éste. Pero, ¿qué pasa cuando ésta deja de responder simplemente a una ubicación espacial y se convierte en una forma de vida alterna al propio “centro” con el que convive? Sin lugar a dudas que se

efectúa, de hecho, un fuerte proceso de reconversión espacial que afecta al propio centro en la medida en que éste se “periferializa”, pues, para nadie es un secreto que el centro es, particularmente en las ciudades del “Tercer Mundo”, el lugar donde por excelencia emerge, se afirma y se asienta la periferia.

De otra parte, este “desajuste funcional” de la ciudad (visto así por el propio “centro” que, desde la perspectiva anterior, se siente “invadido”), en realidad hace parte de su esencia misma, toda vez que es la superposición de funciones y usos lo que responde a la connatural dinámica de la urbe, hecha tanto de mezclas y combinaciones aleatorias (hibridaciones las llama Canclini), como de flujos y reflujos que, en todo, se oponen a la ciudad aséptica, maquínica y cuadriculada de la “Carta de Atenas”. Aquella cuyos contenidos, la arquitectura y el urbanismo de los años treinta, vertiese sobre la ciudad, imponiendo un modelo funcional de organización espacial jerarquizada y debidamente zonificada y regulada, al distribuir, o lo que es lo mismo, al imponer, dinámicas forzadas y segregacionistas que, paradójicamente, en poco respondían a su afán “democratizador”, pero que si contribuían, en gran medida, con ese importante proceso de masificación que, a partir de aquí, acusa la ciudad actual.

Lo cierto es que la ciudad no es ni un árbol, como señalara Christopher Alexander, a propósito de negar su pretendida “organización jerárquica”, ni una “máquina” como pretendía Le Corbusier al referirse a ella como una “máquina de vivir” diseñada, prefigurada y, por lo mismo, regulada funcionalmente por la “sapiente” mano de los arquitectos que, de tal suerte la harían, no sólo manejable, sino lo que es más grave aún, predecible. Como consecuencia del fracaso de este modelo funcional asistimos, en la actualidad, a un proceso de “reapropiación” urbana donde lo marginal (lo marginado) cobra fuerza esgrimiendo de mil maneras (lícitas e ilícitas) su legítimo derecho a la ciudad. En respuesta a esto, el centro, al ver amenazado su poder, reacciona abriendo “espacios de participación” a través de los cuales se pueda llegar a “formas compartidas y concertadas de gobierno”.

No obstante, la realidad es que la aspiración de constituir una auténtica democracia participativa se ve truncada por los vicios consuetudinarios de la clase política, tornándose así en una utopía manejada por los tradicionales poderes que, bajo la figura de la “representación”, mantienen vivas las formas tradicionales de gobierno (democracia representativa) con sus también tradicionales esquemas como el clientelismo y el

cacicazgo; aberraciones políticas que, como es sabido, no hacen más que reforzar la concentración del poder en pocas manos. He ahí el primer y fundamental obstáculo para una auténtica descentralización administrativa y funcional: el poder no se puede ceder, hay que mantener todos los hilos “controlados”; de ahí que sea más fácil e, incluso, práctico, “desconcentrar” o “descentrar”.

Pero la amenaza que representa para la estabilidad del “centro” el incremento y la complejidad de los fenómenos de periferalización, no sólo se pone de manifiesto a través de su “relativa apertura” y “democratización”, sino que trae como consecuencia un fenómeno de “paranoización” que se manifiesta a través de una regulación socio-espacial segregacionista que garantice tener la periferia alejada... A fin de cuantas, no olvidemos que si algo interesa a las ciudades en venta es mostrar una cara en la que todas las cosas aparezcan (o, al menos, parezcan) bajo control. No obstante, lo que en realidad evidencia este fenómeno de “paranoia urbana”, manifiesto, entre otras cosas en el aumento de las regulaciones y de los mecanismos de control que van, desde la carnetización funcional del ciudadano (casi para toda actividad que realiza se le exige un carnet), hasta los puestos móviles de control policiaco; es que las cosas distan mucho de estar, efectivamente, “controladas”. Aquí la paranoia responde tanto al temor ciudadano que representa la cercanía de “lo otro” (el otro) como al propio temor del Estado por que las condiciones de su ciudad propicien el que ésta sea “ignorada” por los flujos globales que son, no sobra insistir en ello, donde se encuentra el capital.

Como respuesta a esto último, el Estado, en asocio con el sector privado, se ingenia toda una serie de estrategias de “limpieza” física y social que van, desde la homogenización del paisaje de la ciudad, hasta el “destierro” del centro de los grupos minoritarios, cuando no su eliminación física, como se lleva a cabo en muchos países (particularmente del “Tercer Mundo”), por parte de grupos de extrema derecha, asociados, muchas veces, con sectores reaccionarios del aparato estatal.

En lo que tiene que ver con la “limpieza” física de la ciudad se da un doble fenómeno: por un lado, la *estandarización de códigos espaciales* y la *zonificación funcional de la ciudad*; situación que, por ejemplo, saca no sólo a la industria del centro, concentrándola en la periferia en polígonos industriales y/o comerciales, sino que también “expulsa” hacia la periferia a la vivienda, dado el alto costo, no sólo económico sino de calidad de vida (especialmente en lo que compete a la seguridad, a la calidad

medioambiental y a la mínima dotación de áreas de estacionamiento, así como de ocio y recreación) que para sus usuarios significa mantenerse en el centro; y, por otro, *la notable inversión que se realiza en la conservación y mantenimiento del patrimonio arquitectónico y urbanístico* de la ciudad; tendencia implementada más con el fin de hacer atractiva al inversionista esta cara “reeditada” de la ciudad, que con el de rescatar una pretendida “identidad urbana” a través de la conservación de su memoria histórica.

Lo que surge de aquí es, ni más ni menos, la conformación de una triple alianza entre turismo, inversión económica y patrimonio; alianza desde la cual, no resulta gratuito el hecho de que muchas de las grandes empresas que se instalan en la ciudad lo hagan en edificios representativos de su historia, para el efecto recién restaurados, o que construyan edificios emblemáticos que, como nuevo patrimonio, le den un *status de marca* a la ciudad; sirvan como ejemplo, entre muchos otros, el edificio de *Sears* en Chicago, el de la *Chrysler* en Nueva York, el del *Banco de Asia* en Hong Kong o, en menor escala, el *Museo Guggenheim* en Bilbao (**Lámina 30**). Sin embargo, lo que frecuentemente ocurre, es que estos edificios, así como los nuevos desarrollos que, en la mayoría de los casos, estos comportan, traigan consigo un fenómeno de palimpsesto urbano que, muchas veces, acaba por eliminar o empobrecer la memoria histórica de las ciudades donde se llevan a cabo.

Lámina 30
¿UN BARCO A LA DERIVA?



Fuente: Buscador google: Bilbao. www.salon.com/people/bc/1999/10/05/gehry/gallery.html

En esta medida, estos nuevos desarrollos que, como hemos dicho, son normalmente halonados por “proyectos insignia” (edificios de oficinas, bancos, centros comerciales, culturales o parques temáticos, entre otros), se constituyen en verdaderas “cabezas de playa” en la conquista de nuevos territorios para la ciudad; la cual, al extenderse hacia ellos, o al integrarlos, por encontrarse ya en sectores consolidados, los reabsorbe convirtiéndolos así en “nuevos centros”; eso sí, embebidos de un mismo espíritu: el que los constituye, de una u otra forma, como auténticos *centros generadores o proveedores de consumo*; así éste sea el de imagen.

Sobre esta base, surgen enormes áreas dedicadas al consumo o al esparcimiento (consumo de esparcimiento) dentro de las cuales un lugar preponderante ocupan los centros comerciales, especie de “nuevas plazas” o de “nuevas catedrales” (como las llamara Aurora García Ballesteros) pero que, a diferencia de estas últimas, no entran a representar y a exaltar lo público sino, por el contrario, lo privado. Ellos reflejan, en forma paradigmática, hasta donde el consumo puede afectar el desarrollo y las estructuras urbanas, a la par que los propios hábitos de sus habitantes. Ofreciendo en su interior todo tipo de actividades, resultan ser una especie de microciudad que, en gran medida, compite con el espacio de la calle y con las desagregadas actividades que, sobre ella, alimentaban lo que en su momento fundamentó la idea del “espacio público”.

Lo sorprendente es que ese mismo espacio, ahora “privatizado” a través de los centros comerciales –pero, eso sí, “enriquecido” con las actividades lúdicas y recreativas que éstos ofrecen- exige a sus habituales usuarios (de acuerdo con su nueva oferta) un nivel de gasto que en todo supera el de la “canasta familiar”, actuando de esta forma de manera selectiva respecto de los ávidos consumidores que allí se acercan; situación a la que contribuye, la tácita exigencia de tener automóvil, dada la ubicación de estas “nuevas catedrales” erigidas al consumo en lugares donde, muchas veces (sobre todo en Europa y Norteamérica), el transporte masivo resulta restringido.

Como consecuencia de lo anterior, ocurre una transformación sensible, no sólo en los hábitos de consumo de los habitantes de la ciudad, sino en la propia manera de acceder y de apropiarse de ella, ya que los centros comerciales resultan ser, también, importantes focos de vida social, con todo y el espíritu individualista, selectivo y segregacionista que permanentemente recuerda su carácter eminentemente privado. Y es precisamente este carácter social, que de alguna manera se impone sobre su dimensión privada, el que resalta

García Ballesteros (1998) a propósito del planteamiento de J. Gaspar, según el cual, los centros comerciales

nacidos para atender a la gran masa de población que se asienta en las áreas metropolitanas de las grandes ciudades, pronto se transforman en polos de la vida económica y social, en verdaderas mecas del consumo, con un significado casi religioso, pues son los verdaderos altares del consumismo, visitados muchas veces más por costumbre que por necesidad, por muchas personas que buscan en ellos un consuelo para sus angustias y ansiedades mediante el consumo, entrando en diálogo con el nuevo dios (Aurora García Ballesteros, cita a J. Gaspar en Op. Cit. pp.55).

De esta forma, el número, calidad y magnitud de los centros comerciales que ofrece una ciudad, suele ser tenido en cuenta por el inversionista privado como indicador, si no de calidad de vida (al fin y al cabo éste, en sí mismo, poco le interesa) sí, al menos, como particular parámetro de atractivo, toda vez que el mismo supone una estrecha relación con la oferta privada de bienes y servicios que una ciudad está en capacidad de ofertar como prueba de seguridad y estabilidad. En esta medida, la proliferación de centros comerciales, resulta ser una significativa medida de ponderación respecto del valor relativo que, de una u otra forma, ofertan las “ciudades en venta”.

De lo anterior resulta claro el impacto de la economía global sobre la estructura y los modos de organización social presentes en la ciudad, dado que los profundos cambios que el imaginario global impone en el espacio físico de ésta (ya sea interviniendo el modelo heredado, transformándolo, rehabilitándolo, restaurándolo; o, simplemente, promoviendo en él la construcción y consolidación de nuevas áreas con un perfil espacial muy parecido en los distintos contextos donde se lleva a cabo), suponen una reorganización, no sólo de los usos del suelo y, con ellos, de la vida de sus habitantes; sino de los mecanismos regulativos, gubernativos y administrativos que en ella operan; los cuales, cada vez con más fuerza, y en aras tanto de mantener como de fortalecer el orden institucional; y, con él, la gobernabilidad (valga decir, en muchos casos, el “poder político”), requieren “abrirse” a la concertación multiactoral y la realización de pactos y alianzas estratégicas que, en todo fortalecen esos vínculos, cada vez más cercanos, entre los sectores público y privado.

No obstante, el impacto de la globalización sobre el aparato político (administrativo y gubernativo) de la ciudad, que en principio supone su profunda readecuación con miras a “abrirse a los vientos de la participación”, si por una parte representa una excelente oportunidad para enfrentar, de manera decidida, su anacronismo y vicios consuetudinarios y así apuntar a una verdadera modernización que conduzca, desde la legitimización de un Estado, de tal forma construido y “apropiado” por todos, a alcanzar una auténtica democratización; por otra parte, la aludida participación resulta ser, en realidad, la cara amable de un proceso tan peligroso en su contenido, como corrupto en sus fines y es el que supone la conducción de ésta y de su espíritu de concertación, hacia un terreno en el que el acercamiento entre lo público y lo privado no redunde tanto en el fortalecimiento de lo primero y, con él, del propio Estado, como en el entrenamiento de lo segundo a partir de la potenciación de un cada vez menos discreto proceso de privatización de lo público; el cual, debilitando la idea democrática de Estado y, con ella, la de Estado-Nación⁴⁷, resulta cómplice de la instauración de un nuevo Estado hegemónico mundial; medio, pero también fin, del proyecto político-económico instaurado por el neoliberalismo a través de la globalización.

Otro aspecto que merece destacarse dentro del impacto socio-espacial que genera la globalización económica en la ciudad, es el que tiene que ver con la competitividad que a su interior genera la dinámica ejercida entre usos nuevos y sectores más o menos consolidados (cuando no son también nuevos los sectores en su conjunto); dinámica manifiesta en el incremento sensible que en el costo del suelo ocasiona la capacidad que tenga de diversificar su oferta en materia de servicios. Una diversificación que, particularmente en el caso de la ciudad latinoamericana, (permanentemente en “factura”), supone una rotación de la oferta que resulta causante, en gran medida, de la propia movilidad del mercado del suelo. Situación que promueve un fenómeno de movilidad urbana sin precedentes donde rápidamente cambia y se complejiza el paisaje de la ciudad. Un paisaje que, de hecho, *ya no se hace para durar*.

Es así que paulatinamente asistimos (tanto en Europa como en América Latina, aunque por razones distintas, pero imbuídas, eso sí, de un mismo espíritu: el de competitividad) al remplazo de grandes zonas residenciales por usos terciarios

⁴⁷ Nos interesa menos, a este respecto, la conservación del modelo vigente de Estado-Nación, que el vaciamiento del contenido democrático y, por tanto, público-político del Estado en cuanto tal que supone la imposición global del modelo económico-político- Neoliberal.

(particularmente oficinas), de usos industriales por edificios inteligentes o parques temáticos, de industrias tradicionales por espacios de nuevas tecnologías y de construcciones tradicionales por edificios de vanguardia. El común denominador parece ser la inclusión de una nueva variable a tener en cuenta por los arquitectos y proyectistas, y es la imagen de “prestigio económico” que, necesariamente, debe acompañar las nuevas intervenciones. Imagen que de por sí proyecta a la ciudad en su conjunto, ya que como anota Mercedes Molina (1998):

Economía, nuevas demandas sociales acordes con los nuevos gustos, formas de vida y capacidad de gasto, han perfilado y están perfilando una gran ciudad muy heterogénea internamente que reproduce muchos de los procesos que cristalizan en otros tantos espacios generados a escala planetaria: formas de producción vanguardistas frente a tradicionales, en crisis o marginales; sociedad de élite junto a una clase media que pierde protagonismo, con los sin techo y clases desfavorecidas; espacios de prestigio con aquellos deteriorados o, incluso, con la autoconstrucción y el chabolismo. La gran ciudad, protagonista de los nuevos procesos, reproduce en su seno su gran heterogeneidad y diversidad; en definitiva, podría considerarse como el espacio elegido por la economía global que en su interior cristaliza selectivamente sus exigencias (Molina, M. Op. Cit. pp. 23-24).

Si durante el período de la modernidad la ciudad representó, sobre la venta de la noción de “lo público”, una imagen liberadora y de igualdad (al menos esa era su pretensión), lo que sucede en la ciudad de la llamada “postmodernidad” es un enfrentamiento abierto entre lo público y lo privado. Las zonas privadas más deprimidas resultan reconvertidas en lugares de recreación, ocio y consumo por el capital internacional que se apropia de ellas dando paso a lo que bien pudiéramos llamar una especie de mesianismo sin mesías. El ciclo de decadencia, muerte y regeneración por el que pasan todas las ciudades se complementa, como anota Joseba Zulaika (1997), con el declive y abandono de barrios enteros que son después “redescubiertos” y puestos a disposición de la gran burguesía.

En conclusión, podríamos decir que si algo caracteriza el impacto de las reformas económicas que trae la globalización a las grandes ciudades es la oposición mítica entre la ciudad decadente a “reconvertir” (ya que no sólo la industria se “reconvierte” sino la ciudad, en su conjunto, para adaptarse a las exigencias de los nuevos tiempos) y la visión utópica de la ciudad global del siglo XXI que si bien, como propone la Carta del urbanismo de Megárides (1994), quiere ser “la ciudad de la paz y de la ciencia”, no sólo no logra, en ningún caso, dar la espalda a la multiplicación de su deuda histórica de inequidad acumulada sino que, al parecer, tal como lo acusan las actuales tendencias, no ha hecho más que aumentar dicha deuda.

6. COMENTARIOS FINALES A LA PRIMERA PARTE.

La Globalización es, sin duda, el más grande fenómeno del mundo actual y, por lo mismo, su mayor reto. Las fuertes contradicciones que le son inherentes, particularmente en lo que se refiere al permanente juego de inclusiones y exclusiones que realiza su carácter selectivo y manipulador, hacen necesario entender tanto el origen del mismo y su proceso histórico, como sus presupuestos teóricos y filosóficos con el fin de construir un marco de pensamiento desde donde abordarla y/o enfrentarla. Marco que supone la “capitalización” de la memoria histórico-cultural de los diferentes actores involucrados en sus distintos contextos a fin de establecer un diálogo respetuoso entre lo local y lo global, amén de establecer, desde allí, el propio sentido de una verdadera “aldea global” donde todos, por derecho, tengamos cabida con las mismas oportunidades.

No obstante esta pretensión resulta bien lejana del actual estado de las cosas dada la manera como desde el propio “derecho” se manejan los “grandes intereses” que, desde siempre, han sido los que han alentado al capitalismo, como lo demuestra el hecho de que “la derecha” de los países menos desarrollados se alíe con estos grandes intereses (que por demás resulta ser su mayor interés) para convertir naciones enteras en inmensas “zonas francas” donde la privatización ofrece al mejor postor, recursos, bienes, servicios y empresas vitales para su propio desarrollo.

De esta forma, quienes creen que el diálogo, la negociación, la concertación y el consenso pueden ayudar a resolver los gravísimos conflictos sociales que no sólo afectan a los países más pobres sino, de hecho también, a los del mundo desarrollado, deberían promover, del mismo modo, el uso de estos recursos para resolver los conflictos inherentes

al “fenómeno Global”, buscando alternativas, desde luego “rentables” (si quieren ser escuchados), que en vez de atentar contra el medio ambiente, los derechos humanos, la dignidad y el bienestar, a la vez que contra la autonomía y el derecho de autodeterminación de los pueblos, se sirvan de este último para concertar verdaderos pactos transnacionales encaminados a cuidar y preservar esta pequeña y, por demás, única “aldea” en la que todos vivimos.

Frente al “aldeano manipulado” que cultivan los laboratorios donde se cuece la actual idea de globalización habría que pensar, como alternativa, la forma más idónea de propiciar los medios para la construcción de un verdadero “hombre global”, acaso una visión actualizada de ese *civitas universitas* que propusiera el Renacimiento con capacidad para “pensar globalmente actuando localmente” siendo así un auténtico “ciudadano del mundo” creativo e insumiso, de mente abierta y liberado de todo dogmatismo.

No obstante, la utópica alternativa de un “único mundo”, no creemos que sea la solución a los problemas que la globalización nos ha traído, incrementando, por demás, los que ya teníamos. Más bien, abogamos por una clase de “globalidad” no uniformizante en la que sea el derecho a la diferencia y no la búsqueda de identidad común lo que permita que podamos compartir y, por tanto, enriquecernos cultural y, ¿por que no? materialmente, después de todo, una de las claves de la economía ha sido siempre la diversificación. Un mundo en el que de hecho exista un nuevo orden económico internacional que supere, en principio, el abismo entre el “primer” y el “tercer” mundo, y en el cual, en principio se “democratice” la Organización de las Naciones Unidas, actualmente manipulada a su arbitrio por las cinco grandes potencias “dueñas” del planeta que se turnan y monopolizan el control del Consejo de Seguridad. En este sentido, por qué no reclamar, para esta importante institución, el control de organizaciones nacidas en su seno, pero hoy en día desvirtuadas por completo, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional que responden a los intereses del gran capital pero en modo alguno al de los pueblos, ya que lejos de ser simples instrumentos financieros para ejecutar acciones de primer orden encaminadas al desarrollo, se otorgan el privilegio de establecer e imponer políticas económicas a los países más pobres a los que se les exige aplicar inhumanas estrategias de “ajuste estructural”, o cargas impositivas como el IVA. En este sentido, compartimos la tesis del salvadoreño Ricardo Ribera para quien la Globalización debería traducirse en toda una serie de

redes internacionales de acción sindical o cooperativa, en intercambios fructíferos de propuestas e iniciativas no gubernamentales, en acciones conjuntas para la defensa del medio ambiente, de la mujer, de la infancia, de las minorías étnicas y religiosas. Potenciar lo que de positivo puede ofrecer la Globalización y contrarrestar, en forma global, todo lo que de negativo y deshumanizador comporta (Ribera, R. 1996. pp. 753).

De cualquier forma, no podemos negar que uno de los aspectos más relevantes para la comprensión de los fenómenos de transformación por los que pasa el mundo actual se derivan del impacto general derivado del proceso de globalización; el que si bien, originalmente se contempló en la esfera económica, poco a poco se ha ido extendiendo a las diferentes instancias de la vida humana afectando la cultura, la política, las formas de organización social, las relaciones interpersonales y, por supuesto, la propia forma en que, como seres humanos, nos concebimos amparados, en gran medida, por el supuesto de homogenización que, actualmente, ésta supone.

No debemos olvidar, sin embargo, que este proceso en realidad no es nada nuevo, toda vez que desde el Renacimiento se venía alimentando el imaginario del *civitas universitas* que suponía la existencia de un mundo “abierto” y “sin fronteras”; aquél sobre el que los teóricos de la Revolución Francesa verterían su moderno ideario de democracia, inspirando, de tal forma, las luchas libertadoras decimonónicas de toda forma de opresión que, “el hombre impusiese sobre el hombre”, bajo la idea de construir un mundo estable donde se suprimiera la desigualdad y “reinase la paz y la justicia para todos”.

Sin embargo, la situación hoy en día es bien distinta, puesto que en lugar de estabilidad en un mundo “felizmente homogéneo” lo que tenemos es un proceso expandido y generalizado de permanentes exclusiones en los mismos ámbitos que la globalización pretendía integrar. La promesa hecha por la moderna civilización técnico-industrial de compensar con “ocio creativo” la superación de las necesidades básicas gracias al sometimiento de la naturaleza por el dominio de la técnica, ha traído como consecuencia, no sólo el agotamiento de las materias primas que nos proporcionaba la propia naturaleza sino el deterioro generalizado del ambiente y el hábitat a nivel mundial. Situación que afecta incluso, aunque en menor medida, a los países más desarrollados. En vez de ocio creativo y tiempo para el pensamiento y el arte (utopía que, por demás,

consideramos bastante aburrida, dado que si algo caracteriza al espíritu humano es el reto, la aventura y la conquista) tenemos una invasión sin precedentes en la intimidad y una, prácticamente total manipulación de nuestra libertad; al punto que ya ni siquiera reconocemos nuestro nivel de compromiso con el sistema, dado el alto nivel de compenetración que se nos ha inducido a alcanzar con él; consecuencia de esto: la pérdida paulatina del espíritu crítico por parte de una sociedad cada vez más mediatizada y consumista.

Si bien en las sociedades más avanzadas (aunque cabría cuestionar la idea de “progreso” y quizá reconsiderarla con parámetros distintos a los estándares establecidos por Naciones Unidas) ha habido un aumento sensible en el tiempo de ocio, producto, en gran medida, de los profundos procesos de reconversión económica y cultural que la globalización ha traído consigo, sobre todo en lo que respecta a las ciudades, este “tiempo de ocio” dista mucho de ser “creativo” como pretendían las utopías futuristas de los años veinte; muy por el contrario, lo que tenemos es una conductuación total de la sociedad víctima, en gran medida, del *consumo* que nos induce a relacionar indisolublemente los verbos tener y ser, para así ser más en la medida en que más se tiene, o lo que no necesariamente es lo mismo, entre más se consume.

De cualquier forma, no consideramos que “el consumo” o “la globalización” como tal sean el “enemigo”, ¿qué mejor que poder sentir “ciudadanos del mundo” y gozar por igual de los mismos derechos, a la vez que poder satisfacer nuestros deseos y apetitos más profundos? El problema radica en la manera como se nos ha impuesto un determinado modelo económico-cultural, desfasado, en todo, respecto de las actuales condiciones de profundo desequilibrio del planeta (exacerbadas, antes que atenuadas, por este emergente proceso) en el que resulta claro que no todos somos iguales ni, mucho menos, todos tenemos los mismos derechos; para no hablar del propio desfase de dicho modelo económico con respecto a los diferentes modos de vida y a la manera como aún, hoy en día, desde el Estado y las instituciones, se concibe y ejerce el poder, ya que, hay que reconocerlo: no todo en la “aldea global” se mueve, ni a la misma velocidad, ni de la misma manera. De esta suerte, lo que tenemos es una serie de tremendas descompensaciones entre el modelo económico impuesto por la hegemonía económica, política y cultural (de hecho por la minoría que ostenta el poder y el capital) y los modos de vida, y las formas de organización social; sin contar, por supuesto, con la propia

descompensación en la manera como aún hoy en día concebimos el derecho en sus aspectos jurídicos y normativos y, con él, no solo la ley, sino la legitimidad.

De este modo, independiente a que el consumo sea una “carreta tirada” por la globalización o viceversa, el impacto socio-espacial de tan indisoluble e interdependiente alianza afecta, particularmente, a la vida urbana, puesto que la ciudad ha sido, desde siempre, el lugar donde por excelencia se ponen de manifiesto las complejas contradicciones de la sociedad y, por lo mismo, el escenario donde, en primer lugar, es necesario buscarles salida. Pero, ¿cómo la alianza consumo-globalización afecta la vida urbana?, ¿de qué manera? Indudablemente en la manera como concebimos el espacio y nos movemos dentro de él; por un lado demarcando el territorio, limitándolo, inventando fronteras, concibiendo el espacio como un compartimiento cerrado y, más o menos, interconectado; por otro, considerando que es un *continuum* abierto sin referentes ni fronteras por donde libremente nos desplazamos.

En el primer caso, prima la heterogénea “marca social del suelo”, en el segundo el desmarcamiento y la homogeneidad; en el primero tenemos un espacio multiforme, “estriado” y, por lo mismo, diferenciado; en el segundo uno “liso”, uniforme e indiferenciado; en el primero una referencia más o menos fija que nos permite sentirnos vinculados o pertenecientes a algo; en el segundo, la pertenencia, o bien desaparece, o por el contrario, se adjetiva en “ninguna parte”; o lo que es lo mismo, en todas por igual. Aquí el consumo juega un papel fundamental, toda vez que la relación que establecemos con la ciudad está mediada de una u otra forma por él, así sea a través del “consumo de espacio” que exige el uso y la ocupación.

Como se ve, si bien la relación entre consumo y sociedad contribuye con la pérdida de los referentes socio espaciales de las grandes ciudades al ofertar lo mismo por todas partes, de otra parte el propio consumo es selectivo y grupal, es decir tiene el poder de concentrar y demarcar significados grupalmente y, del mismo modo, de *caracterizar*; razón por la que no podemos afirmar sin más que esta relación sea necesariamente negativa para la ciudad dado que en realidad presenta dos caras; otra cosa es el uso político que se haga de la misma y el compromiso que a través de ella la sociedad establezca tanto en pactos de convivencia basados en el respeto a la diferencia como en la específica apropiación funcional que a partir de allí se haga de la ciudad.

Por un lado tenemos una caracterización local, por el otro una total (“global”) indiferenciación. Lo cierto es que *lo que espacializa especializa* valorando la diversificación; el asunto es entonces ¿cómo hacerla productiva?, ¿cómo capitalizar ese valor? Indudablemente a través de la construcción colectiva y concertada de imaginarios locales proyectados sobre un escenario global; es decir, haciendo de la riqueza cultural que supone ese importante *capital simbólico*, implícito en la diversidad, un elemento dinamizador de la economía en su conjunto al poner a interactuar productivamente los intereses de cada actor en un concierto global que recoja las ventajas comparativas locales en tanto inagotable veta de explotación. He ahí una razón para que lo global como tal se convierta en el principal defensor de lo local.

Pero lo global tiene prisa, y de hecho, un ciego “*interés*”; es necesario desacelerar su ambición y afincarla en la potenciación de las particularidades locales promoviendo procesos de territorialización que, incluso, adopten la idea de “no lugar” como un espacio a defender y apropiar; ya que aquello que en la globalización lleva a desterritorializar comporta en sí mismo fuertes elementos de reterritorialización. A fin de cuentas, siempre somos de alguna parte y, en tanto “seres de camino”, siempre nos estamos acercando y, de tal forma, alejando de alguna parte; lo importante es saber desde que piso, y como preguntara Don Juan a Castaneda en uno de sus famosos libros, interrogarnos por la naturaleza del camino para saber si en verdad éste tiene corazón.

1957

SEGUNDA PARTE

*LA TOPOFILIA Y SU PAPEL EN LA
CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO:
UNA APROXIMACIÓN AL CASO DE LAS
GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA.*



Jour d'inauguration.

CAPÍTULO III. HACIA UNA POLÍTICA DE DESARROLLO URBANO SUSTENTABLE CONCEBIDA A PARTIR DE LA CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO.

7. DE LA SOSTENIBILIDAD A LA SUSTENTABILIDAD: UNA MIRADA CRÍTICA.

7.1. Una visión de conjunto: sustentabilidad y “consumo de ciudad”.

Según informe de Naciones Unidas (2000), a partir del año 2000, poco más del 50% de la población mundial habita en las ciudades, viéndose afectadas, particularmente, las ciudades del llamado “Tercer Mundo”⁴⁸ puesto que se estima que de las 20 megaciudades (ciudades con una población mayor a 8 millones de habitantes) 14 se encuentran ubicadas en estos países. La situación no podía ser más dramática en lo que compete a la urgente necesidad de contar con los adecuados mecanismos, tanto para frenar el gigantismo de estas grandes urbes⁴⁹, como para responder adecuadamente a los múltiples problemas que las aquejan y que, en gran medida se derivan, aunque no de forma exclusiva, de esta situación.

⁴⁸ Señalamos aquí la precariedad de este concepto “desarrollista” que acuñara Sauvy en los años sesenta, dentro del contexto de la guerra fría, para aludir a lo que entonces se denominaba, eufemísticamente, “países en vía de desarrollo”, refiriéndose a aquel grupo de naciones con un PIB y una renta *per capita* inferior a la media de los países más industrializados (EE.UU, Europa Occidental, Australia y Japón, principalmente); pero sobre todo aludiendo, también, dentro de la mentalidad de contienda reinante entre los dos bloques económicos y políticos de la época, a los países dependientes y, por lo mismo, “aliados obligados” de uno u otro orden hegemónico. Fundamentamos nuestra inconformidad con su uso indiscriminado y, muchas veces, acrítico, en el hecho de que la pretensión de homogeneidad y universalidad que le son inherentes, dista mucho de describir una situación real (aún en el caso de los países del “Sur”) puesto que la verdad es que habitamos en un planeta poblado de “muchos mundos” y no podemos colocar en el mismo paquete a México o la Argentina que a Ruanda o Bután, así como tampoco podemos hablar en los mismos términos de un país como Brasil donde la renta media de la provincia de Sao Paulo (cercana a la de Suiza) dista mucho de la del nordeste de ese mismo país (cercana a la de Haití). No obstante esta aclaración, y a falta de un concepto mejor y más preciso, nos serviremos de la comprensión generalizada de “término medio” que, del mismo, se lleva a cabo a través del lenguaje común, para usarlo, no sin cierto pudor, por lo anotado, a lo largo de este trabajo.

⁴⁹ Consideramos en este sentido menos preocupante el tamaño de las ciudades, que la dificultad de mantener en las denominadas *Megaciudades* el control sobre unos niveles de calidad de vida, psico-sociales y ambientales, dignos para todos y cada uno de sus habitantes; para no hablar de las dificultades gubernativas, administrativas, y económico-productivas que acarrea su desproporcionada magnitud. Es a esto a lo que nos referimos cuando aludimos al concepto de “gigantismo” y no a la simple magnitud que pueda acusar la ocupación física del suelo; en tal medida no queremos confundir “gigantismo” con “gran ciudad”, puesto que mientras que la segunda alude a la magnitud y variedad de una oferta de bienes y servicios, el primero se refiere a un estado de desproporción y descontrol (*insustentabilidad*) que atenta contra el medio ambiente y la calidad de vida.

Si bien en las sociedades más antiguas la sobrevivencia de los grupos humanos estaba supeditada, en gran parte, al mayor número posible de individuos que, mediante la división del trabajo, garantizaran la atención a los distintos frentes de actividad que la comunidad requiriera, a medida que dicho número aumentaba y se formalizaban los primeros asentamientos, convertidos poco a poco en ciudades, también aumentaban, no sólo los problemas ligados a los procesos extractivos y productivos (en la mayoría de los casos ubicados por fuera de las ciudades, pero controlados desde ellas), sino que se generaban nuevos problemas, esta vez de orden regulativo, administrativo, distributivo y de control, indisolublemente ligados a los aspectos políticos, sociales y económicos de estas primeras “grandes ciudades” y a su calidad de vida; para no hablar de los problemas de convivencia que generaba el apiñamiento, en su seno, de un cada vez mayor número de personas y grupos de población que, con imaginarios culturales distintos, eran atraídos por su prosperidad siempre en aumento; ya que parecía que la misma dependía de los niveles de complejidad que éstas alcanzaran (al parecer condición *sin equa non* de su atractivo), lo que indisolublemente ligaba la noción de crecimiento, y con ella la de tamaño, a la de “grandeza”, asociándose, pero a la vez confundiéndose, la “ciudad grande” con la “gran ciudad”. De este modo, las ciudades empiezan a vivir cada vez más hacia “adentro”, haciéndose así, también, cada vez más dependientes del mundo exterior; lo que se refleja en el hecho de que poco a poco dejan de ser *productoras* para tornarse en *consumidoras*; de ahí que el consumo desde tiempos tan remotos incida, y en gran medida caracterice, la vida urbana.

Es de aclarar en este punto que no es que las comunidades rurales no “consuman” sino que es en la ciudad donde el consumo se instala como una forma de vida en cuanto tal (acaso aquella que, de tal manera, entra a caracterizar la vida urbana); situación que acarrea toda una serie de problemas ligados a la facilidad o no que sus habitantes puedan tener de acceder a aquellos bienes que necesiten o “deseen” consumir. En este sentido es necesario anotar que la “satisfacción del deseo” (no ligado necesariamente a la obtención de lo que los estándares internacionales entienden por “bienes básicos”) adquiere en la ciudad un “tinte” tan particular que, incluso, la ciudad misma, empieza a ser concebida como “objeto de consumo” y, de tal suerte, de deseo; aspecto que, aunado a las eventuales carencias y problemas que pueda tener el campo (paradójicamente ligados, aunque no de forma exclusiva, al incremento de atractivo de la “gran ciudad”), se convierte ya, en sí mismo, en importante explicación de buena parte de los fenómenos de migración de éste hacia las ciudades (en particular, a las grandes ciudades) por ostentar éstas una oferta tanto

más atractiva cuanto más variada.

Pero no es solamente el atractivo de las “luces de la ciudad” y su infinita oferta lo que atrae a gran cantidad de población, *es el proyecto mismo de lo urbano en sus dimensiones tanto estéticas como ideológicas lo que encierra el mayor poder de atracción*; es decir, el vivir de una determinada manera que solo tiene sentido en el escenario de la ciudad; ya no basta con que el imaginario de lo urbano se desplace, a través de los medios de comunicación, hacia el campo, inundando de “urbanidad” las estructuras y los modos de vida rurales; ahora lo evidente es que dicho imaginario conlleva un imperativo; implícito, por demás, a la idea misma de modernidad: es necesario vivir en la ciudad..! En este sentido, la idea de “progreso” se asocia a tal punto con la del proyecto burgués de la modernidad que ser moderno y, por tanto, “progresista”, será sinónimo de “civilidad”; es decir, de ciudadanía.⁵⁰

En este orden de ideas, surgen una serie de interrogantes que es necesario resolver antes de seguir avanzando, ¿cuál es el proyecto estético-político que alienta hoy en día la gran ciudad?; ¿podemos realmente fundamentar en él la base de su atractivo?; más aún, ¿la ciudad que se busca es la misma ciudad a la que se llega? Respondamos en el primer caso con ese proyecto económico y político de orden “universal” que, amparado en presupuestos neoliberales, conocemos hoy en día como la *globalización*, ese último invento de la sociedad neoindustrial⁵¹ que ha desembocado en lo que Mc Cluhan denominara “la aldea global”. En este mismo sentido, y en atención a la segunda pregunta responderíamos afirmativamente; ya que es esta “imagen global” la que, en buena medida, sustenta el atractivo de la gran ciudad, puesto que aún mucho antes de que se planteara el proyecto de la globalización, tal y como lo conocemos hoy en día, si algo ha caracterizado

⁵⁰ Sin lugar a dudas, uno de los paradigmas de la sociedad posterior a la primera revolución industrial ha sido el hecho de asociar la idea de “progreso” con la de “modernidad”, de tal suerte que “progresar” será sinónimo de “modernizarse”; lo que para una sociedad, todavía con hondos raíces agrícolas significará, casi de manera exclusiva, habitar en la ciudad: si la extracción de los recursos naturales nos ligaba al campo; ahora, en tiempos de la industrialización, la transformación de los mismos en bienes de capital nos remite, necesariamente, a otro modelo habitacional. Este imaginario de “lo urbano” ha calado tanto en la mentalidad popular que, incluso, aquellas familias que, por una u otra razón, deciden seguir viviendo en el campo, tienden a adoptar tanto los modos como las modas de la ciudad. No es gratuito que una búsqueda de progreso y, por tanto, un signo innegable de modernización sea el hecho, no sólo de transformar los tradicionales materiales de las viviendas (cambiando los del campo por los de la ciudad) sino, incluso, el transformar la propia tipología de las mismas adaptándolas a una forma de uso que, en realidad, bien poco tiene que ver con la rural.

⁵¹ Hablamos de sociedades neo-industriales y no post-industriales (el término de moda) porque no consideramos que la sociedad haya “superado” su estado de industrialización sino que, más bien, ha accedido a un “nuevo nivel” de industrialización en el cual las industrias tradicionales han tenido que “reconvertirse” para adaptarse a las nuevas exigencias del “mundo global”. Un mundo para el cual, como lo

a la ciudad, especialmente a la “gran ciudad”, es un “cierto sentido de lo global” manifiesto a través de su propia capacidad de “englobar”; de hecho, lo que la ciudad en realidad oferta en su dimensión “universalizante” es una “apropiación” real del mundo sólo efectiva a través de ella, como si solamente se pudiera habitar de una única manera, imponiéndose así el “modo urbano” como la única forma posible de ser.

La verdad es que la gran ciudad ofrece un *plus* de sentido a la vida humana, una particular noción de “ser más” y, por lo mismo, de “poder más”, de suerte tal que habitar en ella (al menos en el imaginario popular de los países del “Tercer Mundo”) bien puede asociarse a un valor más de autoestima ligado, necesariamente, al “triunfo” que representa el enfrentar y vencer el reto de instalarse en su seno. De lo que se trata en última instancia es de “ser capaz” de sobrevivir allí: “puedo vivir allí”. “soy capaz”... y, por lo mismo, “soy más”..! En este sentido, el imaginario de ciudad “atractiva” lo ostenta, sin lugar a duda la “gran ciudad”, como si las ciudades medianas o pequeñas no fuesen ciudades también; sólo la “gran ciudad” ofrece a sus habitantes la certeza de estar en el mundo, ya no tienen que viajar, ya no tienen que buscar más puesto que lo que la ciudad les garantiza es que el mundo mismo pasa por allí.

En lo que toca a la tercera pregunta, la compleja problemática que se vive en estas grandes ciudades no permite más que responder de manera negativa: la ciudad real es muy distinta a la que imaginamos, a lo que ella misma ofrece con sus luces de neón. Competitivo escenario cargado de exclusiones, desigualdad y segregación; para no hablar, en la mayoría de los casos, de una precaria calidad ambiental. Al parecer, características todas ellas inherentes al propio proyecto de ciudad que tanto nos deslumbrara; la realidad es que en lugar de “entrar al mundo” a través de este simbólico portal, lo que la mayoría de las personas allí encuentran es un *metalugar*; un lugar paralelo al mundo imaginado y, por lo mismo, un lugar *marginal*; de ahí que “vivir al margen” sea sinónimo, para gran parte de la población de las grandes ciudades, de habitar..!

Por otro lado, asistimos hoy en día en la ciudad a un proceso de reconversión económica que, en todo, tiene que ver con una también reconversión social; nuevos ajustes se hacen necesarios para adaptar los ritmos sociales a las nuevas formas de movilidad. La “terciarización” de la economía que acompaña lo que muchos autores coinciden en llamar, la *posmodernidad*, desplaza, poco a poco, a los tradicionales sectores primario y

secundario de una, para hoy en día insuficiente economía moderna e industrial; al fin y al cabo ha sido tradicionalmente la concentración en las ciudades, tanto de servicios como de bienes y, con ellos, de población (las actividades secundarias y terciarias no dependen tanto de la tierra como la primaria o extractiva), lo que en gran medida ha definido la modernidad, y con ella la ciudad moderna; triunfo del capitalismo burgués sobre la economía y el modo de vida de la sociedad feudal.

En este sentido, y a propósito de la ciudad moderna en cuanto tal, no sobra recordar que el paulatino distanciamiento de “la tierra” que tal situación supuso, y que, de hecho, entró a caracterizar nuestro “mundo global”, es decir, *urbano*, surgió ligado a la instauración de un nuevo proyecto de racionalidad eficiente e instrumental que, teniendo como base el dominio de la técnica (en principio la técnica maquinista que supone la industrialización y junto con ésta la ciencia), se propuso ejercer “dominio” sobre la naturaleza y sus leyes dando pie al proyecto mismo de la modernidad. De esta forma, la naturaleza, reducida al simple papel de depositaria de materias primas, y la técnica, al servicio de su eficiente extracción y transformación (todo al servicio de la calidad de vida del floreciente mundo urbano) derivó, con el tiempo, no sólo en la crisis energética, de recursos y de calidad eco-ambiental que en la actualidad padecemos, sino en un factor más de riesgo y tensión para esa compleja madeja que, de hecho, resulta ser la gran ciudad.

Ahora bien, si a este panorama le añadimos los problemas derivados de la pobreza y el subdesarrollo (los que de hecho afectan y caracterizan a la mayoría de las grandes ciudades) y lo acompañamos de unas políticas internacionales que no favorecen una mejora sensible de esta situación (toda vez que los intereses de la economía mundial no pasan por promover la justicia social y la equidad), el resultado no puede ser otro que un explosivo cóctel que, a la postre, en todo afecta la propia estabilidad de la tan aludida “aldea global”. La conclusión no puede ser otra, asistimos al punto más álgido de una situación insostenible, acaso al propio quiebre de un modelo de desarrollo que, en realidad, ha beneficiado sólo a unos pocos y ha sacrificado la propia estabilidad del planeta y su equilibrio social y ambiental; de ahí lo *insostenible* de un modelo en todo carente de *sustentabilidad*.

Es de aclarar que “al decir” latinoamericano, hablamos de *sustentabilidad* y no de *sostenibilidad* (denominación europea) ya que si bien ambos conceptos aluden a lo mismo; es decir, al equilibrio socio-ambiental como pauta y patrón del desarrollo, el uso que se

hace de ellos varía según el enfoque del contexto geográfico y, ¿por qué no? político donde se apliquen. Para Latinoamérica, es claro que de lo que se trata es de “sustentar”, sinónimo de “alimentar”, “cuidar” y, en alguna medida, “hacer crecer” en el sentido de “madurar”; para Europa el asunto pasa por la idea de “sostener”, “preservar”, en última instancia, “mantener”; es decir, insistir en la perpetuación del modelo actual, como lo demuestra la definición de desarrollo sostenible que aparece en el informe Pearce⁵²: “que cada generación entregue a la siguiente un fondo de capital y un fondo total de recursos naturales *al menos igual* del que ha recibido de la anterior”. De este modo, si bien la proximidad de los dos conceptos lleva a hablar de cosas parecidas, para aludir a una misma preocupación, las diferencias son tanto más sensibles cuanto diferentes tendrían que ser las políticas a aplicar en uno y otro caso.

De cualquier forma, sea “sustentando” o “sosteniendo”, no se puede desconocer, y muy frecuentemente se hace, cuando se habla de medio ambiente, que éste no sólo lo conforma el medio natural sino el que, de hecho, es creado por la sociedad en su devenir histórico; razón más que de sobra para incluir temas como el del *patrimonio* (natural y cultural) y su preservación, dentro del propio tema de la calidad ambiental. En este sentido, y de acuerdo a lo anotado respecto de las diferencias locales entre *sostenibilidad* y *sustentabilidad* podríamos decir que en lo que toca a Latinoamérica la preocupación se concentra en un *preservar* “sosteniendo en sustentabilidad” para que las cosas cambien, y en lo que toca a Europa, en un “sustentar en sostenibilidad” para que éstas se mantengan. He ahí una sutil, pero trascendental diferencia, entre ambos contextos, pues si para el primero lo importante es “mantener-se” “cuidando”, para el segundo lo que cuenta es “cuidar” para “mantener-se”, o lo que es lo mismo, “cuidar-se” para mantener; “cuidado” que, siendo por lo mismo un “cuidado de lo propio”, tiende a teñir la política local de un toque decididamente segregacionista y excluyente, incidiendo de tal forma en la propia política que la Unión Europea mantiene, en la actualidad, frente a temas tan sensibles como el de la inmigración.

Lo cierto es que la carencia de sustentabilidad a la que hemos hecho alusión no es nada nueva (de hecho era previsible, dada la naturaleza y el marco epistémico del modelo impuesto por la modernidad), como no lo es, tampoco, la actual problemática de las

⁵² D. W. Pearce, economista ambiental británico, durante el gobierno de Margaret Thatcher coordinó, bajo el auspicio del Ministerio del Medio Ambiente del Reino Unido, la elaboración del informe que hoy lleva su nombre y del cual hemos extraído esta definición. (la cursiva es nuestra).

grandes ciudades; sin embargo, lo que si resulta novedoso son los “productos culturales” generados por ésta y que se expresan tanto en el tipo de imaginarios colectivos impuestos por una sociedad de consumo “globalizada” y, valga decir, “mediatizada” por los medios de comunicación (situación que genera también nuevas formas de consumo), como en la aparición de particulares formas de “marginalidad” no conocidas hasta ahora y derivadas, de hecho también, de la propia sociedad de consumo en sus componentes ideológicos y estéticos.

Son precisamente estos componentes derivados de las nuevas formas de consumo los que, en gran medida, generan nuevas formas de exclusión social, desigualdad de oportunidades y desequilibrio social y ambiental; características todas éstas que si bien no son patrimonio exclusivo de la gran ciudad (lo son más del mundo urbano que, como hemos dicho, abarca incluso el escenario rural), resultan particularmente graves en ella dada la densidad de situaciones de desequilibrio que ésta concentra y, de hecho, propicia y alienta; de ahí que resulte prioritario adentrarnos en su “gigantismo” para entender la naturaleza de estos fenómenos y pensar, desde allí, posibles caminos de resolución; o, al menos, de tratamiento para el conflicto. En este orden de ideas, la construcción de un mundo *sustentable* (reto que se ha formalizado en el concierto de la naciones, como lo demuestran las conclusiones de la Conferencia de Estambul sobre Asentamientos Humanos de 1996, de la que hablaremos más adelante) implicará, necesariamente, el construir un nuevo marco epistémico que “sustente”, a su vez, una nueva relación con el planeta y, en consecuencia, la exploración de unos también nuevos caminos que propicien y alienten el desarrollo con equidad social y equilibrio con el ambiente.

7.2. Latinoamérica: la dimensión local de un desafío global.

Si bien esta problemática no es nada nueva, es a partir de los años 60 cuando, particularmente en el contexto latinoamericano, se van a hacer más acuciantes los problemas generados con el deterioro del medio ambiente y el descontrolado proceso de emigración de población del campo a las ciudades; aquél que, entre otras cosas, condujo a una incontrolable expansión urbana con su consecuente carga de pobreza y desequilibrio social. Situación agravada por la crisis del sistema de valores tradicionalmente reconocidos de tiempo atrás por la sociedad, por la enajenación de la juventud ligada a su falta de noción de futuro y de responsabilidad social, por la pérdida del sentido de

pertenencia a un espacio físico o social, por la inestabilidad económica y política subordinada, en gran medida, a los vaivenes de la banca mundial y, entre otros, por la propia volatilidad del mercado de bienes de consumo y capital.

En este sentido, la tendencia creciente a la concentración de población, particularmente en los núcleos de población más importantes de los países del “Tercer Mundo”, se ve agravada por el impacto de las políticas macroeconómicas internacionales (concretamente de las derivadas de la “globalización”) dado que en vez de promover una distribución equitativa de la inversión que permita compensar las enormes diferencias entre estos países y los países más desarrollados, ha generado un incremento y una exacerbación en los desequilibrios, concentrando todavía más el capital en los países ricos y, en consecuencia, contribuyendo, en gran medida, con el incremento de la pobreza en los países menos desarrollados. Esta situación, en lo que compete a la concentración de servicios y “oportunidades” en las grandes ciudades, ha traído consigo un aumento desmedido de población y, por lo mismo, un incremento en su incapacidad de brindar respuesta a la compleja problemática que esto supone, dada la enorme dificultad de satisfacer las demandas de oportunidades, bienes y servicios que la creciente población reclama.

No obstante y, al menos en teoría, esta situación es propia e inherente al esquema de economía capitalista que, por lo mismo, se ha llevado a cabo de manera análoga en los países desarrollados y que se explica a través del aludido incremento del sector terciario de la economía, implícito en el propio crecimiento de las ciudades y su desmedida demanda de concentración; pues, a fin de cuentas, si por un lado, “la concentración constituye una condición obligada en las primeras etapas de desarrollo industrial (atenuada muchas veces por la difusión de innovaciones y el consecuente surgimiento de centros urbanos alternativos). Por otro lado, se argumenta que el proceso concentrador constituye una ley tendencial del capitalismo cuya última consecuencia es la conformación de vastas áreas megalopolitanas” (Garza y Rivera, 1994, p.5).

Hasta aquí, lo que tenemos es una especie de círculo vicioso puesto que, según este planteamiento, las ciudades “crecen” por el atractivo que supone la concentración y variedad de oportunidades, servicios y ofertas, pero a la vez el crecimiento, producto de este aumento de población, exige ampliar el espectro de estos mismos atractivos, lo que a su vez atrae nuevos flujos de población y así, al menos en teoría, *at infinitum*, hasta que

sea la propia ciudad la que acuse los límites de su crecimiento. El problema estriba en que cuando tal situación se hace patente es porque ya es demasiado tarde dado que, desde hace ya tiempo, se han traspasado dichos límites “quebrándose” de tal forma lo que podemos denominar su “umbral de tolerancia”; situación que, de hecho, se manifiesta bajo la forma de crisis aguda.

Pero el crecimiento desmedido de la población en las grandes ciudades, al menos en los países latinoamericanos, no se debe solamente a esta explicación derivada de la teoría clásica de la economía política, sino que recoge toda una serie de nuevas variables y complejos fenómenos que van desde el cambio de imaginario, especialmente de la población joven atraída y capturada por los modelos urbanos, hasta los procesos de migración derivados de la violencia en el campo y sus secuelas. En el primer caso aludimos a aquellos procesos en los que, como ya señalábamos, la población, aún todavía viviendo en el campo, es “penetrada” por los imaginarios urbanos que llegan hasta ellos (particularmente a través de los medios de comunicación) “capturándolos” localmente, de tal suerte que, como hemos dicho, aún viviendo en el campo se “habite” y “piense” como en la ciudad⁵³; y en el segundo, nos referimos a los fenómenos de desplazamiento y traumatismo social que experimentan tanto los propios desplazados (sirva el caso de Colombia como un ejemplo, si bien particular, nada infrecuente en Latinoamérica), como los habitantes de los lugares a donde estos llegan, dado el fuerte impacto social, económico y cultural que tal situación genera.

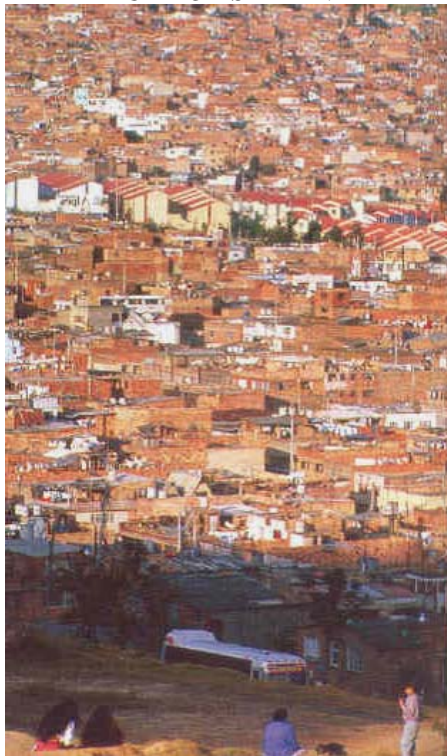
Ahora bien, el hecho de que la tan aludida “terciarización de la economía”, inherente a los procesos ligados, en gran medida, a la reconversión y tecnificación de la industria (en los que, de paso, contribuyen, en gran medida, la revolución de estos últimos años en materia de comunicaciones y manejo y procesamiento de información), aleje cada vez más a las ciudades del campo; pero a la vez, y como hemos dicho a propósito de la “universalización” de los imaginarios urbanos, las “acerque” más, aunque de una manera muy particular, hace pensar que la concentración de la población en grandes ciudades seguirá siendo una tendencia difícil, aunque no imposible de frenar, ya que, sin lugar a dudas se convierte, junto con la conservación y cuidado del medio ambiente, en uno de los

⁵³ De acuerdo con esto, encontramos que el imaginario urbano se “enciende” en los habitantes del campo a través de dos formas: o bien desplazándose a alcanzar en la ciudad lo que consideran ésta les oferta, en tanto objeto de deseo y consumo, o bien permeándose a los modos de vida urbanos importándolos y empleándolos localmente.

más grandes retos del mundo actual, toda vez que las formas de “readecuación” que las ciudades normalmente asumen para enfrentar el problema de su crecimiento expansivo tiende a manifestarse a través de un selectivo fenómeno de exclusiones en el cual se privilegian para el desarrollo ciertas áreas por encima de otras que, en consecuencia, incrementan la marginalidad.

Lo que en un comienzo se da como un fenómeno “inocente” de incremento aditivo de población en el centro y en las zonas periféricas de las ciudades (**Lámina 32**), bien pronto se torna en un proceso incontenible de expansión que termina por apropiarse de los municipios vecinos “conurbándolos” hasta configurar estas vastas áreas urbanas a las que hacemos referencia y cuya característica primera es la desconfiguración del territorio más o menos convencional de la ciudad (y con él del tejido social), para dar paso a nuevas formas de configuración en respuesta a otras tantas maneras de apropiación y resignificación del mismo. La falta de políticas y de mecanismos eficaces de planificación adecuados para enfrentar esta situación, agravada por los procesos incontrolados de autogestión que implican, de hecho, la autoconstrucción sin planificación, son uno de los problemas más graves que trae consigo el aumento desmedido de población.

Lámina 32
« EL CIELO ES EL LIMITE »



Fuente: Revista Ecológica N° 14 (1993)

De esta forma, los problemas actuales de las ciudades, particularmente de las grandes metrópolis: crecimiento aditivo y desregulado; falta de planificación y de previsión; deterioro ambiental y agotamiento de la capacidad de carga de los ecosistemas; carencia y/o escasa calidad de la infraestructura y los servicios; inadecuadas pautas de producción y consumo; aumento en las contradicciones sociales y la discriminación; creciente primacía del interés privado sobre el público; debilitamiento e inocuidad del tejido social; escasa participación de la ciudadanía en la toma de decisiones y en las acciones que tengan que ver con el bien común; desempleo e incremento de la delincuencia; entre otros, mucho tiene que ver con su imparable tendencia al “gigantismo”, puesto que el crecimiento, entendido como simple aumento espacial o poblacional aditivo y no como desarrollo tiene sus límites más allá de los cuales se “desborda” e “implota”. Situación que si bien resulta particularmente grave en las ya tradicionalmente “conflictuadas” megalópolis del “Tercer Mundo”, afecta también, en forma sensible, a las “grandes ciudades” de los países más desarrollados donde se suman a los problemas que les genera su propio desarrollo⁵⁴ los del traslado de los problemas de los habitantes de los países más pobres que, en muchos casos, fijan a éstas como destino.⁵⁵

En cualquier caso, lo que resulta a todas luces deseable para frenar, o al menos atenuar esta gravísima situación, interpretada, muchas veces, desde una perspectiva simplista, como un problema de “*des-organización*” urbana (entendida como la desarticulación funcional de sus “órganos” básicos⁵⁶, dentro de los que se encuentran, aunque no de forma exclusiva, los institucionales en sus facetas políticas, jurídico-normativas, restrictivo-punitivas y administrativas), es pensar las grandes ciudades como gigantescos “ecosistemas” en los cuales, para que se garantice la “preservación de la

⁵⁴ Básicamente derivados de la influencia de la tecnificación en la esfera de la vida de los individuos que, víctimas de los patrones de homogenización impuestos por el consumo se convierten en una especie de “masa acrítica” tan conductuada y, por lo mismo, estandarizada y mecanizada, como los propios procesos técnico-instrumentales que, paradójicamente, les ofrecieran gozar de la tecnificación.

⁵⁵ El problema del aumento de población en las ciudades de los países más ricos es mucho más complejo que el de la simple acusación a los inmigrantes de ser los causantes de éste, puesto que el mismo se remonta a los propios procesos de exclusión y desigualdad generados por los imperios que en su momento vieron enriquecer sus ciudades a costa de la explotación inmisericorde de los recursos de los países más pobres; de ahí que no se pueda entender la inmigración, que desde tiempo atrás éstas reciben, como la “importación” de un problema con el que las mismas no tienen nada que ver dado que en todo les resulta “ajeno.”

⁵⁶ En este sentido, no sobra recordar que, históricamente, el estudio de la ciudad y de sus componentes está cargado de innumerables analogías orgánicas, hablamos así de “organizaciones”, “sistemas organizativos”, “corpo-raciones”, así como de “cuerpos” de policía y de bomberos, entre otros.

vida”, es necesario que todas y cada una de sus partes interactúen sistémica⁵⁷ y “*organizadamente*” (en el sentido que puede derivarse del funcionamiento de éstas a la luz de la comprensión del funcionamiento de un *organismo vivo*⁵⁸ aunque, en términos de Artaud, *anorgánico*⁵⁹; es decir, provisto de una “vida” que no depende ni de la *simple sumatoria funcional de sus órganos básicos, ni de la de los sistemas de los cuales éstos hacen parte*). A este respecto cabe recalcar, *el propio límite de una concepción “organicista” de la ciudad, ya que la misma no sólo resulta insuficiente para explicar muchos de sus explosivos y súbitos comportamientos sino que, de hecho, carga su lectura y consecuente comprensión, con un sesgo en extremo funcionalista, determinista y reduccionista*. En este sentido consideramos oportuno distinguir en la mirada de la ciudad entre una lectura “analógico-organicista” y una simplemente “orgánica”, ya que mientras que la primera hace referencia al funcionamiento “sistémico” de una estructura, la segunda alude a la naturaleza puntual y “fija” de sus componentes y a su predeterminado e inamovible papel dentro de un determinado sistema.⁶⁰

¿Pero qué pasa cuando, como en la ciudad, los “órganos” que cumplen una determinada función no son fijos; es más, cuando ni siquiera conservan la misma función dentro del sistema urbano? Sin lugar a dudas que se hace necesario revisar el concepto tradicional de lo “orgánico”, en lo concerniente tanto a su naturaleza como a su función,

⁵⁷ A pesar de que una rápida revisión de los proyectos más significativos de las dos últimas décadas en materia de sostenibilidad y calidad de vida urbana nos muestra un enfoque sectorial y, por lo mismo, parcial de los problemas, proyectos como *MAB 11*, *Ecoville*, y más recientemente *Ciudades Sostenibles*, implementados por la UE, señalan un claro enfoque *ecosistémico* de la ciudad. Valga anotar en este punto que compartimos la definición de *sistema* que enuncia Ricardo Méndez cuando alude a “un conjunto de elementos interrelacionados (frente al simple agregado compuesto por elementos aislados e independientes entre sí) que tienden a especializarse y jerarquizarse manteniendo un equilibrio dinámico sometido a cambios de estado” (Méndez, R. 1997, p.25).

⁵⁸ Si bien históricamente el estudio y comprensión de la ciudad está plagado de múltiples analogías (la orgánica es sólo una entre muchas otras como por ejemplo la cosmológica, o la informática), nos resulta ésta la más pertinente a la hora de adoptar un *proyecto sustentable de ciudad* dada la afinidad de principio existente entre la filosofía de éste y el modo de crecimiento naturalmente “orgánico” del propio ecosistema en el que el mismo se inserta, crece y, de tal forma, “*sustenta*”; de ahí que conceptos como *eco-ambiente*, *ciclo vital*, *nicho ecológico* y, por lo mismo, *ecodesarrollo*, no resulten, desde esta perspectiva, extraños, en modo alguno, a un proyecto de ciudad. No obstante creemos que la sola mirada “organicista” de la ciudad no basta para entender o explicar su compleja problemática actual, razón por la que complementaria a la misma resulta necesario incorporar otras analogías que permitan explicar los fenómenos inerciales, tendenciales, tensoriales, vectoriales, en red, e incluso, decididamente “anorgánicos” e “inorgánicos” que hoy en día caracterizan la gran ciudad y que, al parecer, resultan comprensibles acaso tan solo a través de teorías (entendidas como modos de captar y entender la realidad) como las que aluden al comportamiento de flujos o de gases, e incluso a las más recientes teorías fractales o del caos.

⁵⁹ Lo *anorgánico* alude, en Deleuze, a la autonomía *ex-céntrica* de los órganos de un determinado sistema y, por lo mismo, a su aleatorio y mudable comportamiento; en este sentido difiere de lo inorgánico que, por definición, niega la propia existencia de órganos.

⁶⁰ A este respecto expondremos, más adelante, la manera como concebimos el papel de una eventual lectura “analógico-orgánica”; o mejor, “bio-sistémica” de la ciudad, al interior de un proceso planificador que pueda servirse de la misma, en tanto herramienta geográfica de ordenamiento territorial.

con el fin de entender el carácter de esta *des-organización* (por demás incompatible con los principios clásicos de la planificación, orientados, de hecho, a la “organización” de la ciudad). Actitud a la que Deleuze responde, parafraseando a Artaud, con la necesidad de entender a la ciudad como un “cuerpo sin órganos”; no por que éstos no existan en sentido estricto, sino porque su comportamiento dentro del “cuerpo-ciudad” es anorgánico; razón por la cual afirma que lo orgánico mismo no está contenido en los órganos o, en sus palabras, “lo orgánico no son los órganos”. (Deleuze- Guattari. 1994).

Lo que ocurre aquí no es que los “órganos” desaparezcan sino que adoptan un modo móvil de comportarse, es más, ellos mismos mudan de lugar y son capaces de intercambiar sus funciones y jerarquías. Pensemos por ejemplo en un supuesto “sistema respiratorio” de la ciudad, es claro que históricamente sus “pulmones” (de hecho es frecuente la expresión “pulmones” urbanos) cambian de lugar y no sólo eso sino que, con el tiempo, se “descentralizan” (acaso sea más prudente decir, se “desconcentran”) por decirlo así, fragmentándose por diversas partes de “el cuerpo” de la ciudad; más aún, llegan incluso a mudar su carácter ya que de estar representados, probablemente en sus orígenes, por un gran parque, o una gran zona de conservación ambiental, pueden llegar a convertirse, con el tiempo, en una gran plaza, o en todo un sistema de parques o de plazas; incluso es factible que una función no proveniente en su origen del aludido “sistema respiratorio”, como por ejemplo un gran centro institucional o de ocio, llegue a ocupar el papel de “pulmón” urbano en tanto adquiera la función de actuar como dinamizador de la propia “oxigenación” ambiental de la ciudad.

Por lo anterior haremos uso de la analogía orgánica⁶¹ (particularmente de la idea de “sistema biótico” que le es inherente) *sólo en la medida en que su visión se complementa con la del comportamiento de una red*, o si se prefiere, de un *sistema de redes*, de suerte tal que entendamos el funcionamiento de la ciudad bajo la denominación de un *sistema-red*.⁶²

⁶¹ Tema del que explícitamente nos ocuparemos en el numeral 12.5 de este trabajo donde abordaremos el tema de la planificación bio-sistémica..

⁶² La pretensión de esta denominación no es otra que la de responder, tanto a la idea jerárquica de “sistema”, en lo que respecta al papel circunstancial y coyuntural que, dentro él, cumplen sus eventuales “cabezas” o “centros detonantes” de actividad (por ejemplo un determinado parque dentro de un pretendido “sistema respiratorio”), como al contexto, “en red”, en el que la movilidad de los mismos tiene lugar y sentido; ya que si bien las jerarquías “mudan”, lo hacen dentro de un sistema regulado de flujos donde, de hecho, la propia mudanza se hace posible; lo que no significa que ésta se lleve a cabo dentro de un mismo sistema sino que, más bien, los distintos sistemas se mueven, por decirlo así, dentro de una “gran red”, o mejor, dentro de un “sistema regulado de redes”. De esta forma, llamaremos “red” a aquel “sistema regulado” en el que la transferencia de jerarquías sistémicas se hace posible. Ahora bien, que el sistema sea

De cualquier forma lo que se infiere de aquí es la necesidad de *concebir la planificación como una sensible, a la vez que flexible construcción de ciudad capaz de orientar los intereses y discursos de sus distintas “fuerzas vivas” en la dirección de un imaginario común consensuado*, el cual no sólo tendrá que ser deseable sino, sobre todo, posible; tal es el reto de lo que concebiríamos como una *planificación “bio-sistémica” que, en su carácter eco-social y participativo, sea capaz de instaurar un proyecto de ciudad sustentable*⁶³ *que supere los sesgos funcionalistas propios de la idea, a la vez maquínica y biologisista de la ciudad orga-nizada de la modernidad.*⁶⁴ Una planificación tanto más sensible cuanto que combine metodológica y procedimentalmente la “quiromancia urbana”, entendida como la capacidad geográfica de “leer las líneas urbanas que en su devenir histórico dibuja la ciudad” (sus trazos conscientes e inconscientes), con la “intervención quirúrgica” que, de manera puntual, pero sinérgica, supondría el actuar sobre la misma bajo los principios de una especie de “acupuntura urbana”⁶⁵ que en su

“regulado” no significa que todo lo que ocurra allí esté bajo control sino que, gracias a él, se hace posible enfrentar, para incorporar o no, cualquier súbita aparición o anomalía.

⁶³ Aunque desarrollaremos más adelante la génesis y contenidos fundamentales del concepto de sustentabilidad, del que, no obstante, hemos hecho ya algunas aclaraciones y precisiones, queremos anticipar, desde ahora, y de manera sucinta, su pretensión fundamental, con el fin de esclarecer, a qué estamos haciendo alusión cuando usamos el mismo; en esta medida anotamos que el concepto de *sostenibilidad (sustentabilidad)*, o mejor, de “desarrollo sostenible” (*sustainable development*) fue enunciado por primera vez en los años ochenta en el llamado *Informe Brundtland* realizado por la *Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo de Naciones Unidas* (CMMAD, 1986); su aporte fundamental consistió en proponer, más allá de unos “límites al crecimiento”; como se venía planteando en *Informes* anteriores, un “crecimiento de los límites” orientado a que las distintas naciones y pueblos del mundo hiciesen compatibles la transformación productiva con la equidad social y el equilibrio ambiental; objetivo que se convirtió en eslogan para la *Comisión Económica para América Latina y el Caribe*, marcando, desde entonces, al menos en teoría, el sentido de sus propuestas y acciones.

⁶⁴ Nos referimos a la enorme influencia que la biología y su noción de función, basada en presupuestos de eficiencia, eficacia y efectividad, tuvo en la manera como, a partir de la Revolución Industrial, y siguiendo presupuestos positivistas “maquínicos”, se proyectó la “organización racional”, valga decir, “funcional”, de la ciudad. Como consecuencia de esto, la ciudad se “organiza” (distribuye sus “órganos”) sectorizadamante buscando, en lo posible, no mezclar los distintos usos y funciones que éstos encarnan y representan; de suerte tal que se zonifica en áreas residenciales, comerciales, institucionales, etc; interconectadas, todas ellas, por un eficiente *sistema vial* al servicio de un no menos eficiente “*aparato circulatorio*”. Idea de ciudad que tuvo en Brasilia su referente paradigmático; pero también que acusó allí, de manera crasa, su crisis fundamental, dado que lo que la aplicación literal de tal modelo de ciudad “perfectamente organizada” demostró en este escenario particular, es que la vida urbana difícilmente se pliega a las exigencias funcionales de una racionalidad puramente instrumental, como lo demuestra el hecho de su propio desbordamiento (des-organización) por encima de los límites trazados por sus planificadores en la distante mesa de trabajo de donde surgió.

⁶⁵ Aludimos analógicamente, en el estudio de la ciudad, a la pertinencia del modo integral en que la medicina tradicional china, particularmente la acupuntura, concibe el cuerpo como una gran red interconectada a través de toda una serie de complejos sistemas (si aceptamos como válida la lectura de la ciudad de tal forma); motivo por el cual el diagnóstico y consecuente intervención, en uno y otro caso, tendrá que ver, necesariamente, con la comprensión del propio funcionamiento del sistema en su conjunto. De esta suerte actuar sobre una determinada problemática implicará entender la forma como ésta afecta al conjunto de que hace parte y, a su vez, a la manera como la misma se ve afectada por él; resultando, por lo anterior, que su solución vendrá, necesariamente de la aplicación de un correctivo en una parte del sistema distinta al lugar donde se acusa la crisis. En esta medida, es claro que el saneamiento y recuperación de un río, por ejemplo, no puede hacerse a partir de intervenir puntualmente en el lugar donde su problemática se acusa de manera más aguda sino a través de acciones indirectas como por ejemplo la recuperación de sus

filosofía y estrategia responda, en todo, a la íntima e insoluble relación de la ciudad con el nicho ecológico en el que se inserta, entendiendo, eso sí, a la propia ciudad como un nicho ecológico en sí mismo.

Por lo anterior, y volviendo al caso que nos ocupa, la particular situación de las grandes ciudades de Latinoamérica exige que las prácticas que allí se realicen sean, no sólo “sostenidas” políticamente sino, y sobre todo, “sustentadas” instrumentalmente de manera proactiva y sinérgica; esto es, que a la vez que induzcan a la movilidad y a la acción, susciten efectos continuados, expansivos y multiplicadores. *Aspiración sólo posible a través del diseño e implementación de mecanismos pedagógicos participativos, incorporativos y concientizadores de comunicación ciudadana que construyan ciudadanía en el proceso mismo de enseñar a hacer ciudad.*

7.3. Hacia una política de desarrollo urbano sustentable.

Pero alcanzar lo anterior exige, para el caso de las ciudades que nos ocupan, no sólo revertir y controlar, de manera urgente, las actuales tendencias de concentración de población en unas cuantas de ellas (las megaciudades), sino dar respuesta inmediata a la situación de conflicto que éstas ya viven, ya que de no atenuarse los efectos del enorme desequilibrio social y ambiental que esta situación genera, estas enormes ciudades terminarán por convertirse en invivibles “masas amorfas” condenadas a su propia destrucción; toda vez que a sus precarias condiciones de habitabilidad habría que sumar las de una escasa productividad y, con seguridad, las de un cada vez mayor desgobierno.

En este contexto, la aparición del informe “Los límites del crecimiento” (1971) auspiciado por el *Club de Roma*, permitió abrir el debate y crear conciencia respecto de la capacidad del planeta para enfrentar el reto de brindar respuesta a las necesidades de una creciente población mundial cuyo progreso y desarrollo económico, como anota el profesor Alfredo Lozano:⁶⁶ “estaba cimentado en la voraz explotación de los recursos naturales disponibles, causando daños irreparables al medio ambiente y poniendo en serio

afluentes, la reforestación de su nacimiento y cause o, entre otras, la implementación de una normativa para frenar el vertido de desechos contaminantes. Del mismo modo, puede ocurrir que en la ciudad no coincida necesariamente el lugar en el que una determinada disfunción se hace patente con el lugar en el que, desde esta perspectiva, sería deseable aplicar el correctivo por encontrarse, realmente allí, su causa.

⁶⁶ Arquitecto y profesor de la Facultad de Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

peligro el equilibrio global del planeta” (Lozano, A. 1998). La conclusión del mencionado informe daba cuenta del peligro que implicaba la práctica simbiosis, en el mundo de hoy, entre “desarrollo”, entendido en sentido amplio y general; y “desarrollo material” puramente técnico e instrumental.

A partir de aquí, los organismos internacionales pertinentes empiezan a tomar cartas en el asunto organizando todo tipo de eventos (de cuya cronología y principales contenidos ahondaremos en breve) para hacer caer en cuenta a los gobiernos del alto costo de este “desarrollismo” sin desarrollo, toda vez que lo que más se ha venido incrementando en el mundo, a la par que los descubrimientos científicos y los progresos técnicos, ha sido la pobreza y la necesidad.

Las consecuencias de esta voz de alarma no se dejan esperar en las ciudades (particularmente afectadas por el impacto del deterioro medio ambiental que, sea dicho de paso, en gran medida se debe al propio descuido de las mismas a este respecto) y se empieza a notar a través de la aplicación de toda una serie de “correctivos” y propuestas que abogan por una mejor y más equilibrada integración entre los procesos de crecimiento y urbanización y el medio ambiente, a partir de la implementación de políticas de desarrollo sostenible llevadas a cabo a través de programas como: *Eco Ciudad*, *Ecoville*, *Ciudad Sostenible*, *Ciudad Educadora*, *Ciudad Sostenible*, *Ciudad Ecológica* y *Ecópolis*, entre otros. En cualquier caso, la respuesta a estos gravísimos problemas se concibe bajo la forma de la *sostenibilidad* (nótese que estamos usando el término europeo).

Dentro de este marco, y en atención a los crecientes problemas urbanos, el *Centro de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos* (CNUAH) emprende, en asocio con el *Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente* (PNUMA) en 1990, el programa “Ciudades Sostenibles” (*Sustainable Cities Programme*), concebido para dotar a las autoridades locales de técnicas para el mejoramiento de la planificación urbana, medioambiental y de capacidad de gestión, no sólo redefiniendo lo que, en su opinión, consideran que una ciudad necesita para obtener un desarrollo sostenible, sino propiciando los medios para que sus propuestas puedan llevarse a cabo.

Del mismo modo, y en ese mismo año, surge una de las iniciativas que, en nuestra opinión, resulta en este sentido más relevante (de entre las muchas adelantadas con esta filosofía por organismos internacionales durante los últimos diez años), toda vez que su

mirada prospectiva y constructiva contrasta con las medidas correctivas de la mayoría que, por supuesto, se ocupan de enfrentar las consecuencias de lo hecho o “no hecho” en el pasado. Es el programa *Ciudad Educadora*⁶⁷ que, como se puede inferir de su nombre, concibe el tema de la sostenibilidad urbana a partir de la educación; relación desde la cual apunta, entre otras cosas, a implementar una serie de aproximaciones teóricas sobre la relación entre la una y la otra, a partir de una redefinición del propio concepto de educación y de su proyección e inclusión al interior de todo un sistema de “redes culturales” que permitan “construir” ciudad a la vez que formar ciudadanos, puesto que para el programa resulta inconcebible lo uno sin lo otro.

Ahora bien, en el contexto Europeo merece destacarse, como iniciativa reciente, y como consecuencia de la “Cumbre de la Tierra” llevada a cabo en Río de Janeiro en 1992, el programa comunitario de política y actuación en materia de medio ambiente y desarrollo sostenible titulado: “Hacia un Desarrollo Sostenible” cuya primera fase de implementación se concibe entre el año 1993 y el 2000 y se orienta, fundamentalmente, a enfrentar las causas estructurantes de los problemas y no los síntomas de los mismos, resaltando, por demás, la idea de responsabilidad conjunta y compartida en relación con el medio ambiente y el hábitat. Idea que en todo se opone al tradicional criterio de jerarquía que privilegiaba unos problemas y unos contextos sobre otros; por el contrario, su idea de responsabilidad conjunta implica que no es posible abusar impunemente del medio ambiente dado que al igual que los factores de producción tiene éste un valor y un precio que, sin duda, amerita reconocerse.

En lo que compete al medio ambiente urbano el programa hace énfasis en el uso racional de los recursos: producir menos y utilizar más eficientemente lo que se produce, incluso mejorando los sistemas de reutilización y reciclaje evitando al máximo los desechos que, por su parte, tendrán que ser eliminados de forma segura y eficaz. Del mismo modo, llama la atención con respecto a las medidas que han de implementarse en materia de consumo energético, buscando reducir las emisiones tóxicas, en particular las del CO₂, abogando por la utilización de fuentes alternas de energía (renovables y no

⁶⁷ El programa *Ciudad Educadora* surge por iniciativa de una serie de gobiernos locales quienes venían discutiendo de tiempo atrás el tema de la relación entre educación y cultura urbana. Dentro de este marco, el *Ajuntament* de la Ciudad de Barcelona decide, al calor de la preparación de los Juegos Olímpicos, declarar a esta ciudad como “Ciudad Educadora” e instalar el *I Congreso de Ciudades Educadoras*. Como resultado de éste surge la “Carta de Ciudades Educadoras”, que es una declaración de intenciones contenida en un compromiso expreso de veinte puntos aceptado y firmado por los gobiernos de las ciudades que también querían concebirse de tal forma. Posteriormente se celebraron los Congresos de Göteborg (1992) y

contaminantes), así como la recuperación de la energía residual de los procesos industriales para reconvertirla en electricidad y calor.

Derivado de este programa, y por encargo del Consejo de Ministros de la UE a un grupo de expertos internacionales, contratados para que estudiaran de qué manera pueden incluirse objetivos ambientales en las estrategias de Planificación Urbana y en el tema de la Ordenación del Territorio, surge, por sugerencia de estos mismos expertos, el proyecto “Ciudades Sostenibles” (1993), cuyos objetivos consistían en contribuir a una mayor reflexión sobre la sostenibilidad de las zonas urbanas europeas, fomentar un amplio intercambio de experiencias, difundir las mejores prácticas de sostenibilidad a nivel local y hacer recomendaciones que influyan en la política local y regional de los estados miembros de la Unión. Del mismo modo, contemplaba el proyecto la realización de propuestas en materia de sostenibilidad, haciendo énfasis en el concepto de ecosistemas; interacción entre sostenibilidad, actuación política y economía urbana; integración del medio ambiente urbano con la ordenación del territorio; relación entre medio ambiente urbano, movilidad y accesibilidad; directrices políticas para la práctica y la investigación y claves de la gestión urbana para el desarrollo sostenible.

De esta forma, y sin pretender, ni mucho menos, agotar el tema, o tan siquiera llevar a cabo una revisión exhaustiva de las muchas prácticas adelantadas los últimos diez años en materia de sostenibilidad, puesto que tal tarea nos comprometería con un trabajo que no obedece, en este momento, con los alcances de éste, queremos señalar, simplemente, y en atención a lo expuesto, que si bien el crecimiento aditivo de las grandes ciudades es un problema que requiere de una inmediata solución, no lo es tanto como la forma en que ese crecimiento afecta la organización, los sistemas de producción, el uso del espacio y, sobre todo, la vida de sus habitantes, motivo por el cual consideramos que a la par que deben plantearse medidas para frenarlo, es indispensable diseñar mecanismos que a la vez que lo redireccionen (pensemos en las ciudades intermedias o, mejor aún, en crear en el campo las condiciones óptimas que lo inhiban), estén en capacidad de atenuar su impacto (particularmente en la gran ciudad) creando, para ello, los mecanismos y estrategias que, de manera efectiva, aboguen por una auténtica sostenibilidad (¿sustentabilidad..?) y, con ella, que propicien un nuevo modo de “hacer ciudad”.

Dentro de este contexto, el problema al que específicamente nos enfrentamos, y que, de hecho, resulta inherente, en gran medida, a la particular complejidad de las ciudades del “Tercer Mundo” (nuestro marco geográfico de referencia), no puede entenderse, al menos desde nuestro punto de vista, más que a la luz de la propia comprensión de su triple naturaleza:

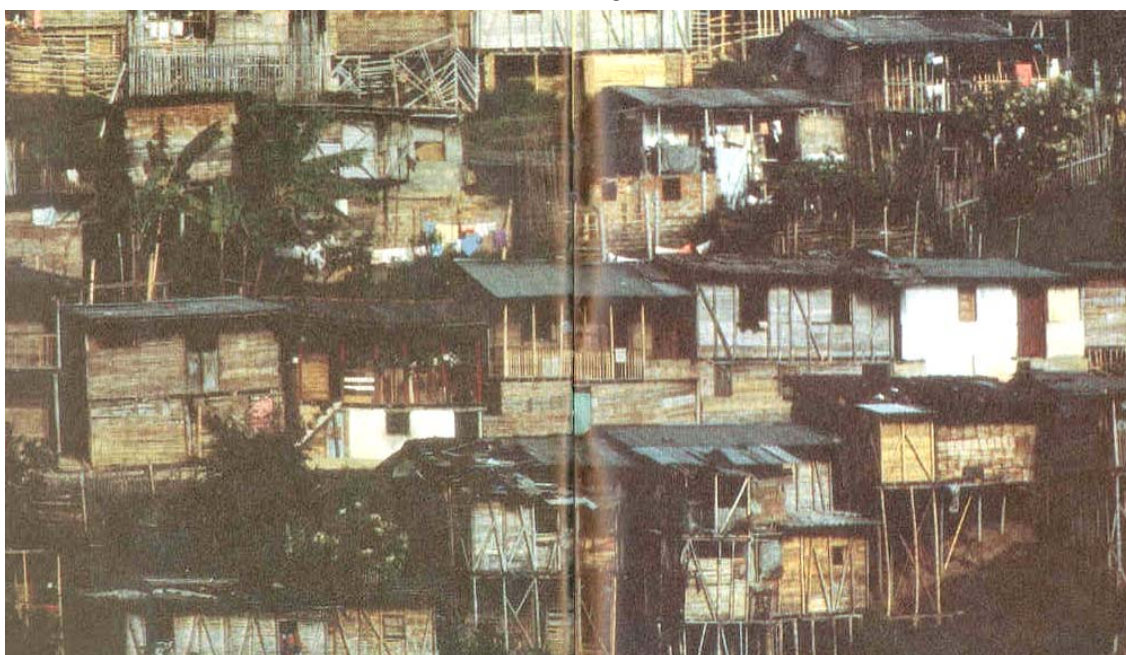
a. La falta de gobernabilidad producto, entre otras cosas, del alejamiento creciente entre el Estado y la sociedad civil, causado tanto por la escasa credibilidad y capacidad de convocatoria por parte del primero, como por la inexistencia de trabajo colectivo, de noción de lo público y de adecuadas estrategias de acción-participación en la segunda; aspectos que, sin duda, se suman a la creciente dependencia externa, a los vicios consuetudinarios de la clase política tradicional y a la inexistencia de una ágil y eficiente reforma administrativa e institucional que involucre tanto una auténtica descentralización como un trabajo de construcción colectiva del Estado amparado en lo que tantas veces se ha querido llamar su “modernización”.

b. Las precarias condiciones de habitabilidad manifestadas en la baja calidad y, muchas veces, escasa cobertura de la infraestructura y los servicios públicos, las deficientes soluciones de tránsito y transporte, la deficitaria situación de vivienda digna para los más pobres, la inseguridad, el creciente deterioro ambiental, la ubicación de buena parte de la población en zonas marginales de riesgo, la pérdida paulatina de lo que se debiera denominar “espacio público” y, con ella, la inexistencia de una auténtica política pública espacial concertada, y

c. La pobreza y escasa productividad económica causadas, entre otras cosas, por la falta de empleo, la desmedida plusvalía, la concentración e inadecuada distribución de los recursos y el capital, el escaso desarrollo de los medios técnico-tecnológicos, la precaria capacitación y formación del recurso humano y la exigua investigación científica, la falta de un eficiente espíritu cooperativo y asociacionista, la inexistencia de políticas claras en materia de producción y comercialización de bienes e insumos que tengan como base la calificación y como meta la promoción de fuentes alternas de ingresos, la competitividad y la excelencia; el desempleo, el paulatino aumento del sector informal y la incapacidad para incorporarlo como una rueda más del sistema productivo, para no hablar de una casi total desconexión entre los dos circuitos básicos de la economía urbana en sus componentes infra y superestructurales.

Por si fuera poco, y como ya anotamos en el planteamiento general de este trabajo: “esta triple problemática, o mejor estas tres caras de un mismo problema: el subdesarrollo (**Lámina 33**), se ve agravada por una situación particular que aqueja a gran parte de estas ciudades - cuando no es causa ella misma de sus gravísimos problemas - y es el de *la pérdida del sentido de pertenencia y de los nexos de apropiación y arraigo de los habitantes de buena parte de éstas* causada, entre otras cosas, por el embate homogenizador de la globalización (tratado a través de las tres grandes ficciones que propusiéramos en páginas anteriores), por las enormes contradicciones sociales, por la precariedad de la economía y, por la migración creciente del campo a las ciudades; situación que en sí misma genera, cuando no incrementa y agrava los grandes conflictos socio-espaciales que en gran medida las caracterizan”.

Lámina 33
« UN LUGAR ES CUALQUIER PARTE »



Fuente: Revista Ecológica N° 10 (1992)

De esta forma, y dentro del reto de contribuir con la promoción de un desarrollo sustentable en las ciudades a partir de la “construcción” de ciudadanía implícita en la propia “construcción” de éstas, proponemos implementar una doble estrategia, o mejor, una estrategia con dos dimensiones: una que se ocupe de concebir a la ciudad como un “todo sistémico” y, en tal medida, planee su reordenamiento con base en la armónica integración de cada una de sus partes concebidas de acuerdo al carácter dinámico de los flujos que las configuran e interconectan, y otra que entienda la dimensión territorial que

caracteriza tales partes en sus componentes psico-físicos y socio-culturales; los que, de hecho, se “movilizan” e instalan en dichos flujos. En el primer caso estamos hablando de un sentido “bio-sistémico”, aunque *anorgánico*⁶⁸ de la planificación y, en el segundo, de una específica forma de concebir el desarrollo comunitario y la planeación participativa a través del concepto de lo que, siguiendo al geógrafo Yi-Fu Tuan, denominamos *Topofilia* (ver en “Antecedentes y Proyecciones del Trabajo” al interior de su *Marco Científico*); temas de los que explícitamente nos ocuparemos más adelante; profundizando, fundamentalmente, en el segundo, dado que resulta ser el eje central de este trabajo.

En este orden de ideas, y antes de seguir avanzando, resulta crucial para nuestros propósitos, en atención a tratar de alcanzar una mayor comprensión del concepto de sustentabilidad, mejor aún, de *Desarrollo Sustentable* (en adelante *DS*) establecer su real pertinencia para enfrentar los gravísimos problemas que hoy en día resultan, al parecer, inherentes, a las grandes ciudades, particularmente a las del “Tercer Mundo” (respecto de cuya urbana preocupación hablaremos de *Desarrollo Urbano Sustentable, DUS*). En este sentido, realizaremos a continuación un breve recorrido por los principales contenidos de los Acuerdos Internacionales llevados a cabo en la materia con el fin de entender, desde allí, la evolución del concepto mismo, así como sus problemas y ambigüedades; recalcando, dentro de este marco, la biunívoca relación que aquí encontramos entre el concepto de *Desarrollo Ambiental* y el de *Desarrollo Social*. Pero primero, y dado que el tema urbano es el que concentra nuestra particular atención, procederemos a analizar el concepto mismo de *Desarrollo Urbano Sustentable (DUS)* a partir de una rápida mirada a los aspectos que, desde nuestro modo particular de entender la ciudad, resultan más relevantes a la hora de adoptar tal concepción.

⁶⁸ Si bien este concepto lo desarrollaremos, en propiedad, más adelante, valga la pena señalar, en este punto, que por el mismo entendemos, fundamentalmente, tres cosas: 1) El carácter móvil de los “órganos” urbanos, que hace que éstos cambien de ubicación en el tiempo: lo que antes era considerado un “pulmón” de la ciudad, hoy en día perfectamente haya dejado de serlo; 2) La eventual transposición entre las distintas funciones “orgánicas”, desde las cuales, por ejemplo, los “pulmones” de la ciudad (entiéndase en este sentido un gran parque, o una gran zona de conservación ambiental) asumen funciones más propias, por ejemplo, de un sistema circulatorio y, por tanto de regulación de la movilidad; y 3) El hecho de que los pretendidos “órganos”, sirva como ejemplo el caso de los “pulmones”, a los que hemos hecho alusión, devengan en una especie de “dispositivos alveolares desconcentrados”, a través de los cuales, y ya no de los “órganos” formales (los “pulmones”), “respire” la ciudad; nos referimos, en este caso, a la concepción de todo un “sistema verde” que, de tal suerte, estructure y oxigene la ciudad.

7.4. El Desarrollo Urbano Sustentable (DUS).

La ciudad, en su conjunto, puede entenderse como una compleja aglomeración en la que interactúan toda una serie de sistemas obedientes a múltiples racionalidades y móviles; y donde, al parecer, la vieja disyuntiva hegeliana entre naturaleza e historia se enfrenta a una particular situación: la que hace de la historia (entendida la ciudad como una construcción socio-espacial histórica) una nueva “naturaleza”; una naturaleza construida “en” y gracias al *lenguaje*. Desde esta perspectiva, bien puede afirmarse que la ciudad es una construcción, una factura que en su “artificialidad” revela la propia “artificialidad” de todo lo humano; ¿qué es la humanidad si no un invento, una idea de sentido conforme a una determinada idea de fin al que siendo “humanos” nos dirigimos?.

En consecuencia, ¿cómo no examinar nuestra “humanidad” a la luz de ese “invento espacial” en el que a través de un contrato (que, como todos, es social) nos damos cuenta de la distancia que guardamos frente a ese fin dado? Nos referimos, por supuesto, a la ciudad y a la idea de contrato social que, al interior de ella, constituye nuestra propia idea de humanidad. Un contrato que por suscribirse en el espacio (un espacio social) es, por consiguiente, y en atención a su dimensión ética, un contrato ambiental.⁶⁹

Desde esta perspectiva, la ciudad es tanto una idea que guardamos frente al propio ideal que tenemos de nosotros mismos (un espacio de realización), como nosotros mismos somos un “invento” de las múltiples fuerzas en tensión que, de hecho, se ponen en juego en ella (una construcción). No vamos a hablar aquí de la “artificialidad” de la ciudad (tema del que nos ocupamos en la primera parte de este trabajo cuando aludíamos al “*Síndrome de las Vegas*” y al “*efecto Nueva York*”) sino al hecho de que por principio, y obediente a su naturaleza, ésta resulta a todas luces una manufactura, un constructo; o lo que es lo mismo, un *proyecto*.

Lo cierto es que en la ciudad, como en ningún otro escenario, el drama humano se dirime a la luz de una serie de objetivos históricos que involucran una alianza entre el bienestar y el conocimiento, ya que de lo que se trata al forjar nuestro modo de vida como

⁶⁹Recordemos que la palabra ética, en su primer significado, se asocia con un determinado modo de comportarse (*ethos*), pero también, y en este mismo sentido, alude al propio carácter de la morada. De esta suerte, el concepto mismo resulta directamente comprometido con una “específica forma de comportarse en la morada”; esto es: de *habitar*, de *ser en el espacio*.

animales urbanos (*urbanitas*) es de fundamentar nuestra propia idea de bienestar en un cada vez mayor dominio de la técnica y, por lo mismo de sometimiento permanente y acumulativo de la naturaleza. Conocimiento que, en consecuencia, en tanto “conocimiento histórico”, nos aleje del *humus* de la tierra, asociado, de tal forma, con la “habitación en la barbarie”, valga decir, en la ignorancia; o lo que es lo mismo, en un estado pre-técnico y, por lo mismo, pre-racional. Pasamos así de una forma de vida basada en la interrelación individuo-naturaleza a un tipo de relación individuo-individuo donde el aludido contrato, del que antes habláramos, supone la creación de normas de convivencia que, en consecuencia, responden a nuestra aparente y paradójica “asociabilidad autodestructiva”. De este modo, las relaciones de producción, mediadas por la tierra y el trabajo (el trabajo de la tierra), son reemplazadas por unas en las cuales los procesos extractivos se remiten a formas de producción basadas en el capital social, en la información y en la energía (Camagni, 1999, pp. 267).

Pero este no es un discurso sobre la arrogancia del animal urbano sino sobre las posibilidades que éste puede llegar a tener de habitar dignamente en esta nueva naturaleza que, como dijimos, está hecha de lenguaje, y a la que, junto al análisis de la biomasa y sus recursos (el aire, el agua, la tierra), es necesario incorporar, como “naturaleza” también (naturaleza-lenguaje), el intercambio social en sus variables culturales, económicas y políticas. Intercambio que, por llevarse a cabo en el espacio, alude, en todo, al objetivo disciplinar de la Geografía Humana.⁷⁰ En esta medida, tampoco pretendemos hacer aquí una reivindicación chauvinista y romántica sobre la bucólica “pérdida del equilibrio armónico entre el hombre y la naturaleza” que, de paso, creemos nunca ha existido; sirva como ejemplo la enorme cantidad de ecosidios que han marcado dicha relación desde el hombre de Altamira⁷¹ sino, más bien, ahondar en los posibles caminos que, particularmente en la gran ciudad, se abren para un nuevo proyecto de habitación basado, tenemos que reconocerlo, en *el consumo* y en la invención de relatos y metarrelatos locales y microlocales a través de los cuales éste se manifiesta. Relatos que, en muchos casos definen, por demás, las distintas formas de apropiación que de la ciudad hacen las “nuevas tribus” que hoy en día pueblan (acaso, deambulan..) y alimentan su paisaje.

⁷⁰ No olvidemos destacar, en este sentido, el propio valor estratégico que para el entorno cobra la ciudad en términos de su particular y circunstancial condición geopolítica, ya que ésta, a diferentes escalas, no sólo envuelve el escenario de la ciudad y lo circunscribe sino que, en gran medida, lo caracteriza

⁷¹ Sirvan como ejemplo los asesinatos masivos de caballos llevados a cabo, con propósitos desconocidos, en el paleolítico Galo-Íbero, o el aniquilamiento de ecosistemas completos en Libia, Siria y

A fin de cuentas, no olvidemos que las ciudades constituyen, de hecho, las mayores concentraciones de actividad humana y, por lo mismo, los lugares donde, por excelencia, se concentra ese ambicioso proyecto que constituye, en gran medida, la modernidad y que no es otro que el de ponerle un “corsé” a la naturaleza para que al de-formarla nos de forma a nosotros mismos, liberándonos, por así decirlo, de “ser parte de la obra de Dios”; pretensión que en sí misma constituye lo que en otro trabajo denomináramos como “el complejo de Prometeo” (Yory, 1998).

Como en el mito de Esquilo la tragedia consiste en ser expuestos a la ira de Dios⁷² al enfrentar el orden de las cosas impuestas por su disposición de la naturaleza y no, simplemente, en enfrentarnos desprotegidos al vértigo de la creación; ya que, robándole el fuego pudimos, sin duda, ser como él, pudimos crear una nueva naturaleza, no es gratuito que Prometeo, como Apolo, sean considerados los dioses tutelares de la ciudad. El problema para nosotros, hoy en día consiste, en descifrar a imagen de qué está hecha esa “nueva naturaleza” que, desde Prometeo, nos arroja a la ciudad. A fin de cuentas la ciudad, desde su origen, ha querido siempre imitar un orden superior, una copia idealizada del cosmos (o de la idea que, en cada época, tenemos de él) pasada por la grilla de la racionalidad y la factura humana.

De cualquier forma, hemos tenido que pagar un alto precio por nuestra libertad ya que el proyecto que escogimos (el de la civilidad) ha traído como consecuencia, tanto una explotación desmedida de los recursos energéticos y de sustento (aquellos que, paradójicamente van a alimentarlo), como una consecuente y proporcional producción de emisiones residuales contaminantes que, de hecho, afectan y enturbian el propio hábitat que queremos construir. En este orden de ideas existen para Camagni (Op. Cit) dos razones fundamentales para la realización de un proyecto de investigación que explícitamente se ocupe del tema ambiental en el caso concreto de la ciudad:

1. *El hecho de que en cualquier tipo de contaminación incide, fundamentalmente, la densidad territorial del fenómeno;* lo que en el caso de la ciudad resulta particularmente grave dada su inherente capacidad de concentración de actividades contaminantes en sus

Egipto, llevados a cabo por la gran demanda de alimento que, en su momento acusara, el Imperio Romano.

⁷² Esta circunstancia, no obstante, no resulta exclusiva del mito griego, dado que también en el mito genesiaco, encontramos una importante alusión al respecto en la figura del Caín homicida que, expulsado por Dios, es condenado al exilio, circunstancia bajo la cual, “después de conocer a una mujer (asociarse; es decir, constituir un germen social), funda una ciudad” (Génesis. 4. 16-17); desde entonces, lugar por

componentes de transformación y consumo; hecho que, en su recurrencia, afecta las naturales capacidades regenerativas de los ecosistemas que, de una u otra manera, las portan. En este sentido, “si bien las capacidades de los ecosistemas para regenerar los recursos naturales son relativamente constantes por unidad de extensión territorial, el impacto negativo sobre ellos crece de manera exponencial” (Camagni, 1999, pp. 266).

2. *La eficacia misma de la intervención en un contexto limitado y controlado*, pues si bien los problemas de orden ambiental de la ciudad afectan, no sólo su entorno inmediato, sino el medio ambiente global del planeta, es en escenarios concretos, como el que, de hecho, ofrece la ciudad, donde es más controlable y eficiente la ejecución de correctivos sobre las disfunciones; hecho que se conoce como el “teorema de la localidad” (Camagni, Capello y Nijkamp, 1995).

En este orden de ideas, si bien los problemas ambientales de orden local guardan una estrecha relación con los de orden global, no hay duda que cada caso particular merece poner de manifiesto sus especificidades; de este modo, conceptos como el de la no sustituibilidad entre capital natural y capital artificial, que bien pudiera ser pertinente en una escala global, parece poco eficaz a la hora de concebirlo en una escala local donde, como en la ciudad, es perfectamente factible que el capital social sustituya el natural, como de hecho ocurre frecuentemente con el suelo cultivable “sacrificado” bajo capas de concreto sobre las que crece esa “otra naturaleza” que en sí misma constituye el propio orden social.

En este mismo sentido, la íntima relación que, a escala global, se mantiene entre desarrollo económico y calidad ambiental (para bien o para mal), sobre todo cuando se habla de equilibrio eco-biológico, resulta bastante dudosa cuando la realidad nos muestra que, precisamente, el desarrollo de las grandes ciudades ha sido a costa de la expoliación de sus ecosistemas de base; por tal motivo diferimos de Camagni cuando, bajo una mirada perfectamente eurocéntrica, afirma que para el caso de las ciudades del subdesarrollo “la mejora de las condiciones higiénicas y culturales, unida al crecimiento económico, no puede sino mejorar la calidad ambiental de los habitantes recién venidos del campo” (Camagni, 1999. pp. 267), omitiendo factores fundamentales de la calidad ambiental que, de hecho, posee el habitante del campo, y no nos referimos al eufemismo del “aire puro” (que también cuenta) sino a la escala y los modos de darse de las relaciones individuo-

individuo, individuo-naturaleza e individuo-sociedad, que bien pronto se ven modificadas en la gran ciudad; lo que a este respecto, y en materia de mejoramiento de la calidad ambiental, resulta bastante dudoso (**Lámina 34**).

Lámina 34
«UNA MIRADA DESDE EL LADO



Fuente: Revista Ecológica N° 10 (1992)

Un tercer aspecto que merece destacarse a la hora de diferenciar las condiciones locales y globales para reflexionar en torno al tema de la calidad ambiental es el que tiene que ver con la variable “tiempo”, desde la cual, es claro que las decisiones que se toman a nivel político se conciben desde diferentes perspectivas y alcances difiriendo, incluso, en uno y otro caso, en lo que respecta a las prioridades, a los medios para obtener los resultados y a la definición y papeles de los actores comprometidos.

Otro aspecto inherente a la variable “tiempo” es el que se deriva de la “responsabilidad ambiental”; aquí resulta evidente la dificultad que, a nivel urbano, representa el formar una conciencia a largo plazo que involucre el futuro de las generaciones venideras, situación particularmente grave en las ciudades del “Tercer Mundo” donde los acuciantes problemas, relacionados directamente con la sobrevivencia, no sólo no dan espera, sino que impiden proyectar la explotación de los recursos y las

fuentes de energía dentro de un programa que exceda los límites de la necesidad inmediata. He aquí un importante reto pedagógico en lo que concierne a la construcción de un “principio de precaución” que impida el incremento de los problemas.

En otro sentido, si por una parte es necesario diferenciar los alcances y objetivos de un plan de conservación, o de desarrollo ambiental a nivel local y global, por otra resulta fundamental entender la importancia de superar eventuales miradas autárquicas de ciertos enfoques ambientalistas extremos que se ocupan, sin más, de la capacidad de carga del área local, omitiendo la relación de cada determinado contexto con el entorno macro al que de hecho se debe. Nos referimos aquí, menos a los problemas ambientales globales (el debilitamiento de la capa de ozono, el aumento del efecto invernadero, el creciente proceso de desertificación, la tala incontrolada de bosques o, entre otros, el decrecimiento de la biodiversidad), que a la permeabilidad que la ciudad experimenta respecto de las políticas macroeconómicas mundiales, en tanto nodo de articulación e intercambio donde éstas privilegiadamente se amarran y hacen patentes. Las ciudades no sólo son focos de problemas sino, ante todo, centros de decisión.

Por lo anterior, consideramos inoficioso entrar a cuestionar la validez del modelo urbano; su contundencia e inevitabilidad no admiten ninguna duda; más aún, no podemos pensar hoy en día “lo humano” como tal si no es a partir del fenómeno urbano que en tan gran medida lo determina. Recalcamos aquí que hablamos de *lo urbano* y no de la ciudad, ya que si bien no toda la humanidad habita en ciudades, resulta difícil pensar (salvo algunas y cada vez más raras excepciones) la existencia de algún tipo de conglomerado social que, de una u otra forma, no esté marcado, o al menos influido, por los modos y modelos que alientan lo urbano en cuanto tal.

La irreversibilidad del fenómeno urbano va, pues, de la mano, con la propia irreversibilidad de la evolución de nosotros mismos como especie, para bien o para mal es aquí donde han desembocado cientos de miles de años de evolución, y es aquí donde se afirma y anuda la proyección de nuestro desarrollo futuro. Lo que seamos en los años venideros como individuos y como especie depende, entonces, de la manera como, desde la ciudad, encaucemos nuestra actual manera de articulación con nosotros mismos y con el mundo en general. ¿Cómo no ha de ser prioritario ocuparnos del escenario en el que preferentemente se pone en juego la interacción social, la investigación científica y la creatividad?

No obstante, las tendencias que hoy en día marcan el futuro de la ciudad son alarmantes y la resolución de los problemas que acusan no dan espera, toda vez que lo que está en juego no sólo es la calidad de vida sino la propia sobrevivencia; y nos referimos aquí tanto a la conservación de la vida como a la preservación y cultivo de las especificidades locales que definen y caracterizan los distintos grupos humanos que en ella cohabitan. Para nadie es un secreto que la apuesta urbana pasa por la instauración de normas (los contratos a los que hemos hecho alusión) y por la imposición de unos eficaces mecanismos de regulación y control que garanticen su direccionalidad y gobierno, lo que implica pensar en el concepto de “la mayoría” y así caer en facilismos homogenizadores y en precarias fórmulas de estandarización que atentan contra su mayor patrimonio, es decir, su diversidad; razón de más para concebir el gobierno de la ciudad como un problema no sólo de orden político sino, sobre todo, ambiental; es decir, *eco-político*. ¿En que clase de ciudad esperamos vivir y sobre qué bases es viable establecer allí convenios de convivencia?

He aquí un primer reto tanto político como ambiental: ¿cómo garantizar la calidad ambiental de la ciudad, en su conjunto, atendiendo a las especificidades de los distintos ámbitos que la conforman, cuando los mismos, en sentido amplio, es decir, físico y social, se mueven, muchas veces, por racionalidades distintas y por intereses dispersos respecto de un pretendido y cada vez más difícil de mantener “orden” central?, ¿no será acaso prioritario redefinir el sentido de tal orden en la medida de su posibilidad real?, ¿no habrá acaso otras formas de regulación social que no pasen por la sumisión de la diversidad a un hegemónico principio de racionalidad radical? A fin de cuentas, no olvidemos que la ciudad, en sus dinámicas y aleatoriedad, se comporta como un organismo vivo, aunque exacerbado, eso sí, por la movilidad que le es inherente y por su desaforado consumo tanto energético como de bienes de servicio y capital; un consumo que, por cierto (e independiente de sus pautas depredadoras o arribistas), en su insuficiente y dudosa accesibilidad resulta causante de conflicto y de “selectividad” social.

Si bien el consumo define el modo de ser urbano de la ciudad y de sus habitantes en tanto *urbanitas*, las pautas sobre las que este se mueve, que en forma transversal atraviesan la estructura social, son causantes, ellas mismas, de segregación y desigualdad, a tal punto que esta doble situación, en su componente territorial, es causante también de serios desajustes en el ecosistema de la ciudad y en su capacidad portante, la cual se ve explotada de manera coyuntural (carente de proyecto a largo plazo) y desequilibrada. Al fin y al cabo,

el conflicto urbano no se concentra en la posesión del suelo *per se* sino en el uso potencial que se haga de él y en el provecho individual o colectivo que éste genera; un potencial que, por cierto, es tanto natural como histórico (por usar las categorías hegelianas) dado que el mismo se regula y determina circunstancialmente; o bien, de acuerdo con la conveniencia del proyecto urbano vigente, o bien, con la de aquellos intereses privados puestos, frecuentemente, al servicio de la especulación.

Por lo anterior, compartimos con Camagni su tesis de que una investigación sobre el tema de la sustentabilidad urbana (el habla de *sostenibilidad*, como buen europeo) lejos de apuntar a hacer de la ciudad un paraíso terrenal en permanente equilibrio bioecológico, o un diseño idealmente soñado, se debe ocupar, más bien, de responder a su compleja multidimensionalidad en aras de atender a las diferentes funciones que en ella se albergan: “la de proporcionar economías de aglomeración y de proximidad, accesibilidad e interacción social, integración en red con el mundo exterior; y en el que resulte un máximo bienestar colectivo de la positiva integración dinámico-procedimental (coevolución) entre el *built and cultural heritage*, la economía (y, por tanto el empleo) y la sociedad”. (Camagni, Op. Cit. pp. 269).

7.5. Principales variables a tener en cuenta en un proyecto de Desarrollo Urbano Sustentable (DUS).

En consecuencia con lo anterior, y siguiendo a este autor (al menos en la puntualización de los distintos *items* tratados; de los que haremos nuestro particular desarrollo e interpretación, cuando no incluyamos o excluyamos algún punto por considerarlo necesario al interior del sentido y filosofía de nuestra propuesta, en cuyo caso, oportunamente lo señalaremos) existen cinco tipos de variables básicas a tener en cuenta en el tema del Desarrollo Urbano Sustentable:

a. *Las que tienen que ver con la relación entre la ciudad y su entorno*, o lo que Camagni llama, el “análisis local transfronterizo”; para este autor, lo relevante aquí es el sentido de responsabilidad de la ciudad sobre el entorno global al que pertenece participando activamente en la reducción de los efectos nocivos que, a nivel global, ésta genera; para nosotros, esta interdependencia “transfronteriza” implica algo más que un principio moral, por cuanto la ciudad cumple, necesariamente, con un rol político y

económico que excede, en mucho, el de su territorio local, en esta medida está permeada, necesariamente, por toda una serie de decisiones ante las cuales muchas veces es ajena.

En este sentido afirmaríamos que la ciudad “no existe” como tal sino en tanto nodo de tensiones y relaciones que se sirven de su determinada y coyuntural situación geopolítica (causa del florecimiento o decaimiento de éstas); en esta medida complementaríamos nuestra aseveración con el hecho de que, desde esta perspectiva, sólo podemos llamar “ciudades” a aquellos conglomerados humanos que cumplan un determinado papel o tengan algún efecto sobre el entorno regional o global, es decir, consideramos la sinergia como condición *sin equa non* para hablar de ciudad en tanto ésta sería uno de sus atributos más propios. En este mismo sentido y, por lo mismo, la “lógica transfronteriza” de la que habla Camagni la entendemos como un doble juego sinérgico entre la ciudad y su entorno en el que la primera está sujeta a toda una serie de fuerzas que la impactan o colisionan, redefiniendo su naturaleza y su “rol” (externalidades) y el segundo se ve afectado por las propias fuerzas que la ciudad genera induciendo de una u otra forma (en la medida de su “rol”) la propia dirección del proyecto global en su conjunto.

b. *Las que tienen que ver con el objetivo del DUS propiamente tal, es decir, el lograr el bienestar de la población a largo plazo aunado a la prosperidad de la ciudad actual.* Aquí prosperidad y bienestar se entienden como la capacidad que un proyecto de DUS tiene de integrar al desarrollo económico y material el fomento, cultivo y despliegue de la dimensión espiritual de sus habitantes en aspectos que van desde el fortalecimiento de las distintas formas de ideosincracia local, en sus componentes sociales y culturales (manifiestos en sus códigos de valor), hasta la creación de escenarios institucionales, o no, en que las distintas formas de diversidad tengan asiento y participen activamente, tanto en la resolución de su problemática sentida, como en la determinación de los derroteros a seguir para alcanzar sus respectivos fines a la luz de los propios objetivos generales de la ciudad, más aún, lo que resulta a todas luces deseable, es que tales objetivos se formulen a través de los mecanismos idóneos de participación que garanticen la inequívoca correspondencia entre éstos y los anhelos consensuados de sus habitantes.

c. *Las que incorporan la biunívoca relación entre las partes (fragmentos) de la ciudad y el todo que las engloba,* lo que implica reconocer que éste se constituye con base en toda una serie de “retazos” y microterritorios no subordinables entre sí y a los que, en

consecuencia, corresponden toda una serie de microsaberes, micro poderes e infinidad de lo que Foucault llamara “epistemes nómades”, esto es, formas de racionalidad aleatoria y no domesticada y, por lo mismo, difícilmente asociable con una determinada apuesta política y, menos aún, con un determinado territorio, al menos con un territorio “fijo”. Lo que se infiere de aquí es que esas “partes” de la ciudad de las que tanto se habla y, de hecho, es necesario involucrar en cualquier proyecto de ciudad -menos por una especie de concesión demagógica que por una simple necesidad funcional- no corresponden, necesariamente, con lugares fijos, motivo por el cual *ni las estrategias, ni los medios a emplear para incorporar esta particular forma de racionalidad pueden proponerse desde una lógica que no admita la movilidad*; lo que no implica que la propia lógica que para este fin se emplee, sea móvil ella misma en modo alguno, pues esto haría imposible cualquier forma de gobierno y, menos aún, de proyecto de ciudad.

d. *Las que tienen que ver con los recursos ambientales de la ciudad en relación con la capacidad de carga del ecosistema urbano.* Aquí el concepto de capacidad de carga es crucial por cuanto alude a “la población máxima que se puede soportar indefinidamente en un hábitat dado sin comprometer, de modo permanente, la productividad del ecosistema del que depende dicha población” (White y Whitney, 1992, pp. 9). En este sentido, es necesario entender los recursos ambientales en una amplia perspectiva ya que se refieren tanto a los recursos naturales propiamente tales, incluida la dotación biótica “nativa”, como a una amplia gama de recursos “artificiales” que en su conjunto constituyen y definen la calidad del hábitat urbano. Nos referimos aquí, fundamentalmente, a la infraestructura de la ciudad más estrechamente ligada con el espacio público, en particular a su dotación de amoblamiento y equipamiento colectivo.

En lo que respecta a la “capacidad de carga” (término usado por los ambientalistas con excesiva cautela) es necesario señalar que esta no es una ponderación ni abstracta ni universal, dado que tiene que ver, principalmente, no sólo con la escala en que el concepto se aplique, sino con el tipo de dinámica que se establezca en cada porción de territorio que la contemple en relación con su eficiencia técnica, su productividad económica (evaluada proporcionalmente respecto del sistema urbano en general) y su capacidad de proporcionar bienestar material y espiritual (los dos componentes básicos de la noción de “ambiente”) en franco equilibrio con el ecosistema.

e. *Las que tiene que ver con las formas de movilidad y los sistemas de intercambio de la ciudad* bajo el concepto de lo que denominaremos “*el principio de equidad selectiva*”. Esto es, considerar el concepto de “equidad” (utilizado generalmente de manera tan vaga como imprecisa)) desde la perspectiva de los derechos ciudadanos (incluido el de la participación en las decisiones que los afectan) y no desde la ineficiente y arbitraria uniformidad impuesta (al menos ofertada, ya que en pocos casos puede hacerse efectivamente real) desde “afuera” por un Estado normalmente de corte demagógico y asistencial. En tal medida, lo que la “*equidad selectiva*” reclama es un acceso libre y democrático a las oportunidades dentro del contexto de la capacidad portante del territorio en el que éstas se demanden; por tanto, no se trata de “dar lo mismo a todos” sino de establecer la dimensión tanto cuantitativa como cualitativa de la demanda, en cada caso particular, incorporando en la calidad de la oferta la cultura, los modos de ser y la ideosincracia local.

No se trata aquí de construir la ciudad de la igualdad, que no es condición ni necesaria ni suficiente para la sostenibilidad, ni la ciudad sin conflictos: la ciudad debe, más bien, albergar la diversidad, debe defenderla, integrarla y reproducirla, garantizando la ausencia de discriminaciones, la permeabilidad y la movilidad vertical de la población, la renovación de las élites, así como una accesibilidad más amplia a las oportunidades abiertas; la ciudad sostenible no es una ciudad sin conflictos, sino una ciudad que sabe gestionar los conflictos. (Camagni, Op. Cit. pp. 275)

En este sentido un parque, por ejemplo, tendrá que ser tan distinto en su dinámica, dotación y funcionamiento (es decir, en su diseño) como cada comunidad que lo requiere lo es respecto de las demás. Desde esta perspectiva de lo que se trata, insistimos, no es de que todos “tengan lo mismo” sino de que todos ejerzan el mismo derecho de satisfacer su necesidad, lo que de hecho apunta al fomento y promoción de la diversidad, tan querida como deseada como “bien ambiental”, en tanto promueve las posibilidades de intercambio eco-social a la vez que enriquece y dinamiza los distintos sistemas urbanos de la ciudad.

Del mismo modo, y para trascender el espacio de lo local al interior de la ciudad, el principio de *equidad selectiva* debe incorporarse, desde nuestra perspectiva, a la *determinación de claras políticas públicas espaciales sobre la base de unos derroteros y*

unas pautas comunes que permitan contextualizar las mismas variables en cada caso territorial; lo que de tal suerte supone incorporar a este específico componente del ordenamiento territorial una política de empleo que, encaminada a mejorar, no sólo la calidad de vida, sino la productividad de la ciudad, integre un proyecto de transporte masivo con una política de espacio público desde aquí concebida, es decir, desde la atención a la diversidad.

En esta medida, el concepto de *equidad selectiva*, entendido en el sentido de la valoración de las “sensibilidades locales” (y en el acceso libre y democrático tanto a los bienes ambientales como a las oportunidades) va en la misma línea del concepto de “*eficiencia a largo plazo*” defendido por la OCDE, como lo demuestran los casos de las muchas ciudades en las que la incorporación de tales “sensibilidades”, entendidas como “saberes locales”, ha contribuido en un notable incremento de su productividad (OCDE, 1994). Lo que aquí ocurre es una situación similar a la de las políticas orientadas al medio ambiente; las que si bien representan, muchas veces, al menos en principio, un costo elevado, a largo plazo dejan ver, con creces, sus beneficios en lo pertinente a sus potencialidades reales de generar desarrollo y bienestar social.

7.6. Características y presupuestos de un proyecto de ciudad sustentable.

De acuerdo con lo anterior, y volviendo a Camagni, convendríamos en caracterizar el DUS de la siguiente manera:

1. *El DUS es una construcción colectiva y procesual*, lo que significa que no puede concebirse en manera definitiva y ultimada ni por un estamento público o privado en particular, ni en un único y determinado momento. En tal medida se nutre de la construcción de acuerdos colectivos, de la resolución de conflictos, de un proceso permanente de autoevaluación y de un diseño estratégico.

2. *La aplicación de cualquier proyecto de DUS requiere de la íntima articulación de los distintos sistemas urbanos*, el económico, el social, el físico y el medio ambiental en sus interacciones dinámicas, así como del manejo y control de las distintas externalidades que lo afectan y de sus sinergias. Por lo mismo, no se trata de considerar los sistemas en forma autónoma o aditiva sino siempre en relación interactuante; ésto con el fin de

maximizar el rendimiento de las áreas tratadas minimizando, dentro de las mismas, los efectos negativos propiciados por las externalidades cruzadas.

En este sentido es claro que si, por ejemplo, por un lado, una alta densidad demográfica contribuye con la consecución de economía a nivel del transporte por la necesidad de su uso masivo, por otro, al menos en los países del “Tercer Mundo”, donde el mismo frecuentemente no está debidamente regulado desde la perspectiva de su impacto ambiental (excepción hecha de aquellas ciudades que, por ejemplo, tienen Metro), esto ocasiona severas consecuencias en lo pertinente a la generación de contaminación atmosférica, visual y auditiva, principalmente. Del mismo modo, si por un lado la ciudad intenta maximizar su oferta de bienes y servicios, concentrando la mayor diversidad de la misma en las zonas de mayor densidad de población, por otro, tal situación genera, frecuentemente, un fenómeno de especulación inmobiliaria amparado en la consabida “lucha por el metro cuadrado”, a más de una severa concentración de desechos; para no hablar del impacto nocivo que una concentración desregulada ocasiona a la calidad del aire y el agua, principalmente, así como al propio patrimonio histórico que se ve seriamente afectado por las demandas de un crecimiento normalmente caótico y desordenado.

3. *Es necesario construir una “cultura de la planificación”; o mejor, promover en los gobernantes y habitantes de la ciudad una conciencia de futuro fundamentada en un proceso de planificación a largo plazo.* Situación que si bien es deseable en cualquier contexto, las particulares circunstancias políticas que caracterizan, en general, las ciudades del “Tercer Mundo” (especialmente las latinoamericanas) hacen que, sin detrimento de que tal idea de planificación se promueva y aliente, se considere en éstas últimas, aún más importante, *la prevalencia en el tiempo de su filosofía y alcances, así como la preservación de las instancias jurídicas y normativas que las avalen y, del mismo modo, la conservación de los canales y medios que garanticen la apropiación ciudadana de los objetivos trazados.* He aquí la conveniencia de la Planificación Estratégica al servicio del DUS en lo concerniente a la flexibilidad de medios y caminos que ésta admite para alcanzar los objetivos permanentemente confrontados y concertados.

En este sentido se considera fundamental supeditar el plan, en cuanto tal, a la claridad respecto del objetivo que se pretenda alcanzar y a la filosofía que, en principio, lo alienta; circunstancias que, en sí mismas, suponen *la instauración de toda una “pedagogía de construcción de lo público” o, si se prefiere, de una política pedagógica que actúe, a la*

vez, como una *pedagogía política*. El plan “enseña” a hacer ciudad de la misma forma que la ciudad y sus dinámicas “enseñan” cual debe ser la mejor ruta para alcanzar su objetivo. Pero hacer de lo anterior algo más que una “buena intención” requiere, fundamentalmente, de una voluntad política comprometida con alcanzar lo que Camagni define como:

a. Una *eficiencia de asignación a largo plazo*, mediante la internalización de los costes sociales y la construcción de un mercado que trascienda los límites de la inmediatez y contemple, por tanto, la obtención de rendimientos no sólo presentes sino, y sobre todo, futuros.

b. Una *eficiencia distributiva* que garantice el disfrute equitativo de los distintos servicios y bienes de la ciudad a toda la población aplicando, lo que nosotros denomináramos, en páginas anteriores, el principio de “*equidad selectiva*”.

Objetivos a los que añadiríamos: una *eficiencia administrativa* equipada con los adecuados mecanismos de veeduría y control capaces de hacer el seguimiento y la evaluación permanente a los distintos procesos puestos en marcha para alcanzar el objetivo del DUS y, finalmente, una *eficiencia de gestión pública y privada* a nivel transfronterizo ocupada, no sólo de la creación de “puentes” y canales de comunicación expeditos con el “mundo exterior”, sino de construir los escenarios idóneos de concertación (espacios de interés común) orientados a la obtención de acuerdos de mutuo beneficio.

4. El DUS se constituye con base a tres ámbitos básicos e interdependientes: *el tecnológico, el morfológico y el comportamental*; regulados mediante la interacción de tres variables fundamentales: la *político administrativa*, la *económico productiva* y la *socio cultural*.

En lo pertinente al *ámbito tecnológico*, la forma de la ciudad y el uso del territorio se ven afectados a través de la relación entre los *in puts* del proceso productivo y la capacidad de carga del sistema total, es decir, su capacidad de asimilación de las externalidades que estos generan en la propia dinámica de la ciudad, dado que los mismos interfieren (junto con los *out puts* y los desechos propios del proceso de transformación productiva, aunque de diferente manera) tanto en los modos de movilidad, como en la determinación del uso del suelo afectado por su área de influencia. Aquí compete a las variable antes mencionadas, en nuestra opinión; y en atención a sus especificidades,

cumplir un triple papel:

a. En lo *político administrativo*, el de regular, caracterizar y definir las áreas productivas de acuerdo al impacto ambiental que su dinámica específica requiere (industria, comercio y servicios, principalmente) a la luz de un proyecto también específico de ciudad.

b. En lo *económico productivo*, el de integrar las externalidades asumiendo los costos sociales y ambientales inherentes al proceso de transformación productiva; para ello se propone incorporar, eventualmente, tales costos, como una forma de valor agregado al producto final bajo la figura de un “*saldo de beneficio social*”. En el mismo sentido se considera fundamental el incorporar como un factor más a tener en cuenta en la construcción de dicho “salto” la eficiencia en la movilidad; atendiendo, para ello, las pautas dadas por un plan regulador previamente concertado con los distintos actores sociales y

c. En lo *socio cultural*, el de mantener como referente a todo lo largo del proceso productivo el hecho de que la tecnología es un producto histórico y, por lo mismo, social, por tanto, el concepto de “tecnología apropiada” resulta el más adecuado a la hora de relacionar el uso de la misma con el territorio (en su dimensión social y ambiental) en el que ésta se circunscribe en cada caso.

En lo concerniente al *ámbito morfológico*, habría que señalar que así como la tecnología y el uso del suelo se ven afectados por la forma urbana, de la que cabría afirmar que no es un simple contenedor sino una construcción procesuada, del mismo modo habría que señalar que la forma de la ciudad no puede ser otra cosa que el resultado de la lucha entre las distintas fuerzas que en ella se ponen en juego; particularmente entre los modos de plasmar una determinada apuesta política en el espacio a través del uso del suelo y la manera en que la misma puede llevarse a cabo en su dimensión técnico-tecnológica. En este sentido creemos que las variables antes mencionadas, en su orden, han de cumplir, también, con un triple papel:

a. En lo *político administrativo*, el de regular los modos de crecimiento de la ciudad, es decir, “la forma de formar”, más que la forma en sí misma, siempre sujeta a modificaciones. Lo importante, en este punto, es la coherencia entre las instancias jurídico normativas y la racionalidad urbana que en los distintos sentidos mueve y anima a la

ciudad; en esta medida, un plan regulador urbano, concebido desde la perspectiva del DUS, debe contemplar, tanto una respuesta a las condiciones de posibilidad más adecuadas al despliegue de dicha racionalidad, como una anticipación de la misma, en lo pertinente a la implementación de correctivos que enfrenten las eventuales disfunciones que el proceso mismo de despliegue pudiese generar. De igual manera, *el proceso de regulación de la forma urbana debe tener en cuenta la inserción de inductores que guíen dicho despliegue (y así impidan su deformación) a la luz de un proyecto de ciudad concertado con los distintos actores sociales.*

b. En lo *económico productivo*, el de superar los límites del tradicional concepto de “zonificación” (tan querido por el urbanismo de los años treinta) que promueve racionalidades maniqueas al separar, de manera tajante y radical, las distintas funciones urbanas, rompiendo de esta forma con la lógica de interacción sistémica que connaturalmente tiende a integrar a la ciudad. He aquí la íntima relación entre la horizontalidad de los circuitos económicos (en su consecuente correlato espacial, eminentemente “plano”) y la verticalidad subordinada y aditiva de las economías de escala (menos planas espacialmente, aunque limitadamente endogámicas y, por lo mismo, poco sinérgicas con el resto de la ciudad en la medida en que no logran, por que no se lo proponen, trascender el perímetro del circuito al que se deben). De lo anterior surge la necesidad, al interior de cualquier proyecto de DUS, de *implementar lógicas económicas transversales que no sólo susciten nuevas y variadas dinámicas espaciales capaces de recualificar los propios procesos productivos sino que den asiento, también, a nuevas formas de productividad que, a la vez que respondan a las sinergias locales, no pierdan de vista el marco transfronterizo en el que éstas, desde siempre se asientan, y*

c. En lo *socio cultural*, el de considerar la forma urbana, más como un resultado de la contraposición entre fuerzas sociales, que como una grilla predeterminada a defender y mantener para que en ella se asienten dichas formas (las que, por demás, tendrían que “moldearse” de acuerdo con aquellas). A fin de cuentas, la forma, desde Aristóteles, tiene un doble sentido, el inteligible (toda forma es una forma de ser) y el sensible (toda forma de ser se muestra, se manifiesta espacialmente, es decir, se pone en evidencia como fenómeno). Por lo mismo, la auténtica forma de una ciudad *es la que su sociedad le ha dado*; y, por lo mismo, no es otra cosa que, lo que denomináramos en un trabajo anterior (Yory, 1998) “una forma de ser en el espacio”; es decir, la materialización de un tejido, de un aleatorio y coyuntural encuentro o desencuentro de fuerzas obedientes a sus propias

leyes internas; aunque en cualquier caso, también, inducidas por un conjunto de inductores externos (económicos y políticos, principalmente) que confluyen en esa alianza estratégica celebrada entre los juristas y los urbanistas con el fin de “poner orden” a la forma urbana; los primeros normatizando sus comportamientos; y, los segundos, definiendo y trazando sus campos de acción y expansión.

Finalmente, en lo que se refiere al *ámbito comportamental*, que no alude a otra cosa que a lo que Camagni llama “los estilos de vida y de organización del trabajo social” (Camagni, Op. Cit. pp. 276), de lo que un proyecto de DUS se ocupa es de *mantener y preservar la diversidad, a la vez que de motivar e inducir la generación de hábitos de comportamiento en los que prevalezca la noción de lo público por encima de cualquier otro valor*. En este orden de ideas, la operatividad del componente comportamental del DUS la garantizará:

a. En lo *político administrativo*, la determinación de un proyecto político (y no sólo de un programa de gobierno) que, con un marcado espíritu pedagógico, promueva la generación y/o fortalecimiento de hábitos conductuales de convivencia fundamentados en el respeto al derecho del otro, la solidaridad, el cultivo de la diversidad y la construcción de instancias que faciliten el acercamiento, el diálogo y, a partir de aquí, el acuerdo. Cumple en este punto un papel fundamental el fortalecimiento y promoción de la descentralización administrativa, en tanto espacio de acercamiento mutuo entre el gobierno y la comunidad. En este orden de ideas, *la descentralización tendrá que contener los componentes básicos para la construcción de consensos desde la puesta a punto de los canales más expeditos para ello, así como de los adecuados mecanismos de participación efectiva, eficiente y, verdaderamente eficaz; aportando, de igual manera, los instrumentos de seguimiento y evaluación que garanticen el adecuado funcionamiento de los mismos*.

b. En lo *económico productivo*, la incorporación de las dinámicas sociales, así como de la ideosincracia local (fundamentalmente en lo que tiene que ver con el impacto que esta genera en la movilidad y los usos del suelo) como una importante variable a considerar a la hora de establecer, tanto la localización como el funcionamiento de circuitos y/o corredores económicos, así como a la de definir normas de regulación que establezcan tanto el eventual funcionamiento de distritos económicos como el de áreas específicas de uso mixto, en las que, como su nombre lo indica, convivan, en equilibrio ambiental y en eficiente intercambio funcional, tanto los distintos usos del suelo como los diferentes

subsistemas de la ciudad.

c. En lo *socio cultural*, la consideración de la heterogeneidad cultural de la ciudad como una fortaleza a promover y cultivar; lo que requiere el diseño y uso de mapas mentales, así como de la implementación de otras técnicas cualitativas de análisis que, al servicio del DUS, posibiliten la inequívoca relación entre el diseño de la ciudad, y su ordenamiento, con las formas de ideosincracia local a través de la detección y ponderación de sus respectivas “formas de ser en el espacio”; o, lo que es lo mismo, de sus “formas de construir y habitar el territorio”, para que a partir de aquí se pueda configurar, no sólo un proyecto morfológico de ciudad (si es que esto es deseable; acaso posible...), sino tipológico y, en definitiva, habitacional⁷³. En esta medida, la dimensión socio cultural de la ciudad se concibe, a la vez, como un punto de partida (en tanto necesaria caracterización de los modos de usar y ocupar el espacio a la hora de proyectar una determinada noción de futuro que no sólo sea deseable sino, sobre todo, posible) y como un marco de referencia permanente al interior de cualquier proyecto que pretenda dar cabida a lo que la propia ciudad es en sí misma y en sus formas de movilidad interna y externa.

5. Un último aspecto sobre el que Camagni llama la atención, a la hora de considerar un proyecto de DUS, es el que tiene que ver con tres consideraciones básicas que este autor presenta de la siguiente manera: *la práctica irreversibilidad de los fenómenos que en la ciudad ocurren* dada la lenta movilidad y larga duración del capital físico de ésta (que no así de sus recursos naturales renovables o no)⁷⁴; el modo como su

⁷³ Nuestra preocupación aquí se concentra menos en la definición de “la forma de la ciudad”, que en la manera en que la misma se “despliega” o “repliega” según el caso. A este respecto, el aludir a un proyecto morfo-tipológico y, por lo mismo, habitacional, no supone, ni mucho menos, la definición “últimada” de una idea de ciudad, a la manera “modélica” del Renacimiento o el Neoclasicismo; sino, por el contrario, a la determinación de las variables y componentes que, en nuestra opinión, han de tenerse en cuenta en la comprensión y, por lo mismo, intervención, en el *proceso* mismo que supone y reclama la forma urbana en cuanto tal. En esta medida, concebimos la forma de la ciudad, más como un resultado de las sinergias generadas por la movilidad, que como un receptáculo en el que indistintamente éstas confluyen a la luz de un homogenizador “principio de unidad”; acaso, un vacío y predeterminado contenedor que, como un “embutido”, presta, en el mejor de los casos, “asiento”, a la diversidad. Lo que en ningún caso significa que estos “despliegues” o “repliegues” no se puedan, al menos, hasta cierto punto, planificar; de hecho creemos que el establecer, acaso prever e, incluso, promover, cuando sea del caso, tales comportamientos urbanos, es uno de los principales retos de la planificación de las ciudades en la actualidad.

⁷⁴ A este respecto cabe señalar que la situación de las ciudades en Europa y en América Latina es bien distinta, dado que si bien en el primer caso, la movilidad de la planta física resulta ser mínima, ávida cuenta del poco espacio con el que estas ciudades cuentan, no sólo para expandirse, en atención a la carencia literal de espacio para ello, sino para reconcentrarse, por la dificultad adicional que supone intervenir su importante patrimonio histórico; en el segundo, no sólo las ciudades crecen de manera aditiva e incontrolada “virtiéndose” literalmente sobre el paisaje, sino que permanentemente se están reconfigurando internamente a través de un reiterado ejercicio de palimpsesto urbano, donde lo que no se “recicla” se elimina para dar paso, así, a una nueva forma. Situación que afecta, de hecho, tanto las dinámicas urbanas (caracterizadas por este fenómeno), como los modos de vida; los cuales terminan habituándose, finalmente, a esta forma de

sistema biótico resulta articulado; y “los efectos acumulativos de las decisiones referidas al crecimiento humano” (Camagni, Op. Cit. pp. 277). En contraposición, las políticas de DUS tienen que ver con la capacidad de previsión respecto de los efectos sinérgicos y de eventual retroacción que cualquier decisión sobre el medio urbano tiene dentro del ecosistema ciudad. Aquí resulta nuevamente útil el considerar a la ciudad como un “organismo vivo” y, por tanto, como un complejo “universo” en el que no se puede confundir su, cada vez más, “connatural” fragmentación, con su eventual desintegración y, menos aún, con su pretendida “desaparición”, como en la actualidad parecen anotar sus principales detractores.

Un común denominador presenta la anterior caracterización del DUS: en cualquier caso se trata de construir una mirada innovadora de la ciudad,⁷⁵ así como de instaurar un proceso pedagógico de construcción de lo público y de conciencia de responsabilidad compartida pues, a fin de cuentas, ¿qué más público que el ambiente que nos rodea?

7.7. El Desarrollo Urbano Sustentable y sus implicaciones en la geomorfología de la ciudad.

La ciudad, hemos dicho, no es un hecho fijo y predeterminado sino un proceso, un acto: el acto de *espaciar*, diríamos heideggerianamente⁷⁶; en esta medida, como anotamos en la primera parte de este trabajo, no “es”, en sentido estricto, sino que “sucede”, *ocurre*, de ahí que su forma; que es su forma de “ocurrir”, corresponda con la propia manera en que ésta se da en cada caso a la luz del intercambio de fuerzas que en ella pululan. Desde esta perspectiva, ¿cómo insertar un proyecto de ciudad en medio de este movimiento, en

movilidad. Una movilidad bastante distinta, aunque no excluyente, de aquella otra que anota Augé (1993), a propósito del denominado “paradigma contemporáneo de la velocidad”, al que según él responden esos cada vez mayores espacios de anomia urbana que, en consecuencia denomina, como los “no lugares”; espacios que, más allá de cambiar ellos mismos, atendiendo así a la movilidad de la que tanto hemos hablado, se constituyen en el espacio mismo del cambio; o mejor, en el espacio donde el cambio, de manera dilecta, “*tiene lugar*”.

⁷⁵ Hablamos aquí no sólo del concepto de innovación tecnológica sino de la propia manera de abordar los problemas siguiendo una lógica trans-sectorial así como pluri e interdisciplinar encaminada a la realización de un proyecto de ciudad compartido.

⁷⁶ Para Heidegger lo propio del hombre es “*espaciar*”; esto quiere decir que la naturaleza de su ser, que es siempre de lo que el filósofo denomina, su *ser-ahí*, es *espaciante*; lo que significa que tal “*espaciar*”, necesariamente corresponde con la manera en que, de hecho, le es dado de estar en la tierra, esto es, habitando. De tal suerte, a través del acto de habitar el hombre se muestra como *es* en su existencia, de la cual, su manera de habitar (de “*espaciar*”) da cuenta en tanto *ex-posición*, puesta “afuera” en el *ahí* que, de tal forma, su propio ser “funda” en el mundo, en tanto él mismo se resuelve como el *ahí* del mundo.

medio de esta azarosa movilidad?; ¿qué característica debería tener tal proyecto? Sin duda, responderíamos a esta última pregunta, la de su propia capacidad de *mudar*; y, desde aquí, la de responder a ese su propio “ser móvil”. Un proyecto así constituido, es decir, desde la movilidad, no puede menos que llevarse a cabo sino a través de una estrategia capaz, no sólo de captar la movilidad en cuanto tal, sino de responder a ella.

Este es el reto del DUS, *promover un desarrollo acorde con la dinámica de la ciudad dentro de un principio de integración sinérgica entre sus diferentes componentes y subsistemas*; principio que garantice a la totalidad de la población un nivel creciente de bienestar intergeneracional que no genere un impacto nocivo sobre la biósfera y que, por el contrario, se comprometa con la reducción de la carga histórica tradicionalmente acumulada en este sentido.

Dos conceptos resultan cruciales en este sentido: *forma y territorio*, integrados bajo la figura de “la forma del territorio”, vista y analizada de acuerdo a la manera como localmente se responda a toda una serie de variables fijas que afectan y determinan la propia noción de desarrollo en relación con la calidad del medio ambiente urbano: los consumos energéticos, los sistemas de movilidad, la contaminación y, entre otros, los indicadores de bienestar/ malestar (existencia y acceso a servicios, variedad de oferta de empleo, cantidad y calidad del equipamiento colectivo y el mobiliario público, acceso a la vivienda y, entre otros, índices de criminalidad y de delincuencia). Variables que, de una u otra manera, se manifiestan en lo que se denomina la “renta urbana”, dado que se expresan, aunque no de manera exclusiva, en el valor del suelo y en los precios de sus inmuebles⁷⁷. En este punto nos dejaremos guiar nuevamente por Camagni en lo concerniente a la definición de las características territoriales que cobran particular relevancia a la hora de establecer un proyecto de DUS.⁷⁸

⁷⁷ La “demanda” de ciudad, proporcional a su atractivo, si bien no se concentra, de manera exclusiva, en la variable económica, puesto que en el atractivo urbano entran también valores simbólicos no negociables, si tiende a reducirse, muchas veces, a ella; dado que, incluso, un valor simbólico, como la imagen de la ciudad o de algunos de sus aspectos más característicos, tienden a explotarse como bien de consumo y, por tanto, de capital; de hecho, la inversión muchas veces es atraída, no tanto por el valor del suelo, sino por la imagen que la ciudad está en capacidad de proyectar. En este sentido, si bien es cierto que el valor del suelo va ligado a la imagen que quiera adquirir la función allí asentada, cada vez resulta más importante el valor de la imagen de la ciudad en cuanto tal (la ciudad entendida como imagen) que el del suelo mismo que, más bien, se ve afectado por ésta. No es gratuito que mientras que las grandes empresas proporcionan imagen y, por tanto, valor al suelo, las pequeñas buscan, en la medida de sus posibilidades, ubicarse en aquellos sitios que, por su valor nominal, les den prestigio.

⁷⁸ Al menos en la definición de los *items* tratados, más no en sus contenidos de los cuales nos hacemos responsables.

a. La dimensión absoluta de la ciudad, en lo que respecta a las posibilidades que, en orden del desarrollo, son inherentes a la “gran magnitud”, dados los efectos de aglomeración y consecuente interacción que en ella se ponen en juego, sobre todo en lo que compete a la generación de sinergias a diferentes escalas sólo posibles en circuitos de larga duración. Aquí la aleatoriedad de la que, por la magnitud, son víctimas los diferentes subsistemas urbanos, puede llegar a convertirse en importante fuente de riqueza (en tanto motor de heterogeneidad y diversificación), siempre y cuando la misma genere fenómenos de eficiencia dinámica.

b. La densidad de uso del suelo, en tanto puede llegar a reducir sensiblemente el consumo energético gracias al fenómeno de concentración que le es propio; *situación que no sólo puede ir en beneficio de los costos de desplazamiento sino en la generación de relaciones de cercanía conducentes a la generación de “efectos vecindario”*. Ahora bien, no se puede desconocer que la simple densidad no es garantía, ni mucho menos sinónimo, de alta eficiencia; por el contrario, ésta sólo se hace posible sobre la base de un suficiente y adecuado aprestamiento del territorio con respecto a su demanda en términos de servicios públicos, sociales, laborales y recreativos, sin que su concentración (tan efectiva para atraer más población como necesaria para servir la existente) vaya en detrimento de la calidad ambiental por suscitar fenómenos de “asfixia” metropolitana, tanto en el sentido de los efectos nocivos que una inadecuada concentración puede traer a la dinámica humana, en la medida en que, contrario a lo que señalábamos anteriormente, se dificulte su movilidad, como en lo concerniente a una eventual concentración de emisiones contaminantes.

c. La compactabilidad y definición de la forma urbana, en lo concerniente a la generación y/o apropiación de elementos que sirven de identificación para los diferentes grupos que en ella habitan y, a la vez, de referencia (hitos) para el resto de la ciudad. En otro orden, la compactabilidad, tan querida por los urbanistas contemporáneos (al menos por los europeos que, por razones de espacio, no tienen más opción), como se pone de manifiesto en el *Libro Verde* de la CEE sobre el Medio Ambiente Urbano (CEE; 1990), brinda no sólo integración sino “compactación” también del conglomerado social. Situación ésta última que desemboca en un doble fenómeno: por un lado la posibilidad de una rica integración cultural sobre la base de un proyecto común de convivencia, por otro, la ocurrencia de un fenómeno selectivo de gütización, en la medida en que la compactación presione tanto a los habitantes locales que se genere, entre ellos, una situación de encarnizada competencia por el “derecho al suelo”, lo que traería como

consecuencia la sobrevivencia, o empoderamiento, de los grupos dominantes o más fuertes, contribuyendo, de tal forma, con un proceso excluyente de selectividad social; situación que derivaría en la conformación de nuevos grupos excluidos y, de tal forma, “residuales” para la ciudad. Unos grupos que, cargados, en consecuencia, de resentimiento social, se ven obligados a constituir su propia “logia”, la cual, desde esta perspectiva, no podrá ser menos que marginal.

Por lo anterior, la compactabilidad no es, ni mucho menos, una fórmula indiferente al contexto donde se aplique, sino una fuerza de aglomerado social al servicio de un proyecto político, el cual, bien puede responder al servicio de los intereses privados o bien al servicio de los intereses públicos; en cuyo último caso, y para que surta efecto, basta con que aporte, tan sólo, el impulso inicial y sus herramientas, y permita que sea la propia “lógica local”, en sus dinámicas, quien le de forma y, de tal suerte, a la propia ciudad así “compactada”.

De lo anterior se deriva; si no un modelo de “compactación”, si, al menos, una estrategia política para llevarla a cabo y promover, de tal suerte, una vía de “despliegue” y/o “repliegue” de la forma urbana derivada de las sinergias locales. Estrategia que si bien en Europa a funcionado (en atención a sus modos “implosivos” de urbanización), sobre la base de la constitución de unidades policéntricas autoreguladas bajo la figura de la “descentralización concentrada” (*concentrated decentralization*), sería deseable evaluar su viabilidad para regular y, de alguna forma, “frenar”, las formas “explosivas” (expansivas) de los tradicionales modos de urbanización latinoamericana, sobre la base de la orientación de dicha estrategia al fortalecimiento de lo local en cuanto tal; fundamentalmente en lo que compete a sus implicaciones para el propio fortalecimiento de lo que, en tal medida cabría denominar, un importante “efecto vecindario”.⁷⁹

No resulta difícil de imaginar la relevancia de este esquema para abordar, en el caso particular de las ciudades de América Latina, temas como el de las “formas de urbanización espontánea”, para lo cual, un primer paso consistiría en el reconocimiento de su legitimidad y, por lo mismo, en su capacidad equitativa de interlocución respecto de

⁷⁹ Por “efecto vecindario” entendemos aquí la co-participación co-rresponsable de una determinada comunidad en la realización de toda una serie de acciones orientadas a satisfacer las demandas comunes de su problemática sentida, sobre la base de la optimización de sus vínculos de cercanía y/o familiaridad; vínculos que, por demás, el propio ejercicio asociativo que supone el trabajar, de manera mancomunada, por el bienestar colectivo, refuerza.

cualquier otro actor público o privado presente en la pugna por el suelo.

Pero la sola compactabilidad no basta para garantizar el éxito de un proyecto de DUS; menos aún en el caso de las ciudades latinoamericanas, donde lo que ocurre, muchas veces, es una excesiva concentración de población y actividades no sólo desreguladas sino desarticuladas y, en consecuencia, una sobrecarga de los sistemas portantes. Aquí lo que puede resultar pertinente, dentro del esquema planteado de la “desconcentración concentrada” (útil, como hemos dicho, para fortalecer, entre otras cosas, el “efecto vecindario”), es el diseño de un entramado de “islas de compactabilidad” eventualmente autosustentables o, al menos, articuladas sistémicamente de tal forma que su deseable interrelación no redunde en interdependencia.

Pero lograr lo anterior, a la luz de los objetivos del DUS, supone, entre otras cosas, intercalar entre estas “islas de compactabilidad”; e, incluso, llevar a cabo a través de ellas, todo un sistema articulador de espacio público conformado, en gran medida, por un eficiente entramado verde, ya sea de cinturones o de nodos articulantes (parques, arboledas, boulevares, centros deportivos; y, desde luego, rondas de ríos y otras zonas de conservación ambiental) algunos de los cuales se conciban con un carácter decididamente emblemático y puedan tener, entre varios usos posibles, el de plazas, mercados o ferias; para no hablar el de la prestación y/o venta de servicios.

Otro aspecto a contemplar, dentro del esquema tratado de compactabilidad urbana, es el concerniente al tratamiento y definición de sus denominados “centros históricos”. Es decir, aquellos lugares de la ciudad donde el edificio en particular, en tanto bien patrimonial inmueble, puede llegar a constituirse, sobre la base de un adecuado plan concebido en este sentido, en importante baluarte de consolidación y autoafirmación cultural regulando, de este modo, no sólo la forma sino la propia dinámica de la ciudad; eso sí, a condición que deje de lado su carácter “monumental”. (Ver Anexo N° 4: “El fin de la idea de “monumento” en el nuevo orden geográfico de la ciudad”).

d. La mezcla de usos del suelo, en lo que tiene que ver con su papel en la modernización de la ciudad, toda vez que aborda, de manera frontal, la deconstrucción de uno de los principales aspectos que caracterizaran lo que Eisenman (1984) llama “ el fin de la ciudad clásica” y su modelo político centralizado; es decir, el esquema de la *zonificación subordinada*. Esquema que en su momento sirviera, a la vez que alentara, la máxima

expansión urbana sobre la base de la especialización funcional. En este sentido, la mezcla de usos aboga por un nuevo tipo de ciudad que si bien reconoce, y de hecho se sirve, de la fragmentación, concibe ésta dentro de un marcado espíritu de integración funcional en el que gran parte de la demanda de movilidad resulta, como señalamos en el punto anterior, autocontenida. No obstante el problema es bastante complejo y, como señala Camagni, se encuentra “sujeto a la afirmación de las actuales tendencias expansivas a largo plazo” (Camagni. Op. Cit. pp. 279). Un papel fundamental cumple aquí, y de hecho también en la definición de la forma y funcionalidad de la ciudad, el que tiene que ver con la política de empleo y el consecuente mercado de trabajo por ella abierta; esto por los impactos ambientales ocasionados en los distintos sectores de la ciudad sobre la base del tipo de empleo que en ellos se oferte, para no mencionar el incremento o detrimento en el valor del suelo y su respectivo uso, así como su impacto en el espacio público y en el transporte masivo.

Otro aspecto que merece mencionarse, dentro del concepto de “mezcla de usos del suelo”, es su impacto en la vida barrial, a la que Camagni le otorga el simple papel, dentro de la escala productiva, de ocuparse, tan sólo, de “trabajos de baja calidad, a menos que no se prevean hileras de actividades localizadas o inserciones de polígonos tecnológicos” (Ibídem). En este sentido tenemos que disentir de nuestro interlocutor, puesto que las economías de escala sobre las que, normalmente se basa la economía popular, normalmente se mueven en circuitos de larga duración que no siempre se comportan de manera lineal sino que, por el contrario, muchas veces actúan en red, razón por la cual una pequeña producción casera (que no tiene por que ser de baja calidad) no se puede menospreciar ya que su eventual pérdida puede conducir, eventualmente, a la generación de todo un “efecto mariposa”⁸⁰ sobre un determinado renglón de la actividad económica o, incluso, sobre el sistema económico en general, dados los vínculos de interconexión e interdependencia que, de manera tan estrecha en contextos como el de América Latina, integran proveedores, productores, comercializadores, intermediarios y consumidores.

Cumplen aquí, desde la perspectiva de los intereses del DUS, un importante papel los conceptos de “cadena biótica” o de “inserción ecosistémica” a la hora de repensar los modos de explotación, producción, comercialización y consumo que, de hecho, se dan de manera mezclada e indistinta sobre el suelo urbano, toda vez que los mismos aluden a la

⁸⁰ Alusión a aquel conocido ejemplo de sinergia mediante el cual se afirma, no sin cierto énfasis poético, que el aleteo de una mariposa en el mar de la China bien puede ocasionar un huracán en el Ecuador.

deseable inserción de las cadenas productivas (acaso su interconexión) al interior de la estructura ecológica principal de la ciudad; marco de referencia primero y fundamental sobre el que se asientan los planes de ordenamiento territorial.

Por lo anterior, la relación que se establece en la ciudad entre densidad, morfología y mezcla de usos, con *sustentabilidad* no es fija ni predeterminada sino que, más bien, es relativa y contextual; de esta forma su papel y las relaciones entre las diferentes variables necesarias a considerar para alcanzar el DUS deben pensarse, mejor, en términos de las *ventajas comparativas* que la ciudad, entendida como conjunto, en lo que Camagni llama su “dimensión absoluta”, puede ofrecer dentro del entorno regional, nacional e internacional que la determina y al cual se debe. Ventajas que en los términos planteados se expresan como: ventajas de aglomeración, de accesibilidad, de movilidad y de minimización en los desplazamientos; aunque añadiríamos a éstas, desde la perspectiva de las *ventajas competitivas* que supone la interconexión global: ventajas en su ubicación, en sus relaciones regionales e internacionales, en su sistema productivo, en su calidad medio ambiental, en su índice de desempleo, en la calidad de su espacio público, en su aspecto estético paisajístico, en su capacidad de resolución de conflictos, en su sistema financiero y político-administrativo y, finalmente, en un aspecto que, en gran medida, recoge los anteriores, en su *imagen*.

7.8. Los acuerdos internacionales en torno al Desarrollo Sustentable: una aproximación crítica.

De acuerdo con Monteiro (1995), pueden identificarse tres grandes momentos en la evolución de la incorporación del tema medioambiental al interior de las modernas teorías y políticas de crecimiento y desarrollo económico.

En primer lugar, a comienzos de los años setenta cabe destacar, aunque de manera poco sistemática y dispersa, el asomo de los primeros conceptos alusivos al tema, los cuales posteriormente se desarrollarían y reperfilarían a la luz de los cada vez más frecuentes esfuerzos por incorporar la variable medio ambiental en los temas económicos referentes al desarrollo. Intentos que, en suma, se ocuparon, en esta primera etapa, de insertar los temas de la “naturaleza” y el “medio ambiente” (bajo la figura de la “economía de los recursos naturales” o de la “economía del medio ambiente”) en la estructura analítica de la economía neoclásica; especialmente en lo que se refiere a la acuñación de nuevos

conceptos como el de “equimarginalidad”, de Jevons; el de “óptimo de utilización” de un recurso no renovable, de Hotelling; el de “externalidades negativas” derivadas de la explotación desmedida y descontrolada de los recursos, de Pigou; y, entre algunos otros, el de “expansión ilimitada e irreversible de la contaminación”, derivado de la extrapolación de las leyes de la Termodinámica llevada a cabo por Georgescu-Roegen en 1971. Consecuencia del debate abierto por las anteriores posiciones resultan dos conceptos fundamentales que, de tal forma, se incorporan a la discusión; son ellos *el de la imposibilidad del crecimiento ilimitado y exponencial de la economía y el de los límites de sustitución de los recursos naturales por el capital o la tecnología*.

Una segunda etapa la marca la aparición de la llamada “revolución ambiental” que, como es de esperarse de acuerdo a su nombre, promueve cambios significativos en el *status* del tema ambiental, modificando su nivel dentro de la ponderación económica al ampliar sus alcances y magnitud; situación que, de hecho, respalda la ONU al institucionalizar la preocupación a través de la promoción de toda una serie de eventos internacionales, de los cuales podemos enunciar la siguiente cronología crítica: La Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, llevada a cabo en Estocolmo en 1972 bajo el título “*Una sola tierra*”, de la que cabría señalar la deuda que ésta tiene con la reunión preparatoria llevada a cabo en Founex, Suiza en ese mismo año, así como con *la Conferencia de la Biosfera* realizada en París en 1968 que redundó en el programa “*El Hombre y la Biosfera*” de la UNESCO. Cabe destacar aquí el sesgo eminentemente técnico de la misma al resaltar los efectos que el uso inadecuado de la tecnología ocasiona en el medio ambiente; particularmente en lo que compete a su papel de agente contaminador. En este sentido, la alusión explícita al desarrollo de la industrialización en relación con su impacto en la tasa creciente de población y su relación con las respectivas demandas de urbanismo, si bien apuntaba al caso particular de las ciudades de los países más desarrollados, evidenciando, así, un sesgo eminentemente “primer mundista”, el problema en cuanto tal se hizo particularmente grave en las ciudades del “Tercer Mundo”, impelidas por el modelo económico vigente, a ser “productivas a cualquier costo”, de suerte tal que, bajo la figura de esquemas desarrollistas, “crecieron” de manera asimétrica al interior de ellas mismas, multiplicando no sólo la segregación social y espacial sino sus problemas ambientales.

Con posterioridad a esta primera Conferencia se divulgó el famoso *Informe del Club de Roma* sobre los límites del crecimiento (encargado a un equipo del MIT bajo la

dirección de D. Meadows, 1972). Dos años después se llevó a cabo en Coyococ, México, el *Simposio sobre patrones de Utilización de Recursos, Medio Ambiente y Estrategias de Desarrollo*; al que siguieron una serie de encuentros de menor relevancia⁸¹ hasta que se llevó a cabo la *Conferencia de Nairobi sobre Desertificación* en 1977, donde se analizaba el problema desde una perspectiva holística que, por considerar al planeta como un “todo”, pretendía superar el sesgo maniqueo de Estocolmo. Etapa que, hasta aquí, puede englobarse bajo la teoría homeostática de Gaia planteada por Lovelock (1979).

Cabe destacar, en este punto, un primer enfrentamiento entre los países del Norte y los del Sur, derivado de la negativa de éstos últimos a adoptar la filosofía del “crecimiento cero”; propuesta cómodamente formulada por los primeros al señalar la necesidad de “poner límites al crecimiento” (lo que en el argot de la época equivalía a “poner límites al desarrollo”) situación que, lógicamente, no le hacía mucha gracia a los países denominados por el mundo desarrollado, “periféricos” dado que, como metafóricamente señala Guimarães:

Menos de una quinta parte de la población del planeta, habitantes del Norte, ocupa la primera clase de la nave tierra consumiendo cerca del 80% de las reservas disponibles para el viaje y produciendo el 75% de las emisiones dañinas al ambiente global; el restante 80% de los pasajeros, en su mayoría, habitantes del Sur, viajan en los compartimientos de carga. Más de un tercio de éstos sufren hambre o desnutrición y tres cuartos no tienen acceso adecuado al agua ni a comodidades dignas. Cada pasajero de la primera clase produce un impacto en las reservas de la nave 25 veces más elevado que los que ocupan la bodega. (Guimarães, 1994. pp. 4)

El hecho es que, ante esta dramática situación, los países del Sur hicieron explícito su rechazo al planteamiento de Estocolmo a través del informe presentado por la *Fundación Bariloche* de Argentina, denominado, con no poco sarcasmo: “*Los Límites de la Miseria*”. Informe que, por cierto, se vio enriquecido con la posición brasilera, al incluir, como una variable fundamental en la discusión medio ambiental vigente, el tema de los

⁸¹ Situación matizada por el decaimiento en el debate medioambiental ocasionado por la aparición, en esta época, de otras prioridades como la recesión económica, el aumento del desempleo y el déficit financiero del sector público.

componentes políticos y sociales propios de cada región; lo que significaba mirar el problema en su honda dimensión global a través de ópticas locales diferenciadas y, por tanto, relativas.

Si bien en este segundo período el debate ganó profundidad, por otro lado el uso indiscriminado del “tema medio ambiental”, que lo volvió prácticamente una “moda”, hizo que, en muchos casos, el concepto se trivializara, cuando no se radicalizaban las cada vez más numerosas posiciones preservacionistas así como algunas tendencias de tinte “antidesarrollista”. Surgen así toda una serie de líneas teóricas y movimientos como el *ecologismo* y sus variantes (la *ecología popular*, la *economía ecológica*, el *ecosocialismo* y la *ecología profunda*, así como el denominado por Guimarães (Op. Cit) “ecooportunismo” y los partidos verdes; planteamientos que, en su conjunto, obedecían a una cada vez mayor tendencia de “retorno a la naturaleza”. Por añadidura floreció el “*ecobusiness*” fundamentado en el negocio de montar toda una “industria de descontaminación” bajo la premisa “salve el mundo y haga dinero”, y toda una serie de ONGs internacionales y locales que, en su descoordinación y falta de una política común a largo plazo, podría afirmarse que eran más los problemas que suscitaban que las soluciones que podían ofrecer a los problemas ya asentados.

Surge en este punto culminante de la querella un tercer momento en la evolución de la relación Medio Ambiente-Desarrollo marcado por la creación de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y el Desarrollo (*World Commission on Environment and Development, WCED*) que, encargada por la *Asamblea General de las Naciones Unidas* para la realización de un documento base en torno al tema, elaboró el famoso *Programa Global para el Cambio* (1983), donde se acuña el concepto de *Desarrollo Sustentable* y se traspasa la barrera de los intereses privados al proponer la constitución de un acuerdo común en torno a los siguientes temas:

1. Alcanzar un desarrollo sustentable para el año 2000
2. Aprovechar los problemas medio ambientales como punto de partida de una cooperación entre países en vías de desarrollo y países en distinto grado de desarrollo.
3. Convencer de las ventajas que tiene el perseguir un interés común a largo plazo por encima de los intereses particulares a corto plazo (Rivas y Onetti, 1994. pp. 185).

Sobre la base de este importante antecedente, y como resultado de la dinámica por él suscitada, se produjo, en 1987, el *Informe Brundtland* (nombre dado en honor de la Primera Ministra noruega que lo promovió, Gro Harlem Brundtland) denominado: “*Nuestro futuro común*”. Informe que recoge las inquietudes del “Tercer Mundo” y las expresa en términos de que *los problemas del medio ambiente no pueden ser separados de los del desarrollo*. En esta medida, la comisión que trabajó en la elaboración de dicho *Informe* se centró en los “estilos de desarrollo” y en sus consecuentes repercusiones para los sistemas naturales, enfatizando el hecho de que los problemas del medio ambiente, en estrecha relación con los de los respectivos “estilos de desarrollo”, se encuentran íntimamente relacionados con los de la pobreza y, de tal suerte, con los derivados de las satisfacciones básicas en materia de salud, educación, empleo, recreación y vivienda, así como con la elaboración de una nueva matriz energética que tenga en cuenta las fuentes renovables y la innovación tecnológica (Guimarães, Op. Cit).

En este orden de ideas, el modelo de cambio que se propone en este *Informe*, y que ya explícitamente se denomina *Desarrollo Sustentable*, se fundamenta en los siguientes principios:

1. Garantizar la satisfacción de las necesidades esenciales de las aspiraciones humanas.
2. No comprometer las necesidades futuras.
3. Regular la evolución demográfica en armonía con el potencial productivo del ecosistema.
4. No poner en peligro el equilibrio del ecosistema natural.
5. Diseñar e implementar eficientes mecanismos de planificación y control de los recursos renovables.
6. Potenciar el reciclaje y el ahorro para evitar el agotamiento de los recursos no renovables antes de hallar un sustituto aceptable.
7. Garantizar la conservación de las especies vegetales y animales.
8. Conseguir que el crecimiento económico esté acorde con los principios de sustentabilidad y logros sociales.
9. Alcanzar una evolución tecnológica adecuada con las demandas sociales y con las necesidades de conservación del ecosistema.

Como se ve, se parte de la idea de un presente en crisis y de un futuro amenazado, lo que supone la puesta en marcha de todo un proceso de cambio de mentalidad así como

de la implementación de toda una serie de correctivos a diferentes escalas y en diferentes instancias. Lo que se infiere de aquí para alcanzar los objetivos del DS es un listado de requerimientos “sistémicos” (la analogía biótica no resulta gratuita en este caso) que, en términos generales, se pueden expresar en la conformación y articulación de toda una serie de sistemas tales como: el político-democrático y altamente participativo; el económico, orientado a la generación de excedentes de materiales y conocimientos técnicos altamente flexibles y apropiados para cada contexto; el social, del que se espera capaz de dirimir sus tensiones canalizando las mismas en la obtención del bien común; el de producción, comprometido con el Medio Ambiente; el tecnológico, fundamentado en la innovación y la especialización en tecnologías limpias; el administrativo, basado en un esquema flexible, ágil y capaz de autocorregirse; y, finalmente, el internacional de intercambio basado en condiciones de sustentabilidad. (O’Riordan, 1993. pp. 53).

En realidad, como señalan Paniagua y Moyano (1998), el concepto de DS es una respuesta al concepto de “los límites del crecimiento” que, en los años setenta, estuviera tan en boga; concepto que afirmaba que la inexorable presión del crecimiento económico sobre el mundo natural daría como consecuencia un desastre ambiental. Visión catastrófica que, queriendo imponer un freno al crecimiento, contrasta con la perspectiva flexible del DS al asumir éste que los daños ecológicos ocurren diariamente de una manera gradual y sobre unas tasas ambientales variables (Luke, 1995), lo que permite hacer “crecer los límites del desarrollo” sobre la base de un adecuado intercambio con el medio natural; y, valga decir, en denodado e irrestricto apoyo al modelo capitalista de producción. La pregunta en este punto no puede ser otra: ¿es compatible el desarrollo sustentable y sus aspiraciones sociales y ambientales, con el esquema de desarrollo que propone el capitalismo? Inquietante cuestionamiento sobre cuya respuesta nos atreveremos, apenas a insinuar, más adelante, algunas consideraciones dado que, en sí mismo, no es objeto de la reflexión que en este trabajo nos hemos trazado.

Volviendo a nuestro tema, cabría señalar que, no obstante el avance sensible que para la discusión Medio Ambiente–Desarrollo significó el mencionado *Informe*, sobre todo en lo que respecta en la inclusión en el debate de temas distintos a los tratados tradicionalmente por la economía, como son las necesidades humanas y el desarrollo social y cultural; abordados ahora desde una perspectiva diferente a la de las simples “compensaciones entre los sistemas económico y biológico” (lo que Chambers, denomina su “carácter humano”, 1988), aún éste sigue ostentando un corte decididamente

tecnocrático, no avanzando mucho en este sentido respecto de *Estocolmo*.

Es claro que, como puede deducirse de los nueve puntos antes mencionados, el tema político, en lo que tiene que ver con el actual estilo de desarrollo y su modelo económico de crecimiento, ni siquiera se menciona, a pesar de que el *Informe* sí señala la necesidad de “replantear” las relaciones Norte – Sur (aunque sin definir en qué términos) como medio indispensable para alcanzar el DS; falencia que, a la postre, sólo puede redundar en la implementación de toda una serie de paleativos, ya que la cuestión de fondo, en su carácter político y macroeconómico, para nada se toca, manteniéndose de forma implícita la ya vieja separación entre el Norte (quien exporta e impone el modelo de desarrollo económico a seguir) y el Sur, que no tiene más remedio que llevarlo a cabo de la mejor manera posible, aún a costa de sus propios recursos y del debilitamiento de su tejido social, so pena de quedarse sin el apoyo económico necesario para alcanzar el también importado modelo de desarrollo.

Por lo anterior, la definición de *Desarrollo Sustentable* aquí acuñada (y validada en Toronto en 1988 por el G7, o grupo de los siete países más industrializados de entonces) como del “desarrollo que satisface las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus necesidades” (*Informe Brundtland*, 1987), resulta en todo imprecisa y ambigua. Más aún, como bien anota Allende (1995), el *Informe* parece equiparar al DS con un “más rápido crecimiento económico tanto en los países desarrollados como en los que están en vías de desarrollo” (WCED, 1987, supra 1), reduciendo, de este modo, el tema del desarrollo en el Sur a un simple problema de transferencia de recursos y tecnología, como ya quince años atrás pregonara *Estocolmo*.

Como consecuencia del *Informe Brundtland* se creó en 1989 la *Comisión Latinoamericana de Desarrollo y Medio Ambiente*, cuyo informe, hecho público en 1990, enfatizó la relación entre riqueza, pobreza, población y medio ambiente. En este orden de ideas la CEPAL preparó un documento especial en torno al tema y lo presentó en la *Reunión Regional sobre Medio Ambiente y Desarrollo* llevada a cabo en México en 1991, y cuyo aporte fundamental a la discusión consistió en enfatizar la necesidad de que *las economías de América Latina se hicieran más competitivas en el terreno internacional sin que esto supusiera un detrimento en la calidad medio ambiental de la región sino que, por el contrario, se lograra a partir de la equidad social y la preservación de la calidad*

ambiental y del patrimonio natural. Bonitas palabras que, no obstante, se tropiezan con las decisiones que, en el terreno práctico, tienen que tomar las economías más dependientes para atender las exigencias trazadas por las políticas internacionales de ajuste estructural.

Es a partir de la *Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo*, denominada “*Cumbre de la Tierra*”, y llevada a cabo en Río de Janeiro, (*Río 92 o ECO 92*), que al fin se establecieron dos tipos de acuerdos internacionales: los *vinculantes*, puestos de manifiesto en dos documentos básicos: *la Declaración de Río y el Programa 21 (Agenda 21)*, y los *no vinculantes*, constituidos por los *Convenios sobre Cambio Climático y Biodiversidad*.

En lo concerniente a la *Declaración de Río*, habría que señalar que es un documento compuesto por 27 principios articulados en torno a lo que allí se consideró como “los distintos factores, medios, agentes y procesos necesarios para alcanzar el DS”. Constituye además un marco en el que se consignan los distintos derechos y deberes tanto individuales como colectivos en la materia. En este sentido, su función no es otra que la de generar políticas y programas conducentes a alcanzar el tan anhelado objetivo de desarrollo en equidad con dimensión sustentable.

Por su parte la *Agenda 21* (programa de acción mundial creado para orientar la transición hacia la sustentabilidad, con 40 capítulos y 115 áreas de acción prioritaria) es tanto un documento operativo orientado hacia la acción frente a los problemas de hoy, como una guía para solucionar los que ha simple vista ya se preveen, de continuar con nuestro actual estilo de desarrollo, por tanto, se constituye en un compromiso político encaminado a orientar la ejecución de planes, programas y proyectos por parte, fundamentalmente, de los gobiernos, dentro de la premisa de que el desarrollo humano sustentable es “una combinación entre la eficiencia económica, la sustentabilidad ecológica y la justicia social, convirtiendo el desarrollo sustentable en la principal meta para la supervivencia de la humanidad” (Restrepo, 1998. pp. 24). Podemos destacar en este punto las que en opinión de N. Colina (1992) constituyen las siete premisas básicas sobre las que descansa el documento y que De Lisio (1999) desarrolla y comenta con posterioridad:

1. *El carácter global, integral y holístico de la cuestión ambiental*, donde se destaca la extensión geográfica mundial de los problemas, así como la compleja interacción dinámica sobre la que descansan los componentes ambientales. Es de resaltar aquí el uso de

categorías integradoras dentro de las cuales se destacan los conceptos de *sistemas bioclimáticos y ecosistema*.

2. *La acción del hombre como origen de las disfunciones ambientales*, aludiendo al carácter causal que, en este sentido cobra, la forma en que sobre la naturaleza ha intervenido la acción humana y, por tanto, al principio de responsabilidad que, desde aquí, le resulta inherente.

3. *La autodeterminación de las naciones condicionada por la interdependencia ambiental*, sobre la base del principio de soberanía de cada Estado para resolver, de la manera que estime más conveniente (para responder a las demandas y políticas del mercado internacional, habría que decir), la explotación de los recursos naturales y la organización sustentable de su sistema productivo a la luz de su propia política ambiental; o dicho de otro modo, *al modo en que cada Estado sea capaz de conciliar el equilibrio ambiental (basado en un esquema de justicia social), con las políticas y demandas del mercado internacional*.

4. *La necesidad de aumentar los niveles de comprensión de los problemas*, al resaltar, con particular énfasis, una de las dos dimensiones propias de la actitud pedagógica que alienta *la Agenda*, como es la de la necesidad de ampliar y cualificar la información respecto de la naturaleza y funcionamiento de los ecosistemas, así como de su estrecha relación con el uso del suelo, los sistemas ambientales y su forma de utilización.

5. *La equidad y responsabilidad internacional*, en lo que tiene que ver con el uso responsable de los recursos encaminados al desarrollo ambientalmente concebido dentro del marco de las necesidades humanas presentes y futuras. Lo que no resulta claro, en este punto, por razones obvias, es el papel de las distintas naciones y su respectiva y proporcional cuota de responsabilidad a la luz del actual modelo económico.

6. *El uso sustentable de los recursos naturales*. Principio rector de este tratado; el cual *la Agenda* entiende como “una restricción tanto para el incremento de la eficiencia en el rendimiento insumo/producto como para la sustitución y diversificación de la base de los recursos naturales”. Tema más que sensible, sobre todo para los países del “Tercer Mundo” que, de tal forma, tendrían que asumir los costos sociales de un inherente “nuevo modelo” de desarrollo, aún sin definir, y respecto del cual no es claro el papel de las naciones más

desarrolladas dentro de él (asumiendo que, en verdad, estén dispuestas a asumirlo).

7. *La tecnología ambientalmente adecuada*, caracterizada por la cuidadosa explotación y uso sustentable de los recursos naturales renovables, así como por el reciclaje de sus desechos y productos derivados y la disposición final, ambientalmente adecuada, de los mismos.

Cabe destacar que la puesta en marcha de estos principios supone, de hecho, la implementación de lo que anteriormente denominábamos “una política pedagógica” o, mejor aún, de un proyecto pedagógico-político (valga el carácter tautológico de esta denominación) de proporciones mayúsculas que, entre otras cosas entre a dirimir, al menos esa sería la intención, los antagonismos Norte-Sur (CNUMAD, 1992). No obstante aparecen al interior de *la Agenda*, y en estrecha relación con su política, una serie de aspectos que, leídos desde el actual proyecto ideológico y económico de la globalización, resultan aparentemente contradictorios, ya que entre sus propuestas principales están la de alcanzar el DS con base en la liberalización del comercio (sin aclarar muy bien de qué manera), la de conciliar la lógica empresarial de la libre empresa con la de los intereses propios del medio ambiente (sin establecer con claridad los incentivos), la de asignar los recursos financieros suficientes para los países del “Tercer Mundo” (sin especificar en qué términos), y la de (en dudosa coherencia con la anterior), promover la disminución de la deuda externa; para no hablar de las condiciones reales de posibilidad para la realización de otros programas que allí se mencionan, como son los encaminados a mejorar la salud pública y a incrementar la lucha contra la pobreza, así como aquellos orientados a eliminar las modalidades de producción y consumo insostenible.

En teoría, la aprobación de la *Declaración de Río*, haría suponer un franco compromiso de los gobiernos frente a la reducción y eliminación de las modalidades de producción y consumo insustentables, así como de su decidido apoyo a todas las iniciativas conducentes a la erradicación de la pobreza, objetivo fundamental de *la Agenda* derivada de aquí. Su idea de proponer el DS a partir de la diferenciación de cargos y responsabilidades entre los países del Norte y los del Sur, de acuerdo a su respectivo rol frente al problema, aboga por el principio de responsabilidades comunes aunque diferenciadas, lo que le da un matiz particular y encamina la ruta de un posible encuentro de voluntades.

En este sentido, si bien una de las palabras más usadas en el documento es la de “cooperar”, este principio, condición fundamental de todo acuerdo, resulta en total entredicho frente a la lógica del mercado que desconoce el significado del mismo, por lo que resulta un tanto ilusa, aunque no, por eso, menos necesaria su utilización, dadas las actuales circunstancias ideológico-políticas del planeta marcadas por un espíritu competitivo claramente Neoliberal. De este modo, el propugnar porque “los Estados cooperen para promover un sistema económico internacional favorable y abierto que lleve al crecimiento económico y al desarrollo de todos los países, a fin de abordar, en mejor forma, los problemas de la degradación ambiental” (*Río, 1992*), resulta una perfecta utopía, a no ser que tal “cooperación” se haga, asumiendo la continuidad del actual modelo económico, a la luz de los intereses que cada actor pueda capitalizar dentro de él.

En esta medida, un concepto tan, a los ojos del mercado, abstracto, como “beneficio común”, al parecer sólo comprensible por la lógica del Neoliberalismo (siempre a la caza de plusvalías) a través del “interés” y la “utilidad”; debe ser reformulado a la luz del establecimiento de toda una serie de imaginarios consensuados donde sea, precisamente, “el común”, quien defina qué entiende por “beneficio”; incluso a costa del propio replanteamiento del sistema económico vigente, en caso de que éste se declare incapaz de satisfacerlo. De hecho, toda esta serie de *Acuerdos, Cartas, Informes* y “buenos deseos”, a los que, hasta ahora, hemos hecho alusión, no son otra cosa que un denodado esfuerzo “global” por demostrar que sí es posible conciliar capitalismo con, equidad socio-ambiental; aspiración respecto de la cual, el juicio histórico está a punto de fallar... En esta medida, si lo que se quiere es continuar con el actual sistema económico, resulta urgente establecer los modos en que el mismo tendría que operar a la luz del establecimiento de un “negocio común”; el que, por lo mismo, a todos competa e interese; “negocio” que no puede ser otro que el del “Medio Ambiente”, planteado a la luz, tanto de los intereses y demandas particulares de cada actor, como de la definición, a su interior, de un nuevo y “concreto” atractivo; el cual, por su puesto, estaría por definir.

Resulta paradójico, a este respecto, la política de doble moral del Banco Mundial, responsable del financiamiento de la *Agenda 21*, ya que es suficiente con comparar los 2 millones de dólares que el Banco destinó en 1994 para financiar los programas de reducción de CO₂ en China, con los 310 millones que el mismo invirtió en ese mismo país para la construcción de centrales generadoras de energía con base a carbón, o el billón de dólares que en su momento asignó a sistemas de transporte basados en combustibles fósiles

(Rich, 1994). Lo que resulta claro, en este punto, es que para el Banco Mundial el “negocio” resulta ser el mismo, razón de más para reconocer al propio sistema financiero mundial como el primer actor a involucrar en un proyecto pedagógico encaminado al rescate del planeta.

En este orden de ideas, poco aporta la banca mundial a la resolución de los problemas ambientales que hoy en día padece el planeta puesto que mientras la *Agenda 21* previó la necesidad de invertir 125 mil millones de dólares en la financiación mundial de programas y proyectos de DS, solo se destinaron al *Global Environmental Facility (GEF)*, fondo administrado por el Banco Mundial para combatir la creciente disfunción ambiental, la suma de 2 mil millones, encaminados a enfrentar cuatro problemas en particular: las alteraciones climáticas, la destrucción de la biodiversidad, la contaminación de las aguas internacionales y la destrucción de la capa de ozono.

En este mismo sentido resulta altamente sintomático de esta doble moral el hecho de que, según estudios del *Environmental Defense Fund*, de los 46 préstamos concedidos por el Banco Mundial a programas de energía, con una inversión que supera los 7 mil millones de dólares, sólo dos contemplan criterios de eficiencia energética o de conservación ambiental. Lo que es evidente, a la fecha, es la realización puntual y nada sinérgica de toda una serie de “transformaciones cosméticas”, como las denomina Guimarães, orientadas a “enverdecer” el estilo de desarrollo de tiempo atrás acuñado, sin poner de manifiesto la suficiente e indispensable voluntad política necesaria para hacer de los acuerdos de *Río* algo más que una entelequia abstracta.

El problema radica en que la voluntad política local (particularmente en los países del Sur) no es “libre” de tomar medidas, ya que las políticas de ajuste estructural impuestas por los países que lideran el desarrollo (exportando, de hecho, su modelo) no se compadecen con las necesidades reales de la población de los países en “vía de desarrollo” (valga el eufemismo); ni, mucho menos, con la problemática ambiental que ésta padece. A tal punto el debilitamiento del Estado, particularmente en los países del Sur, en su paulatina supeditación a las leyes del mercado, en poco contribuye con la estricta política económica, ambiental y, por supuesto social, que la sustentabilidad del desarrollo requiere; sin embargo, no podemos por esto borrar de un “brochazo” los logros de *la Agenda* (aunque muchos de ellos son todavía teóricos) que a *grosso modo* podemos sintetizar así:

a. *Priorizar la lucha contra la pobreza como condición sin equa non para alcanzar el DS.*

b. *Incluir el componente pedagógico en todo proceso de DS, particularmente en lo que tiene que ver con la promoción de nuevos hábitos y pautas de consumo.*

c. *Fortalecer el papel de la ONGs dentro de una mirada trans-sectorial y, por lo mismo, integrante, de los problemas.*

d. *Proponer la constitución de una asociación mundial para alcanzar el DS, así como la creación de mecanismos internacionales de veeduría y control.*

e. *Resaltar el tema de la ordenación del territorio como forma de vehiculizar las propuestas del DS.*

f. *Fomentar una mayor eficiencia en el uso de la energía y los recursos no renovables, así como el uso ecológicamente racional y sustentable de los recursos renovables.*

g. *Reducir al mínimo la producción de desechos y alentar el reciclaje selectivo de los mismos.*

h. *Promover en las diferentes instancias tanto públicas como privadas el asesoramiento constante en la adquisición de bienes ecológicamente racionales.*

i. *Recalcar el papel de las grandes ciudades en la contribución a la disminución de las cargas disfuncionales sobre el ecosistema.*

En este último sentido, adquiere particular importancia la “promoción de la planificación y la ordenación sostenible del uso del suelo; la promoción de sistemas sostenibles de energía y transporte en los asentamientos humanos; *la adopción de estrategias innovadoras de urbanismo destinadas a abordar cuestiones ecológicas y sociales* (aspecto que, junto con los *items* a, b y e antes presentados, resultan cruciales para nuestro trabajo) y el fomento al desarrollo de ciudades intermedias” (*Agenda 21*, 1992). De este modo, y de acuerdo con el anterior objetivo, propone *la Agenda* una serie de directrices conducentes a alcanzar el DUS, toda vez que, como hemos anotado, la ciudad acusa la mayor concentración disfuncional en términos medioambientales. Sin embargo, el mayor valor de éstas consiste en su adaptabilidad proporcional a las diferentes escalas que *la Agenda* plantea en su correlato internacional, nacional, regional y local, resultando así válidas, de hecho, también, para alcanzar los propios fines del DS en general:

a. *Promover la participación efectiva de los distintos actores tanto públicos como privados en la generación de políticas públicas espaciales encaminadas al desarrollo*

urbano y a través de las cuales éstos tengan directa inherencia sobre las decisiones respecto de la calidad y cobertura de los servicios públicos así como del equipamiento, el amoblamiento y la infraestructura urbana en general.

b. *Mejorar el medio ambiente urbano promoviendo formas de organización social en estrecha relación con el uso racional de los recursos y en estrecha relación con las formas culturales de la ideosincracia local.*

c. *Fortalecer la capacidad de los órganos locales de gobierno para responder, en forma eficiente, al fenómeno de crecimiento incontrolado de las grandes ciudades (particularmente las del “Tercer Mundo”) en lo que tiene que ver con los problemas que de aquí se deriven para el ambiente, mediante criterios amplios de planificación que respondan a las demandas sociales con base a la promoción de prácticas ecológicamente racionales de urbanización.*

d. Participar en redes de ciudades sustentables a nivel internacional con el fin de intercambiar experiencias y canalizar apoyos técnicos y financieros.

e. Implementar programas de turismo urbano ecológicamente dispuestos y regulados dentro de los principios de la ideosincracia y la cultura local.

f. *Promover un principio de autoresponsabilidad compartida en los distintos grupos sociales, así como en las distintas instancias y organizaciones tanto públicas como privadas, con el fin de que ellos mismos estén en condiciones de mejorar las condiciones ambientales de su entorno y, de tal suerte, contribuir con la mejoría del contexto mayor en el que éste se inscribe.*

g. Incentivar en los distintos gobiernos y entidades promotoras del DUS la definición de indicadores apropiados y contextuales así como de los adecuados mecanismos de seguimiento y evaluación de los distintos proyectos y acciones que, desde esta perspectiva, promuevan.

h. Incorporar el concepto de impacto ambiental al interior de los distintos proyectos de planificación y ordenación del territorio teniendo presente la noción de escala y los diferentes niveles en el que el mismo es previsible que se manifieste.

Participación ciudadana, concertación multiactoral, optimización de las formas de organización social y fortalecimiento de los órganos locales de gobierno, son aspectos que, contenidos particularmente en los *items* a,b,c y f antes mencionados, constituyen, en tanto componentes fundamentales de todo proyecto de DUS, piezas fundamentales de la propuesta que desarrollaremos más adelante.

En conclusión, puede afirmarse que el aporte fundamental de *Río 92* y su *Agenda 21* consiste en el carácter fáctico e instrumental de sus contenidos orientados, en esta medida, a la acción. *Una acción que, cargada de un alto contenido pedagógico, se aspira fructifique sobre la base de acuerdos y consensos en los que intervengan los distintos actores sociales*. En esta medida, si bien se ubica, principalmente, a nivel de los gobiernos nacionales, regionales y locales, su mayor valor consiste en el tipo de estrategia sinérgica y aditiva que tiene como marco único el alcanzar el DS a escala global.

No obstante, esta última afirmación puede leerse desde otra óptica un poco más crítica, ya que para *la Agenda 21* (en tanto estrategia que “baja desde las alturas”, más exactamente desde las altas esferas decisionales hasta la sociedad) el tema ambiental se convierte, como bien anota De Lisio (Op. Cit), en importante herramienta en el proceso de globalización de lo local, dado que, como señalamos, para la misma, el éxito en la ejecución de las políticas ambientales locales se condiciona a su inserción en las estrategias globales; las que, dicho sea de paso, no están pensadas a favor, ni mucho menos de la mayoría. La pregunta en este punto no puede ser otra, ¿a qué interés responden las estrategias globales?; ¿es verdaderamente la equidad y la justicia social lo que las alienta, o los intereses del mercado, matizados de “verde” y manipulados por las naciones más desarrolladas? En este sentido sería interesante develar la relación entre *la Agenda 21*, las políticas de empleo local (“orientadas”, en gran medida, desde la perspectiva de los intereses privados al servicio de la política macroeconómica mundial y las grandes trasnacionales), las exigencias de ajuste estructural a las economías más débiles y, por ejemplo, las políticas de inmigración de los países del Norte; aspectos que, en todo, tienen que ver con el denominado “problema ambiental”, tal y como lo entienden las naciones desarrolladas.

Desde esta perspectiva, y fiel a su política de participación conciliadora y constructiva, y siempre con el ánimo de apaciguar la tensión acumulada en el debate ambiental entre los países del Norte y los del Sur, *Río 92* tuvo la idea de promover toda una

serie de documentos locales en torno al tema, buscado así dar asiento a todo el mundo y poner sobre la mesa de discusión los diferentes puntos de vista en la materia. Es así como la *Dirección del Programa Regional para América Latina y el Caribe* del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), convocaron a un conjunto de reconocidos expertos regionales en el tema ambiental con el fin de que elaborasen el documento que, de tal suerte, hablaría en el encuentro en representación de la zona. Surge así el *Informe* denominado: “*Nuestra propia Agenda*”, el cual ha sido utilizado, desde entonces, por los países latinoamericanos como guía fundamental, tanto para conformar una estrategia común “con dimensión sustentable” frente a los problemas que a todos afectan, como para elaborar, en consecuencia, las respectivas políticas y planes pertinentes.

No obstante esto, la verdad es que el mencionado documento no logra vencer la “verticalidad” que, en todo sentido, tuvo el encuentro de *Río*, puesto que a pesar de que reiterativamente aborda la importancia del tema de la “participación”, sigue siendo un documento pensado de “arriba” hacia “abajo” y, por tanto, impositivo respecto de un inmejorable escenario para la concertación: *la calidad del medio ambiente en el que todos vivimos*. Situación que se pone de manifiesto cuando se observan los puntos fundamentales de la estrategia regional propuesta:

- Transformación productiva con equidad
- Redefinición del papel del Estado en la economía
- Articulación de la política económica y social, y
- Subordinación del problema de la deuda al desarrollo sustentable.

En este sentido, y como oportunamente señala De Lisio, en todos estos aspectos “están presentes decisiones que obligan, fundamentalmente, a las altas esferas de toma de decisiones nacionales e internacionales. Hasta en el caso de la redefinición del papel del Estado, el acento se puso más en la cuestión económica que en la participación ciudadana” (De Lisio, Op. Cit. pp. 6). Afirmación que compartimos sólo de manera parcial puesto que consideramos que un punto común a la legislación de los distintos países latinoamericanos (así no aparezca de manera explícita en los puntos mencionados y se plantee, muchas veces, de manera demagógica) es, precisamente, “la necesidad de promover la participación ciudadana”, hecho que convierte a la misma y a su viabilidad, no en un acto de justicia en concordancia con el derecho civil, sino en una decisión en la que el Estado

pone en juego su legitimidad. Esto, por lo menos, hasta que el propio Estado se reconfigure y redefina con base en los logros ganados por la participación.

Lo que se infiere de aquí es el hecho paradójico y nada deseable, pero innegable, de que la participación es, dado el actual orden de cosas, un asunto de “arriba hacia abajo”, como de hecho lo demuestra la experiencia de la descentralización (sin confundir descentralización con participación) donde es el Estado, por las razones que sea, quien decide *des-centralizarse* y, del mismo modo, maquiavélicamente “abrirse” a la participación; y no la comunidad organizada (“el poder popular”) quien decide “acercarse” al gobierno a través de apropiaciones locales generadas por exigencias fundamentadas en conciertos sociales; lo que demuestra cuán lejanos estamos aún de dar el paso de una democracia “representativa” (y su dudosa legitimidad) a una verdaderamente participativa tejida “de abajo hacia arriba”. No obstante sería injusto desconocer el papel que la “presión ciudadana” e, incluso, las propias dinámicas sociales y económicas cumplen en este sentido, ya que, cada vez resulta más claro, como anotamos en la introducción de este trabajo, que el gobierno de una ciudad es un asunto de concertación ciudadana (un acuerdo entre sus “fuerzas vivas”), aunque también, hay que decirlo, de autoridad y liderazgo.

Precisamente en el tema político, la mencionada “*Agenda Local*” señala, en lo que toca a la redefinición del papel del Estado en la economía, la consecución de los siguientes objetivos, buscando a través de ellos un Estado que:

- Institucionalice la concertación entre el sector público y el privado a nivel laboral y empresarial.
- Fomente la democratización de la economía.
- Intervenga más estratégica y selectivamente en la economía.
- Promueva la formación de empresas y empresarios.
- Intervenga en el proceso económico mediante mecanismos compatibles con el mercado.
- Desconcentre y descentralice la economía.
- Impulse del desarrollo científico- tecnológico.
- Promueva el DS en forma orgánica, integral y equilibrada.
- Tome en cuenta la dimensión ecológica al formular sus políticas económicas (BID, et. al., 1992: 80).

En este orden de ideas y con el fin de articular una política económica con una social se propone:

- Mejorar la distribución del ingreso.
- Incrementar la participación de los salarios dentro del ingreso nacional.
- Asignar la prioridad a la producción de artículos para el consumo popular relacionados con la dotación de los recursos naturales de cada país.
- Reestructurar los patrones de consumo.
- Establecer una política alimentaria acorde con el potencial de los recursos agrarios de cada país. (BID et. al., 1992: 81)

A pesar de esto, la realidad es que en esta “paulatina transformación del papel del Estado en la economía”, el propio papel de las comunidades locales aparece en todo débil y desdibujado ya que, en la mayoría de los casos, se remite tan sólo a cumplir un papel secundario en tanto “grupos de presión” ocupados de organizarse e informarse para

identificar la solución de sus necesidades más sentidas en términos de suministro de agua, disposición de efluentes cloacales o dotación de zonas verdes para la recreación (dado que...) con el mejoramiento del ambiente se irá creando gradualmente una conciencia conservacionista que terminará por convertir el tema ambiental en prioridad social, tornándose las colectividades en activas militantes de su causa, movilizándose y exigiendo de sus Estados una mayor atención a estos problemas (BID et. al., 1992. 84).

Surge en este punto la pregunta: ¿en la toma de decisiones frente al problema ambiental no queda un papel más activo a las comunidades locales que el de “organizarse e informarse para identificar la solución de sus necesidades”? y, en este sentido, ¿se remite su papel, simplemente, al de ser “mecanismo de presión” para que el Estado satisfaga sus necesidades sentidas?; ¿no fortalece esto, acaso, el tradicional sesgo asistencial del Estado y, en consecuencia, el papel pasivo y receptor de la sociedad? La verdad es que la participación bien merece, en aras de una auténtica transformación del Estado, un papel mucho más protagónico y decidido como es el de actuar, no sólo en el diagnóstico de su problemática sentida, sino en el diseño de las estrategias más convenientes para enfrentarla

y en la efectiva resolución de la misma; papel que, como veremos más adelante, entraba íntimamente el *Desarrollo Social* con el *Desarrollo Ambiental*.

Pero, por ahora, volvamos a nuestra revisión cronológica de los aportes más importantes en la materia, para así señalar el año 1994 como una valiosa referencia (aunque, como veremos, tendenciosa y, por lo mismo, desafortunada) en la tarea de puntualizar la reflexión del DS en el plano exclusivamente urbano a través de lo que, desde entonces, se conoce como *la Carta Internacional del Urbanismo MEGÁRIDES 94*; la cual, siguiendo la tradición de sus predecesoras, *la Carta de Atenas* de 1933 y la de *Machu Pichu* de 1977 pretende plantear los principios reguladores para la concepción y diseño de la ciudad moderna. Para este efecto en Junio de 1993 se reunieron en el *Castel dell'Ovo*, en Nápoles, más de seiscientos expertos de 27 países con el fin de plantear los principios rectores para la ciudad del siglo XXI, en este sentido, la redacción del documento debe ser considerada como una elaboración de la comunidad científica internacional integrada a través del denominado *Grupo de investigación tecnológica y transformación territorial para la ciudad del siglo XXI*.

Dentro de este marco, *la Carta* en mención pretende recoger las experiencias de la totalidad de *las Cartas* que la cultura urbanística produjo durante el siglo anterior, entre las que se desatacan, fuera de las dos ya mencionadas, la *Charte urbaine européenne* resultado de la *Conference Permanente des Opouvoirs Locaux et Regionaux de l'Europe* y la *Carta de la Ciudad Europea*. Si bien los acuciantes problemas de la ciudad actual mantienen una marcada especificidad respecto de la situación de la ciudad en los distintos períodos históricos a los que las anteriores *Cartas* buscaron dar respuesta, no cabe duda que éstos, en gran medida, han hecho parte de un *continuum* que, no obstante, desborda en mucho las más pesimistas predicciones que los CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna) de los años 30 hubiesen podido presagiar. A este respecto, cabe destacar que ya en el *argot* de la urbanística de la época se reconocía la pertinencia del concepto de “sistema” a la hora no sólo de explicar sino de regular y, en consecuencia, proyectar (planificar) su desarrollo, aceptando, de manera implícita, una especie de “naturaleza biótica” propia de la ciudad a la que era necesario responder con mecanismos y acciones sensibles a esta particular condición (Ver numeral 7.2 de este trabajo).

A este respecto, cabe señalar que la *Carta* abre una nueva posibilidad para el uso de la analogía como herramienta de análisis y, ¿por qué no?, de proyectación, en la medida en

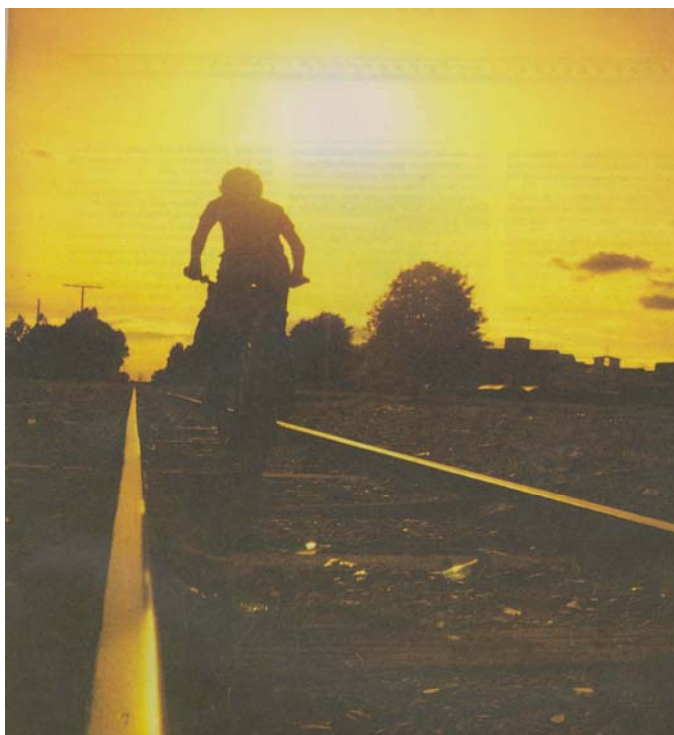
que, a través de ésta, se hace posible entender, desde una “perspectiva integrante”, no sólo el tema de la complejidad en el que la ciudad está inmersa, sino el de la estrecha interdependencia entre sus múltiples fenómenos y problemas; los cuales, por resultar, en buena medida, comunes y, muchas veces, entrelazados; no sólo al interior de las grandes ciudades sino, incluso, muchas veces entre ellas, no pueden menos que demandar el diseño de estrategias que, de manera coordinada, los enfrenten; y que, de paso, a nivel mundial se orienten, también, a fortalecer tanto las relaciones entre ciudades, como las condiciones de legitimidad y representatividad de sus gobiernos; a garantizar la efectiva participación ciudadana; y, entre otras cosas, a facilitar y promover la gestión sustentable de sus recursos, equipamientos e instalaciones.

Si el uso incremental del automóvil ha ampliado las posibilidades de interacción urbana (a costa de un alto costo ambiental), determinando y explicando, en un importante sentido, muchas de ellas; hoy en día, y en atención, precisamente, al tema de la movilidad, la ciudad ha de ser entendida, también, desde las nuevas posibilidades que se le abren a partir del uso de las nuevas tecnologías de comunicación (**Lámina 35**); las cuales contribuyen, sensiblemente, con la reestructuración total de sus sistemas; particularmente en lo que concierne a sus flujos e interconexiones; aquellos que, de hecho, la permean e integran a un flujo mundial. En este sentido, pasamos de la idea de “ciudad-región” a la de *multípolis*, a la de una “gran ciudad virtual trasnacional”; lo que hace que se modifiquen las relaciones espacio-temporales y, del mismo modo, la manera en que percibimos la configuración urbana en su nueva dimensión geográfica.

Es aquí donde se reconfigura la relación entre el interior y el exterior de la ciudad, entendido, este último, como el ecosistema territorial de base en que ésta se inscribe y con el cual se espera guarde una clara relación de equilibrio ambiental; pero también entendido, como el amplio marco que la globalización económica y cultural se ha encargado de definir y cualificar; en cualquier caso, lo que resulta evidente, es la rápida superación del umbral de tolerancia ambiental que la ciudad misma es capaz de soportar; acusando, de esta forma, la urgente necesidad de tomar prontas medidas al respecto. Resalta a este efecto, *la Carta*, los efectos nocivos de la concentración urbana desregulada previstos, de manera temprana, desde la primera *Carta del Urbanismo* de 1933 y propone no superar los límites ambientales del crecimiento urbano, aunque sin especificar muy bien, qué es lo que entiende por “crecimiento”, de suerte tal que resulta fácil presa de la ya anotada confusión entre crecimiento y desarrollo; particularmente en las delicadas implicaciones que, sobre todo,

para los países del Sur, tiene la misma. En este sentido, anota que la cota tope de crecimiento, entendida desde un punto de vista ambiental, no debe restringirse a la recuperación y reutilización del patrimonio histórico-monumental de la ciudad, uno de los énfasis de la *Carta de Atenas*, sino a la entera intervención del patrimonio edilicio infraestructural y, por lo mismo, a la ciudad misma en cuanto tal (Ver Anexo N° 4: “El fin de la idea de “monumento” en el nuevo orden geográfico de la ciudad”). A fin de cuentas la innovación, en sus aspectos más significativos, alude (especialmente en los países del Sur) a la óptima reutilización de lo que se posee.

Lámina 35
«LAS LINEAS PARALELAS SE UNEN EN EL INFINITO»



Fuente: Revista Ecológica N° 4 (1990)

Con respecto a la *Carta de Atenas* (valga decir, guía tutelar de la ciudad moderna) que sostenía que “la urbanística no es una ciencia de dos sino de tres dimensiones”, la nueva *Carta* resalta la importancia de tener en cuenta otra dimensión, *el tiempo*, ya que sin éste no es posible entender y responder a los procesos de transformación de la ciudad; aquellos que, como ya hemos anotado, se inscriben dentro de su más clara y contemporánea mostración: *la velocidad*. Es en ella donde tales procesos tienen lugar, pero también es el marco desde donde los mismos se determinan y, muchas veces, florecen; circunstancia que, de hecho, entra a definir nuevos procesos de lectura y percepción urbana. Este sólo aspecto entra a cuestionar, en gran medida, la posibilidad real de que la

Carta bandera del urbanismo moderno, en sus 95 puntos (*Atenas, 1933*), tenga de dar respuesta a las específicas circunstancias de la sociedad urbana del mundo actual, lo que en principio no debería preocuparnos por que entre *Atenas* y *Megárides* existe “todo un mundo” de diferencias, toda vez que parten de pisos epistémicos distintos y de realidades muy diversas; aunque no se puede desconocer que lo que la ciudad es, hoy en día, para bien o para mal, en gran medida se debe a los planteamientos enunciados en *Atenas*.

En lo pertinente a la *Carta de Megárides*, la verdad es que su bien intencionado carácter, choca de frente con las precarias condiciones de habitabilidad de la mayoría de las ciudades de los países del “Tercer Mundo” por cuanto, desde su título: *Carta de Megárides 94. Principios Fundadores de la ciudad del siglo XXI. Ciudad “cableada” de la paz y de la ciencia*, ya se deja entrever un sesgo eminentemente “primer mundista”. No es que las ciudades de los países del Sur “tengan derecho o no” de insertarse en los circuitos “cableados” de la aldea global (lo que, por demás, resulta una demanda reiterada de la propia *Carta*) sino que la manera en que, de hecho, les es dada de ingresar en los mismos, dista mucho de permitirles, siquiera, el papel de interlocución frente a las decisiones políticas y económicas tomadas, de antemano, en otros contextos, toda vez que las débiles economías que las alientan apenas las hacen figurar en el panorama del mapa global. ¿De qué le sirve a una ciudad como Calcuta “cablearse” si sus problemas de base no se resuelven, sino que, a lo mejor se agravan al conectarse a la aldea global y su último y reluciente vehículo neocolonial de penetración cultural?; ¿es el imaginario de convertirse en “la ciudad de la paz y de la ciencia” el que debería alentarla o, más bien, el de alcanzar una mínima cuota de equidad y justicia social?

Una rápida mirada a los diez principios que alientan la Carta dan, en buena medida, cuenta de esto, ya que para nada aparecen temas, como por ejemplo, el de la pobreza o, entre otros, el del impacto de la globalización en el territorio de la ciudad, concretamente en lo que tiene que ver con sus secuelas de exclusión y discriminación socio-espacial. Veamos uno a uno estos principios que, como señalaremos, no pretenden otra cosa que vender un nuevo modelo neocolonial sobre las ciudades de los países menos desarrollados toda vez que, como anotamos, para nada tienen en cuenta su particular situación socio-histórica, amén de su reiteración en el hecho de abogar, no tanto por la solución de los problemas de la ciudad actual, sino por las condiciones que han de alentar lo que *la Carta*, eufemísticamente, denomina: “la ciudad futura”. Concepto del que ni siquiera se hace plenamente responsable al no aludir a las condiciones de posibilidad políticas, económicas

y sociales que, desde el presente y “para el futuro”, hagan posible la realización de su utopía; la que, por otra parte, como toda utopía, no se puede desconocer que carece de atractivo, al menos, de un atractivo publicitario...

1. *Ciudad y Naturaleza*, en donde el equilibrio entre ambiente urbano y ambiente natural se concibe como el principio constitutivo sobre el cual fundar el modelo de desarrollo sostenible de la ciudad futura.

2. *Ciudad y Pueblos*, en donde la ciudad se concibe como un todo interracial donde se debe permitir una satisfactoria calidad de vida para todos sus ciudadanos, respetando las diferencias entre las diversas comunidades y las identidades culturales de los lugares.

3. *Ciudad y Ciudadanos*, en donde la ciudad futura deberá garantizar a cada ciudadano el mayor acceso a los lugares, a las informaciones, a los servicios; es ésta una ciudad donde cada diversidad encuentra condiciones idóneas a sus particulares exigencias que se deben poder expresar libremente.

4. *Ciudad y Movilidad*, en donde el sistema de movilidad de la ciudad del futuro deberá privilegiar el transporte colectivo; además deberá permitirse la plena libertad de movimiento individual en todas las formas compatibles con la estructura urbana: en primer lugar peatonal y de bicicletas.

5. *Ciudad y Complejidad*, en donde en la ciudad futura el gobierno de la complejidad debe hacer participar a todo el *sistema urbano* y a cada uno de los *subsistemas* que lo conforman, lo que deberá llevarse a cabo en los diversos niveles de intervención: desde el sistema físico al perceptivo; desde el sistema funcional al institucional; desde la escala arquitectónica a la escala territorial.

6. *Ciudad y Tecnología*, en donde la innovación tecnológica y la telemática, en particular, deberán orientarse al mejoramiento de las prestaciones urbanas y al gobierno de la ciudad futura.

7. *Ciudad y Recuperación*, en donde para cada hipótesis de nuevas realizaciones edilicias se debe evaluar la posibilidad de intervención mediante operaciones de recuperación y de refuncionalización que pretenden volver a usar todo lo que ya existe, respetando el valor semántico de los lugares.

8. *Ciudad y Seguridad*, en donde las estrategias de planificación deberán reducir la vulnerabilidad urbana, superar la rigidez física, garantizar el acceso y éxodo. Compartir la ciudad es, entonces, lograr recorrerla, abandonarla, debiendo ser garantizado a todas las categorías de usuarios.

9. *Ciudad y Belleza*, en donde la Nueva Arquitectura debe producir objetos capaces de superar la mera eficiencia funcional. Debe contribuir a realizar una ciudad hermosa que satisfaga no sólo las exigencias materiales, sino que refleje el mundo interior de sus habitantes.

10. *Ciudad y Tiempo*, en donde la ciudad del siglo XXI, ciudad “cableada”, ciudad de la paz, ciudad de la ciencia, deberá ser la expresión de la historia y de la cultura urbana que en ella, en el tiempo, se han consolidado (*Carta de Megárides 94*).

No vamos a entrar a examinar, uno por uno, los contenidos de *la Carta* o tan siquiera a hacer el esfuerzo de tratar de “traducir” los mismos en el contexto de la ciudad latinoamericana, lo que consideramos una tarea tan inútil como insulsa, a más de sobrepasar los límites de nuestro trabajo, sino a cuestionar el fondo ideológico-político de la misma en su descomprometido “deber ser” (sin siquiera sugerir el cómo) pero, a la vez, en su comprometido esfuerzo por imponer una específica idea de “orden”, del cual no podemos estar seguros responda, en modo alguno, a las expresas necesidades y demandas actuales de las ciudades del “Tercer Mundo”. Si bien se pone en juego un imaginario, aparentemente consensuado (no hay que desconocer el peso específico que en estas cumbres tienen los países del Norte frente a los del Sur, toda vez que, como en el Consejo de Seguridad de la ONU unos votos “pesan” más que otros) nada garantiza que, efectivamente, éste responda a la multidiversidad de realidades que, a pesar de la globalización, perviven aún como efímeros reductos de identidad local. En este sentido, ¿hasta dónde “la ciudad cableada de la paz y de la ciencia” garantiza, sin más, la promoción y cultivo de la diversidad y no se convierte, más bien, en vehículo de homogenización espacial y cultural?; ¿será lo más conveniente a las ciudades latinoamericanas el concebir la recuperación urbana “usando todo lo que ya existe?”; ¿qué garantiza que la ciudad “cableada” sea la respuesta y, en tal sentido, promueva las condiciones necesarias para combatir la injusticia social, la inequidad y la exclusión que, en gran medida, caracterizan a la mayor parte de las ciudades del planeta?; ¿es la “ciudad cableada” una respuesta a una necesidad de cambio en el actual modelo económico existente, o un discreto refuerzo a las condiciones existentes?

Pocas veces un pronunciamiento como el de esta *Carta* pone en evidencia, de manera fehaciente, el énfasis eurocéntrico del concepto de *sostenibilidad* y, por lo mismo, pocas veces los países del Sur reciben una tan clara, aunque indirecta invitación (cabría usar la palabra desafío), a construir su propio decálogo para alcanzar la tan aludida *sustentabilidad*; tarea que, dada su naturaleza, debería comprometer, de manera prioritaria, el esfuerzo de estas naciones.

Finalmente, en atención al orden cronológico que hemos querido mantener respecto de la evolución del debate en torno al tema de la sustentabilidad, no podríamos dejar de lado una alusión y somero balance del evento más importante que, a finales de siglo, marcó las pautas generales para mejorar las condiciones de vida en los asentamientos humanos; nos referimos, por su puesto a la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos. Hábitat II*, mejor conocida como *La Declaración de Estambul 96 sobre los Asentamientos Humanos*. En ella se abordan, de manera exhaustiva, los planteamientos y estrategias que se consideraron pertinentes para alcanzar dos objetivos básicos: lograr una vivienda adecuada para todos y alcanzar un desarrollo sustentable para los asentamientos humanos en general, atendiendo para ello a

los cambios demográficos insostenibles, incluidas las estructura y la distribución de la población, prestando atención prioritaria a la tendencia a una concentración excesiva de la población, a las personas sin hogar, al aumento de la pobreza, al desempleo, a la exclusión social, a la inestabilidad de la familia, a la insuficiencia de recursos, a la falta de infraestructura y servicios básicos, a la ausencia de una planificación adecuada, al aumento de la inseguridad y de la violencia, a la degradación del medio ambiente y al aumento de vulnerabilidad ante los desastres (*Declaración de Estambul*, principio N° 4).

No obstante, si bien sus propuestas resultan un importante avance respecto de la insulsa *Carta de Megárides*, sucede con la *Declaración* lo que pasa con todos los documentos de este tipo contruidos en el “concierto internacional” y es que no pasan de ser un listado de buenas intenciones ya que no cuentan con el apoyo decidido, valga decir, la voluntad política necesaria para hacerlos una realidad. Nadie discute la importancia de los planteamientos allí formulados, como nadie desconoce el contexto dramático de la actual situación mundial que inspira los mismos; pero vuelve a suceder, aún en este caso

donde las propuestas son claras, que éstas chocan con la ineludible realidad del marco ideológico de nuestra época y su indolente modelo de crecimiento económico desigual. ¿De qué sirve que el ser humano se considere como “el aspecto más importante de nuestras preocupaciones respecto del desarrollo sostenible y, por tanto, la base para nuestra acción para dar efecto al programa Hábitat” (*Estambul*. Principio n°7) si no se contempla el impacto en las economías más pobres de exigencias como el aludido “ajuste estructural” que incrementa la vulnerabilidad y fragilidad de las mismas amén de promover la exacerbación de las contradicciones sociales, toda vez que el mismo se ampara en la necesidad que se impone a estas economías de recortar el gasto público social y de promover nuevas políticas tributarias que, entre otras cosas, alientan la privatización?

Consecuencia de lo anterior, una desestructuración del tejido social motivada por la pérdida paulatina de sus espacios cohesionadores, tanto en lo que toca a la disminución y “ajuste” de los servicios sociales básicos, como en lo referente a la implantación de un principio homogenizador que atenta contra las identidades locales, ya que la *diferencia*, de la que tanto se habla hoy en día, tiende a ser una condición muy peligrosa dentro del contexto de la injusticia social imperante. ¿Dé que sirve dotar de vivienda a las comunidades más pobres si éstas no sólo no pueden asumir los costos de urbanización de las mismas (no hablemos de los costos directos de la vivienda en cuanto tal), sino que, de hecho, no cuentan con la dotación infraestructural necesaria que les permita, en verdad, construir comunidad?; a fin de cuentas una comunidad no es, ni mucho menos, una simple aglomeración de viviendas concebidas desde el eufemismo del “interés social”.

¿Cómo aborda, entonces, la *Declaración*, en sus 241 principios, el tema de las exigencias de la banca mundial, cuando afirma que, a partir de ella, se inicia “una nueva era de cooperación dentro de una filosofía de la solidaridad?” (*Estambul*. Principio N° 15); ¿sobre que principio de realidad se puede afirmar, con certeza, que “al acercarnos al siglo XXI, ofrecemos una visión positiva del desarrollo de asentamientos humanos sostenibles, la esperanza de un futuro común y una exhortación a participar en una empresa de indudable valor e interés, la de construir mancomunadamente un mundo en el que todos vivan en un hogar seguro con la promesa de una vida decorosa en condiciones de dignidad, buena salud, seguridad, felicidad y esperanza?” (Ibídem); ¿cómo conciliar esto con los beneficios que, específicamente en los países del Sur, espera recoger el sistema financiero local en sus variantes formales e informales con las políticas de vivienda a bajo costo (no hablemos de su compromiso y aporte al sistema financiero internacional). A este respecto,

consideramos menos importante aludir al papel de los bancos y sus líneas de crédito (tema ampliamente tratado y conocido), como reseñar el protagonismo que, especialmente en América Latina, cobran aspectos tan sutiles y, normalmente, poco tenidos en cuenta, dentro de la lógica del mercado (aunque fundamentales en términos sociales y económicos), como el que en el sector informal cumplen, por ejemplo, las prenderías involucradas con la adquisición de vivienda a bajo costo con base en la adquisición agiotista de grabadoras, televisores, anillos o licuadoras.

La conclusión es simple, no es posible enfrentar, de manera sectorial, la pobreza social y el deterioro ambiental en que se encuentran inmersos buena parte de los habitantes de los países del Sur, ya que el problema real que alienta esta doble situación es de naturaleza intrincada y, por lo mismo, multidimensional. Si bien el enorme déficit de vivienda digna en todo el mundo no da espera, la solución no puede venir, en ningún caso, de la simple construcción de casas, dado que el no enfrentar las causas estructurantes de la pobreza que lo genera, lo único que propicia es un mayor aumento de la demanda al continuar, en manera proporcional, el avance de la ésta. Muy alto es el precio que la globalización exige a los países de economías más pobres para entrar al exclusivo club de la “aldea global”; lo peor de todo, dado el actual orden de las cosas, es que, al parecer, no existe salida, es necesario pagar el precio, ya que “la sobrevivencia de la democracia”, o mejor, del orden vigente (nos lo ha recordado el presidente Bush a propósito de los atentados del 11 de Septiembre) depende de ello; ¿o será factible cambiar el orden vigente?, si esto es posible, ¿con qué medios?; ¿qué orden lo sustituiría; y, en tal caso, que garantía habría de que éste fuera mejor? La historia de las revoluciones del siglo XX, quizá excepción hecha de China, nos muestran el fracaso de tal tipo de operación; a lo mejor no se trata de cambiar un orden por otro sino de *deconstruir* el existente y de rehacerlo con un nuevo plano, un nuevo proyecto y unos nuevos medios que hagan posible que la humanidad entera tenga en él asiento y, de tal suerte, se beneficie por igual.

De cualquier forma, lo absurdo y suicida del sistema imperante, hace que, a pesar de todo, y por fortuna, cuente con resistencia (valga citar, tan sólo, el ejemplo del creciente movimiento antiglobalización), es que la ciega incorporación de la totalidad del planeta al régimen hegemónico existente, indicador del éxito de la economía de mercado, resulta, a corto plazo, un arma de doble filo; ¿hasta donde la inclusión de países como China e India (con sus miles de millones de consumidores potenciales) en el paradigma económico occidental no va a traer un alto costo social y ambiental?; ¿quién si no la economía de

mercado se beneficia con la incorporación de este gigantesco número de nuevos consumidores?; ¿quién se ha detenido a pensar en el alto costo ambiental para el planeta de tan gigantesco y repentino número de nuevos individuos dispuestos a adoptar nuestras pautas depredadoras de consumo? Suficiente tenemos con la demanda energética de los EE.UU (equivalente a la de dos Chinas y quince Indias, según reciente investigación hecha por la BBC) y su inconciencia ambiental (puesta de manifiesto, entre otras cosas, con su explícita negación a acoger el protocolo de Tokio orientado a regular y disminuir las emisiones contaminantes). La excusa que impone la globalización no puede ser más precaria, “el mundo entero tiene derecho a gozar de los beneficios de nuestra civilización”. Valiente beneficio estamos exportando cuando lo que en realidad fomentamos es el incremento de la pobreza, de la marginalidad y de formas cada vez más selectas y variadas de exclusión. Si bien todos tenemos derecho a gozar, “por igual” de los “beneficios del capitalismo”, entre todos debemos construir, también, un nuevo marco político y económico desde el cual tales beneficios no redunden en la inmisericorde expoliación de los recursos del planeta.

A este respecto cabe señalar que las cada vez mayores relaciones de interdependencia entre los distintos contextos, ventaja o desventaja de la globalización, dependiendo de donde se mire, hacen necesario la generación de pactos estratégicos, de alianzas temporales coyunturalmente alentadas por uno u otro móvil; ya que, al parecer, por muchas *Cartas, Agendas, Protocolos, Acuerdos o Declaraciones* que firmemos (hemos presentado aquí, apenas, un somero balance) frente a objetivos determinados y concretos en la mira de alcanzar el DS, siempre existe, en el fondo, un “límite de verdad”: la idea es aparentar que todo cambia para que, a la larga, nada lo haga. De cualquier forma, y mientras construimos un nuevo orden mundial, es necesario pagar el precio por entrar al juego impuesto por el sistema, la alternativa es evidente: o nos “globalizamos” o desaparecemos, el asunto radica, al parecer, en términos de cómo hacerlo a partir de las ventajas comparativas y especificidades locales y no a costa de la pérdida de todo reducto de “identidad local” (**Lámina 36**); ¿cómo servirnos de las ventajas de la globalización, por que las tiene (otro asunto es su ideario Neoliberal), sin ser apabullados por ésta?.



Fuente: Revista Ecológica N° 8 (1991)

El problema radica en que quienes directamente “pagan”, paradójicamente, son los excluidos, aquellos a quienes, sin que nadie les preguntara si estaban dispuesto, o no, a acogerse a las exigencias de los “ajustes estructurales”, se les pasa factura por ostentar el “honroso” título de pobres; y decimos “honroso”, porque en el argot de la globalización la pobreza cobra un *estatus*; no es gratuita la pléyade de ONGs y *Oficinas de Cooperación Internacional* que se han enriquecido a costa de ella; sirva de ejemplo el caso de la *Agencia Española de Cooperación* que, según datos de *IEPALA (Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África)*, en el año 99, por cada peseta invertida en proyectos de Cooperación (en ese año todavía existía la peseta), recibió nueve a cambio. La realidad que nos presenta la globalización, a este respecto, es elocuente, y se puede expresar en tres afirmaciones categóricas: el Siglo XXI es el siglo de los pobres; la pobreza es el mejor de los negocios; y, derivada de esta última; como todo negocio, no se enfrenta sino que se administra.

El asunto es que un nuevo orden no se puede construir cuando el anterior finaliza, ya que ésta situación es, desde todo punto de vista, una imposibilidad histórica (los ordenes políticos y económicos, por sí mismos no finalizan); como lo demuestra el concepto mismo de *re-volución* que supone, de hecho, la puesta en marcha de una “vuelta sobre sí” al interior de un determinado esquema, u orden de cosas; “vuelta” que implica el reemplazo de dicho orden por la imposición de uno nuevo. Ahora bien, ¿sería, no digamos “deseable”,

sino a caso, factible, que ocurriera una revolución, en el sentido clásico del término, para que cambiase el actual orden de las cosas y, en tal caso, lo que sería dado de esperar como salida para latinoamerica al inequitativo orden Neoliberal tendría que venir de un eventual liderazgo mesiánico cargado de heroísmo poético como el de Fidel Castro o el “Ché Guevara”? La verdad, creemos que este esquema ya no es válido para el mundo global de hoy en día, inmerso y permeado por infinidad de sistemas de redes en donde las apuestas individuales resultan, cada vez más, inocuas e inefectivas.

¿Por qué no pensar, mejor, en un sistema de redes capaz de insertarse al interior del esquema global (de hecho, poblado de redes), y promover, desde su interior, una progresiva deconstrucción del esquema vigente sirviéndose de sus intersticios y apoyándose en sus dispositivos, agenciamientos y sistemas de movilidad? En este sentido quizá, más efectivo que la consabida idea de constituir “bloques económicos de pobres”, fuese más efectivo el establecer alianzas regionales sobre la base de intereses comunes (tanto a los pobres como a los ricos); verbigracia el canal interoceánico que, en reemplazo del de Panamá, se planea construir en Colombia; la explotación de la cuenca del pacífico; la conservación y explotación de los recursos minerales y ambientales que, por ejemplo, ofrece la amazonia; o, ¿por qué no? La propia lucha contra la pobreza; de hecho, no sólo cada vez menos contenida y circunscrita a los llamados países en “vía de desarrollo” (puesto que la misma se “exporta” a los países del Norte, de manera incremental, a través de unos flujos migratorios, cada vez más difíciles de frenar), sino cada vez más incisiva en términos de su impacto en el escenario global, toda vez que su concentración supone una carga “extra” para los ecosistemas de base; los cuales, de suyo constituyen la propia base ecológica que soporta la humanidad.

Hemos perdido mucho tiempo en el aparente “enfrentamiento contra la injusticia social” que, de manera moralista (aunque siguiendo, por supuesto, una doble moral), ha conducido (siguiendo el imaginario poético de la “alianza para el progreso”), los últimos cuarenta años, tanto los esfuerzos desarrollistas de las naciones del Sur, como los de la “cooperación internacional” de los países del Norte. Bajo la ficción del “combate contra la pobreza”, hemos dejado de lado el problema estructural al interior de ella derivado de nuestra manera depredadora de abordar la explotación de los recursos naturales y, con ella, no sólo nuestro modo de abordar el tema del derecho al suelo (tanto a su propiedad como a su uso), sino el propio modo en que, siguiendo el modelo de acumulación incremental; o, lo que es lo mismo, de concentración de la riqueza, impuesto por el capitalismo, supone unas

inequitativas pautas de producción, comercialización y, desde luego, consumo.

No obstante, nuestra preocupación ecologista (preferiríamos llamarla ambientalista), dista mucho de pretender reforzar la idea “global” de que América Latina merece atención de la comunidad internacional por constituir, un “gigantesco parque natural” saturado de recursos potenciales, valga decir, para quienes administran el planeta; por el contrario, creemos que, su propia riqueza, aporta un importante valor a la hora de establecer acuerdos que a todos benefician (**Lámina 37**). Si bien resulta iluso pensar que los ricos estén dispuestos a compartir su riqueza, lo que no es tan iluso es hacer notar las consecuencias del desequilibrio que su concentración excesiva genera en términos del propio equilibrio ambiental que requiere y exige el planeta.

Lámina 37
«UN ARBOLITO, DOS ARBOLITOS, TRES ARBOLITOS...»



Fuente: Revista Ecológica N° 15 (1993)

Lo paradójico es que documentos de la talla del que ostenta la *Declaración de Estambul* no son ignorantes de esta situación, ya que cuando en ésta se reconoce que “aunque las causas estructurales de los problemas deben abordarse a nivel nacional e internacional, los progresos dependerán, en gran medida, de las autoridades locales; de la participación cívica y del establecimiento de asociaciones, a todos los niveles, entre la administración pública y el sector privado (cooperativas, organizaciones no

gubernamentales y comunitarias, trabajadores y empresarios, y sociedad civil en general)” (*Estambul*. Principio 56), se está aludiendo a la que, al parecer, resulta ser la única salida al inequitativo y avasallador esquema Neoliberal; es decir, *al fortalecimiento del poder local, vía su capacidad de liderazgo, con miras a la constitución de frentes comunes ante enemigos que también lo son; operación que, entre otras cosas desencadenen pactos regionales y constitución de bloques alternativos con soluciones endémicas a los problemas sobre la base de una franca y decidida Agenda de cooperación Sur-Sur, desde la cual se establezcan los términos de referencia para la necesaria interacción con los países del Norte.*

A este respecto, la propia *Declaración*, en su principio N° 109, destaca que, “entre los instrumentos para lograr un desarrollo físicamente más equilibrado figuran, no sólo políticas urbanas y regionales específicas y medidas jurídicas, económicas, financieras, culturales y de otro tipo, sino también métodos innovadores de planificación y diseño de ciudades, desarrollo, renovación y ordenación urbanos”; instrumentos que, como señala el mismo principio, más adelante, haciendo eco de los postulados de *Río*, se orienta a que “las políticas y los problemas nacionales, subnacionales y locales estén integrados. En este sentido, los Estados deben adoptar ampliamente el principio de precaución estipulado en *la Declaración de Río sobre Medio Ambiente y Desarrollo*, según su capacidad, y es conveniente que recurran a evaluaciones de los efectos ambientales y sociales”.

Sin embargo, como ya hemos señalado, todos estos bien intencionados intentos, a los que se suma la *Declaración de Estambul*, no seguirán siendo más que eso si no se adopta un nuevo modelo de desarrollo económico; ¿por qué ocuparse de generar estrategias para “pinchar” las denominadas “bolsas de pobreza” (concepto tan querido por las economías del Norte) cuando lo que resulta a todas luces necesario es “pinchar” las “bolsas de riqueza” e impedir que la primera, de tal suerte, se riegue?; ¿no es acaso la pobreza la que predomina, siendo en tal medida la riqueza concentrada la excepción? El problema, insistimos en ello, no es el “subdesarrollo”, como nos ha hecho creer la jerga “desarrollista”, sino las pautas de crecimiento, expansión y acumulación sobre las que nuestra particular idea de “desarrollo” ha fijado sus derroteros de producción, comercialización y consumo, a la luz de un modelo específico de organización Estatal y social.

De cualquier forma, hay que reconocerlo, la *Declaración de Estambul* constituye, sin lugar a dudas, el más exhaustivo, detallado y juicioso conjunto de planteamientos, propuestas y estrategias compilado en cualquiera de los anteriores eventos internacionales de este tipo; lo que la hace la más importante herramienta, en el deseado caso de que se utilice, para frenar lo gravísimos problemas que, hoy en día, caracterizan y definen el hábitat mundial (particularmente entre los pobres). En tal medida, y a pesar de su escasa viabilidad política, dadas las circunstancias y exigencias que las reglas del mercado global han impuesto, siempre es mejor que exista a que crezca una globalización toda vía más peligrosa de la que hasta ahora conocemos: la globalización del silencio y la indiferencia.

7.9 Problemas y ambigüedades inherentes al concepto de Desarrollo Sustentable.

La noción de *desarrollo* es, sin lugar a dudas, una de las más ambiguas y complejas al interior de las ciencias sociales. Acuñada en el siglo XX como consecuencia de la dinámica social y económica suscitada mundialmente por la revolución industrial, se convirtió, a partir de la Segunda Guerra Mundial, en el estandarte que, bajo el deseo de constituir un orden global, Occidente, en cabeza de su nación más poderosa, los EE.UU, impulsó toda una serie de acciones orientadas, principalmente, a la recuperación de Europa y, con posterioridad, a mejorar las condiciones de vida de las naciones “más atrasadas”. De este modo, el concepto de desarrollo se convierte en uno de los principales aspectos ideológicos que han caracterizado, en los últimos años, los conflictos Este-Oeste (la pelea es por quién administra el “subdesarrollo”) y, a partir de allí, los conflictos, Norte-Sur.

Su ideario fundamental aparece consignado en la Doctrina Truman que afirmaba la necesidad de “crear las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades “avanzadas”; es decir, altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y la adopción generalizada de la producción y los valores culturales modernos” (Escobar, 1998. pp. 19-20). Lo que representó para los modos de vida de las sociedades “más atrasadas” un efecto similar al que tuvo en el patrimonio histórico chino la Revolución Cultural y su política “modernizadora”.⁸²

⁸² Nos referimos a las enormes secuelas sociales y culturales que una política de “barrido” del patrimonio existente o, para el caso, de “homogenización cultural”, ocasiona en la autoafirmación de los pueblos; toda vez que ésta se fundamenta en el hecho de lo que, como sociedad, estos han construido

La consecuencia de esta política mundial no se hizo esperar en las naciones de economías más pobres, una irracional carrera modernizadora que, dadas sus específicas condiciones políticas, económicas y sociales, no podía generar más que un efecto de “modernismo sin modernidad”, ya que mientras la inversión en obras de infraestructura y en la industria se disparaba (de la mano con el deterioro ambiental) la inversión social decaía, pues la prioridad consistía en pasar sin escalas “de la mula al jet”, y el “progreso” suponía un derrotero de índole exclusivamente técnico-tecnológico orientado a la productividad *per se*. Obviamente, pronto se dejó sentir la enorme brecha existente entre *desarrollo y crecimiento económico* pues los indicadores, que asumían estos dos conceptos como correlativos, no contemplaban el acceso al empleo, la salud, la educación, la calidad ambiental e, incluso, los derechos humanos, como variables fundamentales a tener en cuenta.

Por lo anterior, quizá el principal problema que subyace, a la hora de usar el término, estriba en la noción de *valor* que, a través de él, se pone en juego y, consecuentemente, en aclarar ¿qué idea de desarrollo es la que se defiende? Entran aquí dos características básicas desde las cuales, en opinión de Álvarez y Mendieta (1998) es posible entender el desarrollo en cuanto éste puede considerarse *relativo o multifacético*. En el primer caso, estableciendo la relación de éste con el contexto en el que se inscribe en sus diferentes escalas; y, en el segundo, centrando la atención en toda la serie de variables e índices sensibles a la polidimensionalidad de aspectos que, de hecho, el concepto mismo supone. En cualquier caso, la idea de desarrollo debe entenderse como un “*asunto social*” y, como una “*construcción colectiva*” que, en todo, ha de responder en su filosofía e instrumentos con derroteros y expectativas sociales a través de los cuales un determinado grupo humano establece su relación con el entorno. En este sentido ha de considerarse el desarrollo, que, por lo dicho, es siempre un desarrollo social, como un desarrollo ambiental (tema del que nos ocuparemos más adelante).

Por lo pronto, volvamos al tema del *desarrollo* propiamente tal y a su relación con el concepto de *sustentabilidad*. En este sentido habría que decir, en honor a una rápida revisión de los antecedentes que precedieron el matrimonio entre estos dos conceptos; que al mismo no se llegó sino a través de toda una serie de experimentos alternativos cuyo común denominador era la búsqueda de un nuevo sentido para el concepto que se acercara

históricamente. Es allí; en la construcción histórico-social, donde la confrontación con el mundo exterior tiene sentido, en tanto base de sus ventajas comparativas y potencialidades locales.

más a esa, su connatural “dimensión humana”, de la cual nunca debió apartarse. Es así que paulatinamente van apareciendo conceptos como *Desarrollo Comunitario*, *Socialista*, *Participativo* o, *Ecodesarrollo*, pariente más cercano, éste último, del que aquí nos ocupa, y del que cabe señalar su origen en 1973 gracias a las tesis de Maurice Strong, quien consideraba el medio ambiente como contexto fundamental para la planificación del desarrollo, a la vez que como objetivo fundamental del mismo.

Surge entonces, con el *Ecodesarrollo*, un estilo de desarrollo; o mejor, una particular manera de concebirlo a través del establecimiento de puntos comunes entre las leyes que rigen las ciencias naturales y aquellas que definen el campo de las ciencias sociales, encargado de establecer, precisamente, este “puente”; lo que significó, sin duda, su principal aporte. En esta medida brindó “una respuesta a la necesidad de poner en consonancia los procesos ecológicos y los procesos socio-económicos para maximizar las productividades de ambos sistemas con el fin de satisfacer las necesidades básicas de la población a corto, mediano y largo plazo” (Álvarez y Mendieta citando documento inédito de Jaime Hurtubia. Op. Cit. pp. 14). Pretensión que, a la luz de un somero balance de las consecuencias del modelo de desarrollo vigente, en lo que respecta, en palabras de Guimarães (Op. Cit.), a su carácter “depredador de los ecosistemas, socialmente perverso y políticamente injusto”, resulta bastante ingenua, dada la preminencia de un contexto eminentemente violento para sus fines y, en todo, agresor con sus recursos y posibilidades.

En este orden de ideas, y dentro de la aspiración de conciliar desarrollo económico y desarrollo ambiental (entendido desde nuestra perspectiva como desarrollo social) con proyecto político; o dicho de otro modo, de considerar el desarrollo del medio ambiente y sus recursos como una variable fundamental del sistema económico-social al servicio de una nueva estrategia (y no de un deseable nuevo modelo económico) que garantice la preservación de los recursos para las generaciones venideras sin escatimar en la satisfacción de las necesidades actuales surge, en 1987, de acuerdo a lo ya señalado, el concepto de *Desarrollo Sustentable* o *Sostenible* (*Sustainable*), dependiendo, como anotamos, de qué lado del mar se le mire. Concepto que, en palabras de Herman Daly, puede expresarse como la búsqueda del “mejoramiento cualitativo sin un incremento cuantitativo que esté más allá de cierta escala que sobrepase la capacidad de sustentación, es decir, la capacidad del ambiente para generar los insumos de materias primas y abordar los desechos humanos” (Daly, 1992. pp. 100).

Si algo caracteriza este nuevo estilo de desarrollo es su carácter eminentemente dinámico; lo cual contrasta, en todo, con una idea estática de inanimada y definitiva armonía donde “al fin el conflicto entre naturaleza y sociedad ha sido superado”. Por el contrario, éste supone un proceso de cambio y ajuste permanente acorde con las distintas dinámicas políticas, económicas, tecnológicas y sociales presentes en las relaciones que establecemos con el entorno, en sus diferentes escalas, y en atención a las necesidades tanto presentes como futuras. Más allá de pretender actualizar el viejo paradigma de la “*economía ecológica*” que alentaba la idea del “*ecodesarrollo*”, se preocupa, más bien, por consolidar una relación con las ciencias sociales basada, según Álvarez y Mendieta, (Op. Cit), en la determinación de diferentes tipos o enfoques de sustentabilidad:

La Sustentabilidad Social, entendida como la obtención de un desarrollo acorde con los respectivos satisfactores consensuados socialmente a la luz de un proyecto territorial colectivo.

La Sustentabilidad Económica, referida a la satisfacción de los indicadores propuestos, en cada caso, sobre la idea de garantizar un flujo permanente e incremental de capital en la inversión pública y privada, con base, por ejemplo, en programas diversificados de bioindustrialización descentralizada que permitan afianzar unidades productivas en pequeña escala (concentrar la producción en pequeñas unidades económicas interconectadas).

La Sustentabilidad Ecológica, remitida a la utilización de tecnologías y recursos apropiados, reducción de consumos innecesarios y, sobre todo, a la educación comunitaria.

La Sustentabilidad Geográfica, asumida como la distribución espacial equilibrada de la población y de los sistemas de producción, en relación con la capacidad de carga de los respectivos ecosistemas y teniendo como base las dinámicas ejercidas por las nuevas configuraciones urbano-regionales.

La Sustentabilidad Cultural, entendida como la íntima relación entre las múltiples formas de la ideosincracia local y el espacio físico- territorial del que las comunidades se sirven y, gracias al cual, en gran medida, se caracterizan.

Conceptos a los que, finalmente, añadiríamos, la *Sustentabilidad Política*, entendida como la necesidad de continuidad retroalimentada y autocrítica, de un proyecto

concertado de sociedad en el espacio donde, de manera equitativa, se aborde el tema tanto de la democratización de la sociedad como la del Estado a través de un decidido proceso de construcción de ciudadanía. En el primer caso (el de la democratización de la sociedad), fortaleciendo las organizaciones sociales y comunitarias en lo pertinente a su capacitación para la concertación y la toma de decisiones, así como garantizando la redistribución de los recursos, las oportunidades y la información. En el segundo (el de la democratización del Estado), promoviendo y posibilitando la apertura del aparato estatal a la efectiva participación de la ciudadanía, haciendo efectivo, para ello, el concepto de “responsabilidad política” en la actividad pública y modernizando tanto el sistema electoral como el propio sistema de partidos políticos.

Es así que, la urgente necesidad de caracterizar el concepto de *sustentabilidad* en cuanto tal (en su origen un tanto vago e impreciso), con el fin de hacerlo operativo y así, medir sus alcances y resultados, hizo que no sólo se establecieran las anteriores precisiones, sino que, la propia CEPAL presentara, en 1990, una propuesta de desarrollo para la región impulsada en la transformación de las estructuras productivas dentro del marco de alcanzar, dentro del marco de una más precisa idea de *sustentabilidad*, una *progresiva equidad social en sus dimensiones ambientales, geográficas y espaciales*. Propuesta que derivó en una “declaración de principios” en la cual, entre otras cosas se señalaba la necesidad de: superar el antagonismo entre la preocupación ambiental y el objetivo del desarrollo; determinar la relación progresiva entre los seres humanos y la naturaleza partiendo de la escala individual para ir asumiendo compromisos con la comunidad, el municipio, la región, la nación y, finalmente, con el marco internacional. Asumiendo, de paso, el carácter regional del origen de los problemas (si bien reconociendo su impacto global), en tanto se deriva de circunstancias locales diversas y relativas, entre otras cosas, al nivel de desarrollo en el cual los distintos países se encuentran. Consideración a la que, en consecuencia, se suma *la necesidad de asumir la preocupación ambiental, dentro de los procesos de desarrollo de cada país y región, de una manera diferenciada, aunque sistémica en su conjunto, que incluya la determinación de una política económica consecuente, la gestión de los recursos naturales, la innovación tecnológica, la participación ciudadana, la educación, la consolidación de las instituciones, la inversión y la investigación*.

De otra parte las críticas al modelo del “desarrollo sustentable” no se han hecho esperar. Es así como para Nixon, presidente del *Club de Roma* de Canadá, es claro que si

bien el tratamiento adecuado del tema ambiental es una necesidad innegable, éste no puede concentrarse en una mirada antropocéntrica de los problemas, lo que significa que, para él, el hombre no puede seguir siendo el centro del debate en torno al desarrollo sino que más bien éste debe centrarse en la ecósfera, marcando así una perspectiva *ecocéntrica* del desarrollo. La posición de Nixon se basa en la propia ambigüedad del concepto de DS, dado que su posición frente al medio ambiente no es clara ni, mucho menos, firme, ya que según él, y con razón, no se puede esperar que la especie humana corrija el daño producido a la ecósfera mientras al mismo tiempo goza de los frutos que le proporciona el desarrollo alcanzado de esta manera; lo que nuevamente pone el debate, no tanto en el DS, sino en la vigencia o no de un estilo de desarrollo en todo depredador del medio ambiente, a la vez que cómplice del incremento en la desigualdad y las contradicciones sociales.

Para Nixon no se trata, por tanto, de “elevar el desarrollo” aumentando la explotación desmesurada de los recursos, sino de equidistribuir las posibilidades y la riqueza. En otro sentido, ¿como esperar de los países con situaciones de pobreza más acuciante que se ocupen de la recuperación de la ecósfera cuando su problemática sentida tiene que ver directamente con su combate al hambre?; en este mismo sentido, ¿qué podrían esperar los países más desarrollados, en lo que respecta a su “preocupación ecosférica”, si el 80% de la población mundial (que, de hecho, se encuentra en la pobreza) adquiriera sus hábitos de consumo y siguiera la vía de su particular estilo de desarrollo? (Lámina 38).

Lámina 38
«UN MUNDO BAJO EL MUNDO»



Fuente: Revista Ecológica N° 14 (1993).

La situación es clara, no es la preocupación por la biósfera o por la pobreza y la injusticia social lo que lleva a los países del “Primer Mundo” a promover el DS en el “Tercero” sino una cuestión elemental de sobrevivencia y egoísmo; situación que cuenta con un agravante más y es el inherente al pacto corrupto propio del sistema capitalista en su versión Neoliberal, ¿cómo garantizar la *sustentabilidad* si antes no se cambia el modelo de desarrollo vigente que, a todas luces, promueve el mundo desarrollado y que no busca otra cosa que mantener las relaciones de dependencia y subordinación de los más pobres? Para nadie es un secreto que “los intereses de las transnacionales, el poder de algunos Estados y el establecimiento de un orden mundial antagonizan, en la mayoría de los casos, con los intereses de las comunidades locales y nacionales que reclaman salidas reales a situaciones complejas de calidad de vida, lo cual impide arribar a acuerdos concretos que sean flexibles de acuerdo a la realidad de cada población (Álvarez y Mendieta. Op. Cit. pp. 17).

Pero la crítica mas acérrima contra el DS la plantea la corriente “ecofundamentalista” que encabezan autores como Martínez Alier (1992), o Rich (1994), expositores del llamado “anarco populismo ecológico”, o “*Ecologismo Popular*”, una de las ramas de la *Economía Ecológica*, para quienes la tesis fundamental del *Informe Brundtland*, de que la pobreza será eliminada por el crecimiento económico (y no por la redistribución a nivel mundial) puede ser contraproducente por razones ecológicas dado que continua alentando el modelo vigente de explotación de recursos. Critican estos autores, además, el carácter ideológico y relativo de afirmaciones como “capacidad de sustentación”, o el mismo concepto de “desarrollo sustentable”, en lo que tiene que ver con su aplicación selectiva afirmando que son intentos de “biologizar” la desigualdad social. En este orden de ideas, la crítica hace eco de una verdad de apuño y es que no podemos desconocer el hecho de que el DS resulta ser el término de moda para satisfacer las exigencias morales de la ecotecnocracia mundial puesta al servicio de la social-democracia europea, y sus aliados, en el debate económico-ecológico internacional ya que, al fin y al cabo

Por un lado todos concuerdan que el estilo actual se ha agotado y es decididamente insustentable, no sólo desde el punto de vista económico y ambiental, sino que, principalmente, en lo que se refiere a la justicia social. Por el otro, no se adoptan las medidas indispensables para la transformación de las instituciones económicas, sociales y políticas que dieron sustentación al estilo vigente. A lo más, se hace uso

de la noción de sustentabilidad para introducir lo que equivaldría a una restricción ambiental en el proceso de acumulación capitalista, sin afrontar todavía los procesos institucionales y políticos que regulan la propiedad, así como el control, acceso y uso de los recursos naturales. Tampoco se hacen evidentes las acciones indispensables para cambiar los patrones de consumo en los países industrializados, los cuales, como es sabido, determinan la internacionalización del estilo. Hasta el momento, lo que se ve, son transformaciones cosméticas tendientes a “enverdecer” el estilo actual, sin de hecho propiciar los cambios a los que se habían comprometido los gobiernos representados en *Río* (Guimarães, Op. Cit. pp. 14).

Al fin y al cabo no hay que olvidar que las leyes del capitalismo son implacables ya que tienden, necesariamente, a asociar crecimiento con desarrollo (delicado estigma con el que cargan, particularmente, las ciudades del “Tercer Mundo”), toda vez que la sociedad capitalista no funciona sin la necesaria orientación del primero hacia una idea modélica del segundo; es decir, “sin generar y reinvertir a partir de la masa del excedente económico incesantemente mayor, para lo cual requiere incorporar permanentemente innovaciones tecnológicas de todo tipo” (Monteiro, Op. Cit).

Lo que ocurre, entonces, es la sucesión de un acumulativo proceso de experiencias autocorrectivas que garantizan, no sólo la continuidad del modelo de acumulación de capital sino que, incluso, y, por lo mismo, incorporan las metamorfosis del caso necesarias en los patrones de acumulación para afirmar y legitimar los múltiples modos en que se pone a prueba el estilo de desarrollo vigente. Situación que, de manera ingenua, desconoce la concepción revolucionaria de la “modernización ecológica”, al proponer como una salida a la crisis ambiental el estancamiento de la economía bajo la figura del famoso “crecimiento cero”. Insistir que el problema es el crecimiento y no el modelo económico en que este se basa resulta, en todo, una posición chauvinista y equivale a declarar como enemigo del medio ambiente a las ciudades, sin más, y no a la forma en que en ellas se espacializa el drama de la relación entre las materias primas, la tecnología, la sociedad y el capital.

A pesar de lo anterior, no cabe duda que, desde hace mucho tiempo, no se confunden, al menos en el discurso teórico, crecimiento y desarrollo económico, dado que

mientras el segundo se concibe como un proceso dinámico a largo plazo que incluye, tanto el crecimiento económico propiamente tal como toda una serie de profundas transformaciones estructurales e institucionales que, en últimas, garantizan el proceso ascendente del sistema social como un todo (Myrdal, 1968), el primero es, solamente, la expresión sensible (la cara visible) del proceso; en otras palabras, *todo desarrollo económico supone crecimiento, pero no todo crecimiento supone desarrollo económico*. Situación equiparable a la habitual confusión entre *Desarrollo Sustentable* y “Desarrollo Autosostenido”, concepto ya usado en la década de los cincuenta para aludir al “proceso simultáneo de aumento de la renta y de las transformaciones cualitativas y cuantitativas socioestructurales que persiste por tiempo relativamente largo, revitalizado por determinantes de gestación endógena que garanticen el mantenimiento de ese dinamismo” (Hirschman, 1958), de donde se asumiría que una vez que los prerequisites y condiciones necesarias para el desarrollo se ponen en marcha, éste se comporta como una especie de “irrefrenable espiral ascendente”; afirmación en sí misma cuestionable dado que tanto las “precondiciones”, como el proceso mismo, se inscriben dentro de unas determinadas circunstancias históricas, lo que hace, necesariamente, que este varíe, se ajuste, modifique, lentifique o, incluso se detenga y hasta llegue a generar procesos de lo que pudiéramos denominar “anti-desarrollo”, en tanto que se convierta en obstáculo a la generación de nuevas dinámicas y procesos.

Lo cierto es que, desde hace tiempo, los propios defensores de la economía de mercado que tiempo atrás defendían la relación biunívoca entre desarrollo y crecimiento, al punto de llegar a confundir ambos conceptos, resultan ser hoy en día sus principales detractores, como nos lo recuerda Manuel Castells cuando afirma que, “nos encontramos en una economía global profundamente transformada y una cultura en la que ya no identificamos desarrollo con crecimiento” (Castells, 1994). Confusión que en su momento alentara la utilización indistinta de conceptos tan diferentes como *desarrollo sostenible* (mejorar la calidad de vida humana sin rebasar la capacidad de carga de los sistemas que la sustentan), *crecimiento sostenible* (concepto contradictorio ya que nada físico puede crecer indefinidamente) y *uso sostenible* (concepto sólo aplicable a los recursos renovables en tanto su utilización signifique no rebasar su capacidad de renovación), para no hablar de la nada sutil confusión existente (vigente hoy en día) entre los términos *sostenible* y *sustentable* de la que ya hemos hablado.

La verdad es que después de muchos años de acalorado debate en torno a la necesidad de claridad respecto del uso universal del concepto, no se ha llegado a un consenso satisfactorio al respecto, ya que *sustentabilidad* y *Desarrollo Sustentable* son interpretados de manera diversa según los puntos de partida, los paradigmas asumidos en cada caso, los objetivos que se pretendan conseguir y lo que sus significados puedan diferir geográfica, epistemológica y disciplinarmente. A este respecto, Myers anota que la complejidad del concepto se basa en la simultaneidad de asociaciones que libremente establece como por ejemplo: “entre problemas ambientales de diferente naturaleza, entre distintas esferas de la actividad humana, entre el mundo desarrollado y el que lo está en menor grado, entre la generación presente y la futura, entre la protección de los recursos naturales y las necesidades básicas humanas, entre la ecología y la economía y, finalmente, entre la eficiencia económica y la equidad social” (Myers, 1993).

Como quiera que sea, según estudios realizados en la Universidad de Princeton, al parecer, los problemas ambientales y, con ellos, la contaminación, “aumentan durante las primeras etapas del desarrollo de un país y comienzan a disminuir en la medida en que se obtienen recursos adecuados para enfrentar los problemas derivados de ésta” (Bradsher, 1991), lo que ocurre en este caso, según Field (1994), es que “en niveles bajos de renta las personas tienden a dar mayor importancia al desarrollo en detrimento de la calidad ambiental, pero así que alcancen gran riqueza ellas estarán propensas a dedicar sustanciales recursos para la mejoría de la calidad ambiental”; situación que, por lo visto, impone un dramático sino, sobre todo a las ciudades del “Tercer Mundo”, en lo concerniente a la aparente inevitabilidad (que nos negamos a aceptar resulte connatural a la pobreza) de tener que “inventarse una enfermedad para así tener que buscarle el remedio”.

En este orden de ideas, no nos satisface, ni mucho menos, esta especie de fatalismo histórico determinista y, por lo mismo, consideramos una prioridad indiscutible, el atender a la urgente necesidad de que, a la vez que se integre el componente ambiental en los proyectos de desarrollo, acorde con una política coherente en este sentido, *se establezcan mecanismos pedagógicos tanto preventivos como correctivos que se encarguen de construir en la ciudadanía una clara conciencia cívico-ambiental que no resulte un “lujo”, por “estar de espaldas” a la pléyade de necesidades básicas insatisfechas que afecta a la mayoría de la población de estas ciudades sino que, por el contrario, contemple la calidad medio ambiental como una más de ellas*. Lo que es inadmisibles, en cualquier caso, es aceptar, “con base en las evidencias científicas” que arguyen muchos de los expertos y

consejeros al servicio de las economías del Norte, apoyándose en el “principio de precaución” (que tan cómodamente les sirve a éstas para lavarse las manos frente a los problemas), el aconsejar “frenar el crecimiento económico de los países con las economías más pobres como único recurso para combatir los males ambientales que a todos afectan”.

A este respecto, Monteiro propone cuatro estrategias que, a nuestro modo de ver, resultan pertinentes, tanto para rescatar el efecto, a todas luces positivo de la aplicación de los principios de sustentabilidad económica, social, política y ambiental, implícitos en la *Carta de Río*, como para enfrentar los efectos derivados, en gran parte, de la falta de operacionalización de los mismos, dado el impacto nocivo que la ya mencionada política de doble moral, de la que ya hemos hablado, tiene sobre ellos:

a. Establecer los impactos socio-ambientales desencadenables potencialmente por parte de los distintos proyectos derivados de las actividades propias de la infraestructura económica, promoviendo medidas e inversiones adicionales compensatorias, a la vez que minimizadoras de los efectos negativos y maximizadoras de las externalidades positivas.

b. Establecer directrices sustentables para la elaboración de proyectos productivos que tengan como resultado indirecto la generación de nuevos proyectos, en ese sentido, dentro del concepto de líneas estratégicas proyectuales.

c. Caracterizar y particularizar, previa definición de un adecuado sistema de prerequisites y ponderación, áreas adecuadas o no, para la realización de determinadas actividades económicas desde la perspectiva del “zoneamiento económico-ecológico”, y

d. Crear incentivos, tanto a nivel de subsidios y créditos con bajas tasas de interés, como a nivel de eventuales excensiones o disminuciones tributarias para la realización de proyectos ambientalmente recomendables (Monteiro, Op. Cit).

Estrategias a las que añadiríamos, previa determinación de una política al respecto, la exigencia, por parte de las instancias promotoras y/o financiadoras de los proyectos, de la determinación, en los mismos, de lo que denominaremos un “saldo ambiental”; entendiendo por éste, no sólo el uso e implementación de “tecnologías limpias” en sus distintos procesos, sino la carga en el proceso mismo de un “plus ambiental” que exceda los límites del proceso en cuanto tal, demostrando su aporte no sólo a la productividad económica sino también al bienestar social.

Desde esta perspectiva es necesario recalcar que la tecnología no tiene que ser, ni mucho menos, el “enemigo” de la sustentabilidad (como quieren hacer ver algunas escuelas preservacionistas que descartan, de plano, la posibilidad que la tecnología como tal ofrece para enfrentar muchos de los problemas ambientales derivados de la acción antrópica), toda vez que el progreso tecnológico (aunque, como hemos señalado, no de forma exclusiva) está mandado, hoy en día, a cumplir un importante papel en este sentido, ya que las nuevas tecnologías son, en gran medida, más limpias que las pasadas y presentan un uso más eficiente de la energía, como puede constatare, por ejemplo, con el “Modelo Económico del Uso Futuro de la Energía” propuesto por Manne y Richels (1992), en el que se prevee la producción de la energía eléctrica con base en cinco tecnologías existentes y cuatro futuras, reformando, con esto, la matriz energética vigente. En este mismo sentido no se puede desconocer el papel de la tecnología en el caso de la recuperación de áreas desérticas, así como en el campo de la energía hidráulica o la biomasa, en lo pertinente a temas como el control de la contaminación vehicular, la generación de sistemas combustibles de contaminación moderada o no contaminantes y, en el orden doméstico, el diseño de refrigeradores, estufas y otros electrodomésticos de bajo consumo regulados bajo sofisticados sistemas de termostatos.

No obstante lo anteriormente expuesto, si el famoso *Informe Brundtland* (donde, como hemos dicho, se generaliza el concepto de *sustentabilidad*) tiene un problema, éste es su énfasis excesivamente tecnocrático, en lo que respecta a la importancia, casi exclusiva, que le da a la adopción de medidas técnico-tecnológicas tanto en los ámbitos financieros como en los institucionales, por encima del cuestionamiento mismo al tema que, en verdad, late en el fondo: el análisis de las condiciones de posibilidad de continuidad del modelo vigente de crecimiento económico, así como las del proyecto político que lo alienta, a la luz de su capacidad, o no, de dar auténtica respuesta a las necesidades sentidas de la mayoría de la población.

Otro asunto que resulta eminentemente problemático con las pretensiones y anhelos del DS es el que tiene que ver con el concepto de “responsabilidad intergeneracional”, una de las principales banderas del *Informe Brundtland*, dado que si bien resulta altamente estimado por los países europeos (que, por cierto, cuentan con las tasas más bajas de natalidad en el mundo), a los ojos de los países del Sur resulta poco más que un “eufemismo burgués”, carente, en muchos casos, de “principio de realidad” pues, como señalamos en páginas anteriores, ¿a cuenta de que se han de priorizar las inciertas

circunstancias futuras sobre las más que evidentes carencias y necesidades actuales de estos países? Con todo, resulta más barato impedir la deforestación de los bosques tropicales que controlar o, más aún, frenar, las emisiones contaminantes de CO₂; para no hablar de los altos costos que supone la implementación de correctivos que asuman y enfrenten sus consecuencias directas.

El problema consiste, precisamente, en ¿quién debe asumir los mismos?, ¿el mercado internacional y su incesante demanda de insumos agroforestales o los países productores de materia prima que se ven forzados a expoliar inmisericordemente sus recursos naturales para entrar al juego del “mercado global”? A fin de cuentas, no olvidemos que resulta “excelente negocio para las Economías Desarrolladas (EDs), cosmética, paternalista y neocolonialmente intentar convencer a las Economías de Industrialización Emergente (EIEs) que acepten utopías importadas o panaceas tercermundistas insinuando, en la mejor de las hipótesis, la supervivencia de actividades económicas inviables bajo formas arcaicas o precapitalistas de producción” (Monteiro, Op. Cit). Por si fuera poco, la economía de los países que Monteiro denomina como EIEs, se ven todavía más presionadas por las “condicionantes verdes” (como el “certificado ambiental” de la *International Organization of Standardization*) que cínicamente impone el propio mercado internacional al levantar barreras adicionales al ingreso de importaciones provenientes de ellos, ya que la consigna parece ser “produzcan para nosotros no importa a que costo social y ambiental”; eso sí, siempre y cuando nos garanticen que se ha empleado “tecnología limpia” (la que, de paso, frecuentemente tendrá que ser importada..). Lo que resulta de aquí es la necesidad de imponer el modelo de DS en los países del Sur con el fin de mantener “sostenible” el *status quo* de los países del Norte.

Dos aspectos más que merecen destacarse, dentro de la muy variada gama de problemas inherentes al concepto en cuestión, son los que se derivan, en primer lugar, de la dificultad para que las leyes del mercado incluyan los costos ambientales en los precios de los bienes y servicios (lo que tendería a incidir peligrosamente en las pautas de consumo) y, en segundo término, el de la no incorporación de los propios costos ambientales (directos e indirectos) en el computo del Producto Nacional (lo que tiende a afectar, “peligrosamente” también, la renta interna y el sistema fiscal en su conjunto, incluido, dentro de él, aquel aspecto que, en manera directa, toca más de cerca al ciudadano común como es su dimensión tributaria).

En este sentido, si bien se han llevado a cabo intentos por incorporar ambos aspectos dentro de la política de DS (Ahmad, El Serafy y Luz, 1989, o Daly y Cobb, 1989) los resultados aún dejan mucho que desear dadas las múltiples dificultades surgidas con la cuantificación de las variables propuestas, toda vez que hasta el momento ha sido imposible establecer relaciones funcionales entre los elementos ambientales y los modelos vigentes de contabilidad social, particularmente en lo que respecta a sus consecuencias en el comportamiento temporal de las variables económicas así como en el manejo de las externalidades negativas derivadas del divorcio medio ambiente-desarrollo económico y social, lo que de hecho afecta de manera directa las formas de explotación así como las de comercialización y consumo.

Por lo que se ve, sólo se vislumbra una posibilidad para poner a interactuar estas dos caras de una misma e indivisible realidad (el desarrollo ambiental y el desarrollo social), y consiste, precisamente, en dotar a las mismas de un “sentido local” a partir de su redimensionamiento en términos de una escala que propicie su viabilidad económica, política y social. Nos referimos a lo que Max Neef denomina como “el espacio pequeño” (entendiendo por éste el contexto vecinal, barrial o, en cualquier caso, micro local); al parecer, la única escala que controlan (al menos hasta cierto punto) los actores locales. Esto sin demérito de que se lleve a cabo, también, una decidida acción de *lobby* por parte de los gobiernos de los países del Sur ante las instancias internacionales pertinentes (fundamentalmente Banco Mundial y Banco Interamericano de Desarrollo) donde, entre otras cosas, a la vez que se renegocien a partir de aquí, temas como el de la deuda externa (incorporando para ello figuras de condonación sobre la base de la realización de proyectos de desarrollo en estos países que, bajo la figura de “saldo ambiental”, beneficien el medio ambiente), se creen los escenarios idóneos de interlocución Norte- Sur para construir conjuntamente derroteros comunes en términos de una consensuada política macroeconómica a nivel mundial, ya que un somero diagnóstico de los instrumentos de política económica puestos en práctica por las economías más desarrolladas no contemplan medidas en este sentido que estén subordinadas a alcanzar los logros del DS.

Desgraciadamente, mientras exista el tapón impuesto por las economías más desarrolladas, no sólo a la formulación de estrategias que beneficien mutuamente al Norte y al Sur, sino a la equitativa y justa participación de ambos contextos en los beneficios de una economía saneada y reorientada desde esta perspectiva, el planteamiento anterior no dejará de ser más que una romántica utopía bien intencionada pero carente de principio de

realidad. Al parecer, la opción de los pobres, al menos mientras subsista este estado de cosas, resulta parecida a la estrategia de las hormigas, en el sentido de proponerse la consecución de logros conjuntos (impensables para individuos que actúan de forma aislada) y siempre sobre la base de insertar los mismos, en tanto esfuerzos locales, al interior de líneas específicas que ya estén andando y hayan demostrado su eficiencia y efectividad.

Para estos efectos, los países del Sur pueden introducir medidas, como por ejemplo, la valorización por beneficio general en proyectos de espacio público ambientalmente concebidos desde la filosofía del DUS, promover la extinción de domino a aquellos terrenos que, por su ubicación y magnitud, después de un tiempo prudencial de abandono o sub utilización (normalmente insertos en la lógica inercial de la especulación inmobiliaria), bien pudieran estar cumpliendo un decisivo papel en la dinámica medio ambiental metropolitana o, cuando sea del caso, promover la realización en los mismos de proyectos de beneficio común en los que se vean satisfechos los intereses públicos y los privados; en el mismo sentido, podrían promoverse, también, la realización de intervenciones en la conservación del patrimonio construido con ésta misma filosofía, creando para el caso subsidios, sistemas de valorización y/o constitución de empresas con capitales mixtos.

Un último aspecto que consideramos importante tratar a la hora de hacer factible la implementación de proyectos de DUS (sin pretender en este breve espacio haber agotado el listado de los múltiples problemas y confusiones que acompañan el concepto) es el que tiene que ver con la necesidad de que existan consecuentes y claros indicadores de sustentabilidad que garanticen la efectividad de las acciones dispuestas dentro de este marco. Necesidad que choca con la inexistencia, por las razones antes descritas, de un esquema analítico lógicamente estructurado que responda a una misma idea de sustentabilidad, motivo por el cual, como afirma Monteiro, el DS resulta “inocuo para establecer instrumentos cuantitativos y cualitativos de política macroeconómica apropiados para intervenir en la realidad concreta” (Monteiro, Op. Cit); lo que no implica que, a pequeña escala, sea relativamente fácil establecer los parámetros adecuados para su seguimiento y control. En este sentido, caben destacar infinidad de ejemplos que, dentro de una escala micro, hacen factible mantener un cierto control sobre los resultados, como sugiere el *Informe de la Comisión Amazónica de Desarrollo y Medio Ambiente* cuando afirma que “si bien no se dispone aún de todos los elementos de juicio para aplicarlo, la mejor forma de promoverlo es aprender andando” (BID/PNUD, 1994).

De cualquier forma, la determinación de indicadores resulta básica para corroborar si, efectivamente, se está cumpliendo con los objetivos propuestos “en cada caso” para el DS, lo que significa que, dado que no existe concierto al respecto, tales indicadores deben remitirse a las características específicas tanto del espacio como de los actores involucrados, por lo que en ningún caso pueden considerarse, en abstracto, o de manera “universal”. En este sentido, las Naciones Unidas, más que elaborar tales indicadores, han dispuesto una serie de guías para que éstos sean configurados, contextualmente, teniendo en cuenta siempre factores como calidad de vida así como sustentabilidad ecológica, económica y social; guía que, en gran medida, coincide con la dinámica inherente a los procesos de Planificación Estratégica y que, *grossso modo*, puede expresarse en estos diez principios: **1.** Acordar entre los distintos actores involucrados una única filosofía al respecto. **2.** Identificar los problemas más recurrentes y sus causas. **3.** Definir objetivos generales transectorialmente. **4.** Priorizar los problemas. **5.** Identificar líneas de acción. **6.** Establecer objetivos específicos trans y sectorialmente. **7.** Crear programas de acción participación. **8.** Formalizar los programas en planes de acción. **9.** Aplicar y comprobar la operatividad de las acciones. **10.** Evaluar y retroalimentar.

Lo deseable sería que, en su mayoría, los indicadores que de aquí se deriven, fuesen cuantificables y, de ser posible, expresables económicamente, aunque, desde luego, y dado que se trabaja, en muchos casos, con la “variable humana”, se hace necesario la implementación, también, de adecuadas técnicas cualitativas de apreciación y calificación. Del mismo modo, resulta deseable que los mismos se establezcan con base en la activa participación de los directos usuarios de los proyectos sobre la base de un previo acuerdo respecto del lugar adonde se espera llegar con la realización de los mismos y sobre la determinación de los beneficios directos e indirectos que se espera obtener de ellos.

Por lo anterior, más que los indicadores en cuanto tal, resulta conveniente en este punto anotar algunas de las características que, en opinión del PNUD éstos deben contemplar:

- a.** Que reflejen para la comunidad servida y para el futuro resultados claros para la salud económica, social y ambiental a largo plazo.
- b.** Que sean entendidos y aceptados por la comunidad como un signo válido de sustentabilidad.
- c.** Que tengan interés y atractivo para usarse por la ciudadanía como índice de sustentabilidad.

d. Que sean medibles estadísticamente en el área geográfica beneficiada y preferentemente comparables con otras zonas geográficas equivalentes.

En este orden de ideas y, a manera de ejemplo, citaremos el resumen de los indicadores propuestos por el foro cívico de Barcelona dentro del imaginario de construir una “Barcelona Sostenible”:

1. Los recursos naturales deben utilizarse de manera eficiente sin superar el ritmo de renovación de los recursos renovables y sustituyendo progresivamente los no renovables. *Indicadores:* consumo de agua, energía y producción de residuos.

2. El funcionamiento de la ciudad no debe poner en peligro la salud de las personas ni superar la capacidad de carga del medio ambiente. *Indicadores:* contaminación hídrica, oxigénica y acústica, principalmente.

3. La biodiversidad debe valorarse y protegerse. *Indicadores:* usos del territorio en relación con la diversidad biológica.

4. La economía debe estar diversificada y la dependencia externa se debe reducir, siempre que sea posible; lo que significa que las necesidades deben satisfacerse con recursos locales. *Indicadores:* dependencia externa de la ciudad y vulnerabilidad económica.

5. Todas las personas deben tener acceso a los bienes y servicios básicos de vivienda, salud, educación y seguridad. *Indicadores:* calidad y cobertura de vivienda, salud, educación, cultura y seguridad.

6. La ciudad debe preservar la interacción de funciones fomentando la proximidad y la vida de barrio para que el acceso a los servicios urbanos no se haga a expensas del medio ambiente. *Indicadores:* integración y caracterización de la población, transporte, vida de barrio y participación ciudadana.

7. La equidad en las formas de vida de los ciudadanos (hombres y mujeres) debe incrementarse. *Indicadores:* equidad de oportunidades y de ingreso.

8. Todos los habitantes de la ciudad deben tener acceso a un trabajo remunerado con un salario adecuado y una contratación estable. *Indicadores:* índice y caracterización del empleo.

9. El trabajo social y el ocio deben distribuirse equitativamente entre todas las personas. *Indicadores:* tiempo para sí mismo y para los demás.

10. Se fomenta el establecimiento de una alianza global con otras ciudades y pueblos para preservar los sistemas naturales comunes, como la regulación climática y la

capa de ozono. *Indicadores*: niveles de recalentamiento respecto del progreso del efecto invernadero y medición de la capa de ozono. (Tello, 1999).

Como se ve, si bien puede pensarse que son conceptos universales y, por lo mismo, válidos en cualquier contexto, es necesario matizarlos y caracterizarlos en el marco específico de la ciudad latinoamericana a través de una operación que, entre otras cosas, se ocupe de realizar una medición del incremento o no de los índices de pobreza (particularmente de la “línea de pobreza absoluta”) atendiendo, en cualquier caso, a sus causas y consecuencias desde, y sobre, el medio ambiente urbano; particularmente en lo que tiene que ver con su impacto en las variables antes mencionadas; las cuales sería deseable que hicieran parte de una encuesta permanente de pobreza y calidad de vida aplicada, para nuestros efectos, en las grandes ciudades latinoamericanas, pero, desde luego, replicable, también, en otros contextos, en tanto valioso instrumento de análisis, caracterización y seguimiento de la relación entre pobreza, calidad de vida y deterioro ambiental.

Como quiera que sea, innovadora y comprometida estrategia de desarrollo social y ambiental o, simple retórica Neoliberal puesta al servicio de la legitimización del actual estilo de desarrollo, el concepto de *sustentabilidad*, en su ambiciosa pretensión, solo será una realidad en la medida que los distintos gobiernos, particularmente de los países menos desarrollados, estén en disposición de pagar el alto costo político que supondría, en principio, el atreverse a disentir del esquema impuesto por las economías más desarrolladas, (en otro sentido diríamos, de “invertir” en las consecuencias que la adecuada utilización del concepto de DS exigiría), por encima de los intereses individualistas que las naciones del Norte ponen en el mismo al servirse de él como una eficiente “coartada verde” para la continuidad y fortalecimiento del orden hegemónico existente (económico, cultural y político vigente), pues la retórica que, muchas veces acompaña al DS, como señala Guimarães, “antes de ser una teoría conspirativa de grupos o estratos sociales, tratase simplemente de la tendencia inercial del sistema social para resistir al cambio, promoviendo la aceptación del discurso transformador precisamente para garantizar que nada cambie (Guimarães, 1992. pp. 14).

Ahora bien, lo anterior supondría la generación de pactos, alianzas estratégicas y coaliciones regionales e interregionales, donde los países del Norte y el Sur participen, a la

luz de un nuevo esquema concertado, sobre la base de “hacer valer” las ventajas comparativas de los diferentes contextos para la realización de un proyecto común compartido en el que se reformulen los términos y alcances de la globalización (en primer lugar esclareciendo su papel de “medio” y de “fin”), si es que ésta pretende seguir siendo el “norte”, a la vez que punto común, donde todos los intereses convergen. En esta medida, tal “proyecto compartido” tendría que tener la posibilidad, utópica desde el actual orden vigente, hay que reconocerlo, de responder a dos intereses tan diversos, como antagónicos: el de que la globalización permita lograr expandir aumentar y *sostener* (en el sentido que los países del Norte le dan al concepto de *sostenibilidad*) las pautas de acumulación y crecimiento económico; y el de enfrentar y solucionar, a partir de ella, los graves problemas derivados de la pobreza y la inequidad social en que viven los países del Sur, *sustentando* (en el sentido en el que en estos países se entiende el concepto de *sustentabilidad*) un nuevo modelo económico (ver numeral 7.1). Como quiera que sea, la globalización, tal como está planteada, no puede, a la vez, servir a los ricos y a los pobres de la misma manera puesto que, como hemos planteado a lo largo de este trabajo, de manera diversa aunque reiterada, el proyecto ideológico y político que la alienta ha sido concebido, tan sólo, para mantener el orden hegemónico vigente beneficiando a unos pocos a costa de los demás y de la expoliación depredadora de sus recursos (**Lámina 39**).

Por otra parte, con el tema del DS en América Latina, pasa algo parecido a lo que ocurre con buena parte de las constituciones de sus países, y es que el cabal cumplimiento de sus aspiraciones, en lo que se refiere a ese objetivo común que resulta ser “la justicia social” (por el que, a su manera, uno y otra propugnan), no depende tanto de transformar sus respectivos contenidos y presupuestos, como de hacer valer los mismos, toda vez que, en lo que se refiere al primer caso, en los múltiples encuentros internacionales y en la cantidad de ríos de tinta que al respecto corren, no sólo por latinoamérica sino por el mundo en general, ya se cuenta con una rica agenda, así como con una enorme cantidad de propuestas, mecanismos y herramientas concebidas para su operacionalización; pero la verdad es que ha faltado, como en el caso de muchas de las constituciones aludidas, voluntad política y determinación. Factores fundamentales que, ligados a la conformación de una sólida estrategia planteada por los países de Sur, haga valer su legítimo derecho de interlocución frente a la determinación de la política macroeconómica mundial.

Lámina 39
«HABÍA UNA VEZ...»



Fuente: Revista Ecológica N°8 (1991).

Por lo pronto, y mientras esta remota posibilidad se hace posible, no queda, al parecer, otra salida a los países del Sur, que responder a su creciente problemática (agudizada por la propia política macroeconómica mundial) a través del diseño e implementación de programas y acciones que, al interior de un plan específico, *se empiecen a gestar en escalas pequeñas pero con la capacidad sinérgica suficiente que las haga crecer y extenderse* (**Lámina 40**). Estrategia que, en nuestra opinión, debe ir concatenada con una también clara propuesta de articulación a las redes y circuitos de la economía regional y global existente. A este respecto, la idea no es otra, en lo que compete al interés del presente trabajo, que la de *contribuir en esta línea con la elaboración de una estrategia de intervención urbana con altos niveles de rentabilidad social que garantice los logros anhelados por la sustentabilidad tanto en el manejo de los recursos como en el de los procesos políticos y sociales*.

Lámina 40
«CON LA CIUDAD A CUESTAS»



Fuente: Revista Ecológica Nº 10 (1992)

Con todo, parece ser que el DS pretende entrar a cubrir el vacío dejado por la “*Economía del Desarrollo*”, pero lamentablemente se encuentra atascado en sus propias contradicciones internas, lo que lo hace, al menos por ahora, y hasta que haya una mayor definición y compromiso político frente a él, mucho más frágil y precario (pero no por eso menos indispensable y necesario) para la formulación de políticas de desarrollo que el modelo que en apariencia vino a sustituir; en esta medida, si lo que queremos, en verdad, es afrontar decididamente los problemas ocasionados en nuestro hábitat por el modelo de desarrollo que diseñamos (junto con nuestra idea de “modernidad”) debemos, sin lugar a dudas, empezar a construir otra idea de modernidad, o mejor, responder consecuentemente a la que, de hecho, venimos trabajando desde diferentes disciplinas de tiempo atrás, una modernidad que atienda a lo sensible, al cambio, a lo dinámico, a la aleatoriedad y a la azarosa movilidad; una modernidad que crea en el poder de lo pequeño, en el de lo frágil y, sobre todo, en el poder de la diferencia y la alteridad. Un único requisito frente a la nueva relación con la naturaleza que, desde aquí, se derivaría: superar el concepto de “deuda moral” contraída por “tantos años de inmisericorde expolio”, no es un asunto de “buena

conciencia” lo que ha de inspirar el concepto de sustentabilidad sino de justicia y, en última instancia, de sobrevivencia.

Nuestro compromiso no puede ser con la simple “superación del modelo vigente” (aspiración tan “modernista” como el paradigma de la “novedad” que, entre otras cosas, vicia la autenticidad del concepto mismo de innovación, hoy tan en boga), sino con la construcción de uno capaz de analizar críticamente, nuestro actual modelo (a fin de cuentas nos llamamos “modernos” y eso nos hace “críticos” y proactivos) a la luz de los resultados que éste ofreció y respecto de un denodado balance de lo que, hoy en día, de él recogemos. Después de todo, el modelo vigente de desarrollo, del que somos “hijos”, epistemológica e históricamente, no podía responder a otra cosa más que a la idea de Hombre y de Mundo que, en su momento, alentara el proyecto epocal que lo concibió (en este sentido no es diferente a los proyectos que arrastra cada época, los cuales, por definición, no pueden más que responder a ella), motivo por el cual la pregunta que hoy en día debe inspirar cualquier intento de responder al presente construyendo futuro, no puede ser otra que: ¿cuál es, en definitiva, nuestra idea de hombre y de mundo?; ¿debemos seguir planteado nuestra relación con la naturaleza y con el otro como en el siglo XVIII?; ¿qué significa ser hombres y mujeres del siglo XXI? No podemos perder tiempo “arrepintiéndonos” o tratando de “resarcir” el mal ya hecho, puesto que la ineludible contundencia de la realidad no da espera, por eso consideramos que, en respuesta a lo señalado en páginas anteriores, no estamos determinados ni por la naturaleza, ni por la historia (como pretendía Hegel, padre de nuestra “evolucionista” idea de historia y, por lo mismo, de “progreso” y “desarrollo”) y, por tanto, no nos debemos ni a nuestro pasado, ni a nuestros instintos, sino a nuestras relaciones sociales; es decir al *dónde*, al *cómo* y al *con quién* entramos en juego en nuestro diálogo con el mundo. Tema del que específicamente se ocupa la Geografía Humana al interrogarse primordialmente por los múltiples modos de proyectar nuestro ser en el espacio (Yory, 1999). En este sentido, si es que tenemos una clase de compromiso con el futuro (al menos los postmodernos no lo tienen), este no puede ser distinto al que tenemos con nuestros propios sueños pues, son ellos, en definitiva, quienes nos ponen a caminar en una u otra dirección.

Ahora bien, en el caso de las ciudades, el DUS no puede tratarse de lograr una “amorosa y feliz inserción” de un estrafalario y “antinatural” modo de ser (el modo urbano) en el “armónico, incontaminado y prístino orden de la naturaleza”, así que anhelos tan vagos y gaseosos como “buscar la integración armónica del hombre con su medio” resultan

ineficaces, precisamente, por imprecisos, toda vez que nadie sabe muy bien qué significa eso. A fin de cuentas, si algo nos enseña la naturaleza, es la irreversibilidad de sus fenómenos y procesos; irreversibilidad que se pone de manifiesto a través de leyes como la de la entropía (tan querida hoy en día por toda una línea de investigadores sociales y urbanos que ve en ella respuesta a buena parte de sus inquietudes marcadas, en gran medida, por los crecientes fenómenos de aleatoriedad y movilidad que, en la actualidad, definen, particularmente, a la gran ciudad).

La naturaleza misma es contundente, no existen sistemas puros, no hay un orden intocado al cual regresar, no existe un lugar en el universo sin “contaminación”; es más, ésta resulta indispensable para la evolución de la vida como nos lo demuestra el concepto de mutación dentro de las cadenas tróficas y nos hace evidente la constitución de nuestro propio ADN. No, la ciudad no es el enemigo de la naturaleza, al contrario, es el espacio donde privilegiadamente ésta se muestra en su dimensión humana, ¿a qué ese romántico deseo de pretender insertarla discreta y silenciosamente en los “ecosistemas de base” manteniendo una idea prístina de higiene moral más que ambiental? (actitud que, en sí misma, ya es un problema). La ciudad es, ella misma, un irreversible evento “contaminante” en la medida en que la presencia humana (correlato fundamental de la ciudad) supone ya en la naturaleza una transformación y, por lo mismo, una redefinición, no puede ser de otra forma; por tal motivo no podemos pretender “reconciliarnos” con una naturaleza de la cual la ciudad, en tanto lenguaje, hace parte de manera cosubstancial, una naturaleza que por dar campo a lo humano acepta ya las consecuencias de su “presencia contaminante”, de ahí lo fatuo que resulta el buscar su “perdón” “sembrando árboles” o “tiñendo de verde” nuestro connatural estilo de vida depredador. Lo importante es educar ese “espíritu depredador” y sus suicidas parámetros de consumo; no nos engañemos, a nadie le preocupa el futuro, es el presente lo único que en verdad nos ocupa de manera fundamental, otra cosa es que de la manera en que vivamos ese presente será posible que haya presente también para los demás.

7.10. El Desarrollo Ambiental como Desarrollo Social: El concepto de “islas de sustentabilidad” y su papel en la estructuración del territorio urbano y regional.

Sin lugar a dudas, la complejidad y enorme diversidad de los problemas que aquejan al medio ambiente, en particular al medio ambiente urbano, provocados (especialmente en el caso de las ciudades de América Latina) por situaciones extremas de inequidad social y de degradación ambiental, no pueden definirse de otro modo que como *problemas sociales*; por tanto, la aplicación de las tesis propias del DS, en este contexto, no puede consistir, simplemente, en la búsqueda de un ambiente “libre de contaminación”, o en promover, sin más, la satisfacción de las necesidades básicas insatisfechas de buena parte de la población de estas ciudades (actuación deseable, aunque no suficiente), sino de *posibilitar la recuperación de prácticas solidarias colectivas que al fortalecer o consolidar el tejido social existente promuevan, de hecho también, de manera continuada, la realización de toda una serie de acciones ambientalmente saludables y, de tal suerte, sustentables a largo plazo; fundamentalmente, en la línea del empleo y el bienestar social.*

En esta medida, y como bien señala Guimarães: “si bien es cierto que no se puede esperar la recuperación del proceso de crecimiento en los países del Sur sin que se incremente la disponibilidad de recursos productivos, resulta también irreal imaginar que tal recuperación adquiera un signo de sustentabilidad si no se resuelven las situaciones de extrema desigualdad en el acceso y distribución de los recursos naturales, económicos y políticos, intra y supra nacionales” (Guimarães, 1992. pp. 14). Resulta en este punto particularmente sugerente el concepto de *sustentabilidad social*, en tanto esta concibe (al menos en América Latina) *la recuperación del medio ambiente como un medio para alcanzar el tan aludido DS y no como un fin en sí mismo*. Desde este punto de vista, el objetivo no es otro que el mejoramiento de la calidad de vida de la población con base en un principio de “justicia distributiva”; o, si se prefiere, de equidistribución; que no quiere decir “dar a todo el mundo lo mismo” sino posibilitar el acceso equitativo a todos los estamentos de la población de los recursos y los medios de satisfacción de las necesidades; eso sí, bajo la base de emplear el principio de “distribución positiva”, al que alude Guimarães (1994) para referirse al hecho de privilegiar a los estratos tradicionalmente excluidos en desmedro del avance de los ya incluidos y de adoptar el concepto de equidad selectiva que acuñáramos en páginas anteriores (Numeral 7.5).

A este respecto, si bien resulta conveniente, aunque no suficiente,⁸³ la conformación de un bloque común latinoamericano respaldado en un mercado común que inserte las economías de la región en el concierto de la nueva división social del trabajo, los pocos intentos “aperturistas” que apuntan a un esfuerzo común, en este sentido, se concentran en aspectos fundamentalmente tecnológicos y normalmente excluyentes del contexto social, ya que se concentran, en la mayoría de los casos, en los sectores más dinámicos de la actividad económica; esto para no perder contacto con las políticas y tendencias del mercado mundial que garantizan la salida de la favorecida producción local. Situación en todo desfavorable para los estratos más bajos de la población, los cuales no cumplen, desde luego, con el perfil de demanda de bienes y servicios propios del modelo de consumo derrochador que, desde esta perspectiva, alienta la globalización.

Indudablemente, pensar en llevar a cabo en latinoamerica una política que privilegie los mercados nacionales y que se ocupe, a la vez, de suplir las necesidades básicas de la población, representaría un giro de 180° en la política actual comprometida (ahí está la deuda externa para recordarlo) con las decisiones y vaivenes de la economía mundial. No obstante, en el remoto caso de que tal decisión regional (o nacional) se lleve a cabo, habría que contemplar, aunque no necesariamente, una disminución en las tasas de crecimiento del PIB, “sacrificado” en aras de alcanzar un sesgo distributivo más justo. Apuesta valiente aunque, ineficaz, toda vez que no creemos que el desarrollo se alcance “repartiendo” la pobreza sino asumiendo compromisos y responsabilidades colectivamente frente al reto que supone la competitividad. En esta medida abogamos, mejor, por el diseño de estrategias que, sin sacrificar el PIB, en aras de la justicia social, demuestren la productividad de nuevos modelos que, desde la filosofía inherente al DS posibiliten, tanto

⁸³ A este respecto, anotábamos ya, la relativa efectividad, a los ojos de las demandas de los mercados mundiales, de conformar “bloques de pobres”, ya que si bien las *ventajas comparativas* con las que éstos puedan contar, de manera “natural”, no son garantía de que las mismas sean, a su vez, *ventajas competitivas*, éstas creadas sobre la base de una eficiente administración de los recursos a la luz de un determinado proyecto político y económico, no siempre presente en muchos de estos países. En esta medida, si bien las alianzas Sur-Sur pueden funcionar, y de hecho es deseable que se promuevan y opercionalicen, es necesario reconocer en ellas, también, sus limitaciones, toda vez que las mismas, si bien pueden traer beneficios, sobre todo, para ciertos efectos “internos” (creación de monedas comunes, movilidad laboral, constitución de frentes solidarios, exploración e intercambio en tecnologías alternativas, etc.), su efectividad es limitada a la hora de establecer interlocución con las economías más fuertes, respecto de las cuales se encuentran en evidente desventaja; amén del hecho de que la noción misma de “bloque” termina reforzando el ya atávico aislamiento de estos países. En esta medida, si bien abogamos por la constitución *coyuntural* de tales “bloques” (sobre la base de acciones y proyectos concretos) creemos que los mismos deben ser, no sólo permeables, sino, y sobre todo, capaces de interlocutar con las economías más fuertes llevando a cabo alianzas estratégicas con ellas a partir del diseño de proyectos compartidos y, desde luego, concertados desde una clara definición de roles y competencias que redunde en una administración autónoma y equitativa de las utilidades; lo que supone el hacer de las ventajas comparativas locales auténticas ventajas competitivas.

elevar y repartir los índices de riqueza, como atender las urgentes demandas de la sociedad. Tal el reto dentro del cual se inscribe, en la medida de sus alcances y objetivos particulares, la presente propuesta.

En este orden de ideas, lo que en ningún caso se puede desconocer, es que cualesquiera sean las acciones que se apliquen para elevar el nivel de vida de la población, estas tienen que pasar, necesariamente, por elevar tanto la producción como la productividad y, en esta misma medida, por dinamizar las relaciones tradicionalmente subordinadas que, de hecho supone la también tradicional pirámide social, promoviendo para ello cambios significativos en su estructura y configuración; o, lo que es lo mismo, en la noción misma de estratificación social. Surgen así toda una serie de estrategias que van desde la inserción de las múltiples maneras que en la ciudad latinoamericana cobra la economía informal, “formalizándola” (**Lámina 41**) al incluirla dentro de los circuitos de la actividad económica, hasta la promoción de PYMEs mediante la creación de instrumentos crediticios, fiscales y tributarios que posibiliten, de manera efectiva, alcanzar la formalización del empleo urbano en su conjunto.

Merece destacarse, dentro de esta filosofía, la necesidad de priorizar la dotación de infraestructura en equipamiento comunal sobre la base de alentar el desarrollo comunitario, para lo cual resulta crucial el establecimiento de acuerdos que posibiliten la absorción de capital mixto, (público y privado). En este mismo sentido, la *sustentabilidad social* del desarrollo exige, tanto una descentralización de los recursos públicos que faciliten y agilicen la gestión, como la desconcentración industrial que, de paso, contribuya a detener el proceso de metropolización de las ciudades al contraponer a la expansión creciente de sus perímetros, “cinturones” que coadyuven a regular la forma urbana, a la vez que a concentrar espacialmente este importante renglón de la actividad económica y hacer así más efectiva su regulación y control.

Lámina 41
«INFORMAL YO...?»



Fuente: Revista Ecológica N° 10 (1992).

En lo concerniente a la descentralización cabría señalar que si bien ésta resulta ser un mecanismo idóneo para la transferencia de recursos, así como para la participación ciudadana, no se puede desconocer el hecho de que la toma de decisiones requiere de un mínimo de concentración, al menos en lo que respecta a la administración de las políticas empleadas y a la formulación de los estándares macro para su seguimiento y evaluación. Situación que en nada contradice el hecho de que la justicia social, al menos en el contexto que nos ocupa, pasa, necesariamente, por la autoafirmación de lo que hoy en día se conoce como el “poder local”, el cual se hace posible sólo sobre la base de una efectiva transferencia de recursos y de activos productivos, pero también sobre la propia base que constituye su capacidad decisional así como su acervo particular en las distintas formas de incorporar su capital físico, social, económico y, sobre todo, simbólico.

A este respecto, Perroux elaboró, a comienzos de los años ochenta, una propuesta de modelo económico que se plasmó en su obra *El desarrollo y la nueva concepción de la dinámica económica* (1982), en la que realizó toda una disquisición en torno a la ya vieja y aparente disyuntiva entre los conceptos de crecimiento y desarrollo en lo pertinente a sus puntos de encuentro y a sus insuperables diferencias, haciendo énfasis, particularmente, en sus respectivos indicadores; a propósito de los cuales duda de la eficiencia de la manera clásica, puramente estadística, en que tradicionalmente éstos se contemplan. Propone, por el contrario, la búsqueda de otro tipo de datos objetivos distintos a los proporcionados por la renta per capita, el nivel de vida o la productividad, alentando contraponer al principio de solvencia que caracteriza los mismos, el de solidaridad, ya que para él conceptos como el salario deben ser entendidos más como una contrapartida de un producto, que como una medida base para analizar una situación (lo que en nuestra opinión no quita su particular relevancia a la hora de estudiar un determinado comportamiento de la economía sobre el territorio).

De esta forma consideramos que dado que es, precisamente, *la relación entre sociedad, economía y territorio la que puede llegar a medir efectivamente tanto el nivel de desarrollo en que una determinada comunidad se encuentra, como la dimensión sustentable de sus contenidos y realizaciones*, proponemos el concepto de *adcripción territorial* (del que nos ocuparemos más adelante cuando abordemos explícitamente los contenidos de nuestra propuesta), como mecanismo para evaluar tanto el sentido de pertenencia de los miembros de una determinada comunidad al lugar que habitan (requisito fundamental para la realización de cualquier estrategia que pretenda ser sustentable), como la efectividad, especialmente en el caso de las ciudades, de una eventual “zonificación urbana” que en verdad responda a auténticas caracterizaciones locales. Consideramos, por tanto, que la determinación de indicadores sociales de sustentabilidad, en su dimensión local (tan importantes como los indicadores ambientales, de los que ya habláramos), debe pasar por la determinación cualitativa y cuantitativa de las respectivas formas de vinculación al territorio (lo que llamaremos relaciones de pertenencia o arraigo) a través de factores como *el tiempo de adscripción al mismo, las actividades en él desarrolladas, el uso que se hace de sus servicios y equipamientos (en términos de frecuencia, cantidad y tiempo), el tiempo de permanencia diario en el mismo, la realización de actividades recreativas y fraternales, así como las formas de interrelación en él suscritas y/o generadas*.

La propuesta de Perroux aporta, en este sentido, las siguientes premisas para que, desde el punto de vista social, la economía se retroalimente: **1.** Conocimiento, aceptación y respeto por parte de todos de las reglas del juego. **2.** Reconocimiento de las polaridades, lucha-cooperación y conflicto-consumo. **3.** Determinación del mercado como responsable de las competencias entre individuos. **4.** Caracterización de los sistemas económicos y sociales ya que éstos no son homogéneos y, ni siquiera, tienden a serlo; por tanto, la distribución nunca llegará de la misma manera a todas partes (principio de *equidad selectiva*), y **5.** Actuación “de caso” puesto que es un error creer que se debe actuar sobre el todo para progresar ya que la única forma posible de distribución justa e igualitaria es consecuencia de una actuación en cada una de las partes (Gracia Rivas y Onetti, 1994).

De otra parte, no se puede desconocer que los indicadores sociales se hallan a medio camino entre los intereses de una colectividad y los deseos de los individuos concretos, he ahí la base del capitalismo, poner a interactuar a las comunidades como un solo individuo y, por tanto poner, sobre la base de un solo imaginario (que no siempre es un imaginario común), la consecución e incremento de capital, para lo cual se sirve de la idea de “progreso” que, en tal sentido, y como ya anotáramos, éste entra a respaldar. Es precisamente esa sutil línea divisoria entre lo económico y lo social el espacio en el que surge el conflicto social propiamente tal. Circunstancia nada favorable para incorporar la variable “futuro” o, mucho menos, la de “compromiso transgeneracional”, reto al que, como hemos señalado en nuestro análisis del *Informe Brundtland*, se enfrenta, en primer lugar, cualquier anhelo de sustentabilidad.

Por lo anterior, resulta evidente que tanto los problemas del desarrollo como los medioambientales, no pueden separarse de las ambiciones y expectativas humanas, como bien anota el mencionado *Informe* y, del mismo modo, que la idea de *capital* debe abordarse en su más amplio sentido, ya que si bien su carácter es, fundamentalmente económico, esto no significa que su única vía de expresión tenga que ser, necesariamente, monetaria. Hablamos así de *capital natural*, aludiendo al stock que proporciona el medio ambiente (suelo, bosques, agua y otros), de *capital construido* (edificaciones, infraestructura de servicios, túneles, puentes, carreteras, etc.), de *capital humano* (educación, conocimiento), de *capital social* (grupos de base, asociaciones, gremios, sindicatos y cualquier otro tipo de colectividad con proyecto compartido) y de *capital simbólico* (ideosincracia e identidad cultural), connotaciones que en última instancia se subordinan a lo que Yurjevic (1996) entiende como *sustentabilidad sensible*, refiriéndose a

la composición e integración de estas distintas formas de entender el capital en su innegable *dimensión patrimonial*.

En lo que tiene que ver con las formas de apropiación local, el *desarrollo social sustentable* requiere, fundamentalmente, dos cosas: una estrategia capaz de crear actores sociales comprometidos y capaces de mejorar su calidad de vida de manera sustentable y una voluntad política que garantice que los procesos de descentralización vigentes posibiliten la capacidad de las autoridades locales para invertir en los sectores de menos recursos, a la vez que potencien la activa participación ciudadana en la toma de decisiones sobre su propio futuro; lo que supone poner en práctica una estrategia que, en opinión de Yurjevic (Op. Cit), se constituya con base en estos cuatro componentes; los cuales, si bien fueron concebidos para el contexto rural, nosotros interpretaremos y reformularemos como objetivos para el caso específico de las ciudades:

1. Reforzar, o ayudar a que las familias desarrollen aquellas capacidades que les permitan mejorar sus ingresos, su seguridad alimentaria y su hábitat inmediato, alentando, primordialmente, la capacidad de gestión de las comunidades, la promoción de empresas sociales y, dentro de ellas, el papel de la mujer.

2. Crear o mejorar los medios para el desarrollo, entre los cuales se destaca, por un lado la educación, la capacitación técnico-tecnológica, la innovación, la promoción de órganos de gestión, planeación y ejecución, así como el acceso, en general, a la información; y, por otro, el acceso a los créditos, la obtención de subsidios y el derecho al uso y a la propiedad del suelo.

3. Identificar y alentar la existencia de organizaciones líderes capaces de articular las distintas instituciones que, al interior de la realización de proyectos concretos, entran en concierto: alcaldías, entidades centralizadas o descentralizadas, organizaciones de base, empresas privadas, ONGs, agencias de cooperación y Universidades, entre otras. Articulación que no sólo derive en una división del trabajo en función de las respectivas ventajas comparativas, sino que en verdad canalice la realización concertada en torno a objetivos establecidos colectivamente promoviendo el asociacionismo, el cooperativismo y el corporativismo, y

4. Facilitar los procesos de desarrollo de manera acorde con las específicas características de los distintos grupos humanos involucrados, en particular, posibilitar el acceso rentable para los pequeños productores a los diferentes nichos del mercado local y, hasta donde sea posible, global, promoviendo la inclusión de los mismos al interior de los distintos circuitos de la actividad económica.

Una estrategia concebida desde estos cuatro componentes, y siempre que se tenga como meta la generación de bienestar, sin duda constituye una importante herramienta en la superación de los múltiples problemas que acompañan la pobreza; aquellos que sólo podrán ser resueltos si se generan medidas incluyentes de legitimización social, se potencia la inversión y se promueve la capacitación para el manejo y la gestión. El reto no es otro que *mejorar, cultivar y ampliar los stocks de capital (en sus distintas formas) conquie las comunidades cuentan, alentando procesos de liderazgo que hagan posible que el actor social se construya a sí mismo en la definición de su papel dentro de la sociedad*. De lo que se trata no es sólo que éste participe de los beneficios del desarrollo (dentro de una abstracta idea de “justicia social” basada en una especie de “asistencialismo distribuidor”) sino de que participe activamente en la superación de sus propios problemas generando riqueza; o, si se prefiere, incrementando el *stock* básico de capital con el que originalmente cuenta.

Desde el punto de vista de la sustentabilidad, lo deseable, en estos casos, es reducir el nivel de explotación del capital natural promoviendo su crecimiento, a la vez que incentivando la expansión, tanto del capital natural cultivado, como del capital humano debidamente capacitado; lo que sólo se consigue “invirtiendo” en los pobres, ya que su capital de trabajo resulta fundamental para generar un movimiento de base en el espacio local con miras a alcanzar, tanto la *equidad*, como la aludida *sustentabilidad*. En este orden de ideas, en la medida en que se amplíe el espacio en el que actúan los actores sociales, cada día se hará más difícil establecer la línea que tradicionalmente separa las dimensiones micro y macro, ampliando de esta forma para la ciudadanía su capacidad de influencia y decisión, a la vez que redimensionando el alcance de cualquier proyecto que, sólo así, podrá enmarcarse dentro de la filosofía del DUS.

Ahora bien, dado que el municipio se encuentra más cerca de los problemas de la gente que el gobierno central, la descentralización se convierte en una herramienta fundamental del proceso, capacitando, motivando e incentivando la actuación efectiva a

todo lo largo del mismo. Pero esta cercanía tiene otra faceta, la de la promoción de nuevas expresiones organizativas y, con ellas, la de la construcción de también nuevos escenarios idóneos para el diálogo, el debate y la concertación. A este respecto, no deben olvidarse los propios retos de tipo institucional que el Estado se traza, en atención a su modernización, y a garantizar las condiciones de gobernabilidad que el proceso en cuanto tal requiere. El reto en este punto no puede ser otro que el de garantizar la sustentabilidad o, al menos, el de enfrentar la compleja problemática ambiental, sin aumentar el gasto público, lo que ya, de hecho, toca con temas tan delicados como el de la propiedad del suelo, el de la educación ciudadana, el de la instrumentación informática y el de la capacitación técnico-tecnológica; todo a condición de rescatar las acciones que, desde aquí, se acometan con dimensión sinérgica y, por lo mismo, redunden en ejemplos de replicabilidad. En este sentido la solución no puede ser otra que la de cambiar la noción de “gasto público” por la de *inversión social* que así tendrá que constituirse en una prioridad.

Chocan en este punto los dos enfoques básicos de la sustentabilidad conocidos, simplemente, como las líneas *fuerte* y *débil*. Mientras que la primera sostiene que existe un mínimo de capital natural insustituible para garantizar el bienestar y la sobrevivencia, la segunda sostiene que es relativamente fácil (y conveniente) sustituir capital natural por capital manufacturado y/o humano dado que estas tres categorías de capital contribuyen al bienestar de modo equivalente. Mientras que en el segundo caso podemos hablar de un enfoque *tecnocéntrico* que, como es de esperar, se caracteriza por una fe ilimitada en el papel de la tecnología para resolver los problemas derivados de la escasez de recursos, en el primero prevalece un enfoque *ecocéntrico* en el que se enfatiza la necesidad de poner límites a las actividades humanas, optando, como señalan Paniagua y Moyano por “un cambio en el modelo de desarrollo económico para evitar problemas mayores” (Paniagua y Moyano, Op. Cit. pp. 157).

En el extremo de esta última posición aparece la denominada “economía del estado estacionario”; la cual, más que un cambio en el modelo económico, propone, como ya señalamos, poner un freno al modelo existente; freno que afecta en manera distinta y desproporcionada a las economías de los países del Norte y a la de los del Sur, beneficiando a los primeros a costa del sacrificio de los segundos, ya que lo que este “nuevo enfoque” promueve es la suspensión del crecimiento en aras de frenar el expolio a los recursos (dadas las secuelas que la depredación de los mismos ha ocasionado sobre el medio ambiente y los ecosistemas de base). Pretensión que en el caso de los países del Sur,

reiteramos, equivale a poner un freno a su economía ya que su desarrollo, en gran medida, depende de la explotación y, hay que decirlo, exportación, de los mismos, toda vez que el pago de la deuda, impuesto por los países de las economías más fuertes, que de paso son los mismos que promueven esta “mágica solución” de doble moral, se da, muchas veces, bajo la forma de estos mismos recursos que, para el caso, se aceptan como moneda válida de pago.

Por otro lado, las soluciones de la vía tecnocrática no son menos favorables a las economías más pobres dado su escaso compromiso, tanto con los procesos sociales, como con la formulación de políticas que integren al concepto de desarrollo el de justicia social, esto sin abordar el tema de los costos directos e indirectos que la misma comporta y el del valor incremental que su uso supone en los bienes de producción, a fin de cuentas, según ella, lo que merece conservarse no es el valor de un determinado bien sino su agregado de riqueza, es decir, su valor de cambio.

Con lo que se ve, la dialéctica *ecocentrismo-tecnocentrismo* plantea a la relación entre desarrollo ambiental y desarrollo social una triple disyuntiva que Paniagua y Moyano expresan en los siguientes términos: **1.** O se promueve transformar la naturaleza con el fin de tener mayor certidumbre en el suministro de bienes, o se hace prevalecer la necesidad de conservar el mundo natural a fin de asegurar la supervivencia. **2.** O se preferencia el mejorar, a corto plazo, las condiciones de vida de la población, promoviendo un incremento en el uso de los recursos naturales, o se promueve una preocupación, a largo plazo, por los efectos desfavorables de dicho aumento en el consumo de recursos, al poner en peligro la viabilidad económica del modelo económico vigente, y **3.** O se privilegia la eficiencia, como forma de valorizar las inversiones bajo la idea de considerarla la más apropiada directriz económica, o se reconoce la prioridad del principio de equidad que, de tal suerte, debe contrarrestar tal objetivo de maximización (Ampliar en Paniagua y Moyano, Op. Cit. pp. 158).

De cualquier forma, lo que se infiere de aquí, es la imposibilidad de conciliar dos posiciones completamente antagónicas que, como puede verse, no hacen más que responder a las propias contradicciones del modelo económico que las alienta, a no ser que no se vean como polaridades opuestas sino como unidades complementarias, en cuyo caso lo que resulta a todas luces deseable es que todas juntas aparezcan en un verdadero modelo de sociedad sustentable, al menos esa es la posición de Redclift (1991), respecto de la cual

no excluiríamos, sino que, por el contrario, propondríamos la formulación de un nuevo modelo económico en el que no se trate de conciliar diferencias de base sino de responder, en principio, a una única y misma filosofía mediante la cual se demuestre la inseparable conjunción entre *desarrollo ambiental* y *desarrollo social*. A este respecto T. O’Riordan propone, desde el punto de vista sociopolítico, cinco condiciones básicas para alcanzar esta integración: **1.** Una forma de democracia que trascienda el marco del Estado-nación ; **2.** Un sistema jurídico que garantice los derechos civiles y la justicia social que sea capaz de promover un uso equilibrado de los recursos y que valore los derechos intrínsecos de la naturaleza; **3.** Un procedimiento para sustituir los regímenes políticos cuyas acciones puedan desembocar en una mayor fragilidad del país en términos ambientales; **4.** La eliminación del principio de explotación; y **5.** El establecimiento de una variedad de mecanismos no gubernamentales para la distribución y gestión de recursos en áreas y comunidades con necesidad de ello (O’Riordan, Op. Cit).

Principios a los que añadiríamos, **1.** La exigencia constitucional de que en todos los programas de gobierno (a nivel tanto nacional como urbano) exista una política explícita en materia ambiental, abocada a alcanzar el ideario de la sustentabilidad y que, en consecuencia con el punto 3 antes mencionado, se creen los mecanismos expeditos de seguimiento y evaluación ciudadana al respecto que posibiliten, incluso, la revocatoria del mandato a aquellos gobernantes que no den cabal satisfacción y cumplimiento a la agenda previamente propuesta, o que al respecto, los resultados de su gestión, no den respuesta a los indicadores pertinentes y previamente dispuestos para el efecto; y **2.** La creación de unidades territoriales autónomas concebidas a diferente escala de acuerdo al radio de acción de sus competencias pero adscritas a una instancia central que regule y establezca políticas generales en el tema ocupadas, fundamentalmente, de labores de concertación, gestión y planeación participativa, así como de seguimiento y evaluación (tema que se desarrollará más adelante como uno de los contenidos básicos de nuestra propuesta).

Otro aspecto que merece resaltarse en el camino de constituir las condiciones de posibilidad para integrar *Desarrollo Ambiental* con *Desarrollo Social* es el que tiene que ver con la perspectiva económica, respecto de la cual M. Jacobs (1992) propone: **1.** La integración de consideraciones ambientales en la política económica; **2.** El desarrollo del concepto de equidad intra e intergeneracional; y **3.** La redefinición del crecimiento económico de manera que incluya la calidad ambiental. Conceptos a los que añadiríamos, **1.** La priorización de proyectos de economías de escala así como de PYMEs que, demostrando claramente el efecto sinérgico que son capaces de propiciar, incluyan, de

manera explícita, el componente ambiental; **2.** La generación de proyectos cooperativos y corporativos que, sobre la base de unos claros principios ambientales, promuevan el asociacionismo; **3.** La proyección regional del impacto ambiental generado por los proyectos de desarrollo económico; **4.** La promoción de alianzas estratégicas locales, nacionales y regionales en materia ambiental al interior de los proyectos de desarrollo económico; **5.** Garantizar la máxima participación ciudadana en los proyectos de desarrollo económico y, del mismo modo, promover la distribución proporcional a la participación en las ganancias y beneficios; **6.** Promover la realización de proyectos de carácter económico-ambiental concebidos sobre la base de garantizar su impacto multi y transectorial, es decir, que los beneficios inherentes a su carácter se expresen, no sólo en diferentes sectores como la salud, la educación, la recreación, o la cultura, entre otros, sino que lleven a cabo acciones, a la vez que integren objetivos, que trasciendan los alcances y límites de uno u otro sector en particular; y **7.** Incluir al interior de todo proyecto económico-ambiental el componente pedagógico que recualifique la participación y promueva la realización de otros proyectos bajo la idea de “líneas de acción” más que de realizaciones puntuales aisladas.

A este respecto lo más importante, a nuestra manera de ver, y dentro del objetivo de alcanzar la tan anhelada sustentabilidad, es trascender el plano de las acciones exclusivamente “físicas”, para incorporar un cambio en las actitudes y comportamientos sociales que involucren tanto modificaciones sensibles en la estructura sociopolítica, como en la propia actividad económica; cambio que involucre, no sólo una reestructuración del sistema institucional en su conjunto, sino la promoción y generación de nuevos agenciamientos políticos, pues si bien coincidimos con Lowe (1998) cuando afirma que el desarrollo sustentable como tal, no es otra cosa que un sistema de valores que opera a nivel del individuo, pero que cuando actúa fuera de las prácticas institucionales, suele ser ineficaz, creemos que, en atención a las particulares tendencias políticas que en los últimos años se vienen dando, particularmente en latinoamérica, resulta fundamental el abrir el espectro institucional a otras instancias que, para el efecto, tendrían un corte parainstitucional, como son las distintas formas asociativas que, por ejemplo, legitiman su discurso social a través de movimientos cívicos ciudadanos cada vez con mayores perspectivas y posibilidades electorales.

Este punto nos pone de nuevo sobre un aspecto que ya habíamos tratado, como es el de la escala pertinente a la implementación de acciones encaminadas a alcanzar la

sustentabilidad, tema en el que habíamos definido la escala comunitaria, la “pequeña escala”, como la idónea para empezar a trabajar. Posición que avalan autores como Martell (1994), Agyeman y Evans (1994) y Rucht (1993), entre otros, para no citar los conocidos trabajos de Max Neef a este respecto; para ellos, “sólo sería a esta escala donde las propuestas de sustentabilidad se hacen suficientemente operativas para su puesta en práctica y donde pueden ser asumidas realmente por los habitantes de las comunidades implicadas” (Paniagua y Moyano, Op. Cit).

Desde esta perspectiva, y una vez superado el tema de cuál es la escala, a nivel urbano, más apropiada para aplicar los principios de la sustentabilidad, lo que procede, sin lugar a dudas, es el establecer la existencia, o no, de mecanismos de coordinación entre los diferentes espacios locales que garanticen la proyección y articulación de las distintas acciones que en este sentido se acometan, lo que necesariamente tiene que ver con la búsqueda de legitimación de dichas acciones tanto a nivel social como a nivel institucional; no obstante, “la teoría” de la sustentabilidad estaría tentada a confiar, sin más, en la sinergia y articulación espontánea de tales acciones dado que el objetivo, a la larga, de la sustentabilidad es el mismo (Martell, 1994), pero nosotros, menos confiados, no descartamos, en ningún momento, la necesidad de la aludida coordinación, toda vez que si bien el objetivo de la sustentabilidad es el mismo, las circunstancias locales varían de acuerdo a sus distintas variables, económicas, políticas, sociales, culturales, geográficas y espaciales; factores que, en suma, constituyen el “ambiente” como tal a defender y “sustentar”.

Sólo desde esta perspectiva es viable construir proyectos comunes entre comunidades y, del mismo modo, establecer, si es del caso, sistemas efectivos de compensación entre una y otra. En este sentido, conceptos como el de la descentralización que, por definición, no supone la “desaparición” del centro (y con él de un eventual sentido de articulación) sino su “multiplicación”, o mejor, la posibilidad de que todas las partes del conjunto que éste representa se sientan parte de él, adquiere un auténtico y real sentido.

Otro aspecto que cabe destacar, dentro de esta vía, es el que tiene que ver con el papel de la educación a la hora de integrar desarrollo social y ambiental ya que, como señala (Giddens, 1984), “un aspecto inherente a la acción desarrollada por los actores humanos consiste en su capacidad para comprender lo que hacen mientras lo hacen”, razón por la cual, subyacente a la preocupación por integrar estos dos importantes aspectos del

desarrollo, existe la necesidad de implementar una específica y previa *política pedagógica* encaminada a concientizar a los ciudadanos de su papel de “*actores sociales*”, resaltando, a este respecto, la diferencia entre el modo en que éstos dominan la naturaleza (recursos de asignación) y el modo en que los mismos dominan a otros (recursos de autoridad).

Lo que se infiere de aquí es la determinación del marco “naturalmente” conflictivo en el que se asienta la gestión y la realización de proyectos ambientales. Situación que, en todo, tiene que ver con las estructuras de poder, con los modos de relación entre ellas y con la manera en que éstas entran en diálogo con la naturaleza; de ahí que sólo sobre la base de la definición pertinente de los modos de resolución del aludido conflicto, dependerá el éxito o fracaso de una u otra acción en este campo; a fin de cuentas, no sólo están en conflicto los recursos o las relaciones de poder, sino los modos de producción e, incluso, las estrategias de gestión que tocan directamente con las decisiones políticas. Si no analizamos suficientemente las estructuras de poder, o si omitimos darle la importancia que tienen a la hora de establecer convenios, corremos el riesgo de llegar a puntos irreconciliables de negociación y acuerdo. En esta medida, ¿por qué no pensar, entonces, en la propia potenciación del conflicto sobre la base de una articulación productiva de las diferencias antes que en la eliminación de las segundas como camino a la superación del primero? Después de todo, no debemos olvidar que las estructuras de poder se asientan sobre un piso epistémico, es decir, sobre una forma específica de conocimiento, el cual no puede desvincularse de las pautas de comportamiento y, por lo mismo, de toda una serie de patrones culturales que a la vez que afirman unas pautas de conducta, niegan otras, motivo por el cual *una política ambiental que quiera enraizar en una determinada comunidad o estructura social, ha de atender, no sólo a los modos de aceptación sino a las formas de resistencia a través de las cuales las distintas comunidades se afirman en su diferencia y, por lo mismo, en su ser más propio. Paradójicamente a lo que el sentido común parece decir, es en los discursos de resistencia donde hay que construir consensos, es en la preservación de la diferencia y la heterogeneidad donde es viable establecer proyectos colectivos que, precisamente, pongan a interactuar la diversidad.*

Por lo anterior, *no es factible mejorar la gestión de recursos sobre la base de un marco apolítico y ascépticamente normativo creado por nosotros desde una distancia técnica, sino sobre el territorio y en medio de sus luchas, debates y procesos*, ya que, como señala M. Redclift, sólo “si comenzamos por identificar los puntos de tensión más importantes en la sociedad local, y los conflictos que estos generan, podremos observar la

resistencia a la aplicación específica del poder y la transformación de ésta, la introducción de nuevas tácticas y el abandono de los mecanismos tradicionales” (Redclift, 1996. pp.16).

Finalmente, y dentro del contexto de la ya mencionada *Agenda XXI*, cabe destacar, a propósito del tema que nos ocupa, el concepto de “*islas de sustentabilidad*”; propuesta que alude al carácter territorialmente incremental del proceso mismo de DUS, en la medida en que las condiciones de sinergia que le son inherentes a sus propuestas hacen suponer un “efecto expansivo” de la sustentabilidad propiciado, tanto a través de los procesos, como de los resultados. Con esta idea, el logro de los objetivos del DUS parte de la generación de núcleos iniciales o “islas”, concebidas al nivel del caso para la escala de aplicación, esperando, sobre la base de la “irradiación” que las mismas detentan, la generación de un *plus* que exceda los alcances iniciales de los distintos proyectos en su circunscripción territorial.

De otra parte, y como condición previa a la implementación de *proyectos “isla”*, resulta fundamental, desde el punto de vista social, el constituir acuerdos entre los diferentes miembros de las comunidades beneficiadas, en torno a las ventajas de obtener condiciones de vida en consonancia con las posibilidades y limitaciones de las ecobases locales, incidiendo con esto en la generación de hábitos y comportamientos que, en sí mismos, refuercen el sentido de *adscripción territorial* del que ya hemos hablado; dicho de otro modo, lo que las “islas”, y la interrelación entre ellas demuestra, al menos desde el punto de vista social, es el impacto de la antropósfera en la ecósfera.

Además de esta preocupación social, la sinergia esperada con la realización de proyectos “isla” (los cuales, desde nuestra perspectiva, habrían de convertirse en proyectos “semilla”), aborda una visión funcional de la sustentabilidad, en la medida en que la misma se supedita a los modos de interacción entre los distintos flujos, ciclos y procesos despertados o estimulados por las acciones propuestas. No hay que olvidar, sin embargo, que “las islas” por sí mismas, a pesar de lo que la *Agenda* plantea (con su visión optimista de la realidad), no serán más que “disparos al aire” si no se concatenan entre sí a la luz de claros objetivos inscritos dentro de la dinámica local, pues si bien los objetivos de éstas pueden considerarse similares, su naturaleza y modos de operar deben entenderse de acuerdo con el ámbito socio-espacial en el que se inscriben y siempre a la luz de un determinado proyecto político que los integre.

Del mismo modo, hay que tener cuidado, a este respecto, con la imagen tradicional genético-evolutiva de los modelos clásicos de “crecimiento” (a los cuales la sustentabilidad no escapa del todo) que sostienen la idea de que las cosas hay que “hacerlas crecer” a partir de un pequeño germen “sustentado”, esto es alimentado debidamente, para que demuestre “linealmente” en el tiempo sus frutos y resultados (valga la analogía arborícola); esquema que deja de lado otras formas de crecimiento como las que, por ejemplo, pueden derivarse de acciones o “efectos expansivos” o en red (eventualmente, aunque no necesariamente compatibles, con el planteamiento lineal); o, incluso, actuaciones de diferentes niveles y escalas que, al interior de un mismo proyecto de ciudad (estamos situados en un contexto urbano) puedan darse de manera simultánea con resultados de diferente tipo.

Contraria a la anacrónica visión “lineal” de crecimiento ligado a desarrollo que, tradicionalmente, pretendía suplir la escasez de recursos (particularmente en los países del Sur) para la realización de grandes acciones con la realización de pequeñas acciones aisladas, esperando que la naturaleza tuviese a bien “hacerlas crecer” e integrarlas en el tiempo (lo que en atención a la verdad es necesario reconocer que muchas veces ocurría pero sobre lapsos de tiempo demasiado largos y no siempre de maneras afortunadas), surge la necesidad de que *así como se cuestiona el modelo de desarrollo vigente se cuestione también el de crecimiento que le resulta inherente.*

En esta medida, y dado que, por un lado las urgentes demandas de nuestras sociedades, particularmente de las urbanas, no dan espera a la dilatada integración que, en el tiempo, supone la “paciente integración en los ritmos de la naturaleza” y, por otro, que las dinámicas del mundo actual, en sus múltiples y diversas posibilidades, permiten “ayudarle” a ésta a través de las innumerables innovaciones técnico-tecnológicas existentes, amén del papel que a este respecto bien puede llegar a jugar la revolución informática y comunicacional existente, *abogamos por un modelo de crecimiento urbano no aditivo ni acumulativo y, por tanto no “lineal” (no se trata de que las ciudades sean “más grandes” sino de que sean más justas en la distribución de sus recursos, bienes y oportunidades) sino implosivo y partenogenético, es decir que promueva el crecimiento hacia adentro a partir de la reproducción de acciones reterritorializadoras (acaso nuevo papel asignado a las “islas”) que consoliden, cualifiquen y redefinan espacios concretos al interior de la ciudad en secuencias expansivas de cadenas geométricas del tipo 2, 4, 8, 16, etcétera.*

Esquema que al promover la figura de la “desconcentración concentrada”, de la cual hablaríamos en páginas anteriores (numeral 7.7), para aludir a las bondades que la misma propicia al “efecto vecindario”, bien puede cumplir el papel de conector de las que, a partir de aquí, puedan plantearse como, *islas sustentables de compactabilidad*; planteamiento a partir del cual se hace posible no sólo la integración intraurbana, sino la propia articulación sistémica del caso urbano con el entorno regional al que éste se debe.

A este respecto, y en lo que compete, explícitamente, a la articulación urbano-regional, el esquema de “islas de sustentabilidad” integradas bajo los planteamientos de la *desconcentración concentrada*, conveniente, desde nuestro punto de vista, para la articulación intraurbana permite, particularmente en las periferias, establecer puentes articuladores con el entorno regional; generando, así, un nuevo esquema de ciudad paradójicamente inverso al propuesto para su casco central (*desconcentración concentrada*), como es el de la *concentración desconcentrada*, pero eso sí, articulada por un mismo esquema de ciudad en el cual *lo fragmentario*; condición inherente a la ciudad contemporánea, no se confunda con lo difuso y, por tanto, con lo disperso (por definición, insomitable, a cualquier intento planificador).

Lo anterior supone reevaluar el esquema maniqueo de “interior-exterior” en el análisis urbano, para adoptar una nueva perspectiva desde la cual la ciudad se entienda como un fenómeno metropolitano, a la vez implosivo y expansivo, en el que la determinación de sus fronteras deja de ser un simple problema morfológico y administrativo que reclama una noción determinada y única de límite, para convertirse en un tema fundamental a definir, de manera coyuntural (y, por tanto, tan móvil como la propia ciudad), sobre la base de las alianzas estratégicas que, en materia de realización de proyectos conjuntos, se puedan llevar a cabo con los eventuales socios regionales. Definición que, de paso, si bien toca de plano los intereses jurisdiccionales de la administración de la ciudad, la relativización de los límites urbanos que este planteamiento supone, hace que su verdadero campo de acción esté en el terreno de la geografía económica y política del territorio y en las relaciones que el mismo esté en capacidad de establecer con el amplio marco del “universo global”.

En este sentido, la “relativización de los límites urbanos”, de la cual venimos hablando para abordar, desde una nueva perspectiva, las relaciones de la ciudad con su entorno regional (a partir de que el territorio que así se funda, se asuma como una especie

de sistema “biótico” y, por tanto, tan “vivo” y dinámico como la base ecológica que lo soporta), puede entenderse, en gran medida, desde los postulados de la termodinámica no lineal que responde, como la ciudad, a “sistemas abiertos de intercambio energético”; analogía que ofrece enormes posibilidades a la hora de entender las complejas dinámicas urbanas desde una perspectiva no “determinista” ni, mucho menos lineal o teleológica. A este respecto la termodinámica introduce una interpretación más dinámica y cambiante de la realidad en la que, como anota De Lisio, “la entropía no necesariamente caracteriza etapas últimas sino, tan sólo, estadios o situaciones que, en un momento dado, podrían identificar momentos organizativos intermedios que, sin embargo, pudiesen derivar hacia situaciones de mayor complejidad organizacional o neguentrópica” (De Lisio, Op. Cit. pp. 10).

Con las “islas de sustentabilidad” tendríamos que incorporar al relativismo propio de la alternancia en el tiempo entre situaciones entrópicas y neguentrópicas el relativismo socio-espacial que, de hecho, entra a caracterizar cada acción en particular y, con él, las situaciones históricas coyunturales que tienden a favorecer una u otra estrategia política o económica. Lo importante en este punto es la posibilidad que, desde aquí, puede llegar a ocupar el concepto de “isla” a la hora de diseñar un *Plan de Ordenamiento Territorial (POT)* basado no en lo “fijo” de la ciudad (si es que en la misma existe algo que responda a esta clasificación) sino en su inherente movilidad. *En este caso las “islas” actúan como “faros” que guían el proceso mismo de desarrollo a través, ya no de una única ruta, sino de toda una red abierta de posibilidades*; lo que de paso permite que un determinado *POT*, llevado a cabo desde esta filosofía, resulte articulado de manera sistémica. Pero esto supone trascender los límites de una lectura simplemente “funcional” de la ciudad (peligro del que no escapa el uso de la analogía biótica de la que tanto hemos hablado), para llevar a cabo toda una interpretación de la relación entre los sistemas humanos (a la luz de sus necesidades y motivaciones en tanto actores sociales) y las posibilidades y restricciones medio ambientales implícitas en los sustratos ecológicos de los sistemas de base sobre los que se instala la ciudad. Como resultado de esto las “islas” propiamente tal tienen la posibilidad, siempre y cuando se las conciba de esta manera, es decir, como acciones en red, de abrir un camino claro y expedito hacia una sustentabilidad más global.

Del mismo modo, es necesario entender que, implícito al concepto de “isla de sustentabilidad”, está el de *sinergia* y, con él, el de la posibilidad de llevar a cabo intercambios energéticos que deriven en situaciones que hagan viable la generación de

compensaciones entre la entropía del contexto que, por naturaleza se expande, y la neguentropía del sistema que, para seguir funcionando, debe mantenerse sobre una base predeterminada (la que de hecho le brinda el propio sistema). Es justamente en medio de esta tensión entre lo que en la primera parte de este trabajo denominábamos *despliegue* y *repliegue* en donde surge el intervalo “pliegue” que propicia la aparición de la “isla”; es allí donde la ciudad se “flecta” y, por tanto, donde particularmente se concentra su capital social, económico y simbólico. Un capital que, precisamente a partir de allí, encuentra lugar para efectuar su despliegue. De este modo, las “islas” responden, recogen e interpretan, toda una serie de dinámicas de cuya potenciación y adecuada articulación proyectual (respecto de una clara idea de ciudad) depende que la sinergia generada entre ellas sea propositiva y constructiva y, en ningún caso, disfuncional.

Para lograr lo anterior De Lisio propone, a nivel regional, una serie de criterios que nosotros nos permitiremos contextualizar en el caso específico de las ciudades, teniendo en cuenta que, por un lado, el óptimo de flujo de entrada energética se ubica en un valor intermedio entre la autarquía energética de los sistemas cerrados y la total independencia de los sistemas ilimitadamente abiertos y, por otro, que la neguentropía sistémica se puede alcanzar redefiniendo los límites funcionales de cada sistema; creando, para ello, nuevos nodos comunicacionales que faciliten el intercambio intra e intersistémico necesario para generar, a nivel territorial, una mayor diversidad de proyectos; *nodos* que deben actuar como unidades detonantes de procesos urbanos (centros cívicos, comunitarios, educativos, comerciales o industriales, proyectos de espacio público, etcétera). Dichos criterios son:

1. El incremento de la intercomunicación entre las diferentes “islas” debe mejorar las posibilidades de equidad y solidaridad intra e intergeneracional de la sustentabilidad.

2. Las “islas de sustentabilidad” deben ser interpretadas como formas temporalmente (disipativamente) estables que se introducen como innovaciones locales capaces de alterar el equilibrio estático de un sistema insustentable para, posteriormente, propiciar una difusión fractal (es decir, con gradiente de niveles de sustentabilidad o neguentropía en la organización) encaminada a alcanzar la sustentabilidad en la totalidad del sistema.

3. Las “islas de sustentabilidad” deben actuar como células generadoras de una perturbación innovadora y deben durar, por consiguiente, tanto como puedan mantener su condición de “sorpresa” para el sistema. En tal medida deben aprovechar la morfología estructural del sistema insustentable para poder propagarse en tanto innovación y

“sorpresa”.

4. La estrategia para la selección de una “isla de sustentabilidad” debe partir de la escogencia de aquellos sectores de la estructura o procesos del funcionamiento sistémico que puedan tener mayores posibilidades para introducir una innovación local con capacidad para ser difundida a través del sistema (De Lisio. Op. Cit. pp.11).

Criterios a los que añadiremos la consideración de que las “islas” no deben actuar para un sistema en particular sino que, por el contrario, deben servir como punto de articulación entre todos ellos, por tal motivo su objetivo se concentra tanto en la transformación sustentable de la estructura portante en su conjunto, como en promover un cambio sensible en las condiciones de vida del limitado contexto socio-espacial en el que, de hecho, actúan de manera directa. Es con base en estos criterios que es factible seleccionar en un determinado territorio las condiciones iniciales propicias para la implementación de la experiencia “isla” sobre la base de que éste:

1. Sea parte de un Plan Maestro Metropolitano (PMM).
2. Tenga definidos dinámicamente los límites sistémicos funcionales entre los componentes endocausales o propios de la organización sistémica y los exocausales o del contexto sistémico.
3. Plantee una clara interconexión entre los diferentes sistemas que allí entran en juego así como entre los distintos comportamientos ciudadanos que se dan a su interior.
4. Haya establecido unos mínimos protocolos de transformación/producción de sus recursos sobre la base de alcanzar, en el tiempo, un cierto grado de sustentabilidad.
5. Posea unas comunidades con un mínimo grado de integración generado, preferiblemente, por la realización de proyectos o acciones conjuntas.
6. Mantenga una cierta relación de autonomía respecto del contexto metropolitano basado en la especificidad de su carácter local sin que esto signifique que le sea impermeable en modo alguno.
7. Presente un claro balance entre la intercomunicación (externa) y la intracomunicación (interna).
8. Sea viable enfrentar la aparente irreversibilidad de las disfunciones socio-ambientales que lo afectan, sobre la base de la existencia de una clara voluntad política acogida y respaldada popularmente.
9. Evidencie un cierto balance entre la diversidad económica existente; es decir, entre la pequeña, la mediana y la gran industria, por un lado, y entre los distintos sectores

económicos por otro.

10. Acuse una cierta estabilidad temporal y, del mismo modo, una también cierta capacidad de resistencia frente a fenómenos externos perturbadores desde el punto de vista ambiental, social o cultural.

De este modo, frente a la imagen de “cosecha”, que subordina los procesos a los resultados al final de una determinada “línea” establecida en el tiempo, surge el concepto de *Red* que actúa en diferentes direcciones simultáneamente y no establece diferencias entre procesos y resultados, ya que a su interior las cosas son medios y fines a la vez. En esta medida acogemos el concepto de “isla”, que si bien se espera actúe como elemento detonante de una serie de distintos procesos, él mismo no es suficiente para garantizar una verdadera sustentabilidad, toda vez que las causas y magnitudes de los problemas, particularmente en el escenario de la ciudad, requieren, conjuntamente, de la realización de otra serie de acciones y estrategias (no necesariamente proyectuales) que pasan, sin duda, por las distintas instancias decisionales de orden político y económico. Instancias que, muchas veces, trascienden el espacio mismo de la ciudad y, por qué no decirlo, del fuero nacional.

Por lo anterior es necesario diferenciar, en la comprensión de los problemas y sus causas (con miras a su consecuente solución), el papel de estas instancias, la naturaleza de los escenarios sobre los que éstas actúan, la definición de los actores que se sirven de ellas en los distintos escenarios y los modos de percepción que sobre ellas tiene el ciudadano común; esto con el fin de caracterizar consecuentemente las acciones a acometer en los distintos escenarios previendo, en cada caso, su impacto. Sólo así es previsible que las aludidas “islas” se comporten como unidades detonantes controladas y obedientes de un principio común que responda a las demandas y características de los distintos espacios de la ciudad donde se ponen en marcha. En esta medida, las “islas” se conciben más como generatrices de procesos que como resultados en sí mismos; aunque esto no las exime de responder a unos específicos objetivos directamente relacionados con el tipo de acción que las caracteriza y define y con el entorno al que, en tal medida, se deben.

En este orden de ideas, a la par que la promoción de proyectos “isla”, sobre la base de una estrategia política y económica común acorde con un determinado Plan de Ordenamiento Territorial (POT), es necesario adelantar acciones macro en el plano de las relaciones de la ciudad con su entorno regional, nacional e internacional. Por lo anterior, la

promoción del crecimiento de la ciudad, tal y como la entendemos, pasa tanto por la realización de acciones innovadoras piloto (“*islas de sustentabilidad*”) como por una ágil y agresiva campaña de promoción de la ciudad que contemple toda una serie de alianzas estratégicas encaminadas a incrementar su competitividad sobre la base, he ahí el desafío, de no sacrificar la justicia social; sea quizá este el papel más importante de las “islas de sustentabilidad”, en tanto expresiones territoriales estrechamente ligadas a los ciudadanos y, por lo mismo, eventuales reguladoras y autoevaluadoras, no sólo de un determinado orden social sino de los específicos modos en que el mismo se lleva a cabo. Un crecimiento contemplado desde esta perspectiva, es decir, desde la promoción de la ciudad, o lo que llamábamos en la primera parte de este trabajo, desde su “venta”, no tiene otro objetivo que el de atraer recursos (inversión) que, desde esta filosofía, contribuyan a alimentar el proceso mismo de sustentabilidad.

Si bien creemos que la ciudad es sólo una, aunque infinitamente fragmentada espacial, territorial y temporalmente (dado que obedece a ritmos y “tiempos” distintos) y, por lo mismo, un único y gran problema a resolver, en consecuencia, con un único y gran proyecto: *la propia ciudad*, creemos éste sólo es posible sobre la base de la sinergia generada entre pequeñas realizaciones a nivel micro local ya que consideramos que un proyecto de esta magnitud (el que supone la ciudad), no puede reducirse, sin más, a un supuesto efecto acumulativo de infinidad de “ruedas sueltas” puestas a andar. En esta medida solo la efectiva coordinación entre ellas podrá hacer posible aquello que Jaime Castro, ex-alcalde de Bogotá, llamara: *La Revolución de las Pequeñas Cosas*.⁸⁴

Pero antes de seguir avanzando con miras a la definición puntual de nuestra propuesta, concentrémonos en este punto en ahondar en las características específicas de la ciudad latinoamericana y su compleja problemática ambiental, ya que nuestro objetivo fundamental no es otro que el de proponer estrategias concretas que tengan viabilidad técnica y política en este contexto.

⁸⁴ El programa denominado con este título correspondió, entre los años 92 y 94, con la implementación del punto catorce del *Programa de Gobierno* del mencionado Alcalde y cuya ejecución, particularmente en lo que concierne a su componente barrial, corrió en cabeza del autor de este trabajo a través del diseño y coordinación del proyecto “*Topofilia, una alternativa en torno a la revolución de las pequeñas cosas*” (ver en los ítems correspondientes a Antecedentes y Planteamiento en la Introducción de este trabajo).

CAPITULO IV. CARACTERIZACIÓN DE LA CRISIS AMBIENTAL EN EL ESCENARIO DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA

8. FILOGÉNESIS DE UN CONFLICTO.

8.1. El concepto de Desarrollo Urbano Sustentable (DUS) en las grandes ciudades de América Latina.

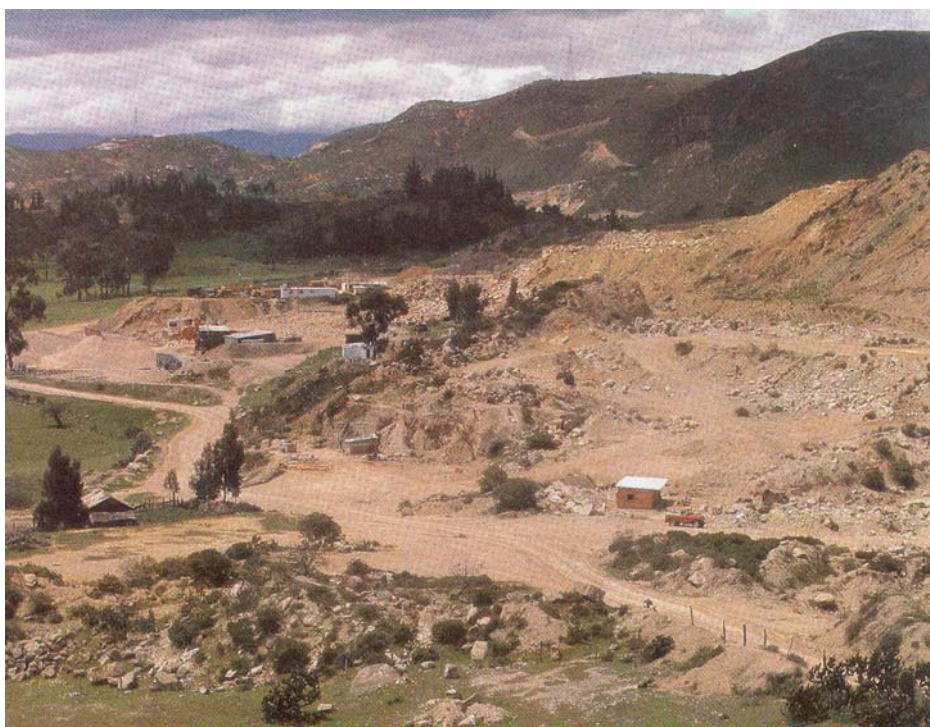
Podemos establecer, a *grosso modo*, dos tipos de variables en la determinación del diagnóstico ambiental de la ciudad latinoamericana. La primera de ellas referida a las secuelas producidas por el modelo de desarrollo imperante a escala mundial y, la segunda, expresada en términos de los problemas ambientales asociados al modelo de urbanización imperante en la región.

En el primer caso, cabe considerar lo que Guimarães denomina: “el deterioro progresivo de la base biogenética de las actividades humanas, con impactos de todo tipo para el mantenimiento de la diversidad en el sistema ecosocial” (Guimarães. Op. Cit. pp. 5); circunstancia particularmente alarmante, toda vez que, a la fecha, se estima que han desaparecido entre un 15 y un 20% de todas las especies animales y vegetales del planeta, las cuales se localizaban, fundamentalmente, en los bosques tropicales del Sur (progresivamente devastados, en gran medida, por los intereses económicos y comerciales del Norte), donde de hecho se concentra cerca del 90% del patrimonio biogenético de la humanidad. De otra parte, si se estima que en los últimos 25 años se ha reducido en un 10% la concentración de la capa de ozono en la estratósfera, en la Antártida esta reducción alcanza un dramático 70%; lo que sin duda afecta, en primer lugar, a países como Chile, Argentina, Uruguay y Brasil.

En el mismo sentido, las consecuencias del efecto invernadero y el consecuente recalentamiento del planeta que éste ocasiona afectan, en manera preponderante, a los países latinoamericanos, ya que mientras que se espera para los próximos años una elevación promedio de la temperatura del planeta entre 1 y 3 grados Celsius, el incremento previsible para el área comprendida entre la amazonia y el cono sur será de entre 2 y 8 grados. En lo que respecta al aumento de la desertificación, América Latina, acusa una parte fundamental de las 60 millones de hectáreas que, por esta causa, anualmente se pierden en todo el planeta (**Lámina 42**), ya que, por ejemplo, el 51% de la superficie de

México y el 35% de la del Paraguay se encuentran total o significativamente erosionadas así como el 60% de la cuenca del río de la Plata en la Provincia de Entre Ríos y el 20% de la cuenca del Paraná, para no hablar de los efectos de la inmisericorde tala de bosques en la cuenca amazónica donde se estima que se pierden irremediablemente cerca de 100 hectáreas por día; situación que afecta, en principio, a países como Brasil, Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador, Bolivia y Surinam, pero que a la postre deja sentir su impacto en los cambios climáticos producidos, de manera general, en todo el globo, toda vez que el amazonas es considerado, sin exageración, el pulmón del planeta. (Grupo Inter-Gubernamental sobre Cambio Climático. CEPAL, 1993).

Lámina 42
«REGRESO AL FUTURO»



Fuente: Revista Ecológica N° 8 (1991)

Como se ve, el panorama ambiental de la Región resulta a todas luces desolador, pero lo es más aún cuando se le incorporan los efectos propios de una idea de desarrollo mal entendida y subordinada a un modelo predatorio de urbanización; tema que tiene que ver, de manera directa, con la segunda clase de variables que inciden en el impacto sobre el ecosistema del modelo de urbanización imperante en la Región; respecto del cual, cabe considerar, en atención a los señalado, que mientras que en 1980, 22 ciudades de latinoamérica contaban con una población superior a 4 millones de habitantes, en el año 2000, éstas ya suman alrededor de 60. Tasa de expansión que contrasta con la de los países

del Norte donde esta cifra se elevó solamente de 16 a 25. Cabe señalar aquí que diez de las doce ciudades más pobladas del mundo (con una población mayor a 13 millones de habitantes) en el año 2000 están ubicadas en países del Sur, la mitad de ellas en América Latina; a lo que se suma el hecho del aumento generalizado, en la Región, de las ciudades cuya población excede 1 millón de habitantes y que, en suma, representa el 40% de su población.

Ahora bien, si se considera que el 60% de la población urbana en América Latina no tiene acceso a servicio de alcantarillado y que, por otra parte, el 90% de las aguas residuales se descargan, sin tratamiento, sobre los cuerpos de agua, podemos darnos cuenta, claramente, de la magnitud del deterioro de nuestros ecosistemas urbanos (**Lámina 43**). Situación agravada por la contaminación en el aire, ya que mientras que en ciudades tradicionalmente contaminadas como Los Angeles, Londres o Tokio se han alcanzado logros significativos en la recuperación de su aire respirable, Sao Pablo, Santiago o Lima, han visto el crecimiento paulatino de su enrarecimiento, al punto que estas ciudades se encuentran en una casi permanente alarma ambiental.

De este modo, y como bien anota Guimarães, los países de la Región se enfrentan, no sólo a los efectos de un “exceso” de desarrollo, entendido en el sentido de los costos ambientales de la sobreexplotación y el derroche de recursos, sino a los ocasionados por su propia “ausencia” de desarrollo, o de desarrollo “trunco” (Guimarães, Op. Cit. pp. 6). De cualquier forma, “los pobres del mundo son compelidos a destruir, en el corto plazo, precisamente los recursos en que se basan sus perspectivas de subsistencia en el largo plazo, mientras la minoría rica provoca demandas en la base de los recursos que, a la larga, son insustentables, transfiriendo los costos una vez más a los pobres” (Palabras del Director del PNUMA citado en Guimarães. *Ibíd.*).

Lámina 43
«PECES DE PLASTICO, PECES DE PAPEL...»



Fuente: Revista Ecológica N° 8 (1991)

Una situación tan dramática como la que hemos esbozado superficialmente, no da tiempo a divagaciones ya que la urgencia de los problemas exige prontas y eficaces soluciones, razón por la que resulta prioritario sustituir los enfoques ingenuos, románticamente “verdecidos” y puristamente “conservacionistas”, a propósito del DUS (del que todo el mundo habla), por estrategias claras que involucren, principalmente, cambios radicales en nuestra estructura política, social y económica, pues, a fin de cuentas, es necesario reconocer que dichos problemas se constituyen sobre la propia base de la organización de la sociedad en su conjunto; particularmente en lo que compete al impacto espacial que generan tanto sus respectivas distorsiones en el funcionamiento de la economía como sus formas más o menos estereotipadas de consumo. Situación a la que se suman los vicios consuetudinarios del sistema político de la Región que, dentro de la magnitud de lo denominado “la crisis del Estado en latinoamerica” (concretamente el de su

legitimidad), impone límites precisos a las estrategias globales encaminadas a alcanzar la sustentabilidad dentro del marco de una apropiada agenda regional.

De este modo resulta prioritario establecer el papel del DS a la hora de intervenir en el necesario proceso de autoafirmación del Estado partiendo de la redefinición de su rol en la relación entre la sociedad y el entorno en que ésta se desenvuelve, así como en la propia determinación de un proyecto de sociedad “sustentable”, particularmente en lo que compete a los roles y modos de participación de los distintos actores sociales en la definición de su propia agenda de sustentabilidad, dado que “la crisis económica que ha afectado a los países de América Latina en los años ochenta no sólo puso de manifiesto las insuficiencias estructurales que han caracterizado el desarrollo de la Región sino que además agudizó problemas sociales preexistentes generando nuevos obstáculos a la movilidad y a la cohesión social” (CEPAL. 1990:1).

Por si fuera poco, las exigencias del famoso “ajuste estructural” (del que ya hemos hablado) impuestas por los países del Norte para renovar la “ayuda al desarrollo” (o, mejor, los créditos y sus tasas de interés), trajo como consecuencia el incremento de la privatización (venta de empresas estatales y adopción privada del sistema de seguridad social y los fondos de pensiones) y, con él, de la pobreza, revirtiendo la tendencia que, a este respecto, acusaba mejoría en el período 1960-1980 (reducción del 50 al 41 por ciento), pasando a comienzos de los años noventa a afectar al 46% de la población (195.9 millones de personas). Incremento que, de acuerdo con la CEPAL, se ha registrado, particularmente, en las zonas urbanas que pasaron a albergar, en 1990, el 60% del total de los pobres. En este mismo año, el 22% de la población total vivía como indigentes, es decir, estaban por debajo de la línea de pobreza (lo que significa que aún gastando la totalidad de sus ingresos familiares no alcanzan a satisfacer las demandas de una canasta básica de alimentos); de hecho, el aumento en el volumen de población pobre aumentó entre 1980 y 1990 en 60 millones, de los cuales el 52% corresponden a la población indigente. En palabras de Guimarães, “a dos de cada cinco hogares latinoamericanos no se les permite actualizar los derechos más elementales de ciudadanía social, es decir, la satisfacción de las necesidades básicas de sus miembros; y uno de cada cinco latinoamericanos se encuentra, no sólo al margen de la ciudadanía; sino, además, por debajo del límite de la supervivencia biológica como ser humano” (Guimarães, Op. Cit. pp. 7).

La conclusión es simple, si algo ha caracterizado el proceso de urbanización en América Latina es el balance eminentemente conflictivo entre crecimiento y justicia social; en tal medida, y de acuerdo a los datos, lo que se infiere para la Región, de no frenarse las tendencias actuales, es que ésta caiga en un irreversible proceso de “sudafricanización” marcado por un creciente “*apartheid* social” ligado y derivado del modelo de desarrollo vigente (**Lámina 44**). De esta suerte, lo que resulta evidente para el subcontinente, derivado como secuela del modelo de desarrollo vigente y su manera de entender los conceptos de crecimiento y progreso en relación con la naturaleza, la tenencia de la tierra, los sistemas extractivos, los modos de producción y las pautas de consumo y distribución, es el paulatino recrudecimiento de la ya atávica separación entre los polos binarios de su estructura social (los ricos y los pobres, dado el empobrecimiento creciente de la clase media) bajo la figura de un problema para el cual no existe más que una expresión: *exclusión..!*

Lámina 44
«ARRIBA LOS DE ABAJO»



Fuente: Revista Ecológica N° 10 (1992)

Pero, ¿cómo afecta esta situación al territorio, a la calidad de vida y al medio ambiente urbano de la ciudad latinoamericana en general? En primer lugar es necesario

señalar que la exclusión social no es una abstracción sociológica sino un hecho que se patentiza de manera contundente en el espacio; más aún, diríamos que el espacio, y concretamente el territorio (su manera de ser social) es, de hecho, el escenario dilecto donde ésta se confirma y define en sus múltiples formas: la económica, la política, la social y, por supuesto, la ambiental; motivo por el cual, antes de seguir avanzando, consideramos necesario hacer una breve descripción de los aspectos que, en nuestra opinión, han conducido a Latinoamérica, concretamente a la ciudad latinoamericana, a su dramática situación actual. A fin de cuantas, si algo interesa a la moderna Geografía, como a la moderna idea de Historia, es atender, no tanto a la forma de las cosas en su estado actual (su *factum brutum*), como al camino que han recorrido hasta cobrar su *pathos* actual; esto con el fin de superar los viejos vicios de ambas disciplinas y entender la compleja dinámica que confluye tanto sobre el espacio, en un momento dado, como sobre los acontecimiento en un lugar determinado. A este respecto, Milton Santos señala:

Se puede decir que la Geografía se interesó más por la forma de las cosas que por su *formación*. Su dominio no era el de las dinámicas sociales que crean y transforman las formas, sino el de las cosas ya cristalizadas. Esto proporciona una imagen invertida que impide aprehender la realidad si no se hace intervenir la historia. Si la Geografía desea interpretar el espacio humano como el hecho histórico que es, solamente la historia de la sociedad mundial, aliada a la sociedad local, puede servir como fundamento a la comprensión de la realidad espacial y permitir su transformación al servicio del hombre. (Santos, M. 1996. pp. 17)

8.2. La encrucijada de una ideosincracia: una mirada antropogeográfica al contexto social y cultural de la ciudad latinoamericana.

De acuerdo con lo señalado hasta el momento en lo concerniente a los componentes que, a nuestra manera de ver, consideramos esenciales a la hora de establecer un proyecto de ciudad sustentable, particularmente en el contexto de la ciudad latinoamericana, resulta fundamental, en este punto, hacer una breve reseña de la evolución del marco histórico en el que surge y crece este particular escenario con el fin de entender, no sólo las hondas raíces de la naturaleza, prácticamente consuetudinaria, de

su crisis, sino de extrapolar, a partir de sus elementos constitutivos, los posibles caminos que, en el tiempo, puedan llegar a brindarle una salida.

Valga señalar que cuando nos referimos a una hipotética “crisis consuetudinaria”; y por lo mismo “inherente” a la ciudad latinoamericana, estamos hablando de una particular forma de “crisis” donde no es ésta un lugar al que por una u otra razón la ciudad latinoamericana llega sino que, por el contrario, es un estado que la caracteriza desde su origen como claramente lo presente Mario Coyula

la historia de las estructuras urbanas en América Latina pudiera verse, de manera simplificada, como el paso de un modelo precolombino básicamente *autosustentable*, aunque variado según el nivel de desarrollo en regiones diferentes, a un modelo colonial económicamente depredador y políticamente impositivo que, sin embargo, dejó expresiones valiosas de integración cultural y ambiental; para pasar después a un modelo neocolonial dependiente, todavía más depredador, que se tradujo en una ruptura, en aumento, del equilibrio entre las personas y el ambiente natural y construido (Coyula, 2000. La cursiva es nuestra. pp. 90-91).

En este sentido, si bien la ciudad surge de la crisis propiciada por un cambio de modelo económico y político; para nosotros esto resulta menos grave que el que ocurrió a nivel simbólico en ese enfrentamiento de racionalidades que significó la conquista y poblamiento “civilizado” del Nuevo Mundo y, con él, la imposición de un nuevo orden hegemónico. Sin embargo, no podemos afirmar que la crisis actual de la ciudad latinoamericana responda, de manera exclusiva, a esta típica situación colonial, por más que el actual modelo globalizador imponga un nuevo orden neocolonial y, por lo mismo, su impacto en las ciudades se exprese de manera análoga al ocurrido cinco siglos atrás (a fin de cuentas, éste respondía, también, a un proyecto globalizador y, consecuentemente, a la imposición de un modelo económico y social que, desde luego, sólo adquiriría sentido a través de la forma de ocupación y dominio del territorio).

Más bien, consideramos que la crisis actual del escenario urbano que nos ocupa, en sus componentes políticos, económicos, sociales y ambientales, si bien resulta marcada, en gran medida, por la situación antes descrita, no responde de manera exclusiva a ésta,

dado que en la misma interfieren circunstancias particulares que se arraigan en la naturaleza misma del universo latinoamericano; un universo eminentemente mestizo y, por tanto, configurado a partir de la confluencia de toda una serie de vectores procedentes de diversos contextos, pero subordinado a la arbitraria administración de un único y privilegiado principio de razón que, de tal suerte, se instaure como orden hegemónico. Universo que, así como curiosamente brinda el escenario (en las Indias) para el surgimiento del modelo urbano propiamente español, de igual manera, curiosamente también, constituye su identidad más propia en el mestizaje mismo; y con él, en el enfrentamiento de racionalidades; origen ontogenético del beligerante e inconformista espíritu latino-americano y, acaso, razón de su fondo eminentemente telúrico, rebelde y contestatario.

¿Dónde si no es en la naturaleza de ese “ser mestizo” donde vamos a buscar las hondas raíces de esa crisis que, como dijimos anteriormente, caracteriza el universo latinoamericano de manera tan propia?; ¿cómo no reconocer en lo más íntimo de su ideosincracia local una actitud reactiva frente a la norma y, con ella, hacia la autoridad en las múltiples formas en que ésta hace uso del ejercicio del poder, particularmente en lo concerniente a la organización del territorio?; ¿cómo no incorporar, desde aquí, la desobediencia civil, como una variable fundamental a tener en cuenta en cualquier intento por construir ciudad? En pocos contextos resulta tan marcada la clásica separación entre el Estado y la Sociedad Civil como en el latinoamericano (asumiendo que ésta última en verdad exista - así sea en estado de germen - en este medio).

Pero, no es solamente esta especie de aversión a lo institucional y al Estado como tal, lo que caracteriza el modo de ser latinoamericano; facilistamente explicada y, por lo mismo, facilistamente determinista, si se la justifica desde los muchos años de opresión colonial (explicación tan querida, en los años 60, respecto de la naturaleza de la supuesta “informalidad” que caracteriza los modos de ser latinoamericanos); existen, desde luego, otros componentes que la moderna Antropología entra a examinar y que remite, entre otras cosas, a la incompatibilidad radical entre dos formas irreconciliables de concebir el tiempo en el encuentro de racionalidades que la conquista del “Nuevo Reino” supuso: la lineal del Occidente europeo y la cíclica de las culturas indígenas americanas, concepciones de tiempo que implican maneras distintas de concebir la vida, el trabajo y, por supuesto, la historia; concepto, éste último, que en su correlato Occidental de “progreso”, y sus paradigmas de eficiencia, eficacia y efectividad, resultaba a todas luces incomprensible

para la mentalidad americana, cada vez más salpicada de cristianismo y, por lo mismo, cada vez más confundida (y refundida) en lo que respecta al sentido de la prosperidad material.

Situación puesta de manifiesto en los contradictorios discursos de la Iglesia y el Estado; dado que mientras que el primero justificaba la inmisericorde expoliación de los recursos nativos sobre la base de ponerlos al servicio de los intereses y el bien-estar de la Corona; la Iglesia, abogaba por el desprendimiento y la búsqueda de un bienestar supramaterial; lo que claramente entraba en contradicción con su propio proyecto político-expansionista y, por tanto soportado, como el del Estado, en la consolidación de una firme, acumulativa y depredadora base material; en cualquier caso, la idea de trabajo, instaurada por el modelo español, en todo contradecía la noción del mismo en el mundo indígena, matizada por aspectos mítico-religiosos, mágicos y cosmogónicos sobre los cuales constituían su sociedad y, desde allí, su relación con la naturaleza y con su modo de entrar en relación con ella.

Es precisamente aquí donde, en América Latina, hay que, buscar, en primer lugar la comprensión de la naturaleza de ese complejo laberinto que, en el tiempo, cobra el nombre de ciudad; un laberinto en el que el latinoamericano se arraiga y con el que se identifica. En esta medida, la ciudad, como anteriormente lo fueron los bosques y las selvas, se convierte en un lugar para esconderse, en un lugar para (a)saltar, para sorprender; es allí, en la ciudad laberinto, donde se asienta su connatural y lúdica picardía, es allí desde donde hay que explicar su recursividad y su creatividad (no sólo para sobrevivir, sino para “saltarse” la norma estableciendo la suya propia). Es en ese laberinto donde habita, donde se siente seguro, de ahí que lo funda por todas partes subvirtiendo el orden impuesto por el damero colonial de suerte tal que satura finalmente a las ciudades (para hacerlas “suyas”) de nichos, rincones y recovecos por todas partes, al punto que donde la cuadrícula urbana no los admite, él los funda creando así *“la informalidad”*; he ahí la dificultad de leer, o mejor aún, de entender, la racionalidad de la ciudad latinoamericana porque, de hecho, a pesar de lo que muchos planificadores consideran, no sólo la tiene sino que la afirma en su particular manera de entender y constituir la multiplicidad.

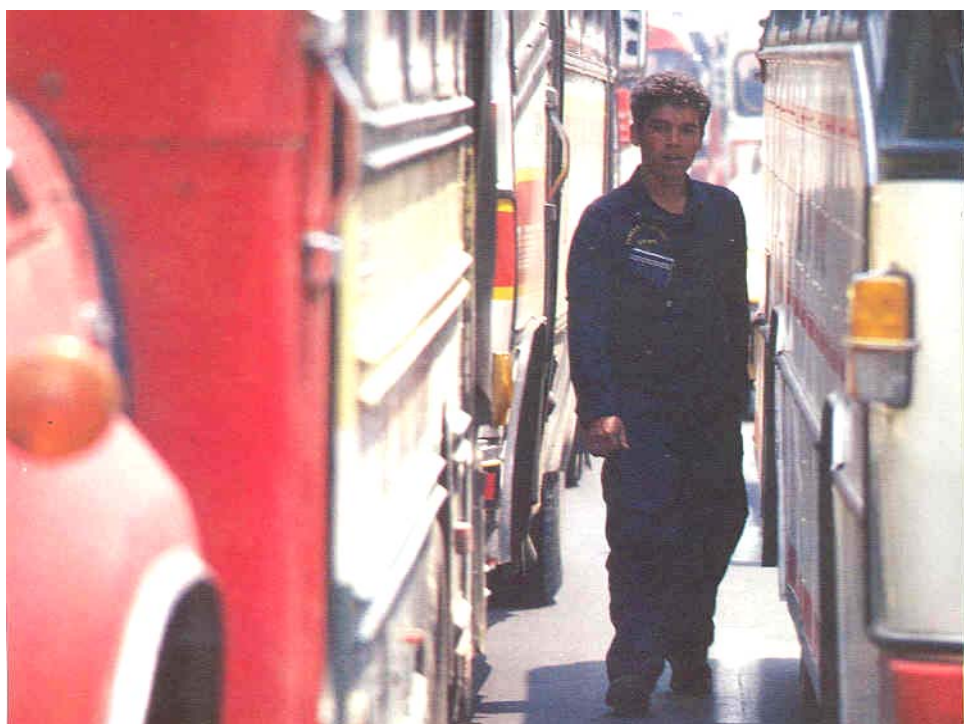
Donde el europeo lee desorden, homogeneidad y desorganización, el latinoamericano ve oportunidad, diversidad y estructuración; ve multitud de entradas y

salidas, ve y vive en la “porosidad” de lo que en la primera parte de este trabajo definíamos como una “cartografía marítima”. Ciudades hechas de infinitud de pliegues y repliegues en medio de una movilidad difícil de captar para el ojo no habituado. En este sentido, es necesario reconocer en la ciudad latinoamericana, no sólo la existencia de una doble geografía: la habitada y la construida (inherente, de hecho, a todas las ciudades) sino descifrar la razón de ser de su naturaleza y su múltiple y particular manera de darse; condición fundamental para intervenirla y así abordar, a partir de ésta, cualquier intento de “construir” ciudad.

Por lo anterior el laberinto del que hablamos no debe buscarse tanto en la forma física de la ciudad como en las múltiples maneras de uso y apropiación del espacio como tal; es decir en sus formas de estructuración y desestructuración del territorio. Es precisamente a la luz de esta doble geografía (la física y la simbólica) donde debe examinarse la morfología de la ciudad, dado que una y otra constituyen las dos caras de ese universo multidimensional que, desde la primera parte de este trabajo, nos ha dado pie para abordar el problema de la forma urbana desde lo que denominábamos una “cartografía de la movilidad”.

El laberinto latinoamericano, es un espacio en el que si bien se afirma una determinada forma de identidad, es un espacio también en el que, en su especificidad, el latinoamericano se refugia a tal punto que, a los ojos de las culturas foráneas, la forma de habitación latinoamericana es leída, o bien como una manera informal, irracional e improductiva de “ir por la vida”, o bien como expresión fantástica de seres fundamentalmente literarios imbuidos de “exotismo” mal llamado “surrealismo criollo” o “realismo mágico”; en cualquier caso, como algo “extraño” que cuando no deviene en objeto de curiosidad turística, es necesario someter y conquistar ya que el mundo “no funciona de esa manera”. He ahí la clave para entender la naturaleza de esa atávica soledad que envuelve lo latinoamericano y que Octavio Paz acusa en ese famoso trabajo que tuvo a bien denominar: *El laberinto de la soledad*. Concepto que, en cualquier caso ilustra, el propio *laberinto* que es la ciudad (**Lámina 45**).

Lámina 45
«EN MEDIO DE NINGUNA PARTE»



Fuente: Revista Ecológica N° 14 (1993)

¿Cómo no entender, desde aquí, nuestra enorme dificultad para “entrar en la historia” y, dentro de ella, en el corsé de una determinada idea de progreso ligada a ese eufemismo burgués que consiste en la noción clásica de desarrollo?; más aún, ¿cómo planificar una ciudad sin tener en cuenta la tradicional idea de historia y, con ella, de futuro? Para Octavio Paz es claro, la noción de futuro, en Latinoamérica, desemboca inexorablemente en el pasado, dado que su tiempo, como dijimos, es cíclico y, por lo mismo, ritual; lugar donde se asienta la esencia misma de lo popular en cuanto tal.

Ahora bien, el hecho es que resulta urgente planificar las ciudades, imbuirlas de un proyecto de futuro, atemperar su nocivo impacto ambiental, procurar mejorar en ellas la calidad de vida de sus habitantes y hacer de su escenario un espacio más justo en lo concerniente a la distribución equitativa de los recursos y las oportunidades, tareas que es necesario compatibilizar con las particularidades de la idiosincracia local: *el inmediateismo*, producto tanto de la innegable necesidad de dar respuesta a necesidades apremiantes, como de esa falta de “noción de futuro” de la que antes habláramos; con *la informalidad*, que responde tanto a las exigencias impuestas por el carácter excluyente del sistema económico imperante (generador de desempleo y subempleo), como a esa especie de fascinación por “lo marginal” inspirada, en gran medida, en una apasionada manera de

defender lo que los latinoamericanos denominarían “nuestro específico modo de hacer las cosas”, repelente, por definición, a las instrucciones y a las normas; con *el oportunismo*, manera particular de capturar el tiempo y, dentro de él, “la posibilidad”, ocasión única para ejercitar la atención y, con ella, el “estado de alerta permanente” a través del cual es factible capitalizar situaciones accidentales o incidentales en beneficio propio con un mínimo de esfuerzo; con *la irreverencia*, a través de la cual se pone en duda la legitimidad de la autoridad y se abre paso la desobediencia civil como una pauta de “cultura ciudadana”; con el *escepticismo*, desde el cual se deslegitima la capacidad de convocatoria del Estado para atender cualquier iniciativa que involucre la participación en cuanto tal (actitud que, en cualquier caso, menoscaba la de por sí ya frágil gobernabilidad de la ciudad latinoamericana); y, finalmente, con el *asistencialismo* y su implícito correlato de dependencia desde el cual, por un lado se espera que sean “otros” los que hagan las cosas, y por otro, se espera que esto no genere una deuda ya que “esos otros” (que, normalmente representan, o bien el Estado, aún en las formas expurgadas de éste que resultan ser tanto las ONGs como las instancias de Cooperación Internacional; o bien la Empresa Privada a través de sus eventuales Fundaciones con “sentido social”) “están obligados” con el conglomerado social puesto que “son ellos quienes han acumulado la deuda”; curiosa manera de “cobrar” que cómodamente exime al conjunto social de cualquier clase de responsabilidad histórica frente a una, en consecuencia, difusa noción de propiedad frente a su ciudad.

Con todo, esta somera descripción de algunos de los principales caracteres que, en nuestra opinión, definen la ideosincracia latinoamericana, debe verse, menos como un inventario de problemas que de manera categórica se constituyen en obstáculos insuperables para enfrentar (dentro del reto de construir colectivamente la ciudad), que como un conjunto de “variables” con las que es preciso contar y, por tanto, entender, ponderar y, de tal suerte, incorporar en dicha tarea. *Es en este contexto donde la construcción de la ciudad, y con ella la de ciudadanía, debe inscribirse dentro de un proyecto pedagógico capaz de incorporar todos estos aspectos del ser latinoamericano a la luz de la construcción de un determinado imaginario a alcanzar que posibilite y refuerce, dentro de un proyecto de ciudad concertada, uno de sociedad concebido de la misma forma.*

En otras palabras, la construcción colectiva del territorio, en el caso de la ciudad latinoamericana, consideramos se hace posible, sólo a partir de una profunda comprensión

del correlato empírico que acompaña la manera que el latinoamericano, en su dimensión más popular, tiene de enfrentar la vida en su día a día; ya que, finalmente, es en lo que Husserl denomina: la comprensión de la “cotidianidad de término medio”, donde su particular ideosincracia (sensiblemente afectada por las secuelas del modelo económico vigente y su ideología neoliberal) se pone a prueba poniéndole “trampas” al imperativo categórico de la existencia para sobrellevar las demandas diarias de la supervivencia.

En esta medida, la *construcción-apropiación* de ciudad, de la que tanto hemos hablado, no tiene sentido, en el caso de América Latina, si no es a partir de la construcción de una noción de futuro constituida a partir de lo popular; marco primero y fundamental de cualquier intento planificador. ¿Desde dónde, si no es desde lo latinoamericano en cuanto tal, que es factible, no sólo potenciar sus “ventajas comparativas”, sino satisfacer, desde allí, las exigencias que el mercado impone a todos aquellos escenarios que quieran entrar a participar (competir) en el concierto de la “aldea global”?

Por lo anterior, las “variables” antes descritas, no sólo no deben ignorarse, o ser contempladas de manera ligera (acaso romántica), sino que por el contrario, deben ser tenidas en cuenta, con el fin de que una mirada superficial; o acaso moralista de éstas, no contribuya con el aumento de los ya atávicos problemas que las mismas, tradicionalmente generan, en la administración y gobierno de la ciudad.

Una particularidad resulta implícita a todas ellas y es el hecho de que así como, de alguna forma, el mundo desarrollado acuñara, en su momento, el concepto de “Tercer Mundo” para diferenciarse de ese “otro mundo” que no lo estaba; y, como anotamos al comienzo de este trabajo, ese “otro mundo” aceptara, con cierto orgullo, esa denominación, para constituirse en sí mismo como *diferencia*; en esa misma medida, valga señalar, de manera genérica, para este último contexto, la importancia que allí cobra su atracción (cada vez más paleada por el consumo y el proyecto globalizador), por la marginalidad, por la periferia y, ¿porque no decirlo?, por la *resistencia*; al parecer sinónimos implícitos de identidad local, o si se prefiere, de localismo; valga citar, como ejemplos recientes, la opción popular de países como Perú, Ecuador, Brasil e, incluso, Venezuela (a pesar de los conflictos generados, en las clases Media y Alta, el proyecto político de su Presidente); para no hablar de ejemplos pasados como el de Chile, el de Nicaragua, o el de las “emblemáticas” revoluciones de Cuba o México. Experiencias donde preya, por todas partes, el espíritu contestatario latinoamericano y, por lo mismo,

su indómita y reacia actitud a cualquier forma de domesticación⁸⁵; circunstancia que convierte a “la resistencia”, no sólo en una forma de lucha sino, sobretudo, en una forma de *habitación*..; una habitación que, por lo mismo, en tanto forma de “ser periférica”, se constituye, en sí misma, en una manera de estar; es decir, de “*espaciar*”; o, lo que es lo mismo, de “*ser-espacial*”; como lo presenta, de manera dilecta, el escenario de la ciudad, en donde habita, por todas partes, ese particular “estado de conciencia” desde el cual entendemos a la ciudad latinoamericana; particularmente a las que hemos denominado: Grandes Ciudades, como “*ciudades de borde*”; como “*ciudades de frontera*”...

El hecho es que, connatural al latinoamericano, subyace un cierto gusto por el único lugar donde se siente seguro, es decir, por la periferia; al parecer, sólo “viviendo al margen” se afirma en aquello que en verdad es: “un marginal”. En esta misma medida, su manera de ejercer la marginalidad dista mucho del facilito rótulo de “pobreza” con el que ésta se estigmatiza y, de tal suerte, combate, haciendo del enfrentamiento contra la segunda una lucha frontal e ideologizada contra la primera, como lo prueba la bandera de la planeación para el desarrollo de los años sesenta y setenta emplazada, explícitamente, sobre el proyecto de “erradicación de la marginalidad”; proyecto por supuesto fallido, ya que es más fácil acabar con la pobreza que con una mirada arraigada de mundo.

No obstante, la marginalidad no es, ni mucho menos, un “rótulo posmoderno” para definir la especificidad de una determinada forma de resistencia contra el sistema; (la que, por otra parte, no resulta patrimonio exclusivo del “Tercer Mundo”), ya que si bien puede ser leída como una romántica forma de *in-sistencia* (forma de ser “hacia adentro” proyectada a través de la *ex-sistencia*) y autoafirmación de lo propio; para los efectos prácticos del contexto que nos ocupa, supone, también, una carencia de la que, de diferentes maneras, la propia existencia da cuenta. Carencia que si bien, en su primer

⁸⁵ Dentro del marco de la caracterización antes presentada, la misma resultaría sesgada si no aludiéramos, también, a la enorme maleabilidad de ese aludido ser “insometible e indomesticable” que, paradójicamente, desde nuestra descripción, resultaría ser el latinoamericano. Maleabilidad manifiesta en su enorme sensibilidad frente a los discursos populistas que, en muchos casos, hacen alarde, precisamente, de esa supuesta insometibilidad para captar, desde el imaginario popular, proclive a servir al caudillismo, la atención de la masa y así someter su “indomesticabilidad” conduciéndola y manipulándola en una u otra dirección; sirva como ejemplo la alusión a la espada de Bolívar, o al espíritu guerrero de Atahualpa en las últimas campañas presidenciales de Venezuela y Perú, respectivamente. Situación que, por un lado, congrega el imaginario popular (situación en sí misma deseable a la hora de construir un “proyecto común”, hasta ahora no realizado en América Latina) pero, por otro, refuerza los vicios consuetudinarios de la clase política latinoamericana amparados en el “caziquismo” y en el clientelismo. Instancias mediadoras entre la sociedad y el Estado y; por tanto, causa, en gran medida, de su creciente distanciamiento y atávica incomunicación; impedimento primero para la construcción de cualquier proyecto colectivo tanto de nación como de ciudad.

sentido, alude a la precariedad de los medios con que la mayoría cuenta, supone algo todavía más grave, y es la carencia de responsabilidad frente al futuro manifiesta, entre otras cosas, en la inmisericorde e irracional expoliación de los recursos (de la que resulta muchas veces, aunque no de manera exclusiva, cómplice la propia carencia). En este sentido, *una cosa es “ser marginales” y otra, muy distinta, es cerrarse la puerta y quedarse afuera*, motivo por el cual *esta no es una apología de la marginalidad sino una descripción de lo que denominaríamos un “ser-de-frontera”.....*⁸⁶ Incentivo adicional para la realización de ese proyecto pedagógico del que venimos hablando y que, desde esta perspectiva, no puede más que comprometerse con y desde la periferia a “enseñar a ser marginal”,⁸⁷ o lo que es lo mismo, *a construir una sociedad civil educada en la conciencia del bien común y, desde aquí, crítica, proactiva, beligerante y contestataria.*

Desde esta perspectiva, la ciudad latinoamericana no es “más crítica” que cualquier otra ciudad; de hecho, todas las ciudades reclaman por un espacio de marginalidad, o mejor, por su legítimo derecho a ejercerla, ya que la marginalidad como tal no puede reducirse a un espacio, como pretenden hacerlo entender algunas ciudades a través de la creación de “zonas de tolerancia”; las que en realidad ponen de manifiesto cuan intolerantes son; negando, de tal suerte, ese nivel de “apertura” y “civilización” del que presumen a través de su creación.

La verdad es que toda ciudad tiene dos caras (en la primera parte de este trabajo hablábamos, siguiendo a la Escuela de Chicago, de la ciudad *ortogenética*, apofántica,

⁸⁶ Entendemos la expresión: “*ser- de- frontera*”, en un sentido ontológico y no topológico ya que no alude a una determinación espacial desde la cual la marginalidad se encontraría en el “margen del centro”; o si se prefiere, al margen de él (en cualquier caso en su borde externo); lo que supondría negarle cualquier atributo como entidad autonómica ya que, en sentido estricto, dependería de él; sino como una descripción de una específica y autónoma manera de ser que, en atención a la especificidad de su *diferencia*, resulta análoga al concepto de *deconstrucción* abordado por Derrida (1989) en “*La Deconstrucción en las fronteras de la filosofía*”, donde este autor ubica la deconstrucción como una operación fronteriza de la filosofía y no como un discurso que se encuentre en su margen o al margen de ella.

⁸⁷ Dado que hemos hecho una clara distinción entre pobreza y marginalidad (desde la cual esta última resulta ser menos una situación de exclusión social, por parte del principio hegemónico de razón dominante, que una forma de ser “de frontera” no opuesta al “centro” sino, más bien, su imagen “alter” y, por tanto, connatural a él) es claro que, con esta expresión, no estamos aludiendo a la ilusa pretensión de enseñar lo inenseñable sino, más bien, a pensar los mecanismos técnicos y políticos capaces de involucrar la marginalidad (en ese, su “ser de frontera”) en la construcción colectiva del territorio. Esto con el fin de que la marginalidad, tal y como la entendemos, no redunde en deseconomías o en disfuncionalidad urbana y/o social (producto de su exclusión o de su manera desregulada de hacer presencia) sino, por el contrario, en la autoafirmación de un profundo sentido local capaz de interlocutar con otros contextos; condición primera y fundamental, no sólo para competir en los mercados globales, sino para no perderse al interior de un cada vez más difuso “orden global”. Aspiración que implica, en primer lugar, esclarecer para el caso de las ciudades de América Latina qué significa ese “ser de frontera” del que venimos hablando y cuales serían los mecanismos técnicos y políticos capaces de involucrarlo en la construcción de un proyecto de ciudad concebida en y desde lo periférico; tarea de la que nos ocuparemos en páginas siguientes.

organizada y regulada y de la ciudad *heterogenética*, dionisiaca, caótica y expresiva); sin embargo, no es aquí donde se explica su “crisis”, al menos en el contexto aludido, sino en el concepto mismo de “subdesarrollo” que es inherente a dicho contexto y que, de acuerdo con Augusto Angel Maya, reconocido investigador colombiano, no se encuentra en la pobreza económica sino en la actitud mental, en la ideosincracia cultural y en la falta de noción de proyecto futuro; aseveración que, leída desde la perspectiva del somero diagnóstico hecho anteriormente respecto de la ideosincracia latinoamericana, se complementa con la afirmación de Milton Santos para quien el subdesarrollo no es otra cosa que “una formación socio-económica dependiente, un espacio donde el impacto de las fuerzas externas es preponderante en todos los procesos” (Santos, M. 1996. pp.35). Dependencia que, al permearse a través de las distintas dinámicas sociales y políticas (en cualquier caso, culturales), produce un curioso y ambiguo cóctel de recursividad e ingenio, por un lado, para capitalizarla y/o hacerle resistencia y; por otro, complejo de inferioridad, envidia y malsana competitividad. Resultado de todo esto: la generación de una sociedad imbuida de un espíritu contestatario (característica primera de ese su *ser-marginal*), aunque, en apariencia, conformista y sumisa (el inconformismo como la marginalidad, en muchos casos, va por dentro, cuando no se hace manifiesto de manera explícita y directa...) y de una clase política oportunista, clientelista y caudillista, inmersa en una “lógica” signada por el arribismo y la corrupción. Circunstancias que, en todo confluyen, en la inestabilidad económica y política de la Región.

Por si fuera poco, las tradicionales formas de poder que encuentran, como siempre, su correlato empírico en las distintas maneras de dominación del territorio, se ven reforzadas por la inmisericorde y avasalladora lógica del capitalismo que sirviéndose, en gran medida, de la publicidad y el consumo, no puede menos que exacerbar las contradicciones sociales y hacer todavía más amplia la zanja que separa, no solamente las dos caras de la ciudad a las que hemos hecho alusión, y desde las cuales lo marginal se estigmatiza y separa de manera tajante del espacio del orden y la regulación (al punto que se convierte en objeto de la misma), sino que aumenta de tal manera la distancia en la ya claramente estratificada sociedad, que ésta termina promoviendo una también doble lectura de la ciudad: la de los ricos y la de los pobres.

Por lo anterior, una propuesta de construcción de ciudad, en latinoamérica, que apunte a zanjar las enormes diferencias entre estos dos polos dialécticos o; por lo menos, a promover la constitución de un pacto social más justo; pasa, necesariamente, por la

construcción de ciudadanía y, dentro de ella, no sólo de una clara noción de lo público, sino de unos expeditos mecanismos de apropiación colectiva de la ciudad en cuanto tal; lo que supone tanto un acceso directo al empleo y la vivienda, como a los bienes y servicios básicos. En esta medida, consideramos que la doble construcción de la que hablamos (la de ciudad y la de ciudadanía), no puede llevarse a cabo si no es a partir de la comprensión de las características culturales del conglomerado social dentro del marco de un proyecto renovado de Estado que, evidentemente surja de él.

Un papel fundamental cumple aquí el territorio, toda vez que *la ciudadanía no es una abstracción sino una práctica política puesta de manifiesto sobre el espacio común; un espacio que, desde luego es, sobre todo, una construcción histórico-social.*

Lo anterior significa que la propia construcción del territorio (hablamos del territorio de la ciudad, entendido como un escenario común) pasa, necesariamente, por el diseño de un proyecto colectivo de doble dirección: una “de arriba hacia abajo”, que suponga, en este sentido, *una apuesta política del Estado basada en la capacidad de convocatoria que éste pueda adquirir sobre la base de su decidido liderazgo*; para lo cual la norma y la garantía del respeto a ella, así como la puesta en operación de móviles que incentiven a la ciudadanía (fortalecimiento institucional, satisfacción de necesidades básicas insatisfechas, construcción de macroproyectos emblemáticos de beneficio común, puesta a punto de una base infra y superestructural fuerte y existencia de mecanismos expeditos de participación; entre otros); sin duda prestan un importante servicio; y otra, de “abajo hacia arriba”, en la cual *la norma misma surja como resultado de un proceso de autoregulación ciudadana constituido sobre la práctica social* (la que, como hemos dicho, es siempre una práctica espacial); lo que significa, construir una base social fuerte a través de la consolidación y puesta en común de resultados en torno a las distintas iniciativas y acciones ciudadanas. Las que, de otra parte, tendrán que servir para fortalecer las propias organizaciones de base y; desde allí, los procesos asociativos, cooperativos y corporativos que le son inherentes. Fortalecimiento que tendrá que provenir de una capitalización “*in crescendo*” de tales procesos (en el correlato participativo que implica su práctica socio-espacial) al punto que, desde ellos, se legitimen claras y transparentes instancias de representación que coadyuven en la administración y gobierno del territorio, promoviendo de tal suerte su gobernabilidad; verbigracia, Concejos Municipales, Cabildos, Juntas Administradoras, etcétera.

Desde esta perspectiva, cabe recalcar que es en el uso del espacio; o mejor, en la apropiación territorial que legitima el uso y el valor social de éste (su valor simbólico), donde la ciudadanía adquiere su “mayoría de edad”. En este sentido, es en la realización de acciones concretas (entendiendo por éstas las que se llevan a cabo sobre el territorio, o las que, de manera directa, tienen incidencia sobre él) donde se pone de manifiesto la propia “apuesta social” y, por tanto, política, de una determinada colectividad. Acciones que, en tal sentido, tendrían que aportar el escenario para fortalecer el tejido social a través de la realización de proyectos concretos que supongan procesos autogestionarios, autoregulados y, en lo posible, autosustentables.....

En cualquier caso, la ciudadanía y, con ella, el uso no disfuncional del derecho a la ciudad,⁸⁸ no se impone, ni se adquiere o legitima, simplemente, a través de la norma (la cual, en el mejor de los casos, puede llegar a incidir, apenas, en la generación de ciertos hábitos); ni tampoco puede atenerse, sin más, a la generación de procesos sociales autoregulados que no trasciendan el limitado entorno territorial de una u otra experiencia vecinal. Es necesaria la confluencia de esta doble vía para que, en realidad, pueda hablarse de un proyecto de ciudad; el que, de cualquier forma, está obligado a fortalecer la gobernabilidad y, en tal medida, a potenciar el orden institucional de un Estado, legitimado desde aquí, gracias a la constitución y cumplimiento de pactos sociales multiactorales.

Cumplen un papel fundamental, a este respecto, la realización de proyectos comunitarios capaces de hacer converger la acción conjunta de los diferentes actores sociales públicos y privados, sobre la base de que la puesta en marcha de tales proyectos suponga la adopción de responsabilidades y compromisos concretos por parte de cada uno de ellos; ya que, como señalamos, la ciudadanía; objetivo primero de la construcción colectiva de ciudad (entendida desde la perspectiva que presentamos), no surge como consecuencia de un proyecto de Estado a través del cual la norma, sin más, conduzca a un cambio de actitud, como ingenuamente considera el alcalde Antanas Mockus de la ciudad de Bogotá, sino que, por el contrario, es la práctica social la que debe servir de colofón a un proyecto de Estado que si bien, por un lado, responda a ella; por otro, esté en condiciones, de liderarla, “conduciéndola” en una dirección concertada también con ella;

⁸⁸ Hacemos esta aclaración dado que existe un uso disfuncional del derecho a la ciudad puesto de manifiesto en una mal entendida libertad constituida sobre la base del irrespeto al derecho del otro o, entre otras cosas, en la apropiación posesiva del ejercicio del Derecho (sirva de ejemplo la privatización de espacios públicos en zonas residenciales, so pretexto de garantizar una mayor seguridad).

condición para la construcción de un auténtico proyecto social de ciudadanía, respecto del cual, y aquí si coincidimos con dicho Alcalde, es necesario alentar un proyecto pedagógico sustentable (como sustentables deben ser, en consecuencia, las políticas que lo alienten, las prácticas que en tal sentido se lleven a cabo, los agenciamientos que lo hagan posible y el modelo de desarrollo económico y social que lo avale) orientado a la construcción de una clara y comprometida noción de lo público embebida de una específica noción de futuro.

Por lo anterior, consideramos que la ciudadanía se adquiere “haciendo ciudad”; es decir, contribuyendo, de manera tangible, en su factura (desde luego, socio-espacial); razón por la cual, en nuestra opinión, no es posible que ésta se geste, sin más, desde la norma, (caso Mockus- Alcalde de Bogotá 2000-2003); pero tampoco es posible limitar la construcción de la ciudad a la realización de proyectos sin involucrar la participación de la ciudadanía (caso Peñalosa- Alcalde de Bogotá 1997-2000).

8.3. Fragmentación urbana y reconstitución de lo territorial.

Sin lugar a dudas, con el surgimiento del posfordismo y el fin del modelo desarrollista, los últimos años de la década de los ochenta promueven el ingreso de la ciudad en un nuevo ciclo. La fábrica ha dejado de ser el fundamento de la base productiva y los pobres son ahora, en su mayoría, urbanos (Prévôt, 2000. pp. 27); lo que sin duda genera, particularmente en el contexto de la ciudad latinoamericana, un aumento de la ya tradicional polarización socio-espacial; surge entonces lo que Marie-France Prévôt denomina: “un nuevo modelo de ciudad, más disperso, menos jerárquico, que sustituye al de la ciudad orgánica: la ciudad fragmentada”.(Ibídem).

La fragmentación resulta de la desaparición del funcionamiento global en beneficio de las pequeñas unidades, de la disolución de los vínculos orgánicos entre los fragmentos urbanos, del empobrecimiento del *continuum* espacial y de la repetición de desigualdades, en las distintas escalas infraurbanas, con islotes de pobreza lindando con reductos de riqueza en el interior de los archipiélagos urbanos (Ibídem).

Fragmentación que responde, necesariamente, a la inoperancia de un sistema político, social y económico tan sólido, cerrado y compacto, como el modelo espacial, social y productivo que lo sustenta. En este sentido, compartimos la tesis de Prévôt, según la cual, el desbordamiento espacial de la ciudad latinoamericana de las últimas décadas debe entenderse, menos como un rechazo de la ciudad compacta y, de tal suerte, como una especie de actitud “antiurbana”, que como un paradójico esfuerzo por conservar su unidad. Una unidad que, paradójicamente, se ha constituido, desde siempre, con base en la diferenciación espacial y, con ella, en la segregación social, lo que es lo mismo que decir, en la jerarquización y en la estratificación socio-espacial. Lo que sí tiene de nuevo esta situación es que nunca, como ahora, los medios (ese incondicional aliado del consumo, y con el del capital), y su ineludible capacidad disuasora, han demostrado su predominante papel a la hora de proyectar y vender un nuevo modelo de homogenización que, bajo los presupuestos de la “aldea global”, hoy en día lo inunda todo saturando a las ciudades de lo que bien pudiera denominarse: un proyecto de *urbanismo sin urbanidad*.

No obstante, la continua anexión de nuevos inmigrantes al consolidado urbano (en el caso de América Latina, particularmente entre los años treinta y cincuenta), atraídos, en gran parte, por las “ventajas” del modelo y de su poderoso imaginario político y económico (aparentemente incorporativo), no trajo un incremento en la afirmación de lo urbano en cuanto tal (bajo el presupuesto global que subyace en la bendición papal: *urbi est orbi*), sino que, por el contrario, amplió el espectro de pobreza existente ya en estas ciudades y, con él, de nuevos “propietarios pobres”; a fin de cuentas la ciudad, al menos eso es lo que, desde entonces, vende el imaginario global, es “de todos” y, por tanto, a todos “pertenece”.

Sin embargo, la realidad es muy distinta, ya que la tan aludida “integración” que ofrecía el modelo económico a los inmigrantes urbanos a través de su incorporación a la fuerza productiva (concretamente en el sector industrial), nunca se llevó a cabo, mientras que, por el contrario, la periferalización si iba, en consecuencia, en aumento; y con ella, el crecimiento de la pobreza marginal.⁸⁹

⁸⁹ Nótese que no hablamos del supuesto crecimiento de la “marginalidad”, tan querido por los estudios socio-económicos de los años sesenta, sino del crecimiento de la “pobreza marginal”; ya que, como anteriormente anotábamos, la marginalidad, en sí misma, sólo es un problema para una idea ortogénica de ciudad, dado que lo que ésta comporta no es otra cosa que una actitud crítica y contestataria respecto de los parámetros de uso y ocupación del espacio que supone la regulación de éste por parte de una única racionalidad.

A este respecto, el recrudecimiento de la pobreza, implícito en el posicionamiento de la ideología neoliberal, acabó, en los años noventa, con la esperanza para los más pobres de un acceso al régimen salarial y; con él, al prestacional. Una particularidad tiene esta situación y es el hecho de que estos pobres, como anota Prévôt (Op. Cit), no son ya emigrantes sino *urbanitas* de segunda o tercera generación; lo que significa que no sólo han cortado todo contacto con el campo sino que su imaginario, y el apetito que, a través del consumo, éste genera, es evidentemente urbano; circunstancia que los convierte en una inestable, aunque permanente, masa crítica para el sistema (**Lámina 46**).

Lámina 46
«UN CABALLO DE FUERZA...»



Fuente: Revista Eco-lógica N° 20 (1995).

En este sentido, como apunta Saskia Sassen (1999), si bien la globalización es una pieza clave a la hora de entender el proceso de polarización de la estructura social y espacial de las grandes ciudades, no es, ni mucho menos, la única respuesta para descifrar (al menos en el contexto latinoamericano) las características de la tan acusada crisis política, económica y socio-ambiental propia de éstas; ya que la misma no corresponde, de

manera exclusiva, a la situación coyuntural del “proyecto global” y sus secuelas de desempleo y recesión (ocasionadas, en gran medida, por las exigencias del ajuste estructural que supone, para estas economías, la inserción en la competitiva economía de mercado), sino que se arraiga en las propias dinámicas e inercias atávicas del subcontinente en su correlato político, económico y social.

A pesar de todo, no se puede desconocer el innegable impacto que la globalización genera en las ciudades (independiente de su contexto), especialmente en lo que respecta a las consecuencias de la paulatina y cada vez más acelerada terciarización de su economía, puesta de manifiesto a través del posicionamiento creciente de la venta de servicios avanzados. Actividad que, en latinoamérica, adquiere una dimensión muy particular, toda vez que es, en gran medida, a través de ésta, que se pretende, al menos en parte, financiar las distintas economías nacionales mediante una estrategia que, concebida desde aquí, apunta, con frecuencia, a potenciar y fortalecer los procesos de privatización asociados, de tal suerte, con una pretendida “modernización”.

Ahora bien, si a la situación descrita le sumamos el enorme desarrollo de la industria inmobiliaria de las Grandes Ciudades de la Región (amparado más en el sector privado que en la determinación de políticas públicas espaciales orientadas a suplir la creciente demanda en materia de vivienda), se acaba de dibujar el cuadro de aparente “progreso” (imagen tradicionalmente asociada al crecimiento) que, al menos como imagen, las envuelve. Imagen que, desde una perspectiva “desarrollista”, pretendiendo forzar una aparente sinonimia entre crecimiento y prosperidad, no hace más que resaltar su explícita y abierta contradicción, dado que el aludido “crecimiento” es evidentemente selectivo y, por lo mismo, discriminatorio; lo que redundará en un distanciamiento creciente entre el Estado y la ciudadanía al punto que

todo hace pensar que los Estados, que tan importante papel habían desempeñado en el destino de estas grandes metrópolis, renuncian ahora al control de lo urbano. El término “crisis urbana” se generaliza, subrayando la erosión del pacto social populista que, mal que bien, había permitido integrar, valiéndose del clientelismo, a los nuevos ciudadanos. (Prévôt, Op. Cit. pp. 26).

De manera paradójica, es precisamente en las ciudades donde se concentran las campañas de los políticos y, en este mismo sentido, donde también se concentran las acciones demostrativas que, en materia de “desarrollo”, pretenden generar votos a través de su supuesta replicabilidad; a fin de cuentas, es allí donde se ubica la masa de electores; pero es también allí donde se concentran los problemas y las contradicciones sociales en toda su *complejidad*; la que, por cierto, debería caracterizar la dimensión, también “compleja”,⁹⁰ de cualquier intento de intervención que, en el conjunto urbano, apunte a mitigar los impactos nocivos de unos y de otras.

Eco de esta situación, y dentro del marco del crecimiento desmedido del sector inmobiliario antes reseñado, resulta notable (y, muchas veces cosubstancial a éste), un también creciente proceso especulativo del suelo urbano manipulado por el clientelismo populista que, particularmente entre los años cuarenta y sesenta, sirvió de cómplice, cuando no lideró el mismo, incontables procesos de “toma de tierras” por toda latinoamérica. En este sentido, en países como Brasil, México, Venezuela, Perú, Bolivia y Colombia, las ocupaciones ilegales se negociaron dentro del sistema de prevendas políticas, incorporándose paulatinamente las tierras así adquiridas a las áreas metropolitanas de las principales ciudades a través de forzosos y, muchas veces dudosos, procesos de legalización.

En esta medida, una sorprendente capacidad para “integrar” a los pobres (mejor diríamos, absorber), ha caracterizado al, por lo mismo, expansivo proceso de urbanización de estas ciudades. La realidad es que lejos de ser “extraordinarios espacios de integración”, las ciudades latinoamericanas, presas, en este sentido, de un poderoso imaginario político-económico, se constituyen, más bien, en un abigarrado compendio de “zonas desfavorecidas, mal equipadas y en situación irregular” (Prévôt, Op. Cit. pp. 26). Panorama que, a partir de los años ochenta, hace desaparecer, de manera definitiva, el “sueño integrador”, víctima de la exacerbación de las contradicciones sociales ligada a un incremento sensible en la delincuencia y la inseguridad, para no hablar del aumento del desempleo como consecuencia de la crisis económica de la Región. Circunstancias a las

⁹⁰ Entendemos la “complejidad” en el sentido que proponen autores como Morin o Castoriadis, para referirse a la necesidad que hoy en día tiene la ciencia (entendemos la intervención en la ciudad como un proceso científico), de atender simultáneamente a toda una multidiversidad de caracteres, situaciones e intereses producidos en el cruce vectorial (direccional) y tensorial (relacional) de las variables que, en cada caso, y de manera diversa, confluyen y describen uno u otro contenido de la realidad. En este sentido el uso que aquí hacemos del concepto se aleja, en todo, de su connotación coloquial que lo asocia con una dificultad derivada de una falta de claridad.

que, por si fuera poco, se suman, a partir de los años noventa, las consecuencias directas del andamiaje Neoliberal y su indiscutible efecto globalizador.

Dentro de este marco surge, en la última década del siglo XX, un nuevo imaginario para las ciudades que, para ser competitivas, y así hacer parte de la megalópolis mundial, empiezan a hacer ajustes en sus economías y sistemas productivos con el fin de reconducir a las primeras al tan anhelado, “terciario superior”; punto nodal donde, en buena parte se articula, la economía global ... No obstante, si bien las demandas del mercado global apuntan, en todo, al fortalecimiento y consolidación de este importante sector de la actividad económica, las exigencias de “ajuste estructural” para las economías del “Tercer Mundo”, pasan más por la reducción del gasto público (al que, por cierto, pretende contribuir la privatización a través de la puesta en circulación en el mercado de los distintos bienes y servicios públicos, poco a poco adquiridos por los grandes monopolios internacionales) y por el fomento a la base extractiva (a fin de cuentas el “Primer Mundo”, poco tiene que ofrecer en términos de materias primas), que por la venta de servicios avanzados (a pesar de todo, cada vez más importante). Circunstancia que a la vez incide en el aumento de la vulnerabilidad social y en esa continua e inmisericorde expoliación de los recursos naturales endémicos que ha conducido a estos países a un estado de creciente deterioro en sus ecosistemas de base.

Lo paradójico de esta situación es que, como reseñamos en páginas anteriores, el proyecto global que subyace en el fortalecimiento de la venta de servicios avanzados, se inscribe dentro de un presupuesto político de doble moral mediante el cual se exige a los países del “Tercer Mundo”; por un lado, “preservar sus ecosistemas” y, por otro, poner en venta sus recursos y materias primas; cuando no, aumentar su explotación para ayudar a pagar la deuda externa (la que, de otra parte, aumenta cada día, con la compra a los países del “Primer Mundo” de las por ellos exigidas, “tecnologías limpias”). En esta medida, son las propias exigencias del Mercado las que, de manera indirecta (aunque, muchas veces, no tanto), resultan cómplices del expolio al medio ambiente natural, dado que su sobreexplotación responde, en gran medida, a las propias demandas de lo que las economías del Norte denominan: “la economía mundial”; sirva de ejemplo la quema de bosques en el “Tercer Mundo” (y su consecuente impacto en el “efecto invernadero”) con el fin de “ganar tierras” para la agricultura y promover así la siembra de cultivos “competitivos” (es decir, previamente demandados en los grandes circuitos económicos).

Las consecuencias para las ciudades, en particular para las Grandes Ciudades del “Tercer Mundo”, no se hacen esperar; ya que si por un lado, buscando estar a la altura de la economía mundial, pretenden saltarse la consolidación de los sectores primario y secundario y llegar así, “de buenas a primeras”, al terciario superior; por otro, las demandas de alimento en los países del Norte, repercuten en los países del Sur a través de la exigencia, para éstos, de fortalecer su base extractiva y, paradójicamente, a la vez, sus reservas de recursos y materias primas; ya que a los ojos del “Primer Mundo”, el “Tercero” resulta ser una mezcla de enorme despensa y, a la vez, inmenso parque natural.....

Resulta paradójico, a este respecto, que si bien las ciudades del “Tercer Mundo” crecieron, precisamente, sobre la base del abandono del sector primario (el campo) por atender la “ilimitada oferta de empleo” que, supuestamente, les ofrecía el secundario en la ciudad (la industria, particularmente), el hecho es que, hoy en día, la sobrevivencia de las grandes urbes depende, en gran medida, del fortalecimiento del sector primario y no, precisamente del terciario superior (como nos quiere hacer creer la globalización a través de la venta de servicios avanzados), por donde desde luego circula, no se puede desconocer, el gran capital... Circunstancia que incide más en la consolidación de conglomerados urbano-regionales (concretamente en la relación ciudad-región) que en la realización de proyectos “cerrados” de ciudad; es decir, maniqueamente separados del campo y de sus ecosistemas de base; lo cual sólo podría conducir al propio incremento de la ya grave fragilidad ecoambiental de la ciudad, signada, además, por sus ingentes problemas de contaminación.

Con el aumento de la fragilidad ambiental, siempre creciente en la ciudad, viene el aumento, también, de la vulnerabilidad social; dado que las consecuencias tanto del aludido ajuste estructural como de la explotación desmedida de los ecosistemas tan sólo beneficia a unos pocos (los dueños de la tierra o de los medios de producción, comercialización, comunicación y consumo); circunstancia que, como hemos señalado, no hace más que incrementar la distancia entre los ricos y los pobres y, con ella, de la fragmentación territorial.

Con el esfuerzo denodado que realizan las ciudades por sobresalir y ser “tenidas en cuenta”, se lleva a cabo, en la mayoría de los casos, una irracional competencia entre ellas que pone en juego, no sólo su ya frágil estabilidad económica sino, de hecho, también, sus

recursos, víctimas de una desmedida y desregulada explotación; lo que ocasiona, en consecuencia, un incremento en su ya clásica crisis ambiental. Crisis a la que se suma el aumento de la pobreza, la violencia y la precariedad de los servicios urbanos y las infraestructuras, muchas de ellas privatizadas, ya, en atención al mencionado “ajuste” exigido por las economías más fuertes.

Las consecuencias para las ciudades de América Latina no se hacen esperar; con el aumento de población en la línea de pobreza (y debajo de ella) se acusa también el desempleo (que en el caso de países como Argentina, Brasil y Colombia supera la alarmante cifra del 20%) y el incremento de la informalidad. No obstante, si bien existen innumerables estudios respecto de la situación de las comunidades más pobres es, sin duda, mucho menos estudiado el fenómeno de lo que, dentro de este marco, sucede con las clases medias; aquellas que, en resumidas cuentas, representan el conjunto de población más o menos solvente que, como señala Prévôt, “ha tenido mayor acceso al mercado oficial de la vivienda y a la protección social” (Prévôt, Op. Cit. pp. 30). Una clase a la que, por excelencia se orientan, de manera privilegiada, las estrategias de consumo y, con ellas, las ideas de confort. Las que por cierto, y en atención a la bien diferenciada capacidad adquisitiva de ésta, contribuyen con el propio proceso de fragmentación de la ciudad al dar paso a la “emergente ciudad de la clase media”; la cual se separa, a través de sus clubes, de sus centros comerciales, de sus espacios de recreación y de ocio de “esa otra ciudad”, la de los excluidos. Desde esta perspectiva, “lo popular” (a la luz del contexto de masificación que promueven los *media*), deja de ser ese eufemismo burgués con el que, al menos en latinoamérica, se designan tradicionalmente a “los pobres”; para englobar, también, a la clase media en su conjunto (a pesar de su propia fragmentación), ya que unos y otros resultan igualmente presas, aunque de manera diferenciada, de la “popularización” que supone la aceptación general de los mismos códigos universalizantes que, desde luego, impone y refuerza la globalización a través de sus pautas de consumo.

Frente a una política de despidos masivos relacionada con la privatización de los servicios urbanos y, del mismo modo, frente a la incertidumbre generada por la permanente crisis económica, política y ambiental de la Región, surgen por todas partes nuevas centralidades periféricas que en todo responden a la propia fragmentación de la sociedad y a su búsqueda de nuevos nichos de trabajo y de seguridad; circunstancia esta última que ha significado un paulatino repliegue al ámbito de lo privado y, en consecuencia, una búsqueda de escala al interior de lo territorial. Consecuencia de esto:

una sociedad cada vez más atomizada sobre un, en consecuencia, también, disperso sentido de lo territorial; razón de ser esa superposición de tiempos y espacios que en todo caracteriza a la ciudad y a su muy diversa dinámica social.

Lo que aquí ocurre es, en aparente contradicción con el proceso homogenizador antes señalado, una búsqueda por parte de una clase media cada vez más empobrecida y debilitada en su cohesión social, de nuevas escalas al interior de la indiferenciación, como si se tratara de constituir pequeños reductos de identidad local a manera de “barricadas” que, buscando una nueva oportunidad, resultan implícitamente haciendo resistencia al propio sistema que ellos mismos, bajo la complicidad del consumo, ayudaron formar.

En este sentido, las clases medias resultan especialmente sensibles a los cambios de política y a las crisis financieras, toda vez que son ellas las primeras afectadas por cualquier nueva situación; a fin de cuentas, los pobres siempre han estado en el último escalafón de la pirámide social y su situación poco, o nada cambia, respecto de alguna nueva determinación; situación que, en sentido contrario, tampoco afecta, en manera decidida, a las clases altas; “intocables” por definición. Otra cosa ocurre con las clases medias que, por excelencia, soportan, promueven y generan (a la vez que consumen) nuevos estilos de vida en la ciudad. Por lo mismo, su empobrecimiento ha ido de la mano con el propio empobrecimiento del Estado y su fragilidad con la de aquél; al punto que el declive de ésta ha coincidido con la paulatina retirada del Estado de muchos sectores tradicionalmente bajo su competencia y control (seguridad social, servicios públicos y urbanos, salud, pensiones y educación). Caso paradigmático resulta ser el de Argentina (el país más “igualitario” de Latinoamérica) donde “la hiperinflación supuso, para muchos, un *punto de no retorno*, un golpe asestado al imaginario colectivo de progreso y ascenso social en un país en el que la clase media ha contribuido a crear la idea de nación y su modelo histórico y cultural” (Prévôt, Op. Cit. pp. 32).

La generalización de la pobreza y, consecuentemente, la dispersión de la misma por toda la ciudad, hace que el “capital espacial” de ésta se difumine y resemantice bajo nuevos códigos que no hacen más que acrecentar la exclusión y la selectividad. De esta suerte, los agresivos rascacielos de los bancos y las multinacionales, así como los de los Hoteles de lujo y los apartamentos de alto *standing* contrastan, de manera ofensiva, con los tugurios que los rodean por todas partes acusando, de esta forma, la dudosa

representatividad de los mismos como “inequívocos símbolos” de la prosperidad de la ciudad.

Es precisamente en estos espacios de contraste donde se presenta, de manera particular, una nueva faceta del proceso de fragmentación de la ciudad, puesto que desde aquí, la misma ya no está representada, tan sólo, por las claramente caracterizadas bolsas de pobreza o riqueza repartidas y discriminadas por toda la ciudad, sino que se da también el caso de su inseparable coexistencia en reductos que, por lo mismo, no es que carezcan de identidad sino que, por el contrario, allí la encuentran; demostrando hasta que punto de imbricación puede llegar la fragmentariedad; eso sí, manteniendo siempre la raya entre “el ellos” de los otros y “el nosotros”; raya que en lo que respecta al espacio público curiosamente se mantiene, ya que este es dejado, prácticamente, en manos de los pobres “que no tienen mas remedio que caminar”.

De otra parte, esta coexistencia forzosa de racionalidades y espacios, especialmente, aunque no de manera exclusiva, entre ricos y pobres (tradicionalmente sin posibilidades de encuentro), es vista por los primeros, particularmente en las zonas residenciales, no sólo como una “afrenta social”, sino como una decidida agresión por parte de los segundos hacia éstos en lo que su vecindad supone, tanto al detrimento de la imagen de prosperidad que evidentemente, siempre quieren proyectar, como a lo que, para efectos prácticos respecta, a la depreciación del costo del suelo; para no hablar del consabido argumento de “la inseguridad que supone vivir cerca de los pobres”.

La respuesta a esta “indeseable” situación no se deja esperar ya que las clases más pudientes, a diferencia de los más pobres, no esperan soluciones por parte del Estado y asumen ellos mismos la tarea, o bien de “sanear” (con todo y las delicadas consecuencias que el uso de esta expresión suele tener en el contexto socio-espacial latinoamericano), o de separarse física y simbólicamente de su entorno, para lo cual se aíslan formando *ghettos* de altas murallas rodeados por la mirada atenta de los perros guardianes y la vigilancia privada; es aquí cuando “estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia hacen que surjan estrategias de evitamiento, formas de territorialización exacerbada y de identidad restringida (...). La ecuación vecindad/solidaridad, que había tenido una gran fuerza en los barrios de las parcelaciones populares, parece cada vez menos pertinente” (Prévôt, Op. Cit. pp. 35); o al menos, anotaríamos nosotros, cada vez más difícil...

En razón de lo anterior, los barrios privados (de gente “pudiente”), del mismo modo que sucedía en la Roma imperial, se alejan cada vez más del centro, constituyendo una “nueva cultura urbana” que rompe con la tradición del espacio público como lugar de encuentro, intercambio y significación. En este punto, la tradición Agora-Stoa e, incluso, Foro, del modelo mediterráneo de “ciudad comunicativa” que, a través de la Plaza, forjó en América Latina un cierto modo de organización espacial concéntrica (aunque jerárquica) promotor del encuentro y el roce social, es desplazada por el modelo anglosajón y sus estructuras evidentemente individualistas, a lo cual contribuye la intromisión del automóvil y, con él, la idea misma de velocidad que empieza a promover la generación de un nuevo modelo de “ciudad lineal”.

Consecuencia de lo anterior, la ciudad se descentra perdiendo su equilibrio espacial inicial y empieza a crecer siguiendo el nuevo orden de las autopistas; en razón de esta situación, las vías y, con ellas, las calles, alimentadoras del sistema, dejan de ser un espacio en sí mismas (tradicionalmente de encuentro) para convertirse en una engorrosa distancia entre dos lugares...

Es entonces cuando aparecen nuevas comunidades que, en atención a la distancia, no sólo física sino social respecto del centro (en lo que éste y su consecuente “toma” por parte de la periferia representa), se constituyen, de manera cada vez más autonómica, como núcleos aislados donde lo que antes dependía del Estado aparece ahora privatizado. Es así que el concepto de barrio se transforma poco a poco en el de “club” y, con él, los servicios y equipamientos, en exclusivas formas de consumo que hacen de estas nuevas aglomeraciones auténticos *shopping-clubs* obedientes a un espíritu antiurbano y claramente “comunitarista” (ya que resulta dudoso afirmar que, en verdad, sea comunitario; toda vez que la solidaridad, su condición básica, no es, ni mucho menos, su instrumento cohesionador). Aquí la recreación, la salud, la educación, el comercio y, hasta el trabajo, se polarizan a tal punto que, con dificultad, se establecen puntos de contacto con el resto de la ciudad a la que, supuestamente, estas nuevas comunidades pertenecen

Un aspecto requiere particular atención a este respecto y es el hecho de que la privatización del espacio público (necesaria, desde la perspectiva de ciertos grupos, por razones de seguridad y exclusividad) incide, peligrosamente en la propia privatización de “lo público” y, en consecuencia, en la gobernabilidad en cuanto tal; por cuanto exige establecer con claridad las normas que deben, tanto regular, como gobernar estos

territorios; ya que, a diferencia de los suburbios norteamericanos que se creaban sobre suelos no ocupados, estas nuevas concentraciones aparecen en las márgenes de las grandes ciudades ya ocupadas por asentamientos de poblaciones pobres. Circunstancia a la que se responde con el cerramiento de las nuevas ocupaciones, la vigilancia de los accesos y el consecuente ocultamiento de todas las formas de pobreza que “afean” y contaminan “el nuevo ambiente de prosperidad” para el cual “el mundo exterior” resulta ser una amenaza directamente proporcional a su fragilidad.

Para nadie es un secreto que estas clases acomodadas, en contraprestación a su aporte fiscal, imponen ciertas normas de urbanismo encaminadas a regular la plusvalía urbana y a preservar su calidad de vida. Desde aquí surge una especie de “conciencia de clase” en los sectores más acomodados, motivada tanto por el temor que les representa la vecindad con ese “enemigo común”, los pobres, como por el impacto que, sobre ellos, pudiese tener la adopción de una política social orientada a beneficiar a la población más necesitada; situación que evidencia, en manera palpable, hasta que punto la crisis del territorio debe entenderse como una crisis del Estado; ¿cómo gobernar aquí?; ¿para quién hacerlo?; ¿cómo establecer pactos colectivos con base en la formulación de un proyecto de beneficio común? Preguntas a las que, sin duda, se ve enfrentado, como su mayor reto, el Estado en la actualidad.

Un papel fundamental cumple aquí, la recuperación del espacio público como “bien público”; en tanto dilecto escenario para la celebración de pactos sociales de convivencia que, incluso en el tiempo, permitan la celebración de acuerdos proactivos y; ¿por qué no? proyectos colectivos en la línea, tanto de la construcción-apropiación de la ciudad, como en la de la propia construcción de una firme conciencia de ciudadanía.

Como se ve, la “periferalización” creciente de las ciudades, en el caso de América Latina, supone un proceso que no sólo tiene que ver con el incremento de la pobreza marginal (desde hace ya rato deslocalizada respecto del espacio que tradicionalmente ocupaba: las fronteras de la ciudad) sino con el surgimiento de nuevas fronteras por todas partes, las de lo urbano en cuanto tal, más allá de las cuales “no existe nada”... Circunstancia que, incluso, otorga un “límite” a lo social cuando, en el argot del desarrollo, se adopta el concepto de “línea de pobreza” para aludir a aquel espacio de lo social por debajo del cual habitan los sin futuro; ciudadanos de tercera categoría que, paradójicamente, resultan, en gran medida, soporte del sistema.

En esta medida, la ciudad que, como hemos dicho en páginas anteriores, no puede confundirse con “lo urbano”, si bien da cuenta de un creciente fenómeno de imbricación, en el que su imagen más clara es el collage; de otra parte, no se puede abstraer de su correlato empírico más claro: la compartimentación (fragmentación) y la selectividad. Situación derivada del hecho mismo de que los planos que conforman ese collage, como todo plano, están configurados por bordes, por nuevas líneas de frontera; las cuales, en atención a su permanente movilidad, acusan nuevas formas de territorialidad carentes, en muchos casos, de adscripción espacial “fija” puesto que no pertenecen, en sentido estricto, a uno u otro lugar, sino al propio espacio que construye y dibuja en la ciudad el propio discurso de lo periférico.

Lo que se infiere de esta situación es un retraimiento de la ciudad a situaciones peligrosamente implosivas donde, en aparente contradicción con el cambio que supone la habitación en la velocidad (referencia primera para entender la ciudad actual); la inmovilidad y, en consecuencia, la supresión del intercambio social, hacen de la atomización espacial, el marco idóneo para reforzar un consecuente proceso incremental de atomización social y, por consiguiente, de mayor polarización y discriminación; circunstancia que contribuye en el hecho de que las poblaciones resulten cada vez más “cautivas” de su territorio. Curiosamente la idea de progreso, al menos en el imaginario de los jóvenes de las clases más bajas, se asocia con la capacidad que tengan éstos de moverse dentro de la ciudad, ya que “pobre es el que se queda eternamente en el mismo sitio” (Javier Ayugero. Citado por Prevot, M.F., en Op. Cit. pp. 34). Surge de aquí una nueva forma de arraigo amparada, paradójicamente, en la movilidad y, del mismo modo, una nueva forma de territorialidad “desterritorializada” que, de manera transversal, cruza y permea la ciudad. Razón más que suficiente para involucrar explícitamente a los jóvenes en cualquier intento de “construir ciudad”.

8.4 Sustentabilidad ambiental o sostenibilidad económica, la disyuntiva histórica entre crecimiento y desarrollo en el escenario de la ciudad latinoamericana.

De acuerdo con Samuel Jaramillo, conocido investigador colombiano, los principales desarrollos teóricos en torno al proceso de urbanización en América Latina se deben a la Teoría de la Marginalidad, a la Teoría del Urbanismo Dependiente y a la

llamada “Crítica Singeriana”. En medio de estas dos últimas surgiría el propio cuerpo teórico desarrollado por este autor y denominado la “Dinámica del Capitalismo Monopólico”.

Un común denominador presentan todas estas Teorías y es el hecho de que los rasgos que caracterizan el proceso de urbanización en América Latina que se analizan, a través de ellas, no son simples “pervivencias textuales” heredadas de las Metrópolis colonizadoras sino que, por el contrario, constituyen verdaderas manifestaciones de una *estructura social y espacialmente diferente*, como lo confirma el hecho de que la transculturación de códigos y valores exportados directamente de la península ibérica no implicó la imposición de un previo modelo socio-espacial sino la constitución de uno nuevo por completo, el modelo español que, curiosamente, sólo se vino a producir en América.

A fin de cuentas, no olvidemos que “lo español”, como tal, respondía ya a una compleja hibridación cultural en la que se juntaban referencias mudéjares y sefardíes sobre un tronco cristiano ya mezclado en sí mismo; y que así como el modelo español se impuso sobre los indígenas recién conquistados y, más tarde, sobre los esclavos traídos de Africa, del mismo modo los pueblos sometidos ejercieron también su influencia sobre la Metrópoli, pues es de suponer que si bien, en lo que respecta a la fundación de ciudades, los españoles ya venían con el antecedente de haber fundado alrededor de 300 *bastides* en el sur de Francia y cerca de 150 ciudades durante la Reconquista, el modelo ortogonal italiano de los tratadistas del Renacimiento (probablemente desconocido por parte de unas tropas tan poco ilustradas) tuvo que tener mucho menos influencia en la organización del espacio urbano latinoamericano que la cuadrícula de los grandes centros urbanos precolombinos.

Lo cierto es que los nuevos temas que exigía el urbanismo latinoamericano (Fortificaciones, Ciudades-albergue, Misiones, Conventos fortificados y Capillas abiertas, entre otras) terminaron por darle un toque social y espacial muy particular a las nacientes ciudades que, de otra parte, sobre el modelo de la cuadrícula, adoptaron la estructura concéntrica y jerárquica del campamento militar romano; tal como aparece en la Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias (Libro cuarto, títulos séptimo y octavo): “y cuando hagan la planta del lugar, repártanlo por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la Plaza Mayor y sacando desde ella las calles a las

puertas y caminos principales y dexando tanto compás abierto, que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma" (citado por Aprile-Gnisset, 1991. pp. 186).

Lo que en términos de estratificación social representaba, para efectos de la distribución de los solares, el que éstos "sean repartidos según las calidades de la personas" (Instrucciones a Pedro Arias de Ávila, 1513), es decir, "*haciendo distinción entre escuderos y peones, y los que fueren de menos grado y merecimiento, y los aumenten y mejoren, atenta a la calidad de sus servicios...*" (Cédula Real de 1513); del mismo modo, se establece en "*Las Leyes para poblar*", la prohibición de que los naturales vivan en los poblados" (Aprile-Gnisset. Ibidem). No obstante, a pesar de la fuerte estratificación social que esto suponía (la cual, de hecho se hará más evidente a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX con el aumento de la población y el uso generalizado de vehículos), en realidad "eran ciudades bastante homogéneas debido a su pequeño tamaño y a las restricciones impuestas por la defensa, la economía, la tectónica de los materiales, las técnicas de construcción y la tipología edilicia" (Coyula, M. 2000. pp. 92). Como quiera que sea, la segmentación social, si bien implicaba una fuerte segregación espacial, esta debe entenderse como una "jerarquización de las prácticas sobre el mismo parque inmobiliario" que permite explicar la concentración de las funciones urbanas en el "centro" de la ciudad y, del mismo modo, el proceso de crecimiento por adición de manzanas (Correal, G. 2001. Doc.inédito. Maestría en Planeación Urbana y Regional. PUJ. Ampliar en Bibliografía).

Como se puede ver, desde el período de la Conquista del "Nuevo Mundo", subyace al proceso mismo de urbanización un componente expansivo en la forma urbana que afecta, no sólo su organización espacial, sino su manera particular de proyectarse sobre el resto del territorio de manera claramente aditiva e incremental; surgiendo, en consecuencia, un específico modelo de crecimiento "centrífugo" que, como se ve, se conserva hasta nuestros días. Como quiera que sea,

las estructuras urbanas en América Latina pasaron del modelo precolombino, básicamente autosustentable, a un modelo colonial económicamente depredador y políticamente impositivo que, sin embargo, dejó expresiones valiosas de integración cultural y ambiental; para pasar, después, a un modelo neocolonial dependiente,

todavía más depredador, que se tradujo en una ruptura, en aumento, del equilibrio entre las personas y el ambiente natural y construido (Coyula, M. Op. Cit. pp. 90-91).

Lo cierto es que el desarrollo económico de la ciudad latinoamericana, y su marco de sugestión dependiente, incrementará, en el tiempo, la agudización de diferencias en materia de hábitat, para uno u otro contexto. Con todo, no creemos que, sin más, la “teoría de la dependencia” explique el proceso de transformación de la ciudad en América Latina, ya que en él toman asiento importantes procesos culturales y sociales que, dichos sea de paso, ésta teoría poco tiene en cuenta y que, más bien, resultan objeto de la “teoría de la marginalidad”; para la cual, las características espaciales de un determinado entorno, a la vez que se ven afectadas por una serie de hábitos y comportamientos psico-sociales, éstos mismos se ven inducidos por las determinantes propias del espacio en el que florecen. Afirmación que, aparentemente, va en contravía de su tesis central, según la cual, existe un impedimento radical para que los inmigrantes urbanos se vinculen al proceso de cambio social inherente al propio proceso de urbanización derivado de su propia procedencia “externa”; la cual, desde esta teoría comporta una serie de barreras culturales que impiden leer las determinantes y caracteres del nuevo entorno y, por tanto, hacen imposible dicha integración generando, en consecuencia, procesos de automarginación (Jaramillo, S. 1993).

A este respecto, consideramos que si bien es evidente que en todo proceso migratorio existe un choque cultural, no siempre resuelto, en lo que respecta a la integración funcional de los nuevos grupos, es precisamente esta confrontación cultural la que alimenta el proceso mismo de urbanización, en lo que para él representa el intercambio que ésta supone. En esta medida, el aludido “choque cultural”, en tanto posibilidad de “encuentro”, no sólo brinda una posibilidad para “abrir la oferta de ciudad”, enriqueciendo su capital espacial, sino que las dinámicas sociales que, de tal suerte, se ponen en juego, estimulan los procesos de reacomodación y reajuste del sistema urbano en su conjunto, sirviendo como mecanismos de confrontación, verificación y autoevaluación.

De otra parte, si por un lado es viable, en el tiempo, la incorporación funcional de los nuevos grupos, su incorporación simbólica es mucho más difícil, lo que no significa, ni mucho menos, que ésta sea deseable (a lo más convocable en la construcción de un hipotético lugar común compartido), toda vez que es, precisamente, su contribución

simbólica particular, la que enriquece el imaginario urbano en cuanto tal (haciendo de él un constructo en el que confluyen toda una suerte de racionalidades; en oposición a un determinado orden hegemónico impuesto bajo la premisa de un principio homogenizador), y la que hace de la ciudad un escenario auténticamente multicultural constituido en, y desde, *la diferencia*. Situación que tendrá que servir tanto como verificador de ruta del proyecto de ciudad en marcha, como del proceso mismo de urbanización en cuanto tal.

Haciendo una arqueología del proceso de poblamiento que ha conducido a la compleja imbricación de racionalidades que define la ciudad latinoamericana actual, con el fin de entender la lógica histórica a la que éste responde, resulta pertinente llevar a cabo, en este momento, una rápida mirada a la génesis y desarrollo del proceso mismo; para lo cual nos dejaremos guiar por el trabajo de April-Gnisset, para quienes pueden catalogarse, en tres, los factores esenciales que, en el primer período de la Conquista (1508-1600),⁹¹ marcaron los nuevos modos y formas de poblamiento del territorio:

El paso del régimen de propiedad colectiva al de propiedad privada.

La dictadura de un conjunto de exigencias externas. El establecimiento de dos economías: una doméstica y otra de explotación que, de paso, explican el desenvolvimiento desigual del territorio (Correal, G. Op. Cit).

Una particularidad tiene la forma de explotación del territorio, indisoluble del proceso mismo de ocupación y es que si por un lado se pueden caracterizar una serie de fases al interior del mismo; por otro, estas obedecen más a una lógica expansionista “consumista” y depredadora, que a un plan de ocupación ligado a la dominación sobre los medios de producción (lo que interesa es la posesión de los bienes y no el control sobre los medios), como lo demuestra el hecho de que la explotación del territorio, al menos en esta primera etapa de la Conquista, estaba marcada, fundamentalmente, por “las correrías de rescate” y el “ranqueo de riquezas”, particularmente del oro labrado. (Correal, G. Op. Cit); lo que significa que “en la conquista de América las estructuras políticas preceden a las económicas” (Aguilera, J; Ibañez, J; y Moreno, L. 1985. pp. 167).

⁹¹ Periodización basada en el trabajo de Juan Friede, quien distingue cuatro fases en el proceso del poblamiento del Nuevo Reino: la de exploración costera (1508-1525), la de bases militares del litoral Caribe (1525-1536), la de penetración Andina (1536-1560) y la de consolidación económica y organización administrativa del territorio, desde 1560 en adelante (ampliar en Correal, Gonzalo; Op. Cit).

Ante este estado de cosas, la exacerbación de la codicia por parte de los conquistadores hace que la Corona intervenga para poder asegurar el control del territorio y, como consecuencia, “poner freno a los descubrimientos” fomentando y, a la vez, exigiendo, dar inicio a un proceso de sedentarización con el fin de someter a la población indígena e iniciar la explotación formal de éste. Consecuencia de esto, la Corona pone todo su empeño en registrar con sumo cuidado el sistema de mercedes (que garantizaba la propiedad) y de repartimiento de encomiendas (que garantizaba la productividad) para así garantizar la propiedad permanente y asegurar, de tal suerte, el control sobre los medios de producción (Aprile-Gnisset. Op. Cit).

En esta medida, paulatinamente se consolida la estrategia de control territorial sobre la base del establecimiento de ejes de comunicación y transporte, convertidos así en “corredores de producción”; los cuales, articulaban, en consecuencia, las nacientes fundaciones (centros de consumo y administración) con los centros mineros, los agrícolas y ganaderos y, por supuesto, con los puertos tanto fluviales como marítimos, para no perder de vista que el destino último del grueso de la producción continuaba siendo, y ahora, más que nunca, *la Metrópoli*. Desde aquí, y en tanto las ciudades poco a poco adoptan ese papel de administradoras de los medios de producción y, a la vez, de distribuidoras de los bienes producidos; la terciarización aparece de manera temprana en un entorno en el cual la ciudad, para sobrevivir, tenía que especializarse y, por lo mismo, hacer eficiente su nueva vocación de “centro de servicios”. Es precisamente a esta fase del proceso de consolidación del territorio en América Latina (derivada del sometimiento político y administrativo de la metrópoli), a la que se conoce como de “dependencia colonial”.

Es esta una etapa caracterizada por la extracción abierta del excedente (vía impuestos y tributos), así como por la exportación directa de mercaderías. Circunstancia que, de acuerdo con lo mencionado, hace suponer una estructura espacial basada en el desarrollo de cadenas de transmisión política concebidas “desde un imperio centralizado”, hasta los últimos recodos del aparato extractivo (abierto por la Conquista del Nuevo Mundo), vía la articulación funcional de las ciudades. En este sentido, al finalizar el siglo XVI, las ciudades iberoamericanas se constituyen en un valioso “conjunto de bases urbanas, a manera de ínsulas conquistadas en un entorno hostil” (Aprile-Giset. Op. Cit. pp 166). En este sentido, tenían, no otro carácter, que el de “enclave” al interior de claras cadenas extractivo-productivas, donde se subordinaba el poblamiento mismo a la función

que, para el efecto, este desempeñaba para la metrópoli; situación que ilustra ese obligado “nomadismo urbano” al que muchos asentamientos se veían sometidos, no sólo por el frecuente enfrentamiento con los indígenas sino y, sobre todo, por el agotamiento de los recursos disponibles; actuando, de tal suerte, como una especie de campamentos depredadores sin base alguna de autosostenimiento.

Como se anota dentro de este esquema, el asentamiento preliminar a la organización de la producción, supone un cierto carácter de “artificialidad” (April-Gnisset. Op. Cit) o, al menos, de *provisionalidad*; lo que resulta en contravía de la lógica que alienta la fundación de los asentamientos y es, precisamente, la conformación preliminar de una base productiva y de un consecuente y eficiente sistema de extracción, abastecimiento y distribución que garantice su sostenibilidad en el tiempo.

Hubo que esperar hasta el siglo XVII para que se hiciese definitiva la transición entre las pequeñas comunidades de agricultores, fundamentadas en un sistema de economía familiar de auto-abasto, y la generación de un sistema urbano consolidado a través del cual, las anteriores “federaciones de aldeas”, como las denominara Reichel Dolmatoff (1981), paulatinamente conformadas con el fin de constituir un frente común ante las carencias y los acosos del medio, poco a poco, iban consolidando un tejido extractivo y habitacional que supuso el incremento de sus fuerzas productivas y, en consecuencia, una más eficiente división del trabajo que permitió la obtención de excedentes y, de tal forma, la potenciación de un intercambio interno que coadyuvó a la consolidación de centros urbanos nucleados y jerarquizados, dando paso, así (sobre la base centralizada de la organización de la producción y de la administración del territorio) a un modelo espacial que, sin duda, permitía hablar tempranamente de una “*red de ciudades*”.

No obstante, el desequilibrio existente entre las formas de explotación (los sistemas de producción), la demanda incremental de bienes y servicios (en proporción al tamaño de los asentamientos) y los sistemas de distribución, que poco o nada devuelven a la base extractiva (la mayoría de lo que se produce se consume en los grandes centros o se exporta a la metrópoli), refuerza el carácter depredador de la maquinaria productiva y, en consecuencia, la ausencia de una base económica auténticamente sustentable, como bien anota Correal (1991). De esta forma, “si la ciudad europea puede considerarse como centrípeta, por atraer hacia sí las fuentes económicas de la región, la ciudad americana

funciona de manera centrífuga, por ser centro colonizador del territorio que la circunda” (Aguilera, J; Ibañez, J; y Moreno, L. 1985. *Ibíd.*).

Con el advenimiento de la ciudad Neocolonial, que curiosamente acompaña el proceso de “independencia” de la mayoría de las naciones latinoamericanas a comienzos del siglo XIX, se legitima una nueva forma de dependencia comercial que supone la inserción de estas jóvenes repúblicas en el régimen de la división internacional del trabajo, toda vez que su incipiente producción agrícola y de materias primas tiene que entrar a competir (ya de manera desigual) con las antiguas metrópolis que, desde tiempo atrás, estaban dedicadas a la producción de manufacturas con el apoyo de nuevas tecnologías. Situación que si bien no afecta, por el momento, de manera significativa, la estructura de las ciudades, se hace explícita en la conformación de todo un imbricado sistema de redes urbanas inducido por un proceso de industrialización por sustitución de importaciones que, por demás, se convierte en atractivo señuelo para incentivar los procesos migratorios hacia las ciudades (particularmente, hacia las Grandes Ciudades); lo que desde luego sí incide tanto en la forma urbana, como en las nuevas dinámicas sociales y económicas que, en razón de la situación descrita, la acompañan. En este contexto, el creciente flujo migratorio hacia las ciudades, motivado, además de la oferta de empleo, por un mejoramiento sensible en las condiciones sanitarias para los nuevos pobladores, desemboca en un aumento de la tasa de natalidad que ilustra, así, un agudo fenómeno de explosión demográfica.

En este punto, el capital monopolista de los países dominantes invierte tanto en el sector extractivo, como en determinados sectores industriales ligeros de los países, denominados desde ahora, “periféricos”; repartiendo los productos de dicha inversión de manera inequitativa entre el mercado interno de éstos y, la creciente demanda de las metrópolis financieras que, de tal suerte, a través de esta nueva forma de explotación, amparada en la figura de la “deuda” (la dependencia económica se torna “deuda externa”), continúan alimentándose de las “neocolonias”; no sólo expoliando sus recursos y, en consecuencia, generando una no reconocida deuda inversa (de carácter ambiental), sino incrementando su presencia en ultramar y, con ella, la lógica hegemónica de su poderío económico y político. Consecuencia de esto, se reafirma la sentencia que, desde su “descubrimiento”, fuera trazada por los conquistadores para el “Nuevo Mundo”; es decir, la de asumir su papel como inagotable reserva de recursos, por cuyo control, los nuevos

imperios se pelean; acaso origen filogenético de la pronta transformación del “Nuevo Mundo” en un “Tercer Mundo”, desde su origen, en vías de subdesarrollo....

De otra parte, el floreciente proceso de industrialización que se llevó cabo en América Latina desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX, bajo la decidida participación de recursos externos, no puede reducirse a la simplista relación de explotador - explotado, o de víctima - victimario, toda vez que el mismo supuso, aunque a un costo elevado, un sensible mejoramiento en las condiciones de vida de los habitantes de estas ciudades; sin desconocimiento, por supuesto, de la enorme inequidad social y económica sobre el que éste se hizo paso. Mejoramiento estimulado, por demás, tanto por una masa cada vez mayor de consumidores en demanda de bienes y servicios, como por la presencia de una también cada vez mayor mano de obra “barata” dispuesta a dejarse explotar...

A este respecto, es necesario señalar la enorme contradicción que supone el advenimiento de la “edad de oro” de estas ciudades, pues si por un lado el crecimiento económico venía de la mano con el aumento de la mano de obra, de otro, el aumento de la población hacía cada vez más difícil el garantizar nuevos puesto de trabajo dado que, desde el origen mismo de la ciudad, se planteo un esquema explotador que, desde la lógica capitalista de acumulación, impedía la distribución equitativa del excedente; lo que ocasionaba de igual manera la generación de grandes fortunas en pocas manos (las de aquellos que controlaban los medios de producción) junto con el fortalecimiento de una clase política oligopólica; y, a la vez, la generación masiva de miseria y de pobreza marginal; situación que demuestra, particularmente en el escenario de la ciudad latinoamericana, la asimetría reinante entre crecimiento económico y desarrollo social.

De otra parte, se asiste, a comienzos del siglo XX, a una considerable expansión de la economía mercantil basada en el fomento del mercado interno y en el consecuente desarrollo de redes de transporte y de comunicación que buscan, así, vincular extensas regiones rurales. No obstante, las alianzas políticas del capital con la industria y los terratenientes (que generan presiones hacia la modernización del sector rural), no logran dar cuenta de las demandas reales de la población; imbuidas ya, de un hondo imaginario urbano; situación que, combinada con el aumento demográfico, contribuye a expulsar conglomerados de población excedente del campo a la ciudad (Jaramillo, S. Op. Cit).

Subyacente a todo esto resulta la consolidación de un particular tipo de “urbanismo dependiente”, derivado de la lógica internacional del mercado de trabajo y la localización del capital; lo que ocasiona el que los centros urbanos principales (donde se concentran las actividades de alta jerarquía) se constituyan en fuertes eslabones de lazos internacionales y que, en consecuencia, se descuiden o subordinen las ciudades intermedias y las regiones periféricas (Jaramillo, S. Op. Cit).

Paradójicamente, el aumento de importancia de las grandes ciudades, (las que en relación a su capacidad de convocatoria y atractivo se hacían cada vez más grandes), vino acompañado de un detrimento inversamente proporcional de sus centros, especialmente de los genéricamente denominados “centros históricos”, para los cuales la importancia del conjunto normalmente rebasa la de los edificios particulares que, de tal suerte, resultan víctimas del abandono; como de otra parte resulta, también víctima, aunque de modo paulatino, el propio centro; al menos en lo que respecta a las clases dominantes (sus tradicionales ocupantes).

Es así que si bien la lentitud de los procesos de urbanización anteriores a los años cincuenta, había garantizado un cierto equilibrio entre la sociedad y el ambiente natural y construido, a partir de la gran explosión demográfica de los años sesenta, este delicado y relativo equilibrio se viene a pique, toda vez que las demandas de espacio (de la mano de las de empleo) ocasionó un franco proceso de deterioro urbano acompañado de sus clásicas secuelas de abandono, pérdida y/o distorsión de funciones, empobrecimiento y exclusión social. De este modo, *de la mano de la terciarización, inherente a la especialización cada vez mayor del trabajo, y de la incremental demanda de servicios, muchas veces invasivos para las viejas estructuras, vino la tugurización*. En esta medida, “la falta de arraigo, la pobreza y las malas condiciones de vida en las zonas centrales, han ido creando en sus habitantes más desfavorecidos una reacción negativa que asocia lo antiguo con el atraso” (Coyula, M. Op. Cit. pp. 93).

Por si fuera poco, a las pérdidas ocasionadas en la memoria espacial de la ciudad por las demoliciones y los desafortunados cambios de uso (a través de la aparición de funciones, muchas veces incompatibles con las ya existentes), habría que sumar la aparición de edificaciones nuevas sin la menor atención a su impacto estético y funcional, tanto en el lenguaje urbano en general, como en su propia imagen. Situación que, de la mano con la aparición de deficientes remedos y *revivals*, termina por desestructurar la

imagen consolidada que, de antaño, portaba el centro de la ciudad, en lo que respecta, principalmente, a la estrecha relación existente entre el carácter del tejido urbano y sus formas de uso y ocupación.

Ahora bien, si a esto le sumamos el impacto de la ilusión desarrollista de la que, sin excepción, fueron víctimas las grandes ciudades latinoamericanas, lo que tenemos es una desmedida búsqueda de posicionamiento internacional, por parte de éstas, a través de un proyecto sistemático de “cambio de imagen”; tarea a la que servían, directamente, los presupuestos de un Movimiento Moderno desprovisto ya, treinta años después (hablamos de la década de los cincuenta), tanto de su originaria austeridad formal, como de su interés evidentemente social. Consecuencia de esto: la generalizada expansión de un frecuentemente pauperizado *International Style* que pretendía dar cuenta de la “prosperidad material” de estas ciudades, convertidas así, en “atractivos centros de mercado e inversión”. Imaginario que justificaría la realización de toda una serie de intervenciones traumáticas que, buscando convertir a la ciudad en “mercancía”, elevaban, con la complicidad de la especulación inmobiliaria (apoyada en la desregulación, el descontrol, la falta de claridad en las políticas y la corrupción), los precios del suelo y los cánones de la renta, para expulsar, así, a la población local, so pretexto de llevar a cabo procesos de renovación urbana que “a todos beneficiarían”.

Ya desde los años treinta se veía sensiblemente unificado, por decirlo así, el destino de los países latinoamericanos. La caída de Wall Street en 1927 implicó, necesariamente para éstos, un ajuste en las relaciones que, hasta entonces, sostenían con los países centrales con los cuales mantenían relaciones de intercambio comercial; ateniéndose, ahora, a las nuevas condiciones que, en tales circunstancias, exigía el mercado internacional. A este respecto, cabe señalar que la caída de la Bolsa más poderosa del planeta era, de alguna manera, previsible, toda vez que la ingente tarea que tanto para los países europeos como para los EEUU significó la pugna por lograr un posicionamiento efectivo en el mercado internacional, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial (a más de la urgente necesidad de recuperarse, lo antes posible, de las heridas económicas y sociales que ésta trajo consigo), supuso una inversión y una reorganización del aparato económico-productivo que, en todo, desbordó las posibilidades reales de mantener el control. Como consecuencia de esto el armazón financiero de los vencedores se vino abajo y, con él, el soberbio andamiaje de la economía mundial.

Ante esta situación, y con el fin de salvarse, los países del Norte ajustaron drásticamente sus relaciones con los de la periferia, donde tradicionalmente compraban materias primas y vendían manufacturas; el hecho fue que las ventas se retrajeron y los precios se vinieron a pique. El pánico se sumó a los efectos económicos de la crisis y bien pronto se sintieron sus efectos también en los ordenes sociales y políticos (Romero, J.L. 1984). La consecuencia obvia no se dejó esperar, los poseedores ricos que, en latinoamérica, eran los dueños de la tierra y de los medios de producción (para no hablar de su protagonismo político), aplicaron sobre el resto de la población la misma maniobra de que habían sido víctimas; a fin de cuentas, el hecho que tuviesen que plegarse a las nuevas condiciones del mercado internacional, no suponía que fueran ellos los que tuviesen que pagar el alto costo que les significaba el correspondiente “ajuste”.

Lo que ocurrió fue la consecuente implementación de unas políticas financieras que descargaban sobre la clase trabajadora todo el peso que suponía el soportar el mal herido sistema, mientras, desde arriba, se diseñaba la estrategia conducente a su recuperación; estrategia que, por supuesto, implicaba la aludida descarga sobre el sector trabajador. “Hubo revoluciones, cambios en la política económica, modificaciones sustanciales en los mecanismos financieros y monetarios y ajustes en las relaciones entre el capital y el trabajo, muchas veces perfeccionados, cuando fue necesario, con una enérgica política represiva de las clases populares” (Romero, J.L. Op. Cit. pp. 320).

Como resultado de lo anterior, y de la miseria generalizada que tal situación supuso, amplios sectores de la población buscaron una salida en la emigración; para cuyo destino no había otra alternativa (particularmente para las clases más desfavorecidas) que la ciudad y su nueva promesa de futuro, toda vez que, como reacción a la crisis y a la necesidad de suplir importaciones, empezó a florecer en ella una incipiente industria apoyada, muchas veces, por inversiones extranjeras que, de alguna forma, veían más futuro en las potencialidades productivas y manufactureras del subcontinente que en el estancamiento inercial en el que habían caído sus economías internas.

Empieza a surgir, de esta forma, un incremental desplazamiento hacia las ciudades atraído por su creciente oferta de trabajo. Había desarrollo urbano pero, al mismo tiempo, miseria y desempleo, puesto que la oferta de trabajo no alcanzaba a satisfacer la imparable demanda. Los años cuarenta y, en particular, la Segunda Guerra Mundial, trajeron algo de alivio a una situación que ya, desde su origen, paradójicamente analogaba el desarrollo

urbano con la crisis urbana; las crecientes demandas de alimento y de materias primas, por parte de los países en conflicto, alentaban en los “países periféricos” la explotación de la base extractiva y transformativa con miras a la exportación; situación que, por otro lado, condujo a un severo deterioro ambiental ocasionado por el impacto de una explotación sin medida tanto en el campo (en la base extractiva) como en la ciudad (en la base transformativa). He aquí el primer “alto precio” que, en latinoamérica, cobró el desarrollo: expoliación inmisericorde, desregulada y carente de noción de futuro de los recursos que, a la postre, tendría que desembocar tanto en una mayor pobreza como, en consecuencia, en una mayor dependencia, puesto que cada vez se hacía necesario un mayor capital extranjero para mantener el ritmo de la producción.

La enorme explosión urbana ocurrida en estos años, y su espíritu eminentemente “desarrollista”, hizo que la economía de los países de la región se volcase, en gran medida, sobre las ciudades; incrementando de tal modo su tamaño y complejidad, que bien pronto muchas de éstas, dado su significativo peso específico dentro de las distintas regiones y países, alcanzaron el estatuto de auténticas metrópolis. Con el aumento de tamaño de las ciudades y, por lo mismo, de concentración de bienes y servicios, las otrora tranquilas aldeas que, lentamente, hacían el tránsito del siglo XIX al XX, se vieron sobrecogidas por un significativo y proporcional aumento de sus problemas; toda vez que con el crecimiento aumentaba, también, la anomia y la masificación. Situación que condujo a tal punto un cambio en la fisonomía del hábitat urbano y en las respectivas formas de organización del territorio, que “a medida que se masificaban algunas ciudades de intenso y rápido crecimiento empezaron a insinuar una transformación de su fisonomía urbana: dejaron de ser estrictamente ciudades para transformarse en una yuxtaposición de *ghettos* incomunicados y anómicos” (Romero, J. L. Op. Cit. pp. 322).

Es así que a lo largo de estos años, el crecimiento de las ciudades derivado, en gran parte, de los procesos migratorios, desembocó en una clara *explosión urbana*: la crisis de las salitreras llevó a miles de desocupados a las ciudades chilenas, la de la agricultura pampeana a las argentinas, la del café a las brasileras, para no hablar de los fenómenos de violencia rural que, de cabo rabo, han marcado el sino trágico del subcontinente, fenómenos como los de México, Guatemala, Nicaragua, Salvador, Colombia, Perú y Chile, son apenas una muestra del permanente “hervor” político y social latinoamericano. Prolíficos en sus lugares de origen, los nuevos “*urbanitas*” continuaron siéndolo en la ciudad que así empezaba a acusar alarma respecto de su propio crecimiento vegetativo.

Por su parte, el impacto de la migración, al menos en un comienzo, no sólo contribuyó con la polarización ya existente entre ricos y pobres, sino que segmentó, aún más, la ya fragmentada espacialidad de la ciudad; es así que surgen toda una serie de barrios periféricos conformados, en su mayoría, por pobladores de la misma procedencia, formando muchas veces, de manera “invasiva”, verdaderas “colonias” en las que se mantenían vivos tanto los imaginarios culturales locales como los modos de organización popular. Surgen así las *callampas* en Chile, las *villas miseria* en Argentina, las *barriadas* en Perú, las *favelas* en Brasil, los *cantegriles* en Uruguay, las *ciudades perdidas* en México y, entre otros, los *barrios piratas* en Colombia. No obstante, la paulatina pérdida de los imaginarios populares colectivos que, poco a poco, y paralelo con su crecimiento, iba dejando de lado la gran ciudad, curiosamente encontraron su último bastión, en éstos “ámbitos irregulares” de desposeídos que aunque carentes de adscripción normativa, paradójicamente, venían cargados de un enorme sentido de lo territorial; el cual no hacía más que fortalecerse con su propia condición marginal.

De esta forma, la noción patrimonial que supone la conciencia de sí, implícita en la cohesión grupal inherente a los recién llegados, generaba un particular sentido de pertenencia; el cual contribuía con la consolidación de un nuevo carácter para la propia ciudad que así ampliaba su capital simbólico al verse enriquecida, de tal forma, en su acerbo social y cultural.

Y, con todo, el problema de la “marginalidad invasiva”⁹² que representaba la llegada en masa de nuevos pobladores carentes de empleo y, por lo mismo, de “lugar”, tendría que ser estigmatizada y, de tal suerte combatida; más por argumentos de orden moral, que por un principio de justicia social dispuesto a “abrirle un espacio” al recién llegado; como claramente lo ilustra este aparte de un discurso pronunciado en 1945 por el presidente peruano José Luis Bustamante: “este fenómeno social, que no ha podido ser contenido por las autoridades, obedece, fundamentalmente, al aumento anormal de la población de la capital por la influencia de forasteros provincianos (...) y el último brote de este morbo democrático ha sido la ocupación por más de quince mil personas de un paraje de Atacongo para fundar la llamada *Ciudad de Dios*” (citado en Romero, J. L. Op.

⁹² El concepto de “marginalidad invasiva” que acuñamos en este punto, alude menos al tema de la invasión de tierras que, muchas veces, acompaña la llegada de los inmigrantes pobres, que a la propia “invasión simbólica” que, para el orden urbano y su propio capital simbólico, representaba la llegada de una carga económica y social adicional a la que había que responder y con la que, necesariamente, había que interactuar.

Cit. pp 361). “Morbo” que, sobre la base de esta irresponsable y descomprometida mirada adoptada por los políticos (al menos de esa generación), no ha hecho más que aumentar por todas partes...

No obstante, si bien la explosión socio-demográfica que acompañó el proceso de macrocefalia urbana de las grandes urbes del subcontinente, incrementó sus ya atávicos problemas; por otra parte, contribuyó en la consolidación de un nuevo espíritu urbano en el que, necesariamente, habría que contar con la diversidad y, de tal suerte, con una heterogeneidad que, a la luz de cualquier proyecto político y, por lo mismo, económico y social, tendría que tornarse en una oportunidad. Surgen así los grandes proyectos populistas amparados, como en el caso de Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Colombia, Nicaragua y Venezuela, por dictaduras de derecha que si en el mejor de los casos se ocupaban de incrementar la infraestructura (base fundamental para el desarrollo de la economía) poco hacían por aminorar la enorme diferencia existente entre los distintos estratos de la pirámide social, a pesar de que, justamente, se apoyaban en esa idea.

La paradoja política no podía ser mayor, es así que el general colombiano y presidente de la república en los años cincuenta, Gustavo Rojas Pinilla, afirmaba: “Democracia es la mejor interpretación de la voluntad soberana del pueblo; democracia es la mejor oportunidad para que todos trabajen honrada y pacíficamente, democracia es el otorgamiento de garantías sin discriminación alguna; *democracia es el gobierno de las fuerzas armadas...*” (la cursiva es nuestra). De manera análoga, Jorge González von Marées, fundador del Movimiento Nacional Socialista Chileno, elogiaba el fascismo italiano del que afirmaba, “significa el triunfo de la gran política, o sea, de la política dirigida por los pocos hombres superiores de cada generación, sobre la mediocridad que constituye la característica del liberalismo; significa también el predominio de la raza sobre el materialismo económico y el internacionalismo...” Mucho más cauto, aunque igualmente populista, era el planteamiento, un tanto ambiguo, del brasileño Getulio Vargas quien sostenía la importancia de “moderar el liberalismo sin condenarlo del todo”. Por su parte, Juan Domingo Perón, en Argentina, expresaba el colmo de la falacia populista cuando señalaba que, “nosotros defendemos la posición del trabajador y creemos que sólo aumentando enormemente su bienestar e incrementando su participación en el Estado y la intervención de éste en las relaciones de trabajo, será posible que subsista lo

que el sistema capitalista de libre iniciativa tiene de bueno y de aprovechable frente a los sistemas colectivistas”. (Fragmentos tomados de Romero, J. L. Op. Cit. pp. 381 a 384).

Como se ve, de la mano del populismo surgió y se fortaleció una forma de gobierno paternalista y asistencialista coherente, en todo, con la propia dependencia que, por otro lado, los Estados latinoamericanos venían reforzando día a día en lo que compete a su relación con los países del Norte (dependencia que, como señalamos, tiene raíces mucho más antiguas). Al parecer, el populismo resultó ser el arma más efectiva de incorporación de los marginales a la estructura normativa. La figura mesiánica de los grandes “caudillos”, agigantó su imagen ante las masas de desposeídos y marginales convertidos ya, dentro del proceso de masificación de la sociedad latinoamericana, en un peligroso pero atractivo “magma” que había, a todas luces, que controlar y manejar; tarea que era facilitada por esa especie de fervor religioso que éstos despertaban, y desde la cual manipulaban hábilmente las más extremas pasiones; convertidas así, en vulnerables y, a la vez, amenazantes corrientes de actuación.

Paradójicamente, lo que frecuentemente ocurrió con estos discursos democráticos que exaltaban “lo popular”, fue un aumento en la discriminación y en la exclusión social, motivada, no sólo por el resquemor de las clases dominantes sino por la desconfianza creciente de los ya arraigados de una u otra forma en la ciudad, toda vez que el populismo (discurso dirigido a las masas y, por tanto, a la ciudad como generalidad), era orientado, fundamentalmente, a los desarraigados; muchas veces coincidentes con los recién llegados que, en su pronto desencantamiento, engrosaban las filas de desadaptados urgentes de captar por el aparato estatal. A fin de cuentas, la situación, en el fondo, no sólo no cambiaba sino que no presentaba la menor voluntad de hacerlo, ya que el centralismo imperante (reforzado, por demás, con el populismo) y, con él, la concentración de los recursos y las oportunidades, reforzaba todavía más los nexos entre las clases políticas con los tradicionales dueños de la tierra y los medios de producción; aliados indiscutibles de los intereses monopolísticos extranjeros y, con ellos, de cualquier proyecto “globalizador” que, al incorporarlos, de tal suerte, los beneficiara.

Con todo, el atractivo de la ciudad no desaparecía (**Lámina 47**), al contrario, aumentaba gracias al refuerzo que de él hacían los medios de comunicación, ya que, por todas partes, la radio, la prensa, las revistas, el cine y, especialmente, la televisión, imponían el imaginario urbano; un imaginario que iba mucho más allá de la simple

oportunidad laboral que las nuevas fábricas ofrecían; ya que, en gran medida respondía, al seductor encanto de las luces de neón; es decir, al *consumo*. Gracias a él, los límites, otrora claros entre las clases populares y las pequeñas clases medias, se fueron diluyendo al punto que los artículos que, por una u otra razón, constituían signos de *status*, de repente quedaron al alcance de la mayoría; en esta medida, un atajo para superar los límites entre uno y otro “plano” de lo social, fue el acceso al sector terciario que el consumo como tal, posibilitaba y potenciaba.

En esta medida, la plaza, lugar de recurrencia y significación que, a una escala menor, garantizaba la identificación del conjunto, es paulatinamente desplazada por las nuevas zonas de comercio que, a partir de los años setenta encontrarán, primero en el supermercado y, después, en el centro comercial, su referente paradigmático: la anomia a triunfado y, con ella, la idea de que lo que no es de nadie habrá de pertenecer, necesariamente, a alguien, es así que lo público se “relegitima” a través de lo privado.

El centro comercial entra a ser el nuevo espacio “democratizador” de la ciudad; lugar donde lo público se traslada hacia una específica función: *la del consumo*. Es allí donde la masa preferentemente ejerce y disfruta de su anonimato; a través de él la individualidad aparece segura, no hay peligro alguno ya que el consumo garantiza el nuevo *rol* del animal urbano: consumir y ser consumido; espacio por excelencia para ver y, por lo mismo, para ser visto, para ser expuesto en el mercado a través del único gran valor que no sólo no pierde contenido sino que, por el contrario, lo gana cada día con el incondicional apoyo de los medios de comunicación; nos referimos, por supuesto, a la *imagen*.

De esta suerte, la pérdida de valor de lo público que acompaña la desustancialización de la calle como espacio de todos, encuentra en la seguridad del centro comercial (nuevo centro de mercado), un espacio de inmediata reincorporación productiva al que indiscutiblemente sirve la alianza entre el consumo y la imagen. El espacio público que, por definición es de todos, se convierte en objeto de consumo y, por lo mismo, de mercado; la pérdida de valor de la calle sugiere la necesidad de privatizarla para garantizar que, efectivamente, sea de todos (de todos aquellos que pueden pagar); consecuencia de esto, el espacio público deja de ser un bien común para convertirse en tierra de nadie...

La verdad es que ya, en este punto, nadie quiere renunciar a la ciudad y al derecho que, desde ella, le posibilita gozar de los beneficios de la civilización; unos beneficios que implican, particularmente, disfrutar del bienestar que el consumo ofrece y que, de otra parte, invita a sumirse en lo que Lefebvre denomina: un “excitante estilo de enajenación”.

Lámina 47
**«LA CIUDAD POSTAL: UNA ESTRATEGIA DE LAS CIUDADES
EN VENTA»**



Fuente: www.corbis.com-centrointernacional

Simultáneamente la masa, que hace ya rato dejó de estar circunscrita a las clases populares (o mejor, a los estratos pobres), empieza a desconfiar de sí misma y, de tal suerte, dentro de la gran magnitud de la gran ciudad, a convertirse en “sospechosa”; es el advenimiento de la “ciudad paranoica” que, amparada en el consumo y, especialmente, en la privatización, comienza a cerrarse por todas partes. Las calles de los barrios que quieren mantener su carácter, se privatizan, adquiriendo éstos un tono decididamente “insular”; apenas las calles del centro conservan alguna vida, en tanto mantienen su carácter de espacio de lucha y “rebusque”, dilecto escenario para la informalidad. No obstante,

paralelamente a la pérdida del contenido aglutinador de la plaza (el espacio común por excelencia) y al entronamiento del centro comercial como nuevo lugar de encuentro, surgen infinidad de nichos por todas partes, pequeños lugares de recurrencia donde, a una escala menor, es fácil reconocer los vecinos y construir empatías y complicidades, es la revaloración de la tienda como antípoda de los centros comerciales, lugar donde, por excelencia, se constituyen y renuevan los pactos comunitarios.

La ciudad se fragmenta y la polarización existente entre ricos y pobres se resemantiza adquiriendo nuevos y cada vez más sutiles significados que incluyen, incluso, alianzas momentáneas y ciertos niveles de pactos transversales, normalmente orientados a hacer frente a adversidades comunes. Sin embargo, la vigilancia privada abunda y bajo la figura de las “zonas comunales”, que empiezan a construirse en los conjuntos privados, especie de pequeños *clubs*, se llega a la máxima reversión de lo urbano donde lo comunal se constituye en el lugar donde, precisamente, es el único ámbito donde en verdad se puede estar solos. “Lo vecinal” que es de todos se diluye así en “lo comunal” que no es de nadie, ya que el objetivo principal de estas nuevas áreas no es otro que el de que “los iguales” se unan “en solitario”, para lo cual los vecinos acuerdan “ordenadamente” turnarse dicho espacio, convertido así, en un nuevo reducto de lo familiar. La casa ha cerrado sus puertas ya que para reunirse está el “salón comunal”, espacio tan anómico e impersonal como las relaciones que, en medio de la desconfianza, la ciudad por todas partes empieza a rezumar.

Con la pérdida de la noción de lo público, crece el desarraigo y la ausencia de sentido de pertenencia y de responsabilidad con la ciudad en sus bienes y recursos, situación agravada con las oleadas de inmigrantes que difícilmente logran insertarse en la sociedad local al punto que,

podía la otra sociedad ofrecer techo y trabajo al intruso, podía prestarle apoyo caritativo para atender la salud y la educación de su hijos; pero pasaría mucho tiempo - nadie podría decir cuanto - hasta que los inmigrantes descubrieran y aceptaran que todo lo que constituía la estructura de la sociedad normalizada les pertenecía a ellos también. Entre tanto, sus actitudes estaban presididas por la certidumbre de que todo era de los otros: el grifo del agua, el banco

del parque, la cama del hospital, todo era ajeno y para todo había otro que tenía mejor derecho...(Romero, J. L. Op. Cit. pp. 333).

Con el paulatino abandono del campo (y de las pequeñas ciudades), inversamente proporcional al crecimiento desmedido de las nuevas metrópolis, amparado, en buena parte, en las nuevas pautas de consumo que esta ofrecía, surge, de manera floreciente, un importante incremento del sector Terciario, toda vez que lo que la ciudad demanda por todas partes es, indudablemente, servicios. En respuesta a esto, la mano de obra se empieza a especializar y el antiguo campesino, convertido inicialmente en artesano u obrero, se ve obligado a aprender nuevos oficios para competir por un puesto en el mercado laboral. No puede ser más extrema la polarización campo-ciudad y, con ella, la disyuntiva económica: o crear empleo donde está la mayor parte de la población, o promover fuentes de empleo donde no existe demanda alguna; ésto para atenuar la concentración y dinamizar otros sectores económicos abandonados o en franca decadencia. La pugna entre el campo y la ciudad refleja, en el caso de América Latina, la propia pugna que supone para la economía de estos países el enfrentar los beneficios de la concentración de servicios a los derivados de las formas de explotación del suelo.

En el primer caso, de lo que se trata es de atraer la inversión extranjera sobre la base del sólido respaldo político, administrativo y organizacional que, supuestamente, la gran urbe está en posibilidad de proporcionar, creando las condiciones para la radicación, en el tiempo, y como objetivo último, del Terciario Superior y, con él, para la circulación del gran capital; situación que en manera alguna garantiza el necesario balance entre rentabilidad económica y rentabilidad social (discurso de la “derecha”); y el segundo, de promover las organizaciones de base al interior de las propias formas de explotación del suelo rural en una estrategia conducente al control colectivo de los recursos (o, al menos, al beneficio colectivo de su explotación) y, con ellos, de los medios de producción, es decir de los sectores Primario y Secundario, sobre la base de una reforma agraria aparada en los presupuestos de la equidistribución y la justicia social (discurso de la “izquierda”).

Evidentemente, el triunfo indiscutible de la ciudad sobre el campo, significó el propio triunfo de una galopante terciarización sobre una cada vez más deprimida base extractivo-transformativa y, consecuentemente, el desajuste en las economías de unos países que, en manera alguna podían, en estas circunstancias, entrar a competir con las fuertes economías que, a nivel mundial, controlan la terciarización. Consecuencia de esto,

la polarización creció aún más y, con ella, la exacerbación de las contradicciones sociales, ya que los ricos que controlan los servicios, en alianza con los grandes dueños del capital a nivel internacional, se hacen cada vez más ricos, y los pobres, cada vez más desposeídos y carentes de oportunidad, se hacen cada vez más pobres.

La situación no podía ser más clara: *desarrollo con equidad* a través de un *crecendo* que, en el tiempo, conduzca a una terciarización que no abandonase los sectores primario y secundario (hablamos de sociedades con fuertes componentes agrarios) o *imagen de desarrollo* al pretender acelerar violentamente el proceso de crecimiento económico, omitiendo construir una base sólida de capital constituida sobre la propia necesidad de alcanzar un auténtico desarrollo social; y todo a cuenta de vender una imagen atractiva para el inversionista extranjero manifiesta en la aparente prosperidad material que, a través de sus centros de negocios, quieren proyectar a toda costa las grandes ciudades.

Por si fuera poco, esta aparente disyuntiva económica en la que, al parecer, compite la sobrevivencia de las grandes ciudades con la del Estado Nación, ya que cada vez más son las ciudades y no los países las que se posicionan como plataformas y puntos nodales de la economía mundial, se ve agravada por el peso de un imaginario que latinoamérica no logra eliminar, y es el que asocia al campo con el “atraso” y a la ciudad con el “progreso” y la prosperidad.

El atractivo del Terciario Superior es innegable, la difusa abstracción del Estado Nación no tiene como competir con la agresiva red de ciudades que, hoy en día, mueve la economía mundial; al parecer, no hay opción, la apuesta del Estado tiene que ser por la ciudad y no por la nación; latinoamérica no quiere ser, ni mucho menos, un simple granero..; otra cosa es que el Estado en su situación de galopante debilitamiento, esté en capacidad de asumir el alto costo político y social que tal decisión supone y, lo que todavía es más importante, si, en realidad, debe llegar a hacerlo; a fin de cuentas, la noción de región que, día a día, desplaza la idea pastoril de “el campo” se constituye, particularmente en América Latina, en privilegiado escenario para dirimir el conflicto, ya no entre la ciudad y el campo, sino entre la pobreza y la riqueza. Derrotero al que contribuye, de manera dilecta, no sólo la alianza entre ciudades, sino y sobre todo, la articulación proactiva y estratégica de sus muy ricas y diversas regiones.

La alternativa: que la ciudad revierta sus beneficios sobre la región actuando como punto nodal de un sistema-red urbano-regional; en esta medida, hoy preguntáramos, a la luz de este proceso que, como hemos visto, ha variado muy poco en sus componentes y modos de articulación (pues a fin de cuentas hemos pasado de una “luna de miel” con la industrialización a otra “luna de miel” con la terciarización), ¿será posible para el subcontinente una “Tercera Vía” que no implique un refuerzo ideológico al orden hegemónico predominante al estilo de Giddens o de Tony Blair?

8.5 El impacto de la Globalización en el escenario de la ciudad Latinoamericana: hacia una actuación desde lo periférico

Con lo dicho hasta ahora, queda clara una cosa: la ciudad latinoamericana, desde su origen, ha sido presa de una marcada situación de dependencia, tanto a nivel económico y político, como a nivel cultural: modificando sólo de manera coyuntural sus pautas de crecimiento a la luz de los derroteros impuestos por los distintos modelos económicos que establecen los centros decisionales rectores de los destinos del planeta. En este sentido, la influencia estilística que reseñábamos anteriormente, en lo que respecta a la adopción generalizada, por parte de estas ciudades (particularmente de las grandes ciudades) de un *International Style* a través del cual se mostrase su dimensión “progresista” y pujante, resulta ser, tan sólo, un intento desesperado por atraer hacia sí los ojos de tales instancias decisionales. Lo que interesa no es sólo atraer la necesaria inversión extranjera sino, de ser posible, entrar a competir en el mercado global. La aspiración no es otra que la de convertirse en puntos nodales y, en lo posible, neurálgicos, de la red que mueve la economía mundial; una red que, cada vez resulta más claro, está conformada, no sólo por monopolios internacionales, sino y sobre todo, por ciudades, ya que como quiera que sea, éstas proporcionan, en gran medida, el sustrato espacio-territorial que el mercado de influencias (estamos hablando de espacios decisionales), así como el de divisas y capital exige y, de hecho supone.

Sobre esta base, las grandes ciudades latinoamericanas, seguidas de cerca de manera modélica por las intermedias e, incluso, por las pequeñas, adoptan las pautas generalizadas del modelo desarrollista antes mencionado y sucumben a la tentación de sacrificar la prioritaria consolidación de una firme base social, asentada sobre los presupuestos que demanda la justicia social y el desarrollo en equilibrio con el ambiente,

por apostarle a un rápido posicionamiento en el panorama de la economía mundial; situación que se conoce en América Latina como el paso “de la mula al jet”. La consecuencia directa de este “salto” (aparente, por demás), es la adopción literal de la falacia modernista en un contexto en el cual lo que encontramos, por todas partes, es una especie de “modernismo” carente en todo de modernidad. Vana imagen de progreso construida a un altísimo costo social y ambiental. No obstante, la intención a este respecto (reclamaban, en su momento, los gobiernos y las instituciones), no era otra que fortalecer las economías locales atrayendo la inversión extranjera para así potenciar los recursos endógenos, promover la industria y generar empleo.

De esta forma, combatiendo los problemas internos mediante recursos externos, no sólo se realimentaba una ya atávica dependencia económica, convertida ahora en deuda externa, sino que se incrementaba otro tipo de deuda, mucho más sutil por cuanto más estructural, como era la generada por la irrupción de “modelos de desarrollo” que, en su amplia gama (desde los que se presentaban cargados de intenciones “reivindicacionistas” y “socializantes”, hasta los que decididamente, apuntaban a la “modernización a cualquier precio”), compartían (y, de hecho, aún comparten) un denominador común: el de la exigencia (forma de pago de esta particular forma de deuda) de una incondicional adscripción ideológica; la que de paso va acompañada de la adopción de específicos modelos de organización, tanto social como espacial, y de unas ciertas pautas de consumo encargadas de mantener el orden y el equilibrio dentro del sistema. En cualquier caso, de lo que se trata es de aceptar la sumisión a un determinado orden hegemónico; el cual, hay que decirlo, responde, cada vez más, a una lógica privada alentada por intereses monopolísticos, que a una construcción colectiva motivada por un consenso común.

La pregunta en este caso no puede ser otra que aquella que, de manera lúcida, formulara Murillo Marx (2000): ¿Qué ciudad, dotada de que tipo de gobierno, habrá que diseñar a favor o en contra del mundo de la globalización? La ciudad, evidentemente, ha cambiado, y con ella las demandas de organización social y espacial; unas demandas a las que, en ningún caso puede (ni debe) abstraerse el Estado, toda vez que su sobrevivencia y, con ella, la sobrevivencia de una idea de orden, está sujeta a los pactos que tanto social como espacialmente esté en capacidad de proponer y realizar. Para el efecto, y dada la magnitud de las ciudades a las que nos referimos (en directa relación con la magnitud de sus problemas), resulta evidente, como prioridad política, la formulación de nuevas estrategias de planificación territorial y urbana que, sobre la base de los pactos antes

mencionados, no sólo incorporen la participación de la ciudadanía sino que instrumenten y faciliten la decidida acción protagónica de ésta.

Frente a la incompetencia y, muchas veces, falta de sentido de realidad de la norma; y frente al cada vez mayor poder del sector empresarial e inmobiliario, poco pueden hacer los alcaldes y concejales; razón por la que un primer pacto resulta indispensable: el del gobierno con la ciudadanía, a través de la generación de un proyecto común compartido que, por demás, resulte atractivo también, condición básica, al mencionado sector empresarial; para lo cual se hace indispensable, desde la perspectiva del orden imperante, construir una única lógica urbana que beneficie tanto a la ciudad como al inversionista privado; he ahí la primera trampa en la que cae tanto el gobierno como la planificación urbana y territorial. Trampa a la que sirve, de manera privilegiada, la Planificación Estratégica y su filosofía de procurar “alianzas estratégicas” orientadas, sin más, a la competitividad.

No obstante, no se puede desconocer que esta “nueva moda”, especie de panacea del desarrollo urbano, no tiene otro objetivo que el de potenciar las “ventajas comparativas” de las ciudades con miras a su posicionamiento en el mercado global; de ahí que, el que efectivamente se lleven, o no, a cabo, los necesarios procesos de concertación mencionados que hagan de la ciudad un “proyecto colectivo” depende, no sólo de la “voluntad política” de los sectores público y privado (al servicio no sabemos de que intereses), sino de la madurez de una Sociedad Civil debidamente organizada e instrumentalizada sobre la base del pleno conocimiento de sus deberes y derechos como ciudadanos. En esta medida, volviendo a Murillo Marx, cabe preguntar:

¿Cuál es la situación hoy, cuando aumentan los partidarios de la absoluta liberalización de todo tipo de intercambio de productos, de la prestación de servicios o del suelo rústico y urbano? ¿Cuando la producción agrícola e industrial, los negocios de comercios y oficinas y los valores inmobiliarios reparten sus clientes por el mundo entero? ¿Cuándo las fronteras geográficas, incluso las de los Estados nacionales, son ignoradas por nuevos tipos de “corporaciones” multinacionales, poderosas e impalpables? ¿Cuál es la situación hoy, cuando, contradictoriamente, los límites entre lo que es de todos y lo que es de cada uno -tan caros al propio liberalismo- tienden a hacerse

menos claros, lo mismo que ocurre con las fronteras entre áreas comunitarias y privadas, todas ellas de dominio absoluto hoy, todas ellas propiedades públicas o privadas? (Murillo Marx. Op. Cit. pp. 79-80)

Es innegable, la Globalización genera una nueva relación público-privado que no sólo afecta la configuración y uso del espacio sino la noción misma de “lo público” frente a la de “lo privado”; en tal medida, “pulveriza” la idea clásica de centro para repartirla por todas partes en su pretensión de adormilada y acrítica homogeneidad desprovista, al menos en apariencia, de toda jerarquía; aunque supeditada, eso sí, a un único orden, el del mercado. “Pulverización” sólo aparente, ya que lo que en verdad ha ocurrido es una desagregación del centro que no hace más que reforzarlo (acaso primer sentido de la descentralización..) bajo la figura de la “autoregulación”; figura desde la cual el dispositivo panóptico (que desde siempre lo acompañaba) aparece, de igual forma, disperso por todas partes. De esta suerte, a la vez que podemos “verlo todo”, somos vistos, de hecho, por todos, disolviéndose de tal forma la antigua clara frontera entre lo público y lo privado y, con ella, la propia frontera entre las clásicas nociones de centro y periferia, al punto que hoy en día diríamos que “todo es centro; que todo es periferia”...

Sin embargo, las pretensiones de homogenización del valor, del espacio y del lenguaje, implícitas en el proyecto globalizador que tratáramos en la primera parte de este trabajo, aluden, de manera tácita, a la existencia de una particular forma de centro “aespacial” (ya que ni siquiera podemos remitirlo a Washington o Bruselas, dos de los principales centros decisionales a nivel mundial) que se configura, de manera clara y explícita, en la esencia misma de dicho proyecto; es decir, en su dimensión ideológica. En tal medida, afirmaríamos que si existe un “centro” éste no puede entenderse más que como el posicionamiento hegemónico de un particular sistema ideológico (el antiguo “lugar del rey” del que hablara Foucault), lo que de tal forma implicaría la consecuente periferialización de aquellos marcos de pensamiento que no comulgasen con aquél. Surgen así los llamados “discursos de frontera” a los que particularmente alude el pensamiento francés de los años setenta en cabeza de autores como Derrida, Deleuze, Lyotard y, por supuesto, el propio Foucault. Discursos que se constituyen, ellos mismos, en la propia frontera a la cual aluden, declarando de manera implícita que, hoy en día, *lo único verdaderamente marginal es el discurso* y que, por tanto, cualquier forma de replicancia

(desde aquí la periferia; o mejor, “lo periférico”, de hecho lo es), no puede venir más que de aquél.

La periferia, como hemos dicho en páginas anteriores, se confirma una vez más, como un asunto político y no económico, como quieren hacernos creer los discursos desarrollistas; los cuales, tras la imposición de un determinado modelo económico, lo que en verdad realizan es una denodada campaña doctrinal desde donde se pretende imponer la necesaria adscripción al orden político que supone y soporta dicho modelo. Por lo anterior, “ser pobre” no basta para ser periférico y, por lo mismo, para ser tratado como marginal, ya que se necesita portar un cierto aire contestatario; el cual, en el escenario de la pobreza generalizada del subcontinente, encuentra asiento en una particular forma de discurso: el de la inconformidad. Es ésta la que en verdad resulta peligrosa para el sistema, de ahí que lo que se combate no es tanto la pobreza en sí misma como la aludida inconformidad. Tarea que, en gran medida, el sistema delega en la publicidad, en los medios de comunicación y, a través de ellos, en las pautas de consumo; como viene ocurriendo desde la vieja Roma, donde la eficacia del aparato disuasor (que comporta, desde siempre, la idea de Estado), pregonaba como el más alto valor el ostentar el título de romano, al lado del cual, cualquier tipo de carencia debía hacerse soportable, toda vez que, en cualquier caso, el pueblo contaba con una efectiva pauta de consumo garantizada y provista por el propio Estado a través de la figura de “pan y circo”.

De cualquier manera, descifrar el discurso de la inconformidad resulta crucial para llevar a cabo cualquier tipo de intervención espacio-territorial en el entorno que le da asiento. Una similitud comparte Roma con los nuevos discursos imperiales (en cualquier caso estamos hablando de proyectos globales): de lo que se trata es de incorporar la resistencia, de incorporar la marginalidad; como en su tiempo lo hiciera el emperador Constantino con la cristiandad (a fin de cuentas, la periferia se constituye siempre en aquello que hay que someter, es aquello que hay que capturar). Pero, ¿cómo conciliar esto con el denominado “fin de los grandes relatos” y consecuente posicionamiento de los “metarrelatos” (discursos de frontera) que, en opinión de muchos autores, incluido Lyotard, caracterizan este momento epocal conocido como postmodernidad?; ¿qué papel juega latinoamérica en medio de este universo roto que la globalización trata de recomponer?; ¿no será que la manera en que se lleva a cabo el proyecto globalizante no hace más que aumentar los fragmentos, potenciando la marginalidad? y, en tal medida, ¿no será ésta acaso una posibilidad coyuntural para el posicionamiento de un pretendido

“discurso marginal” que exprese, como tal, lo latinoamericano? Si esto es así, preguntaríamos: ¿existe en verdad un discurso marginal latinoamericano?; ¿puede, en consecuencia, hablarse de un discurso de la ciudad latinoamericana en el que se resuelva la aparente disyuntiva entre los parámetros universalizantes del consumo y los que comportaría una supuesta identidad? No nos engañemos, si es que ésta última existe, lo relevante no es establecer su naturaleza sino el lugar desde donde ésta actúa y los modos en que, efectivamente, en tanto *diferencia*, opera; ya que, en ningún caso, puede entenderse como un supuesto e improbable “principio integrador”, en todo ajeno a la variada y rica diversidad étnica y cultural del subcontinente sino, más bien, como un lugar común; una especie de fondo insobornable (y, por lo mismo, insometible) donde lo latinoamericano mismo se asienta; fondo para el cual no encontramos otra denominación que la de *lo telúrico*.

Es este “fondo telúrico” y, por lo mismo, profundamente geográfico, el lugar mismo que constituye a latinoamérica como *periferia*; es desde aquí desde donde surge su fuerza, su especificidad y su diferencia, razón por la cual su única auténtica opción consiste en actuar desde él para desplegar aquélla. Latinoamérica no tiene otra opción que la de actuar desde la periferia y, por lo mismo, cualquier intento por entrar a resolver sus múltiples conflictos, sólo puede venir de la comprensión de la profunda naturaleza de ésta; una naturaleza que se remonta mucho más allá de las carencias y que, más bien, se asienta en un sustrato eminentemente guerrero y, por lo mismo, consuetudinariamente contestatario.

En esta medida es, no sólo necesario, sino fundamental, invitar a hablar a latinoamérica desde ese su *ser-periférico*⁹³ si lo que se quiere es contar con ella, de manera “efectiva”, en el concierto global. Del mismo modo, será precisamente la actuación desde

⁹³ Como hemos señalado de manera reiterada, hacemos una clara distinción entre la periferia que, “espacialmente” rodea al centro, demarcando su frontera; o en otro sentido, su antagónica “otredad”, y la actitud “irreconciliada” (en el sentido que expone Savater a propósito de lo que este autor denomina el “pensamiento no reconciliado”) que consuetudinariamente caracteriza a lo latinoamericano en cuanto tal; un discurso que, siguiendo el pensamiento francés contemporáneo (Baudrillard, Deleuze y Serres, entre otros autores), nos atreveríamos a denominar, de “*resistencia*”. Concepto que debe entenderse, no en el sentido de lo que se “opone” a algo, sino en el de aquello que, como en el caso de ciertos electrodomésticos (una nevera, una estufa, un plancha, etcétera), actúa sobre la base de permitir que se expanda su propio calor interior; siguiendo no otra fuerza que la de su inercia, pues es “la expansión de su propio calor” lo que corresponde a su naturaleza; una naturaleza que, para el caso, no responde a una estímulo exterior sino a una ley: la tercera ley de la termodinámica; motivo por el cual, el concepto de *resistencia* que acompaña la noción de *periferia*, tal y como la entendemos en este contexto, es más cercano a la física que a la sociología; en razón de que, el propio concepto de *periferia*, resulta ser, como hemos dicho en páginas anteriores, más cercano a la ontología, o si se prefiere, a la Antropología Filosófica, que a la Topología.

la periferia la que habrá de constituir la “ventaja comparativa” del subcontinente a la hora de competir en el escenario abierto por la despiadada economía del libre mercado.

Pero, ¿en qué consiste esa “actuación” desde la periferia y, sobre todo, qué supone para el universo latinoamericano ser “periférico”? Sin lugar a dudas, llevar a cabo simultáneamente, en varios frentes, toda una serie de acciones decididas a través de las cuales el concepto de periferia o; mejor aún, de *ser-periférico* se instrumentalice proactivamente en la línea de hacer posible que el subcontinente esté en condiciones, no sólo de cumplir la consabida sentencia: “pensar globalmente para actuar localmente”, sino de “*pensar localmente para actuar globalmente*” y así interlocutar, en igualdad de condiciones, con los “discursos otros” que, en el planeta, la propia globalización estaría obligada a promover con miras a su propio enriquecimiento y “sustentabilidad”, toda vez que la interacción de los mismos y, con ella la *diversidad* (y no la homogeneidad que, en apariencia, defiende el discurso hegemónico) tendría que convertirse en su razón primera y fundamental; a fin de cuentas, la base del capitalismo que, gústenos o no, en todo alienta al proyecto global es, precisamente, la diversidad.

En razón de lo anterior, procederemos ahora a esbozar las principales acciones que, en nuestra limitada opinión, consideramos esenciales, no sólo para entender el sentido que, en latinoamérica, creemos cobra ese, su *ser-periférico*, sino para hacer posible, desde él, el establecer correspondientes planes de acción donde lo periférico mismo se haga sentir en lo político, en lo social, en lo económico y en lo ambiental; escenarios que, en cualquier caso, habrán de hacer patente su “dimensión periférica” en, y desde, el territorio, en sus modos cada vez más complejos de uso y espacialización.

A este respecto, la primera tarea en *lo político* es “quebrar” la excesiva dependencia ideológica del orden hegemónico imperante, a través del establecimiento y/o consolidación de un nuevo proyecto ciudadano, tanto más activo cuanto beligerante, que parta de la reformulación de la relación entre vida privada y formas de expresión política. Proyecto encaminado al fortalecimiento de los Estados de la Región e, incluso, a la generación de un Estado común...; situación a la que eventualmente se llegue, a través del diseño e implementación de nuevos pactos territoriales, sobre la base de la consolidación de toda una serie de redes regionales y supraregionales desde las cuales, a la vez que se promueva la cooperación Sur-Sur, se lleven a cabo, a partir de una Agenda concertada,

toda una serie de proyectos colectivos con derroteros comunes e indicadores claros en lo social, en lo económico y en lo ambiental.

Lo anterior implica el diseño de una efectiva “arquitectura de la participación”, encaminada a la indispensable concertación que, de hecho, los proyectos colectivos suponen; arquitectura que implique, fundamentalmente, la caracterización de los distintos actores, así como de los espacios, tiempos y modos de actuación que, al interior de específicos escenarios, el óptimo funcionamiento de ésta requiere. El objetivo no es otro que el de promover el liderazgo cívico ciudadano en formas que van desde las corrientes de opinión hasta la consolidación de efectivos movimientos cívicos; pasando, por supuesto, por el fortalecimiento a las organizaciones de base y, desde aquí al asociacionismo, al corporativismo y al cooperativismo. En este sentido, la generación de una auténtica *política pública espacial concertada* resulta ser, tanto un medio para la participación, como un fin en sí mismo.

Un reto fundamental surge, en este sentido, para la política; y es hacer de herramientas como la descentralización un importante factor para la recomposición y la reestructuración democrática y funcional de los territorios; lo que implica que ésta se acompañe de una auténtica modernización del Estado; entendiendo por modernización, la democratización misma; acción que supone el invertir en una efectiva “pedagogía ciudadana modernizante” orientada a promover un espíritu de solidaridad entre los distintos estamentos de la sociedad a través de tres acciones básicas: *generación de conciencia colectiva, respeto por el derecho del otro y orientación de la acción al bien común*; aspiraciones que para impedir que se conviertan en una entelequia vacía al servicio de los discursos democráticos de turno, es indispensable que, mediante los adecuados mecanismos de acción-participación, se pongan en obra a través de la *realización de ejercicios ciudadanos concretos*. Tarea a la que, de suyo, se presta de manera privilegiada el territorio y, dentro de él, la realización de proyectos definidos donde tales aspiraciones adquieran forma.

No obstante, en una sociedad anti-igualitaria, o mejor antiequitativa en términos de justicia social, la descentralización no es un instrumento democratizador, ni de lucha contra las desigualdades, ni de modernización, sino de afianzamiento de las estructuras existentes; razón de más para promover un efectivo sistema de autoregulación ciudadana (llevado a cabo por instancias veedoras ciudadanas) encaminado a una *evaluación, por*

resultados, del proyecto político vigente. En este sentido, es el proyecto político el que debe tener acompañamiento y seguimiento y no, simplemente, la adecuada ejecución de las obras que caracteriza uno u otro programa de gobierno.

Por lo anterior, el reto *en lo social* no puede ser otro que el de promover todos aquellos procesos conducentes a la afirmación de las distintas formas y dinámicas identitarias desde las cuales se fortalezcan las múltiples expresiones del poder local. Un papel crucial cumple aquí el territorio, toda vez que es sobre él que se asientan y caracterizan las distintas formas de organización social; razón de más para promover la estructuración territorial de las mismas al interior de un sistema de redes sociales multi y transectoriales sobre la base de la realización de proyectos que, con estrategias distintas, den respuesta tanto a los intereses específicos de cada sector (actor) comprometido, como a objetivos comunes concertados por todos y apoyados por una agenda institucional; ya que de lo que se trata, en cualquier caso, es de *fortalecer el Estado a partir de la conquista-renovación de su legitimidad*.

En este sentido resulta crucial, tanto entender, como atender, las distintas formas de movilidad que, en la ciudad, tienen asiento y las particularidades de las nuevas dinámicas de arraigo que, paradójicamente, ésta trae consigo, en sus variables territorializadoras, desterritorializadoras y reterritorializadoras. Un factor fundamental resulta aquí la comprensión de la relación que, entre tales dinámicas, se establece con el empleo y con la adquisición de la vivienda, así como con el acceso a los distintos servicios y equipamientos de la ciudad; es desde aquí desde donde lo público en cuanto tal, base de lo social, adquiere sentido. En este orden de ideas, la elaboración colectiva de un proyecto común compartido de sociedad, construido “paso a paso”, por *escenarios procesuales y no, simplemente espaciales*⁹⁴, resulta indispensable para superar las tradicionales miradas

⁹⁴ Los escenarios a los que aludimos en este punto; en tanto “escenarios de gestión”, tienen que ver con el establecimiento, al interior de un proceso de concertación multiactoral, de la definición diferenciada de los marcos y móviles de las distintas instancias allí convocadas, con el fin de optimizar, de manera oportuna, la pertinencia de su participación a la luz de objetivos concretos establecidos dentro del propio proceso; en esta medida, resulta crucial, no sólo definir las características de tales instancias, sino prever en que momento es conveniente, útil y necesario hacer efectiva su participación. Por lo anterior, consideramos que resulta tan importante la definición de los escenarios físicos (o de los proyectos concretos) a través de los cuales la participación se “pone en obra”, como la definición estratégica de los momentos en que la misma ha de ejercerse a partir de las especificidades, competencias y diferencias de las instancias involucradas; al fin y al cabo, la gestión exitosa de un determinado proyecto supone, no sólo establecer el carácter de la participación diferenciada de los diferentes actores allí comprometidos, sino el momento en que la misma resulta oportuna. En razón de lo anterior, la propia participación de los distintos actores se define por su papel diferenciado en cada uno de los escenarios propuestos, dado que resulta factible que la misma no se restrinja a un solo escenario o momento, sino que acompañe el proceso mismo asumiendo,

holísticas e indiferenciadas con que, tradicionalmente, se abordan los problemas cuando se asume, sin más que, por ejemplo: “todos los pobres son iguales”; “todos tienen los mismos problemas”; “todos esperan lo mismo” y; sobre todo, “todos desean caminar hacia el mismo lado...” En esta medida, resulta claro que la tarea primera y fundamental de un proyecto de tales características es entrar a definir, sobre el terreno (el territorio), “¿qué es lo que, en verdad, la sociedad anhela y requiere?”. *Acaso la única manera posible de combatir la creciente tendencia de desafiliación ciudadana y, con ella, de dilusión de “lo social” como fuerza política, respecto de un cada vez más inaprehensible “proyecto común de ciudad”.*

Si bien la globalización tiene un proyecto común (aunque dudosamente compartido), la opción para latinoamérica de hacer parte de él, en tanto parte de un “globo” que, de hecho, ya hace uso de ella (...), no puede venir de “oponerle” otro proyecto, sino de encontrar los modos de abordar el mismo desde sus especificidades. Tarea que, en nuestra opinión, no puede darse si no es a partir de “lo periférico” (entendido en el amplio sentido que hemos expuesto anteriormente); ya que pretender darle la espalda al omniabarcante proyecto global, no sólo resulta iluso sino en todo inconveniente, toda vez que la globalización trae consigo, junto con su carga “absorbente” y acrítica, una serie de innegables oportunidades sujetas, con el debido manejo político local, a ser convertidas en ventajas.

Si bien, hacer o no parte del proyecto global no es, para ningún contexto (incluido el latinoamericano), una alternativa “práctica”, tampoco creemos que la única manera de hacer parte de él sea desatendiendo las especificidades y demandas locales, sacrificando las seguridades sociales y, menos aún, vendiendo al mejor postor - en la subasta pública que supone el mercado global - los recursos naturales endémicos. No obstante, tampoco creemos que la solución a la desmedida explotación del subcontinente, así como a sus enormes problemas de exclusión e injusticia social, venga de la mano de un proyecto “chauvinista”, amparado en una supuesta “identidad latinoamericana” que utópicamente, desde “dentro”, pretenda hacer valer “los derechos de los pobres” ante el despiadado concierto internacional; situación que en vez de exaltar ese “*ser-periférico*”

dentro de él, actividades diversas; es el caso del diferenciado papel que, en un proceso como éste, y al interior de los distintos escenarios, desde aquí, en “concierto”, juega la Comunidad, la Empresa Privada, el Estado, los Organismos Multinacionales, las organizaciones cívicas, la Banca o, las Agencias de Cooperación Internacional. En cualquier caso, de lo que se trata es de establecer, a la luz de un objetivo determinado, lo que es viable esperar y llevar a cabo en el escenario vecinal de la comunidad, en el escenario corporativo de la empresa privada, en el escenario institucional del Estado e, incluso, en el escenario político-económico de la Cooperación Internacional.

latinoamericano (del que tanto hemos hablado para aludir al único lugar desde donde el subcontinente está en condiciones de interlocutar), no haría más que acentuar la noción clásica de periferia en su connotación marginal y; por lo mismo contribuir, todavía más, en su ya atávica exclusión y manipulación.

Como anotábamos en páginas anteriores, no es un llamado de atención internacional a “la justicia” lo que haría a los gobiernos del Norte y a sus alianzas con los grandes monopolios, reorientar su proyecto depredador (**Lámina 48**), sino la toma de conciencia por parte de éstos de que su propia supervivencia depende, precisamente, de dicha reorientación. Sin embargo, esto tampoco es algo que, de buenas a primeras, “abra” paso a un proyecto incorporativo y equitativo de sociedad global (tarea a la que, en nuestra opinión, debería apuntar el propio proyecto de la “aldea global”), puesto que los móviles que en la actualidad alientan el ideario globalizador son, exclusivamente, económicos y, por tanto regidos, a corto plazo, por la utilidad y la ganancia; razón de más para plantear un nuevo negocio o; si se prefiere, replantear el negocio actual, haciendo evidente las ventajas que, para el mismo, se derivarían de contar con nuevos socios. Unos socios que, en cuanto tales, estarían obligados a interlocutar.

Lámina 48
«EN EL MAR DE LA INTRANQUILIDAD»



Fuente: Revista Ecológica N° 15 (1993)

En este sentido, lo que resultaría procedente establecer sería la manera en que a latinoamérica, desde sus respectivas especificidades, le es dado participar (entrar a competir...) en el concierto internacional; lo que supone definir, en primer lugar, ¿desde dónde y de qué manera?; para lo cual, antes que la construcción de un dudoso “macro proyecto social” que, en oposición a la globalización, “identifique” la Región ante el mundo, lo que sería deseable sería incorporar a la propia globalización en el diseño del mismo: si latinoamérica quiere que el mundo la “incluya”, es necesario que ésta, a su vez, “incluya” al mundo en el imaginario de su propio proyecto. Un proyecto que, en su dimensión “*glocal*” consideramos, ha de constituirse sobre la base de la construcción simultánea de “pequeños acuerdos” intra y supraregionales sobre puntos comunes que constituyan una base móvil desde la cual se conciba, de manera flexible, el concepto de *adcripción territorial* y, dentro de él, el concepto mismo de pertenencia al mundo a través de una u otra idea de Región; *la que, en tal sentido, tendría que ser tan flexible como coyuntural*. En este sentido, una ciudad podría pertenecer a una región para unos efectos y, a otra, para otros...

Lo que se buscaría con esto no sería otra cosa que potenciar una estrategia encaminada, por un lado, a desatar procesos que, a la postre, redimensionen y recualifiquen el concepto mismo de lo global en cuanto tal (a fin de cuentas, lo propio de lo global es *en-globar, in-corporar*, darle cuerpo constituido a lo que, de una u otra forma, “entra a primar”) y; por otro, a capitalizar resultados sobre los procesos ya en marcha, ya que, como anotamos, la clase de “resistencia” que supone el actuar “desde la periferia” es más similar a la de las estufas que se calientan y expanden su calor, que a la de un “algo” que, de manera dialéctica, se opone a un evidente contrario. En esta medida vale la pena aclarar que no se pelea “contra” sino “por”, o mejor, “desde”; esa es la clave de toda resistencia, esa es la clave de toda forma de lucha que para lograr el éxito con escasos recursos no puede menos que recurrir a una decidida “acción de comandos”, los cuales actúan, como de suyo les es dado, desde lo fragmentario y lo coyuntural.

La estrategia: una renovación de las categorías fundadoras de la ciudadanía no amparadas en el concepto de “identidades cerradas” que, a la postre, no hacen más que “absorber” lo político; *la operación*: una vuelta a lo vecinal y al refuerzo de lo comunitario que involucre la incorporación de lo marginal y lo fragmentario; *el objetivo*: abordar en manera decidida los dos problemas básicos que convergen en la cuestión urbana, es decir, la inseguridad y la administración del riesgo en sus múltiples formas. A

este respecto, un papel crucial cumple la noción de patrimonio, particularmente en lo que tiene que ver con la urgente necesidad de abordar el tema desde una perspectiva más histórica (y, por lo mismo más geográfica), y menos historicista; es decir, donde lo que prime sea más el deseo de construirnos (afianzarnos) en lo que somos que de mantenernos en lo que hace ya tiempo hemos dejado de ser; a fin de cuentas, la defensa del patrimonio es un compromiso con el futuro y no con el pasado toda vez que, como señalaba Heidegger (1993): “no construimos para morar sino que construimos, precisamente, porque moramos”; he ahí una de las claves a tener en cuenta por parte de la planeación en cualquier contexto. Circunstancia que, particularmente en lo que toca a los bienes inmuebles, tiene que ver más con la proactiva idea de *rehabilitar* que con la pasiva y museográfica idea de “restaurar” (Yory, C. M. 2002b).

De lo que se trata, en última instancia, es de demostrar el peso específico que el capital social y, dentro de él, el capital simbólico, juegan a la hora de *desatar procesos económicos de alta rentabilidad social, a la vez que procesos sociales de alta rentabilidad económica* buscando, siempre, mantener un equilibrio entre desarrollo social y desarrollo económico. Aspiración que en lo que toca al tema territorial, redunde en el diseño de estrategias en las que, por ejemplo, sea efectiva la manera en que se involucre la participación social en la plusvalía y los derechos del suelo.

A este respecto, lo que una forma de ser “periférico” alentaría en *lo económico*, sería asumir una actitud crítica y selectiva respecto de los modos de participación en el “mercado global”, a partir de la generación de un nuevo modelo económico incorporativo que, sobre la base de un proyecto socio-ambiental concertado, potencie las formas asociativas locales, en particular el cooperativismo y el corporativismo. Estrategia que tendría que ir de la mano, tanto con una eficiente reforma agraria, como con la constitución de un nuevo orden territorial que privilegie, en el orden de lo público, y desde las mencionadas formas asociativas locales, la noción de “propiedad compartida”, en lo que respecta a los derechos del suelo y al control sobre los bienes y medios de producción o; lo que es lo mismo, que implique, por parte de tales formas asociativas, una efectiva capacidad de decisión sobre las formas y los modelos de intervención sobre el suelo. Lo que surge de aquí es la necesidad de incorporar a los tres sectores clásicos de la economía formal (eso sí privilegiando la base extractiva y transformativa) el sector informal, a través de un decidido fortalecimiento de las economías solidarias y de escala; estrategia que, en

su sustrato territorial, potencie las ventajas comparativas locales y haga factible, desde aquí, la tan buscada competitividad.

En cualquier caso, de lo que se trata, es de redefinir el papel de la ciudad en la economía regional a partir del fortalecimiento de su autonomía en el gobierno del territorio; papel que tendrá que ser tan flexible como la noción misma de región, entendida ahora desde una base eminentemente móvil. En este sentido, la otrora clara frontera entre regiones, amparada en caracteres espaciales, geomorfológicos, sociales, étnicos, culturales, económicos o ambientales, que comportasen un cierto grado de homogeneidad - cuando no se limitaba su denominación a una simple adscripción administrativa y, por tanto funcional, que no de manera gratuita demarcaba un determinado ámbito electoral - es desplazada, dentro del concepto de “red de ciudades”, (tan querido por el *argot* de la economía global), por la noción de *región coyuntural* que en todo subvierte los límites demarcados por cualquier criterio de homogeneidad.

Lo que cuenta ahora, valga decir, lo que “integra”, son los *intereses comunes*, único aglutinador en medio de una cada vez más buscada, por competitiva, diversidad. No es que una determinada región se beneficie de una u otra “coyuntura”, económica, política o social, sino que la región misma se constituye como coyuntura y, por tanto, como “construcción temporal” superando, en tal medida, la simplista caracterización de “lo andino”, “lo caribeño”, “lo pampero”, “lo amazónico”, etcétera que, desde otra perspectiva, tanto criticara Adorno a propósito de los llamados “discursos de autenticidad”.

En este punto, lo que se deriva de aquí para la geografía económica es el advenimiento de aquello que, en la primera parte de este trabajo denominábamos: una “*cartografía de la movilidad*”; denominación donde lo múltiple, base de lo diverso, desplaza la noción de valor espacial en sí mismo, para resaltar algo que, desde siempre, ha sabido la geopolítica y es que el espacio adquiere valor sólo dentro del ámbito de unas determinadas *circo-estancias*, o situaciones que envuelven y, por tanto, “contaminan” (definen)⁹⁵ una específica noción de realidad. En esta medida, la propia realidad que,

⁹⁵ Dado que las cosas no se dan de forma pura (“incontaminada”) sino que, por el contrario, las constituyen infinidad de componentes y variables que, en cada caso (o circunstancia), operan de una u otra manera; entendemos por “contaminación” la manera como operan las circunstancias en la definición de todo aquello que llamamos real. En esta medida, la “contaminación” cumple el papel de coadyuvar en la definición de todo lo real que así resulta “contaminado” (definido y descrito) por el mundo que lo rodea y al

desde aquí, resulta siempre “contaminada” (en su carácter fragmentario y, por tanto, no “universal”), no es comprensible sino a la luz de las circunstancias y modos de operación de su connatural “contaminación” en cada caso particular.

Lo “local”, por tanto, no puede entenderse como una simple “caracterización regional” *circo-inscrita* y delimitada a un determinado ámbito geográfico en el cual se “ancla” sino que, por el contrario, es siempre una forma de autoafirmación frente al mundo llevada a cabo a través de la confrontación con éste y en franca relación con él. Situación a la que contribuye de manera privilegiada el mercado en su más amplia dimensión (a fin de cuentas, de lo que se trata es de posibilitar un intercambio...). Desde esta perspectiva, lo deseable en cualquier caso consistiría en mantener la confrontación (el intercambio) en su especificidad y no en diluirlo bajo los presupuestos de algún privilegiado principio homogenizador; lo que de hecho sugiere como principio rector y base del intercambio, no sólo la conservación de la entidad autonómica de las partes sino el reconocimiento igualitario de su capacidad de interlocución; requisito fundamental de un proyecto globalizador no basado en el desequilibrio sino en la concertación.

La estrategia, por tanto, consiste en asumir y mantener una cierta *desenmarcación* (como la denominábamos en la primera parte de este trabajo) respecto de la lógica del orden económico (hegemónico) imperante que, sin perder de vista dicha lógica, y utilizando uno de sus más preciados instrumentos, como es el de la valoración circunstancial de lo local a través de sus también circunstanciales “ventajas comparativas”, se oriente a la consolidación de pactos intra y supra regionales llevados a cabo a partir de coyunturales proyectos comerciales que alienten las economías de escala (insuflándoles impulso) y, desde aquí, las propias cadenas productivas.

De este modo, fortaleciendo los procesos y no los productos de éstos, se hace viable el cruce transversal entre los primeros y; en consecuencia, la ampliación del espectro de difusión de los segundos; lo cual permite tejer verdaderas redes de producción

cual, por co-rresponderle, se debe en cada caso, puesto que a él pertenece. Lo anterior supone entender que las decisiones siempre se toman desde un marco de referencia circo-inscrito en su propia circo-estancialidad. A este respecto anotaba Ortega que no es posible estudiar al hombre por fuera de sus circunstancias puesto que a ellas se debe y; por tanto, *es su relación con ellas* la que lo determina y define en cada situación específica; lo que no significa que, para el filósofo, el hombre esté signado (predeterminado) por sus circunstancias, negando así el libre albedrío, sino que, de hecho, es gracias al ejercicio de su propia libertad que establece una particular relación con esas circunstancias y, en tal medida, al relacionarse de una forma u otra con ellas, se define a sí mismo. Así como el hombre “*es*” en sus circunstancias, las cosas “*son*” en un mundo al que pertenecen y, por tanto, a la vez que éste las determina, las propias cosas (así “contaminadas” por ese

y, desde allí, alimentar en diferentes momentos y con diferentes insumos, los circuitos económicos de base; en tal situación, el esquema de desconcentración postfordista (tan querido por la globalización) resulta útil en la consolidación de un sistema incorporativo de redes productivas en el que el tamaño de una u otra línea de producción o; incluso, de una u otra empresa, se subordina a la importancia que ésta cobra dentro de la red a la que pertenece dentro del marco del propio sistema de redes global; esquema que bien puede potenciar las pequeñas y medianas empresas (PYMEs) sobre la base, no sólo de su respectivo valor estratégico, sino de su propia capacidad de interacción. En esta situación, el “pequeño” tamaño resulta, incluso, una ventaja, en la medida en que éste permite a la pequeña empresa navegar libremente (dentro de la reglas del mercado, por supuesto) y, en tal medida, establecer diversos tipos de alianzas estratégicas (en directa relación con sus circunstanciales móviles).

Es precisamente esta capacidad de “navegación” dentro del mercado la que, aunada a un sistema flexible de organización y producción, dentro del marco de necesarias alianzas estratégicas, lo que puede hacer que las PYMEs puedan llegar a trascender (sin omitir, en ningún caso) el ámbito confinado de los mercados locales (al parecer “interlocutores oficiales” ante el mercado global) y, en tal medida, estar en condiciones de proyectarse directamente sobre éste; lo que no significa que lo hagan de manera aislada puesto que para sobrevivir tienen, necesariamente, que pertenecer a una cadena productiva inmersa ya dentro de una u otra red.

En este punto es evidente que la vulnerabilidad de los pequeños productores se hace patente, puesto que inmediatamente aparecen en la escena del mercado global, tienden a ser eliminados o absorbidos por los grandes circuitos que operan en éste; pero es entonces cuando el sistema de redes, al que el pequeño productor pertenece, actúa haciendo evidente que no es un diminuto pez que acaba de asomar la cabeza sino que es parte integral de un “cardumen” que, como tal, obedece a una misma *lógica corporativa* (al fin y al cabo, en un cardumen sus miembros se comportan como un solo cuerpo). En esta medida, la “corporación” a la que el pequeño productor pertenece (formalizada a través de confederaciones, asociaciones, agremiaciones o cualquier otra instancia asociativa de carácter, preferiblemente, supraregional) se manifiesta como parte del propio sistema; impidiendo, por tanto, que atacando al pequeño productor, el sistema se ataque a sí mismo.

Desde esta perspectiva, el mirar a la Región (y con ella a la producción local) más allá de la lógica nacional y, por tanto fronteriza que, paradójicamente fortalecen sus eventuales Mercados Comunes⁹⁶ (el Centroamericano, el Caribeño, el Andino, o el Mercosur, entre otros existentes y/o posibles) supone, sin demérito de los logros que pudiesen lograrse, desde aquí, para la consolidación regional (una vez se defina qué se entiende por región), y dentro de la propia lógica que alienta el libre mercado; buscar mayores niveles de agilidad, velocidad, eficiencia, transparencia y transferibilidad en las decisiones, en el manejo de los recursos, y en la puesta en circulación tanto del capital, como de los bienes y servicios, sobre la base de la constitución de *pactos en torno a proyectos convocantes* y no a *establecimientos* (aquí tanto el Estado-Nación como el Mercado Común se comportan de tal forma); lo que implica propender más por la *concertación concreta de intereses* que por una *difusa e imprecisa integración* a la luz de una todavía más vaga bandera.

Desde la perspectiva anterior, la tan aludida “integración latinoamericana”, tan querida en ciertos círculos políticos e, incluso, intelectuales de la Región (herencia trasnochada del romántico sueño Bolivariano), lejos de ser siquiera una utopía, resulta ser, más bien, un sofisma de distracción populista (tan poco práctico como irrealizable, por no decir indeseable) orientado a fortalecer las estructuras atávicas de dominación; las cuales promueven la idea de que “la unidad fortalece a la Región” (fortalece desde luego a esos pocos que, teniendo el control, por detentar la “unidad” monopolística, valga decir, la propiedad sobre los medios de producción, venden “empacados” los mismos al exterior, recibiendo directamente los beneficios) cuando lo que en realidad ocurre, en estos tiempos de deslocalización, es que la fuerza está en la fragmentación (y en las circunstanciales alianzas que, desde allí se establezcan); aliada incondicional de la velocidad, el cambio, la versatilidad y la flexibilidad; atributos de un tiempo sobre el que, entre otras cosas (fiel a los mismos), se mueve el mercado.

⁹⁶ La lógica de los Mercados Comunes Regionales (que en principio requiere esclarecer que entiende por “común” y por “regional”) es siempre una lógica fronteriza y, por tanto, excluyente, toda vez que lo único que hace es ampliar la noción de frontera para incluir, dentro de ella, a la luz de una selectiva y “horizontal” idea de región (en el caso latinoamericano “lo andino”, “lo caribeño”, “lo centroamericano”, etcétera), un grupo de vecinos (convertidos ahora en socios) que, por una u otra razón, se consideran “iguales”; o acaso, homólogos (lo “común” suele ser el compartir unas fortalezas frente a unas amenazas, o unas debilidades frente a una urgente necesidad). En esta medida, fortalece una particular idea de región ceñida a unos marcos político-geográficos y, por tanto, administrativos, fijos; lo que si por un lado facilita la administración del territorio (y con ella su gobernabilidad; aún subordinada al ámbito del Estado-Nación); por otro lado, la hace más vulnerable frente a otras regiones más fuertes con las que, necesariamente, tendrá que entrar a competir; trasladando así los problemas de una pequeña frontera a una frontera mayor. Cabe anotar que, desde nuestra perspectiva, el problema no lo constituyen los Mercado Comunes, en sí mismos, sino su incondicional adscripción territorial a una determinada e inamovible idea de región.

En otro sentido, la *concertación de intereses* que hemos contrapuesto a la “integración” como precondition para alcanzar el fortalecimiento de la economía de la Región, no sólo requiere menos burocracia y menos dependencia de una u otra voluntad política interna o externa a ésta (no se pueden desconocer las presiones políticas externas) que la “integración”, sino que, por estar más cerca al territorio y sus dinámicas, garantiza un mayor control del gasto y, eventualmente, si así se plantea, una más eficaz y equitativa distribución de las utilidades; sin contar, por supuesto, con los beneficios que, desde aquí, supone la misma, tanto al fortalecimiento de lo local en cuanto tal, como al derivado de la creación de estos pequeños “puentes” supra e inter-regionales que resultan ser los aludidos *proyectos convocantes*; de los cuales sin duda se deriva, en cuanto provienen y a la vez promueven la concertación, una nueva regionalización concebida “en” la *diversidad* y “desde” la *movilidad*.

En el primer caso, porque atiende a la inclusión de contextos tan disímiles como los que, por ejemplo, en torno a la constitución de un proyecto (convocante) de protección de la cuenca del Pacífico pondría a interactuar a “vecinos” tan disímiles como China y Ecuador; situación que, desde la perspectiva del Mercado Común Regional, en todo transgrede su lógica homogenizadora amparada en facilistas demarcaciones “identitarias”, supuestamente sujetas a una u otra ideosincracia, o a una u otra forma de “saber local”. En un ejemplo como este lo que surge es una renovada y, acaso coyuntural idea de “región” (lo que no significa que no se pueda mapificar y, por tanto, dar cuenta de su existencia empírica “real”), amparada en el concierto de la diversidad alrededor de un proyecto común.

En el segundo caso, lo que surge es la posibilidad de que la lógica regional se sirva, por así decirlo, de las dinámicas del mercado, para actuar desde ellas; lo que no implica que tenga, necesariamente, que subordinarse a éstas, en razón de la propia capacidad de interlocución ganada por sus propios *proyectos convocantes*. En este sentido, lo que la *movilidad* promueve, es la creación de semilleros productivos regionales con características diversas e integrados, tan sólo, por objetivos comunes (entre los que se cuenta la noción convocante de “proyecto comercial”). Es precisamente la noción de “proyecto comercial” la que ofrece el escenario para la deseable y necesaria concertación de intereses multiactorales (públicos y privados) que lleven a la realización de pequeñas coaliciones y consorcios capaces de responder a ambos intereses dentro del marco de un sistema global de redes (e intereses, también) por el que libremente y, en razón de sus

posibilidades, se “desplacen” atendiendo sus específicas demandas y necesidades. He aquí una forma periférica de hacer resistencia a las nuevas formas de dependencia neocolonial que comporta el “espíritu civilizador” del orden global.

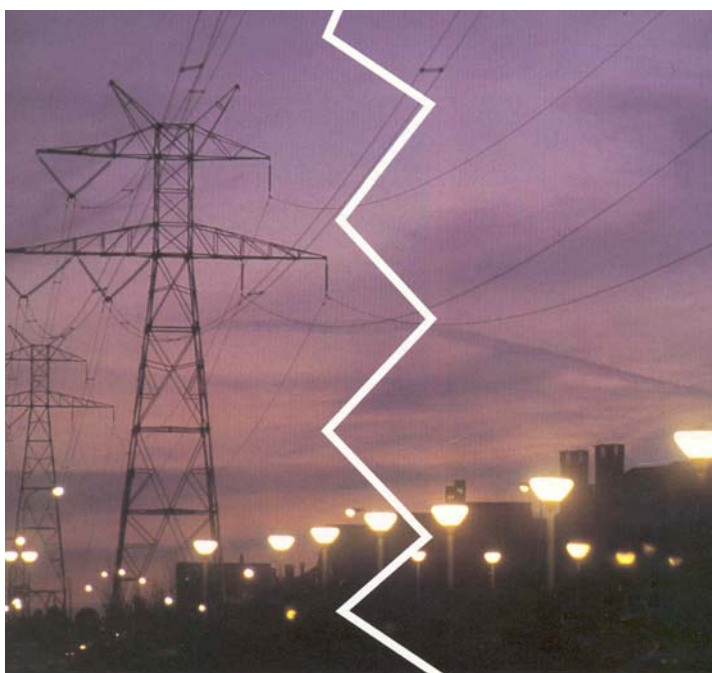
Como resultado de esta operación y de su carácter transfronterizo y transectorial, lo que tenemos es un nuevo tipo de mapa para el subcontinente, muy parecido al móvil escenario de las plataformas árticas que acusara Serres en su famoso *Paso del Noroeste*: “El paso del Noroeste hace comunicar el océano Atlántico con el Pacífico por los fríos parajes del gran norte canadiense. Se abre, se cierra, se retuerce a través del inmenso archipiélago ártico fractal a lo largo de un dédalo alocadamente complicado de golfos y canales, de cuencas y de estrechos entre la Tierra de Baffin y la Tierra de Banks” (Serres, M. 1991. pp. 15). Imagen de aleatoriedad que, en el caso de la economía regional supone, como hemos señalado, atender, en todo, a la *movilidad*. Una movilidad constituida por pisos virtuales en los que lo único “fijo”, por decirlo así, sea la presencia de instancias multiactorales actuando, por demás, de manera diversa, de acuerdo tanto a las características de cada escenario, como a sus específicas demandas en cada momento en particular; lo que supone que tales demandas no puedan ser captadas y, por tanto, canalizadas y atendidas, desde un único y privilegiado interés particular.

Es aquí donde, precisamente, el concepto de *circuito económico* cobra un valor fundamental toda vez que, dadas las características, ya bastante móviles, por cierto, del complejo escenario que nos ocupa, sólo éste es capaz de estructurar dinámicas operacionales que, desde la movilidad, canalicen tanto los flujos de interés como los de capital, al tener la virtud de adentrarse hasta los últimos recodos del sistema económico y organizacional. En esta circunstancia, el circuito económico es capaz de trascender la lógica inercial de “lo interior” y “lo exterior” al sistema (a pesar de que reconoce, por supuesto, tanto los factores endógenos como exógenos que lo afectan) para constituir un poderoso respaldo a las *economías de escala* y; desde aquí, a las más o menos sumergidas instancias formales e informales de la *economía solidaria* (hasta entonces “economía solitaria”). En esta medida su carácter *incorporativo* es capaz, a la vez de canalizar la inversión, y de poner en circulación la base misma de capital.

Un papel crucial cumple la ciudad en este punto y es su capacidad de servir de “puente” (aunque no de manera exclusiva y, mucho menos, pasiva) entre la lógica microeconómica de los circuitos económicos locales y la macroeconómica de los grandes

circuitos que animan la economía mundial. He ahí uno de los aspectos que justifican su carácter “nodal” y, por tanto, potenciador de dinámicas regionales capaces de poner a interactuar la lógica endémica de los circuitos económicos con la aspiración universalizante de la economía global. A fin de cuentas, es en la ciudad donde de manera privilegiada tienen asiento, no sólo las instancias “puente”, propiamente tales, entre lo local y lo global, sino que allí confluyen, de manera diversa, los muy distintos planos de las economías de escala (en sus dimensiones formales e informales) que, en cualquier caso, es necesario incorporar para que su frecuente desarticulación del sistema no redunde en nuevas deseconomías sino que, por el contrario, contribuya con el fortalecimiento de esa base de capital y de producción que a todas luces resulta indispensable poner a circular **(Lámina 49).**

Lámina 49
«LA CIUDAD ENERGÉTICA...»



Fuente: Revista Ecológica N° 23 (1996)

Finalmente, en lo que concierne a un eventual manejo del *tema ambiental* desde la periferia; o mejor, a un manejo “*periférico*” del mismo, lo que, en nuestra opinión competiría, en primer lugar, a la ciudad latinoamericana, sería asumir, de manera proactiva generalizada, el concepto de *responsabilidad compartida* en el ejercicio de los deberes y derechos con el medio ambiente. Responsabilidad que implique el diseño y puesta en marcha de un nuevo modelo económico; o mejor, de una nueva estrategia

económica que no oponga la rentabilidad económica a la calidad ambiental sino que, por el contrario, las integre a través del concepto de *rentabilidad social*.

Lo anterior supone la generación de un pacto político y social que, sobre la base de entender a la ciudad como un gran “nicho ecológico” al interior de uno mayor que, a su vez, se inserta en uno que los contiene, y así hasta alcanzar la escala planetaria; entienda la necesidad de asumir un *proyecto pedagógico común* (acaso de muchos proyectos pedagógicos concebidos desde objetivos comunes) que conciba la explotación del territorio desde la perspectiva que supone atender a la lógica incremental de las economías de escala; sobre la base de que ésta se inserte en respectivos marcos ecológicos; los cuales, por definición, trascienden los límites de cualquier reducido ámbito gubernativo jurisdiccional.

Lo que se deriva de aquí para la administración y manejo de las ciudades, es la inclusión del marco ecológico donde se asientan los distintos circuitos productivos y/o transformativos, como una variable fundamental a ser considerada en la determinación de su propia zonificación espacial y; de tal suerte, como un eventual principio “regionalizador”... De esta forma, el concebir a la ciudad como una “región” en sí misma (constituída por “subregiones” claramente determinadas por nichos ecológicos) al interior de otra región con la que, necesariamente hace sinergia (en tanto ésta aporta el marco ecológico para los aludidos “nichos”); exige, en consecuencia, la realización de “*procesos proyectuales sistémicos*” en donde, de una u otra forma, la analogía biótica; o mejor, *bio-sistémica*, haga presencia respondiendo a las que así podrán ser entendidas como demandas “eco”-*sistémicas* de la ciudad.

Sirva como ejemplo la indiscutible relación que los procesos productivos deben guardar con los sistemas “circulatorio” y “respiratorio” de toda ciudad. En este punto lo deseable es que la sinergia desatada por los aludidos “*procesos proyectuales sistémicos*” sea administrada por un sistema regulativo tan flexible, dinámico y funcional como el marco bio-sistémico que, de tal suerte, le sirve de escenario y, a la vez, de fundamento; razón de ser de unas *instancias corporativas* (seguimos hablando de analogías bióticas) capaces de interactuar, también, “sistémicamente”; lo que supone posibilitar, desde tal marco “corporativo”, el desarrollo de una sinergia también en lo político y, por tanto, en lo organizacional (nueva recurrencia a la analogía bio-sistémica). Es desde aquí, desde el uso

de una misma lógica⁹⁷, desde donde se hace posible que la ciudad se entienda y, por tanto, puedan llevarse a cabo en ella iniciativas como las que, por ejemplo, y sobre esta base, se propone la *planificación estratégica urbana* y su propia lógica *in-corporativa* y multiactoral.

En otro sentido, lo que la “lógica” *eco-sistémica* nos pone de manifiesto es que, no sólo *no existen ciudades autosustentables* (a pesar de que consideramos que éstas deban “pagarse” a sí mismas, revirtiendo sobre el territorio y la población la plusvalía acumulada tras generaciones de inversión en tiempo, trabajo, habilidades y hasta expectativas), sino que la autosustentabilidad no es, en ningún caso, “una diana a la que haya que apuntar”, como afirma Coyula (1984) en franco apoyo a la “insularidad”; sino más bien la antagónica rival de una, en todo deseable *interconectividad*.

Desde esta perspectiva habría que pensar, en atención a las particulares circunstancias y demandas del subcontinente; y siempre al interior del contexto global, en la consolidación de una fuerza única, aunque *selectiva* (respecto de sus fines y orientaciones) y *dispersa* (respecto de la infinidad de alianzas que puede realizar), fundamentada no en la autosuficiencia sino, precisamente, en la *interdependencia urbana y regional*, a partir de un *esquema funcional de conectividad interurbana e interregional*. Esquema desarrollado sobre la base de la *potenciación de las ventajas comparativas que, en los distintos ámbitos ecosociales, cada ciudad y cada región esté en posibilidad de propiciar y capitalizar para hacer así de éstas unas auténticas ventajas competitivas*. Lo que a este respecto sí compartimos con Coyula es el hecho de que, “el fallo en alcanzar el equilibrio entre los tres entornos – natural, construido y social – con la economía que los debe alimentar, incrementa, a su vez, el malestar social, la inestabilidad política y el deterioro moral y ético” (Coyula, M. Op. Cit. pp. 100). El problema radica en ¿cómo lograr, desde la lógica del capitalismo, basada, precisamente, en el desequilibrio, lograr un equilibrio tanto ambiental como social?

Por otra parte, las exigencias de competitividad que impone la economía de libre mercado a la ciudad genera, dentro del ansia de productividad que le es inherente, una carga ambiental adicional al ya enorme peso que, a este respecto, la propia ciudad, sin

⁹⁷ La ciudad, sin duda, obedece a distintas y múltiples “lógicas”, pero la planificación y, con ella, lo que se conoce como la “ordenación del territorio” debe responder a una sola, así sea la de atender, de una determinada manera, a la diversidad.

más, descarga sobre su entorno físico y sobre su correlato generacional. Desde esta óptica, si por un lado la ciudad debe funcionar como una “empresa”, por otro, no puede desconocer que está hecha de fragmentos, nichos y territorios diversos caracterizados por nociones diversas, también, no sólo de espacio y de tiempo, sino de valor y significado. Razón de más para atender, en la construcción de la mencionada “empresa”, *a las expresiones directas de lo fragmentario que afloran, en primer lugar, a nivel espacial desde los propios barrios y, a nivel social, desde lo vecinal.*

Existen, sin embargo, infinidad de innovaciones sociales y tecnológicas que, al menos en apariencia, aligeran la carga de disfunciones ambientales que, como señalamos, comporta la ciudad: uso de la bicicleta, agricultura urbana, reutilización de los residuos, empleo de tecnologías limpias (sirvan como ejemplo los sistemas circulares de baja entropía), consumo de gasolina “verde” o de otros combustibles de bajo o nulo impacto ambiental, reducción limitada al tráfico de vehículos y, entre otras, formas de transporte masivo no contaminantes; pero sería un error el confundir, sin más, estas estrategias (sin demérito, por supuesto, de la importancia de que las mismas se lleven a cabo), con una verdadera apuesta ambiental orientada a obtener un auténtico desarrollo sustentable, ya que éste excede, en todo, los alcances de una simple aglomeración de iniciativas más o menos dispersa que apenas responde a una u otra situación coyuntural. Por el contrario, si lo que se quiere es enfrentar en manera decidida las crecientes demandas urbanas por comida saludable, agua potable, aire respirable, soluciones efectivas en materia de desechos sólidos y líquidos, así como las de empleo, vivienda digna, acceso masivo a la educación, la salud, la recreación, la cultura y el deporte, no hay otro camino que el de una profunda transformación tanto del aparato político como de la manera misma en que, desde él, lo político mismo se ejerce en cuanto tal.

Dado que “lo ambiental” trasciende, en todo, la simple, aunque indispensable preocupación por la optimización y conservación de los recursos naturales, la solución a sus problemas no puede venir más que del diseño e implementación de una decidida política que, con un carácter participativo, a la vez que proactivo y procesual, asuma el reto de superar las acciones paleativas para abordar, de manera integral, los complejos problemas que en esta materia aquejan tanto al entorno físico (que de hecho es una construcción social) como a la propia estructura social en su conjunto.

En esta medida, las transformaciones fundamentales que nuestra relación con el medio ambiente requiere, sólo pueden venir del campo de lo político; es allí donde, a nivel local, la gestión urbana requiere superar la mirada sectorial de los problemas y, a la vez, la simplemente coyuntural; ya que, en la mayoría de los casos, ésta última se restringe a los limitados alcances de los programas de gobierno de turno inmersos dentro de un paquete de prevendas y “deudas” políticas (adquiridas tanto a nivel nacional como internacional) que en todo responden a los vicios consuetudinarios del aparato político tradicional.

Por si fuera poco, los más pobres, en medio de sus carencias y de la conquista diaria que supone la lucha por la supervivencia no ven como propios los problemas inherentes a la contaminación, a la falta de espacios verdes, a la congestión en el tráfico o a la precariedad de los servicios públicos y sociales, ya que se han resignado a asumir que estas preocupaciones son para “aquellos otros” que “tienen derecho a gozar de la ciudad” puesto que cuentan con el poder político (y el tiempo) para hacerlo (**Lámina 50**). ¿Cómo no ha de ser el tema ambiental una prioridad política?; ¿cómo no ha de imbuirse, desde aquí, cualquier proyecto ambiental, de un fuerte contenido participativo incorporativo que haga del disfrute a la ciudad un derecho colectivo? En esta medida, “promover una participación popular más fuerte puede contribuir a un equilibrio más apropiado entre la gente que sufre las necesidades, la que piensa y la que decide; pero eso demanda una mayor información a los ciudadanos para que puedan decidir la alternativa que más les convenga y evaluar desde ahí a sus gobernantes” (Coyula, M. Op. Cit. pp. 101). A lo que añadiríamos, una mayor *formación* que implicase la puesta en marcha del *proyecto pedagógico* antes mencionado encaminado a promover la conciencia política y, desde ahí, la participación.

De otra parte, a nivel de la relación con los países “centrales”, y siempre sobre la base del fortalecimiento de las circunstancias sociales y políticas a nivel local, la preservación y capitalización de la “actitud periférica” de la que venimos hablando supondría el imponer el criterio de que latinoamérica no es un “inmenso parque natural” y que, por tanto, la preocupación medio ambiental del planeta, en lo que toca al subcontinente, pasa, necesariamente, por el mejoramiento en las condiciones de vida de los habitantes de la Región y no simplemente por el cuidado que, sin más, hace de sus habitantes “guardabosques” de buena parte del “patrimonio natural de la humanidad”, o mejor, de los recursos naturales que, desde siempre, administran los países centrales a su propio arbitrio.

Lámina 50
HOLGAZANEANDO...?



Fuente: Revista Ecológica N° 20 (1995)

Es aquí donde hay que afincar la resistencia y potenciar nuevas forma de lucha, puesto que la doble moral imperante al interior del sistema económico vigente exige, por otra parte, que latinoamérica cubra su deuda externa a “cualquier precio”, situación cómplice del tradicional expolio de los ecosistemas que, por demás, es promovido, administrado y rentabilizado directamente por las multinacionales. En esta media, ¿por que no cobrarle al mundo (a buena cuenta de la deuda externa) por el agua y el aire que, en gran medida, recibe éste de la Región o, en este mismo sentido, por la administración y cuidado de unos recursos que, a todas luces, benefician a todos; sobre todo a aquellos que ya no disponen de los mismos o que su existencia es exigua en relación a sus demandas?; de otra parte, ¿quién ha de pagar por los daños ecológicos y sociales que ocasiona la irracional explotación extranjera de los recursos de la Región?; ¿es suficiente con pagar por los daños?; ¿la idea de que “el que contamina paga”, no supone la peligrosa venta de un “derecho a contaminar” que puede tentar a los países más pobres, menos escrupulosos o, simplemente, más endeudados?; ¿qué mayor forma de resistencia a la lógica del

Mercado imperante que promover el uso de energías renovables, abundantes por demás en la Región, en franco rechazo a las tecnologías derivadas de la explotación de recursos no renovables como el petróleo, el gas o el carbón?

A este respecto ayudaría el que la caracterización de los ámbitos ecológicos y, con ellos, de la disponibilidad de sus recursos, contemplase una regionalización propia y diferente a la de los mercados locales, buscando, en lo posible que, a través de ésta, aquellos se traslapen con el fin de “protegerse” mutuamente; lo que supone la conformación de pactos transregionales permeables, es decir, flexibles espacialmente, que no conduzcan, necesariamente, a la conformación de la sólida e inamovible figura de los “bloques económicos” (de los cuales ya hemos hablado), por cuanto los mismos, dadas las circunstancias de inestabilidad económica y política de la Región, no hacen más que ampliar su vulnerabilidad y, con toda seguridad, su dependencia. Es aquí donde procede reconocer las potencialidades de los nichos ecológicos y la posibilidad real de intervenirlos a partir del uso de tecnologías apropiadas en las cuales se empleen nuevas fuentes renovables de energía con las que, incluso, la Región pueda competir en los mercados globales.

Lo anterior supone para la economía local y para su relación con el entorno, el suplantarse la idea de que “el que contamina paga” por aquella de que “es rentable invertir en la conservación del medio ambiente”, promoviendo de este modo una forma de explotación del territorio que, sobre la base de la preservación y la conservación, concebidas desde la propia capacidad regenerativa del suelo, esté en capacidad de poner a interactuar el concepto de rentabilidad económica con el de rentabilidad social y ambiental. En esta medida, el concepto jerárquico y organizacional de *sistema*, con todo y su analogía biótica, resulta complementario al de *red* que, sin más, promueve y potencia la globalización; desde aquí, *el esquema excluyente, mecanicista y causal que promueve el orden lineal de la red para actuar “sobre” el territorio, es enriquecido con la dinámica incluyente, biótica, participativa y aleatoria del sistema que, por tanto, actúa “desde” él.* Desde esta perspectiva, la ciudad se concebiría como *un permeable ecosistema atravesado por toda una serie de cadenas tróficas que, en sus flujos y reflujos, no sólo transportan información de previos nichos existentes (los cuales de una u otra forma la afectan), sino que están en capacidad de crear nuevas cadenas y, con ellas, nuevos sistemas bio-sistémicos.*

Es así que la “función nodal” de la ciudad que supone para la organización del territorio un papel hasta cierto punto “pasivo” de ésta dentro del esquema *red* (ya que su rol, y con él su “valor” es impuesto desde fuera), es complementada con el carácter “dinámico” que implica, desde el *sistema*, una “otra” forma de organización del espacio que, por responder a la aleatoriedad en la combinación de las variables que en él se ponen en juego y a sus particulares modos de sinergia⁹⁸, ya sea arborícola (programática del tipo 2,4,8,16, etcétera) o rizomática (espontánea del tipo $n+1$ o $n-1$) denominaremos: *organización espacial no domesticada*.

De cualquier forma, de lo que se trata es de buscar un equilibrio entre sociedad y ambiente natural y construido a partir de la puesta en valor de los propios principios del equilibrio ecológico: *la interdependencia*, *la alternancia funcional* para los distintos componentes de uno u otro sistema biológico y, entre otros, *la identificación de la capacidad real de carga del bio-sistema urbano* determinada en relación con su potencial regenerativo (Coyula, M. Op. Cit.). Lo que no se puede desconocer es que el tan anhelado “equilibrio ecológico”, entendido desde el modo de ser “periférico” al que venimos haciendo alusión, no se puede alcanzar, solamente, desde soluciones de tipo técnico, gubernativo o participativo (todas ellas necesarias), sino desde *un decidido cambio en el modelo económico vigente y en sus modos de operar* en lo que compete a su impacto en el entorno social y ambiental que haga de la *participación ciudadana* y del *desarrollo sustentable*, algo más que dos conceptos abstractos y usados hasta el cansancio por los discursos retóricos en boga puesto que, al menos éste último, “no es conciliable con un crecimiento económico supuestamente ilimitado, predatorio y excluyente; pero tampoco con una involución primitivista para resistir enquistados en tiempos adversos” (Coyula, M. Op. Cit. pp. 103); en la misma medida, “esa conciliación es todavía menos compatible con un intento fariseo de trasladar por entero a la población la responsabilidad de un bienestar que ni el Estado en unos casos, ni los mecanismos de mercado en otros, han podido asegurar a los gobernados” (Ibídem).

Lo deseable en cualquier caso es superar las tres falacias desarrollistas que, sin más supone la globalización y que, de hecho, resultan un obstáculo para el equilibrio político,

⁹⁸ Consideramos que la sinergia, factible de ocurrir al interior de todo sistema, puede darse, o bien, siguiendo un esquema lineal progresivo que aquí denominamos “arborícola”, por resultar dependiente de una inmediata y clara situación que de manera inmediata le precede; o “rizomático”, por llevarse a cabo a través de un esquema de impulso aleatorios que no necesariamente resultan conectados como una secuencia sino que, al menos en apariencia, surgen súbitamente y de manera inesperada en un entorno no programado.

económico, social y ambiental de la región: a) la idea de que si quiere encontrar los recursos necesarios para enfrentar los problemas de la urbanización acelerada hay que solucionar primero el desarrollo económico y controlar el crecimiento de la población; b) la de que para frenar el crecimiento de la población urbana, sólo hay que encontrar las tecnologías adecuadas; y c) la de que los problemas sociales, en contextos en vías de desarrollo, sólo se pueden atender liberando las fuerzas del mercado (Harvey, 1996).

La “resistencia” de la que hablamos no es, por tanto, una actitud *chauvinista* empecinada en aferrarse a lo que supuestamente caracteriza a “lo latinoamericano” en cuanto tal (cerrándose de manera ciega a la “amenazadora presencia de un proyecto global”) sino, por el contrario, una forma proactiva de lucha que, de manera particular, encuentra en el proyecto global una oportunidad de autoafirmación y, por tanto, de *existir in-sistiendo*.

CAPÍTULO V. EL CONCEPTO DE TOPOFILIA Y SU PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO.

9. DEL LUGAR OCUPADO AL LUGAR HABITADO (APROPIADO).

9.1. El *Topos-Philico*.

Como señalamos en el Marco de Referencia esbozado en la presentación y contexto de este trabajo desarrollada al interior de su marco científico, el concepto de *Topofilia*, hasta donde tenemos conocimiento, se debe al filósofo francés Gaston Bachelard, quien lo acuñara en su famoso trabajo: *La poétique de l'espace*, editado en 1957 por *Presses Universitaires* de France y traducido, de su octava edición, al Castellano, por el Fondo de Cultura Económica de México en 1965; concepto que, en palabras del filósofo, alude fundamentalmente a la

determinación del valor humano de los espacios de posesión, de los espacios defendidos contra fuerzas adversas, de los espacios amados (donde...) a su valor de protección, que puede ser positivo, se adhieren también valores imaginados, y dichos valores son, muy pronto, valores dominantes. El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido, y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación (Bachelard, 1975. pp. 28)

Como se ve, para Bachelard, la Topofilia es una categoría poética del espíritu humano desde la cual la percepción del espacio se mediatiza, no sólo por la experiencia sensible que pueda tenerse de él (su “positividad”), sino por la fuerte carga imaginativa a través de la cual se podría afirmar que éste “entra en valor”; o lo que es lo mismo, en “*apropiada significación*”; condición que le permite diferenciarse del espacio medible de la física o de la geometría para ostentar la categoría de “espacio vivido”, o *espacio vivenciado*.

Sobre esta primera definición, el geógrafo Yi Fu-Tuan (1974a), elabora su propia definición del concepto, remitiéndolo a una especie de sentimiento de “apego” (relación

emotivo-afectiva, la denomina Tuan) que liga a los seres humanos a aquellos lugares con los cuales, por una u otra razón, se sienten identificados. En tal medida, dicho sentimiento exaltaría algo así como la “dimensión simbólica” del habitar humano y, por lo mismo, expresaría lo que el geógrafo chino-norteamericano denomina: un poderoso “instinto” de pertenencia al mundo o, lo que sería lo mismo, de apropiación de él.

A este respecto habría que señalar que la idea de lugar que supone la *Topofilia*, no alude para el geógrafo, de manera exclusiva, a una determinada connotación espacial que, sin más, y como “formula” a aplicar en cualquier contexto, indujese mecánicamente el sentimiento de topofilia (recalcamos que, para Tuan, la topofilia es un sentimiento) a partir de la ingenua construcción de un hipotético “lugar topofílico”; en este mismo sentido no se puede circunscribir a uno u otro lugar o a uno u otro tipo particular de lugares (razón por la cual no puede entenderse ni describirse o adjetivarse espacialmente). Por el contrario, si la *Topofilia* es un “sentimiento”, como sostiene Tuan, la naturaleza y comprensión de éste no hay que buscarla, sin más, en el espacio, sino en los modos en que un individuo o grupo de individuos se relacionan consigo mismos y con el mundo en general a través de él, es decir, *a través de los específicos modos en que habitan!*

No obstante, ¿qué diferencia el espacio de la física, el de la matemática, el de la música, el del arte, el de la economía o, en fin, el que de una u otra forma comporta cualquier disciplina o mirada de mundo, del espacio habitado en cuanto tal? Sin duda el hecho de que mientras que las distintas disciplinas requieren y, de hecho fundan un espacio a través del cual se objetivan y adquieren así cuerpo como tal, el espacio habitado es, él mismo, su propio objeto autofundándose y, por lo mismo, autoperteneciéndose; en esta medida, no proporciona un ámbito para un determinado discurso (lo que le daría la connotación de simple “escenario”), sino que él mismo se inaugura de tal forma, es decir, como *discurso*: el discurso de la vida (en tanto formas de habitar) que en él transcurren.

En este sentido, “el decir” del espacio del habitar da cuenta del propio “decir del hombre” que de una u otra manera lo ha fundado en el acto mismo de “autofundarse” como humano: “somos habitando”, ya que ésta, y no otra, es nuestra específica condición de ser en el mundo y, por lo mismo, de mostrarnos como seres espaciales y, sobre todo, “espaciantes”. Esto último porque es, precisamente, en el acto de habitación, que entramos a establecer una específica relación con el espacio distinta a la de los demás entes que no tienen nuestra misma forma de ser; nos referimos, por supuesto, a la *significación*; el

espacio (el espacio humano) es, y no otra cosa, un proporcionador de sentido donde a la vez que orientamos nuestro andar estableciendo direcciones (orientaciones) definimos nuestra propia forma de ser a través de éstas. De hecho, la noción de lugar que, a partir de aquí, estamos definiendo (base de nuestra propia concepción de *topofilia*), no es otra que la establecida por el intervalo entre un “hacia” y un “desde”, inherente a la idea de *espacio odológico* (de camino) implícita en lo que Heidegger (1986) llamaría: “nuestra manera de ser más propia”, en tanto “seres de camino”.

En este sentido, la idea de lugar que nos interesa es la que, como *momento*, surge en ese intervalo de tiempo entre los aludidos “hacia” y “desde” donde, como humanos, nos afirmamos “orientando” y dando sentido a nuestro camino. Desde esta perspectiva, se infiere una particular idea de lugar determinada por el “encuentro” que supone la entrada en propiedad de ese, nuestro ser más propio, bajo la figura de lo que Heidegger denomina nuestro *ser-en-el-mundo*; base de la concepción *identitaria* que marca nuestra específica *diferencia* y que, de tal suerte, nos fundamenta como seres espaciales: que “seamos” *en-el-mundo* significa, entonces, que a través de nuestra existencia “abrimos” el espacio mostrándonos, de tal suerte, de una u otra forma. En razón de lo anterior, del mismo modo en que a través del íglú, su disposición interior y su emplazamiento en el espacio, se accesa a la “forma de ser” esquimal; en esa misma medida, la distribución de los cuerpos en el espacio y la manera como con ellos nos relacionamos *de-escribe* (la disposición del espacio habitado supone su implícita construcción como lenguaje) nuestro propio mundo interior que así será, musulmán, anglosajón, mediterráneo o, latinoamericano

Desde esta perspectiva, que acerca discursos tan aparentemente disímiles como el de la Ontología y el de la Geografía Humana, se exalta el hecho de que, ante todo, el espacio humano supone una significación (base de la idea de lugar que estamos construyendo) pero ésta alude, siempre, a una orientación (en razón del carácter *odológico* del espacio humano); he ahí la clave para entender, desde aquí, esa tautología que ya acusa la noción de “lugar humano”, donde a la vez que nos encontramos con nosotros mismos, nos encontramos y, de hecho autoafirmamos, en relación con los demás; de ahí que el *topos* del que hablamos suponga esta particular noción de *philiación* que, en tanto nos determina como seres culturales, da pie al propio sentido del lugar en el que habitamos como un “lugar cultural”; clave para entender nuestra particular idea de *topofilia* y su connatural sentido de pertenencia; en este sentido, no es que estemos “adscritos a un lugar” sino a una determinada idea de mundo a través de él.

En razón de lo expuesto, no podemos menos que disentir de la definición que Tuan le da a la topofilia, puesto que consideramos que la relación que los seres humanos establecemos con el mundo, a través de los lugares en que vivimos, no es, en primera instancia, de tipo psicológico y, por tanto, proveniente de una simple adjetivación emocional (de un sentimiento), sino óptica y, sobre todo, *ontológica* (marco desde el cual se constituye y hace posible el “sentido de pertenencia”), toda vez que, como señalamos, la misma expresa lo que Heidegger llamaría, “nuestro ser más propio” en tanto manera específica que determina y define nuestro particular “*ser-en-el-mundo*”.

Con lo anterior afirmamos que la forma de ser del hombre es, y no otra, *espacial*; lo que significa que éste se define a sí mismo como un *ser espaciante*: el que “espacia”, el que habitando “abre” el espacio. En esta medida, “habitar” implicará, fundamentalmente, “pertenecer”, estar afiliado y, por lo mismo, en *philiación* (he ahí la dimensión *philica*, de esa particular forma de *Topos* al que estamos haciendo alusión). La pregunta en este punto no puede ser otra que, ¿con qué, cuando hablamos del espacio, entramos los seres humanos en “filiación” y, en consecuencia, de qué idea de *topos* estamos hablando?; más aún, ¿qué relación guarda el espacio con el lugar y uno y otro con la idea de *topos* que estamos construyendo? Preguntas que, dada la naturaleza del discurso que estamos elaborando, no se pueden responder por separado, razón por la cual resulta prioritario, no sólo esclarecer el concepto de *topos* en cuanto tal, sino entrar a examinar la manera en que dicho concepto, tal y como la entendemos, se encuentra en íntima relación con el de *philos*.

Comencemos por señalar, cómo desde la antigüedad clásica, el término *Topos*, frecuentemente entendido como “lugar”, ha sido uno de los más esquivos a cualquier clase de definición y, en tal medida, ha resultado por parecer un tanto vago y, hasta ambiguo; de hecho fue Aristóteles quien por primera vez, de manera rigurosa y taxativa, se ocupó de reflexionar en torno al tema. A este respecto, en el *Libro Cuarto* de la *Física* realiza una amplia disertación en torno al concepto que el propio filósofo resume en estas ocho consideraciones:

- *Topos* no es simplemente un “algo”, sino un “algo” que ejerce cierta influencia, es decir, que afecta al cuerpo que se encuentra en él.
- El concepto de *Topos* no es indeterminado pues, si lo fuera, sería indiferente para un cuerpo determinado, estar o no, en un lugar determinado.

- Aunque *Topos* se encuentre determinado, no está determinado para cada objeto, sino para “clases de objetos”.
- *Topos* es una propiedad de los cuerpos que no es forma, ni materia, ni causa eficiente, ni finalidad. No es tampoco substrato, pues sería equivalente al “receptáculo” platónico o algo semejante a él.
- A pesar de que *Topos* sea una propiedad de los cuerpos, ello no significa que el cuerpo arrastre consigo “su” *Topos*. Así, *Topos* no es algo analogable al cuerpo, ni algo enteramente ajeno a él.
- *Topos* se define como un modo de “estar en”.
- *Topos* es comparable a una vasija, siendo así esta un *Topos* transportable.
- *Topos* puede definirse, entonces, como el primer límite inmóvil del continente, como el límite del cuerpo continente (Yory, 1998. pp 274-275).

En cualquier caso, lo que puede deducirse de las tesis del Estagirita, es que la noción de *Topos* alude siempre a una “forma de relación” y, por lo mismo, como se afirma en la consideración número seis: se define como un “modo de estar en”; lo que emparenta al concepto directamente con la noción griega de *ethos*, de donde se deriva tanto la palabra ética como la etología, en tanto disciplinas encargadas de analizar los modos de estar o de comportarse; en el primer caso, haciendo alusión a los seres humanos y, en el segundo, a los animales. Desde esta perspectiva, la ética alude a una valoración de tipo moral respecto del “impacto” social y espacial (ambiental diríamos hoy en día) del comportamiento humano y, por tanto, a un determinado modo de ser que, como todos, es siempre espacial, en tanto supone una particular forma de relación con el entorno (lo circundante). En esta medida, la noción de comportamiento es portadora ya, en sí misma, de una cierta “espacialidad”; de hecho, el concepto de *ethos* puede entenderse de una doble manera, en todo complementaria y sugerente para los efectos del discurso que estamos construyendo, y es esta la que por un lado remite su significado al de *costumbre, hábito y comportamiento* y, por otro, al de *morada, resguardo o guarida*.

Por lo anterior, la ética supone una cierta “forma espacial de comportarse” (de hecho, no podemos concebir un comportamiento que no sea espacial) y, por tanto, una *actitud política* (en el sentido de entender el ámbito de la *polis* como el escenario primero y fundamental en el que dicho comportamiento se socializa o, lo que es lo mismo, se “espacializa” socialmente). De otra parte, esa “forma de estar” a la que estamos haciendo referencia, no alude a una manera cualquiera de hacerlo elegida al azar de entre un amplio

marco de posibilidades, ya que para el griego ese modo de estar constituye la máxima expresión de la *areté* (virtud) y, por tanto, expresa el modo de estar que de hecho nos es dado en tanto humanos; modo que así resulta ser el correlato primero y fundamental del sentido mismo del habitar. De esta forma vivir, existir y habitar serán expresiones análogas al modo *ético* en que, como mortales, poblamos la tierra.

Heidegger lo expresa claramente cuando afirma, a través de lo que bien pudiéramos denominar un *principio ambiental*, que “no construimos para morar sino que construimos porque de hecho moramos” ya que éste es nuestro modo de estar en la tierra en la que así nos *de-moramos*. De esta suerte, *morada* y *habitación* resultan conceptos interdependientes y, por lo mismo, inseparables de *comportamiento*, *hábito* y *costumbre*; lo que equivale a afirmar que habitar será el modo en que nos *acostumbramos*, o mejor, como anotábamos en el trabajo mencionado: “nos acomodamos en apaciguado amañamiento” (Yory, 1998, pp. 138).

A este respecto, y como señalamos en dicho trabajo, en el habitar humano preya una dimensión óntico-ontológica que es, precisamente, la que fundamenta y da sentido al concepto de *Topofilia* en cuanto tal. Con todo, la relación que establecemos, desde aquí, entre *Topos* y lugar; y, más aún, entre estos dos conceptos y el de espacio no queda aún suficientemente resuelta; razón por la que debemos volver a las ocho consideraciones que al respecto realiza Aristóteles para tratar de analizar, de manera exegética, cada una de ellas; tarea que nos exige guardar extremo cuidado, con el fin de no poner en boca del filósofo afirmaciones que nunca hizo; por lo mismo, la clase de reflexión que desde aquí haremos tendrá que entenderse desde un punto de vista puramente interpretativo y siempre a la luz del concepto marcadamente heideggeriano de *Topofilia* que estamos construyendo.

En primer lugar, cuando Aristóteles señala que *Topos no es simplemente un “algo”, sino un “algo” que ejerce cierta influencia, es decir, que afecta al cuerpo que se encuentra en él*, está afirmando su carácter de “contenedor” y, por tanto, recalando una cierta noción de espacialidad que le es inherente; una espacialidad que, por cierto, no es “pasiva” sino que, de hecho, implica una determinada forma de interrelación que “afecta” directamente al cuerpo así contenido.

En segundo lugar, cuando señala el filósofo que el *Topos no es indeterminado pues, si lo fuera, sería indiferente para un cuerpo determinado estar o no en un lugar*

determinado, se está afirmando que el concepto no sólo es determinado y, por tanto “concreto”, lo que supone de hecho, y en la misma línea del punto anterior, una noción de espacialidad en la cual, la clase de interrelación de la que habláramos en dicho punto, hace que exista una cierta “apropiación” y, por tanto, “pertenecia” o correspondencia, entre el *Topos* como tal, así diferenciado del cuerpo, y el cuerpo mismo, eventualmente en él “contenido”, dado que a éste su “ámbito circundante” no le resulta, en modo alguno, “indiferente”.

En tercer lugar, la afirmación que señala que *aunque Topos se encuentre determinado, no está determinado para cada objeto, sino para “clases de objetos”*, supone una cierta familiaridad de principio entre *Topos* y el tipo de cuerpos con los que éste entra en relación (hemos deducido de la primera afirmación de Aristóteles que el “contacto” entre cuerpo y *Topos* es de carácter relacional y, por tanto, interactivo), derivándose de aquí que habrá un también cierto tipo, o clase de *Topos* emparentado de tal suerte con uno u otro tipo de cuerpos.

En cuarto lugar, el hecho de que se afirme que *Topos es una propiedad de los cuerpos que no es forma, ni materia, ni causa eficiente, ni finalidad. No es tampoco substrato, pues sería equivalente al “receptáculo” platónico o algo semejante a él*, hace suponer que la clase de “contenedor” que éste sería, de acuerdo con los dos primeros principios antes analizados, no es simplemente “espacial” en el sentido de una eventual capacidad de albergar “algo” en su interior sino que, por el contrario, resulta ser, en tanto “propiedad de los cuerpos”, parte constitutiva de éstos y, de tal forma, es decir, como “propiedad”, aquello que les resulta propio y, por tanto, “apropiado” para hacer evidente la *patencia* que, en cada caso, los propios cuerpos acusan, caracterizándose así de tal o cual manera. De esta manera no siendo “forma” entraría a ser aquello que caracteriza la forma en cuanto tal, dotándola de unas ciertas propiedades, ellas sí, *espaciales*.

En quinto lugar, cuando se afirma que, *a pesar de que Topos sea una propiedad de los cuerpos, ello no significa que el cuerpo arrastre consigo “su” Topos*, y que, por tanto, *no es algo analogable al cuerpo, ni algo enteramente ajeno a él*, se está señalando la particularidad de esa clase de “propiedad” que *Topos* constituye para los cuerpos anotada en el numeral anterior y que de hecho nos remite, nuevamente, al carácter “relacional” del mismo; sólo que ahora ya no se trata, simplemente, de entender la relación del cuerpo con “su” *Topos*, ya que éste “no es analogable a él”, sino la propia relación del cuerpo con el

mundo a través de éste. En esta medida, si bien *Topos* no es analogable al cuerpo y, por tanto, mantiene una cierta separabilidad, o mejor, diferencia respecto de aquél, no es algo que, de otra parte, le sea del todo “ajeno”, toda vez que, como se anotó en la tercera consideración, resulta una cualidad propia de cada “clase” de objetos.⁹⁹

En sexto lugar, si *Topos* se define como *un modo de “estar en”*, inferimos que esa cualidad de la que habláramos en el numeral anterior, que remite la noción de *Topos* a “clases particulares de objetos”, alude, desde nuestro punto de vista, a un cierto tipo de espacialidad que comporta, no sólo el hecho de “estar en” sino, como señala el Estagirita, a un específico “modo” de hacerlo; el que por dar cuenta de la especificidad de la relación entre cuerpo y *Topos*, que de una u otra forma así se muestra, constituye, para nosotros, una determinada forma de *ser-espacial* y, por tanto, una caracterización ontológica.

En séptimo lugar, cuando Aristóteles señala que *Topos es comparable a una vasija, siendo así esta un Topos transportable*, está recalcando, nuevamente, tanto la inseparabilidad entre cuerpo y *Topos*, como la dimensión “envolvente” de éste último; más aún, la especificidad del ejemplo alude al propio papel de *Topos* en la definición de la corporalidad misma: la vasija no es el líquido que contiene, pero la “corporalidad” de éste depende de la vasija que así, más que un simple y arbitrario contenedor, resulta ser depositaria de la forma que en este caso el líquido cobra; razón por la que resulta depositaria, también, de su espacialidad, la que, en tal medida, no puede ser menos que “tópica”.

En octavo lugar, si de acuerdo a lo anterior *Topos puede definirse, entonces, como el primer límite inmóvil del continente, como el límite del cuerpo continente*, puede afirmarse, ligando esta afirmación a la expuesta en el numeral anterior, que si por un lado *Topos* se define como el límite inmóvil del cuerpo continente, de otro modo ese límite acusa una manera de formar la propia corporalidad de aquél y, por tanto, como señalamos en la consideración número seis, su manera de ser en cuanto tal.

De acuerdo con las anteriores consideraciones, que más que comportar una definición cerrada apuntan, en Aristóteles, a un señalamiento de las cualidades que, en su

⁹⁹ No entendemos en que momento Aristóteles cambia la noción de “cuerpo” por la de “objeto”, más bien creemos que de lo que se trata con dicho cambio es de un problema de traducción.

opinión, constituirían la idea de *Topos*, éste puede entenderse como un “algo protoespacial” que, ejerciendo “cierta influencia” sobre los cuerpos, no resulta en modo alguno indeterminado ya que, de hecho, estaría determinado, si no de manera puntual para cada cuerpo (usaremos la denominación de cuerpo y no la de objeto por las connotaciones amplias y sugerentes que el primero guarda respecto del carácter restrictivo del segundo), sí lo estaría para cada “clase de cuerpos” que, en tal medida, compartirían, no sólo con él sino a través de él, una afinidad de principio. De lo anterior infiere Aristóteles que el concepto aludiría a una propiedad de los cuerpos que, sin embargo, no es ni analogable (*Topos* no es el cuerpo) ni enteramente ajena a ellos, resultando, más bien, un cierto modo de “estar en” comparable al que sugiere una vasija para su contenido; el que así gozaría, en palabras del filósofo, de algo así como de un “*Topos transportable*” y, por tanto, de un “primer límite inmóvil”. En esta medida, si bien la noción de *Topos* no es analogable al cuerpo, de hecho sí define una especie de “límite” para éste; límite que de tal suerte permite “leer” tanto la forma de la vasija como la clase de relación establecida entre ésta y un contenido que, de este modo, resulta *con-formado*.

Es precisamente este particular “modo de ser”, que prácticamente análoga el “modo de estar en” del numeral seis de Aristóteles con el séptimo y el octavo que aluden a “un modo de ser tal” (en ambos casos se refieren dichas afirmaciones a una específica manera de “construcción de la forma”), el que dota tanto al *Topos* de una dimensión corporal, como al propio cuerpo de una dimensión tópica; origen primero de esa clase de *philia-ción* que para nosotros constituye, desde aquí, la noción misma de *Topofilia*; la cual sería inherente a la propia idea de *Topos* que, a partir de Aristóteles podemos remitir, para el caso que nos interesa, a esa clase de cuerpo que, en el ámbito humano, constituye el *cuerpo social* en cuanto tal.

Desde esta perspectiva, el *Topos-lugar*, si convenimos en relacionar uno y otro concepto, no es, ni mucho menos, un simple espacio a ocupar, sino una manera concreta de entrar en relación con el mundo a partir de la movilidad en la cual el propio *Topos humano* viene *en-fundado*; es decir, “abierto” gracias a la espacialidad que supone la puesta en obra de la existencia (hemos hablado del espacio humano como de un *espacio odológico*); lo que significa que si bien, *Topos* y espacio no son lo mismo, la forma de operar que tiene el primero, a través del mundo humano que “abre” el segundo, si es, definitivamente, espacial..!

De esta suerte, *Topos* (en su relación con la vida humana) no puede traducirse, sin más, por *lugar* (en ese sentido tradicional que lo restringe al ámbito del “puesto” que las cosas ocupan “en” el espacio), ya que ni éste es “cualquier clase de lugar”, ni los seres humanos ocupamos cosicamente puestos “en” el espacio, sino que, de hecho, “somos” a través de él. En el mismo sentido, tampoco puede traducirse, por *espacio*, puesto que si bien el concepto supone una cierta espacialidad ésta no puede entenderse en modo alguno como una preexistencia (un *apriori*) o, peor aún, como una especie de escenografía que, de una u otra forma, el *Topos* proporciona para que así se desarrolle “en” él el drama humano. Por el contrario, consideramos que el espacio se “funda” (hablamos siempre de un espacio humano) sobre la base de la “apertura” del *Topos*; es decir, surge como una *ocurrencia* (*se espacia*): la propia “ocurrencia” del *Topos* en el acto de formar; en este sentido, si por un lado “da forma a la vasija”, por otro, *él mismo no constituye su forma en cuanto tal*.

Es aquí donde reconocemos ese particular “modo de ser” al que Aristóteles hace referencia; “modo” que, entendido como “ocurrencia”, o mejor, como *con-currencia* (la de la forma así abierta bajo la figura de una u otra espacialidad) impide establecer una supuesta sinonimia entre *Topos*, *lugar* y *espacio*; pero, por otro lado, impide, también, entender tales conceptos de manera separada dado que resultan no sólo emparentados sino cosubstanciales.

A este respecto, la historia de la filosofía ha interpretado, de manera diversa, esta compleja relación, apoyando, pero también rechazando, la supuesta sinonimia entre sus componentes; de esta forma, quienes defienden el uso indiferenciado de éstos, aludiendo su idéntico significado, lo hacen arguyendo que Aristóteles no usa “casi nunca” otro término que *Topos* para aludir al lugar que ocupan las cosas en el espacio; razón por la cual dicho lugar sería “espacial”; en este mismo sentido puede decirse que las cosas “están” en el espacio o en un lugar, siendo así poco importante el uso del término designado para nombrar aquello en lo cual éstas se encuentran (Yory, 1998). Afirmaciones que, por su imprecisión, nos llevan a examinar la argumentación contraria; es decir aquella que nos lleva a tratar de manera diferenciada tales conceptos.

A este respecto, Ferrater Mora (1992), en su diccionario de Filosofía, resume los principales argumentos en contra de una supuesta sinonimia entre *Topos*, *lugar* y *espacio* y afirma que “lo dicho por Aristóteles sobre el lugar no puede aplicarse fácilmente al espacio (ya que.....) el filósofo discute una realidad semejante a la tradicionalmente

designada como “espacio”, no en la teoría del lugar, sino en la *Doctrina de la Magnitud Espacial*; (del mismo modo...) que el tema de preocupación del filósofo no es propiamente el espacio sino la “posición” en él, y (finalmente...) que el propio Aristóteles señala que ninguno de los filósofos anteriores se había ocupado de su tema de interés” (Yory, 1998. pp. 274). Concluye Ferrater que es necesario dar una respuesta “positiva y negativa” respecto de la supuesta equivalencia entre dichos conceptos afirmando que, en cualquier caso, lo que le interesa al filósofo es la consideración del “espacio” desde el punto de vista del “lugar”; a lo que añadiríamos que lo que a nosotros específicamente nos interesa, es la consideración del *lugar*, desde el punto de vista de la *existencia humana*

No obstante, cuando examinamos las tesis del Estagirita, es evidente la aparente ambigüedad que, en su discurso, resalta Ferrater (sobre todo en lo que tiene que ver con la naturaleza ontológica del concepto de *Topos* en cuanto tal), dado que si por un lado afirma que “el concepto es separable de los cuerpos, ya que de no ser así se desplazaría con ellos”...; por otro lado sostiene, también, que “no es enteramente separable”, pues esto lo identificaría con el espacio. En este sentido, y antes de caer en el facilismo de acusar a Aristóteles de ambiguo, contradictorio e impreciso, nos sentimos tentados, más bien, a reconocer en esta aparente confusión de sentido en el uso de los términos, *una cierta noción de espacialidad que no es exclusivamente “tópica” y, del mismo modo, una de Topos que no es estrictamente “espacial”*; en cualquier caso, una y otra entrarían a caracterizar la propia dimensión “tópica” del espacio humano, en su carácter relacional.

Es precisamente este “carácter relacional”, propio del espacio humano, el que determina la entrada en “propiedad” de nuestro ser más propio; un ser que, sólo así; es decir, en calidad de *apropiación*, se muestra en su correlato eminentemente espacial. En tal medida, gracias al acto de apropiación que supone la autoafirmación de sí llevada a cabo en la espaciación, nos mostramos en lo que somos: seres espaciales y, sobre todo, *espaciantes*; y no por que “ocupemos” el espacio (condición propia de aquellos entes que no tienen nuestra misma forma de ser) sino porque realizamos nuestra existencia “habitando” a través de él; de hecho, *llamaremos ocupación a la manera en que tales entes (cuerpos, los llama Aristóteles) tienen de entrar en relación con el espacio a través de su específico Topos, y habitación a la que, en tal sentido, nos corresponde en tanto humanos; signando, de este modo, un tipo particular de Topos que en todo nos corresponde....*

Por lo anterior, la ubicación de los cuerpos “en” el espacio (problema que en este contexto, define Ferrater como la preocupación central en Aristóteles) queda remitida, desde la perspectiva del espacio humano, al *espaciamiento* que de ellos hace su *Topos* a través de una relación que, en tanto autoafirmativa y, por tanto, autoperteneciente, no puede ser menos que *Topophilica*.

A fin de cuentas, como señala el filósofo, los cuerpos poseen su “*Topos* natural”; el cual estaría remitido, como se afirma en su consideración número tres, a ciertas “clases específicas”; razón por la cual afirmamos que es precisamente el *Topos* de cada “clase específica de cuerpos”, el que permite a los mismos gozar de una u otra forma de espacialidad.

Por lo anterior, cuando hablamos de *Topos*, al menos desde la perspectiva del espacio humano; es decir, del espacio habitado, no estamos entendiendo este último como una “cosa en sí”, sino como una operación: la de la propia espacialidad abierta por el *Topos* en el acto de formar que supone cada modo de habitación; o lo que es lo mismo, de hacer patente “en el espacio”, de una u otra manera, el ser del hombre en su existencia. En esta medida, lo que nos interesa de la noción de *Topos* en Aristóteles no es si éste es o no analogable con el espacio, sino la manera en que gracias al *Topos* que, como humanos comportamos, el espacio en cuanto tal “se abre” en su espacialidad, señalando así tanto el “lugar” (en tanto modo de ser) que en ella ocupamos, como nuestros respectivos modos de hacerlo.

En razón de lo anterior, hablamos de un lugar que, no siendo analogable con el espacio, no resulta medible (medible o cuantificable) en modo alguno, aunque tampoco impreciso o “indeterminado”, como recalcará el filósofo en su consideración número dos; lugar que, en tal medida, sólo sería legible a través de los signos que de una u otra forma acusan, “en el espacio”, su particularidad. De este modo, el espacio (humano) no puede leerse sino como ese “espacio vivido” al que alude Bachelard (1975) en su *Poética* (razón de ser de su propia noción de *Topofilia*) y, por lo mismo, como un espacio histórico y social; es decir, *experiencial*. Espacio que, en tanto acusa un determinado “modo de ser” (he ahí la base de su connotación ontológica), da cuenta, también, de *una específica forma de hacer; o lo que es lo mismo, de dar forma al espacio en el propio acto de ser que, como humanos, nos corresponde en cuanto tales*.

Por lo anterior reiteramos que si bien *Topos* alude a una forma de “estar en” que, para nosotros, resulta ser un “estar como” y, por lo mismo, un “estar con”, tal forma de “estar” corresponde, de acuerdo con el filósofo griego, con un específico “modo de hacerlo” y, por tanto, con una forma determinada de ser; motivo por el cual ese “estar en”, que define la relación de los cuerpos con “su” *Topos*, alude a la propia “forma de ser” de cada uno de ellos. En esta medida, no es que el cuerpo “esté” en sentido estricto “en” el *Topos* sino que, más bien, se encuentra definido por él de tal o cual manera en su espacialidad.

Ahora bien, recordemos que el espacio que nos interesa, y con él, la noción de lugar que pretendemos construir no es, ni mucho menos, una generalización abstracta aplicable a cualquier tipo de espacio o de lugar, sino que, por el contrario, alude al espacio habitado en cuanto tal y, desde ahí, a una específica noción de lugar que se derive de éste; motivo por el cual consideramos pertinente establecer una clara diferencia entre el cuerpo-objeto Aristotélico y el cuerpo-individuo o colectividad (cuerpo social) que propiamente es el que entra en juego cuando hablamos del espacio del habitar.

Lo que se infiere de lo anterior es que, en lo que toca al espacio del habitar, este, en tanto *co-rrespondiente* con una específica clase de cuerpos (individuales o colectivos), expresa los específicos modos de ser de los mismos (lo que Heidegger llamaría: “los modos humanos de ser en el mundo”). Modos que, al ser sociales, le otorgan un matiz muy particular a la noción de relación que, desde Aristóteles, caracteriza al *Topos humano* en cuanto tal. Al fin y al cabo, la clase de relación que desde aquí se establece entre *cuerpo* y *Topos*, no es del tipo que normalmente se establece entre dos cosas de naturaleza distinta, sino, por el contrario, corresponde, más bien, con la particular forma de mostrarnos en tanto seres espaciales; o lo que es lo mismo, en tanto seres-en-el-mundo. Sólo en esta medida la relación que se lleva a cabo entre el cuerpo y el espacio a través de su específico *Topos*, hace posible el ejercicio de la propia dimensión histórica de nuestra existencia; aquella desde la cual entramos en contacto con “el otro” y, a partir de allí, con el mundo en general.

Lo que se infiere de aquí para la condición humana es, entonces, un particular tipo de *Topos* derivado de esa también particular clase de cuerpos que, en la vida individual y colectiva, constituimos, de cualquier forma, como un hecho social. Forma que, como hemos dicho, por corresponder con nuestra clase particular de “ser cuerpos”, o mejor, de

ejercer la corporalidad, no tiene nada que ver con la forma de ser y, por lo mismo, de entrar en relación con el espacio, de otros tipos de cuerpos con los cuales no compartimos una misma naturaleza.

Por lo anterior, el *Topos* del que hablamos, cuando nos referimos al espacio del habitar, entra a establecer una nueva clase de *philia-ción* con el mundo, derivada de nuestra particular manera de definirnos como seres espaciales; y por tanto de naturaleza *ontológicamente Topofílica*. En esta medida, el concepto de Topofilia que, desde aquí se deriva, dista, en todo, del aludido carácter emocional que Tuan (1974a) le otorga al término cuando lo reduce a una simple relación “emotivo afectiva” entre el hombre y el espacio; definición que, de acuerdo con lo anotado, resulta no sólo imprecisa sino incompleta, toda vez que la misma restringe la relación del hombre con el mundo a una connotación puramente emocional y, por tanto, sentimental de “pertenencia” a él, lo que supone una adjetivación y, por lo mismo, una moralización que, como todas, es no sólo taxativa sino selectiva, es decir, derivada de una elección que, por lo mismo, expresa una opinión respecto de un espacio calificado de una u otra forma de acuerdo a las emociones que supuestamente “despierte” en nosotros. De hecho, el propio Tuan deriva, en este sentido, y como señalamos en el Marco Científico de este trabajo, otra serie de definiciones que “califican” la relación del hombre con el mundo, pues de igual manera que habla de Topofilia, habla de Topofobia, Topolatría e, incluso, de Toponegligencia; conceptos que, en ningún caso, aluden a la dimensión histórica y social desde la cual las propias emociones y juicios de valor entran en juego.

A este respecto anotamos, no sólo la necesidad de contextualizar históricamente tales “emociones”; de hecho presentes en nuestra relación con el espacio (cosa en la que no podemos disentir de Tuan), sino de ir más allá, a la esencia de aquello que hace que, desde lo que somos, en tanto humanos, nos relacionemos de una u otra forma con él; o mejor, nos expresemos a través suyo. Circunstancia que exige superar todo psicologismo para adentrarnos en la propia naturaleza óntico-ontológica de nuestra relación con el mundo a través del espacio que habitamos; puesto que para nosotros, siguiendo a Heidegger, el espacio no puede considerarse como un *a priori*; es decir, como una pre-existencia a ocupar, sino como una *categoría fundadora de la existencia*, en razón de que, como anotara el filósofo alemán: “no construimos para morar sino que de hecho construimos porque moramos” (Heidegger, 1993).

Por lo anterior, el habitar no es un acto que realizamos entre otros cualquiera, sino que, por el contrario, resulta ser el más propio de nuestra condición humana. Acto que, en su naturaleza óntico-ontológica, no se deja adjetivar y, por tanto, reducir a un simple sentimiento de filiación o antifiliación a una serie de lugares concretos desde los cuales pondríamos en juego nuestra relación con el mundo en cuanto tal. En esta medida, *la clase de lugar que se derivaría del concepto de habitar que estamos construyendo, siguiendo a Heidegger, no es propiamente espacial sino espaciante y, por lo mismo, se emparenta con la propia noción de habitar o, lo que sería lo mismo, de ser-en-el-mundo*. De este modo, la clase de *philia-ción* de la que hablamos, a partir del concepto de *Topofilia* que se deriva desde aquí, no tiene nada que ver con la noción sentimental que propone Tuan al asumir que el espacio preexiste y nosotros “llegamos”, simplemente, a ocuparlo, relacionándonos emocionalmente con él; sino *con la propia construcción del espacio de tal forma “abierto” en el acto de habitar que en sí mismo supone una espaciación*. Apertura que para nosotros coincide con la propia apertura del mundo así *en-fundado* en el acto de habitación; lo que exige entender la construcción del espacio, que corresponde con la mostración de ese *ser-en-el-mundo* del que venimos hablando, como una *construcción topofilica de territorio*; toda vez que la clase de fundación a la que nos referimos, es siempre, en tanto *im-plantación*, una “marca en el suelo” o; lo que es lo mismo: una *territorialización*.

En razón de lo expuesto, entendemos por *Topofilia*: “*el acto de co-apropiación originaria entre el hombre y el mundo mediante el cual el mundo se hace mundo en la apertura que de él realiza el hombre en su naturaleza histórico-espaciante*”.

Lo anterior significa que el mundo “abierto” por la habitación es, él mismo, un “lugar de acción” y, de tal forma, de sentido y significación; o lo que es lo mismo, de realización del ser del hombre. Espacio que así da cuenta, a través de una u otra manera de habitar (de “ser en el espacio”), del propio carácter humano del mundo en cuanto tal y; por lo mismo, del valor *circo-estancial* de la habitación humana que, por darse en el mundo (y con él en su universo histórico-social), de tal forma hace de éste, no otra cosa que un *espacio político*: al parecer única razón de ser de la espacialidad humana. Ahora bien, ¿qué significa que ese lugar al que nos referimos, y desde el cual construimos la idea de *Topofilia*, sea un espacio político?; en el mismo sentido, ¿qué garantiza que tal espacio responda a la manera “apropiada” de ese *ser-en-el-mundo* del que venimos hablando y, de tal suerte, contribuya en su realización? Preguntas que nos exigen ubicar la *Topofilia* como

instrumento político y, de tal forma, establecer sus alcances, métodos y procedimientos.

9.2. El concepto de “adscripción territorial”: un problema emergente de identificaciones, desidentificaciones y reidentificaciones simbólicas en la relación entre lo local y lo global.

Con lo señalado en el punto anterior, queda claro que es en, desde y sobre el espacio que proyectamos y dimensionamos nuestra vida entera; en tal medida, el espacio humano al que nos referimos no es un espacio cualquiera dado que a la vez que se encuentra cargado de sentido, es él mismo, en las relaciones que allí establecemos, un “dador” de sentido y, por tanto, de significación; lo que supone que *adquiere la forma de las relaciones que en él y gracias a él establecemos como individuos y como colectivo*. En esta medida, hay que reconocerlo, el espacio de la vida no es ni mucho menos un vacío escenario en el que establecemos, de manera arbitraria e indiferente, uno u otro sistema de relaciones basado en un esquema categorial axiológico y normativo (base del contrato social que, por lo mismo, es un contrato espacial) que, como un “embutido”, incorporamos, sin más, al espacio.

Por el contrario, lo propio del espacio habitado consiste, justamente, en hacer evidente la específica manera en que, como humanos, nos relacionamos con el mundo a través de la apropiación física y simbólica que de él hacemos. Apropiación que se lleva a cabo mediante el acto de “abrir” el espacio implícito en la propia “apertura del ser” de la cual habla Heidegger y, a partir de la cual, interpretamos la connatural relación entre “ser abierto” y “espacio de realización de la puesta en obra de su apertura”; un espacio que, en tanto “da lugar a la mostración de esa apertura” que ya es el ser del hombre, da cuenta, también, de la específica manera en que éste se proyecta, a partir de aquí, al mundo en general. En consecuencia, esta “apertura” del espacio se particulariza, en el caso humano, mediante la dimensión simbólica y por tanto significada (semantizada) de la misma; lo que históricamente la define como un *acto cultural de comunicación*. Es desde aquí, desde donde cobra sentido la tan aludida “apertura” del espacio implícita a la celebración “perteneciente” que nos define como *seres-en-el-mundo*.

En razón de lo anterior, no podemos entender el acto de apropiación que supone la *fundación territorial* de nuestro ser en el mundo, si no es a través de la propia comprensión del acto comunicativo y, por tanto, relacional, desde el cual devenimos como

seres culturales; es sí que, en tanto a través del lugar expresamos espacialmente nuestro propio ser relacional, corresponde, no tanto al lugar como a nuestra relación con él, dar cuenta de nuestra propia forma de ser como individuos y como colectividad.

Surge en este punto la pregunta contemporánea por el lugar y por el papel de tal concepto al interior de un orden donde, aparentemente, sus límites se dibujan y desdibujan permanentemente a la luz de sus evanescentes relaciones con el universo global. Aquí no sólo la frontera entre los lugares se relativiza sino que la propia frontera entre lo global y lo local se permea en ocasiones a tal punto que, muchas veces, en atención a su interdependencia, desaparece. ¿Cómo no ha de ser, entonces, la “entrada en valor” de la especificidad lo que, más allá de las ventajas comparativas que alienta la proyección económica de los territorios, aquello que bien puede redireccionar el proyecto global en su conjunto? De ahí que es

Desde la diversidad cultural de las historias y los territorios, de las experiencias y las memorias, desde donde no sólo se resiste sino se negocia e intractúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla. Lo que galvaniza hoy a las identidades como motor de lucha es inseparable de la demanda de *reconocimiento* y *sentido*. Y ni el uno ni el otro son formulables en meros términos económicos o políticos, pues ambos se hallan referidos al núcleo mismo de la cultura en cuanto mundo del *pertenecer a* y del *compartir con* (Barbero, J. M. 2002. pp. 3)

En esta medida, es necesario tener presente que la globalización, al menos en su faceta cultural, no es una abstracción omniabarcante, sino una construcción que se alimenta con las lógicas y los imaginarios locales; motivo por el cual, como anota Barbero (2002), no puede confundirse con esa clase de estandarización de las diferentes instancias de la vida que en su momento llevó a la industrialización y, con ella a la propia idea de tratar a la cultura como una “industria cultural”; a fin de cuentas, “la mundialización es un proceso que se hace y deshace incesantemente. Y en este sentido sería impropio hablar de una “cultura global” cuyo nivel jerárquico se situaría por encima de las culturas nacionales o locales. El proceso de mundialización es un fenómeno social total que, para existir, se debe *localizar*, enraizarse en las prácticas cotidianas de los pueblos y los hombres” (Ortiz, R. 1994. pp.32. La cursiva es nuestra).

En este punto surge una cuestión fundamental para la noción misma de desarrollo que, de una u otra forma, matiza, al menos para los países el “Tercer Mundo”, la relación entre lo local y lo global; y es la que se deriva de la capacidad real de estos últimos de interlocutar con “el mundo exterior” desde aquello que, en cada caso, los define en su especificidad. Aspiración sólo posible si al interior del proyecto de Modernidad, implícito en la globalización, se establece, *de la mano de un nuevo modo de producir y, de tal forma, de relacionarnos con la naturaleza, un nuevo modo de comunicar* (Barbero, 2002); lo que exige superar el sentido eminentemente instrumentalista de la racionalidad técnico-tecnológica de dicho proyecto, dado que, particularmente en lo que compete a la comunicación, la mediación tecnológica, al convertirse en estructural, revierte el sentido de la acción comunicativa haciendo que los medios se conviertan en fines.

Ahora bien, esta nueva concepción de Modernidad, tendría que ser capaz de reorientar la acción comunicativa, hasta ahora mediatizada por el valor que la misma supone para la producción; hacia la construcción de imaginarios consensuados sobre la puesta en común de los particularismos y las diferencias; no para su dilución sino para la constitución de un proyecto global fundamentado en un principio incluyente y multiculturalista. Al fin y al cabo, lo que hasta ahora ha sucedido es que la globalización ha puesto en marcha

un proceso de interconexión a nivel mundial, que conecta todo lo que instrumentalmente vale –empresas, instituciones, individuos– al mismo tiempo que desconecta todo lo que no vale para esa razón. Este proceso de inclusión/exclusión a escala planetaria está convirtiendo a la cultura en espacio estratégico de comprensión de las tensiones que desgarran y recomponen el “estar juntos”, los nuevos sentidos que adquiere el lazo social, y también, el lugar de anudamiento de todas sus crisis políticas, económicas, religiosas, étnicas, estéticas y sexuales (Barbero, J. M. 2002. pp. 3)

En esta circunstancia, corresponde a la cultura; más concretamente, a su libre ejercicio y despliegue, potenciar y poner en circulación su implícito capital simbólico, haciendo de él, en tanto particular forma de conocimiento, una fuerza productiva directa a través de la cual, no sólo redefinamos nuestra relación con la naturaleza (base de todo sistema productivo), sino con el “otro” en la apuesta común que supone construir

colectivamente un mundo de diferencias. A este respecto cabe anotar que: “lo que preocupa ahora al capitalismo, en forma predominante, es la producción de signos y de imágenes (...) La competencia en el mercado se centra en la construcción de imágenes, aspecto que se vuelve tan crucial, o más, que el de la inversión en una maquinaria” (Harvey, D. 1998. pp. 288); tarea, habría que decir, de la cual se ocupa la propia maquinaria cultural y su renovada puesta de símbolos en el mercado.

Paralela a la producción de signos, y tan importante como ella, resulta ser la “producción de espacios”, en tanto ámbito específico de generación de riqueza y de entrecruzamiento de racionalidades (acaso lo segundo resulte ser, en muchos casos, causa directa o indirecta de la primera); en esta medida, el entrecruzamiento de lógicas que en él transcurren, da pie a un nuevo tipo de espacio que rompe tanto con los nacionalismos como con los localismos al proclamarse portador de una especie de “modernismo estético transnacional” (imagen reactualizada y resemantizada del *international style* del que hablaríamos en páginas anteriores). Sobre esta base y su innegable aspiración “postmoderna”, transcurre una nueva noción de territorialidad difusa, paradójicamente cargada de modernismo en tanto no acusa, de manera explícita, una alternativa socio política, económica y ambiental (cuando más estética) al proyecto hegemónico vigente, que no es otro que el de la modernidad técnica e instrumental.

No obstante, lo que no se puede desconocer, en este contexto, es la puesta en común de signos transfronterizos que en su uso y formas particulares (locales) de apropiación, entran a reevaluar la tradicional noción de “adscripción territorial” que, en la modernidad más crasa ligaba, indefectiblemente, a los distintos individuos y colectivos a espacios definidos y claramente demarcados fronterizamente, en razón de que éstos, supuestamente, los identificaban; más aún, se concebían tales espacios como expresiones consolidadas de un específico “espíritu identitario”; que no, necesariamente, hablaba de un espíritu comunitario. Lo que ocurre hoy en día, por el contrario, y en atención a la puesta en común de toda una pléyade de signos globales, apropiables, en tanto hibridables, *es un proceso de permanente hibridación cultural en el que tanto los espacios como los territorios se permean y yuxtaponen; haciendo de la “adscripción territorial” un problema de relaciones y situaciones; y no, simplemente, de enmarcaciones.*

En razón de lo anterior, la renovación en la producción-apropiación de signos, inherente, siempre, a la propia producción de espacios, resulta crucial en la definición

estratégica de los nuevos espacios, en tanto que, “cuanto menos decisivas se tornan las barreras espaciales, tanto mayor es la sensibilidad del capital hacia las diferencias del lugar, y tanto mayor el incentivo para que los lugares se esfuercen por diferenciarse como forma de atraer el capital” (Ibídem). En tal situación, como bien anota Barbero (2002), “la identidad local es conducida a convertirse en una representación de la diferencia que la haga comercializable; esto es, sometida al torbellino de los collages e hibridaciones que impone el mercado (Barbero, J. M. Op. Cit. pp. 8).

Paradójicamente, este proceso de globalización de signos y de producción de espacios estratégicos, no ha hecho más que avivar el valor del lugar, ya que, como plantea Milton Santos (1996c), no es posible habitar el mundo “en abstracto” sin algún tipo de anclaje en el espacio y en el tiempo; a fin de cuentas, es la densidad específica del lugar (y su carga de memoria, historicidad, sentido y significación) la que, al interior del concierto global, pone en obra la heterogeneidad humana desde la cual se hace posible la comunicación.

En razón de lo anterior, no es posible “producir espacio” sin significación histórica y, por lo mismo, social; lo que significa que, inherente al proceso de *desidentificación*, que supone la incorporación de los signos globales; se da, del mismo modo, y de manera inevitable (de hecho, deseable y buscada por el propio aparato global) una apropiación significada de tales signos y, por lo mismo, un proceso de *reidentificación* en el cual, a la vez que los distintos individuos y grupos se autoafirman en lo que no son (es decir, afirman su *diferencia*), se disponen, gracias a la hibridación, a fortalecer y enriquecer aquello que sí son a través de un renovado sentido de “identidad global”; lo que supone llevar a cabo un diligente proceso de negociación de los cambios y de pronta adaptabilidad a los mismos. Proceso en el cual, como anotamos, se redimensiona la idea misma de lugar, pues, como nos recuerda Barbero, “aún atravesado por las redes de lo global, el lugar sigue hecho del tejido y la proxemia de los parentescos y las vecindades” (Barbero, J. M. Op. Cit. pp. 9). Relaciones que, siguen teniendo particular importancia, toda vez que alimentan y definen, en cada caso, la propia especificidad de cada lugar. Ahora bien, en este juego entre lo local y lo global en el que se desenvuelve la noción de lugar ¿dónde queda el sentido de pertenencia?; ¿pertenencia a qué?; ¿qué sentido cobra, en este marco, el concepto de “adscripción territorial” y, con él, el propio concepto de *Topofilia*?

Comencemos por señalar que la noción de lugar de la cual hablamos, debe ser entendida, en un primer momento, en sentido histórico-relacional y no simplemente “espacial” (acaso, ésta en un segundo momento), motivo por el cual, la idea de espacio que le es inherente, no puede establecerse desde una privilegiada y ascética preexistencia asignificante a ocupar, sino *desde una construcción histórica y social cargada de sentido en la cual se hace patente una determinada relación con el mundo*. En esta medida, la noción de *topofilia* y, con ella, de “adscripción territorial”, debe entenderse, también, como una construcción; como un proceso que, más que “desarrollarse en el tiempo”, como todo proceso, está cargado ya, él mismo, de temporalidad: la de las situaciones, oportunidades y coyunturas, a través de las cuales, el espacio “adquiere valor”. De este modo, si algo introduce lo local en la esfera global es, precisamente, una referencia temporal; condición de posibilidad, de todo encuentro, de toda transacción; aquí *la pregunta por el “cuándo” de la localización da realidad y sentido al “dónde” de la globalización*. Al fin y al cabo, “romper toda dependencia local es quedarse sin la indispensable perspectiva temporal, a lo que nos avoca la aparición de un tiempo mundial susceptible de eliminar la referencia concreta del tiempo local de la geografía que hace la historia” (Virilio, P. 1995. pp. 150).

Por lo anterior, el tiempo local “dota de sentido” a la ahistoricidad del tiempo global salvando así, del anonimato, a las referencias que, por constituir lo local en cuanto tal, sirven de nudo articulador del sistema de redes que, sólo así, puede alimentar la globalización. Ser de un lugar, será, entonces, desde la perspectiva global, “ser de un momento”, pertenecer a un intervalo, estar arraigado a la provisionalidad y a su esfera infinita de interacciones, desde las cuales, no sólo se hace posible sino que adquiere sentido la comunicación. A este respecto, incluso la mediatización informática y su aparentemente deslocalizado mapa de redes, no resulta exenta de promover, también ella, procesos de territorialización; dado que los grupos que constituye, si bien adoptan, en un principio, el carácter de cuerpos virtuales (recordemos la disertación anterior que, a propósito de la relación entre *Topos* y cuerpos, realizamos a partir de Aristóteles), también ellos poseen su *Topos* y, por tanto, como señala Barbero (Op. Cit), terminan por territorializarse pasando así de la conexión al encuentro y de éste a la acción.

En razón de lo expuesto, el diseño de una noción pro-activa de lugar desde la cual abordamos la idea de Topofilia se asemeja a la estrategia desterritorializador y, a la vez reterritorializadora que se lleva a cabo entre la avispa y la orquídea cuando la segunda

“adopta” la forma de la primera para así atraer su atención y satisfacer sus demandas reproductoras ya que la avispa al “sentirse” atraída sexualmente por la “falsa” avispa que pretende ser la orquídea, sirve, como “improvisada” extensión del propio aparato reproductor de la planta ya que a través del cuerpo del animal envía su polen a entornos desconocidos donde, de tal suerte se reproduce; pues como afirman Deleuze y Guattari (1994): “la orquídea se desterritorializa al formar una imagen, un calco de avispa, pero la avispa se reterritorializa en esa imagen. No obstante, también la avispa se desterritorializa, deviene una pieza del aparato de reproducción de la orquídea; pero reterritorializa a la orquídea al transportar el polen” (Deleuze, G., y Guattari, F. 1994. pp. 15).

El instinto de reproducción que, en el ejemplo anterior, une a la planta y al animal, en un sugestivo juego de transferencias, “tiene lugar”, por decirlo así, en el intercambio de sus mutuas demandas; en esta medida, es la confluencia de éstas la que “funda” una particular idea de lugar que, por lo dicho, no puede ser más que un *encuentro* y, no un simple espacio a ocupar que, como se ve en el ejemplo, resulta inexistente. Gracias a este juego de intercambios, tanto la orquídea como la avispa “encuentran” un lugar; pero, a su vez, ese lugar no existiría sino es a través de la mutua relación de dependencia entre ambas; ni la flor ni el animal proporcionan un lugar, en sentido estricto, a ser ocupado por el otro, sino que, de hecho, ese lugar “surge” en la reciprosidad y complementariedad de su necesario encuentro.

En esta medida, el sentido de arraigo y pertenencia que supone la *Topofilia*, no puede entenderse, desde nuestro punto de vista, a través de una simplista apropiación “emotiva” por un espacio determinado; situación que nos devolvería al psicologismo de Tuan; sino, por el contrario, como un acto creativo (“pro-creativo”, se inferiría del ejemplo antes abordado) en el que se pone en juego nuestra existencia, “mostrándonos” en “apertura”, de tal o cual forma a un mundo que, lejos de ser un escenario “marco” es, él mismo, causa y razón de esa “apertura”; es decir de nuestra existencia. De este modo, recalcamos, “no llegamos a ocupar un lugar” sino a *abrirlo* en esa clase de encuentro que, como en el caso de la avispa y la orquídea, dota de sentido a ambos actores involucrados; en este caso, al ser humano y al mundo histórico y social en el que éste se afirma a cada paso y con el cual interactúa de permanentemente.

Como se ve, el *Topos* del que hablamos supone una connatural relación (*philia-ción*) entre lo local que surge y se abre en lo abierto (lo global) y lo global que define,

justifica y califica tal surgimiento; por lo mismo, hablar de “lugar” en tiempos de globalización, resulta casi una tautología, dado que no es posible entender el lugar si no es a través de la comprensión de su relación con el escenario del cual surge y al cual corresponde. Desde esta perspectiva, no resulta difícil entender el “arraigo a la movilidad” que, en gran medida caracteriza, a nivel individual, la dinámica del *urbanitas* de nuestra época; pero también el arraigo a un determinado entorno que, de otra parte, califica la relación de los colectivos con ese mundo particular que su forma de habitación “ha abierto”.

Nos referimos, en este último caso, al valor que para las comunidades, particularmente para aquellas con fuertes arraigos campesinos y sólidas estructuras sociales (caso particular de buena parte de las grandes ciudades de América Latina), cobra la noción de “entorno”, necesariamente ligada a la de comunidad; circunstancia que hace que el arraigo por el primero, no tenga otro sentido que el fortalecimiento y arraigo por la segunda, ya que tales comunidades, más que “pertenecer” a un lugar, pertenecen a una idea de mundo donde el intercambio se establece a través de la confianza que suponen los lazos de vecindad que comporta la idea misma de comunidad. Lo importante, a nuestra manera de ver, es que, como en el caso de la avispa y la orquídea, esa relación entre antagónicos que funda el lugar es pro-activa y por tanto surge tanto de la acción como del deseo, o la necesidad de ella; motivo por el cual la ruta de nuestra propuesta tiene que entrar a definir el carácter proactivo de su dimensión *topofílica*; tarea de la que nos ocuparemos en breve.

9.3. Cultura urbana y cultivo de ciudad: la expresión cultural ciudadana como medio de integración comunitaria.

De acuerdo con la definición de Cultura que propone Nestor García Canclini según la cual ésta se describiría como “el conjunto de procesos donde se elabora la significación de las estructuras sociales, se les reproduce y transforma mediante operaciones simbólicas. Aspecto fundamental para la socialización de las clases y los grupos en la formación de las concepciones políticas y en el estilo que la sociedad adopta en diferentes líneas de desarrollo” (García Canclini, N. 1989); inferimos la fundamental importancia que, para nuestro tema, cobra el concepto de *Cultura Urbana*, a la hora de formalizar procesos y acciones conducentes, desde lo que las ciudades son en sí mismas, a mejorar sus

condiciones de gobernabilidad, productividad y calidad de vida. Aspectos que, como ya hemos señalado, han de constituir los tres componentes básicos de un proyecto colectivo de desarrollo urbano sustentable (DUS).

En este orden de ideas, compartimos la tesis de Alberto Saldarriaga según la cual la cultura ciudadana debe entenderse como “un vasto fenómeno en el cual se encuentran diversas manifestaciones simultáneas y superpuestas: las relaciones de convivencia de los habitantes; la expresión de los valores, tradiciones y formas de conocimiento; la valoración y manejo de la ciudad por parte de los habitantes; el poder como factor de integración- o desintegración social-; y la actividad especializada de agencias y medios de comunicación y de grupos que trabajan en la formación y desarrollo de conocimiento y de manifestaciones de carácter informativo, recreativo y artístico” (Saldarriaga, A. 1991). Manifestaciones a las que sumaríamos la influencia creciente de imaginarios globales, rápidamente incorporados a las lógicas y racionalidades locales.

Lo anterior supone entender la cultura urbana de manera heterogénea, “híbrida” y diversificada; es decir, obediente a marcos de pensamiento y aspiraciones no sólo distintas sino, en muchos casos, antagónicas, yuxtapuestas y conflictuadas. Situación a la que se suma, en el caso específico de la ciudad latinoamericana, una presencia masiva y, casi constitutiva, de la pobreza; al menos en el sentido desde el cual Oscar Lewis, en 1965, llevaba a cabo su explicación antropológica de la cultura popular de la Ciudad de México, aludiendo a una “cultura de la pobreza”; definición que, aunque limitada y reduccionista, ubica el tema de la pobreza y, con él, el de la carencia, como un importante (aunque no único) vector en la definición y comprensión de lo latinoamericano. A fin de cuentas, es precisamente esta carencia la que, por otro lado, da pie a las mil formas de recursividad (¿por qué no hablar de una cultura de la recursividad y la subsistencia”?) que, en sentido contrario, ponen de manifiesto la enorme riqueza imaginativa que preface en medio de la pobreza.

En razón de lo anterior, es necesario resaltar el papel que en este contexto cobra, para la definición de una cultura urbana “propia”, la noción de desarrollo y, con ella, el imaginario global de progreso que, particularmente a partir de los años cincuenta y ligado a un esforzado proyecto de “modernización”, la acompaña. Circunstancia que matiza, de manera específica, la radical diferencia entre la “modernización” del mundo desarrollado y la de aquellos países que, por no encajar en las exigencias del imaginario propuesto por las

economías más fuertes, se convirtieron en “países en vías de desarrollo”; o mejor, en países “subdesarrollados”.

En este punto, como anota Saldarriaga (Op. Cit.), las diferencias se deben, no sólo a las particularidades geográficas e históricas latinoamericanas, sino a la manera como en el subcontinente se han llevado a cabo (en un breve lapso de tiempo; hay que recalcarlo) los procesos de cambio entre los estadios tradicionales del imaginario popular (fuertemente enraizado en valores campesinos, aún en la ciudad) y los modos modernos impuestos por las exigencias “progresistas” del mundo “desarrollado”; situación que evidencia, de manera clara y patente, la enorme diferencia entre la ciudad, entendida como un escenario físico, y los modos y las formas de vida urbanas; estas últimas puestas en circulación a través del propio proyecto de la modernidad. Cabe destacar, a este respecto, que mientras que en Europa y Estados Unidos la modernización y la urbanización fueron procesos simultáneos, en América Latina, la formación de la cultura urbana ha estado enmarcada, justamente, por un enorme desfase entre una y otra. En razón de lo anterior

El proyecto de modernización fue desagregado en una serie de propuestas específicas dirigidas a los países “no modernos”; (propuestas...) que abarcaron desde el suministro de modelos de organización política y económica, hasta la difusión de formas artísticas y culturales especializadas o masificadas. Fue, tal vez, entonces, cuando pudo hablarse de un ambicioso proyecto global de modernización que afectó a todas las sociedades del planeta. En este proyecto, la noción de “desarrollo” se esgrimió como la herramienta a través de la cual era posible comparar los diversos estados políticos, económicos y culturales de los distintos países, con el modelo autoestablecido por los países de alto grado de industrialización y formalización institucional. En forma concomitante apareció el concepto de “subdesarrollo”, aplicado a todos aquellos países que no habían alcanzado los indicadores políticos, económicos y sociales de los primeros, y se postuló igualmente la modernización como el instrumento básico del desarrollo (Saldarriaga, A. Op. Cit. pp. 3).

No resulta difícil inferir de aquí, la puesta en marcha de un *imaginario cultural global* desde el cual se entendieran, de la misma manera, conceptos tan odiosos como

“adelanto” y “atraso”; referentes “lineales” de esa idea de progreso que supuso la modernización y que, en tal medida, distanciaba las expresiones y comportamientos urbanos, catalogados así como “modernos”, de los “atrasados” modos y hábitos rurales. En razón de esta situación, ya no bastaba con “vivir en la ciudad”; había que “ser urbano” para no ser marginado de estas emergentes y “progresistas” sociedades; aspiración que, no obstante, no salvó a estas confusas aglomeraciones de promover, de manera directa o indirecta, la proliferación de un creciente fenómeno de marginalidad urbana en el que, paradójicamente, entre otras cosas, crecen, se multiplican y avivan, toda una serie de manifestaciones culturales diferentes, aunque herederas, de esta colisión de tiempos, espacios e imaginarios que supuso a millones de personas compartir, aunque de manera diversa, el sueño de vivir en la “gran ciudad” Acaso, la especificidad cultural de las ciudades, haya que buscarla, en el ámbito latinoamericano, en estos diversos, aunque dispersos, reductos de identidad. Sirva el caso de Brasilia como un patético ejemplo en el cual, para conocer la vida urbana, es necesario “salir” de la ciudad y adentrarse en su periférico cinturón de *favelas*; especie de “ciudad otra” ajena, en todo, al ascético y progresista proyecto de modernidad que, por todas partes, acusa la ciudad en su “imagen internacional”.

Con todo, no se puede confundir la modernidad, con la imagen de ésta; al menos en su expresión material (elevados y lujosos edificios, infraestructuras sofisticadas, vehículos, aparatos, juegos electrónicos, servicios bancarios automatizados, etcétera); con la cual se encuentra familiarizado el ciudadano medio; ya que los enormes desfases entre el uso de estos bienes, equipamientos y servicios, y la comprensión de la racionalidad que les resulta inherente, ocasiona importantes disfunciones sociales que redundan, incluso, en deseconomías; puesto que a la par que el desconocimiento (o el irrespeto) de las normas de tránsito (o de su lógica) ocasiona accidentes, el indebido uso de servicios electrónicos (por ignorancia o mala fe) atenta contra el propio funcionamiento de los sistemas que los soportan.

De otra parte, esta imagen de “modernidad” (acaso sea mejor hablar de modernismo) que acompaña buena parte de la cultura urbana de las ciudades en América Latina, no es exclusiva del uso que de la ciudad hacen sus habitantes (en el manejo de sus distintos niveles de información); de hecho, la propia administración cae, también, en la trampa del sofisma modernizador cuando privilegia la construcción de grandes obras e infraestructuras (que hablen así de su espíritu “modernizador”); por encima de la

realización de pequeñas acciones que, aunque muchas veces “invisibles”, dada su escala, bien pudieran generar todo un efecto sinérgico que redundase en el mejoramiento integral de la calidad de vida al fortalecer, por ejemplo, las organizaciones de base; acaso primera acción de un proceso auténticamente modernizador.

En este caso, la dimensión material de la calidad de vida (que se viabiliza, entre otras cosas, a través de la realización de proyectos concretos concebidos y ejecutados por estas organizaciones) se hace factible de alcanzar, sólo sobre la base de poner en obra, a través de tales realizaciones, la propia dimensión espiritual de la ciudad; lo que de tal forma permite entenderlas como claras expresiones de “cultura urbana” o, lo que es lo mismo, de *urbanidad*. En esta medida, la “apropiación ciudadana”, de la que tanto se habla hoy en día, no sería un acto de “toma de posesión” de algo “ya hecho”, sino una construcción tan procesual como la propia ciudad, hecha así (en *apropiación*), por sus habitantes. A fin de cuentas, construir la ciudad a través de sus organizaciones de base, no es otra cosa que atender a la relación “*topofilica*” entre lo que, parafraseando a Aristoteles, denominaríamos: el “cuerpo social” (después de todo la palabra “organización”, que implica una forma de “actuación coordinada”, supone un concepto “*corporativo*”) y el lugar de ser del mismo; razón de ser de la connatural “filiación” o “sentido de pertenencia” entre uno y otro.

Por su parte, esta “apropiación”, para que trascienda cualquier psicologismo, debe llevarse a cabo a través de una decidida articulación proactiva entre los intereses del Estado y los de la ciudadanía (no hablemos de “Sociedad Civil” ya que resulta dudoso la real existencia de ésta en el conflictuado y disperso escenario que nos ocupa) ya que, de lo que se trata, en última instancia, es de poner a interactuar la lógica del primero con la de las dinámicas sociales locales.

De cualquier forma, lo que resulta fundamental, tanto para la sobrevivencia del Estado, como para la constitución, en el tiempo, de una auténtica Sociedad Civil, es la puesta en marcha de unos procesos participativos, tan transparentes como eficientes, a la hora de establecer, de manera mancomunada, unas reglas comunes de juego en torno a la valoración y uso del espacio; tarea de la que se ocuparía la determinación conjunta de unas consecuentes políticas públicas espaciales que entiendan que la gobernabilidad será sólo posible sobre la base de la efectiva coordinación entre la lógica administrativa del aparato de Estado y la lógica expresiva de la cultura ciudadana que, a través de los distintos modos

de ser social, la ciudad, por todas partes, rebosa y expresa. Coordinación a la que sirve, de manera privilegiada, la figura de la *planeación concertada*, ya que la simple coordinación no basta.

Es justamente esta *concertación* la base de una auténtica apropiación ciudadana donde a la vez que se pone de manifiesto una voluntad política, por parte del Estado, y una voluntad de participación política, por parte de la ciudadanía, se pone en obra un imaginario de ciudad en el que una y otra, necesariamente, convergen. En tal situación, a la vez que el Estado legitima su “representatividad”, las organizaciones de base refuerzan tanto su propia razón de ser, como la necesidad de interacción entre ellas (a lo que, desde luego, contribuye, la realización de proyectos conjuntos). Cumplen en este punto un papel fundamental los proyectos antes mencionados dado que actúan como catalizadores de procesos sociales y, en tal medida, como cohesionadores de consecuentes redes a través de las cuales se recualifica el tejido social en su conjunto.

Lo que se deriva de aquí es la “puesta en obra” de la voluntad participativa de la ciudadanía (en tanto efectivo motor capaz de integrar modernidad y desarrollo), sobre la base de entender la apropiación de la ciudad y, con ella, su “construcción”, como la operación fundamental a llevar a cabo en la línea de hacer de ésta un patrimonio común. Aspiración sólo posible a partir de la incorporación funcional de las diferencias y especificidades que caracterizan cada colectivo y, con ellos, cada voluntad. Sólo en tal medida se hace posible hacer de la expresión cultural ciudadana un medio de integración comunitaria a la vez que un fin al cual sirven la realización de proyectos concretos.

En este orden de ideas, la puesta en marcha de proyectos urbanos, concebidos desde esta perspectiva, diluye la tradicional separación maniquea (heredera, en buena medida, del “desarrollismo”) entre realizaciones “físicas” y “sociales” dado que, desde nuestro punto de vista, lo uno significa lo otro, en razón de que todas las decisiones urbanas se traducen, de una u otra forma, en el espacio y en los modos de vida que “ambientalmente” éste comporta. Por lo anterior, la “construcción de ciudad” que, por lo dicho, supone la “construcción cultural de ciudadanía”, no es más que un ejercicio donde se pone a prueba la cohesión social frente a la realización de un proyecto político que, en tal medida, no puede ser menos que concertado con sus fuerzas vivas. Unas fuerzas que, por demás, resultan ser las primeras responsables de la dirección de tal proyecto y, por lo mismo, las encargadas de llevar a cabo el seguimiento del mismo a la luz de un ideario

que no puede ser otro que el de la “construcción colectiva de patrimonio”. En este orden de ideas, la autoafirmación cultural que se busca en la realización de tales acciones, debe tener en cuenta las que, en opinión de Saldarriaga (Op. Cit.), constituyen los diferentes niveles de la expresión cultural ciudadana:

a. Las manifestaciones cotidianas de las relaciones existentes entre los habitantes de la ciudad (familiaridad, vecindad, voluntarizgo, cooperación e intercambio).

b. La expresión ciudadana, manifiesta en la continuidad y vigencia de las costumbres urbanas y en la celebración de eventos propios de la vida de ciudad (hábitos y costumbres, celebraciones colectivas y asociaciones comunales para la expresión cultural).

c. La expresión de las relaciones de los ciudadanos con la ciudad (valoración del medio ambiente, entendimiento y manejo de la ciudad, valoración y apropiación del espacio público, valoración y conservación del patrimonio histórico y cultural, lectura simbólica de la ciudad, sentido de vinculación ciudadana y de identidad con la ciudad).

d. La expresión programada y difundida por los medios de información, entretenimiento y comunicación (sistemas de información, formas educativas y formas habituales de entretenimiento).

e. Las manifestaciones de la relación entre los ciudadanos y el poder (formas de participación política, responsabilidad ciudadana ante las normas y mandatos, juicio ciudadano sobre el ejercicio del poder y reciprosidad entre la gestión pública y privada y las expectativas de la sociedad civil).

f. Las actividades especializadas y los servicios culturales destinados a la divulgación del conocimiento y a la preparación y difusión de programas y eventos de carácter artístico o “cultural” (divulgación artística y/o científica, oferta y demanda de eventos de carácter artístico, infraestructura cultural, servicios de apoyo y gestión cultural) (Saldarriaga, A. Op. Cit. pp.24 a 27).

En cualquier caso, subyace a la caracterización anterior, la idea de lo que pudiéramos denominar la “práctica cultural”. Denominación que contrasta tanto con la simple idea de “expresión cultural”, a la que alude el carácter representativo que cobra una manifestación “externa “ de la cultura en tanto “producto cultural”; como con la genérica, vaga e inaprehensible idea de “identidad cultural”. Por el contrario, la *práctica cultural* hablaría del libre ejercicio y despliegue de la cultura a través de lo que hemos denominado su “puesta en obra”: la propia cultura entendida como “obra”. En este sentido, la cultura no “produce”, a manera de excresencias, “objetos culturales”, sino que se manifiesta a sí

misma como una práctica y; por tanto, en vez de “expresar”, deviene ella misma *expresión*; es decir, “*acto*”. Razón de más para entender la “construcción de ciudad” como una *práctica cultural* y no, simplemente, como la realización de unas obras obedientes a lógicas y dinámicas frecuentemente coyunturales.

Un aspecto fundamental que surge en este punto, a propósito de la noción de “*práctica cultural*”, es el que tiene que ver con las interrelaciones urbanas que Saldarriaga (Op. Cit), traduce en tres momentos distintos: el de la valoración y cuidado del escenario natural de la ciudad; el de la producción de desperdicios y manejo de los mismos; y el de la apropiación y cuidado o descuido del espacio público; interrelaciones que nosotros entenderíamos sólo a través de la previa existencia de un proyecto colectivo de ciudad (la “*práctica cultural*” hecha “*práctica política*”), si es que esto es posible (acaso deseable...), de una pedagogía ciudadana que enseñe a hacer ciudad siendo habitante y de una política de integración o interrelación regional y transregional.

En razón de lo anterior, consideramos que la incorporación de la expresión cultural ciudadana (y, con ella, de los capitales social y simbólico de la ciudad) como medio de integración comunitaria en los procesos conducentes a posibilitar una auténtica construcción colectiva de la ciudad por parte de sus habitantes (base del planteamiento topofílico), ha de tener en cuenta, de manera fundamental:

1. La definición de una estrategia política que, teniendo como marco el espacio público, se ocupe de la creación y fortalecimiento de una auténtica noción de lo público que mejore, desde aquí, las relaciones ciudadanas, permita la coexistencia pacífica y promueva las condiciones de respeto, solidaridad y participación que requiere la convivencia.

2. La incorporación de la expresión cultural ciudadana en los procesos de planeación, fomentando y propiciando la creación de organizaciones comunitarias que, al interior de su *visión* tengan como *misión* la construcción–apropiación colectiva del territorio.

3. La promoción del “entendimiento y apropiación de la ciudad” como patrimonio común, a través de la realización de acciones que permitan tomar conciencia de la importancia que supone llevar a cabo una apropiación responsable del espacio público, del patrimonio cultural y de los valores urbanos.

4. El aprovechamiento del poder e influencia de los medios de comunicación para inducir una conciencia ciudadana y una aceleración en los procesos de formación y fortalecimiento de la cultura colectiva.

5. La recuperación de la moral e imagen pública de los grupos dirigentes como referente y ejemplo para el comportamiento ciudadano.

6. La expansión de las actividades culturales especializadas y el apoyo a las espontáneas, propias de cada comunidad, como medio de ratificación de las diferencias locales y de los valores propios de cada colectivo al interior de la ciudad.

7. La necesidad de combatir la pobreza; o mejor, la inequidad y la injusticia social, partiendo de la defensa y fortalecimiento de los valores y características físicas, culturales y sociales de cada comunidad, a partir del diseño e implementación de un plan general que sea capaz de leer, entender, captar y responder a las particularidades.

8. El fomento a la modernización de la vida urbana al interior de las estructuras sociales y no sólo a través del aumento y mejoramiento de la infraestructura física de la ciudad.

9. La definición e incorporación “funcional” del perfil cultural de la ciudad, en su diversidad, como base en la realización de consecuentes planes y proyectos.

10. La incorporación de la dimensión cultural en los planes de desarrollo y en los procesos de descentralización administrativa.

11. La integración de la cultura con la educación y la comunicación, conjuntamente con la formación democrática y el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

12. La restitución del valor simbólico de los referentes rituales y espaciales tradicionales de la ciudad, como elementos cohesionadores y afianzadores de la memoria urbana.

13. La recuperación y/o cuidado y preservación del medio ambiente natural, entendido a la vez como entorno y como patrimonio común.

14. La promoción de nuevos hábitos de consumo que, enfrentando la cultura del desperdicio y el gasto suntuario, tengan en cuenta la incorporación funcional y productiva de los desechos a través de la reutilización y el reciclaje.

15. La incorporación de nuevas fuentes energéticas, así como de energías alternativas y apropiadas al interior de los procesos extractivos y productivos que tengan como base la adecuada articulación entre la innovación y, los métodos locales tradicionales.

16. La defensa de los valores y bienes públicos, por encima de la creciente apropiación posesiva del ejercicio del derecho que lleva tanto a la privatización espacial

de lo público como a la exclusión social y al irrespeto y desconocimiento del derecho del otro. Circunstancias a las que se suma el espíritu lucrativo individualista en el aprovechamiento de lo público, promovido, muchas veces, por las propias normas urbanas.

17. La superación de pautas comportamentales anómalas y fuertemente arraigadas en el imaginario popular, como la desobediencia civil y el irrespeto a la norma; este último manifiesto en comportamientos que van desde el desacato a la autoridad hasta el hurto de servicios públicos.

18. La inclusión del concepto de “saldo social” en la realización de las distintas acciones y proyectos urbanos, así como de una dimensión pedagógica y participativa en la realización de los mismos.

19. La adecuada intercomunicación entre los procesos culturales de cosmopolización y la necesaria pervivencia de localismos no chauvinistas.

20. La promoción de redes sociales y de organizaciones de base con marcado espíritu asociacionista, corporativista y cooperativista.

21. La generación de una red de seguridad ciudadana y de protección mutua amparada en un espíritu de solidaridad y de corresponsabilidad tanto con el colectivo social como con los bienes y recursos públicos.

22. La incorporación de las múltiples expresiones de la informalidad urbana, como una pauta esencial en la comprensión del amplio significado de la cultura de la ciudad.

23. La creación y fortalecimiento de canales de expresión ciudadana no violenta a través de:

a. El reconocimiento de la legitimidad de las distintas racionalidades que en el escenario de la ciudad devienen, muchas veces, contendores en pugna.

b. La validación del derecho de disentir y de expresar las diferencias, no sólo a nivel ideológico, sino a través del reconocimiento de las distintas formas de apropiación, valoración, significación y uso del espacio habitado tanto público como privado.

c. La construcción de sólidos, claros y ágiles marcos institucionales, sensibles a la diversidad cultural de la ciudad que sirvan de referente, a la vez que de escenario, en la resolución pacífica de los conflictos.

d. La construcción de espacios de encuentro, así como el reconocimiento de la importancia de los lugares de recurrencia y significación que, al interior de cada comunidad, deben ser tenidos en cuenta, en los procesos planificadores, como referentes estructurantes y estructuradores del territorio.

e. La creación de nichos urbanos de satisfacción, que respondan y den cabida a las particularidades locales.

En atención de lo planteado, enunciaremos ahora las que consideramos principales acciones estratégicas en la línea de fortalecer la relación entre la cultura urbana y los procesos conducentes a la construcción-apropiación colectiva del territorio; para ello retomaremos, en primera instancia, las seis estrategias que, en opinión de Saldarriaga (Op. Cit), posibilitan el fortalecimiento de la gestión cultural en el caso específico de la ciudad de Bogotá, remitiendo y contextualizando las mismas al interior del específico marco que aquí nos interesa (la ciudad latinoamericana), sobre la base de su pertinencia y replicabilidad en este amplio escenario. Sobre esta base propondremos, a continuación, algunas otras que consideramos, también, pertinentes:

1. Enfrentamiento de los vicios consuetudinarios en el comportamiento ciudadano a través de una **ESTRATEGIA DE FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA CIUDADANA** que tenga como base la realización de acciones y campañas ejemplarizantes.

2. Promoción de centros de actividad cultural metropolitana, local (zonal) y barrial, a través de una **ESTRATEGIA PARA EL DESARROLLO DE LA EXPRESIÓN E INTEGRACIÓN CIUDADANA**.

3. Creación de mecanismos de información y capacitación ciudadana a través de una **ESTRATEGIA PARA LA VALORACIÓN DEL PATRIMONIO HISTÓRICO Y CULTURAL, MUEBLE E INMUEBLE**.

4. Fomento de la participación activa de los medios de comunicación dentro de una **ESTRATEGIA PARA EL APROVECHAMIENTO DE LOS MEDIOS COMO INDUCTORES DE CULTURA CIUDADANA**.

5. Diseño de una **ESTRATEGIA PARA EL ACERCAMIENTO ENTRE LOS CIUDADANOS Y EL PODER**, que promueva el liderazgo cívico ciudadano y, desde aquí recualifique los procesos de representatividad y participación.

6. Apoyo a la expresión cultural especializada a través de una **ESTRATEGIA DE EXPANSIÓN Y DIVERSIFICACIÓN DE LA GESTIÓN CULTURAL** que atienda a las particularidades y demandas locales.

Estrategias a las que incorporaríamos:

7. Constitución de una nueva actitud ciudadana frente a la autoridad y la norma, a partir de una **ESTRATEGIA PARA PROMOVER LA AUTOREGULACIÓN CIUDADANA** desde la cual se incentive la solidaridad y la corresponsabilidad.

8. Promoción y aliento a la incorporación de las iniciativas ciudadanas en los procesos planificadores, a través de una **ESTRATEGIA DE PLANEACIÓN PARTICIPATIVA** que, incorporando las lógicas y dinámicas locales, en su especificidad cultural, apunte a una auténtica modernización urbana en la que los elementos físicos de la planeación actúen de manera coordinada con los sociales y los simbólicos en la línea de alcanzar un mejoramiento integral en la calidad de vida.

9. Apoyo a la construcción y apropiación colectiva del espacio físico de la ciudad, a través de una **ESTRATEGIA PARA LA PRODUCCIÓN DE ESPACIO PÚBLICO** que, sirviéndose de esta operación para fortalecer el tejido social, haga de dicho espacio un escenario tan democrático como democratizador.

10. Fomento a la realización de actividades orientadas a la recuperación y/o disfrute del entorno natural de la ciudad, a través de una **ESTRATEGIA PARA EL RECONOCIMIENTO DEL VALOR PATRIMONIAL DEL MEDIO AMBIENTE**.

11. Generación de nuevos comportamientos ciudadanos en lo que se refiere a sus prácticas de acceso a los bienes y servicios, a través de una **ESTRATEGIA PARA LA REORIENTACIÓN DE LOS HÁBITOS DE CONSUMO** que se orienten tanto a una evaluación frente al gasto, en la perspectiva de integrar necesidad y calidad (consumo responsable), como al mejoramiento de la higiene urbana y a la reutilización de desperdicios.

12. Concientización y valoración del uso de fuentes alternas de energía, a través de una **ESTRATEGIA PARA EL USO DE TECNOLOGÍAS APROPIADAS** que, apoyándose tanto en la innovación como en el ingenio popular, optimice el uso de los recursos y promueva la generación de nuevas formas asociativas de producción no perjudiciales para el medio ambiente.

13. Captación de la voluntad participativa de la ciudadanía a través de una **ESTRATEGIA PARA RECUPERAR LA CAPACIDAD DE CONVOCATORIA DEL ESTADO** que contribuya con su legitimización sobre la base de garantizar su auténtica representatividad.

Una cosa resulta clara para la cabal puesta en marcha de las anteriores estrategias, y es que las mismas deben ocuparse, en primera instancia, de abordar y enfrentar el fenómeno de pobreza y de inequidad en el acceso a las oportunidades, así como a los bienes y servicios, que afecta a la mayor parte de la población de las grandes ciudades del subcontinente; dado que ésta, en tanto problema estructural matiza, no sólo las relaciones ciudadanas sino las propias relaciones de la colectividad con el Estado e, incluso, con el entorno natural. En este orden de ideas, la comprensión y atención a las propias causas

estructurales de la misma resulta crucial, no sólo para entender la dinámica cultural de la Región, sino para proyectar, desde allí, los posibles caminos que, a partir de aquí se abran para enfrentar los problemas ligados a esa clase de inequidad que en este medio caracteriza su ya atávico “sudesarrollo”.

Lo anterior supone no sólo un ajuste radical de las relaciones entre el subcontinente y los países más desarrollados (causa primera de su desequilibrio estructural) sino dotar a las estrategias antes descritas de un decidido y explícito espíritu pedagógico que, en última instancia, “enseñe” a hacer ciudad, en el acto mismo de formar ciudadanía crítica, responsable y proactiva.

9.4. La “construcción de ciudad” entendida como construcción topofílica de territorio.

Sin lugar a dudas, uno de los aspectos más importantes a garantizar, dentro del tema de la sustentabilidad urbana, es el que tiene que ver con la comprometida participación de los actores sociales en la construcción, preservación y cuidado de su hábitat; puesto que son ellos, en definitiva, quienes en primera instancia se ven afectados por los múltiples problemas inherentes al desequilibrio social y ambiental que caracteriza a las grandes metrópolis (particularmente a las del “Tercer Mundo”) y que, en gran medida, son generadores, entre otras cosas, de ese creciente fenómeno de violencia que, en sus múltiples formas, hoy en día padecen estas ciudades: la de la exclusión social, la del desempleo, la de la falta de oportunidades, la de la impunidad, la de la delincuencia y la criminalidad y, sobre todo, la de la indiferencia.

Es por esto que resulta urgente el enfrentar, en manera decidida, las causas estructurantes de la misma que, en buena medida, se concentran en la desigualdad social y en el hecho de que, al parecer, no todos los habitantes tienen el mismo derecho a la ciudad, como si ésta fuera patrimonio exclusivo de unos pocos y no un bien común construido colectivamente. En esta medida, sobresale la falta de oportunidad para todos como uno de sus problemas más graves; oportunidad para ejercer el derecho a una calidad de vida digna, a un empleo, a un techo, a una alimentación adecuada y a unos servicios sociales básicos pero, sobre todo, oportunidad para ser distintos sin temor a ser estigmatizados, que es lo mismo que decir, *violentados*.

De acuerdo con esto, la ya tradicional separación en el gobierno de las ciudades entre Estado y sociedad, junto con la ineficacia de una planeación normalmente de orden inmediatista y coyuntural que no logra hacer partícipe al ciudadano común y, por tanto, no sólo adolece de “proyecto colectivo” sino de noción de futuro, acusa cada vez, con mayor fuerza, la necesidad, no sólo de replantear la filosofía del gobierno de las ciudades (y sus específicas estrategias de planeación), sino de constituir verdaderos pactos entre los distintos actores sociales, para que desde las adecuadas estrategias de participación se involucren en el gobierno mismo y en la construcción-transformación de la ciudad en la que viven.

El objetivo de esto no es otro que el de buscar y propiciar una relación de correspondencia e inseparabilidad entre gobernabilidad y habitabilidad, pues es tan absurdo tratar de gobernar una ciudad inhabitable como tratar de habitar una ciudad ingobernable, ya que de hecho, y como lo demuestran las actuales tendencias, *gobernar una ciudad* (en sentido amplio, distinto del simple administrar) *es un asunto de sus habitantes*.

Valga señalar un común denominador en las acciones de los planificadores y los gobernantes: en uno y otro caso de lo que se trata es de “estructurar el posible campo de acción de otros” y de definir el “cómo” de tal estructuración; pero, ¿cómo va a ser esto posible si la planificación y el gobierno van por caminos separados?; ¿no son acaso cosubstanciales al poder mismo sin el cual carecen, no sólo de realidad, sino, lo que es más grave aún, de sentido?; es más, ¿cómo concebir una planeación que no comprometa la activa participación y decisión de los actores involucrados? La conclusión es simple: “gobernar es diseñar”, y esto, para el caso de las ciudades, no es otra cosa que saber estructurar el campo de posibilidad y realización de los distintos sujetos tanto individuales como colectivos en el efectivo despliegue de sus *diferencias*, de ahí que no podemos pretender poder gobernar una ciudad si no creamos las condiciones para poder vivir en ella.

Los innumerables y crecientes problemas que afectan a las grandes ciudades, particularmente a las del contexto que nos ocupa, no dan espera a una solución que, viniendo por iniciativa del Estado, “milagrosamente” ponga freno al paulatino deterioro que en ellas acusa la calidad de vida; razón por la cual cobra cada vez más urgencia el concertar verdaderos pactos sociales donde los distintos sectores de la población asuman

compromisos concretos con el entorno físico, social y significacional en el que se desenvuelven. Desde esta perspectiva, y como ya anotamos (ver numeral 7.3) tres son los problemas que, en términos generales, consideramos ha de enfrentar en nuestros días cualquier intento de “construir” ciudad y, a los cuales nuestra propuesta no sólo no se sustrae sino que, como veremos, aborda de manera particular: *la falta de gobernabilidad, las precarias condiciones de habitabilidad y la pobreza y escasa productividad económica.*

Por si fuera poco, esta triple problemática, o mejor, estas tres caras de un mismo problema: el “*subdesarrollo*”, se ve agravada por una situación específica que aqueja a gran parte de estas ciudades - cuando no es causa, ella misma, de sus gravísimos problemas - y es el de *la pérdida del sentido de pertenencia y de los nexos de apropiación y arraigo de buena parte de sus habitantes*, causada por los factores señalados en la definición del problema al que nos enfrentamos (ver Marco Científico de la propuesta).

De esta forma, y dentro del reto de contribuir con la promoción de un *desarrollo sustentable* en las grandes ciudades a partir de la “construcción” de ciudadanía implícita en la propia “construcción” de éstas, proponemos implementar una doble estrategia, o mejor, una estrategia con dos dimensiones: una que se ocupe de concebir a la ciudad como un “todo sistémico” y, en tal medida, proponga su reordenamiento con base en la armónica integración de cada una de sus partes, concebidas de acuerdo al carácter dinámico de los flujos que las configuran e interconectan; y otra que entienda la dimensión territorial que caracteriza tales partes en sus componentes psico-físicos y socio-culturales; los que de hecho se “movilizan” e instalan en dichos flujos. En el primer caso estamos hablando de un sentido “bio-sistémico” aunque *anorgánico* de la planificación (ver numeral 7.2) y, en el segundo, de una específica forma de concebir el desarrollo comunitario y la planeación participativa a través del concepto de *Topofilia* que venimos construyendo dentro del marco disciplinar de la Geografía Humana.

La pretensión no es otra que la de enfrentar, a partir de aquí, esa ya “atávica” condición que, en gran medida, caracteriza las ciudades latinoamericanas y desde la cual éstas se presentan, al menos en apariencia, como un frenético “caos”, no sólo inmanejable e ingobernable sino, lo que es más grave aún, en muchos casos, prácticamente inhabitable.

Numerosas iniciativas tanto públicas como privadas han realizado importantes, pero en la mayoría de los casos, aisladas acciones, por hacer de la ciudad un ámbito amable y grato para todos, pero ven limitados sus esfuerzos, en gran medida, por la duración misma de los distintos programas que, en tal sentido, se han adelantado y que, normalmente, suelen coincidir con la propia duración de las respectivas administraciones. Al desaparecer el apoyo técnico, humano o financiero, “estos buenos intentos” también desaparecen. La razón es muy sencilla, *no han sido “apropiados” verdaderamente por la ciudadanía o por las distintas comunidades en que se aplican*. De ahí la necesidad de promover la realización de experiencias que garanticen su continuidad desde *la apropiación tanto efectiva como “afectiva” que, de ellas hagan, los respectivos grupos humanos involucrados*.

Pero, ¿cómo lograr que estos prácticamente “anónimos” habitantes rescaten para sí el espacio que ocupan y hagan verdaderamente suya, no sólo la ciudad como generalidad, sino los lugares específicos que habitan al interior de ella? Esta y no otra consideramos es la pregunta que debe alentar cualquier intento contemporáneo por “construir ciudad” y que asumimos de manera explícita como guía tutelar de este trabajo.

En el caso de latinoamérica, menos de cincuenta años han bastado para convertir a muchas de sus tranquilas y pacíficas “aldeas” en verdaderas megalópolis, haciendo del cambio de escala un problema no sólo espacial sino, fundamentalmente, social. No sólo se han perdido los límites físicos de una territorialidad sobre la que con seguridad se movían sus pobladores, sino que se ha perdido, también, el dimensionamiento humano de las relaciones interpersonales. La conclusión frente a esta pérdida de escala física y social no es otra que la propia pérdida de la relación entre el conglomerado social y el espacio físico en el que se desenvuelve, produciendo lo que podríamos denominar como la falta de sentido de arraigo y de lazos de pertenencia: *no sólo se ha ido perdiendo la noción de ciudad sino que sus habitantes se han ido perdiendo dentro de ella*.

A este respecto, si bien en un trabajo anterior (Yory, C. M. 1998) establecimos los presupuestos de la *Topofilia*, tal y como la entendemos, lo que procede, en este momento, es entrar a definir cuáles son sus componentes básicos y, desde allí, cómo actúa, cómo opera en el escenario particular de la ciudad latinoamericana.

9.5. La dimensión pedagógica del planteamiento topofílico: se es ciudadano haciendo ciudad.

Sin lugar a dudas, uno de los desafíos más importantes de la época que estamos viviendo, es el diseño de nuevas tecnologías educativas que nos permitan entender la racionalidad de estos tiempos y, a la vez, consolidar una base crítica que nos posibilite reflexionar sobre la ruta trazada por la idea de modernidad que subyace al interior de ésta. El objetivo no es otro que el de asumir una posición frente a la idea de mundo que, paradójicamente, a través de la educación (y el papel que aquí cumplen los medios masivos), por todas partes se nos oferta.

En este sentido, un aspecto fundamental de un proyecto educativo contemporáneo tiene que apuntar, necesariamente, a la comprensión de las categorías fundadoras de la civilidad y; con ellas, de la filosofía y alcances del proyecto de convivencia que le es inherente a partir, fundamentalmente, de la formación ciudadana y, desde aquí, desde la propia construcción de ciudadanía. A este respecto, como anota Forero (1998), “el debate en torno al sentido social de la ciudadanía se puede esquematizar diciendo que, desde algunas perspectivas, se propugna por dar relevancia a su dimensión privada centrada en su potencialidad de otorgar derechos; desde otras posturas, se realza la connotación de responsabilidad como condición fundamental, antes que la pasiva de tener derechos” (Forero, O. D. 1998. pp. 24).

De cualquier forma, la noción de ciudad sustentable que estamos construyendo, en su carácter incorporativo y abierto, no considera la perspectiva excluyente que supone que los derechos “se ganen” sobre la base de los niveles de responsabilidad que la ciudadanía adquiera a partir de la implementación de un proyecto pedagógico economicista que valore, tan sólo (y en tal medida “premie”), las actuaciones decididamente funcionales y “aceptables” para el sistema. Por el contrario, consideramos que el fin de un proyecto de pedagogía ciudadana no debe apuntar a la formación de una dudosa “conciencia colectiva” orientada en una única y “clara” dirección sobre la cual se justifique la adquisición de derechos, negándole así los mismos a quienes no compartan esta posición; sino la construcción de una auténtica y crítica formación de conciencia individual respecto del ejercicio de los derechos que, como ciudadanos, todos tenemos; lo que supone incorporar en dicho proyecto ese principio fundamental que, desde aquí, resulta ser el de la *responsabilidad compartida*, base de un nuevo contrato social llevado a cabo no sobre la

homogenización del cuerpo social sino precisamente sobre la interacción de sus diferencias; lo que supone, en primera instancia reconocer la diversidad cultural y, desde aquí, entrar a caracterizar los distintos actores sociales y la disponibilidad de que los mismos desplieguen, al servicio del bien común, sus específicas competencias.

A este respecto, un proyecto pedagógico que, en nuestros días, se quiera ocupar de formar ciudadanía, debe adoptar, necesariamente, una posición crítica frente al triple marco ideológico en que, en la actualidad, se enmarca el tema; nos referimos, por supuesto, a las posiciones que Huruego (Op. Cit.) bien caracteriza en torno a los principios conservadores, liberales y neoliberales desde los cuales un proyecto de tales características debe ocuparse; en el primer caso, de enfrentar la “terquedad” de las minorías que, por una u otra razón, se niegan a adoptar la visión “consensual” que el discurso hegemónico y su principio de razón dominante, como lo denomina Foucault, ofrece, a la luz de sus presupuestos etnocéntricos, separatistas y, por tanto, excluyentes; en el segundo, exaltando la “diversidad” y el “disenso” de las sociedades plurales, eso sí, a cuenta de reconocer la existencia de una “sociedad anfitriona” que fomenta el consenso promoviendo políticas “multiculturalistas” que, apelando a la comunidad de “los diferentes” quiere mantener el control sobre los pluralismos y; en el tercero, otorgando mayor peso al carácter dinámico que la diversidad aporta al mercado en lo que respecta a sus variadas formas de acceder al consumo; marco desde el cual, el pluralismo y la diversidad resultan incondicionales aliados de la competitividad que, por todas partes alienta, la liberalización del mercado y la desregulación económica.

En los tres casos estamos hablando de alfabetizaciones funcionales que, de una u otra forma, juega, con el concepto de “exotización” de las diferencias, combatiéndolas en el primer caso, regulándolas en el segundo y sirviéndose de ellas en el tercero; a fin de cuentas, para el discurso dominante, las alfabetizaciones funcionales se reducen “a prácticas ligadas a intereses económicos estrechos, a la lógica para iniciar a los sectores populares en la ideología dominante y unitaria, y al adiestramiento para ocupaciones puntuales en el mercado de trabajo” (Huruego, J. A. Op. Cit. pp. 54). En tal medida,

Con las transiciones de la disciplina a la autodisciplina, de la producción y el mundo del trabajo a la seducción y el mundo del consumo, del Estado a la autogestión, de lo público a las nuevas formas de socialización flexibles, del capitalismo autoritario al capitalismo

hedonista y permisivo, congruente con una *res-pública* desvitalizada, de la utopía de la revolución socialista a la revolución informática (...), se han desarrollado modelos, imaginarios y narrativas de ciudadanía acordes con el proceso que se vive (representado por el concepto-trampa de la globalización). En casi todas hay un descenso de las formas públicas de ejercicio de la ciudadanía y una propuesta/impulso que elogia el repliegue de su ejercicio hacia esferas, al menos, micropúblicas” (Ibídem).

Lo cual significa, un retrotraimiento de lo social hacia la pequeña escala, al parecer, única referencia para el anudamiento de los discursos identitarios donde, por otra parte, se contextualizan los “significados universales” y se resemantizan las categorías propias de la ciudadanía. En tal medida, la pequeña escala (barrial, vecinal o comunitaria) cobra un papel fundamental en la *producción de significados*; tarea desde la cual, la idea de “formar al ciudadano” deja de ser un simple propósito de “educarlo en la recepción”; al parecer, común denominador a los presupuestos ideológicos antes mencionados.

En esta medida, el reto pedagógico del nuevo milenio, ligado a una nueva utopía democratizadora, no puede ser otro que el de apostarle a la recualificación del Estado sobre la base de una redefinición de las categorías fundadoras de la ciudadanía; propósito al que se suma la determinación del papel proactivo que a ésta le compete en la construcción de auténticos consensos contruidos sobre la incorporación de las diferencias y no sobre la base de su dilución sistemática a la luz de un privilegiado principio homogenizador. En cualquier caso, “formar al ciudadano”, debe suponer el garantizarle; por un lado el acceso a los códigos de la modernidad y, por otro, la instrumentación suficiente para que esté en capacidad de reorientar los mismos a partir de la construcción de nuevos derroteros y nuevos significados; operación que sólo concebimos a través del comprometido ejercicio de una práctica cultural sobre el espacio.

En razón de lo anterior, abogamos, con Huergo, por la constitución de una pedagogía crítica postcolonial (este autor la denomina: una “ciudadanía guerrera”) puesta en marcha a través de una política cultural que, a la vez que realice una lectura cultural de la política, lleve a cabo una lectura política de la práctica cultural puesta en obra por cada colectivo, por cada comunidad. En esta medida, el reconocimiento de las diferencias no apunta a otra cosa que al propio reconocimiento de la multiplicidad de saberes y sujetos

que se constituyen al interior de relaciones de poder fundamentalmente asimétricas; lo que no debe entenderse como que es la asimetría la razón de ser de sus diferencias sino, apenas, el marco desde el cual las mismas a la vez que se especializan, del mismo modo, se *espacializan*.

Cumple en este sentido un papel fundamental la territorialización de los códigos que se detecta, entre otras cosas, a través de la elaboración de mapas cognitivos (o mapas de significación), en tanto éstos dan cuenta de la producción colectiva de significados sobre un espacio que, sólo así, expresa las distintas maneras en que la diferencia se ejerce como “apropiación”. Aquí el encuentro dialógico de racionalidades (clave de un proyecto pedagógico de ciudadanía) responde a la asimetría cultural desde la cual se ejercen los micropoderes (y contrapoderes) que ponen en juego las diferencias. En tal medida, compartimos con Huruego la idea de que “en lugar de construir subjetividades que simplemente se reafirmen como formas monádicas errantes, o atómicas de totalidad (facilitadas por la ética consumista y la lógica del mercado, que saturan las subjetividades) necesitamos cruzar las fronteras e ingresar en zonas de diferencia cultural, para encontrar formas de hablar desde fuera de los sistemas totalizantes mediante la construcción de *identidades de borde* (Huruego, J. A. Op. Cit. pp. 56). Tarea que abordamos de manera explícita en la determinación del discurso periférico que en nuestra opinión, y como anotamos en páginas anteriores, define y caracteriza la especificidad de la “gran ciudad” en América Latina.

Ahora bien, para que esto pueda llevarse a cabo, es necesario recurrir a nuevas formas de acceder a las voluntades que superen el carácter formal y, fundamentalmente escritural, de las conductuadas y teleológicas alfabetizaciones modernas. A este respecto, como señala Huergo (Op. Cit.), si bien la escritura produjo una estructuración de la conciencia (correspondiente con el proyecto moderno de la subjetividad, anotaríamos nosotros), los nuevos modos de comunicación (mediados por el lenguaje visual e interactivo, recalcaríamos), reestructuran la percepción y provocan fenómenos sociales y culturales novedosos. En este punto, “los medios y las nuevas tecnologías estarían provocando una *alfabetización múltiple* que vamos a denominar: *alfabetizaciones posmodernas*” (Huergo, J. A. 1998. pp.50-51).

A este respecto, este autor señala, como una particularidad de éstas últimas, su “incapacidad para adoptar un único y fijo punto de vista con respecto a la realidad y, a la

vez, la posibilidad de enfocar la realidad desde mucho puntos de vista diferentes, simultáneamente” (Ibídem). Lo que supone para la percepción y consecuente construcción de la realidad (pues aquí la realidad se asume no como un hecho sino como una construcción, valga decir, como una “edición”) el privilegiar, en detrimento de los planos verbales los expresivos planos, kinésicos y proxémicos de lo facial, de lo gestual, de lo espacial y, desde aquí, de “lo vecinal”. De donde infiere Huergo que las estrategias cognitivas de las culturas urbanas tengan más que ver con estructuras orales, emotivas y afectivas, que con estrategias pedagógicas formales y escriturales. En este sentido,

Las alfabetizaciones posmodernas no sólo deben referirse a los medios, a las nuevas tecnologías y a la cultura mediática (sino también...) a las múltiples y complejas formas de socialidad; a las prácticas sociales que se vinculan con modernas configuraciones de conocimiento y poder y; también, a las recientes formas de lucha política y cultural, respecto del lenguaje y la experiencia, que marchan a la par de las transiciones producidas por la posmodernidad y de los conflictos culturales que horadan la configuración desde las cuales es posible leer y pronunciar la palabra y el mundo (Huergo, J. A. Op. Cit. pp.52).

En esta ruta, nuestro interés no es otro, con este trabajo, que el de establecer tanto los componentes de la estrategia pedagógica inherente al planteamiento topofílico, como el definir sus modos de operacionalización al interior de un proyecto sustentable y participativo de ciudad; lo que supone a cada comunidad que quiera implementarlo llevar a cabo tres operaciones básicas: reconocer lo que son, en sí mismas; es decir, en lo que Ortega llamaría “sus circunstancias” (políticas, económicas, sociales, culturales y ambientales); definir lo que quieren ser propiciando la voluntad de cambio en aquellos aspectos que consideren pertinentes; y diseñar las estrategias para alcanzar aquello que anhelan. De ahí que una estrategia pedagógica que quiera incorporar estos tres aspectos debe *enseñar a pensar la ciudad, enseñar a hacer de ella lo que sus habitantes quieren que sea y enseñar a construir los mecanismos para lograrlo.*

Lo que resulta de aquí es la definición del carácter pedagógico de un Plan de Ciudad que no sólo parta de los imaginarios colectivos existentes, sino que además propicie la creación de nuevos símbolos que aglutinen y ayuden a identificar a sus

habitantes. Esto con el fin de reafirmar la diversidad cultural de la ciudad y, a la vez, de posibilitar, a partir de ésta, el desarrollo de consecuentes líneas de acción sobre la base de la puesta en marcha de pertinentes “prácticas culturales” que, en tal medida, correspondan con los nuevos imaginarios conformados. En consecuencia, tales “líneas de acción” deben, al mismo tiempo que caracterizar, precisar y reforzar la identidad cultural de la ciudad, a través de la propia práctica cultural que supone la “construcción -apropiación de ésta, incorporar la dimensión cultural en la definición del norte mismo que, de tal suerte, habrá de orientarla en el futuro.

Desde esta perspectiva, la cultura urbana y su invaluable capital social y simbólico, se constituye en el verdadero comodín de una planeación que parta de lo que las ciudades son en sí mismas, posibilitando, de este modo, la definición y consecuente construcción de lo que las mismas desean ser. Tarea que supone trascender el plano de las simples “campañas” a través de las cuales, tradicionalmente, los gobiernos ponen en marcha iniciativas que apunten a la modificación de los hábitos ciudadanos y que, muchas veces, se quedan en el simple eslogan publicitario. Dos factores inciden en esta situación; el primero de ellos tiene que ver con la propia actitud de los gobiernos locales frente a la cultura, concebida, normalmente, con un peso específico sustancialmente menor que la economía o el desarrollo urbano; postura que se traduce, entre otras cosas, en los exiguos presupuestos que se asignan a ésta sobre la base de entenderla, apenas, como una actividad “lúdica” o recreativa” sin substrato de fondo para contribuir, de manera significativa, en los grandes problemas que aquejan a las ciudades, para las cuales, la misma resulta ser un gasto y no una inversión. El segundo factor que hace de la cultura urbana la “cenicienta” del desarrollo físico y social de las ciudades, es la que tiene que ver con la falta de empoderamiento, por parte de las distintas comunidades, frente al tema, ya que las mismas, frecuentemente, desconocen el papel proactivo de su acervo identitario, no cuentan, muchas veces, con los instrumentos para hacerlo efectivo o, en otros casos se encargan de negarlo, sobre la base de la “vergüenza” que les ocasiona pertenecer a estructuras simbólicas distintas a las de la mayoría.

En razón de lo señalado, dos aspectos fundamentales debe atender un proyecto pedagógico de ciudad que quiera ser auténticamente participativo y, desde allí, sustentable: la instrumentación para la acción y el ejemplo a través de la puesta en marcha de iniciativas que actúen como referente para el conglomerado social (en páginas anteriores anotábamos el papel que a este respecto cumplen las “islas de sustentabilidad”).

Sobre esta base, tal proyecto de ciudad debería considerar trazarse derroteros políticos en tres niveles básicos: en el de la línea de una *pedagogía de la descentralización* que fortalezca el poder y la autogestión local; en el de la línea de una *pedagogía de la convivencia* que fortalezca las relaciones interpersonales e intercomunitarias; y en el de la línea de una *pedagogía del intercambio* que promueva el comercio justo, la formación de empresas sociales, la articulación de circuitos económicos, el fomento a las economías de escala, la adopción de fuentes energéticas no contaminantes y la transformación de aquellos hábitos de consumo que resulten perjudiciales para el colectivo social y para el entorno natural y construido de la ciudad.

En cualquier caso, aludimos a la puesta en marcha de una estrategia pedagógica que, en su honda dimensión política, actúe de manera directa y decidida sobre la formación de una clara conciencia respecto de la noción de lo público y, desde allí, sobre unos procesos de ordenamiento territorial y planificación estratégica concebidos, así, desde un enfoque eminentemente local. Un aspecto fundamental surge en este punto, y es el que tiene que ver con la determinación de proyectos estratégicos que coadyuven en la realización de las aspiraciones pedagógicas del propio proyecto de ciudad que estamos proponiendo; en este sentido consideramos que las iniciativas que pretendan adelantarse con este perfil deben:

a. Explicitar su carácter pedagógico en los siguientes sentidos: el político-administrativo, el psico-social, el físico-ambiental, el económico-productivo y el estético, haciendo evidentes sus aportes al fortalecimiento de la gobernabilidad, de la productividad y de la habitabilidad.

b. Contemplar la participación de la ciudadanía en su proceso de formulación y, de ser posible, en su ejecución sirviendo como modelo de organización y gestión comunitaria.

c. Tener en cuenta las características sociales y culturales del entorno en el que se ubique, buscando que sea pertinente tanto en su dimensión física como en la social; condición fundamental para garantizar la apropiación del mismo por parte de sus usuarios.

d. Estimular los imaginarios colectivos e individuales, propiciando las condiciones ambientales y estéticas que lo hagan no sólo eficiente sino amable.

e. Contemplar en su realización una visión de futuro induciendo, desde sí mismo, comportamientos y actitudes que contribuyan en la construcción colectiva de la ciudad deseada.

En consecuencia, hablar de un Plan Pedagógico de Ciudad (PPC) supone reconocer su valor estratégico a la hora de potenciar procesos sociales incorporativos en los cuales las distintas fuerzas vivas de la ciudad, en tanto actores sociales (Gobierno Municipal; organizaciones cívicas, sociales, religiosas, cooperativas y asociativas; instancias educativas; sector económico, productivo y empresarial; gremios y organizaciones sindicales; organismos no gubernamentales; medios de comunicación y; entre otras, agencias internacionales de cooperación), asuman decididos compromisos en la búsqueda del bien común. Para ello es necesario que el Plan “enseñe” a pensar la ciudad en el acto mismo de intervenirla; lo cual supone que para éste es tan importante el proceso como el resultado y, por lo mismo, que antes de buscar realizar en el tiempo un proyecto de ciudad determinado, se ocupará, más bien, de establecer los instrumentos y los escenarios para ir construyendo, paso a paso y de manera flexible y adaptativa la forma que en tal proceso le quieran dar a ésta sus habitantes.

**CAPÍTULO VI. LOS COMPONENTES DEL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO:
CLAVES PARA EL EJERCICIO DE UN PROYECTO SUSTENTABLE DE CIUDAD.**

**10. LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA COMO CONDICIÓN DE
POSIBILIDAD DE UN PROYECTO DE CIUDAD CONCERTADO.**

10.1. La participación entendida como la “puesta en obra” del Capital Social.

De manera general, asumimos la *participación* como la interacción entre grupos o personas en procesos de construcción de bienes colectivos. De manera más restringida, la entendemos como la interacción de la ciudadanía con el Estado en los procesos de definición y aplicación de políticas públicas. Interacción que apunta a revelar necesidades y preferencias de la gente y a obtener una atención más adecuada y oportuna a sus demandas, promoviendo modificaciones en la calidad y la distribución de los bienes y servicios públicos.

En este sentido, la *participación* puede ser vista como un cambio de actitud de los ciudadanos - *pero en nuestro caso, también, como un cambio de actitud del Estado* - para asumirse como actores responsables de bienes públicos y de las actividades que se desarrollan para su cualificación y adecuada distribución. Igualmente, podríamos decir que la participación se presenta cuando un determinado “cuerpo social”, con intereses distintos (o no) a los gubernamentales, plantea proposiciones diferentes o no pensadas por el Estado, ya sea en procesos de planeación y gestión, o en acciones y procesos de protección de derechos y bienes colectivos.

De cualquier forma, la *participación* tiene un carácter eminentemente *político* en tanto se orienta a considerar asuntos que *gobiernan la vida grupal y social*; en esta medida adquiere connotaciones distintas, en forma y contenido, de conformidad a aquellos aspectos de los bienes públicos que interesan a los actores en un momento determinado. Aspectos que, en términos generales, se encuentran inmersos en procesos dinámicos de construcción y distribución de los bienes en razón de la búsqueda de *equidad, cobertura, calidad, eficiencia, y transparencia*.

Por lo anterior, la *participación* es, ante todo, *un tema que tiene que ver con los contenidos y las formas que se dan en la interacción entre ciudadanía y Estado o entre*

grupos y personas que se expresan en un momento dado de manera colectiva frente a bienes públicos, constituyéndose, así, en sujetos políticos. Para analizar estos aspectos que configuran la participación, hay que tener en cuenta que los actores sociales y el Estado – *así como los grupos y las personas* - son fenómenos dinámicos, condicionados y heterogéneos, lo cual produce distintos tipos y niveles de participación. A su vez, ésta se desarrolla en momentos y escenarios específicos que determinan su oportunidad y pertinencia.

De otra parte, es necesario tener en cuenta que la *participación* es un fenómeno muy variable que evoluciona a través del tiempo. De hecho, la *participación ciudadana* es, con frecuencia, fuertemente activada por intereses parciales y solo excepcionalmente por el interés general. En efecto, los actores sociales viven con regularidad situaciones y procesos de fragmentación entre sí y también al interior de sus estructuras de agrupación, como resultado del juego de intereses individuales y grupales de carácter social, económico y político que se encuentran atravesados por mentalidades determinadas que pugnan por prevalecer. Podríamos afirmar, entonces, que excepto en casos muy aislados, *no existe la participación ciudadana motivada “en abstracto” por la protección y consolidación del bienestar general y que el actor que más se aproxima a ésta, por su carácter y función en la construcción y distribución de bienes públicos (valga decir, por su utilidad), con arreglo a criterios de beneficio universal, es el Estado.* Pero, a su vez, éste último se encuentra condicionado por los intereses y visiones parciales de gobernantes y funcionarios que la sesgan y manipulan a su coyuntural arbitrio; lo que no le quita importancia al hecho de su presencia, cada vez más protagónica, en las constituciones de los distintos países (particularmente en América Latina) donde la crisis de gobernabilidad y, con ella, el debilitamiento del Estado, acusa la urgente necesidad de plantear un nuevo proyecto político, o; cuando menos, unas nuevas estrategias tanto más eficientes cuanto más acerquen a gobernantes y gobernados.

Lo que ocurre, entonces, es una clara separación entre lo que está escrito en el papel, respecto al “deber ser” de la *participación*, y lo que en realidad ocurre a la luz del marco político-institucional en el que la misma pretende llevarse a cabo; en este último caso, la *participación* se expresa como un conjunto desigual de intereses y aportaciones ciudadanas que agencian motivaciones parciales en su interacción con un Estado específico y concreto que responde a visiones ideológicas y políticas particulares, pero que, de cualquier forma, tiene la obligación de velar por el bienestar general.

En este contexto, los *bienes públicos*, que por definición son de carácter universal, pueden llegar a confundirse con los llamados “*bienes de club*”, que son aquellos que benefician a grupos determinados. De ahí que, muchas veces, la *participación* se dirija (particularmente en el caso de América Latina) a reclamar del Estado que cumpla su papel de salvaguarda y constructor de bienes públicos, asumiendo que no existe otro actor que pueda cumplir con esa función. En razón de lo anterior la *participación* se presenta fuertemente asociada al conflicto, actuando como una especie de *alter ego* del Estado, siendo capaz de generar resultados tanto positivos como negativos para los directamente involucrados o para terceros excluidos de la interacción participativa.

Como quiera que sea, los actores sociales tienen distintas formas de relacionarse con el Estado; están los que piensan problemas y quieren hacer parte de las decisiones (éstos son los que participan); pero también están los que más que pensar problemas, adoptan el lugar de la oposición *per se* (ni siquiera el necesario papel de la oposición crítica) que, en consecuencia, los margina de la toma de decisiones y les reduce sensiblemente su capacidad participativa. Estos últimos están estrechamente ligados a mentalidades polares y poco complejas (de gran prosperidad en el contexto socio-político del subcontinente), que establecen discursos a partir de estigmas y extremos, sin ahondar en las causas ni, mucho menos, en las diversas facetas de los fenómenos. A su vez, aquellos actores que procuran, antes que proclamar su adhesión o disgusto hacia una política, pensar los alcances de la misma en un contexto determinado, tienen la posibilidad de influir de manera más significativa en las decisiones públicas.

Por otra parte, si miramos las formas de agrupación y expresión de los actores sociales, encontramos mecanismos viejos y nuevos de participación como el sindicato o la asociación gremial, en el primer caso, y el grupo cultural o juvenil, en el segundo. Igualmente se presentan mecanismos formales como las cooperativas, e informales como el grupo deportivo.

En otro sentido, el Estado desarrolla distintas formas de interacción con los ciudadanos a través de mecanismos legales e institucionales previamente definidos, los cuales no siempre garantizan mayores ni mejores niveles de participación, ya sea por la asimetría de las relaciones Estado - Ciudadanía, y Líderes - Ciudadanía, o por las distancias de los mecanismos con respecto a las mentalidades de los actores sociales, por las dificultades en el acceso a la información en la que se basa la participación, por las diferencias de lenguaje, y en general, por las dificultades de comunicación. Al parecer, lo

más importante para desatar procesos de participación constructivos radica en la coordinación entre la voluntad política del Estado y la voluntad práctica de los actores sociales, para establecer *mayores y más calificados niveles de comunicación y reducir las asimetrías* para la toma de decisiones.

No obstante, lo que ocurre en la mayoría de las grandes ciudades de América Latina es que, como señala el investigador Carlos Torres: “la estructura misma de la ciudad no ha permitido el desarrollo de mecanismos efectivos de participación de la Comunidad en la toma de decisiones (...), ya que el Estado concentra su acción y gestión de manera diferenciada dependiendo del tipo de interés que tenga para las distintas áreas de la ciudad, en correspondencia con los intereses de la administración central y la institución. En otras palabras no puede haber democratización política sin un cierto grado de democratización económica y social”¹⁰⁰ (Torres, C. 1998. pp.84. Cita a Duhau, E., y Girola. L. 1990).

En este punto, lo prioritario es establecer la caracterización general de los dos actores básicos que surgen de la reflexión anterior: el Estado y la Comunidad, con el fin de establecer la viabilidad real de la participación y, sobre todo, de la concertación, en el marco de la democracia existente. A este respecto anota Torres (Op. Cit.) que “el Estado ha operado como agente regulador de la dinámica urbana, desarrollando mecanismos de gestión y acción independientes de la comunidad, actuando como contenedor de la protesta social y desarrollando, en los momentos álgidos, procesos de concertación ante la explosividad social” (Torres, C. Op. Cit. pp.85); por su parte, la Comunidad “entiende y anhela la democracia en términos de poder ejercer una participación real en todas las faces de la toma de decisiones y en la gestión del desarrollo pero, ante todo, en la acción directa que se efectúa en la superación concreta de las necesidades más sentidas” (Ibídem).

Cabe en este momento señalar que la participación no es un ejercicio más de la democracia, y por tanto, una operación que responde a una única naturaleza; en esta medida, es necesario reconocer en ella sus diferentes matices, si lo que se quiere es poder contar con su valioso aporte en la construcción de un Estado que fundamente su fortaleza en los consensos ganados a través de ella y no a través de la imposición, más o menos

¹⁰⁰ Por democratización se entiende “la progresiva nivelación de las posibilidades de acceso a los bienes sociales, a la información necesaria para asumir actitudes racionalmente fundadas respecto de las decisiones colectivamente vinculantes y a la participación en la toma de decisiones” (Duhau, E., y Girola. L. 1990. Tomada del documento citado).

arbitraria, de un determinado y privilegiado “principio de razón dominante”. En esta medida, nos dejaremos guiar por la clasificación que, al respecto, lleva a cabo el investigador Leopoldo Múnera y que recoge Carlos Torres, en el documento citado, a través de los tipos de *participación* que expondremos, de manera resumida, a continuación:

a. Participación Subordinada: Controlada y tutelada por el Estado, busca llenar el vacío de la participación real y parte de aprobar lo previamente acordado, haciendo aparecer los actos de gobierno, como una construcción colectiva.

b. Participación Delegatoria: Las responsabilidades se delegan en la Comunidad para gerenciar los vacíos dejados por la ineficiencia o la no acción del Estado, privilegiando la llamada “gerencia de la pobreza”.

c. Participación Sustitutiva: Es la sustitución radical y excluyente del Estado dado que la comunidad no quiere saber nada de éste.

d. Participación Emancipatoria: Busca una resocialización de la Comunidad y el Estado partiendo de la administración conjunta de sus mutuos recursos.

Desde esta perspectiva, y en la línea de promover una auténtica democracia participativa desde la cual se relegitime el papel de la representatividad, la *participación emancipatoria* es, sin duda, la que más posibilita el desarrollo de un proyecto sustentable de ciudad; no obstante, al contrastar los mecanismos legalmente establecidos para participar, con los procesos reales de participación ocurre, con alguna frecuencia, que los mecanismos de participación más dinámicos en la vida real, no han sido previstos en la norma; existiendo, frecuentemente entre éstos y aquélla, enormes distancias sólo salvables por la presencia de algunos débiles niveles de proximidad, provenientes, muchas veces del propio marco institucional que ofrece el proceso de descentralización administrativa y funcional que, en la actualidad, siguiendo una tendencia mundial, promueven la totalidad de las grandes ciudades del subcontinente.

Por tal motivo, las relaciones del Estado con los ciudadanos deben ser analizadas a la luz de este importante marco, por cuanto el mismo se orienta a promover, *en lo administrativo*, mayores niveles de eficiencia y eficacia en la gestión pública, a la vez que una respuesta más oportuna al conflicto social en aquellos territorios y unidades de gobierno que se encuentran más cerca de los ciudadanos; y *en lo político*, a fortalecer la autonomía de los ciudadanos para que decidan cómo gobernar los asuntos colectivos a

través de su interacción con el Estado y con otros ciudadanos que son portadores de intereses y mentalidades diferentes.

En este sentido, es indispensable reflexionar acerca de cómo las políticas y mecanismos de descentralización afectan las relaciones de participación y cómo éstas últimas afectan a las primeras. Al respecto, se pueden plantear dos hipótesis de signo contrario. La primera: que a mayor descentralización, en términos absolutos (*cada unidad y territorio decide por su cuenta y riesgo*), mayor y mejor participación y mejores resultados en la gestión de lo público; y, la segunda: que la descentralización requiere, para su adecuado funcionamiento, un *centro* fuerte que la oriente y le fije reglas del juego en lo conceptual y lo técnico (*más no en lo político*) lo cual hace viable una cualificación sostenida de la *participación*.

Los procesos de *participación* se configuran, entonces, por una sucesión de interacciones en las cuales, los distintos fenómenos que se dan a su interior ensanchan o retraen, se estancan o crecen, de acuerdo con las mentalidades de los actores involucrados, incluido aquí el Estado, por supuesto.

Ahora bien, *la participación no es positiva en sí y por sí*; más aún, puede ser perjudicial en un momento determinado ya sea por la falta de preparación de los actores para participar, por el deterioro de la interacción o la falta de coordinación entre los interesados, por el carácter parcial y excluyente que puede tener la interacción en un momento dado o, entre otros aspectos, por la inexistencia o debilidad de un aparato instrumental fuerte que la respalde.

Resulta entonces vital preguntarnos por aquellos factores que condicionan la calidad de la *participación*; tarea que, en últimas, es la que determina la calidad de la descentralización *política*. A este respecto podríamos pensar que a mayor cantidad de interacciones, mejor calidad. Sin embargo, ello no es necesariamente así, ya que la calidad está asociada, principalmente, a la mentalidad de quienes intervienen en la interacción, a su capacidad para pensar problemas y formular alternativas y a su disposición cultural para el diálogo. Una participación de calidad requiere de la autonomía de los actores¹⁰¹, esto es, de la existencia de pensamiento propio en cada uno de ellos, de forma tal que sea

¹⁰¹ De forma general, se puede señalar que la autonomía es la capacidad del individuo o del grupo para determinar por sí mismo y en interacción con otros, qué hacer frente a un determinado problema.

posible pensar conjuntamente problemas “entre diferentes” para construir bienes públicos de manera compartida. La ausencia de pensamiento propio lleva a los actores que la padecen a la adhesión o al rechazo hacia el pensamiento estatal o el de otros actores que intervienen en los procesos de participación.

Cabe entonces preguntarse si en el caso particular e la ciudad latinoamericana, la *participación* adquiere sentido en tanto proceso para *consolidar pensamientos y actores* en condiciones de aportar a la construcción de bienes públicos, o si más bien se constituye, de acuerdo con los vicios políticos consuetudinarios que predominan en el subcontinente, en un eficiente y sutil mecanismo de control social y de legitimización del orden establecido. En cualquier caso, lo que la participación pone en obra, necesariamente es el Capital Social¹⁰² de una determinada comunidad o colectivo. Al respecto, resulta sugerente la propuesta de Francisco Gutiérrez (1998), de asumir el capital social “*como el conjunto de recursos que permite a la sociedad, o a un subconjunto de ella, solucionar dilemas de acción colectiva*”.

Dichos recursos podríamos enunciarlos como *asociativos* (formas de agrupación ciudadana formales e informales), *administrativos* (entidades públicas que representan la colectividad), de *gestión* (proyectos para mejorar los bienes colectivos) y *comunicativos* (mecanismos para la información, el diálogo y el debate entre los actores; a su vez, la utilización que se hace de los mismos tiene que ver, en primer lugar, con cuál y cuánta información tienen los actores y cómo acceden a ella¹⁰³ y, en segundo lugar, con la mentalidad de cada actor¹⁰⁴.

Otro factor que afecta notablemente la calidad de la *participación* y sus decisiones, está dado por la pluralidad de los actores que intervienen en ella. La situación deseable, a este respecto, es aquella en la que convergen constructivamente actores de pensamiento

¹⁰² El *Capital social* está dado por el tipo y la calidad de las relaciones entre individuos y actores en función del patrimonio colectivo y se asocia con aspectos como confianza, legitimidad y formas de agrupación horizontal. Por eso, la acumulación de *Capital Social* se realiza en las estructuras de relaciones que se dan entre personas y actores sociales.

¹⁰³ No está de más recordar el viejo axioma: la base de la participación es la información. La interacción participativa existe cuando se dan los siguientes requisitos: a) acceso previo de las partes a información sobre el asunto que motiva la interacción, b) las partes tienen condiciones para expresarse e involucrarse en el espacio de interacción, c) las partes consideran las opiniones ajenas, ya sea de forma positiva o negativa, y d) las decisiones se adoptan con relación a las ideas manifestadas en la interacción.

¹⁰⁴ Las mentalidades condicionan el uso de los recursos y las características que éstos asumen en un proceso determinado.

académico, técnico, institucional y empírico. A su vez, resulta igualmente importante reconocer, como otra característica definitoria de ésta, las diferencias y asimetrías existentes entre tales actores.

Ahora bien, cuando concebimos la *participación* en términos de interacción en función de bienes y políticas públicas, estamos aludiendo a la incidencia de los ciudadanos en el curso de la acción de la administración pública, el cual se organiza a través de la definición, ejecución y evaluación de planes, programas y proyectos que innegablemente tienen como base y correlato fundamental el *territorio*. Así, la *participación* se puede reflejar en las configuraciones específicas que, *a través de éste adquiere el Estado y, por lo mismo, debe entenderse como un mecanismo fundamental en su propia construcción, en tanto componente político esencial de la descentralización.*

Diríamos entonces, para concluir, que la *participación* debe entenderse como la necesaria interacción entre la ciudadanía y el Estado en procesos de definición y ejecución de políticas públicas, en razón de las cuales se producen, a la vez que se activan, determinadas construcciones de Capital Social y niveles específicos de distribución, calidad, eficiencia y transparencia de los Bienes Públicos. Actividad que supone, en primer lugar, la “adopción espacial” del territorio como escenario común en el que, a través de una ágil y específica estrategia de comunicación, han de dirimirse los intereses, de por sí diversos y asimétricos, entre los diferentes actores sociales, en razón de su actuación, de conformidad, con los recursos, mentalidades e intereses con que dispongan en cada caso; y, en segundo lugar, la determinación de la planificación como mecanismo a través del cual la propia participación hace efectivos sus intereses sobre el territorio, mediante la concertación y la determinación de respectivos compromisos y responsables.

10.2. La comunicación ciudadana y el liderazgo cívico: dinámicas socio-espaciales.

La actual reconfiguración de las culturas tradicionales impuesta por las exigencias de la globalización, pero, también, por su imaginario; promueve, sin lugar a dudas, una intensificación de la comunicación que acerca y, a la vez, aleja, a las distintas comunidades del planeta; no obstante, lo que no se puede desconocer, en ningún caso, es

el aumento de la interacción y, muchas veces, interdependencia, que la comunicación en cuanto tal, posibilita entre éstas.

En esta medida, si bien la comunicación promueve y facilita el intercambio (fundamental en una economía de mercado como la que la globalización alienta), las comunidades perciben en ella, a la vez que una oportunidad para “ponerse en circulación” y ser “reconocidas”, rompiendo la exclusión; una amenaza a la pervivencia de sus valores y caracteres fundamentales; algo así como una “trampa” más impuesta por el sistema para “capturarlas” simbólicamente e incluirlas, así, al interior del orden económico (hegemónico) vigente; pues, a fin de cuentas, “la larga y densa experiencia de las trampas a través de las cuales han sido dominadas, carga de recelo cualquier exposición al otro” (Barbero. Op. Cit.). Situación que, de otra parte, recualifica su noción de sí mismas, al hacerlas conscientes de la importancia de la reelaboración simbólica de su acervo patrimonial (material e inmaterial), con miras a una efectiva construcción de futuro que les garantice su supervivencia; acaso explicación para esa emergente producción de simbolismos híbridos (como los llamaría Canclini) que, de manera particular, caracterizan la cultura urbana contemporánea, especialmente en el contexto de la gran ciudad Latinoamericana.

En este contexto, se renueva la importancia de la comunicación “intra” e intercomunidades y, al mismo tiempo, la de poner en marcha iniciativas que apunten a la construcción de proyectos colectivos a través de los cuales se ejerza esa específica *diferencia* que caracteriza a cada grupo y a cada comunidad. En ese orden de ideas, y particularmente en los procesos sociales Latinoamericanos, aparece inexorablemente ligado el tema de la comunicación ciudadana al del liderazgo cívico; motivo por el cual, nos ocuparemos en las siguientes páginas de hacer un breve análisis de los puntos que consideramos más pertinentes a la hora de incorporar uno y otro tema a la construcción colectiva del territorio. Para ello retomaremos parte de las conclusiones que al respecto elaboráramos, conjuntamente con el equipo técnico del Plan Estratégico Bogotá 2000,¹⁰⁵

¹⁰⁵ Proyecto en el cual participaron, entre otras personas y además del autor de este trabajo, responsable de la coordinación general del tema y la consecuente elaboración del documento base (en calidad de Coordinador de la Comisión de Convivencia Ciudadana de dicho Plan), los investigadores Fernando Viviescas, Julián Arturo, Albeiro Caro y Bernardo Toro; personas que gentilmente aportaron su conocimiento y experiencia en la coordinación de toda una serie de Mesas de Trabajo con las organizaciones más representativas en Bogotá, en estos temas, y en la consecuente elaboración de marcos síntesis que dieran cuenta, para el caso de esta ciudad, de la situación al respecto.

en lo que de ellas pudiese ser pertinente a nuestro objeto (*la construcción–apropiación colectiva del territorio en el marco de la “gran ciudad” latinoamericana*).

Dentro de este marco surge, en la perspectiva de implementar una estrategia que, en materia de Comunicación Ciudadana, resulte válida para las grandes ciudades del subcontinente, lo que Fernando Viviescas denominó, en documento inédito del Plan antes mencionado: “la necesidad de llevar a cabo una estrategia de comunicación para hacer visible y materializar el ejercicio del derecho al espacio público a la pluralidad social, cultural y política que ya ocupa la ciudad y que se manifiesta en ella, lo que implica, entre otras cosas, posibilitar el aprovechamiento de los medios de comunicación como promotores y gestores de cultura cívico-ciudadana a través de la formación de valores que apunten al respeto por el otro, por la colectividad y por el propio espacio físico y significacional de la ciudad. De lo que se trata, entonces, desde esta perspectiva, es de hacer tangible la presencia de las perspectivas de convivencia que se producen y se confrontan ya, cotidianamente, en la ciudad” (Viviescas, F. Op. Cit.)

Lo anterior supone, sacar de la clandestinidad -para ganarle a la tendencia de estigmatización- a las formas expresivas, artísticas, lúdicas y simbólicas de interrelación y de comportamientos; así como a las de construcción, ocupación, uso y control del espacio que ya tienen construidas distintos sectores de la población, en los cuales se reconocen y desde los cuales miran y fundamentan sus relaciones con la ciudad, con los demás estamentos ciudadanos y con los poderes que tienen presencia en ella (Viviescas, F. Op. Cit.).

En este ámbito, se trata de formar en lo público a los ciudadanos contemporáneos, de hacer pública la ciudad, sus problemáticas y potencialidades, así como sus ofrecimientos y demandas, a través de los distintos mecanismos que ofrece la educación no formal y, con ella, los medios de comunicación y de difusión que ocupan y copan el espacio público.

De acuerdo con esto, el Estado debe concretar espacios de concertación que permitan que los medios de comunicación aprendan a querer y a apostar por la ciudad, y la conviertan en un objeto de las preocupaciones y de la creatividad de todos los ciudadanos y de sus organizaciones; que le abran el espacio a la gran pluralidad de sus manifestaciones, tanto en la prensa televisiva, radial y escrita, como en los medios

audiovisuales, el cine, el teatro y el arte en general, y en los espacios y recintos que la población ha ido implementando en los lugares, barrios y localidades que constituyen los sitios de reunión y de convocatoria de los ciudadanos en el desarrollo de su cotidianidad. Espacios que, en tal sentido, deben contar con la legitimación y potenciación por parte del Estado, en tanto reconocimiento de la actuación, en ellos, de la sociedad civil (Viviescas, F. Op. Cit.).

En esta medida, recalca Viviescas citando a Castoriadis: “sólo la educación-entendida como *paideia* -; es decir como proyecto cultural de los ciudadanos en cuanto tales, puede dar un contenido verdadero y auténtico al espacio público. Pero esa *paideia* no es principalmente una cuestión de libros ni de fondos para las escuelas. Significa, en primer lugar y ante todo, cobrar conciencia del hecho de que la ciudad somos todos y que su destino depende, también, de nuestra reflexión, de nuestro comportamiento y de nuestras decisiones; en otras palabras, de *nuestra participación en la vida política*” (Castoriadis, C. 1988. pp. 123).

En razón de lo anterior, nos dejaremos guiar a continuación por la síntesis que, para efectos exclusivos del papel de la comunicación en la construcción y/o fortalecimiento de procesos sociales encaminados a la apropiación colectiva del territorio, llevó a cabo Bernardo Toro en el documento del Plan antes citado, donde se afirma que: “la construcción de un proyecto colectivo de ciudad, implica concebir a la comunicación como un gran escenario de intercambio simbólico en el cual todos los actores, grupos y sectores que conforman la ciudad puedan hacer competir sus mensajes, sus símbolos y sus miradas sobre la realidad, en igualdad de oportunidades” (Toro, B. Op. Cit.).

Esto significa, en palabras de este autor, pensar a todos los habitantes de la ciudad como *interlocutores válidos*, es decir, como creadores de mensajes legítimos para los demás habitantes y, por lo mismo, como ciudadanos que tienen igual oportunidad de comunicarse y de ser escuchados; pero implica también, reconocer que todos los mensajes producidos por los distintos actores, comunidades y grupos, son igualmente válidos socialmente y que mientras mayor sea la diversidad de mensajes, productos y voces que circulen por los canales reconocidos socialmente, más rica y convocante será la comunicación de la ciudad.

Construir un proyecto de ciudad requiere, entonces, pensar, diseñar y realizar una comunicación "para" la ciudad; una comunicación que genere inclusiones, y les permita a sus habitantes saber de la existencia de otros y conocerlos, que respete los espacios públicos, que recupere el sentido de encuentro de espacios que han sido apropiados privadamente, que acerque a la ciudadanía con sus instituciones y que les permita a estas atender las demandas y necesidades de los habitantes de la ciudad. En este orden de ideas, un análisis de la comunicación ciudadana implica atender tres niveles de análisis:

- La comunicación generada por los *medios de comunicación*.
- La comunicación entre la *ciudadanía y las instituciones*.
- La comunicación entre los *ciudadanos* (Toro, B. Op. Cit.).

En el caso de la *comunicación generada por los medios de comunicación*, se pregunta Toro, si ¿pueden los diferentes sectores sociales hacer competir públicamente sus símbolos y sentidos en igualdad de condiciones? Y, en tal caso, ¿cuáles son las formas de ver el mundo (símbolos y sentidos) que circulan a través de los medios masivos? Interrogantes a los que habría que responder que la convivencia democrática supone que en una comunidad urbana los diferentes actores y sectores sociales tienen las mismas posibilidades de hacer competir públicamente sus intereses y formas de ver el mundo. Sin embargo, los medios de comunicación no se han asumido a sí mismos como esos grandes escenarios de interlocución social en los cuales la diversidad de actores y grupos que conforman la sociedad tienen la oportunidad de expresar sus voces y sus miradas públicamente.

En esta medida, los medios de comunicación, en tanto generadores de pautas culturales y modelos sociales, no han reconocido el poder que tienen y el deber que les corresponde en la configuración de un *imaginario democrático*, indispensable para la construcción de la convivencia social; cayendo, por lo demás, en un problema de competitividad malsana que convierte a la comunicación en un problema de “captura de *rating*” más no de transmisión de información ni, mucho menos, de construcción de opinión. Problema que está generando un nivel muy alto de saturación de mensajes y de información con las siguientes consecuencias:

- Confusión, desorientación y desconfianza entre los ciudadanos acerca de la información que generan los medios.

- Incremento progresivo de la comunicación “*crossover*”; es decir, un tipo de comunicación que mezcla la información, la publicidad, los comentarios y opiniones, la música, los chismes, etc., sin establecer límites definidos entre ellas y sin aclararle al público qué es informativo, y qué es publicitario.
- Cada vez es más difícil para el público identificar cuáles son las fuentes de credibilidad social (Toro, B. Op. Cit.).

No obstante, este problema presenta una fortaleza que, anota Toro, y que en tal medida puede ser tenida en cuenta al formular acciones estratégicas y proyectos; y es que si bien existe saturación de información, la oferta de productos televisivos, radiales e impresos es amplia y diversa. Los medios, en su concepción comercial de la comunicación, y ante la necesidad de captar audiencia, saben bien a cuáles mercados deben dirigir sus mensajes, cuáles son las características del público y cómo deben estar concebidos los mensajes de acuerdo a esas características.

En el caso de la *comunicación entre la ciudadanía y las instituciones*, es de anotar que el Estado, en la mayoría de los casos, o no tiene mecanismos para escuchar las demandas de los ciudadanos y, por lo tanto, se genera una situación en la cual estos últimos no obtienen respuestas de las instituciones estatales; o tales mecanismos son ineficaces, por adolecer de una comprensión real de las dinámicas ciudadanas en sus modos de usar y ocupar el territorio. Circunstancias que, en cualquier caso, ocasionan un distanciamiento entre unos y otros que trae consigo, entre otras, las siguientes consecuencias:

- Aumento de la cultura de la intermediación, (tramitadores no "oficiales"); lo que genera un aumento considerable de los costos de los trámites y servicios para el ciudadano (necesidad de dar propinas para el logro de un servicio).
- Deslegitimación de las funciones, instituciones y funcionarios públicos producto del hecho de que éstos últimos desconocen, por lo general, la misión, la función social, los trámites y procedimientos de su entidad en razón de que su nombramiento se hace, frecuentemente, con criterios políticos y no técnicos lo cual fomenta el corporativismo público, la ineficiencia y burocratización de los procedimientos internos de las instituciones.

- Pérdida de la credibilidad y de la capacidad de convocatoria del Estado ya que no existe coordinación y comunicación entre las instituciones estatales y los medios de comunicación que puedan servir de mediadores en la relación entre éste y la ciudadanía.

En lo que respecta a la *comunicación entre los ciudadanos*, cabe destacar el hecho de que la ciudad ofrece una gran cantidad de información a través de múltiples soportes, especialmente el audiovisual; pero existe desconocimiento y falta de comprensión de los ciudadanos de los códigos usados para transmitir esta información, especialmente aquella producida por los jóvenes. Esta situación trae como consecuencias, entre otras cosas que:

- Los símbolos y códigos de comunicación que están generando los jóvenes resultan ser una “subcultura” no legitimada dentro de los códigos de comunicación generales y reconocidos.
- Se está generando una distancia entre los medios y la ciudadanía.
- La ciudadanía (especialmente los jóvenes) no se ven reflejados en la simbología y el tipo de información que circula a través de los medios legítimos.
- Estas situaciones pueden desembocar en el desarrollo de sub-culturas marginales que se consideran a sí mismas “subversivas” y que se pueden ver obligadas a manifestarse por vías no legítimas, e incluso no legales.
- Por lo general, la comunicación que se produce está dirigida hacia los decisores y consumidores. Se excluye a las poblaciones en transición y a las no valoradas productivamente (jóvenes populares, trabajadores informales, amas de casa, desempleados, etcétera.) (Toro, B. Op. Cit.).

Situación que exige, en la línea de construir una ciudadanía proactiva e incluyente, la legitimización e incorporación de los códigos de estos nuevos y potenciales actores, así como el uso de sus canales tradicionales de comunicación; pero, también, una apropiación por parte de los jóvenes de las instancias tecnológicas adecuadas que permitan que la comunicación que producen compita en calidad con la comunicación legitimada masivamente.

De otra parte, la comunicación visual producida al interior de la ciudad, y que predomina en los espacios públicos, está concebida con criterios estrictamente

informativos, comerciales y "propagandísticos". *No existe una comunicación visual (tanto de objetos como de actos) concebida con criterios simbólicos y "lúdicos"* que explote la estética de lo urbano, que se constituya en función del espacio público y que contribuya a construir un imaginario de ciudad y un sentido de pertenencia entre los habitantes; lo que sin duda incide en las siguientes tendencias:

- Pobreza simbólica en aumento que dificulta la creación de un sentido de pertenencia.
- Carencia de un imaginario de ciudad.
- Fragmentación cada vez mayor de las distintas comunidades de la ciudad.
- Problemas en la concepción de las estrategias comunicativas y publicitarias que tienen como escenario los espacios públicos, ya que generan un enorme volumen de contaminación visual que vuelve ineficaz la comunicación que pretenden.
- Deterioro cada vez mayor del sentido del espacio público y del entorno (Toro, B. Op. Cit.).

En razón de lo anterior, resulta deseable promover una legislación sobre comunicación visual que proteja el ambiente visual de los espacios públicos; *diseñar zonas piloto que mantengan las ventajas estéticas y comunicativas de los espacios públicos* y llevar a cabo un seguimiento informativo, por parte de los medios, sobre la ejecución de las soluciones en torno a estos problemas.

Otro aspecto que merece destacarse en este punto, es el hecho de que la separación física de la ciudad entre ricos y pobres (una de las características más propias, no sólo de las ciudades de América Latina, sino del "Tercer Mundo", en general) deriva en sub-circuitos de comunicación que no suelen conectarse entre sí y que comportan imaginarios muy diferentes. Situación a la que se suma el hecho, también, de que los habitantes de la ciudad han perdido la capacidad para dialogar y concertar entre los distintos barrios y sectores; lo que acentúa la falta de sentido de pertenencia por parte de los distintos individuos y comunidades que conforman la ciudad, contribuyendo así con ese creciente fenómeno de anomia y desadscripionalidad del que hemos hablado en la primera parte de este trabajo.

Consecuencia de lo anterior: una intensificación de la cultura del conjunto cerrado y una usurpación progresiva (apropiación posesiva) del espacio público; para no hablar del propio debilitamiento de la noción de lo público en cuanto tal. Circunstancias que inciden en la dificultad, cada vez mayor, de propender por la posibilidad de apropiación de la ciudad como un todo; anhelo por demás tan vano, como la pretensión de que “ese todo” resulte “común”, ya que la ciudad (en particular, la “gran ciudad”), como hemos anotado, no puede entenderse si no es a la luz de su carácter polimorfo, heteróclito y fragmentario.

Es justamente desde estos caracteres desde donde es necesario construir sus medios de despliegue y realización; unos medios que, en consecuencia, tendrán que ser tan dinámicos y flexibles como la propia dinámica de la ciudad. En este sentido, no se puede desconocer que el medio por excelencia de despliegue y realización de una comunidad lo constituye, sin lugar a dudas, su *estrategia de comunicación*; la cual, en el contexto que nos ocupa, debe atender al hecho frecuente de la inexistencia o precariedad, no sólo de expeditos y ágiles canales, sino de verdaderos espacios de encuentro e interacción; como lo demuestra el hecho de que, particularmente en los barrios populares, no suelen existir espacios públicos de calidad contemplados para el encuentro entre jóvenes; lo cual, ente otros factores, los conduce a alejarse de éstos y/o a estructurar grupos callejeros y apropiaciones territoriales conflictivas que suelen traer consigo problemas como vandalismo y aumento en la falta de respeto por los bienes de la ciudad; cuando dicha ausencia no contribuyen con el incremento de la delincuencia y la criminalidad.

Por si fuera poco, lo que muchas veces ocurre, es que las comunidades no se comunican al interior de ellas mismas (sobre todo en los estratos medios y altos) o, lo hacen tan sólo, ante la percepción de problemas comunes; lo que no contribuye en la construcción de imaginarios consensuados que trasciendan el nivel de las demandas (y su carácter decididamente *reactivo*) y se constituyan, más bien, sobre la base de la realización de proyectos concretos o de derroteros a alcanzar. De otra parte, “tampoco se lleva a cabo un trabajo previo, por parte de los urbanizadores y constructores, con los habitantes de las nuevas urbanizaciones, por lo tanto las nuevas comunidades que se constituyen no se conocen ni relacionan entre sí” (Toro, B. Op. Cit.).

En este mismo sentido, como anota Toro, existe un gran desconocimiento entre los ciudadanos acerca de las características y rasgos culturales de las distintas comunidades que conforman la ciudad, lo cual genera que los habitantes de determinado sector o barrio

no consideren como interlocutores válidos a sus vecinos de otro sector; en esta medida puede hablarse de comunidades enteras que son “invisibles” para una gran mayoría de ciudadanos; lo que trae como consecuencia, entre otras cosas, un aumento de los prejuicios excluyentes hacia aquellas comunidades “invisibilizadas” ya por dichos prejuicios y, en consecuencia, una situación de tensión que, muchas veces, desemboca en manifestaciones violentas.

De otra parte, tampoco suelen existir sistemas de comunicación inmediata a través de los cuales los ciudadanos puedan pedir ayuda y colaboración a sus vecinos, o cuando existen, ocurre que, o no saben como usarlos, o no tienen el hábito de hacerlo, contribuyendo así en su propio aislamiento; lo cual genera una sensación de impotencia e insolidaridad entre la ciudadanía. En este caso la impotencia fomenta la reclusión ciudadana y, en consecuencia, fortalece el delito. Situación agravada por el hecho de que, por lo general, entre los ciudadanos existe temor de apoyar a otros ciudadanos y de denunciar los actos delictivos o las situaciones de peligro y amenaza (Toro, B. Op. Cit.).

Un problema más a considerar, entre los muchos que caracterizan los problemas de in(comunicación) en las grandes urbes latinoamericanas, es el que tiene que ver con el hecho de que muchos habitantes de estas ciudades tienen que recorrer grandes distancias para satisfacer una demanda o acceder a un servicio; en este caso, estudiar lejos del barrio en donde se vive, por ejemplo, obstaculiza el encuentro entre los jóvenes a nivel local, lo cual dificulta una cultura de convivencia entre vecinos; después de todo, “no se puede desconocer el hecho de que el encuentro y conocimiento entre los jóvenes y niños a nivel barrial es un dinamizador de las relaciones interfamiliares y, por lo mismo, un fuerte cohesionador social; en consecuencia, el que los jóvenes y niños crezcan sin compañeros de barrio impide la apropiación del espacio y la creación de vínculos de vecindad” (Toro, B. Op. Cit.).

En este punto, el fortalecimiento de las redes sociales de comunicación resulta, a todas luces, una tarea urgente de abordar, no sólo por parte de las organizaciones de base, sino, incluso, por un auténtico “Plan de Ciudad”. Sin embargo, como anota el investigador que estamos citando: “la carga corporativa de éstas les impide, en muchos casos, cumplir con su función. Las redes existentes (comunales, de madres, comunicadores, etcétera) requieren fortalecerse para convertirse en comunidades de sentido en donde la interacción entre los miembros genere factores de autopercepción” (Toro, B. Op. Cit.).

De otra parte, si bien la mayoría de las legislaciones de los países de la Región incorporan dentro de su Constitución leyes específicas en torno al tema de la participación, la lectura (y consecuente comprensión) de las herramientas y posibilidades que éstas ofrecen a las organizaciones e individuos es limitada y parcial, en razón de que los nuevos espacios, desde aquí “abiertos”, suponen un cierto grado de modernización y formación del que, muchas veces carecen sus destinatarios; lo que no sólo exige diseñar e implementar una adecuada *pedagogía de la participación* sino afinar los mecanismos a través de los cuales se pretende llegar y, de tal suerte dotar, a las comunidades; pues, a fin de cuentas, “los nuevos espacios de participación creados por los desarrollos legislativos contribuyen a la interacción ciudadana y al fortalecimiento institucional” (Toro, B. Op. Cit.).

Finalmente, un último factor a analizar en el orden de explicitar los principales aspectos que, en nuestra opinión, un proyecto de Comunicación Ciudadana debe atender en el marco social, y cultural del subcontinente, es el que tiene que ver con la relación inversamente proporcional entre oferta masiva de productos e imágenes y consumo restringido de los mismos, en razón de la radical falta de acceso, a muchos de ellos, por parte de la gran mayoría de población; lo que fomenta las tensiones sociales, las falsas necesidades y el aumento de la frustración.

Como resultado del anterior análisis, se pueden inferir, de manera directa, una serie de estrategias o acciones que resultan fundamentales para corregir aquellas disfunciones sociales que impiden el libre acercamiento y encuentro entre los ciudadanos (condición de posibilidad para la construcción de un proyecto colectivo de ciudad). Estrategias planteadas, por demás, de manera concertada, al interior del trabajo citado (el Plan Estratégico de Bogotá) entre representantes de la administración de la ciudad, de los gremios, de las organizaciones de base, de las ONGs locales, de la academia, de la empresa privada, de los medios de comunicación y de algunos otros colectivos de particular incidencia en la ciudad. En este sentido, retomaremos aquí, tan sólo, aquellos aspectos que, dentro de este trabajo, consideramos pertinentes al amplio contexto que ofrece la ciudad latinoamericana, en general, para recalcar, así, la necesidad de:

a. Fortalecer las asociaciones de vecinos y su federación con una legislación apropiada.

- b. Fortalecer y consolidar medios y mecanismos de comunicación ya existentes en las distintas comunidades.
- c. Fortalecer y desarrollar los espacios de encuentro y significación {tiendas, atrios, sitios de juego y recreo, etcétera.)
- d. Crear espacios de encuentro para que las diferentes culturas se puedan reconocer sin competir entre ellas (festivales, jornadas culturales, exposiciones, etcétera.)
- e. Legitimar los espacios y culturas inmigrantes a través de medios y mecanismos de comunicación compartidos por todos los habitantes de la ciudad.
- f. Desarrollar intercambios comunicativos intensos entre niños de diferentes contextos culturales.
- g. Promover la formación de organizaciones juveniles.
- h. Fortalecer, extender y diversificar los eventos deportivos y culturales interescuelas y colegios.
- i. Convocar al cuidado mutuo y al mutuo apoyo con el respaldo de todos los sistemas de comunicación (Plan Estratégico Bogotá 2000).

Tareas que, por demás, deben hacerse converger, no sólo al interior de una particular filosofía de “hacer ciudad”, que se patentice en una consecuente e instrumental “voluntad política”, sino desde mecanismos concretos de acción- participación a través de los cuales, tales “tareas”, se pongan en práctica en escenarios específicos que, de tal suerte, exijan la participación organizada y la construcción de consensos. A este respecto, la intervención decidida y directa sobre el territorio brinda el marco idóneo para la confluencia de intereses (encuentro de diferencias) y, desde aquí, para la construcción de consensos. Lo que de hecho supone un cierto nivel de empoderamiento ciudadano respecto de su propio futuro, para así dar cuenta de los medios y móviles que, en tal medida, alientan y acusan su liderazgo.

En este sentido, Albeiro Caro, coordinador de la Mesa de Trabajo en torno al tema del *Liderazgo Cívico Ciudadano* del Plan mencionado, recoge, en el documento correspondiente, una caracterización de la situación general que, en el caso de Bogotá, pone de manifiesto el “estado del arte” en el tema. Documento del que ahora nos serviremos para extrapolar, desde allí, aquellos elementos que consideramos comunes a la panorámica general del liderazgo cívico en el amplio marco que nos interesa.

En este orden de ideas, un primer aspecto que resalta dicho documento es que, como ya hemos anotado, común a las grandes ciudades de la Región, y en atención a su problemática más visible, pesa más el fetichismo “desarrollista” por los aparatos, el equipamiento y la infraestructura, que el cultivo del desarrollo, del patrimonio y de los valores propios de cada colectividad (dentro de ellos, el liderazgo en sus diversas expresiones). En este sentido, la noción de liderazgo, para hacer valer su importante condición de “valor”, debe esclarecer en primer lugar, a través de qué medios y, sobre todo, a quién sirve; es decir, para quién, la misma se hace efectiva; toda vez que si bien las actuales tendencias tienden a potenciar los liderazgos espontáneos, los movimientos cívicos y las corrientes de opinión (por encima, incluso de los partidos tradicionales), lo cierto es que en el contexto político del subcontinente, “el liderazgo permanece anclado, aún, a viejos atavíos cuya dinámica sigue, predominantemente, los vicios consuetudinarios de la clase política y sus principios jerárquicos de poder que tradicionalmente han elitizado el libre ejercicio de la democracia” (Caro, A. Op. Cit.).

Es así que en el despliegue de la ciudadanía y del liderazgo predominan, en las ciudades latinoamericanas, las visiones escépticas y las conductas anómicas, dada la resonancia que han adquirido, en los últimos tiempos, los vicios clientelistas característicos de sectores de la dirigencia ciudadana que generan, en los distintos ámbitos de la pirámide social, desconfianza y rechazo (acaso común denominador entre los de “arriba” y los de “abajo”). En esta medida, anota Caro, las inconsistencias e incongruencias de los dirigentes no fomentan, ni mucho menos, el entusiasmo en la labor cívica por la desconfianza que generan a la hora de hacer efectivas las corresponsabilidades.

En la visión predominante de los dirigentes, recalca este autor, predomina la óptica particular de corto plazo. Dicha mentalidad agudiza la fragmentación de la ciudad, va en detrimento del sentido de pertenencia del ciudadano, afecta su compromiso solidario para el ejercicio cívico, fomenta el individualismo, el aislamiento y la discriminación social; factores que, en suma, privilegian la jerarquía, el rango y la capacidad influyente sobre la resolución efectiva de los problemas de la ciudad (Caro, A. Op. Cit.).

De otra parte, es claro que la complejidad creciente de los asuntos públicos tiende a superar la capacidad de comprender los problemas en forma integral, lo cual también se ve entorpecido por los paradigmas predominantes que le dan prioridad a lo urgente sobre

lo importante, con esquemas reactivos que menguan la capacidad proactiva de los ciudadanos y expanden el “síndrome del enemigo externo”, como mecanismo que permite adjudicar a otros las “culpas” y eludir la propia responsabilidad. En razón de esta situación, propiciar el crecimiento del número de ciudadanos que trabajen en el plano de la interacción social por la cualificación de las relaciones entre el ciudadano y el Estado y entre las diversas organizaciones sociales y comunitarias entre sí, es una tarea de primer orden a la hora de potenciar el liderazgo cívico; aspiración que reclama la implementación de estrategias que posibiliten reducir la intermitencia y discontinuidad de la acción ciudadana y la separación entre el conocimiento de los problemas y su participación en la búsqueda y adopción de soluciones (Caro, A. Op. Cit.).

Sin embargo, un factor que pesa enormemente a la hora de diseñar acciones en esta dirección, es la carencia de una noción compartida de lo público y del bienestar que trascienda los modelos ideales del bien común, ya que éste no significa lo mismo para todos y, en consecuencia, no puede haber ni un único camino para alcanzarlo ni una única manera de satisfacerlo; menos aún en un escenario como el urbano en el cual la ciudad presenta diversidad de colectividades con intereses inmediatos encontrados y, a menudo, contradictorios. Situación que provoca disonancias en las acciones del ciudadano común y, aún, de quienes se destacan en el ejercicio del liderazgo (sin que ello niegue expresiones de preocupación, al menos verbal, por intereses generales).

Resultado de lo anterior: un incremento en el juego de los micropoderes así como en el desequilibrio en el peso específico de los diversos actores sociales y en su capacidad de representación e influencia en los destinos de la ciudad. Predomina así, el elitismo en los procesos de participación y toma de decisiones, contribuyendo con el alejamiento entre el Estado y a la ciudadanía. En este sentido, como anota Caro, quizá la mejor manera de evaluar la calidad del liderazgo cívico en una ciudad no sea a través de sus líderes sino de sus “liderados”; es decir, de los ciudadanos en sus hábitos y conductas; las que, por otra parte, se anclan en el interés de su mundo eminentemente particular.

Lo que no se puede desconocer, en ningún caso, es la necesidad de desarrollar una alta capacidad cívica en el ejercicio del liderazgo político; como es notable en la dinámica electoral, en la actividad de los diversos partidos y movimientos y en los espacios de deliberación programática. Cuando las colectividades políticas pierden el sentido de su misión, desvían su rumbo y caen en el favoritismo “grupista”, con las consecuencias que

de ello se derivan en el desarrollo de la democracia y en el veredicto ciudadano sobre la responsabilidad de los dirigentes (Caro, A. Op. Cit.). Por si fuera poco, los medios de comunicación tampoco ayudan mucho a comprender las causas estructurales de los problemas ni, mucho menos, a formar opinión, toda vez que los mismos responden, frecuentemente a la manipulación que de ellos hacen los grupos dominantes, quienes se sirven de éstos para canalizar la opinión pública en una u otra dirección, creando así en el ciudadano una idea tergiversada de los acontecimientos. En este sentido, “el incremento de la información sobre los asuntos públicos, no significa una mayor competencia del ciudadano o de los medio noticiosos en el conocimiento, comprensión o explicación de la problemática, pues, a fin de cuentas, el acceso a la información relevante y confiable es limitado y, con frecuencia restringido, para el ciudadano común” (Caro, A. Op. Cit.).

En este orden de ideas, el imperio de la cultura de la intermediación (o de la mediación que opera en el aparato comunicador) y del elitismo en la toma de decisiones, mantiene la tendencia a la dispersión de los esfuerzos comunitarios y al incremento de la incomunicación entre sus organizaciones; lo cual favorece el aumento de los dencensos y las tensiones sociales y genera diversas percepciones en torno a conceptos como legalidad y legitimidad. Circunstancia que, desde la confusión ciudadana, si de una parte influye en la pérdida del sentido de pertenencia, por no saber muy bien ¿pertenencia a qué?; por otra parte, *contribuye con la multiplicación de micropactos y de alianzas coyunturales que, a una escala controlable por el ciudadano, le de a éste la certeza de estar en alguna parte y por tanto, de pertenecer a algún lugar.*

Surgen, entonces, una serie de estrategias en la línea de construir y/o de fortalecer auténticos liderazgos cívicos ciudadanos capaces de posibilitar consensos y, desde aquí, de proponerse derroteros claros en la construcción-apropiación colectiva de la ciudad. Estrategias que retomaremos directamente de las conclusiones de las Mesas de Trabajo llevadas a cabo en el tema, dentro del Plan mencionado, resumiendo y contextualizando sus contenidos así:

Estrategia para el acercamiento entre los ciudadanos y el poder, en la mira de promover una apertura participativa para el desarrollo del liderazgo cívico como proceso compartido de confluencia intersectorial; lo que demanda incrementar la capacidad ciudadana y comunitaria para intervenir en los procesos de toma de decisiones, en la

dinámica de planificación, en la veeduría y en el mejoramiento de la prestación de los servicios públicos y sociales al servicio de la democratización de las oportunidades.

Estrategia para la promoción de nuevos liderazgos y el desarrollo del talento, en la mira de promover una apertura reflexiva para fortalecer la capacidad creativa en los diversos ámbitos del Estado y la Sociedad Civil, con el fin de forjar un nuevo paradigma de liderazgo cívico, generar una visión integral de preocupación por los problemas del entorno grupal, desbaratar la dinámica “politiquera” e impulsar un plan concertado de formación para el desarrollo del liderazgo.

Estrategia para la interacción ciudadana, en la línea de promover una generación de espacios de interacción participativa que promuevan solidaridad y compromiso, y contribuyan a fortalecer la capacidad de concertación, negociación y transacción social entre los diversos actores sociales de la ciudad.

Estrategia para la concertación social, en la línea de impulsar el desarrollo de actores colectivos fuertes, representativos y autónomos con capacidad para negociar y asumir compromisos en los diversos escenarios de conflicto de intereses, de suerte tal que se garantice su mutuo reconocimiento.

Estrategia para la democratización de la información, en la línea de fortalecer el acceso del ciudadano a la obtención de información relevante y construir estrategias de comunicación que permitan desarrollar visiones compartidas sobre la ciudad deseada.

Estrategias para la formación de la conciencia cívica, en la línea de propender por el desarrollo de un nuevo ciudadano, mediante el desarrollo de la educación cívica, el impulso de la capacidad propositiva, el aprendizaje del autogobierno, el fomento de la autogestión, de la cogestión y de la cultura de la concertación, la formación de la conciencia y el fortalecimiento de la confianza a través del ejemplo de los dirigentes a todo nivel (Plan Estratégico Bogotá 2000).

En este orden de ideas, lo que se busca combatir con estas estrategias es:

La distancia entre el estado y la sociedad civil, producto tanto de la falta de credibilidad del primero por sus vicios consuetudinarios (clientelismo, inmoralidad y

corrupción), como de la falta de canales de participación ciudadana en las tomas de decisión, dado que esta situación desmotiva a los ciudadanos para emprender acciones a favor de la ciudad y a seguir las iniciativas del estado.

La escasa formación de los líderes ciudadanos y su deficiente instrumentación para acceder a los espacios de poder y ser debidamente escuchados y tenidos en cuenta, producto de la falta de una auténtica tradición de liderazgo cívico ciudadano. Situación que ocasiona que su gestión sea en la mayoría de los casos no sólo ineficiente sino poco eficaz, desestimulando, consecuentemente, la participación ciudadana y haciendo evidente el carácter “acéfalo” de buena parte de las comunidades de la ciudad.

La excesiva y mal entendida politización de buena parte de los llamados “líderes ciudadanos”, producto de la inexistencia de una auténtica formación en tal sentido; lo que ocasiona en la ciudadanía un sentimiento de escepticismo ante la manipulación de que son tradicionalmente víctimas y el incumplimiento de las realizaciones con las que tales individuos se han comprometido (Plan Estratégico Bogotá 2000).

En razón de lo anterior, lo que un programa de liderazgo cívico debe alentar en el contexto de las grandes ciudades de la Región, debe ser:

El diseño y ejecución de un programa pedagógico como punto de convergencia entre el estado y la ciudadanía, orientado a propiciar la convivencia pacífica, partiendo de la educación y la formación ciudadana, con el fin de fortalecer los vínculos entre la comunidad y la administración y reforzará el tejido social en su conjunto.

La concientización en las organizaciones ciudadanas, de la necesidad de construir un liderazgo orientado, no sólo a la formulación de demandas o denuncias ante la administración de la ciudad, sino a la toma de iniciativas para la solución directa por parte de las comunidades de aquellos problemas que no admiten espera y que pueden estar al alcance de la propia intervención de éstas; circunstancia que, sin duda contribuirá con la integración y comunicación comunitaria, con la consolidación de sentimientos positivos de grupo, con la apropiación efectiva de los lugares que habitan y sobre todo, con la generación de sentimientos de satisfacción y autoestima.

Y, finalmente, *la creación de espacios de formación cívica ciudadana*, que brinden la instrumentación adecuada, tanto para acceder en forma eficiente a las instancias

de poder, como para construir un liderazgo capaz de captar y orientar positivamente, no sólo las expectativas y necesidades de los distintos grupos, sino sus propios potenciales de acción; lo que, en tal medida contribuirá con el acercamiento entre el Estado y la Sociedad Civil y propiciará la creación de espacios más claros de participación ciudadana, tanto en las tomas de decisiones, como en la realización de acciones específicas orientadas a su propio beneficio (Plan Estratégico Bogotá 2000).

11. LA INNOVACIÓN COMO ESTRATEGIA DE CONSTRUCCIÓN DE TERRITORIO.

11.1. La comunidad organizada: una forma innovadora de empresa social.

Como señalamos en la justificación de este trabajo (ver Marco Científico), la enorme disparidad existente entre los países desarrollados y los que no lo están coloca en inferioridad de condiciones a estos últimos para competir, si no en igualdad de condiciones frente a los primeros sí, al menos, en condiciones equitativas de retribución, toda vez que su papel se reduce, simplemente, a obedecer los dictámenes de las políticas macroeconómicas de turno impuestas por el mundo desarrollado y orientadas, en gran medida, en favor de su propio beneficio.

Dentro de este marco cabe destacar, especialmente, el impacto que tal situación genera en las grandes metrópolis de los países menos desarrollados (donde, de suyo, se concentra, y de tal forma, afecta, buena parte de su población), dado el creciente proceso de homogenización de códigos espaciales y de segregación espacial que el proceso de globalización económica y cultural, que vive el mundo en la actualidad, trae consigo. Circunstancias que en su conjunto acusan la necesidad de diseñar e implementar nuevas estrategias que, en sus componentes políticos, económicos y socio-ambientales, contemplen, de hecho, un planteamiento auténticamente *innovador*.

En esta medida consideramos prioritario, para frenar los gravísimos problemas que esta situación genera, el aunar esfuerzos conducentes al diseño de los adecuados mecanismos de desarrollo humano y social que, con *dimensión sustentable*,¹⁰⁶ devuelvan

¹⁰⁶ La recurrencia al concepto de *sustentabilidad* (sostenibilidad en Europa) para hablar necesariamente de él cuando hoy en día nos referimos, en América Latina, a cualquier intento por “hacer ciudad”, obedece a la propia necesidad que tienen sus asentamientos humanos de crecer *sustentándose* (valga decir “alimentándose”) de un entorno, de cuya preservación y cuidado depende la del propio sistema

y/o permitan, particularmente a los habitantes de las grandes ciudades de estos países, establecer compromisos individuales y colectivos de construcción y, en tal medida, apropiación, del espacio físico y simbólico en el que se desenvuelven;¹⁰⁷ situación que de hecho reclama la capitalización de su propio acervo cultural, con el fin de que a partir de éste, no sólo sea posible que las comunidades más pobres (donde de hecho este resulta ser casi de manera exclusiva su único patrimonio) tengan un piso desde donde abordar el fenómeno de la globalización, sin ser aplastadas ni apabulladas por éste, sino que el mismo les permita combatir, cuando no evitar, las secuelas socio-espaciales que de hecho acompañan su decidido embate homogenizador.

En este orden de ideas, y dada la innegable relación que el tema de la pobreza y de la escasa productividad económica guardan con el de la calidad de vida y del medio ambiente, surge la urgente necesidad de concebir e implementar *estrategias innovadoras* que, ligadas a la mejora y optimización de los procesos productivos (objetivo primero de la innovación) y, en consecuencia a la “organización funcional” del territorio, contemplen, en atención a la naturaleza y necesidad del contexto en el que se quieren aplicar, un específico compromiso con los otros dos grandes problemas que acompañan y, de paso, ayudan a caracterizar el propio problema de la escasa productividad económica de buena parte de estas ciudades; son estos el de su creciente ingobernabilidad y el de las precarias condiciones de habitabilidad; respondiendo de este modo y en cualquier caso, tanto a las coyunturas y sinergias globales y locales, como a las oportunidades y fortalezas que puedan llegar a beneficiar ambos contextos.

que en él se asiente pues, como señala el parágrafo 29 de la *Declaración de Estambul* sobre los Asentamientos Humanos: “El desarrollo sostenible es indispensable para el desarrollo de los asentamientos humanos ya que tiene plenamente en cuenta las necesidades y las condiciones para el logro del crecimiento económico, el desarrollo social y la protección del medio ambiente, (respecto de los cuales)... presta particular atención a las necesidades particulares de los países en desarrollo”. Valga recalcar en este punto (del cual ya habláramos en páginas anteriores. Capítulo III. Numeral 7) que la diferencia entre *sustentabilidad* y *sostenibilidad* radica en que mientras en Latinoamérica las políticas de desarrollo con “conciencia ambiental” tratan de “dar sustento” a un entorno que requiere “nutrirse” para crecer (desarrollarse), en Europa la preocupación se concentra en “sostener”, es decir, en preservar lo que aún queda de éste buscando guardar el equilibrio con una población de “base”. Si bien ambos conceptos aluden, en última instancia, a lo mismo; es decir, a alcanzar un equilibrio con el entorno, la diferencia de enfoque en uno y otro contexto hace necesaria esta esquemática precisión.

¹⁰⁷ De acuerdo con este objetivo, la *sustentabilidad*, más que la oportunista incorporación en el tema de la “construcción colectiva” de ciudad de un discurso que, como éste, está tan en boga, resulta ser una imperiosa necesidad para lograr que la misma no se lleve a cabo a costa de la calidad ambiental o de la desmesurada e irracional explotación del ecosistema que, de hecho, y en cualquier caso, soporta los conglomerados urbanos.

De esta forma - y con miras a dar respuesta, al menos en principio, a los problemas de desarraigo y, por lo mismo, de falta de compromiso con la ciudad que esta situación genera, cuando no es ella misma consecuencia de la enorme distancia que en estos países existe entre la ciudadanía (no hablemos de sociedad civil) y el Estado - no olvidemos que, como señalamos en la hipótesis de diagnóstico de este trabajo (ver Marco Científico), las “grandes metrópolis” pueden entenderse como complejas aglomeraciones en las cuales su connatural “gigantismo” va asociado a una pérdida paulatina de la “memoria urbana” (física y simbólica) causada por los procesos de reestructuración, reordenamiento y redesarrollo que la “redistribución” del espacio, impuesta por las dinámicas del mundo actual exige; procesos que afectan, de hecho, a su propio uso y forma de ocupación produciendo un trastorno en las formas tradicionales de vida de sus habitantes al borrar los referentes simbólicos y espaciales con los cuales se identificaban, o en el peor de los casos, simplemente se orientaban (forma disimulada de violencia que, en consecuencia, genera violencia...); circunstancia que en si misma contribuye con el incremento de un nuevo proceso, el de la consecuente pérdida paulatina de los nexos de pertenencia a los que hemos hecho alusión; aquellos que, bajo una escala menor, la ciudad les propiciaba.

Frente a esta situación una cosa resulta clara (Ver hipótesis de pronóstico en el Marco Científico del trabajo): de no frenar la pérdida de los referentes urbanos tradicionales (físicos y simbólicos) y posibilitar la activa participación de la población en la construcción y transformación de su entorno y, de tal suerte, revertir el proceso de desarraigo y de pérdida de los referentes socio-espaciales que tradicionalmente permitían a ésta expresar su identidad individual y colectiva (problema que trae consigo el incremento y expansión de las “grandes metrópolis”), éstas acabarán por convertirse en una especie de “tierra de nadie” donde la superposición y/o encuentro de lenguajes, que bien pudiera ser un factor de riqueza cultural, podrá llegar a hacerlas caer en un proceso irreversible de “babelización” en el cual se hará cada vez más difícil el garantizar las adecuadas condiciones de gobernabilidad, productividad y habitabilidad que toda ciudad exige.

En esta medida (y como anotamos en la hipótesis de control del Marco Científico del trabajo), consideramos que sólo la decidida potenciación de las ventajas comparativas locales (socio-económicas y culturales) propias de cada contexto podrán, si no frenar, al menos atenuar, el efecto homogenizador de la globalización (particularmente grave en las grandes ciudades del “Tercer Mundo” por su impacto excluyente y segregacionista) y, con él, el fenómeno de pérdida de los nexos de pertenencia de sus habitantes; situación

derivada tanto de dicho fenómeno como del propio “gigantismo” que éstas padecen. Por su parte, tal “potenciación”, consideramos ha de llevarse a cabo a partir del propio fortalecimiento del sentido de “lo local” a través de la implementación de *estrategias innovadoras con dimensión sustentable* que permitan concebir, y de hecho poner a interactuar a la comunidad organizada, como una “*empresa social*”.

Sin lugar a dudas, uno de los aspectos más importantes a garantizar, dentro de este marco, es el que tiene que ver con la comprometida participación de los actores sociales¹⁰⁸ en la construcción, preservación y cuidado de su hábitat, puesto que son ellos, en definitiva, quienes en primera instancia se ven afectados por los múltiples problemas inherentes al desequilibrio social y ambiental que caracteriza a las grandes metrópolis y que, en gran medida, son generadores, entre otras cosas, de ese creciente fenómeno de violencia del que hemos hablado en páginas anteriores. En este orden de ideas, y en la mira de concebir una estrategia que permita “construir colectivamente la ciudad”, exploraremos ahora el papel de la *innovación socio-económica* a la hora de dar respuesta, a través del concepto de “empresa social”¹⁰⁹, a las complejas demandas que en materia filosófica y organizativa supone esta tarea.

11.2. El concepto de *innovación* aplicado a la construcción del territorio.

Dentro del creciente proceso de reconversión económica y reestructuración del sistema productivo que sufre el mundo en la actualidad para responder, en gran medida, a la apertura de los mercados y, en consecuencia, al aumento de la competitividad que tal situación supone; una estrategia particularmente eficaz se ha venido abriendo espacio en los últimos años; se trata de la *Innovación* en tanto “instrumento que puede mejorar el funcionamiento de empresas e instituciones, elevar su capacidad competitiva y la de los

¹⁰⁸ El concepto de “actor”, con toda la carga protagónica que supone este rol, fue introducido en el argot de la planificación por la planificación estratégica urbana que de tal suerte quería cambiar el concepto de “agente” y su papel de simple “transmisor” de las decisiones tomadas unilateralmente por los técnicos y/o políticos; aquéllos que, dentro de la planificación tradicional o “planificación para el desarrollo”, de tal suerte y a través de sus “agentes sociales” se imponían sobre la comunidad.

¹⁰⁹ Nos referimos a una *innovación* que, fundamentada en un espíritu asociacionista *establecido claramente sobre el territorio*, sea capaz, tanto de concertar pactos sociales, como de concebir proyectos comunes con derroteros claros y compartidos a partir de los cuales la comunidad organizada se conciba, ella misma, como una “empresa social”. En este sentido nos resultará menos importante que la empresa social “innove” en sentido estricto (sin demérito de que, de hecho, sea deseable que lo haga), que la innovación como tal se module bajo la figura de una “empresa social”.

territorios que las albergan, mejorar la calidad del empleo y la sostenibilidad ambiental (y que...) además de generar beneficios, puede dar respuesta a las necesidades y exigencias de los ciudadanos, asegurando un cierto grado de equidad en la distribución social y territorial del excedente” (Méndez, Rodríguez Moya y Mecha.1999. pp.149).

En tal medida, la *Innovación* se constituye en una referencia fundamental en lo que tiene que ver con el impacto que los aludidos procesos de reconversión económica ejercen sobre el territorio; más aún, en la íntima relación que de hecho suponen tales procesos con el territorio mismo, en el sentido en que no se puede hablar de reconversión sin el substrato socio-espacial que, desde siempre, soporta la economía.

En este contexto cabe pensar la *Innovación* no sólo como un elemento de “naturaleza reactiva” que, en consecuencia, responde a una serie de circunstancias dadas (precondiciones) y, en tal medida, “reacciona” oportunamente capitalizando una serie de factores coyunturales que propician la competitividad (eficientes sistemas de producción; adecuadas infraestructuras industriales, humanas, físicas y de comunicación; existencia de sistemas flexibles de regulación económica; consolidación de tejido empresarial y/o social; interconexión de organizaciones en red; adecuado desarrollo científico y/o tecnológico; existencia de centros de formación empresarial y de capacitación técnica, así como de centros de promoción de empresas; presencia de ágiles y eficientes relaciones con sistemas regionales, y algunas otras que probablemente se nos escapan), sino como- particularmente en contextos donde muchas veces estas precondiciones son débiles o inexistentes, tal el caso de las ciudades que nos ocupan- un elemento que, con unas bases políticas mínimas (fundamentalmente voluntad política que aliente iniciativas innovadoras y descentralización político-administrativa que funcionalmente las facilite), resulta autogenerador de las propias “precondiciones” al convertirlas, así, en *objetivos de un proyecto político que, de tal forma, tendrá que retroalimentar la Innovación como tal y, con ella, los procesos innovadores.*

Lo que se infiere de aquí es el hecho de que *la verdadera innovación, produce innovación*; esto es, que a partir, por ejemplo, de una “innovación semilla” concebida con proyección sinérgica (en páginas anteriores hablábamos de “islas de sustentabilidad”), se consoliden y/o fortalezcan entornos que, de tal suerte, no sólo la retroalimenten sino que propicien el surgimiento de otra serie de iniciativas en este sentido; de esta suerte, “frente a la imagen shumpeteriana del empresario innovador, que actúa de forma aislada y en

competencia con sus rivales a fin de obtener – al menos de forma transitoria – una ventaja monopolística, la idea de medio innovador destaca el hecho de que la innovación es, con frecuencia, un fenómeno colectivo”. (Op. Cit. p.152).

En esta medida, el concepto de “entorno”, o “medio innovador” (particularmente en el contexto que nos ocupa) se convierte más en un *proyecto político* a constituir que en el aprovechamiento de unas precondiciones ideales dadas. Hablamos así del papel tanto estructural como “estructurante” de la *Innovación* y, en tal medida, de “las precondiciones de las precondiciones”; es decir, de aquellos elementos necesarios para la constitución de medios o entornos innovadores. Lo que se infiere de aquí es una inversión de términos al tomar las precondiciones anteriormente mencionadas como objetivos del aludido proyecto político dentro del cual la referencia socio-espacial y, de tal suerte, territorial, resulta ser la primera y fundamental.

Lo anterior supone incorporar la *Innovación* como parte de un proyecto social de desarrollo local en el que *se supedita la eficiencia a la distribución equitativa*, ya no sólo del “excedente” sino, y sobre todo, de las oportunidades; aquellas que, de hecho, tendrán que derivarse de una política de empleo inherente a la propia “política innovadora”. En este orden de ideas, la prioridad tendrá que ser, de acuerdo con la problemática planteada en nuestro contexto, *la construcción-apropiación del territorio a partir de la promoción y apoyo a las experiencias asociativas y cooperativas, a las PYMEs, a los sectores de baja complejidad tecnológica y a los espacios periféricos*. Situación que en su conjunto apunta, dada la particular problemática del caso que nos ocupa (ingobernabilidad, escasa productividad y precarias condiciones de habitabilidad) a hacer de la reconversión económica implícita en los procesos de *Innovación*, un *vehículo* a la vez que un *objetivo* del desarrollo.

En el mismo sentido, lo que hemos dado en llamar la “construcción del territorio” será entendida, también, desde esta doble perspectiva; es decir, como *vehículo*, en este caso de la “construcción colectiva del Estado de Derecho”;¹¹⁰ y como *objetivo* inherente a

¹¹⁰ A diferencia de Europa donde la fortaleza de sus Estados puede leerse a través de la práctica fusión entre legitimidad y hegemonía (salvando los siempre importantes y necesarios discursos contestatarios que, paradójicamente, terminan también fortaleciendo al propio Estado); Latinoamérica es un contexto en el que legitimidad y hegemonía no han ido tradicionalmente de la mano dado que ésta última, generalmente, es la que ha triunfado; razón por la que la tarea que se impone en estos países es la de la “construcción” de Estados de auténtica representatividad amparada en la instauración de un orden legítimo. He ahí el objetivo fundamental de la “empresa social” y de su correlato eminentemente territorial, ya que es

las exigencias propias de un Estado en consecuencia “renovado”.

Reiteramos en este punto que si bien la *Innovación* insiste tanto en el rendimiento de empresas específicas como en la generación de los medios capaces de crearlas y/o potenciarlas, manifestando de tal forma un sesgo eminentemente económico (acaso economicista), de acuerdo con lo señalado en páginas anteriores, y dado que la “empresa” que nos interesa no es otra que la de la propia “construcción del territorio”, en tanto “empresa social”, aludimos, por tanto, a un modelo de *Innovación* encaminado a un proyecto de *economía política*.

En esta medida la clase de empresa a la que nos referimos, no podrá ser entendida sino a la luz de la comprensión del propio entorno socio-ambiental ¹¹¹ en el que, de hecho, tendrá que surgir. No obstante, si bien desde esta perspectiva, como dice Aydalot, “son los medios (entornos) quienes emprenden e innovan” y, en tal medida, se confiere a ciertos territorios (aquellos que detentan las aludidas precondiciones) la posibilidad de comportarse como auténticos “semilleros” de empresas innovadoras, no puede negarse el papel que una “innovación semilla” cumple en la generación de tales precondiciones ya que, en nuestro caso, la idea es que *la empresa social innove para crear un ambiente innovador*... Es así que, lejos de ser el territorio un pasivo escenario en el que, sin más, se instalan las empresas a disfrutar de un “todo” ya dado, resulta ser un activo protagonista de su adecuado desempeño, situación que en el caso de las “*empresas sociales*” adquiere particular sentido.

Ahora bien, si como afirman Méndez, Rodríguez y Mecha citando a Maillat en el trabajo mencionado, “el territorio es resultado de un proceso (se habla de territorio construido) surgido de las *estrategias de los actores* y de *fenómenos de aprendizaje colectivo*” (Op, Cit. p. 154 . La cursiva es nuestra); la innovación habrá de responder, en consecuencia, a un proceso, también, de “construcción colectiva”; proceso que, en cuanto tal, sea sensible a esas dos variables que, desde siempre, son inherentes a todo proceso; nos referimos, por su puesto, al *espacio* y al *tiempo*; de ahí que sean precisamente la

precisamente allí, en la “construcción del territorio” como un hecho social compartido, donde se sientan las bases de una auténtica gobernabilidad y, en consecuencia, de un Estado verdaderamente legítimo. Tarea a la que desde nuestra perspectiva y, particularmente en este contexto, está llamado tanto el geógrafo como, en general, el científico social.

¹¹¹ La “comprensión” a la que aquí nos referimos tiene que ver con la “sensibilización” frente al entorno por parte de la empresa social, respecto de la cual habrá de surgir tanto su sentido *innovador*, como el propio *carácter sustentable* de las propuestas y acciones que la innovación como tal suscite en un

adaptabilidad y la *flexibilidad* (entendidas desde estas dos variables) las dos características básicas que, por derecho propio, tendrán que acompañar cualquier iniciativa auténticamente innovadora.

A su vez, éstas últimas no pueden considerarse “en abstracto” ya que han de remitirse al análisis del caso específico de los modos en que se comportan, en los respectivos contextos, las condiciones mínimas para que éstas se den, de modo tal que de la manera como éstas actúen y se interconecten se derive la propia especificidad de la innovación en cada caso. Entra así nuevamente el tema del *entorno* y de los componentes necesarios para que, desde él, tenga lugar la innovación; componentes que en opinión de los tres autores antes mencionados pueden expresarse así:

Un *substrato territorial* de ámbito local, que mantenga ciertos rasgos de homogeneidad interna y se comporte como espacio de vida y trabajo (cuenca de empleo) para la mayoría de sus residentes que comparten una historia común, un cierto sentido de pertenencia y una red de relaciones tejida en el tiempo.

Un *conjunto de actores* (empresas, instituciones públicas, sindicatos, asociaciones, centros educativos y de investigación...) con capacidad de decisión e iniciativas que dinamicen ese espacio.

Una serie de *recursos materiales* (establecimientos industriales y de servicios, infraestructuras técnicas, patrimonio urbano...) e *inmateriales* (saber hacer, herencia cultural...), que se intentan identificar y poner en valor.

Una *lógica de interacción*, por la que se establecen relaciones de cooperación entre actores -que no excluye sino que facilita la competencia- y existe cierta capacidad/hábito de llegar a acuerdos, lo que permite obtener las llamadas *economías de convención*.

Una *lógica de aprendizaje*, o capacidad de los actores para modificar su comportamiento a lo largo del tiempo con objeto de adaptarlo, de forma flexible, a los cambios del entorno, así como una trayectoria tecnológica común que favorezca la difusión rápida de conocimientos junto a unas normas de actuación aceptadas colectivamente”. (Op, Cit. p. 152-153).

No obstante esta excelente puntualización creemos que aún faltan por señalar en ella dos componentes más a considerar en la descripción del entorno capaz de propiciar la *Innovación* y son estos, la existencia de un *marco político- administrativo descentralizado, operativo y flexible*, y la presencia de *ágiles canales formales o informales de comunicación* que actúen cumpliendo un triple papel: *educación, información y difusión*. De cualquier forma, lo que resulta deseable desde todo punto de vista, es “innovar” (abrir caminos creativos y recursivos), incluso, en el marco de las condiciones de posibilidad mismas de la *Innovación*; y esto tanto a nivel de los recursos y medios, como a nivel institucional (político- administrativo y jurídico-normativo) y, por supuesto, a nivel del propio tejido social en su conjunto.

Hablamos así de una *Innovación* llevada al punto en que no sólo sea viable pensar a partir de ella nuevos componentes que la enriquezcan, sino que, incluso, permita, y de hecho contemple, nuevos caminos para la interacción entre los existentes y, ¿por qué no?, que asuma el reto de que en contextos donde los mismos sean escasos, lograr que la óptima operacionalización de los existentes esté en capacidad de suscitar la paulatina aparición de los demás. A fin de cuentas lo que la “*empresa social*” demuestra, en su particular manera de entender la *Innovación*, es que los alcances de ésta van mucho más allá de la simple explotación de un recurso, de la incremental producción de bienes de capital, o de la eficiente distribución de un producto.

Con todo, la *Innovación*, en su componente territorial, no puede explicarse, ni mucho menos llevarse a cabo, a partir, solamente, de la óptima combinación de factores estructurales; ya que para que el territorio se “active” es necesario, o que se lleve a cabo una experiencia “detonante”, o que un actor relevante (público o privado) y con la suficiente capacidad de convocatoria “ponga a andar la rueda”; en este último caso estamos hablando de la importancia del liderazgo ejercido por los que así pueden denominarse como “promotores de innovación”.

En este orden de ideas aludimos específicamente a la ingente necesidad de diseñar estrategias innovadoras que, en principio, respondan a las particulares y muchas veces precarias condiciones que caracterizan a las ciudades del “Tercer Mundo” (particularmente a las latinoamericanas); tal el caso del planteamiento que, como ejemplo, desarrollamos con este trabajo.

11.3. El planteamiento topofilico en tanto estrategia innovadora.

Para nadie es un secreto la importancia estratégica que para la economía mundial cumplen las ciudades en la actualidad; del mismo modo sería una perogrullada insistir en el enorme foco de conflicto que éstas representan en tanto que, como hemos señalado, concentran la mayor parte de la población mundial en condiciones muchas veces lejanas a los mínimos estándares de justicia social y equidad. Situación particularmente grave en las enormes metrópolis de los países menos desarrollados donde al desbordado incremento de la población se suma el problema de la concentración de la riqueza y de las oportunidades; para no hablar del problema que representa la pérdida de sus referentes socio espaciales tradicionales, en atención a la urgente necesidad de adoptar nuevos códigos que les signifiquen y, así, “los aten” a un mundo que va demasiado de prisa.

En razón de este panorama es que adquiere particular sentido el concepto innovador de “empresa social”, al que hemos hecho alusión anteriormente, en tanto a través de la misma se constituyen verdaderos colectivos encaminados, bajo un mismo espíritu, al logro de unos satisfactores que les permitan, a la vez que constituirse “identitariamente”, enfrentar los problemas comunes que los aquejan.

Sobre esta base surge el concepto de Topofilia, tal y como lo entendemos, en tanto estrategia asociativa de desarrollo comunitario y planeación participativa (fundamento de su dimensión innovadora) orientada a *integrar armónicamente la vivienda, el empleo, la recreación, la cultura y los servicios básicos de educación y salud en un mismo ámbito territorial a partir del diseño de respectivas herramientas participativas que, desde la planificación concertada y, con ella, la adopción de responsabilidades multiactorales, abran espacio a este tipo de iniciativas.*

En razón de lo anterior, el objetivo básico de la Topofilia, tal como lo hemos formulado, apunta a la construcción y consolidación de un espíritu comunitario orientado, de tal suerte, *al logro del desarrollo sustentable a partir tanto del reconocimiento y potenciación de las especificidades de cada comunidad en particular, como del fortalecimiento y consolidación de los nexos psico-físicos de arraigo y pertenencia entre las distintas comunidades y entre éstas y los lugares en que viven: construir lo de todos a partir del reconocimiento de lo propio.*

Si las personas tienen las condiciones para trabajar por su comunidad sin salir fuera de ella, sin duda no sólo se fortalecen los nexos de apropiación y pertenencia por una ciudad de todos “hecha por todos”, sino que se promueven el acercamiento y la comunicación entre los distintos actores tanto individuales como colectivos comprometidos en la construcción de la misma y, de paso, no sólo se combate el aludido flagelo de la violencia que, como dijimos, resulta producto tanto de la intolerancia y falta de comunicación, como de la falta de oportunidades y de reconocimiento, sino que se optimizan las relaciones funcionales de la propia ciudad facilitando y fortaleciendo su gobernabilidad, su productividad, su administración y su manejo.

La propuesta no es otra que la de construir una habitabilidad a partir del rescate de la escala humana en escenarios concretos; aquellos que definiera Max Neef como “escenarios pequeños”, pues son estos, en suma, los que constituyen la ciudad y la hacen aprehensible a los ciudadanos. De ahí que nuestro interés se concentra menos en promover la construcción de grandes lugares para que la gente se encuentre, que en promover la construcción de “grandes encuentros” así los lugares sean pequeños, dado que lo que buscamos, fundamentalmente, *es que los miembros de una comunidad se conozcan, interactúen y den respuesta, ellos mismos, a sus problemas en el propio lugar donde habitan*, evitando así tener que recorrer grandes distancias al interior de la ciudad para acceder a un determinado servicio gastando, de paso, buena parte de su tiempo y dinero en un transporte que, en el caso de las ciudades que nos ocupan, no sólo complica sino que aminora la propia productividad de éstas en su conjunto.

En otras palabras, lo que le interesa a la *Topofilia* es ahondar en la posibilidad real de “hacer ciudad” a partir de la adecuada potenciación de lo que las distintas comunidades son en sí mismas; esto a partir de la detección de aquellos elementos que expresan y manifiestan su acervo cultural social e histórico, para así potenciar el mismo con miras a la apropiación tanto efectiva como afectiva de la ciudad; lo que a su vez implica asumir la comprensión del papel “innovador” que el “capital simbólico” (patrimonio de cada colectividad en tanto que son fundamentalmente las especificidades culturales y etnográficas las que definen a un determinado grupo) puede llegar a jugar en la generación de procesos productivos ligados a la construcción del territorio.

En este contexto, y de acuerdo con el objetivo inherente al planteamiento topofílico: *desarrollar una herramienta innovadora de desarrollo comunitario y*

planeación participativa con dimensión sustentable que, con enfoque local, permita, particularmente a los habitantes más pobres de las grandes metrópolis estar en capacidad de participar en forma activa y consciente en la construcción y apropiación del territorio que ocupan y que de tal suerte habrá de resultarles propio, lo que queremos recalcar, en este punto, es la “dimensión política” de la *innovación*, tal y como la entendemos, en sus componentes filosóficos y metodológicos.

Contraria a una propuesta “paternalista” que busca reforzar los lazos de dependencia entre la sociedad civil y el Estado, la “empresa”¹¹² que suponga el diseño y construcción de un bien público; un parque, por ejemplo, por parte de una determinada comunidad garantizará, no sólo su preservación y cuidado, sino la correspondencia inequívoca con la idea que tal comunidad tiene de lo que “estandarizadamente” denominamos “parque”, y que en cada caso tendrá que ser tan distinto a los otros, como la propia comunidad que lo concibe y construye lo es a las demás.

De esta forma, el propender por la autonomía y fortalecimiento de lo que muchas veces se ha denominado, demagógicamente, el “poder local”, no tiene otro sentido que el de la construcción de un orden social más justo, y con él, de un nuevo Estado que a partir de la implementación de herramientas como ésta se fortalezca y esté en capacidad de abordar selectivamente el embate homogenizador e indiferenciador de fenómenos como la globalización que amenaza con arrasar los cada vez más exigüos reductos de identidad cultural (con todo y su rico acervo patrimonial) que aún quedan en estas ciudades.

Abogamos entonces con esta propuesta por la construcción de un orden que, en principio, se empiece a gestar al interior de los grupos de población más vulnerable, particularmente los niños y jóvenes, para que a partir de ellos se genere y dinamice todo un *proceso pedagógico de construcción de lo público* concebido, primordialmente, a partir de la capitalización del recurso humano y sustentado en la optimización tanto de los recursos técnicos como de los financieros.

De esta forma, y dentro del reto de contribuir con la promoción de un desarrollo sustentable en las ciudades a partir de la “construcción de ciudadanía” implícita en la propia “construcción” de éstas, consideramos, desde nuestra particular perspectiva, que

¹¹² “Empresa” entendida como acción decidida que en favor de su propio beneficio “emprende” un determinado grupo que de tal suerte actúa como “empresa social”.

cualquier intento por “hacer ciudad” ha de contemplar una doble estrategia, o mejor, una estrategia con dos dimensiones: una que se ocupe de concebir a la ciudad como un “todo sistémico” y en tal medida planifique su reordenamiento con base en la armónica integración de cada una de sus partes concebidas de acuerdo al carácter dinámico de los flujos que la configuran e interconectan; y otra que entienda *la dimensión territorial que caracteriza tales partes en sus componentes psico-físicos y socio-culturales*; los que de hecho se “movilizan” e instalan en dichos flujos.

En el primer caso estamos hablando de un sentido “biosistémico” de la planificación (tema que trataremos brevemente más adelante) y, en el segundo, de una específica forma de concebir el desarrollo comunitario y la planeación participativa (en su dimensión socio-espacial) a través del concepto de *Topofilia* que, en palabras de Antonio Vázquez Barquero (1999) respondería a lo que este autor denomina: el *orgware* del desarrollo.¹¹³ A este respecto, el carácter innovador del planteamiento topofílico, en tanto *orgware* del desarrollo, pudiera resumirse de la siguiente manera:

- a. En el modo en que propone integrar planificación estratégica y planificación física a través del diseño de instancias autosustentables de concertación multiactoral.
- b. En su propia estrategia de sustentabilidad basada en un ágil sistema que combina una eficiente estructura administrativa (basada en la creación de instancias corporativas con funciones y responsabilidades bien definidas); unos mecanismos expeditos de gestión institucional (creando unos instrumentos de autogestión y negociación con organismos públicos y privados a nivel nacional e internacional), la creación de fondos locales, la asignación de un particular sistema de contrapartidas (base de la negociación, la participación y la interlocución) y la adopción de un sistema de “regalías” por obras.
- c. En su manera de entender el carácter proactivo de la participación al interior del concepto de “empresa social” que funda, sobre la base de la determinación de responsabilidades multiactorales.
- d. En el valor que le da al capital social y, con él, al simbólico, “poniéndolos en

¹¹³ Para Vázquez Barquero las políticas de desarrollo local deben tener un triple componente que este autor “informáticamente” expresa como el “*hardware* del desarrollo,” conformado por “las infraestructuras que sirven de base a los procesos de cambio estructural y que son instrumentos indispensables para el funcionamiento del sistema productivo” (redes de transporte y comunicaciones por ejemplo), el “*software* del desarrollo” que alude a las “iniciativas que inciden sobre los aspectos cualitativos del desarrollo y que tienen un carácter inmaterial (desarrollo de empresas, por ejemplo), y el “*orgware* del desarrollo” que se concentra en las “acciones dirigidas a mejorar la organización del desarrollo” (el asociacionismo, por ejemplo). Ampliar en VÁZQUEZ BARQUERO, A. “La política de desarrollo económico local en Europa”, en RODRIGUEZ, GUTIERREZ, F. (editor), *Manual de desarrollo local*,

obra” a través de la realización de talleres de diseño participativo sobre la base de la elaboración de mapas cognitivos.

e. En los mecanismos que propone para fomentar el asociacionismo y, con él, el corporativismo a través del esquema planteado para incentivar la participación.

f. En la relación estrecha que plantea con la administración gubernamental al ofrecerse como herramienta institucional de gobierno y control social.

g. En su aporte a una mirada integral de ciudad constituida sobre la base de la efectiva incorporación de los particularismos; tanto en lo que tiene que ver con la administración del territorio, como en lo que específicamente compete al tema de la coordinación entre la planificación local y la metropolitana.

h. En su aporte al empleo, a través de la creación de “bolsas” especializadas en este sentido, sobre la base de los proyectos a desarrollar.

i. En su esquema propositivo para enfrentar el tema de la planificación local en sus componentes físico ambientales y psico-sociales; así como en la manera que propone para asignar los presupuestos y llevar a cabo la asignación y ejecución del gasto sobre un esquema concertado de prioridades; y fundamentalmente,

j. En su carácter eminentemente pedagógico.

12. LA PLANIFICACIÓN URBANA Y EL ORDENAMIENTO TERRITORIAL: UN CAMBIO DE ENFOQUE.

12.1. Elementos para la construcción de una política pública espacial concertada en el contexto local de las grandes ciudades de América Latina.

Las profundas transformaciones de la sociedad actual provenientes, en gran medida, de la idea de un “nuevo mundo”, un mundo global de economía abierta donde cada vez existe una mayor interdependencia entre los diferentes contextos, hacen, necesariamente, que nos preguntemos por el destino de “lo local”; o mejor, por el papel que “lo local”, en cuanto tal, ha de jugar en este nuevo universo de economía de mercado.

Para nadie es un secreto que el mundo definitivamente ha cambiado, o al menos ha aprendido a mostrarse de una manera diferente: de un espacio cerrado, “sólido” y delimitado por fuertes tendencias ideológicas o nacionalistas, hemos pasado a un mundo abierto, “fluido” y decididamente “universal” (al menos esa es la pretensión) amparado en

esa ya clásica idea de McLuhan de la “aldea global”. Fragmentariedad, levedad y flexibilidad parecen ser los tres conceptos que imperan en nuestra época y que de hecho afectan tanto a la sociedad y la cultura en general, como al propio Estado en particular que se ve obligado a transformarse para no quedar anacrónico respecto de tales cambios; un Estado que para responder a estas tendencias tiene que hacerse audaz, volátil, eficiente, ligero y, sobre todo, “invisible”, ya que de hecho, para sobrevivir, tiene que “desaparecer” como presencia inamovible, ubicable y fija, debe dejar de ser “el centro” para alcanzar ese anhelado estado de ubicuidad que una vez “descentrado”, o mejor, desconcentrado, verdaderamente le permita “estar en todas partes” al convertirse en un “único” Estado, en un “Estado universal”.

Las tendencias no mienten, una vez desaparecida la “inquietante y perturbadora” presencia del comunismo, es posible declarar el triunfo del capital y, con él, la instauración de un nuevo orden; o mejor de un único orden, aquél que en el concierto de las naciones, inexorablemente se ha ido haciendo espacio introduciendo, también, un único lenguaje, una única ideología y un único espíritu: *el neoliberal*. De este modo, el neoliberalismo se convierte en la bandera de ese nuevo “Estado Universal”; valga decir, “Estado Empresarial”, amparado en el control y dominio del gran capital.

La situación es irreversible, la globalización es un hecho que no se puede negar pero, ¿cual es entonces el destino de los particularismos, de lo local en cuanto tal? Al parecer no hay más que dos opciones: ser absorbido acríticamente por el nuevo sistema que de tal forma arrasará con cualquier reducto de identidad local, o entrar activa y beligerantemente a competir en su interior haciendo valer las ventajas comparativas locales y así frenar, o al menos atenuar, su apabullante embate homogenizador.

En este orden de ideas, la conformación de este nuevo “Estado Universal invisible” (el más fuerte de todos); como cualquier otro Estado, requiere, necesariamente, de la decidida anuencia (complicidad) de la ciudadanía que lo conforma; es decir, tiene que afianzar su representatividad (y con ella su poder) “vendiendo” un proyecto que así será “un proyecto de todos”. La verdad es que esta “venta” es una sutil imposición orquestada por la alianza entre los medios de comunicación y el consumo: el neoliberalismo y su “Estado de Bienestar” nos ofrecen “tener más”, acceder a “más servicios”, tener “más movilidad”, en última instancia, “ser más...” No obstante, frente a esta irreversible tendencia, surge una aparente disyuntiva: Estado Neoliberal o Estado de Derecho; el

primero impuesto por las exigencias del mercado y del gran capital para favorecer un orden privado y, el segundo, construido consensualmente sobre la base de un interés público puesto de manifiesto a través de la utilización de canales y escenarios de diálogo, encuentro y participación.

Aquí la disyuntiva, insistimos en ello, es sólo aparente ya que una auténtica globalización, y con ella la instauración de un auténtico “Estado Universal” no puede dejar de lado ninguna de estas dos opciones que, por lo mismo, no son, ni pueden ser antagónicas. El reto, en tal medida, no puede ser otro que el de integrar a la economía de mercado, substrato del Estado Neoliberal, las demandas y exigencias de un Estado de Derecho, para lo cual, y dicho de la manera más cruda, han de demostrarse las bondades funcionales (económicas) de éste último; es decir, ha de probarse la “rentabilidad” de una sociedad organizada a través de él como *empresa*; lo que sólo resulta posible si existe un acuerdo entre las distintas fuerzas vivas de la sociedad para diseñar y llevar a cabo un “proyecto común compartido”, que de tal forma resultará ser, a la postre, el propio Estado. Sólo de esta forma es posible aspirar a un Estado que no sólo sea garante de la seguridad y bienestar de sus miembros sino que, y por lo mismo, sea el dilecto promotor (a fin de cuentas es el primer interesado) de un espacio abierto para que estos dos anhelos de toda sociedad se alcancen colectivamente; he ahí la necesidad de movilizar e integrar las fuerzas vivas de la sociedad puesto que el bienestar es responsabilidad de todos.

A fin de cuentas el Estado, entendido como ese “dispositivo panóptico” que antes vigilaba y controlaba la sociedad desde un privilegiado e inamovible principio de razón, ha salido de su tradicional lugar de dominio y se ha internalizado en las conciencias, ha llegado a la calle, se ha adentrado en las viviendas y los centros de trabajo; el “usted” de la sociedad que antes representaba “lo otro” del Estado, se ha transformado en el “nosotros” del Estado mismo, bajo la premisa de que “el Estado somos nosotros”, de que “nosotros decidimos..” Democratización del Estado o estrategia seductora de atracción y consenso que, de tal suerte acusa, por parte de éste, su propia fragilidad y debilitamiento. La conclusión es muy sencilla el Estado no es, ni mucho menos, un proyecto acabado y definido ya que se constituye dentro de un *proceso*; de hecho, su propia necesidad de modernización le exige, permanentemente, adoptar nuevas estrategias y, con ellas, desarrollar nuevas herramientas y mecanismos.

Lo que se infiere de aquí es la urgencia (acaso inevitabilidad) de establecer un nuevo contrato social que permita una mejor asimilación del profundo cambio que experimenta nuestra época y que, de tal suerte, en el mejor de los casos, internalice un nuevo proceso de ruptura evolutiva para así verdaderamente plantear nuevas alternativas, y no, simplemente, nuevos envases para las ya conocidas.

Valga señalar que la sociedad actual, y los distintos fenómenos que la caracterizan, han venido siendo estudiados desde hace tiempo por un buen número de expertos provenientes de diferentes disciplinas; allí están los filósofos, los sociólogos, los antropólogos, los comunicadores, los politólogos, los economistas y, en menor medida los urbanistas y planificadores; para no hablar de otras disciplinas que en alguna medida se ocupan de los temas sociales, como la Psicología Ambiental o la Geografía Humana, entre otras. Expertos que coinciden en recalcar el reto de un nuevo siglo (los mas avezados hablan del reto de un nuevo milenio), aludiendo, al parecer, más a la necesidad de introducir cambios radicales en nuestra manera de entender la sociedad, que en señalar las tendencias que deberíamos asumir, de manera concreta, para enfrentar las exigencias de este nuevo mundo en el que, de hecho, ya nos movemos.

Los temas son siempre recurrentes: la superpoblación (entre 1950 y 1990 la población mundial se duplicó), la migración, el abandono del campo, el crecimiento de las megaciudades, la revolución tecnológica e informática, la exacerbación de las tensiones sociales, el desempleo, la exclusión, la vejez, el racismo, las relaciones entre países ricos y pobres, la complejidad de los sistemas de movilidad, la creciente precariedad del medio ambiente; en fin, tópicos comunes que reiteran la necesidad de concientizarnos, de dar una adecuada respuesta a este “nuevo mundo” donde, paradójicamente, frente a la idea de “mundo abierto” que nos vende el proyecto “global” cada día crecen más las diferencias, la exclusión, el deterioro ambiental y las contradicciones sociales.

No obstante, de los factores antes mencionados, uno por sobre todos resulta preponderante, y es el papel que en los demás juega la revolución tecnológica e informacional (particularmente las comunicaciones), en lo que compete a la consolidación de un único mercado financiero mundial en el que se llevan a cabo toda una serie de deslocalizaciones productivas, ya no reguladas por las legislaciones de los distintos países sino por los impulsos eléctricos de los ordenadores. Sistema que lejos de ser operado por los diferentes gobiernos, es conducido por las compañías de bienes y servicios para las

cuales el tráfico de divisas resulta, en todo, más rentable que el de bienes de capital. Por lo anterior, el capital, como antes los recursos naturales, han dejado de ser ventajas competitivas entre las naciones; de hecho, las puertas están abiertas a cualquier inversor de cualquier país que presente un proyecto susceptible de generar “beneficios globales” y, en contraposición, cualquier país que presente proyectos sociales importantes, pero que definitivamente no sean rentables para el “gran capital”, se verá con problemas para atraer la inversión.

Surge de aquí, nuevamente, la ineludible necesidad de concertar intereses para que la “lógica del mercado”(del Estado Neoliberal) no resulte antagónica a la “lógica de la sociedad” (del Estado de Derecho); a fin de cuentas, ambas comparten un común denominador: *el territorio*. He ahí el primer y fundamental reto que debe acompañar cualquier proceso de planificación estratégica con enfoque local que parta de la construcción colectiva de unas auténticas políticas públicas espaciales: *demostrar la “rentabilidad” de la inversión social en el terreno mismo donde ésta se lleva a cabo*.

Dos factores inciden aquí de manera preponderante; por un lado está la presión social acrecentada por las cada vez más numerosas demandas de bienestar (empleo, seguridad, servicios sociales y tiempo de ocio, entre otros) y, por otro, las exigencias de un mundo “abierto” constituido, como dijimos, sobre los presupuestos de la economía de mercado. ¿Cómo atender las demandas de una sociedad sin desatender las del “mundo” exterior con el que ésta necesariamente se relaciona e interactúa?; ¿será acaso posible lograr lo segundo a través de lo primero?; ¿cómo hacer “productiva”, entonces, una dinámica social? En cualquier caso, el fortalecimiento del Estado, inherente a la adecuada conciliación entre ambas tendencias, pasa, necesariamente, por la armónica integración de tres factores básicos: la *afirmación de la gobernabilidad* (mediante una mejora sensible en la representatividad fundamentada en la paulatina e incremental construcción de consensos; es decir en la *participación*), la *instauración de las adecuadas condiciones de habitabilidad* (mediante la construcción de los elementos infraestructurales básicos para el bien público y la consolidación de pactos sociales que garanticen su adecuado uso y preservación) y la *puesta en marcha de adecuadas estrategias de productividad* (mediante la implementación de los adecuados mecanismos de concertación de fuerzas e intereses entre los sectores público y privado).

Condiciones que, en suma, responden tanto a incidencias internas (factores endógenos) como externas (factores exógenos); aunque de hecho, en un “mundo abierto” cada vez resulta más difícil establecer la diferencia entre las dos, a no ser que en el primer caso hablemos de ventajas comparativas y en el segundo de exigencias del mercado, o lo que es lo mismo, de oferta y de demanda. La respuesta no puede venir de otra parte: es necesario concebir, y de hecho poner a interactuar la sociedad como una *empresa social*!

Por su parte hablar de “empresa social”, en el sentido al que hemos hecho alusión en páginas anteriores, supone aludir a una estructura organizativa en la que existe un gerente, unos socios, un capital y, sobre todo, una *estrategia* orientada hacia un destino imaginario a alcanzar. Sin embargo no se puede desconocer que esta “empresa” no está sola, ya que hace parte de un proyecto mucho mayor, de un complejo sistema en el que se inserta y respecto del cual es tan dependiente como permeable.....

Por lo anterior, ¿hasta donde podemos hablar de problemática interna o externa de una determinada localidad o región cuando de lo que se trata, hoy en día, es de que ésta se sepa proyectar, de que se sepa “vender” y, de tal suerte, posicionar en el mercado global o regional como “producto”?; ¿cómo asegurar su participación?; ¿cómo hacerse necesaria? Sin lugar a dudas, desde la óptima potenciación de sus fortalezas a la luz de unas determinadas oportunidades tanto políticas y económicas, como, desde luego, sociales; éstas últimas manifiestas a través de la lo que hemos denominado, la “puesta en obra” del *capital social* y, con él, del *capital simbólico* que constituye, en gran medida, el acervo patrimonial de cada colectividad (identidad cultural, ideosincracia, historia y expectativas de futuro deseable posible, entre otras).

Particularidades que, en suma, nos hablan del “desde dónde” se puede llegar a “ofertar” una determinada localidad o región. Pero tan importante es establecer esto como la propia dirección hacia donde el colectivo humano, puesto de tal forma en juego, se quiere dirigir; en cuyo caso la pregunta estratégica es siempre, ¿a dónde queremos llegar?, ¿qué clase de localidad (hablamos tanto de un municipio como de una ciudad) queremos tener a diez, quince o veinte años vista? Interrogantes que acusan la necesidad de establecer un “proyecto colectivo”, un proyecto con noción de futuro que, en cualquier caso, dirija a la comunidad organizada y debidamente liderada en una clara dirección, estableciendo, en consecuencia, las vías más expeditas y claras para alcanzarlo (*líneas estratégicas*).

De esta suerte, lo primero que una comunidad debe construir es, sin lugar a dudas, un *imaginario*; el que a su vez tendrá el activo papel de integrar y fortalecer a la propia comunidad en el proceso de su alcance. Más que un “norte” detenido en algún lugar remoto del futuro, el imaginario será, por el contrario, el “motor” de cada una de las acciones que desde el presente dirijan, motiven y orienten a la comunidad en su conjunto. Pero para que cualquier clase de imaginario pueda llevarse a cabo se necesitan fundamentalmente tres cosas: **1. Territorializar la visión global de futuro**, es decir, “localizar” el panorama global dentro de las expectativas y posibilidades reales de lo local mismo; **2. Anticiparse a los cambios que se contemplen**, es decir, desarrollar una ágil capacidad de respuesta a los acontecimientos, y **3. Atraer la complicidad de los agentes económicos y sociales** para reducir las tensiones y divergencias entre las lógicas de la comunidad y las del mercado.

Nunca como ahora el mundo había facilitado tanto el acercamiento y la posibilidad de crear consensos que, aún sobre la base de diferentes intereses, posibilitasen un mutuo beneficio, pero nunca, tampoco, se habían exacerbado tanto las diferencias ni se había hecho tanta promoción y despliegue de lo individual. En un momento en el que la globalización impone una serie de principios homogenizadores en el uso del espacio, en la noción de valor y en el lenguaje mismo (el del capital), surgen, por contraste, toda una serie de gritos localistas, folcloristas o nacionalistas, que claman por la defensa de lo individual; es “la parte” que no se deja absorber ni subyugar por ese abstracto e impersonal “todo global”; ¿despliegue de formas agónicas de identidad o reivindicación de insobornables formas de diferencia? En cualquier caso, la lógica del capital no responde a otra cosa que no sea el *interés*.

12.2. La Planificación Estratégica en tanto herramienta topofílica de desarrollo local.

El concepto de Planificación Estratégica surge en los años 80 en la Escuela de Negocios de Harvard y fue aplicado, en primera instancia, a la empresa privada, con el fin de que a partir de ella ésta alcanzara un alto grado de competitividad en el mercado, teniendo presente, siempre, los movimientos de la competencia; en tal medida, se propone como un medio (flexible, maleable, dinámico y eficaz) para alcanzar un único objetivo, el éxito empresarial: consolidación, rentabilidad, expansión, continuidad y liquidez; motivo

por el cual las preguntas que se hace no pueden ser distintas a: ¿qué se va a producir?, ¿cómo se va a producir?, ¿dónde se va a producir? y, finalmente, ¿a qué precio?

No obstante, si bien el interés de la planificación estratégica es la *productividad*, el caso de las ciudades y municipios que la emprenden, dada su naturaleza socio-histórica y eminentemente espacial, exige que la entendamos, desde la perspectiva del planteamiento topofílico, con un matiz particular; para que no traslademos, sin más, la lógica de la empresa a la de la comunidad (a nos ser que ésta se constituya como una “empresa social”, en el sentido que anteriormente señaláramos); sin demérito, por supuesto, de la propia lógica espacial de las empresas que las hace ubicarse en un lugar u otro, de acuerdo a las ventajas que éste les esté en capacidad de propiciar; y sin desconocimiento, tampoco, de que el territorio también participa en el juego estratégico de las empresas a través de sus planteamientos urbanísticos, así como de sus políticas fiscales, económicas y sociales, adaptándose de tal suerte a la “lógica del mercado”.

En este orden de ideas parecería justo pensar que así como las empresas se sirven de la planificación estratégica para alcanzar sus objetivos de rentabilidad, los territorios en los que éstas se asientan y gracias a los cuales se benefician, utilicen también esta técnica para alcanzar los suyos; con la salvedad, desde luego, que en el caso de las ciudades y municipios, el tener como norte exclusivo la rentabilidad económica, resulta un objetivo a todas luces peligroso, ya que no podemos caer en ese círculo vicioso mediante el cual se piensa que, o bien las ciudades deben ser productivas para ser gobernables y habitables, o bien la gobernabilidad y la habitabilidad son condiciones previas y fundamentales para emprender un proceso productivo. Sin embargo, en ambos casos es claro que el objetivo no puede ser otro que “la ganancia”; eso sí, estableciendo claramente qué se entiende por ésta en uno y otro caso, puesto que es en la selección de los objetivos de las ciudades y municipios donde se ha de considerar, y de hecho poner a actuar, su propia lógica interna a la luz de una rentabilidad tanto económica, como política y social.

De cualquier forma, los principios que rigen la planificación estratégica del territorio resultan, en gran medida, distintos de los que alientan a las empresas privadas, ya que lo que a la primera le interesa, fundamentalmente, es la construcción de un objetivo común a alcanzar, construido consensualmente sobre la base de obtener: máxima participación en la selección de objetivos y acciones, máxima divulgación de las estrategias seleccionadas, organización específica para la puesta en marcha de una política

de planificación urbana basada en la concertación en torno a correspondientes políticas publicas espaciales, organización mixta en la que participen los máximos responsables del gobierno local junto a los máximos responsables de los actores económicos y sociales, realización de acciones emprendidas sectorialmente con proyección multi o trans-sectoriales y búsqueda de bienestar colectivo fundada en la satisfacción de intereses diversos.

Por otro lado, comparte la planificación del territorio con la idea moderna de empresa la minimización del equipo base que la conforma, la flexibilidad y agilidad en su modo de operar, la adaptabilidad frente a las eventualidades, el sentido de oportunidad que responde a las coyunturas locales y globales potenciando sus fortalezas y ventajas comparativas, la optimización de recursos humanos, técnicos y financieros, la continuidad y capacidad de cambiar de rumbo si la lógica del mercado así lo requiere, y quizá, lo más importante, en tanto característica fundamental en ambos casos: *la capacidad de alterar la línea de actuación tendencial que se viene siguiendo con el objetivo de anticiparse a los cambios*, es decir, la *innovación*.

En este orden de ideas, y en atención, tanto a las similitudes como a las diferencias entre el modo estratégico de obrar de la empresa privada y el del territorio (éste último, entendido desde la perspectiva de la “empresa social”), la apuesta que el territorio realiza ha de entenderse más como “aventura colectiva” que se emprende que como un “negocio” que se monta y, por lo mismo, como un proceso que se autoregula y redefine en el tiempo; razón por la que un plan estratégico no puede ser un voluminoso compendio de normas para alcanzar una deseable condición futura; de hecho, suele ser un pequeño documento de tres o cuatro páginas donde se establece la imagen de “producto deseado” (es decir, su objetivo estratégico) junto con un listado ordenado y jerarquizado de las medidas necesarias a tomar para alcanzarlo; respaldado, por supuesto, en toda una serie de estudios y trabajos que lo soportan y que son, en definitiva los que permiten formular el plan como tal al llevar a cabo una serie de tareas indispensables para el mismo: establecer, con el apoyo de las fuerzas vivas de las ciudades donde se aplique, el aludido futuro deseable-posible, promover la participación ciudadana, integrar intereses multiactoral y multisectorialmente y, finalmente, priorizar las acciones a realizar.

Pero, ¿por qué emprender un plan estratégico?, ¿qué ventajas ofrece respecto de otros tipo de planes?, y ¿por qué no hacer simplemente un plan de desarrollo?, la respuesta

es muy sencilla y puede extrapolarse de lo señalado anteriormente respecto de las exigencias del mundo global en el que ineludiblemente nos encontramos, pero además puede verse en la utilidad práctica de concertar pactos y esfuerzos en la obtención de un objetivo consensuado en el que los distintos actores involucrados asuman responsabilidades concretas.

Numerosas diferencias separan la planificación estratégica de otras formas de planificación, entre ellas el hecho de que mientras las segundas involucran el concepto, un tanto pasivo de “agentes”, la planificación estratégica no se concibe más que con la activa presencia de “actores”; si en la planificación tradicional el resultado final es una estructurada y más o menos rígida propuesta salida de la cabeza “iluminada” de unos pocos técnicos, en la planificación estratégica lo que tenemos es un concierto colectivo en el que se comparten tanto los riesgos como los beneficios; del mismo modo, si en la segunda se siguen una serie de etapas secuenciales que se comportan como insumos de las posteriores en un mismo escenario: la ciudad o región “en abstracto”, en la primera se trabaja simultáneamente en diversidad de frentes, construyendo, para ello, los adecuados escenarios; en idéntica medida, si en el segundo caso el documento del plan o una norma que lo adopte, tiende a convertirse en su final; en el primero, dicho documento es apenas una etapa más dentro de su proceso, y sus resultados, lejos de producirse al final, como en la planificación tradicional, se van logrando paulatinamente y a lo largo de su propio decurso; a fin de cuentas, un plan estratégico no es otra cosa que una “apuesta” de futuro y, por lo mismo, sus acciones se contemplan, fundamentalmente, en el mediano y largo plazo, no teniendo para ello que ser continuista ni depender de los vaivenes de las políticas de turno; aunque éstas se sirvan coyunturalmente de él; esto sin demérito de las acciones base que, actuando como “laboratorios” de planificación, concertación y acción–participación muestren resultados en el inmediato plazo.

Numerosas razones llevan a que un determinado territorio opte por llevar a cabo este tipo de “apuesta”; por un lado están los contextos que simplemente quieren acentuar los beneficios de determinadas opciones coyunturales (Barcelona y los Juegos Olímpicos, por ejemplo), por otro lado, están también los territorios donde el debilitamiento del Estado requiere de una urgente medida democratizadora en la que la participación ciudadana atenue los conflictos o las tensiones existentes entre la sociedad civil y el gobierno con el fin exclusivo de facilitar (o recuperar) la gobernabilidad (caso de buena parte de las ciudades latinoamericanas); pero también está el caso en el que ésta

simplemente se adopta como una vía expedita para reordenar el futuro económico, social y, de tal suerte espacial, de una determinada localidad; reordenamiento que por ser consensuado responde a los intereses de los actores involucrados (en teoría la sociedad en pleno, representada a través de toda una gama de instancias y organizaciones), lo que supone hará tanto más gobernable el territorio donde se lleva a cabo como habitable y productivo. A fin de cuentas parece difícil que desde un Alcaldía se lleven a cabo políticas de largo alcance respecto del empleo, por ejemplo, sin contar con las organizaciones empresariales, o de renovación urbana sin contar con los habitantes y usuarios directamente afectados.

De cualquier forma, inherente a la dinámica misma del Plan resulta crucial el recalcar su dimensión pedagógica; es necesario que éste “enseñe” a “constituir y/o fortalecer el territorio” sobre la marcha; de ahí que sus acciones han de suponer una didáctica ciudadana que, de paso, no sólo refuerce lo nexos entre la ciudadanía y el lugar que habitan, sino entre ellos mismos en tanto comunidad. Lo anterior implica la promoción de nuevos hábitos y comportamientos; situación que difícilmente se puede abordar de manera unilateral, como tampoco se puede plantear unilateralmente la idea de “ofertar” el territorio haciéndolo atractivo a la inversión sin el consentimiento, por ejemplo, de los sectores sindicales que, de hecho, resultan afectados por cualquier cambio de política que, con tal fin, fuese necesario implementar en la normativa laboral.

A su vez, la presión de los cambios incide necesariamente en un ajuste de los tiempos por parte de las administraciones locales ocupadas, en gran medida, y por lo mismo, en “apagar incendios”; al parecer, cualquier plan a mediano plazo es reemplazado por la urgencia y en tal medida se convierte en un plan de contingencia; ¿cómo gobernar entonces?, ¿cómo liderar a una comunidad cuando la premura de las situaciones convierten al gobernante en un simple administrador? He ahí otra razón más para el establecimiento de un norte compartido, de un marco de referencia, de una carta de navegación. No obstante, la pregunta lógica que se hacen los políticos en este punto y que tan bien logra expresar Santacana (1993) resulta ser siempre: “¿por qué un político elegido para gobernar y decidir debe compartir parte de esta responsabilidad con representantes de otras instituciones ciudadanas?”.

La respuesta, en parte, ya la hemos dado, tanto en términos de las demandas del competitivo mundo actual, como en lo que compete al problema que, para el gobierno,

suponen ser las inmediatas y urgentes demandas que, permanentemente, lo absorben y le quitan tiempo para pensar, es decir, para gobernar. He ahí el primer gran obstáculo para la realización de un plan de estas características: el contar con la anuencia gubernativa inicial dado que ésta es, precisamente la que, al menos en un principio, otorga el impulso primero que el Plan necesita; de ahí que sea, la voluntad política, la piedra angular de este proceso.

La preocupación de los políticos es apenas normal en tanto refleja la preocupación ante un cambio que, como todos, irrumpe en la manera tradicional de pensar y hacer las cosas; no obstante la creciente necesidad de modificar las formas de gobierno territorial adaptándolas a las exigencias de los nuevos tiempos, poco a poco va logrando superar estas reticencias. Aquí, como en cualquier caso, la palabra “cambio” resulta íntimamente ligada a “dificultad”; la propia dificultad de cambiar, pero ¿qué pasa cuando el cambio es una necesidad? Sin duda, que la dificultad tiene que enfrentarse con resolución hasta que los resultados del cambio mismo paulatinamente la vayan menguando hasta hacerla desaparecer, ese es el reto, pero también la apuesta de la planificación estratégica; la que de hecho se basa en la superación de dificultades con base en el diálogo y la concertación. El propósito no es otro que el de construir a cada problema (tema crítico) un escenario de resolución sobre la base de establecer la corresponsabilidad que en él cobran los diferentes actores sociales.

Los beneficios políticos no se hacen esperar; en primer lugar, el consenso garantiza a la administración del territorio el facilitar sus propias opciones, en tanto a través de él evita discusiones con los distintos “agentes” sociales y económicos que, o bien pretenden frenar una iniciativa, o bien no responden a ella como se requiere; en este caso su transformación en “actores” resulta ser una manera de “ganarlos” para la causa, toda vez que la propia causa ha sido previamente concertada con ellos; en segundo lugar, la existencia de un plan consensuado permite al político, dentro de un determinado marco, encuadrar sus acciones facilitando, de tal suerte su tarea diaria; en el mismo sentido la aplicación de las acciones que el Plan promueve ayudan, sin lugar a dudas, a garantizar el éxito de su gestión, sin contar, por supuesto, con la capitalización que el propio Plan hace de su posición en términos de su capacidad de *lobby* y gestión, así como de su experiencia.

Como se ve, un plan estratégico resulta inconcebible sin la participación de los distintos sectores de la sociedad, los cuales al convertirse en “actores”, cumplen, en su

momento, el papel de “dolientes” de las distintas acciones y proyectos a implementar; lo que les exige no sólo concebir tales acciones y/o proyectos, sino ser gestores y promotores de las mismas, cuando no, directos ejecutores de ellas y, eso sí, en todos los casos, veedores de su correcta puesta a punto e implementación.

Pero llevar esto a cabo implica, necesariamente, adoptar una serie de principios básicos que garanticen la fluidez del proceso ya que sus resultados nunca son previsibles puesto que, en sentido estricto, el plan nunca se acaba (a pesar de que se fijan tiempos y se evalúa sus resultados de acuerdo a ellos) y, por lo mismo, es más una actitud que se instala al interior de un determinado territorio que así aprende a ver estratégicamente sus problemas dentro de un marco de *fortalezas y oportunidades*, que un listado de proyectos con el que, como un “memorial de agravios”, se acomete contra el gobierno de turno para exigir inmediatas soluciones haciendo, en consecuencia, eco de las debilidades. En cualquier caso, el Plan es *proactivo* y, por lo mismo, todas y cada una de las actividades que lleva a cabo están siempre orientadas a la acción; razón por la que no puede ser un simple listado de demandas sino un compendio de respuestas frente a una determinada problemática. Respuestas que, a su vez, surgen de las propias posibilidades locales y de las sinergias generadas por y entre ellas.

12.3. Principios básicos de Planificación Estratégica.

De acuerdo con lo anterior podemos considerar a los siguientes como los principios básicos de este modelo de planificación:

1. Contar con la voluntad política necesaria para llevar a cabo el proceso; la cual debe mantenerse a todo lo largo del mismo.
2. Conseguir un compromiso institucional por parte de los distintos agentes sociales y económicos (convertidos en “actores”) desde el cual éstos se sientan solidariamente implicados.
3. Garantizar la capacidad de convocatoria de la instancia promotora del Plan (normalmente una Alcaldía grupo de Alcaldías en caso de que éste tenga un radio de acción comarcal o regional), “sembrando” la idea del Plan en toda una serie de instituciones que, de tal suerte, actúen como unidades replicantes y promotoras del mismo.

4. Lograr el máximo de participación, representatividad y compromiso de las distintas fuerzas vivas que conforman la comunidad.

5. Contar con una eficiente estructura técnico-operativa capaz de llevar a cabo los procedimientos pertinentes para el adecuado desenvolvimiento del plan.

6. Poseer los adecuados mecanismos de comunicación capaces de llevar a cabo, tanto la convocatoria, como de informar de sus avances y resultados.

7. Mantener un espíritu pedagógico permanente, tanto en los modos de acercamiento de los diferentes actores, como en sus modos de operar bajo la premisa de *construir colectivamente el bienestar de todos*.

8. Tener presente siempre las características específicas del territorio donde el Plan se va a llevar a cabo en sus componentes tanto físico-ambientales como en los psico-sociales e histórico-culturales.

9. Establecer compromisos y responsabilidades entre los diferentes actores con el fin de que el Plan no se diluya en toda una serie de “huérfanas” buenas intenciones.

10. Lograr integrar y armonizar los intereses sociales y los económicos con el fin de que estos interactúen como dos caras de una misma moneda.

11. Subsanan las diferencias generadas por la lógica sectorial, introduciendo la mirada transectorial del pensamiento estratégico.

12. Elaborar el Plan a partir de la potenciación de las ventajas y oportunidades locales y no sobre un compendio de debilidades y amenazas que, en consecuencia, atienden más a un carácter reactivo que al carácter proactivo del Plan.

13. Mantener un alto nivel de discusión, así como de decoro y respeto para analizar los problemas con seriedad, profundidad y diversidad de perspectivas.

14. Construir el diálogo sobre consensos y no sobre discensos para aunar intereses, teniendo claro que no se trata de negociar nada sino, simplemente, de exponer y analizar argumentalmente los pros y los contras de las distintas situaciones en cada caso.

15. Insistir en la perspectiva a mediano plazo, dado que un énfasis excesivo en la problemática inmediata suele distraer la atención respecto del verdadero trasfondo de los problemas, impidiendo, de tal suerte, que “los árboles dejen ver el bosque”...

16. Estimular los análisis imaginativos, promoviendo en las relaciones de causalidad de los problemas la búsqueda de asociaciones que no necesariamente son obvias ni aparentes.

17. Adoptar la flexibilidad como valor inherente al Plan a la hora de establecer las prioridades, dado que el proceso no se debe detener ni circunscribir a ninguna

organización de orden secuencial. El proceso y sus acciones tienen que tener varios puntos posibles de partida, así como varias rutas alternativas.

18. Establecer los adecuados mecanismos de seguimiento y evaluación que permitan hacer ajustes sobre la marcha y garantizar el adecuado desenvolvimiento del Plan en su conjunto.

19. Fijar un imaginario a alcanzar y establecer unos tiempos determinados para obtener el logro parcial de los objetivos que, de tal forma, conduzcan a alcanzarlo.

20. Tener presente siempre que el verdadero éxito del Plan no está en el Plan mismo sino en la manera como éste incida en los modos de obrar de sus distintos actores y en los resultados que cada uno de ellos merecidamente obtengan.

21. No olvidar que el Plan no es una fórmula en sí misma a seguir, indiferentemente de los distintos contextos, sino una “construcción contextual” y, por lo mismo, inscrita en una realidad geográfica y socio-histórica concreta; después de todo, el territorio es una construcción histórico-colectiva.

Ahora bien, teniendo en cuenta que el Plan es un proceso social y político que busca poner de acuerdo a un conjunto de distintos actores en torno a unas líneas estratégicas y a la puesta en marcha de unos proyectos, es de esperar que la auténtica participación sea aquella que privilegia la deliberación y la búsqueda de consensos en torno a ese conjunto de acciones encaminadas a alcanzar el imaginario local compartido; por tanto, no debe confundirse el espacio de participación que ofrece el plan – deliberar y buscar acuerdos en torno a estrategias y proyectos - con otras formas y espacios de participación. El Plan Estratégico no es el lugar para buscar solución a todos los problema de un determinado territorio ni, mucho menos, el lugar para buscar reivindicaciones de cada sector en particular, sino un espacio donde prevalece como norte, a toda costa, la idea de un imaginario colectivo a alcanzar en un determinado plazo.

Desde esta perspectiva pueden establecerse en tres los principales objetivos de la participación de los actores sociales:

1. Promover la puesta en marcha de una política de liderazgo compartido que combata la disfunción generada por la realización de acciones aisladas o descoordinadas en las que se multiplican los esfuerzos en forma vana para lograr objetivos muchas veces comunes. Política que apunta, tanto a construir alternativas de desarrollo para el futuro de

las localidades, como a garantizar los compromisos que requiere la puesta en marcha de los distintos proyectos.

2. Poner en marcha un proyecto local compartido que permita que los tradicionales “agentes sociales” superen, frente a esta iniciativa, posiciones de escepticismo, apatía o desgano, haciéndolos protagonistas de todas y cada una de las etapas del proceso.

3. Superar los límites de los tradicionales planes de desarrollo elaborados al margen de los actores sociales y de sus particulares sesgos sectoriales o políticos.

En conclusión, y como señala Francesc Santacana i Martorell en las conclusiones del Primer Seminario Técnico del Centro Iberoamericano de Desarrollo Estratégico Urbano (CIDEU) celebrado en Barcelona en 1993, la planeación estratégica puede considerarse como “un nuevo instrumento para facilitar el gobierno de las ciudades en épocas de cambios tendenciales frecuentes; una gran operación de comunicación y marketing; y una metodología para estimular la imaginación necesaria para hacer frente a los cambios”.

12.4. La planificación estratégica como herramienta innovadora para las grandes ciudades de América Latina.

Para nadie es un secreto la importancia estratégica que, para la economía mundial, cumplen las ciudades en la actualidad; del mismo modo sería una perogrullada insistir en el enorme foco de conflicto que éstas representan en tanto concentran la mayor parte de la población mundial en condiciones muchas veces lejanas a los mínimos estándares de justicia social y equidad; situación particularmente grave en las enormes metrópolis de los países “subdesarrollados” donde al desbordado incremento de la población se suma el problema de la concentración de la riqueza y de las oportunidades.

He ahí la necesidad de planificar estratégicamente, pero he ahí también la necesidad de contextualizar la planificación en su filosofía, metodología y alcances para que responda, tanto a las características específicas del entorno donde se va a aplicar, como a las exigencias de sus verdaderas demandas; lo que en atención a nuestra particular perspectiva se puede expresar en una pregunta: ¿cómo concebir una planificación estratégica que se comporte como una *empresa social innovadora*?

Interrogante al que responderíamos, en primer lugar, reconociendo las limitaciones que traen consigo sus tradicionales sesgos, ya que la mayoría de los planes estratégicos urbanos son víctimas de su propio invento: al concentrar sus esfuerzos, casi de manera exclusiva en la obtención de ventajas competitivas locales, así como en su promoción, descuidan, en gran medida, la propia racionalidad de la ciudad de la que se sirven; lo que de hecho se pone de manifiesto en la priorización de sus acciones y proyectos orientados, en gran medida, a la realización de obras de infraestructura avanzada (particularmente en materia de comunicaciones), parques tecnológicos o *clusters* de empresas de servicio. En este sentido, “la ciudad-actor, juega con dos imágenes: una visión instrumental (que elimina cualquier discurso de distribución o justicia social), suplantando a los ciudadanos o usuarios con el discurso del consumidor-cliente, y una imagen final de la construcción simbólica de una identidad colectiva para seducir a los inversores-clientes (Gaviria, C. 1996).

En esta medida, la *ciudad-actor* suplanta, poco a poco, la idea de la *ciudad-vivida* y el concepto de “deber” ciudadano, en tanto papel específico que, como “socios” de esta empresa, compete asumir a sus habitantes, entra a suplantar el propio concepto de “derecho” ciudadano.

Es aquí donde la planificación estratégica urbana ha de redefinirse, recomponerse y reestructurarse. Experiencias como las de Sevilla, Génova o Buffalo parecen confirmar que si bien las ventajas competitivas son condición fundamental para la realización de un plan de esta índole, no son, en sí mismas, suficientes; estos casos son prueba de que a pesar de la importante inversión realizada en infraestructuras económicas, tecnológicas y culturales, la verdad es que estas ciudades no han logrado mejoras sensibles en sus niveles de renta y bienestar.

Ejemplos como estos y los de otros territorios que siguiendo la forma clásica de planificar estratégicamente han encontrado serios problemas para satisfacer sus objetivos, han llevado a reorientar la reflexión estratégica en una nueva dirección: es necesario fortalecer el *capital social* para rentabilizar las inversiones en capital físico y humano; a las *ventajas competitivas* deben sumarse las *ventajas colaborativas*; es más, las *ventajas colaborativas* deben ser la base del rendimiento productivo.

Desde esta perspectiva, es necesario que la planificación estratégica deje de ser esa especie de “pacto corrupto” del que se sirven las administraciones locales para ganar prevendas políticas sobre la base de un “lavado de cerebro general”: el más peligroso de los usos políticos que trae consigo la construcción colectiva de un imaginario común.

No obstante, el problema no radica en la construcción colectiva y a todas luces deseable, de tal tipo de imaginario; el problema está en la asignación de papeles dentro de él y en la implícita exclusión, que supone para ciertos colectivos (improductivos, o conflictivos), el integrarse en el mismo. El otro problema es el de la escogencia y/o asignación de papeles; si bien siempre es mejor ser *actor* que *agente*, “la obra” (si convenimos en asumir a la ciudad de tal forma en tanto “constructo”) debe ser abierta y dar espacio a la “interpretación” y, por qué no, a la “improvisación”. Cada actor debe sentirse comprometido con la realización común, pero también debe poder realizarse y beneficiarse específicamente; para lo cual es fundamental, y en atención a la compleja naturaleza de las ciudades que nos ocupan, el atender a sus particularismos y a sus muchas veces discretos matices.

En esta medida, una planificación estratégica que quiera ser exitosa en latinoamérica debe responder, no sólo a la problemática antes descrita, sino a la fuerte fragmentación que en sus ciudades acusa tanto el espacio como la sociedad; un factor fundamental a tener en cuenta aquí es el de la existencia de fuertes dinámicas asociativas en sus habitantes, producto, en muchos casos, de la pervivencia en la ciudad de formas organizativas con fuerte raigambre rural (particularidad que, según como se mire y se potencie, bien puede llegar a convertirse en una oportunidad); lo que sin duda exige especial atención al tema de la escala de la ciudad, es decir, a la “construcción de escala” que referencie y permita que, de tal forma, sus habitantes se apropien e identifiquen con ella.

En este mismo sentido, y dados los graves conflictos socio-espaciales que afectan a las grandes ciudades del subcontinente, la prioridad no puede ser otra que el fortalecimiento del tejido social en su conjunto para que sea éste, en unión con el gobierno local quien se encargue de hacer frente a su problemática sentida.

Por lo anterior, y paralelo a una mirada global de ciudad que, a la vez que responda a sus específicas demandas coyunturales, la proyecte al futuro, es necesario que una planificación estratégica orientada a “hacer ciudad”, sienta las bases de la

concertación a partir del rescate de la escala humana en ese tipo de escenarios concretos que, como señaláramos en páginas anteriores, Max Neef definiera como “escenarios pequeños” pues son estos, en suma, los que propician la sustentabilidad a la vez que constituyen a la ciudad y la hacen aprehensible a los ciudadanos.

12.5. La planificación “bio-sistémica”: una herramienta analógica de ordenamiento territorial con dimensión sustentable.

La historia de la ciudad, así como la historia del arte y, con ella, la de la Arquitectura, está plagada de incontables referencias analógicas cuyas primeras alusiones encontramos en Pitágoras y su idea de la “armonía de los mundos” basada en presupuestos analógicos de carácter estético-matemático; de hecho, los conceptos de armonía, equilibrio y proporción son, entre otros, “prestados de la música” a las artes visuales y, de ahí, a las distintas formas de factura humana, incluida, por supuesto, la ciudad en cuanto tal; tema del que explícitamente se ocuparan los tratadistas desde Vitrubio hasta los neoclásicos.

Con todo, la revolución positivista de 1822, proporcionará un nuevo pretexto para su uso indiscriminado, toda vez que la misma se basaba en “prestar” los métodos y modos de las llamadas “ciencias exactas”; la física y la biología, principalmente (al parecer, las únicas ciencias que “avanzaban”...), a las “detenidas” ciencias sociales, “ocupadas, desde siempre, de lo mismo, siguiendo ineficaces métodos para abordar y explicar la realidad”. Sobre esta base, conceptos como los de función, estructura y sistema; así como presupuestos tales como los de eficiencia, eficacia y efectividad, pasan de la biología, primero a la sociología (derivando en teorías funcionalistas) y, después, a la psicología (derivando en teorías conductistas), hasta extenderse, así, al naciente discurso de la urbanística en los años que precedieron a la Revolución Industrial.

Surge así una estética funcionalista que asocia lo bello a la utilidad y, desde la cual, la analogía puede entenderse de una doble manera: la relativa a la apariencia visual o a la composición, y la que tiene que ver con la funcionalidad en cuanto tal; convergiendo, ambas, en la idea de que la belleza y, con ella, la armonía y el equilibrio, se basan en adecuados sistemas de *organización funcional*; principio que alimentara la ascética y purista idea, tanto de belleza, como de orden del modernismo; y, con él, del movimiento moderno que diera pie a la ciudad moderna, en la cual, como en la biología, “la parte posee significación funcional sólo en relación al todo que la integra”. De esta forma, de la

estética naturalista se pasa a una mecanicista alentada en presupuestos similares; de hecho, la estética funcionalista que propugna el Movimiento Moderno, establece dos tradiciones analógicas paralelas: una que mira a las obras de la naturaleza y otra que se inspira en las obras de la ingeniería mecánica y civil, siguiendo una tradición que, en la historia de la modernidad, se remonta al autómatas (hombre-máquina) de La Mettrie (1784) para quien estudiar al hombre y al cerebro, como si se tratara de máquinas, era una perspectiva “más que prometedora” para el avance de la ciencia. Pero es con Cuvier, a comienzos del siglo XIX, y su postulación de una verdadera biología científica, que la filosofía mecánica entra en los laboratorios y en las técnicas de investigación.

En este contexto, y a partir de los avances técnicos y mecánicos de la Revolución Industrial, tanto la arquitectura como la ciudad moderna empiezan a ser concebidas como eventuales construcciones maquinicas; de hecho, pocos años después, Le Corbusier, guía tutelar tanto de la una como de la otra, hablará del ideal que representa entender una casa, o una ciudad, como una “máquina de vivir” donde de manera armoniosa se integren sus diferentes partes y “sistemas”; de los cuales el “sistema circulatorio” de la ciudad, resultaba ser el eje vertebrador de todo un nuevo estilo de vida, fundamentado, por demás, en el automóvil; de ahí que de la eficiencia en el sistema de movilidad de una ciudad dependía que ésta pudiera crecer y, en consecuencia, “desarrollarse”.

De esta forma emergen las bien diferenciadas “zonas urbanas” integradas gracias a la eficiencia y libertad que proporcionaban los medios mecánicos de locomoción. En este contexto aparecen, en opinión de Siegfried Giedion (1980), dos vertientes que, aunque un tanto simplistas, se han usado por parte de algunos historiadores y teóricos, tanto de la arquitectura como de la ciudad, para abordar el estudio de estos dos fenómenos; son estas el *organicismo* (inspirado, obviamente en la analogía biológica) y el *racionalismo* (derivado de la analogía mecanicista); enraizados, uno y otro, como se ve, en una forma de analogía que, como anotamos, tienen el mismo origen y, a la larga, los mismos principios y pretensiones, pues, a fin de cuentas, como señala Benevolo (1984): “El espíritu científico interrumpió la continuidad de la tradición clásica y descompuso el problema arquitectónico en sus componentes abstractos; pero también hizo posible la búsqueda meditada de una nueva orientación y de un nuevo método capaz de restablecer la integridad de la experiencia arquitectónica y del ambiente de la ciudad moderna” (Benevolo. 1984. pp. 249).

Lo que no quita el peligro que tal concepción cierne sobre la auténtica comprensión de fenómenos tan complejos como el urbano, toda vez que el uso indiscriminado y, sin más, de la analogía, ha traído como consecuencia el concebir a esta, o bien desde un determinismo funcionalista, o bien, desde un determinismo histórico.

En este sentido, sin lugar a dudas, uno de los problemas más acuciantes que atraviesan las grandes ciudades de hoy en día es el de la carencia, en muchos casos, de adecuadas herramientas de planificación que atiendan a la complejidad del fenómeno urbano al que el uso de la analogía, a través del tiempo, y con resultados más o menos exitosos, ha pretendido enfrentar. De esta forma, el que recurramos nuevamente a esta herramienta, obedece a la aspiración de superar los determinismos antes señalados, sobre la base de aunar a la lectura biologicista y, por lo mismo “funcionalista”; aunque, por otro lado, “vitalista”, el carácter dinámico, espontáneo y, muchas veces impredecible, que caracteriza el comportamiento de los sistemas, particularmente en el marco de la teoría del caos. Comportamiento que aunado al concepto de red propio de la teoría de sistemas, nos permite elaborar una nueva analogía; o mejor, una versión “informatizada” de la ya clásica analogía biologicista utilizada, tantas veces, para tratar de explicar el comportamiento de la ciudad y así hablar de una analogía bio-sistémica que recoge el comportamiento de los sistemas en red.

Lo cierto es que el mundo se ha “urbanizado”; y lo ha hecho de tal forma, y en tan corto período de tiempo (particularmente en los países del “Tercer Mundo”), que su expansivo y caótico crecimiento, aunado a la creciente carencia de espacio óptimo para el despliegue de una mínima calidad de vida (especialmente en estos países) convergen en el paulatino deterioro, no sólo de la calidad ambiental del espacio urbano y de sus infraestructuras de equipamiento, amoblamiento y servicio sino, lo que es más grave aún, en una modificación sustancial del modo de vida de sus habitantes, para no hablar de la incidencia fundamental que el tema tiene en la propia estabilidad de las instituciones, pues para nadie es un secreto que la calidad de vida entrelaza íntimamente compromisos tanto del Estado como de la Sociedad Civil encaminados a promover, insistimos en ello, las mejores condiciones de habitabilidad, productividad y, por su puesto, gobierno.

No obstante, y como hemos señalado, lo anterior no es un problema exclusivo de las “caóticas y desproporcionadas” ciudades del “Tercer Mundo”, pues si bien es cierto que en sus particulares matices allí éste se acusa con mayor fuerza, las ciudades del

“mundo desarrollado” no escapan a él, toda vez que el cambio de vocación en muchas de ellas, producto de las exigencias del mundo “globalizado” ha supuesto, entre otras cosas, readaptar sus estructuras tradicionales, reacondicionar sus centros históricos y propiciar el desarrollo de nuevas y modernas estructuras que hagan de éstas un escenario atractivo para la inversión, a la vez que competitivo en los “nuevos mercados internacionales de las ciudades” (Ver Anexo N° 3: BILBAO Y EL “EFECTO GUGGENHEIM”: Una referencia obligada en torno al impacto de la globalización en las “ciudades en venta”). Sirvan de ejemplo las importantes intervenciones urbanas llevadas a cabo durante los últimos veinte años en ciudades como Berlín, Frankfurt o París, la faraónica intervención de los Docklands en Londres y, en el caso español, las más recientes experiencias de Barcelona y Bilbao.

De este modo, ¿cómo no entender que la “sobrevivencia” de las grandes ciudades depende de su capacidad de adaptación a las exigencias de un mundo siempre cambiante?, más aún, ¿cómo no entender que tal capacidad de adaptación al cambio sólo puede hacerse desde el cambio mismo? y, desde aquí, ¿cómo no entender que un cambio “hacia” sólo puede efectuarse a partir de un cambio “desde”, es decir, desde lo que las ciudades son en sí mismas? Razón de más para concebir herramientas de análisis y proyectación de la ciudad que tengan como base el movimiento y, por lo mismo, que se constituyan a partir de su propia capacidad para entender y adaptarse al cambio, cual si se tratase de organismo vivos que hacen depender su sobrevivencia precisamente de esto.

Ahora bien, todo cambio exige fundamentalmente dos cosas, el saber qué es lo que se va a cambiar y el determinar cómo ha de efectuarse tal cambio. Lo primero tendrá que ver, en este caso, con enfrentar la tradicional concepción de que las ciudades “ya están hechas” y que, por tanto, son “objetos fijos”, o lo que es peor, “inertes”; lo que equivale a decir que, en el mejor de los casos, “crecen” aditivamente en relación a la población. Lo segundo implica establecer los mecanismos y herramientas que permitan enfrentar la anterior afirmación, es decir, concebir los instrumentos que, a la vez que permitan efectuar el cambio de mentalidad necesario para entender la ciudad como un “sistema, o conjunto de sistemas en movimiento,” posibiliten también operativizar el mismo a través de una planeación urbana que parta de la noción de movilidad; pero no de aquella que se efectúa “de un estado a otro” sino de aquella que se lleva a cabo, como ya hemos dicho, “desde la movilidad misma”, pues asumimos, de hecho, que la ciudad es, por naturaleza, “móvil”, y que por tanto responde, al menos en principio, a las leyes de sus propias fuerzas cual si

fuese un “organismo vivo”. Es justamente en este sentido que llamaremos al tipo de planificación capaz de entender y responder a tales fuerzas: *planificación orgánica*; o mejor, en atención a las aclaraciones hechas en páginas anteriores respecto de lo “orgánico” en cuanto tal: *Planificación Bio-sistémica*.

En este orden de ideas, y continuando con la analogía aquí planteada, coincidimos con Rubén Pesci (1999)¹¹⁴ cuando afirma, a propósito de la posibilidad real de hacer planificación urbana con carácter sustentable, que cualquier clase de exploración que se haga, en este sentido, debe pasar por dos aspectos básicos; uno que alude a la *función* urbana, entendida como *fisiología* y otro que tiene que ver con la *forma*, es decir, con lo que este autor denomina su *anatomía* (Pesci, R. 1999, p. 127).

En tal medida, la “planificación bio-sistémica” concibe el crecimiento de las ciudades como una ampliación y mejoramiento de la oferta de infraestructura y servicios lograda sobre la base de una eficiente interacción entre sus distintos sistemas urbanos que así posibilitan, equitativamente, el incremento de la calidad de vida, y no como un simple “aumento de tamaño”; sofisma de orden evolucionista que junto con el “desarrollismo” de los años sesenta marcó, al menos en latinoamérica, el trágico sino de gran parte de sus ciudades, caracterizadas, como ya hemos dicho, por un aumento desmedido de población, por un crecimiento aditivo y desordenado, y por unas estrategias de planificación de orden inmedatista y coyuntural al servicio de los discursos políticos de turno.

Por el contrario, crecer “bio-sistémicamente” tendrá que ver, fundamentalmente, con la preservación del patrimonio cultural urbano tanto de orden mueble como inmueble así como con la conservación y fomento de todos aquellos aspectos que, de una u otra forma mantienen vivas la idiosincracia y los modos de ser locales; esto con el fin de proyectar, a partir de allí, cualquier posible intervención que, desde luego, habrá de afectar tanto al tejido físico como al social.

En consecuencia, la búsqueda de un crecimiento así entendido, no tiene otra pretensión que la de potenciar las estructuras y dinámicas de la ciudad desde “dentro” y no desde modelos externos que, so pretexto de “universalidad”, indistintamente se aplican en

¹¹⁴ Arquitecto argentino creador del FLACAM (Foro Latinoamericano de Ciencias Ambientales) y director de la Cátedra UNESCO/FLACAM para el desarrollo sustentable.

realidades diversas donde, muchas veces, se concibe la ciudad como un todo “cerrado” y, por lo mismo maleable, desde fuera. En este sentido recordamos con Pesci (Op. Cit.) a propósito del caso de Berlín, quizá la ciudad más planificada del último siglo, que

esta no ha tomado la forma que sus planificadores querían sino la que su *sistema vivo* –el mercado, los sistemas de poder, las voluntades creativas- fueron asignándole (motivo por el cual) la sustentabilidad urbana del futuro pasa por reconocer la *profunda diversidad de sus sistemas naturales y sociales*. Una diversidad que siempre se caracteriza por la importancia de las relaciones entre las partes, antes que por las partes mismas, pues sólo en una resolución concertada entre relaciones necesariamente contrapuestas, entre intereses, culturas, espacios, puede permitirse cierta gobernabilidad” (Ibídem. La cursiva es nuestra).

Dentro de este marco ubicamos, precisamente, la *planificación bio-sistémica*, entendida a la vez como una herramienta y como una estrategia de preservación y, hoy en día diríamos, “defensa” de los caracteres locales frente al “embate homogenizador” de las tendencias internacionales que conciben al mundo como una “enorme y uniforme ciudad” (aunque rica en particularidades); las que por otra parte ofrecen, en sus específicos matices (“ventajas comparativas”, los llama la globalización) los bienes de consumo y capital que, de tal suerte, garantizan su supervivencia dentro del monopolio internacional de los grandes mercados; contando, desde luego, con que mantengan “viva” su competitividad y perseveren en el objetivo común de preservarse como eficientes puertos de intercambio y consumo.

En el contexto de los actuales cambios (donde se destaca el posicionamiento de las ciudades como escenarios de concentración de capital, consumo, esparcimiento y servicios) y con miras a establecer, a partir de ellos, una mirada prospectiva que tenga en cuenta lo que, a pesar de éstos, las ciudades son en su naturaleza más propia, resulta una demanda más que justificada el que la planificación urbana y sus políticas de rehabilitación y redesarrollo entiendan la “racionalidad” subyacente a la dinámica propia de las ciudades, puesto que tanto “re-habilitar” como “re-desarrollar” implican, de hecho, el examinar a profundidad la propia naturaleza de aquello que se pretende “re-estructurar”, “re-convertir”, o como se diría hoy en día, *re-ordenar*.

Ahora bien, si convenimos en aceptar la hipótesis de que la ciudad es un “organismo vivo”, tenemos que aceptar como cosubstancial a ésta, la existencia en ella de una serie de *sistemas funcionales* que le permiten, en efecto, soportar la vida (de hecho el urbanismo tradicional habla ya, desde los años veinte, del “sistema circulatorio” de la ciudad para aludir a su malla vial), motivo por el cual resultaría objetivo fundamental de una “planificación bio-sistémica” (que no “orgánica”, por las razones anotadas en capítulos precedentes), el plantear, en primer lugar, cuáles serían estos supuestos “sistemas”, cómo funcionarían y, sobre todo, cómo se interconectarían pues, como en otro contexto señalara Artaud, “la vida no es una sumatoria de sistemas sino una interacción entre todos ellos”.

En este orden de ideas, comencemos por señalar que el modelo de planificación “bio-sistémica” fue concebido por el autor, en su primera versión (bajo la denominación de “planificación orgánica” desde la cual se constituyó el Plan DOB, o Plan de Desarrollo Orgánico para Bogotá), en el año de 1992 al interior del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD con sede en la Alcaldía Mayor de Bogotá, con el fin de brindar, tanto a la administración central, como a las administraciones locales de la ciudad, una herramienta geográfica de planificación prospectiva orientada al reordenamiento territorial de la misma. Cabe señalar que la versión que presentamos aquí, ha sido rediseñada dentro de este trabajo, en atención a nuevas consideraciones que, provenientes, particularmente de la Geografía Humana, entran, sin duda, a enriquecer el carácter estrictamente funcional, que comportaba el planteamiento inicial.

La idea original era probar, una vez más (ya que esta tentativa no es nada nueva, como hemos anotado, de manera reiterada, en los Capítulos III y IV, numerales 7.1 y 8.5), el papel de la analogía orgánica a la hora, tanto de explicar el comportamiento de las distintas funciones urbanas (en relación con sus respectivas infraestructuras), como de proponer nuevos caminos conducentes a su eficiente interacción; de este modo, bajo la hipótesis de que la ciudad, en su conjunto, entendida desde su permanente movilidad, puede concebirse (entre otras cosas) como un problema de “coordinación de flujos y sistemas” analogable al de un organismo vivo, se procedió a esclarecer el papel de dicha analogía en el momento de explicar su comportamiento y, desde aquí, de planificar su “orgánico” desarrollo; esto es, en franco equilibrio con el ecosistema en el que se inserta y, de tal suerte, reconfigura.

Sin embargo, el planteamiento inicial, si por un lado asumía el compromiso de “leer” y entender la ciudad de tal forma; es decir, como una “organismo vivo”, en la búsqueda de construir una visión de la misma tan interactiva y dinámica como la propia razón que obedece a su naturaleza; por otro, adolecía del componente socio-territorial desde el cual la dinámica de la ciudad se entiende como la propia dinámica de sus pobladores en el ejercicio de la obtención de unos determinados satisfactores al interior de las propias funciones urbanas. Por tal motivo, junto al “modelo orgánico” como tal, diseñamos la estrategia de desarrollo urbano participativo que, en su dimensión antropogeográfica, dimos el nombre de *Topofilia*.

Diez años después de poner en marcha esta iniciativa, y una vez ampliada nuestra visión de la ciudad a la vez que nuestra comprensión del problema urbano, hemos decidido, en atención a las serias limitaciones que el modelo orgánico presentaba (en su evidente y reduccionista funcionalismo), reevaluar la idea de “articulación orgánica” e introducir, más bien, el concepto de “articulación bio-sistémica”, en respuesta a una idea de ciudad que si por un lado retoma de la analogía orgánica la idea biótica de “crecimiento espontáneo” (tan cercana a las dinámicas urbanas de las grandes ciudades del “Tercer Mundo”); por otro, retoma de la teoría de sistemas, la noción funcional de interconexión en red; la cual, de hecho matiza y caracteriza la propia noción de crecimiento urbano en el contexto de las demandas que suscita, entre otras cosas, la economía global.

Como resultado de lo anterior, y como anotáramos en el tercer capítulo de este trabajo, en la línea de superar cualquier intento de *organización* funcional del espacio, al estilo del urbanismo CIAM; es decir, en torno a rígidas estructuras jerarquizadas que a través de una estricta e inamovible zonificación funcional, pretendían interconectar la ciudad como si fuera una máquina: la también analógica “máquina de vivir Le´Corbusiana” (acaso primer intento contemporáneo por acercar la biología a la mecánica); lo que pretendemos es, más bien, responder a una mirada de ciudad “*des-organizada*”; es decir, no dependiente de la idea tradicional que en la analogía biótica comporta, tradicionalmente, la idea de “órgano”. En este sentido, abogamos por la idea de un urbanismo “anorgánico” (a la manera que exponíamos en el capítulo mencionado) y, en consecuencia, por una manera de “ordenar el espacio” (aspiración fundamental del discurso planificador al cual nuestras tesis pretenden contribuir) que, desde la *analogía bio-sistémica* que estamos proponiendo, se lleve a cabo a través de la comprensión de la ciudad como un sistema-red (ver numeral 7.2. Capítulo III).

De esta forma, a la par que buscamos el desarrollo armónico e interconexo de las distintas estructuras físicas de la ciudad, a partir del potenciamiento y optimización de sus distintas dinámicas y procesos, buscamos también fortalecer y enriquecer el tejido social en su conjunto; más aún, de hecho, lo que alentamos con nuestra propuesta, es la realización de lo segundo en el acto mismo de hacer posible lo primero. La pretensión en este sentido no es otra que consolidar el territorio (los territorios de la ciudad) a partir de integrar en una sola propuesta: etnografía, funcionalidad, y desarrollo social.

De acuerdo con esto, lo que la “planificación bio-sistémica” propone, en su particular lectura geográfica de la ciudad es, entonces, concebir la intervención en ésta como un ejercicio de “quiromancia” urbana (a fin de cuentas, ¿qué es la geografía si no un ejercicio de “quiromancia” que se practica sobre la tierra?) que pretende descifrar en sus “líneas” y “pliegues” (recordemos la manera como abordamos este concepto en la primera parte de este trabajo) no sólo su “futuro previsible” sino, hasta donde sea posible -y quizá es éste el papel de los adivinos que en las ferias se ocupan de “leer” en las manos de las personas su futuro con base en la “cartografía” que suponen las huellas de sus manos- permitir reconducirlo en una u otra dirección, ya que lejanos estamos de creer que el papel de la cartografía urbana, se reduzca, a dar cuenta de una especie de fatalismo determinista a partir de lo que “está escrito”.

Por lo anterior y sin más preámbulo entraremos a considerar ahora los “sistemas” que, en nuestra opinión, permiten entender a la ciudad como ese conjunto “bio-sistémico” del que venimos hablando en el cual interactúan diferentes clases de flujos y fuerzas; expresiones de dinamicidad que aluden tanto a su movilidad física (*sistema circulatorio*), como a aquella que tiene que ver con la eventual relación establecida entre los espacios de “oxigenación” urbana (*sistema respiratorio*), del mismo modo que con aquella que involucra las relaciones generadas por los centros de actividad múltiple (*sistema nervioso*) y, finalmente, con la actividad derivada de los centros de transformación y consumo (*sistema digestivo*).

En el caso del *sistema circulatorio* hablamos de la movilidad interna de la ciudad, sea ésta peatonal, automotriz, ferroviaria o de cualquier otro orden (sin desconocimiento que ésta a su vez se inserta dentro de una mayor de orden regional que, de hecho, la afecta); en lo que compete al *sistema respiratorio* nos referimos a los diferentes espacios tanto privados como públicos que, o bien son decididamente “verdes” (grandes jardines,

parques, campos recreativos, zonas de conservación ambiental y rondas de ríos), o bien aluden a aquellas áreas dedicadas al esparcimiento, al ocio y a la recreación al aire libre (plazas, plazoletas, bulevares y calles peatonales, entre otros); por su parte, el *sistema nervioso* tiene que ver con los espacios donde se concentra gran cantidad de actividad o con aquellos que, por su naturaleza, son generadores de ésta, ya sea en el propio sector que la produce o, preferentemente, en sectores distintos, de tal suerte que ésta suscite una dinámica urbana trans o multisectorial (centros de negocios, académicos, comerciales, industriales, cívicos, religiosos, institucionales, culturales, y recreativos, entre otros); finalmente, el *sistema digestivo* se ocupa de entender la dinámica suscitada por los centros de intercambio y transformación de materias primas e insumos así como de bienes elaborados de consumo (mercados y abastos de diferente índole, “zonas francas”, grandes zonas comerciales, industrias y factorías, aunque también, y en un lugar preponderante, la vivienda misma, en tanto es ella, de hecho, generadora de residuos y, por tanto, transformadora de bienes de consumo).

Es de aclarar que, como se ve, muchas actividades hacen parte de más de un sistema; en realidad, buena parte de las que aparecen ubicadas dentro del *sistema digestivo*, en tanto son “transformadoras” y a la vez “generadoras” de actividad, hacen parte también del *nervioso*. En el mismo sentido, tampoco es posible entender la dinámica existente entre los componentes de un determinado sistema, si no es a la luz de la relación con el sistema circulatorio que los interconecta y del respiratorio que de tal suerte “oxigena” o no al propio sistema y al conjunto en general del que hace parte. A este respecto, hablamos de dos tipos de sistemas distintos, unos de carácter *portante* (el circulatorio y el respiratorio), constitutivos necesariamente de una política de espacio público y transporte metropolitano que integre la calidad ambiental con las diversas formas de movilidad que caracterizan la ciudad; y unos de carácter *portado* (el digestivo y el nervioso) dependientes de los primeros y, como su nombre lo indica, soportados por ellos; en tanto no se puede hablar de dinámica o de movilidad en ninguno de éstos si no es a la luz de las condiciones de posibilidad que los dos sistemas portantes les brindan.

Vale la pena anotar que la manera en que, desde esta perspectiva, los distintos sistemas se estudien e interconecten, está en directa relación con la clase de información que se espere recoger y con el fin para el que esto se haga; lo que quiere decir que *así como no existe una única manera de relacionarlos, tampoco existe un único tipo de resultado previsible de su utilización*. En este mismo sentido, cabe señalar que ésta, como

todas las herramientas de análisis, define su marco de actuación y, en consecuencia, sus alcances y limitaciones, *en relación con la manera como se utilice y combine con otros instrumentos de análisis; motivo por el cual, antes de que se emplee, debe establecerse con claridad con que otra herramienta se va a articular en relación con la clase de información que se desee obtener.*

En nuestro caso, consideramos útil la utilización de la analogía bio-sistémica en el estudio de la ciudad, en la medida en que su balance de las relaciones funcionales existentes entre los diferentes sistemas contemplados se articule con otras variables como la estructuración que los respectivos Planes Urbanos establecen respecto de la caracterización funcional de la ciudad (base ecológica, usos del suelo, ubicación y caracterización del empleo y la base económica, infraestructuras, zonas de riesgo, etcétera); los niveles de desarrollo de sus distintas comunidades y; de ser posible, a través de algún indicador fiable, el nivel de consolidación de las distintas comunidades, con el fin de prever su necesaria vinculación a los objetivos que la estrategia topofílica, en su carácter participativo, contempla.

En este sentido, y dado que cualquier intento planificador procura establecer nexos intercausales en los diferentes problemas urbanos, a la vez que procura una mirada asociativa e integradora de éstos con el fin de proporcionar respuestas integrales; con el uso de la analogía biótica no estamos proponiendo un simple cambio de nombre para el ejercicio que, de hecho, es propio de la planificación, sino una auténtica transformación de la mirada de los problemas a la luz de un intento sistémico de explicar las relaciones entre las diferentes funciones urbanas.

Cabe señalar que la adecuada interconexión de los distintos sistemas urbanos que propone la analogía, exige una consideración tanto cuantitativa como cualitativa de las variables a examinar; lo que de hecho supone llevar a cabo un riguroso y detallado análisis de cada una de ellas para no caer en el facilismo que supondría el derivar conclusiones de la simple superposición de un sistema sobre otro. Ejercicio que, aclaramos en este punto, llevaremos a cabo en el análisis del estudio de caso que nos hemos propuesto para desarrollar en la Tercera Parte de ese trabajo; sólo sobre la base de las consideraciones antes realizadas y teniendo en cuenta fundamentalmente dos cosas: la primera el carácter “modélico” de este ejercicio a la luz de los objetivos generales del trabajo (el diseño de un marco teórico y conceptual desde el cual se pudiese implementar una consecuente

estrategia de intervención urbana); y la segunda, derivada de aquí, las limitaciones que el anterior objetivo imponen al desarrollo detallado del ejemplo que, en tal medida pretende ser el estudio de caso. En este orden de ideas, como reiteraremos en el momento que entremos a desarrollar el esquema propositivo que supone la implementación de la estrategia topofílica en el caso de Bogotá, haremos un uso general de la herramienta analógica propuesta, en razón de la complejidad del análisis que su uso adecuado supondría; el cual excede los alcances del presente trabajo.

En lo que respecta al uso de la analogía propiamente tal, vale la pena señalar que, en cualquier caso, el equilibrio ambiental que promueve el planteamiento topofílico *no, necesariamente es sinónimo de euidistribución funcional*; por tal motivo, no se trata de que en todas partes exista “de todo” para que haya equilibrio, sino de que existan mecanismos de amortiguación y mitigación frente al impacto que, por ejemplo, pudiese ocasionar una excesiva concentración de una única función urbana en un determinado ámbito territorial; motivo por el cual no podemos ser tan ingenuos de pensar que a una saturación del “sistema digestivo” en un lugar determinado de la ciudad, producto de la ausencia de espacios de oxigenación (una zona industrial por ejemplo) se deba responder con la inserción, “sin más”, de un parque (aunque no existan potenciales usuarios...) o de una zona verde (cosa, por demás, deseable sobre la base de una clara definición programática), sino con una acción conjunta y decidida de todos los sistemas a la luz de una clara política económica y socio-ambiental en la que particularmente se interconecten (en razón de la disfunción detectada en este caso específico), los sistemas “digestivo” y “respiratorio” de la ciudad.

En este sentido recalamos que la planificación bio-sistémica no busca otra cosa, como se puede inferir de su nombre, que promover la adopción de una *lógica sistémica* al interior de los distintos circuitos funcionales de la ciudad, y de sus redes, con el fin de enfrentar la tradicional “lógica mercantil” que al servicio de la especulación inmobiliaria beneficia tan sólo a unos pocos y, de paso resulta, ella misma, causante de graves desequilibrios sociales y ambientales. Por lo mismo, desde esta perspectiva, nuestro planteamiento pretende influir directamente en la determinación de una política ambiental en el uso del suelo regulada más por los requerimientos de una concepción eco-sistémica y, por tanto, “biótica” de ciudad, que por la lógica de la oferta y la demanda.

En este orden de ideas, si bien la determinación del lugar en el que se ha de llevar a cabo una determinada inversión, ya sea privada o pública, debe tener en cuenta su impacto en el territorio y, en tal medida, prever consecuentes desarrollos frenando o potenciando procesos (de lo que se encarga la política pública espacial de la ciudad), la lógica de la *planificación bio-sistémica* lo que permite es garantizar que los mismos respondan a una mirada integral de ciudad dentro de la región y a la luz del equilibrio socio-ambiental que su nicho ecológico requiere; de esta suerte, la construcción, por ejemplo, de un parque temático o una superficie comercial tendrá que responder a la lógica sistémica de la red en la que una u otra actividad se proyecten y, de tal suerte, se inserten.

Planear “bio-sistémicamente” implicará, entonces, entender que la ciudad, más que un caótico intercambio de fuerzas y tensiones, es un todo “polisistémico” que si por un lado está hecho de fragmentos y colisiones; por otro, éstos resultan legibles y comprensibles gracias a que cada uno de ellos responde a una serie de dinámicas específicas más o menos claras, pero determinables siempre que se cuente con los adecuados mecanismos de observación y detección. Valga señalar que el modelo que estamos presentando no pretende, ni mucho menos, abordar todos los aspectos de la dinámica urbana; de hecho hemos hablado de sus alcances y limitaciones, así como de la necesidad de que se use siempre en interacción con otras herramientas de análisis; sino proponer una “otra” visión que aporte al discurso de la planificación urbana, en la línea de alcanzar una mayor comprensión del comportamiento de la compleja madeja urbana.

De cualquier forma, de lo que se trata es de contribuir en la construcción de una mirada integradora y asociativa de los problemas que supere el tradicional sesgo sectorial, con el que frecuentemente se abordan, y permita abordar los mismos en su multidimensionalidad, ya que éstos normalmente se abordan de una manera sesgada y, ¿por que no?, maniquea; en la medida en que suelen ubicarse “de una parte, los procesos y los elementos implicados en el sistema urbano, la dependencia externa de la ciudad con el territorio, la interpretación del desarrollo interno (barrios y zonas), y los cambios de la ciudad en el transcurso del tiempo y; de otra, las dimensiones económicas, político-administrativas, sociológicas, psicológicas y, sobre todo, culturales (formas propias de organización, uso y manejo del territorio, y costumbres, valores y modos de vida de la población)”. (Lozano, 1998). Situación que explica la disociación tradicionalmente existente entre los problemas sociales, los económicos, los políticos y los del medio ambiente; ¿es que acaso aluden a realidades diferentes?

En este orden de ideas, y de acuerdo al sesgo que queremos darle a nuestra idea de “planificación bio-sistémica” (planteamiento que pretende integrar; o mejor, hacer evidente la integración existente, aunque frecuentemente ignorada, entre los aspectos “puramente funcionales” de la dinámica urbana y la ideosincracia, los modos de ser de las comunidades que habitan la ciudad y, por supuesto, las condiciones político-administrativas de la misma), el diseño de un parque, por ejemplo, por parte de una determinada comunidad, garantizará, como hemos anotado anteriormente, no sólo la correspondencia inequívoca con la idea de parque que ésta tiene (lo que tendrá que hacerlo tan distinto a otros como la propia comunidad que lo proyecta y construye lo es respecto de las demás), sino la inserción del mismo dentro de un esquema general de áreas verdes concebido “bio-sistémicamente”; esto es, inserto en el “sistema respiratorio” de la unidad territorial en la que se proyecta y, a través de ella, en el propio sistema respiratorio de la ciudad.

Con lo anterior buscamos fundamentalmente dos cosas: por un lado, que cualquier intervención urbana corresponda, en primera instancia, *con las características socio-ambientales del territorio que habrá de darle razón y sustento* y; por otro, *que las acciones que se realicen por parte del Estado, o con apoyo de él, respondan a un determinado Plan* (en el desarrollo del planteamiento topofílico hablaremos de un Plan de Desarrollo Social y de un Plan de Desarrollo Ambiental). En el caso del parque que hemos propuesto como ejemplo, es clara la necesidad de abordar un programa específico de espacio público al interior de, por ejemplo, un Plan de Desarrollo Ambiental, obediente al funcionamiento de un correspondiente sistema urbano (en este caso, el “respiratorio”); sistema que, necesariamente, tendrá que interconectarse con los demás sistemas planteados (el circulatorio, el nervioso y el digestivo); toda vez que, por principio, cualquier intervención urbana afecta, de hecho, las motivaciones y los modos de ocupar el espacio y de circular.

De esta forma, el impacto que una u otra acción genere al interior de la malla física y social de la ciudad, estará siempre en relación con el lugar en que se lleve a cabo (su *topos*) y con la proyección deseable de la misma dentro del conjunto mayor del que hace parte (su *philos*). En esta medida, en oposición a una mirada cuantitativa del espacio urbano donde indistintamente se suman edificaciones y usos adosándose a vías de “comunicación” que, más que interconectar actúan, muchas veces, como “límites divisorios” para áreas enteras de la ciudad (regulando, de paso, el valor de la tierra y, por

lo mismo, estableciendo qué tipos de uso son los más convenientes, sin tener en cuenta el sentido real de pertenencia que estos nuevos usos estén en capacidad de propiciar a sus habitantes y usuarios), abogamos con nuestra propuesta por una *planificación concertada con enfoque local* que partiendo de las demandas y potencialidades de las distintas áreas que conforman la ciudad, no pierda de vista el marco general del que hacen parte, dado que compartimos la tesis de Beatriz Hidalgo¹¹⁵ según la cual “el progreso de la ciudad se entiende como un desarrollo organizado y equilibrado, tanto espacial como humano, que no va en detrimento de un sector de la población para favorecer a otro”. (Hidalgo, B. 1998).

¹¹⁵ Profesora e investigadora del Centro de Investigaciones de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Artes de la Universidad de los Andes en Mérida, Venezuela.

CAPÍTULO VII. LA ESTRATEGIA TOPOFÍLICA: COMPONENTES Y CONTENIDO.

13. DESARROLLO DEL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO.

13.1. Objetivos y premisas del planteamiento toponímico a la luz del concepto de “islas de sustentabilidad”.

Como hemos señalado a lo largo de este trabajo, la presente propuesta propende por el fortalecimiento de los lazos de pertenencia y/o arraigo entre los diferentes individuos que conforman una comunidad y el espacio físico y significacional que habitan, a partir de la puesta en marcha de una estrategia que integre construcción colectiva del territorio con “empoderamiento” local. Estrategia que, orientada, en principio, a las grandes ciudades de América Latina, apunta a la consolidación del carácter de cada una de las localidades¹¹⁶, zonas o distritos en que las mismas han sido divididas dentro del marco de la descentralización político-administrativa que, siguiendo las tendencias mundiales, fomentan, en la actualidad, la mayoría de los gobiernos locales de estas grandes urbes, en la búsqueda de alcanzar una más eficiente gestión administrativa, un mayor control del gasto público y una más cercana relación entre gobernantes y gobernados.

En este contexto, nuestra propuesta pretende brindar a las administraciones locales de estas ciudades una herramienta de fortalecimiento institucional que apunte al incremento de las condiciones de gobernabilidad de estas ciudades sobre la base de la vinculación proactiva de sus habitantes en la realización de respectivos Planes, Programas y Proyectos que conlleven efectivas soluciones de desarrollo social y ambiental.

Con el fin de hacer más eficiente la implementación de la propuesta y garantizar que los alcances de ésta lleguen hasta los últimos rincones de estas ciudades, se propone, al interior de sus aludidas divisiones político-administrativas, implementar un esquema a la vez *desconcentrador* e *incorporativo* que, partiendo de tales divisiones (Alcaldías locales, por ejemplo), esté en condiciones de integrar e incorporar las diferentes organizaciones y asociaciones voceras de la comunidad, tanto públicas como privadas que, a diferentes escalas, y con diferentes móviles, operan sobre cada territorio: Juntas de

¹¹⁶ En adelante hablaremos de “localidades”, para referirnos, de manera genérica e indistinta, a estas divisiones político-administrativas, en atención de la denominación que, en el caso de Bogotá (nuestra ciudad de estudio), éstas adquieren.

Acción Comunal, Juntas de Vecinos, agremiaciones, agrupaciones de mujeres y de jóvenes, colectivos cívicos, organizaciones de protección civil, colectivos de comunicación, etcétera. Esto con el fin de ponerlas a interactuar con la presencia Estatal y concertar, desde allí, la realización de acciones de mutuo beneficio.

Teniendo en cuenta el gran núcleo poblacional que, en la mayoría de los casos, albergan aún estas instancias administrativas y territoriales, se propone que sean dichas agrupaciones reconocidas por la comunidad, las que cumplan un papel de intermediarias entre el Estado y la ciudadanía, actuando como voceras de lo que, en tal sentido denominaríamos: “*microlocalidades*”; instancias que, desde luego, habría que definir en cada contexto (como efectivamente haremos en nuestro estudio caso) a la luz de su papel como fiscales y veedoras de los proyectos que en su beneficio se acometan.

Para este efecto, y con el fin de crear canales claros de encuentro y comunicación entre las comunidades y sus distintas administraciones locales, que garanticen la auténtica vocería y representatividad de las segundas y la efectiva acción-participación de las primeras en la realización de acciones conjuntas; *se propone, como estrategia central de este trabajo, el montaje de respectivos escenarios de coordinación multiactoral y de consecuentes espacios de planificación local participativa*. Lo primero a través de lo que denominaremos: las *Oficinas de Desarrollo Integral Comunitario* y; lo segundo, a través de la creación de las que llamaremos: *Unidades Locales de Planificación Concertada*; instancias de las cuales hablaremos en breve.

En este sentido, lo que la Topofilia propone es la realización de acciones que no solo apunten a la conciliación ciudadana y a la construcción de un espíritu de corresponsabilidad frente a lo público, a través de la realización conjunta de proyectos de interés colectivo; sino la efectiva transformación de la ciudad, sobre la base del empoderamiento que supone el poner a interactuar, bajo objetivos comunes (así sean coyunturales), sus diferentes actores sociales. Tarea de la que se ocupa la “dimensión pedagógica de la propuesta” (tal como señalamos en el capítulo correspondiente), en la vía de hacer de la ciudad un efectivo “escenario pedagógico”. De esta forma, nuestro planteamiento tiene que ver, fundamentalmente, con el reconocimiento y consecuente potenciación de la manera como los distintos colectivos sociales entablan diversas formas de apropiación respecto del lugar que habitan, a partir de la “puesta en obra” de los correspondientes significados que, en cada caso, se suscitan con éste.

Creemos, por tanto, que lo que en verdad integra a una comunidad, no son solo sus falencias, su pobreza o sus necesidades, sino que existen también, y sobre todo, poderosos vínculos que en forma positiva y orientados a fines específicos, son, sin duda, motores de desarrollo tanto físico como social. Vínculos tales como la idiosincrasia, las costumbres, las afinidades y empatías, los gustos, las expectativas y, porque no, las maneras de soñar....Aspectos todos que expresan y manifiestan un sentimiento de identidad grupal que al volcarse en acción participativa sobre los respectivos entornos de cada grupo (con miras a enriquecerlos y mejorar, así, sus condiciones de vida), demuestran que *los proyectos no son sólo una consecuencia reactiva ante una sentida necesidad sino, y sobre todo, una ruta trazada en la vía de satisfacer un ideal.*

Cabe anotar, que el concepto de *topofilia*, tal y como lo entendemos en este trabajo, está encaminado, principalmente, a la revitalización de las estructuras existentes (lo que eventualmente supone la construcción de nuevas dotaciones), buscando la optimización en el manejo de los recursos (naturales, humanos, técnicos y financieros) y encausando los mismos, en primera instancia, a la generación de aquellos proyectos que apunten a la consolidación del propio *espíritu topofílico* y de su dimensión pedagógica. Tarea a la que particularmente contribuye la intervención en la pequeña escala (barrio, vecindario, etcétera). En esta medida, tales proyectos pueden entenderse desde una doble perspectiva que incorpora tanto el carácter del lugar¹¹⁷ como las necesidades del mismo:

a. Los proyectos de "fundación"; que apuntan a la creación de nuevos elementos al interior de estructuras consolidadas, o que a partir de éstos se promueva el desarrollo de nuevas estructuras, actuando así como “focos de desarrollo”; y

b. Los proyectos de “transformación”; que propenden por el establecimiento de nuevas formas de relación intercomunitaria a partir de elementos existentes, o que, de otra parte, fortalezcan y consoliden las relaciones ya dadas.

El primer tipo de proyectos actuará siguiendo lo que en otro aparte de este trabajo denominábamos: una lógica “quirúrgica”; es decir, estableciendo el lugar estratégico de las intervenciones a la luz de su eventual papel re(estructurador) del territorio (cual si se tratase de un ejercicio de “acupuntura” urbana). En este caso, los proyectos que se lleven a

¹¹⁷ Reiteramos en este punto, de acuerdo con las reflexiones hechas a lo largo de este trabajo en torno a la idea de *lugar*, particularmente en el capítulo correspondiente al *topos-philico*, que por este concepto no entendemos una simple determinación espacial sino y, sobre todo, una construcción simbólica y, por lo mismo, histórica y social.

cabo, actuarán como dinamizadores de procesos estructurales que, en su contenido sistémico, harán valer su propio carácter estratégico en atención a su connatural dimensión sinérgica; característica que, sin duda, los dota de un componente altamente *inductivo*.

El segundo tipo de proyectos operará de manera inversa a los primeros; es decir, no a partir de una intervención puntual, como la que sugiere el concepto inductivo de “intervención quirúrgica”, sino desde un “paquete de intervenciones” previamente definidas e interrelacionadas de acuerdo con una concepción de “intervención sistémica”. Planteamiento que, en tanto derivará sus acciones desde el carácter “complejo”¹¹⁸ y multicausal de los problemas que al interior de un determinado territorio pretende enfrentar, tendrá un carácter a la vez *deductivo* y, como en el primer tipo de proyectos, *proactivo*. En este sentido, las intervenciones contempladas apuntarán a la regulación y al reordenamiento integral del territorio y sus estructuras; tarea que, de acuerdo con la escala de acción propuesta por la topofilia, tendrá, en principio, un impacto vecinal o barrial, comportándose así como “islas de sustentabilidad” (en el sentido que tratáramos en páginas anteriores); pero, también, y en atención a su dimensión sinérgica, se servirán tanto de los sistemas analógicos planteados como de las redes temáticas existentes en la ciudad (componentes fundamentales de los distintos “flujos urbanos”), para proyectar su acción puntual, de la manera que corresponda, en cada caso, en la totalidad del conjunto urbano.

De cualquier forma, unos y otros actuarán en forma coordinada y complementaria en la búsqueda de un desarrollo social y ambiental que, en atención a las dinámicas que pretende suscitar nuestra propuesta, tanto a nivel barrial, como local y metropolitano, apoye su dimensión sustentable en una doble manera: por un lado, *sirviéndose del carácter sistémico de sus intervenciones* a la luz del planteamiento analógico de ciudad que éste supone; lo que garantiza, desde la perspectiva de la “complejidad”, tanto la articulación de las distintas acciones con los diferentes aspectos del desarrollo social y ambiental de una determinada comunidad, como la inserción de cada acción dentro de una línea de acciones y proyectos que, en cualquier caso, tengan presente la totalidad de la ciudad y el comportamiento de sus estructuras y bases portantes, tanto naturales como creadas. Y, por otro lado, *la optimización del concepto de “islas de sustentabilidad”*, en lo que se refiere a la constitución de bases autónomas de gestión local apoyadas, tanto en una base jurídico administrativa (gracias a la constitución de instancias “oficiales” de

concertación local, denominadas en nuestra propuesta: Oficinas de Desarrollo Integral Comunitario); como en una correspondiente y autónoma base técnica (las denominadas aquí: Unidades de Planificación Local Concertada) y, por supuesto, en una estrategia financiera que, coordinada desde estas dos instancias, garantice la autosustentabilidad de las acciones y proyectos. Actividad, esta última, que expondremos más adelante.

Desde esta perspectiva, las acciones adelantadas tendrán un doble carácter: consolidar el carácter del lugar y cohesionar entre sí las diferentes comunidades que, en torno a una determinada acción, entran en juego. Aspiración que, como dos caras de una misma moneda, en su conjunto apuntan a:

a. Propender por el mejoramiento de las condiciones físico-ambientales del lugar, a partir del saneamiento de los focos de disfunción social; promoviendo, desde aquí, el desarrollo de aquellos elementos que contribuyan en la autodeterminación del carácter del sitio y fortaleciendo sus estructuras de orden con miras a establecer vínculos estrechos de vecindario (efecto vecindario).

b. Reafirmar y encauzar las tendencias topológico-espaciales del entorno, reforzando los elementos característicos y propios que, en este aspecto, identifiquen tanto a las “microlocalidades”, como a las localidades en su conjunto.

c. Fomentar las relaciones comunicativo-significacionales en el nivel urbano, en tanto se reafirmen las variables y determinantes que cohesionen y expresen la memoria cultural y el sentido de pertenencia.

d. Fortalecer los mecanismos y medios técnico-instrumentales de las localidades, con base en la consecución y utilización de aquellos elementos que incidan en la transformación material del lugar.

e. Establecer y estimular relaciones dinámicas de intercambio y autosustentabilidad, a partir del desarrollo y ejecución de proyectos conjuntos, tanto entre las “microlocalidades” (comunidades identificadas), como entre las propias localidades.

f. Impulsar los frentes de empleo hacia el interior de las localidades teniendo como base territorial la unidad “microlocal”, con el fin de lograr una mayor permanencia de sus habitantes en el entorno físico que contribuya, de esta forma, en la consolidación y carácter del lugar a partir de la consecuente reducción de tiempos de desplazamiento, aumento de horas productivas y descongestión urbana; del mismo modo que estimulando el arraigo y el sentido de pertenencia.

¹¹⁸ Concepto entendido en el sentido de la “teoría de la complejidad” de la cual ya habláramos.

g. *Coordinar los diferentes programas culturales y actividades eventuales que se lleven a cabo en las localidades*, previendo los impactos y afectaciones que puedan tener en los diversos contextos (“microlocalidad”, localidad o ciudad) a través de mecanismos de control y articulación con la estructura urbana existente; definiendo, para ello, zonas de influencia y niveles de intervención de las acciones a ejecutar.

h. *Acentuar e incentivar las relaciones interpersonales en términos de proyecciones “microlocales” y locales* para ejercer acciones comunes. Esto con el fin, de hacer crecer el espíritu de solidaridad, ayuda mutua y noción de colectividad, a través de la identificación de afinidades y relaciones de concordancia entre los miembros de la comunidad.

i. *Divulgar y hacer extensivo el conocimiento de técnicas y adecuados criterios de asociación*, destacando, como modelo, a los grupos que demuestren vocación y solidaridad gremial para hacer posible que las organizaciones comunales se manejen a sí mismas y tengan carácter de *empresa*.¹¹⁹

j. *Transformar la mentalidad ciudadana, en lo que respecta a su tradicional actitud pasiva y de excesiva dependencia* ante un Estado que “todo lo debe dar”; promoviendo, de esta forma, la autogestión y el estímulo a la diligencia propia en aras de suplir las necesidades sentidas. Lo que implica, en primera instancia, una efectiva descentralización administrativa que conlleve un manejo más ágil y eficiente de la ciudad.

En este sentido resulta como una aspiración general, a la vez que como un principio rector de nuestra propuesta, la necesidad de promover el fortalecimiento de los nexos psicoafectivos inter-comunitarios a través de la realización de acciones que propendan por la consolidación de las nociones de colectividad y arraigo que, en cada caso, definen la propia especificidad de cada comunidad. En consecuencia, parte la *topofilia* de los siguientes principios básicos que actúan como guías en la determinación del perfil de sus realizaciones:

¹¹⁹ La idea es que cada la localidad y sus distintas microlocalidades adopten y se comporten con un carácter empresarial pues, a fin de cuentas, lo que una iniciativa como ésta comporta, no es otra cosa que una EMPRESA; tal cual lo que se proponen llevar a cabo las respectivas administraciones a través de sus respectivos Planes de Desarrollo. Empresa que tendrá obviamente un gerente: el Alcalde Local; una Junta Directiva: la Junta Administradora o Concejo de cada Localidad; unas “Jefaturas de División”: las diferentes organizaciones reconocidas y voceras de la comunidad y; finalmente, unos Socios: la propia colectividad. Con esto no pretendemos proponer una arbitraria forma de organización social que retóricamente adopte la figura de “empresa”, sino propender porque tanto el comportamiento de la comunidad, como el de sus líderes y voceros, implique una serie de acciones, compromisos y responsabilidades dentro de las cuales se garantice la búsqueda común del bienestar para el conjunto que así hemos denominado: *localidad-empresa*.

- a. La diligencia e iniciativa propia fomentan la autoestima individual y colectiva, alientan el liderazgo y, desde aquí, la participación política.
- b. Si no hay un sentido profundo de participación en la comunidad no es posible establecer nexos de pertenencia y corresponsabilidad con el entorno socio-ambiental en que se vive.
- c. El acceso a los servicios sociales básicos lo mismo que el uso y disfrute de los bienes públicos, debe servir como marco cohesionador de lazos inter e intra comunitarios.
- d. Debe existir conciencia de integridad y defensa de los valores públicos a través del sentido de propiedad e identificación con éstos.
- e. La integración entre los distintos colectivos sociales, lo mismo que entre las diferentes comunidades, debe promoverse sobre la base de imaginarios a alcanzar, más que sobre la idea de responder a problemas comunes; los que no obstante sirven, en muchos casos, de vínculo inicial para unos y otras.

13.2. Fases de ejecución de la propuesta y tipo de acciones a ejecutar.

Sobre la base de los principios antes señalados se definen tres áreas de trabajo, o tipos de acciones básicas a ejecutar:

- a. Acciones para mejorar el medio ambiente y el entorno físico de la vivienda:* son aquellas que buscan enriquecer el carácter del lugar con el fin de crear las condiciones psicológicas propicias para un desarrollo efectivo en términos de habitabilidad; condicionando, de esta forma el entorno, a una configuración estética amable y gratificante para sus habitantes.
- b. Acciones para crear una infraestructura económica:* son aquellas que buscan posibilitar la ejecución de planes destinados a garantizar mejores relaciones de comunicación y agilización en los procesos de producción, distribución y consumo, estimulando la micro-empresa, el comercio y la industria, así como la creación de instancias como cooperativas y fondos comunales; y
- c. Acciones para incrementar los ingresos y/o propiciar la construcción de instalaciones para el bienestar:* son aquellas que buscan fomentar el empleo, la capacidad de ahorro, el manejo de las finanzas internas (en espacios que van desde la familia hasta la localidad) y la buena voluntad para el crecimiento colectivo. Cabe anotar que el carácter de *empresa* que se pretende dar a la ejecución de proyectos en las localidades, debe tener

efectos multiplicadores dentro de las mismas. Es decir, que no solo se beneficie a la comunidad en servicios sino en posibles ingresos que se retroviertan en la generación de nuevos proyectos comunitarios, logrando de esta forma una relativa independencia de la administración central y fortaleciendo, de este modo, el empoderamiento local.

El primer tipo de acciones apunta a la creación de unas condiciones gratas en torno a las distintas “microlocalidades” (comunidades) que conforman cada localidad, a través de la configuración de unos caracteres físico-ambientales favorables para el desarrollo social de los individuos y su entorno. De este modo, al garantizar un hábitat amable (y paralelamente a la construcción de este), se emprenden otro tipo de acciones, orientadas, principalmente, a la dotación del adecuado equipamiento comunitario y a la generación de ingresos; lo cual hace posible, no solo la conciliación ciudadana, sino la consolidación del espíritu de grupo que, actuando de esta forma, posibilita el desarrollo progresivo de las comunidades. En este sentido, lo que se busca es que tales realizaciones sirvan de modelo a otras comunidades con las cuales, incluso, se concierten acciones conjuntas de beneficio común y de impacto no solo “microlocal” o local, sino también inter-local; lo que de hecho supone un aporte de recursos mixtos y, en consecuencia, una optimización del gasto que, desde luego, redundará en beneficio de las partes involucradas.

No se trata, en este punto, de “hacer proyectos” a ultranza, sino de generar acciones de interés y servicio comunitario que, en sí mismas, posibiliten el desarrollo y la consolidación de nuevos asentamientos y /o el fortalecimiento de los ya existentes. A diferencia de los planes tradicionales de vivienda, en los que se parte de la construcción de “urbanizaciones”, que poco o nada tienen en cuenta los lugares de significación, trabajo, recreación y recurrencia que justifican el carácter de un asentamiento cualquiera, proponemos, en primera instancia, la generación de aquellas acciones que faciliten y, a la vez, estimulen, la generación de proyectos de vivienda. Se trata de que los centros comunitarios generen la vivienda y no de manera contraria: *el problema no es “hacer casas” sino crear comunidad...*

El segundo tipo de acciones apunta, fundamentalmente, a crear las bases de capital que firmemente establezcan las posibilidades de agilización, eficiencia y racionalización en el manejo de los recursos con miras al incremento y apoyo de aquellos proyectos que propicien un mejoramiento en las condiciones de vida. Serán éstos proyectos rentables que promuevan y estimulen el intercambio de bienes de capital, el ahorro y la reinversión.

Y el tercer tipo de acciones tendrá que ver, principalmente, con el establecimiento de pactos y acuerdos entre las distintas organizaciones comunitarias (que actúan en representación de los espacios “microlocales”) y las distintas juntas o concejos locales. Acuerdos orientados a la ejecución conjunta de obras de mejoramiento en las instalaciones de equipamiento comunitario existentes, así como a la promoción de nuevos proyectos que, a la vez que contribuyan a reforzar los nexos intercomunitarios, presten un claro servicio y, de paso, contribuyan, en alguna forma, con el incremento de los ingresos, tanto para la localidad, como para los individuos y colectivos “microlocales” involucrados (dotación de proyectos de servicio, fomento a la microempresa y creación de fuentes de empleo, entre otros).

Para lograr lo anterior, y en atención a los tres tipos de proyectos contemplados, se propone llevar a cabo al interior de respectivos planes concertados, las siguientes acciones específicas:

a. *Mejoramiento de la vivienda*, partiendo de la creación de módulos de servicio para su desarrollo, y generación de nuevas viviendas.

b. *Aceleración del crecimiento del ingreso por familia*, mediante la realización de proyectos propios de cada comunidad, como cooperativas, trabajos artesanales, microempresas, etcétera.

c. *Desarrollo de la cultura y el bienestar social*, fortaleciendo los centros educativos como elementos articuladores de la comunidad. En esta medida se propone que actúen de manera coordinada con los centros parroquiales y cívicos para el desarrollo de eventos espontáneos y programados.

d. *Creación de respectivos espacios locales de concertación* (Oficinas de Desarrollo Integral Comunitario. ODICs) que aglutinen e integren los diferentes organismos tanto públicos como privados interesados en acogerse a la propuesta. En este sentido actuarán como escenarios de autogestión local encargados de la consecución y canalización de los distintos recursos que la respectiva Localidad requiera para poner en marcha las iniciativas allí concertadas.

e. *Creación de entes auditores de control* que, al interior de las respectivas ODICs, garanticen el adecuado manejo administrativo de los proyectos.

f. *Incorporación de los grupos marginales* en los procesos de consulta, diseño y ejecución de los proyectos.

g. *Realización de campañas y acciones para mantener el orden y la tranquilidad ciudadana* (policía cívica, defensa civil, etcétera).

h. *Realización de los proyectos utilizando, en lo posible, la mano de obra y los recursos disponibles* al interior de la localidad.

i. *Establecimiento de convenios entre la comunidad y los centros educativos* (universidades e institutos técnicos especializados) para que éstos sean partícipes en la asesoría y ejecución de los proyectos.

j. *Creación de un comité de ejecución de proyectos.*

k. *Creación de cooperativas de materiales para la construcción, tiendas comunales y comedores comunitarios.*

l. *Creación de bolsas locales de empleo* en torno a la realización de los distintos proyectos.

m. *Diseño de campañas educativas que promuevan el desarrollo comunitario a todo nivel*; actuando, principalmente, sobre los planteles de enseñanza, los lugares de trabajo, los sitios de esparcimiento, los lugares de servicio y comercio e, incluso, sobre la propia calle y el espacio público en general.

n. *Estimular el ahorro local mediante la creación de fondos de inversión que actúen bajo la denominación de “Cajas de Inversión Comunitaria” (CAICs)*; los cuales complementen las funciones de los fondos de desarrollo con que cuenta cada localidad.

ñ. *Creación de instancias locales de planeamiento concertado* (Unidades Locales de Planificación Concertada. ULPLACs) que, a través de respectivos *Talleres Locales de Planeamiento Físico y Social*, propicien la efectiva acción participativa de la comunidad.

o. *Creación de una serie de “Factorías Comunitarias”* que, funcionando a nivel “microlocal” (comunidad o barrio), permitan coordinar diferentes líneas de producción micro-empresarial con el fin de multiplicar la gama de ofertas y de bienes de servicio a la comunidad.

En lo concerniente a este último punto, las Factorías actuarán tejiendo, en su diversidad, toda una red de servicio a la localidad que pueda ser reforzada con la generación de correspondientes cooperativas con las cuales las mismas se articulen de manera coordinada. Para el efecto las Factorías no solo coordinarán acciones conjuntas entre diversas líneas de producción micro-empresarial (que van desde la generación de nuevos productos, hasta las gestiones de difusión y mercadeo), sino que generarán empleo, facilitarán la adquisición de bienes y productos a la comunidad en la cual se ubiquen (a través de precios módicos y sistemas cooperativos de comercialización) y, finalmente, se

proyectarán hacia las distintas instalaciones de bienestar tales como: cocinas, comedores y tiendas comunales, entre otros.

Por su parte, las CAICs funcionarán creando estímulos al ahorro, cumpliendo, a la vez, el papel de la cédula de capitalización y el de un fondo de cesantías. Para el efecto, establecerán específicas líneas de crédito (sobre las demandas de los pobladores de cada localidad) en áreas como el préstamo para la consecución, ampliación o mejoramiento de vivienda, la asignación de créditos destinados a la libre inversión y, eventualmente, la asignación de becas. Sobre la perspectiva de que a través de las CAICs, el ahorro individual incrementa el ahorro local, se busca no solo fortalecer las arcas de los fondos de desarrollo local sino beneficiar con los intereses, y con posibles préstamos sobre los propios ahorros, a los individuos ahorradores y miembros de la comunidad, bajo el presupuesto de que “el ahorro individual es el ahorro del Estado”...

En lo que tiene que ver con los *Talleres Locales de Planeamiento Físico y Social*, habría que señalar que en el caso del *Planeamiento Físico*, se promoverá la realización de acciones en tres áreas básicas: planeamiento urbano y espacio público; diseño y ejecución de proyectos de equipamiento comunitario y amoblamiento urbano y; finalmente, implementación de acciones que adopten el uso de tecnologías alternativas y apropiadas, con particular énfasis en la utilización de material de desecho potencialmente reciclable en diferentes líneas de reutilización. En este mismo sentido, corresponderá al área de *Planeamiento Social* cubrir, fundamentalmente, los siguientes aspectos: prevención de desastres, atención a grupos de población vulnerable, reinserción social-productiva, bienestar social, recreación y cultura, y seguridad. De otra parte, los *Talleres Locales*, en su conjunto, propiciarán el espacio para hacer efectiva una auténtica veeduría ciudadana, no solo en las obras pertinentes a las áreas antes citadas sino, en general, al adecuado seguimiento y control del propio *Plan de Desarrollo Local* en todos sus aspectos.

Reiteramos en este punto que el objetivo común de las acciones antes mencionadas no es otro que el de instrumentar a las comunidades para que, a través de sus respectivas instancias representativas, estén en capacidad de ser, ellas mismas, co-autoras y co-ejecutoras de los distintos proyectos que tengan que ver con su desarrollo. Proyectos que, de tal suerte conlleven, paralelamente, la acción-participación de la comunidad y el consecuente fortalecimiento de los vínculos psico-afectivos de la misma, en la línea de establecer y/o reforzar, en cada caso, su carácter específico y particular.

En esta ruta, la propuesta contempla las siguientes fases a ejecutar:

PRIMERA FASE – INSTALACIÓN DE LA ESTRUCTURA PORTANTE.

Su acción se concentra a nivel local e implica un estudio de métodos y líneas de acción para montar las instancias base de la propuesta y, a la vez, para promover la creación del espíritu asociativo que, desde el criterio de “localidad-empresa”, éste requiere. En este sentido propende, fundamentalmente, por el mejoramiento de las condiciones de vida partiendo de un diagnóstico que implique, por un lado, la determinación del carácter de cada comunidad, con miras a fortalecerlo y; por otro, la definición de sus necesidades sentidas; esto con el fin de orientar la acción participativa en tal sentido fortaleciendo los vínculos inter-comunitarios y consolidando, desde aquí, el espíritu de colectividad.

De otra parte, se considera que el enriquecimiento espiritual que propicia la integración comunitaria, debe ser estimulado a partir del desarrollo de Planes, Programas y Proyectos que, concertando la acción participativa, sean, a su vez, fuentes de empleo y de fomento a la pequeña y la mediana industria. En esta medida, se propone llevar a cabo en esta Fase las siguientes acciones:

a. Promoción, con el apoyo de la administración local, de un nuevo espíritu de diligencia, ayuda mutua y cooperación que, desde la filosofía de la propuesta, involucre la decidida participación tanto de los distintos líderes comunales, como de las diferentes organizaciones e instancias públicas y privadas que, sobre el territorio, tienen asiento.

b. Establecimiento de las alianzas estratégicas que, en cada caso, la realización de la propuesta requiere; esto con el fin de determinar los modos de participación de cada uno de los actores sociales a involucrar sobre la base del reconocimiento de sus respectivos intereses así como de sus correspondientes responsabilidades. Condición de posibilidad para el diseño de un indispensable esquema de contrapartidas presupuestales para la realización de los proyectos acordados.

c. Caracterización de las distintas comunidades o “microlocalidades” a involucrar en la propuesta.

d. Constitución, en cada caso, de una *Oficina de Desarrollo Integral Comunitario* (ODIC) que coordine las acciones entre las distintas organizaciones comunales y, entre

estas, y la academia, la empresa privada, las organizaciones no gubernamentales, los organismos internacionales y el Estado.

e. Instalación en cada una de las Localidades participantes en la propuesta, de una *Unidad de Planificación Local Concertada* (ULPLAC) con sus correspondientes *Talleres de Planeamiento Físico y Social*.

f. Creación de una *Caja de Inversión Comunitaria* (o de un Fondo para la realización de proyectos) que apoye el fortalecimiento de los fondos de desarrollo con que cuenta cada localidad.

g. Realización de una acción piloto de beneficio común que promueva la integración grupal, genere confianza y credibilidad en la propuesta y fortalezca los vínculos de solidaridad y arraigo.

SEGUNDA FASE - INICIACIÓN A ESCALA TOTAL.

Una vez montada la base operativa, a nivel local se establece:

a. Creación, por parte de la administración central de la ciudad, de un comité inter-institucional de apoyo a la propuesta que, en lo concerniente a ésta, actúe como “puente” entre las localidades y la administración. Propósito que supone llevar a cabo, de manera coordinada, un plan específico de proyección hacia la comunidad que, sirviéndose de la propuesta, propiamente tal, unifique métodos y lenguajes.

b. Establecimiento de un sistema permanente de reuniones de “microlocalidades” y/o entre localidades, según el caso, con el fin de acordar acciones prioritarias de beneficio común.

c. Proponer un esquema de incentivos gubernamentales para aquellas localidades que se vinculen a la propuesta.

d. Realización de planes y esfuerzos cooperativos que, derivados de las acciones a realizar, puedan, eventualmente, integrarse a través de una red de Factorías Comunitarias en temas tales como construcción, alimentos, educación y vestido.

e. Definición de los criterios de intervención y de las prioridades a tener en cuenta en la realización de proyectos, sobre la base de la caracterización de las comunidades (y de sus demandas) llevada a cabo en la Fase anterior.

f. Promoción de actividades para el adiestramiento de líderes.

g. Creación de bolsas locales de empleo en torno a los proyectos a acometer.

TERCERA FASE - BASE FIRMEMENTE ESTABLECIDA.

En esta etapa, la propuesta pretende iniciar el cambio gradual de proyectos para mejorar condiciones, a proyectos para mejorar los ingresos; incentivando, por demás, a las comunidades de mayor empeño, muestra de cooperación y ayuda mutua. La idea en este punto no es otra que fortalecer la economía tanto local como individual, fomentando la participación de mano de obra local en los proyectos de beneficio comunitario, e impulsando acciones que, en conjunto, apunten a incrementar la producción, promover la especialización y fomentar la producción cooperativa. En este orden de ideas lo que es dado esperar de esta Fase sería:

- a. Diseño de programas de intercambio de bienes e insumos.
- b. Priorización de proyectos que no solo presten un servicio común sino que impliquen una rentabilidad a la comunidad, a la vez que estén en posibilidad de incrementar las arcas de los respectivos Fondos de Desarrollo Local.
- c. Promoción del trabajo comunitario remunerado, apoyando y difundiendo las bolsas locales de empleo; esto sin demérito de que se posibilite, también, para ciertas acciones, la conformación de cuerpos voluntarios de trabajo.
- d. Estimulo a la pequeña y mediana empresa, creando, para ello, un eficiente sistema de uniones de crédito.
- e. Incentivo al ahorro local a través de las *Cajas de Inversión Comunitaria*, creando estímulos para este.
- f. Creación de incentivos a los líderes comunales, facilitando la posibilidad de que, eventualmente, puedan integrarse al aparato Estatal.

CUARTA FASE - AUTODESARROLLO Y PREPARACIÓN PARA LA AUTOSUTENTABILIDAD.

Busca estimular y reforzar los mecanismos que propician la participación comunitaria para que, a su vez, estos contribuyan en la formación integral de los individuos comprometidos. Para ello se hace énfasis, de manera fundamental, en diseñar modelos efectivos de participación ciudadana que, desde un carácter eminentemente educativo, impliquen la paulatina transformación de aquellos hábitos de pensamiento y conducta que poco aportan a la comunidad y que no estimulan su integración. El objetivo de esto no es otro que el de fomentar un efectivo espíritu asociativo de cooperación y

desarrollo que garantice el crecimiento y la continuidad de la propuesta; lo cual implica, fundamentalmente:

a. Renovación de hábitos de pensamiento, a través de campañas y acciones que, con carácter pedagógico, contribuyan en la formación de un verdadero espíritu comunitario.

b. Renovación de hábitos de conducta, a partir de la implantación de la idea de que los acciones que benefician al grupo, benefician directamente a cada uno de los individuos que lo conforman y que, por tanto, no tiene sentido anteponer el beneficio individual al colectivo.

c. Renovación del entorno ambiental, en caso de que este no propicie las condiciones estimulantes y gratas que hacen posible la vida en común.

d. Adiestramiento en la constitución de idearios comunitarios

e. Afinamiento en la determinación de lo deseado por la comunidad y en aquello que pueda ser útil para ésta.

f. Formulación de un programa explícito de educación ciudadana.

QUINTA FASE- AUTOSUSTENTABILIDAD.

Busca, fundamentalmente, garantizar el paulatino incremento en el mejoramiento de las condiciones de vida ciudadanas a partir del fortalecimiento de las estructuras existentes y requiere, básicamente:

a. Asignación de un porcentaje, sobre el costo de cada proyecto (tanto diseñado al interior de la respectiva ULPLAC, como llevado a cabo al interior del fuero territorial de cada Localidad por una agente externo a ella), para fortalecer el Fondo de Desarrollo Local.

b. Constitución de líneas de proyectos al interior de respectivos Programas insertos en consecuentes Planes; esto con el fin de que ninguna de las acciones adelantadas dentro del presente marco se lleven a cabo como “ruedas sueltas”, sino que, por el contrario, actúen de manera programática y planificada, respondiendo, así, a fines para los cuales tales acciones son medios.

c. Inserción de las distintas acciones a acometer dentro del esquema “bio-sistémico” que la propuesta contempla, para que así los proyectos respondan a estrategias

integrales que tengan como correlato la “complejidad” del hecho urbano en sus flujos y dinámicas.

d. Aceleración del incremento en los ingresos a partir, tanto de la potenciación de las *Cajas de Inversión Comunitaria*, como de la puesta en marcha de proyectos productivos que creen nuevos nichos de empleo, actuando así como semilleros de empresas asociativas y solidarias.

e. Promoción del asociacionismo, el corporativismo y el cooperativismo al interior de cada Localidad, proporcionando la base estructural para su deseable articulación y coordinación programática.

f. Preservación, cultivo y cuidado del medio ambiente natural y construido de cada Localidad sobre la base de que éste sea entendido como patrimonio y, por lo mismo, como parte del acervo socio-cultural de cada colectividad.

13.3. Estrategia de implementación a la luz de la naturaleza y tipo de los proyectos previstos.

En términos generales puede afirmarse que la adecuada implementación de la propuesta requiere, para la realización de sus distintas acciones y proyectos, la efectiva articulación de cuatro componentes fundamentales:

a. Una caracterización de las comunidades con las cuales se va a trabajar.

b. Un reconocimiento de las características generales de las distintas Localidades donde la propuesta se va a implementar.

c. Una articulación sistémica de las acciones a acometer dentro del esquema de planificación bio-sistémica que hemos propuesto.

d. Un conocimiento del papel que el territorio a cubrir cumple al interior de un Plan General de Ciudad; es decir, una articulación con su Plan de Ordenamiento Territorial, en caso de que éste exista.

Dado que los dos primeros suponen la realización de un diagnóstico específico de la situación particular en cada caso, y que el último exige un conocimiento de la idea acerca de como, en cada caso, también, un Plan de ciudad concibe su articulación con eventuales planes locales; abordaremos ahora, brevemente, el tema inherente a la articulación sistémica de los proyectos a desarrollar en el marco propuesto por la aludida *Planificación “bio-sistémica”*.

En este sentido, e independiente de los proyectos que a su interior se realicen, resulta clara la necesaria acción conjunta de los diferentes sistemas propuestos; los cuales, a pesar de funcionar, para sí mismos, como unidades autónomas; de hecho interactúan y comparten en su ejecución, los respectivos Planes, Programas y Proyectos de los cuales ya hemos hablado. La idea es que cada proyecto se inscriba dentro de un determinado sistema, a través del cual se haga operativa una u otra acción del Plan. A su vez, dicho sistema se inscribe dentro de una unidad administrativa-territorial: la localidad; la cual hace parte, también, de un conjunto de sistemas mayor: la ciudad en su conjunto.

De esta forma, y volviendo al ejemplo abordado en páginas anteriores, un parque (*proyecto* propio de un *programa* de espacio público al interior de un *Plan de Saneamiento Ambiental*) ingresa, gracias a la concepción sistémica que estamos proponiendo, al “sistema respiratorio” de una determinada localidad y, a partir de aquí, (en franca articulación con un determinado Plan de Ciudad), al sistema “respiratorio” de ésta en su conjunto. En otro sentido, es de anotar que para que un *Plan* se haga efectivo, *debe contemplar su integral participación en cada uno de los sistemas antes mencionados*. Es decir que, por ejemplo, un *Plan de Saneamiento Ambiental* (al cual le correspondería la ejecución del mencionado parque al interior de un *programa* específico de espacio público) propuesto por una localidad cualquiera, debe ejecutar acciones que competan tanto a la malla vial (sistema circulatorio), como al comercio (sistema digestivo), a los centros de acción-significación comprometidos (sistema nervioso) y, por su puesto, al propio espacio público (sistema respiratorio). En esta medida, podemos plantear en una doble perspectiva la necesidad de incluir los proyectos de cada localidad dentro del esquema de “planificación bio-sistémica” propuesta, para garantizar:

a. Que los proyectos funcionen como parte integral de un plan específico, ejemplo: un parque hará parte de un plan de áreas verdes; y

b. Que los mismos se comporten como elementos generadores y/o consolidadores de acciones que, orientadas desde el espíritu del sistema específico, integren a la comunidad desde el mismo y, a la vez, a los dos componentes básicos que, en nuestra opinión, deben integrar un *Plan de Desarrollo Urbano Sustentable*: el *físico-ambiental* y el *psico-social*: ejemplo, un parque, inscrito dentro de un “sistema respiratorio”, propiciará, desde la perspectiva de un *Plan de Saneamiento Ambiental*, la realización de un *programa de espacio público* dentro de un esquema físico de espacios verdes y; desde

la óptica de un *Plan de Saneamiento Social*, la realización de un consecuente *programa recreativo*.

De esta forma, siguiendo con el ejemplo, antes de diseñar un parque, se concebirá toda una estrategia tanto ambiental como recreativa, respecto de la cual, el propio parque será uno de sus componentes; estrategia que a su vez se hará operativa a través de la articulación del mencionado proyecto con los distintos “sistemas bióticos” de funcionamiento urbano. En consecuencia, lo que se diseña, en primera instancia, es un *Plan* a través del cual se hacen operativos los distintos *Programas* que lo componen, para, finalmente, diseñar los *Proyectos* específicos que ejecutarán tales programas. En esta medida, un ejercicio como este, llevado al interior de cada Localidad, no solo constituye una clara herramienta de diagnóstico funcional de la misma, sino que es, también, un claro orientador para sus respectivos *Planes de Desarrollo*.

No sobra recalcar, en este punto, que el carácter fundamental de los proyectos, como se ha mencionado anteriormente, radica, no solo en el hecho de que estos presten un servicio, sino en el de que estén en condiciones de procurar, a cambio de éste, la consecución de unos ingresos que fortalezcan la economía de la localidad (como base de la de la de la ciudad). Actividad que, de hecho implica, un paulatino incremento en el nivel de vida local y en la consolidación de su estructura social.

Del mismo modo, se requiere, junto con la realización de proyectos orientados a la generación de ingresos y a la dotación de instalaciones para el bienestar, la elaboración de otros tantos proyectos que, además, integren a las localidades vecinas, compartiendo con éstas recursos y esfuerzos, para que a partir de los mismos, no solo se promueva el desarrollo de las comunidades menos favorecidas, sino que se “teja” toda una red de proyectos conjuntos que terminen, finalmente, por articular a la ciudad.

De esta forma, la naturaleza misma de los proyectos, así concebidos, propicia en doble medida la integración ciudadana:

- a. A través de la inclusión de los distintos proyectos en la propuesta sistémica que hemos planteado.
- b. A través de la conexión inter-local, gracias a la realización conjunta de proyectos de mutuo beneficio.

Una exigencia resulta fundamental, en la línea de lo hasta ahora planteado; y es que para promover correlacionadamente la satisfacción personal y el desarrollo social, es necesario que la práctica de la cooperación y la coordinación con los demás penetre, como principio, al interior de toda la comunidad, al mismo tiempo que incentive una competencia bien intencionada entre las localidades capaz de motivar el desarrollo creciente de las mismas y el logro de las metas propuestas. Aspiración a la que bien puede contribuir la creación de un “paquete” de estímulos por parte del Estado a las localidades que mejor logren manejar sus recursos y elevar sus condiciones de vida.

En atención de lo expuesto, contempla el planteamiento topofílico la realización de los siguientes tipos de proyectos:

- a. Proyectos de vivienda para el mejoramiento de las condiciones psico-ambientales del lugar.
- b. Proyectos de infraestructura para la producción (servicios y vías, principalmente).
- c. Proyectos para aumentar los ingresos (microempresas, fortalecimiento de las industrias existentes, generación de otras fuentes de empleo).
- d. Proyectos de mejoramiento de la infraestructura de distribución (bodegas, desarrollo de mercados y de comercio en general).
- e. Proyectos de instalaciones para el bienestar (Construcción de centros comunitarios y de salud, lo mismo que de centros educativos, recreativos y culturales, bibliotecas comunales, centros de atención inmediata, etcétera).

Proyectos que, en su conjunto, apuntan, fundamentalmente, al fortalecimiento y consolidación de los lugares de significación y recurrencia desde los cuales se expresan, preservan y rescatan, los valores culturales propios de cada comunidad. No obstante, la sola realización de estos proyectos no garantiza tal situación. Es necesario adelantar paralelamente a la ejecución de los mismos, una serie de campañas que, desde un carácter eminentemente pedagógico, evidencien resultados de manera tanto sectorial (salud, educación, seguridad, empleo, recreación, etcétera) como transectorial; en razón, en éste último caso, de que éste es, en sí mismo, un objetivo a alcanzar por parte del planteamiento topofílico, sobre la base de la manera como concibe tanto la naturaleza de la gestión, como la de los proyectos mismos.

En este orden de ideas, consideramos que en la realización de los proyectos concebidos desde esta filosofía se han de tener en cuenta los siguientes requerimientos:

- a. Adopción de un sistema por el cual se asigne un comité de ejecución (Estado-comunidad) a cada proyecto, para garantizar su efectiva orientación.
- b. Organización de equipos conjuntos de asistencia técnica.
- c. Preparación técnica de los proyectos para cuando sean requeridos por el comité de ejecución.
- d. Lanzamiento de campañas de ayuda a los proyectos entre comunidades.
- e. Identificación de la necesidad de un determinado proyecto y constatación de la misma por parte del comité ejecutor.
- f. Evaluación de la productividad de cada proyecto en términos tanto de los servicios que presta, como de su rentabilidad.
- g. Fortalecimiento de los nexos afectivos de la comunidad a través de la realización del proyecto.
- h. Vinculación de la comunidad en la ejecución de los proyectos, optimizando los recursos disponibles al interior de ésta.
- i. Determinación del tipo de acción que se pretende acometer con cada proyecto, especificando el impacto de la misma en términos de la población servida y de la necesidad suplida.
- j. Garantizar los mecanismos que hagan efectiva una optima veeduría y control al interior de cada proyecto.

En el caso del *Comité de Ejecución de Proyectos*, se propone que éste tenga a su cargo la función de proponer y verificar la ejecución de proyectos de beneficio comunitario teniendo en cuenta un previo diagnóstico de la fase de desarrollo en la cual se encuentra la respectiva Localidad, con el fin de constatar la demanda del mismo al interior de un esquema de prioridades establecido para cada fase de desarrollo; es decir, una constatación de las necesidades sentidas sobre la base de una previa priorización establecida de acuerdo con los lineamientos expuestos en la estrategia general. A fin de cuentas, de lo que se trata es de optimizar las relaciones interinstitucionales (y sus recursos), de acuerdo con el carácter de los proyectos, coordinando las entidades que con más clara inherencia participen en su eventual ejecución. En este sentido, se prevé minimizar la intervención del Estado, delegando, en un alto porcentaje, la ejecución de los proyectos a la comunidad, a la empresa privada, a las ONG, a las fundaciones y a las

Universidades, principalmente, dentro del marco de los diferentes tipos de convenios que se puedan suscitar entre éstas.

Para lograr lo anterior, es necesario, como ya anotamos, la elaboración de un diagnóstico de la fase de desarrollo en la cual se encuentra cada comunidad, con el fin de diseñar las estrategias pertinentes para acometer los proyectos del caso; diagnóstico que implica a nivel local:

- a. Elaborar un inventario de servicios y necesidades .
- b. Determinar el carácter de los elementos que identifican y cohesionan a cada localidad y a sus respectivas comunidades, con miras a fortalecerlos.
- c. Establecer las características culturales de los diferentes grupos humanos existentes en cada localidad.
- d. Evaluar las condiciones psico-ambientales de cada localidad y de las distintas comunidades que las componen.
- e. Determinar las posibilidades técnicas y humanas para la ejecución de proyectos (tecnologías apropiadas y utilización de mano de obra local).
- f. Establecer los niveles de intervención y los radios de acción de los proyectos a ejecutar
- g. Jerarquizar y en consecuencia priorizar los proyectos de acuerdo con las necesidades de la localidad .
- h. Llevar a cabo un inventario de proyectos a ejecutar, evaluando la factibilidad de los mismos.

13.4. Instancias de ejecución: las Unidades Locales de Planificación Concertada, las Oficinas de Desarrollo Integral Comunitario y los Talleres Locales de Planeamiento Físico y Social.

Las Unidades Locales de Planificación Concertada ULPLACs, constituyen la parte central de nuestra propuesta y, como su nombre lo indica, son instancias concebidas, fundamentalmente, para brindar a las distintas administraciones locales de las grandes ciudades de América Latina, una herramienta de diseño, gestión y ejecución de planes, programas y proyectos de interés comunitario en los que confluyan los intereses de la mayor cantidad de actores sociales posibles, tanto públicos como privados. En esta

medida, se orienta en la línea de posibilitar el fortalecimiento de las condiciones de gobernabilidad, productividad y habitabilidad en los distintos entornos territoriales donde la propuesta que la acompaña se lleve a cabo, sobre la base de propiciar la construcción de consensos en torno a la determinación de aquellas acciones que las fuerzas allí representadas acuerden con miras al mejoramiento integral de las condiciones socio-ambientales de su entorno. Acciones que, en cualquier caso, habrán de responder, desde el espíritu general de la propuesta, a las características psico-sociales y culturales de los grupos humanos que habitan los territorios contemplados.

En esta medida, la ambiciosa tarea de implementar una propuesta de esta índole requiere, fundamentalmente, adoptar una estrategia con tres componentes básicos; uno de tipo *organizativo-administrativo*, otro de tipo *instrumental-operativo*, y un tercero de *seguimiento y evaluación*; motivo por el cual se propone llevar a cabo las siguientes acciones estratégicas:

En el primer caso, conformar en cada Localidad interesada un *Concejo Local de Planificación* que presida la *ULPLAC* respectiva y actúe como instancia convocante; en él tendrán asiento los representantes designados por cada uno de los actores representativos a nivel local. Como instancias de apoyo contará el *Concejo* con un *Comité Asesor* (conformado por representantes de organismos Nacionales e Internacionales, públicos y privados, interesados en apoyar la propuesta), con una *Junta Técnica*, que evalúe la factibilidad de las acciones y proyectos puestos a su consideración y con un *Fondo de Desarrollo Local* (eventualmente, y según el caso, esta podrá funcionar como una *Caja de Inversión Comunitaria*) encargado del manejo de los recursos que la *ULPLAC* reciba por el desarrollo de cada uno de los proyectos allí ejecutados (para este efecto la *ULPLAC* recibirá un porcentaje del presupuesto de cada proyecto; circunstancia que de tal forma garantiza no sólo su autosustentabilidad sino la creación de una fuente indirecta de ingresos para la localidad que, de tal forma, podrá llevar a cabo nuevos proyectos). Instancias que, en conjunto, conformarían el *Comité de Ejecución de Proyectos* que hemos planteado anteriormente

En el segundo caso, se propone constituir una *Unidad de Gestión de Proyectos* y una de *Comunicación y Promoción* de los mismos en apoyo a las siguientes dos instancias operativas: la de concertación de acciones (*Oficina de Desarrollo Integral Comunitario. ODIC*) y la de formulación, diseño y ejecución de proyectos (el *Taller Local de*

Planeamiento Físico y Social). Instancias que, en relación con la magnitud y el radio de acción de los proyectos, funcionarán articuladas con los estamentos públicos y privados a nivel tanto local, como nacional e internacional que, para el caso, se involucren en la propuesta; facilitando de tal forma la conformación de eventuales *Redes* con otras instancias análogas.

Y, en el tercer caso, constituir una *Unidad de Seguimiento, Evaluación y Control* encargada tanto de supervisar las acciones mencionadas como de conformar un banco de experiencias exitosas.

En lo que se refiere a las instancias de tipo instrumental operativo que contempla la ULPLAC, cabe señalar que las *Oficinas de Desarrollo Integral Comunitario (ODICs)* constituyen la instancia de concertación local propiamente tal de las ULPLACs; en tal medida, serán las encargadas de priorizar las acciones a llevar a cabo gestionando, por demás, la consecución de los recursos pertinentes para la realización de las mismas; de esta forma convergerán allí tanto los representantes locales (públicos y privados) de los distintos sectores del desarrollo que tengan presencia y/o interés en la localidad, como la propia ciudadanía debidamente representada a través de las distintas formas reconocidas de organización social.

Cabe anotar que la *ODIC* no se considera un “espacio físico” propiamente tal y, por tanto, su “montaje” no representa costo alguno que pudiera incrementar el de los proyectos, sino que debe entenderse, más bien, como una “actividad eventual”, aunque periódica y permanente, que se realiza entre los diferentes actores involucrados (públicos y privados) y que, para el efecto, se puede llevar a cabo de manera rotativa en cualquier espacio comunitario idóneo para este fin (una parroquia, una escuela, un salón comunal, una biblioteca, etcétera), en atención a la movilidad que caracteriza a la ciudad de hoy y de la cual habláramos, ampliamente, en la primera parte de este trabajo. No ocurre lo mismo con el *Taller Local de Planeamiento Físico y Social* que, por el contrario, y dado su objeto, requiere de un espacio físico determinado y permanente a lo largo del proceso que cuente con una infraestructura mínima, ya que va a albergar una instancia fundamentalmente técnica.

En este sentido, dicho *Taller*, en tanto constituye el espacio técnico propiamente tal de las ULPLAC está conformado por dos líneas básicas: la de *Desarrollo Físico-Ambiental* y la de *Desarrollo Psico-Social*; una y otra alimentadas por una serie de

Programas a establecer en cada localidad de acuerdo a sus específicas demandas y necesidades. En esta medida, cualquier proyecto que, desde aquí, se contemple y, por tanto, cualquier proyecto de la *ULPLAC*, resultará articulado por la filosofía y objetivos del Programa base en que éste se inscribe; lo que garantizará, no sólo que el mismo de respuesta a una determinada necesidad puntual, sino que cobre los alcances transectoriales que son de esperar al ser tratado al interior de un “paquete” de proyectos constituido dentro de un específico Programa. Por su parte, cada uno de los Programas habrán de responder a las propias demandas y objetivos de la línea básica en la que, de hecho, se inscriben.

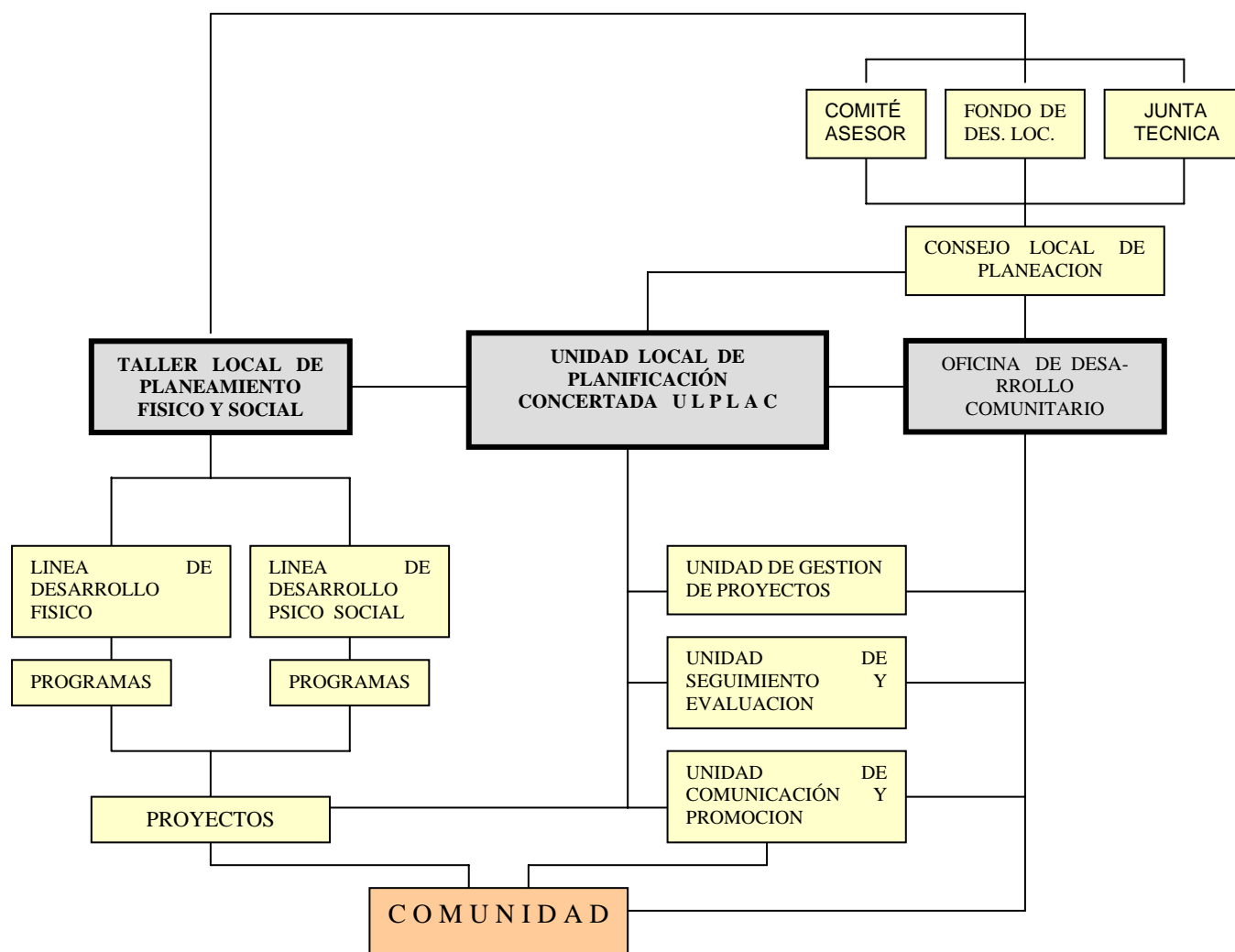
En lo que respecta a su operacionalización, ésta se llevará acabo mediante la presencia permanente de un Director del Taller y de tres técnicos encargados, respectivamente, de los componentes físico ambientales, socio-culturales y organizacionales del mismo, contando además con un asistente de apoyo, una secretaria y la presencia continua de estudiantes y profesores de una Universidad local comprometida, mediante Convenio, con el funcionamiento del mismo. Universidad que en tal caso brindará a sus estudiantes y profesores el espacio del *Taller* para la realización de pasantías a nivel tanto de pre como de posgrado en las distintas áreas del conocimiento que tengan particular relevancia para el diseño y/o ejecución de los proyectos.

Es necesario señalar a este respecto que la presencia universitaria no sólo brinda una importante oportunidad al conglomerado académico de establecer contacto con la realidad empírica a través del escenario que proponemos, sino que, de otra parte, beneficia la puesta en marcha de la *ULPLAC* en cuanto tal al aminorarse, de tal suerte, los costos correspondientes a recurso humano; los cuales se limitan exclusivamente a las seis personas antes mencionadas; cuatro de las cuales (los técnicos) serán proporcionados por la Universidad del caso, siendo financiados, como los dos restantes, por el proyecto.

Sobre esta base la propuesta busca constituir un amplio espacio de participación ciudadana regulado, tanto por la definición de competencias para cada uno de los actores sociales, como por la construcción de escenarios específicos orientados a alcanzar los máximos niveles posibles de consenso y de concertación. Actividad que, por un lado, refuerce la legitimidad institucional y, por otro, fortalezca los vínculos proactivos entre los diferentes actores sociales a partir de la óptima articulación de los mismos al interior de

las distintas instancias que proponemos; las cuales se constituyen de la siguiente manera operando dentro del organigrama que, en consecuencia, expondremos (**Gráfico 1**):

Gráfico 1
ORGANIGRAMA DE FUNCIONAMIENTO DE CADA ULPLAC



El *Concejo Local de Planeación* presidido por el Alcalde local y conformado por: el Presidente del Concejo Municipal, un representante de cada una de las instancias públicas que en la municipalidad tienen asiento, un representante de la oficina de Planeación Central de la ciudad, el Tesorero del Fondo de Desarrollo Local, un representante de cada una de las organizaciones comunitarias con mayor presencia en la localidad (antigüedad, trayectoria en desarrollo de proyectos y considerable número de adscritos) y un representante de cada uno de los gremios y de las organizaciones del sector privado.

El *Comité Asesor* conformado por un representante de los organismos que, a nivel tanto nacional como internacional, teniendo presencia y/o interés en la localidad, promueven y apoyan el Desarrollo Local (Agencias de Cooperación Internacional, Organismos Multilaterales, ONGs, etcétera).

La *Junta Técnica* conformada por el Director del *Taller Local de Planeamiento Físico y Social* y por expertos en las distintas disciplinas que, para el efecto, y según los proyectos a evaluar, se considere pertinente convocar con miras a obtener su concepto especializado.

El *Fondo de Desarrollo Local* es la instancia financiera de la *ULPLAC* y está presidido por el Tesorero Municipal.

La *Unidad de Gestión de Proyectos*, conformada por el Director del Taller Local de Planeamiento Físico y Social, un representante del Concejo Local de Planeación y uno del Comité Asesor.

La *Unidad de Comunicación y Promoción*, conformada por un representante del Taller Local de Planeamiento Físico y Social, por un representante de cada una de las organizaciones de base que a nivel público operan en la municipalidad y por un representante de cada una de las organizaciones comunitarias, gremiales y empresariales que tienen presencia en la *ULPLAC*.

La *Unidad de Seguimiento, Evaluación y Control*, conformada por un representante del Concejo de Planeación, uno del Comité Asesor y uno de la Junta Técnica.

Sobre esta base operativa se proponen como funciones de las *ULPLACs*, las siguientes:

- Ejecución del Plan de Desarrollo vigente y Diseño de los futuros Planes de Desarrollo de la Localidad según las pautas planteadas por la Oficina de Planeación Central de la ciudad
- Determinación, a través de su *ODIC*, de los Programas que constituirán el Plan en cada caso dentro de las dos líneas básicas propuestas: la de *Desarrollo Físico-Ambiental* y la de *Desarrollo Psico-Social*.

- Ubicación de los Proyectos a desarrollar dentro del marco de los Programas aprobados por la *ODIC* en cada una de las dos líneas planteadas.
- Realización de talleres con la comunidad conducentes al diseño de aquellos proyectos que, dada su magnitud y carácter, la *ODIC* establezca se deben llevar a cabo de manera participativa y comunitaria.
- Diseño del Plan de Ordenamiento de cada localidad donde ésta se implante, en franca articulación con el Plan de Desarrollo Metropolitano.
- Promover a través de su respectiva *ODIC* la concertación multiactoral en la determinación de las acciones y proyectos a desarrollar mediante participación ciudadana y gestionar, a través de dicha instancia, la consecución de los recursos necesarios para tal fin.
- Administrar a través del *Concejo Local de Planificación* los recursos del *Fondo de Desarrollo Local* generados por la *ULPLAC* y promover la figura de “presupuestos participativos”, estableciendo los correspondientes acuerdos presupuestales (cuando así diere a lugar) con las respectivas Tesorerías Municipales.

A este respecto, el manejo de los presupuestos participativos se propone que se haga sobre asignaciones porcentuales establecidas de manera concertada de acuerdo a las prioridades establecidas en los respectivos Planes de Desarrollo Local y no sobre montos específicos, ya que esto se presta a manipulaciones y, normalmente, lleva a que se den entre la comunidad más disensos que consensos; entorpeciendo, más que facilitando, la coordinación entre los sectores público y privado y, desde aquí, las relaciones entre la comunidad y las respectivas administraciones.

En conclusión, las *ULPLACs* realizan los planes de desarrollo local, conciben y llevan a cabo proyectos con participación ciudadana de pequeña y mediana magnitud (impacto microlocal o barrial), facilitan procesos de descentralización administrativa y de concertación multiactoral (multisectorial) e implementan, desde la filosofía que las alientan (concertación y participación), las políticas generales que, en materia territorial, han sido establecidas por la Oficina Central de Planeación de la ciudad.

13.5. Gestión estratégica y autosustentabilidad de la propuesta.

La implementación y adecuado desarrollo de la estrategia propuesta supone, en primer lugar, contar con la voluntad política del caso; lo cual puede llevarse a cabo a través de una de las siguientes vías: que la administración central de una ciudad decida implementar la propuesta al interior de sus distintas localidades, que se alguna de éstas decida, a *motu proprio*, llevarla a cabo, o que una organización de municipios y/o de localidades sea quien decida prestarle su aval y respaldo. En cualquier caso, sobre este punto de partida, serán estas instancias las encargadas de gestionar los recursos iniciales que la propuesta, para su montaje requiere, sobre la base de una previa asignación, por parte de éstas, de un “capital semilla” que, para el caso, actúe como contrapartida presupuestal. En este punto, la propuesta tendrá que hacer parte, ya, de un respectivo programa de gobierno y, en tal medida, responder a las demandas que, en la línea respectiva, atiendan sus políticas.

El siguiente paso lo constituye la caracterización de los actores públicos y privados a nivel tanto nacional como internacional que, eventualmente, pudiesen estar interesados en apoyar la propuesta (ahora parte integral de un Programa de Gobierno); base sobre la cual se establecen las alianzas estratégicas que la realización de ésta requiere; lo que supone, desde el comienzo, establecer el esquema de contrapartidas y corresponsabilidades que la puesta en marcha de la propuesta exige; esto con el fin de poner a andar su Primera Fase de acuerdo con las indicaciones que antes anotáramos. Un punto crucial en este momento es la determinación de la Universidad o Universidades con la(s) cual(es) se va a trabajar, dado que se requiere de su irrestricto apoyo para el montaje técnico de las instancias que estamos proponiendo.

Cabe señalar que el apoyo financiero que la propuesta requiere para ponerse en marcha, no excede, en tiempo, más de un año de duración; período a partir del cual se prevé que la misma sea autosustentable sobre la base de la realización de los proyectos allí ejecutados y de las “regalías” que cualquier proyecto ejecutado en la respectiva localidad, concebido o no desde la *ULPLAC* respectiva, deje al Fondo de Desarrollo creado para apoyar las iniciativas locales.

De otra parte, en lo que se refiere a la financiación de los proyectos que se acuerden al interior de la *ODIC* y que se ejecuten a través del *Taller de Planeamiento*

Físico y Social de la *ULPLAC*, cabe señalar que los mismos operarán con recursos mixtos procedentes de instancias públicas y privadas a nivel tanto nacional como internacional a través del *Fondo de Desarrollo Local* propuesto; en este sentido, serán administrados directamente por el *Concejo Local de Planeación* bajo la interventoría de la *Unidad de Seguimiento y Evaluación* planteada en el esquema de la propuesta. Del mismo modo, será el propio *Concejo Local de Planeación*, a través del *Fondo de Desarrollo Local*, quien se encargue de administrar, de manera directa, los costos derivados del mantenimiento de la *ULPLAC* en su conjunto.

La idea es que las *ULPLAC* que se instalen en las localidades que así lo requieran, funcionen el primer año con los recursos presupuestados para su fase de montaje y que a partir de allí lo hagan sobre la base de un porcentaje que, dependiendo del monto de los proyectos que allí se ejecuten, oscile entre un 10% y un 20%; no excediendo, en ningún caso, este último límite. Complementario a este recurso, y como hemos señalado, se propone que todo proyecto ejecutado dentro del fuero territorial de las alcaldías locales que se acojan a la propuesta, independiente de que lo lleve o no a cabo la *ULPLAC* respectiva, aportará a ésta, a través de su *Fondo de Desarrollo Local*, y en proporción a su monto total, un porcentaje que no excederá el 20% del mismo.

Reiteramos en este punto que los proyectos que aquí se desarrollen serán de pequeña magnitud física (escala local y/o barrial) y, por tanto, de inversión reducida, pero de gran impacto a nivel social, toda vez que su principal objetivo es la consolidación del tejido social en su conjunto; lo que no riñe con la ejecución conjunta, con otras instancias públicas y/o privadas, de proyectos de mayor magnitud que, en este caso, sean liderados por la Oficina de Planeación Central de la ciudad.

Cabe señalar que uno de los requisitos para la ejecución de los proyectos es que amplíe la oferta laboral, razón por la cual en ellos se contratará la mano de obra local. Del mismo modo, es de aclarar que no se pretende que la *ULPLAC* ejecute directamente la totalidad de los proyectos que en la localidad se realicen, sino que, en los casos en que no tenga la disponibilidad de ejecución directa, avale con su criterio técnico la ejecución del proyecto por parte de aquella entidad u organización que claramente demuestre idoneidad y experiencia para el efecto; sirva como ejemplo el enorme servicio que a este respecto prestan a las comunidades y municipios las múltiples ONGs que, tradicionalmente, en ellas tienen asiento.

De cualquier forma, los proyectos que se lleven a cabo al interior de la instancia que estamos proponiendo, deberán ser establecidos mediante consenso en las *ODIC* de cada caso y su priorización estará dada de acuerdo a los criterios establecidos en los respectivos *Planes de Desarrollo Local*; para el efecto, tales proyectos deberán contar con las siguientes características:

a. Ser concertados con la comunidad a través de sus organizaciones representativas.

b. Estar en capacidad, tanto de producir sinergia con otros proyectos o realizaciones (a nivel local e inter-local), como de promover líneas de acción derivadas de ellos.

c. Hacer parte del Plan de Desarrollo de la Localidad y responder a los lineamientos generales propuestos; para el efecto, por la Oficina de Planeación Central de la ciudad.

d. Llevarse a cabo mediante sistemas de contrapartidas que garanticen la participación multiactoral en su ejecución.

e. Ejecutar las acciones y proyectos utilizando como recurso humano la mano de obra local.

f. No exceder en su impacto el entorno local, restringiéndose a la realización de obras (cuando así se tratare) de pequeña magnitud (definiéndose, en cada caso, qué se entiende por esto); lo que no es incompatible con la posibilidad de que tales proyectos generen sinergia, tal como anotamos en el ítem b.

g. Incluirse dentro de los objetivos respectivos de alguna de las dos líneas específicas de la *ULPLAC* (la *Físico-Ambiental* o la *Psico-Social*) y, de tal suerte, dentro de alguno de los Programas que, para este fin, la *ODIC* establezca.

13.6. Indicadores y estrategia de seguimiento.

Como se ha señalado, la propuesta contempla el montaje, al interior de cada *ULPLAC* de una Unidad de Seguimiento y evaluación encargada de velar por el adecuado desenvolvimiento de tanto de la *ULPAC* en su conjunto, como de las acciones de allí derivadas. En este sentido, la definición de indicadores, ligados a los resultados previstos en la concepción inicial de la estrategia propuesta, resultan ser, sin duda, la más clara herramienta para llevar a cabo esta tarea.

A este respecto reiteramos que en la formulación de nuestra propuesta nos trazamos dos tipos de resultados (ve Marco Científico) los de orden *epistémico-cognitivo* y los de orden *instrumental-operativo*. En el primer, aludiendo a la construcción de un particular marco de referencia teórico para abordar el tema de la participación ciudadana en la formulación de políticas públicas espaciales en el contexto económico, social, ambiental y político administrativo de las grandes ciudades de América Latina. En el segundo, nos propusimos como meta el diseño de los instrumentos más adecuados para hacer posible la implementación del marco planteado a la luz de un proyecto sustentable de ciudad que involucrase la participación ciudadana a partir de la puesta en marcha de toda una serie de *estrategias* pedagógicas dispuestas en cuatro niveles básicos: *el político administrativo* (estrategia pedagógica de participación en el marco de la descentralización); *el económico productivo* (estrategia pedagógica de formación de empresas sociales, articulación de circuitos económicos y economías de escala); *el socio cultural* (estrategia pedagógica de comunicación, concertación y liderazgo); y *el físico ambiental* (estrategia pedagógica de ordenamiento territorial y planificación estratégica con enfoque local).

En este orden de ideas, y dado que, en última instancia, los objetivos generales de la propuesta apuntan a fortalecer las condiciones de gobernabilidad, productividad y habitabilidad de las grandes ciudades del subcontinente, presentamos, en esta línea, los indicadores respectivos que, en cada caso, consideramos pueden dar cuenta del éxito o fracaso de la tarea que nos hemos propuesto.

Indicadores de Gobernabilidad a la luz de la puesta en marcha de una estrategia pedagógica de participación en el marco de la descentralización que promueva la comunicación, la concertación y el liderazgo:

- Número de organizaciones públicas y privadas participantes en la propuesta.
- Representatividad de las organizaciones comunitarias involucradas.
- Establecimiento de alianzas estratégicas entre organismos Estatales y organizaciones representativas de la Sociedad Civil.
- Número de realizaciones conjuntas derivadas de los acuerdos establecidos en los escenarios de concertación propuestos.

- Disminución del Índice de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), en las localidades involucradas en la propuesta.
- Disminución de los índices de criminalidad, delincuencia y violencia en el territorio cubierto.
- Aumento del número de organizaciones comunitarias y de asociaciones vecinales; así como fortalecimiento de las ya existentes.
- Incremento en la participación electoral y, en consecuencia, disminución del abstencionismo.
- Aumento en la receptividad y confianza en el Estado por parte de las organizaciones de base y de las comunidades en general, manifiesto en la positiva respuesta a sus iniciativas y convocatorias.
- Incremento de la autoregulación ciudadana y del respeto a la norma y la ley.
- Participación en la estrategia de grupos de jóvenes, a la vez que incremento en la formación de organizaciones juveniles dispuestas a integrarse.
- Fortalecimiento en los canales de comunicación entre las comunidades y entre estas y el Estado; así como creación de nuevos canales.
- Transparencia administrativa en el manejo tanto político como económico de las instancias creadas con la propuesta.
- Participación en la propuesta de grupos tradicionalmente marginales o marginados.

Indicadores de Productividad a la luz de la puesta en marcha de una estrategia pedagógica de formación de empresas sociales, articulación de circuitos económicos y economías de escala:

- Incremento en los Fondos de Desarrollo Local derivado de los ingresos recibidos por parte de las acciones promovidas en la propuesta.
- Distribución consensuada, en los escenarios de concertación planteados, de los Fondos de Desarrollo Local asignados para la ejecución de la propuesta, a partir de una clara determinación de prioridades.
- Asignación consensuada de los presupuestos locales al interior de los dos Planes básicos que promueve la estrategia: el de Desarrollo Físico Ambiental (Plan de Saneamiento Ambiental) y el de Desarrollo Psico-Social (Plan de Saneamiento Social).

- Creación y mantenimiento de Cooperativas y de Factorías Comunitarias, derivadas de la estrategia propuesta.
- Aumento de proyectos de economía solidaria dentro del marco que supone el fortalecimiento del asociacionismo y el corporativismo propuesto.
- Cobro efectivo de los porcentajes presupuestales planteados para aquellos proyectos ejecutados dentro de las Localidades partícipes en la estrategia
- Asignación cumplida y responsable de las contrapartidas presupuestales acordadas con los actores involucrados.
- Autosustentabilidad económica de la propuesta.
- Disminución en los niveles locales de desempleo y creación de nuevos yacimientos en este sentido.
- Incremento en el número de proyectos de economías de escala y consecuente articulación de los mismos con los correspondientes circuitos económicos metropolitanos.
- Aumento de la productividad laboral, sobre la base de la reducción de tiempos de desplazamiento que supone el servirse de los yacimientos locales de empleo.

Indicadores de Habitabilidad a la luz de la puesta en marcha de una estrategia pedagógica de ordenamiento territorial y planificación estratégica con enfoque local.

- Establecimiento consensuado de los distintos Programas a llevar a cabo al interior de los dos Planes básicos que contempla la propuesta y, dentro de ellos, de los respectivos proyectos a ejecutar.
- Mejora sensible en las condiciones del espacio público local sobre la base de la realización de respectivas intervenciones encaminadas, en ese sentido, a la efectiva adecuación de infraestructura y mobiliario.
- Mejoramiento en la dotación del equipamiento básico comunitario, tanto en lo que se refiera a las instalaciones como a los correspondientes equipos y suministros.
- Incremento en las condiciones de la seguridad ciudadana.
- Aumento en la capacidad de atractivo de las localidades involucradas en la propuesta, sobre la base de establecer el eventual aumento de su población y los niveles de permanencia de sus pobladores.

- Existencia de un adecuado balance entre las demandas de espacio libre y recreativo y las distintas funciones urbanas.
- Incremento en la satisfacción de las Necesidades Básicas Insatisfechas de la población.
- Realización de las metas trazadas en el Plan Estratégico Local, de acuerdo al correspondiente cronograma.

14. LA DIMENSIÓN TOPOFÍLICA DE LA PLANEACIÓN URBANA Y EL ORDENAMIENTO TERRITORIAL.

14.1. La Topofilia y los Planes de Desarrollo Local: de los planes locales a un plan de ciudad.

Con el fin de explicitar brevemente la forma de vinculación de la propuesta, a los planes de desarrollo local y, desde éstos, a los consecuentes planes de desarrollo urbano, en general, consideramos importante establecer los siguientes considerandos:

a. Los planes de desarrollo de las grandes ciudades deben estar dirigidos al mejoramiento integral de las condiciones de vida ciudadanas en términos tanto físicos (mejoramiento y ampliación de la infraestructura, equipamiento y dotación existente), como ambientales y psicológicos (propiciando unas condiciones amables y gratas que apunten al enriquecimiento del hábitat humano).

b. En razón de lo anterior, los mencionados planes no pueden ser diseño y responsabilidad exclusiva de unos pocos, sino que deben tener en cuenta, para su exitoso desempeño, la participación de la comunidad; pues, a fin de cuentas, es a ella a quien van dirigidos.

c. Para una óptima y eficiente participación de la comunidad en el diseño e implementación de tales planes es necesario instrumentar a ésta, no sólo con unos mecanismos de participación, sino con unos parámetros y lineamientos, que le permitan ser activa protagonista de las políticas y acciones dirigidas hacia su propio desarrollo.

Por lo anterior, y siendo el espíritu fundamental de la propuesta el de fortalecer los nexos inter-comunitarios, con miras a la participación efectiva de la comunidad en los procesos que tengan que ver con su desarrollo, es importante anotar, que tales nexos sólo podrán fortalecerse desde la consolidación del carácter que identifica a cada comunidad y

al conjunto de éstas como localidad. En esta medida, se considera prioritario para alcanzar el desarrollo integral comunitario a partir del diseño de planes de desarrollo, tanto locales como metropolitanos, estimular y fortalecer, al interior de las distintas colectividades, el espíritu de identidad y la conciencia de grupo, con el fin de establecer, desde éstos, una serie de procesos formativos que alienten a la comunidad, en sus diferentes esferas, a ser activa protagonista de su propio destino.

De esta forma, con respecto a los objetivos de la propuesta y en relación con los planes de desarrollo metropolitano, resulta claro que, desde el carácter eminentemente instrumental de la misma, es de esperar que sea la propia comunidad, alentada por los elementos que ésta le brinda, co-autora, a través de sus instancias representativas, del diseño y ejecución de las estrategias adecuadas a sus necesidades y posibilidades; fijando, para ello, sus propios derroteros a la luz de los parámetros generales establecidos por la oficina central de planeación de cada ciudad y orientados, desde el presente trabajo, al diseño de planes de desarrollo local que se articulen con este.

En este sentido consideramos, desde la perspectiva que estamos proponiendo, que la articulación entre los planes de desarrollo local y los planes globales de ciudad debe comenzar por atender a un mismo espíritu y, por lo mismo, a una consecuente voluntad política puesta de manifiesto, de manera programática, a través de un correspondiente Plan de Ciudad. Es este quien debe poner las reglas básicas y generales a tener en cuenta en los distintos escenarios locales y es éste quien debe fijar los derroteros a alcanzar, en cada caso, atendiendo los matices y particularidades de cada localidad. Para ello deberá establecer los tipos de proyectos a realizar en cada una de ellas de acuerdo a su niveles de desarrollo (entendidos desde la perspectiva que proporcionan tanto los índices de Necesidades Básicas Insatisfechas, como los de Calidad de Vida); fijando, por demás, los criterios a considerar en la determinación local de las consecuentes prioridades; las que, por otra parte, deben tener en cuenta, tanto las demandas locales, como las propias demandas de la ciudad; estableciéndose, de hecho, tales prioridades, sobre la base de un adecuado balance entre unas y otras desde la perspectiva del mayor número de población beneficiada y también desde la urgencia que, en uno y otro caso, haya de llevar a cabo una u otra acción.

Una herramienta que ayuda a planificar el territorio, sobre la base de una mirada común de ciudad, la constituye, sin duda, la planificación biosistémica y su mirada

articulada e integral de la complejidad del fenómeno urbano; herramienta que, junto con la caracterización que el propio plan de ciudad establece respecto de los diferentes “cuerpos urbanos”, o piezas estructurantes de ciudad; la clasificación, por localidades, de sus demandas y necesidades; y la caracterización territorial de los diferentes colectivos sociales, en su especificidad y diversidad cultural, permite poner en operación una estrategia común que, como ésta, pretende enfrentar los problemas locales sin perder de vista el horizonte que representa la ciudad.

Teniendo en cuenta que el objetivo último del planteamiento toponímico es el de asesorar y orientar a las diferentes localidades en el diseño y ejecución de planes de desarrollo integral que partan del fortalecimiento del carácter y la memoria cultural de cada una de ellas (tarea sólo posible al interior de una escala manejable como es la “microlocalidad”), presentamos a continuación las acciones y criterios que consideramos básicos para que una comunidad organizada esté en capacidad de proponer y ejecutar planes de desarrollo que, en modo veraz, expresen, no sólo las necesidades sentidas, al interior de la misma (a suplir a través de tradicionales “listados” de acciones y proyectos) sino que, sobre todo, le permita a ésta, ampliar sus criterios y pautas de organización, a la vez que asumir la responsabilidad de los derroteros que se fija, siendo, a la vez, co-autora y coejecutora de las estrategias que, racionalmente planteadas, le permitan alcanzar una paulatina y continua satisfacción de sus requerimientos y demandas en la vía de lograr un incremento en sus niveles de desarrollo.

14.2. Criterios generales propuestos para el diseño de Planes de Desarrollo Local.

Para lograr lo anterior, consideramos se han de concebir acciones a corto, mediano y largo plazo, pues es claro que el objetivo de un plan es, no sólo responder a las necesidades y problemas inmediatos, sino, por sobre todo, construir un derrotero viable de alcanzar sobre la base de que la filosofía y naturaleza de sus acciones garanticen su continuidad y adecuado desenvolvimiento tiempo.

Con el fin de hacer efectivo lo señalado anteriormente, proponemos que los dos factores que hemos planteados como cosubstanciales a la naturaleza de nuestra propuesta, en lo concerniente a la elaboración de los Planes de Desarrollo Local que se deriven de

ella; el Factor Psico-Social y el Físico-Ambiental, aborden, de manera explícita, los siguientes tres aspectos que competen tanto a la elaboración de un Plan de Desarrollo Económico y Social, como a la consecuente elaboración de un Plan de Obras e Inversión:

- a. El estrato socio-económico de las poblaciones a involucrar.
- b. El inventario y evaluación de sus equipamientos, bienes y servicios.
- c. El carácter de cada “microlocalidad” (comunidad) donde se va a trabajar; así como el de la localidad entera donde las mismas se encuentran.

Los dos primeros aspectos, se analizarán a través de los respectivos Índices de Calidad de Vida y de Necesidades Básicas Insatisfechas (ICV e NBI) y, el tercero, a través del uso que cada comunidad hace de su espacio físico y de la determinación de los elementos que, en cada caso, cohesionan o identifican al grupo humano residente. De acuerdo con lo anterior, consideramos fundamental establecer, en cada caso, y de manera previa a cualquier intento planificador:

a. La determinación del Nivel de Consolidación en que las Localidades a involucrar se encuentran, y consecuentemente, el establecimiento de lo propio, para las comunidades correspondientes que, dentro de cada localidad, requieran de una acción específica.

b. La determinación del Nivel de Desarrollo en que se encuentra cada localidad de acuerdo al promedio de los niveles de desarrollo “microlocales” y teniendo en cuenta los niveles de consolidación planteados. En este sentido, se propone identificar los niveles de desarrollo, en cada caso, sobre la base del establecimiento del cruce de las variables que ofrecen los datos respectivos en torno a los Índices de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y de Calidad de Vida (ICV).

c. La determinación de Niveles de Intervención, según acciones a acometer en los niveles planteados. Tales acciones se inscribirán dentro de los dos factores antes mencionados: el Físico-Ambiental y el Psico-Social.

d. El inventario de necesidades y consecuentes proyectos, de acuerdo con los niveles de consolidación, intervención y desarrollo antes mencionados.

e. La ubicación de las acciones a acometer, previa determinación de las necesidades sentidas por la comunidad, dentro de un esquema de Planes, Programas y Proyectos. Estableciendo, éstos últimos, a la luz de dos tipos de Planes básicos: los Planes de Saneamiento Ambiental y los Planes de Saneamiento Social.

f. La determinación de prioridades, según niveles de desarrollo, consolidación e intervención, ubicando, consecuentemente, los respectivos Planes, Programas y Proyectos dentro de los mismos, previo diagnóstico y jerarquización de las necesidades sentidas.

g. Inclusión de los proyectos a ejecutar dentro del modelo de planificación bio-sistémica que hemos propuesto. Actividad a partir de la cual se prevé la articulación estructural de los Planes de Desarrollo Local dentro del amplio marco propuesto por la respectiva Oficina de Planeación Central de la ciudad.

De acuerdo con lo planteado, y dado que la determinación de los *Niveles de Desarrollo* dependen, en cada caso, de los datos respectivos en torno a los índices mencionados, y que la realización de un inventario de necesidades y proyectos supone un trabajo puntual en los correspondientes escenarios; procedemos ahora a establecer, uno a uno, los contenidos generales contemplados para los *Niveles de Consolidación e Intervención* que planteamos a la luz de los dos factores tratados, y siempre dentro del contexto global de la ciudad latinoamericana. Condición previa a la determinación puntual de respectivos Programas y Proyectos dentro del marco proporcionado por los dos tipos de Planes antes mencionados.

NIVELES DE CONSOLIDACIÓN DE ACUERDO AL FACTOR FÍSICO AMBIENTAL.

Nivel de consolidación 0 (Comunidad no consolidada): Inexistencia de infraestructura y de obras de servicio civil, con viviendas pobremente dotadas.

Nivel de consolidación 1: Existencia de infraestructura vial en recebo y/o afirmado. Cobertura de infraestructura de servicios hasta en un 50%.

Nivel de consolidación 2: Cobertura de la infraestructura de servicios por encima de un 50%, e incipiente presencia de equipamiento comunitario.

Nivel de consolidación 3: Existencia de equipamiento comunitario básico y de una red completa de estructura vial en afirmado y/o pavimento, junto con una mínima presencia de bienes de servicio.

Nivel de consolidación 4: Existencia de una completa red de infraestructura de servicio y de un adecuado equipamiento comunitario, así como de elementos primarios de amoblamiento urbano (los cuales es posible hallan aparecido eventualmente en niveles anteriores).

Nivel de consolidación 5: Aparición organizada de otros elementos de desarrollo en una comunidad adecuadamente dotada de infraestructura y bienes de servicio (comercio, industria, microempresas, otras fuentes de empleo, etcétera). Es de anotar, que nos referimos aquí a la aparición organizada y no eventual de los elementos que seguramente en forma esporádica ya aparecen en niveles anteriores,

NIVELES DE CONSOLIDACIÓN DE ACUERDO AL FACTOR PSICO-SOCIAL.

Nivel de consolidación 0: No existe, pues se asume que para hablar de comunidad tiene que expresarse un mínimo nivel de consolidación, aunque éste se de en forma tácita.

Nivel de consolidación 1: Existencia de elementos primarios de integración social que puedan dar pie a un espíritu común de identidad grupal.

Nivel de consolidación 2: Primeros esbozos de organización efectiva comunitaria con base en la determinación de elementos comunes (asociaciones, colectivos y organizaciones de base).

Nivel de consolidación 3: Organización comunitaria efectiva que, sirviéndose de la acción participativa, ya muestra claros niveles de identidad grupal.

Nivel de consolidación 4: Sólida estructura social que funciona como unidad altamente organizada y en la cual coexisten, paralelos al espíritu general de identidad, grupos minoritarios también consolidados con carácter propio.

Es de a notar, la no necesaria coincidencia entre los niveles de consolidación físico-ambiental y los psico-sociales, pues encontramos que, paradójicamente, una comunidad puede tener un alto nivel de desarrollo en el primer aspecto, pero no presentar espíritu de colectividad, ni conciencia de grupo; como ocurre, con frecuencia, en los estratos altos, aunque sería atrevido afirmar que, en éstos, no existe conciencia de grupo....- De hecho, la propuesta aquí presentada va dirigida, principalmente, a los estratos medios y, sobre todo, bajos, aunque esto no implica que el modelo no pueda utilizarse también en otros estratos.

De otra parte, vale la pena anotar que los niveles de consolidación funcionan en forma acumulativa; es decir, que a medida que van aumentando, contienen a los niveles anteriores. A su vez, se entiende la interpretación relativamente amplia de éstos, pues resultaría de algún modo impreciso pretender aplicarlos como una rígida grilla; sobre todo

en el factor físico-ambiental, donde se dan traslapes entre elementos ubicados en un nivel, pero que, eventualmente, aparecen en otros.

Insistimos en este punto, que la anterior clasificación sólo puede entenderse como una aproximación tentativa que, para efectos del presente trabajo, tan sólo quiere señalar, de manera genérica, la caracterización de un determinado instrumento; el cual, como todos los instrumentos empleados en las ciencias sociales, requiere de una adecuada contextualización a la luz del uso que se quiera hacer de éste. De cualquier forma, la idea de establecer los anteriores niveles, no es otra que la de orientar la determinación de prioridades con el fin de garantizar que las distintas intervenciones que se lleven a cabo en una u otra comunidad correspondan, no sólo con sus auténticas necesidades en materia de dotación física, sino, y sobre todo, con su posibilidad real, como colectivo de llevar a acabo una exitosa gestión participativa, en la formulación y posterior ejecución de las obras a la luz del objetivo central del planteamiento topofilico.

A este respecto no se trata de apoyar, tan sólo a aquellas comunidades más organizadas, sino de implementar una estrategia a través de la cual, en el proceso de construcción de territorio se fortaleciesen los niveles de consolidación comunitaria en aquellos grupos donde los mismos sean débiles. En esta medida, la determinación de los anteriores niveles, lejos de pretender ser un factor de exclusión, se constituye, más bien, en una útil herramienta para la caracterización, tanto de las comunidades como de sus entornos; esto con el fin de especializar el apoyo que unas y otros requieran en cada caso.

En lo concerniente a los *Niveles de Intervención*, procedemos a continuación a definir, también de manera genérica, sus contenidos generales al interior de los dos factores abordados.

NIVELES DE INTERVENCIÓN DE ACUERDO AL FACTOR FÍSICO-AMBIENTAL.

Nivel de intervención 1: implica transformación de la malla vial y/o creación de la misma (en caso de que no exista), con énfasis en ejecución de obras de infraestructura y de apoyo a la vivienda.

Nivel de intervención 2: implica conservación de la malla vial existente, posible transformación de la tipología de manzana, ejecución de obras básicas de infraestructura y

equipamiento comunitario, así como un posible cambio de uso en el espacio físico que implique una probable transformación del carácter del lugar.

Nivel de intervención 3: implica conservación de la malla vial existente, conservación de la tipología de manzana, conservación del uso y función del espacio físico y posible modificación de la imagen del lugar, con énfasis en ejecución de obras en bienes de servicio.

Nivel de intervención 4: implica conservación de la malla vial existente, conservación de la tipología de manzana, conservación del uso y función del espacio físico, conservación de la imagen del lugar, conservación y cuidado de los bienes de servicio comunitario, con énfasis en ejecución de obras de amoblamiento urbano.

Nivel de intervención 5: implica conservación de la malla vial existente, conservación de la tipología de manzana, conservación del uso y función del espacio físico, conservación de la imagen del lugar, conservación y cuidado de los bienes de servicio comunitario y de amoblamiento urbano, con énfasis en proyectos de mejoramiento del espacio público y en ejecución de obras en otros bienes de servicio tales como comercio, industria, oficinas, etcétera. (Proyectos que, eventualmente, ya han aparecido en niveles anteriores pero que ahora resultan prioritarios para el desarrollo sectorial y/o local).

Nivel de intervención 6: implica los niveles anteriores y su acción se centrará, principalmente, en el mantenimiento, conservación y/o restauración del patrimonio urbano-arquitectónico.

NIVELES DE INTERVENCIÓN DE ACUERDO AL FACTOR PSICO-SOCIAL

Nivel de intervención 1: implica fortalecimiento de aquellos elementos que, en forma primaria, aparecen como embriones de espíritu comunitario a través de actividades que impliquen la creación de organizaciones grupales y motiven el liderazgo.

Nivel de intervención 2: implica fortalecimiento de los grupos organizados y orientación de los mismos a la ejecución de acciones que impliquen el mejoramiento del bienestar común.

Nivel de intervención 3: implica coordinación de los diferentes grupos existentes, orientando sus específicos intereses a un objetivo común.

Nivel de intervención 4: implica generación de programas desde los cuales se vinculen al sector productivo de la comunidad, los grupos minoritarios y/o marginales, que en ella se encuentren.

Obsérvese la directa relación entre los niveles de consolidación planteados y los consecuentes niveles de intervención que estamos proponiendo; los cuales, dentro del marco de desarrollo en que cada comunidad se encuentre, permiten establecer los tipos de acciones a desarrollar sobre la base de la priorización que, en la respectiva ULPLAC, cada ODIC se establezca.

14.3. Definición de Programas y determinación de Proyectos.

De acuerdo con lo anterior, corresponderá a las respectivas ODICs el determinar, de manera concertada con sus respectivos miembros, los distintos Programas a llevar a cabo, sobre la base de establecer un adecuado balance entre las demandas de la comunidad y los criterios técnicos que la determinación de los consecuentes niveles de desarrollo, consolidación e intervención de la localidad en general y las “microlocalidades” en particular, establezcan.

La idea, como hemos señalado, es que los Proyectos no actúen como “ruedas sueltas”, sino que correspondan con un Programa a través del cual se lleve a cabo, en un área determinada un respectivo Plan. Podemos citar como ejemplo de ubicación de un proyecto cualquiera, dentro de un Programa y su respectivo Plan, los siguientes:

PLAN DE SANEAMIENTO AMBIENTAL

- *Programa basuras.*
- Proyecto de recolectores sectoriales.
- Proyecto de Clasificación y reciclaje.
- Otros proyectos...

PLAN DE SANEAMIENTO SOCIAL

- *Programa indigentes.*
- *Proyecto reinserción productiva en trabajo comunitario*
- *Proyecto casas de asistencia social.*
- *Otros proyectos. . .*

En este sentido, y a manera de ejemplo, también, plantearemos a continuación algunos Programas que, entre otros posibles, deben tenerse en cuenta en el escenario

abordado, a la luz de este esquema y dentro de los dos grandes tipos de Planes contemplados:

PLAN DE SANEAMIENTO AMBIENTAL

- *Programa servicios básicos.*
- *Programa transporte.*
- *Programa basuras y reciclaje.*
- *Programa amoblamiento urbano.*
- *Programa ecológico.*
- *Programa contaminación atmosférica, visual y auditiva.*
- *Programa embellecimiento y ornato*
- *Programa de conservación y cuidado de vías y espacios públicos.*

PLAN DE SANEAMIENTO SOCIAL

- *Programa vivienda de interés social*
- *Programa indigencia y drogadicción*
- *Programa seguridad ciudadano*
- *Programa equipamiento comunitario.*
- *Programa educación*
- *Programa salud pública.*
- *Programa recreación y cultura ciudadana.*
- *Programa empleo.*
- *Programa pandillas y delincuencia juvenil.*
- *Programa niños de la calle.*
- *Programa Tercera Edad.*
-

Como anotamos anteriormente, corresponderá a los distintos Programas prescribir los proyectos del caso según las prioridades de la comunidad y distribuir, desde aquí, consecuente y proporcionalmente, los Fondos de Desarrollo Local. Para el efecto se propone que los respectivos presupuestos se asignen, en atención a las prioridades establecidas, por porcentajes y no por monto efectivo, para facilitar la construcción de consensos en este delicado tema y evitar posibles desbordes de inversión en un único sector, con perjuicio de los otros, ocasionando con esto un desbalance en el desarrollo

integral requerido. En este orden de ideas, de manera general, proponemos los siguientes tipos de prioridad:

Prioridad 1. Acción Inmediata que proporcione una respuesta satisfactoria, en corto plazo, a las necesidades expresadas por la comunidad y debidamente ponderadas a través de la consecuente evaluación de los índices de *Necesidades Básicas Insatisfechas* y *Calidad de Vida* que acusan sus respectivos *Niveles de Desarrollo*

Prioridad 2. Acción inmediata que, sobre un amplio radio de acción, manifieste resultados a mediano plazo, en términos de consolidación comunitaria y de satisfacción de necesidades.

Prioridad 3. Acción que implique resultados a largo plazo o que tenga un amplio radio de acción.

De esta forma, proponemos remitir la ejecución de los cinco tipos de proyectos planteados con anterioridad, a la ubicación de los mismos dentro del marco de las correspondientes *Prioridades* y a la luz de los respectivos *Niveles de Consolidación, Desarrollo, e Intervención*, en que la comunidad ejecutora y/o beneficiada se encuentre. Es de anotar, que tanto las prioridades, como el tipo de acciones a ejecutar, serán establecidas por la comunidad con la asesoría de la instancia ejecutora de la propuesta; (en este caso el programa *Topofilia, Ciudad y Territorio*), y que unas y otras, no pueden ser generalizadas, indiscriminadamente, para todas las comunidades, pues resulta evidente que lo prioritario para una, no necesariamente será prioritario para las demás.

Finalmente, en lo concerniente a la articulación de los distintos proyectos a través del modelo de planificación bio-sitémica propuesto, cabría señalar que el objetivo de la misma no es otro que el de procurar generar un efecto sinérgico entre las distintas realizaciones y entre éstas y el entorno territorial que ocupan y benefician. Para ello es necesario prever su impacto en un doble sentido: en el que se deriva de su aparición en el paisaje y, por tanto, contempla la afectación que ocasionan en el mismo; y la que es de esperar de manera inversa; es decir, la derivada de la previsión de la manera como el entorno va a reaccionar frente a ellas.

Como se puede inferir de lo planteado hasta ahora, queda claro que nuestro interés fundamental, con la estrategia aquí presentada, es procurar que a través de la implementación de la misma, no sólo se fortalezcan, a través del ejercicio que supone la construcción colectiva del territorio, los nexos psico-afectivos de las distintas comunidades que tienen asiento en las grandes ciudades del contexto que nos ocupa (en términos de su identidad grupal y espíritu de colectividad), sino que se produzca un paulatino desplazamiento en la filosofía de la planificación urbana en estas ciudades, en razón a la urgente necesidad de que la misma “se abra” y se haga cada vez más participativa; pues, a fin de cuentas, ¿qué es una ciudad, si no una construcción colectiva?

15. COMENTARIOS FINALES A LA SEGUNDA PARTE.

Como se ve, las causas de la crisis ambiental que padece la Región son múltiples y se anclan en la propia historia de su formación social, económica y política; historia que, en la actualidad, se ve matizada por las consecuencias de un modelo de desarrollo impuesto, de tiempo atrás, por los países desarrollados y reafirmado por el proceso de globalización económica y cultural (y su modelo ideológico Neoliberal) que vivimos en la actualidad. De hecho, la famosa crisis del Estado de la que tanto se habla hoy en día, tiene su asiento en las tradicionales relaciones de poder que, en latinoamérica, se han establecido, fundamentalmente, sobre la base, sin más, de la posesión de la tierra (pasamos de los terratenientes rurales a los terratenientes urbanos) y el control concentrado sobre los medios de producción; lo cual sirve de marco a la carencia de un proyecto político verdaderamente representativo y, mucho menos, participativo, ya que:

la crisis del Estado y del sistema político tiene su raíz en la no resolución de la crisis oligárquica a través de los intentos populistas, reformistas y desarrollistas. Los propios fundamentos del populismo traían consigo el germen de la crisis política que lo sucedió. Su carácter, en parte policlasista, y su indefinición orgánica, en cuanto a un proyecto de sociedad (...), llevó a que los regímenes populistas no pudiesen más que postergar, sin resolver, de hecho, las insuficiencias del pacto de dominación oligárquico (Guimarães. 1992. pp. 8).

Por lo anterior, cabe afirmar que el reformismo y el desarrollismo, en tanto aproximaciones más o menos tecnocráticas orientadas a enfrentar los vicios

consuetudinarios del populismo, al promover la conciliación de intereses entre los grupos dominantes (que les daban sustento) y los demás actores sociales, con el fin de elevar las tasas de crecimiento económico (que, como hemos dicho, no son sinónimo de desarrollo), a la postre contribuyeron con el debilitamiento mismo del Estado y con la exacerbación de las contradicciones sociales. Lamentablemente, la irrupción desregulada y carente de consistencia política y social de los nuevos actores, en vez de fortalecer al Estado contribuyó con su paulatino resquebrajamiento ante la incapacidad, por parte de éste, de asumir los costos políticos y las consecuencias político-administrativas que tal situación implicaba, ya que la excesiva concentración de poder en manos de estos nuevos actores (y de sus intereses privados) y, con ella, su creciente influencia en las decisiones del Estado, pocos espacios deja para la articulación social y para la consecuente interlocución entre gobernantes y gobernados; situación que no puede generar más que un refuerzo del establecimiento y, dentro del mismo, de sus aberrantes formas “participativas”, como son el clientelismo y el caudillismo; canales tradicionales (tan ocluidos como viciados) entre el Estado y la sociedad.

De esta forma, la “apertura” del Estado, de la mano con la liberalización del comercio (acaso la apertura del primero a los dictámenes del segundo), lo único que hizo fue hacer evidente la incapacidad del primero, no sólo para administrar los recursos y distribuir equitativamente las oportunidades; sino, lo que es más grave aún, para regular la lógica avasalladora y expansionista del segundo y poner freno a sus nocivas secuelas tanto en el plano ambiental como en el social. A este respecto, lo que resulta es el paulatino debilitamiento de un Estado cada vez más erosionado por la lógica imperante del mercado y, en consecuencia, la ampliación de la ya enorme distancia entre éste y la sociedad.

En lo concerniente a la ciudad, habría que señalar que si una particularidad caracteriza el universo urbano latinoamericano, es la de que por más de que se haya impuesto sobre él un imaginario urbano (como en el resto del planeta, incluso en los modos de vida rurales), el habitante de las ciudades, como el del campo, aún conserva fuertes raigambres de tipo rural ancladas en una “relación agrícola” con la naturaleza; tal como se pone de manifiesto en su ideosincracia a través de sus formas de asociación, sus protocolos de relación, sus modelos de jerarquía social, su manejo particular del tiempo y el espacio, sus parámetros estéticos y morales, su relación frente al poder e, incluso, lo que antropológicamente se podría afirmar, siguiendo a Octavio Paz (1989), su naturaleza ritual y, por qué no, mítico mágica.

En razón de lo anterior, sólo compartimos de manera parcial la tesis de Guimarães (en su fatalismo histórico determinista), cuando afirma que “la presencia imborrable de patrones rurales en los modos de vida de la gran ciudad constituye una impronta que tiende a perpetuar el elitismo y a impulsar estas sociedades a ser cada vez más estaticistas de lo que serían (si fuesen) de otra manera” (Guimarães. Ibidem); afirmación medianamente cierta, dado que si bien el imaginario conservador campesino tiende a adoptar, sin mayores cuestionamientos, las estructuras existentes; su tradicional atavismo no es, en sí mismo, la causa de su eventual marginación de “lo urbano”, pues habría que contar aquí con los procesos de exclusión, asignación de roles y selectividad social, inherentes al sistema urbano en cuanto tal, puesto que, a fin de cuentas: “el carácter patrimonial y burocrático del Estado ha impuesto, y *seguirá imponiendo*, sus propios límites a la constitución de la sociedad, dándole los rasgos distintivos del formalismo y el autoritarismo” (Ibídem. La cursiva es nuestra). Por el contrario, consideramos que es, precisamente, este atavismo (en tanto responde a una idiosincracia de fuerte raigambre cultura), el que proporciona la condición de posibilidad de interlocución para tales comunidades (desde lo que éstas son en cuanto tales), al interior del polifónico concierto que supone la Gran Ciudad.

A este respecto consideramos que si existe una ventaja comparativa entre la sociedad urbana latinoamericana y la del “mundo desarrollado” es la pervivencia, precisamente, de sus “valores rurales”, de los cuales cabría señalar que, de hecho enriquecen, matizan y definen, la propia idiosincracia urbana del subcontinente, al caracterizar, desde aquí, en buena parte, la confrontación que, como señalamos en la primera parte de este trabajo aludiendo al concepto de “*lucha*”, es connatural a la gran ciudad. Es esta particular *confrontación* la que da origen a un también particular individuo y, con él, a un consecuente y específico contrato de civilidad; el que en tal medida se inspira en ese particular sincretismo que liga el imaginario cosmopolita parisino con el del campesino desprovisto de poncho de la gran ciudad.

Surge así, del sincretismo cultural, una consecuente “ciudad sincrética” que, a su vez, alienta y posibilita particulares modos de relación con la naturaleza y con el mundo mismo en general. Modos que pasan por la redefinición del papel del individuo en la sociedad y por la propia definición de su específico comportamiento frente al Estado en cuanto tal. Aquí el sincretismo espacio-temporal y cultural entre el campo y la ciudad, que de tal suerte matiza y define la especificidad misma de la sociedad latinoamericana, no puede menos que considerarse como la más importante variable a la hora de entender y

definir el papel del individuo dentro de esa “nueva naturaleza” que es la ciudad (a fin de cuentas hablamos de un “recurso”: el recurso humano). Condición primera y fundamental a la hora de establecer, localmente, las bases de un proyecto de Desarrollo Urbano con dimensión Sustentable; lo que de hecho exige la definición local del significado de cada uno de estos términos a la luz de la propia definición de la relación del individuo con su entorno social, ambiental e institucional.

Dentro de este marco, no sobra reiterar que la situación actual de América Latina, en lo que tiene que ver con su situación de crisis generalizada, se encuentra enraizada, principalmente, en un grave problema de legitimidad del Estado o; lo que es lo mismo, de representatividad y; por tanto, de credibilidad y escasa capacidad de convocatoria. De poco sirve lanzar programas de recuperación del medio ambiente, o de “combate” frente a su deterioro, si los directos afectados se encuentran sumidos en la postración que supone la idea de “no futuro” que genera la extrema pobreza; ¿a cuenta de qué vamos a convocar su participación en la recuperación de su hábitat si antes el Estado en particular, y la sociedad en general, no asumen el compromiso de combatir el más grave de todos los deterioros: el del ser humano? *Acaso sea éste el primer sentido de un programa de DUS y, por lo mismo, el que en gran medida marque y defina su carácter a partir de la realización de acciones ecoambientales de construcción de ciudad en las cuales se fortalezca el tejido social en su conjunto y, por tanto, se consolide una noción proactiva de ciudadanía fundamentada en un marcado sentido de corresponsabilidad y pertenencia frente a su entorno y frente a su propio futuro.*

Mientras sigamos enfrentando los síntomas y no las causas de la enfermedad, toda acción que se acometa por la recuperación del entorno en que vivimos no será más que un paleativo que poco aporta a la solución del problema estructural; el cual tiene que ver, concretamente, con nuestra forma de organización social, con la legitimidad de nuestras instituciones, con nuestra manera de relacionarnos con la naturaleza y con nuestra particular manera de entender la generación de capital. En razón de lo anterior, consideramos que un proyecto de DUS en la gran ciudad latinoamericana debe incluir las siguientes consideraciones:

1. La planificación de una ciudad supone la íntima articulación entre los intereses del Estado y los de la sociedad; razón por la cual, la determinación de las acciones a

acometer sobre la misma deben provenir de la determinación de unas claras políticas públicas espaciales concertadas con la totalidad de sus fuerzas vivas.

2. La determinación de unas políticas públicas espaciales concertadas con las fuerza vivas de la sociedad, no es suficiente para garantizar el establecimiento de un proyecto exitoso de DUS, ya que el mismo debe soportarse sobre la base de una previa definición de los derroteros a seguir dentro del marco que supone la economía política del territorio y a la luz de su propia capacidad de interlocución frente a las macrodecisiones de la economía global (primer escenario de concertación).

3. Toda acción sobre el entorno debe establecerse sobre la base de la búsqueda de un equilibrio entre las demandas de la sociedad y la capacidad portante de los ecosistemas de base que la soportan; lo que exige atender a las formas de relación con el paisaje mediadas por los sistemas de explotación de sus recursos.

4. Dado que crecimiento económico no es sinónimo de desarrollo social, la búsqueda del primero debe promoverse sobre la base de alcanzar decididos resultados sobre el segundo; lo cual implica la generación de proyectos y acciones concebidas desde la indisoluble articulación entre Desarrollo Ambiental y Desarrollo Social.

5. La ciudad no es, ni puede comportarse como una “isla” frente a su entorno, ni como un “accidente” al interior de un paisaje previamente “incontaminado”; motivo por el cual, un proyecto de DUS no sólo debe alentar su articulación con su inmediato entorno sino con otras ciudades y regiones, sirviendo así de “puente flexible” en la conformación de eventuales coaliciones intra y supraregiones que, entre otras cosas, conduzca a renovadas y también flexibles ideas de región.

6. La relación de la ciudad con la región en la que, en primera instancia ésta se inscribe, debe atender al carácter “pivotante” que, en la actualidad, caracteriza toda región (en tanto aleatorio marco de decisiones y relaciones coyunturalmente alentadas por instancias normalmente externas a ésta); lo cual supone, no sólo atender a las demandas de competitividad que le son exigidas desde “fuera”, sino establecer los propios marcos desde los cuales está en capacidad de serlo. En esta medida, la definición de los términos de interlocución de la ciudad, (desde ahora entendida como ciudad-región) con el “mundo exterior”, valga decir, con el mercado global, resulta una exigencia de primera prioridad; no sólo para efectos de su proyección “exterior”, sino para establecer los términos internos

de su relación con el paisaje en el que se inscribe y, desde allí, con sus sistemas de producción.

7. La necesaria articulación entre Desarrollo Ambiental y Desarrollo Social, inherente a todo proyecto de DUS, exige la puesta en marcha de una estrategia pedagógica de formación ciudadana que, partiendo de la idiosincracia y las distintas formas de saberes locales, se oriente a la concertación y a la construcción-apropiación de la ciudad, entendida así, como un escenario común. Estrategia que deberá ser efectiva en tres escenarios fundamentales: *el de la autogestión comunitaria y la participación ciudadana* dentro del marco político institucional que ofrece tanto la descentralización del Estado como su desconcentración funcional; *el de la constitución de circuitos económicos “límpios”* (e insertos en respectivos circuitos eco-ambientales) capaces de incorporar, dentro de una filosofía de economías de escala, la economía solidaria, la generación de empresas sociales y la informalidad; y *el de la planificación participativa y el ordenamiento territorial*, concebidos con una mirada de largo plazo que, sobre la base de establecer, de manera concertada, un imaginario común de ciudad, permita establecer los adecuados indicadores que den seguimiento a los programas y proyectos encaminados en esa dirección.

8. No es posible hablar de ciudades sustentables sin la formulación de consecuentes “proyectos sustentables y articulados de ciudad”; lo que implica asumir la generación de experiencias piloto en este sentido inscritas al interior de una concepción *bio-sistémica* de ciudad que facilite su replicabilidad, a la vez que garantice y canalice su necesaria condición sinérgica. Es dentro de este marco estratégico que adquiere sentido y viabilidad técnica el doble carácter que, para la planificación, ofrece el concepto de “islas de sustentabilidad”; el que supone entender tales “islas” como unidades detonantes de procesos planificadores articulables, desde una voluntad política, a la luz de una idea de ciudad; y el que se puede inferir de su “uso estratégico” al interior de un plan de ciudad previamente concebido. En cualquier caso, tanto la replicabilidad como la sinergia (condiciones inherentes a la filosofía de las “islas”) exigen tanto el tratamiento sistémico de los proyectos (al interior de consecuentes sistemas urbanos) como el previo fortalecimiento de las redes urbanas de movilidad, comunicación y transporte.

9. Todo proyecto de DUS debe partir de una “idea de ciudad” a alcanzar en el tiempo (construida y consensuada con sus “fuerzas vivas”), respecto de la cual, su modelo

de integración con el entorno se resuelva a partir de una equilibrada relación entre el paisaje (y sus ecosistemas de base), y los sistemas de producción, transformación, distribución y consumo; lo que supone, por un lado, la generación de mecanismos de mitigación del riesgo ambiental (promovidos, fundamentalmente, por intervenciones antrópicas) conducentes a la disminución de la vulnerabilidad de la ciudad y; por otro, la generación de nuevos proyectos llevados a cabo con tecnologías “limpias, alternativas y apropiadas”. En cualquier caso, de lo que se trata es tanto de adecuar como de optimizar las infra e infoestructuras existentes y, a la vez, de promover la realización de proyectos donde se concilie una alta productividad con un impacto ambiental controlado; condición fundamental para posibilitar la renovación y no el agotamiento de los recursos.

10. El éxito en los proyectos de DUS depende, en gran medida, de su capacidad para integrar y comprometer la mayor cantidad y diversidad de intereses posibles, resultando así el escenario idóneo para la concertación y la adopción de responsabilidades compartidas que se canalicen y orienten a la construcción colectiva de la ciudad; circunstancia que, desde la participación en la planificación y en la ejecución de las acciones, contribuye, en sí misma, con el fortalecimiento de un Estado consensuado y así legitimado a lo largo de dicho proceso. Cumple un papel fundamental, a este respecto, la *construcción colectiva de políticas públicas espaciales* orientadas a garantizar, no sólo el mayor consenso posible en la filosofía y caracterización de los proyectos, sino la propia *sustentabilidad económica y social* de los mismos; objetivo sólo posible a partir de:

a. La inserción de los proyectos al interior de procesos de planificación encaminados a la reestructuración y reordenamiento del territorio sobre la base de responder, de manera coordinada, a las dos variables básicas que, en este sentido, propone la Geografía Humana: la psico-social y la físico-ambiental.

b. La inclusión de tales proyectos dentro de respectivos programas y planes que sirvan de garante de la realización del propio “proyecto de ciudad” al que pertenecen; en esta medida, corresponderá a tales programas y planes velar por la replicabilidad de las acciones exitosas y proponer los canales expeditos para que éstas puedan desplegar su capacidad sinérgica; dentro de este marco, las acciones a realizar (así se conciben como “islas”) deben hacer parte de “cadenas (de tal suerte “sustentables” de proyectos) que, de tal forma, alienten y alimenten el *orden procesual* y, por tanto *continuado* al que pertenecen.

c. La naturaleza productiva y “sostenida” de los proyectos, establecida sobre la base de la reinversión de su excedentes al interior del proyecto mismo (de tal forma “autosutentable”) y dentro de la “cadena de proyectos” de la cual éste hace parte.

d. La adecuada inserción productiva de los proyectos al interior de correspondientes circuitos económicos “limpios”, establecidos en el marco de la base ecológica de la ciudad y de sus respectivos nichos ecosistémicos.

e. La capacidad de respuesta de los proyectos a los intereses, posibilidades y demandas sentidas por parte de las comunidades beneficiadas, garantizando su apropiación, por parte de éstas, sobre la base de su decidida adopción de responsabilidades y compromisos.

f. La promoción y fortalecimiento a las organizaciones de base a partir de los estímulos al asociacionismo, al corporativismo y al cooperativismo, en tanto instancias autogestionarias y autoevaluadoras de unos proyectos, de tal forma concebidos y administrados desde la filosofía de la “empresa social”.

g. La concepción de los proyectos como “laboratorios” de investigación en el uso de nuevas tecnologías “alternativas y apropiadas” no convencionales apoyadas en el uso de energías renovables no contaminantes.

h. La generación de herramientas e instrumentos de control social y ambiental que permitan tanto regular, como hacer seguimiento conjunto (Estado- comunidad) a los procesos y proyectos.

i. La adopción de instrumentos innovadores de autogestión, administración, autoevaluación y seguimiento, sobre la base de claros indicadores previamente establecidos dentro del marco de una planificación estratégica.

No sobra recalcar en este punto que la planificación estratégica es uno de los instrumentos más eficaces para que la sociedad participe activamente en el diseño e implementación de aquellas políticas públicas encaminadas, no sólo a satisfacer sus demandas actuales sino, y sobre todo, a prever las necesidades futuras, anticipándose a ellas. De lo que se trata, entonces, es de convocar a la sociedad en pleno a definir y asumir responsabilidades frente a su propio futuro; un futuro que, en términos de imaginario deseable-posible, podrá de ser asequible sólo en relación con la facultad que la sociedad tenga de construir, procesualmente, unos determinados derroteros a alcanzar en el tiempo, previa determinación de consecuentes y claros indicadores. El objetivo fundamental no es otro que el de establecer consensos para responder a los cambios del entorno, a los nuevos valores, ideas, hábitos y comportamientos, así como a las tendencias y numerosas externalidades que, cada vez más, afectan los distintos contextos. Por lo mismo, el reto

consiste en saber responder al cambio permanentemente, capitalizando las propias fortalezas y atendiendo a las oportunidades.

No obstante, alcanzar lo anterior no es tarea fácil; implica enfrentar las enormes debilidades de la sociedad, en lo que compete a la inequidad que acompaña sus profundas diferencias territoriales, a la falta de una “cultura de la concertación”, a la diversidad de enfoques en lo concerniente al papel de los poderes públicos en la creación de las condiciones adecuadas para llevar acabo su adecuado funcionamiento, a la tradicional relación de dependencia frente al Estado-gobierno y, sobre todo, a la precariedad de los medios capaces de garantizar una adecuada participación ciudadana en la toma de decisiones respecto de su futuro.

Dos factores resultan preponderantes para poner en marcha un proceso de este tipo: la *voluntad política*, y la incorporación, como substrato fundamental del proceso, del *capital social* que constituye el mayor acervo de una determinada comunidad. En el primer caso estamos hablando de una apuesta que involucra, incluso, la propia transformación del Estado; mientras que en el segundo aludimos a la ingente necesidad de capitalizar el recurso humano en la construcción de un imaginario a alcanzar sobre la base del establecimiento de responsabilidades y compromisos concretos; de lo que se trata es de actuar en las causas de los problemas teniendo en cuenta que estos sólo se entienden desde la lógica de los actores involucrados; a fin de cuentas *la ciudad no sólo es un hecho físico sino que, sobre todo, es una construcción mental donde “lo político” se transforma y adquiere sentido al materializarse bajo la figura de “lo público”*: la ciudad como *locus* de lo público donde lo político tiene asiento; a fin de cuentas, como anotan Gómez Buendía y Sandoval (1993): “la mayor parte de la vida urbana transcurre en espacios públicos y bajo reglas que son – o deberían ser – de interés público. Muy bien podría definirse a la ciudad como el ámbito preferencial de lo público”.

No obstante, la ciudad no es la *polis*, ya que mientras la primera alude al inventario material de sus recursos (su “materialidad”, por decirlo así), la segunda expresa la dimensión cultural que da vida y sentido a estos recursos poniéndolos a interactuar en forma más o menos conjunta. Mientras que la *polis* obedece a una racionalidad genuinamente colectiva amparada en un único móvil: el bien común logrado a través de una democracia participativa, de una concertación social, de una innegable gobernabilidad, de una seguridad ciudadana y, sobre todo, de una identidad cultural; la

ciudad responde a múltiples racionalidades y es animada por diversidad de móviles no siempre claros ni, mucho menos, explícitos.

He ahí el reto de la planificación estratégica: procurar transformar las ciudades en *polis* gobernables, productivas y habitables que, en todo, superen las, en consecuencia, debilidades que representan una escasa participación ciudadana, una violencia social, una manifiesta ingobernabilidad, una situación de inseguridad y, sobre todo, una ausencia de identidad cultural. Aquí nace el malestar de las ciudades latinoamericanas: son *ciudades grandes físicamente pero pequeñas políticamente* al acusar un tremendo abismo entre la noción de lo público y la de lo privado. “Tienen la infraestructura material para dar asiento y sustento a millares de familias, pero lo colectivo de la vida no se rige por una racionalidad pública sino por el entrecruce aleatorio de racionalidades privadas o, cuando más, de racionalidades semipúblicas” (Gomez Buendía y Sandoval, 1993).

Aquí Europa presenta una situación distinta, en todo, a la de latinoamérica; mientras que en el viejo continente la planificación estratégica tiene el papel de legitimar el orden establecido potenciando las ventajas competitivas en medio de un discurso global de sesgo eminentemente económico: de lo que se trata es de reforzar el Estado. Latinoamérica, que tradicionalmente ha tenido a Europa como modelo y paradigma referencial, se enfrenta a una disyuntiva en lo concerniente al espíritu que, en este contexto, debe alentar cualquier tipo de plan: por un lado está el discurso neoliberal y sus exigencias económicas de competitividad que tiende a suplantarse la noción de derecho ciudadano por la de “deber público” con la ciudad y; por otro, la de la urgente necesidad de construir un Estado de Derecho en el que lo que se fortalezca sea el tejido social (he ahí la magnitud de la utopía que, al menos en teoría, debería inspirar un plan de estas características); a fin de cuentas, *la planificación precede y precide la acción social y no sólo la productividad económica*. ¿Pacto corrupto?; ¿construcción de una racionalidad común, o imposición de una previa amparada en la lógica del capital?; ¿ordenamiento económico del espacio u ordenamiento de la economía desde él?; ¿legitimidad o hegemonía?

Si hasta el momento de la andanada neoliberal (y sus crecientes demandas de productividad a cualquier costo) el Estado en Europa representaba lo público (hoy en día esto no es muy seguro), en Latinoamérica lo que ha ocurrido, tradicionalmente (a la luz de su particular historia política salpicada de clientelismos y cazicagos) es precisamente lo

contrario; es decir, que el Estado ha representado, normalmente, los intereses de lo privado. En esta medida, la (re) construcción del Estado, implícita en el contenido político de un plan de estas características, para el caso del subcontinente, debería apuntar, de manera decidida, a su irrestricto compromiso con la noción y defensa del bien público; desgraciadamente, la situación actual de la economía y los paradigmas impuestos por la globalización alejan cada vez más esta posibilidad; acusando, con su alejamiento, un imperativo que suena a sentencia para estas ciudades, o mejor, para lo que en ellas quede de *polis*: *competir a toda costa o desaparecer..!* El reto; por que lo hay, no puede ser otro que el de hacer “rentable” la inversión social y, por tanto, el de concebir, y poner de hecho a interactuar a la ciudad, como una *empresa social*.

Otra diferencia fundamental entre los planes estratégicos realizados en Europa y los llevados a cabo en latinoamérica, consiste en la alta representatividad del Estado que, en el primer caso, es quien, normalmente, sirviéndose de la indudable capacidad gerencial y de lobby que caracteriza su gestión, convoca a su realización. Circunstancia bien distinta a la de América Latina donde el Estado, normalmente, no goza de la misma representatividad, y tiene que luchar, en primer lugar, por promocionar su propia imagen con miras a ganar la credibilidad y confianza que una convocatoria democrática y abierta como esta requiere.

Pero existen aún tres diferencias radicales, a este respecto, entre uno y otro contexto, que hacen necesario matizar, en cada caso, como temas específicos, los puntos de partida de un plan de la naturaleza como la del que aquí se propone: *la propiedad del suelo* (público en la mayoría de los casos en Europa y privado en latinoamérica, lo que complejiza y encarece su realización); *los mecanismos de financiación* (provenientes, en Europa, de los fondos de cohesión o de recursos propios de los distintos Ayuntamientos o de los gobiernos regionales, mientras que en latinoamérica, dada la precariedad de las arcas públicas, tales planes resultan impensables sin la decidida inversión del sector privado); y, finalmente, la existencia en Europa de *una política integral unificada* que regula y establece qué hacer y dónde hacerlo; circunstancia en todo lejana de la realidad latinoamérica y su inestabilidad económica, social y, sobre todo, política.

De cualquier forma, implícito a un plan estratégico, está la idea de *pedagogía ciudadana*, ahí radica su esencia y su esperanza; de lo que se trata es de aprender a “hacer ciudad” haciendo ciudad; es decir, poniendo a interactuar sus múltiples racionalidades en

la construcción de un orden común; lo que implica una determinada idea de territorio y, de tal forma, una política pública espacial que, de hecho, inspire un consecuente plan territorial; de esta suerte plan estratégico y plan de ordenamiento territorial deben comportarse como dos caras de una misma moneda.

No obstante, debemos recalcar que si bien la planificación estratégica se constituye en fundamental herramienta para la construcción de un proyecto colectivo de ciudad como el que la estrategia aquí presentada propone, no es en sí misma garantía de fomento a la justicia social, como lo atestiguan los Planes de Barcelona (por citar sólo un ejemplo en el “viejo continente”) o de Bogotá, Río de Janeiro o Mendoza, en América Latina, donde los mismos fueron concebidos coyunturalmente para legitimar los respectivos gobiernos de estas ciudades; acusando, en general, la ausencia de una auténtica voluntad política capaz de llevar los presupuestos de dichos planes hasta sus últimas consecuencias.

A este respecto, cabe señalar que la responsabilidad en el tono particular que suelen, en muchos casos, tomar dichos planes, so pretexto de buscar la competitividad *per se* (objetivo fundamental de los mismos a la luz de las exigencias de la actual política económica mundial), no es exclusiva de los gobiernos de turno, sino, también de la madurez política de los gobernados en el marco del estado de responsabilidad civil del que gozan sus sociedades; el que, para el caso de las grandes ciudades de América Latina, resulta ser, en términos generales, bastante precario, dado el enorme peso asistencialista, poco participativo e indelegatario con el que, tradicionalmente, cargan sus Estados.

En ese orden de ideas, la constitución de auténticos planes estratégicos urbanos verdaderamente participativos (no sólo en las opiniones sino en las decisiones) que tengan como derrotero fundamental la justicia social y el equitativo bienestar de los ciudadanos (independiente de su rol en el aparato económico productivo), pasa, necesariamente por la instauración de un auténtico proyecto político incorporativo; el cual, para el caso del contexto que nos ocupa, supone el diseño e implementación de un proyecto pedagógico en ese sentido; línea entro de la cual se inserta nuestra propuesta.

Desde esta perspectiva, el hacer de nuestro discurso algo más que otra “buena intención” depende, justamente, de su capacidad para hacer valer, al interior del proyecto político vigente, la importancia de estimular tanto a la comunidad en sus diferentes sectores, como a la empresa privada (en cualquier caso, fundamental socio estratégico), a

vincularse al diseño e implementación de un plan de ciudad no sólo “sensible” a los particularismos sino, en buena medida, constituido desde ellos, siempre y cuando no se pierda la imagen integral de la ciudad. Plan que, en tal medida, resulte verdaderamente concertado con todas y cada una de sus fuerzas vivas.

Lo anterior implica, entre otras cosas, la capacitación de líderes y la difusión de permanentes campañas y acciones de concientización a propósito de la importancia de la organización comunitaria abocada a la determinación conjunta de planes integrales de desarrollo. Campañas que incluso se planteen desde la formación escolar, donde el niño adquiera una clara y comprometida actitud organizativa e, incluso, de manera lúdica, si se quiere, participe también en ejercicios orientados al estímulo de su competencia grupal a la luz de una filosofía orientada al desarrollo común; tarea que se vería reforzada, por ejemplo, con la inclusión en los *pensums* de estudio, de eventuales asignaturas académica que, bajo la filosofía del desarrollo comunitario, tuviesen por fin la elaboración de ejercicios teórico-prácticos en este sentido.

Un aspecto que resulta fundamental, en este sentido, para el cabal cumplimiento de los objetivos de la propuesta, es el de lograr que no sólo se vinculen a ella las organizaciones y grupos reconocidos, sino, incluso, aquellos sectores tradicionalmente “no productivos”, como los colectivos de jóvenes (sin demérito de aquellos colectivos que en este grupo de población tienen una activa participación en la vida política o, incluso, económica, de una determinada comunidad) y los ancianos. En este caso se buscaría que los primeros, siguiendo la orientación de los segundos, realicen tanto una serie de pequeñas, pero importantes obras comunitarias orientadas, por ejemplo, al mantenimiento de aceras, mobiliario y espacio público, como una serie de acciones orientadas, por ejemplo, al cuidado y preservación del medio ambiente natural y construido a través de la creación de eventuales comités cívicos y de seguridad ciudadana.

Igualmente deseable para los fines de la propuesta, es la vinculación a ésta de aquellos grupos o individuos tradicionalmente marginales o marginados por la sociedad, pero que, en cualquier caso constituyen parte integral de la misma (drogadictos, pandilleros, indigentes y otros...) - Para lo cual se requiere el diseño efectivo de campañas y acciones que propiciando a tales individuos los instrumentos básicos para su reinserción productiva en la comunidad, tengan la opción de elegir entre una u otra forma de vida sin ser estigmatizados por esto.

En este mismo sentido resulta crucial, en la ruta de procurar ciudades amables y eficientes, el propender por la conservación, creación y/o cualificación de centros de significación y recurrencia al interior de las distintas localidades y, siempre en diferentes escalas que partan de la unidad vecinal, pasen por la barrial, cubran la local y, eventualmente, también, alcancen la metropolitana. De esta forma, la Topofilia entiende la posibilidad de alentar la “vida urbana”, no sólo a partir de la potenciación y articulación funcional de sus diferentes sistemas y funciones urbanas (llevada a cabo a partir de la intervención estratégica sobre el territorio): *Ciudad Eficiente*; sino, fundamentalmente, a partir de la promoción y fortalecimiento de los nexos psico-afectivos y espirituales necesarios que permitan, en última instancia, hacer suya la ciudad a sus habitantes, sobre la base del nivel de apropiación afectiva que en el proceso mismo de “hacer ciudad”, éstos alcancen: *Ciudad Amable*.

An aerial night photograph of Bogotá, Colombia, showing a dense urban landscape with numerous illuminated skyscrapers and buildings. The sky is dark with some clouds, and the city lights create a vibrant, colorful glow. The text is overlaid on the upper portion of the image.

TERCERA PARTE

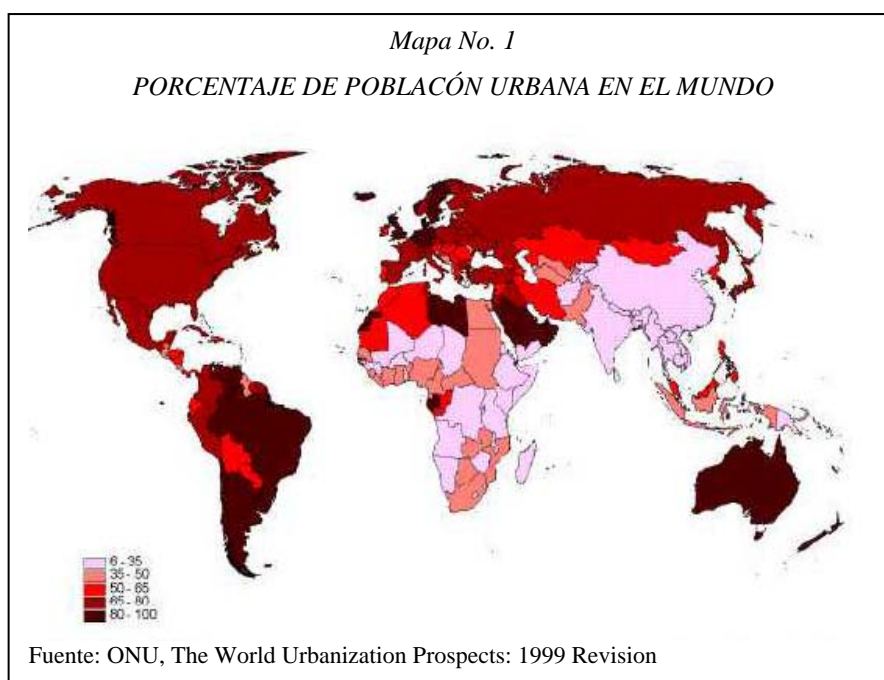
*LA “CONSTRUCCIÓN DE CIUDAD”
ENTENDIDA DESDE EL CONCEPTO
DE TOPOFILIA:
EL CASO DE LA CIUDAD DE BOGOTA.*

CAPITULO VIII. CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ **DENTRO DEL MARCO DE LAS GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA**

16. APROXIMACIÓN GENERAL.

16.1. El proceso de Urbanización en América Latina y el Caribe.

Después de un complejo proceso de transición rural-urbano, los países de América Latina y el Caribe están alcanzando tal nivel de urbanización que la región llegará a ser, después de Europa y América del Norte, una de las más urbanizadas del planeta¹²⁰ (**Mapa 1**). De hecho, América Latina y el Caribe es la región en desarrollo¹²¹ más urbanizada del mundo: 380 millones de personas viven en las ciudades y 127 millones en las zonas rurales¹²². Cálculos recientes señalan que, en una década más, la población urbana de la región llegará a unos 600 millones de habitantes (Mc Donald, J. 1996).



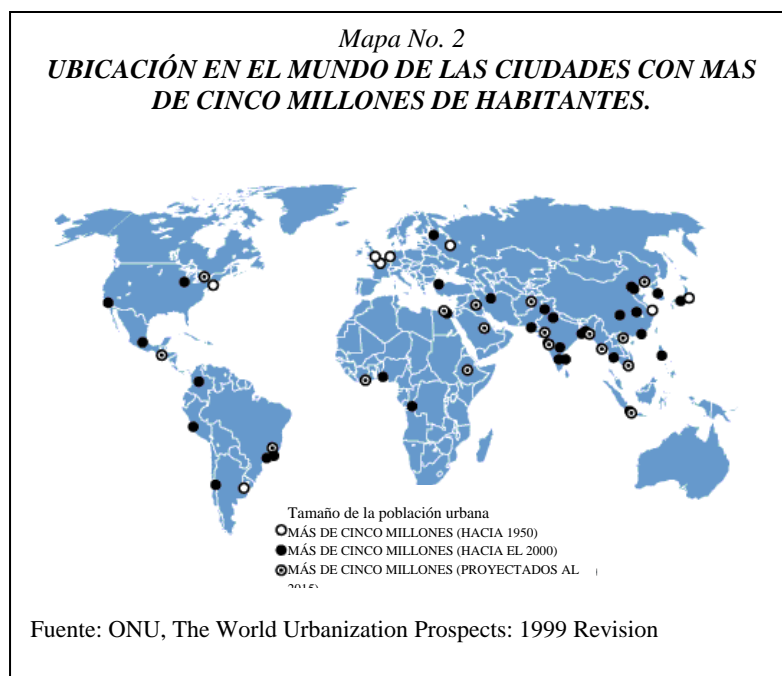
En la actualidad, la población urbana representa más del 75 por ciento del total de la Región (Daughters, R. 1998), parte de este porcentaje se asienta en 40 ciudades

¹²⁰ El nivel de urbanización pasó de un 71% en 1990 a un 75% en el 2000. En virtud de lo anterior, la región se mantuvo como la más urbanizada del mundo en desarrollo (Naciones Unidas, 2000a; Rodríguez y Villa, 1998).

¹²¹ En Asia y en África la mayoría de los pobres aún vive en el campo.

¹²² El rostro de la urbanización en América Latina y el Caribe, Conferencia regional sobre el Programa de Hábitat (25/10/2000). (De acuerdo con el CELADE –1995- y Naciones Unidas, la población urbana en la región era, para 1985, de 351 millones de personas, lo cual representa el 73.4%. En este sentido, sus cálculos proyectan que ésta llegará a 85% en el 2025).

principales; las cuales, para 1990, superaban ya el millón de habitantes, destacándose, dentro de este grupo, cinco de las 20 aglomeraciones urbanas más grandes del mundo (**Mapa 2**).



En estas cuarenta ciudades se concentraban, para el año 2000, un total de 135 millones de personas (cerca del 29% de la población total y del 39% de la población urbana) (**Mapa 3**). Las siete ciudades con más de 5 millones de habitantes, por su parte, sumaban (en este año) 73 millones de personas, 16% de la población total y 21% de la población urbana (Ravinet, J. 1998), lo cual demuestra el nivel de urbanización de la Región (**Tabla 1**). En el decenio de 1990 se consolidó la tendencia a la desaceleración del ritmo de crecimiento de la población urbana al bajar su crecimiento vegetativo (debido a la transición demográfica que se vive) y al reducirse la migración desde el campo. Situaciones de violencia, como las que sufre Colombia, o la que afectó a El Salvador y a Guatemala, generan un desplazamiento de grandes masas de población rural o semi rural. En Colombia, cifras no oficiales estiman alrededor de dos millones de desplazados¹²³.

¹²³ Ampliar en “El rostro de la urbanización en América Latina y el Caribe”, Conferencia Regional sobre el Programa de Hábitat (25/10/2000).



Hoy en día, las ciudades más grandes de la región son: México (México), con más de 16.784.000 de habitantes; Buenos Aires (Argentina), con 12.582.300; Sao Paulo (Brasil) con 16.581.900 y 9.393.000; Lima (Perú) con 7.200.000; Bogotá (Colombia) con 6.500.000 y Río de Janeiro (Brasil) con 5.473.000. Todas estas grandes ciudades han sido el producto de un rápido crecimiento demográfico y urbano y, como tal, comparten críticos indicadores sociales (altas tasas de pobreza, desempleo y subempleo), déficit

significativo de vivienda y de servicios públicos, y altos niveles de segregación y estratificación socio espacial.

Tabla 1
POBLACIÓN NACIONAL, PORCENTAJE DE POBLACION URBANA, POR GENERO, E INDICES DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION NACIONAL Y LA POBLACION URBANA NACIONAL DE LOS PAISES DE AMERICA LATINA QUE POSEEN “GRANDES CIUDADES” *. COMPARACION CON ESPAÑA.

País	Población masculina (millones)	Población femenina (millones)	Población total (millones)	Porcentaje Población Urbana	Porcentaje Pobl. Urbana Masculina	Porcentaje Pobl. Urbana Femenina	Crecimiento Población Nacional 1993-98	Crecimiento Población Urbana 1993-98
Argentina	17.000	19.000	36.000	91.67%	100%	91.66%	1.21%	2.76%
Brasil	77.443	79.627	157.070	78.35%	77.10%	78.35%	1.38%	2.09%
Colombia	20.177	20.649	40.826	70.44%	70.41%	70.42%	0.86%	3.55%
Chile	7.336	7.485	14.821	85.17%	83.83%	86.30%	1.54%	1.98%
Perú	12.304	12.497	24.801	72%	46.80%	47.18%	1.90%	2.10%
México	45.185	46.53	91.721	73.62%	72.99%	74.23%	2.80%	2.56%
España	19.391	20.261	39.652	75.39%	74.72%	76.01%	0.36%	0.40%

*Entendemos por “Grandes Ciudades” a aquellas aglomeraciones urbanas con población superior a los 5 millones de habitantes.

Fuentes: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998. Fuente para Colombia: DANE. Colombia. Proyecciones anuales de población por sexo y edad 1985- 2015. Fuente para dato del crecimiento de la Población Urbana Nacional en México: Datos 1990-1995, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática INEGI, Censo de Población y Vivienda 1995 (1996). Para crecimiento de la población nacional en México: SOWC * UNICEF 1999. Fuente para el Perú: Comunidad Andina: Series Estadísticas de la Comunidad Andina. Fuente para el crecimiento de la Población Nacional de España: INE, Censo de la población de España, 1991; Revisión del Padrón Municipal a 1 de enero de 1998.citado por González: 2001. Para crecimiento de la población urbana: SOWC, UNICEF.

16.2. La otra realidad: Los municipios.

En 19 países de la región estudiados por el Centro Latinoamericano para la Administración del Desarrollo (CLAD) en 1995¹²⁴, existían un total de 14.028 municipalidades con marcadas diferenciaciones: países con una gran cantidad de municipios como Brasil (4.974), Perú (1.183), Colombia (1.027), México (2.389) y Argentina (1.658), representaban el 80,1% del total. Por otro lado, países pequeños como Costa Rica, Uruguay o Panamá tenían apenas 81,68 y 19 municipios, respectivamente.

¹²⁴ Ver en “Descentralización y Municipios en América Latina: Necesidades de Información de los Gobiernos Locales”, Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo (CLAD), Abril de 1995. Trabajo preparado por el CLAD bajo el encargo del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, CIID, Sede Regional de América Latina. Elaborado por Carlos Mascareño y Giovanna Balbi, bajo la coordinación de Nuria Cunill.

De acuerdo con el estudio citado, la gran mayoría de los municipios de la región concentraban poblaciones menores a 100.000 habitantes. Para la fecha de su realización, el 74,86% de municipios (10.429) tenía menos de 20.000 habitantes y el 20,87% de estas unidades municipales (2.907) entre 20.000 y 100.000 habitantes. Por contraste, sólo 5 municipios tenían poblaciones mayores a 2,5 millones (las grandes ciudades).

Desde esta perspectiva, los municipios con poblaciones menores o iguales a 100 mil habitantes -que representaban más del 95% de los gobiernos locales de América Latina-, concentraban más del 50% de su población. Los municipios entre 100.000 y 500.000 el 21% de la población y los municipios con poblaciones mayores a 500 mil habitantes, de base económica urbana (tan sólo 105) concentraban el 26,5% de la población.

16.3. Caracterización socio-demográfica de las Grandes Ciudades de la Región.

16.3.1. Población.

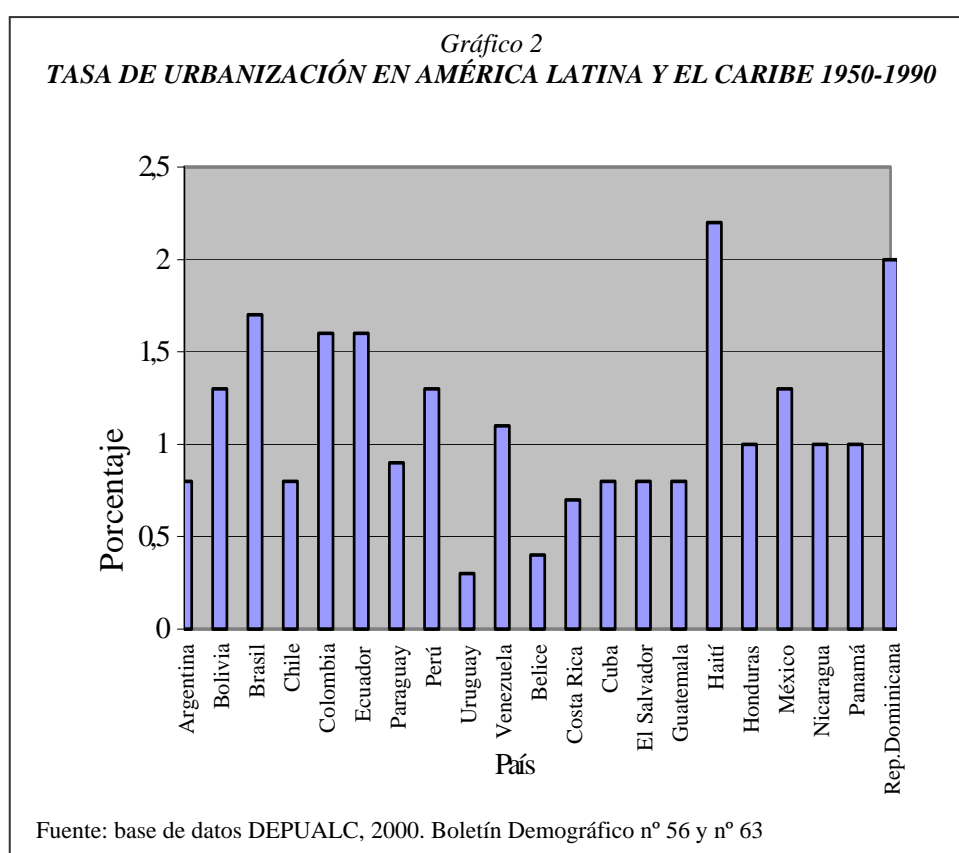
En términos generales puede considerarse que el proceso de urbanización ha entrado, en la Región, en una fase “más madura y pausada” (Mac Donald, J. Op. Cit.). El crecimiento demográfico se desacelera; sobre todo, debido a la menor fecundidad de la población asociada a las pautas de urbanización¹²⁵.

La desaceleración del crecimiento demográfico se observa tanto a nivel nacional como urbano, y es especialmente notoria en las grandes ciudades. En consecuencia, los patrones de asentamiento tienden a ser equilibrados a medida que disminuye la primacía urbana¹²⁶ en la mayoría de los países. (Ibídem).

¹²⁵ La difusión y aplicación de los avances médicos y el mayor acceso a la atención en salud y a la educación, entre otros factores, han contribuido a mejorar la salud y a prolongar la vida de las personas, así como a modificar valores, creencias y comportamientos referidos a la vida familiar y al número deseado de hijos, creando, de esta manera, las condiciones para el descenso de la mortalidad y de la fecundidad (La Región, en su conjunto, incrementó su esperanza de vida de 51.8 a 68.7 años entre 1950 y 1990, mientras que el número de hijos tenidos por las mujeres descendió de 5.9 a 3.1 y la tasa de crecimiento medio anual pasó de 2.7 a 1.8 por ciento en el mismo período) (CEPAL, 1996).

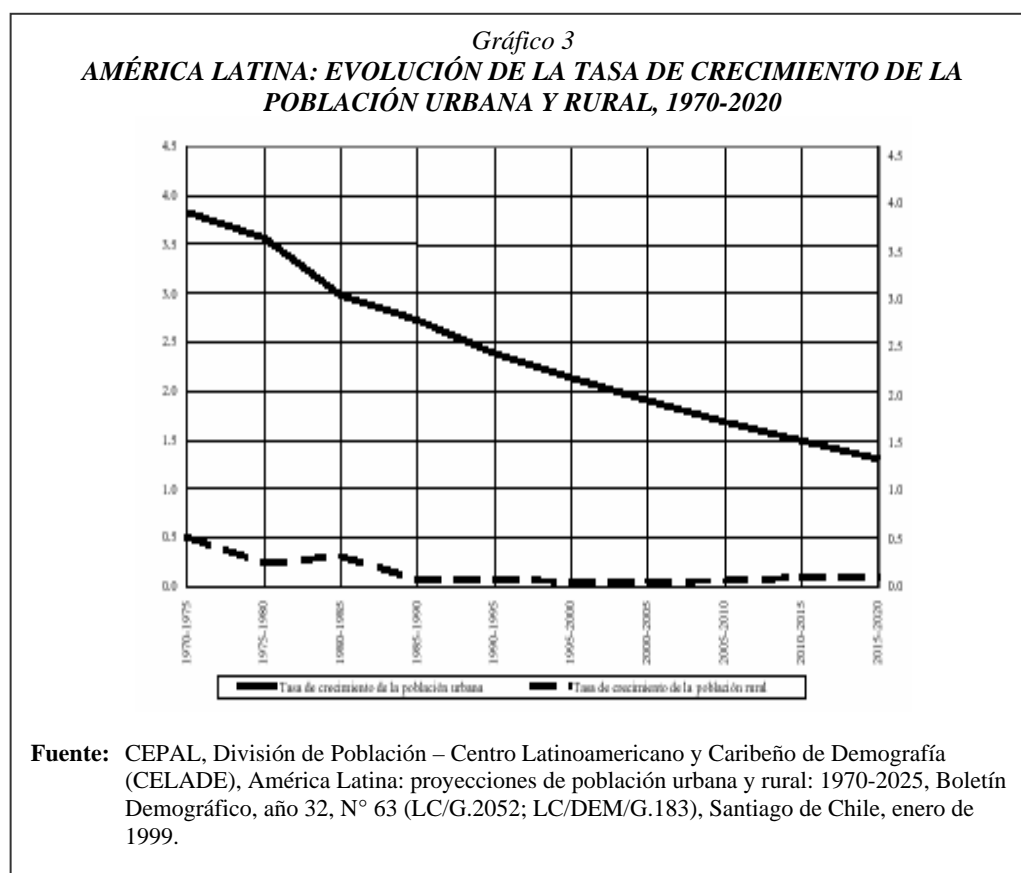
¹²⁶ La primacía urbana, entendida como relación entre la población de la ciudad principal y las tres ciudades que le siguen en tamaño, disminuyó en diez países, se mantuvo en cinco y sólo aumentó en un país entre las décadas 70 y 90.

La tasa de urbanización, expresada como la diferencia porcentual entre el crecimiento de la población urbana y rural, demuestra que para el período comprendido entre 1950 y 1990, las mayores tasas de urbanización fueron las de Haití (2.2%) y República Dominicana (2%), seguidas por las de Brasil (1.7%), Colombia y Ecuador (1.6%), Perú, México y Bolivia (1.3%), mientras Argentina y Chile tan solo llegaron al (0.8%) (**Gráfico 2**). En términos relativos, República Dominicana tuvo una tasa de crecimiento del 4.8% (la más alta de la región), seguida por Ecuador (4.4%), México y Haití (4.2%), Brasil y Venezuela (4.1%), Perú (3.7%) y Colombia (3.6%).



Al comparar las tasas de urbanización con la distribución de la población urbana-rural, se evidencia que no existe correspondencia entre la tasa de crecimiento y el nivel de urbanización (entendido como la relación actual entre el total de la población nacional y la población urbana). Para el caso colombiano el 70.44% de la población es urbana; en México el 73.62%, mientras Chile y Argentina ostentan el 85.17% y el 91.67%, respectivamente (**Ver Tabla 1**). Esto parece sugerir que los procesos de urbanización tienen ritmos diferentes. No obstante, de acuerdo con los estudios de la CEPAL, *en los países con ciudades mayores a 5 millones de habitantes de la región el proceso parece*

*haberse estabilizado*¹²⁷; es decir, la tasa sigue presentando un crecimiento demográfico positivo, pero la tendencia generalizada es a decrecer en el tiempo (**Gráfico 3**).



Como lo demuestran las estadísticas, en forma concordante con las tendencias mundiales, en todas las ciudades estudiadas en la región hay mayor cantidad de mujeres que de hombres (**Tabla 2**). En Sao Paulo el 48.5% de la población corresponde al sexo masculino, toda vez que el 51.4% al femenino. El resultado es muy similar al de Ciudad de México (48.6% y 51.3% respectivamente), mientras que el de Bogotá (47.7% y 52.2%) es similar al de Madrid, en donde la proporción es del 47.7% para hombres y del 52% para las mujeres.

¹²⁷ En el decenio de 1990 se consolidó la tendencia a la desaceleración del ritmo de crecimiento de la población urbana en los países de la región, al bajar el crecimiento vegetativo de la población —producto de la transición demográfica— y reducirse la migración desde el campo (CEPAL/HABITAT 2000 p.5).

Tabla 2
POBLACIÓN EN EL ÁREA METROPOLITANA DE LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS, POR GENERO, COMPARADAS CON MADRID (1998).

Ciudad	Población masculina (en millones)	Porcentaje Pob. masculina	Población femenina (en millones)	Porcentaje Pob. femenina	Población total (en millones)
Buenos Aires	6,452.8	48.53%	6,844.6	51.47%	13,297.5
Sao Paulo	8,059.9	48.55%	8,522.1	51.39%	16,581.9
Bogotá	2,920.5	47.79%	3,191.6	52.21%	6,112.1
Rio de Janeiro	4,863.0	47.69%	5,329.0	52.21%	10,192.0
Santiago de Chile	2,773.0	48.34%	2,963.0	51.66%	5,737.0
Lima	3,539.3	49.03%	3,661.5	50.83%	7,200.9
México D.F.	8,166.6	48.63%	8,617.6	51.31%	16,784.1
Madrid	2,189.3	47.70%	2,387.5	52.08%	4,576.8

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998. Fuente para Buenos Aires (proyectada a 2000): INDEC, Instituto Nacional de Estadística y Censos, Argentina. Fuente para Bogotá: Estadística Históricas Santa Fe de Bogotá D.C. 1959-1999, Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá D.C., Departamento Administrativo de Planeación Distrital, Subdirección Económica de Competitividad e Innovación y Gerencia Dinámica Urbana, Bogotá, 2000. Fuente para Lima (proyectada): INEI, Instituto Nacional de Estadística e Informática, Perú.

16.3.2. Expectativa de Vida.

De acuerdo con las estadísticas, la expectativa de vida en las ciudades latinoamericanas es cercana a los 70 años, algo mayor a la expectativa de vida total de los respectivos países. Así, por ejemplo, en Sao Paulo la expectativa de vida es, para las mujeres, de 76.2 años y para los hombres de 67.3, mientras que en Brasil es de 67.6 y 58.5 respectivamente. Igual sucede en Lima, en donde es de 80 y 74 contra 72.5 y 67.6 respectivamente¹²⁸. En Colombia, la expectativa de vida es menor (74.3 años para las mujeres y 66.4 para los hombres). Sin embargo, y aún cuando no se cuenta con datos actualizados acerca de la expectativa de vida para Bogotá, la Secretaría de Salud de la ciudad señala que ha habido un aumento generalizado del indicador, que puede colocarla cerca a otras ciudades de la región. En comparación, la expectativa de vida en Madrid es de 82.7 y 75.20 años (femenino y masculino respectivamente).

En términos absolutos, puede considerarse que la mortalidad infantil es muy alta en la Región (2.02%, para Sao Paulo, 4.70% para Lima y, 2,47 % para Bogotá (datos de

¹²⁸ Datos para el 2002, tomados del Almanaque Mundial para el 2003.

1984). Este nivel contrasta con el de ciudades como Londres (0.71%) y Madrid (0.63%) o como Nueva York (0.16%) y Berlín (0.11%).

En relación al caso de Bogotá, vale la pena señalar que la tasa bruta de mortalidad era, para 1998, de 44.08 (por 10.000 habitantes) contra una tasa bruta de natalidad de 23 (por 10.000 habitantes) (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de salud, 2002). No obstante, de acuerdo con la Secretaría de Salud Distrital, en los últimos años se evidencian cambios en el comportamiento del patrón de salud; como señalan los principales macroindicadores en la materia: disminución de la mortalidad infantil, en el índice de desnutrición y la morbi-mortalidad por enfermedades infecciosas. Del mismo modo, se registra un aumento en la esperanza de vida al nacer¹²⁹ y en la expectativa de vida; pese a un incremento de las enfermedades crónicas y de los traumas ocasionados por accidentes y violencia (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Salud, 2002).

De otra parte, la pirámide poblacional de la ciudad tiende a ser similar a la de los países más desarrollados, mostrando envejecimiento progresivo de la población y reducción de la proporción de personas menores de 15 años; circunstancias asociadas a un descenso sostenido de la fecundidad producto, entre otras cosas, del aumento de prácticas de control natal relacionadas con el mejoramiento en los niveles de educación de la población y con las propias demandas del proceso de urbanización y sus nuevos hábitos y pautas de vida; entre los que se encuentran, no solo la necesidad de que ambos cónyuges trabajen, sino que, además, eleven su cualificación laboral mediante prácticas sostenidas de capacitación y actualización; situación que, de hecho supone una participación más activa de las mujeres en la sociedad y, a la vez, una modificación sensible en los patrones de crianza de los niños delegados, muchas veces, en el Estado o en la figura de “madres sustitutas” y/o “comunitarias”.

16.3.3. Migración entre centros urbanos.

El tradicional predominio de la migración campo-ciudad, que caracterizó, por décadas, a los desplazamientos de población en América Latina y el Caribe, ha sido reemplazado, en el último tiempo, por un patrón más diversificado que incluye la corriente

¹²⁹ No obstante esto, y aun cuando en las Américas se ha evidenciado una disminución general en la tasa de mortalidad infantil, en el caso de Bogotá (ciudad que hemos escogido como experiencia referencial) este descenso ha sido lento, presentando en los últimos años una tendencia estable de 24 descensos al año por cada mil menores (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Salud, 2002)

migratoria entre zonas urbanas, la migración intrametropolitana, las nuevas expresiones de la migración rural¹³⁰ y la migración internacional. A su vez, la movilidad intrametropolitana consolidó su visibilidad durante el decenio de 1990, acentuando la diferenciación espacial, demográfica y socioeconómica en las grandes ciudades, en la medida en que los grupos acomodados se concentraron en ciertos sectores con elevados niveles de equipamiento y servicios urbanos, mientras los más pobres tendieron a localizarse en los barrios de menor calidad ambiental. De cualquier forma, la migración interurbana es hoy la forma de desplazamiento predominante. Tal como lo muestra el caso de México, casi la mitad de los desplazamientos entre distintos estados se originaron y tuvieron por destino a otras ciudades (CEPAL, 2000a, p. 14-16).

16.3.4. Migración rural.

De acuerdo a estudios realizados para Brasil y México, el aporte que hoy hace la migración rural al crecimiento de las ciudades pierde importancia en relación con la ganancia demográfica “endógena”. Sin embargo, en el mundo rural la migración hacia las ciudades sigue siendo el factor básico de disminución de la población local, lo que se advierte en las cifras de crecimiento negativo de la población rural en varios países de la Región.

Se observa, además, un sesgo femenino en la migración desde el campo (Naciones Unidas, 2000b), atributo estrechamente relacionado con las oportunidades de trabajo percibidas, entre las que sobresale el empleo doméstico. De otra parte, la situación de violencia civil generalizada en muchos países de la Región (sirva como ejemplo actual, Colombia o del pasado reciente, Guatemala y El Salvador), también genera, en estos países, un desplazamiento de grandes masas de población rural o semirural, agravando la pobreza y exclusión social que ya padecen muchos de los habitantes afectados (CEPAL, 2000a, p. 14-16). Así por ejemplo, se afirma que en Colombia, durante los últimos cinco años, más de dos millones de colombianos han sufrido y sufren procesos de desplazamiento forzoso.

¹³⁰ De acuerdo a estudios de la CEPAL, la migración rural ha asumido nuevos rasgos en el período reciente. Pese al sesgo agrícola y primario de las exportaciones regionales, el atractivo de las zonas urbanas sigue en pie, pero la capacidad de retención demográfica de los campos latinoamericanos continúa siendo baja (CEPAL, 2000a, p. 14-16). Ello se debe, en gran parte, a los rezagos generalizados que registran las condiciones de vida en las zonas rurales de la región (CEPAL, 2000b y 2000c; CEPAL, 1999a y 1999b) así como a las dificultades que entrañan las pautas de asentamiento disperso para el ofrecimiento de servicios sociales y el acceso a las oportunidades del mundo moderno.

16.3.5. Crecimiento demográfico y demanda de nuevas viviendas

La desaceleración del crecimiento demográfico y la reducción del aumento absoluto anual de la población de la Región no implica, por otra parte, una menor presión de demanda de vivienda para los próximos años. Pautas de vida, cada vez más urbanas, ocasionan la reducción del tamaño de los hogares, lo que incide en un *sostenido incremento de estos*; incremento que se sitúa en un promedio de un 3%, por sobre el índice de crecimiento poblacional. A su vez, aparecen estructuras familiares más diversificadas que exigen ser acogidas en tipologías, estándares y localizaciones acordes con la dinámica urbana. (Mac Donald, Op. Cit)

16.3.6. Tasa de crecimiento poblacional.

En términos absolutos, la población urbana aumentó a tasas muy inferiores a las previstas en los años setenta, debido, sobre todo, a los cambios vinculados a las pautas de urbanización que experimentó la fecundidad. En ese contexto, el grado de protagonismo de las principales ciudades latinoamericanas, que se vaticinara en la década de 1970, en el conjunto de las grandes urbes del mundo, continúa siendo importante, pero se ha relativizado a causa de la desaceleración del crecimiento demográfico, del aumento de la población de las ciudades intermedias, y de la evolución explosiva registrada por las ciudades de otros continentes. La región de América Latina y el Caribe es la única, entre las de menor desarrollo, en la que, al igual que en Europa y América del Norte, *la participación poblacional de las ciudades de más de 5 millones de habitantes se reducirá durante el período 1970-2015* (NACIONES UNIDAS, 1995. CEPAL, 1999).

16.3.7. Habitantes urbanos en zonas de riesgo.

El crecimiento y la expansión de las ciudades de más de cinco millones de habitantes en la Región ha ocurrido, de forma generalizada, siguiendo procesos no planificados y a través de patrones de baja densidad. De esta manera se ha promovido la incorporación especulativa de tierras al perímetro de las ciudades, consumiendo suelos agrícolas y ocupando zonas de riesgo natural; en esta medida, buscando suelos baratos, se construye cada vez más lejos y en bajas densidades, lo que ocasiona que las viviendas sociales se acumulen en grandes extensiones de baja accesibilidad a servicios y empleo, acentuando la exclusión y segregación espacial y funcional de los pobres.

16.3.8. Segregación Socio-espacial.

Una de las principales características de las ciudades de la Región es la segregación socio-espacial. Los segmentos privilegiados de la población tienden a alejarse progresivamente del centro de la ciudad, siguiendo, por lo general, tendencias históricas de segregación, producto, en gran medida, de la “toma del centro” por parte de las “periferias sociales” de inmigrantes que buscan allí, muchas veces, oportunidades de empleo.

De este modo, los sectores más pobres, no solo “invaden” el centro, sino que, a falta de espacio en él, que los acoja, se ven obligados a localizarse en las periferias o en las áreas de riesgo. En esta medida, es posible afirmar, que la situación de la tierra vacante es relativamente uniforme en toda la Región. Así, mientras que en los Estados Unidos y algunos países industrializados, los sectores más vulnerables de la población tienden a estar localizados en el centro de las ciudades (principalmente en edificaciones institucionales o industriales abandonadas), en América Latina la mayoría de la población pobre se encuentra en la periferia y, por tanto, en situación de extrema vulnerabilidad, dado que a la falta de adecuadas vías de acceso se suman, no sólo una inadecuada infraestructura física, (que, entre otras cosas supone, normalmente, el uso de agua contaminada por desechos industriales), sino una muy precaria asistencia de servicios sociales básicos; para no hablar de otros factores de riesgo, como los que suscitan, por su localización y forma de implantación, eventuales fenómenos sísmicos, de inundación o de remoción en masa. Este último agravado por la erosión que, en gran parte incrementa, el emplazamiento desregulado de estos asentamientos.

De otra parte, es preciso señalar que la informalidad habitacional constituye otra importante característica de las grandes ciudades de la Región. En Lima, más del 40% de la población vive en la actualidad en asentamientos ilegales; en Quito el 50%; En Maracaibo, el 48% de la superficie construida corresponde a inmuebles asentados ilegalmente. En Río de Janeiro y Belo Horizonte, la población "favelada" es del 20%; en Sao Paulo, de 22% y en Recife, de 46%. Por su parte, Bogotá, que cuenta con un 22% de población asentada “informalmente” es, dentro de Colombia, la ciudad que concentra, en términos absolutos, el más alto número de personas en extrema pobreza; toda vez que, en 1999, se estimaron 1'084.157 con necesidades básicas insatisfechas y 199.430 por debajo de la línea de pobreza; es decir, en extrema miseria.

17. CARACTERIZACIÓN FÍSICO-AMBIENTAL DE LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.

17.1. Calidad de los recursos naturales y niveles de contaminación.

La contaminación atmosférica e hídrica afecta, de manera generalizada, a las principales ciudades de la Región, así como a su entorno (Mac Donald, Op. Cit). Además de constituirse en factores de riesgo importantes para la salud de la población, estos aspectos inciden de forma negativa en la productividad y competitividad de las ciudades.

En América Latina y el Caribe la degradación ambiental se ha incrementado en las tres últimas décadas, particularmente, en las grandes ciudades. Las principales presiones sobre el medio ambiente y los recursos naturales, que comportan los ecosistemas base de estas ciudades, son ocasionadas por el crecimiento desmedido de la población y su impacto sobre la estructura ecológica y la dinámica urbana en general; por la desigualdad creciente de los ingresos que hace que la gente se “busque la vida” de cualquier forma sin tener en cuenta, para nada, el resultado de sus acciones sobre el medio ambiente natural y construido; por la inconsecuencia y precariedad de muchas de las políticas encargadas de la planificación, que no logran integrar, de manera efectiva, las nociones de “crecimiento” y “desarrollo”, particularmente en lo que compete a la manera como uno y otro afectan el entorno natural; y a la alta dependencia de la economía de muchas de estas ciudades de la explotación de sus recursos naturales.

De acuerdo con los estudios del *United Nations Environment Programme* (UNEP), en la Región se han degradado más de 300 millones de hectáreas de tierra y casi 30 por ciento de los arrecifes en el Caribe están considerados en peligro. Los problemas ambientales urbanos, en especial, la contaminación atmosférica y del agua, y la eliminación inadecuada de desechos, producen graves efectos para la salud de los habitantes urbanos que, como ya hemos dicho, en la actualidad constituyen el 75 por ciento de la población total de la Región (UNEP - GEO, 2001).

La concentración de fuentes fijas (partículas en suspensión provenientes de obras de construcción, repavimentación de vías, incineración de basuras, fábricas, canteras, ladrilleras, etc.) y de fuentes móviles (vehículos) en grandes asentamientos urbanos afecta, de manera significativa, tanto a la ciudad como a su Región. El crecimiento en el número

de vehículos automotores y en el tiempo de traslado debido a la congestión vial han sido señalados, en particular, como los principales factores relacionados con el incremento de los niveles de contaminación ambiental en las grandes ciudades (CEPAL 2000). Los vehículos automotores producen entre 80 y 90 por ciento del plomo existente en el medio ambiente, aunque en la mayoría de los países de la Región ya hace tiempo se cuenta con gasolina sin plomo (World Bank 2001). El transporte público deficiente, así como la enorme distancia entre los hogares y el lugar de trabajo en las ciudades, ha dado como resultado trayectos más frecuentes y largos, contribuyendo así al aumento de las emisiones (CEPAL 2000, UNEP-GEO3, 2001).

No obstante lo anterior, en los últimos diez años ha habido un importante progreso en el manejo de la calidad del aire en varias ciudades. La contaminación atmosférica en las grandes ciudades como Buenos Aires, Ciudad de México, Río de Janeiro, San Pablo, Santiago y Bogotá se ha visto reducida gracias a la implementación de toda una serie de estrategias que incluyen control de emisiones, cambios en los combustibles y medidas de control en caso de contingencia (ECLAC y UNEP – GEO3 2001). Así, por ejemplo, las medidas para controlar los niveles de contaminación en el Valle de México han dado resultados favorables en la disminución del plomo y del bióxido de azufre; y, en menor medida, del monóxido de carbono producido por los automóviles. En la actualidad se realizan, con apoyo internacional, importantes estudios en Bogotá por parte de las instituciones encargadas de la calidad ambiental. No obstante, y mientras estos estudios dan sus resultados, se viene llevando a cabo, en esta ciudad, desde 1998, un control de gases en los vehículos, amén de una medida similar al programa (HNC) “Hoy no circula”, impuesto en la Ciudad de México, y aquí conocida como “Pico y Placa”; la cual busca restringir, periódicamente, la circulación de automóviles durante las horas pico, mejorando la movilidad urbana y la calidad del aire.

Otros problemas ambientales importantes en la mayoría de los países y de las grandes ciudades latinoamericanas, son: la contaminación de los alimentos, la disposición inadecuada de los desechos sólidos, la precariedad de las viviendas y la exposición a accidentes y enfermedades en los ambientes de trabajo. (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Salud, 2002).

Hace tres décadas la producción de desechos sólidos significaba entre 0,2 y 0,5 kg/día/per, mientras que actualmente es de aproximadamente 0,92 kg/día/cápita. En 1995

la población urbana de la Región generó 330.000 toneladas de desechos sólidos por día (CELADE 1999, Acurio y otros 1997). Tan solo Buenos Aires, la Ciudad de México y Sao Paulo generan, aproximadamente, 51.000 toneladas de basura al día. Si bien la recolección de desechos sólidos tiene una cobertura de casi el 90 por ciento, no hay un mecanismo de eliminación adecuado para el 43 por ciento de estos desechos (PAHO 1998, UNEP – GEO, 2001). En Bogotá se depositan en el Relleno Sanitario "Doña Juana" cerca de 5.000 toneladas de residuos sólidos y 10 de residuos especiales diariamente (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Salud, 2002). De acuerdo con el diagnóstico de la situación del manejo de los residuos sólidos municipales en América Latina y el Caribe (BID, OPS/OMS, 1997), la generación per cápita de basuras de Bogotá es la más baja de las grandes ciudades de la Región (0.74 Kg/hab/día contra 0.88 de Buenos Aires, 1.35 de Sao Paulo, 1.00 de Río de Janeiro, 0.87 de Santiago de Chile y 1.20 de México).

18. INFRAESTRUCTURA Y SERVICIOS PÚBLICOS EN LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.

18.1. Cobertura y calidad de los servicios públicos.

A pesar de los avances logrados en materia de saneamiento (**Tabla 3**), el acceso a agua limpia y a sistemas de evacuación que aseguren un mínimo de salubridad, sigue siendo un objetivo no alcanzado por muchas ciudades, pese a los altos niveles de urbanización obtenidos. Más del 30% de las viviendas no contaban, a inicios de los 90, con acceso a agua por tubería, y el 60% tampoco a alcantarillado, situación que se puede relacionar, en algunos países, con aspectos tales como las tasas de desnutrición, mortalidad infantil, ocurrencia de enfermedades estacionales, ausentismo escolar y laboral, etc. (Mac Donald, 1996).

Tabla 3
SERVICIOS PÚBLICOS DOMICILIARIOS EN LAS GRANDES CIUDADES DE AMERICA LATINA

Ciudad	Acueducto	Alcantarillado	Electricidad	Teléfono
Buenos Aires	100.00%	98.10%	100.00%	70.40%
Sao Paulo	98.00%	95.00%	99.90%	78.90%
Bogotá	95.10%	85.40%	99%	84%
Rio de Janeiro	87.70%	79.80%	100%	ND
Santiago de Chile	100.00%	99.20%	99.20%	72.80%
Lima	75.22%	71.46%	99.00%	ND
Madrid	100.00%	ND	ND	ND
México D.F.	97%	97.85%	99.83%	ND

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998. Los datos de Bogotá, relativos a electricidad y teléfono corresponden a los datos del Global Urban Indicators de 1993.

Las insuficiencias en materia de infraestructura, agravadas por la drástica reducción de la inversión pública en ese aspecto, durante los años ochenta, constituyen un factor que hoy limita seriamente la capacidad competitiva de la Región. Estas carencias existen tanto en el caso de la infraestructura urbana propiamente tal, como en el de aquella directamente vinculada a la actividad productiva; dado que, a medida que se manifiesta el incremento de la actividad exportadora e importadora en los países de la Región, el aumento de la demanda ejerce severas presiones sobre los servicios básicos (agua, energía y telecomunicaciones); pero también sobre la infraestructura (ferrocarriles, puertos y aeropuertos, vialidad y transporte urbanos e interurbanos, entre otros). (Vancouver. CEPAL, 1999g)

18.2. Transporte.

Particularmente relevante resulta hoy el tema del transporte urbano; sobre todo en las grandes ciudades, donde la congestión vial generada por el aumento sostenido del parque vehicular privado, afecta tanto a la productividad como a la calidad de vida de sus habitantes (Mac Donald, Op. Cit.).

A este respecto, la ubicación de las zonas de vivienda, en la ciudad, es motivo de creciente preocupación en los programas habitacionales y de transporte. La experiencia

latinoamericana sugiere que *una mejor relación de las zonas habitacionales con las fuentes de empleo podría favorecer la productividad de la mano de obra al acortar los tiempos de desplazamiento (Tabla 4) y liberar tiempo y esfuerzo para el desempeño laboral o el perfeccionamiento*. Asimismo, la fácil y pronta accesibilidad a los servicios urbanos, educacionales y de salud sería fundamental para ampliar la calidad de vida y las posibilidades de progreso de las familias, y favorecer su integración a la vida ciudadana (Mac Donald. Op. Cit.), lo que sugiere la necesidad de generar programas que, de manera integral, propicien la consolidación de sectores urbanos con base en posibilitar la permanencia, allí, de sus habitantes.

Tabla 4
TIEMPOS DE VIAJE EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS

Ciudad	Tiempo promedio de viaje (mn)
Buenos Aires	42.00
Sao Paulo	40.00
Bogotá	67.00
Rio de Janeiro	ND
Santiago de Chile	38.00
Lima	ND
Madrid	32.00
México D.F.	ND

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, *Global Urban Indicators, 1998* Para Bogotá: *Percepción de tiempos de desplazamiento en Bogotá D. C., Secretaría de Tránsito y Transporte. 2002*

De acuerdo con los resultados de la *Encuesta de origen-destino de viajes de los residentes del Área Metropolitana de la Ciudad de México, 1994*, del total de tramos de viaje contabilizados por día (29.1 millones), 82.4% se realizaba en transporte público, mientras que el 17.6% lo hacía en los privados. Dentro del primero participan, mayoritariamente, los colectivos (55.3%), seguidos por el metro (13.0%); y, en el segundo, lo hacen los autos particulares (16.7%). (INEGI, 2000) (**Tabla 5**). En Bogotá, cerca el 72 por ciento de los habitantes se desplazaba diariamente en cerca de 21.000

microbuses, a una velocidad promedio de 10 km por hora, tardando un promedio de 2 horas y veinte minutos en trasladarse de sus hogares a sus sitios de trabajo.

Tabla 5
MODOS DE TRANSPORTE AL TRABAJO EN LAS PRINCIPALES CIUDADES LATINOAMERICANAS

Ciudad	Vehículo Privado	Tren / metro	Bus / Minibús	Bicicleta/ caminando/ otros
Buenos Aires	33.50%	16.40%	42.20%	ND
Sao Paulo	42.00%	6.00%	37.00%	15.00%
Bogotá	7%	0.00%	75.00%	18.00%
Rio de Janeiro	12.00%	5.00%	61.00%	22.00%
Santiago de Chile	14.05%	4.01%	55.75%	26.19%
Lima	16.90%	0.00%	82.20%	0.90%
Madrid	60.00%	0.00%	16.00%	24.00%
México D.F.	17.6%	13%	55.3%	14.1%

Nota: los datos para la Zona Metropolitana de Ciudad de México (ZMCM) corresponden al año de 1994.

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998. Para México: Encuesta de origen-destino de viajes de los residentes del Área Metropolitana de la Ciudad de México, 1994, INEGI

En el caso de Bogotá, para mejorar la movilidad de la ciudad, la Administración Distrital implantó la medida de restricción vehicular “PICO Y PLACA” (para el servicio particular en 1998 y para el servicio público en el año 2001), permitiendo un aumento del 25,2% en la velocidad de desplazamiento, que pasó de 21,5 Km/h antes de la restricción, a 26,9 Km/h después de ésta (STTB:2003).

Se implementó, además, el sistema “Transmilenio” (modelo para la Región), una especie de metro que se desplaza sobre la superficie utilizando carriles especiales (troncales) para autobuses de gran volumen (160 pasajeros por unidad). Este sistema beneficiará, en el corto plazo, a por lo menos dos millones de bogotanos (actualmente sirve a más de 650.000 personas) quienes lograrán un ahorro en los tiempos de viaje cercanos al 30 por ciento; lo cual supone para éstos un ahorro de tiempo equivalente a 10 días hábiles al año. Además de ello, se espera una reducción del 90 por ciento en la probabilidad de accidentes de tránsito con víctimas fatales, en un 80 por ciento la posibilidad de lesiones y en un 40 por ciento la contaminación ambiental (Presidencia de la República: 2002)

18.3. Déficit y calidad de la vivienda.

De acuerdo con la CEPAL¹³¹, el déficit habitacional cuantitativo y cualitativo en el sector afecta a dos de cada cinco hogares latinoamericanos. Esto quiere decir que para absorberlo sería necesario construir y mejorar unos 38 millones de unidades. 25 millones de viviendas carecen de agua potable, y un tercio del parque habitacional urbano no dispone de un sistema de evacuación de excretas aceptable. En atención a que el número de hogares aumenta a un ritmo más rápido que el del crecimiento demográfico (dada la tendencia de la población, sobre todo de la urbana, a constituir familias cada vez más reducidas y diversas), la demanda de viviendas se expandirá significativamente en los próximos años.

Esta producción de viviendas, por debajo de las necesidades, característica de las grandes urbes latinoamericanas, se expresa en precariedad habitacional y hacinamiento, especialmente en el caso de los sectores de menores recursos. Se ha señalado que, en términos generales, un tercio del parque habitacional de las grandes ciudades de la región necesita ser repuesto o reparado. De cada 100 hogares, sólo 60 cuenta con viviendas adecuadas, mientras que 22 requieren mejorar sus viviendas y 18 necesitan que se les dote de una nueva habitación o se les reconstruya la que hoy ocupan (Mac Donald. Op. Cit.).

19. PANORAMA GENERAL DE LA ECONOMÍA URBANA EN LAS GRANDES CIUDADES DE LA REGIÓN.

19.1. Principales renglones de la economía urbana latinoamericana.

Dentro del conjunto total de la región, Colombia ocupa el puesto número 11 (entre 21 países) de menor a mayor ingreso; entre los países comparados, es el de menor ingreso per cápita, aunque presentó un crecimiento favorable del PIB hasta 1994 (**Tabla 6**). A partir de entonces, y por diversas causas, esta tendencia ha decrecido de manera dramática. En términos porcentuales ha disminuido la participación del sector agrícola, se ha mantenido la del industrial y ha aumentado la del sector de los servicios (lo que en América Latina implica, en general, un aumento de las actividades relacionadas con la informalidad).

¹³¹ CEPAL, Los Asentamientos Humanos en la Región: de Vancouver a Estambul. La imagen de los asentamientos humanos en los años setenta y ochenta. Para mayor información veáse: Documentos

Tabla 6.
PRODUCTO INTERNO BRUTO (PIB) EN AMERICA LATINA.

País	nivel ing.	PIB	Población Urbana		Crecimiento	PIB	PIB	Agricultura		Industria		Servicios	
		Per cápita	(% del total)				(US\$ mill.)						
		1994	1980	1994	1980-90	1990-94	1994	1980	1994	1980	1994	1980	1994
Argentina	21	8110	83	88	-0.3	7.6	281.92	6	5	41	30	52	65
Brasil	16	2970	66	77	2.7	2.2	554.59	11	13	44	39	45	49
Colombia	11	1670	64	72	3.7	4.3	67.27	19	14	32	32	49	54
México	19	4180	66	75	1	2.5	377.12	8	8	33	28	59	64
Perú	12	2110	65	72	-0.2	4.2	50.08	10	7	42	37	48	56

Notas: La segunda columna expresa el nivel de Ingreso dentro del contexto de la región de Latinoamérica y el Caribe.
 Los componentes del PIB están expresados en valores de comprador.
 Se entiende por Industria a las actividades de minería, manufacturas, construcción, electricidad, agua y gas, y por Servicios a las de comercio mayorista y minorista, transporte, gobierno y servicios personales (incluye cargos por serv. Bancarios, derechos de importación y partidas no asignadas).
 Fuente: Banco Mundial, 1996.

19.2. Distribución del Ingreso.

En la mayoría de los países de la Región la proporción de hogares pobres es aún más alta que en los años setenta. En los primeros años de esta década algunos de ellos lograron disminuir sus índices de pobreza, pero este avance sólo representa una recuperación parcial de los niveles alcanzados en la década de 1970. Por otra parte, el cambio del panorama de pobreza, predominantemente rural, que se dio hasta comienzos de los años ochenta, al actual (en que la mayoría de los pobres son urbanos), *convierte a la ciudad en el principal escenario de la pobreza latinoamericana (Tabla 7)*. Las desigualdades entre ricos y pobres para acceder a una mejor calidad de vida y más amplias oportunidades, se acrecientan a causa de una distribución del ingreso que, es hoy, más concentrada e inequitativa que a fines de los años setenta [CEPAL, 1994a]. Un indicador aproximado es la comparación entre el producto urbano per cápita y el producto interno bruto per cápita entre las grandes ciudades de la región (Tabla 8) y Madrid.

Tabla 7.
POBREZA EN HOGARES EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS.

Ciudad	%hogares por debajo del nivel de pobreza local	%hogares con madre cabeza de familia por debajo del nivel de pobreza local
Buenos Aires	4.40%	ND
Sao Paulo	6.50%	2.00%
Bogotá	23%	23%
Rio de Janeiro	17%	20%
Santiago de Chile	4.70%	ND
Lima	ND	ND
Madrid	9.90%	2.40%
México D.F.	ND	ND

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998

Tabla 8.
PRODUCTO URBANO EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS COMPARADAS CON MADRID.

Ciudad	Producto urbano/ cápita	PIB/ cápita
Buenos Aires		\$8,045.00
Sao Paulo	\$1,478.00	\$4,792.00
Bogotá (1996)	\$1,790.00	\$3,512.72
Rio de Janeiro	\$9,399.00	\$4,792.00
Santiago de Chile	ND	\$4,922.00
Lima	\$673	\$2,440.00
Madrid	\$18,717.00	\$14,606.00
México D.F.	ND	ND

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998

19.3. La pobreza urbana en las grandes ciudades de la Región.

En conclusión, puede afirmarse que la distribución del ingreso es hoy más concentrada e inequitativa que a fines de los años 70, por lo que la Región no ha podido lograr progresos importantes en materia de reducción de la pobreza. En muchos países se observa un aumento de la pobreza urbana y de las desigualdades de acceso a niveles adecuados de calidad de vida y oportunidades de progreso. En términos generales, el 20% más rico acumula cerca del 50% de los ingresos, mientras el 20% más pobre sólo percibe alrededor del 5%. El crecimiento económico no ha ido acompañado de un aumento de los puestos de trabajo productivo para absorber el crecimiento de la fuerza laboral, y un desempleo persistente, o en aumento, sigue afectando preferentemente a los más pobres de la región, con tasas comprendidas entre un 15 y 20% (Mac Donald, Op. Cit.).

Si hasta los años 80 la mayoría de los pobres de la región habitaban en áreas rurales, hoy existe una pobreza predominantemente urbana, así este problema pueda considerarse más grave y generalizado entre los habitantes de las áreas rurales¹³² (Ibídem).

La excesiva segmentación existente, hasta ahora, entre las políticas habitacionales y urbanas, y entre estas y otros programas sociales e iniciativas del sector privado, ha disminuido la eficacia de las acciones en la lucha contra la pobreza. Estas insuficiencias de la infraestructura social y productiva también limitan seriamente la capacidad de las ciudades para ser competitivas (Ibídem), de allí la necesidad de las ciudades latinoamericanas de *desarrollar una gestión territorial más eficiente con el fin de mejorar su papel en el cuadro económico actual*.

Las altas tasas de desempleo, en las grandes ciudades de la Región (**Tabla 9**), exigen maximizar la eficiencia económica del territorio, para lo cual es necesario, generar sinergia entre el sistema urbano y el desarrollo regional en condiciones sostenidas y sustentables; garantizando, al mismo tiempo, la cohesión social y cultural del territorio.

¹³² No obstante *haya menos pobres, proporcionalmente, en las ciudades que en el campo, y menos pobres en las grandes ciudades que en las más pequeñas*.

Tabla 9
LA OFERTA DE EMPLEO Y LA DEMANDA LABORAL EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS.

Ciudad	Desempleo (masculino)	desempleo (femenino)	desempleo (total)	% de población total en el sector informal
Buenos Aires	6.00%	5.6%	23.80%	10.30%
Sao Paulo	9.80%	16.30%	12.50%	25.40%
Bogotá	16.9%	24.5%	19.20%	53.8%
Rio de Janeiro	4.20%	6.20%	5.00%	40.10%
Santiago de Chile	ND	ND	ND	22.9%
Lima	ND	ND	15.40%	48.80%
Madrid	12.80%	21.20%	16.30%	ND
México D.F.	3.7%	4.5%	4%	ND

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998 Fuente para México: INEGI. Dirección General de Estadística. México, 2001.

Colombia, después de Argentina, presenta la tasa más alta de desempleo de América Latina (superando el 15,5%); la cual no resulta muy distinta a la del caso español en el año 2001(13,2%), (Barroso: 2002), aunque sí de la Unión Europea en general que, en el mismo año, tuvo una tasa del 7.7%.

CAPITULO IX. MARCO DE REFERENCIA HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ.

20. ANTECEDENTES HISTÓRICOS: EL PROCESO DE POBLAMIENTO EN EL NUEVO REINO DE GRANADA.

20.1. La conquista del territorio y el control del espacio periférico: Exploración costera (1508-1525).

Después de la fundación de las efímeras San Sebastián (1509) y Santa María la Antigua del Darién, en territorio de la actual República de Colombia, se inicia una fase de exploración costera del continente, seguida por el establecimiento de un conjunto de bases militares del litoral Caribe (1525-1536) y de un avance, al interior del continente, hasta cerca de 1560. De esta manera se configura, en poco más de media centuria, un proceso de conquista del territorio y de control del espacio periférico.

Una vez realizada la exploración de las costas, se fundan las ciudades costeras de Santa Marta y Cartagena de Indias, como bases militares y de apoyo logístico para la empresa de conquista del interior del continente. Desde allí se organizan expediciones de penetración desde el litoral hacia el sur, desde Quito hacia el norte y desde Coro, en Venezuela, hacia el suroccidente, coincidiendo unas y otras en el altiplano cundi-boyacense (marco de la actual ciudad de Bogotá), ubicado al centro de la actual República de Colombia y asiento principal de los muisca (una de las sociedades aborígenes con mayor nivel de desarrollo económico y social de la región). Estas expediciones confluyen en la Sabana de Bogotá en el año de 1538, en donde se fundará la ciudad de Santa Fe de Bogotá y desde donde se continuará el proceso de exploración y de conquista del territorio continental.

Hay que señalar que esta fase del proceso de colonización no obedece a una estrategia planificada sino, más bien, a un proceso fragmentado de ocupación del territorio que incluye la desintegración y dispersión -en bandas independientes e incontroladas- de las primeras columnas militares. Las correrías de rescate y ranqueo de las riquezas demuestran, a su vez, que la principal preocupación de los exploradores, en esta fase del proceso de conquista, está centrada (como señalamos en páginas anteriores) en la

20.2. La etapa de consolidación económica y de la organización administrativa del territorio a partir de 1560.

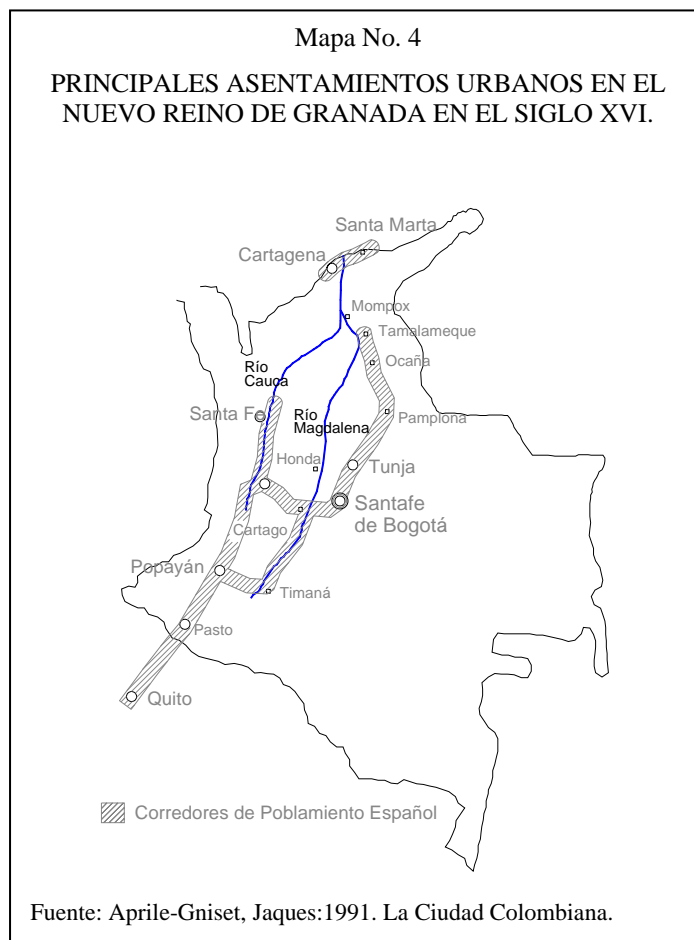
Lámina 52
« SANTA FE DE BOGOTÁ »



El resultado de este proceso es la conformación de un modelo espacial caracterizado por la definición de corredores de circulación¹³³ y por la diversificación social y productiva de las fundaciones, incluyendo centros mineros (Almaguer, La

573

Victoria, Cáceres y Zaragoza, entre otros), Poblados de cultivadores y ganaderos (Ocaña y Leiva); bases militares; puertos fluviales (Mompox y Honda) y marítimos (Santa Marta y Cartagena de Indias); y centros de concentración de funciones administrativas del poder civil y religioso, como Bogotá, Cartagena, Tunja y Popayán (**Mapa 4**); ciudades que adquieren, de esta forma, y de manera temprana, el carácter de *ciudades terciarias*.



Todos estos aspectos configuran -hacia el final del siglo XVI- un modelo territorial constituido por un conjunto de bases urbanas a manera de “ínsulas conquistadas en un entorno hostil” (Aprile-Gnisset, 1991. pp.166), con un marcado carácter de enclave. Esta concepción de los asentamientos como punto de entrada al territorio y de control del espacio periférico (Gouëset, V. 1998. pp. 30) - que antecede a la organización de la producción -, permite atribuirle a estas primeras poblaciones un carácter “artificial” que se contrapone al esquema económico general, según el cual, “la ciudad surge como producto de la producción” (April-Gnisset. Op. Cit.). En esta medida se evidencia un problema estructural del proceso de ordenamiento del territorio en Hispanoamérica durante el proceso de conquista: *la ausencia de una base económica sostenible*.

Este es el caso de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, fundada el 6 de Agosto de 1538¹³⁴ en medio de un territorio hostil, lejano de las costas y de fuentes fluviales que faciliten el acceso desde el litoral.

20.3. La Fundación de la ciudad y los orígenes endo-exógenos de su expansión.

La primera fase en el proceso de crecimiento de Bogotá resulta similar a la de otras ciudades hispanoamericanas, dado que se configura a partir de la llamada “traza urbana hispanoamericana”, es decir, organizada a partir de un trazado ortogonal, en damero, con una plaza mayor alrededor de la cual se disponen los poderes civil y religioso. Trazada la ciudad, se repartieron los solares y mercedes de acuerdo a un patrón determinado por la jerarquía de los “bien habientes”; la cual, como es bien conocido, excluye a los naturales.

Esto promoverá posteriores tendencias de localización de los niveles más altos de la pirámide social con respecto a la Plaza Mayor (o a las parroquias, hasta la segunda mitad de el siglo XIX). De igual manera, la relación con los canales de producción y la conexión con la metrópoli (hacia el Occidente y hacia el Norte de la ciudad) establecerán unas tendencias que empezarán a determinar, hasta bien entrado el siglo XIX, el crecimiento de la ciudad.

Durante la presidencia (1564-1740) y el virreinato (1740-1810) la ciudad se consolida de la mano con la estructura de la sociedad colonial. No obstante, el patrón de crecimiento por agregación de manzanas¹³⁵, permite que la ciudad mantenga, tanto su conformación física, como la configuración de sus funciones urbanas.

Solo hasta el período correspondiente a la república (a partir de 1810), la ciudad empezará a experimentar significativos procesos de transformación, incluyendo un progresivo aumento de la población, que redundará en que se quintuplique su población en el siglo XIX. Si bien tan sólo entre los años de 1800 y 1848 la ciudad ya ha duplicado su población, la fase más aguda de incremento de población, durante el siglo XIX, corresponde al periodo comprendido entre 1848 y 1870. Entre otros factores generadores de este incremento se cuentan las migraciones promovidas por las guerras civiles y por la

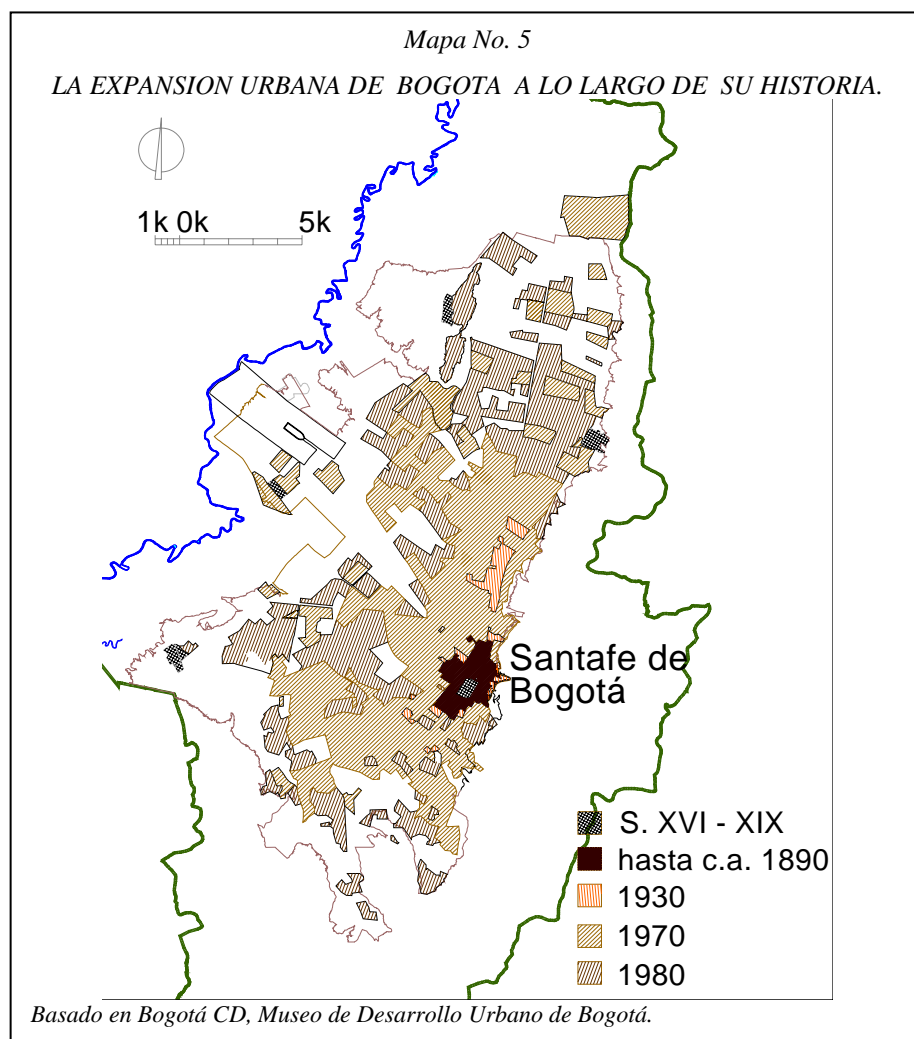
¹³⁴ Fundación ratificada con acto oficial y definitivo en Abril de 1539.

¹³⁵ “Adiciones incrementales a la forma urbana existente”, según definición de Eduardo Rojas en (Op. Cit.

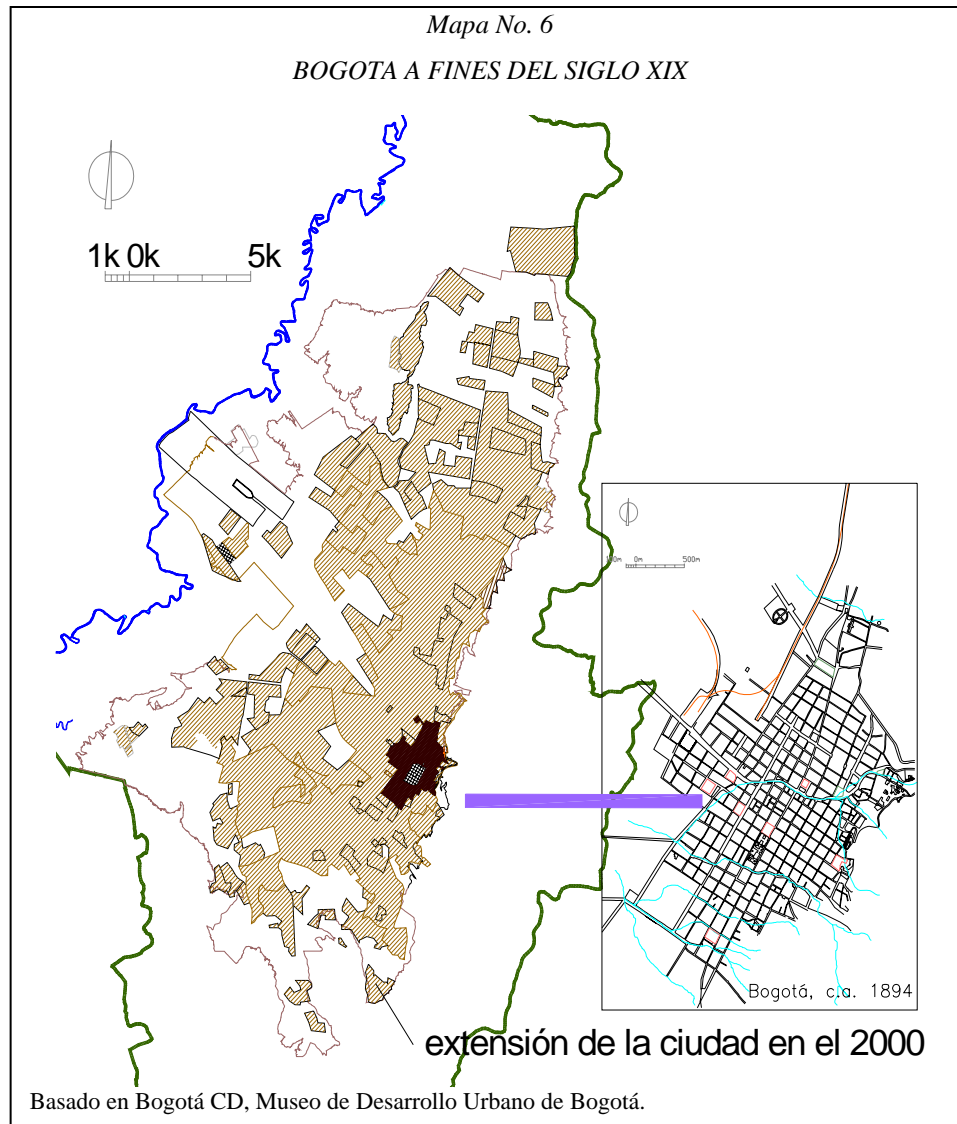
dotación existente de equipamientos de salud pública, únicos en el país capaces de atender problemas como las epidemias.

No obstante, cabe señalar que este aumento de población llevado a cabo durante el siglo XIX, no implicó un aumento correlativo en la extensión de la ciudad, lo cual significó que ésta creciera “hacia adentro”; es decir, a través de un proceso de subdivisión de los lotes y las viviendas existentes. Este crecimiento endógeno puede explicarse en razón a la existencia de haciendas y de casa quintas (Chapinero), de haciendas de trabajo de las Cruces hacia el sur, de una barrera natural (los cerros) hacia el Oriente, y de ejidos hacia el occidente (**Mapa 5**).

Entre 1850 y 1910 se transforma el modelo urbano. Nuevos elementos como el tranvía facilitan la expansión de la ciudad hacia las grandes zonas que se van incorporando paulatinamente al perímetro urbano, bien a través de la agregación de manzanas, bien a través de ejes, *lo cual permite un desarrollo por islas y, por ende, una transformación del modelo de crecimiento.*



Dentro del contexto nacional, Bogotá es la ciudad que mas crece en el siglo XIX, siendo la única capaz de hacer el tránsito de colonial a moderna, gracias a la recepción de nuevos flujos de mercado que aumentan la cantidad de capital circulante (**Mapa 6**).



A partir de 1930, la combinación de diversos factores como la explosión demográfica y las altas tasas de migración promovidas por la violencia, promueven un rápido crecimiento urbano, que conduce a la expansión de la periferia urbana. La primacía del “sector servicios” frente a otras funciones urbanas, se concentra, aprovechando ventajas de localización, en el núcleo central, al cual se van incorporando, de forma incremental, por la vía del mercado, zonas residenciales para el uso comercial o de oficinas. Esta expansión gradual del sector terciario impulsó, a su vez, el surgimiento de múltiples “subcentros periféricos”, induciendo una transformación en la función del área central con respecto al resto de la ciudad. A su vez, esta primacía del “sector servicios”, se

expresa en la ciudad a través de una gran concentración de actividades “terciarias” que conforma un gran “centro urbano” en torno al núcleo central fundacional, que así incorporó, por la vía del mercado, zonas residenciales al uso comercial o de oficinas, sin que la administración atendiera este problema a través de instrumentos de planeación.

20.4. La transformación urbana: del predio al barrio.

La “ciudad de barrios” caracteriza la forma de crecimiento de Santa Fe de Bogotá en el siglo XX: desde que la ciudad abandonó el patrón colonial basado en la manzana, a comienzos del siglo pasado, el barrio residencial se configuró como la unidad privilegiada de expansión y ordenamiento urbano.

En los años 50, este nuevo patrón desbordó los límites del modelo reticular, y dio cada vez más importancia a las vías de interconexión. Esta jerarquización vial separó las decisiones relacionadas con el tráfico y el transporte, de aquellas que tienen que ver con la forma de cada barrio y con la forma urbana en su conjunto. Como se indica en el Documento Técnico de Soporte del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá, (en adelante, POT), el intento de unificación de la ciudad dispersa de barrios ya construida a través del diseño del plan vial, dio a la ciudad dos “formas” distintas, que se superpusieron, de manera sucesiva: la ciudad lineal “recostada” sobre los cerros orientales, (reforzada por el plan de Le Corbusier en 1951), y la forma radiocéntrica de los planes desde 1958 que se ha mantenido hasta hoy.

Durante las últimas décadas Bogotá, dividida en la actualidad en 20 localidades,¹³⁶ ha venido experimentando un crecimiento físico urbano caracterizado por una notable compactación de las áreas ya incorporadas al proceso de urbanización; por cambios muy significativos en la clase de uso y la intensidad de aprovechamiento del suelo en las zonas centrales de la ciudad desarrollada hasta 1973 (por el desarrollo de los vacíos urbanos existentes, o la implementación de programas de renovación urbana); y por un crítico agotamiento de los suelos urbanizables dentro del perímetro urbano (**Ver Mapa 5**). Este último aspecto ha determinado, a su vez, que el fenómeno de la urbanización informal, o

¹³⁶ La figura de “Localidad” alude, en el caso de Bogotá, a la división político-administrativa desde la cual la administración de la ciudad pretende hacer efectivo su proceso de descentralización y consecuente empoderamiento desconcentrado de las decisiones y la ejecución presupuestal. Tema del que, en detalle, nos ocuparemos más adelante.

ilegal, haya continuado representando una proporción muy elevada de la expansión urbana; lo cual se explica, tanto por la persistente elevación de los precios del suelo dentro del perímetro, como por los bajos niveles de los ingresos de la mayoría de los hogares y por la ineficiencia de las políticas de vivienda de interés social. Contrastes que indican *un agudo proceso de segregación socio-espacial*. Mientras los estratos más altos de la población han ocupado la zona norte y nororiental de la ciudad, las periferias occidental, sur y sur-oriental, continúan recibiendo la población más pobre en asentamientos formales o informales (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

CAPITULO X. CARACTERIZACIÓN FÍSICO-AMBIENTAL DE LA CIUDAD

21. DESCRIPCIÓN AMBIENTAL Y GEOMORFOLÓGICA

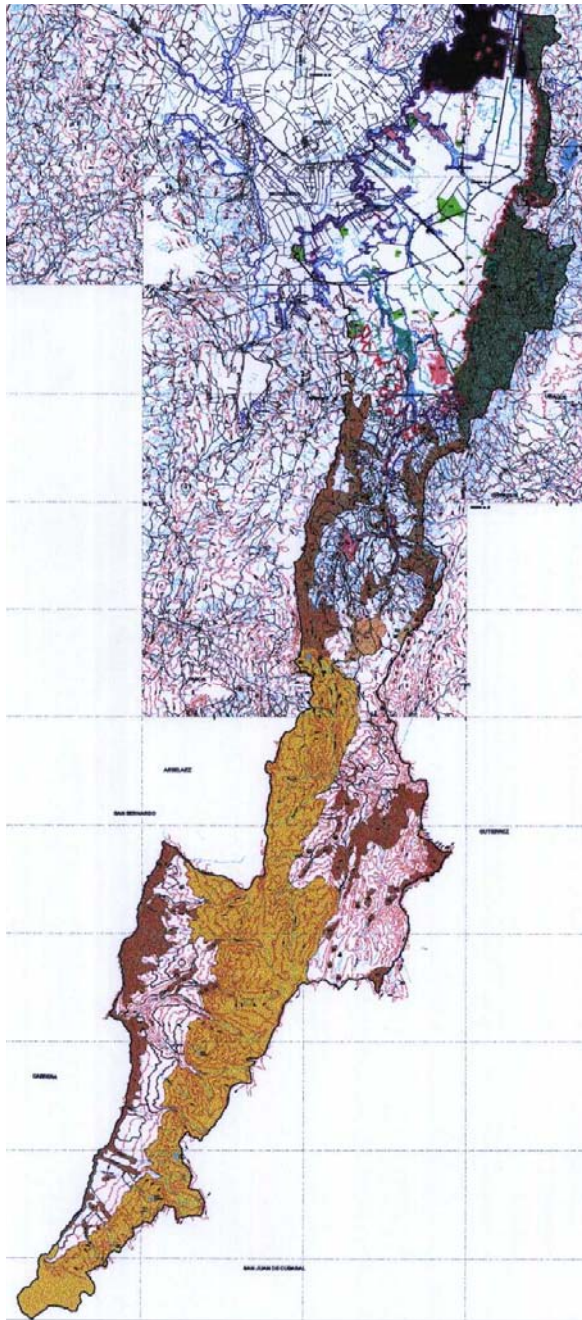
21.1. La estructura ecológica de la ciudad.

La Estructura Ecológica Principal Regional identifica un sistema de áreas protegidas que comprende, en el ámbito de la Sabana de Bogotá, ocho zonas protegidas y legalmente declaradas (nacimiento del río Bogotá; cerros orientales; represa de el sapo; Pantano redondo y nacimiento del río Susagüá; nacimiento quebrada Honda y Calderitas; Urbana Alta y Sierra Morena; laguna de Guatavita y loma de Peña Blanca; quebrada Paramillo y Queseros), cuatro en proceso legal de declaración (nacimiento del río Subachoque y pantano de Arce; páramo de Guerrero Guargua y laguna Verde; nacimiento quebrada el Choque; y Salto de Tequendama) y tres en proceso de delimitación (quebrada Honda-vereda Yerbabuena; cerro Majui y humedal de la Florida) (DAMA 1999, p. 23, citado por el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). Tanto su estudio, como su declaración, han obedecido a la necesidad de proteger a la vez las cabeceras de fuentes de agua para acueductos municipales y los remanentes boscosos para conservación ecológica y áreas naturales; (reservas que representan vegetación de páramo, subpáramo y de bosque altoandino). Los dos principales elementos de integración del Distrito Capital a esta estructura son los Cerros Orientales y el macizo de Sumapaz (**Mapa 7**).

El subsistema orográfico está particularmente degradado por el desarrollo de actividades mineras extractivas y por la invasión de viviendas de estratos altos y bajos. En este sentido, el sur de la ciudad encierra los más graves problemas de deterioro asociados a los altos niveles de pobreza. A su vez, el elevado nivel de contaminación de las aguas del subsistema hídrico, determina limitantes al aprovechamiento de los mismos, tanto en lo que hace a su función biológica como en lo concerniente a su potencial paisajístico y urbano. En esta medida puede considerarse que las deficiencias en los procesos de gestión y mantenimiento de estos subsistemas inciden, no solo en su creciente vulnerabilidad, sino, incluso, en la propia gobernabilidad de los territorios que comportan.

Mapa No. 7

EMPLAZAMIENTO DE BOGOTÁ EN EL MARCO AMBIENTAL DE LA SABANA (ESTRUCTURA ECOLÓGICA PRINCIPAL) AÑO 2000.



CONVENCIONES

- Perímetro del Distrito
- Perímetro Urbano
- Perímetro Expansión Urbana
- Vial
- Curvas de Nivel
- Vías Regionales
- Cuerpos de Agua
- Líneas de Alta Tensión
- Líneas Férreas

LEYENDA

- Sustracción a la reserva - CAR
- Áreas Incorporadas y sujetas a Revisión para la Resolución 76/79 por la CAR

SISTEMA DE AREAS PROTEGIDAS

Áreas Protegidas del Orden Nacional y Regional

- Parque Nacional Natural
- Reserva Forestal Nacional
- Área de Manejo Especial

Áreas Protegidas del Orden Distrital

- Santuario Distr. Fauna-Flora
- Reserva Forestal Distrital
- Parque Ecológico Distrital

PARQUES URBANOS

- de recreación pasiva
- de recreación activa

Fuente: DAPD, Plan de Ordenamiento Territorial (POT) . Decreto 619 de 2000

21.2. Inscripción en el paisaje.

La ciudad de Bogotá se emplaza en la llamada Sabana de Bogotá, territorio definido como la cuenca alta del Río Bogotá, el cual se extiende desde el municipio de Villapinzón –donde nace– hasta su salida del altiplano, en el Salto de Tequendama. En

términos físicos, la sabana se encuentra conformada por las tierras planas, los cerros que las limitan al oriente y al occidente hasta la divisoria de aguas, los páramos y las cuencas de los afluentes del río Bogotá.

Esta cuenca está formada por suelos entre los 2.600 y los 3.500 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m), dentro de los cuales se diferencian dos unidades geomorfológicas predominantes: las tierras planas de clima frío, en su mayoría localizadas a una altura de 2.640 m.s.n.m y las tierras en zona montañosa de clima frío, subpáramo y páramo, localizadas a partir de los 2.700 m.s.n.m (Instituto Geográfico Agustín Codazzi, IGAC, - ORSTOM -antiguo *Institut de Recherche pour le Développement, IRD*-, 1984, citado en el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá, 2000). La superficie de la cuenca alta del río Bogotá ha sido estimada en 430.470 hectáreas, incluyendo la altiplanicie de clima frío, las tierras de ladera y la zona montañosa de páramo y subpáramo. A estas corresponden, respectivamente, 154.340, 148.795 y 127.000 hectáreas (Corporación Autónoma Regional, CAR, 1985).

La altiplanicie de la sabana es el territorio con mayor aptitud para la agricultura, la ganadería y los asentamientos urbanos no dispersos; por el contrario, los páramos y subpáramos no presentan aptitud para ninguna de estas tres actividades y, como tal, deben ser mantenidas con su vegetación originaria en tanto son, por excelencia, zonas productoras de agua. Por su parte, las zonas de ladera demandan usos muy controlados, particularmente en la ganadería y su potencial básico está en la regeneración de la vegetación de bosque (**Ver Mapa 7**).

El territorio al sur-oriente del altiplano ha sido urbanizado de manera intensiva y corresponde a la ciudad de Bogotá (**Ver Mapa 7**). Esta zona concentra, en cerca de 310 km², la mayor parte de la población, los servicios, las áreas de empleo y es el punto de convergencia de la infraestructura de transportes y servicios públicos de mayor jerarquía de la Sabana.

El territorio del occidente y sur-occidente contiene la mayoría de los pequeños asentamientos urbanos y suburbanos, así como dos centros de importancia regional: las ciudades de Facatativá y Zipaquirá, interconectados por una red vial secundaria.

Esta red de asentamientos urbanos está conformada por el gran centro metropolitano (Bogotá) y una estructura radial de asentamientos menores, vinculados a la

red vial nacional y a la red regional de la Sabana. Dentro de la estructura radial, tienen un mayor predominio, el eje de occidente en el cual se ha desarrollado una conurbación de los municipios de Funza-Mosquera-Madrid-Facatativa, y el eje norte compuesto por Cota-Chía-Cajicá-Zipacquirá-Cogua. Dos “ejes” de pequeños asentamientos se localizan cercanos a los cerros orientales (Sopó, La Calera) y a los cerros occidentales (Tenjo-Tabio-Subachoque, como se aprecia en el **Mapa N° 7** (Documento Técnico de Soporte, del POT)).

Los cerros Orientales pueden considerarse como uno de los más importantes componentes de la estructura ecológica de la ciudad; no obstante, se han visto afectados por la explotación de canteras, la construcción de vías para el desarrollo de esta actividad, así como por procesos de urbanización (formales e informales).

Los cerros de Juan Rey, Guacamayas, Cuchilla del Gavilán y de Doña Juana se ubican al sur-oriental de la ciudad y constituyen un sistema altamente intervenido. (**Ver Mapa N° 7**). El primero de estos cerros está conformado por suelos muy erosionados y es objeto de una fuerte presión de urbanización, hasta media ladera, por parte de sectores marginales. El cerro Guacamayas soporta una presión de urbanización similar en toda su falda y hasta casi la cima, coexistiendo con zonas de extensa erosión superficial, focos de erosión severa y canteras abandonadas. La cuchilla del Gavilán corresponde a un mosaico de pastizales, cultivos, matorrales y rastrojos, con algo de cobertura leñosa que corresponde a fragmentos de encenillal, sistema deteriorado por un manejo agropecuario inadecuado y objeto de un proceso de urbanización generado a partir del desarrollo vial de la Autopista al Llano (Departamento Administrativo del Medio Ambiente, DAMA. 1998, citado en el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). El cerro Doña Juana, por su parte, soporta el relleno sanitario desarrollado sobre un terreno antiguo y severamente degradado por el manejo inadecuado de ecosistemas semiáridos. Algo similar ha ocurrido con Sierra Morena, al suroccidente, la cual ha sido urbanizada, casi en su totalidad, pese a que le corresponde, potencialmente, a la función de protección de infraestructura del acueducto de Bogotá.

Otros elementos importantes dentro de la estructura geomorfológica y ecológica de la ciudad son los cerros de Suba y La Conejera, serranía aislada del conjunto de cerros que rodean la Sabana de Bogotá, ubicados al nor-occidente de la ciudad.

Los cerros de Suba, sur y norte, cuentan con desarrollos marginales en el sector occidental, y urbanizaciones de clase alta y media en el sector oriental. Muchos de los barrios que aquí se asientan han sobrepasado la cota de los 2.700 m.s.n.m., límite de protección establecido desde 1990 (EPAM, 1996). El impacto ambiental es considerable, máxime si se tiene en cuenta que La Conejera conserva uno de los más auténticos bosques altoandinos que aún subsisten en la ciudad; lugar donde nace la quebrada Salitrosa que alimenta el humedal de La Conejera.

21.3. Los Subsistemas hídrico y orográfico.

La red hidrográfica de los Cerros Orientales, perteneciente a la cuenca del río Bogotá, comprende las subcuencas de los ríos Juan Amarillo, San Francisco y San Cristóbal en el flanco oriental y la subcuenca del río Teusacá en el flanco occidental. En consecuencia, los cerros constituyen una reserva ecológica de 14.000 hectáreas que se extiende desde el extremo sur hasta el extremo norte de la ciudad; franja conectada con la reserva hídrica “El Sapo” (1.050 hectáreas) localizada en el municipio de La Calera y con la reserva quebrada Honda-vereda Yerbabuena (en proceso de delimitación), con una extensión aproximada de 300 hectáreas localizada en el municipio de Chía, al norte de la ciudad.

Los Cerros Orientales conectan dos importantes sistemas, los Parques Nacionales Naturales de Chingaza y Sumapaz, que son las áreas más extensas y próximas a Bogotá con ecosistemas relativamente bien conservados; los que a su vez constituyen fuentes abastecedoras de agua para el Distrito y los municipios aledaños. Chingaza es el oferente actual y del futuro próximo.

El macizo de Sumapaz, nudo orográfico culminante de la cordillera Oriental, con una altura promedio entre 3.500 y 4.000 metros sobre el nivel del mar, constituye un Parque Nacional Natural de aproximadamente 154.000 hectáreas. El páramo de Sumapaz constituye la divisoria de aguas entre los sistemas fluviales de los ríos Guaviare-Orinoco en el oriente y el río Magdalena en el occidente, repartiendo sus aguas radialmente en todas direcciones, siendo una inmensa reserva de agua dadas sus altas precipitaciones y su ubicación sobre el ecuador climático.

La conexión de la estructura de montaña con la Sabana se logra, principalmente, a través de los ríos que constituyen la cuenca del río Bogotá. Los cursos que nacen en los Cerros Orientales atraviesan la ciudad y tributan sus aguas en el borde occidental de la ciudad al río Bogotá, siendo ejes importantes los ríos Teusacá y Tunjuelito (Documento Técnico Soporte del POT de Bogotá).

De otra parte, los humedales de Bogotá forman parte del más importante sistema del norte de los Andes. No obstante, el sistema se ha reducido de 50.000 hectáreas, a sólo 800, en menos de 40 años, debido a los rellenos, a las construcciones ilegales, a los depósitos de basuras, a la acumulación de escombros y al vertimiento de aguas negras (DAMA, 1997).

De los trece humedales con los cuales cuenta Bogotá, los más deteriorados y reducidos son los de Tibanica, Capellanía, Techo, El Burro y La Vaca. Los tres últimos son, por su posición, estratégicos; pues se encuentran en una de las zonas más secas y áridas de la ciudad, como también una de las más pobladas: la localidad de Kennedy. De allí la importancia fundamental de su función como reguladores ambientales, hídricos y de humedad relativa.

El impacto de la urbanización se extiende a la estructura hidrográfica: El río Salitre o Juan Amarillo (**Ver Mapa N° 7**) es el colector final de las aguas negras y lluvias de gran parte del norte de la ciudad. Su tramo inferior, en una longitud de más de 7 kilómetros, presenta condiciones de alcantarillado abierto luego de recibir la descarga de aguas negras de los interceptores enterrados. La laguna de Juan Amarillo actúa como embalse de amortiguación de crecidas que reduce los caudales pico que llegan al río Bogotá.

El río Fucha drena todo el sector central, parte del suroriente y la zona industrial de occidente antes de desembocar en el río Bogotá, al sur de Fontibón. El río Tunjuelito nace en el páramo de Sumapaz y drena todo el sur de la ciudad desde Usme hasta Bosa. Desde que ingresa a la ciudad recibe vertimientos de aguas negras producto de las curtiembres de San Benito, de los vertimientos de un considerable número de industrias químicas y de galvanoplastia y de los lixiviados del relleno sanitario Doña Juana.

Todos los ríos citados son tributarios del río Bogotá, que recorre la ciudad de norte a sur desde el Puente del Común hasta Alicachín, en donde inicia su descenso hacia la

principal arteria fluvial del País: el Río Magdalena. Once ríos afluentes lo contaminan, tres de los cuales aportan las mayores descargas: el Juan Amarillo que descarga 123 toneladas de desechos al día; el río Fucha, con una descarga de 590 toneladas/día y el río Tunjuelito, con una descarga de 616 toneladas/día. De esta manera el río Bogotá vierte diariamente 1.473 toneladas de sólidos en suspensión al río Magdalena, el principal río de Colombia (Corporación Autónoma Regional. CAR-Sociedad Geográfica de Colombia, 1996).

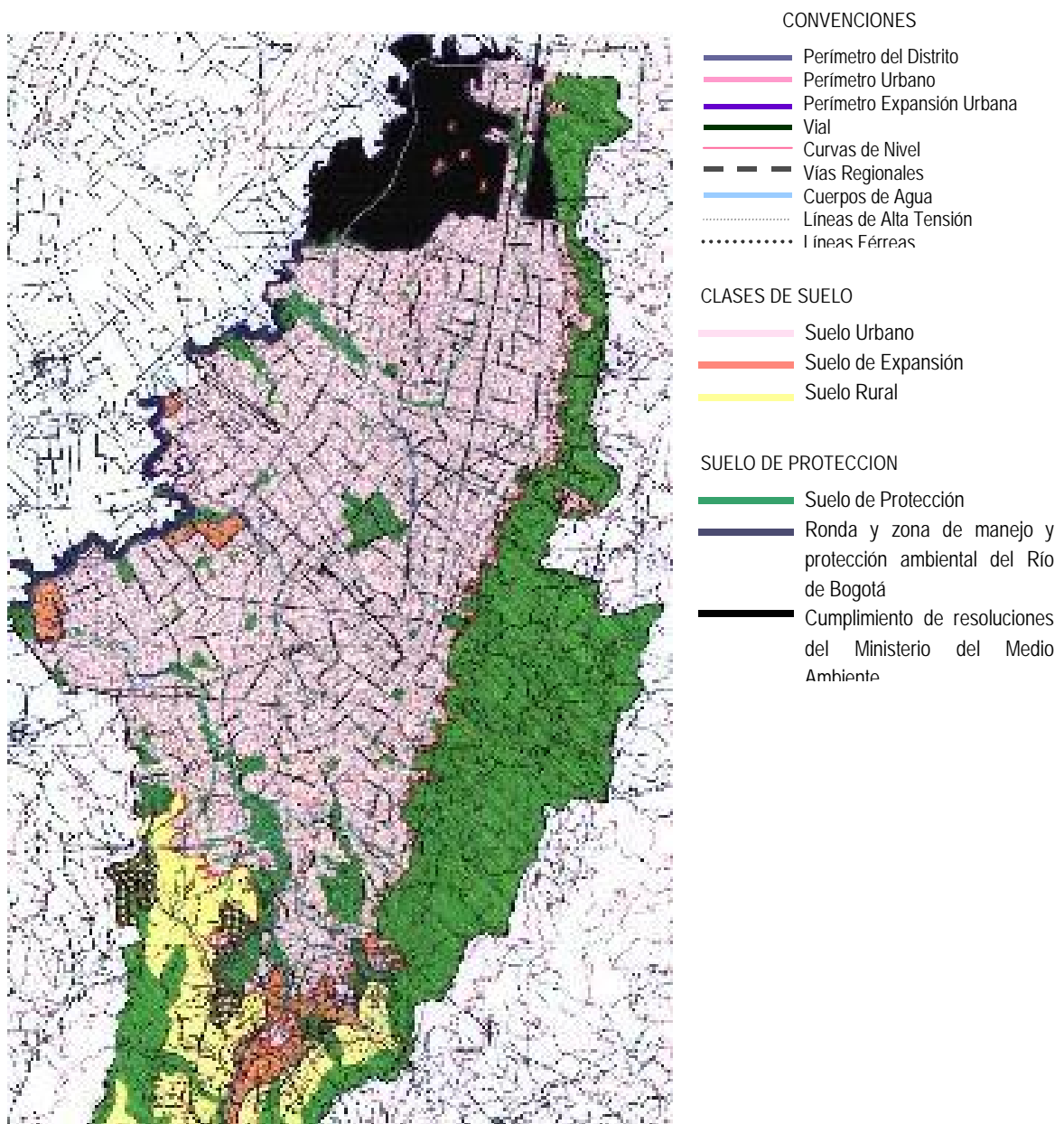
21.4. Caracterización geológica y agro-forestal de la ciudad.

La evolución del uso agrícola en la Sabana de Bogotá se caracteriza por un significativo incremento de la pradización (**Mapa 8**) - con la subsecuente contracción de la producción agrícola alimentaria, expresada en la crisis cerealera que redujo en 30 años la superficie sembrada en cereales de 48.000 a 5.800 hectáreas - así como por un estancamiento de la papicultura en cultivos que abarcan aproximadamente 15.000 hectáreas.

Aunque se presenta un incremento de los cultivos en hortalizas, la participación de la horticultura en la superficie cultivada es muy baja. Para 1989 se estimaba en 2.248 hectáreas, que equivalen a menos del 1% de la superficie ocupada por pastos. La floricultura ha ido incrementando el área de siembra, siendo el mas dinámico de los renglones dentro de los cultivos comerciales, pero su participación dentro de la frontera agropecuaria es aún discreta, correspondiendo, en 1989, a algo más de 3.000 hectáreas.

Mapa No. 8

CLASIFICACION DEL SUELO EN BOGOTA



Fuente: DAPD, Plan de Ordenamiento Territorial (POT) . Decreto 619 de 2000

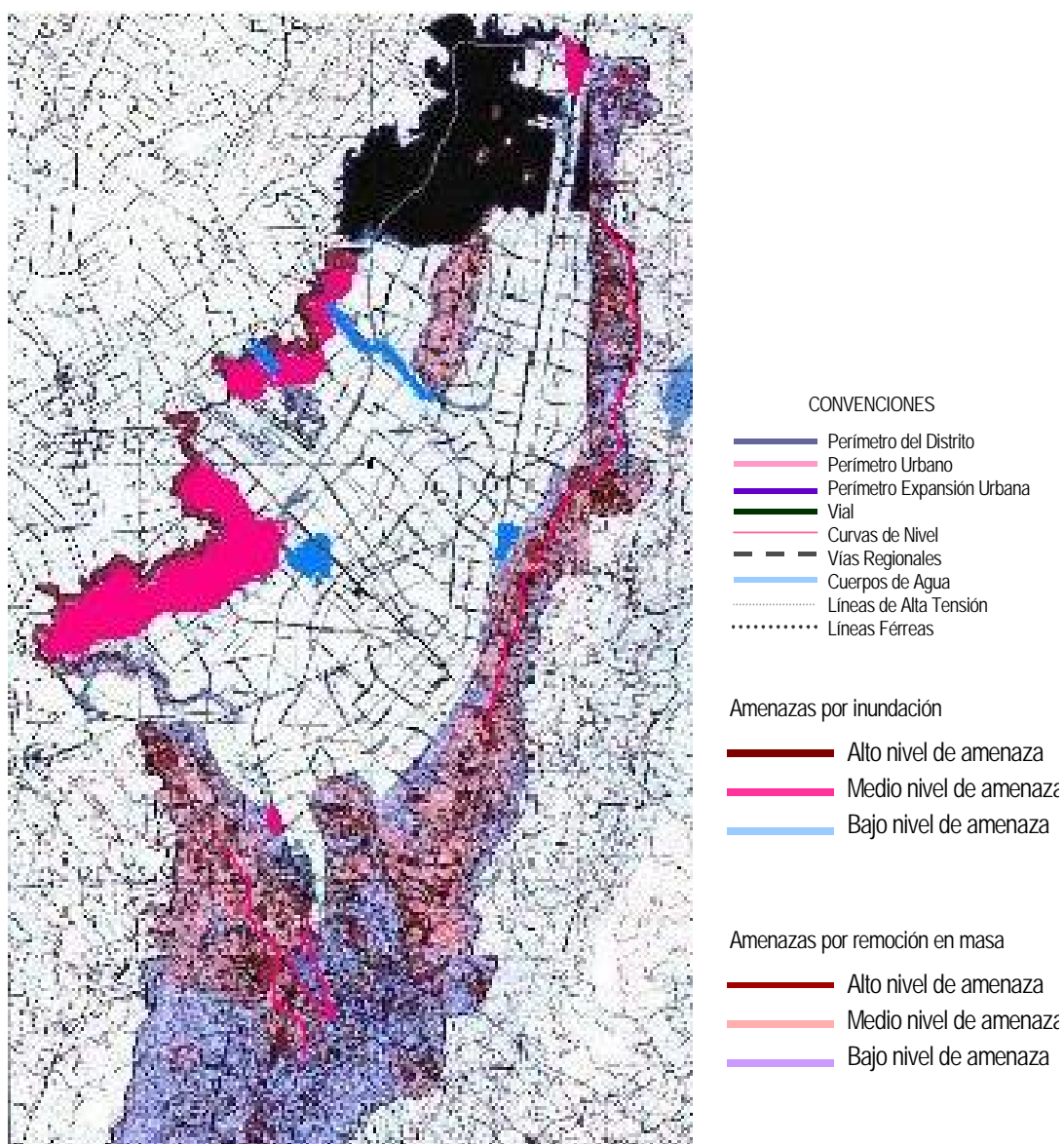
21.5. La vulnerabilidad ambiental de la ciudad: aproximación a sus riesgos predominantes.

Las condiciones de riesgo que generan desastres en Bogotá, como en cualquier otra ciudad, obedecen a fenómenos de origen natural o antrópico no intencional (**Mapa 9**). En Bogotá se ha determinado que existen amenazas por fenómenos de remoción en masa,

inundación y movimientos sísmicos. Según la Dirección de Atención y Prevención de Emergencias de la ciudad, se han detectado cerca de 4.200 familias ubicadas en zonas de alto riesgo, no mitigable, por fenómenos de remoción en masa, y la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB) contabilizó cerca de 10.000 familias que requieren ser reasentadas debido a que se encuentran, o en áreas sujetas a amenazas por inundación, o en terrenos de invasión, en zonas de preservación de las rondas de los cuerpos de agua del Distrito Capital (Documento Técnico Soporte del POT de Bogotá.).

Mapa No. 9

MAPA DE RIESGOS PREDOMINANTES EN LA CIUDAD DE BOGOTÁ. AÑO 2000.v



Fuente: DAPD, Plan de Ordenamiento Territorial (POT) . Decreto 619 de 2000

21.5.1. La amenaza por inundación.

De acuerdo con los estudios realizados por las entidades competentes, existen áreas urbanas bajo amenaza de inundación por desbordamiento de cauces naturales, localizadas en las inmediaciones de los ríos y quebradas que atraviesan la ciudad, así como en sectores aledaños a los ríos Bogotá, Tunjuelito, Juan Amarillo y el humedal de Torca (**Ver Mapa 8**). El Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá ha previsto la ejecución de las obras necesarias para la mitigación de riesgos (**Lámina 53**) a través de la ejecución de obras de adecuación hidráulica de los ríos y de construcción de obras de drenaje de aguas residuales y aguas lluvias.

Lámina 53
«LA HISTORIA DE CADA AÑO»



Fuente: www.sire.gov.co inundaciones San Benito1 de mayo96- Río tunjuelito

Esta amenaza es debida, principalmente, a las condiciones hidráulicas del río Bogotá y a la deficiencia de sus jarillones que, en la margen occidental, son más altos que los correspondientes a la margen oriental; lo que origina su desbordamiento en la estación invernal; siendo la parte baja del río la zona más afectada.

Estas variaciones hidrológicas para el análisis de amenazas por inundaciones, están relacionadas con los caudales máximos del río Bogotá y sus afluentes principales; los cuales dependen del régimen pluviométrico en la Sabana de Bogotá. El caudal del río Bogotá, por ejemplo, varía entre 15,4 m³/s en el norte (cerca de la localidad de Suba) y 30,7 m³/s sobre la localidad de Kennedy, al sur de la ciudad.

21.5.2. Amenaza por remoción en masa.

En lo que corresponde a los riesgos derivados de la estructura geológica, debe considerarse que la condición natural de las laderas de los cerros de Bogotá tiende a ser estable. No obstante, la condición de estabilidad actual está determinada por la acción antrópica sobre el medio físico. En consecuencia, procesos de extracción minera (canteras y chircales) y rellenos, así como procesos de urbanización en laderas marginales de cauces en los cerros, y otros factores derivados de la actividad antrópica generan amenazas por remoción en masa con alta probabilidad de deslizamientos. Estas zonas se localizan en los Cerros Orientales y surorientales, en las localidades de Usaquén, Chapinero, Santa Fe, San Cristóbal, Rafael Uribe, Ciudad Bolívar y Usme.

Las zonas de montaña, que conforman los cerros de la ciudad, están sometidas a un proceso natural de transformación constante de las formas del relieve debido a la acción frecuente de las lluvias, a la fuerza erosiva de los cursos de agua y a la resistencia que ofrecen las rocas y los suelos a ser desintegrados y arrastrados. Además de estos procesos erosivos se presentan movimientos de roca y suelo que se desplazan cuesta abajo y se conocen como “fenómenos de remoción en masa”; los cuales se deben a la pérdida de equilibrio natural de la ladera, diferenciándose por la forma en que las rocas y los suelos se rompen y desplazan a lo largo de las laderas. Los más frecuentes son deslizamientos, caídas y flujos.

En los últimos 30 años, los procesos de urbanización desregulados han ocupado las partes altas de los cerros; lo que ha significado la ubicación de familias en áreas que presentan alto riesgo por inestabilidad como: canteras, zonas cercanas a cauces y ríos (rondas), zonas con evidencias de procesos de inestabilidad, pendientes altas, rellenos y botaderos de basura.

En los estudios de zonificación de amenazas, elaborados por la Oficina para la Prevención de Emergencias del Distrito Capital (OPES) se identificaron cerca de 450 zonas urbanas afectadas por fenómenos de remoción en masa y alrededor de 200 escarpes, localizados en áreas de canteras consideradas como zonas potencialmente inestables; si bien afectan áreas pequeñas (máximo una o dos manzanas), ocasionan, eventualmente, pérdida de vidas humanas, así como severas afectaciones a la infraestructura física de la ciudad: pérdida total o parcial de viviendas, ruptura de las redes de servicios públicos de energía, acueducto, alcantarillado y teléfono, taponamiento y obstrucción de las vías e interrupción o congestión de servicios de salud y educación.

De esta modo, durante 1998 cerca de 2.000 familias fueron afectadas por fenómenos de remoción en masa con diferentes niveles de daño (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). En la actualidad, las localidades mas afectadas son Ciudad Bolívar, Rafael Uribe Uribe, San Cristóbal, Santa Fe y Usaquén, donde se han detectado 4.200 familias ubicadas en zonas de alto riesgo no mitigable por fenómenos de remoción en masa. Como estrategia para la mitigación de riesgo se ha contemplado, dentro del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá, la ejecución de obras de restauración geomorfológica y de monitoreo de la estabilidad geotécnica de los sectores amenazados.

Un factor que incrementa estos riesgos por remoción en masa es la localización, dentro del área urbana y suburbana de Bogotá, de yacimientos de algunos minerales utilizados como materiales de construcción (arcillas, arenas de peña, recebos, piedra y agregados pétreos). Esto ha promovido la extracción a cielo abierto de éstos, como actividad económica primaria, lo cual genera graves efectos ambientales: pérdida de la cobertura vegetal, modificación radical de la morfología y, asociado a estos aspectos, erosión y pérdida de las condiciones de estabilidad del suelo.

Debido a la acción incontrolada de las actividades extractivas, los cauces de agua quedan expuestos a la eventual contaminación con las partículas de sedimentos que arrastran las escorrentías a su paso por las superficies desprovistas de vegetación de las minas y por los patios de acopio de material. A su vez, se presenta en algunas zonas; particularmente del sur de la ciudad, contaminación del aire con partículas de polvo derivadas de las explotaciones mineras, de la trituración de materiales, de las chimeneas de los hornos de ladrillo y de las plantas de concreto asfáltico.

Las actividades de minería se encuentran localizadas en ocho de las localidades de la ciudad; principalmente en el valle medio del río Tunjuelito y en los Cerros Orientales y del sur (**Ver Mapa 8**), con un total de 362 minas.

21.5.3. La amenaza sísmica.

La ciudad de Bogotá presenta un nivel medio de amenaza sísmica, proveniente de tres fuentes sismogénicas principales: la zona de subducción del Pacífico colombiano, significativa por las características de respuesta de algunas partes del subsuelo de la ciudad; la segunda, la más dominante, corresponde a la fuente frontal de la cordillera oriental de los Andes; y la tercera corresponde a las fuentes locales.

En términos de micro-zonificación sísmica, la ciudad se ha dividido en las siguientes cinco zonas homogéneas de acuerdo con la respuesta sísmica del subsuelo; Zona 1 Cerros, Zona 2 Piedemonte, Zona 3 Lacustre A, Zona 4 Lacustre B y Zona 5 Terrazas y Conos¹³⁷. Los resultados de estos estudios permiten contar con los espectros de diseño para construcciones sismo-resistentes que reduzcan el riesgo de la población. Estos espectros determinarán, en concordancia con lo dispuesto en el Plan de Ordenamiento Territorial de la ciudad, cuales deben ser los parámetros de diseño para cada una de las micro-zonas.

21.6. La relación de la ciudad con su entorno regional.

La ciudad de Bogotá, como la totalidad de las grandes ciudades de América Latina, tiene importantes implicaciones de carácter regional, con tendencia a consolidarse como una aglomeración metropolitana que asume y afianza funciones de carácter y escala

¹³⁷ La zona de los cerros se caracteriza por la presencia de formaciones rocosas, en ella se presentan sectores inestables desde el punto de vista geotécnico, debido a las altas pendientes, las lluvias fuertes y prolongadas, las fuentes de agua subterráneas o superficiales, los efectos relacionados con actividad antrópica y la eventualidad de sismos intensos. La zona del piedemonte está conformada por la zona de transición entre los cerros y la zona plana y consta, principalmente, de depósitos coluviales y conos de deyección de materiales con una elevada capacidad portante en general, pero con estratigrafías heterogéneas con predominio de gravas, arenas, limos y depósitos ocasionales de arcillas de poco espesor. La zona lacustre, por su parte, está conformada, principalmente, por depósitos de arcillas blandas con profundidades mayores de cincuenta (50) metros. Pueden aparecer depósitos ocasionales de turbas y/o arenas de espesor intermedio y bajo. Con relación a la micro-zonificación de Terrazas y Conos, que se presenta predominantemente en la zona sur de la ciudad, se puede decir que está conformada por suelos arcillosos

nacional y regional (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). Esto indica que la capital colombiana tiene una importante participación en actividades industriales, agroindustriales y comerciales, así como en la oferta de servicios educativos y en el desarrollo de actividades recreativas y turísticas en los municipios vecinos.

Los estudios regionales recientemente elaborados, reconocen como un problema significativo de la Sabana, el estado de fragmentación del territorio y su estructura. También reconocen como expresiones de esta fragmentación, el tipo de actuaciones territoriales, y el gobierno y la gestión territorial no compartidos en los temas comunes (POT de Bogotá).

Así, por ejemplo, no se ha consolidado la integración de los Municipios en el espacio regional. Ello ha generado problemas tanto para Bogotá, como para los municipios de la Sabana, los cuales se manifiestan, entre otras cosas, en la baja redistribución del empleo, y en la forma inequitativa de distribución del equipamiento funcional. Algunas de estas tendencias han sido evaluadas por las investigaciones regionales; las cuales demuestran la intensidad con que actúan las fuerzas centrípetas que mantienen la polarización del desarrollo urbano y la concentración de población y empleo preferentemente en la capital (SENA-CES-UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, 1990; CEDE-CÁMARA DE COMERCIO, 1998; CAF-DAPD-CEDE-Universidad de Los Andes, 1999 y Colciencias-CEDE-Universidad de Los Andes-Convenio Gobernación de Cundinamarca, 1999, citados en el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

El patrón observado en la región indica que el proceso de urbanización ha seguido un modelo contenido y altamente concentrado en la ciudad principal. Hasta ahora no se han producido procesos significativos de desconcentración económica ni de descentralización de la población hacia los municipios de la Sabana, exceptuando a Soacha, que presenta un desarrollo conurbado con respecto a Bogotá. En ese sentido, *Bogotá y su región presentan un comportamiento muy distinto en relación con las tendencias registradas en las grandes ciudades y en las aglomeraciones metropolitanas latinoamericanas; el cual se caracteriza por la concentración de actividades productivas y poblaciones en unas pocas regiones-núcleo que presentan mayor dinamismo en las*

secos y preconsolidados de gran espesor, arenas o limos, o combinaciones de ambos, pero con capacidad portante mayor que los depósitos de la zonas lacustres.

zonas suburbanas, en las ciudades dormitorio, o en ciudades intermedias que crecen más que las propias áreas metropolitanas, siguiendo un patrón que los especialistas denominan: “reversión de la polarización” (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

De hecho, Bogotá presenta una alta concentración de población, más de siete y medio millones de habitantes, en un área de apenas 310 km². Como se ha sugerido, anteriormente, pocas ciudades en el mundo presentan este patrón de crecimiento tan compacto. El área metropolitana de ciudad de México, por ejemplo, cuenta con una población cercana a los 18 millones de habitantes y ocupa cerca de 4.600 km² algo más del doble de la población de Bogotá, 7.5 millones (Centro Urbano más Área Metropolitana), en un área quince veces mayor, 362 Km², (DAPD. 2000), mientras que la “región polinuclear” ocupa 8.200 km² (25 veces); Nueva York, por su parte, alberga cerca de 19.7 millones (Centro Urbano más Área Metropolitana) en 30.000 Km² y Madrid concentra 5 millones de habitantes (centro urbano más área metropolitana) en 8.000 Km².

Así mismo, existe concentración de las actividades generadoras de empleo en la ciudad y, de manera particular, en su área central (Molina, H. 1992), tendencia que sigue predominando en las grandes ciudades de la Región.

CAPÍTULO XI. INFRAESTRUCTURA FÍSICA DE LA CIUDAD

22. ESTRUCTURA URBANA

22.1. Usos del suelo.

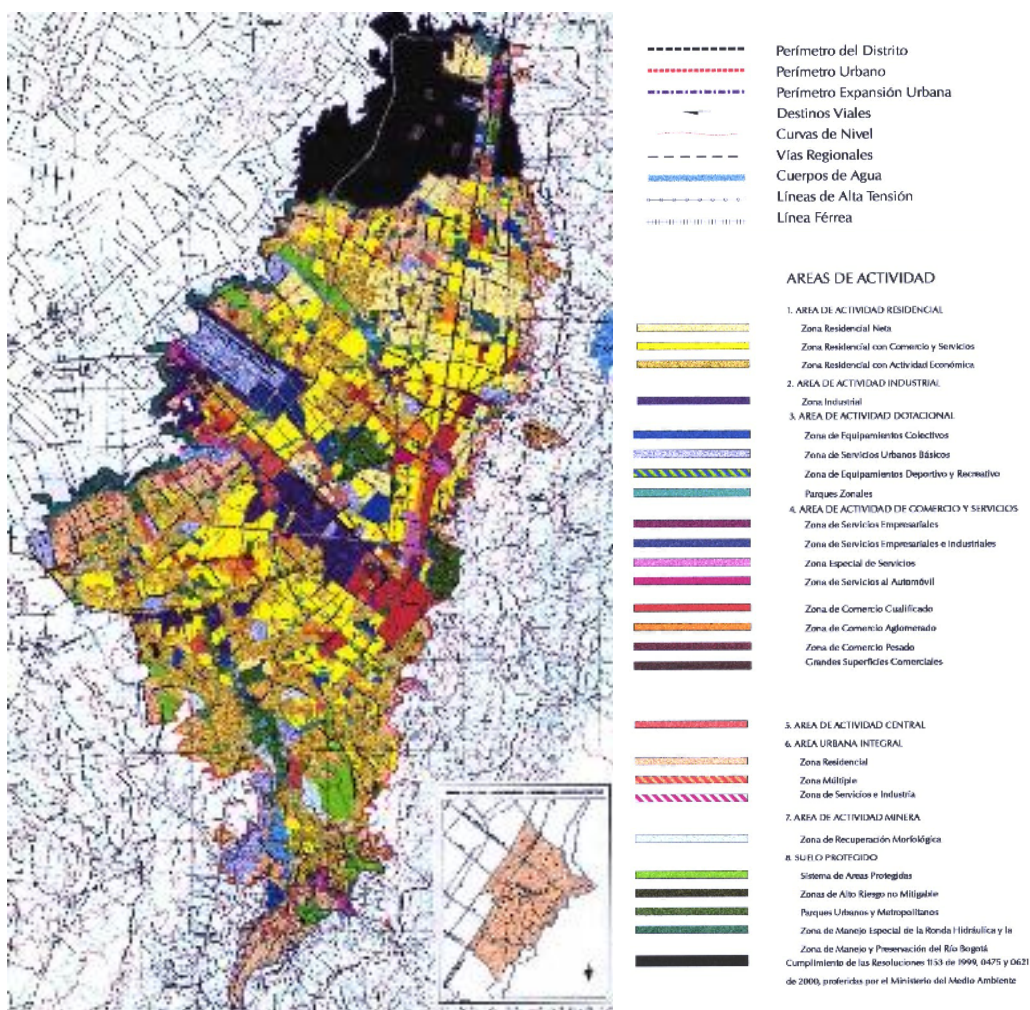
Del total del área correspondiente al Distrito Capital, cercana a las 173.000 hectáreas, solo una pequeña parte del extremo norte del territorio correspondiente al 20% de la totalidad de la superficie (unas 36.000 hectáreas), tiene aptitud para usos urbanos. El 80% del territorio restante está conformado, mayoritariamente, por suelos pendientes y escarpados en un piso altitudinal superior a los 2.700 m.s.n.m. Todo este sistema de cerros, páramos y subpáramos se consideran no aptos para el desarrollo urbano, en virtud del desempeño de funciones ecológicas e hidrológicas.

Por su parte, el perímetro urbano del Distrito Capital de Bogotá (que abarca cerca de 28.000 has), se encuentra definido por los Cerros Orientales, los cerros del Sur y el río Bogotá. Este territorio, como ya hemos señalado, está subdividido administrativamente en 20 localidades: Usaquén, Chapinero, Barrios Unidos, Teusaquillo, Ciudad Bolívar, Usme, San Cristóbal, La Candelaria, Rafael Uribe, Tunjuelito, Santa Fe, Los Mártires, Antonio Nariño, Suba, Engativá, Puente Aranda, Fontibón, Kennedy, Bosa y Sumapaz (rural).

La ciudad tiene una disponibilidad de suelos no desarrollados (para expansión) en las zonas periféricas del sur, occidente y norte. Este suelo bruto tiene diferentes afectaciones y limitaciones en su uso que reducen la disponibilidad real de la ciudad para su desarrollo futuro a un área de 5.604 hectáreas brutas urbanizables, las cuales pueden ser ocupadas, efectivamente, para usos urbanos.

Como se ha descrito en el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá, es posible identificar grandes zonas caracterizadas por compartir algún nivel de homogeneidad física y funcional: son las áreas de centralidad, los tejidos residenciales, y las periferias (sur, norte y occidental) (**Mapa N° 10**).

Mapa No. 10
USOS DEL SUELO Y ZONAS DE EXPANSION EN BOGOTA.



Fuente: DAPD, Plan de Ordenamiento Territorial (POT) . Decreto 619 de 2000

Como parte del proceso de evolución urbana se concentraron, en la ciudad tradicional (alrededor de su “centro histórico”) las actividades de comercio, administración pública y servicios, induciendo, a la vez, la transformación de las antiguas zonas de vivienda en zonas mixtas o comerciales, de oficinas o de servicios. Esta transformación, que en primera instancia opera sobre los inmuebles, fue seguida por cambios en el espacio público, como la incorporación de nuevos elementos a la traza urbana original (parques, alamedas y nuevos equipamientos públicos y privados). De esta forma, el centro urbano se empezó a diferenciar morfológicamente del resto de la ciudad, toda vez que empezaron a generarse nuevas áreas de centralidad por concentración de actividades de comercio y de servicios.

La expansión de la ciudad, originada por la construcción de nuevas áreas de vivienda en su periferia, fue seguida por la expansión de las actividades del sector terciario sobre la estructura de barrios ya edificados. A la expansión del terciario sobre estos núcleos se suma el desarrollo de nuevas oficinas, comercios y otros servicios más dispersos en algunos barrios residenciales tales como Teusaquillo, La Merced, La Soledad, etc. lo cual implica la transformación de barrios residenciales en “barrios mixtos”, toda vez que, de tal suerte, se ha inducido un proceso de densificación progresiva en la medida en que estas nuevas actividades van acompañadas de la construcción de nuevos edificios de vivienda en altura.

En relación con los usos residenciales es posible distinguir dos grandes zonas claramente diferenciadas: la Norte y la Sur (**Lámina 54**); áreas en las que, en concordancia con los procesos de segregación socio espacial de la ciudad se localizan, de forma general, los grupos mas pudientes (Norte) y los menos favorecidos (Sur). A estas áreas se suma una enorme zona periférica, (al sur-oriente y sur-occidente, principalmente), resultado de procesos informales de urbanización.

Lámina 54
«CIUDAD NORTE Y CIUDAD SUR»



Fuente: www.corbis.com.co, www.bogota-de.com ciudadbolivar-enero95

Los procesos de transformación de estas dos grandes zonas se manifiestan a través de incrementos en la densidad (que en el Norte significan un aumento en los índices de construcción, es decir, un aumento en la altura; y en el Sur corresponden, principalmente, a un aumento en el índice de ocupación), así como por la combinación de usos (sobre los ejes viales principales, de manera preferente). La principal diferencia en este aspecto, es que en el Norte se combinan usos como comercio zonal, colegios, consultorios y oficinas,

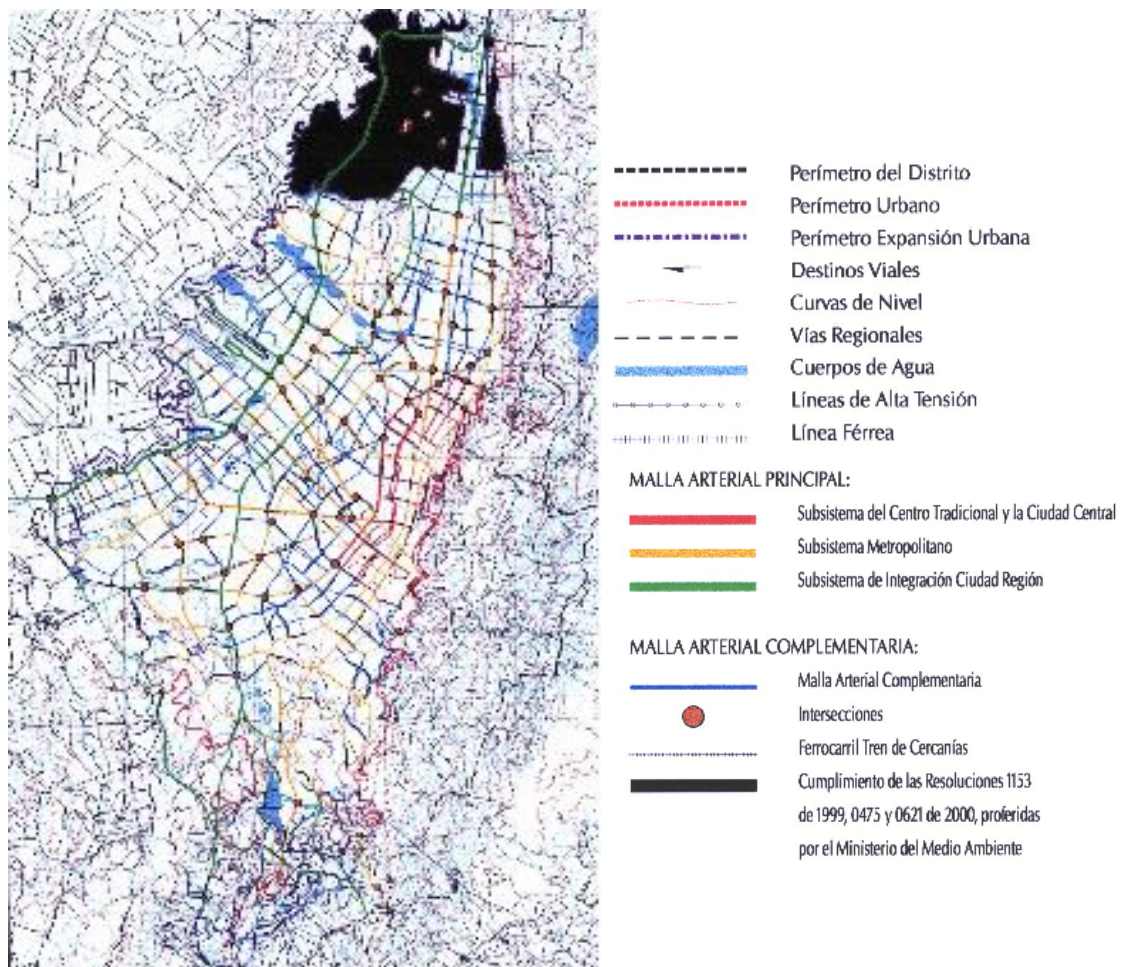
mientras que en el Sur se mezclan grandes áreas de bodegas, comercio al mayoreo, servicios al automóvil (talleres y venta de repuestos), y comercios de escala barrial. En las áreas residenciales de periferia, por su parte, las condiciones son mucho más precarias ya que, a las enormes deficiencias de accesibilidad y de equipamientos, se suman la inexistencia de espacios públicos adecuados y las deplorables condiciones de muchas de las viviendas. En la mayoría de los casos, este tejido residencial ocupa áreas de ladera amenazadas por riesgo de remoción en masa, o áreas planas de la ronda de algunos ríos y se caracteriza, en su mayoría, por la ocupación ilegal y la ausencia total de planeamiento.

En síntesis, la dinámica del tejido residencial marca una fuerte tendencia expansiva de la vivienda hacia la periferia; la cual corresponde, en el caso de los estratos altos y medios, al desplazamiento de los usos residenciales por parte de los usos terciarios y en el caso de los niveles inferiores, principalmente, a que, en las periferias Sur y Occidente, el valor del suelo es menor que en las áreas centrales, constituyendo, de esta manera, la única posibilidad de acceso a la vivienda por parte de estos sectores de la población.

22.2. La malla vial existente y las redes de transporte.

Con respecto a la relación entre la movilidad (**Mapa 11**) y el transporte (**Mapa 12**), los procesos de expansión periférica de la vivienda y de los centros de “actividad múltiple” antes descritos, promueven el despoblamiento progresivo del centro e incrementan la demanda de transporte. La provisión de mayores servicios de transporte aumentan la congestión y el deterioro del medio ambiente, a lo cual se responde con “gravosas soluciones” desde un enfoque fragmentario de tipo sectorial que no permite abordar los problemas que surgen de la interacción espacial de los procesos urbanos (Rojas, 1998). Esta inadecuada relación entre el sistema de transporte, el manejo del tráfico y la conformación y utilización de la malla vial de la ciudad, genera dificultades de movilización que contribuyen a aumentar los conflictos del área central, fragmentando la articulación entre las diferentes escalas de la ciudad.

Mapa No. 11
EL SISTEMA VIAL DE BOGOTÁ.

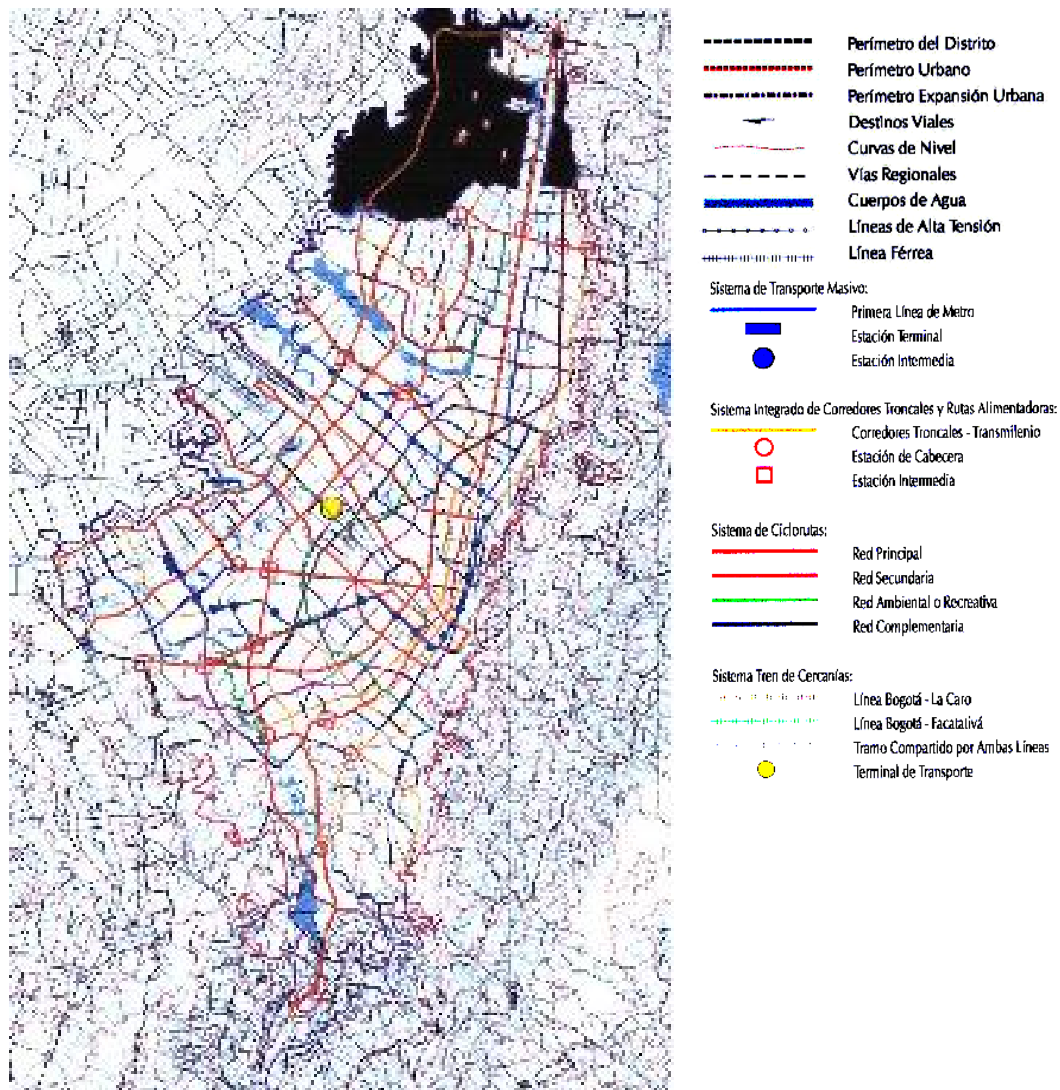


Fuente: DAPD, Plan de Ordenamiento Territorial (POT) . Decreto 619 de 2000

Algunos de estos problemas de movilidad se relacionan con la concepción y ejecución de un plan vial para la ciudad, que ha buscado lograr un mejor aprovechamiento del suelo induciendo la transformación de una ciudad lineal “con tentáculos”, como la han definido Cortés y Salazar¹³⁸, en una ciudad semicircular más compacta por efecto del llenado de los vacíos urbanos dejados por la forma de crecimiento lineal-dispersa.

¹³⁸ Ampliar en MISIÓN BOGOTÁ SIGLO XXI (Documento Inédito), Salazar, José y Cortés Rodrigo, “Planificación, renovación y manejo de la ciudad edificada”.

Mapa No. 12
EL SISTEMA DE TRANSPORTE EN BOGOTÁ.



Fuente: Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá. Decreto N° 619 de 2000

A partir de los años ochenta es posible percibir la prevalencia del estudio de los problemas viales en sí mismos sobre el análisis de su interrelación con la forma y estructura de usos y actividades de la ciudad. En el esquema propuesto por el Acuerdo 2 de 1980, se establece una jerarquización vial en la cual se definen distintos tipos de vías, como las arterias de enlaces primarios, las de enlaces básicos y las de enlaces secundarios. Las primeras se destinan a soportar los flujos de transporte interurbano, las segundas a soportar el tráfico del transporte público, y las últimas a permitir la conexión con la red de vías locales, (las cuales soportan, además, transporte público). Como complemento de este

sistema se define, como red de vías locales, a aquella conformada por vías vehiculares y peatonales que tienen como función permitir la penetración al interior de los barrios y el tráfico local.

Funcionalmente esta malla vial posee una estructura radioconcéntrica con punto focal en el centro expandido (**Ver Mapa N° 11**), al que acceden las vías urbanas que, a su vez, se conectan con los ejes que articulan la ciudad con la región y el resto del país. Como bien la describe el POT de Bogotá en su Documento de Diagnóstico, esta estructura se soporta en cuatro grandes vías transversales urbanas (avenidas Caracas, Norte-Quito-Sur, 68 y Boyacá) que de forma semi-anillar intercomunican algunas de las vías radiales y sobre las cuales se ha estructurado la expansión del centro y la periferia. Las avenidas Séptima, Décima, Comuneros, Trece, de Las Américas, Eldorado, calle 63, calle 80 y Suba se comportan como ejes radiales no homogéneos que complementan el sistema semicircular (**Ver Mapa N° 11**).

Esta estructura radioconcéntrica hace que en el centro confluyan una gran cantidad de vías del nivel metropolitano, a través de las cuales, ó se accede al núcleo central, o bien se pasa de largo por la zona. La inexistencia de un sistema vial local que permita enlazar los ejes que llegan al centro con los flujos de vehículos que requieren pasar y salir de la zona, conlleva al uso inadecuado de la malla vial. Es posible advertir, por ejemplo, que el tránsito que estas vías soportan (que en un alto porcentaje corresponde a vehículos de transporte público) no alimenta ni sirve las actividades que se desarrollan en el núcleo central, excediendo, por el contrario, la capacidad física de su estructura (Alcaldía Mayor de Bogotá – Corporación La Candelaria – Cámara de Comercio: 1998. pp.36).

De otra parte, la jerarquización vial separó las decisiones relacionadas con el tráfico y el transporte de aquellas relacionadas con la forma urbana en su conjunto, reafirmando la especialización funcional de los sectores habitacionales, industriales y las del Centro Cívico. La simultaneidad entre cruces viales del sistema arterial y los flujos de transporte masivo, por ejemplo, promueve la conformación de puntos nodales no planificados en los cuales se concentran actividades comerciales, e incide en los procesos de cambio de uso y densificación acelerada de estos sectores. A su vez, esta jerarquización vial se planteó en función del proceso de desplazamiento progresivo, desde el centro, de los barrios de sectores altos (seguido por el desplazamiento de las funciones terciarias superiores), con lo cual se privilegió la accesibilidad a las zonas del norte, y en menor

proporción, a las del occidente. De esta manera, el plan vial a contribuido con la ya tradicional segregación socio-espacial de la ciudad.

De otra parte, el transporte público (**Ver Mapa N° 12**), que en teoría debe responder a la alta demanda de desplazamientos desde y hacia el núcleo central, resulta ineficiente para cumplir este cometido. A los problemas originados por la condición unimodal del transporte y por la incoherencia del mismo con la malla vial arterial, se deben agregar aquellos originados por la incapacidad de la administración para gestionar, coordinar y controlar el trazado y las condiciones de las rutas de transporte masivo. De acuerdo a las estadísticas, la ciudad contaba aproximadamente con 6.000 buses en el año 1970. Este número se duplicó diez años después (12.600 buses en 1980), y se compone, en la actualidad, de 25.462 vehículos de servicio público¹³⁹. Si estos datos se correlacionan con la cantidad de pasajeros transportados, que en 1970 correspondía a 1.200 pasajeros en cada trayecto, mientras que en la actualidad sólo desplazan cerca de 400 pasajeros por trayecto, es posible advertir que existe una sobreoferta de este tipo de medios, lo cual implica una mayor ocupación del espacio de los corredores viales principales, y, por ende, un aumento significativo en el tiempo de recorrido¹⁴⁰, un mayor nivel de contaminación¹⁴¹ y altos niveles de congestión vehicular. Otro factor que demuestra la inadecuada gestión y operación de las rutas de transporte, y que poco se tiene en cuenta, es la alta accidentalidad en la ciudad (0,48 accidentes por vehículo de transporte público por año)¹⁴².

Como respuesta al conjunto de factores antes descrito, la Administración Distrital ha pretendido regularizar el transporte público, buscando dotar a la ciudad de un sistema de transporte masivo, que garantice la prestación de un servicio eficiente y que contribuya a mejorar cualitativamente las condiciones de movilidad. El sistema se compone de un conjunto de troncales de buses de gran capacidad, apoyado por un sistema de transporte público complementario,¹⁴³ a través del cual se movilizan más de siete millones de pasajeros diarios (sumando los recorridos que hace cada individuo por día)¹⁴⁴.

¹³⁹ De acuerdo con las estadísticas de la Secretaría de Tránsito y Transporte de Bogotá, el Servicio Público de Transporte (sin incluir el Sistema Transmilenio) se compone de 9.983 Buses, 8.675 Busetas y 6.804 Microbuses (Cifras SETT y Subsecretaría Técnica STT).

¹⁴⁰ De acuerdo con el diagnóstico del POT (op. cit), El tiempo de una ruta de 30 kilómetros era en 1970 de una hora, mientras que hoy corresponde a 2,5 horas. A su vez, las velocidades promedio son excesivamente bajas (menos de 5 km/hora sobre las vías principales).

¹⁴¹ La edad del parque automotor, en particular del transporte público, es de 17 años, en promedio. (Diagnóstico del POT. Op.Cit.)

¹⁴² Diagnóstico del POT. Op.Cit.

¹⁴³ De acuerdo a los resultados de un estudio realizado por la STT, para el Mejoramiento del Sistema de transporte público Complementario a TRANSMILENIO, la Ciudad funcionaría óptimamente con 186

Este sistema de troncales, denominado “Trasmilenio” (**Lámina 55**), ha tenido especial reconocimiento por parte de la ciudadanía, no sólo por la mejoría sustancial en al prestación del servicio de transporte¹⁴⁵ sino, también, por que ha conllevado la implementación de procesos de recualificación del espacio público y de mejoramiento integral del entorno; aspectos que, en todo, inciden en el mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes de la ciudad.

Lámina 55
«TRANSMILENIO: O EL VIAJE DE UN SIGLO A OTRO... »



Fuente: www.transmilenio.com

De otra parte, se ha implementado un sistema de ciclo-rutas (**Lámina 56**) permanentes en andenes y separadores de avenidas, que actualmente cuenta con más de 158 kms construidos, y a través del cual se brinda una importante alternativa de transporte a la población de la ciudad.

rutasy, las cuales se prestarían con 12.546 vehículos utilizando 10.052 Kilómetros de la Red, con un recorrido medio de 8,3 Km., con un grado de ocupación promedio de 0,48.

¹⁴⁴ En el servicio de transporte público colectivo (buses, busetas y colectivos) se movilizan 6.200.000 personas, toda vez que en Transmilenio 1.028.000 personas. A esto se suman los desplazamientos en taxis, equivalentes a 602.400 carreras, en promedio.

¹⁴⁵ Consistente, principalmente, en la reducción, en más del 50%, en los tiempos de viaje.

Lámina 56
« CICLORUTAS: UN RESPIRO PARA BOGOTÁ »



Fuente: el tiempo.com/postales

23. SERVICIOS PÚBLICOS.

23.1. Suministro de agua potable y saneamiento básico.

El sistema de abastecimiento de la ciudad (**Mapa 13**) está conformado por el sistema del Río Tunjuelo, con un caudal regulado de $1\text{ m}^3/\text{s}$, el sistema del río Bogotá (Planta de Tibitó) con un caudal regulado de $10,5\text{ m}^3/\text{s}$ y el sistema de Chingaza con una capacidad de $13,5\text{ m}^3/\text{s}$ de caudal regulado, para una capacidad total de oferta de $25\text{ m}^3/\text{s}$ ¹⁴⁶. Con la implementación de los proyectos: Chingaza II, Regadera II y la utilización de las aguas subterráneas, se lograría aumentar la capacidad de oferta del sistema en aproximadamente $7\text{ m}^3/\text{s}$, con lo cual se supliría la demanda en el largo plazo.

Los estudios de población, elaborados por el Departamento Administrativo de Planeación Distrital, DAPD, indican que Bogotá contará con una población de 8.089.560 habitantes en el año 2010; teniendo en cuenta que la población de la ciudad, en el año 1998, era de 6.164.494 habitantes, significa que la ciudad recibirá 1.925.066 habitantes más en el horizonte del POT.

El consumo por usuario residencial a principios de la década de los ochenta era superior a los 70 m³/bimestre, mientras que para 1996 era cercano a los 40 m³/bimestre. Esta disminución de los consumos corresponde al incremento de las tarifas, así como a un programa para el control de las aguas no contabilizadas. Igualmente obedece al hecho de que durante una emergencia presentada por el bajo nivel de las fuentes en 1997 (que obligó al racionamiento en la prestación del servicio), se adelantaron campañas que cambiaron el comportamiento de consumo de la ciudadanía, lo cual se ha mantenido después de la emergencia. En términos generales puede considerarse que el consumo de este servicio es bastante bajo con relación a ciudades de tamaño y condiciones similares a Bogotá en Latinoamérica.

Respecto a la distribución de agua potable, Bogotá presenta una cobertura aproximada del 94%. El déficit en la prestación del servicio de distribución de agua potable se presenta, particularmente, en las zonas periféricas localizadas en ladera (al sur y suroriente) y en algunas zonas de la periferia occidental de la ciudad, que básicamente corresponden a urbanizaciones ilegales que se han conectado clandestinamente a las redes de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado.

¹⁴⁶ De acuerdo con las proyecciones (que incluyen la demanda proyectada, tanto de la ciudad, como de los demás municipios que actualmente atienden la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá), para el año 2010 la demanda de agua, en un escenario medio, sería de 20 m³/segundo. A partir de estas proyecciones se espera que un nuevo proyecto de abastecimiento deba entrar en operación en el año 2010, manteniendo el criterio de que debe darse cuando se alcancen el 0.90 de la oferta de agua. Sin embargo, de presentarse un escenario bajo, estas obras se requerirían hacia el año 2017 (Plan Maestro de Abastecimiento de Agua para Santa Fe de Bogotá (PMA), citado en el DTS del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá).

Mapa No. 13

INFRAESTRUCTURA Y SERVICIOS PUBLICOS EN BOGOTA



Fuente: DAPD, Plan de Ordenamiento Territorial (POT) . Decreto 619 de 2000

23.2. Alcantarillado sanitario y pluvial.

El sistema de alcantarillado sanitario y pluvial de la ciudad está compuesto por siete cuencas o redes troncales, por las redes secundarias y las redes locales. Las siete cuencas principales son: La Conejera, Jaboque, Salitre, Fucha, Tintal, Tunjuelito y Torca. En relación al servicio de alcantarillado puede considerarse que éste presenta un atraso considerable respecto a la expansión de las redes matrices de distribución de acueducto (EAAB, 1998, citado por el Documento Técnico Soporte del POT de Bogotá).

La cobertura actual del alcantarillado sanitario es del 85%. Las redes troncales están resueltas en la ciudad consolidada, mientras que el déficit se concentra en los desarrollos en ladera propios de la periferia Sur, donde es técnicamente más complejo garantizar el servicio. En relación a la cobertura del alcantarillado pluvial, la situación es más complicada pues apenas alcanza al 65%. El déficit se concentra en las áreas del sur de la ciudad desde el río San Cristóbal, en Ciudad Bolívar (en los sectores urbanos localizados al occidente de la Avenida Boyacá), hasta el río Bogotá. Cabe señalar que las continuas lluvias sobre la ciudad producen graves inundaciones en las zonas bajas de los desagües, en particular en los barrios occidentales y surorientales (Documento Técnico Soporte del POT de Bogotá).

23.3. Tratamiento de las aguas servidas.

El río Bogotá recibe las descargas contaminantes de cerca de siete millones de habitantes, a los que se suman las descargas industriales de curtiembres de su zona alta (Villapinzón y Chocontá); las de las plantas de productos químicos en las zonas aledañas a Zipaquirá y Cajicá y las de las cargas residuales de todo tipo de industrias localizadas en la zona urbana de la capital (Corporación Andina de Fomento, CAF - Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, CEDE, 1998, citado por el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). A ésta situación se debe agregar el hecho de que las fuentes contaminantes (particularmente la industrial) no poseen sistemas adecuados para disminuir y/o tratar el agua vertida, con lo cual empeoran la carga del sistema general.

Cabe señalar, a este respecto, que la ciudad adoptó en 1993 un sistema de tratamiento de plantas independientes localizadas en la desembocadura de los ríos Salitre, Fucha y Tunjuelito, desarrollando el tratamiento de norte a sur, en el sentido del flujo del río Bogotá. La construcción de las plantas de tratamiento es complementaria al desarrollo de las obras para la separación de la conducción de las aguas negras y lluvias, puesto que si se mantiene la situación actual, las plantas tendrán que soportar un volumen muy grande de aguas contaminadas (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

23.4. Sistema de disposición de residuos sólidos.

En Bogotá se producen cerca de 5.611 toneladas de basura al día, lo cual se traduce en una producción per cápita de 0,77 kilogramos/habitante/día (para una población aproximada de 6.500.000; DAMA, 1998, p. 13, citado por el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). El servicio de recolección y transporte de estos desechos producidos por la ciudad se realiza a través de contratos de concesión, bajo el control de la Unidad Ejecutiva de Servicios Públicos (UESP). De acuerdo con los datos de la Unidad de Soporte para el Control de la Contaminación, del Ministerio del Medio Ambiente, la cobertura del servicio de recolección de la ciudad es de aproximadamente el 90%.

El relleno sanitario Doña Juana, localizado al suroriente de la capital, en la localidad de Usme, es el único sitio con que cuenta la ciudad, actualmente, para la disposición final de los residuos sólidos. Dado que su vida útil está calculada entre 5 y 7 años, éste será ampliado, próximamente, mediante la puesta en marcha de una nueva etapa de 130 hectáreas adquiridas en 1996 para tal fin.

23.5. Suministro de energía y alumbrado público.

En el área urbana, el servicio es prestado por una empresa privada (CODENSA), que cuenta con reconocimiento y aprobación legal de las autoridades Distritales. Esta empresa ofrece una cobertura del 100%. Adicionalmente, atiende las zonas sin legalizar – de alto riesgo o sin alumbrado-, así como las áreas afectadas por servidumbres de líneas de alta tensión, bajo la modalidad de cobro de una tarifa fija.

En relación a las necesidades proyectadas, cabe señalar que el deterioro de la economía del país (que ha conllevado el desarrollo de una cultura de ahorro en materia de servicios públicos), así como el empleo de fuentes alternativas de energía, hacen que la capacidad de generación y transmisión del Sistema Interconectado Nacional sea superior a la demanda (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). Si se tiene en cuenta que, además de ello, no existen restricciones de carácter técnico que limiten la ampliación de las redes, puede considerarse que el suministro de este servicio está garantizado para un futuro próximo.

El servicio de alumbrado público, es decir la distribución y comercialización de energía eléctrica para iluminar las vías públicas, parques y demás espacios públicos, es también responsabilidad de CODENSA. No obstante, la planeación, coordinación, supervisión y control de la prestación del servicio es responsabilidad, desde 1998, de la Unidad Ejecutiva de Servicios Públicos –UESP- entidad adscrita al despacho del Alcalde Mayor.

En relación a su cobertura, aún cuando no hay mediciones ciertas sobre la cobertura del servicio, se calcula que de la infraestructura actualmente instalada, casi el 88%, está localizada en las áreas residenciales y parques, mientras que el restante 12% corresponde a la infraestructura instalada en las grandes avenidas (Documento Técnico de Soporte del POT).

La extensión total de la red es de 25.666 kms, de los cuales el 29.9% (7.666 kms), corresponden a la red exclusiva que presta servicio en las grandes avenidas; 18.000 kms, que equivalen al 70.1%, pertenecen a la red compartida que presta el servicio en el resto de la ciudad, prioritariamente en las zonas residenciales y parques. En esta última, la totalidad de los 18.000 kms es red aérea, mientras que, en la red exclusiva, el 77.7% corresponde a red aérea y el 22.3% restante se trata de red subterránea (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

23.6. Suministro domiciliario de gas natural.

La distribución y operación del gasoducto urbano, así como la prestación del servicio público domiciliario para Bogotá, se comienza a prestar a partir de 1988. Gas Natural SA – ESP, es la empresa responsable de este servicio mediante concesión otorgada por el Gobierno Nacional.

La extensión actual de las redes primaria, y de distribución, cubre cerca del 90% del área urbana; el número de usuarios es de 711.133 equivalentes al 59.8% del potencial de clientes, que es de 1.187.633.

23.7. Servicio de telefonía.

A partir de 1995 y a raíz de la expedición de la Ley 142/94 de Servicios Públicos, el servicio de telefonía en Bogotá lo prestan tres empresas en régimen de competencia: la

Empresa de Telecomunicaciones de Bogotá, las Empresas Públicas de Medellín–Bogotá y Capitel Telecom.

Hasta diciembre de 1999, la oferta para el servicio básico local de las tres empresas era del orden de 2.970.000 líneas telefónicas, que representa un indicador de aproximadamente 1 línea por cada dos habitantes; en términos generales este indicador se considera garante de un alto nivel de penetración del servicio. El represamiento en la solicitud de instalación de nuevas líneas telefónicas es reducido y los factores que generan demora en la respuesta a los usuarios son de carácter coyuntural.

Las empresas operadoras del servicio de telefonía concentran sus esfuerzos comerciales en la actualidad, y a futuro, en el ofrecimiento de una mejor atención a los clientes actuales, en la innovación tecnológica de los sistemas y redes de operación, en la ampliación de la oferta de servicios especializados para los diferentes grupos de clientes (residenciales, gubernamentales, corporativos, empresarios medianos) y en la expansión de sus redes y servicios hacia las áreas de nuevo crecimiento urbano.

CAPITULO XII. CARACTERIZACIÓN SOCIO-DEMOGRÁFICA DE LA CIUDAD

24. DISTRIBUCIÓN SOCIO-ESPACIAL DE LA POBLACIÓN.

24.1. Caracterización espacial de la ciudad por estratos socio-económicos

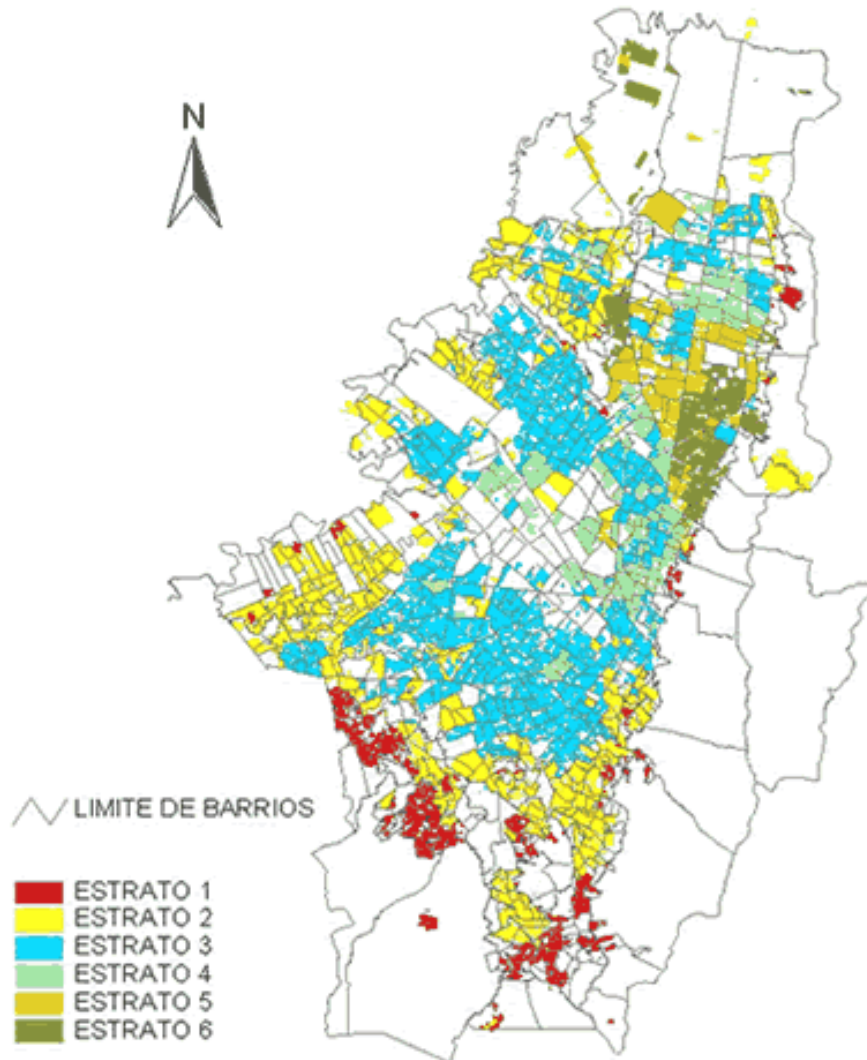
El Departamento Administrativo de Planeación Distrital (DAPD) de Bogotá desarrolló, a partir de 1995, el proyecto de estratificación del Distrito Capital. Sus resultados permitieron al Alcalde Mayor de la ciudad implantar la estratificación socioeconómica mediante el Decreto Distrital 009 de enero 9 de 1997 (**Mapa 14**). Con este decreto, la Alcaldía Mayor le asignó estratos a cada una de las manzanas residenciales del Distrito Capital y estrato uno (1) a los inmuebles rurales de la localidad de Sumapaz y a los bienes inmuebles declarados como patrimonio nacional. Esta asignación se realizó con base en la metodología propuesta por el Departamento Nacional de Planeación (DNP), en la cual se tienen en cuenta, entre otras cosas, “las características físicas externas de las viviendas, su entorno inmediato y su contexto urbanístico mediante un censo de estratificación” (DNP: 2000 – DAPD, 2000).

El contexto urbanístico se establece por medio del conocimiento directo de la ciudad llevado a cabo por grupos de expertos con el fin de establecer las áreas de la ciudad que correspondan a las categorías de hábitat previamente definidas por el DNP. Las características físicas externas de las viviendas y de su entorno inmediato, también previamente definidas por el DNP, se recogen a nivel de costado de manzana. Con la anterior información se alimenta un modelo de dos variables: datos a nivel de costado de manzana y datos para cada una de las “zonas de hábitat”. A continuación, y por medio de procedimientos estadísticos, se definen seis (6) grupos o conjuntos de manzanas con variaciones mínimas de sus datos al interior de cada grupo, y máximas entre ellos (DNP, 2000 – DAPD, 2000).

La estratificación socioeconómica es una herramienta que clasifica el espacio poblacional del Distrito Capital en estratos o grupos a partir de características sociales y económicas similares. Así, la Administración Distrital asigna estratos, entre uno (1) y seis (6), a cada una de las manzanas con uso exclusivamente residencial y a las viviendas dispersas del Distrito Capital.

Mapa No. 14

ESTRATIFICACIÓN SOCIO-ECONÓMICA DE BOGOTÁ.



Fuente: Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá. Decreto N° 619 de 2000

Para Bogotá, el indicador de estrato se define para todas las viviendas incluidas en una manzana determinada y para todas las manzanas que tengan por lo menos una vivienda. No constituyen objeto de estratificación edificaciones tales como: fábricas, bodegas, casas o edificios para uso exclusivo de oficinas, parqueaderos, talleres, clubes, etc., en las cuales habitan o no hogares o personas que se encargan de la vigilancia. Tampoco las viviendas colectivas, es decir, las edificaciones en donde residen grupos de personas que comparten el techo y ordinariamente los alimentos, por razones de trabajo,

disciplina, salud, religión, castigo o recreación, tales como: cuarteles, hospitales, conventos, cárceles, colegios, etc.

Como resultado de este estudio se puede concluir que, de las 41.474 manzanas del Distrito Capital, 5.782 (14.64%) tienen asignado el estrato uno, es decir, corresponden al grupo de menores ingresos de la población; 14.243 manzanas (36.06%) tienen asignado el estrato dos; 11.371 manzanas (28.79%) tienen asignado el estrato tres; 2.262 manzanas (5.73%) tienen asignado el Estrato cuatro; 971 manzanas (2.46%) corresponden al estrato cinco; y tan sólo 783 manzanas (1.98%) al estrato seis.

Cabe señalar que del total, 5.156 manzanas no tienen uso residencial, por tanto, no tienen asignación de estrato. (La Estratificación Socio-económica de Bogotá, D.C. 1995 – 2000, Departamento Administrativo de Planeación Distrital, Subdirección Económica de Competitividad e Innovación, Gerencia de Estratificación y Monitoreo Urbano, 2000. Citado en el Documento Técnico de Soporte del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá).

De acuerdo con los estudios de estratificación, la distribución de las áreas residenciales muestra una marcada segregación espacial por estrato, con una concentración de los estratos 1, 2 y 3 al sur de la calle 13; de los estratos 2 y 3 en el occidente; y de estratos 4, 5 y 6 en el norte (**Ver Mapa 14**). Las clases más pudientes (cerca del 1.98% del total de la población) se concentran en tres de las 20 localidades (Usaquén, Chapinero y Suba), situadas al nororiente, las dos primeras, y al nor-occidente la tercera. En contraste, localidades como Usme, Bosa y Ciudad Bolívar (esta última es, además, la localidad más extensa de la ciudad) están conformadas, casi en su totalidad, por los estratos 1 y 2 (**Tabla 10**).

Tabla 10
ESTRATIFICACIÓN DE MANZANAS POR LOCALIDAD.

Localidad	Estrato (número de manzanas y su equivalente en porcentaje)															
	SIN	%	1	%	2	%	3	%	4	%	5	%	6	%	TOTAL	%
Usaquén	367	15.52	160	6.82	340	14.38	492	20.81	304	12.85	330	13.95	371	15.69	2364	5,70%
Chapinero	129	12.04	103	9.61	149	13.91	57	5.32	197	18.39	129	12.04	307	28.66	1071	2,58%
Santa Fe	117	14.26	51	6.21	483	58.90	143	17.43	25	3.04	1	.12	0	0	820	1,98%
Usme	408	13.47	1590	52.52	1029	33.99	0		0		0		0		3027	7,30%
Tunjuelito	84	9.81	2	.23	556	64.95	214	25	0		0		0		856	2,06%
Bosa	292	9.63	272	8.97	2388	78.81	78	2.57	0		0		0		3030	7,31%
Kennedy	488	10.72	87	1.91	2107	46.32	1841	40.47	25	.54	0		0		4548	10,97%
Fontibón	395	24.29	0		300	18.45	715	43.97	215	13.22	1	.06	0		1626	3,92%
Engativá	394	10.37	37	.97	879	23.14	2369	63.39	118	3.10	0		0		3797	9,16%
Suba	609	12.78	63	1.32	2035	42.70	1026	21.53	385	8.07	509	10.68	138	2.89	4765	11,49%
Barrios Unidos	99	8.36	1		1		678	57.26	389	32.85	16	1.35	0		1184	2,85%
Teusaquillo	142	15.26	0		2		155	16.66	592	63.65	39	4.19	0		930	2,24%
Los Mártires	83	11.82	0		32	4.55	583	83.04	4	.56	0		0		702	1,69%
Antonio Nariño	64	11.03	0		25	4.31	491	84.65	0		0		0		580	1,40%
Puente Aranda	360	20.06	1		10	.55	1392	77.59	31	1.72	0		0		1794	4,33%
Candelaria	52	29.05	0		84	46.92	43	24.02	0		0		0		179	0,43%
Rafael Uribe	271	10.87	254	10.19	1130	45.36	836	33.56	0		0		0		2491	6,01%
Ciudad Bolívar	558	11.38	3143	64.12	1101	22.46	99	2.01	0		0		0		4901	11,82%
TOTAL	5156	12,43	6093	14,69	14596	35,19	11503	27,74	2285	5,51	1025	2,47	816	1,98	41474	100,00

Fuente: Documento Técnico de Soporte del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá (Estadísticas según Decreto 737 de Octubre 26 de 1999).

La cantidad de manzanas sin estrato revela, por su parte, la presencia de otras actividades distintas a la vivienda. Los más altos porcentajes corresponden a la localidad de La Candelaria (que abarca una buena parte del Centro Histórico), a la de Fontibón y a la de Puente Aranda. La primera alberga usos institucionales, mientras que las otras dos concentran actividades predominantemente industriales y comerciales. En las localidades más pobres, los altos porcentajes de inmuebles sin estrato, se explican por la

concentración de actividades productivas como talleres de servicio mecánico y pequeñas tiendas de barrio.

24.2. El fenómeno de segregación socio-espacial presente en la ciudad. Tendencias de crecimiento y expansión.

De acuerdo al proceso hasta ahora descrito para la ciudad de Bogotá, el modelo de crecimiento por islas, a través de barrios residenciales, se acompañó de una fuerte segregación de los grupos sociales en el territorio. A partir de las primeras décadas del siglo XX, se construyeron barrios para los sectores de mayores ingresos en los suburbios norte (Teusaquillo, La Soledad, La Merced) y occidente (Santafé), mientras los más pobres lo hicieron en la zona sur o en la periferia relativamente alejada (Barrios Unidos). Este proceso se acrecentó en la medida en que se fue consolidando una estructura social que supuso la conformación de una clase media de empleados y de pequeños comerciantes que intentaban emular a las clases dominantes; conformación social que fue ocupando las áreas desalojadas por los sectores de mayores ingresos en su proceso de alejamiento progresivo del centro, para después ubicarse en barrios construidos para tal efecto (Chapinero, La Esmeralda, etc.).

Como consecuencia de lo anterior, la creciente distancia, en términos de distribución del ingreso, se espacializó, finalmente, en la ciudad. Así, mientras las clases dominantes siguieron la tendencia a localizarse en el norte de la ciudad, las clases populares fueron ubicándose (con anuencia y/o fomento por parte del estado), en las periferias urbanas saturadas ya, muchas veces, por urbanizaciones piratas y barrios de invasión. Este grupo poblacional se alejó paulatinamente de las zonas centrales concentrándose al sur y al noroccidente de la ciudad, principalmente en las localidades de Suba, Usme, Fontibón, Bosa y Ciudad Bolívar, así como en el Municipio vecino de Soacha. Esto implicó, además, la urbanización de zonas de ladera en los cerros del suroccidente y del sur, así como la de algunos humedales y la de las zonas bajas inundables de los ríos Tunjuelito y Bogotá.

Esta segregación espacial, por estratos, que acusa situaciones notablemente deficitarias en las zonas sur y occidental del área urbana, se ve reflejada en el cubrimiento

y calidad de la infraestructura de servicios; en los equipamientos comunitarios; en la accesibilidad; y, finalmente, en la calidad habitacional.

24.3. Caracterización del empleo en la ciudad y su distribución espacial.

De acuerdo a las estadísticas, en 1990 Bogotá generaba cerca de 1.662.000 empleos en las diferentes ramas de la actividad económica. No obstante, una parte de esta oferta (cerca de 160.000 de ellos) corresponde a empleos itinerantes (particularmente en el sector de la construcción), o está localizada por fuera de las zonas urbanas, como en el caso de la agricultura y la minería. De este modo, alrededor de 1.479.000 empleos requerían, para este año, efectivamente, emplazamientos permanentes.

De acuerdo con cálculos realizados por la SECI del D.A.P.D.¹⁴⁷, tomando en consideración el comportamiento histórico del empleo reportado por las Encuestas de Hogares y el comportamiento coyuntural de la economía Bogotana, el total de ocupados habría alcanzado en 1998 a 2.627.000 personas. Su distribución por grupos de actividad económica indica que alrededor de 2.035.000 empleos están efectivamente localizados en emplazamientos permanentes. La proyección de estas condiciones, al año 2.010, muestra que el empleo total habría ascendido aproximadamente a 3.699.000 personas y que se requeriría emplazamiento permanente para 2.543.000, con un índice de desempleo en la actualidad y proyectado al 2010 del 19.20%, (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Para el año 1990, y en concordancia con lo consignado en el punto anterior (teniendo en cuenta que la localización de las actividades económicas determina, a su vez, la distribución espacial del empleo), se evidenciaba que en áreas ocupadas exclusiva o predominantemente con actividad residencial *se entremezclaba el 39% del empleo total, toda vez que cerca del 12% se localizaba en zonas de actividad mixta donde se mezcla, casi en igual proporción, población residente con empleo* (en general se trata de áreas de transición entre las principales aglomeraciones de la Ciudad Central o entre ésta y los tejidos residenciales más próximos). *El resto de los empleos (cerca del 49%) se localizan en aglomeraciones conformadas en sectores predominantes o exclusivamente económicos.*

¹⁴⁷ Subdirección Económica, de Competitividad e Innovación del Departamento Administrativo de Planeación Distrital, DAPD.

Se trata de los grandes centros de actividad terciaria localizados en la Ciudad Central y en el eje Centro-Occidente así como en las zonas especializadas en actividad industrial (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

A la fecha, este patrón de localización no ha presentado variaciones fundamentales. Al examinar el área útil ocupada por distintos tipos de usos, al interior de las manzanas catastrales (con base en una muestra de 29.879 manzanas), se obtiene, para el año de 1998, la siguiente distribución del uso del suelo en términos de hectáreas (**Tabla 11**):

<p style="text-align: center;"><i>Tabla 11</i> USOS DEL SUELO POR MANZANA EN BOGOTA (1998).</p>						
USO	AREA MANZANAS Ha	AREA (%)	AREA RESIDENCIAL Ha	AREA (%)	AREA NO RESIDENCIAL Ha	AREA (%)
RESIDENCIAL EXCLUSIVO	6.674,99	41,15	4.863,83	65,59	329,56	5,62
RESIDENCIAL PREDOMINANTE	2.373,78	14,63	1.383,07	18,65	579,50	9,89
MIXTO	1.362,91	8,40	640,26	8,63	636,31	10,86
ECONOMICO LIVIANO	1.083,29	6,68	311,67	4,20	746,84	12,74
ECONOMICO EXCLUSIVO	3.379,14	20,83	98,59	1,33	3.269,33	55,79
SIN DESARROLLO	1.347,78	8,31	117,75	1,59	298,52	5,09
TOTAL	16.221,89	100,00	7.415,17	100,00	5.860,06	100,00

Fuente: CENSO IDU para valorización, 1998, Datos para 29.879 manzanas

Las manzanas exclusiva o predominantemente residenciales (la muestra solo se refiere a zonas consolidadas de la ciudad) contienen, aproximadamente, el 15.5% del área de los predios utilizados en actividades económicas (El empleo difuso, es decir, aquel que se localiza en establecimientos que se entremezclan inmediatamente con edificaciones de vivienda, es el que se localiza en estas áreas). Las manzanas de uso mixto, por su parte (que representan el 8.4% del área útil de todo el universo), contienen casi el 11% del área de los predios dedicados a actividad económica. Al ponerlo en relación con los datos disponibles sobre distribución del empleo, esta constatación parece sugerir que el 12% del empleo se localiza en el 11% del área útil con un uso mixto (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Por otra parte, el 68.5% del área predial dedicada a usos económicos se localiza en manzanas exclusiva o predominantemente ocupadas con actividades económicas; pero debe resaltarse que casi el 56% del área predial con uso económico se concentra en las

3.379 hectáreas de las manzanas exclusivamente económicas, es decir, en aquellas donde el área de los predios de uso económico representa un porcentaje superior al 80% de la manzana (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

De las 16.222 hectáreas censadas, 5.860 resultan afectadas por usos económicos, lo cual representa el 36% del total. Para establecer los futuros requerimientos de espacio para los 508.000 empleos adicionales esperados al año 2.010, se simuló en el Modelo de Dinámica Espacial Urbana la posible distribución de aquel empleo tomando en consideración que una parte de éste se localizará, de manera difusa, y que otra proporción se localizará en sectores cuya dinámica de largo plazo tiende a sustituir población residente con actividades económicas (**Lámina 57**) (DAPD, SECI, Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Lámina 57
«CENTRO INTERNACIONAL DE BOGOTÁ»



Fuente: www.corbis.com – centro internacional de Bogotá

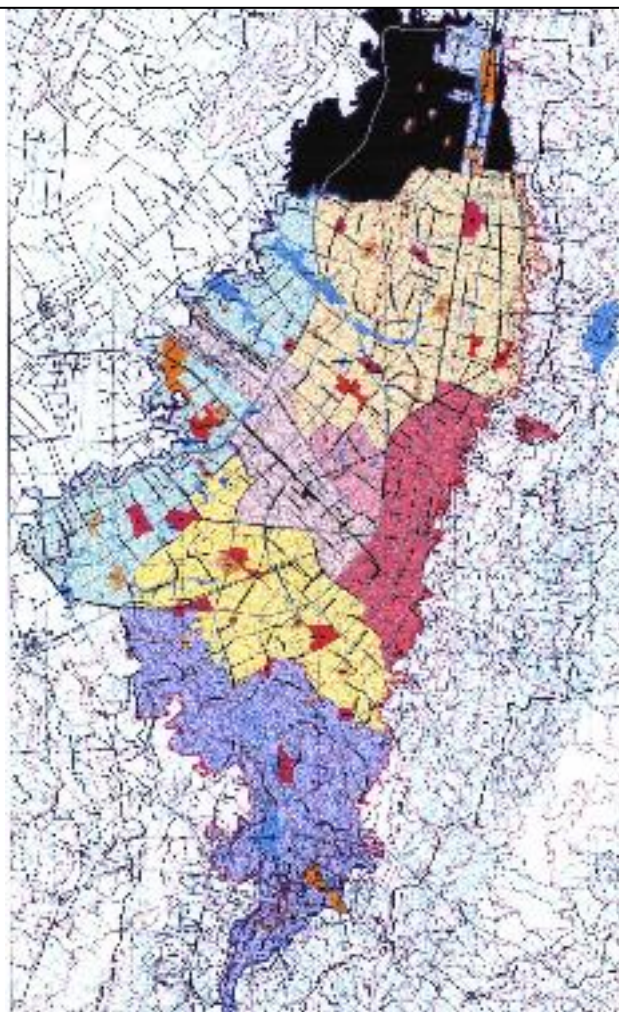
De acuerdo con estos estudios del DAPD, se necesitarán alrededor de 1.975 hectáreas adicionales para ubicar estos puntos de trabajo. No obstante, como lo señala el Documento Técnico de Soporte del POT, 432 Hectáreas (21.9% del total) estarían constituidas por predios localizados en forma dispersa en los tejidos residenciales, 565 Hectáreas (28.6% de lo proyectado) estarían representadas por áreas ya desarrolladas en vivienda que cambiarían de uso expulsando población residente y 982 Hectáreas de suelos aún no urbanizados se incorporarían a usos económicos. En las proyecciones, una parte muy significativa de estos nuevos desarrollos tendería a ubicarse en los suelos libres que

aún quedan disponibles en sectores de uso económico al interior de la ciudad, e incluso, en sectores que al mismo tiempo que se comportarían desarrollando áreas libres en uso económico, también expulsarían población de sus áreas ya edificadas.

Con base en estos análisis, el modelo de ordenamiento propuesto para Bogotá pretende, en primer lugar, *diferenciar los tipos de centros y consolidar los distintos subsistemas* (**Mapa 15**), con el fin de evitar la mezcla ineficiente de usos en los grandes centros de cobertura urbana y metropolitana; en segundo lugar, *evitar procesos deteriorantes de invasión-sucesión de zonas de la ciudad*, reconvirtiendo aquellas afectadas, a través de tratamientos de renovación urbana que supongan reactivación o redesarrollo; y en tercer lugar, *generar una mayor descentralización de las actividades terciarias de jerarquía intermedia y local* para evitar la creciente congestión en los centros de la Ciudad Central y, en parte, del eje Centro-Occidente; lo cual pretende, también, contener el desbordamiento de la ciudad central más hacia el norte; y, al mismo tiempo, impedir con una distribución más equilibrada de las actividades económicas e institucionales, que su localización refuerce la marcada tendencia a la segregación social del espacio urbano (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Mapa No. 15

PIEZAS URBANAS DEL PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE BOGOTÁ 2002 - 2012.



- CENTRO METROPOLITANO :
- Ciudad Central
 - Eje Occidental
 - Nodo de Equipamientos Metropolitanos
 - Tejido Residencial Norte
 - Tejido Residencial Sur
 - Ciudad Norte
 - Ciudad Sur
 - Borde Occidental
- CENTRALIDADES
- Centralidades de Escala Urbana
 - Centralidades de Escala Zonal
 - Centralidades de Escala Zonal Secundarias
 - Nodos de Servicios Regionales

Fuente: DAPD. Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá. Decreto N° 619 de 2000

25. LA OFERTA DE SERVICIOS SOCIALES EN LA CIUDAD.

25.1. Equipamientos de salud.

El Sistema Distrital de Salud está constituido por tres niveles de atención: El primero, compuesto por Unidades Primarias de Atención (UPAS), Unidades Básicas de Atención (UBAS) y Unidades Primarias de Atención Médica Inmediata (CAMIS); el segundo nivel¹⁴⁸, por hospitales con las cuatro especialidades; y el tercer nivel,¹⁴⁹ por

¹⁴⁸ El Nivel II, atiende complejidad intermedia y partos de bajo y mediano riesgo.

¹⁴⁹ El Nivel III, que presta servicios especializados y de alta complejidad (cardiología, neurología, gastroenterología, genética, laboratorio especializado).

hospitales que ofrecen especialidades y sub-especialidades; las cuales conforman un núcleo de atención primaria, o SILOS.

La oferta pública de este sistema Distrital, a cargo de la Secretaría de Salud, ofrece 19 centros de primer nivel que, sumados a las UPAS, las UBAS y los CAMI, conforman una red de 181 instituciones, que se complementará, próximamente, con tres hospitales de segundo nivel, de los cuales dos de ellos se encuentran ya en construcción en las localidades de Suba y Engativa (Red Adscrita SSD, 1998, citada por el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). El sistema ofrecía en el 2000, 1.511 camas; las que sumadas a las 5.694,7, que ofrecía el sector privado en ese año, da un total de 7.205,2 camas; lo cual corresponde a un índice de 1.1 camas por cada 1000 habitantes para el área metropolitana (el dato oficial para la ciudad es de 1.5 camas). Al contrastar la demanda atendida de días/camas de hospitalización con el número de camas disponible, se evidencia un superávit agregado de 2.697 camas, lo cual indica que hay oferta suficiente para atender las condiciones encontradas de la demanda. No obstante, debe tenerse en cuenta que la mayoría de las instituciones que prestan el servicio se encuentran concentradas en el centro y en el norte de la ciudad, indicando que su distribución espacial afecta la adecuada y equitativa prestación de los servicios¹⁵⁰.

Hasta el momento, el ordenamiento del equipamiento de salud sobre el territorio se ha limitado a su regulación urbanística, la cual ha venido homologándose a su clasificación sectorial en tres niveles de atención: los niveles II y III básicamente reúnen la red hospitalaria de mayor jerarquía, mientras que el nivel I se refiere a espacios de atención primaria ambulatoria, de consulta médica y medicina preventiva. La normativa urbanística vigente ha contribuido poco a mitigar el impacto de la intensa actividad que alojan estas instalaciones sobre otros usos, en la medida en que ha asimilado el criterio de clasificación por grado de especialidad en servicios al grado de intensidad de los impactos urbanísticos generados. Cabe señalar que la Ley 100 de 1993 (ley de seguridad social), integra funcionalmente la infraestructura hospitalaria existente en una red integrada de servicios públicos y privados de salud, basado en el sistema EPS-IPS (Entidades prestadoras de servicios de salud).

¹⁵⁰ La localización del equipamiento de salud sobre el territorio muestra que la oferta de servicios hospitalarios privados se ha concentrado sobre la franja oriental del centro expandido (Hospital Militar, Hospital de San Ignacio, Clínica de Marly, etcétera.), toda vez que la infraestructura pública se concentró primero en el sector suroriental, pero ha venido consolidándose, de forma reciente, en los sectores sur y occidente.

De acuerdo al diagnóstico realizado en el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá el desarrollo de la ciudad requiere del fortalecimiento de la atención preventiva (de nivel I), con énfasis en estratos 1 y 2, de modo que se contribuya directamente al mejoramiento general de la calidad de vida de la población. No obstante, además del mejoramiento físico de la infraestructura, es necesario mejorar aspectos administrativos y operativos que inciden directamente en los desequilibrios que actualmente reducen la funcionalidad del sistema y en el óptimo aprovechamiento de la estructura física pública existente (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

25.2. Equipamientos de Bienestar Social.

Las redes de bienestar social del Distrito Capital están constituidas por centros de desarrollo comunitario y de atención especializada a grupos de población vulnerables (menores, tercera edad, discapacitados y madres adolescentes). Para ello existen diversidad de servicios (hogares de paso, hogares geriátricos, centros de rehabilitación y otros centros de servicio social a la comunidad) a cargo de entidades públicas de diferentes instancias, o de organizaciones no gubernamentales.

El Departamento Administrativo de Bienestar Social del Distrito (DABS) cuenta con 16 Centros Operativos Locales (COL) que cubren las 20 localidades de la ciudad coordinando el desarrollo y ejecución de las políticas, programas y proyectos formulados para la atención integral de la población que se encuentra en abandono total, miseria, o graves condiciones de deterioro, con el fin de mejorar su calidad de vida y lograr su inserción productiva en la sociedad. Los COL propician la información y participación de la comunidad, apoyan los procesos de investigación social, ajustan los planes y programas a las necesidades de cada Localidad, concertan programas de cofinanciación con las autoridades locales, públicas o privadas y facilitan el ejercicio de la Veeduría ciudadana (DABS, 2002)¹⁵¹.

Asignaciones importantes de inversión pública en equipamiento social de escala metropolitana han constatado las inmensas dificultades que ha tenido el sector público para financiar el sostenimiento de grandes infraestructuras, altamente especializadas. De allí que se haya promovido un nuevo interés en las unidades de servicio de escala zonal y

¹⁵¹ Ampliar en, www.bienestarbogota.gov.co

local. No obstante, a diferencia de la inversión en infraestructuras mayores, la dispersión de la inversión pública en pequeñas adecuaciones ha parecido desvanecerse sobre el territorio privando, en particular, a las áreas de urbanización incompleta de un equipamiento social que actúe a su vez como elemento estructurante (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Los servicios de salacuna y de guardería constituyen, -para los estratos 1 y 2- espacios de atención estratégica en materia de equipamiento social. La cobertura conjunta del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) y el DABS atiende a 122.000 niños, cifra equivalente al 41% de la población entre 0 y 4 años en los estratos 1 y 2¹⁵² (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, a través de los Hogares de Bienestar, HOBIS, y su programa de “madres comunitarias”, pretende fortalecer el tejido social de los barrios incorporando a la mujer como elemento importante de un proceso integral de desarrollo de la comunidad; logrando, con bajos costos de funcionamiento, atender una población importante. De esta manera se apoya, por demás, la inserción de la mujer al mercado laboral y se contribuye con el desarrollo económico y social de la población más necesitada de la ciudad.

Por otra parte, el Distrito espera, a través de la construcción de edificaciones cívicas, *crear espacios de convivencia de escala local alrededor de este equipamiento tan importante*; lo que constituye una importante iniciativa orientada a la consolidación y fortalecimiento del tejido social.

25.3. Equipamientos educativos.

Bogotá ofreció para el año de 1999, cerca de 1.400.000 cupos de educación preescolar, básica y media. De estos, el sector público cubre cerca de un 49% (atendiendo el 70% de la población en edad escolar de los estratos 1 y 2) (DAPD, 1999). Si bien esta

¹⁵² Según los datos preliminares del Estudio de Focalización de Pobreza, en Bogotá hay 154.755 niños y niñas en edades de 0 a 5 años en condición de pobreza. La ciudad cuenta hoy con aproximadamente 110.000 cupos ofrecidos entre el DABS y el ICBF para niños y niñas, entre 0 y 5 años de edad, de los estratos 1, 2 y 3; lo cual supone un déficit de 44.755 cupos.

infraestructura se concentra en las áreas centrales, es incapaz de atender las demandas de la población residente en las áreas periféricas de los bordes sur y sur occidental.

Por otra parte, la dificultad de financiar una adecuada expansión de la red escolar en las zonas perimetrales, se agrava por el desarrollo informal, pues no se hacen las previsiones de suelo necesarias para la construcción del equipamiento requerido. De esta manera, al déficit existente debe sumarse un aumento previsto en la demanda de aproximadamente 105.000 cupos adicionales para el 2010 (período de vigencia del POT de Bogotá), que resulta del crecimiento de la población en edad escolar de los estratos 1 y 2, y que constituye un punto de atención prioritaria por parte del gobierno Distrital (Documento Técnico de Soporte, POT de Bogotá). De otra parte, el equipamiento escolar privado ha tendido a ubicarse en las afueras de la ciudad (Norte y noroccidente) produciendo un patrón de localización especializado en usos periurbanos que, a su vez, genera fuertes impactos urbanísticos, particularmente en lo que corresponde a la movilidad urbana.

En relación con la educación superior, Bogotá, en concordancia con su carácter de ciudad capital, cuenta con una alta concentración de instituciones de este nivel. En 1989 había 85 establecimientos de educación superior, de los 236 del total nacional, lo que supone una concentración del 36% en la capital (Gouëset: 1998). De forma coherente, del total de cupos a nivel nacional, que en este año ascendía a 414.7907, las instituciones de educación superior bogotanas ofrecían el 35.9% (148.849 cupos); y de estos, el 72.9% (108.539 cupos), correspondían a la modalidad de educación universitaria. De esta modalidad, el sector privado ofrecía el 84%, mientras que el sector oficial ofrecía el restante 16 %.

Cabe señalar que, de acuerdo con los estudios, en la Universidad pública la demanda excede la oferta; mientras que en la universidad privada sucede lo contrario (se ofrecen en promedio más de dos cupos por cada solicitud), debido a las expectativas del flujo de estudiantes de otras partes del país hacia Bogotá.

Al igual que para los colegios, no existe una política de localización de las universidades en la ciudad. El 80% se concentra en el área central, aunque también existen tendencias de localización hacia la periferia, hacia el extremo norte y hacia otros municipios vecinos.

Las universidades tradicionales tienen un espacio definido en el centro expandido de la ciudad, constituyéndose en elementos determinantes de la estructura urbana; por su parte las universidades e institutos pequeños que, en general, atienden a la población que trabaja, se han localizado cerca de los grandes centros de empleo (Centro Internacional, Avenida Chile), en condiciones menos adecuadas. Por otro lado, las que se han localizado en las zonas de conservación patrimonial, normalmente producen un deterioro considerable en las construcciones y en el entorno urbano debido a que operan en viviendas adaptadas que, poco a poco, han ido modificando y complementado para construir sedes apropiadas (ABACUS-CAD, 1999). Por ello, carecen de áreas libres y de la infraestructura de servicios necesaria para atender el incremento de la densidad por el cambio de uso; en esta medida, la población flotante que atrae estos equipamientos, ocasiona importantes impactos sobre los sectores en dónde desarrollan sus actividades, dado que estos no están en capacidad de soportar el incremento en el número de vehículos (aunque en algunas de las grandes universidades ésta situación ha comenzado a ser resuelta dentro del perímetro universitario); no obstante, en las más pequeñas, los vehículos invaden calles y andenes. De otra parte, el impacto en el entorno es sensible, dado que aparecen toda suerte de servicios a los estudiantes en las inmediaciones de las sedes: cafeterías, bares, restaurantes, fotocopadoras, etc., que ocasionan aún mayores problemas en las zonas residenciales y propician transformaciones en los usos y las construcciones. Situación particularmente grave cuando se trata de áreas de conservación patrimonial.

25.4. Equipamientos culturales.

La oferta cultural de la ciudad se concentra en su el llamado “Centro expandido”; concretamente en el Centro Histórico. Los museos, teatros, auditorios, galerías y otros espacios culturales existentes, contribuyen a potenciar el carácter del Centro Metropolitano y representan una fortaleza, en términos de competitividad, generando, al mismo tiempo, un importante atractivo. No obstante, se ha ido consolidando la infraestructura cultural y recreativa del nodo de equipamientos urbanos localizado al occidente de la ciudad.. Al norte, la oferta (precaria en términos de cobertura) se caracteriza por pertenecer al ámbito privado, o por hacer parte de las instituciones educativas. Mientras tanto, el sur de la ciudad carece de espacios culturales de escala metropolitana.

Esta actividad cultural, de carácter metropolitano, se complementa con la que se desarrolla en espacios urbanos como los que constituyen las plazas y parques de mayor actividad y significado para la ciudad.

De otra parte, la ausencia de escenarios adecuados para asistencia masiva de espectadores (conciertos y eventos especiales) ha obligado a utilizar los equipamientos deportivos de la ciudad, así como algunas otras infraestructuras no especializadas para este tipo de eventos.

A pesar del esfuerzo realizado en la materia durante las últimas administraciones, se ha constatado que tanto la oferta pública como la del sector privado en entretenimiento y recreación, se caracteriza por una ausencia de equipamientos culturales de escala intermedia y zonal, lo cual contrasta con la potencial demanda que la relativa dificultad de movilidad y acceso a los servicios metropolitanos sugiere.

25.5. Equipamiento deportivo y recreativo.

El equipamiento deportivo y recreativo ofrece oportunidades de integración social en torno a actividades constructivas. Incluye, tanto las diferentes dotaciones especializadas para la práctica de deporte (que ofrecen recreación para la población general y la práctica profesional), como los escenarios especializados para la presentación de eventos de carácter masivo.

A nivel intermedio y zonal, la construcción reciente de polideportivos de carácter público en sectores del sur y del occidente de la ciudad, es producto de una política intensiva de recuperación y aprovechamiento de los parques existentes para promover la actividad lúdica¹⁵³. Estos programas han promovido la ocupación intensiva de los espacios verdes, con infraestructura para la recreación activa, teniendo como resultado la intensificación del uso de los parques existentes.

Un aspecto que merece destacarse, en este sentido, es el déficit de equipamiento público, deportivo y recreativo, en los sectores residenciales de clase media y alta; déficit,

¹⁵³ El Instituto Distrital para la Recreación y el Deporte (IDRD) administra 37 parques deportivos, que incluyen canchas deportivas y polideportivos. Sistema de Parques Distritales. Documento IDRD Subdirección de Construcciones 1997 Tabla – Parques Deportivos Distritales

que, como ocurre en la mayoría de las grandes ciudades de Latinoamérica, es absorbido por servicios comerciales y de gimnasios. Esta forma de sustitución se repite también en términos de la dotación de espacios verdes de escala zonal e intermedia, que se suple mediante otras formas de recreación especializada, también privada, ofrecida por clubes y cajas de compensación; situación que, por demás, contribuye en la caracterización de la fuerte segregación socio-espacial que, en general, divide a la ciudad en dos partes fundamentales: el Norte rico y el Sur pobre.

25.6. Dotación de áreas libres y recreativas.

En términos generales, es posible afirmar que la cantidad de parques y zonas verdes por habitante en Bogotá es muy baja ($2,87 \text{ m}^2 / \text{habitante}$), teniendo en cuenta que el mínimo establecido por la agencia HABITAT de Naciones Unidas, es de $10 \text{ m}^2/\text{habitante}$. Esto se explica al considerar que cerca del 50% de los barrios de Bogotá tiene origen en procesos ilegales de urbanización, lo que hace que la cantidad de espacios públicos y equipamientos colectivos sea deficitaria. Igualmente, es manifiesta la inexistencia de una escala zonal que medie entre las escalas urbana y local.

En relación a la dotación de parques, en el nivel regional, Bogotá cuenta únicamente con el Parque La Florida, el cual se localiza al occidente de la Ciudad, fuera del territorio distrital. Sin embargo, se encuentran en construcción los parques de San Rafael y de Tominé, al nororiente. Estos últimos serán destinados, principalmente, a la recreación pasiva y contemplativa, la educación ambiental y la preservación del patrimonio botánico y zoológico.

En relación al nivel metropolitano, la ciudad cuenta con distintos parques que ocupan cerca del 33% del área total de parques y zonas verdes de la ciudad (**Lámina 58**). No obstante, el nivel de cobertura y de dotación de este tipo de parques es bastante deficitaria. La situación es más crítica para localidades como Suba (657.146 habitantes), Usaquén (397.926 habitantes) y Ciudad Bolívar (512.238 habitantes), que pese a que concentran importantes cantidades de población de los estratos más bajos, carecen de equipamientos recreativos de escala metropolitana. (DAPD, Datos de población, 1998, citado en el POT de Bogotá).

Lámina 58
«PARQUE SIMÓN BOLIVAR »



Fuente: electroportal.com/Bogotá - Parque Simón Bolívar

La escala intermedia está constituida por los parques urbanos, de los cuales poseen entre 3 y 4 la mayoría de las localidades, especialmente las de estratos bajos y ubicadas en la periferia. No obstante, como se ha señalado en el diagnóstico del Plan de Ordenamiento Territorial, se evidencia en estos espacios que, en promedio, el 50% del área del parque corresponde a canchas y espacios deportivos. Como anotábamos anteriormente, la dotación de equipamiento deportivo público se ha dado sobre el sistema de parques, lo cual ha promovido un proceso de alta ocupación y reducción de las áreas verdes.

En relación a la escala barrial, los parques tienen una importancia fundamental en la oferta de espacios recreativos para la ciudad, en términos tanto de participación porcentual como de uso cotidiano (los Parques de vecindario o de barrio representan el 67% del área total de parques y zonas verdes de la ciudad).

No obstante, existen diferencias marcadas de índole cuantitativa y cualitativa (incluyendo los promedios área/habitante por localidad). Un primer grupo está conformado por las localidades que presentan menos de 2m² de parque por habitante, y entre las cuales se incluyen aquellas con comunidades de estratos 1, 2 y 3. El segundo grupo está conformado por el resto de las localidades que poseen más de 2m² de parque por habitante. De forma similar a los parques zonales, tan sólo el 46% del área de parques

se destina a la recreación pasiva, mientras el 54% restante lo constituyen zonas duras, canchas e instalaciones deportivas.

25.7. Servicios urbanos y las redes de seguridad ciudadana.

El Departamento Administrativo de Planeación Distrital considera como “Servicios Urbanos” al equipamiento destinado a proveer a los ciudadanos de servicios relacionados con la conservación general de la ciudad, la salvaguarda de las personas y los bienes y el suministro de productos básicos. Dentro de estos servicios se incluyen los equipamientos que alojan los cuerpos de Policía, la Defensa Civil, los bomberos y otras entidades similares dedicadas a la salvaguarda de las personas. Tienen en común su condición de servicios públicos a cargo de diferentes estamentos del Estado. Las dos primeras corresponden a entidades adscritas al orden nacional, mientras que la tercera hace parte de la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía Mayor de Bogotá.

Como cuerpo de seguridad adscrito al Ministerio de Defensa, la Policía, al igual que la Defensa Civil, han ejercido en muchas oportunidades una gestión territorial autónoma de las entidades distritales; este hecho fue debilitando su presencia en la misma medida en que fue disminuyendo la intervención directa de la nación en la dotación de equipamientos sobre el territorio de la ciudad (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

La Policía de Bogotá cuenta con 19 estaciones de escala metropolitana construidas por la nación antes de la década de los años setenta en las áreas centrales y en las zonas periféricas del centro, así como con inspecciones de policía ubicadas en las alcaldías locales (en instalaciones mal adaptadas y poco adecuadas para alojar las actividades que le son propias). Parte de estos equipamientos, es la red de Centros de Atención Inmediata, CAI, unidades de atención de la Policía Metropolitana de escala zonal (112 unidades), ubicados en parques y zonas verdes públicas. En relación al pie de fuerza, Bogotá cuenta con 9000 efectivos disponibles para cubrir toda la ciudad (lo cual equivale a un policía por cada 722 habitantes).

La red de bomberos de Bogotá, por su parte, cuenta con 15 estaciones y 354 bomberos (uno por cada 18.361 habitantes), teniendo en cuenta que en Santiago de Chile

hay 2.700 bomberos (uno por cada 1.900 habitantes), en Buenos Aires hay 3.000 (uno por cada 2.500 habitantes) y en Lima hay 1.500 (uno por cada 2.700 habitantes), según los datos del Sistema Nacional de Bomberos, puede considerarse que el servicio es altamente deficitario. De otra parte, la Secretaría de Gobierno, entidad a la cual se encuentra adscrito este Cuerpo de Bomberos, mantiene la infraestructura existente, sin que se realicen previsiones de suelo o se gestionen mecanismos de producción del mismo que permitan dotar adecuadamente las áreas periféricas y de expansión (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Por su parte, los cuarteles militares siempre han contado con una localización estratégica dentro de la ciudad. Hicieron parte de una corona de equipamientos urbanos que delimitaba el perímetro en los años treinta. De igual manera, se emplazaron sobre los principales corredores de acceso a la ciudad a finales de la década de los años cincuenta. Hoy en día estas zonas se encuentran densamente urbanizadas, lo cual no sólo desvirtúa su localización como puntos de defensa, sino que también genera fuertes impactos urbanos.

En cuanto a las prisiones, hay que señalar que existe un déficit no sólo cuantitativo sino también cualitativo, pues así como resultan insuficientes para atender las necesidades de rehabilitación, tampoco ofrecen condiciones dignas para este efecto. De otra parte, al igual que sucede con los cantones militares, la cárceles han sido rodeadas por sectores residenciales; lo que hace que, desde el punto de vista urbanístico, resulte recomendable el desplazamiento paulatino de este tipo de servicios, en el área urbana, hacia áreas rurales o periféricas.

25.8. Equipamientos de Abastecimiento.

Actualmente, la Unidad Ejecutora de Servicios Públicos de la Alcaldía (UESP), coordina 18 plazas de mercado, que abastecen las diferentes localidades de la ciudad. Esta red pública se ha ampliado con mercados que han surgido en forma espontánea y que, a pesar de que carecen de instalaciones adecuadas, constituyen importantes nodos de actividad económica y de servicio para sus áreas de influencia (DAPD, 1998). Una importante parte del mercado está centralizada en la Corporación de Abastos, Corabastos, la cual pretende racionalizar el mercado agropecuario de Bogotá, abasteciendo a cerca de 9 millones de habitantes en Bogotá y su zona de influencia. En ella agricultores,

comerciantes mayoristas, minoristas y detallistas venden y compran el 80% del abastecimiento diario de Bogotá (aproximadamente 6.700 toneladas de alimentos), lo equivalente, a cerca de 2,5 millones de toneladas de alimentos al año.

25.9. Ubicación espacial de la Administración pública.

A pesar de que en los años cincuenta se intento conformar una nueva e importante centralidad que concentrase esta actividad sobre la franja comprendida entre las avenidas Eldorado y La Esperanza¹⁵⁴, El centro de Bogotá sigue concentrando las sedes de entidades públicas de los niveles Nacional, Departamental, Distrital y local. De esta manera, se ha reforzado la primacía del Centro Metropolitano.

Como lo expresa el Diagnóstico del POT de Bogotá, esta política de localización central de las entidades de orden nacional se ha diluido recientemente, propiciando la dispersión de nuevas sedes administrativas importantes, lo cual ha permitido que entidades nacionales se ubiquen en edificaciones en zonas comerciales y residenciales del norte de la ciudad. (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

25.10. Demanda de vivienda por estratos socio-económicos.

De acuerdo con la Cámara Colombiana de la Construcción (CAMACOL), tal como aparece registrado en el POT, las encuestas sobre oferta y demanda de vivienda en Bogotá, señalan que los principales interesados en adquirir vivienda son los estratos de menores ingresos, lo cual se explica, bien sea por la vulnerabilidad de estos grupos a quedarse sin vivienda, como también por considerar “lo propio” como un activo de gran valor. En consecuencia, es posible afirmar que, además de un interés económico, existen ciertos aspectos de índole cultural que influyen en la composición del mercado de la vivienda. Algunos factores determinantes de la demanda están dados por el sector ocupado antes de demandar dicha vivienda; en esta medida, el comportamiento de los demandantes de vivienda propia es el de conservar, en lo posible, el medio de vida al cual están acostumbrados, intentando ubicarse en un área cercana a la que están residiendo antes de comprar su nueva vivienda. Esto demuestra que los pobladores de la ciudad no son

¹⁵⁴ Centro Administrativo Nacional (CAN), antiguo Centro Administrativo Oficial de El Salitre (CAOS)

proclives a “mezclarse” con estratos distintos al suyo y prefieren conservar sus hábitos y culturas (CAMACOL, citado en el Documento Técnico Soporte del POT de Bogotá).

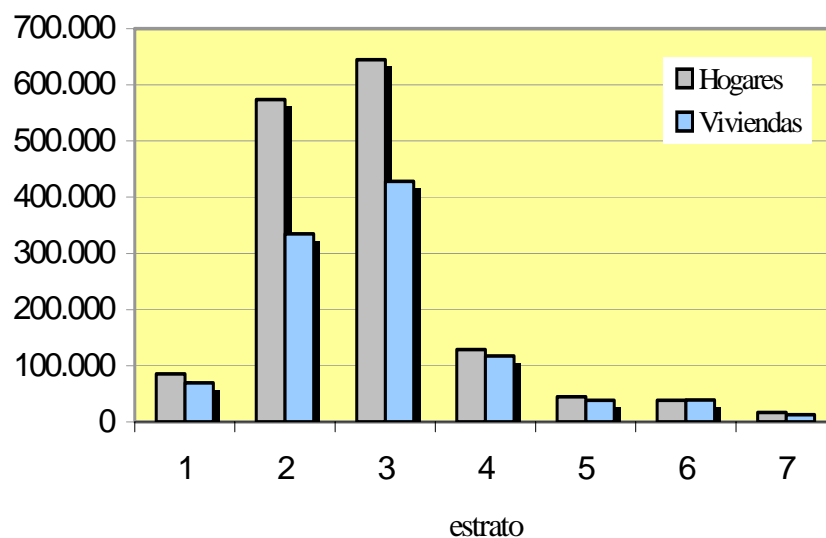
En relación al *stock* inmobiliario, es preciso señalar que, de acuerdo con el censo de las viviendas existentes en la ciudad y su distribución en las diferentes localidades, en la periferia occidental se encuentran las localidades de mayor área y mayor número de viviendas (más de cien mil unidades por localidad); en orden: Suba: 131.443, Engativá: 123.559, Kennedy: 119.450). En los dos extremos, norte y sur, se encuentran las localidades que siguen con un número de viviendas entre ochenta y cien mil unidades: Usaquén: 91.661, Ciudad Bolívar: 80.311. En las zonas periféricas intermedias se encuentran las localidades con un número de viviendas entre cincuenta y ochenta mil (Bosa, San Cristóbal y Rafael Uribe). Toda vez que en la ciudad consolidada se encuentran las localidades con un número de viviendas por debajo de cincuenta mil (Puente Aranda, Fontibón, Barrios Unidos, Teusaquillo, Tunjuelito, Chapinero, Santa Fe, los Mártires, Antonio Nariño y La Candelaria); lo que demuestra la expansión de la ciudad sobre aquellas zonas donde se concentra la población de los estratos más bajos.

Ahora bien, en lo que respecta a la demanda, cabe anotar que en 1985, el déficit cuantitativo absoluto de vivienda (diferencia entre el número de hogares y el número de viviendas) era de 164.227 unidades; para 1993, este déficit aumentó a 500.033 unidades; no obstante, la reducción de la tasa de crecimiento anual de la población bogotana, pasó del 3.75% en 1985 al 2.75% en 1993. Con base en esta información y en las proyecciones de población realizadas por el DAPD, se calculó que en 1999 el déficit cuantitativo de vivienda en la ciudad, correspondía a 1,48 hogares por vivienda (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

De acuerdo a información suministrada por el Departamento Administrativo de Planeación Distrital de Bogotá, el 79.7% de la población de la ciudad (79.5% de los hogares) corresponde a los estratos 2 y 3 (grupo que percibe ingresos mensuales entre 1 y 5 salarios mínimos)¹⁵⁵ (**Gráfico 4**)

¹⁵⁵ El salario mínimo en Colombia ha mantenido, en los últimos años, un promedio aproximado de U\$100 mensuales

Gráfico 4
RELACION ENTRE EL NUMERO DE HOGARES Y EL NUMERO DE VIVIENDAS
POR ESTRATO EN BOGOTA, 1998.



Nota: Con el número 7 se relacionan hogares y viviendas sin clasificación por estrato.
Fuente: DAPD, Subdirección Económica. Ingresos: Cálculos MetroVivienda con base DANE.

Si se tiene en cuenta que, dentro de este segmento (compuesto por 1'218.827 hogares), existe un parque inmobiliario de 763.224 unidades de vivienda, el déficit acumulado, dentro de los estratos que lo conforman; corresponde, aproximadamente, a unas 455.000 viviendas, es decir, al 75.3% (porcentaje relativo) del déficit total (equivalente al 32.1%) (**Tabla 12**).

Tabla. 12
DÉFICIT DE VIVIENDA POR ESTRATOS EN BOGOTÁ.

Estrato	Ingreso	Población		Viviendas		Hogares		Déficit	
	S.M.L.V.	Miles	%	Número	%	Número	%	Número	%Relat.
1	<1	386,0	6,5	69.327	6,7	85.677	5,6	16.350	19,1
2	de 1 a 3	2.115,0	35,7	334.678	32,2	573.760	37,4	239.082	41,7
3	de 3 a 5	2.604,0	44,0	428.546	41,2	645.067	42,1	216.521	33,6
4	de 5 a 8	445,0	7,5	117.679	11,3	128.586	8,4	10.907	8,5
5	de 8 a 16	177,0	3,0	38.723	3,7	44.872	2,9	6.149	13,7
6	>16	128,0	2,2	39.057	3,8	38.474	2,5	-583	-1,5
No res.		62,0	1,0	12.711	1,2	16.442	1,1	3.731	22,7
TOTAL		5.917	100	1.040.721	100	1.532.878	100	492.157	32

Fuente: DAPD, Subdirección Económica. Ingresos: Cálculos MetroVivienda con base DANE.

En este sentido, el déficit más alto de vivienda, dentro del conjunto total de la población, corresponde al estrato 2 (41.7%), mientras que el déficit para el estrato 3 ocupa el segundo lugar (33,6%). Esto exige construir cerca de 53.000 nuevas viviendas cada año, sólo para congelar los faltantes presentes en los estratos 2 y 3.

En cuanto a la distribución espacial de estos segmentos socioeconómicos se percibe, claramente, que la periferia de la ciudad hacia el sur y el occidente, principalmente (aunque también hacia el oriente y el centro tradicional) concentran casi la totalidad del estrato 2, toda vez que el área central de la ciudad esta ocupada por el segmento correspondiente al estrato 3 (**Mapa 14**). En relación con el déficit cualitativo de vivienda, las cifras del censo 1993 arrojan los siguientes resultados: el 36.3% de los hogares presentan carencias habitacionales – el 23% viven en condiciones de hacinamiento, el 1.3% habitan en viviendas con materiales precarios, el 1% tienen problemas de estructura, 5% de espacio y 6% de servicios públicos. Sobre un total de 1.243.100 hogares, 451.245 presentan carencias habitacionales y de estos 285.000 presentan condiciones de hacinamiento (Viceministerio de Desarrollo Urbano, vivienda y agua potable, 1997, p. 224, citado en el Documento Técnico de soporte del POT de Bogotá).

En lo que respecta a la actividad constructora, cabe señalar que, de acuerdo con el Documento Técnico de Soporte del POT, en la ciudad se construyen 4.5 millones de metros cuadrados al año y se generan, por esta fuente, ciento veinte mil puestos de trabajo, lo que representa el 5% del total de éstos en la ciudad. Esta cifra puede alcanzar el 8% si se incluye la construcción informal de vivienda, en razón de que se calcula que el 40% de la construcción de la ciudad se efectúa por métodos no convencionales, indicando además, que la actividad constructora en Bogotá constituye una parte muy importante en el consolidado nacional, con una participación similar a la de la economía de la capital en el PIB del país; el cual está en un promedio cercano al 20%.

Considerando el número de licencias de construcción como indicador aproximado de la evolución del sector, se puede deducir que a partir del año 1994 este se viene recuperando; pasando en 1991 de 250.000 a 400.000 m² en 1994, licenciados en promedio; ahora bien entre 1994 y 1995 la actividad tuvo un punto de auge, (llegando a concederse licencias para 735.000 m² en un solo mes); momento en el cual la actividad constructora empieza a descender, evidenciando una drástica disminución en los últimos

tres años de la década de los noventa (llegando a cerca de 160.000 m² licenciados). A este respecto el año 1999 resulto ser el periodo con menos licencias de toda la década. Para entonces, los créditos para vivienda disminuyeron como resultado de las restricciones de liquidez en la economía, aumentando la cartera vencida en el sector financiero. Ilustra esta situación la reducción del 30%, entre 1997 y 1998, de los créditos para vivienda usada; y del 20% en aquellos para vivienda nueva, durante el mismo período.

Cabe señalar que, no obstante el descenso del volumen de créditos para la compra de vivienda, entre 1996 y 1998, la vivienda usada gana en participación. Así, mientras que en 1996, el 38,7% del crédito es para vivienda usada, en 1997 asciende al 46% y en 1998 se mantiene sobre el 43%.

Ahora bien, como se ha indicado en el Documento Técnico de Soporte del POT, las importantes reducciones en el volumen de créditos no parecen estar directamente asociadas con una reducción de la demanda por vivienda; sino que son atribuidas a la desaceleración de la actividad económica general que sufre el país desde 1996; desaceleración que lleva a un estrangulamiento del sector en 1998; producto, entre otras cosas, de las altas tasas de interés derivadas de la inestabilidad cambiaria.

Otro aspecto interesante de la evolución del sector es que este dirigió la mayoría de sus recursos, durante el periodo de auge, al segmento compuesto por el estrato 4 y, en época de crisis (durante los años 1995 y 1997), a los estratos 2 y 3. Este fenómeno se repite durante 1998, en donde la participación por estratos en la construcción, se orienta, de manera preferente, al estrato 3 (40%); el estrato 4 sigue en importancia (19%) y el tercer lugar es ocupado por el estrato 6 con un poco más del 14% de participación (Documento Técnico de Soporte del POT). Esta orientación del sector hacia los segmentos más bajos de la población se ha mantenido hasta la fecha.

De acuerdo con las estadísticas, en la década de los noventa la actividad edificadora se afianzó en las zonas que le permitieron ofrecer vivienda al mercado de acuerdo con la tendencia mostrada anteriormente. Entre 1996 y 1998, los sectores suroccidente y noroccidente presentaron las mayores cifras de metros cuadrados iniciados (lo cual confirma el desplazamiento, en términos de mercado, del sector norte hacia los sectores suroccidente, principalmente, y noroccidente). Así, el suroccidente incrementó la oferta de metros cuadrados construidos de 383.421 a 549.779 entre 1996 y 1998, mientras

que el noroccidente pasó de 431.079 en 1996 a 559.672 en 1998. Por el contrario, en el sector norte la caída en la oferta ha sido realmente dramática, si se considera el período 1993 a 1998, dado que los metros cuadrados de construcción iniciada pasaron de 1.489.048 a 387.119. Por su parte, el número de metros cuadrados iniciados en bodegas, oficinas y locales, evidencia la misma tendencia general de desaceleración.

25.11. Oferta de vivienda y su relación con la distribución de ingresos en la ciudad.

La oferta de vivienda se relaciona con el nivel de ingresos de los habitantes. De acuerdo con estudios realizados por la Lonja de Propiedad Raíz de Bogotá, la zona norte tenía, en 1999, el 26.02% de la oferta total, constituida, para este caso, por proyectos de vivienda para niveles altos y medios de ingreso, principalmente. El precio promedio a la fecha era de 1'200.000 pesos el m² (cerca de 430 dólares de hoy).

A esta zona le sigue en importancia la suroccidental, con una participación en la oferta total a marzo de 1999 de 22.28%. Aquí, el 42.81% corresponde a viviendas de hasta \$500.000 y el 49.76% para viviendas de hasta \$600.000 el m². La zona noroccidental, por su parte, representa el 18.93% de la oferta total en marzo de 1999, pero su principal característica es la heterogeneidad en los ingresos de sus habitantes y, por consiguiente, en la oferta.

25.12. Delincuencia y criminalidad

En 1998 se presentaron en Bogotá 4.104 muertes violentas (lo cual significó una reducción del 9.2% con relación al año anterior) De estas muertes, corresponden a homicidios el 60.3%, a suicidios 8.4%, a accidentes de tránsito el 22% y a otras causas accidentales el 9%. En relación con los delitos contra el patrimonio económico, particularmente al robo, en Bogotá se denunciaron, en 1998, 33.424 casos. De estos, el 48% correspondió a atraco callejero, el 25% a robo de autos, el 11% a atraco a establecimientos comerciales, el 9% a robo de motos, el 5% a asalto a residencias y el 1% a asalto a entidades financieras (DAPD - SECI, 1999). Como se aprecia en la **Tabla 13**, se reportaron en Bogotá menor cantidad de robos que en Madrid, Río de Janeiro y Lima (en donde el 32,4% de la población fue víctima de algún acto violento en 1997, ya sea robo a la persona, a la vivienda, al vehículo u otra forma de violencia (INEI, 1999)). Cabe señalar que, en la actualidad, a pesar de la violencia que se vive en el país, la ciudad capital muestra un descenso, desde el año 1994, en sus tasas de criminalidad; de hecho, las

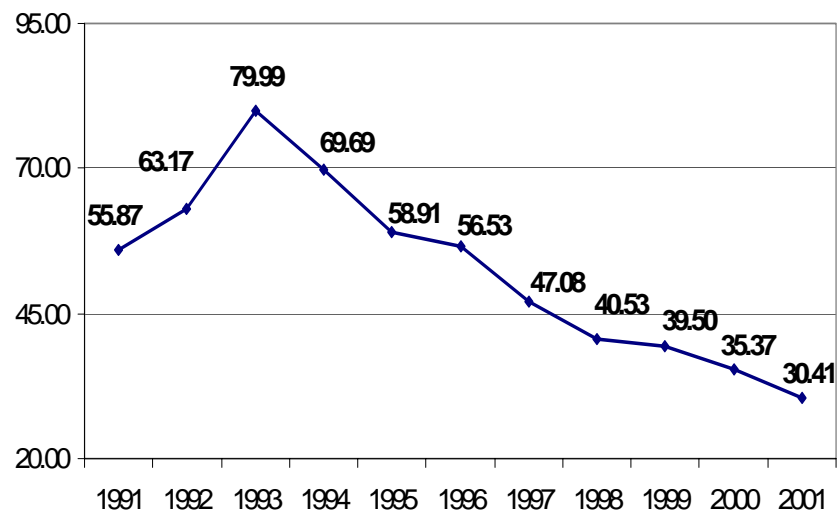
muertes violentas vienen disminuyendo de manera progresiva; los homicidios comunes pasaron de 4.452 en 1993 (lo que representaba una tasa de 80 homicidios por cada 100.000 habitantes), a 1.993 homicidios comunes en 2001 (lo que representa una tasa de 30.4 por cada 100.000 habitantes) (Acero, 2003) (**Gráfico 5**). Esta reducción de la violencia urbana obedece, en parte, al proceso de construcción de cultura ciudadana iniciado hace cerca de 10 años, dentro del cual se incluyen importantes medidas para minimizar el consumo de licor, así como para promover el desarme y la convivencia pacífica.

Tabla 13
DELINCUENCIA Y CRIMINALIDAD EN BOGOTÁ COMPARADA CON LAS GRANDES CIUDADES DE LATINOAMÉRICA Y CON MADRID

Ciudad	Tasa de homicidio por cada cien mil habitantes	Victimas de robo por cada cien mil habitantes
Buenos Aires	96.4	ND
Sao Paulo	55.8	13.790
Bogotá	40.53	33.424
Rio de Janeiro	52.8	54.000
Santiago de Chile	6.7	6.170
Lima	28.19	103.5
Madrid	2.6	4.66
México D.F.	19.6	13

Fuente: UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators, 1998 Fuente para tasa de homicidio: Piquet y Fajnzylber, 2001. Fuente para Tasa de homicidios de Bogotá: Banco Interamericano de Desarrollo, Buvinic y Morrison (eds.)(2000), citado en Fuente para Lima: Tasa de homicidios: Banco Interamericano de Desarrollo (1996), tasa de victimización por robo para 1998: Instituto Apoyo. Fuente Tasa de Homicidios de Santiago de Chile (1996) y Lima (1995): Banco Interamericano de Desarrollo – Instituto Apoyo. Fuente para todos los datos de Madrid: Instituto de Estudios de Seguridad y Policía (2000). Fuente para víctimas de robo en México:

Grafico.5
TASA 1991-2001 DE HOMICIDIO COMUN EN BOGOTA
(tasa por 100.000 habitantes 1991-2001)



Fuente: Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, tomado de Acero, S.F.

CAPITULO XIII. CARACTERIZACIÓN ECONÓMICO-PRODUCTIVA DE LA CIUDAD

26. MARCO DE REFERENCIA, LOCALIZACIÓN E INVENTARIO DE LAS PRINCIPALES ACTIVIDADES ECONÓMICAS.

26.1. El Contexto Económico Nacional.

Los cambios en la estructura del producto en la economía colombiana, en las últimas décadas, no han sido muy marcados. El sector agropecuario y el industrial manufacturero han cedido terreno a favor de otros, como los servicios y la minería, por lo cual, en 1997, el sector servicios alcanzó una participación en el PIB del 50.2%, destacándose la dinámica del sector financiero. Cabe anotar, sin embargo, que éste empezó a decaer a partir de 1997 como consecuencia de la recesión económica del País.

Colombia inició, en los años noventa, un proceso de profundas reformas estructurales como resultado, en gran medida, de la apertura económica que trajo un dinamismo sin precedentes en los flujos de comercio exterior. Así, las exportaciones pasaron de representar el 15% del PIB en 1988 a 21.8% en 1997. Por otra parte, las importaciones, para estos mismos períodos, pasaron del 14.5% a poco más del 32%.

La participación de las exportaciones colombianas sobrepasa en menos de dos puntos a la del promedio latinoamericano, en tanto que en las importaciones el porcentaje respecto al PIB es casi el doble del promedio de América Latina, no siendo superado por ningún país de la Comunidad Andina.

La economía colombiana depende, de manera fundamental, del desempeño de las exportaciones de algunos bienes básicos, en particular del café y del petróleo (las cuales representan, aproximadamente, el 40% de las exportaciones totales), a este respecto cabe señalar que si bien en los últimos años las exportaciones de café han perdido importancia, el petróleo la ha ganado como resultado de los hallazgos de crudo que se han hecho desde finales de la década de los años ochenta. (Colombia produce el 8% del petróleo que se produce en América Latina, nivel similar al que tienen Argentina y Brasil).

En lo que compete a las importaciones, es de anotar que el desempeño de estas, dentro de la economía nacional, ha estado ligado desde los años noventa, a las necesidades de inversión de la industria para enfrentar la competencia de productos extranjeros. Así, las importaciones de bienes de capital de Colombia representan más del 80% de las importaciones totales.

Debido a la recesión económica, a la inestabilidad política, al incremento de la inseguridad y a la incertidumbre frente al futuro inmediato del país, ha habido, en los últimos años, una caída importante de la inversión extranjera, a la que se suma una creciente salida de capitales (la inversión privada, por ejemplo, cayó del 15.1% del PIB a comienzos de los noventa, al 5.9% en el 2000). No obstante, para el 2003, según las proyecciones que realiza la Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF), se espera una baja inflación así como unas bajas tasas de interés reales, una tasa de cambio competitiva y un buen incremento en el precio del petróleo, lo cual puede contribuir a dinamizar la economía nacional.

En relación al proceso de crecimiento, hasta 1994 (año en que empieza a agudizarse la crisis de orden público), la economía colombiana había venido creciendo en promedio en orden del 5% anual (ANIF, 2000), cifra superior a la de América Latina; caracterizándose así por ser, hasta entonces, una de las economías más estables de la Región.

A partir de ese año se revierte este proceso como resultado del incremento de las tasas de interés, de la depreciación del peso y de la crisis política generalizada del País. En consecuencia, desde esta época, la economía colombiana ha venido creciendo por debajo del promedio histórico y del promedio de crecimiento de América Latina. Desde 1994 el crecimiento económico, promedio, tan solo ha alcanzado el 2.1 % real; cifra que a partir de 1998 ha decrecido como consecuencia, tanto de la profunda crisis política como de la recesión económica. De esta manera, el crecimiento económico se ha hecho cada vez más lento. Lo anterior se debe, principalmente, a la reducción de la inversión privada en los últimos años; causada por el “escepticismo frente a la viabilidad del país: inseguridad física, jurídica, inestabilidad de las normas y reglas del juego y deficiente funcionamiento de la justicia” (Sarmiento, L. 2000 .pp. 2).

Hasta comienzos del cuarto trimestre del año 2000, se empezaron a percibir síntomas de una leve reactivación de la economía que se manifestaron en un aumento de las cifras de crecimiento industrial y en un aumento “notable” en las exportaciones (Ibídem). No obstante, la situación de orden público del país, el rompimiento de los diálogos con la guerrilla, y las coyunturas internacionales, contribuyeron a frenar este proceso de despegue de la economía. Hoy en día, como se ha señalado anteriormente, se perciben algunas señales de reactivación económica, motivadas, en gran parte, por la confianza que, hasta la fecha, ha suscitado el nuevo gobierno.

En cuanto a la inflación, Colombia ha registrado niveles inferiores a los del resto de América Latina (desde 1930 el nivel de inflación no ha superado los dos dígitos). En 1991 la inflación en Colombia fue del 26.8%, el más bajo nivel entre los países de la Comunidad Andina después de Bolivia. Durante la década de los noventa, el Gobierno y el Banco de la República implementaron severas políticas para controlar la inflación, así desde 1991 ha tenido una tendencia decreciente de 17.7% durante 1997 y 16.7% durante 1998.

Ahora bien, en materia de finanzas públicas, cabe señalar que, hasta 1995, Colombia sobresalió entre las economías de la Comunidad Andina por sus positivos resultados fiscales, situación que se ha revertido a partir de 1996, cuando el país incrementó su déficit al 2%. A partir de 1995 se ha dado un deterioro de las finanzas públicas debido a un crecimiento sostenido del gasto del Gobierno y a un inadecuado manejo del gasto derivado de los procesos de descentralización, aprobados por la nueva constitución política de 1991. Actualmente Colombia es el segundo país de América Latina que más recursos destina hacia los presupuestos de justicia. Desde finales de la década anterior; hasta hoy; se multiplicaron, en valor real, mas del doble: de un 0.60% del PIB al 1.4%.

Desde 1994 el gasto publico se ha aumentado excesivamente, produciendo una afectación de las finanzas nacionales y un incremento de la deuda pública, la cual se ha elevado un 55.6% real (un promedio anual del 7.7%), por encima de las tasas de inflación y por encima del crecimiento económico promedio). Durante los noventa el gasto público aumentó 10% del PIB en 1981, a un 19 % en 1999.

En lo que respecta a la balanza de pagos, Colombia no ha registrado grandes desequilibrios en sus cuentas externas durante los últimos cuarenta años. A principios de la década de los noventa, la economía arrojó un superávit en la cuenta corriente como resultado, principalmente, del superávit comercial, pero éste se ha deteriorado. Este cambio se debe, en parte, a que a partir de 1993 ha habido un crecimiento continuado de las importaciones especialmente de maquinaria y de bienes de capital. Por otra parte, los precios de los principales productos básicos de exportación de Colombia han caído. El proceso de revaluación que ha experimentado el peso y la existencia de altas tasas de interés domésticas, han producido el endeudamiento en moneda extranjera, especialmente por parte del sector privado, lo que ha redundado en un deterioro de la balanza de pagos. Sin embargo Colombia, para 1997, es el país con el mas bajo porcentaje de deuda externa respecto al PIB entre las principales economías de América Latina.

Actualmente, por problemas de seguridad, especialmente, se ha producido una caída en la calificación del riesgo de los bonos colombianos en el exterior; razón por la cual los recursos en el exterior (tanto para el sector público como para el privado) han aumentado el costo financiero, incrementando, por tanto, el déficit del sector empresarial.¹⁵⁶ Así, el porcentaje del gasto público que se dirigía al pago de intereses, y que en 1994 era del 9.2% para el año 2001 fue del 21.7 % (Anif, 2000).

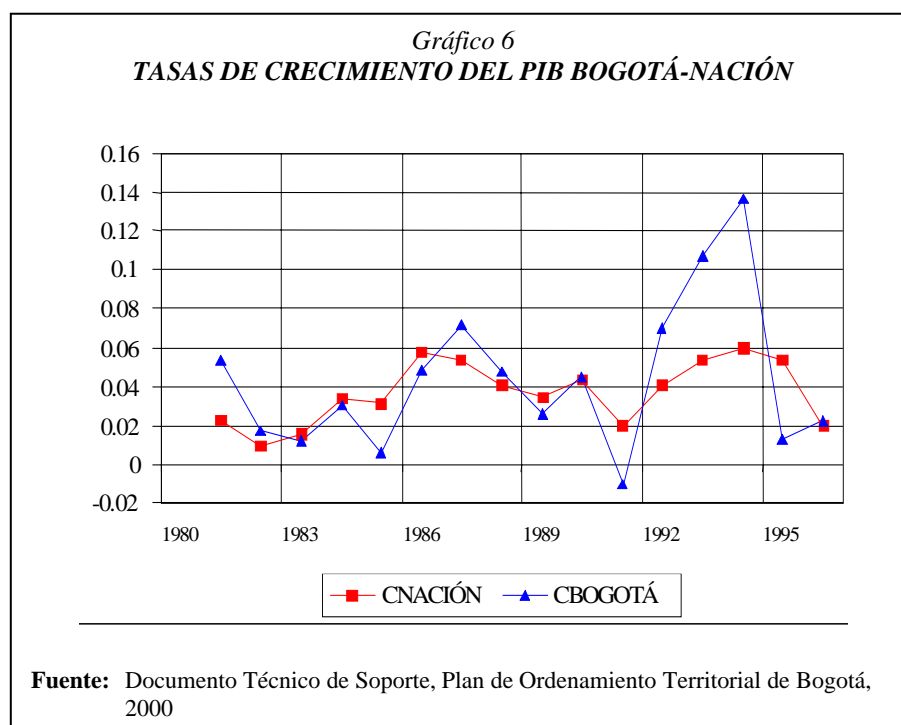
26.2. El Producto Interno Bruto Nacional y su relación con el PIB del Distrito Capital de Bogotá

El Valor Agregado de la industria bogotana representa el 26% del Total Nacional; actividad que ocupa el 31% de la población económicamente activa del País (DAPD, SECI, Observatorio de Dinámica Urbana, 1999). En consecuencia, el desempeño económico de Bogotá, considerado como superior al nacional (el crecimiento promedio del PIB bogotano es superior 0.5 puntos en todo el período 1980 – 1997), tiene una importante participación en el contexto económico nacional, lo cual genera efectos de doble vía. Así, por ejemplo, si la economía entra en un período de crisis, ésta afectará, en mayor medida, a Bogotá que al resto de la Nación; de igual modo, en períodos de auge, la

¹⁵⁶ “En 1998, el “spread” de la deuda colombiana en el exterior era de 300 puntos básicos, inferior al de México y Venezuela. A finales del 2000 esta misma variable alcanza 750 puntos básicos; es decir, más del doble del de México y casi igual al de Venezuela. (Ver en Sarmiento. Op. Cit. pp.5).

economía bogotana crecería a tasas mayores que la nacional. Además de ello, los análisis sugieren que el crecimiento en una unidad del PIB Distrital ocasionaría un crecimiento de 1.4 unidades del PIB nacional en el corto plazo. De hecho, el PIB de la ciudad posee un efecto inercial de “arrastre” sobre la economía nacional. (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). El **Gráfico 6**, demuestra la relación existente entre la economía nacional y la Distrital, caracterizada por un equilibrio de largo plazo.

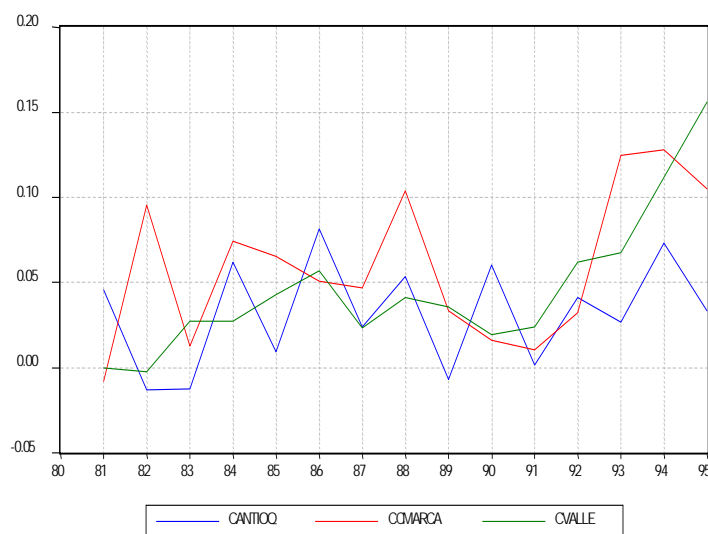
Al realizar una comparación con la evolución de la actividad productiva en los tres departamentos de mayor actividad económica del país (Antioquia, Valle y Cundinamarca) se puede establecer que Cundinamarca, cuya capital es Bogotá, ha tenido los mayores ritmos de crecimiento continuo (**Gráfico 6**).



Otro indicador de la evolución económica general es el PIB per cápita. El **Gráfico 7** indica la posición relativa de Bogotá y Cundinamarca en el escenario nacional, demostrando que Bogotá se mantiene por encima de cualquiera otra región.

La relación Bogotá-Cundinamarca demuestra además el vínculo existente con los municipios del Departamento que pertenecen a la aglomeración metropolitana, lo que hace de la economía Bogotá- Cundinamarca una economía regional (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Gráfico 7
**TASAS DE CRECIMIENTO DEL PIB REGIONAL DE ANTIOQUIA,
CUNDINAMARCA Y VALLE**



Fuente: Documento Técnico de Soporte, Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá, 2000

26.3. Caracterización y comportamiento histórico de la economía urbana de Bogotá.

Como es sabido, la economía es una corriente circular y, por consiguiente, depende del contexto mundial. Así, por ejemplo, la década de los noventa reveló la rapidez con la que circulan los capitales dependiendo de las opciones de inversión que se generan en cualquier parte del globo. Estos “capitales golondrina” demostraron su poder devastador en economías como la asiática, la rusa y más recientemente la mexicana, la brasilera y la argentina.

A la vez que entramos en un mundo con tendencias globalizantes, de forma paradójica, lo local – regional cobra un particular interés en las ciudades mundiales que se convierten en puntos de apoyo al capital internacional y hacen conjugar las escalas Municipal, Estado – Nación y Sistema Internacional (Taylor, P. 1994), evidenciando la actual interdependencia entre los puntos cardinales del engranaje internacional.

Bogotá ha sido la ventana y puente internacional que durante los últimos 25 años ha abanderado y liderado el proceso productivo Nacional. De allí que se pueda considerar

“Capital Industrial” al participar con el 35% del PIB Nacional en este rubro, “Capital Financiera” por su participación superior al 50% del rubro Nacional, “Capital Educativa”, por participar con el 38% de las Matrículas Universitarias, “Capital Exportadora” en atención a su participación, cercana al 20% Nacional (vía aduana) y en el principal foco de atracción para la Inversión Extranjera Directa (IED), con niveles aproximados al 50% de la IED que aplica en el país; esto sin contar con el hecho de que alberga, aproximadamente, al 25% de la población nacional: 6.5 millones de habitantes que concentran el mayor mercado regional y PIB per cápita del país (Cámara de Comercio de Bogotá, 1999).

26.4. Localización espacial de las actividades económicas.

Desde el punto de vista funcional, y de acuerdo con el cuidadoso diagnóstico realizado dentro del Documento Técnico de Soporte del Plan de Ordenamiento Territorial, el patrón de localización de las actividades económicas presenta los siguientes rasgos fundamentales:

La “Ciudad Central” incorpora un subsistema de áreas de actividad económica constituido por varios núcleos dispuestos en forma longitudinal, los cuales, en dirección sur-norte, comprenden el “Centro Tradicional” (en el cual se considera incluido el denominado Centro Internacional). Este subsistema localiza, fundamentalmente, actividades terciarias (comercio y servicios) con una mezcla bastante indiscriminada de actividades de alta jerarquía con terciario inferior.

El eje Centro-Occidente también presenta un subsistema donde se combinan áreas de actividad especializada con vivienda. Incluye la zona industrial de Puente Aranda, el Centro Administrativo Nacional, la zona de servicios de alta jerarquía y actividades terciarias del Salitre, el sector Industrial de Alamos y el Aeropuerto El Dorado y algunos barrios tradicionales donde la vivienda convive con el comercio en mayoreo y los servicios. A diferencia de la Ciudad Central, hay mayor especialización y diferenciación entre las actividades localizadas en cada núcleo o zona de actividad, y una mezcla más equilibrada entre terciario inferior y superior, a más de una menor incorporación a usos económicos de predios originalmente construidos para el uso residencial.

Por su parte, la Industria ubicada, fundamentalmente, en las periferias sur y occidental tiene una amplia incidencia en el proceso de deterioro ambiental,¹⁵⁷ hecho asociado a la utilización de tecnologías deficientes, al desaprovechamiento de la energía y materiales que representan los subproductos y residuos, así como a la falta de adecuación en la localización de las actividades conexas.

En lo que respecta al comercio, este ocupa, principalmente, el centro tradicional y su expansión norte, así como algunos núcleos localizados en el tejido residencial, y los ejes de transporte colectivo que unen el centro “expandido” con las periferias residenciales.

De otra parte, las oficinas se localizan, principalmente, en el centro tradicional y en el centro expandido (**Ver Mapa 15**); aunque, también, de manera fragmentaria en toda la ciudad, de modo que no llegaban a conformar núcleos.

A pesar de esta aparente dispersión, las actividades urbanas se localizan, de forma estructurada, en una serie de lugares que concentran actividades terciarias de distinta jerarquía que se han denominado “centralidades”; término con el cual se hace alusión a la concentración de empleo de alta jerarquía y a su condición de elementos que estructuran, creando al mismo tiempo, lugares de servicio a los ciudadanos y puntos de referencia, concentración urbana y contacto ciudadano, por lo que pueden adquirir algún significado a escala urbana (Molina, 1992 y 1999; CEDE-CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ, 1998, pp. 84, 105, 125 y 139; FUNDACIÓN METRÓPOLI, 1998).

Cabe señalar que las actividades económicas, en la ciudad, tienen tendencia a la formación de “ejes”; es decir, se organizan espacialmente de manera lineal. De acuerdo a los estudios de Cuervo y de Molina (1992), estos “ejes” estructuran una forma de triángulo, con un vértice en el Centro Tradicional, un lado en dirección norte soportando las actividades de comercio y servicios, y el otro en dirección occidente (con su origen un tanto separado del centro tradicional), contenedor de las actividades manufactureras y complementado, recientemente, con nuevas actividades de servicios (**Ver Mapa 10**). Un tercer eje en dirección noroccidental aparece apenas insinuado (DANE, 1991; Cuervo,

¹⁵⁷ Según las autoridades ambientales, el 40% de la contaminación del aire en Bogotá es originada por la actividad industrial que genera, aproximadamente, 1.840 toneladas al año de residuos sólidos industriales, y descarga sus aguas residuales aportando el 90% de la contaminación del río Bogotá (incluida aquella por desechos domésticos) (Departamento Administrativo del Medio Ambiente, DAMA, 1997).

1992, p. 74, 80; Molina, 1992). En forma semicircular al centro tradicional se estructura la actividad residencial de la ciudad sobre la que también se aglutinan las actividades locales (siguiendo el mismo patrón de expansión sobre ejes de actividad). Este análisis confirma que la principal centralidad existente en la ciudad está basada en el fortalecimiento del eje centro-norte, mientras el centro-occidente tiene un proceso de formación menos consolidado pero muy dinámico, aunque su estructura presenta elementos “planificados” de mayor escala pero no articulados a su función de eje estructurante (DAPD, 1998, pp. 39).

Por su parte, sobre el eje centro-norte se constata la existencia de un conjunto importante de núcleos interrelacionados en forma de subcentros de mayor jerarquía, que forman una estructura continua; denominada, desde los años ochenta, “Centro Expandido”¹⁵⁸ (Molina, H. Op. Cit. pp. 55).

Al respecto, cabe señalar que, de acuerdo con el censo económico de 1990 (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, 1991), la vivienda (donde residía el 95,2% de la población), se localizaba, a la fecha, de forma intensiva sobre el 78.6% de la superficie desarrollada. Por su parte, las áreas intensivas en empleo (que ocupaban el 8,8% de la superficie desarrollada, ofreciendo el 32% del empleo de la ciudad) albergaban, tan solo, el 1,8% de su población (Molina, 1990; citado en el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). Esto demuestra que pese a los graves impactos del Acuerdo 6¹⁵⁹, que propició la expansión incontrolada de algunas actividades, los usos tienden a concentrarse dentro de la ciudad; situación que incide, enormemente, en la movilidad urbana y, en consecuencia, en la propia funcionalidad de la ciudad; para no hablar del impacto de esta situación en la economía y en la calidad de vida de los habitantes, dado que este patrón de distribución de la actividad económica, (excesivamente concentrado en las áreas centrales y en el eje centro-occidente), repercute en largos desplazamientos entre los lugares de residencia y los sitios de trabajo así como en el incremento de la congestión vehicular en intersecciones críticas de estas dos piezas

¹⁵⁸ El centro expandido contiene 15 de los 16 lugares de primer orden, todos los 10 centros de segundo orden y 15 de los 30 lugares de tercer orden. Con base en la cartografía de distribución de las actividades comerciales (1999), se detectó la dispersión de la actividad económica y la aparición de la actividad comercial sobre el anterior eje industrial centro-occidente.

¹⁵⁹ El Acuerdo 6 de 1990 fue expedido como “estatuto para el ordenamiento físico del Distrito Especial de Bogotá”. En la actualidad se encuentra vigente, mientras se aprueban los decretos reglamentarios del POT de la Ciudad.

urbanas, y en la poca diferenciación funcional (mezcla indiscriminada de usos especializados, de alta y baja jerarquía) en muchos sectores de la ciudad.

26.5. El Proceso de expansión de la ciudad y su relación con el valor del suelo.

En su conjunto, el proceso de expansión del área urbanizada, en Bogotá, incluye la incorporación a ésta de áreas vacantes subcentrales (llamadas también vacíos urbanos), de suelos libres perimetrales y de terrenos que son ocupados ilegalmente por fuera del perímetro normativo.

De acuerdo a los estudios del Departamento Administrativo de Planeación Distrital, DAPD, en el período transcurrido entre 1964 y 1973 se urbanizaron anualmente un promedio de 674,4 hectáreas; promedio que, en el periodo 1973-1985, se elevó a más de 838 hectáreas anuales. Después de 1985 y hasta 1996 el ritmo descendió a 478 hectáreas al año (incluidos desarrollos clandestinos) lo cual se explica, hasta ese momento, y a pesar del acrecentado volumen de demanda originado por las restricciones a la expansión del perímetro, por el enorme retraso en la construcción de la red vial primaria de las zonas perimetrales (problemas de accesibilidad), así como por la densificación de algunas áreas de la ciudad. A su vez, todos estos factores han incidido en una constante elevación de los precios del suelo, lo cual explica que alrededor del 45% de la expansión se presente en forma incontrolada a través de asentamientos de baja calidad habitacional y extraperimetrales (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Entre 1997 y 1999 el área expandida anualmente ha mostrado importantes niveles de descenso, asociados a la crisis económica general y a la caída de la actividad constructora (la más fuerte en los últimos 15 años); situación que no ha hecho más que fortalecer los procesos de segregación socio espacial de la ciudad; de hecho, el comportamiento del valor del suelo evidencia que las zonas de mayor valorización se concentran al norte (particularmente en los estratos 5 y 6); mientras que las zonas de menor valorización corresponden a los estratos 2 y 3; los cuales ocupan, principalmente, el occidente, el sur y las periferias. A este respecto cabe destacar que, como señala el estudio sobre el *“Precio del suelo urbano y formación de renta en Bogotá”*, entre 1989 y 1996 el incremento mínimo de los precios reales del suelo urbanizable fue, en promedio, en el sur de la ciudad del 40 %, mientras que en el Norte, el máximo fue de 384.5 % (DAPD –

Económica Consultores, 1998. Citado por el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá), lo anterior implica que pese a las recurrentes recesiones de la industria de la construcción y a que una proporción muy elevada de la demanda se registra en el mercado ilegal, la tasa de crecimiento de los precios ha evolucionado por encima del alza general del costo de vida; esto a pesar de que no más del 46% del área anualmente expandida (alrededor de 221 hectáreas) ha presionado los precios del mercado legalmente registrado.

Lo que sucede en el norte de la ciudad es que las dinámicas urbanas han inducido unos procesos de transformación (la expansión de las actividades terciarias hacia el norte de la ciudad) acompañados por un incremento en el valor generado por la acción del Estado (cambio del uso residencial a usos terciarios); es decir, por una plusvalía que es apropiada por los promotores y por los propietarios del suelo. Por el contrario, el retraso en la dotación de infraestructuras y equipamientos en el sur, ha significado una menor valorización del suelo en esta zona de la ciudad. Sin embargo, cabe señalar que a partir de 1996, se inició un importante proceso de “desmarginalización de barrios”, a partir del cual se han generado importantes procesos de recualificación urbana en los sectores menos favorecidos; situación que se espera contribuya a incrementar el valor del suelo en estas zonas.

De otra parte, se ha afirmado en el POT que la ciudad ha agotado sus posibilidades de expansión y, por ello, está sufriendo graves consecuencias de deterioro en su calidad de vida, debido a la congestión y otros factores relacionados con la sobredensificación (contaminación, deterioro ambiental, etc.). No obstante, la elevación general de los precios del suelo urbanizable afecta, particularmente, a las zonas aptas para VIS (vivienda de interés social) dentro del perímetro, y conduce la considerable extensión de los asentamientos espontáneos y deficientemente dotados por fuera de éste.

Uno de los indicadores que fundamentan esta afirmación, es la elasticidad del área bruta urbanizada con respecto al incremento de la población. A este respecto, cabe señalar que entre 1964 y 1973, por cada nuevo habitante, la ciudad urbanizó 51,84 m²; entre 1973 y 1985 esta cifra se elevó a 69,52 m², período en el cual el crecimiento se dio en forma más extensiva y tentacular. En los once años transcurridos entre 1985 y 1996 el área bruta urbanizada llegó en promedio a 34 m²¹⁶⁰ por habitante adicional, lo cual corresponde a un

¹⁶⁰ De esta área, aproximadamente el 39% se destina a reservas viales y a otros usos institucionales y económicos. (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá)

poco menos de la mitad del período anterior. *Esto indica que, en realidad, se están compactando las áreas de expansión, pero no confirma el que éstas se hayan agotado.*

El otro indicador que fundamenta esta visión es la relación licencias de construcción/área desarrollada (**Tabla 14**), que mide la intensidad de aprovechamiento del suelo poniendo en relación los metros cuadrados aprobados con el incremento del área urbanizada. De acuerdo con este índice, es posible observar el incremento que ha experimentado el aprovechamiento del suelo en el período 1986-1996. Este incremento en el área desarrollada no incluye suelos ocupados por asentamientos espontáneos, cuyas áreas construidas no están registradas en las licencias; es decir, la proporción es, en realidad mucho más elevada.

<p style="text-align: center;"><i>Tabla 14.</i> EVOLUCIÓN DE LAS LICENCIAS DE CONSTRUCCIÓN Y EXPANSIÓN URBANA (M²)</p>				
Período	Total (1)	Promedio Anual	Vivienda (2)	Promedio Anual
1964-1973	18.188.632	2.020.959	15.363.614	1.707.068
1974-1985	28.293.493	3.143.721	22.922.468	2.546.941
1986-1996	42.528.413	4.725.379	30.585.463	3.398.385
1964-1973	60.700.000	6.744.444	0,30	0,25
1974-1985	100.610.000	11.178.889	0,28	0,23
1986-1996	52.620.000	5.846.667	0,81	0,58

(1) / (2) Se interpreta como un Índice de legalidad
Fuente: Subdirección Económica, de Competitividad e Innovación, DAPD

De acuerdo a los estudios del DAPD, en el período 1986-1996 se aprobaron en total 2.9 veces más metros cuadrados de construcción por cada hectárea adicional que en el periodo 1974-1985; y en el caso del metraje aprobado exclusivamente para vivienda, el último período presenta 2.55 veces más metros cuadrados de construcción por hectárea adicional de expansión que entre 1974-1985 (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

26.6. La disponibilidad de suelo urbano y la actividad constructora en la ciudad.

De acuerdo a lo anteriormente expuesto, los procesos de densificación y cambio de uso al interior de la ciudad construida tienen un carácter implosivo (**Lámina 59**). Esto ha

tendido a explicarse a partir de la carencia de áreas de expansión, lo cual induce a que la oferta de suelos legalmente urbanizables se haya hecho muy rígida y a que, en consecuencia, *aumente la informalidad en forma proporcional a la disminución de oferta en suelo urbano asequible, sobre todo para los estratos más bajos de la población.*

Lámina 59
«BOGOTÁ: 2640 METROS, MAS CERCA DE LAS ESTRELLAS...»



Fuente: www.corbis.com

En términos cuantitativos, los índices de saturación del suelo urbano de Bogotá se acercan al 91%, (sólo hay 2.618 hectáreas urbanizables disponibles dentro del perímetro vigente). Si se tiene en cuenta que, - de acuerdo con la hipótesis media de las proyecciones de población -, el Distrito Capital deberá proveer suelo, entre el año 2000 y el 2020 para un promedio de 158.000 personas por año (lo cual se traduce en 538 hectáreas / año y un total de 10.763 hectáreas de expansión para veinte años), es evidente que no hay áreas de expansión suficientes. No obstante, hay que considerar que existen, dentro del perímetro, *importantes áreas subutilizadas susceptibles de ser redesarrolladas a través de procesos de renovación urbana.* Situación que, en aras de hacer más eficientes las dinámicas urbanas, y obtener unos mejores índices de calidad de vida (ligados al concepto de “justicia social” que suponen propenden por una política urbana de “desarrollo con equidad”), exige promover acciones de compactabilidad y consolidación de las áreas construidas y, a la vez, de desconcentraciones y fortalecimiento de nuevas centralidades

dentro de un esquema que, incluso, apunte a un proceso de metropolización desde el cual se integre claramente el desarrollo de la ciudad al propio desarrollo de sus municipios vecinos. Planteamiento, a fin, al concepto de “islas de sustentabilidad” del cual hablamos en la segunda parte de este trabajo.

De otra parte, la estructura urbana de soporte, en la que las tendencias del mercado no permitían prever cambios importantes en una situación de escasez relativa de tierra urbana para emprender nuevos desarrollos, ha producido dos fenómenos importantes en este campo (CAF-DAPD-CEDE-Universidad de Los Andes, 1999; Colciencias-CEDE-Universidad de Los Andes, Convenio Gobernación de Cundinamarca, 1999, citado en el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá): de una parte, el retorno de los sectores medios altos a zonas consolidadas dentro de la ciudad que han sufrido el proceso de densificación mencionado, posiblemente en busca de minimizar los desplazamientos y tener mejores condiciones de seguridad; de otra, el desarrollo de sectores medios en zonas de habitación popular, resultado de los “altos costos y la escasez de suelo urbano para vivienda de estratos medios, que ha obligado a grandes constructores a ofrecer vivienda para estos grupos en áreas que, en el pasado, estaban ocupadas, de manera casi exclusiva, por grupos populares” (JIMÉNEZ, L. 1998, pp. 99. Citado por el Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá).

Con base en la carencias de suelo para expansión y las tendencias de crecimiento se ha replanteado el modelo de ordenamiento del territorio en Bogotá. No obstante, cabe señalar que *no se ha cuestionado el impacto del proceso de expansión incontrolado de la ciudad en la calidad de vida de los ciudadanos*. De allí que la política urbana, en términos de previsión de crecimiento, resulte un tanto ambigua.

26.7. Los 10 sectores más relevantes de la economía bogotana.

Después de haber descrito brevemente la localización espacial de las actividades económicas en la ciudad, es preciso identificar, de forma concreta, los patrones de especialización y manejo espacial, de las externalidades positivas que, a nivel mundial en los niveles público y privado, se conocen en el estudio de las aglomeraciones urbanas con el nombre de “*Clusters*”. Para ello, y con base en la ubicación preliminar de éstos, realizada para Bogotá (CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ, 1999), se relacionan a continuación los *clusters* más relevantes y dinámicos de la economía bogotana.

Como parte del estudio realizado por la Cámara de Comercio para la selección de los 10 sectores más relevantes de la economía en la capital, se tomaron en cuenta tres variables; las cuales estuvieron orientadas a *la producción*, con el objetivo de evaluar el mercado local; a *los volúmenes de exportaciones*, que permitieron identificar la orientación exportadora por sector; y finalmente, a la *Inversión Extranjera Directa* (IED).

Como resultado de este análisis, al cruzar las bases de datos del Departamento Administrativo de Planeación Distrital (DAPD), con las de exportaciones elaboradas por el Departamento de Impuestos y Aduanas Nacionales (DIAN), procesadas por la Cámara de Comercio de Bogotá (CCB); y con los flujos de Inversión Extranjera Directa, se identificaron los siguientes sectores: **(Tabla 15)**.

Tabla 15
LOS DIEZ SECTORES MÁS RELEVANTES DE LA ECONOMÍA EN BOGOTÁ.

<i>Nivel de importancia</i>	RAMA DE PRODUCCION
1	Fabricación de otros productos químicos
2	Construcción de material de transporte
3	Fabricación de textiles
4	Fabricación de sustancias químicas industriales
5	Fabricación de productos alimenticios
6	Construcción de maquinaria, aparatos accesorios y suministros eléctricos
7	Fabricación de productos plásticos, n.e.p.
8	Sector agrícola
9	Fabricación de otros productos minerales no metálicos
10	Fabricación de productos metálicos exceptuando maquinaria y equipo

Fuente: Mapeo Preliminar de Clusters, Informe Final. Cámara de Comercio de Bogotá, 1999.

Estos 10 sectores, por su relevancia, se convierten en la columna vertebral de soporte industrial de la economía regional bogotana¹⁶¹ por presentar, en términos absolutos, los valores más representativos con base en las variables descritas anteriormente (CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ, 1999 p. 11-12).

¹⁶¹ Se asume economía regional Bogotá – Cundinamarca.

26.8. Los 10 sectores más dinámicos de la economía bogotana.

Para la identificación de los 10 sectores más dinámicos de la economía bogotana, dentro del estudio de mapeo preliminar, no se tomaron en cuenta los valores absolutos, sino los crecimientos obtenidos durante el período 1990 – 1996, para la variable de producción; y 1991 – 1998, para la de exportaciones (CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ, 1999. pp. 12-13). De la priorización y análisis efectuado sobre los crecimientos, y fijando, de nuevo, un mayor peso a la variable de las exportaciones, se obtuvieron los siguientes resultados (**Tabla 16**).

Tabla 16

LOS DIEZ SECTORES MÁS DINÁMICOS DE LA ECONOMÍA EN BOGOTÁ.

<i>Nivel de importancia</i>	RAMA DE PRODUCCION
1	Industria básica de metales no ferrosos
2	Fabricación de otros productos minerales no metálicos
3	Fabricación de otros productos químicos
4	Sector agrícola
5	Sector pecuario
6	Elaboración de productos alimenticios diversos
7	Fabricación de productos plásticos, n.e.p.
8	Industrias y bebidas
9	Fabricación de papel y productos de papel
10	Fabricación de sustancias químicas industriales

Fuente: Mapeo Preliminar de Clusters, Informe Final. Cámara de Comercio de Bogotá, 1999.

26.9. Los Clusters promisorios de la ciudad.

Derivado de los anteriores análisis, para el caso de Bogotá-ciudad-Región sobresalen, por sus ventajas comparativas y competitivas, los siguientes *Clusters* (CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ, 1999. p. 3-4):

- *Lácteos*; dada su fortaleza geográfica y productiva.

- *Educación*; al constituir Bogotá el 38% de la oferta educativa a nivel de pregrado y presentar participaciones mayores en niveles de especialización, maestría y doctorado.
- *Biotecnología*; al concentrar los principales centros de investigación del país y vincular este desarrollo a la región pacífica y del amazonas.
- *Software en español*; debido al desarrollo de paquetes administrativos y al encadenamiento que presentan Facultades de Ingeniería de Sistemas y Electrónica, que son reconocidas por empresas multinacionales.
- *Sector financiero*; por la orientación que ha venido consolidando, al ubicarse como el segundo sector de mayor importancia en la economía bogotana y ser el líder, a nivel nacional, con una participación superior al 50% en el PIB sectorial.
- *Telecomunicaciones*; dadas las significativas inversiones privadas que se han hecho por parte de los principales conglomerados económicos del país, y a la realización de alianzas estratégicas con empresas reconocidas mundialmente. Adicionalmente, por una visión de ciudad interconectada a escala mundial.
- *Transporte Aéreo*; se identifican dos sectores importantes; 1. La reparación de aviones de mediana y gran envergadura para Latinoamérica y el Caribe y 2. La fabricación de aviones pequeños.
- *Ocio*; por la concentración hotelera existente en Bogotá para diferentes segmentos sociales, las nuevas inversiones en parques de aventura y parques temáticos y la cercanía a sitios cálidos recreativos, entre otros (CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ, 1999. pp. 4).

Con base en lo anteriormente expresado, el estudio de la referencia concluye que los principales *clusters* de Bogotá son los siguientes:

- *Construcción de Material de Transporte*. Presenta 2 *Clusters* potenciales, a) el de la producción de automóviles (por ser Bogotá el principal exportador industrial de la economía regional al mercado Andino). Presenta alta IED (Inversión Extranjera Directa) y actividades conexas con alto dinamismo. b) el de la construcción de aviones pequeños, dado que presenta un adecuado desarrollo tecnológico y, por tanto, está en capacidad de constituirse en un importante nicho de mercado para la Región.

- *Industria editorial y empresas conexas.* Este *Cluster*, orientado a Editoriales de periódicos y revistas, editorial de libros, tipografías y litografías, presenta empresas líderes para Latinoamérica capaces de impulsar un crecimiento exportador sostenido. Las condiciones actuales ubican las potencialidades para posicionar el *Cluster* como nicho de mercado para Hispanohablantes.
- *Oferta de Educación Superior.* Es el *Cluster* con la mejor infraestructura de coyuntura, presenta capacidad instalada capaz de atender una gran demanda a nivel Hispanoamericano. No obstante, presenta una precaria vinculación Universidad – Empresa en los aspectos de Oferta y Demanda Educativa e I+D con orientación empresarial. Se caracteriza por una creciente evolución de la producción y la localización de las mejores universidades del país en el territorio “Metropolitano de la Ciudad”. Sin embargo, no reúne un alto porcentaje de estudiantes extranjeros que permitan vender y promocionar el servicio en otros países. El desarrollo de este *Cluster* permitirá la consolidación de Bogotá como “Ciudad Educativa”.
- *Fabricación de productos minerales no metálicos;* donde se evidencian 2 *Clusters* potenciales: el de fabricación de productos de arcilla para la construcción y el de fabricación de productos abrasivos, de amianto, hilados, tejidos, fieltros, cemento para altas temperaturas no arcilloso y de tiza. Es un sector con alto crecimiento exportador, disponibilidad de materia prima y alta IED, adicionalmente cuenta con la presencia de una empresa líder a nivel mundial como corresponde a CEMEX.
- *Construcción de maquinaria, aparatos, accesorios y suministros eléctricos;* este sector tiene 3 *Clusters* potenciales: a) Construcción de maquinaria y aparatos eléctricos industriales, que presenta un dinámico sector exportador, y alta IED. b) Fabricación de equipos y aparatos de radio, televisión y telecomunicaciones que se destaca por su dinámica exportadora y c) Fabricación de aparatos y suministros eléctricos, que presenta alto nivel de IED.

Finalmente, el estudio sobre el mapeo preliminar de Clusters manifiesta la necesidad de llevarse a cabo también a nivel de las empresas que lideran el Cluster y encontrar los mecanismos de concertación Públicos y Privados, que permitan la construcción de herramientas para fortalecer la plataforma Competitiva de Bogotá en los niveles de infraestructura, telecomunicaciones, talento humano, mercado interno, comercio exterior, gobierno local, ciencia y tecnología y apalancamiento financiero (CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ, 1999. pp. 14).

26.10. Ventajas comparativas que fortalecen la competitividad de la ciudad.

Si bien, en apariencia, la altitud sobre el nivel del mar a la cual se encuentra la ciudad (2.640 m.s.n.m), no resulta ventajosa para potenciar sus fortalezas dentro de la región, lo cierto es que su ubicación en pleno centro del país y sobre el piedemonte llanero, (de donde proviene buena parte de los recursos alimentarios del país), la torna en fundamental centro de comercio y abasto para el territorio nacional; sin contar con el hecho de que en sí misma, y en sentido contrario, se constituye en la frontera económica y demográfica más importante de éste, amén de servir para las otras regiones y ciudades como referencia obligada y “paradigmática” del anhelado “desarrollo nacional”. A este respecto y en lo que se refiere a la Nación, la ciudad presenta los siguientes indicadores que reúne Juan Carlos Vargas, en su trabajo de grado para obtener el título de Magíster en Planeamiento Urbano y Regional de la Universidad Javeriana de Bogotá, valiéndose de los datos contenidos en el Documento Técnico de Soporte del POT de la ciudad (ver Bibliografía consultada sobre Bogotá):

- a. Es el principal nodo exportador del país dado que por su aduana sale el 20% de las exportaciones nacionales.
- b. Junto con Cundinamarca, el Departamento del cual es capital, Bogotá exporta un 30% de los productos no tradicionales del país.
- c. Realiza el 20% de las importaciones nacionales.
- d. Recibe más del 50% de la inversión extranjera directa que llega a Colombia.
- e. Concentra la mayor parte del transporte aéreo de carga del país y moviliza el mayor número de pasajeros nacionales a través de su terminal aéreo: 2.8 millones de personas, frente a 1.1 millones que moviliza Medellín, la segunda ciudad del país.
- f. Es un importante centro turístico: recibe el 55% del total de arribos extranjeros y el 75% del turismo orientado a negocios y convenciones.
- g. Es el principal centro financiero y bursátil del país; concentra las principales sedes del sistema, mueve el principal mercado de capitales y registra el mayor número de transacciones en Bolsa.
- h. Es el centro del mercado de las Telecomunicaciones en Colombia y la sede de los principales canales de televisión, estaciones de radio, y otras empresas de comunicación.
- i. Es la capital educativa del país: en la ciudad se reúne el 35% de las instituciones de educación superior, el 38% de los estudiantes graduados de pregrado y el 51% de

postgrado; por si fuera poco, concentra la mayor parte de los centros de desarrollo tecnológico más importantes de la nación y se beneficia con el 33% de los recursos que anualmente ofrece COLCIENCIAS, la entidad estatal encargada del fomento a la investigación.

Finalmente, recalca Vargas, que “el tamaño del mercado bogotano, la saturación del espacio urbano y el acceso a facilidades como el aeropuerto más grande del país, contribuyen a entender la manera como la ciudad organiza el territorio circundante en relación con sus usos económicos” (Vargas, J.C. Op. Cit. pp. 22).

CAPÍTULO XIV. CARACTERIZACIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA DE LA CIUDAD EN EL MARCO DE LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA.

27. LA ESTRUCTURA POLÍTICO-ADMINISTRATIVA DE LA CIUDAD EN EL MARCO DE LA DESCENTRALIZACIÓN.

27.1. La división político-administrativa de la ciudad.

El territorio de Bogotá lo conforman cerca de 3.200 barrios y 50 veredas que abarcan más de 200.000 hectáreas habitadas por 6 millones y medio de personas. Para su manejo político y administrativo descentralizado, esa extensa geografía física y humana ha sido dividida en veinte (20) localidades.¹⁶² Su creación ha sido progresiva y, para el efecto, se han tenido en cuenta criterios como el crecimiento de algunas zonas de la ciudad o la preponderancia de algunas actividades y usos del suelo (por ejemplo, la localidad de La Candelaria (**Ver Mapa 10**), fue delimitada como tal por el peso que en ella tienen las actividades gubernamentales y la concentración de Patrimonio inmueble). De cualquier forma, los accidentes que marcan la geografía urbana (avenidas, ríos, cerros, parques), han servido, por lo general, para establecer sus límites; circunstancia que, de hecho, crea un gran vacío en su determinación porque no se han tenido en cuenta criterios tan importantes como la caracterización de los grupos de población que en ellas habitan; amén del problema que supone tanto la enorme extensión de muchas de ellas como la gran cantidad y heterogeneidad de la población usuaria y/o residente; factores que, en todo, dificultan la

¹⁶² La Localidad, si bien se constituye en una pieza geográfica, es, ante todo, una unidad de gobierno asemejable, de forma genérica, a los Distritos de la ciudad de Lima, los Municipios de Santiago de Chile, las Regiones o Distritos de Porto Alegre, las Zonas de Ciudad de Guatemala, o las Comunas de otras ciudades latinoamericanas.

gestión administrativa e impiden cumplir con uno de los objetivos básicos de su creación como era el de propiciar una relación más cercana entre gobernantes y gobernados.

La *Tabla 17*, presenta el listado de las localidades de Bogotá con su número y nombre respectivos y algunos datos poblacionales. Para establecer la densidad poblacional, la tabla considera solamente las hectáreas urbanas, dato que se modificaría sustancialmente si se incluyesen las rurales, especialmente en el caso de la localidad N° 20 de Sumapaz cuya extensión es de 125.000 Hectáreas, las cuales representan el 60% de la totalidad del territorio bogotano¹⁶³, (**Ver Mapa 7**)

Tabla 17

LOCALIDADES DE BOGOTÁ - DATOS POBLACIONALES PROYECTADOS AL 2000

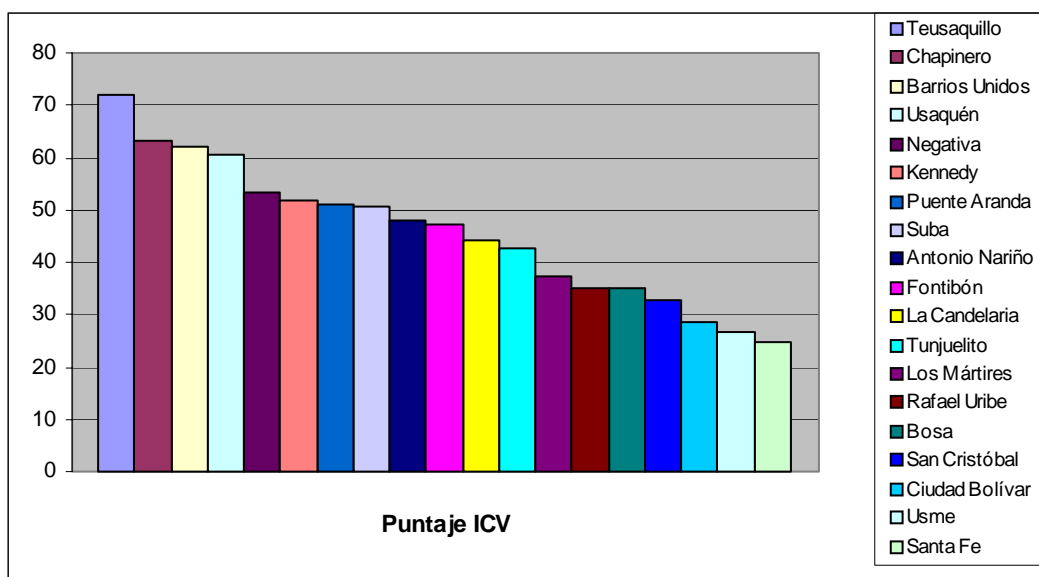
LOCALIDAD		POBLACIÓN 2000	% de Bogotá	AREA URBANA (Ha)	% de Bogotá	DENSIDAD HABITANTES POR Ha URBANA	% POBLACION CON NBI	% POBLACION EN MISERIA
N°	NOMBRE							
1	USAQUÉN	421.320	6,6	4277	10	90.5	11.7	2.4
2	CHAPINERO	122.991	1,9	1349	3,2	91.1	6.1	1
3	SANTA FE	107.044	1,7	662,1	1,6	161.7	17.4	3.3
4	SAN CRISTÓBAL	455.028	7,1	1677	4	265.6	18.9	3.2
5	USME	244.270	3,8	2220	5,3	100.4	25.4	5.9
6	TUNJUELITO	204.367	3,2	1062	2,5	192.4	13.5	1.6
7	BOSA	410.099	6,4	1930	4,6	161.5	18.2	3
8	KENNEDY	912.781	14	3786	9	221.9	13.1	2.3
9	FONTIBÓN	278.746	4,4	3323	7,9	72.6	12.2	2.9
10	NEGATIVA	749.068	12	3612	8,6	197.1	8.4	0.9
11	SUBA	706.528	11	9140	22	69.4	10.6	1.6
12	BARRIOS UNIDOS	176.552	2,8	1190	2,8	148.3	7.1	0.8
13	TEUSAQUILLO	126.125	2	1419	3,4	88.9	4.2	0.5
14	LOS MÁRTIRES	95.541	1,5	650,7	1,5	146.8	8.4	1.1
15	ANTONIO NARIÑO	98.355	1,5	493,7	1,2	199.2	7.9	0.9
16	PUENTE ARANDA	282.491	4,4	1723	4,1	163.9	7.4	0.8
17	LA CANDELARIA	27.450	0,4	164,1	0,4	167.2	12.7	1.7
18	RAFAEL URIBE	384.623	6	1345	3,2	284.7	15.1	2.4
19	CIUDAD BOLÍVAR	575.549	9	2089	5	238.5	27.7	7.7
20	SUMAPAZ	5.423	0,1	0	0	0	SD	SD
	TOTAL	6.384.351	100	42115	100	151,6	14	2,6

Fuente: Información social básica de Bogotá, Departamento Administrativo de Planeación Distrital – DAPD -, 2001.

En lo que respecta a la caracterización general de las Localidades, al menos en lo que respecta a sus carencias y necesidades básicas, resulta muy útil el *Índice Global de Calidad de Vida (ICV)*, (del cual habláramos en la formulación de la estrategia general), donde se conjugan, a su vez, índices de vivienda, educación, salud, transporte, ingresos y trabajo, espacio público y seguridad; constituyéndose, de esta manera, en uno de los indicadores más integrales que se han utilizado hasta el momento en Bogotá. La información disponible a 1998, arrojó los siguientes resultados de ICV (**Gráfico 8**), los cuales están contenidos de forma desagregada en la **Tabla 18**:

Gráfico N° 8

ÍNDICE GLOBAL DE CALIDAD DE VIDA (ICV) POR LOCALIDADES - 1998



Fuente: Información social básica de Bogotá, DAPD, 2001.

Como puede observarse, las localidades con un ICV por debajo de los 40 puntos son, en su orden, Santa Fe, Usme, Ciudad Bolívar, San Cristóbal, Bosa, Rafael Uribe y Los Mártires. A primera vista puede parecer extraño que entre estas localidades aparezcan dos que hacen parte del centro de la ciudad (**Ver Mapa 15**): Santa Fe y Los Mártires. Si bien en Santa Fe se ubican sectores tan consolidados como el Centro Internacional de Bogotá y una de las áreas comerciales, institucionales y universitarias más importantes de la ciudad, no es menos notable el hecho de que más de la mitad de sus habitantes viven en situación de marginalidad; o bien en barrios antiguos, pero con altos niveles de deterioro (Santa Inés, Las Cruces, Egipto); o bien en barrios bastante jóvenes pero de origen ilegal como sucede en la parte alta y nor-oriental de la localidad (sector de Lourdes). Por su parte,

¹⁶³ Bogotá tiene, en total, 209.846 hectáreas, de las cuales el 20% son urbanas y el 80% rurales.

la localidad de Los Mártires, a pesar de su antigüedad, vive un fuerte proceso de deterioro urbano y social que es bastante palpable en algunas áreas como la zona oriental del Barrio Santa Fe, los entornos de las Plazas de Los Mártires y de España, o los alrededores de la Estación del Ferrocarril de La Sabana.

Tabla 18

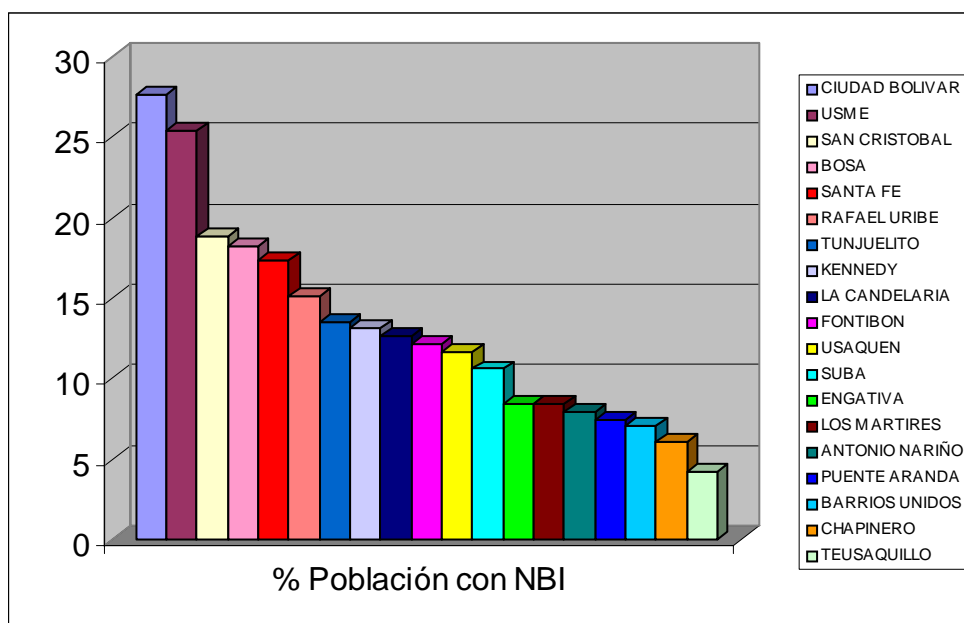
INDICE GLOBAL DE CALIDAD DE VIDA (ICV) POR LOCALIDADES

LOCALIDADES		INDICE	INDICE	INDICE	INDICE	INDICE	INDICE	INDICE	INDICE	POSICIÓN
Nº	NOMBRE	VIVIENDA	EDUCACIÓN	SALUD	TRANSPORTE	INGRESOS Y TRABAJO	ESPACIO PÚBLICO	SEGURIDAD CIUDADANA	GLOBAL CALIDAD DE VIDA -	LOCALIDAD POR ICV
13	Teusaquillo	91,3	85,1	85,6	52	75,2	89,1	24,8	71,86	1
2	Chapinero	89,6	74,1	68,3	45,4	83,1	61,6	20	63,17	2
12	Barrios Unidos	77	77,1	71,6	53,5	61,2	68	27	62,2	3
1	Usaquén	65,2	72,2	84,8	51,7	68,6	45,7	35,3	60,5	4
10	Negativa	61,6	67,5	80,6	50,8	43,7	32,2	36,5	53,28	5
8	Kennedy	65,5	55,3	82,2	57,4	45,5	24,5	31,2	51,65	6
16	Puente Aranda	55,1	73,4	71,2	52,4	47	33,7	25,3	51,15	7
11	Suba	52,3	54,1	78,9	45,9	57,1	31,3	34,6	50,61	8
15	Antonio Nariño	60,7	48,8	79,6	49,8	50,4	26,1	20,1	47,93	9
9	Fontibón	51,1	70	72,8	45,5	30,7	31,7	29,2	47,29	10
17	La Candelaria	44,9	54,4	68,1	61,7	57,3	15,6	8,7	44,38	11
6	Tunjuelito	43,3	49,8	62,2	45,4	43,2	27,3	26,7	42,57	12
14	Los Mártires	67	58	51,7	2,3	48,1	24,6	10,9	37,51	13
18	Rafael Uribe	33,9	38,4	60,2	54,2	13,5	20,2	25,8	35,15	14
7	Bosa	28,5	44,2	69,3	50	15,8	9,9	27	34,95	15
4	San Cristóbal	32,6	30,5	51,4	47,2	25	12,4	29,7	32,67	16
19	Ciudad Bolívar	20,5	27,4	53,4	50,1	20	0,7	29	28,74	17
5	Usme	32,4	23,3	57,6	35,7	9,3	2,2	26	26,64	18
3	Santa Fe	42,3	42,7	16,6	33	23,3	15,4	0	24,76	19
TOTAL		51,8	52,8	51,5	47,7	43,6	27,8	26,7	43,13	-----
MÁXIMO		91,3	85,6	85,6	61,7	83,1	89,1	36,5	71,86	19
MÍNIMO		20,5	23,3	16,6	2,3	9,3	0,7	0	24,76	1

Fuente: Información social básica de Bogotá, DAPD, 2001.

Es probable que esta situación haya variado a partir de 1998, especialmente en lo referido a los índices de espacio público, seguridad, transporte, educación y salud, habida cuenta de las gestiones que, en estas materias, han llevado a cabo, de forma constante, las últimas administraciones de la ciudad; como parecen sugerirlo los datos de *Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI)* para el año 2000 (**Gráfico 9**).

Gráfico 9
NBI POR LOCALIDADES - 2000



Fuente: Información social básica de Bogotá, DAPD, 2001.

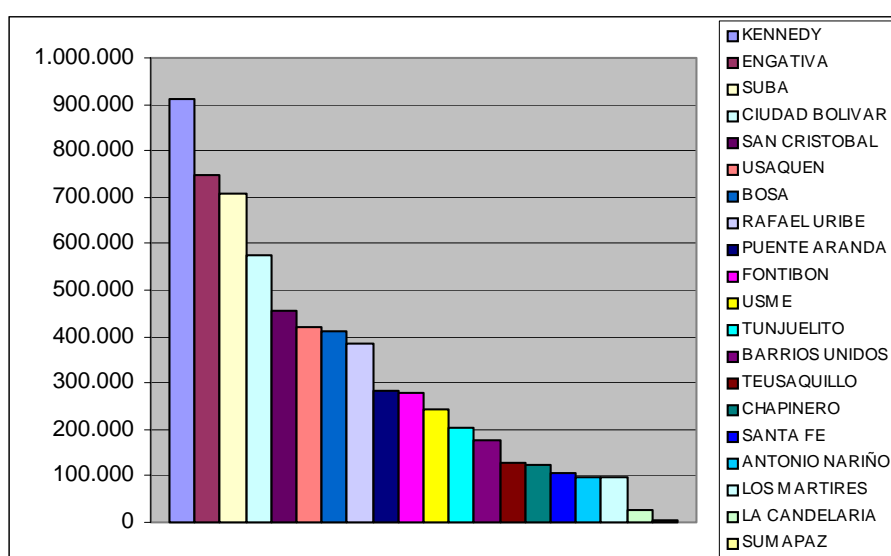
Aunque el indicador de NBI no es comparable con el ICV, llama la atención que la localidad de Santa Fe ocupe un quinto lugar en NBI (fue la primera -o la última si se lee de mayor a menor-, en ICV-98) y la de Los Mártires un treceavo lugar (fue la séptima en ICV). Por lo demás, el resto de localidades con bajos niveles de ICV aparecen igualmente como las más afectadas por altos índices de NBI: Ciudad Bolívar, Usme, San Cristóbal, Bosa y Rafael Uribe. Por su parte, tanto en ICV como en NBI, las localidades que muestran unas mejores condiciones su calidad de vida son Teusaquillo, Chapinero y Barrios Unidos

De cualquier forma, los contrastes y desequilibrios existentes son enormes: por un lado aparecen tres localidades cuyo ICV está por encima de 60 y 70 puntos, con un 7% como máximo de su población con NBI, y por el otro, siete localidades que no alcanzan los 40 puntos de ICV (3 de ellas no llegan a los 30 puntos) y con porcentajes de población con NBI que van desde el 15% hasta el 28%. Se trata de dos tipos de localidades y, por lo mismo, de dos tipos de ciudad sustancialmente diferentes. Entre esos dos extremos de condiciones de vida se ubican las demás localidades de la ciudad.

Ahora bien, de acuerdo a las proyecciones de población realizadas por el Departamento Administrativo de Planificación Distrital (DAPD) y consignados en la **Tabla 17**, las localidades con más de medio millón de habitantes son Kennedy, Engativá,

Suba y Ciudad Bolívar; las localidades con una población entre 500.000 y 200.000 habitantes son San Cristóbal, Usaquén, Bosa, Rafael Uribe, Puente Aranda, Fontibón, Usme y Tunjuelito; mientras que las localidades de Barrios Unidos, Teusaquillo, Chapinero y Santa Fe tienen entre 100.000 y 200.000 pobladores, y finalmente, solo Antonio Nariño, Los Mártires, La Candelaria y Sumapaz son habitadas por menos de 100.000 personas, siendo la última de ellas la más extensa y la menos poblada de todas (**Gráfico 10**).

Gráfico 10
TAMAÑO POBLACIONAL DE LAS LOCALIDADES DE BOGOTÁ, PROYECCIONES 2000



Fuente: Información social básica de Bogotá, DAPD, 2001.

Por si fuera poco, a la amplia y variada gama de necesidades, desigualdades y fuertes contrastes existentes entre las localidades de la ciudad, se suma el hecho de que 12 de ellas constituyen, por si solas, ciudades grandes o intermedias de la vida nacional. Así, por ejemplo, la localidad de Kennedy sería la cuarta o quinta ciudad de Colombia, a la vez que Engativá, Suba y Ciudad Bolívar, estarían entre las 10 primeras.

En áreas tan extensas y pobladas resulta muy difícil, por decir lo menos, poner en operación procesos de descentralización, es decir, procesos que acerquen el Estado a la ciudadanía y promuevan la presencia y autonomía de esta para incidir en la toma de decisiones sobre lo público.

En este sentido, algunas ciudades que han reportado procesos relativamente exitosos de descentralización, muestran un panorama radicalmente diferente; por ejemplo,

Porto Alegre está dividida en 16 regiones de 80.000 habitantes en promedio cada una, Vancouver tiene distritos de 30.000 habitantes, Barcelona posee una decena de distritos de 150.000 pobladores en promedio, y Santiago de Chile tiene 32 municipios o comunas de 80.000 habitantes en promedio cada una de ellas (Fainboim, I. 2000). Bogotá marcha en sentido contrario a esta tendencia asociada a mejores resultados en descentralización, ya que presenta un promedio de 325.000 habitantes por localidad.

Los datos nos dicen, también, que las localidades con mayor densidad poblacional son Rafael Uribe, San Cristóbal, Ciudad Bolívar y Kennedy. Estas localidades, especialmente las tres primeras, tienen la mayor parte de sus territorios urbanos en la periferia de la geografía bogotana, donde de hecho se dan, como en la mayoría de las grandes ciudades de América Latina, procesos de desarrollo urbano precarios o muy incompletos; tal como lo atestiguan, en el caso de Bogotá, los propios índices de pobreza y de miseria que aparecen registrados en la Tabla de NBI que estamos usando como referencia; tabla en la cual se acusa la dramática situación de localidades como Ciudad Bolívar, Usme, San Cristóbal, Tunjuelito, Santa fe y Rafael Uribe.

De otra parte, al considerar los niveles de consolidación¹⁶⁴ urbana existentes, la geografía de Bogotá se manifiesta como un agregado de tres grandes ciudades: la Central, la Intermedia, y la Periférica; caracterización que, al relacionarse con la división por localidades, nos produce los siguientes resultados:

CIUDAD CENTRAL: tiene la traza urbana, la cobertura de servicios y los desarrollos constructivos más consolidados. En ella se ubican las áreas más significativas, pero no la totalidad, de las localidades de Usaquén, Chapinero, Santafé, Candelaria, Mártires, y Teusaquillo (6 localidades).

CIUDAD INTERMEDIA: es aquella que terminó su proceso de consolidación urbana hace dos o tres décadas, linda con la Ciudad Central y algunos de sus elementos contruidos, públicos y privados, no se encuentran del todo consolidados. En ella se ubican la totalidad o partes considerables de las localidades de Barrios Unidos, Antonio Nariño, Puente Aranda, Kennedy, Fontibón (5 localidades).

¹⁶⁴ No confundir los niveles de consolidación *urbana* planteados en el POT, con el uso que hiciéramos, en la formulación de nuestro planteamiento, del concepto de consolidación, para referirnos al nivel de consolidación *comunitaria* que propusimos tener en cuenta a la hora de establecer, en un determinado territorio, la fortaleza con que, en este sentido, el mismo cuenta, a la hora de llevar a cabo una u otra acción. De este modo aclaramos que, en adelante, usaremos el concepto en el sentido que lo entiende el

CIUDAD PERIFÉRICA: la consolidación de esta ciudad no ha terminado. Físicamente está separada en casi todos los casos de Ciudad Central por la Ciudad Intermedia y en ella se ubican en buena medida las localidades de Bosa, Tunjuelito, Ciudad Bolívar, Usme, Rafael Uribe, San Cristóbal, Engativá y Suba (8 localidades).

Cabe señalar que los tres tipos de ciudad sólo coinciden, de forma parcial, o incompleta, con la división por localidades. En efecto, algunas franjas de las localidades de Ciudad Central y Ciudad Intermedia, se ubican o asemejan, por sus características urbanas, en la Ciudad Periférica. Son los casos de las partes altas de Usaquén, Chapinero y Santa Fe, y las partes occidentales de Kennedy y Fontibón; a la vez que algunas zonas o barrios de las localidades de la Ciudad Periférica se asemejan más a la Ciudad Intermedia por sus niveles de consolidación urbana; como sucede con la parte central de Rafael Uribe, la parte más antigua de San Cristóbal, algunas zonas de Tunjuelito, Engativá y Suba, y algunos barrios de Bosa y Ciudad Bolívar.

La dificultad que ofrece la inclusión completa de las localidades en los tres tipos de ciudad, obedece a la falta de características suficientemente homogéneas al interior de las mismas. Si bien es prácticamente imposible (y, en términos generales, poco deseable) tener territorios urbanos que carezcan de heterogeneidad, las localidades de Bogotá, en la mayoría de los casos, involucran en su fuero territorial realidades y dinámicas tan diversas y *tan segregadas entre sí*, que los gobiernos locales tienen que abordar, al mismo tiempo, problemas (y realidades) sustancialmente diferentes, resultando muy difícil lograr niveles de especialización o; al menos, un manejo idóneo por énfasis temáticos. Este hecho ha desbordado históricamente la capacidad política y administrativa de las autoridades locales. Es el caso, por ejemplo, de la localidad de Santa Fe - *cuya complejidad no es de las más grandes* -, donde el Alcalde Local debe tratar de forma simultánea los problemas empresariales del Centro Internacional, los del patrimonio histórico, los de la indigencia en el Centro Tradicional, y los de marginalidad y violencia urbana en la zona alta de su jurisdicción.

Los niveles de inconsistencia que tiene la división por localidades, definida hace más de diez (10) años, se evidencian también cuando se la compara con la división del territorio establecida en el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) expedido en el año

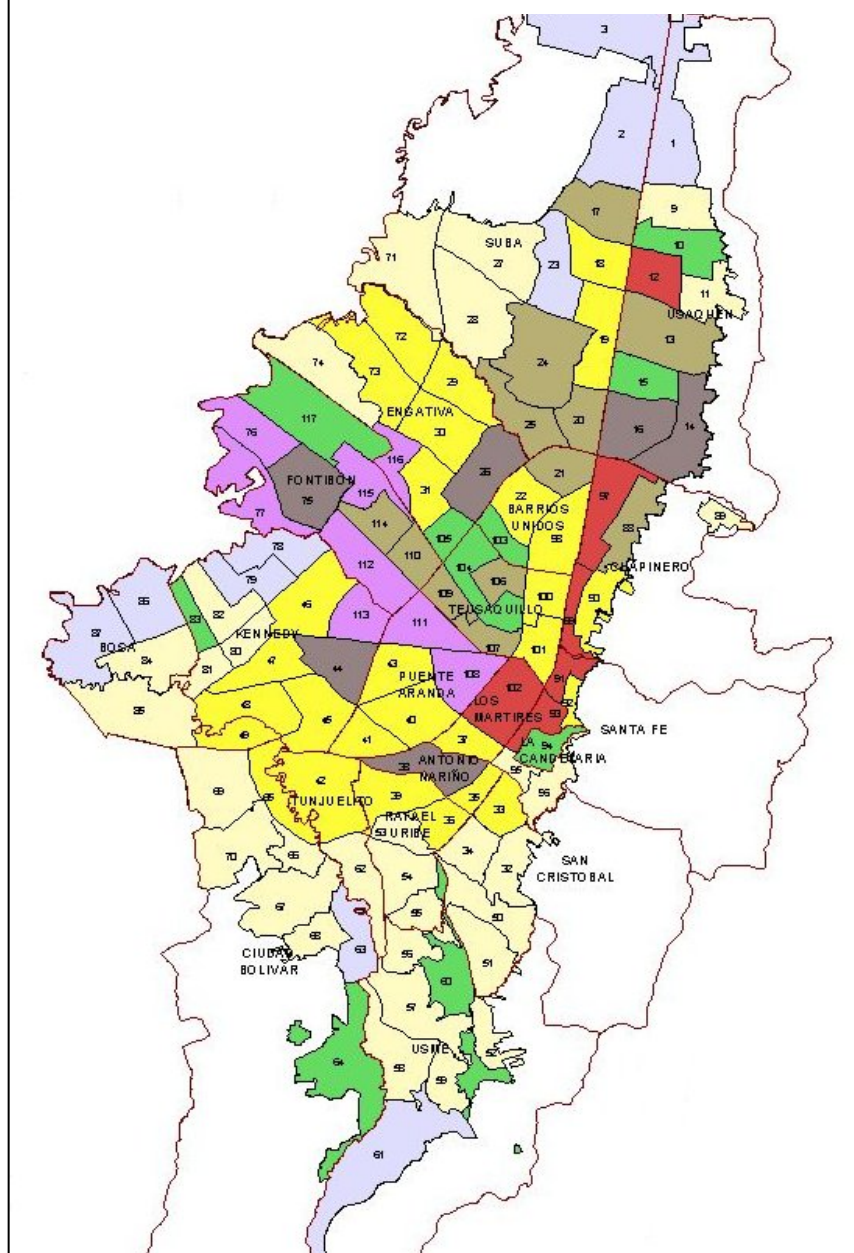
2000. Este último delimitó el área urbana de la ciudad en seis grandes piezas: Centro Metropolitano, Tejidos Residencial Sur, Tejido Residencial Norte, Ciudad Sur, Ciudad Norte y Borde Occidental (**Ver Mapa 15**) que no coinciden con la organización local. Así, por ejemplo, en el Centro Metropolitano hay una franja de Engativá y el resto de esa localidad se reparte entre el Tejido Residencial Norte y el Borde Occidental. Situaciones similares se observan en las localidades de Fontibón, Kennedy, San Cristóbal y Rafael Uribe.

Al bajar de escala y analizar la relación entre la división definida en el POT a nivel zonal, a través de las Unidades de Planeamiento Zonal – UPZs-¹⁶⁵ (**Mapa 16**), por un lado, y la división por localidades, por el otro, se observa que si bien las UPZs no desbordan los límites locales, entre éstas se presentan, con frecuencia, diferencias excesivas al interior de cada localidad.

Valga anotar en este punto que las UPZs están clasificadas por el POT en ocho tipologías de acuerdo a los usos y niveles de consolidación urbana predominantes en ellas. Esas tipologías son: a) Residencial de Urbanización Incompleta, b) Residencial Consolidado, c) Residencial Cualificado, d) Desarrollo, e) Con Centralidad Urbana, f) Comercial, g) Predominantemente Industrial, h) Predominantemente Dotacional. Ahora bien, al interior de cada localidad coexisten UPZs cuyas tipologías son diametralmente diferentes. Por ejemplo, UPZs de tipología Residencial Cualificado y Comercial con UPZs de Urbanización Incompleta, o UPZs Predominantemente Industriales con UPZs de tipología Residencial Consolidado, fenómenos que se observan, especialmente, en las localidades de Usaquén, Chapinero, Santa Fe, Tunjuelito, Bosa, Kennedy, Fontibón, Suba, y Puente Aranda (**ver Mapa 15**).

¹⁶⁵ Las Unidades de Planeación Zonal fueron creadas con el fin de contar con una instancia de planificación más cercana a los intereses y vivencias de la ciudadanía que el Plan de Ordenamiento Territorial. En este sentido se estableció que cada localidad definiera una serie de zonas, más o menos homogéneas, con el fin de instalar allí dichas Unidades; las cuales, deberían ocuparse, principalmente, de: establecer la conexión con el Plan General de Ciudad y su estructura urbana tanto física como de movilidad, regulando las correspondientes actuaciones frente al espacio público y estableciendo el lugar más adecuado para las actividades dotacionales y productivas; en este sentido deberían retroalimentar las propias disposiciones que, al respecto, y de manera inicial, el propio Plan de Ciudad contemplara; una segunda función tendría que ver con la distribución de los usos del suelo; y, una tercera, con efectuar el control de la norma, contemplándose que, a mediano plazo, se convirtiese en el escenario idóneo para su elaboración concertada con la ciudadanía. Para el efecto, el POT subdividió las seis grandes piezas urbanas que lo conforman en 112 UPZs (un promedio de seis UPZs por Localidad), las cuales tienen una población promedio inferior a 100.000 personas. Cabe señalar que las disposiciones allí establecidas tienen fuerza de ley y, por tanto, deben ser acatadas por los inversionistas públicos y privados.

MAPA 16
UPZ - UNIDADES DE PLANEAMIENTO ZONAL



Fuente: Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá. Decreto N° 619 de 2000

Si bien resulta altamente deseable y constructiva la diversidad al interior de la geografía urbana¹⁶⁶, las localidades albergan realidades que se ubican en los extremos de las diferencias, lo que genera grandes limitaciones a la gestión descentralizada, además de los costos de oportunidad y transacción adicionales que se crean por el hecho de no existir una división similar entre el POT y la división político - administrativa por localidades, para manejar el territorio urbano.

¹⁶⁶ Más deseable aún resultaría la convivencia entre usos del suelo, niveles de consolidación urbana y grupos poblacionales diversos, pero a este respecto en Bogotá aún predominan la segregación y la mutua exclusión.

En suma, la división local existente para el manejo de la descentralización político – administrativa; consiste en 20 escenarios excesivamente poblados, en su mayoría, que albergan una enorme diversidad de realidades urbanas y sociales con niveles significativos de necesidades y carencias en la mayoría de ellos y cuyos límites geográficos son inconsistentes con la organización territorial planteada por el POT de la ciudad, tanto a nivel de *Piezas Urbanas* como de *Unidades de Planeamiento Zonal*. De esta forma, el esquema de localidades en Bogotá, tal y como han sido concebidas, y de acuerdo a la manera como operan, en vez de facilitar la gestión y el desarrollo de los diferentes consolidados urbanos, dificultan el desarrollo, tanto de una gestión local eficiente y eficaz en lo administrativo, como efectivamente participativa en lo político.

Veamos ahora cuál es el dispositivo institucional existente para manejar las localidades de forma descentralizada y participativa, anotando que en cada una de las localidades existen tres instancias fundamentales de gobierno: *las Alcaldías Locales, las Juntas Administradoras Locales -JALs- y los Fondos de Desarrollo Local*.

a. *La alcaldía local* es presidida por un alcalde o alcaldesa y cuenta con una estructura operativa, por grupos de trabajo, encargada de atender los siguientes temas:

- Planificación participativa y desarrollo local
- Seguridad y convivencia
- Control jurídico y normativo
- Atención al ciudadano

Estructura que cuenta con apoyos importantes de carácter informativo y administrativo, los cuales hacen parte de los aparatos administrativos locales. Los temas de los grupos de trabajo tiene relación directa con las funciones que deben cumplir los Alcaldes Locales y las Juntas Administradoras Locales; en este sentido, las funciones de los primeros, son:

- Cumplir y hacer cumplir las leyes en el ámbito local.
- Coordinar la acción administrativa del Distrito en la Localidad.
- Velar por la tranquilidad y la seguridad ciudadanas.

- Vigilar el cumplimiento de las normas vigentes sobre desarrollo urbano, uso del suelo y reforma urbana.
- Proteger, recuperar y conservar el espacio público, los recursos naturales y el ambiente.
- Vigilar y controlar la prestación de los servicios, la construcción de obras y el ejercicio de funciones públicas por parte de las autoridades distritales y personas particulares.
- Ejercer el control de precios, pesas y medidas.

Como puede verse, el perfil del Alcalde Local es básicamente el de vigilante, coordinador y ejecutor supeditado a instancias extralocales del orden distrital. Se trata, básicamente, de un “policía local” carente de autonomía que, en sus restringidas funciones, contradice los auténticos alcances y objetivos de una auténtica descentralización. Probablemente, lo más importante que han logrado los Alcaldes Locales de Bogotá, en términos de autonomía, ha sido liderar la formulación de los Planes de Desarrollo Local, los cuales, sin embargo, son adoptados por las Juntas Administradoras Locales, quienes son, en verdad las instancias encargadas de llevarlos a cabo. De esta manera, su papel como gestor de procesos de descentralización depende, ante todo, de sus “atributos personales” puestos de manifiesto en su credibilidad, así como en su iniciativa y habilidad para obtener consensos (sobre todo, con su respectiva JAL); lo cual hace que, en este caso, la descentralización política sea un albur sin soporte jurídico, más aún cuando el Alcalde Local es nombrado por el Alcalde Mayor de una terna de candidatos que presentan las Juntas Administradoras Locales, respecto de las cuales carga ya, desde su nombramiento, con una “deuda política”.

En este sentido, las Alcaldías Locales son instancias subordinadas a la Alcaldía Mayor de la ciudad y, de hecho, son coordinadas por la Subsecretaría de Asuntos Locales de la Secretaría de Gobierno Distrital. Dicha sujeción se da, no sólo en términos administrativos, sino, sobre todo, en términos políticos, ya que los Planes de Desarrollo Local deben ser formulados en el marco de las orientaciones y prioridades del Plan de Desarrollo Distrital; respecto del cual, las Alcaldías Locales tienen, entre sus principales tareas, contribuir al desarrollo de los programas y proyectos propuestos por éste.

Desde luego, no tiene sentido concebir cada localidad como una entidad territorial *completamente* autónoma cuando su historia, problemas y dinámicas han sucedido en el

marco de la ciudad como un todo. En este sentido, la elección popular de los Alcaldes Locales puede resultar inconveniente (aunque no por principio, ni necesariamente) para la unidad de gobierno que debe existir en la urbe en temas estratégicos como sistemas de movilidad, tributos, medio ambiente, servicios públicos domiciliarios, educación y salud. Sin duda, estos son aspectos cuyo tratamiento requieren altos niveles de unidad y coherencia general para preservar su calidad, pertinencia, oportunidad y equitativa distribución, resultando aconsejable mantenerlos centralizados. Pero, por otro lado, la excesiva concentración de poder en una sola instancia decisonal resulta, sin duda, una apuesta demasiado peligrosa a la luz de los consuetudinarios vicios políticos que han caracterizado atávicamente las estructuras políticas del subcontinente. ¿Cuáles son, entonces, los niveles aconsejables de autonomía y sujeción de las Alcaldías Locales con respecto a la Administración Central de la ciudad?.

A este respecto, puede resultar beneficioso para las localidades, y la ciudad en su conjunto, estructurar el proceso de planificación en sentido inverso al actual, esto es, desarrollando primero la planificación local y, posteriormente, la distrital, de manera que ésta tome como referencia los resultados de aquella, consolidando procesos de gobierno que vayan de abajo hacia arriba, al menos en una primera fase (a fin de cuentas una ciudad debe ser lo que sus habitantes quieren que sea...), para retornar posteriormente a los nichos locales (una vez las consideraciones hechas en los escenarios locales hayan sido tenido en cuenta en la formulación de un plan estructural de ciudad) a través de políticas estructurantes, y hacer realidad el paradigma de construir de forma colectiva la ciudad. De esta manera se trasladaría mayor autonomía a las Alcaldías Locales y a los ciudadanos. Igualmente, se podrían establecer márgenes más amplios de autonomía local para el gobierno de múltiples temas; colocando, a su vez, límites que garanticen la unidad global de las políticas urbanas.

Recientemente el ex-alcalde Peñalosa (hoy en día uno de los más fuertes candidatos a la Presidencia de la República) propuso pasar de 20 a 70 localidades y redefinir las funciones de las Alcaldías Locales, las cuales serían básicamente tres: planificación participativa; defensa, inversión y mantenimiento del espacio público, y ejercicio de la autoridad de policía local; señalando, a la vez, la importancia de relegitimar a las autoridades locales. Propuestas que indican la existencia de problemas esenciales con respecto a la descentralización, al papel que juegan los Alcaldes Locales en el concierto

general de la administración de la ciudad y, en general, a la actual estructura político-administrativa del régimen local.

b. *La Junta Administradora Local - JAL* - es integrada por elección popular que se verifica en la misma jornada en que son elegidos el Alcalde Mayor y los integrantes del Concejo Municipal¹⁶⁷. La composición numérica de cada JAL varía entre 7 ediles como mínimo y 11 como máximo, de acuerdo al tamaño poblacional de cada localidad y sus funciones son la siguientes:

- Adoptar el plan de desarrollo local en concordancia con el Plan de Desarrollo y Plan de Ordenamiento Físico del Distrito Capital, previa audiencia de las organizaciones sociales, cívicas y populares de la localidad.
- Vigilar y controlar la prestación de los servicios distritales en su localidad, las inversiones que en ella se realicen con recursos públicos y la ejecución de los contratos en la localidad.
- Presentar proyectos de inversión a las autoridades nacionales y distritales.
- Aprobar el presupuesto del Fondo de Desarrollo Local, previo concepto del Consejo Distrital de Política Económica y Fiscal -CONFIS- y de conformidad con los programas y proyectos del Plan de Desarrollo Local.
- Preservar y hacer respetar el espacio público destinando los recursos para su mejoramiento.
- Promover la participación y la veeduría ciudadana y comunitaria en el manejo y control de los asuntos públicos.
- Promover campañas medio - ambientales.

Como puede verse, las JAL tienen mayores y más claros niveles de autonomía que los Alcaldes Locales. Sin embargo, en la medida que carecen de apoyo ciudadano y en ellas han predominado el clientelismo y los intereses personales o de grupo, no ha sido posible construir en estas instancias visiones y proyectos compartidos de localidad.

En efecto, las Juntas Administradoras Locales tienen bajos niveles de representatividad y escasa legitimidad. Lo primero se hace ostensible al revisar los datos electorales: ediles que con 2.000 o 3.000 votos obtienen la representación de 500.000 habitantes y; lo segundo, se evidencia en el hecho de que varias de las reformas

¹⁶⁷ Denominado Concejo *Distrital*, por tener la ciudad el régimen especial de Distrito Capital.

reglamentarias del régimen local efectuadas a lo largo de una década, han buscado restringir la autonomía decisoria de las JAL con respecto a los Planes de Desarrollo Local y sus presupuestos, en vista de que una de las críticas más reiteradas ha sido que los ediles ignoran la voluntad popular expresada en largos y extenuantes procesos de planificación local, ya que deciden con arreglo a intereses personales o de grupo, alimentando así la ineficiencia y la corrupción.

Así, por ejemplo, el Decreto 176/98, delegó las funciones de contratación y ordenación del gasto local, que habían correspondido hasta entonces a los Alcaldes y las Juntas Administradoras a través de los Fondos de Desarrollo Local, en diez (10) unidades administrativas centralizadas de carácter técnico¹⁶⁸, y el Acuerdo 13 de 2000 creó los Concejos Locales de Planificación como instancias ciudadanas para fomentar la participación y hacer contrapeso a las atribuciones de las JAL. Esta desconfianza notoria de los ciudadanos y la administración central hacia las JAL, produce una merma significativa en la capacidad local para resolver los dilemas de la descentralización, más aún si se tiene en cuenta la importancia de las atribuciones otorgadas a la instancia edilicia.

Pero, a su vez, esa desconfianza es justificada. Los diagnósticos realizados por la Secretaría de Gobierno Distrital con respecto al período anterior a la constitución de las UEL, señalaron que en la ejecución del presupuesto local se presentaban con regularidad situaciones como las siguientes:

- Perfeccionamiento de contratos sin estudios y diseño previos.
- Falta de precisión en las características y objetos de los contratos.
- Ausencia de licitaciones y concursos para contratar.
- Ausencia de estudios de viabilidad de los proyectos.
- Adición de actividades no relacionadas con los objetos contractuales.
- Indicios de favoritismo en la asignación de contratos.

¹⁶⁸ Estas instancias se denominan Unidades Ejecutivas Locales - *UEL* - y cada una de ellas se encuentra adscrita a la entidad distrital directamente relacionada con temáticas específicas de la contratación local. De esta manera, los contratos de vías y espacio público se realizan en la UEL del Instituto de Desarrollo Urbano, los de cultura en la UEL del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, los de educación en la UEL de la Secretaría de Educación Distrital, y así sucesivamente. Las UEL solamente contratan los proyectos que se aprueban en las instancias locales, de modo que la decisión temática y presupuestal sigue operando de forma descentralizada.

- Firma de dos o más contratos con el mismo objeto.
- Mala calidad de obras realizadas que tuvieron que ser demolidas o quedaron inconclusas (Fainboim, I. 2000).

En conclusión podemos afirmar que en las JAL encontramos otras dos limitaciones para alcanzar una eficiente descentralización: la escasa participación ciudadana en la escogencia de los ediles y las prácticas poco transparentes de éstos con respecto a los recursos públicos y la gestión de los mismos¹⁶⁹.

c. *El Fondo de Desarrollo Local*, tiene personería jurídica y patrimonio propio. Sus recursos financian las inversiones locales. Los 20 Fondos de Desarrollo Local (uno por cada Localidad) reciben anualmente, por transferencia de la administración distrital, el 10% de los ingresos corrientes de la ciudad. Los montos de estas transferencias representaron entre 1998 y 2000 un promedio anual de 127.380 millones de pesos para todas las localidades, (algo más de 50 millones de dólares de esos años) es decir, un promedio de 6.369 millones de pesos por localidad al año (equivalentes, aproximadamente a 2.5 millones de dólares)¹⁷⁰. La **Tabla 19**, muestra el consolidado de la ejecución presupuestal por localidades entre 1996 y 2000.

¹⁶⁹ Se han presentado también casos de corrupción en algunas Alcaldías Locales.

¹⁷⁰ Estas transferencias hasta 1998 se hicieron teniendo en cuenta el tamaño de la población y las NBI de cada localidad. A partir de 1999 se estructuró un paquete muy amplio de variables para hacer más equitativa la distribución de los recursos. Además de las transferencias, los Fondos de Desarrollo Local tienen otros ingresos, muy marginales, por conceptos como multas y sanciones locales.

Tabla 19

PRESUPUESTO LOCAL EJECUTADO: 1996 - 2000 (Millones de pesos de 2001.

# LOC	LOCALIDAD	AÑO 1996	AÑO 1997	AÑO 1998	AÑO 1999	AÑO 2000
1	USAQUEN	7,941	7,715	6,914	8,486	7,049
2	CHAPINERO	4,440	3,113	2,737	3,949	4,397
3	SANTA FE	6,762	4,577	6,454	7,762	6,680
4	SAN CRISTOBAL	13,244	14,363	14,863	15,15	15,992
5	USME	7,304	10,094	6,587	9,149	7,611
6	TUNJUELITO	8,311	6,387	4,066	6,135	5,502
7	BOSA	4,770	9,887	5,269	10,28	9,452
8	KENNEDY	13,915	9,404	7,215	12,83	12,907
9	FONTIBON	8,151	5,853	5,939	6,682	5,483
10	ENGATIVA	14,163	18,279	14,901	16,42	14,124
11	SUBA	9,363	10,352	8,771	12,95	12,110
12	BARRIOS UNIDOS	4,972	4,547	3,977	4,951	4,952
13	TEUSAQUILLO	3,821	2,601	4,333	4,224	4,419
14	LOS MARTIRES	4,632	3,819	2,913	2,892	3,376
15	ANTONIO NARIÑO	5,056	4,625	6,550	4,157	4,074
16	PUENTE ARANDA	5,509	5,213	5,910	7,883	6,769
17	LA CANDELARIA	4,011	2,604	1,475	1,809	1,300
18	RAFAEL URIBE	9,965	9,186	7,424	13,44	12,569
19	CIUDAD BOLIVAR	16,592	14,097	16,010	18,61	17,810
20	SUMAPAZ	7,278	5,166	7,710	6,594	9,709
TOTALES		160,200	151,882	140,018	174,358	166,285

Nota: el presupuesto proyectado para las 20 localidades en 2001, era de 147.373 millones, pero las reducciones del presupuesto distrital menguaron la ejecución en cerca de un 30%. A noviembre 27 de 2002, el presupuesto asignado por proyectos en las 20 localidades, ascendía a 90.037 millones de pesos.

Adicionalmente, los recursos locales tienen la posibilidad de ser complementados con recursos de las entidades distritales, como en efecto ha sucedido; de hecho, entre 1997 y 2000, estas entidades invirtieron en promedio 269.071 millones de pesos al año en las localidades (aproximadamente 107.6 millones de dólares) (**Tabla 20**), cifra que duplicó el promedio de inversión anual efectuada en el mismo período por los Fondos de Desarrollo Local. De esta manera, la totalidad de la inversión local ha alcanzado promedios anuales cercanos a los 20 mil millones de pesos por localidad (8 millones de dólares), cifra no despreciable, más aún cuando hasta 1993 las Alcaldías Locales, llamadas en ese entonces zonales o menores, no recibían ningún tipo de recurso. Una localidad como Ciudad Bolívar, por ejemplo, tuvo en 2000 inversiones por 42.500 millones de

pesos (17 millones de dólares)¹⁷¹. Son montos que, comparados con las necesidades existentes, resultan bajos, pero que medidos con respecto a la capacidad de gestión local se tornan enormes¹⁷².

Tabla 20

INVERSION DISTRITAL EN LAS LOCALIDADES (Millones de pesos de 2001)

# LOC	LOCALIDAD	AÑO 1997	AÑO 1998	AÑO 1999	AÑO 2000
1	USAQUEN	17.651	9.974	23.456	9.090
2	CHAPINERO	20.806	3.133	24.835	13.372
3	SANTA FE	14.976	3.624	17.438	15.059
4	SAN CRISTOBAL	21.931	4.980	17.463	17.784
5	USME	13.916	22.340	45.420	27.463
6	TUNJUELITO	10.168	1.745	9.287	4.189
7	BOSA	47.608	14.607	15.105	21.093
8	KENNEDY	25.020	19.360	19.511	16.069
9	FONTIBON	18.634	7.415	5.903	3.735
10	ENGATIVA	49.682	7.029	24.883	14.432
11	SUBA	31.929	11.210	35.755	26.369
12	BARRIOS UNIDOS	8.619	1.755	7.836	1.797
13	TEUSAQUILLO	9.240	1.440	5.326	5.392
14	LOS MARTIRES	15.263	1.670	6.333	2.127
15	ANTONIO NARIÑO	11.121	1.001	2.705	1.759
16	PUENTE ARANDA	6.967	1.438	16.351	2.095
17	LA CANDELARIA	8.150	1.508	5.320	1.547
18	RAFAEL URIBE	17.111	3.430	13.701	10.043
19	CIUDAD BOLIVAR	35.049	9.895	21.211	24.698
20	SUMAPAZ	3.338	22.048	1.388	2.166
TOTALES		387.179	149.602	319.227	220.279

Fuente: Construcción Corporación Raices. Bogotá

De otra parte, la ejecución de los recursos de los Fondos de Desarrollo Local se realiza, básicamente, a través de contratos de proyectos con personas jurídicas (entidades sin ánimo de lucro, empresas, otras entidades privadas) y personas naturales; contratos que se rigen por la Ley 80 de 1993. Esta ley establece los criterios y procedimientos para contratar recursos públicos y fue expedida el mismo año que comenzó a regir el Estatuto Orgánico de la ciudad. En ella se establece que todo proyecto, para ser incluido dentro del

¹⁷¹ Este monto no incluye las inversiones distritales en proyectos de escala urbana o metropolitana que tienen cobertura en varias localidades a la vez.

¹⁷² Téngase en cuenta que las necesidades de la ciudad son atendidas, principalmente, por las entidades distritales, y se concretan en proyectos de gran impacto que benefician a varias localidades o a la

presupuesto local y, posteriormente, ser objeto de contratación pública, debe encontrarse debidamente registrado en el Banco de Programas y Proyectos Locales.

28. LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y EL LIDERAZGO CÍVICO EN BOGOTÁ.

28.1. Breve reseña histórica de la planificación local participativa.

A partir de las disposiciones marco contenidas en el Estatuto Orgánico de 1993, se dio una nueva reglamentación al proceso de planificación distrital por medio del Acuerdo 12 de 1994. El artículo 24 de este acuerdo facultó al Alcalde Mayor para reglamentar la *"elaboración, aprobación y ejecución de los Planes de Desarrollo de las localidades"*. Desde entonces, el proceso de planificación local ha tenido tres reglamentaciones distintas a través del Decreto 425 de 1995, el Decreto 739 de 1998, y el Acuerdo 13 de 2000¹⁷³. En 2002 fue presentado al Concejo Distrital el Proyecto de Acuerdo 142, que modifica una vez más las pautas y procedimientos de la planificación local¹⁷⁴.

Esta inestabilidad normativa expresa una inconformidad constante de alcaldes, concejales y actores sociales con respecto a los procesos de planificación local. A manera de ilustración, y para que se puedan apreciar las dimensiones más recientes de esa inconformidad, transcribimos *in extenso* una parte de la exposición de motivos del Proyecto de Acuerdo 142 de 2002:

... se pretenden corregir vacíos jurídicos del Acuerdo 13/00, entre los que se destacan: a) La ausencia de un sistema de planificación local que defina los componentes, actores, instancias y procesos, definiendo con precisión las funciones y procedimientos en la formulación, aprobación y vigilancia del plan. b) La falta de articulación entre los procesos de planificación local y el sistema

totalidad de ellas.

¹⁷³ Los Decretos Distritales son expedidos por el Alcalde Mayor, mientras que los Acuerdos Distritales son expedidos por el Concejo de la ciudad. Estas mismas categorías legislativas operan en el nivel local. Los Acuerdos tienen rango superior con respecto a los Decretos.

¹⁷⁴ Posteriormente, en 2002, este proyecto se fusionó con otra iniciativa referida al mismo tema. A comienzos de 2003 han sido radicados 3 proyectos de acuerdo al respecto, uno de los cuales (el 26 / 03) cuenta con el respaldo de la Administración Distrital.

presupuestal. c) La limitada y excluyente conformación del Consejo de Planificación Local, como también, la elección o escogencia de sus integrantes sin tener en cuenta que representen organizaciones legalmente constituidas d) La falta de claridad sobre el contenido del Plan de Desarrollo local, su vigencia e insumos para su formulación e) La falta de precisión sobre los tiempos establecidos para el proceso, así como lo limitado de estos para realizar los Encuentros Ciudadanos. Este aspecto se complica si se tiene en cuenta la necesidad de contar con información y diagnósticos actualizados y veraces. f) La poca claridad sobre el proceso de concertación para definir el contenido del Plan y el carácter vinculante de los Encuentros Ciudadanos, asociada al papel de cada uno de los actores del proceso en la adopción y aprobación del plan. f) La falta de precisión sobre el apoyo logístico que las Alcaldías Locales deben brindar a los Consejos de Planificación Local para ejercer su función, como también, sobre el papel que debe cumplir el nivel central del Distrito en el acompañamiento al proceso. g) La imprecisión sobre los mecanismos para suplir vacancias o ausencias de los Consejeros de Planificación Local. h) La imprecisión sobre inscripciones y participación de la comunidad en los Encuentros Ciudadanos. i) La asignación de responsabilidades administrativas a los Consejos de Planificación Local, tales como tener a su cargo el manejo de los Bancos Locales de Programas y Proyectos. j) La imprecisión sobre los mecanismos de control y de seguimiento que pueden desarrollar los ciudadanos en las etapas de adopción y ejecución del Plan de Desarrollo Local. k) La ausencia de reconocimiento explícito sobre la participación de los organismos de control. l) La no inclusión de las Unidades de Planeamiento Zonal –UPZ- como escenarios democráticos intermedios entre el barrio y la localidad". (Exposición de motivos, Cambios fundamentales de la propuesta, Proyecto de Acuerdo 142/02 "Por el cual se establece el proceso local de planificación participativa para Bogotá, D.C. y se dictan otras disposiciones", pág. 3, presentado por los concejales David Luna, Carlos Baena, Álvaro Páez, Pedro Rodríguez y Soledad Tamayo, copia magnética).

En su exposición de motivos, los autores relatan, además, cómo en la elaboración de este proyecto de acuerdo participaron una buena cantidad de líderes sociales de todas las localidades, académicos y funcionarios¹⁷⁵. La inconformidad con la normatividad vigente (Acuerdo 13/00) expresada en el texto citado, tiene que ver con una amplia gama de aspectos entre los cuales se destacan: a) Falta de información y claridad sobre el proceso, sus alcances, instancias y momentos, b) Dificultades procedimentales y operativas; c) Falta de mecanismos de control ciudadano e institucional; d) Escasa representatividad de los Consejos de Planificación Local; d) Falta de inclusión explícita de las UPZ como escenario fundamental del proceso.

Como puede verse, las críticas a la norma vigente no aluden a su enfoque o concepción, sino a aspectos de tipo metodológico y operativo, por un lado, y a la ampliación o inclusión de espacios de participación, por otro. Pareciera, entonces, que los problemas que se han presentado obedecieran a lo adjetivo del proceso y no a lo sustantivo del mismo. Pero, si una década después de iniciada la planificación local, no se ha logrado elaborar el marco normativo que satisfaga a quienes intervienen en el mismo, ¿no será que se requiere replantear la concepción misma del proceso y, en consecuencia, todo el dispositivo metodológico? Sobre este tema volveremos más adelante y centraremos explícitamente nuestra propuesta.

Volvamos, entonces, al tema que venimos abordando para recalcar que, evidentemente se presenta una inestabilidad normativa en los procesos de planificación participativa local y, ciertamente, una condición importante para poder consolidar procesos de descentralización y participación, es la estabilidad de sus marcos jurídicos, más aún cuando se trata de fenómenos sociales y políticos que solo puede ser depurados en plazos medianos y largos; a este respecto, la **Tabla 21** nos muestra, de forma comparada, algunos aspectos básicos de las normas que han reglamentado los procesos de planificación local desde 1995 hasta la fecha, incluyéndose también el proyecto de acuerdo 142/02. La información contenida en la Tabla anterior permite establecer un proceso evolutivo en la intencionalidad de las normas, caracterizado por:

¹⁷⁵ Se efectuaron 28 talleres locales con 956 personas para discutir el proyecto de Acuerdo.

Tabla 21

COMPONENTES NORMATIVOS DE LOS PROCESOS PARTICIPATIVOS PARA ELABORAR PLANES DE DESARROLLO LOCAL

Normas	Aprestamiento	Diagnóstico	Formulación plan	Espacios de participación	Instancias decisorias	Apoyo técnico y metodológico	Duración	Seguimiento
Decreto 425/95	Convocatoria a ciudadanía del Alcalde Mayor	No hay	Alcalde Local con apoyo de Comité Técnico (<i>Jal, Dapd, Alcalde Local</i>), a partir de proyectos ciudadanos	Sesiones públicas (audiencias) para presentar proyectos	Comité Técnico JAL	Comité Técnico	2 meses	DAPD
Decreto 739/98	Convocatoria a ciudadanía de JAL y Alcalde Local	El que haga el primer Encuentro Ciudadano	Alcalde Local en conciliación con Encuentros Ciudadanos y JAL	Encuentros ciudadanos Comisiones de trabajo	Encuentros ciudadanos JAL	Oficina de Planeación Local	4,5 meses	Encuentros Ciudadanos, Alcalde Local apoyado por Oficina de Planeación Local
Acuerdo 13/00	Difusión de Acuerdo 13 Elección de Consejo de Planeación Local Convocatoria a ciudadanía de Alcaldía Local y Consejo de Planeación Local	El que presente la Alcaldía Local a través de su oficina de planeación	Alcalde Local, Encuentros Ciudadanos locales y zonales, Consejo Local de Planeación, Mesas de Trabajo locales y zonales Comisiones de Trabajo	Consejo de Planeación Local Encuentros ciudadanos locales y zonales, Mesas de Trabajo locales y zonales Comisiones de Trabajo	Encuentros Ciudadanos Consejo de Planeación Local JAL	Oficina de Planeación Local Unidades Ejecutivas Locales Comité Interinstitucional de entidades distritales	9 meses	Consejo de Planeación Local Comisiones de trabajo Alcalde Local
Proyecto de Acuerdo 142/02	Información y capacitación a ciudadanía sobre planeación local antes de diagnóstico Diagnóstico local y de plan anterior Convocatoria del Alcalde Local a Consejos de Planeación y Encuentros ciudadanos	De localidad y de plan local anterior Se realiza en semestre anterior a posesión de nuevo Alcalde Mayor	Encuentros Ciudadanos locales y zonales, Consejo de Planeación Local, Comisiones de Trabajo zonales y locales, Alcalde Local	Encuentros Ciudadanos locales y zonales, Consejo de Planeación Local, Comisiones de Trabajo zonales y locales	Encuentros Ciudadanos locales y zonales, Consejo de Planeación Local, Comisiones de Trabajo zonales y locales, JAL	Comité Interinstitucional de entidades Distritales Funcionarios distritales asignados a localidades Unidades Ejecutivas Locales (UEL)	16 meses como mínimo	Consejo de Planeación Local, Comisiones de Trabajo, Encuentros Ciudadanos, Veeduría, Personería y Contraloría distritales Seguimiento ciudadano con indicadores de gestión y resultados

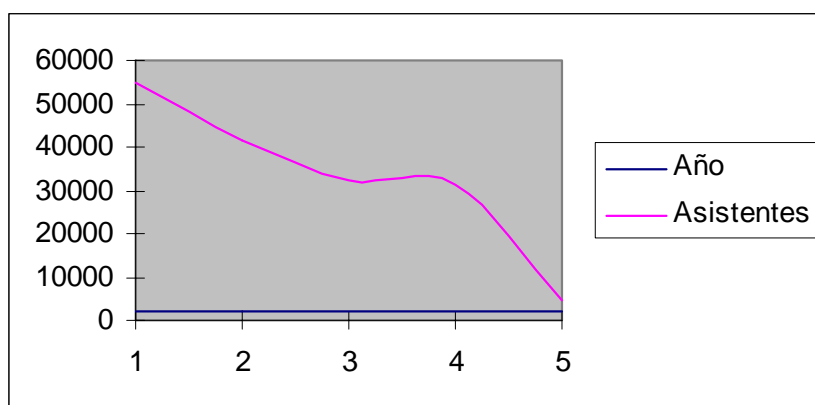
- Ampliar la cantidad de instancias decisorias y la ingerencia de la ciudadanía en ellas, limitando la facultad de las JAL para adoptar por si solas los Planes de Desarrollo.
- Ampliar la participación ciudadana en el seguimiento de los Planes de Desarrollo.

- Ampliar la participación ciudadana en la formulación del Plan.
- Incrementar los espacios de participación.
- Ampliar la duración de los procesos.
- Ampliar las actividades de aprestamiento y mejorar los diagnósticos sobre los cuales se elaboran los planes.

Es decir, las distintas normas se han interesado por dar mayor representatividad, legitimidad y transparencia a los procesos de planificación local y por mejorar sus apoyos técnicos.

A pesar lo anterior, no se ha logrado resolver la insatisfacción existente con la forma como se desarrollan los procesos locales, insatisfacción plasmada en la exposición de motivos del proyecto de acuerdo 142/02 anteriormente citada y, sobre todo, en la asistencia decreciente a los encuentros ciudadanos verificada entre 1998 y 2002; la cual ha llegado a un punto crítico en la actualidad como lo muestra el **Gráfico 11** que ha sido elaborado a partir de los datos estadísticos suministrados por la Secretaría de Gobierno Distrital.

Gráfico 11
ASISTENTES A ENCUENTROS CIUDADANOS LOCALES Y ZONALES
1998 - 2002, BOGOTÁ



El año 1 corresponde a 1998 y el año 5 a 2002. En este último año los datos se encuentran consolidados solo hasta el mes de septiembre. Las cifras que alimentan el gráfico son las contenidas en la siguiente Tabla:

Tabla 22

**PARTICIPACIÓN TOTAL EN ENCUENTROS CIUDADANOS
LOCALES Y ZONALES DE BOGOTÁ: 1998 - 2002**

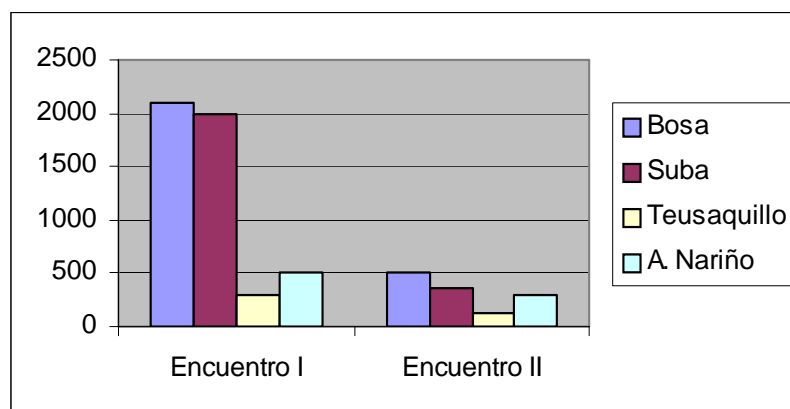
AÑO	ASISTENTES
1998	54845
1999	41764
2000	32446
2001	31109
2002	4779

Debe tenerse en cuenta que como los datos agregan la *totalidad* de asistentes a *todos* los encuentros ciudadanos, sin duda existe en el conteo respectivo repetición de personas que participaron en varios de ellos.

Los datos consolidados de asistencia en el año 2001 en cuatro localidades con respecto a los primeros y segundos encuentros ciudadanos locales, corroboran, también, la creciente deserción ciudadana (**Gráfico 12**).

Gráfico 12

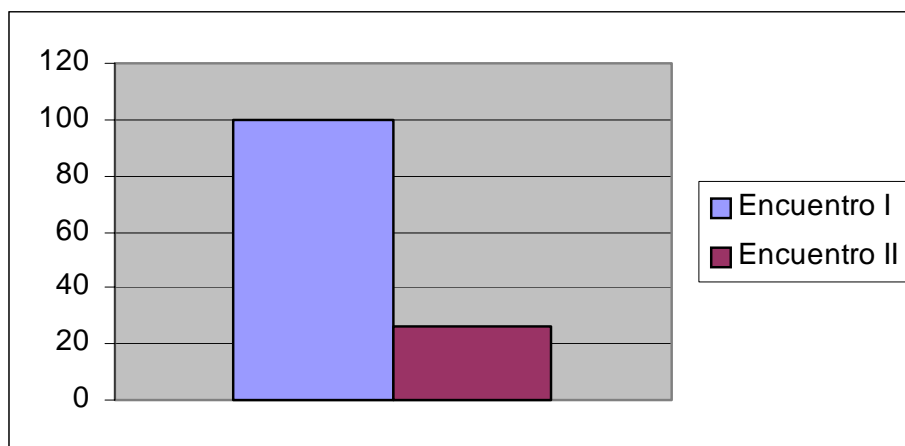
**ASISTENCIA A ENCUENTROS CIUDADANOS I Y II EN 4 LOCALIDADES
DE BOGOTÁ, 2001**



En todos los casos el descenso es notable. El agregado de las cuatro localidades, nos dice que la deserción presentada fue del 74% (**Gráfico 13**).

Gráfico 13

**DESERCIÓN ENTRE ENCUENTROS CIUDADANOS EN 4
LOCALIDADES DE BOGOTÁ, 2001**



Los datos no sólo son preocupantes sino desalentadores y, sin duda, son un indicador incontestable de la pérdida de legitimidad de los procesos de planificación local, lo cual es altamente negativo para la ciudad y sus habitantes; lo que confirma el hecho de que las distintas reglamentaciones, a pesar de la evolución positiva que han tenido, han sido del todo ineficaces para estructurar un proceso de participación y para satisfacer las expectativas de los actores sociales e institucionales. Algunos factores explicativos de esa ineficacia de las normas, son:

a. La concepción predominante en las distintas reglamentaciones ha sido la de lograr mayores niveles de *participación* ciudadana con una mayor cantidad de mecanismos de *representación* y limitar la independencia de un mecanismo de *representación* que son las JAL. Esta concepción tiene un sesgo cuantitativo, pues supone que tres o cuatro mecanismos de representación (*Comisiones zonales, Comisiones locales, Consejo de Planificación, Consejo Ampliado*), son mejores que uno solo de ellos (la JAL). Pero, en primer lugar, si las JAL son poco representativas, los integrantes de los Consejos de Planificación Local y las Comisiones de Trabajo lo son más aún¹⁷⁶. En segundo lugar, no es posible demostrar que los integrantes de los mecanismos distintos a las JAL tengan mayor legitimidad que los ediles; y en tercer lugar, la ley de probabilidades dice que el predominio de intereses parciales que se ha dado en las JAL debe repetirse en Consejos y Comisiones, ya que los líderes y activistas que participan en ellas provienen del mismo universo poblacional de los ediles.

¹⁷⁶ Por ejemplo, si muchos ediles fueron elegidos con cerca de 2.000 sufragios, muchos integrantes

b. Los procesos de planificación local no se desenvuelven solo de acuerdo a la norma que los regula sino de conformidad al tipo y al grado de desarrollo de los procesos sociales existentes en cada localidad; valga decir, de acuerdo a los recursos de que dispongan los actores sociales e institucionales para construir capital social a nivel local, de las interacciones existentes entre ellos y de las percepciones que tengan del territorio y del poder local. Estos son aspectos determinantes, pero no existen indicios de que ellos hayan sido tenidos en cuenta para elaborar las normas, ni para diseñar las estrategias de aplicación de las mismas. Un ejemplo de ello está en que la administración distrital asume que quienes concurren a los Encuentros Ciudadanos representan a la ciudadanía local, sin revisar detenidamente los mecanismos y coberturas de las convocatorias, las estrategias que utilizan algunos actores para crear falsas representaciones, o sin contar con dispositivos que permitan promover la participación proporcionada de los distintos sectores ciudadanos y las formas de agrupación civil existentes¹⁷⁷.

A nuestro modo de ver, existen problemas estructurales referidos a la concepción con que las administraciones distritales han abordado los procesos de planificación participativa y las visiones desde las cuáles los actores sociales intervienen en los mismos; después de todo, la concepción de las administraciones distritales, plasmada en las normas reglamentarias, se ha caracterizado por colocar especial énfasis en los mecanismos de representación y en la relación entre los mismos para generar procesos de participación a través de escenarios como las Audiencias Públicas y los Encuentros Ciudadanos.

En este sentido, las Audiencias o sesiones públicas, creadas con el Decreto 425/95, fueron importantes porque no se había realizado una actividad parecida en el pasado reciente de la ciudad y, en ese sentido, marcaron un hito histórico. En ellas, los ciudadanos podían presentar proyectos pero no decidir acerca del ordenamiento de la inversión pública¹⁷⁸. Por su parte, la figura de los encuentros ciudadanos se basa en una concepción

de Comisiones Locales y Zonales lo fueron con unas cuantas decenas de votos.

¹⁷⁷ El proyecto de Acuerdo 142/02 incluso va en contravía de algunos de los procesos sociales existentes, cuando propone que en los Consejos de Planificación Local solo participen las organizaciones legalmente constituidas, lo cual significa excluir a cerca de 700 organizaciones sociales de la ciudad que carecen de personería jurídica, como lo muestra el "Estudio de Factibilidad Social e Institucional del Centro de Gestión Comunitaria para Bogotá", realizado por la Fundación Corona y la Corporación Raíces en 2002.

¹⁷⁸ Lamentablemente no disponemos de registros sistematizados de asistencia a esas audiencias. La ausencia de rigor en los registros de las actividades ciudadanas es un elemento indicativo de la poca importancia que se le ha dado a construir y orientar adecuadamente los espacios de participación.

participativa, y el respeto a sus decisiones es algo que se ha procurado reforzar, pero estos encuentros se han convertido más en un espacio de representación limitada y defectuosa, que de auténtica participación. Al respecto, las cifras son elocuentes.

En efecto, las estadísticas de la Secretaría de Gobierno Distrital nos dicen que a 209 encuentros ciudadanos realizados en 2001¹⁷⁹ asistieron, en promedio, 115 personas por encuentro. La localidad con mayor promedio fue San Cristóbal donde se realizaron 8 encuentros con un promedio de 389 personas por cada uno de ellos. Esta localidad tiene 455.000 habitantes, de modo que la participación en términos absolutos fue inferior a 0.08% de los habitantes. Asumiendo que un nivel de participación aceptable sea del 2% de la población, ya que procesos que son considerados participativos como Barcelona y Porto Alegre tienen el 3% y el 5% respectivamente, estaríamos 1.92 puntos por debajo de una meta, al parecer, razonable. Quiere decir que en San Cristóbal, la localidad con mejor desempeño al respecto en la ciudad, “faltaron” 9.611 personas para lograr un nivel adecuado de participación. Y a medida que se reduce la asistencia a los encuentros, éstos tienden a tener un carácter más representativo que participativo.

En realidad, a los Encuentros Ciudadanos y a los demás mecanismos de representación creados para los procesos de planificación local, concurren, básicamente, representantes y activistas de organizaciones de todo tipo, que van desde las sociales de base, hasta las empresas de consultoría, pasando por las ONG; sin que la administración establezca criterios para promover un tipo de asistencia que, efectivamente, represente a los habitantes de cada localidad. Por ejemplo, para la elección de los consejeros de planificación local en 2001, se inscribieron 1.268 organizaciones y las 1.631 Juntas Comunales de la ciudad participaron solo a través de las Asociaciones Locales de Juntas Comunales, lo que significó la exclusión de 400 Juntas no afiliadas a estas Asociaciones. Adicionalmente, por lo menos 1.000 organizaciones existentes en Bogotá no participaron de este proceso¹⁸⁰. Pero además, la forma de organización con mayor número de inscripciones fue la ONG que representó el 37% del total, mientras que organizaciones sociales de base como las Asociaciones de Padres de Familia o las organizaciones juveniles, representaron solo el 14% y el 11% respectivamente.

¹⁷⁹ En 2001 se efectuaron 270 Encuentros en toda la ciudad, pero de 61 de ellos no hay datos de asistencia. ("Encuentros Ciudadanos, Estadísticas", Secretaría de Gobierno Distrital, 1998 - 2001, copia magnética).

¹⁸⁰ Según las últimas actualizaciones de la *Base de datos de organizaciones comunitarias*, manejada por la Fundación Corona y el Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital (DAACD), en

Por otra parte, los diseños de los procesos de planificación local parecieran dejar de lado el hecho de que éstos significan una disputa por recursos públicos. Este hecho lleva a que, desde el inicio, y hasta el final del proceso, los actores locales involucrados busquen, constantemente, de forma abierta o soterrada, habilitar mecanismos que les garanticen obtener los mejores resultados posibles. A este respecto, son incontables los testimonios y registros, tanto gráficos como escritos, que dan cuenta de situaciones como las siguientes: mayorías creadas de forma artificial para obtener posiciones favorables de forma fraudulenta; alianzas secretas basadas en intereses personales; presentación de organizaciones inexistentes; posicionamiento de prioridades que no corresponden a la realidad para favorecer intereses personales o de grupo; agresiones verbales y físicas entre personas y grupos que procuran una mejor ubicación para acceder a recursos, etcétera.¹⁸¹

Esa disputa por recursos (que ha sido mal llevada hasta el momento) condiciona, en gran medida, la visión con la cual participan los actores sociales en el ámbito local y aumenta el número de problemas, hasta ahora no resueltos, en los procesos de planificación local; dentro de los cuales podemos anotar los siguientes:

- Haber colocado el énfasis en mecanismos de representación para desarrollar procesos de participación.
- Considerar mejores unos mecanismos de representación con respecto a otros (*Consejos o Comisiones frente a las JAL*).
- Asumir como espacio de participación los Encuentros Ciudadanos, cuando, en realidad, son escenarios de representaciones insuficientes y defectuosas, tan viciadas como las JAL.
- Constituirse los procesos de participación en escenarios para disputar, de mala manera, recursos de comienzo a fin¹⁸².

Adicionalmente existen otros dos problemas estructurales que trataremos de forma separada más adelante. Ellos son:

Bogotá hay cerca de 4.000 organizaciones comunitarias.

¹⁸¹ Sería útil realizar una investigación para poner a prueba la hipótesis según la cual los procesos de planificación local han incrementado los conflictos ciudadanos y el tratamiento destructivo de los mismos.

¹⁸² Los conflictos de intereses son productivos cuando se tramitan de forma constructiva, es decir, con arreglo a normas y mecanismos compartidos y utilizando mecanismos transparentes de información y diálogo.

- La escasa capacidad del aparato administrativo local y distrital para responder, de forma oportuna y calificada, a las exigencias creadas por el nuevo contexto local.
- La escasa capacidad de las organizaciones cívicas locales para orientar el desarrollo local, tomar las decisiones respectivas de forma idónea y promover procesos de inversión pública sostenibles desde lo social.

Pero antes de pasar a considerar estos dos problemas, vale la pena comentar la última iniciativa normativa radicada en el Concejo de Bogotá con el respaldo de la Administración Distrital, el Proyecto de Acuerdo 26/03. Este propone un nuevo sistema de planificación Distrital y local, señalando períodos temporales para las actividades de los cinco momentos de planificación propuestos y fijando algunas pautas para el momento de ejecución. Esos períodos temporales están referidos, básicamente, a dos años: el anterior a la posesión del Alcalde Mayor y el primero de gobierno del mismo. Para mayor comprensión de la propuesta hemos asumido el 2003 como el primer año y el 2004 como el segundo, ya que la normatividad vigente establece que el 1 de enero de 2004 debe posesionarse el Alcalde que remplazará al actual gobernante de la ciudad. Los procedimientos distritales y locales propuestos, se ilustran en dos flujogramas y un cronograma general que presentamos en las páginas siguientes.

Gráfico 14

PROCESO PARA FORMULAR, APROBAR Y EJECUTAR EL PLAN DE DESARROLLO DISTRITAL

Proyecto de Acuerdo 26 de 2003

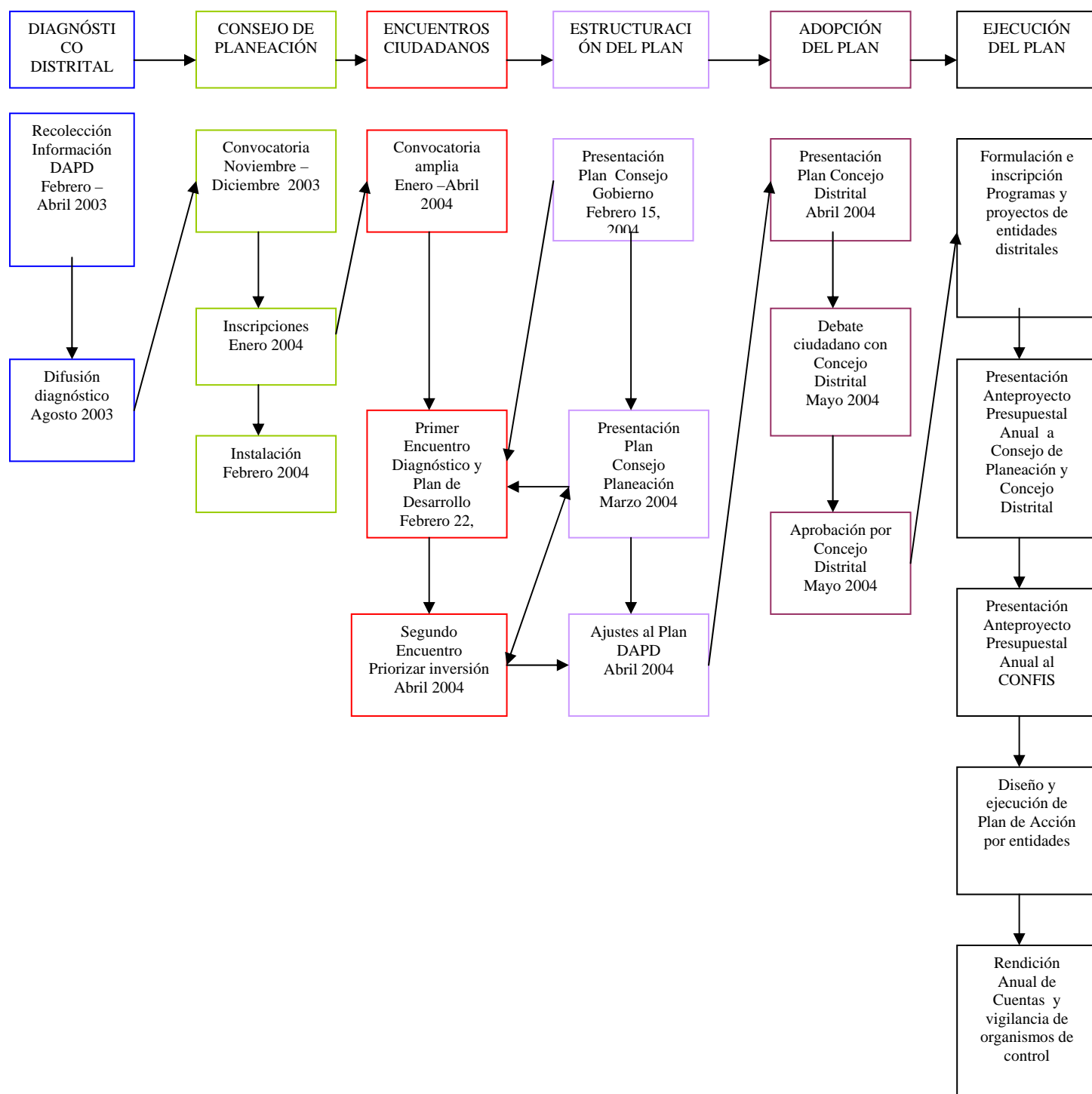


Gráfico 15

PROCESO PARA FORMULAR, APROBAR Y EJECUTAR PLANES DE DESARROLLO LOCAL

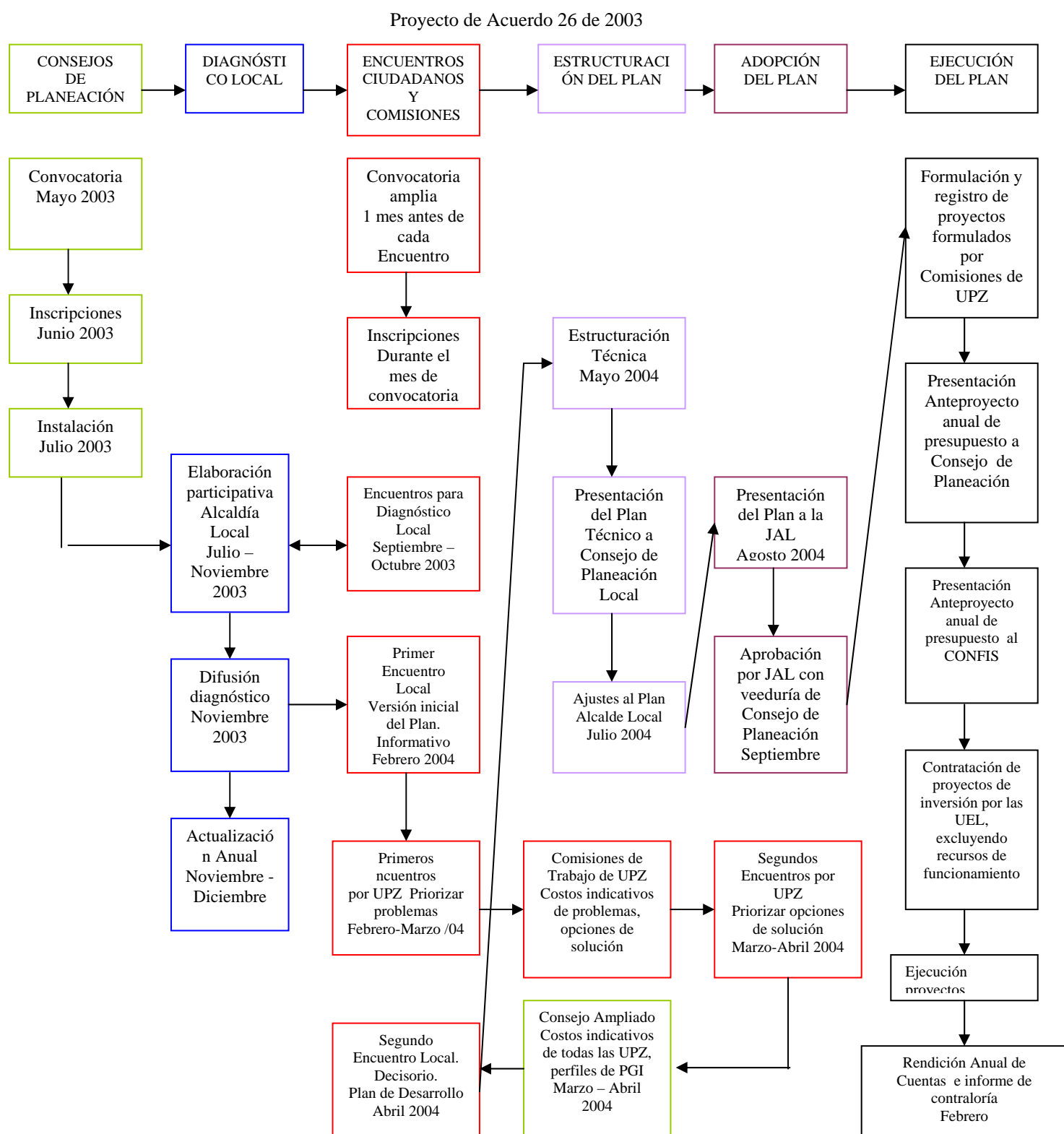


Tabla 23

RELACIÓN TEMPORAL ENTRE PLANIFICACIÓN DISTRITAL Y LOCAL

Proyecto de Acuerdo 26 de 2003

MOMENTOS DEL PROCESO	Meses año anterior a posesión de Alcalde Mayor (2003)												Meses primer año de mandato de Alcalde Mayor (2004)											
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
DIAGNÓSTICO																								
INSTALACIÓN DE CONSEJOS DE PLANIFICACIÓN																								
ENCUENTROS CIUDADANOS																								
ESTRUCTURACIÓN DEL PLAN																								
ADOPCIÓN DEL PLAN																								
EJECUCIÓN DEL PLAN																								

	DISTRITAL
	LOCAL

Es evidente, una vez más, la intencionalidad altamente positiva de la norma. Hay un esfuerzo notable por organizar minuciosamente un proceso que pueda obtener legitimidad, dar mayores elementos a los distintos actores para la toma de decisiones, promover transparencia y formar ciudadanía; pero, a la vez, existen aún algunos elementos problemáticos, a nuestro juicio, como los siguientes:

El diagnóstico distrital sigue elaborándose con antelación a los diagnósticos locales y el Plan Distrital se estructura con antelación a los planes locales, lo cual limita la descentralización política y la adecuada respuesta de la gestión pública, distrital y local, a los problemas que viven los ciudadanos y las distintas zonas de la ciudad.

Se procura sustraer de los momentos iniciales de la planificación local la discusión de proyectos específicos, lo cual puede contribuir a desactivar, parcialmente, la disputa por recursos; pero, a la vez, se encomienda la elaboración de los proyectos a las comisiones elegidas en los Encuentros Ciudadanos Zonales; integradas, inevitablemente, por personas poco representativas, a la vez que portadoras, como es válido y natural, de intereses en conflicto y disputa con los de otros ciudadanos. En esta medida, labores técnicas, que deben responder al interés general, como la formulación de proyectos, sería deseable que fueran realizadas por terceros que carezcan de intereses particulares con respecto a los problemas en juego. Lo mismo ocurre con el diseño metodológico de los Encuentros Ciudadanos, labor técnica que determina reglas del juego y relaciones de poder, y que en la actualidad esta asignada a los Consejos de Planificación Local.

A ese respecto, nuestra hipótesis para Bogotá es que la descentralización será de mayor calidad en materia participativa, si cuenta con una estructura fuerte apoyada en dos instancias básicas: una a nivel local que estructure y haga efectiva la participación sobre la base de proponer una ágil instancia de concertación multiactoral, centrada en la Planificación y basada en la determinación de actores e intereses que puedan actuar como socios estratégicos en los procesos de determinación y ejecución de los distintos Programas y Proyectos (las ULPLAC que estamos proponiendo); y otra que opere a nivel central y actúe como un Centro de Gestión Comunitaria (ya existe una iniciativa en esos sentido

planteada por la Corporación Raices y apoyada por la Fundación Corona de Colombia) que oriente su conocimiento y experticia, tanto a apoyar la fase conceptual y técnica de elaboración de propuestas a nivel local, como a facilitar el acceso a los recursos, sirviendo de puente con eventuales instancias de financiación tanto nacional como internacional a nivel público y privado. Sobre esta base, los procesos de planificación local podrían, quizás, constituirse, en diálogos de saberes técnicos y empíricos así como de intereses públicos y privados; conflictivos, claro está (hemos dicho en la primera parte de este trabajo que la “lucha” es connatural al encuentro de diferencias en la gran ciudad), pero tal vez, más constructivos.

Ahora bien, es altamente probable que ningún esquema procedimental funcione si no se logran avances sensibles en la vía de modificar las relaciones culturales de ciudadanos y funcionarios respecto de la construcción de lo público. Al respecto, el proyecto de Acuerdo referido, delega en el Alcalde Mayor el diseño de la estrategia pedagógica a seguir de comienzo a fin en el proceso. Esta delegación abierta y genérica de lo que, en última instancia, puede ser un aspecto altamente determinante, entraña enormes riesgos de inestabilidad y discontinuidad. Por lo demás, la norma comentada se coloca en la misma dirección evolutiva que han tenido los anteriores decretos y acuerdos.

De cualquier forma, a pesar de todas las falencias que, hasta ahora, hayan podido tener los procesos de planificación local, es indiscutible que ellos han generado mayor conocimiento de las organizaciones ciudadanas sobre lo público, han contribuido a cualificar en distintos aspectos a líderes y activistas sociales, han cualificado los recursos humanos de la administración pública local, y han sido un espacio de aprendizaje para todos en la ruta de construir una auténtica ciudadanía política.

Veamos ahora otros problemas estructurales que están condicionando la descentralización: la capacidad del aparato administrativo local y distrital, por un lado, y de las organizaciones cívicas, por el otro, para abordar, con éxito, la planificación participativa del desarrollo local.

28.2. Capacidad del aparato administrativo Local y Distrital.

Entre 1996 y 2000, se inscribieron, en promedio, 110 contratos al año en cada uno de los 20 Bancos de Programas y Proyectos locales. Ello significa que, con antelación, se presentaron una gran cantidad de ideas de proyecto y una gran cantidad de fichas EBI¹⁸³ que contenían perfiles básicos de proyectos, incluidos los 110 que fueron inscritos como proyectos consolidados y a través de los cuales se pudo organizar la inversión. Por ejemplo, en 1998, solamente en la localidad de Santa Fe, los ciudadanos radicaron en el Banco de Programas y Proyectos locales 553 fichas EBI, de las cuales 333 eran ideas deficientemente estructuradas, mientras que las 200 restantes tenían una formulación a partir de la cual podía abocarse la elaboración de los respectivos proyectos.

Con respecto a las ideas y Fichas EBI presentadas, las Alcaldías Locales debían impartir capacitación a los ciudadanos, evaluar su viabilidad, apoyar la formulación de proyectos, supervisar su ejecución y promover la coordinación con las entidades distritales para generar complementariedad entre la inversión local y la distrital. Además, debían consolidar información sobre la localidad, liderar los procesos participativos por medio de los cuales se consolidaban los aportes ciudadanos para estructurar el Plan de Desarrollo Local, y formular, junto con el texto del Plan y su respectivo presupuesto, el Plan Operativo Anual de Inversión (*POAI*); los cuales se presentan a las respectivas JAL para su adopción.

Dichas actividades constituyen sólo una parte del conjunto de acciones que deben adelantar las Alcaldías Locales en el área de Planificación Participativa y Desarrollo, a las cuales se agregan las actividades de control jurídico y normativo (protección y recuperación del espacio público, cumplimiento ciudadano de normas urbanas, atención de querellas, derechos de petición, otorgar permisos, controlar pesos y medidas), las de seguridad y convivencia (coordinar gestiones con la policía, las comisarías de familia, las unidades de conciliación, la personería, las casas de justicia y en general con los programas de

¹⁸³ EBI: Estadísticas Básicas de Inversión.

seguridad y convivencia), las de atención a la ciudadanía en distintos temas, y las que les sean asignadas por la Alcaldía Mayor a través de la Secretaría de Gobierno Distrital.

Este conjunto excesivo de funciones ha producido, de forma constante, el desbordamiento de la capacidad de los aparatos administrativos locales que no tienen la amplitud, la calidad, ni el nivel de tecnificación que se necesitan para cumplir con idoneidad la totalidad de las funciones asignadas; y a pesar de todo ello, o precisamente por esto, en los últimos años se han logrado avances muy notables en distintos frentes de la gestión local¹⁸⁴, a pesar de que aún no se ha disminuido, sustancialmente, la pérdida de legitimidad de los espacios de participación local, ni se ha invertido, efectivamente, la relación desfavorable entre esfuerzos y resultados.

Pero más preocupante aún que lo anterior, tal como lo han señalado distintos investigadores y funcionarios¹⁸⁵, ha sido la prevalencia de una visión pragmática y funcional (más administrativa que política) al interior de los aparatos administrativos distritales y locales, con respecto al proceso de descentralización. Lo que contradice el hecho de que la visión política es la que debe regir y estructurar los medios y metas que orienten un auténtico Plan de ciudad; toda vez que la descentralización, una de sus herramientas fundamentales, lo que busca en esencia, es acercar el Estado a los ciudadanos y brindar altos niveles de autonomía a éstos para que decidan sobre los asuntos públicos que suceden en aquellos territorios donde viven día a día la ciudad.

¹⁸⁴ Es evidente la transformación positiva que durante los últimos 5 años han tenido los aparatos administrativos locales en infraestructura, diagnósticos, sistemas tecnificados de información, racionalización de la inversión, y mayor elaboración en planes y proyectos, lo que no quiere decir que se hayan alcanzado los niveles de calidad necesarios. Desde luego, se trata de un desarrollo desigual entre una y otra localidad. Actualmente la Secretaría de Gobierno Distrital adelanta el proyecto "Localidades Fuertes" financiado con un crédito del BID, el cual tiene como propósitos básicos fortalecer los mecanismos democráticos y la capacidad técnica y administrativa de las localidades.

¹⁸⁵ Ver "Bogotá cómo vamos", *Cómo vamos en descentralización*, Jaime Silva - *investigador* -, Sandra Devia - *funcionaria de la Secretaría de Gobierno* -, Fundación Corona, Casa Editorial El Tiempo, 1999, y "Propuesta de reforma política para Bogotá", Enrique Peñalosa Londoño, Fundación por el país que queremos, 2002.

En este sentido, esa visión “pragmática y administrativa” de la que hablamos, ha llevado a que, sólo hasta hace muy poco tiempo, se considere la importancia de dotar a los procesos de descentralización y de participación de los debidos instrumentos de aprestamiento y capacitación que involucren a todos los actores sociales e institucionales con el fin de que estén en capacidad de elaborar diagnósticos técnicos; difundir oportunamente información confiable y actualizada; adquirir habilidades y destrezas colectivas para priorizar proyectos; establecer consensos y disensos; tomar decisiones; definir y poner en práctica reglas del juego racionales y transparentes para guiar los procesos de comienzo a fin; establecer, con claridad suficiente para todos los involucrados, la debida información sobre las etapas y consecuencias de cada fase y actividad a concertar y llevar a cabo; y definir estrategias adecuadas para lograr niveles aceptables de representatividad y legitimidad.

Si bien, algunos de estos aspectos han comenzado a ser considerados en los últimos proyectos de Acuerdo presentados al Concejo Distrital, lo cierto es que las distintas evaluaciones realizadas de los procesos de planificación local¹⁸⁶, muestran aún, falencias notables en aspectos como visiones encontradas de entidades y funcionarios sobre la descentralización y el manejo de los procesos; falta de claridad en la ciudadanía sobre la planificación local y los planes de desarrollo vigentes; mala calidad de la información a la ciudadanía o simplemente ausencia de ella; fuertes conflictos entre actores sociales e institucionales en torno a los procedimientos y las reglas del juego; quejas reiteradas de la ciudadanía por lo largos y desgastantes que resultan los procesos; baja calidad de las metodologías implementadas; escaso soporte técnico para la toma de decisiones; debilidad sobresaliente en los procesos de seguimiento y evaluación; discordancia entre las iniciativas ciudadanas, aprobadas en los encuentros ciudadanos, los Planes de Desarrollo, y los proyectos finalmente contratados y ejecutados; panorama al que se suma la exclusión injustificada de las organizaciones sociales de base de la contratación pública¹⁸⁷.

¹⁸⁶ Entre las que se encuentran las efectuadas desde 1996 hasta la fecha por la Fundación Corona y el diagnóstico realizado por la Secretaría de Gobierno en 2000.

¹⁸⁷ Adicionalmente se ha fortalecido en la administración distrital la tendencia de agrupar varios proyectos en un solo contrato a pesar de que los proyectos expresen procesos sociales diferenciados y con varios años de existencia. Así se unifica jurídicamente lo que está separado en la realidad y se impactan

En este mismo sentido, la evaluación efectuada con respecto a los procesos locales de 2001¹⁸⁸, permite observar la persistencia de limitaciones como falta de claridad de los ciudadanos sobre el proceso de planificación, debilidad de las propuestas generales que debían orientar el desarrollo de propuestas específicas, y deficiencia de la información recibida por los ciudadanos para desarrollar su trabajo. Los vacíos de información se hicieron evidentes al constatar que el 48% de los integrantes de las Comisiones de Trabajo, en las cuales se reunieron los ciudadanos más interesados en el proceso, no tuvieron acceso a información diagnóstica, el 74% no tenía información sobre los bancos de proyectos, y el 46% carecía de información sobre el presupuesto.

Todo lo anterior muestra las enormes debilidades que han existido y existen en los aparatos administrativos *locales* para abocar la gestión eficaz y eficiente de los procesos de planificación local con participación ciudadana, y ponen de presente la falta de claridad en su orientación, a la vez que la baja eficacia en su habilitación por parte del aparato administrativo *distrital* del cual dependen las administraciones locales.

28.3. Capacidad de las organizaciones cívicas. ¹⁸⁹

En la ciudad existen cerca de 4.000 organizaciones comunitarias, es decir, formas de agrupación ciudadana que trabajan, de forma directa y constante, con grupos poblacionales a los cuales tratan de integrar y movilizar en torno a la construcción de bienes públicos¹⁹⁰.

negativamente los procesos sociales al excluir de la contratación a las organizaciones que los han adelantado por años. Un caso patético al respecto fue el aniversario del primer barrio obrero de la ciudad, La Perseverancia, el cual se realiza hace 10 años y que en el 2001 fue organizado por una entidad ajena al barrio. Además, el evento no se efectuó en la fecha del onomástico, sino 9 meses después porque "*así quedó en el contrato*".

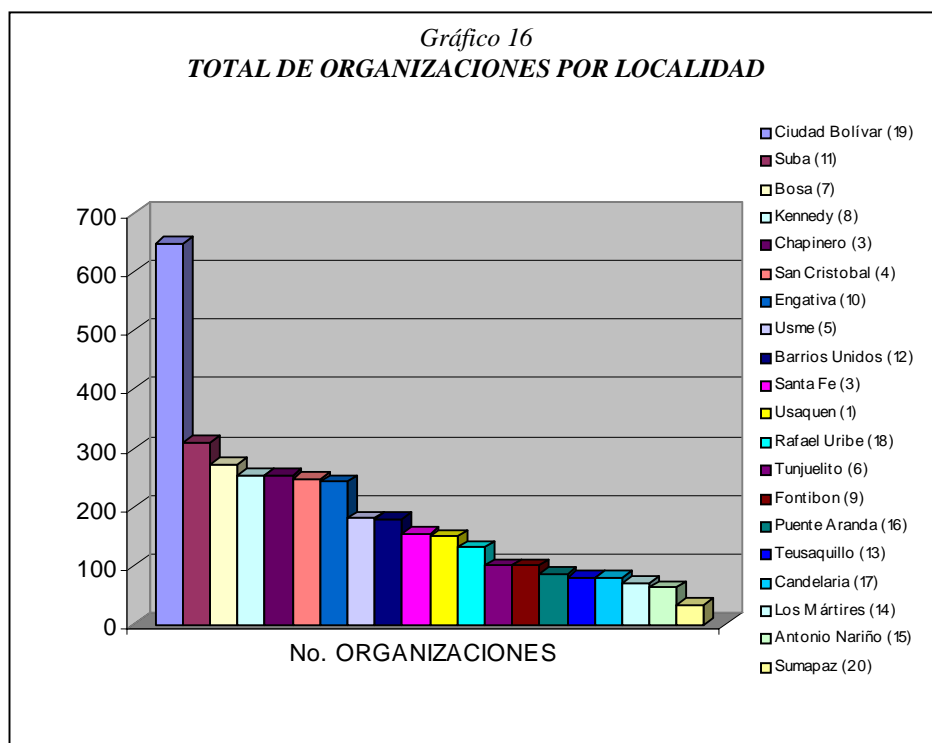
¹⁸⁸ "Formulación participativa de los Planes de desarrollo de las localidades de Bogotá 2002 - 2004. Documentación - Seguimiento - Evaluación", Octavio Fajardo, Nelson Lugo, María Dolores Sánchez, Fundación Corona, copia magnética, Junio de 2002.

¹⁸⁹ Este acápite del documento está construido a partir de apartes del "*Estudio de factibilidad social e institucional de un Centro de Gestión Comunitaria para Bogotá*", realizado por la Corporación Raíces para la Fundación Corona, Bogotá, septiembre de 2002, copia magnética. De hecho, los datos aquí registrados fueron levantados directamente por dicho Estudio.

¹⁹⁰ Como consta en la *Base de Datos de Organizaciones Comunitarias de Bogotá*, Fundación Corona

A su vez, estas organizaciones comunitarias se distribuyen, en términos cuantitativos, de forma muy desigual por localidades (**Gráfico 16**). En efecto, Ciudad Bolívar es la única localidad con más de 500 organizaciones, seguida por seis localidades que son Suba, Bosa, Kennedy, Chapinero, San Cristóbal, y Engativá, en las cuales existen menos de 500 pero más de 240 organizaciones. Luego, en orden descendente, aparecen las localidades de Usme, Barrios Unidos, Santa Fe, Usaquén, y Rafael Uribe que cuentan con menos de 240, pero con más de 100 organizaciones; y finalmente, con menos de 100 organizaciones tenemos ocho localidades, que son: Tunjuelito, Fontibón, Puente Aranda, Teusaquillo, Candelaria, Mártires, Antonio Nariño y Sumapaz.

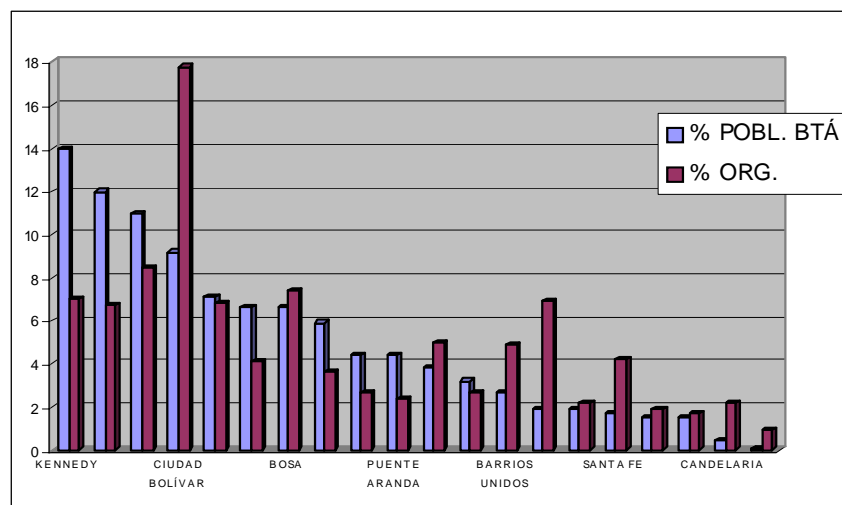
De acuerdo con los datos, no se puede afirmar que las localidades más organizadas sean *siempre* las que tienen una mayor presencia de estratos socioeconómicos bajos, o que las menos organizadas sean las que concentran más habitantes de estratos altos. Por ejemplo, en la localidad de Rafael Uribe Uribe, donde predominan los estratos bajos y el medio-medio (estrato 3), sólo hay un poco más de 100 organizaciones; mientras que en la localidad de Chapinero, con predominio de estratos altos, hay 250 organizaciones. Estos datos expresan el incremento que se ha dado durante los últimos años de la organización comunitaria en los estratos altos de la población bogotana, como se constata en el caso de la UPZ N° 97 (**Mapa 16**) - Chicó - Lago, donde se encuentra el mayor número de organizaciones de toda la localidad de Chapinero.



En este sentido, así como no existe una relación mecánica o simplemente automática entre carencias materiales y organización social, tampoco hay correspondencia entre los tamaños poblacionales de las localidades y la cantidad de organizaciones existentes en ellas. De este modo, Ciudad Bolívar, con el 9.2% de la población de la ciudad, concentra el 17.8% de las organizaciones; Chapinero, cuya población representa el 1.9% de los habitantes de Bogotá, tiene el 6.9% de las organizaciones; y Kennedy con el 14% de la población, reúne el 7% de las organizaciones (**Gráfico 17**).

Una de las razones explicativas de estos contrastes, es la baja organización comunitaria de la población de estrato 3, que es el mayoritario en la ciudad. En efecto, allí donde predomina este estrato, la cantidad de organizaciones disminuye. Por ejemplo, en el caso de la localidad de Santa Fe, el 37% de las organizaciones las aporta la UPZ N° 96 (Lourdes), donde el 100% de la población es de estratos 1 y 2; mientras que en la localidad de Kennedy, la UPZ N° 47 (Kennedy Central), donde predomina de forma absoluta el estrato 3, aporta el 14% de las organizaciones locales.

Gráfico 17
ORGANIZACIÓN VS POBLACION EN BOGOTA

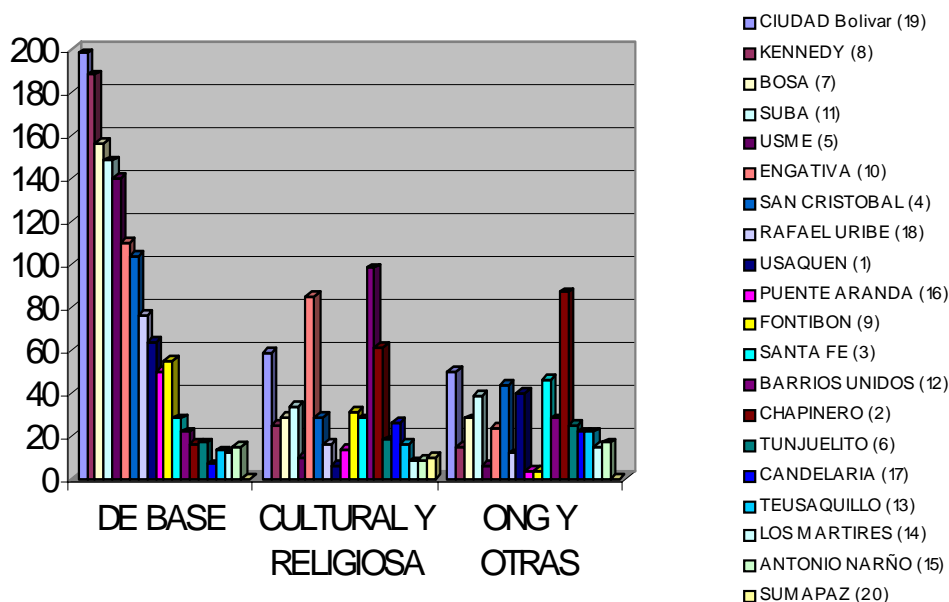


Pero además, al mirar la distribución total de organizaciones por estratos en la ciudad, encontramos una concentración del 60% de las organizaciones comunitarias en los estratos 1 y 2; un 24% en el estrato 3; y el 7% en los estratos 4, 5 y 6, mientras que el 9% restante trabaja con tres o más estratos a la vez de forma indiferenciada (**Tabla N° 7**).

En cuanto a la distribución de los universos organizativos por localidades¹⁹¹, hay una mayor presencia de las organizaciones de base en Ciudad Bolívar, Kennedy, Bosa, Suba y Usme, localidades del sur y el occidente de la ciudad. Las organizaciones culturales y religiosas se destacan en Barrios Unidos, Engativá, Chapinero, y Ciudad Bolívar, y las ONG sobresalen en Chapinero, Ciudad Bolívar, Santa Fe, San Cristóbal, y Suba (**Gráfico 18**).

¹⁹¹ Los universos son tres: a) organizaciones sociales de base, b) organizaciones culturales y religiosas de carácter comunitario, y c) Organizaciones No Gubernamentales -ONG- de origen y composición comunitaria.

Gráfico 18
UNIVERSOS ORGANIZATIVOS POR LOCALIDADES

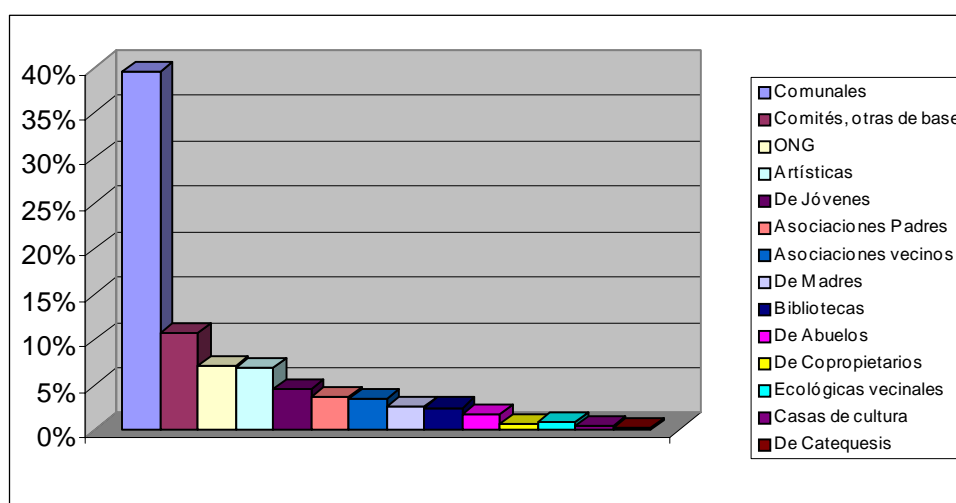


Como se ve, la única localidad que sobresale por agrupar un buen número de organizaciones de los tres universos es Ciudad Bolívar. Luego aparece Suba como localidad importante para las organizaciones de base y las ONG, y también Chapinero en cuanto a organizaciones culturales, religiosas y ONGs. Por lo demás, ninguna localidad sobresale en más de un universo a la vez. Todo la información anterior indica que *en la Bogotá comunitaria de hoy existen unos pocos polos de atracción consolidados y predomina una distribución dispersa y desigual de las organizaciones en las localidades*, aspecto que debería conllevar a diseños diferenciados para la participación en los procesos de planificación local.

Ahora bien, al revisar la cantidad de organizaciones por *tipos* (**Gráfico 19**), es ostensible el fuerte desequilibrio entre las organizaciones comunales (Juntas y Consejos), que representan casi el 40% del total, y el resto de organizaciones; cada una de las cuales representa, solamente entre el 2% y el 10% en el concierto general de la ciudad. La forma de organización que se ubica en orden de importancia cuantitativa luego de las Juntas Comunales, es la de “Comités y otras de base (frentes comunitarios, etcétera.)”, seguida por

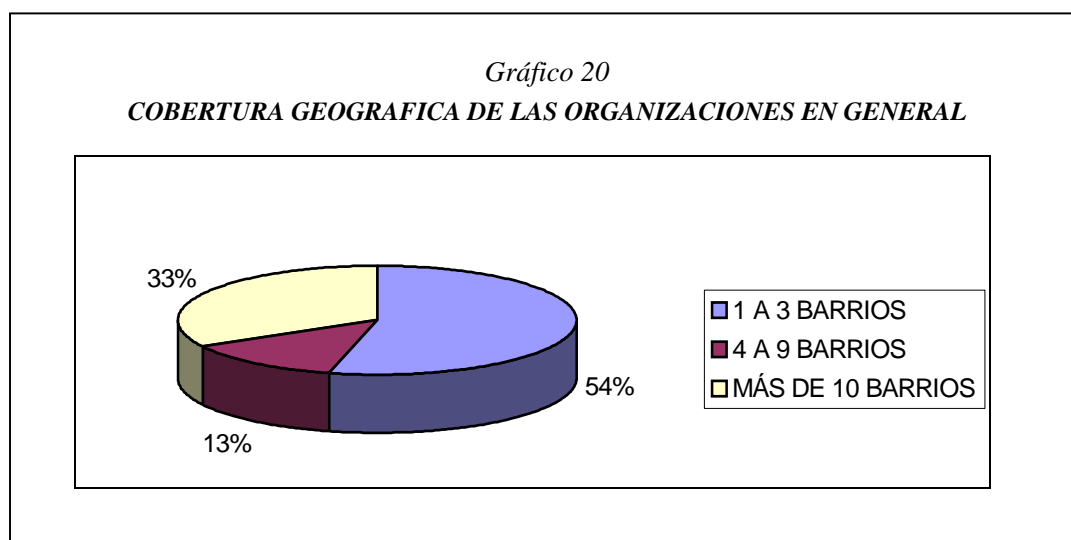
las ONGs los grupos artísticos, los grupos religiosos, y las organizaciones de carácter juvenil. La importancia del tipo “Comités y otras de base” obedece a distintas razones que van desde la búsqueda de alternativas frente a los comportamientos hegemónicos de algunas Juntas Comunales, hasta el impacto de algunos programas públicos como los Frentes de Seguridad agenciados por la Policía Nacional.

Gráfico 19
ORGANIZACIONES POR TIPO



De otra parte, el reconocimiento de la composición de los conjuntos organizativos locales por tipos o clases de organizaciones, debería generar también estrategias de promoción de la participación diferenciadas. En cuanto a la cobertura geográfica de la gestión de las organizaciones comunitarias, esta se da, principalmente, en uno, dos, o tres barrios (**Gráfico 20**), teniendo un peso muy grande la gestión desarrollada en un solo barrio y en una sola vereda, especialmente en algunas organizaciones de base. En efecto, el 78% de las Juntas de Acción Comunal y el 67% de las Asociaciones de Vecinos, trabajan en un solo vecindario, mientras que el 80% de las organizaciones rurales trabajan en una sola vereda. A su vez, aquellas organizaciones que por la naturaleza de su actividad agrupan usuarios de varios barrios, como sucede con las Asociaciones de Madres Comunitarias y algunos grupos de la tercera edad, presentan coberturas en 4 o más barrios en proporciones del 40% y 44% respectivamente. Algo similar sucede con los grupos juveniles, el 52% de los cuales, por su temática menos territorial y más cultural, desarrollan actividades con jóvenes de 4 o más barrios; pero estas coberturas no significan, necesariamente,

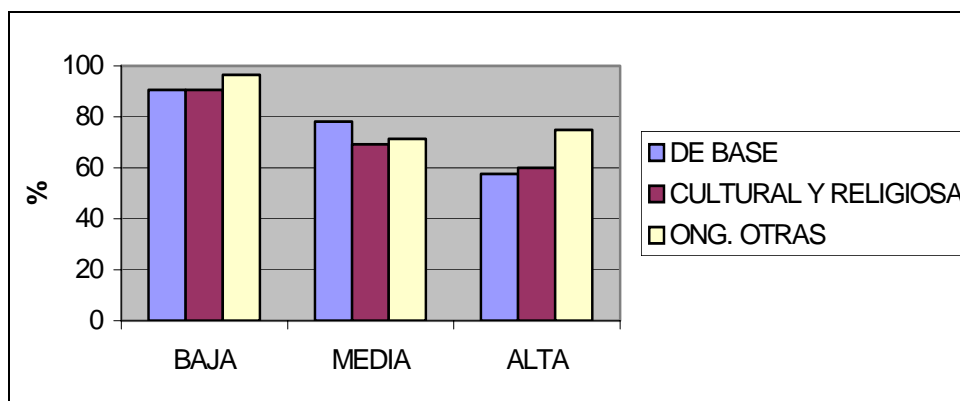
intervenciones territoriales organizadas en varios barrios a la vez, sino el agregado al seno de las organizaciones de individuos provenientes de distintos vecindarios.



No obstante, este énfasis en lo barrial plantea, de entrada, una dificultad al desarrollo de procesos de planificación que se realizan en escalas zonales y locales. En cuanto a los procesos de planificación local, los distintos universos organizativos han tenido, durante los últimos cuatro años, niveles significativos de participación en las tres clases de UPZs¹⁹² y en proporciones relativamente similares. En efecto, casi el 60% de las organizaciones de base de sectores de alta consolidación urbana (que son los que menos han participado hasta la fecha) se han vinculado, en *algún momento*, durante los últimos 4 años, a los procesos de planificación local; mientras que en el más alto rango de participación están las ONGs de baja consolidación, las cuales han participado, casi en su totalidad, en dichos procesos (**Gráfico 21**). A este respecto, el tipo organizativo que menos ha participado es el de las Asociaciones de Vecinos.

¹⁹² Se refiere a tres tipos de Unidades de Planeamiento Zonal de acuerdo a sus niveles de consolidación urbana y los estratos sociales predominantes en cada una de ellas. Dichos tipos son: de Alta, Media y Baja consolidación.

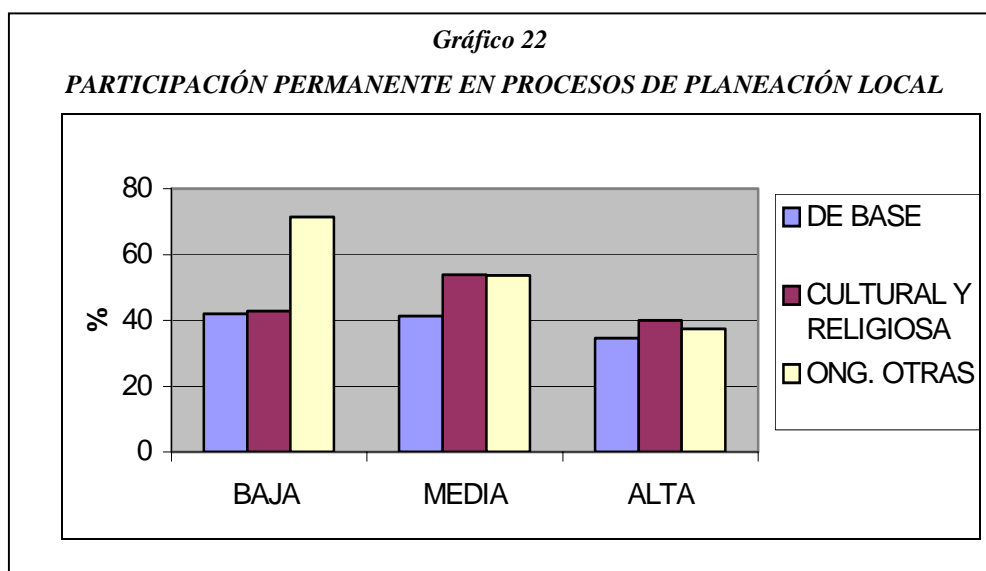
Gráfico 21
PARTICIPACION EN PROCESOS DE PLANEACION LOCAL



Sin embargo, dicha participación no ha tenido el carácter de *permanente* en las mismas proporciones. En las UPZs de baja consolidación, el 90% de las organizaciones de base han participado, en algún momento, en la planificación local, pero sólo lo han hecho de forma permanente el 40% de ellas, de modo que un 50% se ha vinculado sólo de forma ocasional o intermitente. De la misma manera, en las UPZs de media y alta consolidación, la diferencia entre participación ocasional y permanente en el caso de las organizaciones de base, es casi del 40%. De los tres universos organizativos, las ONGs son las más constantes en los procesos de planificación local, especialmente en los sectores bajos y medios (**Gráfico 22**).

Los datos ratifican la poca capacidad de retención que tienen los procesos de planificación local. De acuerdo a las entrevistas colectivas realizadas por la Corporación Raíces con cerca de 100 líderes sociales de todas las localidades, las razones por las que los procesos de planificación local entusiasman cada vez menos, especialmente a las organizaciones de base, son: falta o baja calidad de la información para participar; falta de claridad metodológica, procesos largos y desgastantes; y poca correspondencia entre esfuerzo invertido y resultados obtenidos. Tal parece que, en general, la relación costo - beneficio en la planificación local resulta comparativamente más estimulante para las

ONGs y las organizaciones culturales, que para las organizaciones sociales de base; lo que resulta preocupante desde una perspectiva participativa.



Por si fuera poco, al indagar por el conocimiento que las organizaciones tienen del contexto político e institucional en el cual deben desarrollar su gestión, la Corporación antes citada encontró que las únicas que se perciben “fuertes” en el conocimiento de los planes y políticas distritales son las ONGs y las organizaciones culturales y religiosas de alta consolidación. El desconocimiento de esos planes y políticas, junto con la falta de recursos y las deficientes relaciones con las entidades distritales, configuran la sólida triada de debilidades sobresalientes en la enorme mayoría de las organizaciones comunitarias de la ciudad de todos los niveles de consolidación.

En consonancia con lo anterior, el tema más demandado por las organizaciones para ser incluido en programas de capacitación, es el de los planes y programas de las entidades públicas para las localidades (lo que no se reduce a los Planes Locales de Desarrollo), seguido por la creación de redes y los trámites ante las entidades públicas. Valga señalar que los trámites ante las entidades, así como las relaciones con éstas, provocan fuertes trastornos en la dirigencia social de la ciudad por su complejidad, extensión, demora, o poca efectividad. Por su parte, la capacitación sobre el Plan de Ordenamiento Territorial

(POT) es una demanda notable entre las organizaciones de base. En cuanto a las necesidades estratégicas de las organizaciones para cualificar su gestión, se identificaron tres aspectos centrales:

- a. La ampliación de las escalas espaciales y temporales de la gestión
- b. La transformación y consolidación de imaginarios sobre liderazgo, manejo del poder y recursos económicos
- c. La alteración de las mentalidades ciudadanas sobre democracia y representación

a. Ampliación en las escalas de gestión.

Es importante modificar las visiones que, al respecto, tienen los ciudadanos, las organizaciones y sus líderes, de modo que se entienda que la escala barrial o veredal en lo espacial, e inmediata o urgente en lo temporal, debe articularse a escalas zonales y urbanas, por un lado, y escalas de mediano y largo plazo, por el otro.

Pasar de unas escalas a las otras, requiere construir visiones integrales de las zonas en las cuales se ubican los barrios y veredas y promover la comprensión de los problemas estructurales de la ciudad. De esta manera será factible que se evidencie la relación entre lo que se considera sentido y urgente (como la seguridad), con temas que se consideran accesorios o desligados de lo inmediato, como sucedía anteriormente con el espacio público. Hoy se comprende mejor, por ejemplo, que dignificar el espacio público contribuye a incrementar la seguridad, y que ésta no se resuelve únicamente “solicitando policías que vigilen y persigan”.

Adicionalmente, es necesario hacer evidente ante las organizaciones que los proyectos circunscritos a las escalas vecinal y de corto plazo, son poco sostenibles económicamente y desde una perspectiva de construcción de ciudad, inviables (a no ser que se establezcan las debidas alianzas estratégicas que, por ejemplo, iniciativas como la que aquí presentamos, posibilitan y alientan). Por tanto, atender esta demanda, también significa lograr que las organizaciones se vean y asuman como parte de un vasto proceso

social e institucional en el que deben participar muchos intereses y sectores; los cuales deben entender que construir ciudad es un proceso que si de manera puntual y sectorial los desborda, por otro lado, los incluye.

b. Imaginarios de liderazgo, poder y dinero.

Así como en los últimos tres años se han construido en la ciudad imaginarios colectivos en torno a espacio y transporte público, por ejemplo; se hace necesario construirlos, también, en torno a los temas del liderazgo, la democracia, el ejercicio del poder y el juego de los intereses públicos y privados en el mundo comunitario. Al respecto, lo deseable sería formular, implantar y consolidar un deber ser, que contenga elementos como los siguientes:

- Los líderes deben consultar sus decisiones cuando afectan a otros.
- El representante de una determinada organización debe establecer comunicación permanente con los representados.
- La democracia representativa no es la delegación en el representante de los derechos que otorga la democracia a los ciudadanos.
- La democracia representativa tiene sentido si se complementa con la democracia participativa de forma constante.
- La participación se expresa en el voto popular pero no se limita a él.
- El consenso es tan valioso como el voto y, a veces, preferible.
- Participación es construir entre todos lo público.
- Las organizaciones se fortalecen cuando a su interior hay distintos pensamientos sobre la gestión comunitaria.
- Al líder solo se le otorga un poder limitado.
- El presidente de la Junta Comunal no es el presidente del barrio.
- Mientras más organizaciones existan y se coordinen, mayor bienestar colectivo existirá.
- El líder le debe respeto a todos los integrantes de su organización y éstos a aquél.

- Las retribuciones económicas que el líder pueda tener por su gestión, deben ser previamente aprobadas por los integrantes de la organización.
- La carrera política del líder debe realizarse en organizaciones políticas, pero no en las comunitarias. Estas deben ser políticamente plurales.

En este sentido, es contraproducente la creencia de muchos líderes comunales según la cual ellos deben tener un cierto monopolio de lo colectivo en sus barrios. El resultado más visible de esta creencia es malograr las enormes posibilidades que tienen las Juntas por su antigüedad y reconocimiento, para promover alianzas y amplios procesos de gestión comunitaria. En esta creencia influyen, de forma intensa, las aspiraciones personales de hacer carrera política y obtener beneficios económicos al amparo de tan exiguo pero importante monopolio. De esta manera aspiraciones personales válidas, se anteponen al progreso colectivo.

c. Mentalidades sobre democracia y representación.

Este tema se relaciona con el anterior y lo complementa. De lo que se trata es de modificar los imaginarios que tienen los ciudadanos sobre los derechos y deberes que le asisten al representante y los representados en la construcción de los bienes públicos, dado que, con frecuencia, los directivos de las organizaciones de base se sienten batallando solos, sin el respaldo de sus electores, que son, a la vez, los destinatarios de su acción. En este sentido, los ciudadanos entienden la democracia, principalmente en las organizaciones de base, como el hecho de nombrar un representante por medio del voto, en quién delegan no sólo la representación de sus intereses, sino todos los deberes ciudadanos de gestión en la construcción de lo público (planear, tramitar, negociar, organizar, ejecutar), siendo además, a sus ojos, los representantes (tanto líderes comunitarios como funcionarios públicos, según el tema que se trate), los principales responsables de que las condiciones de vida colectivas mejoren o empeoren. De esta manera el circuito representantes – representados, que permite el sano complemento de las democracias participativa y representativa, se ve truncado, a la vez que se crea un medio favorable para la crítica personalizada y las

mentalidades contestatarias desde las cuales, con frecuencia se culpa al representante de la organización, de los precarios logros de ésta.

Valga la pena señalar que la soledad de los directivos obedece, en muchos casos, al desencanto que han tenido los ciudadanos hacia ellos por sus estilos autoritarios, conflictivos y poco colectivos, o por la utilización de sus calidades de representantes para obtener beneficios personales, casi siempre de forma soterrada, tal como se señaló en una de las tertulias efectuadas por la Corporación Raices con líderes comunitarios en el último año, donde, entre otras cosas se anotaba: “al interior de algunas organizaciones de base no se respetan acuerdos, no se hace consulta para la toma de decisiones, no se tienen en cuenta los estatutos que rigen la organización, no se socializa la información, y el derecho a cuestionar es cuestionado”.

Modificar esta mentalidad hacia visiones más participativas en la construcción de lo público, valoraciones más contextualizadas de la gestión de los representantes, y posturas más propositivas, es una tarea fundamental para avanzar en el fortalecimiento de la gestión de las organizaciones comunitarias.

Tenemos entonces, por un lado, mentalidades y prácticas ciudadanas que delegan toda la participación en la representación y, por el otro, prácticas y estilos de representación que generan apatía social y malogran, a su vez, las posibilidades de la participación; lo cierto es que unas y otras limitan las posibilidades de la democracia en las organizaciones y el ejercicio de la participación en cualquier proceso, siendo uno de ellos el de la planificación local.

Por otra parte, en la ciudad predomina la idea de participar para “negociar el proyecto” individual o parcial, pero no para *construir visiones compartidas y formular junto con otros alternativas de beneficio colectivo*. Los líderes comunitarios centran sus esfuerzos en obtener logros particulares que puedan mostrar ante sus bases sociales.¹⁹³ Este

¹⁹³ Al parecer, de acuerdo a algunos de los estudios consultados, en los pobladores predomina la búsqueda de alternativas más individuales que colectivas para resolver carencias. Téngase en cuenta, además,

tipo de comportamiento no obedece, solamente, a cortedad de intereses, sino a un problema más esencial aún para la planificación del desarrollo: la percepción del territorio. A fin de cuentas, el territorio es, ante todo, una geografía cargada de significados compartidos. Es, por supuesto, como todo fenómeno, un proceso histórico, dinámico, tejido de continuidades y rupturas, de tradiciones y renovaciones. En este sentido, es, y solo puede ser, una *construcción social*, en tanto resultado del acumulado y decantamiento de prácticas y significados colectivos en períodos de tiempo más o menos prolongados. De ahí que los indicios de la existencia del territorio haya que buscarlos en la vida cotidiana de los pobladores. A este respecto, podemos señalar como componentes del territorio:

- Límites y actividades claramente identificadas por los habitantes.
- Puntos de encuentro y de referencia usados con regularidad por los habitantes.
- Ejercicio efectivo de poderes con respecto a los cuales los habitantes asumen posturas conscientes.
- Valoraciones colectivas en torno a símbolos.¹⁹⁴
- Reglas del juego socialmente aceptadas - *así no sean siempre cumplidas* - que orientan el uso del territorio.

Históricamente, en Colombia no se ha incorporado la dimensión territorial a la organización espacial de la gestión pública. Las divisiones en municipios y departamentos, a nivel general, o en comunas y localidades a nivel urbano, no suelen coincidir con los territorios que han sido construidos en procesos históricos de ocupación y uso de recursos de medios biofísicos por parte de actores sociales. En el caso de Bogotá, las localidades son divisiones político administrativas a cuyo interior son fácilmente identificables varios territorios.

que “los pobres participan”, no porque quieran necesariamente hacerlo, sino porque no tienen otra opción para tratar de mejorar su calidad de vida.

¹⁹⁴ Los símbolos son lugares, construcciones, personajes, organizaciones, acontecimientos, u objetos, que por la importancia que han tenido en la historia y la vida del territorio, obran como espejos e imanes de sentimientos colectivos; a manera de ejemplo tenemos: la iglesia del barrio construida colectivamente, los carnavales y fiestas populares, etcétera.

Como ya se dijo, en la Bogotá de hoy, la escala territorial predominante es la barrial. Es en el barrio donde muchos de los habitantes de la ciudad encuentran una geografía que los cobija con significados. En un segundo lugar de importancia y solo en algunas franjas de la ciudad, hace presencia una escala zonal del territorio, como por ejemplo la Zona Rosa o el Centro Internacional. En un tercer lugar están algunas “burbujas” urbanas que han aparecido durante las últimas décadas, como los grandes centros comerciales y algunos parques, en los cuales son observables componentes del territorio. Por último, en los años recientes, debido a las acciones físicas, sociales y culturales de gran envergadura emprendidas por los gobiernos distritales, la ciudad en su conjunto comienza a *ser percibida* como *territorio común* por los habitantes.

En este contexto, el predominio de la escala barrial en la vivencia territorial le genera nichos definidos a la gestión de las organizaciones comunitarias; pero, a la vez, le introduce fuertes limitaciones, ya que éstas tienden a encerrarse en aquellos, privándose, así, de visiones que conecten problemas y aspiraciones en la escala suprabarrial o zonal; lo cual favorecerían la integralidad de la gestión y le daría mayores alcances. Pero además, la escala temporal predominante en la gestión comunitaria, es el corto plazo. La combinación de visiones territoriales reducidas con la atención privilegiada de problemas inmediatos, da como resultado una gestión fragmentada y de corto aliento, que dificulta la construcción de procesos sociales sustentables.

Por el contrario, la gestión social del Estado, procura moverse, principalmente, en escalas territoriales más globales (la ciudad, la localidad), atendiendo, a su vez, escalas temporales de mediano y largo plazo; lo que de entrada plantea un diálogo dificultoso entre la gestión comunitaria y la estatal. No es casual, entonces, que los programas públicos más exitosos hayan sido aquellos en los que se producen grandes transformaciones a problemas comunes a varios territorios, como el sistema de transporte masivo (Transmilenio), o aquellos que establecen un diálogo claro con territorios barriales (Obras con Saldo Pedagógico).

Todo lo anterior explica, en parte, porque los líderes centran su gestión en proyectos parciales, y porque los procesos de planificación local, al no contar con una línea de acción pedagógica sobre las escalas espaciales y temporales, se convierten en escenarios donde se agregan visiones con enormes dificultades para dialogar entre sí.

A este respecto, si bien las Unidades de Planeamiento Zonal (UPZs) no son figuras territoriales, su clara delimitación y el hecho de responder a procesos históricos y sociales más o menos uniformes, dan la posibilidad de aproximar las escalas espaciales y temporales de la gestión comunitaria y de la gestión estatal, mejorando el diálogo entre ellas. De ahí que haya significado un avance la incorporación efectuada a los procesos locales en 1998 de las zonas y en 2001 de las UPZ; en la medida en que este tipo de herramientas (a pesar de sus falencias) dan la base para manejar mejor los dilemas territoriales que entrañan los procesos de planificación local del desarrollo; lo cual no significa que las mismas deban mantenerse, tal y como existen en la actualidad sino, más bien, que es necesario partir de su importante aporte a la hora de proponer nuevas herramientas o de optimizar las ya existentes...

En este punto, y recapitulando frente a lo dicho hasta ahora en el tema de la planificación participativa en Bogotá, podemos señalar que si bien existen en la ciudad un número relativamente importante de organizaciones comunitarias activas, no obstante, su distribución geográfica, su diversidad tipológica, y su variable dinámica, no ha sido considerada para diseñar estrategias de participación, amén de que a su interior predominan visiones, imaginarios y mentalidades que limitan su capacidad para participar, adecuadamente, en procesos de gobierno descentralizados.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades referidas, es indudable que a través de los procesos de negociación locales (no sólo los relacionados con los planes de desarrollo) y distritales verificados durante los últimos años, las organizaciones comunitarias han ganado habilidad en la gestión, mayores espacios para presentar y negociar sus prioridades de desarrollo, y han incrementado su poder en general.

28.4. La participación en el Plan de Ordenamiento Territorial de la Ciudad.

Abordaremos este tema a dos niveles: en la formulación del POT expedido a finales de 2000 y en la reglamentación de las UPZ durante el año 2002.

28.4.1. En la formulación del POT.

En la elaboración del POT de la ciudad se registró un debate al interior del Departamento Administrativo de Planeación Distrital (DAPD) en torno al tema de la participación ciudadana en el mismo donde se pusieron de manifiesto las siguientes visiones diferenciadas (Castillo, C. 2000):

a. De acuerdo a la ley de desarrollo territorial (388/97), la “participación”¹⁹⁵ sólo debe informar y comunicar intensamente los contenidos del POT y las intenciones de la administración.

b. La ley establece una participación que debe orientarse a concertar decisiones entre actores sociales y administración.

Los componentes técnicos del POT no son concertables.

Nótese que el tratamiento del tema se centra más en lo que ordena la ley 388/97, que en aquello que resultaría conveniente para la construcción social de la ciudad, como se puede inferir del documento cuando éste señala que: “La Administración Distrital tuvo en cuenta que la ley (...) tiene una concepción de participación esencialmente informativa, lo que implicaba que este plan de ordenamiento era (...) una norma que la administración debía definir ateniéndose a criterios básicamente técnicos y políticos... De este modo, el POT es un acto de poder.” (Op. Cit, pp. 20- 21).

Como se ve, la concepción que predominó en el DAPD, en el momento de la formulación del POT (valga señalar que ha ido cambiando...), al menos en teoría, le cerraba

¹⁹⁵ Las comillas son nuestras.

las puertas a la participación (a una auténtica y efectiva participación) y, de paso, a la descentralización (entendida como proceso político) para la construcción de ciudadanía.

En lo referente a la cantidad de ciudadanos que recibieron información del POT, el documento señala que se registraron a lo largo de dos años “... 22.000 contactos de información o capacitación a personas interesadas en el POT...” (Documento Técnico de Soporte del POT. pp. 43) y que se realizaron alrededor de 305 exposiciones y reuniones. Es decir que, en dos años, no se llegó con información directa ni siquiera al 60% de las personas que asistieron a los Encuentros Ciudadanos de un solo año, el 2001. Pero además, sólo en una parte de las reuniones verificadas se recogieron propuestas y opiniones de la ciudadanía. A estas reuniones asistieron 2.061 ciudadanos (el 10% del total), incluyendo ediles y funcionarios locales, y en las mismas se presentaron 1.510 propuestas (75 por localidad en promedio) de las cuales el 70% no estaban referidas al POT; es decir, la gran mayoría de las personas no entendieron los alcances y contenidos de éste, de modo que solo se pudieron incluir en la norma el 30% de ellas.

En consecuencia, el balance de la gestión administrativa en lo concerniente a la posibilidad de hacer del POT un “acto concertado” y no un simple “acto de poder”, tal como señala el parágrafo de la ley antes citada, podría resumirse, de una triple manera: ausencia de una visión participativa y descentralizada, información de muy baja cobertura con una participación altamente reducida y problemas notables de comunicación entre administración y ciudadanía.

28.4.2. En la reglamentación de las Unidades de Planificación Zonal UPZs.

Durante el año 2002, el DAPD adelantó un proceso de valoración ciudadana de los proyectos de decreto que reglamentan el POT en 24 de las 112 UPZ que tiene la ciudad. A este proceso fueron invitadas 2371 personas que representaban organizaciones y entidades de las zonas respectivas, de las cuales participaron, efectivamente en los talleres ciudadanos realizados, 1000 de ellas. Adicionalmente, concurrieron otras 1284 personas que se

enteraron de los talleres por otros medios (volantes, avisos de prensa), para un total de 2284 asistentes y un promedio de 95 personas por UPZ.

Las UPZs intervenidas, excepto una de ellas, se localizaron en la Ciudad Central y la Ciudad Intermedia (en UPZs de media y alta consolidación), es decir, en zonas en las que existe un menor número de organizaciones sociales en la ciudad.

Un primer aspecto que resulta interesante de este proceso es el cambio de concepción que, con la aparición de las UPZs, se puso de manifiesto en el DAPD con respecto a la participación.¹⁹⁶ *Esta ya no se considera un acto meramente informativo y la norma ya no es solo un acto de poder, sino que la participación se asume como proceso de diálogo entra administración y la ciudadanía antes de expedir la norma urbana.* Circunstancia esta última que nos servirá de base para plantear uno de los contenidos específicos de nuestra propuesta en el caso de esta ciudad.

Este cambio de enfoque propicia en el DAPD la preocupación por convocar, de forma amplia y suficiente, a las organizaciones sociales y, a la vez, por comunicarse con los asistentes a los talleres a través de un lenguaje claro y directo, lo que se refleja en los siguientes indicadores:

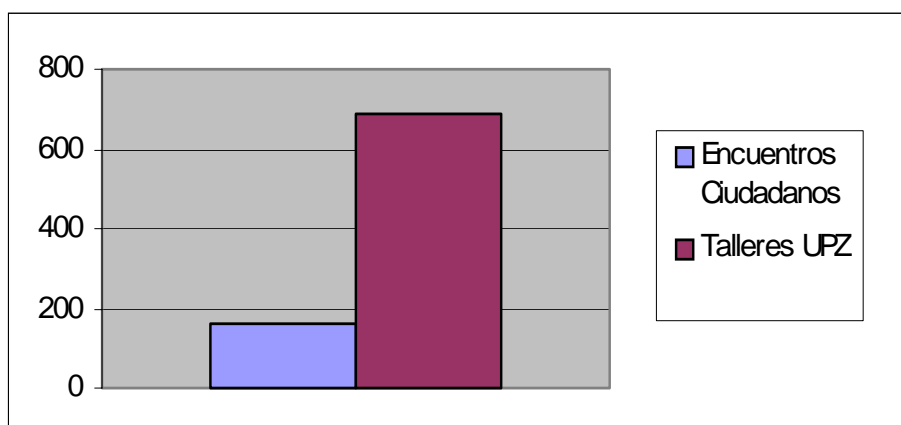
- Los ciudadanos presentaron 1.244 propuestas, de las cuales solo el 5% no guardaban relación con los proyectos de decreto o con el POT.
- Solo el 3% de las propuestas iban en contravía de las disposiciones del POT.
- Se presentó coincidencia entre las propuestas ciudadanas y las normas urbanas en un 70% de los casos, ya fuera porque las propuestas coincidían con los proyectos de decreto, porque fueron acogidas positivamente por el DAPD, o porque sus

¹⁹⁶ Cabe señalar a este respecto que las UPZs no surgen en este momento como consecuencia directa del mencionado cambio de actitud, sino que, más bien, el mismo “abrió espacio” a una iniciativa que, de hecho, se venía trabajando en la Administración Distrital desde 1993; primero a través del Programa “Topofilia, una alternativa en torno a la revolución de la pequeñas cosas” (primera formulación de espacios locales de planeación que, no obstante, no contó, en ese momento, con la voluntad política para llevarse a cabo) , y posteriormente (1995) a través del montaje fallido de las Unidades Básicas de Inversión Local UBILes; ejercicio académico que si bien nunca se llevó a cabo, sirvió como antecedente directo de las actuales UPZs.

contenidos apuntaban en direcciones similares a las del POT y los proyectos de decreto. Desde luego, también se presentaron diferencias de criterio importantes entre el DAPD y la ciudadanía.

- En promedio se presentaron 52 propuestas por UPZ, lo que significa una mejora sustancial con respecto al ejercicio anterior realizado en torno al POT que arrojó un promedio de 75,5 propuestas *por localidad* (recordemos que el promedio de UPZs por localidad es de seis). La proyección de propuestas por UPZ a la escala local, partiendo del promedio obtenido, arroja un promedio de 291 propuestas por *localidad*, es decir, 215,5 más que en el ejercicio efectuado, anteriormente, con el POT.
- Por otra parte, al realizar una proyección similar para comparar el promedio de asistentes a los talleres de las UPZs, con el promedio de asistentes a los encuentros ciudadanos del 2001 en las localidades donde se encuentran las UPZs intervenidas, obtenemos el resultado que se expresa en el **Gráfico 23**

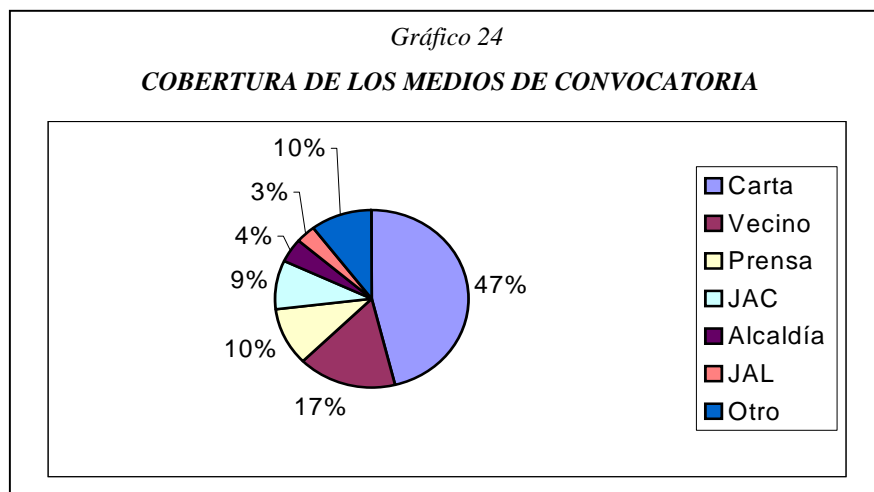
Gráfico 23
**ASISTENCIA PROMEDIO A ENCUENTROS CIUDADANOS LOCALES Y
TALLERES DE UPZ (PROYECCIÓN)**



Los datos anteriores confirman la UPZ como un escenario de enormes potencialidades participativas, las cuales se verían incrementadas si la intervención no se redujese, simplemente, a realizar un taller, recoger y sistematizar propuestas. Sin embargo, con respecto a la población de las 24 UPZ (362.240 habitantes), los asistentes a los talleres

representaron solo el 0.63% del total, lo que sitúa el nivel de participación obtenido 1.37 puntos por debajo del nivel deseable de participación que sería del 2% de la población.

Por otra parte, sobresalió en la reglamentación de las UPZs el escaso interés y compromiso de las Alcaldías y las Juntas Administradoras Locales con el tema. En efecto, al revisar los medios por los cuáles se enteraron los participantes de la realización de los talleres (**Gráfico 24**), vemos que fue más significativo el aporte que a la convocatoria ciudadana hicieron las Juntas Comunales, que las Alcaldías Locales o las JALs. Si bien las Juntas Comunales representan un mayor número de líderes, el aporte de las autoridades locales resulta notablemente bajo, pues lo que las cifras indican es que las autoridades de las trece localidades - *Alcaldías y JALs* - en las cuales se realizaron los talleres, fueron el medio de información solo para el 7% de los ciudadanos asistentes, es decir, para 160 personas, lo que nos da un promedio de 12 personas convocadas por localidad a través de estas instancias. Es probable que las Alcaldías Locales y las JALs hayan realizado un mayor trabajo del que reconocieron los asistentes al identificar los medios de convocatoria, pero ello sería igualmente llamativo y preocupante, ya que reflejaría escaso liderazgo y problemas de legitimidad de los gobiernos locales.



Adicionalmente, a los talleres de las UPZs solo concurrieron el 28% de los funcionarios, ediles y consejeros locales que fueron invitados. Estos hechos resultan del todo preocupantes por la relación directa que guarda la gestión local con la norma urbana, y

confirman la limitada capacidad de los aparatos administrativos locales para responder al conjunto de funciones que les han sido encomendadas. Si bien en algunos casos los Ediles o los funcionarios Locales no se registraban en las planillas de asistencia, en varios talleres se constató, directamente, la ausencia total de funcionarios locales, ediles o consejeros. Esta es una tendencia que solo puede repercutir negativamente en la gobernabilidad local. Por fortuna existieron excepciones notables al respecto, como sucedió en las UPZs de la localidad de Chapinero.

Ahora bien, en el conjunto de las propuestas presentadas se aprecia con claridad que a los ciudadanos les interesa de manera especial:

a. La organización y dignificación de la vida urbana. Esto se evidencia en su interés por la adecuada organización de los usos del suelo, la mejoría del espacio público y la solución de los problemas de movilidad.

b. La adecuada satisfacción de sus intereses individuales, desarrollando mayores alturas constructivas o manteniendo las existentes, consolidando sus actividades productivas, resolviendo los conflictos que se presentan en torno a los antejardines, clarificando el futuro posible de sus predios en términos de usos y valorización o depreciación de los mismos, y ganando claridad sobre los tributos que deban hacer al Estado.

c. El cumplimiento eficaz de las normas urbanas, para lo cual exigen un mayor y mejor control de los usos del suelo y de los desarrollos constructivos, a la vez que proponen, en algunos casos, promover mecanismos de control ciudadano para el cumplimiento de las normas.

d. Darle mayor amplitud y continuidad a la participación ciudadana en la reglamentación urbana de las UPZs.

Estos cuatro énfasis configuran un terreno con ventajas comparativas para establecer diálogos fértiles entre administración y ciudadanía, abonar procesos de participación y cosechar resultados políticos dignos de la filosofía que alimenta la descentralización. Así las cosas, las dificultades no están en la disposición de la ciudadanía para participar sino en

la pobreza de las concepciones de funcionarios y líderes, y en la ineficacia de los dispositivos legales y administrativos distritales y locales para canalizar los ánimos ciudadanos e interactuar constructivamente con ellos.

Un último aspecto que quisiéramos abordar ahora, a manera de síntesis del potencial participativo de la ciudadanía en lo que se refiere al tema de la planificación local, es el que se refiere al tema de los recursos de capital social que, a partir del análisis anteriormente hecho, se puede derivar de las experiencias mencionadas. Tema que, de manera sucinta presentamos en la Tabla siguiente:

TABLA 24
RECURSOS DE CAPITAL SOCIAL EN PROCESOS DE PLANIFICACIÓN LOCAL

RECURSOS	EXISTENTES Tendencias predominantes
Asociativos (Organizaciones sociales)	Fragmentados y desiguales, con visiones espaciales y temporales limitadas, disputan por recursos públicos de forma inadecuada y tienen mentalidades poco constructivas sobre el poder. Las ONG y las organizaciones culturales juegan papeles más relevantes que las organizaciones sociales de base. Existen cerca de 4000 organizaciones comunitarias que a pesar de las tendencias predominantes son un patrimonio social importantes. Tienen disposición a participar.
Comunicativos	Son muy deficientes entre los aparatos administrativos distritales y locales y las organizaciones sociales, entre líderes sociales y entre éstos y sus bases. La comunicación administración - ciudadanía es fácilmente mejorable como se evidenció en la reglamentación de las UPZ.
De gestión (normas, proyectos)	Hay alta inestabilidad normativa e insatisfacción generalizada con las reglamentaciones. La motivación inicial de los proyectos, en buena medida, son intereses parciales. No hay información consolidada para evaluar su calidad e impacto, pero hay distancia entre iniciativas ciudadanas y proyectos contratados, los cuales a veces impactan negativamente los procesos sociales existentes. Se ha ganado mayor racionalidad en la inversión y mayor calidad en la formulación de proyectos.
Administrativos (Alcaldía)	Altamente deficientes a nivel local y distrital, aunque se han logrado avances importantes en los últimos años

TABLA 25

FORTALEZAS Y DEBILIDADES DE LA DESCENTRALIZACIÓN POR LOCALIDADES

FORTALEZAS	DEBILIDADES
Recursos económicos cuya inversión se decide localmente.	Localidades muy extensas y pobladas
Posibilidad de incrementar la inversión con recursos de entidades distritales.	Localidades que tienen a su interior situaciones y problemáticas muy diferentes entre sí
Atribuciones amplias otorgadas a las JAL.	Diferencias entre división local y otras divisiones para administrar la ciudad
Presencia de organizaciones sociales.	Poca autonomía de Alcaldías Locales y sobrecarga de funciones en las mismas
Conciencia en los actores sociales e institucionales sobre lo mal que marchan los procesos.	Poca representatividad y legitimidad de las JAL
	Escasa capacidad de los aparatos administrativos locales y distritales para gestionar procesos locales
	Prácticas corruptas en instancias locales
	Enfasis en mecanismos de representación para desarrollar participación, considerando además espacios de representación como de participación
	Valoración maniquea de mecanismos de representación como mejores y peores
	Escalas territoriales de gestión divergentes entre organizaciones sociales y administración
	Disputa inadecuada de recursos públicos entre actores sociales
	Pérdida creciente de legitimidad de los procesos de planificación

CAPÍTULO XV. EL PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE LA CIUDAD (POT).

29. MARCO DE REFERENCIA.

29.1. Filosofía y contenido general.

La elaboración del Plan de Ordenamiento Territorial para Bogotá (en desarrollo de la Ley 388 de 1997 o Ley de Desarrollo Urbano) pretende dotar a la ciudad de un instrumento de planificación y ordenamiento del territorio tendiente a solucionar los problemas que el desarrollo urbano acelerado y conflictivo ha ocasionado (**Lámina 59**).

Lámina 59
EL SUEÑO DE TENER CASA CON LUZ PROPIA



Fuente: Archivo personal Juan Carlos Cancino

En concordancia con la ley, *se entiende que el ordenamiento territorial es una labor de largo plazo que requiere una visión de conjunto de la ciudad compartida por los diversos actores sociales, políticos y económicos, y como tal se fundamenta en procesos de participación ciudadana y de concertación.* Como principio general pretende reconocer las diferencias existentes entre factores coyunturales y flexibles y los componentes que afectan y estructuran el territorio a largo plazo, con base en los cuales se planea una acción sostenida en el tiempo y en el tipo de actuación. De esta manera se pueden identificar los temas del ordenamiento que selectiva y estratégicamente deben orientar el desarrollo futuro de la ciudad.

De acuerdo a lo expuesto en la presentación del Documento Técnico de Soporte (DTS), el Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá tiene como punto de partida la adopción de un *Modelo de Ordenamiento fundamentado en una imagen deseable de la ciudad y de su entorno hacia el futuro, basada tanto en la ciudad ya construida como en las nuevas formas de ocupación del territorio.* Como principio general, este modelo tiene como objeto orientar y concentrar la acción del gobierno, la inversión pública y las actuaciones particulares, hacia la consecución de fines previsibles a largo plazo: *la sustentabilidad del desarrollo urbano, la equidad social y el incremento en los niveles de productividad urbana.* Tiene también el objetivo de fomentar y cimentar una *cultura urbana* en los ciudadanos, consistente en una visión compartida sobre el futuro de la ciudad y el territorio (DTS del POT de Bogotá).

Como línea específica de enfoque cabe señalar que, desde esta perspectiva, el modelo territorial se concibe como “un componente dinámico con responsabilidades precisas relacionadas con el crecimiento económico y social y con los programas de convivencia ciudadana, y no sólo como un escenario en el que se desarrollan las actividades urbanas” (Documento Técnico de Soporte del POT de Bogotá). De allí que se considere como “un modelo que se sustente en un “pacto social” para la ocupación, uso y disfrute del territorio..... capaz de convocar a todos los ciudadanos alrededor de objetivos comunes que permitan sumar esfuerzos y voluntades”(Ibídem). Aparte de la retórica, y de que en ocasiones primen las intenciones sobre los hechos, queda claro que *esta visión es un paso*

decisivo que permite superar la idea de la planeación como instrumento de control por vía normativa, para entenderla como un instrumento de desarrollo físico, económico y social.

Así, el POT presta atención especial a la orientación y definición de la actuación pública como elemento determinante en su concepción y ejecución. Por ello define la responsabilidad de la Administración Distrital en la construcción de los “sistemas generales” (entendidos como el conjunto de infraestructuras y equipamientos) los cuales se conciben como fundamentales dentro del proceso de desarrollo urbano.

En este sentido, se pretende superar el carácter sectorial de la inversión pública para considerar su impacto sobre el territorio y lograr la coordinación necesaria para que *los equipamientos se conviertan en los elementos primarios de ordenamiento del territorio*. De esta manera, a través de los programas y de las regulaciones normativas, se definen las operaciones urbanas estructurantes del territorio para los próximos diez años a partir de su expedición (horizonte de actuación del POT). Estas operaciones constituyen actuaciones estratégicas con las cuales se busca iniciar el desarrollo del Plan y potenciar los proyectos individuales desde un modelo de ordenamiento tendiente a consolidar los elementos estructurantes de la forma urbana (el Centro Metropolitano y las centralidades zonales) y a superar los atrasos más notorios en las infraestructuras y los equipamientos en el desarrollo de la ciudad, que obstaculizan el desarrollo futuro (el transporte, el saneamiento y la vivienda social).

Destaca también la consideración de la región como la unidad territorial más eficiente y como el espacio apropiado para comprender la estructura ecológica, base del ordenamiento territorial, puesto que, como se ha referido hasta ahora, Bogotá, además de concentrar las funciones de metrópoli nacional, constituye el centro de la región de mayor dinamismo demográfico, económico y urbano en el país; de allí que el POT pretenda enfocar el ordenamiento del territorio Distrital desde su condición de centro nacional y regional, incorporando las determinantes principales del ordenamiento regional (estructura ecológica, ejes de desarrollo, organización del sistema de asentamientos e infraestructuras, entre otros) a partir de la identificación de las ventajas y las potencialidades de la Región

Bogotá – Sabana como unidad territorial. No obstante, cabe señalar como una de las debilidades de este instrumento, que el tan resaltado proceso de concertación y de participación ciudadana (cuestionable en su enfoque y resultados) poca interacción real generó entre los municipios vecinos y la ciudad.

29.2. Objetivos y Estrategias.

El POT de Bogotá considera distintas estrategias para poner en práctica el modelo de ordenamiento propuesto; las cuales se patentizan en respectivos objetivos, de carácter regional, ambiental, rural, económico, social y de planeación participativa que han de concretarse en el espacio físico. A continuación se exponen los lineamientos generales, así como las políticas que los sustentan.

Objetivo regional.

El POT busca propiciar la *construcción de un modelo regional sustentable*, basado en políticas de largo plazo, que incluyen:

1. Convertir la región en una entidad reconocible en el ámbito nacional, como unidad de planeamiento regional y célula económica de alta productividad y adecuada calidad de vida.

2. Promover una concertación regional con los municipios vecinos, relacionada con el manejo ambiental, la consolidación de un sistema jerarquizado de asentamientos, la identificación, construcción y mantenimiento de la red vial y de transporte, la identificación, construcción y mantenimiento de los sistemas regionales de abastecimiento de aguas, saneamiento y energía eléctrica y la identificación de proyectos estratégicos de interés común para la región, y:

3. Incorporar un enfoque integral sobre el sistema hídrico del río Bogotá, orientado a su adecuado manejo y protección, reconociendo su importancia como elemento básico de la estructura ecológica principal de la región.

Objetivo Ambiental.

Como objetivo prioritario se pretende *promover un modelo territorial sustentable* y mejorar el aprovechamiento y manejo adecuado de los recursos naturales, para lo cual se adoptan las siguientes políticas de largo plazo:

1. Integrar los ecosistemas del área rural con los del área urbana para generar un conjunto de corredores ecológicos que mejoren la calidad ambiental de la ciudad y el territorio Distrital en general.

2. Proteger los territorios ambientalmente vulnerables de los desarrollos informales y las demás actividades que les sean incompatibles.

3. Interiorizar los costos ambientales de las actividades urbanas de forma tal que se compartan los costos de corrección, mitigación y prevención de impactos ambientales y apoyar la regeneración y recuperación propia del bosque andino dentro del sistema de cerros y páramos de la Sabana de Bogotá, por su función ecológica en la conservación del agro, la calidad del suelo y la biodiversidad.

Objetivo Económico.

Se pretende *organizar el territorio, aprovechando sus ventajas comparativas para lograr una mayor competitividad*, con base en las siguientes políticas de largo plazo:

1. Ofrecer espacios para la localización racional del comercio, la industria y los servicios y promover Centros Empresariales de ámbito internacional.

2. Consolidar el equipamiento urbano y la infraestructura vial y de comunicaciones necesarios para garantizar la plataforma exportadora de la ciudad y su región.

3. Promover la oferta de suelos estratégicos para la localización y modernización de la industria, teniendo en cuenta su especialización económica y su impacto ambiental.

4. Fomentar la localización industrial basada en nuevas tecnologías a través de parques industriales ecoeficientes y tecnológicos.

5. Jerarquizar los corredores comerciales de la ciudad y fortalecer las centralidades urbanas para aumentar la capacidad de soporte de nuevas actividades económicas generadoras de empleo.

6. Mejorar las condiciones físicas y ambientales del espacio público con miras a elevar la calidad de vida.

7. Ampliar la oferta turística con base en la potenciación de los atractivos físicos y ambientales de la ciudad.

Objetivo Social.

Se busca *promover la equidad territorial para garantizar la oferta de bienes, amenidades y servicios urbanos a todos los ciudadanos*, a través de la adopción de las siguientes políticas de largo plazo:

1. Disminuir los factores que generan pobreza urbana; *priorizar la inversión pública en la atención de necesidades de las zonas que albergan los grupos más vulnerables.*

2. Generar suelo apto para el desarrollo de programas de vivienda de interés social y prioritaria, conducentes a disminuir el mercado informal.

3. Construir un sistema de transporte masivo que garantice la accesibilidad y movilidad funcional dentro del territorio Distrital y de este con la región.

4. Ejecutar los programas de dotación de equipamientos y mejoramiento integral en las áreas más deficitarias.

5. Atender de forma prioritaria el reasentamiento de familias ubicadas en zonas de alto riesgo.

Objetivo de Planeación Participativa.

Como objetivo de especial interés para el desarrollo del Plan, *se pretende fomentar y cimentar una cultura urbana en los ciudadanos, consistente en promover una visión compartida sobre el futuro de la ciudad y el territorio.* Este objetivo se fundamenta en las siguientes políticas de largo plazo:

1. Lograr alrededor del POT una movilización social que permita entender los alcances referentes a las políticas de ocupación, uso, desarrollo y crecimiento de la ciudad.

2. Crear un Consejo Consultivo de Ordenamiento para reforzar las organizaciones y mecanismos de participación ciudadana en lo referente a la vigilancia y seguimiento del Plan de Ordenamiento Territorial.

3. Establecer mecanismos que informen a la ciudadanía sobre los avances que se logren en la aplicación del POT y permitan la opinión pública respecto a esos avances, propiciando que las comunidades participen en el control del cumplimiento de las normas urbanas.

Objetivo Físico.

En lo que es inherente al desarrollo físico de la ciudad, el Plan de Ordenamiento pretende *orientar y concentrar la acción del gobierno, la inversión pública y las actuaciones particulares hacia la consecución de los fines de sustentabilidad ambiental, equidad social, eficiencia económica y convivencia social, relacionados con el reordenamiento del territorio*, por lo cual se adoptan las siguientes políticas de largo plazo:

1. Asumir como responsabilidad básica el manejo integral del desarrollo urbano y la inversión pública; definir los patrones de distribución de la población en el territorio y prever las acciones para su adecuada habilitación y equipamiento.

2. *Recuperar la noción de lo público, mejorando las condiciones de funcionalidad y apropiación de la ciudad por parte de los ciudadanos.*

3. Mejorar la calidad ambiental, creando nuevos lugares de esparcimiento y devolviéndole la ciudad al peatón.

4. Fortalecer el centro metropolitano, ubicando allí las actividades de primera jerarquía.

5. Adelantar proyectos de renovación y de aprovechamiento de los vacíos existentes en el suelo urbano para generar vivienda, infraestructura y equipamientos conducentes a revitalizar la ciudad construida.

6. Asegurar la preservación del patrimonio construido para que sea posible su disfrute como bien cultural y consolidar la estructura urbana existente protegiendo las áreas residenciales y *privilegiando el barrio como unidad social básica.*

Para el logro de estos objetivos, el Plan de Ordenamiento se fundamenta en las siguientes políticas:

1. Incorporar los suelos de expansión mediante Planes Parciales generando segmentos completos de ciudad.

2. Aprovechar las zonas de actividad comercial para crear o consolidar centralidades de manera que ordenen el territorio y acerquen el empleo y los servicios a las comunidades.

3. Construir una estructura urbana capaz de dar respuesta a la gradación de problemas que afectan a la ciudad, para lo cual se establecen 4 escalas de manejo: la metropolitana, la urbana, la zonal y la vecinal.

30. COMPONENTES GENERALES.

30.1. El modelo de ordenamiento.

El modelo territorial que orienta el Plan de Ordenamiento se fundamenta en la relación coherente que éste propone entre seis piezas urbanas (**Ver Mapa 15**) que el mismo Plan ha definido: Centro Metropolitano; tejido residencial norte; tejido residencial sur y zonas de periferia; Ciudad Norte; Ciudad Sur y Borde Occidental. Relación que, a su vez, se articula con los proyectos de construcción de los sistemas generales (vial y de transporte, acueducto, saneamiento básico, equipamientos, parques y espacios públicos peatonales) que el propio Plan ha considerado prioritarios con base en el diagnóstico realizado para tal efecto. De forma general, el Modelo de Ordenamiento de Bogotá pretende:

La definición del Centro Metropolitano, que busca consolidar el desarrollo de las principales actividades económicas y representativas de la ciudad ubicadas en esta zona. Este Centro metropolitano está compuesto por tres elementos principales: a) La Ciudad Central (como lugar de concentración de la actividad terciaria), combinada armónicamente con zonas de vivienda, servicios, administración y comercio en altas

densidades; b) El eje occidente Centro – Aeropuerto en el cual se combinan las antiguas zonas industriales y el espacio más dinámico de la ciudad para la localización planificada de las nuevas actividades económicas (oficinas, comercio, servicios, industrias) y c) El nodo de equipamientos metropolitano, donde se han localizado y se deben localizar, en el futuro, los principales equipamientos de la ciudad: Parques, recinto ferial, estadio e instalaciones deportivas, etcétera.

La recualificación del tejido residencial ya construido que rodea el centro metropolitano, a través de la desagregación en partes homogéneas que permitan definir y construir la escala zonal. Para ello *se busca generar nuevas centralidades que estructuren el tejido y acerquen los servicios a los ciudadanos; proveer una dotación de equipamientos y espacios públicos zonales que den calidad al espacio urbano y le permiten consolidar su identidad; desarrollar y/o consolidar una red vial secundaria que apoye las relaciones interbarriales y descongestione el sistema vial arterial; y, finalmente, continuar y profundizar el programa de dotación de infraestructuras básicas y equipamientos, especialmente en las zonas de vivienda popular.*

La planificación de las nuevas áreas de desarrollo en armonía con la protección y conservación del medio ambiente, buscando la incorporación al desarrollo de urbanizaciones bien dotadas, de gran calidad urbanística y con clara vocación hacia la solución de los problemas habitacionales, de equipamientos y de espacios libres de la periferia y, en general, de la ciudad ya construida.

El reordenamiento del sistema vial y la definición del sistema de transporte para dar respuesta a la nueva estructura urbana. La estructura vial propuesta se especializa para dar cabida al nuevo sistema de transporte (Transmilenio – Metro) y responde, de una triple manera, a las diferentes condiciones de la estructura urbana: i) al interior de la Ciudad Central, ii) a la relación entre las zonas residenciales y las centralidades y iii) a la relación con la región y el país.

La complementación de los sistemas de acueducto, saneamiento básico y otros servicios públicos domiciliarios (gas, comunicaciones).

La organización del sistema de equipamientos como componente básico de la estructura urbana de la ciudad y elemento ordenador de las escalas metropolitana, urbana, zonal y local.

La definición del sistema de parques y espacios públicos peatonales con el propósito de hacer accesible la ciudad al peatón y recuperar la noción de lo público.

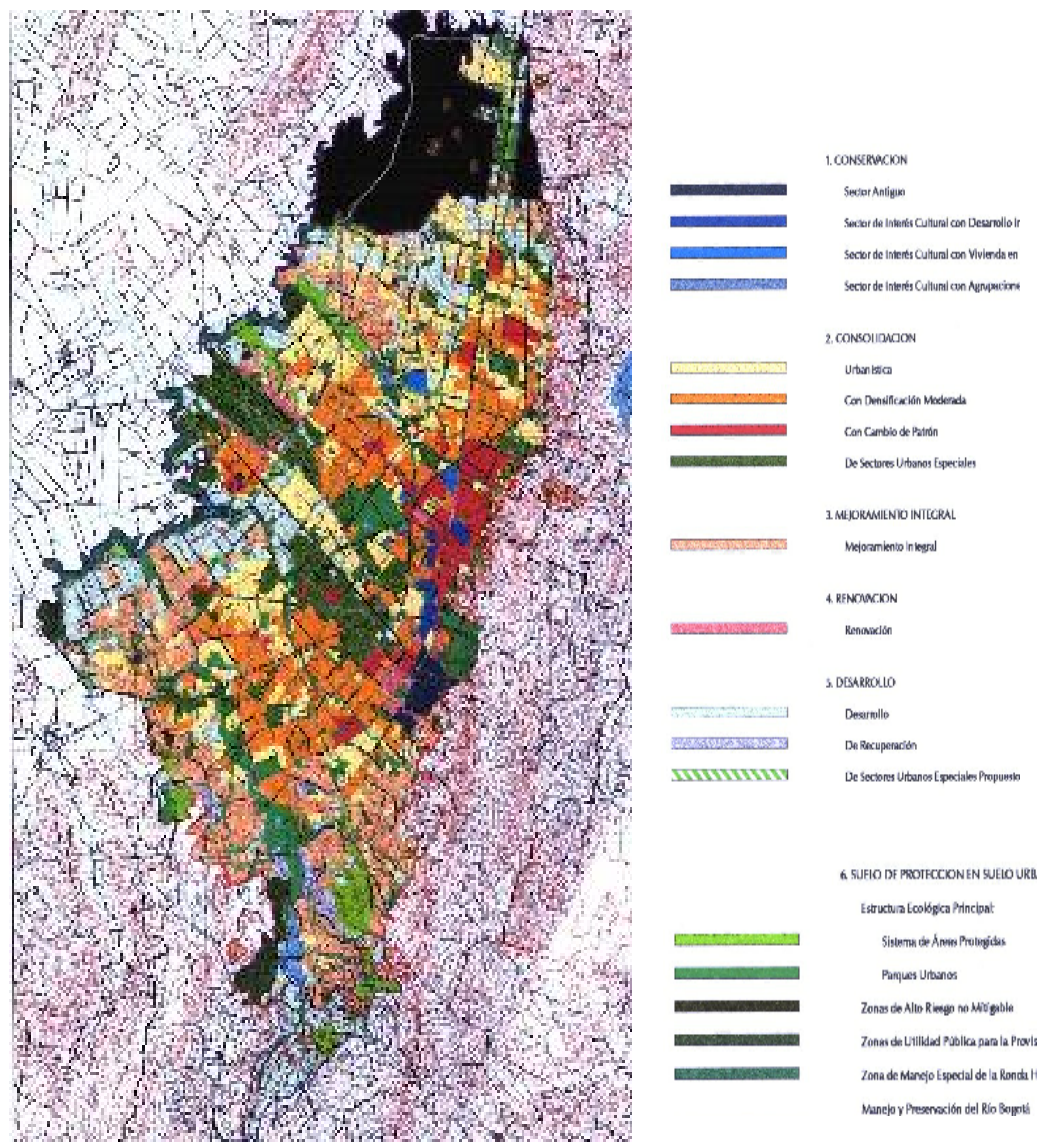
30.2. Tratamientos propuestos.

El Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá contempla, también, un modelo integral de desarrollo, en el que se establecen las directrices y mecanismos necesarios para lograr un aprovechamiento territorial equilibrado, equitativo y eficiente. Bajo este concepto se contemplaron seis tipos de tratamientos para ordenar tanto la ciudad existente como la prevista para los próximos 10 años (**Mapa 17**):

- a) Conservación de los sectores construidos que se preservan en buen estado.
- b) Consolidación de los sectores construidos que permitan densificación.
- c) Mejoramiento de los barrios marginados.
- d) Renovación de los sectores urbanos deteriorados.
- e) Desarrollo ordenado de las zonas de expansión.
- f) Protección de la estructura ecológica principal.

Mapa 17

TRATAMIENTOS URBANISTICOS PROPUESTOS EN EL PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE BOGOTA 2002-2012.



Fuente: DAPD, Plan de Ordenamiento territorial, Decreto 619 de 2000

CAPÍTULO XVI. LA ESTRATEGIA TOPOFÍLICA EN EL CASO DE BOGOTÁ.

31. CONSIDERACIONES PROPOSITIVAS PARA EL MONTAJE DE UN PROYECTO QUE PONGA EN MARCHA LA ESTRATEGIA TOPOFÍLICA EN EL CASO DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ.

31.1. Marco general, a manera de presentación y justificación.

En el marco del planteamiento general contenido en este trabajo, surge la presente propuesta que, en su carácter instrumental, pretende sentar las bases argumentales y procedimentales para la formulación de un proyecto de Desarrollo Urbano Participativo dentro del contexto político-institucional de la realidad colombiana a la luz de las demandas particulares que, en materia de “construcción colectiva de ciudad”, experimenta su ciudad capital. Propuesta orientada, en este sentido, a fortalecer las condiciones de gobernabilidad de la misma a partir de la puesta en marcha de una estrategia participativa que, en tanto herramienta de Planificación Concertada, brinde a sus Localidades un instrumento técnico de soporte a la determinación y puesta en práctica de su iniciativas, tanto en el campo psico-social, como en el físico-ambiental y en el económico-productivo.

Para lograr lo anterior, ubicaremos nuestra propuesta a la luz de los avances que, en este sentido, ha significado para la ciudad la constitución de las Unidades de Planeación Local UPZs (examinadas anteriormente), redefiniendo su actual papel dentro de un esquema mayor que las contenga y las haga interactuar con otras instancias complementarias y afines que propondremos, en la vía de constituir una base local fuerte que garantice la concertación multiactoral en el diseño y formulación de acciones y proyectos de beneficio tanto social como ambiental. Esquema que responderá a la dimensión autosustentable del planteamiento topofilico que enunciáramos en páginas anteriores. En este sentido, sólo desarrollaremos aquí el componente técnico de dicho planteamiento a la luz de su viabilidad en el contexto de la ciudad de Bogotá; esto en razón de que, en su momento, explicamos, de manera detallada, los alcances, procedimientos, componentes, estrategias y contenidos de la propuesta general.

En este marco, y fiel a la filosofía Topofilia, la propuesta pretende atender una de las necesidades más apremiantes de la ciudad como es la de compaginar intereses entre sus sectores público y privado, para que, mediante la figura de “alianzas estratégicas”, se puedan llevar a cabo, de manera conjunta y coordinada, toda una serie de acciones y proyectos de desarrollo social que, por un lado, optimicen los recursos humanos, técnicos y financieros existentes y; por otro, facilite y canalice la consecución de nuevos recursos.

Desde esta perspectiva recalcamos que el carácter del proyecto que de aquí se derive (y cuya formulación excede los contenidos del presente trabajo) debe ser, en cualquier caso, INSTRUMENTAL OPERATIVO, y habrá de girar en torno al montaje de una experiencia piloto de planificación concertada en las Localidades de la ciudad de Bogotá conducente a resaltar el papel que los proyectos de PEQUEÑA MAGNITUD, desarrollados de manera comunitaria, cobran en el fortalecimiento de la gobernabilidad de la ciudad a través del propio fortalecimiento de los vínculos no sólo de vecindad, sino de pertenencia y compromiso de los habitantes de una u otra comunidad con el entorno que ocupan.

En este orden de ideas, proponemos como título tentativo del mencionado proyecto a formular, en otro escenario: *TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO*, una estrategia de planificación local concertada orientada al fortalecimiento de la gobernabilidad en la ciudad de Bogotá.

31.2. Eventuales actores involucrados a nivel nacional e internacional.

A nivel nacional y en el orden público: Ministerio de Medio Ambiente, Ministerio de Educación, Ministerio de Desarrollo, Alcaldía Mayor de Bogotá y entidades adscritas, Alcaldías Locales de la ciudad, Consejo de la ciudad, Departamento Administrativo de Planeación Distrital DAPD, Departamento Administrativo del Espacio Público DADEP y todas aquellas entidades interesadas y afines con los objetivos de la presente propuesta. En el orden Privado: Asociaciones de Vecinos, Organizaciones Gremiales, Cooperativas Populares y demás organizaciones asociativas que deseen hacer parte de la propuesta.

A nivel internacional, se proponen, entre otros posibles: Programa de las Naciones

Unidas para el Desarrollo PNUD, Banco Interamericano de Desarrollo BID, Organización de Estados Iberoamericanos OEI, Agencias de Cooperación Internacional y, eventualmente, la Asociación de Universidades Jesuitas de América Latina AUSJAL, sobre la base de la propuesta que ya ha sido aprobada por las directivas de la Universidad Javeriana de Colombia para promover el proyecto a nivel internacional, como lo atestiguan las gestiones adelantadas, hasta el momento, en Ecuador, Guatemala y El Salvador.

31.3. Alcances e impacto.

El proyecto pretende desarrollar, en su carácter modélico, un *marco teórico y metodológico con carácter instrumental* que, a través del diseño y puesta en marcha de respectivos espacios de planificación local en las distintas Localidades que conforman el área urbana de la ciudad de Bogotá, esté en capacidad, no sólo de ocuparse de la elaboración de los específicos Planes de Desarrollo de dichas Localidades (en atención a los criterios generales propuestos, para el efecto, por el Departamento Administrativo de Planeación Distrital), sino que además esté en condiciones de llevar a cabo la ejecución de aquellas acciones que, dentro de los mismos, tengan la posibilidad de incluir la participación comunitaria mediante la realización de efectivas alianzas estratégicas entre los distintos actores tanto a nivel local como nacional e internacional interesados en el desarrollo de uno u otro tipo de proyectos.

Es de aclarar que las acciones que, desde aquí, se acometan, tendrán un impacto exclusivamente local (barrial) y se desarrollarán siempre a la luz de su pertinencia dentro del marco propuesto por el POT de la ciudad, contribuyendo, a través del manejo de la “pequeña escala”, con el adecuado desenvolvimiento del mismo.

Lo que se pretende es demostrar, a través de realizaciones concretas llevadas a cabo en escenarios específicos (a determinar sobre la base de las demandas específicas puestas de manifiesto en los distintos Planes de Desarrollo de cada Localidad), el papel que cumple la *Topofilia* (en tanto estrategia innovadora de desarrollo socio-ambiental) en la creación, restauración y/o consolidación de los vínculos proactivos de pertenencia de los habitantes de la ciudad y el espacio que ocupan al interior de ella. Para el efecto se contemplan como

componentes básicos del planteamiento topofílico, en su dimensión pedagógica (como hemos anotado a lo largo de este trabajo, de lo que se trata es de promover una estrategia de pedagogía ciudadana que responda al principio de que “se es ciudadano haciendo ciudad”), los siguientes:

a. La innovación tecnológica (a través de la adecuada utilización de sistemas de información geográfica de alta resolución SIGs como instrumento de planificación),

b. La planificación participativa (a través de la creación de espacios locales de concertación multiactoral- Oficinas de Desarrollo Integral Comunitario ODICs),

c. El ordenamiento territorial (a través de la determinación de un modelo de articulación espacial entre el Plan de Desarrollo Local y el Plan Maestro de Desarrollo Metropolitano de la ciudad; actividad a desarrollar por parte de una Unidad Local de Planificación Concertada ULPLAC en cada una de las Localidades interesadas en llevar a cabo la propuesta), y

d. El concepto de sustentabilidad ambiental (a través de una estrategia que permita el desarrollo de proyectos “en línea” sobre de la base de su respectiva inclusión en toda una serie de Programas que, para el efecto, se diseñen en las instancias operativas de las ULPLACs: los Talleres de Planeación Física y Social, en consonancia con las respectivas demandas de cada Localidad y de acuerdo a las especificaciones propuestas por la Propuesta).

La idea es que la previa determinación del territorio-objeto y de la masa crítica de población afectada por la Propuesta, en cada caso, constituyan, a través de la creación de las instancias propuestas, el marco de convergencia en el que confluyan los distintos intereses tanto sectoriales como trans-sectoriales que en cada localidad tienen asiento. Intereses que, por un lado, se ocupen de la realización de acciones conducentes a la promoción del empleo y la formación profesional, al mejoramiento en las condiciones de los servicios sociales básicos, a la disminución de la delincuencia y, entre otras, al desarrollo de proyectos que involucren la participación explícita de la mujer; y por otro, a la realización de acciones orientadas a la recuperación del espacio público, al mejoramiento de la infraestructura y de las instalaciones de equipamiento comunitario y/o a la

recuperación de zonas de vivienda deterioradas; o cuando la circunstancia así lo amerite a la construcción de vivienda nueva dirigida a la población más necesitada.

En esta medida, la Propuesta pretende, siguiendo la metodología de la Planificación Estratégica, llevar a cabo toda una serie de alianzas estratégicas entre las fuerzas vivas (actores sociales) que actúan en las distintas Localidades de la ciudad y, del mismo modo, promover la eventual participación de otros actores externos a ellas (nacionales e internacionales) interesados en contribuir con el mejoramiento de sus condiciones sociales y ambientales; esto con el fin de establecer una agenda de realizaciones y responsabilidades conjuntas que respondan a las propias demandas manifestadas en los distintos Planes de Desarrollo Local.

En lo concerniente al impacto contemplado por el Proyecto que se derive de las presentes consideraciones, debemos anotar que, dado, por ahora, su carácter “modélico” se hace imposible establecer “en abstracto” los alcances de éste, dado que para ello es necesario determinar, de manera concreta, el territorio en el que el mismo se aplique (sujeto, en este caso, a las localidades de la ciudad interesadas en llevar a cabo la propuesta), sin embargo, de manera general se puede afirmar, como señalamos en el Marco Científico del trabajo, al comienzo de éste, que dicho impacto debe medirse a través de respectivos indicadores que, fundamentalmente, den cuenta de:

El afinamiento y modernización de los instrumentos participativos vigentes en el territorio cubierto.

La consolidación del tejido social existente a partir de la puesta en marcha de una efectiva estrategia de participación ciudadana (base de la dimensión pedagógica de la propuesta) y

La recuperación (apropiación) sensible del medio ambiente urbano en lo que tiene que ver con su calidad ambiental y, en particular, con su espacio público.

31.4. Articulación de la Propuesta con el marco político-institucional a nivel nacional y distrital.

En la línea de nuestro interés en este punto, establecer la viabilidad de la Propuesta en el marco político-institucional vigente (2002-2006 para el gobierno nacional y 2000-2003 para el distrital), anotamos a continuación los puntos fundamentales de las políticas del actual gobierno nacional con los cuales la misma presenta una clara articulación y pertinencia; señalando que uno de los objetivos fundamentales del actual gobierno es, precisamente, el “recuperar el capital social y reconstruir la ciudadanía” y que, para lograrlo, propone cumplir con tres requisitos: recuperar la seguridad democrática (fortalecer la legitimidad de las instituciones), construir un estado eficiente que garantice justicia social (pasar de un Estado clientelista a un “Estado comunitario”) y generar confianza en la estabilidad macroeconómica, como instrumento para dar sustentabilidad a los objetivos sociales.

En lo que se refiere al segundo requisito, al cual respondería de manera explícita y directa nuestra Propuesta, cabe señalar que la idea que tiene el actual gobierno de una Estado Comunitario implica, básicamente, promover una nueva visión de la gestión pública basada en la “transparencia” y la participación. En este sentido, lo que propone el Plan de Nación es establecer la participación ciudadana como eje central de su acción, buscando que el ciudadano recobre su intervención en asuntos públicos, involucrándose activamente en temas tales como la ejecución de proyectos y la vigilancia frente a la cosa pública en general. Dentro de este marco, propone el Gobierno, en la ruta de constituir el Estado Comunitario al que aspira, establecer cuatro frentes básicos:

a. *Fortalecer la participación comunitaria*, fundamentalmente en la definición de tareas públicas, así como en la planeación, en la ejecución de recursos públicos y en la supervisión y vigilancia de la gestión estatal.

b. *Incorporación del sector solidario* para superar el abismo existente entre los sectores público y privado.

c. *Promover la austeridad en el gasto público*, invirtiendo con criterio social y

optimizando el gasto público.

d. *Fortalecer la descentralización y la autonomía local*, lo que aspira alcanzarse si se logra que los recursos lleguen a la gente, se garantiza la transparencia, se honra la responsabilidad política y se estimula la participación ciudadana (Programa de Gobierno del Presidente Álvaro Uribe Vélez).

En lo referente a la articulación de la Propuesta con el Plan de Desarrollo del Distrito Capital “*Bogotá para vivir todos del mismo lado*”, señalemos, en primer lugar que el objetivo fundamental de éste es “avanzar hacia una ciudad construida colectivamente, incluyente y justa, amable con los viejos y los niños, donde aprendamos a vivir en paz con nuestra conciencia y con la ley; una ciudad económicamente competitiva en producción de conocimientos y servicios (...); una ciudad donde lo público es sagrado (...); guiada en su ejecución por valores y principios que se enfoquen a fortalecer y direccionar su accionar en la ciudad” (Plan de Desarrollo Distrital; artículos 1, 2 y 3).

Bajo estos presupuestos, se encamina el Plan, como él mismo recalca, a promover la construcción de un modelo de ciudad fundamentado en la “construcción de ciudadanía” y orientado a la convivencia, a la seguridad, al respeto por las normas y al control social. Para ello se propone:

- Avanzar en la construcción de Cultura Ciudadana.
- Profundizar en el desarrollo de Cultura Democrática.
- Apoyar la productividad y la justicia social, y
- Apostar al empleo presente y futuro mediante la educación.

En ese sentido, establece los siguientes principios que actúan, a la vez, como orientación para la puesta en marcha de su gestión:

- La ciudadanía y su participación serán el eje de la gestión.
- La descentralización orientará la gestión pública.

- La Administración Distrital será promotora de confianza en un entorno cada vez más abierto.
- Se privilegian las inversiones con mayores beneficios sociales.
- La Administración y los Programas del Distrito tendrán en cuenta la prevalencia de los derechos de la niñez.
- Los Programas del Distrito tendrán perspectiva de género e incluirán a la mujer como gestora.
- Todos los Proyectos y Programas del Distrito serán adelantados de manera coordinada para potenciar recursos, construir mayores niveles de eficiencia y desarrollar tejido social.
- Los Programas del Distrito tendrán en cuenta la diversidad regional, étnica y cultural de los habitantes y las comunidades residentes en la ciudad (Plan de Desarrollo Distrital).

Cabe señalar que si bien este gobierno está a punto de finalizar, sus presupuestos básicos se han mantenido a lo largo de las últimas tres administraciones de la ciudad, dado que, de hecho, los mismos fueron planteados hace nueve años cuando el actual Alcalde asumió el gobierno de la ciudad por primera vez. En este sentido, la ciudadanía bogotana se encuentra ante la aparente disyuntiva de exigir a su próximo gobernante mantener estos principios que, en honor a la verdad, han mostrado resultados satisfactorios para la ciudad, (como lo demuestran los datos arrojados por las múltiples encuestas que, al respecto, se han llevado a cabo en los últimos meses) o cambiar de política y asumir, en consecuencia, nuevos derroteros.

En resumen, podemos anotar que, como común denominador en la articulación de nuestra Propuesta tanto con el gobierno nacional como con el distrital, aparecen tres elementos básicos:

1. *Búsqueda de fortalecimiento institucional*, impulsando las políticas en este sentido en las instituciones Locales a fin de aumentar su capacidad de planificación y gestión del territorio.

2. *Modernización de la Administración Pública* proporcionando las bases técnicas que permitan implementar un sistema informático territorial que contribuya tanto en los procesos planificadores (introducción de información cartográfica, estadística y normativa) como en la formación de recurso humano.

3. *Desarrollo de instrumentos locales* de aplicación del Plan impulsando la elaboración tanto de planes parciales como de planes de desarrollo municipal acordes con las directrices que éste propone.

31.5. Objetivo general y objetivos específicos.

Como objetivo general de un Proyecto que, en el marco de la ciudad de Bogotá, atienda los contenidos y alcances de la Propuesta que hemos formulado, podemos anotar el de diseñar e implementar una *herramienta de desarrollo comunitario y planeación participativa con dimensión sustentable* que, con *enfoque local*, permita, particularmente a los habitantes más pobres de la ciudad, participar activamente en el desarrollo de su entorno a partir de la potenciación de su acervo socio-cultural (capital simbólico) para que desde allí estén en capacidad de participar, en forma consciente y responsable, en la construcción y apropiación de un territorio (la Localidad) que, de tal suerte, les resulte propio.

En esta medida, y como objetivos específicos señalaríamos:

a. Constituir una estructura organizacional que haga operativa la participación ciudadana a nivel Local sobre la base de una clara definición de actores, escenarios, tiempos, modos y competencias.

b. Contribuir con el proceso de descentralización administrativa y funcional en que está empeñada la administración de la ciudad a través de una herramienta de planeación participativa orientada a la determinación particular y colectiva de acciones y compromisos a nivel Local.

c. Apoyar la realización y cabal cumplimiento del Plan de Desarrollo de la Ciudad y de su POT a través de la realización de toda una serie de acciones y proyectos que, a nivel Local, estén encaminados en ese sentido.

d. Afianzar una estrategia de desarrollo local que comprometa la efectiva interrelación de intereses públicos y privados en la realización de acciones y proyectos de interés comunal a través de la creación de una serie de instancias técnicas y organizativas constituidas para ese fin.

e. Constituir un modelo de intervención Localaorientado al desarrollo social que implique la propia construcción de la noción de territorio y, consecuentemente, que contribuya con el propio reordenamiento del mismo a través de la puesta en marcha de los mecanismos diseñados por el proyecto para ese fin.

f. Proporcionar un laboratorio de participación ciudadana que brinde la posibilidad de redimensionar el marco legal que, en la ciudad, apoya la participación ciudadana; posibilitando, a partir de esta experiencia, evaluar la operatividad y conveniencia de dichas leyes, así como de nuevas leyes en el tema.

g. Constituir un equipo técnico local capaz de conducir la propuesta, de manera autónoma, al cabo de un tiempo no superior a dos años.

31.6. Resultados esperados.

De acuerdo con lo anterior se prevén los siguientes resultados específicos:

a. Diseño de una efectiva herramienta de descentralización, y concertación ciudadana que, *estructurando la participación*, no sólo contribuya con la operacionalización a nivel Local, del Plan de Ciudad, sino que además propicie la realización de toda una serie de acciones de radio restringido (como que competen y afectan directamente al específico espacio de cada Localidad); acciones que, en cualquier caso, se articulen con los lineamientos marco del POT en su conjunto.

b. Instalación permanente de respectivos espacios locales de planificación y concertación en cada una de las Localidades interesadas, a través del Proyecto formulado, en implementar la Propuesta.

c. Diseño e implementación de un modelo pedagógico de construcción de lo público replicable en otros contextos urbanos a nivel nacional.

d. Dotar al POT de la ciudad de unos claros espacios locales de apoyo y afinamiento para sus políticas y derroteros que, en la línea de readecuar los alcances y herramientas de las actuales Unidades de Planeación Zonal UPZs, brinde a éste un escenario operativo para

la realización de aquellas tareas que, en razón de sus objetivos, demanden su presencia a nivel Local.

e. Conformación de un equipo técnico local capaz de hacerse cargo del proyecto en un lapso no mayor a dos años.

f. Diseño de una serie de herramientas teóricas y metodológicas con carácter *sustentable* orientadas a la construcción y/o fortalecimiento de la noción de lo público con base, como ya hemos señalado en la formulación de la propuesta general, en una serie de *estrategias pedagógicas* dispuestas en cuatro niveles básicos:

a. el político administrativo (*estrategia pedagógica de participación en el marco de la descentralización*),

b. el económico productivo (*estrategia pedagógica de formación de empresas sociales, articulación de circuitos económicos y economías de escala*),

c. el socio cultural (*estrategia pedagógica de comunicación, concertación y liderazgo*) y

d. el físico ambiental (*estrategia pedagógica de ordenamiento territorial y planificación estratégica con enfoque local*).

En este sentido el principal resultado será la formulación de un modelo particular de planificación estratégica urbana con carácter sustentable y enfoque local que, en apoyo al POT de la ciudad, se lleve a cabo con base en los cuatro niveles antes descritos, y a través de la instalación y puesta en marcha de unas Unidades Locales de Planificación Concertada ULPLACs que, recogiendo las experiencia de las UPZs, redimensione el papel de la participación ciudadana en los procesos de planificación urbana en la ciudad.

Recalamos en este punto que el objetivo de las ULPLACs que estamos proponiendo no es la descentralización de la planificación, en cuanto tal, sino la incorporación efectiva de los distintos actores sociales al proceso planificador; por tanto, el que a su interior puedan llevarse a cabo actividades propias del DAPD dependerá, exclusivamente, del hecho de que esta entidad quiera servirse del espacio y de las herramientas que estamos ofreciendo (para lo cual resulta conveniente la presencia en cada

una de ellas de un representante de ésta). No obstante, es necesario aclarar que la realización de tales actividades, en tanto son competencia exclusiva de la instancia mencionada, no correrán bajo la responsabilidad del Proyecto que, a partir de aquí se formule; razón por la que si bien proponemos la realización compartida de algunas tareas, dada la afinidad de objetivos generales, la especificidad de los objetivos específicos, en uno y otro caso, hace necesario que ambas instancias mantengan una relación de complementariedad y de coordinación que, en modo alguno, disuelva ni traslade sus específicas competencias y funciones.

32. ASPECTOS OPERATIVOS.

32.1. Estrategia de implementación.

Sobre la base de lo anotado en el punto anterior, la implementación del Proyecto que de las consideraciones antes realizadas, se derive debe atender, en términos operativo, y la luz de la estrategia topofílica planteada, la realización en el tiempo de tres etapas básicas correspondientes con la puesta en marcha de la Primera Fase de la misma:

Etapla preliminar. Determinación y confirmación de la participación de los actores a involucrar en el Proyecto en cada una de las Localidades interesadas en llevarlo a cabo, así como afinamiento de la Propuesta en términos de la definición de sus líneas de acción con base en las sugerencias llevadas a cabo por parte de éstos en la realización de correspondientes Mesas de Trabajo; actividad a partir de la cual se establecerá el carácter local de cada una de las instancias propuestas. Del mismo modo, se efectuará en esta etapa la articulación del Proyecto con los lineamientos generales del POT, a la luz del Plan de Desarrollo Distrital.

Etapla Intermedia. Montaje de las ULPLACs del caso y realización de un primer Proyecto Piloto en cada una de las Localidades involucradas, previa definición del escenario micro-local más conveniente; del mismo modo, se determinarán los Programas Marco a desarrollar en cada Localidad y se establecerán las acciones y proyectos inmediatos a llevar a cabo en los territorios escogidos para el efecto. Aquí se contempla la

realización formal de los primeros proyectos una vez se haga efectivo el montaje de cada ULPLAC.

Etapa avanzada. Ejecución de los proyectos establecidos en las respectivas ODICs y funcionamiento autónomo de las ULPLACs.

32.2. Estructura organizativa propuesta para el desarrollo del Proyecto en el caso específico de la ciudad de Bogotá.

Con base en el planteamiento toponómico y en el análisis llevado a cabo en torno a la ciudad de Bogotá, sobre todo en lo que respecta al tema de las fortalezas y debilidades inherentes a la efectividad de la participación ciudadana en los procesos de planificación, consideramos que un proyecto de ciudad concertado, que se derive de aquí, y que tenga como base el montaje de las ULPLACs que estamos proponiendo, sobre la base de capitalizar la experiencia que, en este sentido, acusa la Administración, debe establecerse sobre la siguiente base operativa:

Instalar una ULPLAC en cada una de las Localidades interesadas en llevar a cabo la Propuesta con el fin de que sea la instancia encargada de diseñar y llevar a cabo, con participación de la comunidad, los respectivos Planes de Desarrollo Local; función que se complementaría con su papel de entidad de apoyo a la ejecución de aquellas acciones de incidencia Local contempladas por el POT de la ciudad y, a la vez, como instancia de apoyo al diseño concertado y consecuente cumplimiento de la norma urbana.

Instalar en cada Localidad interesada en el Proyecto una Oficina de Desarrollo Integral Comunitario ODIC, con las competencias formuladas en el capítulo correspondiente a la estrategia toponómica.

Mantener el Concejo Local de Planeación existente en las Localidades dotándolo del fuero decisorio del que actualmente carece, por reducirse, hoy en día, a ser un organismo de simple consulta encargado, tan sólo de promover acciones y organizar discusiones (a través de los Encuentros Ciudadanos de los cuales antes habláramos). En

esta medida, la idea es que sea la instancia decisoria que avala políticamente el establecimiento de los Programas a seguir y la Agenda de Proyectos a ejecutar dentro del marco de las prioridades establecidas en las respectivas ODIC de cada ULPLAC. Cabe señalar que en la actualidad actúa como una especie de “contrapoder” frente a las Juntas Administradoras Locales (JALs) y se pretende, según proyecto de Acuerdo gestionado en este momento ante el Consejo de la ciudad, convertirlos en instancias veedoras de dichas Juntas. Nuestra propuesta va en la línea de que se conviertan en una instancia que, a mediano plazo, reemplace a las JAL.

Constituir una Caja de Inversión Comunitaria (CAIC), en cada Localidad adscrita al Proyecto, que asigne un porcentaje de sus ingresos al respectivo Fondo de Desarrollo Local (existente en cada Localidad); conformando, de esta forma, un solo consolidado de activos locales orientado, de tal suerte, tanto a la inversión directa en proyectos concretos (el Fondo), como al servicio social (la CAIC), a través de las respectivas líneas que, para el efecto, hemos propuesto en la estrategia general.

Transformar las Unidades de Planeación Zonal (UPZs) existentes en la ciudad en Centros de Autoregulación Normativa (CAN), dado que, finalmente, ese es el uso que, en la actualidad, tienen, y no el de verdaderas instancias de planeación zonal. De hecho, consideramos que la planeación debe asumirse localmente y no zonalmente; sin demérito de que las zonas (micro-localidades las llamamos en la estrategia general), en tanto instancias donde la escala territorial es mucho más manejable, cumplan el papel de llevar a cabo acciones derivadas de la confrontación de las normas con la comunidad y, desde aquí, actúen como “puentes” entre las comunidades y la administración, en la vía de su obtener su validación o reformulación, según sea el caso.

Instalar un Taller Local de Planeamiento Físico y Social, de acuerdo a lo que la estrategia general propone, como instancia técnica encargada de llevar a cabo, con la comunidad, respectivos talleres de diseño participativo en los cuales se dimensionen las acciones a acometer, en atención a los lineamientos y acuerdos establecidos en las respectivas ODICs. Para el efecto, los Talleres contarán con la dotación necesaria para

llevar a cabo su tarea y funcionarán sobre la base de respectivos Convenios previamente establecidos entre las Alcaldías Locales y las Universidades; pues, a fin de cuentas, éstos se ofrecen, también, como espacios para la realización de pasantías y prácticas universitarias; lo que, entre otras cosas, aminora sus costos de funcionamiento.

Las demás instancias propuestas al interior de la ULPLAC: Comité Asesor; Junta Técnica; Unidad de Gestión de Proyectos; Unidad de Seguimiento y Evaluación; y Unidad de Comunicación y Promoción, operarán de acuerdo a lo estipulado en la estrategia general (ver Gráfico 1 y capítulo correspondiente).

32.3. La determinación de escenarios y la definición de proyectos concretos: un ejercicio de aplicación en las Zonas de Mejoramiento Integral del POT.

Como anotamos en la formulación general de la estrategia, uno de sus puntos cruciales es la articulación de los distintos proyectos (hablamos, en este caso, de obras físicas) al interior del esquema de planificación bio-sistémica que hemos propuesto; de tal forma, y a manera de ejemplo, queremos ilustrar, a continuación, la manera como concebimos puede llevarse a cabo dicha articulación en el caso específico de la ciudad de Bogotá, donde hemos tomado como referencia las, denominadas por el POT, Zonas de Mejoramiento Integral.

En este marco, el objetivo del ejercicio (del cual recalcamos es ese y no otro, su carácter), es establecer, sobre la base de la articulación de las distintas funciones urbanas (puestas de manifiesto en el diagnóstico sistémico que las interconecta con el fin de establecer eventuales falencias); de las demandas locales (detectadas a través de la ubicación espacial, tanto de los Índices de Calidad de Vida –ICV-, como de los de Necesidades Básicas Insatisfechas –NBI-) y del número de organizaciones comunitarias y de sus iniciativas proyectuales (como indicador de su disposición y motivación a participar en la ejecución de proyectos), cual debe ser el tipo de acciones a acometer a corto plazo (Nivel de Intervención 1, lo denominábamos en la estrategia general) en las zonas de trabajo escogidas (mantenemos aquí la denominación que usa el POT).

Es de aclarar, tal como lo hicimos en la explicación del uso de la analogía bio-sistémica en el ejercicio de la planificación urbana, que la utilización adecuada de ésta depende de la clase de información que se pretenda recoger y de la manera como la misma se analice al cruzarse con otras fuentes y variables. En este sentido, el carácter genérico del ejercicio que realizamos a continuación no puede entenderse, en ningún momento, como un indicador fidedigno de las conclusiones a las que llega, dado que sería necesario llevar a cabo un análisis detallado de cada una de las variables que, a partir de él, ponemos en juego. Para el efecto y como primer nivel de análisis del comportamiento de los flujos y funciones urbanas, hemos diseñado los **Mapas 18, 19, 20, y 21**; los cuales ponen de manifiesto la conformación de respectivos sistemas analógicos de funcionamiento urbano bajo las figuras del sistema circulatorio, respiratorio, digestivo y nervioso, respectivamente.

A partir de aquí, el **Mapa 22**, pretende resumir el comportamiento sistémico de la estructura urbana, estableciendo, al menos en apariencia, las formas de articulación entre uno y otro sistema. Imagen que debe ser contrastada con una evaluación detallada y cualitativa del comportamiento de cada sistema¹⁹⁷ (no sólo cuantitativa, como ofrece la herramienta) que permita constatar las relaciones que ésta establece; puesto que si bien, a manera de ejemplo, el Mapa nos muestra el aparente desbalance entre los sistemas digestivo y respiratorio, sobre todo en las zonas industriales, este dato, sin más, no es suficiente para proponer la creación de un parque, o un área verde al interior de dichas zonas; puesto que, como anotamos oportunamente, *el equilibrio ambiental que busca un proyecto de DUS como el que promovemos, no es sinónimo de equidistribución funcional sino de adecuada articulación entre una y otra función urbana a la luz de un objetivo de ciudad.*

Por su parte, el **Mapa 23**, nos muestra las Zonas de Mejoramiento Ambiental que propone el POT; escenario sobre el cual pretendemos establecer hipotéticamente (para efectos del ejercicio que estamos llevando a cabo y dadas las limitaciones que en el momento tenemos para usar adecuadamente la herramienta derivada del análisis anterior), cuales serían sus falencias en materia de infraestructura, equipamientos y dotaciones

¹⁹⁷ Tarea que por no ser de competencia específica de este trabajo, nos abstendremos de realizar.

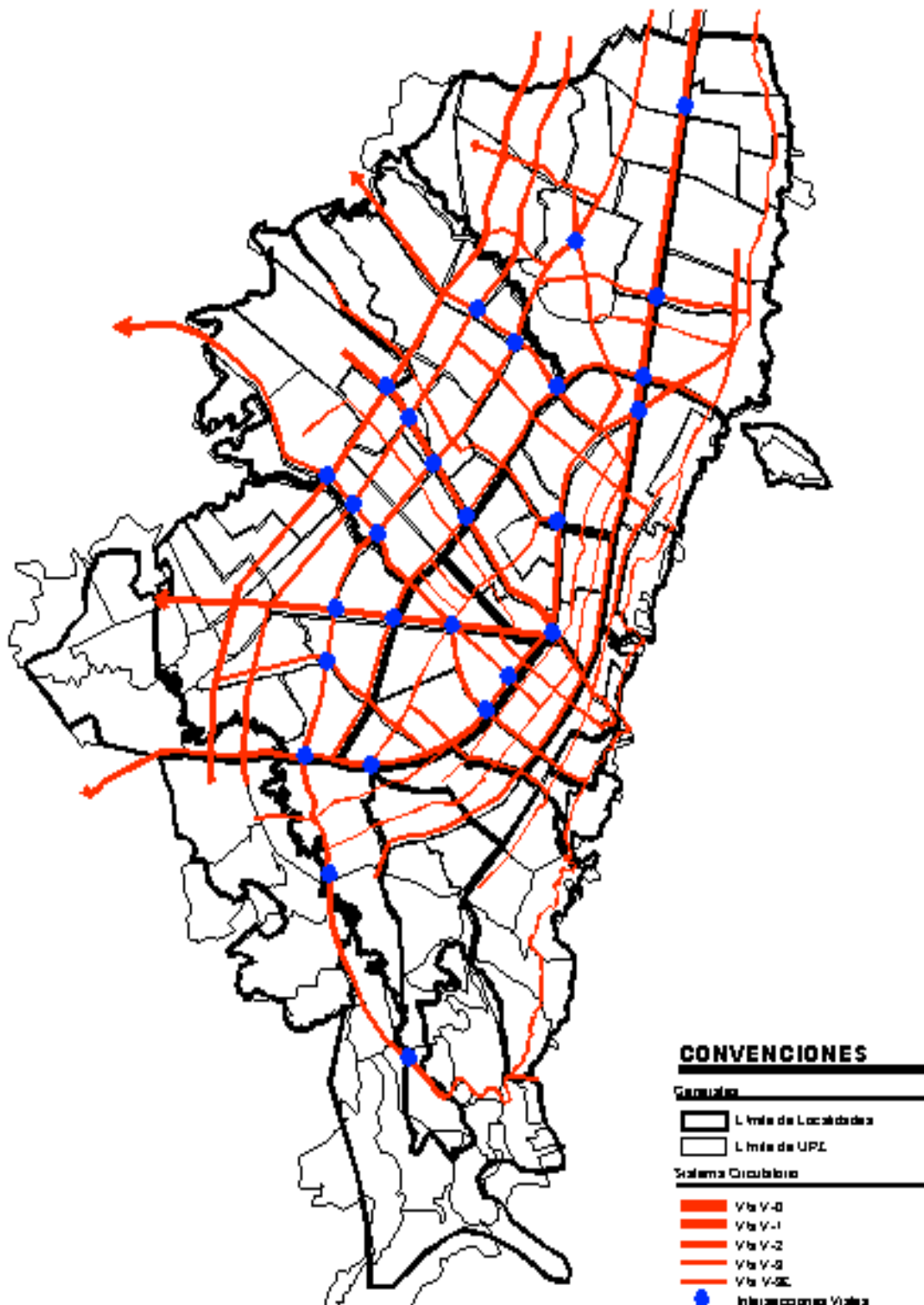
urbanas.

Sobre esta base, el **Mapa 24** presenta por Localidad la caracterización de los requerimientos locales, establecidos sobre la base de su consecuente ponderación en Rangos a partir de los respectivos Índices de Calidad de Vida y de Necesidades Básicas Insatisfechas presentes en cada una de ellas. Información que junto con la derivada del “diagnóstico bio-sistémico”, contenido en el Mapa 5, pretende servir de apoyo a la determinación puntual de acciones concretas a desarrollar en las Zonas mencionadas, sobre la base del análisis de la información derivada de la superposición de este Mapa con los anteriores (**Mapa 25**).

En esta secuencia, en el **Mapa 26**, se establecen, tal como aparece en la tabla de convenciones, las acciones concretas que a partir del análisis de la información existente se derivan para llevar a cabo en el área de estudio.

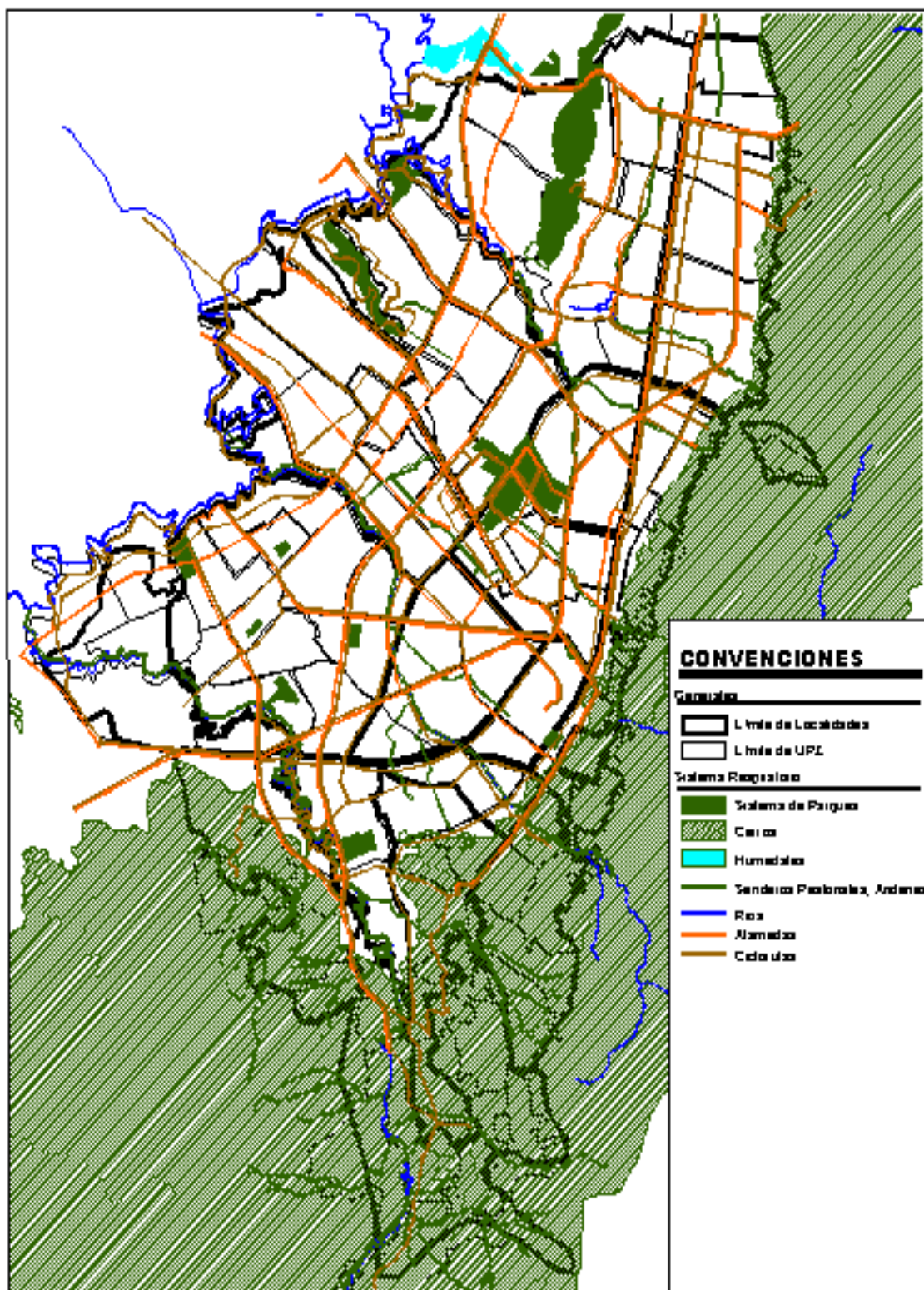
Como se ve, un común denominador en el análisis llevado a cabo (el cual, para efectos de este ejemplo, reiteramos, atiende criterios, exclusivamente, de planeamiento físico), es la necesidad de implementar en estas zonas, junto con proyectos de mejoramiento de vivienda, una decidida intervención en la malla vial que apunte, según el caso, a su construcción, mejoramiento o ampliación y que, en cualquier caso, vaya relacionada con proyectos dotacionales de infraestructura de base y de espacio público. Vale la pena señalar que si bien resulta obvio que en un contexto como el mencionado, no se necesita llevar a cabo un concienzudo análisis de su problemática para determinar la pertinencia de las acciones antes anotadas, el objetivo del ejercicio que hemos llevado a cabo no apunta, en realidad, a establecer esta situación de perogrullo, sino a ilustrar, de modo general y con un simple ejemplo, el uso de una herramienta que será tanto más efectiva, cuanto más se afine su nivel de detalle en relación con las variables e insumos con que se alimente.

Mapa N° 18
SISTEMA CIRCULATORIO DE LA CIUDAD



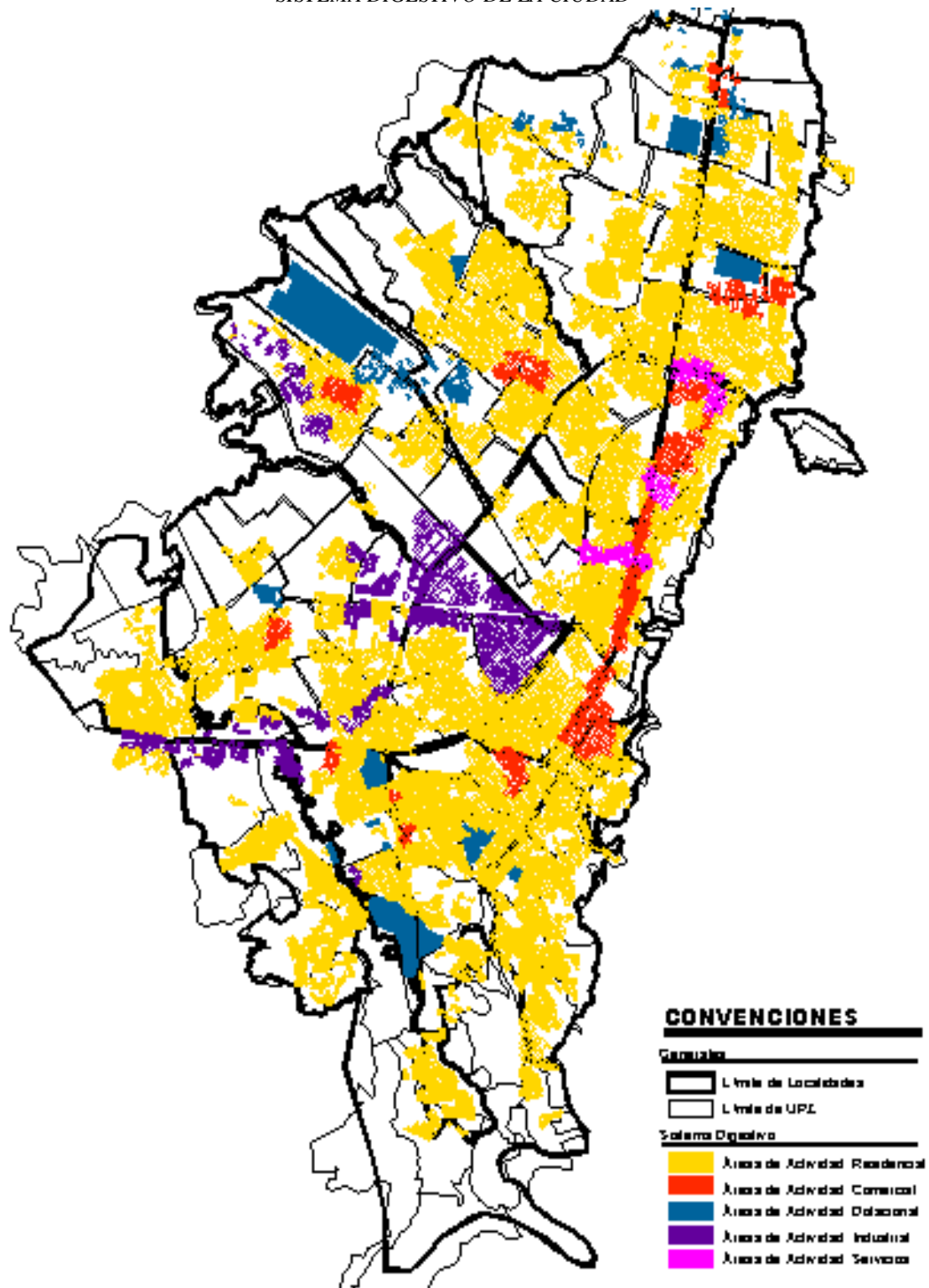
Fuente: Construcción propia con base en datos del POT

Mapa N° 19
SISTEMA RESPIRATORIO DE LA CIUDAD



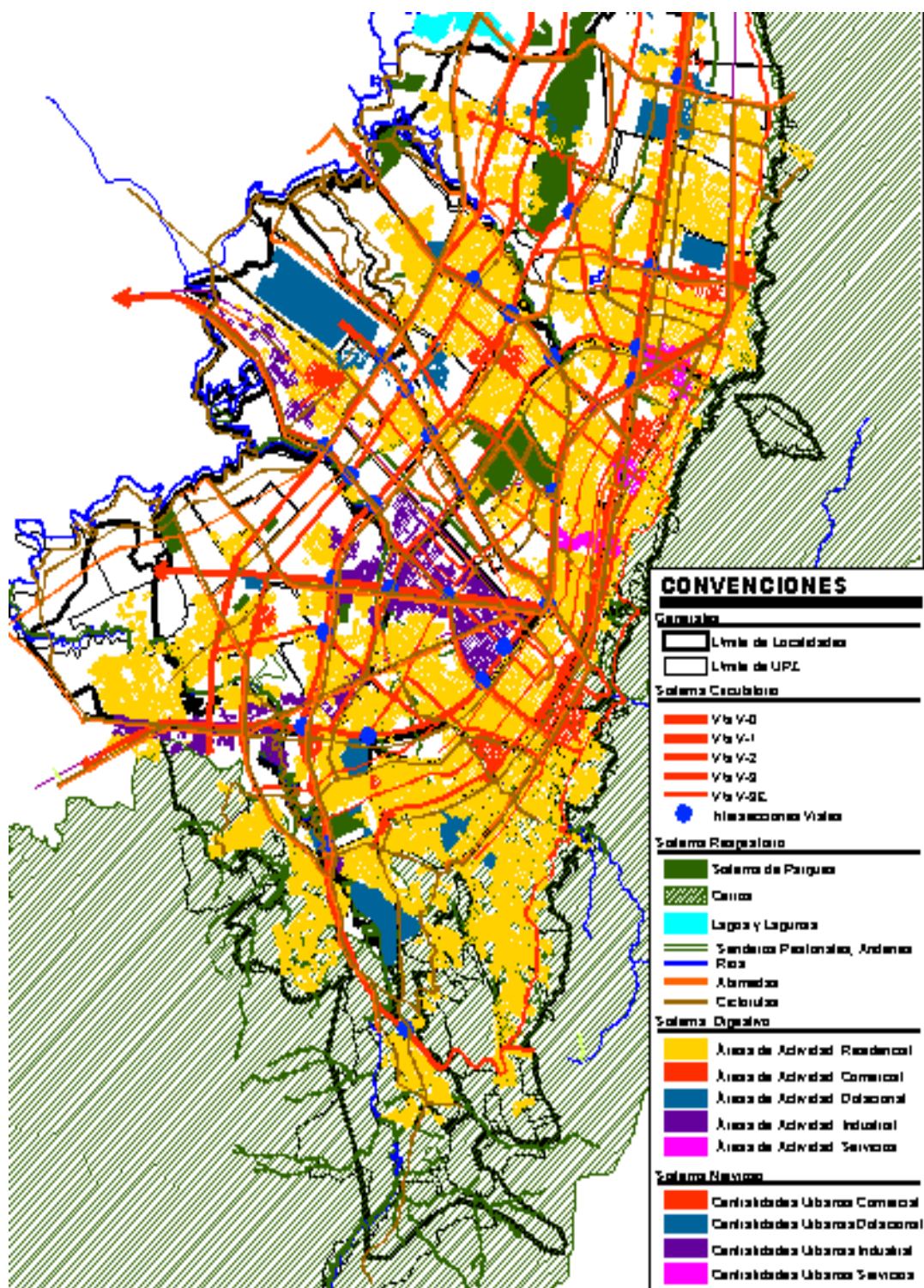
Fuente: Construcción propia con base en datos del POT

Mapa N° 20
SISTEMA DIGESTIVO DE LA CIUDAD



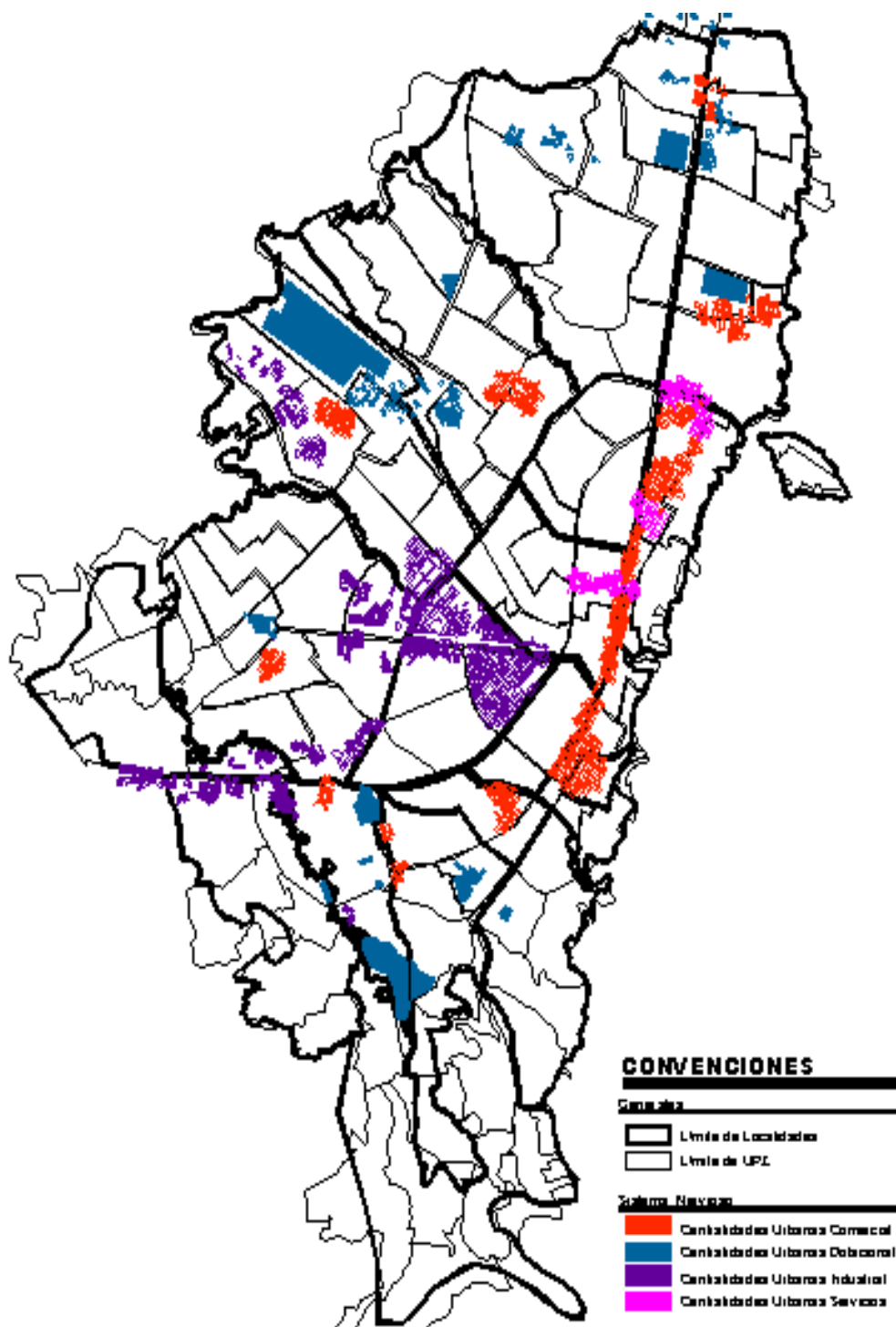
Fuente: Construcción propia con base en datos del POT

Mapa N° 22
 MAPA SÍNTESIS DEL COMPORTAMIENTO “BIO –SISTÉMICO” DE LA CIUDAD



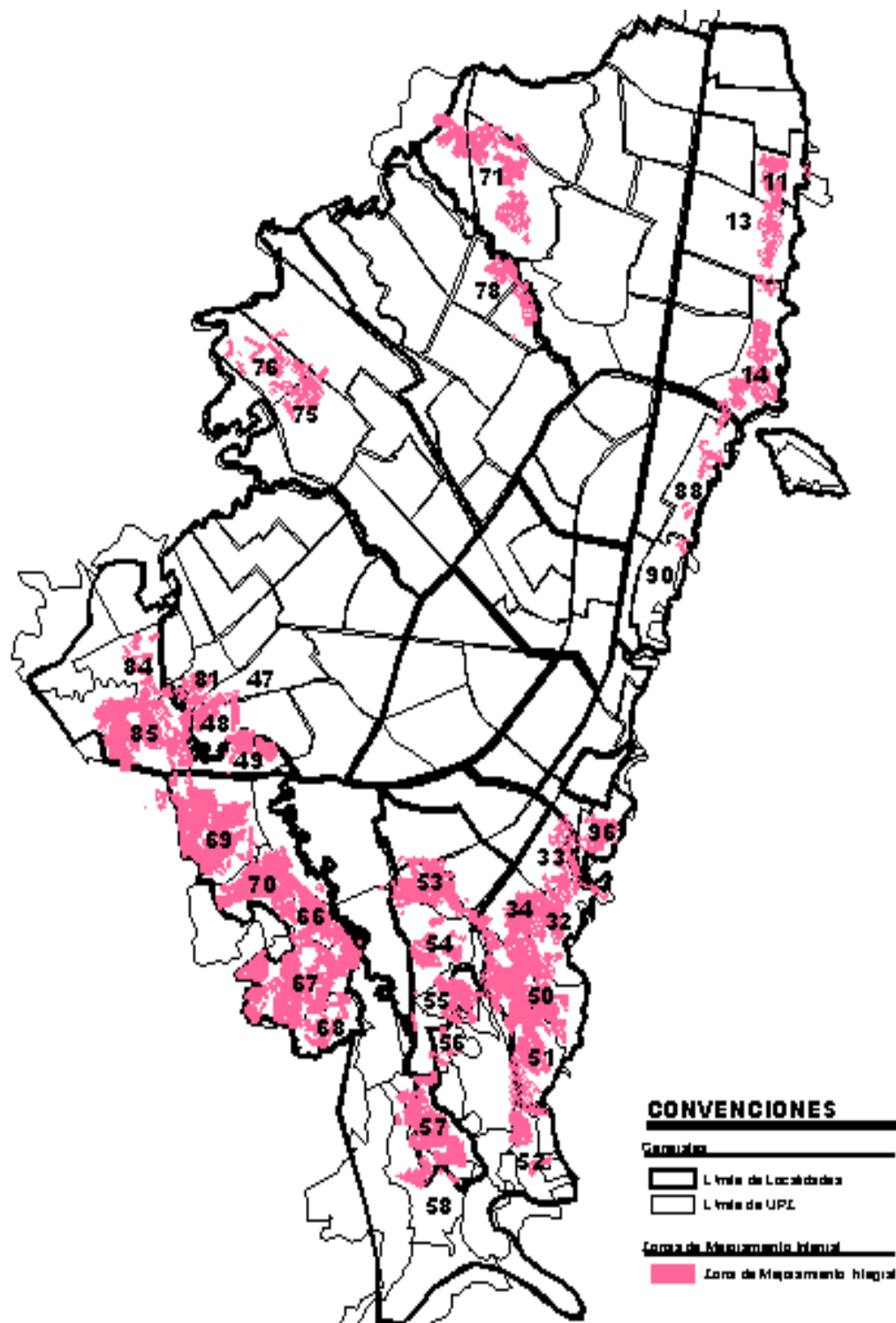
Fuente: Construcción propia con base en los datos derivados de los maps anteriores

Mapa N° 21
SISTEMA NERVIOSO DE LA CIUDAD



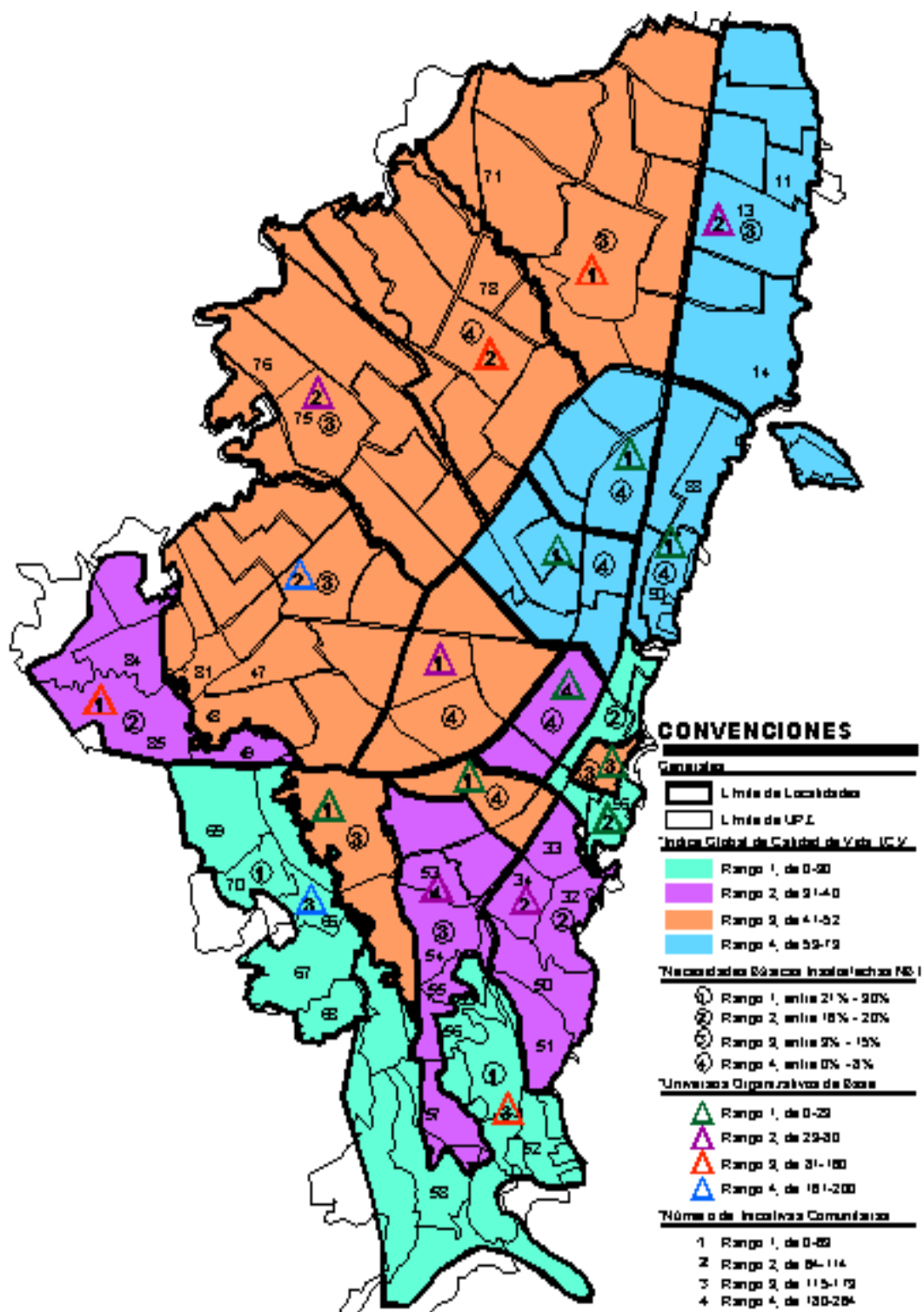
Fuente: Construcción propia con base en datos del POT

Mapa N° 23
ZONAS DE TRATAMIENTO DE MEJORAMIENTO INTEGRAL



Fuente: Construcción propia con base en datos del POT

Mapa N° 24
REQUERIMIENTOS LOCALES FRENTE A FORTALEZAS ORGANIZACIONALES

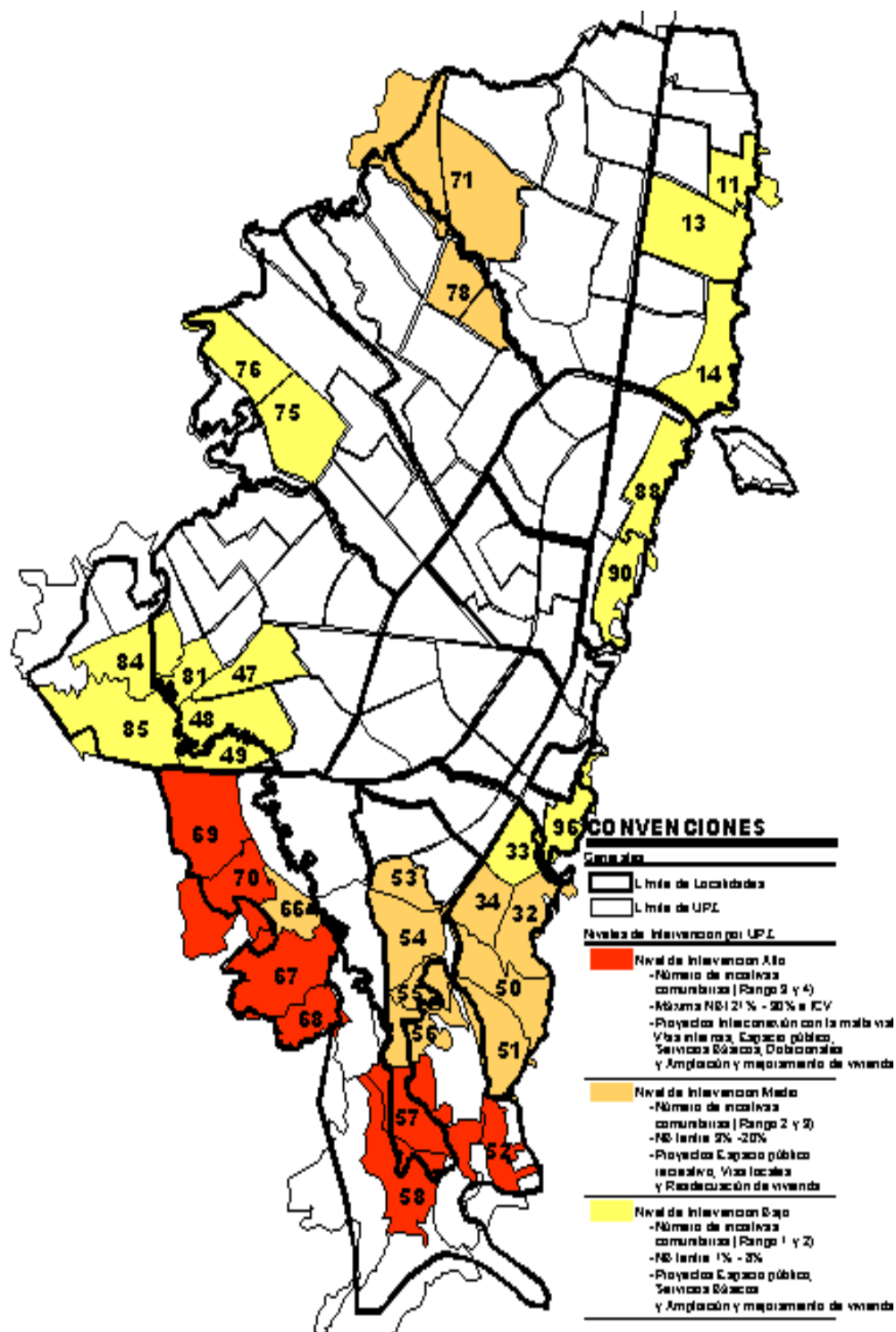


Fuente: Construcción propia con base en datos del POT, de la alcaldía Mayor de Bogotá y Corporación Raíces

[illegible]

754

Mapa N° 26
NIVELES DE INTERVENCION POR VULNERABILIDAD LOCAL EN LAS UPZ's UBICADAS EN
LAS ZONAS DE MEJORAMIENTO INTEGRAL DEL POT



Fuente: Construcción propia con base en datos de los mapas anteriores

33. COMENTARIO FINAL A LA TERCERA PARTE

Sin lugar a dudas, el tema de la planificación participativa es uno de los más importantes en la vía de promover el fortalecimiento en las condiciones de gobernabilidad de los territorios y, desde aquí, en la promoción de pactos y compromisos multiactorales abocados a la construcción de un espíritu de convivencia que permita hacer de las ciudades un acontecimiento colectivo donde las diferencias no sólo tengan lugar sino que, de hecho cuenten con espacio para el concierto.

En este orden de ideas, Bogotá es, sin duda, una de las grandes ciudades de América Latina que más ha avanzado en ese proceso; de hecho, el esfuerzo de las administraciones distritales de los últimos diez años, ha apuntado en esa dirección al promover un cambio radical en el comportamiento ciudadano en lo concerniente a sus relaciones como individuos y como colectivo frente a los otros individuos y colectivos y frente al Estado en general. De hecho, la importancia que, particularmente las últimas tres administraciones, le han dado al tema de la convivencia y al de la cultura ciudadana refuerzan esta afirmación.

Consecuencia de lo anterior, se empieza a afirmar entre los habitantes de la ciudad un mayor sentido de responsabilidad y pertenencia frente a lo público en cuanto tal y, particularmente, frente a una ciudad que así empieza a ser vivida como un patrimonio de todos. No obstante, el camino de la madurez política y la corresponsabilidad frente a la ciudad, aún es largo y lleno de inconvenientes, pues si a los problemas tradicionales de ésta, derivados de la injusticia social, del deterioro del medio ambiente y de la baja calidad de vida que padecen buena parte de sus habitantes, le sumamos los vicios, aún, bien arraigados de la clase política, parecería que la ciudad ha avanzado muy poco respecto de su inmediato pasado.

Por fortuna, las cifras parecen acusar avances sustanciales en los indicadores de desarrollo social, como consta en el Informe “*Bogotá, ¿cómo vamos?*” elaborado periódicamente por la Alcaldía Mayor de la ciudad y del cual, en su capítulo de Marzo de 2002, extraemos los siguientes datos que comparan indicadores obtenidos en este año con

el año inmediatamente anterior. A este respecto, señala el Informe que en Educación, la tasa de cobertura neta pasó de 88.4% a 90.8%, y la calificación de la ciudadanía, en este sentido, aumentó de 3.8 a 4.04 sobre 5. En Salud, la tasa de cobertura pasó de 78.17% a 86.07%, obteniendo una calificación ciudadana de 3.82 sobre 5. En Servicios Públicos y Vivienda, la cobertura de acueducto pasó de 95.1% a 96.3%, la de alcantarillado sanitario, pasó de 86% a 88.8% y la de alcantarillado pluvial, pasó de 76% a 84%; en lo que respecta a la vivienda prioritaria no hubo un mejoramiento sensible ya que la demanda continuó en 302.000 unidades; a este respecto, la calificación de la ciudadanía pasó de 3.57 a 3.81 sobre 5. En el tema de Espacio Público, la cobertura de Km por carril en buen estado pasó de 51.02% a 52.03%, la cobertura de ciclo rutas pasó de 54.4% a 71.9% y el número de metros cuadrados por habitantes pasó de 3.04 a 3.15; la calificación en este tema aumentó de 3.47 a 3.67 sobre 5. En Movilidad, el tiempo de desplazamiento pasó de 44 minutos a 35 y la calificación al transporte público pasó de 3.41 a 3.47 sobre 5.

De otra parte, en lo que se refiere al tema Medio Ambiental las cifras no son tan halagüeñas, ya que el número de datos que exceden la norma en partículas de polvo pasó de 431 a 510 y el que da cuenta del exceso en la norma frente a la capa de ozono aumentó, también, de 241 a 281. En lo que respecta a la Seguridad, las cifras tampoco son muy satisfactorias dado que el número de homicidios aumentó en 2.4%, el porcentaje de victimizados creció de 33.5% a 36%; aunque, no obstante, si bajó la cifra que declara la existencia de otros delitos en un 20.8%.

En lo que respecta al desarrollo económico, la ciudad da cuenta de la propia crisis que vive el país, como registra el decrecimiento en la tasa del PIB, el cual pasó de 3.1% a 2.3%. Cifra a la que se suma el aumento en el subempleo de 26.8% a 33%, y el decrecimiento en la tasa de exportaciones que pasó de 17.3% a 9,2%. No obstante, el número de familias cuya situación económica empeoró bajó de 50% a 48%.

Finalmente, el balance que resulta de la Gestión de la Administración, muestra que hubo un aumento en su imagen positiva de 52% a 60%, elevándose el nivel de confianza de 2.87 a 2.99 sobre 5, y obteniendo, por parte de la ciudadanía un aumento en la calificación

de 3.04 a 3.13 sobre 5. Cabe señalar que en este tema la ciudadanía manifestó la necesidad de *fortalecer la descentralización y la participación ciudadana*, mejorar la atención al ciudadano y dar continuidad a la modernización de la Administración pública.

Como se ve, aún queda mucho por recorrer en la vía de alcanzar los ideales de hacer de Bogotá una ciudad justa, equitativa, armónicamente integrada con el medio ambiente, efectivamente competitiva y, sobre todo, gobernable... Panorama dentro del cual resaltamos, a la luz de nuestro específico interés en este trabajo, uno de entre los tres aspectos que la ciudadanía con más insistencia reclama en el tema de la Gestión administrativa, y es, precisamente, como anotáramos anteriormente, el que corresponde a la *participación ciudadana y al fortalecimiento de la descentralización*.

En este sentido, si bien la ciudad ha avanzado significativamente respecto de otras metrópolis de la Región, la urgencia de promover espacios de concertación multiactoral que, a escalas manejables, compartan responsabilidades y compromisos en la construcción de la ciudad es, sin duda, una prioridad que no da espera y frente a la cual nos atrevemos, desde nuestra propuesta, a hacer las siguientes recomendaciones:

a. Invertir la lógica y las jerarquías de los procesos de planeación, comenzando por la elaboración de planes locales concebidos dentro de los lineamientos generales formulados por el POT de la ciudad y dentro del marco propuesto por el Programa de Gobierno de la Administración Distrital. La idea es que, desde aquí, se constituya un verdadero plan concertado para la ciudad.

b. Instalar en cada Localidad una Unidad Local de Planificación Concertada (ULPLAC), de acuerdo al esquema que hemos propuesto, y en el cual se modifican las funciones de las Unidades de Planeación Zonal (UPZs), convertidas ahora en Centros de Autorregulación Normativa (CAN), parte integral del aparato planificador que constituye la ULPLAC en cuanto tal.

c. Modificar la división local vigente creando localidades que tengan mínimo un CAN y máximo tres, garantizando que cada localidad haga parte de una sola de las piezas urbanas contempladas en el POT.

d. Ampliar el número de Localidades de la ciudad, buscando, en lo posible lograr para ellas una caracterización, si no más homogénea (no necesariamente conveniente), si más manejable en términos de intereses y número de población.

e. Redefinir las actuales Zonas urbanas que contempla el POT, a partir del establecimiento de claros criterios que les otorguen una cierta homogeneidad basada en imaginarios culturales comunes y/ o afines, para que respondan a un marcado espíritu de colectividad.

f. Transferir a las ULPLAC las competencias y tareas asignadas en la actualidad a los Encuentros Ciudadanos para que allí se traslade, como proponen los últimos proyectos de acuerdo presentados al Concejo de la ciudad (a propósito de tales Encuentros) el poder decisorio sobre los planes de desarrollo y el presupuesto local. En esta medida, la idea es que las ULPLAC proporcionen el apoyo técnico y logístico que los mencionados Encuentros requieren y que ahora proponemos llevar acabo en las respectivas ODIC de cada ULPLAC.

g. Desarrollar otros mecanismos para recoger y sistematizar las expectativas ciudadanas con respecto al desarrollo zonal y local, como buzones de opinión ciudadana, talleres barriales, y encuestas.

h. Establecer la elección popular de alcaldes locales y darles atribuciones autónomas, fijando unas reglas del juego que no afecten la unidad de gobierno que debe tener la ciudad.

i. Suprimir las Juntas Administradoras Locales (JAL) y en su reemplazo dotar de poderes amplios y suficientes al Concejo Local de Planeación que opera en las ULPLACs.

j. Institucionalizar medios de información y control ciudadanos en todas las localidades que garanticen la vigilancia pública en torno a la gestión administrativa sobre la base de poner a operar las instancias que, para el efecto, hemos establecido en la presente propuesta: los Comités de Seguimiento y Evaluación, Comunicación y Gestión de proyectos.

k. Incrementar el monto de las transferencias locales a medida que las localidades muestren mejoras significativas en sus indicadores de gestión y resultados, planteando una sana competencia de eficiencia entre ellas.

l. Establecer un plan de acción de corto, mediano y largo plazo tendiente a concretar estas recomendaciones, algunas de las cuales requieren la modificación de leyes nacionales.

34. BIBLIOGRAFIA GENERAL CONSULTADA

LIBROS.

- ABBOTT, J. (1996). *Sharing the City: Community Participation in Urban Management*. Ed. Earthscan. Londres.
- ADAMS, B. (1993). "Sustainable Development and the Greening of Development Theory", en SCHURMAN, F. J. (ed.). *Beyond the Impasse. New Directions in Development Theory*. Ed. Zed Books. Londres.
- AGNEW, J., y DUNCAN, J. (eds.). (1989). *The Power of Place: Bringig together geographical and sociological imaginations*. Ed. Unwin Hyman. Londres.
- AGNEW, J. (1987). *Place and Politics*. Ed. Allen& Unwin. Londres.
- AGNEW, J., MERCER, J., y SIPHER, D. (eds.). (1984). *The City in a Cultural Context*. Ed. Allen y Unwin. Boston.
- AGUILAR, S. (1998). "Las políticas de medio ambiente, entre la complejidad técnica y la relevancia social", en SUBIRATS, J., y GOMA, R. (eds.). *Políticas públicas en España*. Ed. Ariel. Barcelona.
- AGUILERA, K., y ALCÁNTARA, V. (1994). *De la economía ambiental a la economía ecológica*. Ed. Icaria. Barcelona
- AGYEMAN, J., y EVANS, B. (1994). "The new environmental agenda", en AGYEMAN, J., y EVANS, B. *Local environmental policies and strategies*. Ed. Longman. Londres. pp. 1-22.
- AHMAD, Y. L., EL SERAFY, S. E., y LUTZ. E. (eds.). (1989). *Environmental accounting for sustainable development*. Ed. The World Bank. Washington. D.C.
- AIMONINO, C. (1986). *El significado de las ciudades*. Editorial Blume. Madrid.
- ALBERT, M. (1991). *Capitalisme contre capitalisme*. Ed. Seuil. Paris.
- ALBERTI, M., SOLERA, G., y TESTS, V. (1994). *La città insostenibile*. Ed. Legambiente. Milan.
- ALBUQUERQUE, F., De MATTOS, C. A., y JORDAN, R. (1990). *Revolución tecnológica y reestructuración productiva: impactos y desafíos territoriales*. Ed. GEL. Buenos Aires.

- ALFORD, R., y FRIEDLAND, R. (1985). *Powers and Theory: Capitalism, the State and Democracy*. Ed. Cambridge University Press. Cambridge.
- ALTVATER, E. (1994). *El precio del bienestar, expolio del medio ambiente y nuevo (des)orden mundial*. Ed. Alfons el Magnànim. Valencia.
- ÁLVAREZ, J. (1989). *Balance y perspectivas de la descentralización y la participación comunitaria en Bogotá*. Ed. CINEP. Bogotá.
- ALLEN, T., y THOMAS, A. (1992). *Poverty and Development in the 1990s*. Ed. Oxford University Press. Oxford.
- AMIN, S., ARRIGHI, G., FRANK, A. G. y WALLERSTEIN, I. (1983). *Dinámica de la crisis global*. Ed. Siglo XXI. México.
- AMIN, S. (1970). *La acumulación a escala mundial*. Ed. Siglo XXI. México.
- AMELANG, J. S. (1996). “Algunas tareas y temas en la historia de la cultura urbana moderna”, en RIBOT, L.A. y De ROSA, L. (Comp.). *Ciudad y mundo urbano en la época moderna*. Ed. El río de Heráclito. Madrid.
- AMENDOLA, G. D. (2000). *La ciudad Postmoderna. Magia y miedo de la Metrópolis Contemporánea*. Ed. Celeste. Madrid.
- ANDER-EGG, E. (1990). *Repensando la investigación-acción-participativa. Comentarios, críticas y sugerencias*. Ed. Gobierno Vasco. Vitoria.
- ANDERSON, B. (1983). *Imagined Communities*. Ed. Verso. Londres.
- ANDERSON, K., y GALE, F. (eds.). (1992). *Cultural Geography: ways of seeing*. Ed. Longman Cheshire. South Melbourne.
- ANDERSON, P. (1995). “Balanço do Neoliberalismo”, en SAMER, E., y GENTILI, P. (orgs.). *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático*. Ed. Paz y Terra. San Pablo. pp. 9-23.
- APRILE-GNISET, J. (1991). *La ciudad colombiana prehispánica de conquista e indiana*. Ed. Banco Popular. Bogotá.
- ARAGONÉS, J. I. (1995). “La psicología ambiental y los estudios urbanos: la cognición ambiental como tema relevante”, en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid. pp. 63-68.

- ARBÓS, X., y GINER, S. (1993). *La gobernabilidad. Ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial*. Ed. Siglo XXI. Madrid
- ARCHIBUGI, D., y MICHIE, J. (1997). *Technology, Globalization and Economic Performance*. Ed. Cambridge, University Press. Cambridge.
- ARDIGIÒ, A. (1988). *Per una sociologia oltre il post-moderno*. Ed. Laterza. Bari.
- ARDIGIÒ, A. (1982). *Crisi di governabilità e mondi vitali*. Ed. Capelli. Bolonia.
- ARÉVALO, L. (1988). “La participación ciudadana en la Planificación Municipal”, en *Taller Nacional de Desarrollo Humano Sostenible*. Ed. Dept. de Relaciones Internacionales de la Municipalidad de Cochabamba. Cochabamba.
- AROCENA, J. (1995). *El desarrollo local. Un desafío contemporáneo*. Ed. Nueva Sociedad y CLAEH. Caracas.
- ARRIGHI, G. (1977). “La globalización, la soberanía Estatal y la interminable acumulación de capital”, en *Estados y Soberanía en la Economía Global*. Ed. Universidad de California. L.A.
- AUGÉ, M. (1996). *El sentido de los otros. Actualidad de la Antropología*. Ed. Paidós. Barcelona.
- AUGÉ, M. (1993). *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- AUGÉ, M. (1987). *El viajero subterráneo*. Ed. Gedisa. Buenos Aires.
- AXFORD, B. (1995). *The Global System: Economics, Politics and Culture*. Ed. Cambridge Polity Press. Cambridge.
- BACHELARD, G. (1957). *La poétique de l'espace*. Ed. Presses Universitaires de France. Paris. Título en Castellano. La poética del espacio. Ed. F.C.E. México. 1975.
- BAHRO, R. (1982). *Socialism and Survival*. Ed. Heretic Books. Londres.
- BAILLY, A.S. (1979). *La percepción del espacio urbano*. Ed. I.E.A.L. Madrid.
- BAILLY, A.S. (1978). *La organización urbana. Teorías y modelos*. Ed. I.E.A.L. Madrid.
- BALLÉN, R. (2002). *Ilegitimidad del Estado. Reforma radical o revolución de la diversidad*. Ed. Carrera Séptima. Bogotá.
- BALLESTEROS, J., y PÉREZ, A. (1997). *Sociedad y medio ambiente*. Ed. Trotta. Madrid.

- BALLESTEROS, J. (1990). *Postmodernidad: ¿decadencia o resistencia?* Ed. Técnos. Madrid.
- BARATA SALGUEIRO, T. (1996). *Do comércio á distribuição. Roteiro de uma mudança.* Ed. Celta. Oeiras.
- BARBER, B. (1998). *A Place for Us: How to Make Society Civil and Democracy Strong.* Ed. Hill and Wang. Nueva York.
- BARCELLONA, P. (1992). *Posmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social.* Ed. Trotta. Catalina.
- BARNETT, J. (1995). *The Fractured Metropolis.* Ed. Harper Collins. Nueva York.
- BARTH, F. (1977). *Los grupos étnicos y sus fronteras.* Ed. FCE. México.
- BATISTA, E. (1996). *Infraestructure for Sustainable Development and Integration of South America.* Ed. BCSD-LA, Danowski Design Ltda. Río de Janeiro.
- BAUDELAIRE, Ch. (1995). *El pintor de la vida moderna,* Ed. Colegio de Aparejadores, Murcia.
- BAUDRILLARD, J. (1996a). *El crimen perfecto,* Ed. Anagrama, Barcelona.
- BAUDRILLARD, J. (1996b). *El espejo de la producción.* Ed. Gedisa. Barcelona.
- BAUDRILLARD, J. (1993a). *La transparencia del mal,* Ed. Anagrama, Barcelona.
- BAUDRILLARD, J. (1993b). *La precesión de los simulacros,* Ed. Kairos, Barcelona.
- BAUDRILLARD, J. (1993c). *Cultura y Simulacro.* Ed. Kairós. Barcelona.
- BAUDRILLARD, J. (1985). *El sistema de los objetos,* Ed. Siglo XXI, México.
- BAUDRILLARD, J. (1983). “The order of simulacra” en *Simulations,* Ed. Semiotex Inc., Nueva York.
- BAUDRILLARD, J. (1974). *La sociedad de consumo.* Ed. Plaza y Janés. Madrid.
- BAUNMAN, Z. (1992). *Intimations of Postmodernity.* Ed. Routledge. Londres.
- BECATTINI, G. (1994). “El distrito marshalliano: una noción socioeconómica”, en BENKO, G., y LIPIETZ, A. (comps.). *Las regiones que ganan.* Ed. Alfons et magnánim. Madrid.
- BECK, U. (2000). *¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas de la globalización.* Ed. Paidós. Barcelona.
- BELL, D. (1979). *The Cultural Contradictions of Capitalism.* Ed. Heinemann. Londres.

- BENEVOLO, L. (1984). *Introducción a la Arquitectura*. Ed. Blume. Madrid.
- BENKO, G. y STROHMAYER, U. (eds). (1997). *Space and social theory. Interpreting modernity and postmodernity*. Ed. Blackwell. Oxford.
- BENKO, G. B. (1996). *Economia, espaço y globalização na aurora do século XXI*. Ed. Hucitec. Sao Paulo.
- BENKO, G., y LIPIETZ, A. (comps.). (1994). *Las regiones que ganan*. Ed. Alfons et magnánim. Madrid.
- BENKO, G. B. (dir.). (1990). *La dynamique spatiale de l'économie contemporaine*. Éditions de l'Espace Européenne. La Garenne-Colombes.
- BERGER, P. L. y LUCKMAN, T. (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Ed. Paidós. Barcelona.
- BERGER, P. L. Y NEUHAUS, R. J. (1997). *To empower people: the rol of mediating structures in public policy*. Ed. American Enterprise Institute for Public Policy Research. Washington. D. C.
- BERGMAN, E. F. (1975). *Modern Political Geography*. Ed. William Brown: Dubuque. Iowa.
- BERMAN, M. (1982). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Ed. Siglo XXI. México.
- BERMEJO, R. (1995). "Ecología vs. Mercado capitalista", en RIECHMANN, J. y otros. *De la Economía a la Ecología*. Ed. Trotta. Madrid.
- BERNSTEIN, B. (1993). "La construcción social del discurso pedagógico", en *Producciones y Divulgaciones Culturales y Científicas*. Ed. El Griot. Bogotá.
- BERRY, B. L., CONKLING, E., y RAY, D. (1976). *The geography of economic systems*. Ed. Prentice Hall. Englewood Cliffs. New Jersey.
- BERSCH, E. D. (1983). *Desarrollo: simple crecimiento económico o capacidad real de satisfacer las necesidades*. Ed. Comité de Cafeteros. Armenia.
- BEYER, P. (1994). *Religion and Globalization*. Ed. Sage. Londres.
- BEYER, E. (ed.). (1970). *La explosión urbana en América Latina*. Ed. Aguilar. Buenos Aires.
- BIANCHINI, F., y PARKINSON, M. (1993). *Cultural Policy and Urban Regeneration*. Ed. Manchester University Press. Manchester.

- BIANCHINI, F. (1990). *Re-imagining the City*. Ed. Centre for Urban Studies. University of Liverpool. Liverpool.
- BLANC, M., y BARS, S. L. (1993). *Les Minorités dans la Cité*. Ed. L'Harmattan. París.
- BLANES, J. (1998). "Juntas vecinales y comités de vigilancia. Su papel en la Planificación Urbana", en *Taller Nacional de Desarrollo Humano Sostenible*. Ed. Dept. de Relaciones Internacionales de la Municipalidad de Cochabamba. Cochabamba.
- BLASCO, B., IGLESIAS, E., y FERNÁNDEZ, M. T. (1991). *Formación de formadores*. Ed. ENSIDESA. Avilés.
- BLITZ, M. (1981). *Heidegger's Being and Time and possibility of political philosophy*. Ed. Itaca. Nueva York.
- BLOWERS, A. (1993). *Planning for a Sustainable Environment*. Ed. Town and Country Planning Association. Londres.
- BOBBIO, N. (1985). "La crisis de la democracia y la lección de los clásicos", en BOBBIO, N., PONTARA, G., y VECA, S. *Crisis de la democracia*. Ed. Ariel. Barcelona.
- BOISIER, S. (1990). *Los tiempos verbales del desarrollo regional en América Latina*. Ed. ILPES. Santiago de Chile.
- BOISIER, S. (1987). *Los procesos de descentralización y el desarrollo regional en el escenario de América Latina*. Ed. ILPES. Santiago de Chile.
- BOISIER, S. (1982). *Política económica, organización social y desarrollo regional*. Ed. ILPES. Santiago de Chile.
- BOISIER, S. et. alii. (1981). *Experiencias de planificación regional en América Latina. Una teoría en busca de una práctica*. Ed. ILPES/SIAP. Santiago de Chile.
- BONEFELD, W., y HOLLOWAY, J. (comps.). (1994). *¿Un nuevo Estado? Debate sobre la reestructuración del Estado y el Capital*. Ed. Cambio XXI y Consejo Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública. México.
- BONETTI, M. (1994). *Le bricolage imaginaire de l'espace*. Ed. Hommes & Perspectives. Marseille.
- BORJA, J., CASTELLS, M. (1997). *Local y Global: La Gestión de las Ciudades en la Era de la Información*. Ed. Taurus. Barcelona.

- BORJA, J. (1988). “Pasado, presente y futuro de los gobiernos locales en América Latina”, en HARDOY, J., y MORSE, R. *Repensando la ciudad de América Latina*. Ed. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires.
- BORJA, J. (1987). *Organización y descentralización municipal*. Ed. Fondo Editorial de la Cooperación. Colección Urbanismo y administración local. Barcelona.
- BORÓN, A. “A sociedade civil depois do diluvio neoliberal”, en SAMER, E., y GENTILI, P. (orgs.). *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático*. Ed. Paz y Terra. San Pablo. pp. 63-118.
- BOSQUE SENDRA, J. (1992). “Estereotipos del lugar geográfico”, en BOSQUE SENDRA, J. et. alii. *Prácticas de Geografía de la percepción y de la actividad cotidiana*. Ed. Oikos-tau. Barcelona. pp. 101-124.
- BOTERO, M. M. (comp.). (1983). *Ecodesarrollo, el pensamiento del decenio*. Ed. INDERENA-PNUMA. Bogotá.
- BOTTIGLIERI, B., PERIN, M. C., CECCARELLI, D., LUZATTI, E., y VIANO, F. (1987). *Governo locale e Promozione dello Sviluppo Economico*. Ed. Franco Angeli. Milán.
- BOURDIEAU, P. (1998). *La Distinción*. Ed. Taurus. Madrid.
- BOURDIEAU, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- BOURDIEAU, P. (1991). *El sentido práctico*. Ed. Taurus. Madrid.
- BOURDIN, A. (1984). *Le patrimoine réinventé*. Ed. Presses Universitaires de France. París.
- BREHENY, M. (1992). *Sustainable development and urban form*. Ed. Pion. Londres.
- BRESSER PEREIRA, L. C., y NAKANO, Y. (1997). “The missing social contract”, en DUCATENZEILER, G., y QXHOM, Ph. *¿What kind of democracy? What kind of market? Latin America in the Age of Neoliberalism*. Ed. University of Pennsylvania Press. Philadelphia.
- BRIAN McLOUGHLIN, J. (1971). *Planificación Urbana y Regional. Un enfoque de sistemas*. Ed. Instituto de Estudios de la Administración Local. Madrid.
- BRONFENBRENNER, U. (1987). *La Ecología del Desarrollo Humano. Experimentos en entornos naturales y diseñados*. Ed. Paidós. Barcelona.

- BROWN, S. (1990). "Humans and their environment: changing attitudes", en SILVERTOWN, J., y SARRE, P.H. *Environment and Society*. Ed. The Open University. Londres.
- BROWN, L. Et.alii. (1990-1992). "State of the World: A Worldwatch Institute Report", en *The Progress Toward a Sustainable Society*. Ed. Pergamon Press. Nueva York.
- BROWN, L. (1973). *World without Borders*. Ed. Vintage. Nueva York.
- BRUGGER, E. A., ROMERO, A., y BARRAGÁN, C. H. (1996). *Ecoeficiencia en la Pequeña Empresa, Motor del Desarrollo Sostenible Latinoamericano*. Ed. PROPEL. Bogotá.
- BRUGGER, E. A., NELSON, J., y TIMBERLAKE, L.I. (1994). *Forjadores de Porvenir: La Pequeña Empresa y el Desarrollo*. Ed. Mc Graw- Hill. Santiago de Chile.
- BRUGGER, E. A., y LIZANO, E. (1992). *Eco-Eficiencia: La Visión Empresarial para el Desarrollo Sostenible en América Latina*. Ed. Oveja Negra. Bogotá.
- BRUNDTLAND, Gro Harlem. (1987). *Our Common future: From One Earth to One World*. Ed. Oxford University Press. Nueva York.
- BUDD, L., y WHIMSTER, S. (eds.). (1992). *Global Finance and Urban Living*. Ed. Routledge. Londres.
- BUTLER, J. A. (1986). *Geografía Económica. Aspectos espaciales y ecológicos de la actividad económica*. Ed. Limusa. México.
- CABO, C. (1986). *La crisis del Estado social*. Ed. PPU. Barcelona.
- CALABRESE, O. (1989). *La era neobarroca*. Ed. Cátedra. Madrid.
- CAMAGNI, R. (1992 a). "Organization économique et réseaux de villes", en P.-H. Derycke. Ed. Espaces et dynamiques territoriales. París.
- CAMAGNI, R. (1991). *Innovation networks. Spatial perspectives*. Ed. Belhaven Press. Londres.
- CAPEL, H. (Coord.). (1990). *Los espacios acotados. Geografía y dominación social*. Ed. PPU. Barcelona
- CAPEL, H. (1987). *Geografía Humana y Ciencias Sociales. Una perspectiva histórica*. Ed. Montesinos. Barcelona.
- CAPEL, H. y MONTAÑOLA, J. (1977). *Aprender de la ciudad*. Ed. Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Barcelona.

- CARPENTER, C. R. (1958). "Territoriality: A Review of Concepts and Problems", en ROE, A. y SIMPSON, G.G. (eds.). *Behavior and Evolution*. Yale University Press. New Haven.
- CARRERAS, C. (1983). *La ciudad. Enseñanzas del fenómeno urbano*. Ed. Anaya. Madrid.
- CARRERAS, C. (1980). *Geografía Humana*. Ed. DOPESA. Barcelona.
- CASTELLS, M. (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la Identidad*. Ed. Alianza. Madrid.
- CASTELLS, M., y HALL, P. (1994). *Tecnópolis del mundo*. Ed. Alianza. Madrid.
- CASTELLS, M. (1989). *The informational city*. Ed. Blackwell. Oxford.
- CASTELLS, M. (1981). *Crisis urbana y cambio social*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- CASTELLS, M. (1974a). *La cuestión urbana*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- CASTELLS, M. (1974b). *Estructura de clases y política urbana en América Latina*. Ed. Siap. Santiago de Chile.
- CASTELLS, M. (1973). *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- CASTORIADIS, C. (1988). *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- CAZES, G. (1998). "La renovación del turismo urbano. Problemática de investigación", en *Turismo Urbano y Patrimonio Cultural. Una perspectiva europea*. Editado por Manuel J. Marchena. Colección Documentos. Diputación de Sevilla. Sevilla.
- CEPAL. (1998). *América Latina y el Caribe. Políticas para mejorar la inserción en la economía mundial*. Segunda edición revisada y actualizada. Ed. F.C.E. Santiago de Chile.
- CEPAL y PNUMA. (1990). *El reto Ambiental del Desarrollo en América Latina y el Caribe*. Ed. CEPAL. Santiago de Chile.
- CEPAL. (1989). *La crisis urbana en América Latina y el Caribe. Naciones Unidas*. Ed. CEPAL. Santiago de Chile.
- CIEDLA. Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo Latinoamericano. (1991). *La situación ambiental en América Latina. Algunos estudios de casos*. Konrad-Adenauer-Stiftung. Ed. CIEDLA. Buenos Aires.

- CLAVAL, P (1982). *Espacio y Poder*. Ed. F.C.E. México.
- CLAVAL, P. (1981). *La logique des villes*. Ed. Litec. París.
- CLAVAL, P. (1980). *Geografía Económica*. Ed. Oikos-Tau- Barcelona.
- CLICHEVSKY, N. (1990). *Construcción y administración de la ciudad latinoamericana*. Ed. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires.
- CLIFFORD, J. (1992). "Travelling cultures", en GROSSBERG, L., NELSON, C., y TREITCHER, P. (eds.). *Cultural Studies*. Ed. Routledge. Nueva York-Londres.
- CLIFFORD, J., y MARCUS, G. E. (eds.). (1986). *Writing Culture: the poetics and politics of ethnography*. Ed. University California Press. Berkeley.
- CLUGSTON, R. (1995). *Ethics, Values and Environmentally Sustainable Development. Center for Respect of life and Environment*. Ed. Mimeo. Washington. D. C.
- COHEN, J., y ARATO, A. (1994). *Civil and Political Theory*. Cambridge. MIT Press. Massachusets y Londres.
- COLINA, N. (1992). *La Convención de las Naciones Unidas sobre cambio climático. Consideraciones analíticas de una propuesta de política ambiental internacional*. Ed. Mimeo. Caracas.
- COLQUHOUN, A. (1985). *On modern and pot-modern space*. Ed. Princeton Architectural Press. Princeton.
- COHEN, S. (1980). *Geografía y política en un mundo dividido*. Ed. Ejército. Madrid.
- COHEN, J., y ARATO, A. (1994). *Civil and Political Theory*. Cambridge. MIT Press. Massachusets y Londres.
- COMISIÓN BRANDT. (1980). *North-South a programme for survival*. Ed. Pan Bis. Londres.
- COMISIÓN BRUNDTLAND (1987). *Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo. Our common future*. Ed. Oxford University Press. Oxford.
- COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO. (1986). *Nuestro futuro común*. Ed. Alianza. Madrid.
- CONDOMINAS, G. (1991). *Lo exótico es cotidiano*. Ed. Júcar. Madrid-Gijón.
- COOKE, P. (1990). *Back to the Future: Modernity, Posmodernity and locality*. Ed. Unwin Hyman. Londres.

- CORAGGIO, J. L. (1994b). “A construção de uma economia popular como horizonte para cidades sem rumbo”, en QUEIROZ RIBEIRO, L. C., y ALVES DOS SANTOS, O. (eds.). *Globalização, fragmentação e reforma urbana. O futuro das cidades brasileiras na crise*. Ed. Civilização Brasileira. Rio de Janeiro. pp. 221-259.
- CORIAT, B. (1991). *Pensar al revés*. Ed. Siglo XXI. México.
- CORTINA, A. (1997). *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Ed. Alianza. Madrid.
- CORTE, B., y GONZÁLEZ, C. (1989). *Planeación urbana y participación popular en Bogotá*. Ed. CINEP. Bogotá.
- CORRALIZA, J. A. (1987). *La experiencia del ambiente. Percepción y significado del medio construido*. Ed. Tecnos. Madrid.
- CORREA, M.E., y VALENCIA, J. (1995). *El Desarrollo Sostenible en la Economía de América Latina*. Ed. CECODES-CLADEI. Bogotá.
- COSGROVE, D., y DANIELS, S. (1988). *The Iconography of Landcape: Essays on the symbolic representation, design and use of past environments*. Ed. Cambridge University Press. Cambridge.
- COSGROVE, D. (1984). *Social Formation and Symbolic Landcape*. Ed. Croom Helm. Londres.
- CRESWELL, T. (1996). *In Place-Out Place*. Ed. University of Minnesota Press. Minneapolis.
- CROZIER, M. (1984). *No se cambia la sociedad por decreto*. Ed. Instituto Nacional de Administración Pública de España. Madrid.
- CRUZ, M. (1995). *¿A quién pertenece lo ocurrido?*. Ed Taurus. Madrid.
- CUNILL GRAU, P. (1995). *Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano, 1930-1990*. Ed. F.C.E. México.
- CURBELO, J.L., ALBUQUERQUE, F., De MATTOS, C. A. y CUADRADO, J. R. (eds.). (1994). *Territorios en Transformación: análisis y propuestas*. Ed. FEDER/CSIC. Madrid.
- CHADWICK, G. F. (1973). *Una visión sistémica del planeamiento*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.

- CHALINE, C. (1995). "Reflexión sobre la dinámica urbana de finales del siglo XX", en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid. pp. 35-38.
- CHAMBERS, R. (1998). *Sustainable rural livelihoods: a strategy for people, environment and development*. Ed. Institute of Development Studies. University Ofy Sussex.
- CHAMBERS, I. (1993). "Cities whitout maps, en BIRD, J., y CURTIS, B. (eds.). *Mapping the futures-local cultures, global change*. Ed. Routledge. Londres.
- CHAMBERS, I. (1986). *Popular Culture-The Metropolitan Experience*. Ed. Routledge. Londres.
- CHEVALIER, J. (1991). *Diccionario de los símbolos*. Ed. Herder. Barcelona.
- CHRISTIAN, T. (1979). *La urbanización capitalista. Algunos elementos para su análisis*. Ed. Edicol. México.
- CHUECA G. F. (1979). *Breve historia del urbanismo*. Ed. Alianza. Madrid.
- DAHL, R. A. (1992). *La Democracia y sus Críticos*. Ed. Paidós. Barcelona.
- DALY, H., Y COBB, J. JUNIOR (1997). *Por el bien común; reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y el futuro sostenible*. Ed. FCE. México.
- DA DALY, H. E., y COBB, J. B. (1989). *For the common good*. Ed. Beacon Press. Boston.
- DANIELS, S., y COSGROVE, D. (1993). "Spectacle and Text-Landscape metaphors in cultural geography, en DUNCAN, J., y LEY, D. (eds.). *Place/Culture/Representation*. Ed. Routledge. Londres. pp. 57-77.
- DEAR, M. (1981). "A theory of the local state", en BURNETT, A. D. y TAILOR, P. J. (eds.). *Political Studies from Spatial Perspectives*. Ed. Wiley. Chichester.
- De CASTRO AGUIRRE, C. (1995). "El análisis urbano bajo una perspectiva comportamental", en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid.
- De COULANGES, F. (1982). *La ciudad Antigua*. Ed. EDAF. Madrid.
- De FORN I FOXÁ, M., y PASCUAL I ESTEVE, J. (1995). *La planificación estratégica territorial. Aplicación en los municipios*. Ed. Diputación de Barcelona. Barcelona.
- De FUSCO, R. (1981). *Historia de la Arquitectura*. Ed. Blume. Madrid.

- De LISIO, A. (1995). “El Desarrollo sustentable: mitos, alcances y realidades como propuesta alternativa para la región”, en GENATIOS, M. (coord.). *Desarrollo sustentable y recursos naturales*. Ed. UCV. Caracas.
- De MATTOS, C.A. (1983). *La dinámica concentradora y centralizadora en los procesos de formación de las estructuras territoriales latinoamericanas*. Ed. ILPES. Doc. CPRD-E/31. Santiago de Chile.
- De RIVERO, O. (2001). *El mito del desarrollo*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Lima.
- De SOTO, H., y SCHMIDHENY, S. (1991). *Las Nuevas Reglas del Juego*. Ed. Oveja Negra. Bogotá.
- DEBORD, G. (1973). *The Society of the Spectacle*. Ed. Black and Red. Detroit.
- DEBRUN, M. (1983). *A Conciliação e outras Estratégias*. Ed. Brasiliense. San Pablo.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1994). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Ed. Pre-textos. Valencia.
- DÍAZ, E. (1984). *De la maldad del Estado y la soberanía popular*. Ed. Debate. Madrid.
- DOBSON, A. (1997). *Pensamiento político verde*. Ed. Paidós. Barcelona.
- DOERINGER, P. B., TERKLA, D. G., y TOPAKIAN, G. C. (1987). *Invisible Factors in Local Economic Development*. Oxford University Press. Nueva York-Oxford.
- DOMMEN, E. (ed.). (1993). *Fair Principles for Sustainable Development*. Ed. Edward Elgar. Londres.
- DOMMERQUES, P., y DELFOUR, Ch. (1999). “El surgimiento de nuevos modos de hacer política pública: el ejemplo americano”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- DONALD, J. (1992). “Metropolis: The City as Text, en BOCOCK, R., y THOMPSON, K. (eds.). *Social and Cultural Forms of Modernity*. Ed. The Open University- Polity Press. Londres.
- DUFFY, H. (1995). *Competitive Cities: Succeeding in the Global Economy*. Ed. E&F Spon. Londres.
- DURÁN, M.A. (1998). *La ciudad compartida: Conocimiento, afecto y uso*. Ed. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Madrid.
- EADE, J. (comp.). (1996). *Living the Global City*. Ed. Routledge. Londres.

- EDWARDS, M., y HULME, D. (eds.). (1992). *Making a Difference*. Ed. Earthscan Publication. Londres.
- ELLIN, N. (1996). *Postmodern Urbanism*. Ed. Blackwell Publisher. Cambridge.
- EMMANUEL, A. (1973). *El intercambio desigual*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- ESCOBAR, A. (1998). *La invención del Tercer Mundo: Construcción y Deconstrucción del Desarrollo*. Ed. Norma. Bogotá.
- ESPINA, A. (comp.). *Concertación Social, Neocorporativismo y Democracia*. Ed. MTSS. Madrid.
- ESTÉBANEZ ÁLVAREZ, J. (1995). “La dimensión espacial en el estudio de la ciudad”, en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid.
- ESTÉBANEZ ÁLVAREZ, J. (1992). *Geografía Humana*. Ed. Cátedra. Madrid
- ESTÉBANEZ, J. (1982). *Tendencias y problemática actual de la Geografía*. Ed. Cincel. Madrid.
- ESTRADA, L. (1992). “Perspectivas en transición del Desarrollo Regional en América Latina”, en PANADERO MOYA, M. (coord.). *América Latina: La Cuestión Regional*. Ed. Universidad de Castilla- La Mancha. Cuenca.
- ETZIONE, A. (1993). *The Spirit of Community. Rights, Responsibilities and the Communitarian Agenda*. Ed. Crown. Nueva York.
- EWEN, S. (1998). *All Consuming Images: The Politics of Style in Contemporary Culture*. Ed. Basic Books. Nueva York.
- EYLES, J., y SMITH, D. M. (1988). *Qualitative methods in Human Geography*. Ed. Polity Press. Londres.
- EYLES, J. (1985). *Senses of Place*. Ed. Silverbook Press. Londres.
- FIELD, B. C. (1994). *Environmental economics*. Ed. Mc.Graw-Hill. Nueva York.
- FEATHERSTONE, M., SCOTT, L., y ROBERTSON, R. (1995). *Global Modernities*. Ed. Sage. Londres.
- FEATHERSTONE, M. (1992). “Postmodernism and the aestheticization of every day life”, en LASH, S., y FRIEDMAN, J. (eds.). *Modernity & Identity*. Ed. Blackwell. Oxford. pp. 264-290.

- FEATHERSTONE, M. (1991). *Consumer Culture and Postmodernism*. Ed. Sage. Londres.
- FERGUSON, P. P. (1994). "The Flâneur on and off the streets of París", en TESTER, K. (ed.). *The Flâneur*. Ed. Routledge. Londres.
- FERNÁNDEZ, DURÁN, R. (1993). *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*. Ed. Fundamentos. Madrid.
- FERNÁNDEZ GÜEL, J. M. (1997). *Planificación Estratégica de Ciudades*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- FERNÁNDEZ-MASTORELL, M. (1996). *Creadores y vividores de ciudades. Ensayo de Antropología Urbana*. Ed. EUB. Barcelona.
- FERRÃO, J. (coord.). (1997). *Políticas de inovação e desenvolvimento regional e local*. Ed. Instituto de Ciencias Sociais. Universidade de Lisboa. Lisboa.
- FERREIRA FREITAS, R. (1996). *Centres Commerciaux: îles urbaines de la post-modernité*. Ed. Harmattan. París.
- FERRER, A. (1997). *Hechos y ficciones de la Globalización*. Ed. F.C.E. Buenos Aires.
- FERRER, A. (1996). *Historia de la Globalización: orígenes del orden económico mundial*. Ed. F.C.E. Buenos Aires.
- FERRER REGALES, M. (1992). "Los países subdesarrollados: Iberoamérica", en *Los sistemas urbanos*. Ed. Síntesis. Madrid.
- FERRY, J-M., WOLTON, D. (1992). *El nuevo espacio público*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- FISHER, M., y WORPOLE, K. (eds.). (1988). *City Centres, City Cultures*. Ed. CLES. Manchester.
- FITZGERALD, T. K. (1993). *Metaphors of Identity. A Culture-Communication Dialogue*. Ed. State University of New York Press. Albany.
- FOLIN, M. (1976). *La ciudad del capital y otros escritos*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- FONT, J. y RIVERO, C. (1999): Participación de la sociedad civil en el desarrollo estratégico urbano y territorial, en SUBIRATS, J. (ed.) *¿Existe Sociedad civil en España?*, Fundación Encuentro. Madrid.
- FOUCAULT, M. (1994). *Un diálogo sobre el poder*. Ed. Altaya. Barcelona. White y Whitney, 1992,

- FREEMAN, Ch. (1992). *The Economics of Hope. Essays on Thecnological Change, Economic Growth and the Environment*. Ed. Pinter. Londres
- FRIEDMANN, J. (1992). *Empowerment. The politics of alternative development*. Ed. Blackwell. Oxford.
- FRIEDMANN, J., y WEAVER, C. (1979). *Territorio y función. La evolución de la planificación regional*. Ed. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid.
- FONT, J., y RIVERO, C. (1999). “Participación de la sociedad civil en el desarrollo estratégico urbano y territorial”, en SUBIRATS, J. (ed.). *¿Existe Sociedad Civil en España?*. Ed. Fundación Encuentro. Madrid.
- FOSTER, H. (ed.). (1983). *The anti-aesthetic: essays in post-modern*. Ed. Post Townsend. Washington.
- FUKUYAMA, F. (1996). *Confiança. Valores sociais e criação de prosperidade*. Ed. Gradivia. Lisboa.
- FUSSLER, C. (1996). *Driving Eco Innovation*. Ed. Pitman Publishing. Londres.
- GALINDO, M. A., y MALGESINI, G. (1994). *Crecimiento económico: principales teorías desde Keynes*. Ed. Mc Graw-Hill. Madrid.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. (1995). “La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar”, en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). (1986). *Geografía y marxismo*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2000). *La globalización imaginada*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1996). *La Ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos: México, 1940- 2000*, Ed. Grijalbo- UAM, México.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Ed. Grijalbo. México.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ed. Grijalbo. México.
- GARCÍA, J.L. (1976). *Antropología del territorio*. Talleres de edición JB. Madrid.

- GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M. (coord.). (1997). *Ética del medio ambiente. Problema, perspectiva, historia*. Ed. Técnos. Madrid.
- GARCÍA MARÍN, J. M. (1987). *La reconstrucción de la administración territorial y local*. Ed. INAP. Madrid.
- GARCÍA MERINO, L. V. “Los usos del suelo y la organización del espacio”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- GARCÍA- PELAYO, M. (1977). *Las transformaciones del Estado contemporáneo*. Ed. Alianza. Madrid.
- GARCÍA, R., CORDERO, F., e IZQUIERDO, A. (1987). *Economía y geografía del desarrollo en América Latina*. Ed. F.C.E. México.
- GARZA, G. Y RIBERA, S. (1994). *Dinámica macroeconómica de las ciudades en México*. INEGI, el Colegio de México. UNAM. México.
- GEERTZ, C. (1988). *La interpretación de las culturas*. Ed. Gedisa. México.
- GEERTZ, C. (1983). *Local Knowledge: Further essays in interpretative anthropology*. Ed. Basic Books. Nueva York.
- GEOPOINT 82. (1982). *Les territoires de la vie quotidienne*. Ed. Groupe Dupont. Avignon.
- GEORGE, P. (1983). *Geografía de las desigualdades*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona.
- GEORGE, P. (1964). *Geografía Urbana*. Ed. Ariel. Barcelona.
- GEORGE, S. (2001). *Informe Lugano. De cómo desarmar los mecanismos fundamentalmente perversos del capitalismo ultraliberal: un horror ecológico, económico y social*. Ed. Icaria. Barcelona.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1971). *The entropy law and the economic process*. Ed. Harvard University Press. Cambridge.
- GIDDENS, A. (2000). *La Tercera Vía y sus críticos*. Ed. Taurus. Madrid.
- GIDDENS, A. (1995). *La constitución de la sociedad: elementos para una teoría de la estructuración*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- GIEDION, S. (1980). *Espacio, Tiempo y Arquitectura*. Ed. Dossat. Madrid
- GILBERT, A. G., HARDOY, J. E., y RAMIREZ, R. (eds.). (1982). *Urbanization in Contemporary Latin America*, Ed. John Wiley. Londres.

- GIRARDET, H. (1992). *Cities: New Directions for Sustainable Urban Living*. Ed. Gaia Books. Londres.
- GLUCKMAN, M. (1978). *Política, derecho y ritual en la sociedad ritual*. Ed. Akal. Madrid.
- GOLD, J. (1980). *An Introduction to Behavioural Geography*. Ed. University Press. Oxford.
- GOODLAND, R., et alii. (1994). *Desarrollo Económico Sostenible: Avances sobre el Informe Brundtland*. Ed. Tercer Mundo. Bogotá.
- GOTTDIENER, M. (1995). *Postmodern Semiotics*. Ed. Blackwell. Cambridge.
- GOTTMANN, J. (1973). *The significance of territory*. Ed. University Press of Virginia. Charlottesville.
- GOUËSET, Vincent. (1998). *Nacimiento de una Metropoli. La originalidad del proceso de concentración urbana en Colombia en el siglo XX*, TM Editores. Bogotá.
- GREGORY, D. (1984). *Ideología, ciencia y geografía humana*. Ed. Oikos-tau. Barcelona.
- GUATTARI, F. (1990). *Las tres ecologías*. Ed. Pre-Textos. Valencia.
- GUÉHENNO, J. M. (1995). *El Fin de la Democracia: La Crisis Política y las Nuevas Reglas del Juego*. Ed. Paidós. Barcelona.
- GUIMARAES, R. P. (1991). "A assimetria dos interesses compartilhados: América Latina e a Agenda Global do Meio Ambiente", en LEIS, H. R. (org.). *Ecologia e politica mundial*. Ed. Vozes. Rio de Janeiro.
- GUPTA, A. (1988). *Ecology and Development in the Third World*. Ed. Methuen. Londres.
- GURR, E. R. y KING, D. S. (1987). *The State and the City*. Ed. Macmillan. Basingstoke / Londres.
- HABERMAS, J. (1989). "Modernidad, un proyecto incompleto", en CASULLO, N. (comp.). *El debate modernidad-posmodernidad*. Ed. Puntosur. Buenos Aires.
- HABERMAS, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Ed. Taurus. Madrid.
- HADDAD, P. R. (1980). *Participação, justiça social e planejamento*. Ed. Zahar. Río de Janeiro.
- HALL, P. (1978). *Modelos de Análisis Territorial*. Ed. Oikos Tau. Barcelona.

- HALL, S., y GAY, P. (eds.). (1996). *Questions of Cultural Identity*. Ed. Sage. Londres.
- HAMELINK, C. J. (1989). "The Relationship between Cultural Identity and Modes of Communication", en ANDERSON, J. A. (ed.). *Communication Yearbook/12*. Ed. Sage. Londres.
- HANNERZ, U. (1986). *Exploración de la ciudad*. Ed. F.C.E. México.
- HARDOY, J. E. (compilador). (1978). *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Ed. CLACSO. SIAP. Buenos Aires.
- HARDOY, J. E. (compilador). (1975). *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*. Ed. SIAP. Buenos Aires.
- HARRIS, W. D. (1975). *El crecimiento de las ciudades en América Latina*. Ed. Marymar. Buenos Aires.
- HARVEY, D. (1998). *La condición de la Postmodernidad: investigación sobre el origen del cambio cultural*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- HARVEY, D. (1996). *Justice, Nature & the Geography of Difference*. Ed. Blackwell. Londres.
- HARVEY, D. (1995). *Globalization in Question*. Ed. Blackwell. Londres.
- HARVEY, D. (1989). *The Urban Experience*. Ed. Basil Blackwell. Oxford.
- HARVEY, D. (1985). "The geopolitics of capitalism", en GREGORY, D., y URRY, J. (eds.). *Social relations and spatial structures*. Ed. Blackwell. Londres.
- HARVEY, D. (1979). *Urbanismo y desigualdad social*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- HASSAN, I. (1992). "Pluralism in Postmodern Perspective", en JENKS, Ch. (ed.). *The Post-modern Reader*. Ed. Academy. Londres.
- HASSAN, I. (1981). "Cities of Mind, Urban Words: The Dematerialization of Metropolis in Contemporary Urban Fiction", en JAYCE, M. C., y WATTS, A. C. (eds.). *Literature and the Urban Experience*. Ed. Rutgers University Press. Nueva Brunswick.
- HAUGHTON, G., y HUNTER, C. (1994). *Sustainable cities. Regional Studies Association*. Ed. Jessica Kingsley Publishers. Londres.
- HAWKEN, P. (1994). *The ecology of Commerce. A declaration of Sustainability*. Ed. Harper Business. Nueva York.
- HAYDEN, D. (1995). *The Power of Place*. Ed. MIT Press. Cambridge.

- HEIDEGGER, M. (1993). “*Construir, habitar, pensar*”, en *Ciencia y Técnica*. Ed. Universidad Santiago de Chile. Santiago.
- HEIDEGGER, M. (1990). *Identidad y diferencia*. Ed. Anthropos. Barcelona.
- HEIDEGGER, M. (1986). *Ser y Tiempo*. Ed. F.C.E. México.
- HEIDEGGER, M. (1969). “La época de la imagen del mundo”, en *Sendas perdidas*. Ed. Losada. Buenos Aires.
- HELD, D. (comp.). (1995). *Cosmopolitan Democracy*. Ed. Cambridge Polity Press. Cambridge.
- HERMET, G. (1989). *El pueblo contra la democracia*. Ed. Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Madrid.
- HERNES, G., y SELVIK, A. (1988). “El corporativismo local”, en BERGER, S. *La organización de los grupos de interés en Europa Occidental*. Ed. MTSS. Madrid.
- HERRERA, A., et alii. (1976). *¿Catastrophe or new society? A Latin American World Model*. Ed. IDRC. Ottawa.
- HELD, D. (1997). *La Democracia y el Orden Global: Del Estado Moderno al Gobierno Cosmopolita*. Ed. Paidós. Barcelona.
- HILDENBRAND SHEID, A. (1996). *Política de Ordenación del Territorio en Europa*. Ed. Universidad de Sevilla. Consejería de Obras Públicas y Transporte. Sevilla.
- HINKELAMMERT, F. (1992). “Nuevo rol del Estado en el Desarrollo Latinoamericano”, en *Nuevo rol del Estado en el Desarrollo Latinoamericano*. Ed. Asociación Latinoamericana de organizaciones de promoción. Caracas.
- HIRSCHMAN, A. (1986). *Interés privado y acción pública*. Ed. F.C.E. México.
- HIRSCHMAN, A. O. (1958). *The strategy of economic development*. Ed. Yale Univesity Press. New Haven.
- HOLDGATE, M. (1996). *From Care to Action, Making a Sustainable World*. Ed. Earthscan Publications Ltd. Londres.
- HOPENHAYN, M. (1988). “La participación y sus motivos”, en *Programas de capacitación*. Ed. ILPES. Doc. ASD/95. Santiago de Chile.
- HUMMEL, B. (1999). “Participación ciudadana, calidad de vida e indicadores de progreso de la sociedad civil en Estados Unidos”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.

- HUNTINGTON, S. P. (1991). *El orden político en las sociedades en cambio*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- IBARRA, V., PUENTE, S., y SAAVEDRA, S. (comps.). (1986). *La ciudad y el medio ambiente en América Latina*. Ed. Colegio de México. México.
- INFORME BRANDT. (1980). *Norte-Sur. Un programa para la Supervivencia*. Ed. Pluma. Bogotá.
- INGLEHART, R. (1997). *Modernization and Postmodernization*. Ed. Princeton University Press. Princeton.
- JACQUARD, A. (1995). *J'accuse l'économie triomphante*. Ed. Calman-Levy. Paris.
- JACOBS, J. (1967). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Ed. Península. Madrid.
- JACOBS, M. (1992). *The green economy, environment, sustainable development and the politics of the future*. Ed. Pluto Press. Londres.
- JACKSON, P. (1989). *Maps of Meaning: An introduction to cultural geography*. Ed. Unwin Hyman. Londres.
- JAMESON, F. (1996). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Ed. Trotta. Valladolid.
- JARAMILLO, S., y CUERVO, L. M. (1993). *Urbanización latinoamericana, nuevas perspectivas*. Ed. Escala. Colección Historia y Teoría Latinoamericana. Bogotá.
- JENKS, C. (1996). *¿What is Post-Modernism?* Ed. Cademy. Londres.
- JIMÉNEZ HERRERO, L. M. (1996). *Desarrollo sostenible y economía ecológica*. Ed. Síntesis. Madrid.
- JOHNSTON, R. J. (1986). "La economía política marxista, el Estado y la geografía política", en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía y marxismo*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- JOHNSTON, R. J. (1983). *Philosophy and Human Geography. An Introduction to Contemporary Approaches*. Ed. Arnold. Londres.
- JOHNSTON, R. J. (1982). *Geography and the State*. Ed. Mc Millan. Londres.
- JONÁS, H. (1995). *El principio de responsabilidad*. Ed. Herder. Barcelona.
- KAPLAN, R. D. (1996). *The Ends of the Earth*. Ed. Random House. Nueva York.
- KASINITZ, P. (ed.). (1995). *Metropolis: Center and Symbol of our Times*. Ed. Nueva York University Press. Nueva York.

- KASSIOLA, J. J. (1990). *The death of industrial civilization: the limits to economic growth and the repoliticization of advanced industrial society*. Ed. State University of New York Press. Nueva York.
- KEARNS, G., y PHILO, C. (eds.). (1993). *Selling Places: the city as a cultural capital, past and present*. Ed. Pergamon Press. Oxford.
- KHOSLA, A. (1987). "Alternatives strategies in achieving sustainable development", en JACOBS, P., y MONROE, D. A. (org.). *Conservation with equity: strategies for sustainable development*. Ed. IUCN. Cambridge.
- KING, R. (1996). *Emancipating Space*. Ed. The Guilford Press. Nueva York.
- KLIKSBERG, B. (1989). *¿Cómo transformar al Estado?*. Ed. F.C.E. México.
- KLOTZ, H. (1988). *The History of Postmodern Architecture*. Ed. MIT Press. Cambridge.
- KLOTZ, H. (1985). *Postmodern Visions*. Ed. Abbeville Press. Nueva York.
- KNOX, P. L. Y AGNEW, J. A. (1989). *The Geography of the world economy*. Ed. Edward Arnold. New York.
- KÖHLER, H. D. (1999). "Corporativismo local, ¿una estrategia de consenso para el desarrollo?", en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- KOWARICH, L. (1975). *Capitalismo e Marginalidade na América Latina*. Ed. Paz e Terra. Rio de Janeiro.
- KULA, E. (1992). *Economics of natural resources and the environment*. Ed. Chapman & Hall. Londres.
- LABORDE, P. (1996). "Dinámica de las ciudades medias y su papel de reequilibrio territorial", en LÓPEZ TRIGAL, L. Ed. Universidad de León. León.
- LADRIÈRE, J. (1975). *Vie sociale et destinée*. Ed Duculot. París.
- LAMBERT, D.C., y MARTIN, J. M. (1976). *América Latina. Economías y sociedades*. Ed. F.C.E. Madrid.
- LASH & URRY. (1994). *Economies of Sign and Space*. Ed. Sage. Londres.
- LASH, S. (1990). *Sociology of Postmodernism*. Ed. Routledge. Londres.
- LECHTE, J. (1995). "Belonging in Postmodern Space", en WATSON, S., y GIBSON, K. (eds.). *Postmodern Cities and Spaces*. Ed. Blackwell. Cambridge.

- LEDUT, R. (1974). *El espacio social de la ciudad*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires.
- LEFF, E. (1994). *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sostenible*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- LEFF, E. (1993). “La dimensión cultural del manejo integrado, sustentable y sostenible de los recursos naturales”, en LEFF, E., y CARABLAS, J. (coord.). *Cultura y manejo sustentable de los recursos naturales*. Ed. Porrúa/PNUMA. México.
- LEFEBVRE, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Ed. Península. Barcelona.
- LEÓN, A. (1982). *Dimensión territorial de las disparidades sociales*. Ed. ILPES. Santiago de Chile.
- LEVI-STRAUSS, C. (1981). *La identidad*. Ed. Petrel. Barcelona.
- LEVY, J. (1995). “Las identidades urbanas de hoy”, en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid.
- LEY, D. (1989). “Modernism, post-modernism and the struggle for place”, en AGNEW, J. A., y DUNCAN, J. S. (eds.). *The Power of Place*. Ed. Unwin Hyman. Boston
- LEY, D. (1983). *A social Geography of the city*. Ed. Harper and Rowe. Nueva York.
- LONDOÑO, J. L. (1996). *Poverty, Inequality, and Human Capital Development in Latin America. 1950-2025*. Ed. World Bank. Washington. D. C.
- LOVELOCK, J. E. (1979). *Gaia: a new look at life on earth*. Ed. Oxford University Press. Oxford.
- LOWE, P. (1998). “Environmental concern and rural conservation politics”, en WHITBY, M., y OLLERENSHAW, J. *Land-use and the european environment*. Ed. Belhaven Press. Londres.
- LUHMAN, N. (1997). *Observaciones de la Modernidad: Racionalidad y Contingencia en la Sociedad Moderna*. Ed. Paidós. Barcelona.
- LUKE, T. W. (1995). “Sustainable development as a power/knowledge system: the problem of “governmentality”, en FISCHEN, F., y BLACK, M. (eds.). *Greening environmental policy. The politics of a sustainable future*. Ed. Paul Chapman Pub. Ltd. Londres.
- LY, H. E., y TOWNSEND, K. N. (1993). *Valuing the Earth: Economics, Ecology, Ethics*. Ed. MIT Press. Cambridge.

- LYNCH, K. (1984). *La Imagen de la ciudad*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- LYOTARD, J-F. (1990). *La condición posmoderna*. Ed. Red Editorial Latinoamericana. México.
- LLOYD, P. E., y DICKEN, P. (1990). *Location in space. Theoretical perspectives in economic geography*. Ed. Harper and Collins Publishers. Londres.
- MAGNAGHI, A. (ed.). (1990). *Il territorio dell'abitare*. Ed. F. Angelli. Milán.
- MALDONADO, T. (1990). *El futuro de la modernidad*. Ed. Júcar. Madrid.
- MANDEL, E. (1972). *El capitalismo tardío*. Ed. Era. México.
- MANNE, A. S. y RICHELIS, R. (1992). *Buying greenhouse insurance: The economic cost of carbon dioxide emission limits*. Ed. MIT Press. Cambridge.
- MANNS, S. (1993). *Safe Home-Safe Neighborhoods*. Ed. Nolo Press. Berkeley.
- MARTELL, L. (1994). *Ecology and society. An introduction*. Ed. Polity Press. Oxford.
- MARTÍN, C. (1986). *Hispanoamérica, mito y surrealismo*. Ed. Procultura. Bogotá.
- MARTÍN BARBERO, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Ed. Gustavo Gili. México.
- MARTÍN, H., y SCHUMAN, H. (1998). *La trampa de la Globalización*. Ed. Taurus. Madrid.
- MARTÍN LÓPEZ, E. (1997). *Sociología urbana y urbanismo*. Ed. Para la formación de altos profesionales. Madrid.
- MARTÍN LOU, M. A., y MÚSCAR BENASAYAG, E. (1992). *El proceso de urbanización en América del Sur*. Ed. Colecciones MAPFRE. Madrid.
- MARTIN, M. (1975). *La estructura de la forma urbana*. Editorial. Gustavo Gili. Barcelona.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1992a). *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Ed. Icaria. Barcelona.
- MARTÍNEZ-ALIER, J. (1994). *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Ed. Icaria. Barcelona.
- MARTÍNEZ-ALIER, J., y SCHLÜPMANN, K. (1992b). *La economía y la ecología*. F.C.E. Madrid.

- MATURANA, H. (1995). *La realidad, ¿objetiva o construida?*. Ed. Anthropos. Barcelona.
- MAURÍN ÁLVAREZ, M. (1999). “La conformación del espacio geográfico y los factores de la estructura espacial”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- MAX-NEEF, M Y otros. (1993). *Desarrollo a escala humana*. Ed. Nordan-Comunidades/ Redes. Montevideo.
- Mc NEELY, J., y PITT, D. (1985). *Culture and conservation: the human dimension in environmental planning*. Ed. Croom Helm. Londres.
- MEADOWS, D. H., MEADOWS, D. L., y RANDERS, J. (1992). *Beyond the limits: global collapse or sustainable future*. Ed. Clays Ltd. Londres. (Traducción Castellana. MEADOWS, D. H. 1992. Más allá de los límites del crecimiento. Informe del Club de Roma. Ed. El País-Aguilar. Madrid).
- MEADOWS, D. H., MEADOWS, D. L., RANDERS, J., y NEHRENS III, W. W. (1972). *The limits to growth: a Report to the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*. Ed. American Library. Nueva York. (Traducción castellana. MEADÓWS, D. H. 1972. Los límites del crecimiento. Informe del Club de Roma. Ed. F.C.E. México).
- MEHTA, M. (1994). “Participation and Urban Governance”, en *Group of Urban Research Institute*, University of Toronto. Ed. Mimeo. Toronto.
- MELNICK, S. R. (1980). “Principales escuelas, tendencias y corrientes de pensamiento”, en SUNKEV, G. *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina*. Ed. F.C.E. México.
- MÉNDEZ, R. (1997). *Geografía Económica. La lógica espacial del capitalismo global*. Ed. Ariel Geografía. Barcelona.
- MÉNDEZ, R. y CARAVACA, I. (1996). *Organización industrial y territorio*. Ed. Síntesis. Madrid.
- MEYROWITZ, J. (1985). *No Sense of Place. The Impact of Electronic Media on Social Behavior*. Ed. Oxford Universty Press. Nueva York.
- MILLS, C. W. (1969). *La imaginación sociológica*. Ed. F.C.E. México.
- MINSBURG, N., y VALLE, H.W. (1994). *El impacto de la globalización. La encrucijada económica del siglo XXI*. Ed. Letra. Buenos Aires.

- MIRALLES I GARCÍA, J. L. (1999). “Las técnicas de planificación territorial”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- MIRE, F. (1996). *La revolución con quien nadie soñó o la otra posmodernidad*. Ed. Nueva Sociedad. Caracas.
- MOMSEN, J. (1993). *Women and Development in the Third World*. Ed. Routledge. Londres.
- MORIN, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- MORLEY, J. (1990). “El desarrollo local no es opcional”, en *Nuevas asociaciones para crear empleo a nivel local*. Ed. LEDA. Dublín.
- MORRIS, D., y HESS, K. (1978). *El poder del vecindario*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- MUIR, R. (1982). *Geografía política moderna*. Ed. Ejército. Madrid.
- MONTAÑOLA, T.J. (1979). *Topogénesis*, Vols. I, II y III; Editorial Oikos-tau, Barcelona.
- MYRDAL, G. (1968). *Asian drama: an inquiry into the poverty of nations*. Ed. Pantheon, Vol. III. New York.
- NAREDO, J. M. y otros. (1996). *Ciudades para un futuro sostenible. Habitat II*. Ed. Ministerio de Obras Públicas. Madrid.
- NIETO, A. (1984). *La organización del desgobierno*. Ed. Ariel. Barcelona.
- NICKSON, A. (1995). *Local Government in Latin America*. Ed. Lynne Rienner Publishers. Nueva York.
- NOZICK, R. (1974). *Anarchy, State and Utopia*. Ed. Basil Blackwell. Oxford.
- OBIETA, J. A. (1985). *El derecho humano de autodeterminación de los pueblos*. Ed. Tecnos. Madrid.
- OCAMPO, J. A. (1991b). “Los términos de intercambio y las relaciones centro-periferia”, en SUNKEL, O. (ed.). *El desarrollo desde dentro: un enfoque no estructuralista para América Latina*. Ed. F.C.E. México.
- OCDE (Programa ILE). (1989). “Nuevas funciones para las comunidades locales”, en *Empleo y educación a nivel local*. Ed. Ministerio de trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- O'DONNELL, G. (1989). *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina*. Ed. CLACSO. Buenos Aires.

- OHMAE, K. (1995). *The end of nation state: The rise of regional economics*. Ed. The Free Press. Nueva York.
- OLALQUIAGA, C. (1992). *Megalopolis-Contemporary, Cultural Sensibilities*. Ed. University of Minnesota Press. Minneapolis.
- ORIOL COSTA, P., PEREZ, J.M., y TROPEA, F. (1996). *Tribus urbanas*. Ed. Paidós Estado y Sociedad. Barcelona.
- ORTEGA CANTERO, N. (1987). *Geografía y cultura*. Ed. Alianza. Madrid.
- ORTEGA CANTERO, N. (1977). *Geografías, ideologías, estrategias espaciales*. Ed. Dédalo. Madrid.
- ORTIZ, E., y AUDEFROY, J. (coord.). (1998). *Construyendo la ciudad con la gente. Nuevas tendencias en la colaboración entre las iniciativas comunitarias y los gobiernos locales*. Ed. Habitat International Coalition. México.
- ORTIZ, R. (1994). *Mundialização e cultura*. Ed. Brasiliense. Sao Paulo.
- OSBORNE, D., y GAEBLER, T. (1994). *La reinención del gobierno*. Ed. Paidós. Barcelona.
- PADDISON, R. (1983). *The fragmented State. The political geography of power*. Ed. Basil Blackwell. Oxford.
- PALAZUELOS, E. (coord.). (1988). *Dinámica capitalista y crisis actual*. Ed. Akal. Madrid.
- PANADERO MOYA, M. (coord.). (1999). *América Latina: lógicas globales y lógicas locales*. Ed. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- PANADERO MOYA, M., y CZERNY, M. (eds.). (1991). *América Latina: regiones en transición*. Ed. Universidad de Castilla- La Mancha.
- PANADERO MOYA, M. (coord.). (1988). *Urbanización, subdesarrollo y crisis en América Latina*. Ed. Seminario de Geografía. Albacete.
- PARSONS, T. (1968). *La estructura de la acción social*. Ed. Guadarrama. Madrid.
- PARTIDA, V. (1994). *Migración interna*. INEGI, el Colegio de México. UNAM. México.
- PASTOR, S. (1996). “El papel del Estado y el Mercado. Rasgos e implicaciones políticas”, en TEZANOS, J. F., MONTERO, J. M., y DÍAZ, J. A. (eds.). *Tendencias de*

futuro en la sociedad española. Primer foro sobre tendencias sociales. Ed. Sistema. Madrid.

- PATTON, P. (1996). "Imaginary cities: Images of postmodernity", en WATSON, S., y GIBSON, K. (eds.). *Postmodern cities & spaces*. Ed. Blackwell. Cambridge.
- PAZ, O. (1989). *El Laberinto de la soledad*. Ed. FCE. México.
- PAZ, O. (1981). *In/mediaciones*. Ed. Seix Barral. Barcelona.
- PEARCE, D. W. (1976). *Environmental economics*. Ed. Longman. Londres.
- PEET, R. (1991). *Global capitalism: theories of societal development*. Ed. Routledge. Londres.
- PEÑALVA, S., y GROSSI, M. (1989). "Gobierno y democracia local en América Latina. Procesos y tendencias de la administración de la política municipal", en *Descentralización y democracia. Gobiernos locales en América Latina*. Ed. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO/SUR/CEUMT. Santiago de Chile.
- PÉREZ, A. (1993). *Globalization, Politics and Social Policy in Latin America*. Ed. Mimeo. University of West Ontario.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1987). *El retorno de la Sociedad Civil*. Ed. Instituto de Estudios Económicos. Madrid.
- PEZZEY, J. (1989). *Economic analysis of sustainable growth and sustainable development*. Ed. World Bank. Washington. D. C.
- PHILO, C. (1991). *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Ed. Lampeter: Department of Geography, St David's University College. Londres.
- PICHÓN-RIVIERE, E. (1991). *Teoría del Vínculo*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.
- PNUD. (1996). *Informe sobre Desarrollo Humano 1996*. Ed. Mundi-Prensa Libros, S.A. Madrid.
- PNUMA. (1989). *Environmental Perspective to the year 2000 and Beyond*. Ed. UNED. Nairobi
- POCKOCK, D., Y HUDSON, R. (1978). *Images of Urban Environment*. Ed. Macmillan. Londres.
- PONTARA, G. (1996). *Ética y generaciones futuras*. Ed. Ariel. Barcelona.

- PORTER, M. (1990). *The competitive advantage of nations*. Ed. The Free Press. Nueva York.
- PORTES, A. (1989). “La urbanización de América Latina en los Años de Crisis”, en *Las ciudades en conflicto. Una perspectiva Latinoamericana*. Ed. Banda Oriental. Montevideo.
- PORTILLO, A. (1996). *La ciudad de la gente*. Ed. Nordan-Comunidad. Montevideo.
- POTTER, R. (1993). Urbanization and Development in the Third World, en COURTENAY, P. P. (ed.). *Geography and Development*. Ed. Longman. Melbourne.
- POTTER, R. (1985). *Urbanization and Planning in the 3rd World: Spatial Perceptions and Public Participation*. Ed. Martin Press. Nueva York.
- PRADILLA COBOS, E. (1984). *Contribución a la crítica de la teoría urbana. Del “espacio” a la “crisis urbana”*. Ed. Universidad Autónoma Metropolitana. Xochimilco. México.
- PRESSMAN, N. (1985). “Forces for spatial change”, en BROTCHE, J., y OTROS. *The Future of Urban Form*. Ed. Croom Helm. Londres.
- PUGH, C. (ed.). (1996). *Sustainability, the Environment and Urbanization*. Ed. Earthscan. Londres.
- PUJADAS, R., y FONT, J. (1998). *Ordenación y Planificación Territorial*. Ed. Síntesis. Madrid.
- PUJADAS, J. (1996). “Antropología urbana”, en *Ensayos de Antropología cultural*. Ed. Prat, J. y Marquez, A. Madrid.
- QUIJANO, A. (1988). *Otra noción de lo público, otra noción de lo privado*. Ed. CEPAL. Santiago de Chile.
- QUIJANO, A. (1975). “The urbanization of Latin America Society”, en HARDOY, J. E. (ed.). *Urbanization in Latin America*. Ed. Anchor Books. Nueva York.
- QUINTANA URANGA, L. (2000). “Puntualizaciones sobre la situación de los asentamientos humanos en Latinoamérica: nuevas necesidades, nuevas políticas, nuevas alternativas”, en *Soluciones iberoamericanas a los graves problemas del hábitat*. Ed. Seminario Internacional CYTED. Madrid.

- RAFFESTIN, C. (1986). “Marxismo y geografía política”, en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía y marxismo*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- RAPAPORT, A. (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana: Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- RAVINET, Jaime (1998), “La ciudad como motor de desarrollo”. en: *La Ciudad en el Siglo XXI, experiencias exitosas en gestión del desarrollo urbano en América Latina*, Eduardo Rojas y Robert Daughters, Editores. Bogotá.
- REED, D. (1996). *Ajuste estructural, ambiente y desarrollo sostenible*. Ed. Nueva Sociedad/Cendes/WWF. Caracas.
- REDCLIFT, M. (1995). “Values and global environmental change”, en GUERRIR, Y. et alii. (ed.). *Values and the environment. A social science perspective*. Ed. Wiley. Londres.
- REDCLIFT, M. (1987). *Sustainable development: exploring contradictions*. Ed. Methuen. Nueva York.
- REILLY, C.A. (1994). *Nuevas políticas urbanas. Las ONG y los gobiernos municipales en la democratización latinoamericana*. Ed. Fundación Interamericana. Arlington.
- RELPH, E. (1976). *Place and Placelessness*. Ed. Pion. Londres.
- RESTREPO, D. (1994). “Descentralización administrativa y nuevos espacios de participación comunitaria”, en *Apuntes para la modernización institucional de Santa Fé de Bogotá*. Ed. Centro de Investigaciones para el Desarrollo CID. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- RICH, B. (1994). *Mortgaging the earth*. Ed. Beacon Press. Boston.
- RICOEUR, P. (1982). *Finitud y culpabilidad*. Ed. Taurus. Madrid.
- RIECHMANN, J. y otros. (1995). *De la Economía a la Ecología*. Ed. Trotta. Madrid.
- RIECHMANN, J., y FERNÁNDEZ BUEY, F. (1994). *Redes que dan libertad*. Ed. Paidós. Barcelona.
- RIORDAN, T. (1993). “The politics of sustainability”, TURNER, R. K. (ed). *Sustainable environmental economics and management. Principles and practice*. Ed. Belhaven Press. Londres.

- RITZER, G. (1996). *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalidad en la vida cotidiana*. Ed. Ariel Sociedad Económica. Barcelona
- ROBERTS, B. (1980). *Ciudades de campesinos*. Ed. Siglo XXI. México.
- ROBERTSON, R. (1995). "Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity", en FEATHERSTONE, M., LASH, S., y ROBERTSON, R. (eds.). *Global Modernities*. Ed. Sage. Los Angeles.
- ROBERTSON, R. (1992). *Globalization: Social Theory and Global Culture*. Ed. Sage. Londres.
- ROBINS, K. (1995). "Collective Emotion and Urban Culture", en HEALEY, P. (ed). *Managing Cities*. Ed. Wiley. Londres.
- ROBINS, K. (1993). "Prisoners of the City: ¿Whatever could a Postmodern City Be?", en CARTER, E., DONALD, J., y SQUIRES, J. (eds.). *Space & Place- Theories of identity and Location*. Ed. Lawrence & Wishart. Londres.
- RODRÍGUEZ, A., y WINCHESTER, L. (1999). *Ciudades y gobernabilidad en América Latina*. Ed. SUR. Santiago de Chile.
- RODRÍGUEZ GUTIERREZ, F. (ed). (1999). *Manual de Desarrollo Local*. Ed. Trea, S. L. Gijón.
- ROJAS, E. (1998). "Revitalización Urbana", en: ROJAS, E. y DAUGHTERS, R., *La Ciudad en el Siglo XXI, experiencias exitosas en gestión del desarrollo urbano en América Latina*. Bogotá
- ROKKAN, S., y URWIN, D. (1983). *Economy, Territory, Identity*. Ed. Sage Publications. Londres.
- ROMERO, J. L. (1984). *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Ed. Siglo XXI. México.
- ROTHCHILD, J. (1981). *Ethnopolitics. A conceptual Framework*. Columbia University Press. Nueva York.
- ROVATTI, A. (1990). *Como la luz tenue*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- RUBIO DÍAZ, A. (1999). "La ciudad actual como objeto de reflexión y análisis", en DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, R. (coord.). *La ciudad: tamaño y crecimiento*. Ed. Departamento de Geografía. Universidad de Málaga. Málaga

- RUCHT, D. (1993). “¿Think globally, act locally? Nedds, forms and problems of cross-national cooperation among environmental groups”, en LIEFERINK, J. D., LOWE, P. D., y MOL, P. J. (eds). *European integration and environmental policy*. Ed. Belhaven Press. Londres.
- SACK, R. D. (1992). *Place, modernity and the consumer's world: a relational framework for geographical analysis*. Ed. The Johns Hopkins University Press. Baltimore y Londres.
- SÁEZ, D. y CABANELAS, J. (1997). *Cooperar para competir con éxito*. Ed. Pirámide. Madrid.
- SAHLINS, M. (1988). *Cultura y razón práctica*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- SAMUELS, M. S. (1981). “An existencial geography”, en HARVEY, M. E., y HOLLE, B. P. (eds). *Themes in geographic thought*. Ed. Croom Helm. Londres.
- SAN ROMÁN, T. (1996). *Los muros de la separación*. Ed. Universitat Autònoma de Barcelona-Técno. Barcelona-Madrid.
- SÁNCHEZ, J. E. (1989). *Espacio, economía y sociedad*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- SÁNCHEZ, J. E. (1986). “Espacio y Poder en una perspectiva Geopolítica”, en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía y marxismo*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- SÁNCHEZ, J. E. (1980). *La Geografía y el espacio social del poder*. Ed. Libros de la Frontera. Barcelona.
- SANTACANA, F. y CAMPRECIÓS I HERNÁNDEZ, J.(1993). *Primer seminario técnico del Centro Iberoamericano de Desarrollo Estratégico Urbano (CIDEU)*. Ed. Mimeo. Barcelona.
- SANTOS, M. (1999). *La naturaleza del espacio*. Ed. Ariel. Barcelona.
- SANTOS, M. (1988). “Problemas de planificación urbana y regional en América Latina”, en PANADERO MOYA, M. *Urbanización, subdesarrollo y crisis en América Latina*. Sem. de Geografía. Albacete.
- SANTOS, M. (1996a). *Metamorfosis del espacio habitado*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona.
- SANTOS, M. (1996b). *De la totalidad al lugar*. Ed. Oikos-Tau- Barcelona.
- SANTOS, M. (1996c). “A força do lugar”, en *A natureza do espaço*. Ed. Hucitec. Sao Paulo.

- SANTOS, M., De SOUZE, M. A., y SILVEIRA, M. L. (1994a). *Territorio, Globalização e Fragmentação*. Ed. Hucitec. San Pablo.
- SANTOS, M. (1994b). *Técnica, espaço, tempo*. Ed. Hucitec. Sao Paulo.
- SANTOS, W. G. (1993). *Razoes da desordem*. Ed. Rocco. Río de Janeiro.
- SASSEN, S. (1999). *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*. Ed. Eudeba. Buenos Aires.
- SASSEN, S. (1999). *Cities in a World Economy*. Ed. Pine Forge Press. Thousand Oaks.
- SASSEN, S. (1996). *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization. The 1995 Columbia University Leonard Hastings Schoff Memorial Lectures*. Ed. Columbia University Press. Nueva York.
- SAVAGE, M., y WARDE, A. (1993). *Urban Sociology. Capitalism and Modernity*. Ed. Macmillan. Basingstoke / Londres.
- SCANDURRA, E. (1994). “Verso una revisione dei contenuti disciplinari dell’urbanistica. Il concetto di sviluppo sostenibile nella pianificazione del territorio”, en SALUSTRI, S. *La città complessa: dall’approccio radicale a quello riformista*. Ed. F Angeli. Milán.
- SCHMIDHEINY, S. (1992). *Cambiando el Rumbo*. F.C.E. México.
- SCHON, D. A. (1973). *Beyond the Stable State*. Ed. W.W. Norton. Nueva York.
- SCHTEINGART, M. Et. al. (1973). *Urbanización y dependencia en América Latina*. Ed. SIAP. Buenos Aires.
- SEAMON, D. (1979). *A Geography of the Lifeworld*. Ed. Croom Helm. Londres.
- SECHI, B. (1968). *Análisis de las estructuras territoriales*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- SEGUI PONS, J., y RUIZ PÉREZ, M. (1991). *Análisis espacial*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona.
- SENNETT, R. (1978). *The Fall of Public Man. On the social Psychology of Capitalism*. Ed. Vintage Books. Nueva York.
- SEJENOVICH, H., y PANARIO, D. (1992). *Hacia otro desarrollo - Una perspectiva ambiental*. Ed. Nordan. Montevideo.
- SERAGELDIN, I., y STEER, A. (1994). “Making Development Sustainable. From Concepts to Action”, en *Environmentally Sustainable Development*. Ed. Ocassional Paper Serie N° 2. The World Bank.

- SERRES, M. (1991). *El paso del noroeste*. Ed. Debate. Madrid
- SHIELDS, R. (1992). *Lifestyle Shopping: the subject of consumption*. Ed. Routledge. Londres.
- SHIELDS, R. (1991). *Places on the Margin. Alternative Geographies of Modernity*. Ed. Routledge. Londres / Nueva York.
- SHORT, J. R. (1996). *The Urban Order*. Ed. Balckwell. Londres.
- SIMMEL, G. (1909). “The great city and mental life”, reimpreso en SENNETT, R. (ed.). (1969). *Classic Essays on the Culture of Cities*. Ed. Prentice Hall. Nueva York.
- SINGER, P. (1979). *Economía política de la urbanización*. Ed. Siglo XXI. México.
- SINGER, P. (1973a). “Urbanização, dependencia e marginalidade na América Latina”, en *Economia Politica de Urbanização*. Ed. Brasiliense. San Pablo.
- SINGER, P. (1973b). *Economía política da urbanização*. Ed. Brasiliense. San Pablo.
- SMITH, D. M. (1994). *Geography and Social Justice*. Ed. Blackway. Oxford.
- SMITH, M. P. (1991). *City, State and Market. The Political Economy of Urban Society*. Ed. Basil Blackwell. Oxford.
- SOJA, E. W. (1989). *Postmodern Geographies: the reassertion of space in critical social theory*. Ed Verso. Londres.
- SOSA, N. M. (1990). *Ética ecológica*. Eds. Libertarias. Madrid.
- SPERBER, D. (1988). *El simbolismo en general*. Ed. Anthropos. Barcelona.
- SPIVAK, G. (1992). “The politics of Translation”, en BARRET, M., y PHILLIPS, A. (eds.). *Destabilising Theory*. Ed. Polity Press. Cambridge.
- STEADMAN, PH. (1982). *Arquitectura y naturaleza. Las analogías biológicas en el diseño*. Ed. Blume. Madrid.
- STEARN, R. A. M. (1994). “The Postmodern Continuum”, en LILLYMAN, W. J. (ed.). *Critical Architectural and Contemporary Culture*. Ed. Oxford University Press. Oxford. pp. 46-63.
- STIGLITZ, J. (2002). *El malestar en la globalización*. Ed. Taurus. Bogotá.
- STÖHR, W. B. (1981). “¿Hacia otro desarrollo regional?”, en BOISIER, S. (eds.). *Experiencias de planificación regional en América Latina*. Ed. ILPES/SIAP. Santiago de Chile.

- STORPER, M. (1994). “Desenvolvimento territorial na economia global do aprendizado: o desafio dos países em desenvolvimento”, en QUEIROZ RIBEIRO, L. C., y ALVES DOS SANTOS JÚNIOR, O. (eds.). *Globalização, fragmentação e reforma urbana. O futuro das cidades brasileiras na crise*. Ed. Civilização Brasileira. Río de Janeiro.
- STREN, R. (1995a). *Urban Research in the Developing World*. Vol III. Ed. University of Toronto. Center for Urban and Community Studies. Toronto.
- STREN, R., y GOMBAY, Ch. (1995b). *Changes in Urban Governance in South America*. Ed. Center for Urban and Community Studies. Universidad de Toronto. Toronto.
- STREN, R., WHITE, R., y WHITNEY, J. (eds.). (1992). *Sustainable Cities: Urbanization and the Environment in International Perspective*. Ed. Westview Press. Oxford.
- SUGRANYES, A. (comp.). (1991). *Políticas habitacionales y ajustes de las economías de los 80*. Ed. CSUCA. IDESAC. SIAP. San José de Costa Rica.
- SUNKEL, O. (1987). “Beyond the World Conservation Strategy: integrating development in Latin América and the Caribbean”, en JACOBS, P., y MONROE, D. A. (org.). *Conservation with equity: strategies for sustainable development*. Ed. IUCN. Cambridge.
- SUNKEL, O. y PAZ, P. (1980). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. Ed. Siglo XXI. México.
- TAMAMES, R. (1985). *Ecología y desarrollo. La polémica sobre los límites del crecimiento*. Ed. Alianza. Madrid.
- TAPIA, L. G. (1998). “La importancia de la cooperación público-privada en la ejecución de un Plan Estratégico”, en *El desarrollo urbano en el Mediterráneo: la planificación estratégica como forma de gestión urbana*. Barcelona.
- TAYLOR, P. (1994). *Geografía política. Economía-mundo, Estado-nación y Localidad*. Ed. Tramada. Madrid.
- TAYLOR, P. (1989). “The error of developmentalism in human geography”, en GREGORY, D., y WATFORD, R. (eds.). *Horizons in Human Geography*. Ed. Macmillan. Londres.

- TAYLOR, S. J. y BOGDAN, R. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Ed. Paidós. Barcelona.
- THOMPSON, J. B. (1990). *Ideology and modern culture*. Ed. Balckwell. Londres.
- THRIFT, N. (ed.). (1995). *Mapping the Subject: Geographies of Cultural Transformations*. Ed. Routledge. Londres.
- THRIFT, N., y GLENNIE, P. (1993). "Historical Geographies of Urban Life and Modern Consumptions", en KEARNS, G., y PHILO, C. (eds.). *Selling Places: The city as a cultural capital, past and present*. Ed. Pergamon Press. Oxford.
- TIMOSHENKO, A. S. (1995). "From Stockholm to Rio: the institucionalization of sustainable development", en LANG, W. *Sustainable development and international law*. Ed. Graham and Trotman. Londres.
- TOMASSINI, L. (1994a). *La reforma del Estado y las políticas públicas*. Ed. Centro de Análisis de Políticas Públicas. Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- TOMASSINI, L. (1994b). *¿Qué espera la sociedad del gobierno?*. Ed. Centro de Análisis de Políticas Públicas. Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- TORRES, J. (1993). *Introducción a la economía política*. Ed. Cívitas. Madrid.
- TROITIÑO VINUESA, M. A. (1995). "Notas sobre el análisis geográfico de la dimensión histórica de las ciudades", en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid.
- TUAN, Y. F. (1977). *Space and Place. The perspective of Experience*. Ed. Arnold. Londres.
- TUAN, Y. F. (1974a). *Topophilia: A Study of Environmental Perception. Attitudes and Values*. Ed. Prentice-Hall. Nueva York.
- TURNER, V. (1980). *La selva de los símbolos*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- UNIKEL, L., y NECOCHEA, A. (1976). *Desarrollo urbano y regional en América Latina. Problemas y políticas*. F.C.E. México.
- URIBE, F. (1991). *Desarrollo Regional en el nuevo entorno de políticas públicas. Un nuevo rol para el Estado Latinoamericano*. Ed. Institute of Social Studies. La Haya.
- URRUTIA, V. (1999). *Para comprender qué es la ciudad. Teorías sociales*. Ed. Verbo Divino. Pamplona.

- URRY, J., y LASH, S. (1987). *The End of Organized Capitalism*. Ed. Polity Press. Cambridge.
- VALCÁRCEL RESALT, G. (1999). “Bases del Desarrollo Local Sustentable”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- VALCÁRCEL RESALT, G. (1989a). “La estrategia cooperativa en las iniciativas de Desarrollo Local”, en *La estrategia coopertiva ante el Mercado Único*. Ed. UIMP. Cuenca.
- VALCÁRCEL RESALT, G. (1989b). “Actividades innovadoras y desarrollo integrado”, en *Tecnologías Alternativas de Desarrollo*. Ed. Servicio de Extensión Agraria del M.A.P.A. Madrid.
- VALCÁRCEL RESALT, G. (1993). “Planes estatégicos de Desarrollo Local”, en *Desarrollo Local, Turismo y Medio Ambiente*. VALCÁRCEL-RESALT, G., TROITIÑO, M.A., y ESTEBAN CAVA, L. Ed. Diputación de Cuenca-Siglo XXI. Cuenca-Madrid.
- VANDERSCHUERE, F. (1994). “La violencia urbana, los pobres de la ciudad y la justicia”, en *Ciudad y violencias en América Latina*. Ed. PGU. Quito.
- VÁZQUEZ BARQUERO, A. (1999). “La política de desarrollo económico local en Europa”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- VÁZQUEZ BARQUERO, A. (1993). *Política Económica Local*. Ed. Pirámide. Madrid.
- VÁZQUEZ BARQUERO, A. (1988). *Desarrollo local. Una estrategia de creación de empleo*. Ed. Piramide. Madrid.
- VÁZQUEZ, J.A. (1999). “Integración económica y desigualdades regionales”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- VELASCO, H. (1994). “Los significados de cultura y los significados de pueblo. Una historia inacabada”, en *Comunicación y movimientos sociales*, Ed. Carmen Caffarel et al. Imprenta Provincial. Ciudad Real.
- VELÁZQUEZ, F. (1997). *Ciudad y participación*. Ed. Universidad del Valle. Cali.
- VELTZ, P. (1999). *Mundialización, ciudades y territorios*. Ed. Ariel Geografía. Barcelona.

- VILANOVA, E. y R. (1996). *Las otras empresas. Experiencias de economía alternativa y solidaria en el Estado español*. Ed. Talasa. Madrid.
- VILLAMIL, J. J. (1980). “Concepto de estilos de desarrollo. Una aproximación”, en SUNKEL, O., y GLIGO, N. (eds.). *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina*. Ed. F.C.E. México.
- VILLASANTE, T. R. (1995). “Las alteraciones tecnológicas del territorio y las iniciativas ciudadanas”, en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana-1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid.
- VILLASANTE, T. R. (1988). “Movimientos populares y conciencia social”, en REYES, R. (dir.). *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Ed. Anthropos. Barcelona.
- VILLASANTE, T. R. (1984). *Comunidades locales, análisis, movimientos, alternativas*. Ed. IEAL. Madrid.
- VILLASANTE, T. R., y TAMARIT, G. (1982). *Hacia una ciudad habitable*. Ed. Miraguano. Madrid.
- VILLENEUVE, R. (1999). “Nuevos instrumentos de la política pública”, en RODRIGUEZ GUTIERREZ, F. *Manual de Desarrollo Local*. Ed Trea. Gijón.
- VIRILIO, P. (1995). *La vitesse de liberación*. Ed. Galilée. París
- WALMSLEY, D. J. y LEWIS, G. J. (1984). *Human Geography. Behavioural Approaches*. Ed. Longman. Londres.
- WALLERSTEIN, I. (1988). *One World, Many Worlds*. Ed. Lynne Rienner. Nueva York.
- WATERMAN, S., y KLIOT, N. (1983). *Pluralism and Political Geography*. Ed. Croom Hell. Londres.
- WEBER, M. (1977a). *¿Qué es la burocracia?*. Ed. Pléyade. Buenos Aires.
- WEBER, M. (1977b). *Estructuras de poder*. Ed. Pléyade. Buenos Aires.
- WEBER, M. (1958). *The City*. Ed. Free Press. Nueva York.
- WHYTE, M. (1967). *El intelectual contra la ciudad. De Thomas Jefferson a Frank Lloyd Right*. Ed. Harvard University Press. Versión Castellana Enrique L. Revol. Buenos Aires.

- WHYTE, R., y WHITNEY, J. (1992). "Cities and the environment, an overview", en STEN, R., WHYTE, R., y WHITNEY, J. *Sustainable cities, urbanization and the environment in international perspective*. Ed. Westview Press. Oxford.
- WILLIS, A. (1995). "Patrimonio y turismo urbano en el Reino Unido", en MARCHENA, M. *Turismo urbano y patrimonio cultural. Una perspectiva europea*. Ed. Colección Documentos. Diputación de Sevilla. Sevilla.
- WILSON, A. G. (1980). *Geografía y Planemiento urbano y regional*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona.
- WILSON, A. G. (1970). *Entropy in Urban and Regional Modelling*. Ed. Pion. Londres.
- WOLFE, A. (1977). *The Limits of Legitimacy. Political Contradictions of Contemporary Capitalism*. Ed. Free Press. Nueva York. (Versión castellana: Los límites de la legitimidad. Ed. Siglo XXI. México.
- WOLPERT, J., MUMPHREY, A., y SELEY, J. (1972). *Metropolitan Neighbourhoods: Participation and Conflict over Change*. Ed. Association of American Geographers. Washington. D.C.
- WORLD BANK. (1997). *Expanding The Measure of Wealth: Indicators of Environmentally Sustainable Development*. Ed. World Bank Environment Departament. Washington. D. C.
- YORY, C. M. (2002a). *Ciudad y Posmodernidad*. Ed. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá.
- YORY, C. M. (2002b). *Del monumento a la ciudad. El fin de la idea de monumento en el nuevo orden espacio temporal de la ciudad*. Ed. CEJA. Bogotá.
- YORY, C. M. (2000). "Ciudad y posibilidad en el fin de lo clásico", en GARCÍA, B. Comp. *La imagen de la ciudad en las artes y los medios*. Coedición Universidad Nacional de Colombia y Escuela Superior de Administración Pública ESAP. Bogotá.
- YORY, C. M. (1998). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Ed. CEJA-COLCIENCIAS. Bogotá.
- YORY, C. M. (1995). "La Topofila como propuesta de Desarrollo Comunitario y Planeación Participativa" en QUIÑONEZ, L. Comp. *La Academia y su intervención en la aplicación de soluciones*. Editorial de la Universidad Gran Colombia. Bogotá. 1995.

- YORY, C. M. (1993). *Topofilia: una alternativa en torno a la revolución de las pequeñas cosas*. Coedición Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD y Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá.
- YOURCENAR, M. (1984). *Memorias de Adriano*. Ed. Minotauro. Bogotá.
- ZARONE, G. (1993). *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. Ed. Pre-textos. Murcia.
- ZUKIN, S. (1995). *The cultures of cities*. Ed. Blackwell. Cambridge.
- ZUKIN, S. (1992). “Postmodern urban landscapes: mapping culture and power”, en LASH, S., y FRIEDMAN, J. (eds.). *Modernity & Identity*. Ed. Blackwell. Oxford.
- ZULAIKA, J. (1997). *Guggenheim Bilbao. Crónica de una seducción*. Ed. Nerea. Madrid.

ARTICULOS DE REVISTA

- AGUILERA, F., CASTILLA, C., y SÁNCHEZ, M. (1990). “Economía ecológica, Desarrollo Sostenible y Ausencia de Desarrollo”, en *Revista Estudios Regionales* N° 26. Madrid. pp. 17-88.
- ALBERICH, T. (1990): “La crisis de los movimientos sociales y asociacionismo de los años noventa”, en *Revista Documentación Social*, N° 90.
- ALBUQUERQUE, F. (2000). “Cambio estructural, globalización y desarrollo económico local”, en *Cuadernos de la Manchuela* N° 2. Primer Curso de Gestión Estratégica de Desarrollo Local. ADIMAN. Cuenca.
- ALBUQUERQUE, F. (1997). “La importancia de la producción local y la pequeña empresa para el desarrollo de América Latina”, en *Revista de la CEPAL* N° 63. Naciones Unidas. Santiago de Chile. pp. 147-160.
- ALBUQUERQUE, F. (1992). “La situación económica actual en América Latina y el Caribe”, en *Documentos de Trabajo* N°. 92/01. CSIC. Madrid.
- ALLAMAND, A. (2000). “América Latina: la deuda de la política”, en *Revista Quórum de Pensamiento Iberoamericano*. Ed. Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares.

- ALLENDE LANDA, J. (1995). “Desarrollo Sostenible. De lo global a lo local”, en *Revista Ciudad y Territorio, Estudios Territoriales* N° 104. Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente. Madrid.
- ALONSO, L. E. (1994). “Macro y microcorporativismo: las nuevas estrategias de la concertación social”, en *Revista Internacional de Sociología*. Ed. CSIC. Madrid.
- ÁLVAREZ MUNERA, R., y MENDIETA MELGAR, M. (1998). “Reflexiones acerca del enfoque de desarrollo sustentable: un nuevo paradigma de intervención profesional para el trabajador social”, en *Revista de Trabajo Social* N° 15. Ed. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín.
- ALVATER, E. (1992). “Sobre las bases ecológicas del modelo fordista”, en *Revista Economía, Teoría y Práctica*. N° 3. Ed. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- ARAGONÉS TAPIA, J.I. (1988). “Mapas cognitivos: una revisión Bibliográfica”, en *Revista Anales de Geografía de la Universidad Complutense de Madrid*. N° 18, Madrid.
- ARANA, M. (1988). “Rehabilitar para vivir”, en *Revista Arquitectura y vivienda*. N° 13. Monografía América del Sur. Madrid.
- BARCENA IBARRA, A. (1993). “El desarrollo sostenible en Latinoamérica y las organizaciones no gubernamentales”, en *Revista Síntesis Facultad de Sociología*. U.C.M. N° 20. Madrid. pp. 159-183.
- BARRAGÁN, J. (1996). “Economía popular y desarrollo local”, en *Revista Controversia*. N° 168. Ed. CINEP. Bogotá.
- BELLET, M., COLLETIS, G., y LUNG, Y. (eds.). (1993). “Économie de proximités”, en número especial, *Revue d 'Economie Régionale et Urbaine* N° 3. París.
- BENGEOA, J. (1996). “Vulnerabilidad y exclusión”, en *Revista Temas Sociales. Boletín del Programa de Pobreza y Políticas Sociales de SUR* N° 10. Buenos Aires.
- BOISIER, S. Et alii. (1992). “La descentralización: el eslabón perdido de la cadena de transformación productiva con equidad y sustentabilidad”, en Serie *Cuadernos del Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES)*, N°36. Santiago de Chile.
- BOUZAS, R. (1998). “La globalización y la gobernabilidad de los países en desarrollo”, en *Revista de la CEPAL*. Número extraordinario. Octubre. Santiago de Chile. pp. 125-137.

- BRESSER PEREIRA, L. C. (1998). “La reconstrucción del Estado en América Latina”, en *Revista de la CEPAL*. Número extraordinario. Octubre. Santiago de Chile. pp. 105-110.
- BROWNE, E. (1988). “Entre el espacio y el tiempo”, en *Revista Arquitectura y vivienda*. N° 13. Monografía América del Sur. Madrid.
- BRUGGER, E. (1998). “¿Por qué importan los empresarios para el desarrollo sostenible y por qué importa el desarrollo sostenible a los empresarios?”, en *Revista Documental de Ciencias Sociales Iberoamericanas*. Síntesis N°s 29-30. Ed. Asociación de Investigación y Especialización en temas Iberoamericanos. Madrid.
- CACHÓN, L. (1992). “El estudio del mercado de trabajo local en el marco de una política de desarrollo endógeno”, en *Revista ES*. N° 7. Madrid.
- CAIRO, H., GONZALES, M., y SANZ, C. (1989). “La organización del espacio en una sociedad en transición: el caso de Nicaragua (1979-1988)”, en *Revista Estudios Territoriales*. N° 30. Madrid.
- CALDERÓN, F., HOPENHAIN, M., y OTTONE, E. (1993). “Hacia una perspectiva crítica de la modernidad: las dimensiones culturales de la transformación productiva con equidad”, en *Revista Documentos de Trabajo*. N° 21. Ed. CEPAL. Santiago de Chile.
- CAMAGNI, R. (1999). “El Desarrollo urbano sostenible. Razones y fundamentos de un programa de investigación”, en *Revista papeles de Economía Española* N° 80. Ed. Fundación de las Cajas de ahorro confederadas para la investigación económica y social. Madrid.
- CAPLOW, T. Y FORMAN, R. (1950). “Neighborhood Interaction in a Homogeneous Community”, en *American Sociological Review*. N° 15.
- CARAVACA, I. (1998). “Los nuevos espacios ganadores y emergentes”, en *Revista EURE*, N° 73. Santiago de Chile. pp. 5-30.
- CARDOSO, F. H. (1971). “Sobrepoblación relativa y marginalidad”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* N° 1-2. pp. 57-66
- CARRIÓN, F. (1994). “De la violencia urbana a la convivencia ciudadana”, en *Revista Pretextos* 94. N° 6. pp. 27-48.
- CASTROVIEJO BOLIVAR, J. (1995). “Sobre el desarrollo sostenible”, en *Revista de Ciencias Sociales Sistema* N°s 127-128. Ed. Fundación Sistema. Madrid.

- CEPAL. (1990). “Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta”, en *Revista Notas sobre la Economía y el Desarrollo* N°. 494/495. Santiago de Chile.
- CERNEA, M. (1993). “The sociologists approach to sustainable development”, en *Review. Finance and Development*. Vol 30. N° 4. Londres. pp. 11-13.
- CORAGGIO, J. L. (1994). “Del sector informal a la economía popular”, en *Cuadernos de la Red CIMS* N° 2. Madrid.
- CORAGGIO, J. L. (1991). “Las dos corrientes de la descentralización en América Latina”, en *Cuadernos del CLAEH*. Montevideo.
- CORRIGAN, P. (1991). “¿My place or yours?”. Particular Philosophies from whose stories (vernacular values revisited), en *Journal of Historical Geography*. Vol. 17. pp. 313-318.
- COSGROVE, D., y JACKSON, P. (1987). “New directions in cultural geography”, en *Revista Area*. Vol. 19. pp. 95-101.
- COSGROVE, D. (1983). “Toward a radical cultural geography: problems of theory”, en *Revista Antipode*. Vol. 15. pp. 1-11.
- COYULA, M. (2000). “El futuro de la ciudad: desarrollo en equilibrio”, en *Revista de Occidente* N° 230. pp.89-104.
- CURBELO, J. L. (1991). “Ajuste estructural y Territorio en América Latina”, en *Documentos de Trabajo* N°. 91/01. CSIC. Madrid.
- CURBELO, J. L. (1986). “Economía política de la descentralización y planificación del desarrollo regional”, en *Revista Pensamiento Iberoamericano* N°. 10. Ed. CEPAL/ICI. Madrid.
- CHAMBOREDON, J.-C y LEMAIRE, M.J. “ Proximité spatiale et distance sociale: les grands ensembles et leur peuplement”, *Revue Française de Sociologie*. Vol. 11. N°1. París.
- CHOGUILL, C. (1996 a). “Ten steps to sustainable infrastructure”, en *Rev. Habitat International* Vol. 20. N° 3. Londres.
- CHOGUILL, C. (1996 b). “Towards sustainability of human settlements”, en *Rev. Habitat International*. Vol. 20. N° 3. Londres.
- DALY, H. E. (1992). “Economía ecológica y Desarrollo Sustentable”, en *Revista Documentación Social* N° 95. Madrid.

- DALY, H. E. (1990). "Operational Principles for Sustainable Development", en *Revista Ecological Economics*. Vol. 2. Nº 1. (abril). pp. 1-6.
- De la CUADRA, F. M. (2000). "Reforma del Estado y estrategias alternativas de desarrollo en América Latina", en *Revista Cuadernos de Realidades Sociales*. Madrid. Nº 55-56. pp. 311-333.
- De QUIROGA, G. (1999). "Gobernabilidad y participación ciudadana", en *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*. Nº 47. *Ciudades y Desarrollo en Iberoamérica*. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 169-174.
- DELGADO RUIZ, M. (1999). "Dinámicas identitarias y espacios públicos", en *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*. Nº 43-44. *Dinámicas Identitarias*. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 17-33.
- De LISIO, A. (1999). "Desarrollo sustentable: opciones y limitaciones para América Latina y el Caribe", en *Revista del Centro de Estudios del Desarrollo CENDES* Nº 42. Ed. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Del ROSARIO, H. I. (1999). "Debate: Gobernabilidad y participación ciudadana", en *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*. Nº 47. *Ciudades y Desarrollo en Iberoamérica*. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 175-191
- De MATTOS, C. (2000). "Nuevas teorías del crecimiento económico: una lectura desde la perspectiva de los territorios de la periferia", en *Revista de Estudios Regionales*. Nº 58. Universidad de Andalucía. Málaga. pp. 15-36.
- De MATTOS. C. A. (1981). "Crecimiento y concentración espacial en América Latina: algunas consecuencias", en *Revista Interamericana de Planificación*. Vol. XV. Nº 57. México.
- De ROUX RENGIFO, F. (1995). "Los sectores populares en economías abiertas", en *Revista Colección Eucación y Cultura*. Nº 7. Ed. CINEP. Bogotá.
- Di FILLIPO, A. (1998). "La visión centro-periferia hoy", en *Revista de la CEPAL*. Número extraordinario. Octubre. Santiago de Chile. pp. 175-185.
- DOVEY, K. (1992). "Corporate towers and symbolic capital", en *Revista Environment and Planning B: Planning and Design*. Vol. 19. pp. 173-188.

- DRAKAKIS-SMITH, D. (1997). "Third World Cities: Sustainable Urban Development III. Basic Needs and Human Rights", en *Rev. Urban Studies*. Vol. 34. N°s. 5-6. Glasgow University. Glasgow. pp. 797-823.
- DRAKAKIS-SMITH, D. (1996). "Third World Cities: Sustainable Urban Development II. Population, Labor and Poverty", en *Rev. Urban Studies*. Vol. 33. N°s 4-5. Glasgow University. Glasgow. pp. 673-701.
- DRAKAKIS-SMITH, D. (1995). "Third World Cities: Sustainable Urban Development I", en *Rev. Urban Studies*. Vol. 32. N°s 4-5. Glasgow University. Glasgow. pp. 659-677.
- DUHAU, E. y GIROLA, L. (1990). "La ciudad y la modernidad inconclusa", en *Revista de Sociología*. Universidad del Valle. Cali. N° 5. pp. 9-31.
- EDDINE AFFAYA, M. N. (2000). "La interculturalidad del Mc World en el paradigma globalitario", en *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*. N° 50. La mundialización y la apuesta intercultural. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 23-37.
- EISENMAN, P. (1984). "El Fin de lo Clásico: El Fin del comienzo, El Fin del Fin", en *Revista Arquitecturas Bis*. N° 3. Barcelona. pp. 29-37.
- ELIZAGA, J. (1972). "Migraciones internas. El proceso de Urbanización", en *Revista de la CELADE*, Serie A N° 117. Santiago de Chile.
- ETTLINGER, N. (1992). "Modes of corporate organization and the geography of development", en *Papers in Regional Science*. Vol. 71. N° 2. pp. 107-126.
- FALETTO, E. (1989). "La especificidad del Estado en América Latina", en *Revista de la CEPAL* N° 38. Santiago de Chile.
- FERNÁNDEZ, F. (1997). "Participación ciudadana en gobiernos locales chilenos: una propuesta alternativa", en *Revista Estudios Sociales* N° 94. Ed. Corporación de Promoción Universitaria (CPU). Santiago de Chile. pp. 75-144.
- FERNÁNDEZ, G. (2000). "Vulnerabilidad externa, fragmentación social, fragilidad política: la reforma del Estado en América Latina", en *Revista Quórum de Pensamiento Iberoamericano*. Ed. Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares.
- FERRER, A. (1998). "América Latina y la globalización", en *Revista de la CEPAL*. Número extraordinario. Octubre. Santiago de Chile. pp. 155-168.

- FERRER, A. (1993). “Nuevos paradigmas tecnológicos y desarrollo sustentable: Perspectiva Latinoamericana”, en *Revista Síntesis* N° 20. Facultad de Sociología. U.C.M. Madrid. pp. 49-63.
- FRANCHINI, T., y MUSCAR, E. (1992/1993). “Los gobiernos locales y la organización de la ciudad iberoamericana”, en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles. América Latina*. N°s. 15-16. Ed. A.G.E. Murcia. pp. 159-174.
- FRIEDMANN, J. (1983). “Espacio vital y espacio económico: contradicciones en el desarrollo regional”, en *Revista Interamericana de Planificación*. Ed. SIAP. México.
- FORERO, O. D. (1998). “La educación ciudadana: un nuevo deber ser. Vinculaciones posibles entre progreso, racionalidad económica y ciudadanía”, en *Revista Nómadas*. Fundación Universidad Central. N° 9. Bogotá. pp.17-28.
- FURIÓ, E. (1996). “Desarrollo territorial y procesos de innovación: los millieux innovateurs”, en *Revista Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*. Vol. XXVIII. N° 110. Madrid. pp. 639-646.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. (1998). “Nuevos espacios de consumo y exclusión social”, en *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* N° 18. Madrid.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1996). “Público- privado”, en *Alteridades* N° 6. México. pp. 5-10.
- GARCÍA GUADILLA, M. P., RODRIGUEZ GUILLI, C., y SUAREZ BUSTAMANTE, D. (1997). “Insostenibilidad del Desarrollo Sostenible. Nuevos escenarios y viejos paradigmas de la transición”, en *Revista Cuadernos del CENDES* N° 34. Madrid. pp. 57-79.
- GAVIRIA, C. (1996). “Ciudad, cultura y mercado”, en *Revista CIUDADES* N° 3. Ed. Red Nacional de Investigación urbana. México.
- GAVIRIA, C. (1989). “Latinoamérica: ciudades sin vivienda y viviendas sin ciudad”, en *Revista Estudios Territoriales*. N° 30. Madrid.
- GEISSE, G. y BROWNE, E. (1972). “¿Planificación para los planificadores o para el cambio social?”, en *Cuadernos de Realidad Nacional* N°. 11. Santiago de Chile.
- GHALIOUN, B. (1999). “Globalización, deculturación y crisis de identidad”, en *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*. N° 43-44. Dinámicas Identitarias. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 107-118.

- GIL CALVO, E. (1995). "El estado del Estado. Colapso público, colusión privada", en *Revista Claves de Razón Práctica* N° 53. Madrid.
- GILBERT, A. G. (1994). "Third World Cities: poverty, employment, gender roles and the environment during a time of restructuring," en *Rev. Urban Studies* N° 31. Londres. pp. 605-633.
- GILBERT, A. G. (1993). "Third World Cities: the changing national settlement system", en *Rev. Urban Studies* N° 30. Londres. pp. 721-740.
- GILBERT, A. G. (1992). "Third World Cities: housing, infraestructure and servicing", en *Rev. Urban Studies* N° 29. Londres. pp. 435-460.
- GLENNIE, P., y THRIFT, N. (1992). "Modernity, urbanism and modern consumption", en *Revista Environment and Planning D: Society and Space*. Vol. 10. pp. 423-443.
- GOSSMAN, M. G., y HELPMAN, E. (1994). "Endogenous Innovation in the Theory of Growth", en *The Journal of Economic Perspectives*. Vol. 8. pp. 23-44.
- GRACIA RIVAS, P., y ONETTI PEREZ, E. (1994). "Educación para un desarrollo sostenible", en *Revista de Ciencias Sociales Sociedad y Utopía* N° 3. Ed. Universidad Pontificia de Salamanca. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales "León XIII". Fundación San Pablo. Salamanca.
- GRACIARENA, J. (1991). "La crisis del Estado en América Latina", en *Revista Perfiles Liberales*. Ed. Fundación Frederich Nauman. Bogotá.
- GREGORY, D. (1991). "Interventions in the historical geography of modernity: social theory, spatially and the politics of representation", en *Geografiska Annaler*. Series B. Vol. 73. pp. 17-44.
- GREGORY, D., y LEY, D. (1988). "Culture's geographies", en *Revista Environment and Planning D: Society and Space*. Vol. 6. pp. 115-116.
- GUIMARAES, R. P. (1994). "El desarrollo sustentable: propuesta alternativa o retórica neoliberal", en *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*. Vol. XX. N° 61.
- GUIMARÃES, R. P. (1993). "Contexto y prioridades de la Cooperación Internacional para el Desarrollo Sustentable", en *Revista Síntesis* Facultad de Sociología. U.C.M. N° 20. Madrid. pp. 15-47.

- GUIMARÃES, R. (1992). “El discreto encanto de la cumbre de la tierra: una evaluación impresionista de la Conferencia de Río”, en *Revista Nueva Sociedad* N° 122 (noviembre-diciembre). pp. 86-103.
- GUIMARAES, R. P. (1990a). “Desarrollo con Equidad ¿Un nuevo cuento de hadas para América Latina?”, en *Revista Síntesis Facultad de Sociología. U.C.M.* N° 10. Madrid. pp. 15-68.
- GUIMARAES, R. P. (1990b). “El Leviatán Acorralado: Continuidad y Cambio en el Papel del Estado en América Latina”, en *Revista Estudios Internacionales* N° 63. pp. 45-81.
- GURRIERI, A. (1987). “Vigencia del Estado Planificador en la crisis actual”, en *Revista de la CEPAL* N° 31. Santiago de Chile.
- GUTIERREZ, R. (1986). “Utopías religiosas y políticas en el urbanismo y la arquitectura americanos”, en AA.VV. *Revista Summarios*. N° 100-101. Latinoamérica: utopías y mitos. Buenos Aires. pp. 9-17.
- HALL, S. (1991). “Ethnicity: Identity and difference”, en *Revista Radical America*. Vol. 23. pp. 9-20.
- HARDOY, J. E., y SATTERHWAITE, D. (1989). “Salud ambiental y deterioro urbano”, en *Revista Ciudad y Territorio*. N°. 80. Madrid. pp. 55-63.
- HARDOY, J. E., y SATTERHWAITE, D. (1987). “La ciudad legal y la ciudad ilegal”, en *Revista Ciudad y Territorio*, enero-marzo. Madrid. pp. 3-22.
- HARVEY, D. (1976). “Teoría revolucionaria y contrarrevolucionaria en geografía y el problema de la formación del ghetto”, en *Revista Geocrítica*. N°s. 4-5. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp.7-27 y 5-26.
- HASSAN, I. (1985). “The Culture of Postmodernism”, en *Revista Theory, Culture and Society*. Vol. II. N° 3. Londres.
- HATAYA, N. et. alii. (1994). “Barrio a barrio se construye una ciudad. Decentralización y servicios urbanos en Bogotá”, en *Documentos Ocasionales* N°. 70. Ed. Institute of Developing Economies y CINEP. Tokio.
- HEIDEGGER, M. (1970). “El arte y el espacio”, en *Revista Eco*. Tomo XXI/2. N°. 122. Bogotá.

- HENRY, E. (1977). “Los asentamientos urbanos populares: un esquema interpretativo”, en *Revista Debates* N° 11. Lima. pp. 109-138.
- HERZER, H., y PÉREZ, P. (1988). “Vida política local y construcción de la ciudad en América Latina”, en *Revista Estudios Sociales Centroamericanos* N° 52.
- HUERGO, J.A. (1998). “Las alfabetizaciones posmodernas, las pugnas culturales y los nuevos significados de la ciudadanía”, en *Revista Nómadas*. Fundación Universidad Central. N° 9. Bogotá. pp. 49-60.
- HUYSENS, A. (1984). “Mapping the post-modern”, en *Revista New German Critique*. N° 35. Ed. Institute of Personnel Management: Flexible patterns of work. Londres. pp. 5-52.
- IGLESIAS, E. (2000). “Repensar la política para repensar el Estado”, en *Revista Quórum de Pensamiento Iberoamericano*. Ed. Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares.
- IGLESIAS, E. (1993). “El papel de los organismos multilaterales de Cooperación en el Desarrollo Sostenible. El caso del BID”, en *Revista Síntesis* N° 20. Facultad de Sociología. U.C.M. Madrid. pp. 147-157.
- JACOBS, J. (1993). “The City Unbound: Qualitative approaches to the city”, en *Revista Urban Studies*. Vol. 30. pp. 827-848.
- JACKSON, P. (1991). “Mapping meanings: a critique of locality studies”, en *Revista Environment and Planning A*. Vol. 23. pp. 215-238.
- JESSEN, A. (1993). “La Cooperación Europeo-Latinoamericana en materia de medio ambiente”, en *Revista Síntesis* N° 20. Facultad de Sociología. U.C.M. Madrid. pp. 95-130.
- JORDÁN, R., y SABATINI, F. et. alii. (1993). “Gestión urbana en América Latina: Problemas y Posibilidades”. *Ensayos Forhum*. N°. 10. Ed. Centro de Estudios del Hábitat Popular CEHAP. Universidad Nacional de Colombia. Medellín.
- KAPLÚN, G. (1998). “Comunicación y ciudadanía: del barrio a la ciudad”, en *Revista Nómadas*. Fundación Universidad Central. N° 9. Bogotá. pp.114-119.
- KEANE, J. “Structural Transformation of the Public Sphere”, en *The Communication Review*, vol. 1. N° 1, San Diego.

- LAKE, R. W., y HANSON, S. (2000). "Needed: Geographic Research on Urban Sustainability", en *Revista Urban Geography* Vol. 21. N° 1. Clark University. pp. 1-4.
- LASUEN, J. R. (1973). "Urbanization and Development. The Temporal Interaction between Geographical and Sectorial Clusters", en *Revista Urban Studies*. N° 10. pp. 163-188.
- LECHNER, N. (1991). "A la búsqueda de la comunidad perdida: los desafíos de la democracia en América Latina", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. Ed. UNESCO/ERES. N° 29. París.
- LEY, D., y OLDS, K. (1988). "Landscape as spectacle: world's fairs and the culture of heroic consumption", en *Revista Environment and Planning D: Society and Space*. Vol. 6. pp. 191-212.
- LEY, D. (1985). "Cultural/Humanistic geography", en *Revista Progress in Human Geography*. Vol. 9. pp. 415-423.
- LÓPEZ SANCHEZ, P. (1993). "Barcelona 1992, La requisa de una Metrópoli. Anotaciones para una geografía política de lo social en la Metrópoli", en *Revista Villes e Territories, Restructurations Urbaines. Actas Colegio de Gerona*. Ed. PUM. Toulouse.
- LORDELLO DE MELLO, D. (1983). "Modernización de los gobiernos locales en América Latina", en *Revista Interamericana de Planificación*. N° 66.
- LOWENTHAL, D. (1961). "Geography, experience and imagination: toward a geographical epistemology", en *Annals of the Association of American Geographers*. Vol. 51. Pp. 241-260.
- LUIS GÓMEZ, A. (1983). "La Geografía Humana: ¿ciencia de los lugares o ciencia social?", en *Revista Geocrítica*. N° 48. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 5-51.
- LUNGO, M., y PÉREZ, M. (1991). "Gestión urbana: algunas cuestiones teóricas", en *Estudios Sociales Centroamericanos* N° 55.
- MALLON, R. (1998). "Un nuevo centro y una nueva periferia", en *Revista de la CEPAL*. Número extraordinario. Octubre. Santiago de Chile. pp. 169-173.
- MARCHENA, M. J. (1991). "El espacio regional Latinoamericano", en *Revista Rábida* N° 9. Huelva. pp. 51-68.

- MARDEN, P. (1992). "The deconstructionist tendencies of postmodern geographies: a compelling logic?", en *Progress in Human Geography* N° 16. pp. 41-57.
- MARTÍNEZ VEGA, J. (1989). "Propuesta metodológica para la cartografía de los tipos dinámicos de ocupación y usos del suelo", en *Revista Estudios Geográficos*. N° 195. Madrid. pp. 235-258.
- MASBERNAT, N., y CARMONA, E. (1996). "La participación local: realidad y desafío", en *Revista Estudios Sociales* N° 88. Ed. Corporación de Promoción Universitaria (CPU). Santiago de Chile. pp. 167-194.
- MATA, J. (1984). "Topofilia, una pasión necesaria", en *Revista Integral* N° 132, Madrid.
- MÉNDEZ, R., RODRIGUEZ MOYA, J., y MECHA, R. (1999). "Medios de innovación y desarrollo local en Castilla- La Mancha", en *Revista Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. N° 19. Madrid. pp. 149-174.
- MÉNDEZ, R. (1998). "Innovación tecnológica y reorganización del espacio industrial: una propuesta metodológica", en *Revista EURE*. N° 73. Santiago de Chile. pp. 31-54.
- MONSIVAIS, C. (1984). "Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares", en *Cuadernos Políticos* N° 30. México.
- MONTEIRO Da COSTA, J. M. (1995). "Reestructuración, desarrollo sustentable y desarrollo económico", en *Revista de Estudios Regionales* N° 43. Ed. Universidad de Andalucía.
- MORENO, S., y COLORADO, P. P. (1997). "Economía popular y circuitos económicos", en *Revista Controversia*. N° 171. Ed. CINEP. Bogotá.
- MORRIS, A. S. (1978). "Sociedad, economía y estructura geográfica en Iberoamérica", en *Revista Geocrítica*. N° 16. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 5-42.
- MUMIS, M. (1969). "Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo", en *Revista Latinoamericana de Sociología*. N° 2. pp. 55-78.
- MUNASINGHE, M. (1993). "The economist's approach to sustainable development", en *Rev. Finance and Development* Vol. 30. N° 4. Londres. pp. 16-19.
- MUÑOZ, H. (1993). "El debate Comercio Internacional contra Ecología", en *Revista Síntesis Facultad de Sociología. U.C.M.* N° 20. Madrid. pp. 167-183.
- MURILLO MARX (2000). "Una vez más", en *Revista de Occidente* N° 230. pp. 75-88.

- MYERS, M. (1993). "The cuestion of linkages in environment and development", en *Revista Bioscience*. N° 43. pp. 302-310.
- NAHOUM, B. (1987). "El problema de la habitación en los países capitalistas periféricos: sobre sus reales causas y posibles soluciones", en *Revista EURE* N°s 39-40. Santiago de Chile. pp. 101-111.
- NAVARRO, C. "Globalización y localismo: nuevas oportunidades para el desarrollo", en *Revista de Fomento Social* Vol. 53. N° 209. Madrid. pp. 31-46.
- NIXON, C. R. "El desarrollo sustentable: un espejismo y una trampa peligrosa", en *Revista CAMACOL*, Bogotá. N° 60. pp 109-121.
- OCAMPO, J. A. (1991a). "Las nuevas teorías del comercio internacional y los países en vías de desarrollo", en *Revista Pensamiento Iberoamericano*. N° 20. Ed. Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid.
- OLIVEN, R. G. (1980). "Marginalidad urbana en América Latina", en *Revista EURE* N°. 19. Santiago de Chile. pp. 49-62.
- OLIVERA, A (1996). "Plan de acción mundial sobre Asentamientos Humanos. Hábitat II", en *Revista Estudios geográficos* N° 225. Ed. CSIC Instituto de Geografía y Economía. Madrid.
- ORTEGA VALCÁRCEL, J. (1998). "El territorio como recurso cultural y económico", en *Revista CIUDADES*. N° 4. Ed. Red Nacional de Investigación urbana. México. pp. 33-48.
- PALLO, L., y SANTOYO, R. (1974). "Viabilidad política y efecto social de la planificación para el desarrollo", en *Revista Comercio Exterior*, Vol. XXIV, N°. 8. Santiago de Chile.
- PANIAGUA, A., y MOYANO, E. (1998). "Medio ambiente, desarrollo sostenible y escalas de sustentabilidad", en *Revista Española de investigaciones Sociológicas* N° 83. Ed. Centro de Investigaciones Sociológicas. CIS. Madrid.
- PAVIANI, A. (1985). "La urbanización en América Latina: el proceso de constitución de periferias en las áreas metropolitanas", en *Revista Interamericana de Planificación*. Vol. XIX. N° 73. pp. 74-95
- PELLI, V. S. (1988). "Planes oficiales y protagonismo popular", en *Revista Arquitectura y vivienda*. N° 13. Monografía América del Sur. Madrid.

- PÉREZ ADÁN, J. (1997). “En busca de un paradigma económico para la redefinición de desarrollo sostenible”, en *Revista Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*. Tomo CLVI. N° 615. Madrid. pp. 33-45.
- PÉRGOLIS, JC. (1997). “La ciudad, la otra mitad del sol”, en *Revista Arte para Bogotá*. Ed. Universidad Nacional de Colombia e Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Bogotá.
- PESCI, R. (1999). “Experiencias recientes en América Latina: ¿Sostenibilidad o Sustentabilidad?”, en *Revista URBAN*. Ed. Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio. Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid. N° 3. pp.112-138.
- PRADILLA COBOS, E. (1996). “Teoría territorial: entre totalización y fragmentación”, en *Revista CIUDADES*. N° 29. Ed. Red Nacional de Investigación Urbana. México.
- PRADILLA COBOS, E. (1992). “Las teorías urbanas en la crisis actual”, en *Revista Sociológica*. Año 7. N° 18. Universidad Autónoma Metropolitana. Azcapotzalco. México.
- PRADILLA COBOS, E. (1990). “Las políticas neoliberales y la cuestión territorial”, en *Revista SIAP*, 13. N°. 90. pp 106.
- PRATS, J. (2000). “Reforma del Estado y Desarrollo Humano: una correlación problemática”, en *Revista Quórum de Pensamiento Iberoamericano*. Ed. Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares.
- PRÉVÔT SCHAPIRA, M.F. (2000). “América Latina: la ciudad fragmentada”, en *Revista de Occidente*. N° 232. pp. 25-46.
- PYKE, F. (1992). “Pequeñas empresas, distritos industriales y desarrollo regional”, en *Revista Economía Industrial*. N° 287. Madrid. pp. 107-127.
- QUIJANO, A. (1971). “Re-definición de la dependencia y marginalización en América Latina”, en *Cuadernos de la Sociedad Venezolana de Planificación*. N° 94-95. Caracas. pp. 3-53.
- QUIJANO, A. (1967). “La urbanización de la sociedad latinoamericana”, en *Revista mexicana de sociología*. Oct-Dic. México. 669-703.
- RACINE, J. B. (1977). “Discurso geográfico y discurso ideológico”, en *Revista Geocrítica*. N° 7. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona.

- REDCLIFT, M. (1996). “Desarrollo sostenible: ampliación del alcance el debate”, en *Revista de CLADES* N° 10, Santiago de Chile.
- REDCLIFT, M. (1991). “The multiple dimensions of sustainable development”, en *Revista Geography* N° 76, 330. pp. 36-42.
- RESTREPO, ARANGO, M. I. (1998). “Desarrollo Sustentable: ¿Una utopía viable para Colombia?”, en *Revista de Trabajo Social* N° 15. Ed. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín.
- RESTREPO, M. (1995). “Simbología urbana en la propuesta de Armando Silva”, en *Revista Signo y Pensamiento* N° 27 (XIV). Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- REYNAUD, A. (1976). “El mito de la unidad en geografía”, en *Revista Geocrítica*. N° 2. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 5-40.
- ROCKWELL, E. (1999). “Occidente, los Otros y la construcción de un nuevo espacio público”, en *Revista CIDOB D’Afers Internacionals*. N° 43-44. Dinámicas Identitarias. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 121-125.
- RODRIGO ALSINA, M. (1999). “Las estrategias identitarias: entre ser y hacer”, en *Revista CIDOB D’Afers Internacionals*. N° 43-44. Dinámicas Identitarias. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 11-15.
- ROFMAN, A. B. (1976). “Resultados obtenidos en el proceso de planificación en América Latina”, en *Revista Interamericana de Planificación*. Vol. X. N° 38. Santiago de Chile.
- SABATINI, F., y JORDÁN, R. (1993). “Metropolización y crisis en América Latina”, en *Gestión urbana en América Latina: Problemas y Posibilidades*. Ensayos Forhum. N°. 10. Ed. CEHAP. Universidad Nacional de Colombia. Medellín.
- SABATINI, F. (1981). “La dimensión ambiental de la pobreza urbana las teorías latinoamericanas de marginalidad”, en *Revista EURE* N°. 23. Santiago de Chile. pp. 52-67.
- SALINAS RAMOS, F. (1998). “Economía Social y Justicia. Hacia un desarrollo sostenible”, en *Revista de Ciencias Sociales*. Sociedad y Utopía N° 11. Fac. de Ciencias Políticas y Sociología León XIII. Fundación Pablo VI. Madrid. pp. 113-123.

- SANTOS, M. (1993). “La cuestión de la política social en las ciudades de Brasil”, en *Revista Villes y Territoires. Restructurations urbaines*. Actas Colegio de Gerona. Ed. PUM. Toulouse.
- SANTOS, M. (1993a). “Los espacios de la globalización”, en *Revista Anales de Geografía de la U.C.M.* Ed. Universidad Complutense de Madrid. Madrid. pp. 69-77.
- SANTOS, M. (1993b). “La cuestión de la política social en las ciudades de Brasil”, en *Revista Villes y Territoires. Restructurations urbaines*. Actas Colegio de Gerona. Ed. PUM. Toulouse.
- SACRISTÁN, M., y OTROS. (1979). “Ecología y Política”, en *Revista Zona Abierta*. Nº 21.
- SCHRAMKE, W. (1980). “La geografía como educación política. Elementos de un concepto dialéctico”, en *Revista Geocrítica*. Nº 26. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 4-52.
- SEGUINOT BARBOSA, J. (1996). “Desarrollo sostenible y Ecodesarrollo en el Caribe. Utopía y Realidad” en *Revista Estudios Geográficos* Nº 225. Ed. CSIC. Instituto de Geografía y Economía. Madrid.
- SIMONIS, U. E. (1984). “Environmental Crisis: The Missing Dimension in the North-South Dialogue”, en *Rev. Economics* Nº 30. pp. 48-64.
- SMITH, W. C. (1993). “Reestruturação neoliberal e cenários de consolidação democrática na América Latina”, en *Revista Dados*. Vol. 36. Nº 2. Ed. IUPERJ. San Pablo. pp. 209-231.
- STEINBERG, F. (1999). “Alivio a la pobreza urbana: concepciones y sugerencias”, en RUEDA BEDOY, R. (ed). *Construyendo hoy las ciudades de mañana*. Ensayos FORHUM 9. Ed. Escuela Superior del Hábitat y el Desarrollo Local. Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín. Centro de Estudios del Hábitat Popular. Medellín. pp. 77- 82.
- TELLO, E. (1999). “Principios e indicadores para ciudades más sostenibles”, en *Revista Iruila* Nº 24. Facultad de Sociología. Universidad del País Vasco. Bilbao. pp. 89-98.
- TOMASSINI, L. (1998). “Cultura y Desarrollo”, en *Revista de la CEPAL*. Número extraordinario. Octubre. Santiago de Chile. pp. 351- 364.

- TORRES, C. (1998). “Actuación de los Agentes Estatales, Privados y Comunitarios en la construcción de la ciudad y de las localidades”, en *Revista Bitácora*. Departamento de Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia. N°2. Bogotá. pp.78-90.
- TUAN, Y. F. (1974b). “Space and place a humanistic perspective”, en *Revista Progress in Geography*. Vol. 6. Londres. pp. 213-252.
- UNDA, M. (1999). “Participación y constitución de sujetos”, en RUEDA BEDOY, R. (ed). *Construyendo hoy las ciudades de mañana*. Ensayos FORHUM 9. Ed. Escuela Superior del Hábitat y el Desarrollo Local. Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín. Centro de Estudios del Hábitat Popular. Medellín. pp. 43- 51.
- VÁZQUEZ, M. (1999). “Ecología, ética y desarrollo sostenible”, en *Revista Cuadernos de Realidades Sociales*. Instituto de Sociología Aplicada de Madrid. N°s 53-54. Madrid. pp. 137-160.
- VELASCO, M. (1999). “Virtudes, posibilidades y riesgos del Desarrollo Local”, en RUEDA BEDOY, R. (ed). *Construyendo hoy las ciudades de mañana*. Ensayos FORHUM 9. Ed. Escuela Superior del Hábitat y el Desarrollo Local. Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín. Centro de Estudios del Hábitat Popular. Medellín. pp. 53- 57.
- VELÁZQUEZ, F. (1986). “La participación ciudadana en la planeación urbana: ¿trampa ideológica o posibilidad democrática?”; en *Boletín Socioeconómico*. N°. 16. Ed. CIDSE. Cali.
- VICTORY, C. (1999). “Gobiernos municipales y desarrollo local en Iberoamérica”, en *Revista CIDOB D’Afers Internacionals*. N° 47. Ciudades y Desarrollo en Iberoamérica. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 15-49.
- VILLASANTE, T. R. (1999). “Cuatro redes para hacer transformaciones sustentables”, en *Revista Política y Sociedad. Alternativas al Desarrollo Local* N° 31. Universidad Complutense de Madrid. Madrid. pp. 37-54.
- VILLASANTE, T. R. (1986). “Tejido social y asociacionismo”, monográfico de *Revista Alfoz* N° 29. Madrid.
- WEBER, E. (2000). “Las culturas en el proceso de la mundialización”, en *Revista CIDOB D’Afers Internacionals*. N° 50. *La mundialización y la apuesta intercultural*. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 11-22.

- WOLFE, M. (1988). “Los Actores Sociales y las Opciones de Desarrollo”, en *Revista de la CEPAL* N° 35. Santiago de Chile.
- YORY, C. M. (2001a). “La Topofilia: una estrategia innovadora de desarrollo sustentable para las grandes metrópolis latinoamericanas en el contexto de la globalización”, en *Revista Anales de Geografía de la Universidad Complutense de Madrid*. N° 21. Madrid. 2001.
- YORY, C. M. (2000b). “La planificación estratégica y la participación de los actores sociales locales”, en INTERAÇÕES N° 1, *Revista Internacional de Desenvolvimento Local*. Editorial Universidad Católica Dom Bosco UCDB. Campo Grande.
- YORY, C. M. (1997) “La Topofilia; una estrategia para hacer ciudad desde sus habitantes”, en *Cuadernos de Estudios Urbanos N° 2, Construcción socio cultural del espacio urbano*. Editorial Corporación de Estudios de Antropología Urbana URBANOS. Bogotá.
- YURJEVIC, A. (1996). “El desarrollo sustentable: una mirada actualizada”, en *Revista de CLADES* N° 10. Santiago de Chile.

INFORMES, PONENCIAS Y OTROS TRABAJOS

- Acuerdo 13 de 2000, por el cual se reglamenta la participación ciudadana en la elaboración aprobación, ejecución, seguimiento, evaluación y control del plan de desarrollo económico y social para las diferentes localidades que conforman el distrito capital, copia magnética, Bogotá, 2000.
- ALCALDÍA DE CÓRDOBA (1994): *Plan Estratégico de Córdoba*, Servicio Técnico de Desarrollo Local.
- ALCALDÍA DE DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN (1991): *Plan Estratégico Gipuzcoa 2000. Informe final*.
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, Decreto 737 de Octubre 26 de 1999
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ - CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ - PNUD, 1997.
- ALCALDÍA MAYOR DE SANTA FE DE BOGOTÁ D.C., DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACIÓN DISTRITAL, SUBDIRECCIÓN

- ECONÓMICA DE COMPETITIVIDAD E INNOVACIÓN Y GERENCIA DINÁMICA URBANA (2000), Estadísticas Históricas Santa Fe de Bogotá D.C. 1959-1999, Bogotá.
- ANALES SEMINARIO INTERNACIONAL. “Ciudad, Autogestión y Desarrollo Local”. (1999). Ed. MOI. Buenos Aires.
 - ANALES SEMINARIO INTERNACIONAL. “Autogestión, Rehabilitación, Concertación. (1998). Ed. MOI. Buenos Aires.
 - ANALES II SEMINARIO INTERNACIONAL MEJORHAB. (1999). Mejoramiento y Reordenamiento de Asentamientos Urbanos Precarios. Ed. Universidad de Valparaíso. Valparaíso.
 - ANALES I SEMINARIO INTERNACIONAL MEJORHAB. (1997). Mejoramiento y Reordenamiento de Asentamientos Urbanos Precarios. Consorcio CATUCHE. Ed. CYTED/Proyecto XIV.4. Caracas.
 - ARCIA, M. (1994). “Geoecología y medio ambiente en Cuba en la era de la globalización”. Trabajo presentado en la *Decimonovena Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*, Mérida. México.
 - ARTURO, J. (Inédito). “Cultura Urbana en Bogotá”. Documento de trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
 - ASSOCIACIÓ PLA ESTRATÈGIC BARCELONA 2000 (1994): *II Pla Estratègic Econòmic i Social Barcelona 2000*, Barcelona.
 - BALLS, A. (1995): *Mecanismos de regeneración urbana*, Encuentros Bilbao Metrópoli-30, Bilbao, Bilbao Metrópoli-30.
 - Base de Datos de Organizaciones Comunitarias de Bogotá, Fundación Corona - Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital, diciembre de 2002, copia magnética.
 - BID. (1996). *Progreso Económico y Social en América Latina. Informe 1996*. Ed. Banco Interamericano de Desarrollo. Washington. D. C.
 - BILBAO METRÓPOLI-30 (1992-1998): *Informes Anuales de Progreso del Bilbao Metropolitano*, Bilbao.
 - BOISIER, S. (1989). “Descentralización de políticas sociales y desconcentración territorial. Puntos de intersección para investigación y acción”, en Documento 89/03, *Serie Ensayos ILPES/APPR*. Santiago de Chile.

- BOISIER, S. (1988). “Palimpsesto de las regiones como espacios socialmente contruidos”, en Documento 88/02, *Serie Ensayos ILPES/APPR*. Santiago de Chile.
- BRADSHER, K. (1991). “Lower pollution tied to prosperity”, en diario The New York Times. 28 de octubre.
- CAF-DAPD-CEDE-Universidad de Los Andes, Bogotá. 1999.
- CAF-DAPD-CEDE-Universidad de Los Andes, 1999 y Colciencias - CEDE-Universidad de Los Andes-Convenio Gobernación de Cundinamarca, 1999
- CALDERÓN, F. (1994). “Gobernabilidad y Ciudad: notas para su comprensión”, en Documento presentado a *Seminario Regional GURI Urban Poverty and Governability*. SUR. Center for Social Studies and Education. Santiago de Chile.
- CAMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ. (1999), Vicepresidencia de Gestión Cívica y Social Dirección de Competitividad. *Mapeo Preliminar De Clusters, Informe Final*, Bogotá. (Documento disponible en el sitio web de la internet: HIPERVÍNCULO "http://www.ccb.co/camara_b")
- CAMAGNI, R., CAPELLO, R., y NIJKAMP, P. (1995). “Sustainable city policy: economic,. environmental, technological”, en *Informe presentado en la International Urban Habitat Conference*. Delft. 15-17 de Febrero
- CAMAGNI, R. (1992). “La città come impresa, l’impresa come piano, il piano come rete”, en Informe presentado en el Seminario Internacional *Verso politiche urbane condivise: aprocci strategici alla pianificazione e alla gestione urbana*. Milán
- CARAVACA, I., y CRUZ VILLALÓN, J. (1992-1993). “Crecimiento urbano y marginación social en América Latina: actuaciones espontáneas y políticas de intervención”, en *Boletín de la* N°s 15-16. Murcia. pp. 133-157.
- CARO, A. (Inédito). “Liderazgo Cívico en Bogotá”. Documento de Trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- CARTA DE MEGÁRIDES 94. (1994). “Ciudad Cableada de la paz y de la ciencia”. *Carta del urbanismo para la ciudad del siglo XXI*. Comunidad Científica Internacional. Ed.Alto Patronato del Presidente della Repubblica Italiana. Roma.
- CEDE-CÁMARA DE COMERCIO, 1998

- CENTRO IBEROAMERICANO DE DESARROLLO ESTRATÉGICO URBANO (CIDEU). (1993). *Actas del Primer Seminario* llevado a cabo en Cartagena de Indias. Barcelona.
- CEPAL. (2000a), Panorama social de América Latina, 1999-2000 (LC/G.2068-P), Santiago de Chile, agosto. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.00.II.G.18.
- CEPAL. (2000b), Equidad, desarrollo y ciudadanía (LC/G.2071(SES.28/3)), Santiago de Chile.
- CEPAL. (2000c), La brecha de la equidad: una segunda evaluación (LC/G.2096), Santiago de Chile.
- CEPAL. (2000d), Informe del Seminario Regional sobre Estrategias e Instrumentos de Gestión Urbana para el Desarrollo Sostenible en América Latina y el Caribe, (Santiago de Chile, 6 y 7 de diciembre 1999), División de Medio Ambiente y Asentamientos Humanos.
- CEPAL. (1994a). *La industria cultural en la dinámica del desarrollo y la modernidad: nuevas lecturas para América Latina y el Caribe*, LC/G. 1823, 14 de Junio. Santiago de Chile.
- CEPAL. (1994b). *La Cumbre Social: Una Visión desde América Latina y el Caribe*. Naciones Unidas. LC/G. 1802. Santiago de Chile.
- CEPAL. (1993b). *Informe Grupo Inter-Gubernamental sobre Cambio Climático*. Santiago de Chile.
- CEPAL. (1991a). *Transformación productiva con equidad*. Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- CEPAL. (1991b). *El Desarrollo Sustentable: Transformación Productiva. Equidad y Medio Ambiente*. Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- CEPAL. Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 1998 (LC/G.2043-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.1.
- CEPAL. América Latina: proyecciones de población urbana y rural: 1970-2025 , Boletín demográfico, año 32, N° 63 (LC/G.2052; LC/DEM/G.183), Santiago de Chile, enero.
- CEPAL. Panorama social de América Latina, 1998 (LC/G.2050-P), Santiago de Chile.
- CEPAL. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.4.

- CEPAL. Participación y liderazgo en América Latina y el Caribe: indicadores de género. Santiago de Chile, Unidad de la Mujer y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- CEPAL. Un análisis del concesionamiento de autopistas urbanas, con referencia a los casos de la Costanera Norte en Santiago de Chile y del eje Javier Prado en Lima, Perú (LC/R.1879), Santiago de Chile, Unidad de Transporte, 15 de marzo.
- CEPAL. América Latina y el Caribe: el impacto de los desastres naturales en el desarrollo, Los asentamientos humanos en la región: de Vancouver a Estambul. La imagen de los asentamientos humanos en los años setenta y Ochenta.
- CEPAL. (LC/MEX/R.701; LC/MEX/L.402), México, D.F.
- CEPAL. Panorama social de América Latina, 1996 (LC/G.1946-P), Santiago de Chile.
- CEPAL. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.97.II.G.4. “El tránsito urbano en la era de la apertura económica”, Boletín FAL, N° 132, Santiago de Chile, Unidad de Transporte, marzo-abril.
- CEPAL. Informe de la Reunión Regional de América Latina y el Caribe preparatoria de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos (Hábitat II), Santiago, 13-17 noviembre 1995 (LC/G.1889 (CONF.85/4)), Santiago de Chile.
- CEPAL. México: la industria maquiladora, serie Estudios e informes de la CEPAL. LC/MEX/L.263/Rev.1), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas. N° de venta: S.96.II.G.8.
- CEPAL. Plan de Acción Regional de América Latina y el Caribe sobre Asentamientos Humanos (LC/G.1912), Santiago de Chile.
- CEPAL. El desarrollo de los asentamientos humanos desde la perspectiva de género Santiago de Chile.
- CEPAL. Alojar el desarrollo: una tarea para los asentamientos humanos, (LC/L.906(CONF.85/3)), Santiago de Chile.
- CEPAL-CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe-División de Población – Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía). (1999a), Migración y desarrollo en América del Norte y Centroamérica: una visión sintética, serie Población y desarrollo, N° 1 (LC/L.1231-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.22.

- CEPAL/ILPES Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (2000), Reestructuración de los espacios nacionales, serie Gestión pública, N° 7 (LC/L.1418-P; LC/IP/L.178), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.00.II.G.98.
- CEPAL/CENTRO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS ASENTAMIENTOS HUMANOS (Hábitat), (2000), De la urbanización acelerada a la consolidación de los Asentamientos Humanos en América Latina y el Caribe: El Espacio Regional (Conferencia Regional de América Latina y el Caribe preparatoria del período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para realizar un examen y una evaluación generales de la aplicación del Programa de Hábitat, Santiago de Chile, 25 al 27 de octubre de 2000).
- DANE. Colombia. Proyecciones anuales de población por sexo y edad 1985- 2015.
- COLCIENCIAS-CEDE-Universidad de Los Andes, Convenio Gobernación de Cundinamarca, 1999,
- CORREAL, G (inédito). De la renovación a la recualificación urbana. *Tesis de Maestría en Planeación Urbana y Regional* (2002). Universidad Javeriana. Bogotá.
- CASTILLO, C., (2000). Cuadernos del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá. POT. Participación, DAPD. Bogotá.
- CHAPARRO VALDERRAMA, J. (1993). “Escuela de Democracia Local y Desarrollo Urbano”, Proyecto inédito de la Fundación Foro Nacional por Colombia. Bogotá.
- DAPD. SECI, Observatorio de Dinámica Urbana, 1999
- DAPD, Datos de población, 1998
- DAPD, Documento Técnico de Soporte del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá, 2000.
- DAPD-Económica Consultores, 1998
- Decreto Número 739 de 1998, por el cual se fijan procedimientos para la elaboración, aprobación, ejecución y seguimiento de los planes de desarrollo local, Bogotá, 1998, fotocopia.
- Decreto Número 1228 de 1997, sobre el sistema presupuestal de las localidades, Bogotá, 1998, fotocopia.

- Decreto Número 425 de 1995, por el cual se fijan procedimientos para la elaboración de los proyectos de plan de desarrollo local en el Distrito Capital, Registro Distrital 996, Bogotá, 1995
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACION DISTRITAL, Subdirección Económica de Competitividad e Innovación, Gerencia de Estratificación y Monitoreo Urbano, 2000. LA ESTRATIFICACION SOCIOECONOMICA DE BOGOTA, D.C. 1995 – 2000
- DOBERTI, R. (1992). “Fundamentos de una teoría del habitar”, en *Folios. Cuadernos de Posgrado*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- DONAIRE, J. A. (1993). “El turismo en una sociedad postindustrial. Algunas propuestas conceptuales”, en *La formació, la rehabilitació i les noves modalitats turístiques en turisme*. III Jornades de Geografia del Turisme. Ed. Servei de Publicacions de la Universitat de les Illes Balears. Illes Balears.
- DUHAU, E., y SCHTEINGART, M. (1995). “Governance and Poverty at the Local Level”, Artículo inédito presentado al *Encuentro GURI sobre Urban Governance*. El Colegio de México. México.
- DUNCAN, J., y LEY, D. (1982). “Structural Marxism and Human Geography: a critical assessment”, en *Annals of the Association of American Geography*. Vol. 72. pp. 30-59.
- ECLAC and UNEP (2001). The Sustainability of Development in Latin America and the Caribbean: Challenges and Opportunities. Regional Preparatory Conference of Latin America and the Caribbean for the World Conference on Sustainable Development, Rio de Janeiro, 23–24 October 2001
- Encuentros Ciudadanos, Estadísticas, Secretaría de Gobierno Distrital, 1998 - 2001, copia magnética.
- Estudio de factibilidad social e institucional de un Centro de Gestión Comunitaria para Bogotá, Corporación Raíces - Fundación Corona, Bogotá, septiembre de 2002, copia magnética.
- COSTA LÓPEZ, A. (1999). “Construcción de la ciudad y deconstrucción de la pobreza”, en RUEDA BEDOY, R. (ed). *Construyendo hoy las ciudades de mañana*. Ensayos FORHUM 9. Ed. Escuela Superior del Hábitat y el Desarrollo Local.

Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín. Centro de Estudios del Hábitat Popular. Medellín. pp. 87- 91.

- FAJARDO, O., LUGO, N., SANCHEZ, M.D. Formulación participativa de los Planes de desarrollo de las localidades de Bogotá 2002 - 2004. Documentación - Seguimiento - Evaluación,. Fundación Corona, copia magnética, Junio de 2002.
- FONSECA DE CAMPOS, P. E. (2000). “*Tecnología ¿por qué y para quién?*”, en *Soluciones iberoamericanas a los graves problemas del hábitat*. Ed. Seminario Internacional CYTED. Madrid.
- FRANCHINI, T., y MUSCAR, E. (1992/1993). “Los gobiernos locales y la organización de la ciudad iberoamericana”, en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles. América Latina*. N°s. 15-16. Ed. A.G.E. Murcia. pp. 159-174.
- FUDACIÓN CIEDES (1996): *La aventura de diseñar el propio destino*. Plan Estratégico de Málaga. Málaga.
- GAETE, H. (1995). “Invertir en participación ciudadana: Un requisito esencial para fortalecer la gestión de los actores del cambio urbano”, Documento presentado al Cuarto Seminario de Desarrollo Urbano *Los actores del cambio urbano*. Universidad del Bio Bio. Departamento de Planificación y Diseño Urbano. Concepción.
- GARCÍA, J.L. (1976). *Antropología del territorio*. Talleres de edición JB. Madrid.
- GLIGO, N. (1986). “Medio ambiente en la planificación latinoamericana: vías para una mayor incorporación”, en CEPAL/ILPES/PNUMA. *La dimensión ambiental en la planificación del desarrollo*. Ed. GEL . Buenos Aires.
- GÓMEZ BUENDÍA, H., y SANDOVAL BRITO, Y. (1993). “Ciudades Grandes, Pequeñas Polis”. Ponencia presentada en el Seminario *Políticas e Instituciones para el Desarrollo Urbano Futuro en Colombia*, organizado por el Departamento Nacional de Planeación. Noviembre 3-5. Bogotá.
- GONZÁLES M. (1994). “Participación y movilización ciudadana: reflexiones e incertidumbres acerca de sus nuevas formas”, Documento presentado al Seminario *Las Ciudades al 2000: Problemas Emergentes y Gobernabilidad*. Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República. Montevideo.

- GONZÁLES MOENA, S. (1997). “Pobreza y desarrollo en América Latina: Las otras dimensiones de la pobreza”, Ponencia presentada en el Seminario-Taller “Las Otras Dimensiones de la Pobreza”, Alcaldía Mayor de Bogotá-PNUD, 15-16 de Septiembre de 1997.
- GOSSMAN, M. G., y HELPMAN, E. (1994). “Endogenous Innovation in the Theory of Growth”, en *The Journal of Economic Perspectives*. Vol. 8. pp. 23-44.
- GUTIERREZ, F. (1998). “Vida asociativa en Bogotá: elementos para una reflexión sobre el capital social”, en Versión Magnética. Instituto de Estudios políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) Universidad Nacional de Colombia.
- HIDALGO, B. (1998). “Descentralización y participación ciudadana como herramientas para un hábitat local sustentable”, en *Memorias de la XVII Conferencia Latinoamericana de Facultades y Escuelas de Arquitectura*. Cuenca. Ecuador.
- Informe Final de la Valoración Ciudadana de la Norma Urbana en 24 UPZ de Bogotá, Corporación Raíces - DAPD, septiembre de 2002, Bogotá, copia magnética.
- INFORME MINISTERIO DE DESARROLLO ECONÓMICO DE COLOMBIA. (1994). *Consulta Nacional Urbana. Políticas sociales y desarrollo urbano*. Documento inédito resultado de la discusión preparado por Edgar González Salas. Bogotá.
- Lineamientos de los pueblos indígenas de la Sierra Nevada para el manejo del territorio, Organización GONAWINDUA TAYRONA, agosto de 1999, copia magnética.
- LOWENTHAL, D. (1961). “Geography, experience and imagination: toward a geographical epistemology”, en *Annals of the Association of American Geographers*. Vol. 51. Pp. 241-260.
- LOZANO, A. (1998). “Revisión de experiencias con mejores prácticas para la sostenibilidad urbana”, en *Memorias de la XVII Conferencia Latinoamericana de Facultades y Escuelas de Arquitectura*. Cuenca. Ecuador.
- LUNGO, M., y PÉREZ, M. (1991). “Gestión urbana: algunas cuestiones teóricas”, en *Estudios Sociales Centroamericanos* N° 55.
- MARCHENA, M.J. (1992-1993). “Claves y conflictos actuales del desarrollo regional en América Latina”, en *Boletín de la A.G.E.* N°. 15-16. Murcia. pp. 189-202.
- MARCHENA, M. J., y DÍAZ DEL OLMO, F. (1992). “Geografía y Cooperación Internacional. El Desarrollo de América Latina desde la reflexión activa y crítica de la

Geografía”, en *I Congreso Nacional de Geografía sobre Latinoamérica*. Ed. AGE y UHSMR. La Rábida. Huelva.

- MATHUR, O. P. (1995). “Governance cities: Facing up to the Challenge of Poverty and Globalization”, Artículo inédito presentado al *Encuentro GURI sobre Urban Governance*. El Colegio de México. México.
- MELLA MÁRQUEZ, X. M. (1994): *Estudios del Plan Estratégico de Vigo y su área de influencia*, Consorcio de la Zona Franca de Vigo.
- MOLINA, M. (1998). “La globalización económica a debate”, en *Documentos de trabajo*. Instituto Complutense de Estudios Internacionales. Madrid.
- Montevideo entre todos (III): Presupuesto Municipal Participativo, Unidad de Participación y Coordinación, Departamento de Descentralización, Intendencia Municipal de Montevideo, 2001, copia magnética
- MONTÚFAR, C. (1997). “Desarrollo participativo y gobernabilidad local”, en *Memorias XXI Congreso Latinoamericano de Sociología*. San Pablo.
- NARVÁEZ, A. (1998). “Hacia una arquitectura y ciudad sustentada en la participación y acción comunitaria”, en *Memorias de la XVII Conferencia Latinoamericana de Facultades y Escuelas de Arquitectura*. Cuenca. Ecuador.
- NERFIN, M (1998). “Los movimientos sociales y otro desarrollo”, en *Cuadernos de la Red CIMS N° 2*. Madrid.
- ORTELLS CHABRERA, V. (1992-1993). “Macrocefalia urbana y desequilibrios territoriales en América Latina, en *Boletín de la A.G.E.* Murcia. pp. 175-187.
- ORTIZ FLORES, E. (1996). “Carta por los derechos a la ciudad y a la vivienda”, en *Iberoamérica ante hábitat II. Actas de las Jornadas celebradas en la Casa de América*. Ed. CYTED. Madrid.
- ORTIZ MEDINA, I. (1998). “Temas, ritmos y géneros de saber sobre la ciudad”, Documento Inédito preparado por el autor para el Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Santa Fé de Bogotá dentro del Observatorio de Cultura Urbana. Bogotá.
- Página Web de la Fundación Corona, artículos y estudios varios sobre Gestión Local en Bogotá, 1995 - 2002.
- PAHO (1998). *La Salud en Las Américas*: Edición de 1998. Washington DC, Pan-American Health Organization.

- PANADERO MOYA, M. (1990). “Nuevas regiones y regionalismo en América Latina”, en ACTAS LATINOAMERICANAS DE VARSOVIA, Tomo 11. Varsovia. pp. 175-190.
- PAPADÓUPULUS, J. (1994). “Pensamiento social e intervención pública: pobreza, políticas sociales y democracia”. Documento presentado al *Seminario Las Ciudades al 2000: Problemas Emergentes y Gobernabilidad*. Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República. Montevideo.
- PARTIDA, V. (1994). *Migración interna*. INEGI, el Colegio de México. UNAM. México.
- Proyecto de Acuerdo 142 de 2002, por el cual se establece el proceso local de planeación participativa para Bogotá, D.C., copia magnética, 2002, Bogotá.
- PUJADAS, J. (1996). “Antropología urbana”, en *Ensayos de Antropología cultural*. Ed. Prat, J. y Márquez, A. Madrid. pp. 241-251.
- QUIJANO, A. (1971). “Re-definición de la dependencia y marginalización en América Latina”, en *Cuadernos de la Sociedad Venezolana de Planificación*. N° 94-95. Caracas. pp. 3-53.
- REENCUÉNTRATE, un compromiso por la Candelaria, Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá, Corporación La Candelaria y Cámara de Comercio de Bogotá, Bogotá, 1998.
- Régimen especial para el Distrito Capital, Estatuto Orgánico de Bogotá, Decreto Ley 1421 de 1993.
- Reflexiones acerca del estatuto orgánico de Santafé de Bogotá, Cámara de Comercio de Bogotá, autores varios, 1994.
- REY, G. (1993). “La participación de los agentes económicos y sociales, factor clave del desarrollo de las ciudades”, Ponencia realizada dentro del *Primer Seminario del Centro Iberoamericano de Planificación Estratégica Urbana (CIDEU)* llevado a cabo en Cartagena de Indias. Barcelona.
- RIBERA, R. (1996). “Para una historia de la globalización”, en *Informe de La Comisión Nacional de Educación, Ciencia y Desarrollo*. ECA N° 561-562. UCA. San Salvador.
- RODRÍGUEZ, A., y WINCHESTER, L. (1995). “The City: Governance and Urban Poverty in Six Latin American Countries”, Artículo inédito presentado al *Encuentro GURI sobre Urban Governance*. El Colegio de México. México.

- SALAS SERRANO, J. (2000 a). “La cooperación española en temas de hábitat en América Latina”, en *Soluciones iberoamericanas a los graves problemas del hábitat*. Ed. Seminario Internacional CYTED. Madrid.
- SALAS SERRANO, J. (2000 b). “Asentamientos humanos en Centroamérica”, en *Soluciones iberoamericanas a los graves problemas del hábitat*. Ed. Seminario Internacional CYTED. Madrid
- SANNE, C. (1985). *Moradores* (living people). Monografías DGA y V. MOPU. Madrid.
- SARMIENTO, L., Plan Colombia, Conflicto e intervención, 2000.
- SENA-CES-UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA. (1990).
- SMITH, D. M., y OGDEN, P. E. (1977). “Reformation and revolution in human geography”, en LEE, R. (ed.). *Change and tradition: geography's new frontiers*. Ed. Department of Geography. Special Publication. Nº 1. Queen Mary College. Londres. pp. 45-58.
- SUNKEL, O., y LEAL, J. (1984). “Economía y medio ambiente en la perspectiva del desarrollo”, en *Documento para el programa de capacitación del ILPES* Nº CDA-38. CEPAL. ONU. Santiago de Chile.
- TAYLOR, Peter. Geografía Política. Economía Mundo, Estado, Nación y Localidad. 1994, citado en Cámara de Comercio de Bogotá, 1999.
- TORO, B. (Inédito). “La Comunicación Ciudadana en Bogotá”. Documento de Trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- TORRES ENJUTO, M. C. (1994) “Reestructuración industrial y cambio territorial en Bizkaia”, en *Reestructuración industrial y revitalización urbana en Bilbao Metropolitano*, Documentos de trabajo 3 del Grupo de Geografía Industrial de la Asociación de Geógrafos Españoles. Madrid.
- TRIVELLI, P. (1995). *La ciudad latinoamericana: gestión urbana para el siglo XXI, retos y proyectos*. Documento técnico presentado al Encuentro Latinoamericano y del Caribe de Alcaldes, preparatorio de Hábitat II. Programa de Gestión urbana. Río de Janeiro.
- TROITIÑO VINUESA, M. A. (2000a). “Ordenación del Territorio y Desarrollo Territorial: La Construcción de las Geografías del Futuro”, en AA.VV: *Lecturas*

Geográficas. Homenaje a José Estébanez Álvarez. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.

- TROITIÑO VINUESA, M. A. (2000b). “Territorio: Patrimonio y Desarrollo Local”, en *Cuadernos de la Manchuela* N° 2. Primer Curso de Gestión Estratégica de Desarrollo Local. ADIMAN. Cuenca.
- UN-United Nations Human Settlements Programme, Global Urban Indicators (1998). Un ejemplo de democracia local: el presupuesto participativo de Porto Alegre (Brasil), Elizabeth Jelín, copia magnética.
- VARGAS, J. C. (inédito). La Renovación urbana como estrategia para incrementar la productividad y la conectividad en la ciudad. Tesis de Maestría MPUR. Universidad Javeriana. 2002. Bogotá.
- VÁZQUEZ, M. (1998). *Hacia la fundamentación de una ética ecológica. La contaminación y su contexto económico, político y jurídico*. Tesis Doctoral. U.C.M. Madrid.
- VIVIESCAS, F. (Inédito). “La Convivencia Ciudadana en Bogotá”. Documento de Trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- WOLPERT, J. (1965). “The decision process in a spatial context”, en *Annals of the Association of American Geographers* N° 54. pp. 537-558.
- YORY. C.M. (Inédito). Lineamientos generales para la Comisión de Convivencia Ciudadana del Plan Estratégico Bogotá 2000 (Cultura Urbana, Comunicación Ciudadana, Liderazgo Cívico y Seguridad Ciudadana). PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- YORY, C. M. (2001). “Desbordamiento urbano y emergencia de la ciudad. Consideraciones en torno a la idea de monumento”, en *El patrimonio arquitectónico en Iberoamérica. Historia y programas de conservación*. Edición. Universidad de Granada e Instituto de América. Granada.

35. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA EN TORNO A LA CIUDAD DE BOGOTÁ.

- Acuerdo 13 de 2000, por el cual se reglamenta la participación ciudadana en la elaboración aprobación, ejecución, seguimiento, evaluación y control del plan de desarrollo económico y social para las diferentes localidades que conforman el distrito capital, copia magnética, Bogotá, 2000.
- ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, Decreto 737 de Octubre 26 de 1999.
- ALCALDÍA MAYOR DE SANTA FE DE BOGOTÁ D.C., DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACIÓN DISTRITAL, SUBDIRECCIÓN ECONÓMICA DE COMPETITIVIDAD E INNOVACIÓN Y GERENCIA DINÁMICA URBANA (2000), Estadísticas Históricas Santa Fe de Bogotá D.C. 1959-1999, Bogotá
- ÁLVAREZ, J. (1989). *Balance y perspectivas de la descentralización y la participación comunitaria en Bogotá*. Ed. CINEP. Bogotá.
- APRILE-GNISET, J. (1991). *La ciudad colombiana prehispánica de conquista e indiana*. Ed. Banco Popular. Bogotá.
- ARTURO, J. (Inédito). “Cultura Urbana en Bogotá”. Documento de trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- BARRAGÁN, J. (1996). “Economía popular y desarrollo local”, en *Revista Controversia*. N° 168. Ed. CINEP. Bogotá.
- BERNSTEIN, B. (1993). “La construcción social del discurso pedagógico”, en *Producciones y Divulgaciones Culturales y Científicas*. Ed. El Griot. Bogotá.
- BOTERO, M. M. (comp.). (1983). *Ecodesarrollo, el pensamiento del decenio*. Ed. INDERENA-PNUMA. Bogotá.
- BRUGGER, E. A., ROMERO, A., y BARRAGÁN, C. H. (1996). *Ecoeficiencia en la Pequeña Empresa, Motor del Desarrollo Sostenible Latinoamericano*. Ed. PROPEL. Bogotá.
- CAF-DAPD-CEDE-Universidad de Los Andes, 1999 y Colciencias-CEDE-Universidad de Los Andes-Convenio Gobernación de Cundinamarca, 1999.
- CARO, A. (Inédito). “Liderazgo Cívico en Bogotá”. Documento de Trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.

- CORTE, B., y GONZÁLEZ, C. (1989). *Planeación urbana y participación popular en Bogotá*. Ed. CINEP. Bogotá.
- Cuadernos del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá. POT. Participación, DAPD, Carlos Castillo, Bogotá 2000.
- DAPD. SECI, Observatorio de Dinámica Urbana, 1999
- DAPD, Datos de población, 1998
- DAPD, Documento Técnico de Soporte del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá, 2000.
- DAPD-Económica Consultores, 1998
- Decreto Número 739 de 1998, por el cual se fijan procedimientos para la elaboración, aprobación, ejecución y seguimiento de los planes de desarrollo local, Bogotá, 1998, fotocopia.
- Decreto Número 1228 de 1997, sobre el sistema presupuestal de las localidades, Bogotá, 1998, fotocopia.
- Decreto Número 425 de 1995, por el cual se fijan procedimientos para la elaboración de los proyectos de plan de desarrollo local en el Distrito Capital, Registro Distrital 996, Bogotá, 1995
- De ROUX RENGIFO, F. (1995). “Los sectores populares en economías abiertas”, en *Revista Colección Educación y Cultura*. N° 7. Ed. CINEP. Bogotá.
- Estudio de factibilidad social e institucional de un Centro de Gestión Comunitaria para Bogotá, Corporación Raíces - Fundación Corona, Bogotá, septiembre de 2002, copia magnética.
- FAINBOIM, Y. *El proceso de descentralización en Bogotá*, Misión de reforma institucional de Bogotá, Tomo I, Alcaldía Mayor, 2000.
- GÓMEZ BUENDÍA, H., y SANDOVAL BRITO, Y. (1993). “Ciudades Grandes, Pequeñas Polis”. Ponencia presentada en el Seminario *Políticas e Instituciones para el Desarrollo Urbano Futuro en Colombia*, organizado por el Departamento Nacional de Planeación. Noviembre 3-5. Bogotá.
- GONZALES POSSO, C., y CORTE, C. (1989). *Planeación urbana y participación popular en Bogotá*. Ed. CINEP. Bogotá.

- Informe Final de la Valoración Ciudadana de la Norma Urbana en 24 UPZ de Bogotá, Corporación Raíces - DAPD, septiembre de 2002, Bogotá, copia magnética.
- GRACIARENA, J. (1991). “La crisis del Estado en América Latina”, en *Revista Perfiles Liberales*. Ed. Fundación Frederick Nauman. Bogotá.
- JARAMILLO, S., y CUERVO, L. M. (1993). *Urbanización latinoamericana, nuevas perspectivas*. Ed. Escala. Colección Historia y Teoría Latinoamericana. Bogotá.
- KAPLÚN, G. (1998). “Comunicación y ciudadanía: del barrio a la ciudad”, en *Revista Nómadas*. Fundación Universidad Central. N° 9. Bogotá. pp. 114-119.
- MEDELLÍN, P. (1998). *El retorno a la Política*. Ed. Tercer Mundo Editores. PNUD. Alcaldía de Bogotá. CIDER. Bogotá.
- MESA, N. E. Y GÓMEZ, B. (1993). “La descentralización en los procesos neoliberales y las reales posibilidades de gestión local –una aproximación para el caso colombiano”, en JORDÁN, R., y SABATINI, F. et.alii. *Gestión urbana en América Latina: Problema y Posibilidades*. Ensayos Forhum. N°. 10. Ed. CEHAP. Universidad Nacional de Colombia. Medellín.
- MONCAYO, E. (coord.). (Inédito). *Misión Bogotá siglo XXI El Futuro de la Capital*. Doc. Inédito. Bogotá.
- MORENO, S., y COLORADO, P. P. (1997). “Economía popular y circuitos económicos”, en *Revista Controversia*. N° 171. Ed. CINEP. Bogotá.
- MÚNERA, L. (1994). “La articulación Estado-Sociedad Civil: hacia nuevas formas de convivencia social”, en *Apuntes para la modernización institucional de Santa Fé de Bogotá*. Ed. Centro de Investigaciones para el Desarrollo CID.
- NIXON, C. R. “El desarrollo sustentable: un espejismo y una trampa peligrosa”, en *Revista CAMACOL*, Bogotá. N° 60. pp 109-121. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- PEÑALOSA, E., (2002). Propuesta de reforma política para Bogotá. Fundación por el país que queremos.
- PÉRGOLIS, J. C. (1997). “La ciudad, la otra mitad del sol”, en *Revista Arte para Bogotá*. Ed. Universidad Nacional de Colombia e Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Bogotá.
- PLAN ESTRATÉGICO BOGOTÁ 2000. (1997). Ed. Mimeo. Bogotá.

- REENCUÉNTRATE, un compromiso por la Candelaria, Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá, Corporación La Candelaria y Cámara de Comercio de Bogotá, Bogotá, 1998.
- Reflexiones acerca del estatuto orgánico de Santafé de Bogotá, Cámara de Comercio de Bogotá, autores varios, 1994.
- Régimen especial para el Distrito Capital, Estatuto Orgánico de Bogotá, Decreto Ley 1421 de 1993.
- RESTREPO, D. (1994). “Descentralización administrativa y nuevos espacios de participación comunitaria”, en *Apuntes para la modernización institucional de Santa Fé de Bogotá*. Ed. Centro de Investigaciones para el Desarrollo CID. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- RESTREPO, M. (1995). “Simbología urbana en la propuesta de Armando Silva”, en *Revista Signo y Pensamiento* N° 27 (XIV). Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- RUEDA, R. F. (1993). “La importancia de la evaluación en la gestión urbana: el caso colombiano”, en JORDÁN, R., y SABATINI, F. et. alii. *Gestión urbana en América Latina: Problemas y Posibilidades*. Ensayos Forhum. N°. 10. Ed. CEHAP. Universidad Nacional de Colombia. Medellín. pp. 73-78.
- SALAZAR FERRO, J. M. (coord.) (1988). *De habitantes a ciudadanos*. Ed. PNUD. Alcaldía Mayor de Santa Fé de Bogotá. Bogotá.
- SALDARRIAGA, A. (Inédito). “Cultura urbana”, en *El futuro de la capital. Un estudio de prospectiva urbana para Bogotá*. Ed. Misión Siglo XXI. Bogotá.
- SÁNCHEZ, M. F. (1990). *Hacia una metodología de evaluación y seguimiento del proceso de descentralización en los municipios colombianos*. Ed. Proyecto de fortalecimiento y consolidación del sistema de planificación territorial y apoyo al proceso de descentralización en Colombia. PNUD- COL/86/010. Bogotá.
- SILVA, A. (1992). *Imaginarios urbanos. Bogotá, Sao Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina*. Ed. Tercer Mundo. Bogotá.
- SILVA, J., y DEVIA, S. (1999). *Bogotá cómo vamos, Cómo vamos en descentralización*, Ed. Fundación Corona, Casa Editorial El Tiempo.
- TIRADO MEJÍA, A. (1983). *Descentralización y centralismo en Colombia*. Ed. Oveja Negra. Bogotá.

- TORO, B. (Inédito). “La Comunicación Ciudadana en Bogotá”. Documento de Trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- TORRES, C. (1998). “Actuación de los Agentes Estatales, Privados y Comunitarios en la construcción de la ciudad y de las localidades”, en *Revista Bitácora*. Departamento de Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia. N°2. Bogotá. pp.78-90.
- VIVIESCAS, F. (Inédito). “La Convivencia Ciudadana en Bogotá”. Documento de Trabajo, en Plan Estratégico Bogotá 2000. PNUD. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- YORY, C. M. (1997) “La Topofilia; una estrategia para hacer ciudad desde sus habitantes”, en *Cuadernos de Estudios Urbanos N° 2, Construcción socio cultural del espacio urbano*. Editorial Corporación de Estudios de Antropología Urbana URBANOS. Bogotá.
- YORY, C. M. (1995). “La Topofilia como propuesta de Desarrollo Comunitario y Planeación Participativa” en QUIÑONEZ, L. Comp. *La Academia y su intervención en la aplicación de soluciones*. Editorial de la Universidad Gran Colombia. Bogotá. 1995.
- YORY, C. M. (1993). *Topofilia: una alternativa en torno a la revolución de las pequeñas cosas*. Coedición Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD y Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá.
- ZULETA, F. B., MESA, N. E., y RUEDA, R. F. (comp.). (1992). *Gestión, planeación y participación en Colombia: reflexiones críticas*. Ed. CEHAP-CINEP-FUNDESOE-CITSE/FUNCOP. Serie Investigaciones Forhum. N°1. Medellín.

DIRECCIONES ELECTRÓNICAS CONSULTADAS

- http://www.ccb.org.co/camara_b/estudios_e_investigaciones/economia_bogotana/body_economia_bogotana.html).
- "http://www.ccb.org.co/camara_b"
- dawwww.epfl.ch/info/recherche/irec/BGT/arti10.html
- <http://dawwww.epfl.ch/info/recherche/irec/BGT/arti10.html>
- <http://www.unhabitat.org/guo/citibase/citibase.asp>
- <http://www.unhabitat.org/guo/gui/index.html>
- <http://habitat.aq.upm.es/iah/ponenc/a004.html>

- <http://www.infocentro.com.mx/>
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA, PERÚ. <http://www.inei.gob.pe/>
- Notas de prensa INEI, 1999 (<http://www.inei.gob.pe/web/NotaPrensa/Attach/2910.htm>)
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA GEOGRAFIA E INFORMATICA (INEGI), MEXICO. <http://www.inegi.gob.mx>
- Base de Datos Municipal del INEGI, SIMBAD. INEGI, Estadísticas del Medio Ambiente Natural y de
- Mac Donald, Joan, (1996). Los desafíos de América Latina y el Caribe en el campo de los asentamientos humanos, Madrid, Documento disponible en: <http://habitat.aq.upm.es/iah/ponenc/a004.html> Asentamientos Humanos en el Distrito Federal y Zona Metropolitana.
- INSTITUTO BRASILEIRO DE GEOGRAFIA E ESTATISTICA. <http://www.ibge.gov.br/>
- SALUD CAPITAL, SECRETARIA DE SALUD. Salud Distrital en cifras / Diagnóstico de Salud de Bogotá D.C., 2002. http://www.saludcapital.gov.co/cifras_diagno.htm
- UNITED NATIONS ENVIRONMENT PROGRAMME (UNEP) (2001): Global Environment Outlook, GEO3 <http://www.unep.org/GEO/geo3/>
- Ministerio del Medio Ambiente. Colombia. HIPERVÍNCULO "<http://web.minambiente.gov.co/oau>". <http://web.minambiente.gov.co/oau>
- Página Web de la Fundación Corona, artículos y estudios varios sobre Gestión Local en Bogotá, 1995 - 2002.
- Páginas Web de la Secretaría de Gobierno Distrital y varias Alcaldías Locales. PÁGINA 1 PÁGINA 48

36. INDICES DE LÁMINAS, GRAFICOS, TABLAS Y MAPAS

LÁMINAS

1. Lámina 1. «**CARTOGRAFIAS POSIBLES**» www.origamitanteidan.com
2. Lámina 2. «**REPLIEGUE HUMANO, DESPLIEGUE URBANO**» Montaje: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.artshistory-palmas.com; [www. Bogotá-de.com](http://www.Bogotá-de.com)
3. Lámina 3. «**LA CIUDAD EVENTUAL**» Fuente: Buscador google: www.sire.gov.co/masivo/panorama.htm. Teatro al aire libre «La media Torta» Rock al parque 2000; Tomada por Wilfredo Ospina.
4. Lámina 4. «**Transformacion de un territorio**» Fuente: Workshop, realizado el 5,6,7 y 8 de Noviembre 2002. Universidad Javeriana.
5. Lámina 5. «**LO DE AFUERA ES LO DE ADENTRO**» Fuente: Buscador google: www.agelfire.com
6. Lámina 6. «**LA CIUDAD LENGUAJE UNA NUEVA NATURALEZA**» Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google: www.corbis.com, www.pachamamahealingcenter.com
7. Lámina 7. «**LA CIUDAD CONSUMO: UNA SELVA DE SIGNOS**» Fuente: Buscador google: www.internetogledalo.com
8. Lámina 8. **IDENTIDAD ES DIFERENCIA**». Fuente: Buscador google: Graffitis; www.danop.free.fr/hip-hop/hip-hop.htm.
9. Lámina 9. **¿DE QUE TIEMPO ES ESTE LUGAR?** Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador Google: www.internetogledalo.com; www.airticket.com.hk/image_lon21jul.
10. Lámina 10. «**ATRAPADO, SIN SALIDA**» Fuente: www.fotomundo.com; Aproximación a la vida.
11. Lámina 11. **¡QUE VIVA LA MÚSICA...!** Fuente: Buscador google: Juegos olímpicos, álbum-clausura.

12. Lámina 12. «MIRAR ES LEER; LEER ES HABLAR» Edición: Sandra Rivera
Fuente: Buscador google: www.ojas.com tatiana parcero
cartografiainterior.com.
13. Lámina 13. «ESPACIO URBANO Y CULTURA DE LA CIUDAD» Fuente:
Buscador google: Bibiana Fulchieri1 Fiesta de la virgen del rosario,
iruya 1992
14. Lámina 14. «LA MONTAÑA HABITADA» Fuente: Buscador google:
www.corbis.com. Carrera 15, Bogotá
15. Lámina 15. «EL MUNDO UN LUGAR PARA TODOS» Edición: Sandra Rivera.
Fuente: Buscador google: www.fotomundo.com-Phillip.[www.kas.org.pe-](http://www.kas.org.pe-mundo)
mundo.www.totalcom.centroamerica.com
16. Lámina 16. «EL RETO DE BABEL: UNA APUESTA POR LA COMUNICACIÓN»
Edición: Sandra Rivera. Fuente: Buscador google:
www.icsi.com.mx/versioningles/e-mail.commerce.htm y
home.domaindlx.com/humanistas/idprinc.htm
17. Lámina 17. ¿QUIÉN MIRA A QUIÉN? Fuente: Buscador google:
www.pobladores.lycos.es
18. Lámina 18. «DE CARA A LA VITRINA; DE ESPALDA A LA CALLE» Fuente:
Buscador google: [www.hola.com/2002/07/03/mansiones-04/](http://www.hola.com/2002/07/03/mansiones-04/imgs/compras-b.jpg)
imgs/compras-b.jpg
19. Lámina 19. «LA CALLE: ENTRE LA CONVIVENCIA Y LA COMPETENCIA»
Fuente: Buscador google: [www.jornada.unam.mx/1996/](http://www.jornada.unam.mx/1996/ic96/961216/fotos.html)
ic96/961216/fotos.html
20. Lámina 20. «EN ALGÚN LUGAR DE LA RED» Edición: Sandra Rivera. Fuente:
Buscador google: www.hackers_small-matrix.com.
21. Lámina 21. «SIENTO, LUEGO INSISTO» Fuente: Buscador google:
www.fotomundo.com
22. Lámina 22. «LA CÁRCEL ESTA POR DENTRO» Edición: Sandra Rivera. Fuente:
Buscador google: www.csc.com; www.comm_wheelsalive
23. Lámina 23. «DE HABITANTES A OPERARIOS» Edición: Sandra Rivera. Fuente:
Buscador Google. www.Personajes.ciudad.com.ar. - www.mundo.com.

24. Lámina 24. *¿EL FINAL DE UN SUEÑO O LA REAFIRMACION DE UN PROYECTO?* Edición: Sandra Rivera. Fuente: www.alfredosabat.com;img.yupimsn.com
25. Lámina 25. *«EL MARAVILLOSO MUNDO DE DISNEY»* Fuente: Buscador google: www.photo.net/photo/pcd2898/paris-las-vegas.
26. Lámina 26. *«HABITACIÓN EN LA MOVILIDAD»* Fuente: Buscador google: www.fotomundo.com.
27. Lámina 27. *LA CIUDAD GLOBAL: ¿UN ESTALLIDO DE LUZ Y COLOR?* Fuente: Buscador google. www.aglobalworld.com/postcards.html.
28. Lámina 28. *CIUDAD DE UNO: ¿CIUDAD DE TODOS?* Edición: Sandra Rivera. Fuente: www.nationalacademies.org.
29. Lámina 29. *«EL PATRIMONIO: UN RETO A CONSTRUIR»* Fuente: Buscador google. cartagenamysite.freemove.com/holidayinspain/page4.html
30. Lámina 30. *¿UN BARCO A LA DERIVA?* Fuente: Buscador google: Bilbao. www.salon.com/people/bc/1999/10/05/gehry/gallery.html
31. Lámina 31. Portada Segunda parte: *«DIA DE INAUGURACIÓN»* Fuente: *Architecture Dóujourdui* N° 32.
32. Lámina 32. *EL CIELO ES EL LIMITE* Fuente: *Revista Ecológica* N° 14 (1993)
33. Lámina 33. *«UN LUGAR ES CUALQUIER PARTE »* Fuente: *Revista Ecológica* N° 10 (1992).
34. Lámina 34. *«UNA MIRADA DESDE EL LADO OSCURO»* Fuente: *Revista Ecológica* N° 10 (1992)
35. Lámina 35. *LAS LINEAS PARALELAS SE UNEN EN EL INFINITO* Fuente: *Revista Ecológica* N° 4 (1990)
36. Lámina 36. *PEPSI-COLA ES ASI...* Fuente: *Revista Ecológica* N° 8 (1991)
37. Lámina 37. *«UN ARBOLITO, DOS ARBOLITOS, TRES ARBOLITOS...»* Fuente: *Revista Ecológica* N° 15 (1993)
38. Lámina 38. *«UN MUNDO BAJO EL MUNDO»* Fuente: *Revista Ecológica* N° 14 (1993).
39. Lámina 39 *«HABÍA UNA VEZ...»* Fuente: *Revista Ecológica* N° 8 (1991).

40. Lámina 40. «CON LA CIUDAD A CUESTAS» Fuente: Revista Ecológica N° 10 (1992).
41. Lámina 41. «INFORMAL YO...?» Fuente: Revista Ecológica N° 10 (1992).
42. Lámina 42. «REGRESO AL FUTURO» Fuente: Revista Ecológica N° 8 (1991)
43. Lámina 43. «PECES DE PLASTICO, PECES DE PAPEL...» Fuente: Revista Ecológica N° 8 (1991).
44. Lámina 44. «ARRIBA LOS DE ABAJO» Fuente: Revista Ecológica N° 10 (1992)
45. Lámina 45. «EN MEDIO DE NINGUNA PARTE» Fuente: Revista Ecologica N° 14 (1993).
46. Lámina 46. «UN CABALLO DE FUERZA...» Fuente: Revista Eco-lógica N° 20 (1995).
47. Lámina 47. «LA CIUDAD POSTAL: UNA ESTRATEGIA DE LAS CIUDADES EN VENTA» Fuente: www.corbis.com-centrointernacional
48. Lámina 48. «EN EL MAR DE LA INTRANQUILIDAD...» Fuente: Revista Ecologica N° 15 (1993)
49. Lámina 49. «LA CIUDAD ENERGÉTICA...» Fuente: Revista Ecológica N° 23 (1996)
50. Lámina 50. ¿HOLGAZANEANDO...? Fuente: Revista Ecológica N° 20 (1995)
51. Lámina 51. Bogotá- www.centrointernacional.com.
52. Lámina 52. « SANTA FE DE BOGOTÁ » Fuente: Bogotá 1772. por José Aparicio Morata. Tomada de Bogota CD.
53. Lámina 53 «LA HISTORIA DE CADA AÑO» Fuente: www.sire.gov.co
inundaciones San Benito 1 de mayo 96- Río tunjuelito
54. Lámina 54 «CIUDAD NORTE Y CIUDAD SUR» Fuente: www.corbis.com.co,
www.bogota-de.com ciudadbolivar-enero95
55. Lámina 55. «TRANSMILENIO: O EL VIAJE DE UN SIGLO A OTRO... »
Fuente: www.transmilenio.com
56. Lámina 56 « CICLORUTAS: UN RESPIRO PARA BOGOTÁ » Fuente: el tiempo.com/postales
57. Lámina 57 «CENTRO INTERNACIONAL DE BOGOTÁ» Fuente: www.corbis.com
– centro internacional

58. *Lámina 58 «PARQUE SIMON BOLIVAR »* Fuente: electroportal.com/Bogotá -
Parque Simón Bolívar
59. *Lámina 59 «BOGOTÁ: 2640 METROS, MAS CERCA DE LAS ESTRELLAS...»*
Fuente: www.corbis.com

GRÁFICOS

60. *Gráfico 1. ORGANIGRAMA DE FUNCIONAMIENTO DE CADA ULPLAC*
61. *Gráfico 2. TASA DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE 1950-1990*
62. *Gráfico 3. AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA TASA DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN URBANA Y RURAL, 1970-2020*
63. *Gráfico 4 RELACION ENTRE EL NUMERO DE HOGARES Y EL NUMERO DE VIVIENDAS POR ESTRATO EN BOGOTA, 1998*
64. *Grafico 5. TASA 1991-2001 DE HOMICIDIO COMUN EN BOGOTA (tasa por 100.000 habitantes 1991-2001)*
65. *Gráfico 6. TASAS DE CRECIMIENTO DEL PIB BOGOTÁ-NACIÓN*
66. *Gráfico 7. TASAS DE CRECIMIENTO DEL PIB REGIONAL DE ANTIOQUIA, CUNDINAMARCA Y VALLE*
67. *Grafico 8. Índice Global de Calidad de Vida (ICV) por localidades – 1998*
68. *Gráfico 9. NBI por localidades – 2000*
69. *Gráfico 10. TAMAÑO POBLACIONAL DE LAS LOCALIDADES DE BOGOTÁ, PROYECCIONES 2000*
70. *Gráfico 11. ASISTENTES A ENCUENTROS CIUDADANOS LOCALES Y ZONALES 1998 - 2002, BOGOTÁ*
71. *Gráfico 12. ASISTENCIA A ENCUENTROS CIUDADANOS I Y II EN 4 LOCALIDADES DE BOGOTÁ, 2001*
72. *Gráfico 13. DESERCIÓN ENTRE ENCUENTROS CIUDADANOS EN 4 LOCALIDADES DE BOGOTÁ, 2001*
73. *Gráfico 14. PROCESO PARA FORMULAR, APROBAR Y EJECUTAR EL PLAN DE DESARROLLO DISTRITAL*

74. *Gráfico 15. PROCESO PARA FORMULAR, APROBAR Y EJECUTAR PLANES DE DESARROLLO LOCAL*
75. *Gráfico 16. TOTAL DE ORGANIZACIONES POR LOCALIDAD*
76. *Gráfico 17. ORGANIZACIÓN VS POBLACION EN BOGOTA*
77. *Gráfico 18. UNIVERSOS ORGANIZATIVOS POR LOCALIDADES*
78. *Gráfico 19. ORGANIZACIONES POR TIPO*
79. *Gráfico 20. COBERTURA GEOGRAFICA DE LAS ORGANIZACIONES EN GENERAL*
80. *Gráfico 21. PARTICIPACION EN PROCESOS DE PLANEACION LOCAL*
81. *Gráfico 22. PARTICIPACIÓN PERMANENTE EN PROCESOS DE PLANEACIÓN LOCAL*
82. *Gráfico 23. ASISTENCIA PROMEDIO A ENCUENTROS CIUDADANOS LOCALES Y TALLERES DE UPZ (PROYECCIÓN)*
83. *Gráfico 24. COBERTURA DE LOS MEDIOS DE CONVOCATORIA*

TABLAS

84. *Tabla 1. “POBLACIÓN NACIONAL, PORCENTAJE DE POBLACION URBANA, POR GENERO, E NDICES DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION NACIONAL Y LA POBLACION URBANA NACIONAL DE LOS PAISES DE AMERICA LATINA QUE POSEEN GRANDES CIUDADES” COMPARACION CON ESPAÑA.*
85. *Tabla 2. POBLACIÓN EN EL ÁREA METROPOLITANA DE LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS, POR GENERO, COMPARADAS CON MADRID (1998).*
86. *Tabla 3. SERVICIOS PÚBLICOS DOMICILIARIOS EN LAS GRANDES CIUDADES DE AMERICA LATINA*
87. *Tabla 4. TIEMPOS DE VIAJE EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS*
88. *Tabla 5. MODOS DE TRANSPORTE AL TRABAJO EN LAS PRINCIPALES CIUDADES LATINOAMERICANAS*

89. *Tabla 6. PRODUCTO INTERNO BRUTO (PIB) EN AMERICA LATINA.*
90. *Tabla 7. POBREZA EN HOGARES EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS.*
91. *Tabla 8. PRODUCTO URBANO EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS COMPARADAS CON MADRID.*
92. *Tabla 9. LA OFERTA DE EMPLEO Y LA DEMANDA LABORAL EN LAS GRANDES CIUDADES LATINOAMERICANAS.*
93. *Tabla 10. ESTRATIFICACIÓN DE MANZANAS POR LOCALIDAD.*
94. *Tabla 11. USOS DEL SUELO POR MANZANA EN BOGOTA (1998).*
95. *Tabla 12. DÉFICIT DE VIVIENDA POR ESTRATOS EN BOGOTÁ.*
96. *Tabla 13. DELINCUENCIA Y CRIMINALIDAD EN BOGOTA COMPARADA CON LAS GRANDES CIUDADES DE LATINOAMERICA Y CON MADRID*
97. *Tabla 14. EVOLUCIÓN DE LAS LICENCIAS DE CONSTRUCCIÓN Y EXPANSIÓN URBANA (M²)*
98. *Tabla 15. LOS DIEZ SECTORES MÁS RELEVANTES DE LA ECONOMÍA EN BOGOTÁ.*
99. *Tabla 16. LOS DIEZ SECTORES MÁS DINÁMICOS DE LA ECONOMÍA EN BOGOTÁ.*
100. *Tabla 17. LOCALIDADES DE BOGOTÁ - DATOS POBLACIONALES PROYECTADOS AL 2000*
101. *Tabla 18. INDICE GLOBAL DE CALIDAD DE VIDA (ICV) POR LOCALIDADES*
102. *Tabla 19. PRESUPUESTO LOCAL EJECUTADO: 1996 - 2000 (Millones de pesos de 2001).*
103. *Tabla 20. INVERSION DISTRITAL EN LAS LOCALIDADES (Millones de pesos de 2001)*
104. *Tabla 21. COMPONENTES NORMATIVOS DE LOS PROCESOS PARTICIPATIVOS PARA ELABORAR PLANES DE DESARROLLO LOCAL*
105. *Tabla 22. PARTICIPACIÓN TOTAL EN ENCUENTROS CIUDADANOS LOCALES Y ZONALES DE BOGOTÁ: 1998 – 2002*

106. *Tabla 23. RELACIÓN TEMPORAL ENTRE PLANIFICACIÓN DISTRITAL Y LOCAL*
107. *Tabla 24. RECURSOS DE CAPITAL SOCIAL EN PROCESOS DE PLANIFICACIÓN LOCAL*
108. *Tabla 25. FORTALEZAS Y DEBILIDADES DE LA DESCENTRALIZACIÓN POR LOCALIDADES*

MAPAS

109. *Mapa 1. PORCENTAJE DE POBLACIÓN URBANA EN EL MUNDO*
110. *Mapa 2. UBICACIÓN EN EL MUNDO DE LAS CIUDADES CON MAS DE CINCO MILLONES DE HABITANTES.*
111. *Mapa 3. CIUDADES EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE CON MÁS DE UN MILLÓN DE HABITANTES EN EL AÑO 2000.*
112. *Mapa 4. PRINCIPALES ASENTAMIENTOS URBANOS EN EL NUEVO REINO DE GRANADA EN EL SIGLO XVI.*
113. *Mapa 5. LA EXPANSIÓN URBANA DE BOGOTÁ A LO LARGO DE SU HISTORIA.*
114. *Mapa 6. BOGOTÁ A FINES DEL SIGLO XIX*
115. *Mapa 7. EMPLAZAMIENTO DE BOGOTÁ EN EL MARCO AMBIENTAL DE LA SABANA (ESTRUCTURA ECOLÓGICA PRINCIPAL) AÑO 2000.*
116. *Mapa 8. CLASIFICACIÓN DEL SUELO EN BOGOTÁ.*
117. *Mapa 9. MAPA DE RIESGOS PREDOMINANTES EN LA CIUDAD, AÑO 2000.*
118. *Mapa 10. USOS DEL SUELO Y ZONAS DE EXPANSIÓN EN BOGOTÁ.*
119. *Mapa 11. EL SISTEMA VIAL DE BOGOTÁ*
120. *Mapa 12. EL SISTEMA DE TRANSPORTE EN BOGOTÁ.*
121. *Mapa 13. INFRAESTRUCTURA Y SERVICIOS PÚBLICOS EN BOGOTÁ.*
122. *Mapa 14. ESTRATIFICACIÓN SOCIO-ECONÓMICA DE BOGOTÁ.*
123. *Mapa 15. PIEZAS URBANAS DEL PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE BOGOTÁ 2002 - 2012.*

- 124. *Mapa 16. ESTRUCTURA ZONAL AL INTERIOR DE LA DIVISIÓN POLÍTICO ADMINISTRATIVA DE BOGOTA.*
- 125. *Mapa 17. TRATAMIENTOS URBANÍSTICOS PROPUESTOS EN EL PLAN DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL DE BOGOTA 2002-2012*
- 126. *Mapa 18. SISTEMA CIRCULATORIO DE LA CIUDAD*
- 127. *Mapa 19. SISTEMA RESPIRATORIO DE LA CIUDAD*
- 128. *Mapa 20. SISTEMA DIGESTIVO DE LA CIUDAD*
- 129. *Mapa 21. SISTEMA NERVIOSO DE LA CIUDAD*
- 130. *Mapa 22. MAPA SÍNTESIS DEL COMPORTAMIENTO “BIO –SISTÉMICO” DE LA CIUDAD*
- 131. *Mapa 23. ZONAS DE MEJORAMIENTO INTEGRAL (ZMI) DEL POT*
- 132. *Mapa 24. REQUERIMIENTOS LOCALES FRENTE A FORTALEZAS ORGANIZACIONALES*
- 133. *Mapa 25. SÍNTESIS FUNCIONAMIENTO SISTÉMICO, DEMANDAS POBLACIONALES, ORGANIZACIONES E INICIATIVAS COMUNITARIAS*
- 134. *Mapa 26. NIVELES DE INTERVENCIÓN POR VULNERABILIDAD LOCAL EN LAS UPZ’S UBICADAS EN LAS ZONAS DE MEJORAMIENTO INTEGRAL (ZMI) DEL POT.*

ANEXOS

TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO

**UNA ESTRATEGIA PEDAGÓGICA DE DESARROLLO URBANO
PARTICIPATIVO CON DIMENSIÓN SUSTENTABLE PARA LAS
GRANDES METRÓPOLIS DE AMÉRICA LATINA
EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN
“El caso de la ciudad de Bogotá”**

ANEXO N° 1

MARCO CIENTÍFICO DEL TRABAJO A MANERA DE PRESENTACIÓN Y CONTEXTO

CONTENIDO GENERAL

1. TÍTULO. _____	3
2. PERFIL DEL TRABAJO: _____	3
3. TEMA. _____	3
4. IMPACTO AMBIENTAL. _____	4
5. JUSTIFICACIÓN. _____	4
6. PROPÓSITO POLÍTICO. _____	6
7. PROPÓSITO ECONÓMICO. _____	6
8. PROPÓSITO SOCIAL _____	7
9. PROPÓSITO AMBIENTAL. _____	7
10. PROPÓSITO ACADÉMICO-INSTITUCIONAL. _____	8
11 PROPÓSITO CIENTÍFICO. _____	8
12 PROPÓSITO METODOLÓGICO _____	8
13 MARCO DE REFERENCIA _____	9
14. HIPÓTESIS DE DIAGNÓSTICO _____	11
15. HIPÓTESIS DE PRONÓSTICO _____	12
16. HIPÓTESIS DE CONTROL _____	12
17. USUARIOS DIRECTOS E INDIRECTOS POTENCIALES. _____	12
18. RESULTADOS. _____	13
19. ESTRATEGIA DE COMUNICACIÓN. _____	15

1. TÍTULO. *TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO: Una estrategia pedagógica de desarrollo urbano participativo con dimensión sustentable para las grandes metrópolis de América Latina en el contexto de la globalización. El caso de la ciudad de Bogotá.*

2. PERFIL DEL TRABAJO: Ideas alusivas a las implicaciones socio espaciales del concepto de desarrollo sustentable aplicado al caso de la construcción colectiva del territorio en el contexto de las grandes ciudades de América Latina.

3. TEMA. El significado de “hacer ciudad”- entendido desde una dimensión “sustentable”- a partir de la comprensión del papel del “capital social” en la construcción colectiva del territorio.

4. IMPACTO AMBIENTAL. De manera general se puede afirmar que éste puede evaluarse en tres niveles: el del *afinamiento y modernización de los instrumentos participativos vigentes en el territorio cubierto*, el de la *consolidación del tejido social existente con base en la dinámica suscitada por la estrategia de participación propuesta* y, finalmente, el de la *recuperación (apropiación) sensible del medio ambiente urbano en lo que tiene que ver con su calidad ambiental y, en particular, con su espacio público*.

En lo pertinente al aporte del trabajo al fortalecimiento de la capacidad científica colombiana en el tema urbano, habría que señalar el diseño de herramientas específicas que, a la luz del actual marco político administrativo de sus ciudades, en particular, de la ciudad de Bogotá, posibiliten *la efectiva participación de la ciudadanía en la formulación de planes, programas y proyectos con carácter sustentable conducentes a la transformación, ordenación y, consecuente apropiación del territorio que ocupan, contribuyendo, de tal suerte, con la consolidación del tejido social en su conjunto*. En el mismo sentido, y de manera amplia, se considera la estrategia propuesta, en su filosofía, enfoque y metodología, no sólo relevante para el caso de la ciudad latinoamericana (su marco de referencia) sino, incluso, para enfrentar algunos de los principales problemas que afectan a la “gran ciudad” en general.

5. JUSTIFICACIÓN. La enorme disparidad existente entre los países desarrollados y los que no lo están, coloca en inferioridad de condiciones a estos últimos para competir, si no en igualdad de condiciones frente a los primeros sí, al menos, en condiciones equitativas de retribución, toda vez que su papel se reduce, simplemente, a obedecer los dictámenes de las políticas macroeconómicas de turno impuestas por el mundo desarrollado y orientadas, en gran medida, en favor de su propio beneficio. A este respecto cabe destacar, especialmente, el impacto que fenómenos como la globalización y el creciente proceso de homogenización de códigos espaciales y culturales, que ésta trae consigo, genera en la ciudad; particularmente en la “gran ciudad”. Para no hablar del incremento en la segregación social y espacial que, de manera inversa a la profusión de dichos códigos, la propia globalización, al menos tal y como se concibe en la actualidad, al parecer supone.

Por si fuera poco (y en detrimento, también, de los valores locales) el anterior fenómeno se ve agravado por el escaso compromiso de los habitantes de muchas de estas ciudades con el espacio en el que se desenvuelven producto, en gran medida, de la multidiversidad de orígenes de los que éstos proceden (dados los elevados índices de migración que en gran medida caracterizan estas ciudades), de las precarias condiciones de habitabilidad que encuentran en muchas de ellas, de la escasez de oportunidades de trabajo y servicios, de la ausencia de referentes simbólicos con los cuales tengan un nexo en común, de la ignorancia frente a los nuevos lenguajes y códigos sociales y espaciales que supone la “gran ciudad” y, entre otras varias, de la tradicional dependencia hacia un Estado acostumbrado a “dar” o, al menos, a tratar de hacerlo., sin contar, para nada, ni con las iniciativas ni con las potencialidades locales y, por lo mismo, permanentemente “autovictimado” por las consecuencias de su carácter decididamente asistencial; situación que por soportar, en gran medida, la consabida “crisis del Estado”, de la que tanto se habla hoy en día, definitivamente no sólo tiene que cambiar sino que, de hecho, si leemos de manera optimista las actuales tendencias en materia de gobernabilidad urbana, lo está haciendo.

En esta medida, consideramos urgente para frenar los gravísimos problemas que el panorama descrito sugiere: pérdida de la noción de lo público y, entre otras cosas, detrimento de la gobernabilidad, la productividad y la habitabilidad urbana; el diseñar los adecuados mecanismos de desarrollo humano y social que, con *dimensión sustentable*, devuelvan y/o permitan a los habitantes de las grandes ciudades, establecer compromisos individuales y colectivos de construcción y, en tal medida, apropiación, del espacio físico y simbólico en el que se desenvuelven partiendo de la capitalización de su acervo cultural; esto con el fin de que tales compromisos permitan, particularmente a las comunidades más pobres, no sólo abordar el fenómeno de la globalización económica y cultural que vive el mundo en la actualidad sin ser aplastadas ni apabulladas por éste (ambiciosa pretensión de ésta que consideramos, necesaria utopía), sino hacer frente a las secuelas socio-espaciales de su embate aparentemente homogenizador; toda vez que, como señalamos anteriormente, lo que en realidad genera es un aumento de la segregación social y espacial; acaso clave fundamental para fortalecer, desde dicha segregación, las dinámicas locales de las que, por otra parte, el sistema mismo se alimenta; ya que si algo resulta ser motor del capitalismo es,

precisamente, la desigualdad: ¿fisura del proyecto global o efecto perverso de éste que induce a alentar una falsa ilusión de equilibrio, justicia y libertad?

La ilusión de un mundo igualitario se abre paso, entonces, sobre la “publicista” base del acceso de la mayoría a los códigos establecidos por el sistema (ni siquiera a los bienes que este “democráticamente”, a través de los medios de comunicación, ofrece), convenciéndonos para ello, a través del consumo, que tales códigos son los mejores. De esta suerte, resulta que el *ser* termina desplazado por el *parecer*, y el *valer* por el *tener*. Si bien no vivimos como iguales, “convenzámonos de que vivimos como si lo fuéramos”. Situación que en sí misma, y no la globalización en cuanto tal, amenaza con arrasar los cada vez menores reductos de identidad cultural, con todo y su rico acervo patrimonial. No obstante, la cada vez mayor pugna de particularismos que acompañan el efecto globalizador, abre una posibilidad; y es ésta la que supondría *entender la diferencia como base de la universalidad*. Es desde aquí de donde surge, sin duda alguna, uno de los más grandes retos a los que hoy en día debe abocarse el compromiso político del científico social y, por lo mismo, donde disciplinas como la Geografía, (en su dimensión social y espacial), mucho tiene que aportar.

6. PROPÓSITO POLÍTICO. Contribuir con el proceso de fortalecimiento del Estado *a partir de la reformulación que el papel del territorio juega en la consecuente reconstitución del mismo*; fundamentada, desde aquí, en la generación de procesos participativos conducentes, mediante la realización de trabajos y acciones consensuadas, a la construcción y apropiación del espacio habitado partiendo de un claro compromiso en la construcción de una consensuada *noción de lo público*.

7. PROPÓSITO ECONÓMICO. Promover la generación de sinergias a nivel tanto micro como macro que, *partiendo de una adecuada organización del espacio*, incorporen las dinámicas productivas locales en franco compromiso con la integración funcional de los dos circuitos básicos de la economía; favoreciendo, desde aquí, el fortalecimiento de las economías de escala. Estrategia desde la cual se promueva, a partir del potenciamiento del desarrollo endógeno, en su componente territorial, la inserción de las grandes ciudades latinoamericanas en las dinámicas de los mercados globales sin que esto implique su virtual “sometimiento”, contribuyendo, de tal suerte, en la construcción de un nuevo modelo económico (acaso, tan sólo, en la consideración

de nuevos aspectos a tener en cuenta en el vigente) que funcione mediante lógicas y racionalidades “glocales”. A este respecto cabe señalar que si bien resulta ser esta una pretensión derivada de los resultados de la estrategia propuesta por el trabajo aquí presentado, no es, en sí misma, un objetivo de éste, toda vez que, para el desarrollo específico del tema, tenemos proyectada, tal y como anotaremos en la nota introductoria, una futura investigación al respecto.

8. PROPÓSITO SOCIAL. Facilitar (*mediante específicos procedimientos de integración comunitaria, en torno a la intervención planificada del territorio*, derivados de la estrategia aquí presentada), el fortalecimiento del tejido social. Tarea que pretende llevarse a cabo a través de la creación de *instancias de encuentro y concertación ciudadana* desde las cuales se haga posible la adopción de responsabilidades y compromisos concretos, por parte de los distintos actores sociales involucrados con el proceso, en la realización de toda una serie de acciones y proyectos que promuevan el acercamiento y encuentro de las distintas racionalidades, lógicas y fuerzas que, de una manera o de otra, se “ponen en obra” en el escenario antropogeográfico de la ciudad. En esta medida, la incorporación del concepto de “*actor social*”, en reemplazo del de “agente”, quiere acentuar el carácter mismo de una planeación incorporativa (participativa) en la que los distintos “actores sociales”, en tanto “fuerzas vivas”, asumen compromisos con el entorno que, de tal suerte, tiene como objeto el proceso planificador.

9. PROPÓSITO AMBIENTAL. Generar estrategias de Desarrollo Sustentable que, sobre la base de claros presupuestos de Ecología Humana, posibiliten una incorporación productiva del territorio en las dinámicas económicas y sociales que no redunde en la tradicional e inmisericorde expoliación de sus recursos sino, por el contrario, en el fortalecimiento y renovación de los mismos, a través del manejo equilibrado de aquél; tanto en lo que compete al uso generalizado de “tecnologías limpias” en las distintas funciones urbanas y/o regionales, como en lo referente al papel que, al respecto, juegan las prácticas transectoriales motivadas, desde un espíritu claramente sinérgico, por principios de interacción sistémica desde los cuales sea posible incorporar, en dichas funciones, conceptos como “cadena biótica” o “nicho ecológico”, entre otros.

10. PROPÓSITO ACADÉMICO-INSTITUCIONAL. Fortalecer al interior de la Universidad Javeriana de Bogotá, la línea de investigación en *Espacio y Territorio* abierta por su Maestría en Planeación Urbana y Regional, puntualizando, desde los contenidos específicos aquí desarrollados, una agenda de temas y problemas que, derivados de los contenidos desarrollados en este trabajo, alimente el debate en torno al papel de la participación ciudadana en los procesos de fortalecimiento del Estado que tengan como base el ordenamiento y la cualificación del territorio. La idea no es otra que propiciar, al interior de la Universidad, un espacio de convergencia interdisciplinar en torno al tema, desde el cual, no sólo se enriquezca la discusión académica sino se puedan llevar acabo toda una serie de actividades de servicio a la comunidad. Para lograr lo anterior resulta un propósito fundamental del trabajo el ampliar el debate conceptual y técnico en el tema a través de la generación de Seminarios, Foros y Conferencias que, eventualmente, confluyan en el montaje de toda una serie de diplomados y/o, cursos de especialización al respecto.

11 PROPÓSITO CIENTÍFICO. Ampliar la discusión en el tema proporcionando, para ello, un cuerpo teórico y conceptual que enriquezca el debate en torno al mismo y que, a la vez, permita consolidar nexos multi e interdisciplinarios a través de la generación y/o fortalecimiento de redes temáticas; para ello el Trabajo se propone propiciar la consecución de los medios y los escenarios idóneos de trabajo interdisciplinar, a través del cual la investigación se conciba a la vez como medio y como fin. En el primer caso como laboratorio al servicio de la implementación y confrontación de determinadas tesis construidas dentro un marco académico a la luz de maduras posiciones tanto científicas como políticas y, en el segundo, a través de la resolución de problemas concretos en situaciones de caso.

12 PROPÓSITO METODOLÓGICO. Establecer una estrategia particular de aproximación al fenómeno urbano a partir de la elaboración de toda una serie de herramientas de orden teórico, metodológico y procedimental que, desde un enfoque democrático y participativo, aborden tanto el componente filosófico del problema, como el que tiene que ver con el tema de la gestión urbana (en sus aspectos operativos e instrumentales), para lo cual se propone constituir un modelo de intervención socio espacial.

13 MARCO DE REFERENCIA. Dentro de este contexto y partiendo del marco de referencia filosófico reseñado en páginas anteriores (COLCIENCIAS-Universidad Javeriana. 1998), el trabajo pretende recoger, de manera crítica, algunos de los principales discursos en torno al tema tratado, fundamentalmente en cabeza de autores entre los que se encuentran filósofos como Foucault y Deleuze, geógrafos como Milton Santos y Horacio Capel, sociólogos como Carlos de Mattos y Tomás Villasante, antropólogos como Nestor García Canclini y Marc Augé, ambientalistas como Roberto Guimaraes y Antonio de Lisio, y economistas como Francisco Albuquerque y José Luis Curbelo.

De esta forma, y dentro del contexto disciplinar de la *Geografía Humana*, proponemos, a través de este trabajo, la formulación explícita de la “*estrategia de desarrollo comunitario y planeación participativa*” que siguiendo al geógrafo Yi Fu Tuan (1974a), denominaremos TOPOFILIA. Concepto que si bien fuera planteado, inicialmente por Gastón Bachelard (1957), fue incorporado al campo disciplinar de la Geografía Humana, por el autor antes mencionado. A este respecto cabe señalar que dicho concepto procede de las raíces griegas *topos* y *philos* que aluden directamente a lo que bien podría interpretarse como “el amigo del lugar”.

No obstante, es oportuno anotar que el uso que aquí haremos de este concepto es sustancialmente distinto al que le diera el geógrafo chino-norteamericano, toda vez que, como señalaremos ampliamente en el capítulo correspondiente (Ver Capítulo IV. Numeral 9.1), disintimos de éste en lo concerniente al uso “psicologizado” que hace de él. Sin embargo, y con el fin de no confundir al lector, ubicándolo, desde ahora, en el meollo de nuestra polémica con Tuan, anotamos que si para este autor la Topofilia alude, fundamentalmente, a un conjunto de relaciones emotivas y afectivas que ligán al hombre a un determinado lugar (que bien puede ser su vivienda, su barrio, su pueblo, o la ciudad que habita), para nosotros, como demostramos en un trabajo anterior (Yory, C. M. 1998), esa relación se hace sólo posible en razón de la comprensión de la naturaleza óntico-ontológica del ser que habita; es decir, gracias a la manera como a través de unos procedimientos técnicos e instrumentales (desde los cuales se media y efectúa la relación con el mundo), cada individuo o grupo humano “se hace al lugar” *espacializando*, a través de éste, su manera particular de ser en el mundo; situación bien distinta a la que propicia un juicio de valor amparado en una valoración adjetivada de

un “espacio al que se llega” y con el cual no cabe otra relación que la del despliegue de una cierta “tonalidad afectiva”.

Por lo anterior, si por un lado tomamos de Tuan el sentido amplio y general de su concepto, por otro, no podemos menos que llevar a cabo una lectura resemantizada del mismo que conduzca a ampliar y precisar, no sólo la idea de “lugar” que este propone, entendido por este autor como “espacio a ocupar”, sino lo que en nuestra opinión, y a la luz de nuestro específico interés (la construcción colectiva del territorio como condición básica para alcanzar el grado de apropiación espacial por el que el Geógrafo mencionado propende) es viable plantear, particularmente en el contexto de la “gran ciudad” latinoamericana, para enfrentar, desde allí, los problemas sociales y espaciales derivados del desarraigo de buena parte de sus habitantes.

Dentro de este marco, y antes de desarrollar el sentido particular de nuestra propuesta -la cual pasa, necesariamente, por la definición de unos claros procedimientos técnicos e instrumentales que posibiliten la pretendida “apropiación topofílica” que tanto Tuan como nosotros buscamos- consideramos fundamental realizar una breve presentación del concepto, tal y como lo entiende este geógrafo, dado que, de cualquier forma, en justicia, sirve de inspiración para nuestra tesis.

A este respecto cabe señalar que junto al concepto de *Topofilia*, Tuan acuña otros que, de igual forma, “califican” nuestra relación con el lugar; en este sentido, habla de *TOPOLATRÍA*, para referirse al sentimiento reverencial que puede acompañar la *Topofilia*, o de *TOPOFOBIA*, si la relación que establecemos con un determinado lugar detenta un sentimiento negativo; del mismo modo, habla también de *TOPONEGLIGENCIA*, para calificar la relación de “desapego” que hoy guardamos con ciertos lugares de nuestras ciudades e, incluso, con algunas de ellas; concepto cuyo significado no creemos que sea necesario detallar por ser tan cercano a muchas de las vivencias que a diario experimentamos en muchas de éstas.

Es precisamente la *TOPONEGLIGENCIA* la expresión que mejor caracteriza la ya mencionada falta de arraigo y de sentido de pertenencia que usualmente experimentan buena parte de los habitantes de las ciudades en que vivimos y que, por lo

mismo, sirve de referente primero y fundamental para plantear nuestra propuesta; la cual, enmarcada en las propias palabras de Tuan, podemos justificar así:

El desarraigo de las personas en un mundo cada vez más homogéneo es, quizá, una de las causas de la crisis ecológica actual; el espacio pasa de ser una vivencia a convertirse en un concepto, algo lejano, ajeno e impersonal. Crece el número de individuos que no experimentan una relación de pertenencia hacia el lugar donde viven. El resultado es una alienación del hombre que acaba considerando los lugares como objetos con los que sólo cabe una relación de consumo o de contemplación superficial. La TOPONEGLIGENCIA sustituye así gradualmente el sentimiento de TOPOFILIA, reprimiendo uno de los impulsos más íntimos del ser humano... La persona precisa familiarizarse con el entorno y sentirse parte de él, como en casa... De esta forma la TOPOFILIA se ejerce a través de la acción y la preservación, involucrándose con el entorno, comprometiéndose y haciéndose parte de él siendo, sin duda, el sentimiento que nos permite revitalizar nuestra relación con éste y con el mundo a partir del restablecimiento del hondo sentido del habitar (Mata J. T. 1984).

De acuerdo con lo anterior, y desde nuestra particular pretensión que involucra tanto una redefinición del concepto de “lugar” (*topos*), como del de “apropiación afectiva” (*philos*) -el primero entendido como “lugar de encuentro” y, el segundo, como “proceso pedagógico”- la *Topofilia* no busca otra cosa que *instrumentar a las comunidades para que desde las respectivas condiciones político-administrativas de las ciudades en que viven, y partiendo de sus específicas características psico-sociales, culturales, ambientales y económicas* (aspectos que en todo se derivan de la geografía humana), *estén en condiciones de enfrentar, ellas mismas, su problemática sentida con el apoyo técnico y logístico que, según el caso, será de orden público, privado, o mixto.* Propósito en que nos empeñamos a través del desarrollo de la presente Tesis.

14. HIPÓTESIS DE DIAGNÓSTICO. Las “grandes metrópolis” pueden entenderse como complejas aglomeraciones en las cuales su connatural “gigantismo” va asociado a una pérdida paulatina de la “memoria urbana” (física y simbólica) causada, en gran medida, por los procesos de reestructuración, reordenamiento y redesarrollo que la “redistribución” del espacio (impuesta, entre otras cosas, por la globalización) exige; procesos que afectan, de hecho, al propio uso y forma de ocupación de la ciudad, ocasionando un trastorno en las formas de vida de sus habitantes al borrar los referentes simbólicos y espaciales tradicionales (forma disimulada de violencia que, en

consecuencia, genera violencia...); situación que incide, de manera fundamental, en un proceso continuo de desarraigo por parte de éstos, así como en la pérdida paulatina de los nexos de pertenencia que, bajo una escala menor, la ciudad les propiciaba. De esta forma *la readecuación del espacio exige y supone, de hecho, una readecuación de lo social* y, por lo mismo, una nueva relación entre el hombre y su entorno que en todo compete, aunque no de forma exclusiva, al campo científico del geógrafo social.

15. HIPÓTESIS DE PRONÓSTICO. De no frenar la pérdida de los referentes urbanos tradicionales (físicos y simbólicos) y posibilitar la activa participación de la población en la construcción y transformación de su entorno y, de tal suerte, revertir el proceso de desarraigo y de pérdida de los referentes socio-espaciales que tradicionalmente permiten a ésta expresar su identidad individual y colectiva (problema que trae consigo el incremento y expansión de las “grandes metrópolis”), las ciudades acabarán por convertirse en una especie de “tierra de nadie” donde la superposición y/o encuentro de lenguajes, que bien pudiera ser un factor de riqueza cultural puede, sin duda, hacerlas caer en un proceso irreversible de “babelización” en el cual se hará cada vez más difícil el garantizar las adecuadas condiciones de gobernabilidad, productividad y, sobre todo, habitabilidad que toda ciudad exige.

16. HIPÓTESIS DE CONTROL. Solo la decidida potenciación de las ventajas comparativas locales (socio-económicas y culturales) propias de cada contexto, podrán contrarrestar el efecto homogenizador de la globalización en las grandes ciudades (entendido desde la perspectiva antes planteada) y, con él, el fenómeno de pérdida de los nexos de pertenencia de sus habitantes; situación derivada tanto de dicho fenómeno, como del propio “gigantismo” que éstas padecen. Por su parte, tal “potenciación”, consideramos ha de llevarse a cabo a partir del propio fortalecimiento del sentido de “lo local” a través de la *implementación de herramientas teóricas y metodológicas de desarrollo participativo con dimensión sustentable*.

17. USUARIOS DIRECTOS E INDIRECTOS POTENCIALES. Dado la pretensión de operatividad e instrumentalidad que tiene el presente trabajo, la población servida estará en directa relación con el uso específico que las instancias públicas o privadas que lo apliquen le den a la propuesta, ya que si bien ésta ha sido orientada, en principio, a las ciudades latinoamericanas con más de cinco millones de habitantes

(dada la magnitud y apremio de sus problemas); el mismo, en su filosofía, planteamiento general e, incluso, metodología (adaptada a las circunstancias de cada caso), puede implementarse, he ahí una de sus bondades, en diferentes contextos y escalas que oscilan entre la barrial y la metropolitana. Por lo anterior, el trabajo contempla dos tipos de actores básicos, los que promueven y posibilitan su implementación formal: instancias públicas o privadas descentralizadas o no de tipo nacional (presidencias, gobernaciones, alcaldías, universidades, fundaciones, ONGs, etc.) o internacional (Organismos Internacionales de apoyo al Desarrollo, Agencias de Cooperación, etc.), y los que se sirven y benefician de ella en tanto protagonistas directos (Juntas de Acción Comunal, Asociaciones de Vecinos, Cooperativas Populares, etc.).

18. RESULTADOS. Se contemplan dos tipos de resultados que podemos clasificar así: los de orden *epistémico-cognitivo* y los de orden *instrumental-operativo*. En el primer caso estamos hablando de la construcción de un particular marco de referencia teórico para abordar el tema de la participación ciudadana en la formulación de políticas públicas espaciales en el contexto económico, social, ambiental y político administrativo de las grandes ciudades de América Latina (ilustrado a través del caso de la ciudad de Bogotá). En el segundo, aludimos a la operacionalización del mismo a través de una serie de herramientas teóricas y metodológicas, con carácter *sustentable*, orientadas a la construcción y/o fortalecimiento de la noción de lo público que permitan, a partir de aquí, constituir una base desde la cual el planteamiento general pueda adaptarse, en su carácter eminentemente pedagógico, a los distintos contextos, desde la puesta en marcha de toda una serie de *estrategias* dispuestas en cuatro niveles básicos: *el político administrativo* (estrategia pedagógica de participación en el marco de la descentralización); *el económico productivo* (estrategia pedagógica de formación de empresas sociales, articulación de circuitos económicos y economías de escala); *el socio cultural* (estrategia pedagógica de comunicación, concertación y liderazgo); y *el físico ambiental* (estrategia pedagógica de ordenamiento territorial y planificación estratégica con enfoque local).

A este respecto cabe señalar que, dado el carácter “marco” del presente trabajo, en su calidad de Tesis Doctoral, nos limitaremos, exclusivamente a enunciar la estrategia general, así como sus componentes y contenido; por tanto, el pleno *desarrollo*

de las estrategias antes descritas corresponderá con la elaboración de específicos trabajos que, dentro del marco propuesto por la Topofilia, tendrían que llevarse a cabo a la luz de las características específicas de cada contexto en el que las mismas se quieran implementar.

Por lo anterior, el resultado específico que es dado esperar del presente trabajo será la formulación general de un *modelo particular de planificación estratégica urbana con carácter sustentable y enfoque local*; resultado que, enriquecido y precisado con los contenidos programáticos de los trabajos de aquí derivados en torno a las cuatro estrategias planteadas, estará en disposición de brindar resultados, también, para cada una de ellas. De otra parte, y en lo que se refiere al caso concreto de la ciudad de Bogotá, presentará el trabajo los criterios básicos que, desde la perspectiva de la Topofilia, pueden emplearse tanto para la reconsideración del funcionamiento de las actuales Unidades de Planeamiento Zonal (UPZs), como para la elaboración programática y presupuestal de planes de desarrollo local con dimensión sustentable. En este orden de ideas y, para este efecto, presentaremos una propuesta de organización de espacios locales de planeación participativa (*Unidades de Desarrollo Local Concertado, ULPLACs*) desde los cuales se haga operativa la propuesta.

En cuanto a los resultados indirectos del trabajo, cabe destacar el aporte del mismo a la Red de Investigadores Urbanos sobre Bogotá, de la cual el autor es miembro, la profundización, afinamiento y operacionalización de los contenidos planteados en la línea de investigación ya abierta en el tema con la realización del trabajo *Topofilia o la dimensión poética del habitar* (Universidad Javeriana-Colciencias. 1998) y el diseño de un modelo específico de intervención aplicada en contextos urbanos que involucre tanto a la Academia como a la Administración Nacional o local (según el caso), a Organizaciones Sociales de Base, a Organismos Públicos Internacionales, a la Cooperación Internacional y a la Empresa Privada en general. De otra parte, se considera resultado fundamental del trabajo, la determinación de los indicadores necesarios para evaluar la efectividad del mismo, así como la propia determinación de los consecuentes mecanismos de seguimiento y evaluación de sus alcances y resultados.

19. ESTRATEGIA DE COMUNICACIÓN. Dada la índole del público a la que el trabajo está destinado (miembros del Gobierno, representantes de Organismos Internacionales de Cooperación al Desarrollo, ONGs, Universidades, Organizaciones Cívicas y Comunitarias, Investigadores Sociales, Consultores y Planificadores en general), se considera que la estrategia de comunicación más adecuada consiste, con la anuencia del Jurado evaluador, en la publicación de un libro con los resultados del trabajo, así como la realización de toda una serie de actividades académicas (Cursos y Conferencias de difusión, pero también, Talleres y Seminarios de capacitación técnica en el tema dirigidos, desde la Universidad Javeriana de Bogotá, tanto a funcionarios públicos como a líderes comunitarios y a organizaciones cívicas y sociales en general que puedan desembocar en la realización de eventuales Especializaciones o Diplomados).

En este mismo sentido se prevé, además, la elaboración de toda una serie de artículos en torno al tema y su difusión a través de las distintas revistas especializadas que existen en América Latina y, en el mismo sentido, la elaboración de ponencias y comunicaciones al respecto que puedan ser presentadas en los múltiples eventos internacionales que, a propósito del tema, se llevan a cabo periódicamente en la Región. De igual manera, se contempla la difusión del libro aludido en las principales instancias gubernamentales del subcontinente, así como en las distintas Universidades y Bibliotecas, usando, eventualmente, como vehículo idóneo de distribución, la Asociación de Universidades Jesuitas de América Latina AUSJAL, los Organismos Internacionales que tienen presencia en la Región (la Comisión Hábitat para América Latina y el Caribe y, entre otros posibles, el PNUD).

ANEXO N° 2
CURRICULUM VITAE DEL AUTOR

CURRICULUM VITAE DEL AUTOR

1. DATOS PERSONALES.

NOMBRE. CARLOS MARIO YORY GARCÍA.

LUGAR Y FECHA DE NACIMIENTO. El centro (Santander) Colombia. 07-04-61

DIRECCIÓN Y TELÉFONO. Transversal 15 N°. 118 –69. Apto. 203. Bogotá.

Tel. 57-1-6379585.

E MAIL. alzajir@yahoo.es

2. TÍTULO PROFESIONAL.

- ♦ Arquitecto. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. 1984.

3. TÍTULOS DE POSGRADO.

- ♦ Especialista en Cooperación para el Desarrollo de Asentamientos Humanos en el Tercer Mundo. América Latina y África. Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid. Instituto Juan de Herrera. 2001.
- ♦ Magister en Filosofía. Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. 1998.

4. OTROS ESTUDIOS DE POSGRADO.

- ♦ Doctorado en Geografía Humana. Programa *Territorio y Sociedad*. Universidad Complutense de Madrid (créditos terminados Junio de 2000). Candidato al título de Doctor en la disciplina.

5. CURSOS DE ACTUALIZACIÓN.

- ♦ Las Unidades de Planeación Zonal (UPZ). Sociedad Colombiana de Arquitectos. Bogotá. Noviembre 2002. 6 horas.
- ♦ Congreso Internacional de Arquitectura: *Vivencias de la Vivienda*. Universidad de La Salle. Bogotá. Agosto 2002. 16 horas.

- ◆ Seminario *Ciudades Globales: La Economía Política Urbana de la Globalización* dirigido por la profesora Saskia Sassen. Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Barcelona. Mayo 2001. 15 horas.
- ◆ Seminario *Historia, Teoría y crítica de la restauración*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Septiembre 1998. 20 horas.
- ◆ Curso Internacional sobre *Ciudad Histórica y Desarrollo Urbano*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Febrero. 1998. 16 horas.
- ◆ *II Seminario Asociación Colombiana de Investigadores Urbano Regionales. ACIUR*. Bogotá. Octubre. 1996. 24 horas.
- ◆ Curso de *Capacitación y manejo de desastres en áreas urbanas*. Oficina para la prevención de Emergencias OPES- Cruz Roja Colombiana. Alcaldía Mayor de Bogotá. Junio. 1994. 36 horas.
- ◆ *II Encuentro Internacional de Planeación Estratégica Urbana. CINDEU*. Cartagena de Indias. Agosto. 1994. 24 horas.
- ◆ Seminario *Las pasiones escondidas de lo bello*. Bogotá. Universidad Nacional. Septiembre. 1994. 20 horas.
- ◆ Seminario *Lo moderno y sus postrimerías*. Medellín. Universidad Nacional. Septiembre. 1991. 36 horas.
- ◆ Seminario *En torno al Deconstructivismo*. Bogotá. Universidad Nacional. Mayo. 1991. 15 horas.
- ◆ Seminario *Historiografía arquitectónica y teorías de la Arquitectura*. Bogotá. Universidad Javeriana. Agosto- Noviembre. 1991. 36 horas.
- ◆ Seminario de *Actualización en Investigación*. Bogotá. Universidad Javeriana. Septiembre. 1989. 24 horas.
- ◆ Seminario *La concepción del espacio en la modernidad*. Bogotá. Universidad Nacional. Agosto. 1987. 15 horas.
- ◆ Seminario *Problemática Ambiental*. Bogotá. Universidad Nacional. Marzo. 1987. 36 horas.
- ◆ Foro Internacional *Modernidad: ¿Continuidad o ruptura?*. Bogotá. Universidad Nacional. Agosto. 1986. 36 horas.
- ◆ Foro Nacional sobre *La vivienda indígena en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología. Agosto. 1986. 32 horas.

- ◆ I Encuentro Asociación Colombiana de Facultades de Arquitectura ACFA sobre *Teorías de la Arquitectura*. Bogotá. Universidad Nacional. Abril. 1985. 36 horas.
- ◆ Seminario *Energías no convencionales en Arquitectura*. Bogotá. Universidad Javeriana. Octubre. 1984. 36 horas.
- ◆ Congreso Internacional sobre *El espacio público*. Bogotá. Universidad de los Andes. Agosto. 1984. 36 horas.

6. CONSULTORÍAS Y ASESORÍAS.

- ◆ Consultor del Programa Interdisciplinario de Apoyo a las Comunidades (PRIAC) de la Universidad Nacional de Colombia en la evaluación del programa “*Acuerdos para la Sostenibilidad y la Gestión Concertada del Espacio Público*”. Convenio Departamento Administrativo de la Defensoría del Espacio Público, Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital (Instancias dependientes de la Alcaldía Mayor de Bogotá) y Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2003.
- ◆ Asesor del Sistema de Integración Centroamericano (SICA), a través del Ministerio de Educación de El Salvador, en el diseño y montaje de la *Primera Conferencia Hispano-Mesoamericana en Investigación y Calidad Educativa*. San Salvador. 2002.
- ◆ Consultor de la Fundación “Padre Arrupe” de El Salvador para el montaje de un Centro de Desarrollo Comunitario y Formación Técnico-Profesional en el Municipio de Soyapango. San Salvador. Coordinador Equipo Técnico. San Salvador. 2002.
- ◆ Asesor de la Maestría en Restauración de Monumentos Arquitectónicos de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Autor del Documento Marco. Bogotá. 1998.
- ◆ Asesor de la Asociación Gremial Cívica “Centro Internacional San Diego” en el diseño e implementación del programa de mejoramiento sectorial “*Mi Cuadra es una nota*”. Coordinador del Programa. Bogotá. 1997-1998.
- ◆ Consultor de la Corporación para el Desarrollo y la Participación Comunitaria RAICES en el trabajo de la Alcaldía Mayor de Bogotá “*La carrera quinta: un paseo entre dos parques*”. Bogotá. 1997-1998.

- ◆ Asesor de la Corporación Inversiones PROCO Ltda. en el trabajo de la Unidad Coordinadora Plan Centro de la Alcaldía Mayor de Bogotá: *“Programa de recuperación de vivienda para el barrio Santa Fé*. Bogotá. 1997.
- ◆ Consultor de la Corporación para el Desarrollo Integral de las Comunidades ODIC, en el trabajo del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de la Alcaldía Mayor de Bogotá: *“Nuevos afectos, nuevos territorios”*. Bogotá. 1996.
- ◆ Consultor invitado de los Misioneros Javerianos de Yarumal a la Misión Barsaloi, Kenia. Barsaloi.1995.
- ◆ Consultor invitado por el Programa PROURBAN de la Alcaldía de Roma, Italia. Roma. 1995.
- ◆ Consultor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD, en el tema del Desarrollo Comunitario y la Planeación participativa. Bogotá. 1992-1994.
- ◆ Asesor del Alcalde Mayor de Bogotá en el diseño e implementación del programa *“La Revolución de las Pequeñas cosas”*. Descentralización, Gestión y Planificación Local. Bogotá. 1992-1994. Autor y director del Programa TOPOFILIA, diseñado y ejecutado para tal fin.
- ◆ Consultor PNUD encargado de la coordinación de la Comisión de Convivencia Ciudadana del PLAN ESTRATÉGICO BOGOTÁ 2000. Responsable de los temas de *Liderazgo cívico, comunicación, cultura y seguridad ciudadana*. Alcaldía Mayor de Bogotá. 1994-1995.
- ◆ Asesor del Plan Centro de la Alcaldía Mayor de Bogotá en la formulación de los criterios para la participación ciudadana en proyectos de Espacio Público. Bogotá.1994.
- ◆ Asesor de la Organización CER Imagen, Ltda. en el diseño e implementación del concurso: *“El mejor barrio de la Localidad Antonio Nariño”*. Bogotá. 1994.
- ◆ Asesor-Jurado de la Fundación CORONA para la adjudicación del Premio Nacional Corona en *Mejoramiento Barrial y Desarrollo Comunitario*. Bogotá. 1994.
- ◆ Asesor de la Alcaldía Mayor de Bogotá para el montaje de las *“Oficinas Locales de Planeación”*. Autor de la propuesta preliminar. Bogotá. 1993.
- ◆ Asesor del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de la Alcaldía Mayor de Bogotá para el diseño e implementación de un programa de formación ciudadana orientado a la apropiación psico-afectiva de la ciudad. Co-autor del trabajo de Pedagogía Ciudadana: *“Santa Fé de Bogotá la ciudad que queremos”*. Bogotá. 1993.

- ◆ Asesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Colombia para el montaje de un programa de Postgrado en Desarrollo Comunitario. 1990-1992.
- ◆ Asesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Piloto de Colombia. Bogotá 1989-1994.

7. EXPERIENCIA DOCENTE.

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA.

- ◆ Coordinador del área de Investigación en la Maestría en Planeación Urbana y Regional y de su Línea de Investigación en Espacio y Territorio 2002-2003.
- ◆ Profesor del Magister en Planeación Urbana y Regional. 2002-2003.
- ◆ Profesor del Magister en Restauración de Monumentos Arquitectónicos encargado del módulo de “Construcción de Patrimonio”.1998.
- ◆ Coordinador del área de investigación de la Facultad de Arquitectura y Diseño.
- ◆ Profesor de Trabajos de Grado de la Facultad de Arquitectura. 1998.
- ◆ Profesor de diseño arquitectónico y urbano desde 1986.
- ◆ Profesor de historia de la Arquitectura entre 1988 y 1989.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA.

- ◆ Profesor y miembro del equipo coordinador del Curso de Contexto: “Desarrollo, Participación y Territorio”. 2003.
- ◆ Profesor de Estética y pensamiento contemporáneo en la Facultad de Artes desde 1990-1998.
- ◆ Profesor y Coordinador del curso de Contexto: “El pensamiento estético de la diferencia”. 1998.
- ◆ Profesor de Historia desde 1985 hasta la fecha.

UNIVERSIDAD PILOTO DE COLOMBIA.

- ◆ Investigador adscrito al Instituto de Investigaciones y Proyectos (INIP). 2001-2003
- ◆ Profesor de Trabajos de Grado en la Facultad de Arquitectura durante 1998.
- ◆ Profesor de diseño arquitectónico y urbano desde 1986.
- ◆ Profesor de historia y de teoría de la Arquitectura entre 1985 y 1996.

UNIVERSIDAD DE LA SALLE

- ◆ Profesor de Diseño Urbano. 2002.

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE COLOMBIA.

- ◆ Profesor de Trabajos de Grado entre 1986 y 1991.
- ◆ Profesor de diseño arquitectónico y urbano entre 1985 y 1991.
- ◆ Profesor responsable del seminario de humanidades para la carrera de Arquitectura durante 1991.
- ◆ Profesor de historia y teoría de la arquitectura entre 1985 y 1991.

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO.

- ◆ Profesor de Estética en el postgrado de guión cinematográfico y audiovisual durante 1990.

8. PONENCIAS EN EVENTOS INTERNACIONALES.

- ◆ *La Topofilia y su papel en la resolución de conflictos territoriales.* JORNADA INTERNACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA. Universidad Rafael Landívar. Ciudad de Guatemala. Guatemala. Octubre de 2002.
- ◆ *Procesos globales, acciones locales. La construcción colectiva del territorio como expresión de autoafirmación ciudadana.* IV CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUITECTURA. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. Agosto de 2002.
- ◆ *Topofilia y capital simbólico: una estrategia de construcción del patrimonio cultural urbano.* FORO INTERNACIONAL UNESCO. Cartagena de Indias. Col. Junio de 1998.
- ◆ *Topofilia y construcción de territorio: una estrategia de Desarrollo Local dentro del contexto de la Globalización.* V ENCUENTRO INTERNACIONAL HÁBITAT, PNUD, en torno al tema de la Investigación Urbano Regional en el contexto de la globalización. Cali. Col. Noviembre de 1997.
- ◆ *Construcción de territorio y capital simbólico.* VII ENCUENTRO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE FACULTADES DE ARQUITECTURA. Bogotá. Col. Octubre de 1997.

- ♦ *Ciudades y ciudadanías. SEMINARIO INTERNACIONAL: TRABAJO ARQUITECTURA Y CIUDAD SIGLO XXI.* Escuela de puentes y caminos de París y Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. Col. Agosto de 1997.
- ♦ *Topofilia y sustentabilidad: una estrategia de desarrollo sustentable en el contexto de la Globalización.* XIV CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE ESCUELAS Y FACULTADES DE ARQUITECTURA. Cuenca, Ecuador. Noviembre de 1997.
- ♦ *Topofilia, Desarrollo Local y Descentralización.* I SEMINARIO INTERNACIONAL DE GESTIÓN URBANA Y DESCENTRALIZACIÓN, Encuentro Europa-América Latina. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. Col. Octubre de 1992.
- ♦ *La Apertura Económica y el oficio del diseñador.* I ENCUENTRO INTERNACIONAL DE DISEÑO INDUSTRIAL. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Col. Octubre de 1998.

9. PUBLICACIONES.

LIBROS:

- ♦ *Hacia una política de desarrollo urbano sustentable dentro del marco de las grandes ciudades de América Latina I: Marco general y descripción de la problemática.* Universidad Piloto de Colombia (en proceso de edición).
- ♦ *Caracterización de las Grandes Metrópolis en el comienzo de siglo. Una mirada desde la relación entre consumo y sociedad.* Universidad Nacional de Colombia (en proceso de edición).
- ♦ *Ciudad y Posmodernidad.* Editorial Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. 2002.
- ♦ *Del Monumento a la Ciudad.* Centro Editorial Javeriano (CEJA). Bogotá. 2002.
- ♦ *Topofilia o la dimensión poética del habitar.* Coedición Centro Editorial Javeriano e Instituto Colombiano para el Fomento a la Ciencia y la Tecnología Francisco José de Caldas (COLCIENCIAS). Bogotá. 1998.
- ♦ *Plan Estratégico Bogotá 2000. Ed. Mimeo.* Bogotá. 1997. Coautor en calidad de miembro del Equipo Técnico y Coordinador de la Comisión de Convivencia Ciudadana (Cultura Urbana, Seguridad Ciudadana, Liderazgo Cívico y Comunicación Ciudadana).

- ◆ *Topofilia: una alternativa en torno a la revolución de las pequeñas cosas.* Coedición Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. 1992.

CAPÍTULOS DE LIBROS:

- ◆ “Ciudad y posibilidad en el fin de lo clásico”, en García Beatriz. Comp. *La imagen de la ciudad en las artes y los medios.* Coedición Universidad Nacional de Colombia y Escuela Superior de Administración Pública (ESAP). Bogotá. 2000.
- ◆ “Topophilia: A strategy to make a city as of its inhabitants”, en Deming, Liu y, Yixin, Yu. (eds.). *Architecture of the 21 st Century. Beijing Charter. Reports.* Ed. XX World Congress. International Union of Architects. Beijing. (Traducción al Castellano, al Francés, al Chino, al Alemán y al Árabe).
- ◆ “La Topofilia como propuesta de Desarrollo Comunitario y Planeación Participativa” en Quiñonez, Luis. Comp. *La Academia y su intervención en la aplicación de soluciones.* Editorial de la Universidad Gran Colombia. Bogotá. 1995.

ARTÍCULOS DE REVISTA:

- ◆ “La sustentabilidad: una alternativa “orgánica” de desarrollo frente al crecimiento desbordado de las grandes ciudades”, en *Revista Estudios Geográficos.* Madrid. España.(en proceso de edición).
- ◆ “La ciudad.....”, en *Revista Pre-til del Instituto de Investigaciones y Proyectos* (INIP). Universidad Piloto de Colombia. N° 1. Bogotá. 2003.
- ◆ “La Topofilia: una estrategia innovadora de desarrollo sustentable para las grandes metrópolis latinoamericanas en el contexto de la globalización”, en *Revista Anales de Geografía de la Universidad Complutense de Madrid.* N° 21. Madrid. España. 2001.
- ◆ “Desbordamiento urbano y emergencia de la ciudad. Consideraciones en torno a la idea de monumento”, en *El patrimonio arquitectónico en Iberoamérica. Historia y programas de conservación.* Edición. Universidad de Granada e Instituto de América. Granada. España. 2001.
- ◆ “La planificación estratégica y la participación de los actores sociales locales”, en *INTERAÇÕES N° 1, Revista Internacional de Desenvolvimento Local.* Editorial Universidad Católica Dom Bosco (UCDB). Campo Grande. Brasil. 2000.

- ♦ “La Topofilia; una estrategia para hacer ciudad desde sus habitantes”, en *Cuadernos de Estudios Urbanos N° 2, Construcción socio cultural del espacio urbano*. Editorial Corporación de Estudios de Antropología Urbana URBANOS. Bogotá. Colombia. 1997.
- ♦ “La imagen y el cine en el universo contemporáneo”, en *Revista Instituto de Investigaciones Estéticas Universidad Nacional de Colombia N° 1*. Coedición Universidad Nacional- Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. Colombia. 1995.
- ♦ “La investigación en Arquitectura I”, en *Revista Umbral 90 N° 7*, Ediciones Umbral. Bogotá. Colombia. 1991.
- ♦ “La investigación en Arquitectura II”, en *Revista Umbral 90 N° 8*, Ediciones Umbral. Bogotá. Colombia. 1991.
- ♦ “La dimensión poética de la ciudad latinoamericana I”, en *Revista Umbral 90 N° 4*, Ediciones Umbral. Bogotá. Colombia. 1990.
- ♦ “La dimensión poética de la ciudad latinoamericana II”, en *Revista Umbral 90 N° 6*, Ediciones Umbral. Bogotá. Colombia. 1990.
- ♦ “El espíritu de la ciudad latinoamericana”, en *Revista Umbral 90 N° 3*, Ediciones Umbral. Bogotá. Colombia. 1990.

TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN CONTEMPLADOS.

- ♦ Topofilia I: *La construcción colectiva del territorio como estrategia para fortalecer la gobernabilidad de las grandes ciudades de América Latina. El caso de la ciudad de Bogotá*. Universidad Nacional de Colombia y Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (en proceso de formulación).
- ♦ Topofilia II: *Nuevos territorios, Nuevas ciudadanías. La construcción concertada del espacio público en tanto práctica política refundadora de la noción de lo público*. Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (en proceso de formulación).
- ♦ Topofilia III: *El papel de la economía solidaria en la construcción colectiva del territorio; una estrategia de productividad urbana para las grandes metrópolis de América Latina en el contexto de la globalización* (por formular).

10. INVESTIGACIONES INÉDITAS.

- ◆ *Mapa histórico de desastres en la expansión urbana de Santa fé de Bogotá, período 1943-1993.* Oficina para la prevención de Emergencias de la Alcaldía Mayor de Bogotá OPES. Co- investigador. Bogotá, 1994.
- ◆ *Adaptación, montage y realización del trabajo teatral de Antropología Urbana: El suave olor de la sangre.* Co-investigador. Universidad Nacional de Colombia, Comisión para la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, Presidencia de la República; presentación pública en diez ocasiones. Bogotá. 1994.
- ◆ *El Taller de diseño arquitectónico en relación con las demás áreas de formación académica.* Investigador principal. Universidad Javeriana. Bogotá. 1990-1991.
- ◆ *En torno a la enseñanza de la historia en la carrera de Diseño Industrial.* Investigador principal. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1989.
- ◆ *Aproximación epistemológica a la Teoría de la Arquitectura.* Investigador principal. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. 1986.
- ◆ *Plan de Desarrollo para el Departamento del Tolima.* Universidad Nacional de Colombia y Gobernación departamental. Co-investigador. Bogotá. 1986.
- ◆ *La Universidad a distancia en el contexto de la realidad nacional.* Asistente de Investigación. Centro de Estudios Especiales de la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1984.
- ◆ *Nabusimaque, la ciudad del sol. En torno a la vivienda indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta.* Co-investigador. Sierra Nevada de Santa Marta. Col. 1983.

11. CONFERENCIAS Y CURSOS EXTRA-ACADÉMICOS DICTADOS.

- ◆ *Marginalidad y globalización: una alternativa de desarrollo para América Latina concebida a partir de la construcción colectiva del territorio.* Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Octubre de 2002.
- ◆ *La Topofilia como estrategia aplicable a la resolución de conflictos. Una aproximación al caso colombiano.* Gobernación del Departamento de Cundinamarca. Bogotá. Septiembre de 2002
- ◆ *El papel de los procesos concertados de planeación en la construcción del territorio: entre lo global y lo local.* Universidad Javeriana. Bogotá. Agosto de 2002.

- ◆ *La Topofilia como estrategia de Planeación Urbana y Concertación Ciudadana.* Fundación Padre Arrupe y Alcaldías de Ciudad Delgado y Soyapango. El Salvador. Abril. 2002.
- ◆ *Las nociones de Espacio y Territorio en la investigación urbana y regional en América Latina,* en el curso: “La Ciudad, Transformaciones, retos y posibilidades”. Maestría en Planeación Urbana y Regional. Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Marzo 2002.
- ◆ *La ciudad del ahora frente a la ciudad de la memoria.* Facultad de Arquitectura. Universidad Alcalá de Henares. Alcalá de Henares. Esp. Diciembre de 2000.
- ◆ *El Ábaco de Renier como técnica de concertación en Planificación Estratégica Urbana.* I Curso de Gestión Estratégica del Desarrollo Local. ADIMAN (Asociación del Desarrollo integral de la Manchuela Conquense en coordinación con 29 Ayuntamientos municipales). Municipio de Iniesta, Cuenca. Esp. Noviembre de 2000.
- ◆ *Laboratorio de concertación ciudadana.* Aplicación de técnicas avanzadas en planificación. I Curso de Gestión Estratégica del Desarrollo Local. ADIMAN (Asociación del Desarrollo integral de la Manchuela Conquense en coordinación con 29 Ayuntamientos municipales). Municipio de Ledaña, Cuenca. Esp. Noviembre de 2000.
- ◆ *El análisis DOFA como técnica de planificación estratégica.* I Curso de Gestión Estratégica del Desarrollo Local. ADIMAN (Asociación del Desarrollo integral de la Manchuela Conquense en coordinación con 29 Ayuntamientos municipales). Municipio de Iniesta, Cuenca, Esp. Noviembre de 2000.
- ◆ *Técnicas avanzadas en Planificación Estratégica Urbana.* I Curso de Gestión Estratégica del Desarrollo Local. ADIMAN (Asociación del Desarrollo integral de la Manchuela Conquense en coordinación con 29 Ayuntamientos municipales). Municipio de Iniesta, Cuenca, Esp. Junio de 2000.
- ◆ *Del Monumento a la Ciudad: des-bordamiento urbano y emergencia de la ciudad.* Doctorado en Historia del Arte. Universidad de Granada. Granada, Esp. Mayo de 2000.
- ◆ *La Planificación Estratégica como herramienta de concertación ciudadana.* Instituto de Estudios Iberoamericanos. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, Esp. Mayo de 2000.

- ◆ *La Planificación Estratégica Urbana y la participación de los actores sociales locales*. I Curso de Gestión Estratégica del Desarrollo Local. ADIMAN (Asociación del Desarrollo Integral de la Manchuela Conquense en coordinación con 29 Ayuntamientos municipales). Municipio de Motilla del Palancar, Cuenca, Esp. Abril de 2000.
- ◆ *La construcción de patrimonio, un reto del presente para el futuro*. Doctorado en Historia del Arte, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, Esp. Septiembre de 1999.
- ◆ *Diagnóstico perceptual proactivo del Municipio de Iniesta*. Ayuntamiento de Iniesta. Coordinador del consecuente estudio. Cuenca. Esp. Junio de 1999.
- ◆ *Arquitectura y ciudad, últimas décadas*. Sociedad Colombiana de Arquitectos. Armenia, Col. Julio de 1998.
- ◆ *Ciudad, antiurbanismo y deconstrucción*, en el curso “El oficio del diseñador”. Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Mayo de 1998.
- ◆ Coordinador y conferencista del ciclo de conferencias: *Cooperación internacional para la recuperación del hábitat en América Latina, Carta de Megárides y Ciudad del Siglo XXI*. Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Abril de 1998.
- ◆ *El capital simbólico y su papel en los modelos de intervención social local*. Centro de Investigación Popular (CINEP). Bogotá. Col. Diciembre de 1997.
- ◆ *Latinoamérica: un continente en deconstrucción. Premodernidad y Posmodernidad*. Facultad de Sociología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Col. Septiembre de 1997.
- ◆ *La construcción de ciudadanía y su papel en la administración y gobierno de la ciudad actual*. VIII Congreso Nacional de Antropología en Colombia. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Col. Diciembre de 1997.
- ◆ *Arquitectura y Ciudad, últimas décadas*. Sociedad Colombiana de Arquitectos. San Juan de Pasto. Col. Diciembre de 1997.
- ◆ *La imagen de la ciudad en las artes y los Medios*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Col. Septiembre de 1997.
- ◆ *La construcción colectiva de ciudad*, en el Posgrado en Planificación Urbana y Regional. Instituto de Estudios Ambientales para el Desarrollo IDEADE. Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Septiembre de 1997.

- ♦ *Moderador en el I Encuentro de Investigadores Urbanos sobre Bogotá.* Asociación de Investigadores Urbanos, Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. Col. Septiembre de 1997.
- ♦ *Una mirada prospectiva a la ciudad del siglo XXI,* Ciclo de cinco conferencias dictado en tres ocasiones. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. Col. 1996-1998.
- ♦ *La investigación en Arquitectura,* en el II Seminario de Investigación. Universidad Piloto de Colombia. Septiembre de 1997.
- ♦ *El fin de lo clásico o la deconstrucción del pensamiento sólido.* Universidad de los Andes. Bogotá. Col. Mayo de 1995.
- ♦ *Marco de referencia filosófico de la descentralización administrativa y funcional: el caso Santa Fé de Bogotá.* Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Col. Marzo de 1994.
- ♦ *La dimensión estética del pensamiento contemporáneo en la relación arte y ciencia.* Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá. Col. Octubre de 1993.
- ♦ *La participación ciudadana en la gestión municipal.* Posgrado en Gestión Urbana. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. Col. Agosto de 1993.
- ♦ *Diseño y posmodernidad.* Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Col. Mayo de 1992.
- ♦ *La Casa.* Alianza Colombo-Francesa. Bogotá. Col. Abril de 1992.
- ♦ *La dimensión Político-Poética de la estética contemporánea en la Arquitectura y la ciudad de hoy.* Ciclo de cinco conferencias. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. Col. Abril de 1992.
- ♦ *Deseo y creación en la Estética Contemporánea.* Ciclo de cinco conferencias. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Col. Marzo de 1992.
- ♦ *En torno a la Deconstrucción.* Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Febrero de 1992.
- ♦ *La dimensión estética como forma de existencia poética,* dentro del ciclo “Posmodernidades otras”. Museo de Arte Moderno Bogotá. Col. Octubre de 1991.
- ♦ *Deconstrucción y Posmodernidad.* Ciclo de cinco conferencias. Universidad Católica de Colombia. Bogotá. Col. Mayo de 1991.
- ♦ *Deconstrucción y Posmodernidad en la Arquitectura.* Ciclo de cinco conferencias realizado en tres ocasiones en la Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Col. 1990-1991.

- ◆ *La investigación en Arquitectura. I Seminario de Investigación.* Universidad Católica de Colombia. Bogotá. Col. Septiembre de 1990.
- ◆ *La lámpara del arte-sano. V Encuentro Asociación Colombiana de Facultades de Arquitectura ACFA.* Universidad Jorge Tadeo Lozano. Cartagena de Indias. Col. Septiembre de 1990.
- ◆ *El papel del Arquitecto en la realidad nacional.* Universidad Gran Colombia. Bogotá. Col. Mayo de 1990.
- ◆ *¿Es posible la Arquitectura como Ciencia?* Universidad Católica de Colombia. Bogotá. Col. Octubre de 1989.
- ◆ *El concepto de forma en el diseño contemporáneo.* Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Octubre de 1989.
- ◆ *El habitar en la posmodernidad.* Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Septiembre de 1989.
- ◆ *El pensamiento arquitectónico contemporáneo.* Ciclo de cinco conferencias. Universidad Javeriana. Bogotá. Col. Abril de 1989.
- ◆ *Fundamentos del pensamiento arquitectónico.* Ciclo de cinco conferencias. Universidad Piloto de Colombia. Bogotá. Col. Octubre de 1988.

12. ENTREVISTAS RADIALES.

- ◆ *La Planificación estratégica frente al desarrollo local.* Emisora Comarcal de Castilla La Mancha. Motilla del Palancar. Esp. Abril de 2000.
- ◆ *La Topofilia como herramienta de desarrollo comunitario dentro del proceso de descentralización administrativa de Bogotá.* Cadena radial Super y emisora Santa Fé. Serie de tres programas. Bogotá. Col. Mayo de 1994.
- ◆ *Habitantes de ciudades o ciudadanos del mundo.* Serie de dos programas dentro del espacio “Escritores de hoy y de mañana” de la Radiodifusora Nacional. Bogotá. Col. Octubre de 1994.
- ◆ *Topofilia y construcción de ciudad.* Rueda de prensa coordinada por la Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. Col. Septiembre de 1993.
- ◆ *La estética contemporánea en la ciudad de hoy.* Serie de cuatro programas en el espacio “Escritores de hoy y de mañana” de la Radiodifusora Nacional. Bogotá. Col. Agosto de 1993.

- ♦ *La apertura económica frente al diseño nacional*. Emisora Javeriana. Bogotá. Col. Octubre de 1991.

13. RECONOCIMIENTOS EN PRENSA.

- ♦ “Cuadra por cuadra la ciudad cambia”, en *Diario El Tiempo*. Bogotá. Col. 01-08-98.
- ♦ “Topofilia, una manera de hacer ciudad”, en *Diario El Tiempo*. Cali. Col. 27-11-97.
- ♦ “Topofilia, hacer ciudad desde los habitantes”, en *Diario El Colombiano*. Medellín. Col. 20-09-96.
- ♦ “Topofilia, palabra útil”, en *Diario El Tiempo*. Bogotá. Col. 26-07-94.
- ♦ “Topofilia”, en *Diario El Tiempo*. Bogotá. Col. 09-13-94.
- ♦ “Al rescate de la carrera quinta”, en *Diario El Espectador*. Bogotá. Col. 20-08-94.
- ♦ “Urge recuperar credibilidad del Estado en aplicación de la ley”, en *Diario El Espectador*. Bogotá. Col. 17-11-94.
- ♦ “Con Topofilia la Revolución de las pequeñas cosas”, en *Diario El Espectador*, 23-06-93.
- ♦ “Comunidad recuperó parque en Candelaria La Nueva”, en *Diario El Espectador*. 12-10-93.
- ♦ “Basurero se transformará en parque para Tunjuelito”, en *Diario El Espectador*. Bogotá. Col. 10-04-93.
- ♦ “Algo pasa en la ventanilla”, en *Diario El Espectador*. Bogotá. Col. 06-08-92.
- ♦ “Súbete a mi bus”, en *Diario El Nuevo Siglo*. Bogotá. Col. 08-08-92.
- ♦ “Lo último en Estética”, en *Diario El Nuevo Siglo*. Bogotá. Col. 22-09-91.

14. DISTINCIONES PROFESIONALES.

- ♦ Mención de Honor en la Bienal Panamericana de Arquitectura de Quito dentro del Capítulo de Historia, Teoría y Crítica, en calidad de co-autor de la publicación: *La Ciudad en las Artes y los Medios*. Compilación de Beatriz García. Quito. 2003.
- ♦ Jurado PREMIO NACIONAL CORONA EN MEJORAMIENTO BARRIAL. Fundación CORONA. Bogotá. Col. 1994.

15. EXPERIENCIA PROFESIONAL EN DISEÑO ARQUITECTÓNICO.

- ◆ Diseño y remodelación de la Estación de Servicio Móvil. Chía. Col. 1993.
- ◆ Diseño Edificio siete apartamentos. Barrio Navarra. Bogotá. Col. 1993.
- ◆ Ganador Concurso de Diseño para Centro Recreativo en Carmen de Apicalá. Col. 1989.
- ◆ Diseño subdivisión de vivienda, siete apartamentos. Barrio El Batán. Bogotá. Col. 1987.
- ◆ Asesoría en Diseño e Interventoría Edificio veinte apartamentos. Barrio Cedritos. Bogotá. Col. 1987.
- ◆ Diseño y construcción salón múltiple. Barrio Santa Barbara. Bogotá. Col. 1987.
- ◆ Levantamiento arquitectónico Hotel Granada, San José del Guaviare. Col. 1989.
- ◆ Diseño y Asesoría en Construcción Hotel “El pórtico”, San José del Guaviare. Col. 1986.

ANEXO N° 3

BILBAO Y EL “EFECTO GUGGENHEIM”.

**Una referencia obligada en torno al impacto de la
globalización en las “ciudades en venta”.**

TABLA DE CONTENIDO

1. CONTEXTO GEOPOLÍTICO: LAS TRANSFORMACIONES DE UN TERRITORIO

2. EL FUTURO DEL PASADO.

- a) La apuesta por una efectiva reconversión económica.
- b) El impacto espacial del nuevo modelo económico.
- c) El “efecto Guggenheim” y su impacto en la nueva imagen turística de la ciudad.

3. EL “RELINCHO” DEL CABALLO EN EL GÜERNICA DE PICASSO.

4. BILBAO, CIUDAD “ABIERTA”, CIUDAD DE “TODOS”

5. BILBAO, ¿UNA CIUDAD GLOCAL?

1. CONTEXTO GEO-POLÍTICO: LAS TRANSFORMACIONES DE UN TERRITORIO.

Uno de los aspectos que, sin duda, resultan más atractivos dentro del actual proceso de globalización económica por el que atraviesa el mundo, es el que tiene que ver con sus implicaciones espaciales y con las nuevas determinantes que, desde aquí, constituyen, hoy en día, la idea de territorio. Consecuencia de esto, una renovada idea de “lugar” dada por las potencialidades que éste puede llegar a tener al interior de un determinado proceso puesto en marcha por alguna “privilegiada” estrategia macroeconómica. Esta particular noción de “lugar de...” connota al lugar de un sentido particular: el de “lugar estratégico”; entendiendo por el mismo una idea de “valor relativo” circunscrita a un determinado sentido de “oportunidad” propuesto por el mercado.

Dentro de este marco, la ciudad de Bilbao, en el país Vasco, entra a ser uno de los mejores ejemplos de esa “puesta a punto” que la globalización impone a las ciudades que, hoy en día, quieren ser “competitivas” y hacer parte de la “Feria internacional de ciudades” donde en la actualidad se cocina buena parte de la economía del planeta. El caso Bilbao es, por demás, uno de esos ya típicos ejemplos de reconversión industrial promovidos, tanto por la creciente competencia internacional, como por el paulatino

aumento de la automatización asociada al proceso tecnológico que caracteriza, como decíamos, el paso de las ciudades industriales, de tradición fordista, a esa nueva concepción de ciudad industrial propia de una mentalidad postfordista donde son los servicios, en primer lugar, lo que cuenta, y no las otrora fundamentales “líneas de producción”.

Es aquí donde la ubicación de la ciudad juega un papel fundamental, toda vez que ese “lugar estratégico” que tendrá que proyectarla al mercado, se constituye con base en la oportunidad de relacionarla con otras ciudades con las que pueda establecer redes de intercambio comunicación y consumo, a la vez que con la efectiva posibilidad de constituirse en “centro”, ella misma, de mercados más chicos que, a través de ésta, puedan proyectarse al mundo. En el caso de Bilbao, es clara la ubicación estratégica de la ciudad con respecto al eje atlántico, estableciendo, en primer lugar, un importante triángulo con ciudades de Inglaterra y Francia y, a partir de allí, con el resto de la región.

En lo que compete a su posibilidad de ser centro regional o microregional, es claro el papel que su ubicación juega, no sólo para el país Vasco sino para España, en tanto es, sin duda, su más importante puerta de entrada al Atlántico. Pero la ubicación estratégica de una ciudad no depende solamente de donde esté sino, sobre todo, de cómo esté conectada; a lo que Bilbao responde, desde su privilegiada ubicación marítima, con la construcción del que, sin duda, será uno de los puertos más grandes y modernos de Europa (una vez estén terminadas las obras de su ampliación), así como con importantes y ágiles conexiones terrestres por carretera y tren, así como por vía aérea a través de su aeropuerto internacional. Condiciones, todas, que proporcionan a la ciudad ese papel de “nudo” de enlace entre la red europea de ciudades y la España interior. Valga señalar aquí que, a la luz de la globalización, destacamos menos el hecho de que Bilbao sea una ciudad tradicionalmente industrial, que el hecho de contar con un enorme potencial geopolítico e infraestructural; éste último, objeto de una agresiva campaña de modernización acorde con las demandas de los nuevos tiempos.

Pero las ventajas geopolíticas de la ciudad no están dadas, solamente, por su ubicación e infraestructura, cuenta un papel fundamental el hecho de ser también importante capital cultural y financiera; aspectos nada despreciables, ya que aparte de

enriquecer sus ventajas comparativas de orden geográfico - donde el recurso agua¹ juega un papel fundamental (la Ría y el territorio del estuario que proporcionan un enorme frente apto, en todo, para la implantación de una renovada actividad económica, industrial, de servicios y de vivienda) – constituyen, en sí mismos, un importante valor agregado a su ya señalada ubicación estratégica dentro de la región. Atributos que, en gran medida, van a posibilitar su urgida reconversión económica, ya que lo que una vez significó progreso y avance para las urbes (la industria), es hoy un lastre que es necesario readecuar para que no se convierta en obstáculo para su evolución y desarrollo.

De esta forma, los factores de localización que en un momento la ciudad industrial debía considerar (fácil acceso a las materias primas y mano de obra barata, principalmente) hoy en día resultan ser otros por completo (adecuada dotación de infra e infoestructuras, ubicación de servicios avanzados de marketing y comercio, amplia oferta de bienes de interés cultural que propicien su venta de imagen y atraigan tanto al inversionista como al turista en general, centros de formación e investigación de prestigio y, sobre todo, elevada calidad de vida de sus habitantes, hecha posible gracias a la construcción de unas adecuadas condiciones urbanas y medioambientales). La conclusión es muy sencilla: la competitividad de la ciudad está directamente relacionada con el mejoramiento integral de la calidad de vida de sus habitantes y usuarios; lo que exige tanto una decidida intervención en el territorio como un explícito compromiso de todos los actores involucrados.

2. EL FUTURO DEL PASADO.

a. La apuesta por una efectiva reconversión económica.

Como señala María Concepción Torres (1994), becaria postdoctoral del Gobierno Vasco, y miembro del grupo de Geografía Industrial de la Asociación de Geógrafos Españoles “Bizkaia es una de las provincias españolas que más intensamente

¹ Uno de los aspectos más importantes a resaltar dentro del Plan Estratégico de la ciudad, es el valor preponderante que cobra la optimización del recurso agua, hasta entonces utilizado casi exclusivamente para actividades portuarias aprovechadas, en primer término, por las grandes industrias que ocupaban las mejores tierras del estuario y hacían de sus “frentes acuáticos” algo así como un “área trasera de servicio” negada a la ciudad. Valga señalar que son estos, precisamente, los suelos más competitivos con que cuenta la ciudad e, incluso, el país Vasco; razón más que justificada para “abrirse” al agua volcando sobre ella (particularmente sobre la Ría) las principales actividades encargadas de efectuar la aludida reconversión económica.

ha experimentado el proceso de reestructuración industrial ocurrido desde 1975. (A partir de esta fecha) el tejido productivo vizcaíno ha sido renovado, parte ha desaparecido y también se han instalado nuevas actividades. Paralelamente a los cambios industriales han sido inducidas diversas transformaciones en el territorio” (Torres, María C. 1994. pp. 5).

No obstante, como recalca esta misma autora, la política territorial no ha ido de la mano con estos renovados cambios de la política económica, al menos hasta 1989, fecha en que, por iniciativa del Gobierno Vasco y la Diputación Foral de Bizkaia, tiene inicio el *Plan Estratégico para la Revitalización del Bilbao Metropolitano*,² cuya primera acción importante ocurre en 1991 con la constitución de la Asociación para la Revitalización del Bilbao Metropolitano, *Bilbao Metròpoli-30*; organismo que, teniendo en cuenta que el mercado al que ahora se enfrenta la ciudad no es local sino global, afronta los siguientes retos: elevar la cualificación tecnológica de los recursos humanos, a través de la implementación de actividades orientadas a la formación; mejorar la competitividad tecnológica de la industria, a través de la incorporación de servicios tecnológicos avanzados; mejorar la competitividad de las empresas, a través de la incorporación de servicios avanzados de marketing y comercialización; mejorar la infraestructura de comunicaciones tanto físicas como “inteligentes” (infoestructuras), a través de la ampliación de la calidad y cobertura de las infraestructuras existentes y el diseño de ágiles nudos de intercambio modal, en el primer caso, y de constituir redes, así como de ampliar y modernizar las infoestructuras existentes en el segundo; finalmente, y quizá como máximo reto, elevar la calidad de vida de sus habitantes, a través de una decidida intervención en el territorio orientada a mejorar el hábitat urbano y la calidad medio ambiental.

Para alcanzar lo anterior, el Plan ha identificado ocho temas críticos: la inversión en Recursos Humanos, la conversión de Bilbao en Metròpoli de servicios avanzados como cabeza de una Moderna Región Industrial, la movilidad y la accesibilidad, la regeneración medioambiental, la regeneración urbana, la “centralidad cultural”, la gestión coordinada de las Administraciones Públicas y el Sector Privado y, finalmente,

² Valga señalar que, como en todo Plan Estratégico, aquí de lo que se trata no es de inventar nada “nuevo”, o de importar “modelos exitosos” en otros contextos, sino de enfrentar las debilidades y amenazas de la ciudad a partir del aprovechamiento de sus oportunidades con base en la potenciación de sus propios recursos.

la articulación social. Temas que se prevé enfrentar, entre otros, a través de los siguientes macroproyectos: Ferrocarril Metropolitano; ampliación del puerto en el Abra exterior; ampliación y modernización del aeropuerto de Sondika; Plan general de actuación en Abandoibarra, con sus obras insignias: el museo Guggenheim y el palacio Euskalduna; plan integral de saneamiento del bajo Nervión y construcción del Instituto Europeo de Software.

Pero bien, estos proyectos de gran envergadura hay que entenderlos desde el trasfondo mayor que supone la propia reestructuración industrial de la ciudad, la cual, en palabras de Torres Enjuto puede definirse como un “proceso de cambio global en el sistema productivo que comprende modificaciones sustanciales en inversión, trabajo, tecnología y organización, con el objetivo de que el capital recupere las tasas de beneficio, iniciándose una nueva fase de crecimiento (Ibídem).

Es de anotar que este proceso de reestructuración conlleva, no sólo una reorientación en los aspectos antes mencionados, sino que implica la renovación de las industrias tradicionales, la aparición de nuevas industrias y un crecimiento sensible en el sector servicios. Lo que se infiere de aquí, en primera instancia, acaso su impacto más importante (al menos desde el punto de vista del territorio metropolitano), es una reestructuración espacial de la industria y de las principales actividades económicas que orbitan a su alrededor; situación que afecta, desde luego, la organización espacial de la ciudad en su conjunto donde los viejos centros industriales son reabsorvidos (previa reestructuración y readecuación) al interior del proceso productivo alentado por el nuevo empuje industrial propulsor; sirva de ejemplo el proyecto de reutilización de aquellas antiguas plantas industriales que, por no ser demolidas -al preservar “museísticamente” la memoria “física” del glorioso pasado industrial bilbaino-, se convierten en postmoderno recycle de arqueología industrial, apto, entre otras cosas, para el turismo y la recreación. Aspectos que, de hecho, involucra el proceso de reconversión económica y, de tal suerte, espacial y de usos, que comprende el Plan *Bilbao Metropoli* 30.

Lo que se prevé de este profundo proceso de reconversión es, entre otras cosas, una generación de actividades interrelacionadas; un incremento en la mano de obra, producto de la apertura de la oferta, o si se prefiere, de su diversificación; una

ampliación de la oferta educativa; un impacto sensible en la infraestructura de transportes que tendrá que ser tanto mayor, cuanto más ágil y eficiente; y una organización territorial capaz de soportar el crecimiento suscitado por una economía de servicios enriquecida tanto por la afluencia de capital, como por la de gente (turistas, particularmente) atraída por su evidente atractivo.

b. El impacto espacial del nuevo modelo económico.

De acuerdo con lo anterior, no sobra señalar que la ciudad es, sin lugar a dudas, el escenario donde por excelencia se pone de manifiesto aquello que Ernest Cassirer llamara la “coordenada espacial del animal humano”. A través de ella se trasluce, no sólo la manera de pensar de una determinada época sino su manera de proyectarse al mundo a partir del modo como organiza espacialmente sus símbolos; de esta forma, así como para entender a la ciudad tenemos que examinar los presupuestos y caracteres de una determinada época, para entender a ésta es necesario que nos aproximemos a la comprensión de ése, su dilecto escenario, la ciudad.

Ese “sentido epocal” de la ciudad, para el cual la historia resulta ser una especie de “valor agregado”, concatena, de forma indisoluble, aspectos de orden social, económico y político, y los vuelca, por decirlo así, sobre el espacio, constituyendo lo que denominamos el “medio ambiente urbano”; de tal suerte que sólo podemos hablar de éstos a partir de su impacto, o modo de ser en el espacio, y, en consecuencia, de la manera humana en que, de hecho, ocupamos y “damos forma” a ese espacio, es decir, el territorio. Por lo anterior, no resulta gratuito que a cada modelo político, que es lo mismo que decir, social y económico, corresponda uno espacial.

En esta medida, lo que ahora nos interesa examinar es, precisamente, las implicaciones espaciales de ese nuevo modelo económico adoptado por Bilbao, de acuerdo con los parámetros a los que ya hemos hecho referencia y que, en pocas palabras, aluden a la urgente necesidad de cambio frente al agotado modelo industrial que durante tanto tiempo posesionó a la ciudad dentro de los primeros lugares de la renta *per capita* provincial. Modelo económico exitoso en su momento, de acuerdo con las exigencias del mundo de ese entonces, pero negligente en lo que respecta, no sólo a otros eventuales renglones de actividad económica sino, lo que es más grave aún, en lo

que respecta a la calidad del medio ambiente urbano que vio relegadas sus zonas de vivienda a espacios residuales generados por aquellos terrenos no aptos para la industria pesada que, en aquella época, movía a la ciudad.

Comencemos por decir que así como la Ría tuvo un papel preponderante en el contexto de ciudad industrial del Bilbao de mediados del siglo XX, es ella, precisamente, la encargada de llevar, dentro del nuevo modelo, a la ciudad al siglo XXI, toda vez que actúa como columna vertebral de los nuevos procesos generados por la aludida reconversión económica. Valga señalar que los contenidos urbanísticos e infraestructurales del Plan Estratégico se resuelven, principalmente, en torno al aprovechamiento de esas áreas de oportunidad que se encuentran en los suelos llanos del estuario; por ello, el gran reto a enfrentar, no es otro que el de reconvertir el obsoleto equipamiento industrial y portuario que, desde tiempo atrás, venía ocupando los suelos más competitivos, no sólo de la ciudad, sino de la región.

La propuesta apunta, en primer lugar, a demoler buena parte de las obsoletas instalaciones industriales, portuarias y ferroviarias que ocupan la Ría para dar paso a un completo proceso de reurbanización que implique tanto la modernización de algunos de los equipamientos viejos, como la implementación de nuevos usos y actividades alternativas a las ya tradicionales con el fin de crear el soporte físico que posibilite el desarrollo; proceso que parte de superar la anacrónica diferenciación entre industria y sector terciario y que, por lo mismo, y dada la complejidad de esta tarea, habrá de adelantarse en varias fases.

Bajo la filosofía de descentralizar (acaso apenas “desconcentrar”), promoviendo nuevas “centralidades” que diversifiquen la actividad, se busca desarrollar un modelo que equilibre las actuales descompensaciones urbanas generadas por la concentración y homogenización de las actividades, para lo cual se propone alternar con una moderna y ágil infraestructura de servicios y transporte urbano y regional, el desarrollo de proyectos de vivienda, así como de equipamientos de ocio, recreación y cultura, capitalizando así el acerbo patrimonial de la ciudad y su enorme y rico potencial cultural. Proyectos, todos estos, que no pueden ser concebidos en forma aislada sino interdependiente. La clave es aquí: *diversidad y mezcla de usos* dentro de un carácter lo

suficientemente flexible que sea capaz de adaptarse a las demandas cambiantes de una economía tan competitiva como global.

Pero esta búsqueda de competitividad de la ciudad tiene su precio: se hace necesario borrar buena parte de las instalaciones industriales que, en otro tiempo, daban cuenta de su prosperidad económica, y construir un nuevo proyecto de ciudad sobre la base de una agresiva política de reordenamiento territorial.

La nueva imagen que, desde aquí, se quiere para la ciudad, gira en torno a un paisaje amable que, desde la armónica relación entre el verde y el agua, “dulcifique” su “insensible y duro” paisaje industrial. Todo esto dentro de una densidad bruta de edificación menor que la tradicionalmente adelantada en otros desarrollos urbanos de análogas características, con el fin de potenciar y resaltar el atractivo natural de la geografía en la que se inscribe la ciudad. No hay que olvidar que *no se puede descuidar ningún aspecto que pueda atraer, o distraer la inversión*.

Con el eje de la Ría, como elemento organizador, y el traslado del puerto expandido a la zona del Abra exterior, lo que se busca es integrar las dos márgenes a través de puentes bajos y de nuevas vías transversales (una nueva red viaria) que permitan estructurar los consiguientes desarrollos a partir de la espina dorsal que éstas constituyen al desprenderse de la Ría.

Hay que anotar que este desarrollo se enfrenta a dos circunstancias bien distintas de uno y otro lado de la Ría; por un lado, está la margen derecha que, en poco ha notado la reestructuración industrial, ya que buena parte de su actividad venía ya caracterizada por los servicios (uno de los sectores económicos de mayor crecimiento durante la etapa de crisis de la industria) y por una atractiva zona residencial carente de áreas industriales y, por tanto, de bajo impacto ambiental, con una baja densidad de edificación (aunque recientemente incrementada por el atractivo que presenta la zona dotada con amplias áreas verdes y espaciosos campos deportivos), para no hablar de esa ventaja adicional que le proporciona su cercanía a las playas; por otro, está la menos atractiva margen izquierda, dada su caótica mezcla de usos industriales y residenciales de bajo perfil, los problemas de contaminación, la escasez de zonas verdes y, por si fuera poco, un “cierto aire” de marginación; haciendo pensar en la eventual utilización

de parte del añejo equipamiento industrial allí existente en la realización, por ejemplo, de un parque temático que “recicle” la memoria del lugar dándole un nuevo uso, sin que se aclare, del todo, qué va a pasar con aquellas viviendas de “bajo perfil”; o mejor, con sus habitantes...

Valga mencionar un indicativo adicional de la disparidad entre las dos márgenes, y es este el que señala que mientras que la población, y el uso residencial, aumentan en la margen derecha, en la izquierda estos disminuyen como consecuencia del abandono de la actividad tradicional que allí se adelantaba. Lo que tenemos aquí es un claro caso de desequilibrio territorial, puesto que mientras una margen de la Ría apenas ha experimentado repercusiones con la crisis del agotado modelo económico, como no sea la de la, aún mayor, valorización de sus suelos y la mejora en su dotación de equipamiento y servicios, la otra apenas soporta los tajantes y radicales cambios, beneficiándose muy poco de éstos; situación que en nada beneficia al nuevo modelo y, en consecuencia, a la “nueva cara” que está buscando la ciudad; razón más que sobrada para tener este tema como una prioridad. Lo cierto es que lo que hasta ahora se prefigura es una no muy clara política que, a lo más, concibe el futuro de la margen izquierda como un gran parque temático de arqueología industrial.

No obstante lo anterior, el “gran plan” no comienza por aquí sino por un punto mucho más sensible para vender como imagen de ese “nuevo Bilbao competitivo y audaz”: Abandoibarra; de lo que se trata es de “reordenar” a la ciudad desde su centro mismo, partiendo de una doble estrategia: por un lado se quiere lanzar, desde aquí, una imagen “renovada” de la ciudad con base en el desarrollo de una serie de intervenciones emblemáticas que resemantizen no sólo el centro sino la ciudad en su conjunto para convertirla, al menos en imagen - ya que la modernización de la ciudad debe implicar, de suyo, la propia modernización de la mentalidad de sus habitantes ⁻³ en una moderna metrópoli “postindustrial” (preferimos hablar de “neoindustrial” ya que no se suprime la industria en cuanto tal sino que se suplanta y reconvierte; a fin de cuentas ¿qué es el turismo si no una industria?) de marcado sentido y dimensión cultural; sirvan de ejemplo el Museo Guggenheim y el Palacio Euskalduna de Congresos y de la Música; auténticos emblemas de una nueva heráldica que, aunque de tinte evidentemente

postmoderno y, por tanto, aparentemente desarraigado y “universal”, se apoya firmemente tanto en la fuerte identidad vasca, tan “dura” como su clima y geografía, como en el “glorioso pasado industrial” de la ciudad a través de una estética que, más que recordarlo, a todas luces, lo revitaliza y refuerza.

Pero Abandoibarra es mucho más que un par de edificios emblemáticos, es también el corazón del nuevo Bilbao y uno de sus puntos de articulación más importante, toda vez que actúa como motor de financiación para la variante sur ferroviaria, favorece el nacimiento del paseo Uribirarte, posibilita, con la venta de las parcelas allí edificables, la urbanización y cambio de uso de la zona de los antiguos muelles, propicia la construcción de una importante zona comercial, hotelera y de negocios (al estilo del Maremagnum barcelonés), precisamente en la zona comprendida entre los dos edificios antes mencionados y, en general, es pieza clave para la recuperación de espacios degradados y para la reestructuración del nuevo trazado vial de la ciudad a partir de su paulatina transformación en un Centro Internacional de Negocios y de las Artes; razones más que de sobra para considerar este importante rincón de la ciudad como pieza clave para su diversificación económica al constituir uno de sus más poderosos atractivos; situación que, entre otras cosas, abre el espacio para ese importante renglón de actividad económica que en Bilbao había sido hasta ahora tan esquivo; nos referimos, por supuesto, al turismo.

c. El “efecto Guggenheim” y su impacto en la nueva imagen turística de la ciudad.

El concepto de “regeneración urbana” al que hemos hecho alusión, y en el cual convergen aspectos económicos, políticos, medio ambientales, sociales, culturales y simbólicos, otorga particular importancia al tema de las “nuevas industrias culturales”, dentro de las cuales el turismo ocupa un lugar fundamental; toda vez que, a través de ellas, se capitaliza esa demanda cada vez más creciente de movilidad que las economías globalizadas exigen y que, entre otras cosas, responde a la disminución de los tiempos de trabajo, al aumento de tiempo libre, a las vacaciones fragmentadas, a las

³ Esto es, desde luego, un proceso más lento que la simple transformación de las estructuras físicas, ya que, hay que decir en este punto, que si bien el vasco es práctico, pujante y emprendedor, su espíritu es también altamente tradicionalista y conservador.

promociones que conllevan “paquetes turísticos” especializados, o no, y a las más recientes formas de turismo de negocios, así como de eventos y congresos.

La industria del turismo urbano es, por tanto, uno de los renglones de actividad económica más próspera en los últimos años, dado su importante papel a la hora de promocionar a las ciudades, particularmente en lo que supone su oferta de atractivos patrimoniales. Gracias a ella se canalizan, “productivamente”, dos tipos de actividad de creciente demanda en la sociedad actual, particularmente en los países desarrollados: *el ocio y la cultura*. De ahí la importancia que las ciudades otorgan al fortalecimiento de la oferta en ambos campos, ya sea ampliando y mejorando el equipamiento existente, o invirtiendo en la construcción de nueva infraestructura en este campo; de cualquier forma, se trata de que la gente lo sepa y, de tal suerte, valore la “apuesta” por la ciudad y sus atractivos.

De otra parte, el exigente contexto de competitividad en el que las propias ciudades se ofertan, en un mundo cada vez más global, hace necesario la puesta en marcha de agresivas estrategias que promocionen las ventajas comparativas de unas con respecto a las otras que así hagan de estas, *ventajas competitivas*. Un papel fundamental cumple aquí el tema de *la gestión urbana* y de ese contundente factor que se promociona a través de ella: *la imagen*. Es a partir de ésta que las ciudades se proyectan, de ahí que sea motivo de especial interés la manera como lo hagan, pues de ésta depende, en gran medida, el éxito de la gestión. Ahora bien, esta “venta de imagen” puede hacerse a través de “acciones detonantes” como los juegos olímpicos de Barcelona o Expo-Sevilla, o a través de la realización de “proyectos emblemáticos” como es el caso de Bilbao y su dos proyectos más representativos: el Museo Guggenheim y el Palacio Euskalduna; en cualquier caso, estamos hablando de una “apuesta de futuro” con base en la explotación del potencial que tanto el presente como el pasado puedan ofrecer.

De lo anterior se infiere que el turismo urbano, lejos de ser una actividad marginal dentro de los importantes renglones de la economía tradicional, resulta ser “piedra angular” en ese “paquete completo” que se promociona y que es, desde luego, la ciudad en su conjunto, “puesta en venta” a través de sus equipamientos y atractivos; lo que exige un esfuerzo concertado de los sectores público y privado, puesto que aquí,

todos “ganan”. A su vez, este “esfuerzo concertado” (en el que, por cierto, en el caso de Bilbao poco intervino la ciudadanía) ha de canalizarse a través de planes concretos que, como en el caso de la ciudad que nos ocupa, suponen una transformación sensible de la aludida “imagen” a partir de una osada intervención en el territorio; pero la apuesta bien lo vale... Bilbao (gracias a su privilegiada posición estratégica) ha de posicionarse como una de las ciudades más atractivas y, por qué no, competitivas, dentro del concierto internacional de ciudades (al menos el europeo).

Desde aquí es claro el papel que el turismo juega en la apuesta bilbaina; atraer, seducir; pero, ¿a quién? no tanto al consumidor, que mal que bien aporta una renta adicional (aunque nada despreciable a la ciudad), sino al inversionista, al que representa a las grandes firmas y está en capacidad de otorgar franquicias; propósito bien lejano al de ocuparse de atender al simple consumidor de *souvenirs*, perfumes o camisetas que, desde luego, resulta ser, junto con el gremio hotelero y gastronómico, el indirecto beneficiario de una ciudad tan atractiva. Después de todo, no es un secreto para nadie que en esta época de hipercompetitivo capitalismo salvaje e ideología neoliberal no es el hombre sino el capital lo que cuenta; más aún, el primero sólo cuenta en tanto esté ligado indisolublemente al segundo; de ahí que el turismo que, en apariencia vende “productos tangibles” que atraen al visitante, lo que en realidad vende son “nombres” (nombres de “marcas”), como el de los propios arquitectos que, por estar “de moda” resultan un enorme respaldo a esa incondicional e ilimitada “venta de atractivo” respaldada en una seguridad: la que en el caso de Bilbao proporciona el hecho de haber sabido aprovechar las oportunidades que le permitirán, en el inmediato futuro, hacer parte del grandioso mercado de la economía global; razón más que de sobra para que una investigación sobre el papel del turismo en la economía del nuevo Bilbao ahonde más en el número de Bancos, y de grandes empresas financieras y de servicios presentes en la ciudad, que en el número de camas con que cuenta la ciudad (sin olvidar que éstas también hay que contarlas...).

En resumen, el “éxito” que pueda tener un proyecto de ciudad radica, sin lugar a dudas, en su “venta de imagen”; eso sí, sobre la base de ofertar debidamente sus ventajas comparativas, ya que basta con tener un “nombre seguro” que inspire confianza para que “ruede” la inversión. Si bien el turismo se dirige a un público, lo que debemos establecer es quién dirige al turismo, pues tras la oferta concreta de atractivo que

arrastra “oleadas de japoneses”⁴ lo que existe es un lucrativo interés por la capitalización de un nombre: el nombre de la ciudad. Después de todo, no es el turismo el que respalda un nombre sino que es éste quien alienta a aquél.

No es gratuito, entonces, el hecho de que el discurso urbanístico de los últimos veinticinco años esté cargado de explícitas referencias al papel del turismo en el tema de la regeneración urbana, sobre todo en aquellas ciudades de los países desarrollados (y más recientemente en los países “en vías de serlo..”- al menos a esto es a lo que aspiran) que se han visto obligadas a cambiar su modelo económico y, consecuentemente, espacial. El común denominador es aquí el discurso que aboga por la conservación y explotación del patrimonio histórico y cultural a través de la implementación de gigantescos y osados “planes maestros” de reordenamiento territorial, que dado el tiempo que requieren y su descomunal costo, acuden a la realización de acciones demostrativas “piloto” que, a corto plazo, permitan ganar la credibilidad y confianza de aquellos “inversionistas” a los que, de hecho, de tal forma se les esta ofreciendo la ciudad.

Destacamos que para esto la palabra que “abre puertas” no es, desde luego, “gasto”, ni, mucho menos, el ambiguo concepto de “costo”, sino *inversión*; una inversión de futuro, una “apuesta” basada, he ahí lo increíble, en un “acto de fe”; el que de hecho se alimenta a través de las propias “apuestas” implícitas en las acciones emblemáticas mencionadas. Como en cualquier otra apuesta, hay que decirlo, entre mayor sea el riesgo, tanto mayor será el beneficio, de ahí que sobre la base del “gran beneficio” que espera obtener la ciudad de Bilbao (derivado de lo que hasta ahora hemos expuesto) manteniéndose “dentro” del mercado, a la vez que posicionándose fuertemente en él, es de esperar una apuesta mayúscula en la que “se juegue el todo por el todo”. Y, “un acto de fe o un billete de lotería nunca son caros...”, como oportunamente anota Zulaika.⁵

⁴ Hablamos del “turismo japonés” no para aludir a un grupo humano en particular, sino para hacer referencia paradigmática a una forma de turismo organizado que, si bien, en su gran número, resulta evidente entre los japoneses, desde luego, no es, ni mucho menos exclusiva de éstos; ya que a lo que en realidad aludimos es al irracional turismo de velocidad e hiperconsumo en cuanto tal, donde de lo que se trata es de “visitar sin visitar”; de “ver sin ver”, delegando en la cámara fotográfica, en la “gorrita” y en la camiseta el valor testimonial de “haber pasado por uno u otro lugar...”

⁵ Joseba Zulaika es licenciado en Filosofía por la Universidad de Deusto y Doctor en Antropología por la Universidad de Princeton (EEUU). Es autor, entre otros trabajos, de *Guggenheim Bilbao, Crónica de una Seducción*. Editorial Nerea, Madrid, 1997.

Si bien la ciudad, desde los últimos cinco años, viene sufriendo todo tipo de reformas e intervenciones, como hemos señalado, hay una, por sobre todas, que se destaca, y es la que se ha llevado a cabo en Abandoibarra con un proyecto de pretensiones tan enormes como las del *Museo Guggenheim*; el cual, sin ser la única intervención notable de la zona, ha resultado ser, sin duda, la más notable, no sólo por su exhibicionista forma de mostrarse sino por actuar como “la punta de un Iceberg”, en lo concerniente al complejo proceso que arrastra tanto el edificio de Gehry como la “nueva imagen” que, a partir de él, desea proyectar la ciudad.

La crítica especializada ha querido magnificar los alcances de dicho proyecto al punto de hablar de un “efecto Guggenheim” para aludir al fenómeno ocurrido con la venta de este “modelo” deconstructivo de arquitectura postmoderna; o mejor, con la venta de la ciudad a través de él, puesto que, como todos sabemos, no fue la punta del Iceberg lo que hundió al Titanic.

En este sentido, preferimos ser tanto más literales cuanto más cautos con el concepto de “efecto”, en tanto el mismo proviene siempre de una causa que, obviamente le precede, pero dado que el tema que nos ocupa, en este momento, no es una disquisición filosófica sobre el uso del término sino sus implicaciones en la demanda turística de la ciudad, sin más nos ocuparemos de esto dejando la anterior reflexión para un próximo trabajo. Lo que sí nos interesa dejar en claro, en este punto, es que Bilbao no es el Guggenheim, a pesar de que el paradigmático museo (sin duda el edificio más importante de la segunda mitad de siglo), en alguna medida pretenda serlo; algo así como una especie de cápsula de la esencia del espíritu vasco mezclada con la memoria del pasado industrial de la ciudad reenvasada en el estuche de moda vigente; especie de monumento, nada modesto, por cierto (¿qué monumento lo es?) a su bien marcada y definida identidad.

¿Qué es entonces lo que se ha querido denominar como “efecto Guggenheim”?; sin duda, el impacto que el aludido Museo ha generado en la economía y el uso del espacio de la ciudad, toda vez que a partir de su apertura al público se ha incrementado sensiblemente el número de personas que acuden a ésta. Sirvan como indicativo los 9.000 visitantes diarios del museo que, en un lapso de seis meses, sumaron ya más de

medio millón (aproximadamente el doble de lo que se esperaba para este tiempo); valga decir que en la Semana Santa de 1998 recorrieron sus instalaciones casi 55.000 personas, registrándose en los hoteles un índice de ocupación del 60%, es decir, el doble que en las mismas fechas de 1997.

Por lo anterior, no cabe duda de que el edificio de Frank Gehry es el símbolo emblemático del Bilbao del siglo XXI, a la vez que el “gancho publicitario” (y de imagen) que necesitaba la ciudad, ansiosa de atraer, no sólo la gran inversión y la movilidad de capital de las multinacionales que quisieran servirse de este escenario renovado para compartir, con él, las enormes ventajas de su “emblematismo”, sino, incluso, el nada despreciable turismo de “paquete programado”; para no hablar de la importancia para la ciudad de actividades como la realización de congresos, eventos y convenciones e, incluso, de su posicionamiento como apetecible destino para, simplemente, ir de compras, como lo demuestra el incremento en las ventas de bienes y servicios suscitado a partir de la puesta en funcionamiento del Museo.

Hay que señalar que, según datos del Gobierno Vasco, el perfil del turista medio que, tradicionalmente, ha visitado la ciudad es el de una persona joven que viaja por razones profesionales, con un nivel de estudios superior a la media y que, en su distribución del gasto, tradicionalmente no aprovecha la creciente oferta cultural de la ciudad, ya que solamente emplea el 2.5% de su presupuesto en ocio y cultura; situación a la que agresivamente responde el Guggenheim y todo el paquete cultural que orbita a su alrededor, incluido, por su puesto, el espacio público que lo rodea y que habrá de ser, dada su dotación y equipamiento (que va desde centros comerciales hasta paseos de esculturas en una atmósfera rodeada de agua y de verde), un espléndido escenario para el disfrute y el consumo.

He ahí el esfuerzo de la ciudad y de sus agencias de viajes (indirectas socias del progreso y desarrollo para la ciudad), por presentar al turista *paquetes culturales atractivos* que le ayuden a descubrir la oferta de la ciudad en este ámbito. No obstante, creemos que el principal objetivo de estas agresivas iniciativas de “oferta de atractivo” *no está dirigido a que la gente “vaya” a la ciudad* (sin desconocer la particular, aunque relativa importancia, que esto tiene para su economía) *sino a que se hable de ella*. Esa es su gran apuesta: hacerse a un nombre de prestigio internacional ya que el futuro de la

economía radica en saber “vender imagen”; y es esto, precisamente, lo que Bilbao y su principal *vedette*, el Guggenheim quieren hacer.

3. EL RELINCHO DEL CABALLO EN EL GÜERNICA DE PICASSO.

En el contexto anterior, es necesario entender el papel de la imagen, no sólo en la economía (de lo cual ya hemos hablado) sino, incluso, y particularmente, en el arte de hoy; ya que, tenemos que reconocerlo, éste ha dejado de lado ese misticismo “neoplasticista” que lo alentara en tiempos de Solomon Guggenheim y la Baronesa Hilla Rebay bajo el presupuesto de que el mismo debía “servir”, en su carácter metafísico y representacional, o a elevar el espíritu de quien lo observara a “las más altas cumbres”, o a hacerle caer en cuenta, y de tal forma comprometerlo, con la realidad de su tiempo. Por el contrario, el arte de hoy en día se precia de estar desprovisto de toda intencionalidad, de todo objeto; en esta medida se “baja de las paredes” en las que estaba colgado, para extenderse a todas y cada una de las esferas de la vida humana, clamando a los cuatro vientos que “todo es arte”. Afirmación que, en tal medida, nos llevaría a preguntar, ¿qué podemos, en realidad, llamar de tal forma? Entender el arte en “el fin del arte” parece ser uno de los retos del siglo XXI, sea a través de lo que se ha dado en llamar la estetización de la vida cotidiana, o del simple paso del juicio estético al experiencial; es decir, a la vivencia expresa que la experiencia nos propicia, invitándonos, finalmente, a asumir un modo de ser estético; o lo que es lo mismo, a “habitar estéticamente”, consumiendo un arte que, de tal forma, nos consume...

Si bien el arte hoy “no quiere decir nada” (aspiración que, por cierto, es una forma de decir...); no pretende “significar” (y, por tanto, significa... ya que esa “nada” es, precisamente, un signo de nuestros tiempos), el artista, como siempre, es presa de un contexto epocal; lo que en medio de nuestro universo, rápida y facilistamente llamado “postmoderno”, paradójicamente convierte en un valor la ausencia de éste; haciendo así de los antivalores no una nueva noción de valor sino una adaptación “reenvasada” de los mismos con el fin de abrir nuevos mercados al implantar nuevas modas so pretexto de construir “nuevas sensibilidades”; acaso, apenas, nuevos imaginarios que repotencien (sin resemantizar) una forma de consumo que así mantiene vivo todo su correlato de modernidad.

No es gratuito, dentro de este marco, la irreverente búsqueda de “lo feo” (tan querida por el arte contemporáneo) que, por cierto, y como señala David Estrada (1988) causa una impresión estética mucho mayor que la de “lo bello” y, por lo mismo, suele ser un recurso publicitario tanto más exitoso cuanto más se logre que se hable de él; a fin de cuentas, como señala este autor, lo bello se diluye rápidamente, mientras que lo feo (su imagen), en su carácter escandaloso e irruptor permanece y se arraiga en nuestra mente con mucha mayor facilidad. En esta medida “lo amorfo”, “lo grotesco”, que quiere encarnar lo así llamado “popular ” (la vida misma en su contundente presencia, sin artilugios moralizadores) se abre paso desde esa exaltación de eso “otro” que, en tanto antipostulado, constituye un nuevo postulado; o mejor, una nueva forma de abordar el clásico postulado del valor representacional del arte en cuanto tal; en esta medida, ¿ puede haber algo más moderno que la antimodernidad? ; y por lo mismo, ¿no es tan clásico el Guggenheim de Bilbao como el edificio que, en los años 30’ encargara el propio Solomon Guggenheim a Frank Lloyd Right? El universo roto de la Modernidad, que tanto promocionan los “postmodernos”, particularmente en el campo de la arquitectura y de las artes plásticas, transpira, por todas partes, modernidad..!

Ahora bien, independiente o no del marco “artístico-filosófico” del Guggenheim Bilbao, (al que de hecho responden las últimas tendencias arquitectónicas), lo cierto es que su abrupta irrupción en el apacible perfil urbano de la Ría hace que se anuncie de una manera que para nada quiere pasar desapercibida, todo lo contrario, como el relincho del caballo en el Güernica de Picasso quiere hacerse ver y oír, quiere “saltar del formato” para imponer el formato; es decir, el Museo Guggenheim tiende a ser para la ciudad, lo que el caballo aludido es al famoso cuadro: un grito que, en cualquier caso pone en el mismo plano una idea de ciudad y un sentimiento, enmarcados en el formato mismo de la publicitación de lo vasco mismo. De ahí que nos sea gratuita ni coincidental la lucha del Museo, recién abierto, por hacerse al cuadro en cuanto tal y, por qué no, hacer de él, emblemática bandera de sus propias reivindicaciones nacionalistas.

Pero, ¿por qué comparar el grito más aclamado de la resistencia antifascista con el reclamo publicitario de un proyecto franquicia?, más aún, ¿qué llevó a Thomas Krens, director de la fundación Guggenheim de Nueva York, a utilizar como cebo el Güernica en el proceso de negociación que para la construcción del museo en Bilbao

adelantó con los vascos? Sin lugar a dudas el tocarlos en su fibra más íntima y hablar así de concebir un espacio para “el cuadro más heroico del siglo en la arquitectura más espectacular de fin de milenio”, realizando de esta forma un museo “heroico” para un cuadro (hubiera podido decir también un pueblo), igualmente heroico. Y los vascos, por supuesto, así lo creyeron, aunque de cualquier manera, “querían creer”, toda vez que necesitaban la inyección de prestigio internacional que el nombre Guggenheim les daba.

A fin de cuentas, tanto el relincho del caballo, como el del Museo (que estética y analógicamente equipararíamos) aunque lo que diga sea inaudible, cumple, como todo grito, con una función, con un cometido: el de “abrir” el espacio y, de tal suerte, “llamar la atención” alterando e inquietando los bienestar. Los postmodernos dirían, con Ghery a la cabeza, que el grito del Guggenheim “no quiere decir nada” y que, tan sólo, “emerge” de las profundidades de lo Vasco (como el *Güernica* de Picasso); por su parte, los modernos lo leerían como un claro llamado de atención sobre Bilbao, llamado de auxilio, llamado a la lucha, a fin de cuentas, “llamado”.

De una forma u otra lo que se pone en juego con el Guggenheim Bilbao es la ebriedad de fin de siglo hecha simulacro, ¿cómo si no se explica el desbordado papel que se le adjudica al Guggenheim en la revitalización económica y urbanística de Bilbao?, ¿hasta dónde es cierta la exaltación de lo vasco? Al menos, el renombrado escultor Jorge Oteiza, del que muchos afirman es el mayor artista Vasco, mantiene sus reservas y, de hecho, se manifiesta a través de una distancia crítica que lo ha llevado a negarse a exponer su obra en dicho Museo. En esta medida, ¿cómo no va a ser una prioridad para la sociedad-espectáculo en la que, como todas las ciudades, se inscribe Bilbao, el contar en el Guggenheim con una muestra, o al menos con una exposición, de su más acérrimo y distinguido crítico?, ¿no sería acaso el mayor de los éxitos para los gestores del Museo el contar entre sus filas con el mayor de sus enemigos?, ¿quién dudaría entonces del valor simbólico del Museo?

No obstante, Oteiza no cae en el juego y, por el contrario, desenmascara en las intenciones del Museo lo que en opinión de Zulaika bien podría llamarse el “efecto Benetton”, para aludir a la estrategia de hacer ruido (acaso sea éste el sentido del “grito” del Museo) con el fin de mejorar las ventas. No olvidemos que la marca Benetton hace una utilización transgresora de imágenes que, so pretexto de llevar a cabo fines sociales,

utiliza temas de moda para provocar escándalo, es decir para provocar que se hable de ella; con este fin se apela a imágenes de enfermos de Sida, huérfanos de la guerra y víctimas del racismo o del terrorismo, entre otras para vender sus objetos de “marca”. Tras esta aparente muestra de filantropía lo único que se esconde es la ganancia bruta que tal forma de hacer publicidad lleva a sus promotores.

He ahí el papel del emblema, he ahí el alcance de “la marca” que, con el Guggenheim a cuestas, Bilbao se hecha sobre sus espaldas; Zulaika nos lo presenta de manera clara: “la creación de una estética del comercio con base en vender responsabilidad social; un truco que nunca fue tan manipulable como en la presente época postmoderna” (Zulaika, J. 1997. pp. 277). Si bien el Museo Guggenheim Bilbao es un proyecto, en todo emblemático, lo que cabría preguntar es ¿de qué? Pregunta a la que apenas responde desde algún corral de Güernica ya no el que fuera, en la represión franquista, un horripilante alarido, sino el eco silente de una tenue y apagada queja...

4. BILBAO: CIUDAD ABIERTA, “CIUDAD DE TODOS”.

De cualquier forma, Bilbao “internacional”, competitiva y audaz, es una realidad, y todo gracias a la puesta en marcha de un nuevo imaginario de ciudad inducido, en gran medida, por la agresiva movilización de sus símbolos; a fin de cuentas, la imagen de una ciudad se perfila con base en ellos dado que, o bien crean época, o bien la retratan y reflejan; de cualquier forma, entran allí tanto las características del paisaje natural como las de aquel otro paisaje que inaugura la presencia humana en su modo de usar y apropiar el territorio, en cuyo caso expresa, en gran medida, la manera en que espacialmente se manifiesta la manera de sentir de un pueblo y, del mismo modo, la manera en que organiza, a través de la distribución e interconexión de sus infraestructuras, su actividad económica; aquellas que, como anota Joseba Juaristi (profesor del Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología de la Universidad del País Vasco), “con el paso del tiempo adquieren un significado para la colectividad y son utilizadas como emblemas”.

Surge así la relevancia política del símbolo (entendido como objeto de poder), y no sólo por que éste es manipulable de una u otra forma, sino por que en sí mismo detenta un invaluable mérito: el de llegar a identificar a un determinado grupo

consolidándolo y/o integrándolo, como bien saben los autores del Plan Estratégico Bilbao 2000 cuando, citando a Rivera Dorado (1995) afirman que: “La sociedad se identifica literalmente con las obras que sus dirigentes elevan a la mayor gloria y consolidación del poder que detentan, por que esas obras retratan la identidad del grupo como colectividad organizada,... más allá del hecho de que las gentes se sientan representadas por las instituciones políticas y por los individuos que figuran al frente de ellas, y que piensan además que esa representación es beneficiosa para ellos (Rivera Dorado, M. 1995. pp. 201).

El caso Bilbao resulta paradigmático en este sentido, toda vez que esta capitalización política de la economía del símbolo va acompañada del glamoroso fenómeno de la publicidad; del indispensable *marketing* que, en gran medida, caracteriza tanto nuestra imagen de época (la actual) como la propia época en que vivimos entendida ella misma como imagen. Lo que surge de aquí es esa indisoluble alianza entre *marketing* e *imagen* que, hoy en día, nos lleva a hablar de “*imagen-producto*”, para aludir a la forma en que el capitalismo tardío concibe a las ciudades que de tal forma, es decir, como *producto*, así se promocionan. El contexto, en este caso, no puede ser otro que el *consumo* y, por tanto, la “*imagen-producto*” de la que hablamos es una “*imagen-consumo*” producida, de hecho, por la industria publicitaria que, de tal suerte, la contempla como inversión; es así que, “la simbiosis imagen-producto se concreta en la idea, introducida en los recetarios del mundo empresarial, de que las imágenes producen otros bienes, y de ahí las grandes inversiones en productos creativos fácilmente reproducibles y comercializables a escala mundial. En el caso de las ciudades la economía de los símbolos pone de relieve la idea de que el paisaje cultural vende otros muchos productos (Juaristi, J. 1999. pp. 1086).

Desde aquí el imperativo no puede ser otro que “vender”; la planificación estratégica sabe muy bien que para que las ciudades con industrias locales en crisis tengan una salida es fundamental la venta de una nueva imagen que las haga atractivas a la inversión y, de este modo, competitivas en los mercados internacionales, razón por la que, como anota Joseba Juaristi, “es necesario producir nuevos símbolos de renovación que muestren solidaridad y deseos colectivos de puesta en marcha del futuro” (Ibídem). La pregunta en este punto es, ¿hasta donde esa nueva imagen de Bilbao corresponde, verdaderamente, con un deseo colectivo?; ¿no será, más bien (como ha sucedido en

otros lugares), que el mismo ha sido suplantado por las exigencias globales de la economía-mundo al servicio de unos intereses particulares?.

El hecho es que la desproporcionada valoración de la simbología urbana hecha por el Plan Estratégico de la ciudad ha pasado por encima de otras demandas que, en opinión de la crítica, resultaban en todo prioritarias; temas como el medio ambiente, el empleo o la inserción social, entre otros, entraron a ocupar un segundo nivel de importancia; después de todo, no es gratuito que el valor que se da a una u otra acción urbana se manifiesta en la propia adjudicación de recursos. Valga mencionar el caso del megapuerto que, con un costo de 45.000.000.000 de pesetas, apenas supera en diez mil millones el costo del museo Guggenheim, sin hablar de que fue precisamente el museo y no el puerto, o alguna otra obra de infraestructura, quien iniciara el proceso de transformación de la metrópoli. ¿Excesivamente costoso el Guggenheim, o muy barato el megapuerto? Pregunta que no se puede resolver con facilidad dado que es claro que, para el Plan, lo prioritario era mover el imaginario y no responder a una inmediata necesidad funcional; después de todo, en ningún caso el megapuerto podría competir con el lugar del Guggenheim en una postal...

Pero la pregunta puede ser todavía más inquietante: ¿hasta donde el caso de Bilbao muestra como el propio urbanismo puede llegar a ser sustituido por el *marketing*; es decir, por una imagen disneylandizada de ciudad en la que lo históricamente dramático de la ciudad (su propia historia) se trivializa o, incluso se ironiza? Lo pesado ha de volverse ligero, nadie quiere comprar complejidad; lo que mejor se vende es, desde luego, la frivolidad. Si antiguamente se construían las tumbas y catedrales en ese pesado y “eterno” material que es la piedra, con el sólo fin de buscar la inmortalidad, hoy las láminas de titanio (expresión suprema de levedad) nos garantiza, anclándonos en el presente, una huida rápida de la historia. Si bien se afirma, por todas partes, que la historia ha “perdido peso” y, por lo mismo, credibilidad (de hecho, desde Fukuyama se habla del “fin de la historia”); cómo no creer en ella si a través de actuaciones como las llevadas a cabo en Bilbao, queriendo escapar de ella no se hace más que reproducirla del modo mas veraz. El Guggenheim Bilbao es prueba irrefutable de que la postmodernidad no existe (o no ha llegado aún) ya que en realidad seguimos hablando del mismo proyecto de ciudad que alentara la modernidad, eso sí bajo formas expurgadas de

nihilismo estético. A fin de cuentas ¿quién puede escapar de lo que Hegel llamara el *Zeitgeist*, o espíritu de los tiempos?

Lo verdaderamente preocupante aquí es que dentro de la imagen de ciudad que el Plan quiere vender está la de “proyecto colectivo”, supuestamente enraizado en el substrato de “lo Bilbaino”; más aún, de “lo Vasco” como tal; después de todo, y el *marketing* así lo sabe, suena muy bien el resaltar los atributos de lo local para atraer la atención de lo global... La verdad es que la Asociación Bilbao Metrópoli 30 (constituida en 1991 para impulsar el proceso de revitalización del Bilbao Metropolitano) apenas cuenta con 134 socios que en poco puede afirmarse representan la sociedad bilbaina en cuanto tal; aunque, de hecho, sí representan, en buena medida, las instancias más significativas en materia de capital. Sobre esta base, y gracias al irrestricto apoyo político que ha recibido el Plan, la Asociación ha venido realizando desde ese año funciones de Planeación Estratégica, investigación, marketing urbano, divulgación, sensibilización, coordinación, presión y lobby; y todo a cuenta de detentar en sus manos la responsabilidad de sacar a Bilbao de su crisis y abrirle la puerta hacia el futuro.

Pero Bilbao es mucho más que un proyecto de ciudad, como lo atestiguan las manifestaciones que en su momento hiciera la ciudadanía: “no fuimos consultados, nadie nos preguntó que clase de ciudad queríamos!” No obstante, de repente las manifestaciones cesaron; la gente, al parecer, ha preferido guardar una especie de silencio prudencial; observa, los indicativos son a todas luces favorables, la economía se incrementa, y lo más importante, su propia autoestima ha aumentado: el mundo por fin sabe donde queda Bilbao! Situación que, por demás, no viene nada mal a una causa nacionalista; ¿conformidad de la ciudadanía?; ¿silencio prudencial..?

En cualquier caso, el simulacro, para usar una expresión de Baudrillard, está teniendo lugar: el Bilbao “simulacro de ciudad” se superpone a ese otro Bilbao de la ciudad real; la *Fashion city* ha triunfado de nuevo; ¿nueva modernidad o imagen Disney proveniente de un Bilbao “paracaidista” que distrae de la realidad? A fin de cuentas, si el Plan ha sido posible (si el simulacro ha tenido éxito) ha sido, en gran medida, por el hecho de “saltar” por encima de la mayoría; ¿para que concertación ciudadana si se cuenta con el poder, la capacidad de ejecución, los recursos y el suelo? Después de todo el éxito de todo simulacro radica en su credibilidad; ¿qué más da verdad o mentira

cuando de lo que se trata es de convencer, de creer y de sentirnos del modo en que hemos sido inducidos a sentirnos?

Lo cierto es que, como anota Juaristi, desde el punto de vista social se está produciendo una aparente “apertura” de la ciudad a todos los ciudadanos, basada en las mejoras de la accesibilidad y movilidad, fomentando el atractivo de áreas renovadas o temáticamente interesantes motivo por el cual

Estas mejoras suponen un avance frente a la metrópoli industrial en que la segregación funcional y social creaba espacios muy especializados; sin embargo, la nueva metrópoli se ha construido sin ningún discurso urbanístico, imponiendo las realidades a los ciudadanos, que no han sabido canalizar sus discrepancias, y cuando lo han hecho ha sido con argumentaciones a escala de barrios. El público ha sido invitado a presenciar obras y acontecimientos como inauguraciones, en campañas de imagen e identificación, pero los poderes públicos no han tenido en cuenta otros efectos de los símbolos como las restricciones de uso a muchos ciudadanos (que de hecho nunca llegarán a ser “usuarios” de muchas de las nuevas infraestructuras) y que se verán excluidos en las imágenes urbanas, además de que el entorno inmediato a las zonas emblemáticas se convierte en espacio sometido a vigilancia (Op. Cit. pp. 1095).

La situación es clara, la “apertura de la ciudad” ha supuesto, por un lado, un proceso de concentración del valor, particularmente en las áreas vecinas a las zonas emblemáticas y, por otro, un efecto sistemático de segregación espacial respecto de las propias limitaciones que tales áreas suponen al uso desprevenido y abierto de la ciudad; esto sucede, en gran medida, por la manera en que se ve afectado el costo del suelo en aquellos lugares donde la inversión otorga especial privilegio a aquellas funciones rentables que estén en capacidad de absorber (responder) a tan especializadas y costosas intervenciones; nos referimos, por supuesto, a la vivienda de élite, al comercio especializado y a las instituciones o empresas de reconocido prestigio, o que en su defecto, por el sólo hecho de ubicarse allí ya quieren gozar de él.

5. BILBAO: UNA CIUDAD “GLOCAL”.

Con todo, queda claro que el Museo Guggenheim no surge de la nada; es más, de hecho ya en el país Vasco se contaba, en el momento de su construcción, con importantes antecedentes como el Museo de Arte Contemporáneo de San Sebastián, al que se refiriera en su inauguración Ramón Labayen, Consejero de Cultura del Gobierno Vasco, con unas palabras que bien pudieran aplicarse al Guggenheim en el sentido de ser: una “ventana para que este pueblo, perdiendo sus miedos atávicos, se abra al mundo exterior. No podemos caer en reducir al arte a lo local y someterlo a un aislamiento cultural, porque, como todo gobierno nacionalista, somos conscientes de lo que significa el aislamiento y el empobrecimiento cultural”. Entonces, ¿por qué no pensar lo global desde lo local en vez de hacer lo contrario?.

La intención del Gobierno Vasco queda clara, hay que “abrirse al mundo”, hay que dar a conocer la ciudad, hay que hacerla permeable a los flujos de la cultura y la economía mundial. Pero esto no es nada nuevo; la regeneración del tejido urbano a partir de una estrategia de renovación económica por la cultura ha resultado ser el eslogan de moda del urbanismo los últimos veinticinco años, particularmente en las ciudades industriales en crisis como Glasgow, Liverpool, Birmingham, Londres, Hamburgo o Frankfurt. De hecho, esta última, ha sido tradicionalmente considerada por los vascos como paradigma del principio según el cual, la cultura es esencial para la renovación urbana, como lo prueba la existencia, en 1992, de 143 bancos nacionales y 254 internacionales así como la construcción, en ese mismo año, de más de 3.000.000 de metros cuadrados de oficinas y la realización del proyecto Museumsufer que comprendía la renovación y construcción de trece museos a ambos lados del río Meno entre el centro de la ciudad y la estación de tren. Otro ejemplo paradigmático en este sentido es el de Londres (tradicional aliada financiera de Bilbao desde tiempo atrás) con la inversión de cerca de 7 billones de dólares efectuada en los años 80 destinados a la renovación de la zona portuaria o Docklands, entre la Torre de Londres y la barrera del Támesis.

De cualquier forma, lo atractivo para Bilbao de estos dos “modelos a imitar” es el concepto de regeneración urbana que adoptaron con base en la capitalización y

revitalización de su fuero cultural, toda vez que a lo que el propio concepto de regeneración alude es a la integración de aspectos económicos, medioambientales, políticos, sociales y simbólicos que orbitan en torno a éste. En cualquier caso, la tendencia generalizada de las grandes ciudades, particularmente de las de tradición industrial que ven poco a poco desplazada su tradicional actividad por el sector servicios, es una disminución de la demanda de trabajadores y, en consecuencia, un aumento del tiempo libre; situación a la que responde el nuevo discurso urbano con la necesidad de potenciar las industrias culturales dado el importante papel que habrán de cumplir (particularmente atrayendo el turismo) en la regeneración de los centros urbanos; a este respecto señala Joseba Zulaika: “a las expresiones artísticas preelectrónicas como el teatro, la música, la pintura, la escultura y la danza, hay que añadir ahora las industrias contemporáneas del cine, el video, la radio, la televisión, la publicidad y la música electrónica, así como otras nuevas industrias culturales de ocio y turismo. Las distinciones entre “arte”, “comunicación” “entretenimiento”, y “ocio” se confunden en esta nueva realidad (Zulaika, Op. Cit. pp. 127).

Y esta “nueva realidad” viene dada, precisamente, a partir de lo que hemos reiterado de tantas formas, es decir, del *consumo*. Aquel que, en el caso de las ciudades mencionadas, quería crear nuevos puestos de trabajo en remplazo de los vacantes dejados por las industrias recientemente desmontadas. La pretensión no era otra que la de apostar a que una activa vida cultural que hablase de ciudades florecientes y cosmopolitas tendría el poder suficiente para internacionalizarlas y, de tal suerte, atraer el capital extranjero. En ellas sus habitantes, convertidos en felices y pacíficos *voyeurs* de su propia grandeza, cantarían loas a la democratización del consumo y la diversión que les ofrecería un capitalismo renovado gracias al milagro de la ciudad global. Utopía fuertemente atenuada por el contraflujo de fuerzas excluyentes que, como hemos anotado, en el actual estado de las cosas, resultan inherentes a la tan famosa “aldea global”.

Lo cierto es que el interés de la globalización en la cultura, es tan “filantrópico” como el de los Estados Unidos (“guardianes” de la democracia) en los Derechos Humanos, en ambos casos de lo que se trata es de poder económico y político, o ¿cómo se explica la reciente invasión norteamericana en Irak?

En el caso del Museo Guggenheim ¿qué mejor empleo podrían tener unos dineros destinados para la cultura que construir el buque insignia que lidere uno de los proyectos urbanísticos más atrevidos de los últimos tiempos?, ¿qué mejor prueba que ésta del triunfo de nuestra cada vez más consolidada sociedad-espectáculo? Pero, ¿por qué un Museo y no un Palacio de Gobierno? Quizá porque el de Bilbao no es un museo cualquiera sino la avanzadilla de ese concepto que, por demás, Guggenheim Bilbao inaugura, y es el del *museo-franquicia* a través del cual una ciudad le abre la puerta al mundo, o ¿será al revés? y, en tal caso, prima el hecho de la franquicia sobre el del uso del edificio que, para estos efectos, es un museo, pero que bien hubiera podido ser otra cosa. No, un Mc Donalds no hubiera tenido la misma fuerza emblemática, era necesario que se “condensase” y enviase afuera la memoria cultural de Bilbao, aquella que, precisamente, se amparaba, en gran medida, no sólo en la idiosincracia vasca sino en el glorioso pasado industrial de la ciudad. Para ello había que recurrir a una estética que sirviese de monumento tanto a uno como a otra; una estética que entendiese la dureza de una ciudad y un pueblo. Bilbao era la “ciudad dura” como se la presentase el escultor Serra a Frank Gehry cuando afirma que Bilbao es: “la ciudad sin concesiones a lo bonito, a lo blando, a lo decorativo. (...) Bilbao posee la estética de lo duro y feo hasta un grado sublime; es el espejo perfecto de las ruinas del capitalismo (...), nada más emblemático del mundo postindustrial, postmoderno, posthumanista, que los despojos de las fábricas tan productivas de antaño (Zulaika. Op. Cit. pp. 97).

El nuevo museo tendría que ser, entonces, la primera piedra de un Bilbao resucitado que aspira, de tal suerte, en un futuro cercano, a convertirse en atractiva plaza financiera del Atlántico Norte; y todo, como en cualquier escrito postmoderno, a través de un permanente juego de envíos y sustituciones: dar a Wall Street 2.000 millones de pesetas (el costo de la franquicia) del erario público de una ciudad con el 25% de desempleo, para que al salvarse un Museo de Nueva York (dada la crisis en que éste estaba sumido hasta la construcción del Guggenheim Bilbao) fuese posible (sería más justo decir que se “aligerase”) la recuperación de una ciudad en España por la que ni los propios españoles daban “un duro”. Como en el caso de la mitología griega, donde la Gorgona es vencida por Perseo a través del juego indirecto que suponía, a través de un espejo, enfrentarla a su propia y mortífera arma (su mirada), en el caso de Bilbao, ni la fundación Guggenheim ni la propia ciudad tenían con que hacer su Museo, pero una hábil estratagema permitió llevar a cabo el mismo sobre una base virtual: los vascos le

apostaban a la imagen del Guggenheim y el Guggenheim le apostaba a las ventajas comparativas de Bilbao para entrar en un nuevo mercado; el que, de hecho, les propiciaba su invento del *Museo-franquicia*.

Este hábil encuentro entre lo local y lo global es el que proyecta a Bilbao como lo que muchos geógrafos coinciden en la actualidad en llamar: una ciudad “Glocal”, cuya clave parece ser, “abrirse al mundo”. Si antiguamente era el “marginador” el que acudía al “marginado” para explotarlo, hoy en día es el “marginado” el que busca los centros de poder para que lo tengan en cuenta al precio que sea, sin desconocer, desde luego, el significado que, para “el centro”, pueda tener su eventual valor estratégico; aquel que, muchas veces, resulta ser su único, aunque, lo sabe bien, nada despreciable valor; al punto que de su hábil administración y presentación depende el éxito de su venta. He ahí la prueba de la conciencia irónica del posmodernismo: la relación de interdependencia entre centro y periferia. Gracias a esta ironía el eco de la sirena del Guggenheim (monumento vivo al pasado industrial y naviero de la ciudad), resuena a lo largo de la Ría, renovándola; eco que, poco a poco se adentra, también, en las somnolientas y húmedas calles de Bilbao para hacer un llamado a sus pobladores; los cuales, aún, no entienden muy bien en qué consiste ese llamado.

BIBLIOGRAFÍA.

BILBAO METRÓPOLI –30 (1994). “El Bilbao Metropolitano en el umbral del siglo XXI”, en *Reestructuración Industrial y Revitalización Urbana en Bilbao Metropolitano*. Ed. Grupo de Geografía Industrial de la Asociación de Geógrafos Españoles. Documentos de Trabajo. Nº.3 Madrid. 1994. (pp. 43- 62).

BORG, J (1991). “The city in post-industrial society”, en *Tourism and Urban Development: the impact of tourism on urban development*. Ed. Erasmus University. Rotterdam.

CAZES, G (1994). “La renovación del turismo Urbano, Problemática de Investigación”, en *Reestructuración Industrial y Revitalización Urbana en Bilbao Metropolitano* (pp.81-85).

DONAIRE BENITO, J.A (1993). “El turismo en una sociedad postindustrial. Algunas propuestas conceptuales”, en *La formació, la rehabilitació i les noves*

modalitats turístiques. III Jornades de Geografia del turisme. Ed. Servei de publicacions de la Universitat de les Illes Balears. Palma.

ESTRADA, D. (1988). *Estética*. Ed. Herder. Barcelona.

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA. Universidad Complutense de Madrid. Dossier preparado para el trabajo de campo realizado en la ciudad de Bilbao por parte de los alumnos de doctorado 1998-2000.

GRANADOS CABEZAS, V (1994). “La creación de un producto turístico, la ciudad, a partir de la planificación estratégica urbana”, en *Reestructuración Industrial y Revitalización Urbana en Bilbao Metropolitano*. (pp.157-168).

JUARISTI, J (1999). “La posmodernización como estrategia de revitalización urbana: aprendiendo de Bilbao”, en *El territorio y su imagen, Vol. II, Actas del XVI Congreso de Geógrafos Españoles*, Editada por La Asociación de Geógrafos Españoles, Departamento de Geografía de la Universidad de Málaga, Málaga.

IBAÑEZ GOMEZ, M. TORRECILLA GORBEA, M.J. y ZABALA LLANOS, M (1994). “Un paisaje que agoniza: reflexión sobre el patrimonio industrial de la Ría de Bilbao”, en *Reestructuración Industrial y Revitalización Urbana en Bilbao Metropolitano*. (pp. 87-95).

LAW, CH (1993). *Urban Tourism. Attracting visitors to large cities*. Ed. Mansell. London.

MARCHENA, M (1995). “El turismo metropolitano: una aproximación conceptual”, en *Revista de estudios turísticos* .N.126. Madrid. (pp.5-81).

RIVERA DORADO, M (1995). *Laberintos de la Antigüedad*, Editorial Alianza, Madrid.

TORRES ENJUTO, M. C (1994). “Reestructuración Industrial y Cambio Territorial en Bizkaia”, en *Reestructuración Industrial y Revitalización Urbana en Bilbao Metropolitano*. Ed. Grupo de Geografía Industrial de la Asociación de Geógrafos Españoles. Documentos de Trabajo. N.3 Madrid (pp. 5-19).

VALENZUELA, M (1992). “Turismo y gran ciudad: una opción de futuro para las metrópolis postindustriales”, en *Revista valenciana de estudios autonómicos*. Ed. Universidad de Valencia. Valencia.

VERA, J.F. y DAVILA, J.M (1995). “Turismo y patrimonio histórico cultural”, en *Revista de Estudios Turísticos*. N.126. Madrid. (pp. 161-177).

WILLIAMS, A.M (1998). “Patrimonio y Turismo Urbano en el Reino Unido,” en *Turismo Urbano y Patrimonio Cultural, una perspectiva europea*. Ed. Manuel J. Marchena Gómez. Colección documentos Diputación de Sevilla. Sevilla (p.p.119-133).

ZULAIKA, J (1997). *Guggenheim Bilbao. Crónica de una Seducción*. Ed. Nerea. Madrid.

ANEXO N° 4

EL FIN DE LA IDEA DE MONUMENTO EN EL NUEVO ORDEN GEOGRÁFICO DE LA CIUDAD:

**Apuntes para una “cartografía de la porosidad” inspirada en
una visión proactiva del patrimonio urbano-arquitectónico.**

TABLA DE CONTENIDO

- 1. LA INCORPORACIÓN DE “LO EXCLUIDO”; CONDICIÓN BÁSICA PARA EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO ORDEN URBANO.**
- 2. EL *FIN* DE LA IDEA DE MONUMENTO EN EL NUEVO ORDEN URBANO DE LA CIUDAD.**
- 3. EL MONUMENTO-SIGNO: GRAFEMA DE UNA GEOGRAFÍA “CALIGRÁFICA”.**
- 4. DE UNA GEOGRAFÍA DE “HECHOS” A UNA GEOGRAFÍA DE “SUCEOS”.**
- 5. ¿REHABILITACIÓN O RECUPERACIÓN? EL CONCEPTO DE “BIEN PATRIMONIAL” AL INTERIOR DE UNA GEOGRAFÍA DE LA POROSIDAD.**

1. LA INCORPORACIÓN DE “LO EXCLUIDO”; CONDICIÓN BÁSICA PARA EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO ORDEN URBANO.

Dentro del cambiante y, a todas luces, “móvil” mundo de hoy, en el que, como en la física, la indeterminación a desplazado a la certidumbre; las opiniones a las verdades absolutas y la levedad a la solidez, los principios de duración, estabilidad y continuidad que resguardaban, y a la vez fundamentaban nuestra idea de razón, se han puesto en entredicho acusando su profundo anacronismo respecto de las crecientes demandas de ajuste, si no a un nuevo orden (aunque en alguna medida lo es, el orden “global”)⁶ si a una nueva manera de entenderlo y, de tal suerte, “rentabilizarlo”, para hacerlo “más productivo”, incorporando para ello toda una serie de tópicos hasta hace poco tiempo excluidos por ser considerados inútiles al resultar “indeterminados” o difícilmente cuantificables, a los ojos de la enciclopédica racionalidad instrumental que, desde el siglo XVIII, aún mantenía bien arraigados sus fueros bien entrado el siglo XX.

⁶ Si bien la globalización no es nada nueva, toda vez que resulta connatural a la tampoco nada nueva idea de imperio, si son nuevos los medios de que se sirve en la actualidad para alcanzar sus objetivos de “universalidad”; en esta medida creemos que sólo en apariencia estamos asistiendo al entronamiento de un “nuevo orden mundial”, ya que si al parecer las cosas cambian lo hacen en definitiva para que todo quede igual. Sirva de ejemplo la desventajosa situación que la “globalización” ocasiona a los países del sur en sus postulados tan poco “globales” como a la hora de la verdad resultan ser sus políticas en todo excluyentes y segregacionistas.

Hubo que esperar hasta la segunda postguerra para que la conservadora mentalidad decimonónica empezara a cambiar e incorporase, finalmente, esos otros aspectos de la razón que, hasta entonces, permanecían ocultos, reprimidos o coartados; como resultado de esto se incorpora *lo excluido* como una forma de capturar lo que hasta ahora se había escapado de la razón por “abstracto” o “inaprehensible”.⁷ Pero, ¿qué era, en definitiva, lo que se excluía? Sin lugar a dudas aquello que por su naturaleza resultaba insomitable al orden establecido, es decir, *el cambio mismo*, la movilidad y, dentro de ella, la indomesticable aleatoriedad. ¿Qué, si no, podía resultar más peligroso para el principio de razón dominante que aquello que, por definición, no se deja someter?, ¿cómo incorporar esa peligrosa aleatoriedad? No cabe duda que a través del ejercicio de una nueva tecnología política, tanto más terrible cuanto más efectiva por incorporar “lo otro” al interior del sistema mismo.

La estrategia, un sutil aunque aparentemente en todo revolucionario “cambio de rumbo” que, bajo el nombre de Postmodernidad, entra con nuevos bríos y nuevas armas también a legitimar el orden de siempre, ahora disfrazado de la eufemística idea de la “aldea global”. Consecuencia de esto, es necesario construir un “mundo nuevo” (o quizá una nueva forma de ver el mundo de siempre) donde el sempiterno principio de unidad, aliado indiscutible de la idea misma de “mundo”, desde los griegos, incorpore la fragmentariedad, la movilidad y la azarosa aleatoriedad con el sólo fin de hacerse más fuerte. Si bien es cierto que la unidad se rompió, no ha dejado de ser, al fin y al cabo, “unidad”; representada ahora bajo la figura de ese “nuevo orden mundial” que el neoliberalismo y la globalización económica y cultural ha impuesto bajo la forma de nuevas pautas de producción, comercialización y consumo, afectando eso si de manera global, aunque de formas distintas, al conglomerado humano en su conjunto.

Dentro de este marco un espacio sobresale de manera privilegiada sobre los demás: *la ciudad*, y con él, una específica idea de mundo: la del *mundo urbano*; complejo y privilegiado escenario de enfrentamientos, apuestas y contradicciones marcadas por una cada vez mayor aleatoriedad, toda vez que allí se afincan infinidad de principios de razón, así como de móviles y maneras de habitar. Común denominador: la heterogeneidad, puesto

⁷ En este sentido no se puede desconocer el importante aporte que la revolución científica de comienzos del siglo XX aportó a la redefinición de nuestra actual idea de realidad, particularmente la física cuántica, la teoría del caos y, entre otros, los muchos usos encontrados a la geometría no euclidiana y fractal.

que ni los tiempos ni los espacios de la ciudad pueden subsumirse bajo un mismo orden, bajo una misma idea de “globalidad” y, por lo mismo, bajo una misma historicidad.

Resultado de lo anterior, surge la urgente necesidad, no sólo de replantear la filosofía del gobierno de las ciudades sino de instrumentalizar la misma a través de nuevos modos de leerlas y entenderlas a la luz de unas también nuevas estrategias de planificación que incorporen como pauta de comportamiento y eje fundamental la *movilidad*; planificación para la que no se nos ocurre otro nombre que *situacional*.⁸ Condición para ello: desaprender nuestra tradicional manera de aproximarnos a la ciudad a través de un ejercicio deconstructivo en el que los referentes que constituyen la orientación y, de tal suerte, la apropiación de la misma, se entiendan y, de hecho comporten, de una nueva manera más consecuente con ese, en palabras de Heidegger, “ser de camino” que caracteriza a toda ciudad. Hablamos así de repensar no sólo el sentido de la historia y nuestra manera de medirla a través de lo que de ella nos queda, sino de constituir una nueva geografía que vea en el paso de lo que queda la posibilidad de lo que pudo ocurrir y de lo que, de hecho, todavía es posible que ocurra.

En este contexto, ¿cómo no ha de examinarse precisamente aquello que, por principio, quiere ser *patencia* del paso del tiempo y, por tanto, hacer evidente el cambio y la movilidad?; es decir, aquello que en su *pathos*⁹ es muestra de esa manera de devenir *patológica* (por manifestarse a través de hechos concretos) que es la historia misma. Nos referimos, por su puesto, al *monumento arquitectónico* en su expresión *patética*, que es lo mismo que decir, en su anhelo de eternidad, de apresentation perpetua, y, por lo mismo, paradójicamente ahistórica, a pesar de que, por principio, nada se escapa de la historia toda vez que esta se “encarna”, por decirlo así, a través de las diferentes maneras

⁸ Entendemos la “planificación situacional” como aquella que, sirviéndose de los medios adecuados, es capaz de captar y potenciar sinérgicamente las ventajas comparativas de los distintos escenarios locales que constituyen la compleja madeja de la ciudad a la luz de sus diferentes dinámicas y ritmos. En este sentido no debe confundirse con una eventual “planificación coyuntural” que, por responder simplemente a situaciones específicas, espaciales, sociales, económicas, ambientales o políticas pierde de vista el conjunto de la ciudad en su dimensión espacial y temporal. En el primer caso aislando la parte de un todo que le resulta “marco” y, en el segundo, excluyendo la posibilidad de establecer derroteros comunes, así como de constituir un común imaginario consensuado (como todo imaginario, ha alcanzar en el tiempo) para la ciudad misma como tal.

⁹ El concepto de *pathos* alude en el pensamiento clásico griego a la manera “sensible” en que la forma se expresa, es decir, a su ex-presión; aquella mediante la cual pone en evidencia su ser estético. De ahí que en saberes aplicados como la medicina, se habla, por ejemplo, de establecer a través de la *patología* y sus signos, los síntomas, la naturaleza de una determinada enfermedad. Patológico no será por tanto sinónimo de “aberrante”, como sucede en la psicología clínica, sino de mostración evidente de un juego de signos que en su lectura acusan una determinada situación.

en que queremos, desde el monumento, atrapar precisamente aquello que se escapa; pues, a fin de cuentas, *lo que se monumentaliza no es lo que se queda sino lo que de hecho se nos escapa*. En tal medida resulta ser propiamente lo histórico, no el monumento mismo, sino nuestra manera de atrapar a través del tiempo el paso de él o, si se prefiere, “atrapar” el tiempo a través de él.

De esta suerte, lo que se escapa se retiene en un nada inocente ejercicio de perpetuación en el que nos monumentalizamos a través de nuestra manera de monumentalizar. En esta medida, el monumento resulta ser no otra cosa que una *manera de nombrar*, de establecer una determinada relación con aquello que consideramos debe permanecer y, por lo mismo, merece ser “*editado*”; gracias al monumento se verifica que efectivamente la historia misma no es otra cosa que un triunfalista y selectivo proceso de edición; a fin de cuentas, como nos recuerda el historiador Pío Baroja (que bueno que fue historiador...): ¿qué es la historia si no “un género de la literatura”?

2. EL FIN DE LA IDEA DE MONUMENTO EN EL NUEVO ORDEN URBANO DE LA CIUDAD.

Como todos sabemos, cada época va acompañada de una determinada idea de mundo y, en consecuencia, de una específica idea de hombre. En tal medida, como anotara Hegel, toda la producción intelectual y material de un determinado momento es presa de lo que el filósofo denominara el *Zeitgeist*, o espíritu de los tiempos. Desde esta perspectiva, la pregunta que debe alentar la comprensión de nuestra específica producción no puede ser otra que ¿a qué responde?, o planteada hegelianamente, ¿a que tiempo pertenece?

Las profundas transformaciones del mundo actual y sus exigentes demandas de bienes y servicios que en todo respondan a la velocidad (paradigma fundamental de nuestra época), hacen que nos preguntemos, desde nuestro particular interés, por el destino del monumento, por la relevancia de su presencia, por su papel en esta feria de racionalidades que, paradójicamente, entra a caracterizar el nuevo orden global. La aparente contradicción no se deja esperar: por un lado tenemos la paulatina instauración de un orden hegemónico global amparado en un único principio: la homogeneidad (de significados, de valores y de lenguaje, para no hablar de la anhelada indiferenciación

espacial que tiende a uniformizar los diferentes contextos) y, por otro, tenemos el aullido de los particularismos, el estridente grito de lo local que clama por un espacio, por defender su pequeño reducto de identidad.

Común denominador a esta pugna entre la homogeneidad y los particularismos (la heterogeneidad) es la presencia sorda de un eco avasallador, de un ruido que lo inunda todo: el lenguaje ha dejado de significar, o mejor, hemos empezado a reconocer que, en realidad, no dice nada sino que le hacemos decir; de hecho creemos que “leemos” cuando la verdad es que lo único que hacemos es *interpretar*.

En este contexto aparece desdibujado por completo el monumento, perdido en este magma amorfo polivalente y polidireccional que es el mundo actual. Al parecer, como tantas cosas, ha sido víctima de su propia anacronía, de su propia incapacidad para adaptarse al “espíritu de los tiempos”, ¿o será que la idea misma de monumento, entendida desde la naturaleza y dinámica del mundo actual es, en sí misma, anacrónica?, ¿monumento de qué?, ¿para qué?, ¿quién decide que merece conservarse y, en consecuencia, valorarse de tal forma? A fin de cuentas, la palabra monumento no es otra cosa que la manera decimonónica de llamar a un determinado bien patrimonial; melancólica reivindicación chauvinista de un pasado inmemorial congelado museísticamente para esa entelequia abstracta que llamamos “la posteridad”. Baúl de cosas viejas con las que no sabemos que hacer y no arrojamos a la basura por respeto a la memoria de la abuela que nos lega, a través de ellas, un pedazo de “su” mundo y nos invita a tratar de entender lo inentendible, lo que de hecho es incomunicable de una época a otra.

Con el surgimiento de la ciudad moderna tras la revolución industrial la pérdida paulatina de escala que tal situación traía consigo requería del establecimiento de “puntos ciertos”, de articulaciones verticales que atenuaran, de alguna forma, la apabullante horizontalidad que suponía la expansión física y simbólica de la ciudad. La respuesta decimonónica no podía ser otra, tenía que monumentalizar, también esta época, como la nuestra, arrastraba con el siglo anterior, con otra manera de ver las cosas, el romanticismo del siglo XIX cargaba (y de hecho se retroalimentaba) con el neoclasicismo del XVIII y su espíritu academicista, ilustrado y enciclopédico; había que hacer de la huella un testimonio, una prueba irrefutable de que el mundo viaja en la dirección correcta, de que no nos hemos equivocado de dirección, de que sabemos

“evolucionar” ... En realidad nunca nos ha interesado el pasado, nunca hemos creído en él, tan sólo lo hemos utilizado políticamente para encontrar una razón de ser para nuestra propia historia carente de historia.

El monumento ha cumplido el papel de encarnar ese pasado visible; aunque, en realidad, a través de él poco vemos de aquél, ya que lo que seleccionamos para conservar es sólo aquello que nos permite editar la historia (o mejor, los acontecimientos) de una u otra manera; pero eso sí, siempre convincente: la verdad no es necesaria, a fin de cuentas ella también es un invento, una creación de los juristas. Hoy en día nadie cree en la verdad, nos basta la verosimilitud, la cómoda realidad del “como si...” ¿Quién quiere ir a las cuevas de Altamira cuando podemos tener de ellas una copia exacta en un museo? Los tiempos de las peregrinaciones han pasado ya.

Con la idea de monumento, porque, finalmente, esta denominación no es más que eso, es decir, una “idea”, una manera nada inocente de definir una determinada producción histórico-cultural, se pone de manifiesto nuestro propio fetichismo cultural, nuestra propia inseguridad; especie de animismo panteísta que quiere encontrar en la piedra muerta la revelación de algún arcano misterio, la respuesta a lo que somos en aquello que hemos dejado de ser, en aquello que ya no somos. Las rupturas no se contemplan ni se admiten; razón por la que la historia que patentiza esta idea de ordenar los acontecimientos no puede ser otra cosa que un *continuum* obediente de un orden causal a través del cual se nos revela ese utópico mito de los orígenes cuya única razón de ser es tranquilizarnos respecto de nuestros fines.

Para nadie es un secreto que la historia siempre ha sido escrita por los vencedores y la época que vivimos no es, ni mucho menos, la excepción; ahora los vencedores, actuales editores de la historia, somos nosotros, hemos comprendido, finalmente, que la historia son muchas cosas, nuestra verdadera victoria ha consistido en demostrar que no hay una única historia y, por lo mismo, que la historia como tal no existe, ¿qué podemos monumentalizar entonces?, ¿a que le vamos a rendir tributo? La idea de monumento es tan anacrónica como la de que la historia tiene un final, un *telos* hacia donde dirigirnos y, en consecuencia, una razón de ser de lo que pretendidamente somos en realidad.

Por otra parte, la emergencia contemporánea de la ciudad y su incontenible *desbordamiento*, el desbordamiento de lo urbano en cuanto tal, nos hablan de un nuevo marco para la valoración patrimonial en el cual la contracción del espacio, inversamente proporcional a la expansión del tiempo en el cual se inscribe la velocidad, aportan un escenario más móvil, inaprehensible y flexible que el de la ciudad clásica de la modernidad; por todas partes, particularmente en la megaciudad, encontramos fragmentos de ese universo roto que espacial y conceptualmente la entran a caracterizar; son los “nuevos monumentos” de la contemporaneidad hechos de humo y de viento, hechos, como todo hoy en día, para no durar; su naturaleza, que de cualquier forma responde a un determinado *Zeitgeist*, no puede, por lo mismo, atender más que a lo efímero y servir a la futilidad.

3. EL MONUMENTO-SIGNO: GRAFEMA DE UNA GEOGRAFÍA “CALIGRÁFICA”.

El monumento se constituye así en sintagma de orden, en signo caligráfico de la escritura misma de la ciudad; una escritura que, de tal forma, no puede ser otra cosa que una geografía hecha de formas portadoras de símbolos; aquellos que, de tal forma, *describen* una determinada manera de ser en el espacio. Gracias a los signos de la ciudad se hace visible (patente) eso que, de tal suerte, podemos denominar el “lenguaje de la ciudad”. Es este el contexto del monumento, o mejor, de aquello que en un determinado momento de la historia resolvimos llamar de tal forma. Después de todo, no olvidemos que *a través de los nombres que damos a las cosas definimos nuestra relación con ellas y, por tanto, nos nombramos a nosotros mismos en el acto de nombrar: el nombre nombra a quien de tal forma le da nombre.*

Pero, con todo, ¿qué es lo que propiamente “nombra” el monumento? En primer lugar y como hemos dicho, una determinada “manera de nombrar”, es decir, de establecer una relación con las cosas de forma tal que lo que se nombra fundamentalmente con lo nombrado es una específica *forma de relación*; motivo por el cual lo que de hecho se apuesta y pone en juego a través del nombre no es otra cosa que tal o cual forma de relación. Es precisamente ese “valor parlante” de todo aquello que *nos nombra al nombrar* lo que delata nuestra específica manera de ubicarnos *afuera*, (“en frente”) de lo así nombrado, poniendo de esta forma en evidencia un particular

modo de habitar: estamos “en” el mundo pero no hacemos parte de él ya que, por lo visto, éste resulta ser “eso otro” con lo cual nos relacionamos a través de las cosas y los nombres que les damos.

De este modo, asignando nombres nos distanciamos de las cosas acusando lo que Heidegger llamara una cierta “amanualidad” respecto del mundo nombrado y de las cosas que disponemos en él; mundo que, visto de tal forma, no sólo habla de nosotros (ya que si algo lo constituye, en tanto valor parlante, es su “ser-lenguaje”) sino y por lo mismo, de nuestra *contra-estancia* respecto de él: somos los que nombramos pero no nos percatamos de que al nombrar nos nombramos también haciéndonos “sujetos” de un mundo-objeto. En tal medida, ¿qué pueden ser las cosas sino una contra-dicción? (una “otra dicción”), o lo que es lo mismo, el decir de “aquello otro” que habiendo sido nombrado nos nombra en su aparición. Gracias al lenguaje que nombra, pero que también define una cierta *dis-posición* de las cosas respecto de nosotros mismos, nos percatamos que las cosas nombradas no pueden ser más que *contra-dicciones*, un “decir otro”, o lo que es lo mismo, un “decir de otro” que habla de lo que somos a través de lo que no somos.

En esta medida, el monumento, que por materializar una determinada relación con el pasado, es decir, por hacerle “cobrar cuerpo”, es una *in-corporación* contrastada (de hecho toda in-corporación lo es), no puede menos que afirmarnos “contra-diciéndonos”, su “decir otro” que cobra vida ya no sólo nos delata en tanto autores de lo dispuesto de tal forma en lo así signado (es decir, como monumento), situación en la que nos afirmamos, sino que, sobre todo, se nos opone y enfrenta ya que lo nombrado es “eso otro” que a la vez que creamos nombrando nos señala también aquello que al nombrar hemos dejado de lado. Es precisamente ese valor *contra-dictorio* del monumento lo que lo hace comportarse como un *fármaco* de la cultura.

Aclaremos aquí que el concepto de fármaco (*pharmakón*) lo usamos en sentido griego para recalcar aquello que hemos dado en llamar el “valor parlante del monumento”, es decir su manera de comportarse como palabra, signo o, en cualquier caso, lenguaje. En esta medida, recordamos que para Platón el *fármaco* alude al ser más propio de las palabras en su doble naturaleza: como *veneno* y como *remedio*. En el primer caso la palabra es *veneno* porque tiende a agotar el significado ahogando el ser posible de lo que a través de ella se nombra pretendiendo de tal suerte atrapar incluso lo

que se escapa y, en el segundo, es *remedio* porque combate la pérdida de la memoria, dado que a través del nombre las cosas quedan, por decirlo así, “sembradas”.

En tal medida, hablar del *monumento-signo*, en tanto “fármaco de la cultura”, alude a su también doble papel: el de *remedio*, al recordarnos lo que dejó de ser trayéndolo de alguna forma al presente (idea que alienta la restauración), y el de *veneno* al agotar la propia acción de restaurar la dimensión más clara del ser posible de lo que hace ya tiempo dejó de ser y que, por lo mismo, sólo puede ser rescatado bajo la testimonial y cristalizada figura de ese *remedio* para la pérdida de la memoria que, de tal suerte, denominamos “monumento”. Remedio que si bien en apariencia resulta ingenuo, la verdad es que se constituye en pieza clave de una determinada manera de entender la historia en un específico momento al servicio de una también determinada tecnología política.

Por lo anterior, la relación que establecemos con el monumento no es un nexo sin más entre otros, del tipo “hombre-mundo”, que tanto gustara a los antropólogos del siglo XIX, sino una relación entre una determinada *idea de hombre* y, en consecuencia, una también determinada *idea de mundo* (establecidas, ambas, por el marco epistemológico puesto en valor a través de cada época). Ideas, por tanto, tan seleccionadas como selectivas dentro de ese particular proceso de edición que llamamos historia, ese pacto corrupto de la racionalidad que privilegia una también determinada idea de orden y, con ella, de razón. Aquí el monumento sirve de puente, frágil enlace entre dos abismos, el que señala lo que ha dejado de ser y el que anuncia lo que todavía no llega. Curiosa manera de salvar la historia a través de lo único que, por no estar en ningún lado, no cabe, ni puede caber en ella. En este sentido, si bien el monumento no es, ni por definición, puede ser, histórico, si lo es nuestra manera de llamar aquello que, por estar muerto, se nos escapa; por lo mismo, el monumento como tal no existe (la momia no es el faraón); solo aparece cuando, de tal forma, nombramos aquello que queremos recordar y cuando además queremos hacer evidente la relación que queremos establecer con ello.

4. DE UNA GEOGRAFÍA DE “HECHOS” A UNA GEOGRAFÍA DE “SUCEOS”.

Surge, de este modo, en el cambiante mundo de hoy, la necesidad de buscar nuevos nombres para llamar las cosas; nombres que, de tal forma, hablen de nuestras nuevas maneras de entrar en relación con ellas a través de los, en consecuencia, nuevos usos y formas de significación. De esta suerte descubrimos, por ejemplo, que las cosas no son “objetos” en sí mismas, sino que este es un concepto acuñado para aludir fundamentalmente a una manera de nombrarlas, de capturarlas para hacerlas útiles a nuestro principio de razón práctica, o lo que es lo mismo, a nuestra racionalidad lógico-instrumental. En este sentido Baudrillard, nómada habitante de un universo gestual, prefiere hablar de “objetiles” para referirse a esa clase de “cosas” que hoy en día resultan ser lo que este autor denomina como objetos-evento; es decir, *sucesos*; nombre que da a aquello que ha dejado de ser “objeto” para devenir, en el contexto de nuestra mediatizada época, acto, *acontecimiento*. Una época donde, por ejemplo, ya no podemos asistir a un concierto de Rock sin fundirnos con el entorno en una sola composición “ambiental” de paisaje, música, color, efectos de sonido, gritos, danza y arquitectura; pues, desde luego, ya no vamos simplemente a sentarnos en una sala a ser “sujetos” presos por el “objeto-representación”.

La geografía ha dejado de ser “geografía de hechos” para devenir “geografía de sucesos, de acontecimientos. ¿Qué otra cosa puede ser la Geografía en su dimensión simbólica sino una Geografía-evento?. Una geografía que, por definición, habla del cambio, del movimiento y que, por lo mismo, hace de la cartografía una caligrafía, una “quiromancia”. Gracias a los signos en que está escrita la ciudad, y a las relaciones que se establecen entre ellos (diríamos mejor “conexiones”), es posible leer y, de tal suerte, “prever” el futuro de la ciudad (expectativa que comparten los planificadores urbanos con los adivinos de las ferias que “leyendo” las líneas de las manos, hemos de decir, sus “huellas”, pretenden anticipar nuestro propio futuro).

El “edificio objeto” (en tanto signo geográfico), del que a través del concierto de Rock “hacemos parte”, ha devenido *objetil* y, con él, la realidad ha perdido su estatuto de “seriedad” para devenir mueca, simulacro y gesto, en una palabra: *ex-presión*, o lo que es lo mismo “salto hacia fuera”. Pasamos así de ser “usuarios” de un “material” mundo-

objeto lleno de cosas-objeto a habitantes de un “eventual” *mundo-objetil* constituido de sucesos que nos acogen e incorporan por todas partes. De este modo, devenimos habitantes de un discontinuo juego de simulacros y envíos que reemplazan una particular manera de concebir nuestra relación con las cosas “desde fuera” en tanto “objetos de”..., para dar paso a una nueva forma de uso, y con ella de habitación, que supone el “hacer parte”.

En este contexto adquiere particular importancia el tema de ese gran *objetil* que es la ciudad; más aún, hablaríamos de ella como del *objetil* por excelencia del mundo actual; un lugar en el que la movilidad se desdibuja y redibuja permanentemente en procesos simultáneos de desterritorialización y reterritorialización, y donde el *collage* deviene pliegue y los dos, a la vez, aleatoria escritura molecular. ¿Cómo orientarnos allí?, ¿de qué manera?, ¿qué permanece fijo en medio de esta fiesta de “irracionalidad” sin rumbo y, sobre todo, sin coordenadas estables que nos permitan saber donde estamos en realidad?, ¿no era acaso ese el papel del monumento, orientarnos, al darnos una certeza no sólo del espacio en el que estamos sino del tiempo en el que ya no estamos?

La verdad es que la ciudad ha dejado de ser un “escenario para la vida”, como pretendía Aldo Rossi, para convertirse, siguiendo con la analogía teatral, en guión, en complejo libreto donde permanentemente intercambiamos papeles y dis simulamos roles, que es lo mismo que decir, los adoptamos fugazmente, pues al final sabemos que nada dura. Pasamos así de la época de las *explicaciones* argumentales y, por tanto, “cosicas” (el monumento se justifica históricamente y se manipula urbanísticamente), para habitar en una época de implicaciones que suponen, de hecho, un nuevo proyecto en el que el simple uso y con el, *la señal y la referencia* (atributos del monumento-objeto), es reemplazado por el juego de la habitación implicada en nuevas formas de orientación.

Con todo, el espacio de la ciudad es el mismo, sólo que ahora ha cambiado nuestra manera de orientarnos en él, así como también han cambiado nuestros modos de guiarnos y de comportarnos en medio de su resbalosa geografía; ¿de qué servirnos?, ¿de qué medio valernos?, ¿cómo habituarnos a esta nueva geografía de la movilidad y, con ella, a esta nueva manera de movernos por la historia? A fin de cuentas, los ritmos de la ciudad hacen que siempre nos estemos desplazando *transversalmente*, no sólo entre sus diferentes espacios sino entre sus muy distintos tiempos. ¿Cómo no entender, desde aquí, ese intento desesperado de la planificación y, lo que es lo mismo, del poder, que es la sincronía?, es

decir, el asumir que los espacios y los tiempos están coordinados “horizontalmente” de la misma manera y que, por tanto, pueden y de hecho deben obedecer a un mismo principio de razón, en el que, por lo mismo, se incorpora y justifica la idea de monumento. No olvidemos que la geografía, como la historia, tienen su propia racionalidad, su propia lógica.

Desde esta perspectiva el “monumento”, como el “objeto”, no es más que un invento, una convención y, como hemos dicho, en tanto “intromisión”, una *contra-dicción*, una *contra-estancia* respecto del mundo en el que se inserta ya que desconoce el lenguaje en el que se quiere inscribir puesto que su decir (su “dicción”) habla de otro lenguaje desde otro lenguaje también, ¿cómo entender lo que dice?, aunque la verdad es que eso a nadie le interesa ya que lo vaciamos de contenido para ponerlo a hablar con la ciudad de hoy que así se encarga de “resucitar” lo que antes vivió *re-habilitándolo*; hecho sólo en apariencia ya que lo que en verdad ocurre es que *traemos la momia queriendo traer al Faraón*.

El concepto de monumento implica, por tanto, una manera de querer traer a la vida algo que de hecho está muerto y que, por lo mismo, no dice sino que se le hace decir; ¿qué mayor *contra-dicción* que querer hablar con quién no puede oír? A fin de cuentas, si el monumento habla, lo hace desde un mundo ya ido, aunque forzosamente traído por él. ¿No implica acaso la monumentalización un deseo de diferenciación respecto de algo que, por naturaleza, ya es diferente?; en esta medida, ¿no proporcionará esta negación de la negación una afirmación y, de tal suerte, una indiferenciación? Separándonos del monumento nos confundimos con él, lo introducimos en un espacio dispuesto para recibirlo: *el museo*, a través del monumento se museografiza la ciudad y, por lo mismo, se vuelve, ella misma, objeto de culto, de “diferencia”, dejando de ser ese “algo vivo” que por definición es desde siempre.

De otra parte, dejarlo sólo (no hablemos del monumento sino del bien patrimonial) ¿no propicia, en cambio, el que sea absorbido por la ciudad “desmonumentalizándolo”, o mejor, impidiendo que se monumentalice?, ¿no es su inherente vaciedad de contenido, lo que le permite permanentemente “reactualizarse”? A fin de cuentas, no olvidemos que una perla no es otra cosa que una piedra absorbida y moldeada por los líquidos gástricos de una ostra. Si la ostra pervive a través de la perla es porque la ostra es la perla misma: el edificio es la ciudad, y no una pieza más de su rompecabezas; así que si algo ha de caracterizarlo

para realmente hacer parte de ella es su “sensibilidad”, su ser proclive a la permeabilidad. ¿Para que contentarnos con la momia cuando podemos, no “revivir” sino *avivar* al Faraón?

5. ¿REHABILITACIÓN O RECUPERACIÓN? EL CONCEPTO DE “BIEN PATRIMONIAL” AL INTERIOR DE UNA GEOGRAFÍA DE LA POROSIDAD.

Por lo anterior, si algo caracteriza al “bien patrimonial” (hablamos, es obvio, de bienes patrimoniales inmuebles) es su estar siempre en el presente, puesto que, como su nombre lo indica, lo sentimos nuestro; no es algo traído de un distante y, en alguna medida, ajeno pasado, sino una expresión vigente e incorporada al mundo de hoy. En esta medida, el dejar de hablar de “monumento” no sugiere, simplemente, buscar un nuevo nombre para una ya vieja relación, no se trata de que lo que antes llamábamos “monumento” ahora lo denominemos “bien patrimonial”, sino de establecer nuevas maneras de relacionarnos con aquello que, dentro de la ciudad, independiente de la época en la que se incorporó a su estructura física y simbólica, nos resulta significativo en la actualidad; es decir, aquello que es capaz de decirnos y, en consecuencia, proponernos algo hoy permitiéndonos viajar *transversalmente* por ella.

No obstante, habremos de inventar otra manera de nombrar aquello que, en consecuencia, cumpla ese papel “orientador” que antiguamente le otorgábamos a ese objeto-referencial (reverencial) que llamábamos monumento. Más aún, habrá que pensar, no sólo otro tipo de *referencia* sino otro tipo, insistimos en ello, de relación con la misma; una relación menos “escultórica”, más dinámica, más cercana a nuestra vida y, por lo mismo, más integrada a ese espacio donde, por excelencia, nos desplazamos e interactuamos; es decir, a la ciudad. En el mismo sentido, la propia ciudad habrá de ser, no un simple espacio donde las cosas se ubican “en” un previo paisaje, sino un “relato” constituido por ellas de la manera más propia. Hoy en día que la palabra “interactivo” está tan en boga, ¿por qué no aplicarla a nuestros distintos modos de relacionarnos con tal clase de paisaje? Un paisaje que, en su disposición, de tal o cual forma nos muestra.

Somos la ciudad, no somos, simplemente, usuarios o pobladores de ella, a fin de cuentas el patrimonio no solamente es algo que se hereda sino que, fundamentalmente, es algo que se construye, que se moldea. Tan sólo una exigencia: la *permeabilidad*, ya que si

de algo da cuenta la ciudad de hoy es de la necesidad de constituir una nueva cartografía, acaso mejor, de una nueva manera de leerla y, por lo mismo, de una nueva manera de entender la Geografía desde la *porosidad*. Flujo de líneas, cruce de planos, superposición de espacios y de tiempos. Si algo nos patentiza la ciudad es esa dimensión histórica del geograma, es esa su “naturaleza literaria”, en tanto “relato” de sus grafemas.

En este sentido, nuestro trabajo tiene como objetivo el llamar la atención sobre el inmenso anacronismo que la idea de “monumento” - o mejor, de lo que a través del paso del tiempo hemos venido llamando de tal forma - supone para la ciudad actual (es claro que, como señala el título de este trabajo, hablamos de contextos urbanos) y, en tal sentido, recalcar la necesidad de formular un nuevo proyecto político que desde una manera renovada de leer y entender su geografía involucre, en consecuencia, un nuevo pacto también entre el bien patrimonial y la ciudad.

A fin de cuentas, lo que la preocupación por el rescate de los bienes patrimoniales inmuebles supone, al menos de manera tradicional, ya sea “restaurando” para “conservar” o conservando para no tener que hacerlo, es *mantener un orden de cosas y no construir uno nuevo*; ¿por qué no poner la conservación al servicio de un nuevo orden urbano donde la preocupación por la sustentabilidad supere en todo a la de procurar para la ciudad un estado simplemente “sostenible”?¹⁰, ¿por qué no pensar en el movimiento, y con él en el cambio (en el sentido de lo que implica el “desarrollar”), como lo único merecedor de ser conservado?, ¿no supondría esto ya, en sí mismo, la anticipación de un nuevo orden, o mejor, el reconocimiento de que somos sensibles al que de hecho la dinámica de la ciudad reclama?, ¿a qué esa especie de atávico temor al reciclaje, por qué disfrazarlo o domesticarlo bajo la adormilada figura de la “rehabilitación” puesta al servicio, casi exclusivo, del turismo y la especulación?¹¹

¹⁰ Es de aclarar que “al decir” latinoamericano, hablamos de *sustentabilidad* y no de *sostenibilidad* (denominación europea) ya que si bien ambos conceptos aluden a lo mismo, el equilibrio socio-ambiental como pauta y patrón del desarrollo, el uso que se hace de ellos varía según el enfoque del contexto geográfico y, ¿por qué no? político donde se apliquen. Para Latinoamérica es claro que de lo que se trata es de “sustentar”, sinónimo de “alimentar”, “cuidar” y, en alguna medida, “hacer crecer”; para Europa el asunto pasa por la idea de “sostener”, “preservar”, en última instancia, “mantener”, es decir, insistir en la perpetuación del modelo actual, como lo demuestra la definición de desarrollo sostenible que aparece en el informe Pearce: “que cada generación entregue a la siguiente un fondo de capital y un fondo total de recursos *al menos igual* del que ha recibido de la anterior”. De este modo, si bien la proximidad de los dos conceptos lleva a hablar de cosas parecidas para aludir a una misma preocupación, la conservación del patrimonio (natural y cultural) las diferencias son tanto más sensibles cuanto diferentes tendrían que ser las políticas a aplicar en uno y otro caso.

¹¹ Si bien la re-habilitación es, a todas luces necesaria para muchos sectores deteriorados o

En este mismo sentido surge la necesidad, no sólo de rebautizar los bienes patrimoniales inmuebles que, por una u otra razón, decidimos conservar, sino la de concebirlos de una nueva manera estableciendo con, y desde ellos, otros tipos de relación con el espacio urbano en el que se circunscriben y, a partir de él, con la ciudad misma en cuanto tal. Si bien es necesario pensar en nuevos usos para edificios antiguos, o para sectores enteros de la ciudad, se hace necesario, cada vez con mayor énfasis, el concebir a la ciudad más como una “entidad porosa” que como una compuesta de compartimientos estancos; por más que estos últimos garanticen, o sean concebidos, precisamente, para darle a los bienes patrimoniales una, a todas luces necesaria, seguridad tutelar; respecto de la cual cabría pensar, en consonancia con lo planteado, en otras alternativas dispuestas y concebidas para cada caso. En este orden de ideas resulta tan anacrónico el concepto de “centro histórico”¹² como el de “monumento” ya que en ambos casos se trata de la “anulación vital”¹³ tanto de un edificio como de un sector entero de la ciudad.

La ciudad actual, ciudad de *bricolage* hecha de líneas, de flujos, de encuentros y de futilidad ha demostrado el insondable abismo que existe entre el tiempo y la duración, la elongación no es posible por que nadie cree en la duración; la realidad ha perdido su estatuto, lo sólido se ha transmutado en gas; la alianza entre el consumo y los medios de comunicación han resaltado por todas partes el triunfo de la levedad. La *direccionalidad* ha sido al fin vencida por la *relacionalidad* y, en consecuencia, la

abandonados de la ciudad, la idea de “rehabilitar por rehabilitar” o, mejor aún, la indiscriminada utilización del concepto para objetivos no siempre muy claros ni mucho menos transparentes, tiende a beneficiar muchas veces más a los intereses privados que a los del bien público.

¹² A pesar de que uno de los conceptos que más a favorecido la protección del patrimonio cultural inmueble que constituye los cascos antiguos es el que tiene que ver con su denominación de “centros históricos”, no podemos desconocer que también es uno de los más ambiguos y, por lo mismo, más manipulados política y económicamente, a parte de ser factor decisivo en la compartimentación maniquea de las ciudades (al menos tal y como el término en sí mismo se entiende hoy en día). De ahí que nuestra crítica se concentre menos en el innegable valor tutelar que tal denominación proporciona a los bienes patrimoniales, que en el cuestionamiento radical a la manera como estos se contemplan, regulan y, de hecho, definen. Particularmente en lo que supone su “impermeabilidad” para las dinámicas urbanas (físicas y sociales) en que se circunscribe.

¹³ Nos referimos a la abrupta irrupción del orden turístico-museográfico que, normalmente supone la rehabilitación de un sector antiguo en los modos de vida de los habitantes tradicionales de estos “privilegiados” lugares de la ciudad, ya que si bien la “recuperación” de los mismos supone una mejora sensible en su valor económico (una valorización), el precio que tienen que pagar sus habitantes usuales (cuando es que por alguna rara excepción logran permanecer allí) pasa por una drástica modificación de sus hábitos, comportamientos y estilos de vida. En este sentido, si bien a los ojos de una mirada “desarrollista” tales sectores “re-viven”, lo hacen a costa de la supresión de la vida que ya tenían so pretexto de beneficiar a la comunidad “en general” al combatir, de tal forma, una supuesta disfuncionalidad social; sin desconocimiento, por supuesto, de que efectivamente ésta, en muchos casos exista; lo que aún no justifica el que las políticas de re-habilitación no contemplen, en la mayoría de los casos, el rescate tanto de una ideosincracia local, como de aquellas otras dinámicas sociales, no necesariamente disfuncionales, allí presentes.

piedra muerta que demarcaba específicas orientaciones al interior de la ciudad es reemplazada por el valor parlante de un bien patrimonial que por ser resemantizado resulta vivo y, en tal medida, apropiado por la comunidad; allí, en medio de cualquier parte sorprende al caminante, su antiguo estatuto religioso de “monumento” pierde peso, se hace ligero y es finalmente absorbido por cualquiera de los muchos intersticios que caracterizan la evanescente estructura de la ciudad.

De cualquier forma, consideramos que no es nuestra responsabilidad con el pasado sino con el futuro la que nos debe preocupar, de la misma manera que, como señala un viejo proverbio holandés: “no heredamos la tierra de nuestros padres sino que la tomamos prestado de nuestros hijos”.

De este modo, y volviendo a nuestra preocupación central (la de desmontar la idea de monumento para establecer, a través del resultado de esta operación, una relación más viva con la ciudad), reiteramos que si algo nos recuerda permanentemente la ciudad es que, frente a la realidad aparece la posibilidad, frente a la unidad la fragmentación, frente a la quietud, la movilidad; ¿a qué entonces nuestra especie de veneración religiosa por lo inmutable, y con ella, nuestro anhelo de atrapar “lo eterno” a través de lo que decae?. ¿Inmanencia o trascendencia?, ¿está hecha la historia de instantes o acaso de eternidad?, ¿es la eternidad una sucesión de instantes, o los instantes una trampa que ponemos a la irrefrenable continuidad?

El resquebrajamiento de la idea de unidad a develado la existencia bajo la piel de una máquina que no para: *la ciudad*, una máquina recalentada, como querría Deleuze; convulso y conmocionado espacio repleto de fragmentos por todas partes, ¿cómo ubicar allí un monumento?, más aún, ¿cómo llamar aquello que allí, cargado de ruido, nos sirve de orientación?, ¿fin de la historia, o acaso fin de la geografía..?, ¿por qué no pensar en nuevas formas de orientación?, ¿no son “monumentos”, acaso, los lugares “imaginarios” que narran las canciones de los aborígenes australianos?, ¿no les sirven acaso de orientación? De hecho recorren el inmenso desierto guiándose tan sólo por las referencias que, a través del tiempo, en sus cantos, perviven de voz en voz. Mágicos habitantes de una geografía oral y, por lo mismo imborrable, tanto como las canciones que el viento del desierto no acaba de llevar. Canciones que de-escriben pero que no pueden ser escritas

¿quién acaso ha podido cartografiar una duna, una nube, una canción? Hamlet lo sabía y nos lo testimoniaba en ese bello fragmento:

Hamlet: ¿Te has fijado en esa nube que tiene forma de camello?

Polonio: Efectivamente, parece un camello.

Hamlet: Aunque, si la miras bien, ahora parece una comadreja.

Polonio: Sí, se ha convertido en una comadreja.

Hamlet: Ahora es una ballena.

Polonio: Es exactamente una ballena...

No obstante, y como nos recuerda el profesor Quetglás de la Universidad de Barcelona, existe un arte más perverso y más terrible (aunque quizá más rico y más temerario también) que el de querer leer la realidad a través de las nubes y es el de leer las nubes a través de las cosas que estamos acostumbrados a llamar “reales” ahondando en lo que, de tal suerte, tienen de nube. ¿Qué hay de nube entonces en la comadreja, en la ballena, en aquel edificio o en la ciudad?

BIBLIOGRAFÍA.

AGNEW, J., MERCER, J., y SOPHER, D. (eds.). (1984). *The City in a Cultural Context*. Ed. Allen y Unwin. Boston.

AIMONINO, C. (1986). *El significado de las ciudades*. Editorial Blume. Madrid.

AMENDOLA, G. D. (2000). *La ciudad Postmoderna. Magia y miedo de la Metrópolis Contemporánea*. Ed. Celeste. Madrid.

ARDIGIÒ, A. (1988). *Per una sociologia oltre il post-moderno*. Ed. Laterza. Bari.

AUGÉ, M. (1993). *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Ed. Gedisa. Barcelona.

BAILLY, A.S. (1979). *La percepción del espacio urbano*. Ed. I.E.A.L. Madrid.

BALLESTEROS, J. (1990). *Postmodernidad: ¿decadencia o resistencia?* Ed. Ténos. Madrid.

BARNETT, J. (1995). *The Fractured Metropolis*. Ed. Harper Collins. Nueva York.

BIANCHINI, F. (1990). *Re-imagining the City*. Ed. Centre for Urban Studies. University of Liverpool. Liverpool.

COLQUHOUN, A. (1985). *On modern and post-modern space*. Ed. Princeton Architectural Press. Princeton.

CHALINE, C. (1995). "Reflexión sobre la dinámica urbana de finales del siglo XX", en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid. pp. 35-38.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1988). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Ed. Pre-textos. Valencia.

DELGADO RUIZ, M. (1999). "Dinámicas identitarias y espacios públicos", en *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*. Nº 43-44. *Dinámicas Identitarias*. Ed. Fundación CIDOB. Zaragoza. pp. 17-33.

ELLIN, N. (1996). *Postmodern Urbanism*. Ed. Blackwell Publisher. Cambridge.

FERRY, J-M., WOLTON, D. (1992). *El nuevo espacio público*. Ed. Gedisa. Barcelona.

FOSTER, H. (ed.). (1983). *The anti-aesthetic: essays in post-modern*. Ed. Post Townsend. Washington.

GOTTDIENER, M. (1995). *Postmodern Semiotics*. Ed. Blackwell. Cambridge.

HUYSENS, A. (1984). "Mapping the post-modern", en *Revista New German Critique*. Nº 35. Ed. Institute of Personnel Management: *Flexible patterns of work*. Londres. pp. 5-52.

KASINITZ, P. (ed.). (1995). *Metropolis: Center and Symbol of our Times*. Ed. Nueva York University Press. Nueva York.

KEARNS, G., y PHILO, C. (eds.). (1993). *Selling Places: the city as a cultural capital, past and present*. Ed. Pergamon Press. Oxford.

KING, R. (1996). *Emancipating Space*. Ed. The Guilford Press. Nueva York.

KLOTZ, H. (1985). *Postmodern Visions*. Ed. Abbeville Press. Nueva York.

LEFEBVRE, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Ed. Península. Barcelona.

LEVY, J. (1995). "Las identidades urbanas de hoy", en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid. pp. 121-132.

LEY, D. (1989). "Modernism, post-modernism and the struggle for place", en AGNEW, J. A., y DUNCAN, J. S. (eds.). *The Power of Place*. Ed. Unwin Hyman. Boston. Pp. 44-65.

LEY, D. (1985). "Cultural/Humanistic geography", en *Revista Progress in Human Geography*. Vol. 9. pp. 415-423.

- LEY, D. (1983). *A social Geography of the city*. Ed. Harper and Rowe. Nueva York.
- LYOTARD, J-F. (1990). *La condición postmoderna*. Ed. Red Editorial Latinoamericana. México.
- MARDEN, P. (1992). "The deconstructionist tendencies of postmodern geographies: a compelling logic?", en *Progress in Human Geography* N° 16. pp. 41-57.
- MIRES, F. (1996). *La revolución con quien nadie soñó o la otra posmodernidad*. Ed. Nueva Sociedad. Caracas.
- OLALQUIAGA, C. (1992). *Megalopolis-Contemporary, Cultural Sensibilities*. Ed. University of Minnesota Press. Minneapolis.
- PATTON, P. (1996). "Imaginary cities: Images of postmodernity", en WATSON, S., y GIBSON, K. (eds.). *Postmodern cities & spaces*. Ed. Blackwell. Cambridge. pp. 112-121.
- PRADILLA COBOS, E. (1996). "Teoría territorial: entre totalización y fragmentación", en *Revista CIUDADES*. N° 29. Ed. Red Nacional de Investigación Urbana. México.
- PRESSMAN, N. (1985). "Forces for spatial change", en BROTCHE, J., y OTROS. *The Future of Urban Form*. Ed. Croom Helm. Londres. pp. 349-361.
- QUETGLÁS, J. (1997). "Nubes, Angeles y Ciudades", en *Escritos Colegiales*. Ed. Actar. Barcelona.
- SOJA, E. W. (1989). *Postmodern Geographies: the reassertion of space in critical social theory*. Ed Verso. Londres.
- STEARN, R. A. M. (1994). "The Postmodern Continuum", en LILLYMAN, W. J. (ed.). *Critical Architectural and Contemporary Culture*. Ed. Oxford University Press. Oxford. pp. 46-63.
- TROITIÑO VINUESA, M. A. (1995). "Notas sobre el análisis geográfico de la dimensión histórica de las ciudades", en GARCÍA BALLESTEROS, A. (coord.). *Geografía urbana- 1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar*. Ed. Oikos-Tau. Madrid. pp. 19-23.
- YORY, C.M. (2002a). *Ciudad y Posmodernidad*. Ed. Universida Piloto de Colombia. Bogotá.
- YORY, C.M. (2002b). *Del Monumento a la ciudad. El Fin de la idea de Monumento en el nuevo orden espacio-temporal de la ciudad*. Ed. CEJA. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

YORY, C.M. (1988). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Ed. CEJA-COLCIENCIAS. Bogotá.

ZARONE, G. (1993). *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. Ed. Pre-textos. Murcia.

ZUKIN, S. (1992). "Postmodern urban landscapes: mapping culture and power", en LASH, S., y FRIEDMAN, J. (eds.). *Modernity & Identity*. Ed. Blackwell. Oxford. pp. 221-247.

ANEXO N° 5

**CONSIDERACIONES PROPOSITIVAS PARA EL
MONTAJE DE UNA LÍNEA DE INVESTIGACIÓN EN EL
TEMA DE ESPACIO Y TERRITORIO FUNDAMENTADAS
EN EL PLANTEAMIENTO TOPOFÍLICO**

TABLA DE CONTENIDO

I. MARCO DE REFERENCIA CONCEPTUAL

- 1. Introducción.**
- 2. Des-bordamiento urbano y emergencia de la ciudad.**
- 3. Ciudades plegadas, espacios desplegados.**
- 4. De la ciudad a la urbe.**

II. ASPECTOS TEÓRICO-CONCEPTUALES

- 1. Consideraciones propositivas para la construcción (definición) de un marco epistémico y corporativo.**
- 2. Consideraciones generales en torno al concepto de ciudad y territorio.**
- 3. Objetivos de la línea de investigación.**
- 4. Temas críticos.**
- 5. Ejes temáticos propuestos.**

I. MARCO DE REFERENCIA CONCEPTUAL

1. Introducción.

Sin lugar a dudas cada época posee no sólo una determinada idea de mundo y, consecuentemente de habitante de él, sino de las propias coordenadas en que en el mismo se inscribe y explica la vida humana. Unas coordenadas hechas, como todas, fundamentalmente de espacio y de tiempo pero, sobre todo, de significado; el que de hecho, a la vez que las funda busca dar en ellas explicación y sentido (espacio, pero también tiempo) al drama humano. En esta medida, cada época está marcada tanto por una determinada noción de espacio y de tiempo como por una de significado; razón por la cual no podemos entender la historia si no es a través de los modos de uso y ocupación (diríamos heideggerianamente, *habitación*) en que en el espacio y el tiempo la sociedad cobra forma; es decir, *construye y nombra el territorio*.

En esta medida una pregunta que se ocupe por tratar de entender la compleja madeja de la sociedad en cualquier época no puede ser otra que por la manera como esa sociedad concibe el tiempo y, de tal suerte, se desenvuelve en el espacio, más aún, *espacia*, “abre el espacio”, *territorializa* y, por lo mismo, “funda” un mundo. En la

misma medida, una pregunta que se ocupe de ahondar en la concepción del espacio en una determinada época no sólo debe remitirse a los presupuestos teóricos que, normalmente desde la física (aunque no de manera exclusiva), alientan “conceptualmente” sus nociones espacio- temporales sino a los modos de organización, ocupación y uso del espacio habitado. Es en esta búsqueda del espacio habitado donde necesariamente nos encontramos con la ciudad, ya que al parecer su imaginario lo inunda todo impregnando el mundo entero de un hálito eminentemente urbano.

En este orden de ideas una preocupación por la relación entre espacio y territorio pasa, necesariamente, por la comprensión de las distintas maneras en que usamos, ocupamos y habitamos el espacio urbano; un espacio que de acuerdo a las actuales tendencias de crecimiento de la población, fácilmente ocupará para el año 2025 el 80% de la población mundial. Situación que hace que privilegiemos su estudio por encima de cualquier otro contexto, sin demérito, por supuesto, de la necesaria aproximación al estudio tanto de lo rural en cuanto tal como de lo regional; toda vez que éste último marco es a todas luces el escenario primero y fundamental sobre el que no sólo se proyecta sino que actúa, cada vez con mayor incidencia la ciudad.

II. ASPECTOS TEÓRICO-CONCEPTUALES

1. Consideraciones propositivas para la construcción (definición) de un marco epistémico y corporativo.

Con base en el Marco de Referencia anterior presentamos a continuación una serie de consideraciones puntuales en torno a los conceptos de Espacio y Territorio, extraídas del concepto de Topofilia que a través de trabajos como *Topofilia o la dimensión poética del habitar* y *Topofilia, ciudad y territorio*¹⁴ ilustran una particular manera de entender la relación del individuo con el entorno a partir de la puesta en práctica de una serie de herramientas teóricas y operacionales que permitan la apropiación tanto efectiva como afectiva del espacio habitado. La idea con esto no es otra que la de dar forma y contenido a una línea de investigación que, al interior de la Maestría en Planeación urbana y regional de la Pontificia Universidad Javeriana, aborde

¹⁴ El primero de estos trabajos fue publicado en 1998 por la Universidad Javeriana con apoyo de COLCIENCIAS y el segundo, tema de la Tesis Doctoral del autor, se encuentra en proceso de

el tema de la relación entre espacio y territorio a partir de la manera como el concepto de Topofilia entiende la construcción humana de territorialidad y, con ella, de habitación en el mundo, partiendo de un principio de corresponsabilidad con la sociedad y con el entorno. En esta medida, se espera que los contenidos aquí desarrollados, inspirados en este concepto, fundamenten, no sólo el sentido y contenido de los cursos programáticos de apoyo a la línea de investigación de aquí derivada, sino que de hecho constituyan el propio referente para la realización de las consecuentes investigaciones y trabajos de grado que se orienten en este sentido; para ello puntualizaremos, a través de una serie de consideraciones, los principales temas críticos que, desde las siguientes consideraciones, supone el estudio de la Topofilia:

1. El espacio (nos referimos al espacio en “general”) es, por naturaleza, intangible, razón por la cual su estudio se realiza a través de las distintas formas en que éste se ocupa de acuerdo a una determinada noción de *valor* presente en toda disposición humana.

2. Dado que el espacio es intangible en sí mismo, no constituye, como tal, ninguna forma, no obstante adquiere la de la disposición de los cuerpos que en él están contenidos y la de sus modos de *interactuación* a través de lo que denominaremos, en cuanto específico objeto de estudio, el “*espacio habitado*”.

3. Los “cuerpos” que constituyen la forma de organización (o desorganización) del espacio habitado no se encuentran en él aislados sino que interactúan a través de todo un *sistema de fuerzas* políticas, económicas y sociales.

4. En toda disposición espacial existe siempre un “orden oculto” que responde a una multidiversidad de fuerzas; las que, de hecho, se patentizan de uno u otro modo a través de *la forma*; objetivo primero del análisis del espacio habitado.

5. Es precisamente la *disposición humana* la que otorga “orden” y “sentido” al espacio; una disposición que por ocurrir en el tiempo debe considerarse de manera *procesual* y, por tanto, *dinámica*.

6. La *dinamys* del espacio del habitar, en atención a su orden *genético-histórico*, no se da de manera aislada sino que responde a una serie de factores e influencias que así acusan la propia *maleabilidad* y *permeabilidad* del espacio habitado. Un espacio en el que, de tal suerte, coexisten *lo causal* y *lo casual*.

7. La forma de ocupación del espacio es inherente a una “idea de mundo” con la que carga el individuo o grupo que de una u otra forma dispone en él los cuerpos que, en tal medida, lo habrán de caracterizar.

8. Así como el espacio habitado se *caracteriza* de una u otra forma a través de la disposición humana, es propiamente ésta quien, a su vez, permite *identificar* al individuo o grupo que, en tal media, acusa su *diferencia* respecto de un plexo de referencias (“los otros”).

9. La disposición de los cuerpos en el espacio obedece a un *orden racional*; es decir, a una *lógica causal* explícita o implícita; en el primer caso, obediente a un *principio de razón dominante* que se plasma en el espacio a través de un determinado “plan” y, en el segundo, a una aparición espontánea (“mostración sensible”) que manifiesta, de manera directa, un “modo de ser cultural” desde donde se responde a una necesidad básica inscrita en un contexto predeterminado.

10. No es posible estudiar el espacio en sí mismo si no es a través de una determinada “lectura” del “orden racional” en que allí se manifiesta la disposición humana. Un orden que entiende el “des-orden” como una forma de estructura cuya lógica inherente aún no ha sido descifrada y, por tanto, desconocemos.

11. El hecho de que el “orden racional” en que se expresa “la forma” del espacio se pueda “leer” implica, necesariamente, reconocer en él una determinada forma de escritura histórica y cultural (como toda escritura)); la que de hecho se entra a *des-cifrar* (pues viene “cifrada”) desde una también determinada forma de lectura (tan histórica y cultural como la propia escritura).

12. El “orden racional” en que los cuerpos están dispuestos en el espacio formando un *paisaje* corresponde, necesariamente, con una específica *idea de valor* puesta al servicio de una determinada “*tecnología política*”.

13. La disposición humana de los cuerpos en el espacio corresponde con una específica “mirada de mundo que hace mundo” y, por lo mismo, resulta ser una *apropiación* de la realidad.

14. La apropiación de la realidad que se efectúa a través del espacio habitado se lleva a cabo mediante una *marcación*. La “marca” del suelo sobre la cual el espacio resulta “signado”. Es a esta *de-signación* del suelo por la apropiación del espacio la que entendemos como *territorio*; el que así no será otra cosa que un espacio *signado*; es decir, *apropiado*. Por lo anterior, *gracias al territorio podemos leer el espacio*; el que sólo en esta media adquirirá el carácter de *lugar*.

15. Si *des-encubrimos* el paisaje (su idea de orden) a través de un desciframiento de los signos ciertos que en él se acusan, esto significa que el paisaje “se deja leer” (se expresa como *lenguaje*). En esta medida, y dado que siempre leemos desde un contexto, su lectura resulta una “edición” de los datos allí dispuestos correspondiente con la idea de orden desde la que lo examinamos y, por tanto, una *interpretación*.

16. En cada paisaje (urbano o no) subyace siempre una idea de orden no siempre clara ni, muchas veces, explícita; razón por la que su *des-ciframiento*, reconociendo que el paisaje viene “cifrado”, constituye la clave para cualquier tipo de intervención que en él se realice.

17. La lecto-interpretación del espacio que se realiza mediante la “marca del suelo” (el territorio) constituye una “imagen” de él que revela, no sólo la necesidad de ir más allá (el desciframiento de su orden causal) sino la propia “forma de formar” de un determinado individuo o una determinada colectividad en un momento dado.

18. El territorio, entendido como apropiación socio-histórica del espacio, se constituye a través de lugares concretos, los cuales deben entenderse en su doble carácter; el de servir como orientación para la acción, es decir, como “noción” y el de actuar como modulación de la relación con el cuerpo del otro, es decir, como “emoción”.

19. Gracias a la imagen que acusa la forma del territorio, el espacio *des-encubre* su carácter *genético-arqueológico* y, por tanto, su papel de “*huella*” de la cultura; de ahí que el mismo deba entenderse no sólo en relación a la historia (toda huella es una marca del tiempo en el espacio) sino a la cultura, en tanto la marca misma acusa un *valor simbólico*.

20. La imagen del territorio que da forma al espacio, entendida como “*huella*” de la cultura, alude tanto a lo “ahí manifiesto” como a lo “no manifiesto” que por “*callar*”, acusa, revelando así un doble carácter para el “*archivo*” que, de tal suerte, funda: el de *presencia* y el de *ausencia*.

21. La *identidad* que prueba la validez del *archivo* caracterizando de una u otra forma al territorio, revela que a través de éste y su disposición, no sólo nos afirmamos en “lo que somos” sino también en aquello que en realidad “no somos”; razón por la cual, la ausencia de la que antes habláramos, no debe entenderse como una carencia.

22. El “archivo formal” de una cultura si bien define y “marca” un correlato de especificidades (una *diferencia*), lo hace sirviéndose de su carácter *permeable* a través

de la incorporación transversal del mundo exterior; de ahí que la noción de territorio *no debe entenderse de forma exenta respecto de éste*.

23. La imagen del espacio que, como hemos dicho, se manifiesta a través de la forma, está sujeta a las *leyes taxonómicas* del “archivo” (*categorías*) y, por tanto, gracias a sus atributos propios (*propiedades*) es posible reconocerla dentro de un marco de diferencias; un plexo de referencias o “contexto” del que siempre hace parte.

24. Si la realidad es una organización intencional (ideológica y, por tanto política) del “archivo”, la propia realidad se funda con base en la organización misma de las imágenes que lo constituyen y alientan, lo que hace de éstas un *texto*; es decir, un *correlato* que, en su “edición”, hace surgir lo que es dicho.

25. La *imagen-texto* a través de la cual leemos el territorio permite, de acuerdo a una predeterminada idea de orden, “leer” la realidad de una u otra manera; lo que a su vez permite que ésta se nombre a sí misma y, por lo mismo, autonombrándose se autoafirme. He ahí la razón para que siempre hablemos de y desde “nuestra realidad”.

26. Si bien la forma, entendida como “forma del territorio”, se revela a través de sus atributos (extensión y/o duración, ubicación, magnitud, intensidad, proporción, tamaño, color, textura, etcétera), el “*ser-aparente*” de su imagen sólo se revela a través de un único accidente: el de la *unicidad*; característica primera de la noción de territorio, pues aunque éste se camufle o se yuxtaponga a otros, nunca se mezcla, de ahí que la expresión “territorio autonómico” resulte en todo tautológica.

27. Con todo, la forma no puede entenderse como un vehículo pasivo de un determinado contexto sino como un evento, un acontecimiento que, como tal, no preface sino que “*ocurre*”; a través de la forma la realidad deviene *ocurrencia*; es decir, acusa una *emergencia: la emergencia de la ciudad; la emergencia del territorio*.

28. De acuerdo con lo anterior, los cuerpos que aparecen (*emergen*) en un determinado contexto no son “objetos detenidos” (inanimados) sino *acontecimientos generadores de acontecimientos*. He ahí la diferencia, por ejemplo, entre la ciudad y lo urbano.

29. La manera en que la imagen de la forma surge dentro de un plexo de referencias es una *in-surgencia* y, por lo mismo, un contaminante del orden existente, no obstante, es la “contaminación” en cuanto tal la que permite que un determinado sistema se autoevalúe, sea para rechazar el agente externo o para incorporarlo a la luz de un orden sistémico.

30. El re-ordenamiento del espacio habitado, entendido como territorio, implica siempre un *ejercicio político* en el que confluyen la ética, la técnica, la capacidad de gestión y la construcción de un *imaginario consensuado* a alcanzar que no sólo sea deseable sino, sobre todo, posible.

De acuerdo con las anteriores consideraciones, y siempre desde la perspectiva de la Línea de Investigación que nos ocupa, procedemos ahora a identificar las principales características de la relación entre Ciudad y Territorio (en sus connotaciones sociales y espaciales) que, desde la perspectiva de la Topofilia (tal y como la entendemos en los trabajos mencionados), se derivan de ésta. Esto con el fin de responder a los distintos escenarios (urbanos y regionales) sobre los que se ubica la reflexión de la Maestría.

2. Consideraciones generales en torno al concepto de Ciudad y Territorio.

1. La ciudad es, sin lugar a dudas, el dilecto escenario para la mostración del orden sistémico que preface en la organización (disposición) del espacio habitado. Un orden que patentiza su complejidad a través del concepto de *función* (las funciones urbanas).

2. La ciudad no es lo urbano, ya que si bien la primera alude a una forma particular de organización socio-espacial, lo segundo se refiere a una determinada manera de “sentirse en el mundo”. Manera que irradia su contenido a través de los medios de comunicación, incluso en el campo, de suerte tal que hoy en día diríamos que *lo urbano lo inunda todo*.

3. La ciudad debe entenderse como un lugar de confluencia de toda una diversidad de principios de razón y, por lo mismo, como una construcción histórico-colectiva; en tal medida la *multiculturalidad* define su esencia y la *concertación* su condición de posibilidad para la coexistencia.

4. La ciudad no es, ni mucho menos, un hecho aislado, sino un escenario permeado por múltiples fuerzas y corrientes de orden regional y global; fuerzas que de una u otra forma la determinan y orientan (o desorientan) de acuerdo con un presupuesto eminentemente ideológico y, por tanto, económico y político.

5. Dado que el contexto en el que nos preguntamos por la ciudad y la región está definido por unas determinadas condicionantes geopolíticas y, por lo mismo, espacio-territoriales, resulta fundamental enfatizar en el mismo (la realidad

latinoamericana) con el fin de dar respuesta a las múltiples maneras que en él se acusa su presente crisis.

6. Teniendo en cuenta que, como hemos dicho, la ciudad no es un hecho aislado, debe considerarse en su análisis el concepto de “alianza estratégica” y, desde allí, el papel que las “*redes de ciudades*” entran a jugar (particularmente en el caso regional) en la solución de sus problemas comunes.

7. No es posible entender la dinámica y situación actual de la ciudad-región latinoamericana si no es a la luz de la comprensión de las *causas estructurales* de sus problemas: la pobreza, la falta de equidad y justicia social, la falta de gobernabilidad, la escasa productividad económica (en relación a las demandas de su población), los vicios consuetudinarios de su clase política, la falta de una planeación con noción de futuro a largo plazo, la escasa capacidad de convocatoria del Estado, la dificultad para establecer consensos en torno a proyectos comunes, la precariedad y, en muchos casos, escasa calidad y cobertura de los servicios públicos y el transporte, la inmisericorde expoliación de sus recursos naturales y su creciente deterioro ambiental y, entre otras, la pérdida paulatina tanto de una noción de lo público en cuanto tal, como de lo que bien debiera denominarse “espacio público”.

8. La comprensión de la caracterización del espacio habitado, sea este urbano o no, pasa, necesariamente, por el desciframiento en cada caso de la relación entre la lógica del mercado y la del uso del suelo.

9. La sobrevivencia de las ciudades, o de cualquier unidad territorial pasa, hoy en día, por el reconocimiento de sus ventajas comparativas a la luz de su optimización y publicitación dentro de un marco claro de competitividad.

10. El anhelado proyecto de alcanzar un desarrollo en equilibrio para las ciudades y regiones, presente en todos los idearios políticos y económicos de los acuerdos internacionales en torno al tema, tiene que ver con el mejoramiento integral de la calidad de vida de sus habitantes y no con la exclusiva potenciación o preferenciación de un sector sobre otro, sirva como ejemplo la mirada reduccionista que pretende solucionar el problema del hábitat exclusivamente a través de la vivienda.

11. La reiterada búsqueda de un desarrollo sustentable a nivel urbano y regional tiene que ver, necesariamente, con el diseño e implementación de un nuevo modelo económico y, por lo mismo, con la construcción de un también nuevo estilo de desarrollo; tarea a la que de suyo, y por excelencia, se debe el planificador en el ejercicio de su quehacer ético y político.

12. El re-ordenamiento del espacio habitado, entendido como *territorio*, implica siempre un ejercicio político en el que confluyen la ética, la técnica, la capacidad de gestión y la construcción de un imaginario consensuado a alcanzar de acuerdo a parámetros deseables y posibles.

13. El tema del territorio es, sin lugar a dudas, el tópico más sensible cuando se habla de reforma del Estado, toda vez que sobre éste se asienta el poder mismo y, en tal medida el control, no sólo sobre los medios de producción sino sobre las formas de vida.

14. La planeación sobre el espacio del habitar supone un compromiso político que en todo tiene que ver, o con la legitimización del orden establecido, o con la construcción de uno nuevo a la luz de nuevos *pactos territoriales*.

15. La consolidación el territorio tiene que ver, necesariamente, con su papel en la constitución de agenciamientos políticos que, desde claras estrategias de participación, trasciendan el orden hegemónico que predomina en la organización del espacio para “abrirse” de manera sensible a los ordenes locales y microlocales. Condición fundamental para alcanzar una legitimidad que posibilite, en este sentido, la reforma del Estado a partir de la reconstitución de lo público.

16. El embate homogenizador y avasallador de fenómenos como la globalización exige a los contextos locales que quieran mantener su carácter identitario (su “diferencia”), el diseñar las estrategias más convenientes para que, desde la potenciación de sus ventajas comparativas, entendidas desde las múltiples maneras que supone el concepto de “fuero patrimonial”, particularmente en sus aspectos culturales, socio-espaciales y productivos, estén en capacidad de incertarse en los mercados globales sin ser apabullados por éstos.

17. La innovación técnica y/o tecnológica se constituye en herramienta fundamental a la hora de explorar nuevos caminos que conduzcan, desde la optimización de los recursos locales, al equilibrio socio-ambiental; razón de más para alentar la conformación de bancos de experiencias exitosas y de redes de expertos que las pongan en marcha adaptándolas a los distintos contextos.

18. Las crecientes demandas de concertación con las distintas fuerzas vivas (actores sociales) que tienen asiento en el territorio constituyen, sin lugar a dudas, uno de los aspectos más relevantes en los procesos planificadores actuales, motivo por el cual resulta prioritario el establecer nexos de interacción entre la tradicional Planeación para el Desarrollo y otras metodologías más recientes, aunque nada nuevas,

como la de la Planeación Estratégica; ahondando, a partir de aquí, en el diseño e implementación de eventuales nuevos modelos y estrategias de desarrollo.

19. Una de las tareas más importantes en la planificación urbana y regional en nuestro contexto la constituye la generación de procesos incorporativos de la población que contribuya en la construcción de ciudadanía a partir de una reformulación de la noción de lo público, para lo cual el concepto de “empresa social”, ligado al de *construcción-apropiación del territorio*, resulta fundamental.

20. El creciente deterioro ambiental, aunado a los problemas derivados del subdesarrollo justifican, en nuestro contexto, la incorporación de estrategias de desarrollo que incorporen el concepto de *sustentabilidad socio-ambiental* y, en tal medida, el concepto acuñado en *La Conferencia de Río* (1992) de “islas de sustentabilidad” para considerar, desde allí, los problemas de ordenamiento ligados a la conformación de tejidos urbanos y/o regionales dentro del concepto de “*sistema-red*”.

21. No es posible abordar problemas de planificación si no se concibe, a la par, tanto un sistema categorial de análisis e intervención, como un diseño eficaz de indicadores y un sistema multiactoral (pertinente en cada caso) de evaluación y seguimiento.

1. Objetivos de la línea de investigación.

Para alcanzar lo anterior la Maestría, a través de su línea de investigación en *Espacio y Territorio* se propone, *el contribuir técnica y metodológicamente en todos aquellos procesos inherentes a la construcción y/o consolidación del territorio partiendo del reconocimiento, valoración e interpretación de los componentes identitarios que en sus variables políticas, económicas, sociales y ambientales lo caracterizan y, de tal forma, definen el espacio que lo conforma*; en este sentido, el enfoque de la planeación que aborda la Maestría a través de un riguroso trabajo de investigación científica no puede ser otro que el de *potenciar las ventajas comparativas locales para que a partir de éstas no sólo se enfrenten los problemas sociales y ambientales que una precaria organización, ocupación y explotación del territorio genera, sino se esté en capacidad tanto de proyectar dichas ventajas dentro de un concierto macroregional e internacional en el cual las distintas ciudades y regiones lleguen a ser competitivas, como de canalizar dichas ventajas a la construcción de un orden social más justo partiendo del papel que el manejo del territorio supone para la*

legitimización y fortalecimiento del Estado; un Estado que, tenemos que reconocer, es necesario reconstituir y fortalecer concertadamente con base en la constitución de pactos territoriales.

A este respecto *la generación de procesos locales encaminados a alcanzar las condiciones de gobernabilidad, productividad y habitabilidad inherentes al objetivo de obtener un desarrollo sustentable a través de una eficiente intervención en el territorio se constituye en el reto primero y fundamental de la Maestría a través de sus líneas de investigación.* En esta medida, *la (re)organización del espacio habitado y de su consecuente recualificación y readaptación a las dinámicas funcionales más eficientes que permitan satisfacer las condicionantes antes planteadas se constituye en la tarea primera y fundamental;* tarea que, a través de los siguientes objetivos específicos, constituyen el espíritu de la línea que nos ocupa en cuanto tal.

Objetivo de la línea en lo político: Contribuir en el proceso de fortalecimiento del Estado *a partir de la reformulación que el papel del territorio juega en la consecuente reconstitución del mismo fundamentada, desde aquí, en la generación de procesos participativos conducentes mediante la realización de proyectos y acciones consensuadas, a la construcción y apropiación del espacio habitado partiendo de un claro compromiso en la construcción de una noción de lo público.*

Objetivo de la línea en lo económico: Promover la generación de sinergias a nivel tanto micro como macro que, *partiendo de una adecuada organización del espacio,* incorporen las dinámicas productivas locales en franco compromiso con la integración funcional de los dos circuitos básicos de la economía favoreciendo, desde aquí, el fortalecimiento de las economías de escala. Estrategia desde la cual sea posible que las distintas ciudades y regiones se inserten en las dinámicas de los mercados globales sin ser apabulladas por éstos, aportando de tal suerte en la construcción de un nuevo modelo económico que funciones mediante lógicas y racionalidades “glocales”.

Objetivo de la línea en lo social: Facilitar, *mediante eficaces procesos de reordenamiento territorial,* el fortalecimiento del tejido social a partir de la realización de acciones que promuevan el acercamiento y encuentro de las distintas racionalidades, lógicas y fuerzas que, a través de toda una diversidad de móviles constituyen el espacio

habitado en cuanto tal. En esta medida, la incorporación del concepto de “*actor social*”, en reemplazo del de “agente”, quiere acentuar el carácter mismo de una planeación incorporativa en la que los distintos “actores sociales”, en tanto “fuerzas vivas” asumen compromisos con el entorno que, de tal suerte, tiene como objeto el proceso planificador.

Objetivo de la línea en lo ambiental: Generar estrategias de Desarrollo Sustentable que, sobre la base de claros presupuestos de Ecología Humana, posibiliten una incorporación productiva del territorio en las dinámicas económicas y sociales que no redunde en la tradicional e inmisericorde expoliación de sus recursos sino, por el contrario, en el fortalecimiento de los mismos a través del manejo equilibrado de aquél, tanto en lo que compete al uso generalizado de “tecnologías limpias” en las distintas funciones urbanas y/o regionales, como en lo referente al papel que al respecto juegan las prácticas transectoriales motivadas, desde un espíritu claramente sinérgico, por principios de interactuación sistémica desde los cuales sea posible incorporar en dichas funciones conceptos como “cadena biótica” o “nicho ecológico”, entre otros.

Objetivo de la línea en lo académico-institucional: Facilitar la incorporación de las distintas unidades académicas de la Universidad y de sus respectivos investigadores a la resolución de problemas concretos en torno al tema de la relación entre Espacio y Territorio, propiciando para ello los medios y escenarios idóneos de trabajo interdisciplinar a través del cual la investigación se conciba a la vez como medio y como fin. En el primer caso como laboratorio al servicio de la implementación y confrontación de determinadas tesis construidas dentro el propio marco académico a la luz de maduras posiciones tanto científicas como políticas y, en el segundo, a través de la resolución de problemas concretos en situaciones de caso; lo que a la postre tendrá que redundar en la recualificación de la mirada respecto a los mismos y, por tanto, en la propia recualificación el aparato técnico-político desde donde tales problemas son abordados en la Maestría.

Objetivo de la línea en lo científico-disciplinar: Posibilitar a través de los ejes temáticos propuestos la puesta a punto de una efectiva concertación multiactoral que permita a la vez enriquecer el cuerpo de conocimiento en el tema y consolidar nexos

multi e interdisciplinarios a través de la generación y/o fortalecimiento de redes temáticas.

4. Temas críticos.

De acuerdo con los considerandos antes mencionados enunciaremos a continuación los principales “temas críticos” (problemas) que, desde la perspectiva de la Topofilia, se derivan de ellos y, por lo mismo, resultan pertinentes para la formulación de proyectos de investigación inscritos dentro de los consecuentes “ejes temáticos” que en breve expondremos. En este orden de ideas *cada proyecto de investigación que desee llevarse a cabo al interior de la presente línea deberá establecer, dentro de los siguientes temas críticos, cuales consideran relevantes a la luz de sus objetivos de investigación y, de tal suerte, establecer las debidas conexiones, previa formulación de las preguntas estratégicas pertinentes.*

1. El papel del lenguaje en la interpretación del paisaje.
2. La noción cultural de lugar y su papel en la construcción de territorio.
3. El carácter patrimonial del espacio habitado.
4. La significación del espacio habitado frente a la simple ocupación del espacio.
5. La noción de valor de uso y su correlato como valor de cambio.
6. El concepto de “capital” que da valor al territorio en sus componentes económicos, sociales, naturales y simbólicos.
8. La relación entre Medio Ambiente y Desarrollo Social.
9. La constitución de agenciamientos políticos al interior de la noción de territorio.
10. La relación público-privado.
11. La irrupción de “lo nuevo” dentro de un determinado orden espacio-territorial.
12. El impacto socio-espacial (territorial) del fenómeno de la globalización y la relación entre las lógicas globales y las locales en sus aspectos económicos, políticos, sociales, culturales, estéticos y ambientales.
13. El impacto de la tecnología en la noción, valoración y construcción del territorio.

14. El papel de la concertación multiactoral en los procesos de con-formación y/o consolidación del territorio.

15. La determinación de escenarios en la construcción de procesos y en la resolución de conflictos socio-espaciales.

16. La relación interescalas en la identificación de los problemas socio-espaciales: lo micro y lo macro.

17. El papel del Estado en los agenciamientos populares y la identificación de las lógicas populares en la construcción-apropiación de espacio.

18. El impacto socio-espacial del turismo en la organización del territorio.

19. El papel del consumo en el uso del suelo y en la caracterización socio-espacial del territorio.

20. El papel del territorio en la construcción de un “poder local” y su contribución a la generación de procesos de gobernabilidad (reforma del Estado) amparados en manifestaciones espaciales de liderazgo cívico.

21. La noción de espacio público dentro del marco de la construcción de una noción de lo público en cuanto tal.

22. La determinación del papel de las “*lógicas locales*” en la definición de políticas públicas espaciales.

23. La identificación de los modos de actuación en el tejido urbano de los lugares de recurrencia y significación: elementos socio-espaciales generadores de cultura urbana que actúan en la relación entre el tejido físico y el social.

24. El valor comunicacional del espacio habitado y el papel de los medios de comunicación en la consolidación o disolución del territorio.

25. La noción de marginalidad y su relación con los distintos tipos de centros urbanos.

26. La noción ciudadana del riesgo y su papel en el uso del espacio.

27. El impacto de la desobediencia civil y la transgresión de la norma (en tanto pauta de cultura urbana) en el uso del suelo y en la apropiación del territorio.

28. El impacto espacial del concepto de seguridad ciudadana en los procesos de apropiación del territorio.

29. El papel del espacio en la determinación de una pedagogía ciudadana conducente a la construcción de ciudadanía dentro de un espíritu de convivencia.

30. El impacto de la movilidad en la autoafirmación del territorio y la constitución de nuevas formas de territorialidad identitaria amparadas, precisamente, en ella.

31. La relación entre el valor monetario del suelo y su correlato en términos de capital social y simbólico.

32. El impacto de las dinámicas territoriales en el valor y uso del suelo.

33. La pérdida de unidad y legitimidad en la acción del Estado y su papel en la desarticulación en la administración del territorio.

34. La dimensión fiscal y tributaria en la gestión del suelo y su papel en la movilidad del mercado inmobiliario.

35. El papel de la apropiación posesiva del espacio (las diferentes formas de invasión) en la geomorfología de la ciudad

36. El papel de la informalidad en la “definición formal” de la ciudad y/o de la región.

37. La relación entre los circuitos económicos y las dinámicas socio-productivas del espacio habitado.

38. El impacto socio-espacial de las economías de escala y la contribución de éstas últimas en la organización del territorio desde el punto de vista de la productividad urbana.

39. La relación de la ciudad con la región a la luz de procesos específicos de metropolización.

40. El papel de la planeación participativa en la construcción de una imagen de ciudad concertada.

41. El impacto sobre el territorio de las políticas de ajuste estructural.

42. El papel de la memoria urbana y su capitalización, en tanto bien patrimonial (*conservación proactiva*), en los procesos de redesarrollo, reestructuración y reordenamiento territorial.

43. El concepto de “ciudades en venta” que maneja la lógica macroeconómica competitiva del Mercado Global.

44. La dimensión estética del espacio habitado y su papel en la generación de valor.

45. El impacto de la Descentralización en la noción de territorio y su papel en las dinámicas del mercado inmobiliario.

46. Las dinámicas político-administrativas y socio-espaciales presentes en la gestión del suelo.

47. La ocupación y uso del espacio habitado entendida como problema de economía política del territorio.

48. Criterios y variables que se ponen en juego en la evaluación del espacio habitado: problemas inherentes a la lógica del avalúo.

49. El papel de la imagen de la ciudad en su atractivo como posible foco de inversión.

50. La ciudad entendida como *locus* del Mercado: implicaciones socio-espaciales.

Cabe señalar que si bien a partir de lo hasta ahora presentado creemos es viable establecer con precisión el campo (eje temático) desde el cual se ha de abordar, a través de un determinado proyecto, un problema o conjunto de problemas específicos al interior de un tema dado, no creemos, sin embargo, que sea suficiente para poder establecer las relaciones del caso pertinentes a la adecuada ejecución de los proyectos que permitan conducir adecuadamente sus preguntas estratégicas a la obtención de un objetivo dado. Motivo por el cual, y como insumo básico, creemos oportuno mencionar, en atención a lo hasta ahora planteado, una serie de “piezas” claves en la construcción del “rompecabezas” que resulta ser todo proyecto de investigación. Piezas que deberán ordenarse y articularse de manera tal que establezcan, a través de las respectivas preguntas estratégicas, las relaciones más pertinentes y eficaces a la hora de alcanzar los objetivos propuestos en los distintos proyectos; motivo por el cual las mismas deberán estar presentes en cualquiera de ellos para así resolver puntualmente:

1. La relación entre patrimonio cultural (mueble e inmueble) y vida urbana.
2. El impacto socio-espacial de la Globalización.
3. La relación entre consumo, territorio y sociedad.
4. La definición de “productividad” en los procesos urbano regionales.
5. El concepto de desarrollo en equidad.
6. La construcción de lo público y su papel en la noción de ciudadanía
7. La relación entre la geomorfología del espacio habitado y la calidad de vida.
9. El concepto de Innovación técnica y/o tecnológica, y
10. La relación entre gobernabilidad y procesos urbano-regionales.

5. Ejes temáticos propuestos.

De acuerdo al anterior listado de “temas críticos” y en atención a una adecuada estructuración de las “piezas” mencionadas en consecuentes “paquetes cognitivos”, se proponen los siguientes “ejes temáticos” a través de los cuales deberán inscribirse los distintos proyectos de investigación a desarrollar al interior de la presente línea teniendo como referente las variables que maneja la Maestría a la luz del triple cuerpo antes mencionado (lo gubernativo, lo productivo y lo habitacional): *la físico-espacial, la económico-productiva, la medio-ambiental, la socio-cultural, la ético-política y la jurídico-normativa o administrativa*. En este orden de ideas los ejes temáticos son:

a. Hábitat, calidad de vida y desarrollo sustentable. Encaminado a ahondar en todos aquellos procesos inherentes a la comprensión que sobre el espacio habitado cobra la relación entre las variables psico-sociales y físico-ambientales del territorio con miras a la construcción y/o consolidación de procesos de ocupación y ordenamiento del suelo enmarcados dentro del objetivo de alcanzar un franco equilibrio socio-ambiental.

b. Imagen de ciudad, cultura urbana y construcción de territorio. Encaminado a explorar las relaciones que, desde una perspectiva ética y estética contribuyen a la incorporación proactiva de los habitantes (y su capital simbólico y social) en los procesos inherentes a la apropiación del territorio y

c. Gobernabilidad, descentralización y políticas públicas espaciales. Encaminado a explicitar la indisoluble relación entre los procesos de ordenamiento del suelo, la participación ciudadana y las formas de gobierno territorial.

ANEXO N° 6

PROYECTO DE CONSULTORÍA:

TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO

MARCO DE REFERENCIA, ESTRATEGIA DE

IMPLEMENTACIÓN Y PROYECCIÓN INSTITUCIONAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA DE BOGOTÁ

MAESTRÍA EN PLANEACIÓN URBANA Y REGIONAL OFICINA DE CONSULTORÍAS

REF. PROYECTO DE CONSULTORÍA: *TOPOFILIA, CIUDAD Y TERRITORIO*.

MARCO DE REFERENCIA, ESTRATEGIA DE IMPLEMENTACIÓN Y PROYECCIÓN INSTITUCIONAL.

AUTOR. Carlos Mario Yory. Coordinador de la Línea de Investigación en *Espacio y Territorio*. Maestría en Planeación Urbana y Regional.

PRESENTACIÓN. El presente proyecto fue concebido al interior de la Línea de Investigación en *Espacio y Territorio* de la Maestría en Planeación Urbana y Regional que opera en la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y pretende llevarse a cabo a través de la *Oficina de Consultorías* de dicha Facultad, dentro del marco de servicio a la comunidad con el que la misma, a través de dicha Oficina, se compromete.

MARCO INSTITUCIONAL. El proyecto se inscribe dentro del marco institucional que, al interior de la Compañía de Jesús, ofrece la *Asociación de Universidades Jesuitas de América Latina AUSJAL*; esto con el fin de poderse llevar a cabo en aquellas Universidades de la Compañía que, en América Latina, pudiesen estar interesadas en implementarlo.

MARCO GEOGRÁFICO. El proyecto en mención ha sido concebido, particularmente, para ser aplicado en el contexto urbano que ofrece la ciudad latinoamericana.

ANTECEDENTES. El proyecto de la referencia se inscribe dentro de una línea de investigación abierta por el autor en el año 1988, cuando éste inició la investigación en torno al concepto de *Topofilia*. Dentro de este marco, en el año 1992 el mismo fue

invitado por el, entonces, Alcalde Mayor de Bogotá, Dr. Jaime Castro, a presentar una propuesta que, dentro de la filosofía inherente a dicho concepto, pudiese ser aplicada en el marco administrativo de la ciudad; solicitud de donde surgió el proyecto *Topofilia: una alternativa en torno a la revolución de las pequeñas cosas*, publicado e implementado durante los años 1992 y 1994 mediante cofinanciación de la Alcaldía y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD, desarrollando, como consta en prensa (“*Topofilia, palabra útil*”, Diario El Tiempo, 26-07-94) 168 proyectos de desarrollo comunitario. Experiencia que precedió una invitación, por parte de las directivas del Plan Estratégico de la ciudad, a incluir el tema en dicho Plan, a través de la coordinación de su Línea en “*Convivencia Ciudadana*”; la cual se ocupaba de los temas de Liderazgo Cívico, Cultura Urbana, Seguridad y Comunicación Ciudadana.

Con posterioridad (1995), y con base en la experiencia adquirida a través de los diferentes niveles de implementación del proyecto, el autor fue invitado a asesorar la Alcaldía de Roma, mediante solicitud hecha por parte de la Cooperación Italiana a través del Proyecto PROURBAN de la Comunidad Europea. En ese mismo año, y gracias a invitación hecha por la Misión Barsaloi que opera en Africa, Asia y América Latina, se tuvo oportunidad de implementar un proyecto, bajo esta filosofía, con la comunidad Samburu de Kenya (Africa Central). Simultáneamente, la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, con el apoyo de COLCIENCIAS, entró a apoyar de manera directa la realización de un proyecto de investigación que, recogiendo la experiencia llevada a cabo con el PNUD, se ocupase del desarrollo filosófico y conceptual del término Topofilia; apoyo de donde surgió la publicación *Topofilia, o la dimensión poética del habitar* (1998), editado por el Centro Editorial Javeriano en asocio de el propio COLCIENCIAS. La pretensión de la Universidad Javeriana en este sentido, no era otra que la de propiciar la construcción de un piso epistémico desde el cual fuera posible, no sólo el desarrollo de una línea de investigación en el tema, sino la formulación y desarrollo de eventuales proyectos que, de tal suerte, se comprometiesen, de manera directa, con el mejoramiento integral de las condiciones particulares que caracterizan el hábitat en América Latina.

Dentro de este marco y a partir del año 1996, el autor desarrolló, con filosofía *Topofilia*, toda una serie de proyectos de consultoría de los que constan, en Colombia, diversos registros en prensa: “Cuadra por cuadra la ciudad cambia”, en *Diario El*

Tiempo. Bogotá. 01-08-98; “Topofilia, una manera de hacer ciudad”, en *Diario El Tiempo*. Cali. 27-11-97, y “Topofilia, hacer ciudad desde los habitantes”, en *Diario El Colombiano*. Medellín. 20-09-96. Continuando con esta secuencia, ya en el año 1999, y durante la realización del Doctorado en Geografía Humana en la Universidad Complutense de Madrid (llevado a cabo con el apoyo de las Universidades Javeriana y Nacional de Colombia), cuya tesis corresponde, precisamente, con el título del proyecto de la referencia, se tuvo la oportunidad de coordinar el equipo internacional que, por parte de esta Universidad española, participó en la realización del Plan Estratégico del municipio de Iniesta (España); experiencia a partir de la cual el autor del proyecto fue contratado como asesor de la Asociación ADIMAN que reúne 26 municipios de la comarca manchega, para efectos de realizar, bajo los presupuestos del planteamiento topofilico, una serie de talleres de capacitación en el tema de la Planificación Estratégica.

De nuevo en Colombia en el año 2001, y gracias a la difusión que ya a nivel internacional contaba el proyecto, no sólo por las realizaciones adelantadas, sino por la propia difusión que del mismo ha venido haciendo el PNUD (Publicación reseñada del año 1992; difusión en el Encuentro Internacional Hábitat. Cali. 1997: “Topofilia, una manera de hacer ciudad”, en *Diario El Tiempo*, 27-11-97, e inclusión en la base de datos de Naciones Unidas a través del Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos CNUH) se recibió la invitación, por parte de la Fundación Arrupe de El Salvador (2001), para implementar el proyecto en ese país, sobre la base de diseñar, desde allí, una estrategia de proyección socio espacial de la misma; experiencia que si bien se encuentra aún en fase de gestión, ha obtenido hasta la fecha el apoyo de diferentes organizaciones públicas y privadas locales. Valga señalar que es, precisamente, la experiencia de El Salvador, la que nos permitió diseñar, dentro de los contenidos desarrollados en la Tesis Doctoral, el proyecto que bajo el nombre de *Topofilia, Ciudad y Territorio*, ofrecemos hoy a las Universidades Jesuitas que reúne la AUSJAL.

OBJETIVOS. El presente documento se propone, a la luz del marco esbozado, la constitución, al interior de la AUSJAL, de un proyecto que, liderado por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, se ocupe, en asocio con las Universidades Jesuitas de la Región, del montaje, con filosofía *Topofilia*, de una serie de “*espacios locales de*

planificación concertada” en aquellas ciudades y/o municipios donde las distintas Universidades de la Compañía tengan presencia o asiento. Iniciativa que si bien pretende apoyar los procesos locales de fortalecimiento institucional y apoyo a la planeación democrática y participativa, brinda, de otra parte, un claro “laboratorio” académico y de servicio desde el cual las propias Universidades pueden enriquecer y fortalecer su propio Plan Estratégico, en lo que concierne, particularmente, a la realización de acciones urbanas de notable impacto social y espacial. A fin de cuentas, la idea no es otra que la de contribuir con el mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes más pobres de estas ciudades a través de la realización de los siguientes objetivos específicos:

1. Enfrentar los efectos homogenizadores, aculturadores y subordinadores que, en materia territorial (particularmente en el caso de la ciudad), supone la globalización a través de una estrategia de fortalecimiento del sentido de lo local en sus componentes políticos, sociales, culturales y económicos.

2. Promover el desarrollo social a la vez que el ambiental a través de una estrategia participativa, con dimensión sustentable, que involucre a los distintos actores y escenarios de la sociedad en cada caso.

3. Concebir la gestión, la planeación participativa y la ejecución de los distintos proyectos, como un derecho inalienable de las comunidades involucradas, a través de la creación de espacios contemplados para ese fin.

4. Adoptar la filosofía y la metodología de la Planeación Estratégica Urbana como herramienta garante de concertación a través de la incorporación de su metodología en la realización de los distintos proyectos.

5. Tomar como base para la implementación de las distintas acciones a desarrollar, unidades territoriales concretas en las que sea factible garantizar la apropiación de las mismas a través de la creación de mecanismos idóneos de seguimiento, evaluación y control.

6. Garantizar que las acciones adelantadas trasciendan eventuales sesgos sectoriales a través de la creación de espacios de convergencia en torno a la realización de las acciones propuestas en los que se diriman los distintos intereses y se acuerden objetivos comunes transectoriales.

7. Promover para la realización de las distintas acciones la participación y compromiso de la mayor diversidad de actores posibles públicos y privados a través de

una estrategia de comunicación y gestión que sea capaz de atraer sus distintos intereses y, en tal medida permita, sobre la base de una efectiva coordinación, la optimización de sus recursos.

8. Fortalecer la AUSJAL en su conjunto al promover una clara estrategia de acción-participación que, a la luz de un mismo marco conceptual derivado de la propia Misión de la Compañía y, desde las características y posibilidades de cada Universidad involucrada con el proyecto en su respectivo contexto, brinde una clara línea de acción en materia de desarrollo social a través de la planeación urbana y territorial.

9. Apoyar los gobiernos locales y sus instrumentos técnicos, en lo concerniente a la realización de alianzas estratégicas entre los sectores público y privado que involucren la participación colectiva en los procesos de “construcción del territorio” (planeación y ordenamiento). La idea en este sentido no es otra que la de fortalecer los procesos y las instancias de planeación existentes a través de una herramienta que, a pequeña escala (barrio, vecindario, comuna, etc.), se encargue de hacer efectiva la participación de la comunidad.

10. Brindar una herramienta que, desde el tema de la planeación urbana, permita a las Universidades Jesuitas de la Región, intervenir activamente en los procesos conducentes a promover el desarrollo social y ambiental y, a la vez, generar un espacio de práctica profesional para sus estudiantes de licenciatura y postgrado.

ARTICULACIÓN DEL PROYECTO CON LAS POLÍTICAS DE LA AUSJAL. Teniendo en cuenta que, de acuerdo con lo consignado en el número 10 de la *Carta de AUSJAL*, son objetivos fundamentales de esta Asociación:

1. Fortalecer la formación integral de los nuevos profesionales con mayor conciencia crítica y experiencias vitales entre los pobres y excluidos.

2. Lograr una mayor vinculación con los actores de la Sociedad Civil, transformando la Universidad en un espacio de encuentro, de análisis, diálogo y propuestas de calidad técnica y política para enfrentar la crisis de nuestras sociedades.

3. Reforzar las investigaciones conjuntas a nivel regional e internacional para tener mayor capacidad de incidencia social.

4. Recuperar un proyecto de sociedad basado en un Desarrollo Humano Sostenible en esta era del Conocimiento y de la Revolución Tecnológica. (*Carta AUSJAL* N° 10. pp. 7-8).

Y que, para lograr lo anterior, la misma *Carta* propone:

1. Conformar *Task Forces* Regionales que ayuden a implementar la Agenda Consensuada en la Asamblea de Roma.

2. Formular Planes Estratégicos Regionales que permitan avanzar individual y conjuntamente en la consecución de los objetivos prioritarios.

3. Responder a la Globalización desde un análisis que incorpore la presencia, valores y diversidad local, nacional y global en la búsqueda de alternativas para superar:

a. La asimetría, injusticia y exclusión de las grandes mayorías empobrecidas de la humanidad.

b. Los efectos nocivos de la Globalización contribuyendo a conformar alianzas para reestructurar la misma (*reshaping globalization*) analizando su ideología y proponiendo alternativas para una globalización más humana, democrática y sostenible, buscando alcanzar lo que Juan Pablo II llamó “la globalización de la solidaridad” (Op. Cit., pp. 8-9).

Se propone, en atención a la necesidad de constituir acuerdos regionales que fortalezcan el alcance y los objetivos de la Misión que la Compañía se ha trazado a este respecto, el realizar, a partir del presente proyecto, toda una serie de alianzas estratégicas entre las Universidades Jesuitas que operan en la Región y los distintos estamentos de la sociedad que, en cada caso, puedan facilitar el cumplimiento de tales objetivos, ya que, como señala la *Carta* en mención, aludiendo al carácter de sus cada vez más frecuentes realizaciones regionales, “la elemental necesidad de cooperación, tal vez más que la preocupación por lo universal, ha llevado a la educación superior de la Compañía a asociarse de maneras diversas, como lo demuestran las asociaciones regionales aquí presentadas” (Op. Cit., pp. 20).

ESTRATEGIA DE IMPLEMENTACIÓN. El adecuado desempeño del proyecto requiere, en primer lugar, la firma de un Convenio entre las Universidades participantes, de acuerdo con los términos que se proponen más adelante. Sobre esta base la idea es que la Universidad Javeriana actúe como asesora en el montaje y seguimiento del mismo; el cual será llevado a cabo por parte de cada una de las Universidades locales interesadas. En esta medida, las respectivas Universidades, no

sólo se comprometerán a establecer las alianzas estratégicas que este, para su realización requiere, sino a gestionar los recursos correspondientes a través de una estrategia que, para el efecto, el propio proyecto contempla y que, en resumen, se puede sintetizar así:

1. Presentación del proyecto por parte de la Universidad Javeriana de Bogotá a las Universidades Jesuitas eventualmente interesadas en llevar a cabo una experiencia como la que éste propone.
2. Inserción del proyecto dentro de alguna de las líneas de acción que la Universidad Local tiene contemplada en materia de desarrollo socio-ambiental.
3. Establecimiento del marco institucional en el que el proyecto se inscribe a la luz, tanto de las políticas locales, como de las líneas de apoyo que los organismos internacionales y de cooperación ofrecen al desarrollo en los respectivos países.
4. Selección por parte de la Universidad Local de los actores más relevantes a involucrar en la estrategia de concertación que el proyecto requiere y presentación del mismo, por parte de las Universidades involucradas (la U. Javeriana y la U. Local), ante las instancias correspondientes; esto con el fin de obtener su decidido respaldo.
5. Constitución de un “paquete” de apoyo local al proyecto en el que se certifique el respaldo al mismo por, al menos, una entidad de orden gubernamental a nivel nacional, una de orden local y una de tipo privado (organización empresarial, comunitaria, vecinal, etc..).
6. Establecimiento de una contrapartida presupuestal a nivel local que, como mínimo, reúna el 10% del monto total del proyecto y que sea cubierta, aunque sea de manera parcial (en caso de que se contemplen otras fuentes), por la instancia del gobierno territorial beneficiado con la aplicación del proyecto.
7. Presentación del proyecto por parte de la entidad gubernamental beneficiada con la aplicación de éste (ya no de las universidades involucradas) a las eventuales instancias financiadoras; buscando, con esto, la obtención de los recursos con los que la entidad gubernamental señalada contratará a la Universidad Local para la ejecución del proyecto.

8. Capacitación por parte de la Universidad Javeriana de Bogotá de un equipo técnico local, propuesto por la Universidad correspondiente, capaz de liderar el proyecto al cabo de un año, al final del cual, la Universidad proponente llevará a cabo un acompañamiento al mismo por un período de dos años más; período a partir de cual la Universidad local asumirá, de manera autónoma e integral, la responsabilidad de continuar con el proyecto.

TÉRMINOS DE REFERENCIA PARA LA IMPLEMENTACIÓN DEL PROYECTO POR PARTE DE LAS UNIVERSIDADES JESUITAS. De acuerdo con lo anterior, se proponen a continuación los términos de referencia que permitan la realización conjunta del proyecto (Universidad Javeriana- Universidad Local) de acuerdo con los siguientes compromisos a asumir por cada una de las partes; las que, para efectos de la firma del Convenio respectivo se denominarán, en su orden, entidades *Promotora y Ejecutora*:

A este respecto, la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, en su calidad de *Entidad Promotora* del proyecto se compromete a:

1. Presentar el diseño integral del proyecto *Topofilia, Ciudad y Territorio* a la *Entidad Ejecutora (Universidad Local)* y llevar a cabo, conjuntamente con ella, los ajustes locales que el mismo, en cada caso requiera para adecuarse a las características tanto de la Universidad respectiva como del entorno en el que la misma pretende llevarlo a cabo.
2. Asesorar localmente el montaje del proyecto constituyendo, para ello, un equipo técnico mixto (Universidad Javeriana - Universidad Local) capacitado, para el efecto, por parte de la *Entidad Proponente*.
3. Proporcionar un director general al proyecto así como un equipo de asesores para cada una de sus áreas temáticas, por un período de un año, estableciendo, al final de dicho período, un acompañamiento al mismo durante dos años más. Período a partir del cual éste ya será liderado, en su totalidad, por personal de la *Entidad Ejecutora (Universidad Local)*.
4. Financiar los gastos de manutención del Funcionario de la Universidad que, en razón de la gestión del proyecto, deba desplazarse al escenario local con el objeto de hacer los ajustes locales al proyecto, presentar el mismo a los

actores locales señalados por la *Entidad Ejecutora* y gestionar los recursos de contrapartida.

5. Diseñar, conjuntamente con la *Entidad Ejecutora*, la estrategia financiera más conveniente, asesorando y acompañando el proceso conducente a la obtención de los recursos.
6. Presentar el proyecto a las instancias gubernamentales que la *Universidad Ejecutora* sugiera sobre la base del previo contacto establecido con ellas por parte de dicha *Entidad*.
7. Gestionar, mediante apoyo logístico y político, proporcionado por la *Entidad Ejecutora*, la consecución de la contrapartida local necesaria para la realización del proyecto.
8. Asesorar el diseño de la estrategia de gestión institucional más conveniente, dentro del marco de las alianzas estratégicas que el proyecto, para su realización local, requiere.

Por su parte la Universidad Local, en su calidad de *Entidad Ejecutora*, se compromete a:

1. Seleccionar el territorio sujeto a la intervención del proyecto (tres entornos distintos) y llevar a cabo los contactos pertinentes con las autoridades locales.
2. Realizar, con la asesoría técnica de la *Entidad Proponente*, la gestión institucional que, a nivel local, el proyecto requiere.
3. Financiar durante el período de gestión local del Proyecto, de acuerdo con el Cronograma general propuesto, los costos de alojamiento y de tres desplazamientos de una persona asignada por la Universidad Javeriana para efectos de realizar los ajustes locales que este requiera, presentar el proyecto a los actores locales señalados por la *Entidad Ejecutora* y gestionar la contrapartida local.
4. Presentar el proyecto, con el acompañamiento de la *Entidad Proponente*, a los estamentos institucionales locales tanto públicos como privados que virtualmente pudieran estar interesados en llevarlo a cabo y, en tal medida, en allegar los recursos correspondientes, bien sea como financiadores directos (empresa privada, ONGs, o Cooperación Internacional), o bien

como gestores de recursos ante organismos externos (entidades del gobierno local a nivel municipal o nacional).

5. Proporcionar el recurso humano idóneo para la realización del proyecto, tanto en lo pertinente a la coordinación local del mismo, como en lo que concierne a los técnicos que, en cada área, éste reclame.
6. Mantener como principio, en cualquier caso, fidelidad a los presupuestos y objetivos del proyecto en atenta coherencia con su filosofía, consultando cualquier modificación al mismo con la *Entidad Proponente*.
7. Contratar con recursos del proyecto (no con recursos propios) a la *Entidad Proponente* para efectos de llevar a cabo la asesoría que el montaje y seguimiento del proyecto requiere. Actividad propuesta para un período no mayor a tres años.
8. Asumir la dirección del proyecto al cabo de un año de su inicio y encargarse de asegurar su continuidad una vez superado el término de los tres años que cubre el acompañamiento que la *Entidad Proponente* ofrece.
9. Manejar los recursos del proyecto de acuerdo con el presupuesto correspondiente elaborado, de manera conjunta, por parte de las Entidades *Proponente* y *Ejecutora*.
10. Cumplir con los términos establecidos en el cronograma que acompaña la elaboración del presente convenio para efectos de llevar a cabo la fase de gestión del proyecto.

En cualquier caso, las Universidades involucradas se comprometen, de acuerdo a lo que consta en el *Convenio Marco* preliminar a la ejecución del presente *Acuerdo*, a realizar y/o apoyar todas aquellas actividades de orden académico que puedan derivarse de la realización del presente proyecto; contemplando, particularmente y, cuando diere el caso, el intercambio permanente de docentes y estudiantes tanto a nivel de pre como de postgrado; para lo cual se incluirá dentro del *Acuerdo* respectivo los términos correspondientes.

ESTRATEGIA FINANCIERA. Como se ha señalado con anterioridad, el manejo de los recursos del proyecto correrá por cuenta de la Universidad Local, entidad con la que la instancia gubernamental del caso contratará la realización del mismo; en esta medida la Universidad Javeriana actuará, tan sólo, como asesora en la realización

de éste. Por lo anterior, en el consecuente presupuesto se incluirá este último rubro junto al de “administración, imprevistos y utilidades” que, para el efecto, serán para la Universidad Local.

CRONOGRAMA GENERAL ESTIMADO PARA LA FASE DE GESTIÓN LOCAL DEL PROYECTO.

Presentación del Proyecto por parte de la Universidad Javeriana a la Universidad Local (una semana).

Estudio del Proyecto por parte de la Universidad Local (cuatro semanas).

Firma del Convenio entre las dos Universidades, en caso de que la Universidad Local manifieste su deseo de llevar a cabo el Proyecto (al cabo de ocho semanas de iniciado el proceso).

Selección del territorio-objeto y determinación de los actores locales a involucrar (al cabo de dos semanas de la firma del Convenio).

Realización de los ajustes locales que la realización del Proyecto requiera (al cabo de cuatro semanas de la firma del Convenio).

Presentación del Proyecto a las autoridades correspondientes y a los eventuales actores involucrados (al cabo de seis semanas de la firma del Convenio).

Consecución de la contrapartida local y definición plena de los actores locales a involucrar en el Proyecto (al cabo de ocho semanas de la firma del Convenio).

Constitución del “paquete completo” de apoyo al proyecto en lo referente a la obtención de las cartas locales de aval y de la contrapartida; y presentación del mismo a la entidad gubernamental del caso encargada de gestionar la consecución de los recursos faltantes (al cabo de doce semanas de la firma del Convenio).

Aprobación de los recursos financieros que la realización del proyecto demanda por parte de la (s) entidad (es) patrocinadora (s) (se estima un tiempo aproximado de seis meses una vez iniciado el proceso).

Tiempo estimado para la firma del correspondiente contrato entre la Universidad Local y la Entidad Contratante (se estima un tiempo máximo de un año una vez iniciado el proceso).

Cabe señalar que estos tiempos pueden reducirse sensiblemente dependiendo de la agilidad con que las acciones señaladas se lleven a cabo.



NOVI ORBIS, NOVA DESCRIPTIO